ALONSO RAMOS

# LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN (LIBROS II, III Y IV)

ESTUDIO, EDICIÓN Y NOTAS
DE ROBIN ANN RICE

CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2016

ALONSO RAMOS

# LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN (LIBROS II, III Y IV)

ESTUDIO, EDICIÓN Y NOTAS
DE
ROBIN ANN RICE

Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA)
Colección «Batihoja», Serie Proyecto Estudios Indianos (PEI)

Consejo editor:
Director: Victoriano Roncero (State University of New York-Suny at Stony Brook, Estados Unidos)
Subdirector: Abraham Madroñal (CSIC-Centro de Ciencias Humanas y Sociales, España)
Subdirectora (Proyecto Estudios Indianos-PEI): Martina Vinatea Recoba (Universidad del Pacífico, Perú)
Secretario: Carlos Mata Induráin (GRISO-Universidad de Navarra, España)

Consejo asesor:
Wolfram Aichinger (Universität Wien, Austria)
Tapsir Ba (Université Cheikh Anta Diop, Senegal)
Shoji Bando (Kyoto University of Foreign Studies, Japón)
Enrica Cancelliere (Università degli Studi di Palermo, Italia)
Pierre Civil (Université Sorbonne Nouvelle-París III, Francia)
Ruth Fine (The Hebrew University-Jerusalem, Israel)
Luce López-Baralt (Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico)
António Apolinário Lourenço (Universidade de Coimbra, Portugal)
Vibha Maurya (University of Delhi, India)
Rosa Perelmuter (University of North Carolina at Chapel Hill, Estados Unidos)
Gonzalo Pontón (Universidad Autónoma de Barcelona, España)
Francisco Rico (Universidad Autónoma de Barcelona /Real Academia Española, España)
Guillermo Serés (Universidad Autónoma de Barcelona, España)
Christoph Strosetzki (Universität Münster, Alemania)
Hélène Tropé (Université Sorbonne Nouvelle-París III, Francia)
Germán Vega García-Luengos (Universidad de Valladolid, España)
Edwin Williamson (University of Oxford, Reino Unido)

Consejo asesor – Serie Proyecto Estudios Indianos (PEI):
Trinidad Barrera (Universidad de Sevilla, España)
Carlos Cabanillas (Universitetet i Tromsø, Noruega)
Jéssica Castro Rivas (Universidad de Chile, Chile)
Judith Farré (ILLA-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España)
Paul Firbas (State University of New York-Suny at Stony Brook, Estados Unidos)
Aurelio González (El Colegio de México, México)
Arnulfo Herrera (Universidad Nacional Autónoma de México, México)
Mariela Insúa (GRISO-Universidad de Navarra, España)
Raúl Marrero-Fente (University of Minnesota, Estados Unidos)
José Antonio Mazzotti (Tufts University, Estados Unidos)
Hugo Hernán Ramírez Sierra (Universidad de los Andes, Colombia)
José A. Rodríguez Garrido (Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú)
Leonardo Sancho Dobles (Universidad de Costa Rica, Costa Rica)
Joaquín Zuleta Carrandi (Universidad de los Andes, Chile)

Impresión: Ulzama Digital
© De los autores

ISBN: 978-1-938795-28-2
New York, IDEA/IGAS, 2016

ALONSO RAMOS

# LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN (LIBROS II, III Y IV)

ESTUDIO, EDICIÓN Y NOTAS
DE
ROBIN ANN RICE

# ÍNDICE

Segunda parte de los prodigios de la omnipotencia
y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios
Catarina de San Juan, natural del Gran Mogol, y difunta
en esta Imperial ciudad de la Puebla de los Ángeles,
en la Nueva España ..... 19

Preliminares ..... 21

Libro segundo. De sus virtudes morales, subordinación
a los confesores, poder que tuvo contra los demonios
y lo que debe la monarquía de España
a la eficacia de sus oraciones ..... 57

Capítulo I: De su heroica humildad ..... 59
Cuán bajamente sentía de sí, comparándose con las bestias
y los demonios ..... 59
Cómo la verdadera humildad la sacaba victoriosa
de los demonios y de sus astucias ..... 66
Efectos y prueba de su verdadera humildad ..... 69

Capítulo II: Prosigue lo heroico de su humildad, deseos
de ser despreciada del mundo y temores santos
de su condenación ..... 73
Cómo en los desprecios la hizo la humildad hija de san Ignacio,
hermana de san Alejo en el espíritu e imitadora de Cristo Jesús ..... 73
Temores de esta sierva de Dios, hijos de su verdadera humildad,
combatidos del infierno para desordenarlos ..... 79
Cómo el Señor la conservó en su santo temor
con conocimientos de nuestra santa fe y visiones
de la muerte y de la eternidad ..... 81

Capítulo III: Prosiguen los temores humildes de su condenación,
y del juicio que hizo de la salvación de los que mueren
en la Compañía de Jesús ..... 87
Se propone su sentir y una singular doctrina que la dio
el Señor acerca de esta materia, y de lo uno y de lo otro
se infiere una conclusión prudentemente probable
para consuelo de los padres y hermanos
de la Compañía de Jesús ..... 87
Prosigue la misma materia ponderándose
la importancia de la perseverancia con noticias particulares
de expulsos y novicios de la Compañía de Jesús ..... 93
Se confirma lo dicho por la oposición que hace a esta doctrina
el infierno, y noticias particulares de las almas de la Compañía
en el purgatorio ..... 96

Capítulo IV: Del conocimiento de su indignidad
para los favores del Cielo y cuán bien la estuvo
no admitir el nombre de hija ni esclava de María Santísima ..... 101
Cómo engrandecía Dios su humildad con multiplicados favores ..... 101
Favor especial de Cristo crucificado a esta su sierva
en que se verificó lo profundo de su humildad
y grandeza de su propio conocimiento ..... 103
Cómo con el conocimiento de su indignidad
se resistía a los favores de la Señora, se privó
de la dulzura de sus sagrados pechos y preciosa leche,
y no admitió el renombre de hija ni de esclava de María ..... 106
Cómo se ensalzó y engrandeció Dios el concepto
de su indignidad, mostrándola un alto y misterioso
trono de gloria que la esperaba ..... 109

Capítulo V: Prosigue el conocimiento de su indignidad,
ensalzado con singulares y multiplicados favores del cielo,
por no haber admitido el título y renombre
de esposa y esclava de Jesús ..... 113
Singulares y fuertes batallas de Catarina con Dios Amante
por no ser tan favorecida de su divino amor
restado a engrandecerla ..... 113
Cómo ensalzaba Dios su humildad y crecía esta
con las finezas extraordinarias del divino amor ..... 117

De otros señalados favores con que la engrandeció
y ensalzó el Divino Esposo comunicándola muchas
de las gracias y mercedes con que ha ilustrado a sus santos ..... 120

Capítulo VI: Prosigue el conocimiento de su indignidad
y cómo la franqueó Dios el tesoro de su sabiduría
por haber rehusado el título de esposa ..... 125
Continúanse las finezas del divino amor, desde los brazos
de su Santísima Madre, en otras repetidas batallas que tuvo
su misericordiosa liberalidad con la humildad de su sierva ..... 125
Cómo saliendo Dios con estas batallas victorioso
dejaba al alma tanto más favorecida cuanto ella
se mostraba más humillada y rendida ..... 128
De otros muy señalados favores que recibió por humilde
y por el título de amada de Dios que admitió prudente,
cuando rehusó el de esposa ..... 130

Capítulo VII: De su mortificación y penitencia ..... 135
Cómo imitó a Cristo hasta verse crucificada en dos cruces ..... 135
De algunas de sus penitencias y artificios que usaba
para castigar su cuerpo sin riesgo
de la pegajosa plausibilidad ..... 138
Del ejercicio riguroso de sus disciplinas, que moderaban
sus confesores y los ángeles y cuán provechosas
eran para el mundo sus penitencias ..... 140
De sus ayunos y mortificación de sentidos y potencias ..... 144

Capítulo VIII: De su perfecta obediencia a los preceptos
de la ley de Cristo y a los consejos evangélicos ..... 149
Cómo por la virtud de la obediencia mereció
el renombre glorioso de hija en espíritu
del gran patriarca san Ignacio ..... 149
Prosigue la materia de su obediencia a los preceptos
divinos y sujeción a sus confesores ..... 156
Prosigue la misma materia, y perfecta resignación
en el divino querer ..... 159

Capítulo IX: De su perfecta obediencia a los consejos
evangélicos y cómo se subordinaba en las inspiraciones
del cielo y en la frecuencia de sus comuniones
al parecer del padre espiritual ..... 167

De la ciega y discreta obediencia con que se subordinaba
al parecer de sus confesores en todas las cosas
y con especialidad en las inspiraciones del cielo ..... 167
Prosigue la misma materia y con más particularidad
de la subordinación a sus padres espirituales
en la frecuencia de los sacramentos ..... 173

Capítulo X: De la luz que tuvo del cielo y de lo que la costó
perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús ..... 183
Cómo fue Dios con especialidad maestro de esta su querida
esposa y varios modos con que se la comunicaba la divina luz ..... 183
De los efectos que causaban en la sierva de Dios
las divinas ilustraciones y del cordial afecto
que tenía el nombre de Jesús y a toda la más Sagrada Familia ..... 188
Del afecto especial que tuvo a nuestro padre san Ignacio
y a sus santos hijos, y de lo mucho que le costó perseverar
en las iglesias de la Compañía de Jesús ..... 193

Capítulo XI: De su invencible paciencia y cómo la ejercitó Dios
por sí, por sus confesores y por el mundo ..... 199
De los grandes deseos de padecer que la comunicó el Señor
y como la predijo su Majestad los trabajos futuros
con varias visiones y profecías de la venerable
madre María de Jesús y del venerable apostólico
varón fray Juan Bautista, su primer confesor ..... 199
Cómo la ejercitaba el Señor por sí, con desamparos,
y de los muchos maestros de espíritu que le dio para bien
de ellos mismos y mayor ejercicio de la sierva de Dios ..... 204
De lo que padeció con la variedad y muchedumbre de confesores .. 209

Capítulo XII: Prosigue la materia de su paciencia
en el ejercicio de muchos confesores y de lo que padecía
con los demonios en el confesionario ..... 217
Varios motivos por que suele ocultar Dios a los confesores
los secretos de las conciencias de sus penitentes ..... 217
Prosigue la misma materia y varias trazas con que el infierno
procuraba apartarla de sus confesores ..... 222
De otros medios con que procuraba el infierno
apartarla de la obediencia y cuán fiel amigo tenía
en Dios para la perseverancia ..... 227

Capítulo XIII: Prosigue la materia de su paciencia
en el deseo de tener un solo padre espiritual
y lo que le costó el conseguirlo ..... 233
De la conveniencia y necesidad de maestro en el camino
del espíritu y por qué difirió Dios esta necesidad
por mucho tiempo a su sierva ..... 233
De varias trazas que usó el infierno para apartarla del dictamen
de perseverar con un solo padre espiritual
y del especial odio que tiene el demonio
a san Ignacio y sus iglesias ..... 240
Del daño que reciben o pueden recibir las almas
que a un mismo tiempo quieren ser gobernadas
por muchos confesores y con especialidad
en el ejercicio de virtudes y frecuencia de sacramentos ..... 245
Cómo se valía el demonio de los varios pareceres
de confesores para apartarla de la obediencia
y frecuencia de los sacramentos ..... 251

Capítulo XIV: De lo que padeció en las enfermedades ..... 257
Cómo la prevenía el cielo para las enfermedades
con noticia de las celestiales asistencias y de lo mucho que había
de padecer en ellas, por Dios y por el mundo ..... 257
De la enfermedad que padeció el año de 1674. Se propone
como ejemplar de las frecuentes y misteriosas enfermedades
con que regalaba Dios a su sierva y de los avisos que la daba
en ella la Eterna Sabiduría ..... 262

Capítulo XV: De lo mucho que padecía con los demonios
de día y de noche ..... 273
Se apuntan por mayor las batallas que sustentó esta esclarecida
virgen contra el infierno, desde su niñez y cuán
asistida era del cielo para triunfar de sus enemigos ..... 273
De la crueldad con que la perseguían de día y de noche en su casa,
y cómo salía siempre triunfante la sierva de Dios
con repetidas victorias asistida de la divina gracia ..... 278
De otros más extraordinarios martirios que ejecutaban
en esta valerosa alma los infernales espíritus ..... 283

Capítulo XVI: Del grande poder que tuvo contra los demonios ..... 291
De cómo y cuánto les aterraba con sus virtudes,
y ahuyentaba con su imperiosa voz ..... 291

Del grande poder que tenía contra los demonios
para ahuyentarlos de las casas de la ciudad y quitarles
las almas que tenían cautivas ..... 296
De otro triunfo que consiguió contra el infierno en favor
de las religiosas, conque se confirma el poder que tenía
la sierva de Dios sobre las infernales potestades ..... 304
Del poder que tenía la sierva de Dios en el mar
contra los demonios, defendiendo las reales flotas ..... 308

Capítulo XVII: Del valor de sus oraciones para la extensión
y defensa de la cristiandad y monarquía católica ..... 313
De algunas visiones particulares conque manifestó Dios
lo que valía la intercesión de esta su sierva para la conservación
y extensión de la monarquía de España y especial cuidado
que tenía su Divina Majestad con nuestros reyes y señores ..... 313
Prosigue la misma materia y de algunas batallas de la Europa
en que se halló esta sierva de Dios en espíritu, auxiliando
a los españoles con especialidad en Flandes y Mesina ..... 320
Del valor de su intercesión en la defensa
de los puertos de Nueva España ..... 324

Capítulo XVIII: Prosigue la misma materia del valor
de su intercesión en las muertes del excelentísimo
e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar
y Llamas, obispo de la Puebla de los Ángeles, marquesa
de Mancera, duque de Veraguas y otros caballeros
que han ilustrado con su noble y cristiano proceder
a estos reinos de Nueva España ..... 329
Muerte feliz del excelentísimo e ilustrísimo
señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas,
obispo de la Puebla de los Ángeles, asistido de la sierva de Dios
hasta verle glorioso en el cielo ..... 329
De la venida a las Indias e inopinada muerte
del excelentísimo señor duque de Veraguas ..... 332
Previsión de la muerte de la señora marquesa de Mancera,
virreina de Nueva España y cómo la asistió la sierva de Dios
con sus oraciones hasta el último trance de la vida ..... 337
De otros caballeros particulares que experimentaron
el valor de la intercesión de esta sierva de Dios ..... 341

Capítulo XIX: De otros casos particulares que manifiestan
lo admirable del valor de su intercesión y con especialidad

de su espiritual asistencia a la flota que llegó
a la Nueva España, el año de 1687 ..... 345
De lo que debieron algunos de los ladrones y otros delincuentes
a las oraciones de la venerable Catarina de San Juan..... 345
Prosigue la materia del valor de su intercesión para con otros
necesitados y malhechores que se valieron de sus oraciones..... 353
De otros casos particulares que demuestran que la sierva de Dios
era el refugio común de los fieles en sus necesidades
y de la especial eficacia de sus oraciones
para con sus bienhechores ..... 358
De cuán favorable fue a la flota que entró en el puerto
de la Nueva Veracruz el año de 1687 la asistencia espiritual
de esta sierva de Dios, acompañada
de doña Juana Morales de Irazoqui ..... 370
Prosigue su viaje la flota de 1687 hasta entrar
con felicidad en el puerto de la Nueva Veracruz y de su vuelta
a España con la asistencia de las dos esclarecidas vírgenes
Catarina de San Juan y doña Juana Morales de Irazoqui ..... 377

Capítulo XX: De lo que ayudó la sierva de Dios Catarina de San Juan
con sus oraciones y sumo padecer a la extensión de la fe
en todo el universo y con especialidad en este nuevo orbe
del Occidente y de la previsión y espiritual asistencia con que
favoreció a los españoles en el alzamiento del Nuevo México ..... 387
Previas noticias de lo mucho que obraba Dios por la intercesión
de esta esclarecida y prodigiosa virgen en todo el mundo,
entre herejes y gentiles, y con especial patrocinio
a este dilatadísimo imperio occidental
y postrer ángulo del universo..... 357
Noticias de las nuevas cristiandades del Japón, China y Mogol,
con que aumentó Dios su santa Iglesia por la intercesión
y oraciones de esta esclarecida virgen ..... 390
De la previsión y asistencia espiritual de esta sierva de Dios
a los españoles en el alzamiento de los indios
en el Nuevo México ..... 397

Capítulo XXI: De otras muy particulares noticias que ilustran
y dan a conocer la nueva y extendida cristiandad
del occidente por la intercesión de la sierva de Dios
en las misiones pertenecientes a los padres misioneros de la
Compañía de Jesús en esta Nueva España e Islas Filipinas..... 403

Varias visiones de la extensión de la católica Iglesia
en el gentilismo con que consoló Dios a Catarina
en la tribulación que la causó la pérdida del Nuevo México ..... 403
De otras singulares noticias y misteriosas visiones
que tuvo la sierva de Dios de la extensión de la fe
y triunfos de la gracia, verificadas en las Islas Filipinas,
Marianas y en la provincia o nación tarahumara,
pertenecientes a las misiones de la Compañía de Jesús
en esta Nueva España ..... 407
Prosigue la misma materia y se confirma el valor de su intercesión
con algunos singulares casos y otras prodigiosas ilustraciones
y de las muertes de los padres misioneros Diego Ortiz Foronda
y Manuel Sánchez ..... 414
Fin de la segunda parte con una misteriosa y prodigiosa visión
en que, según parece, se confirma en gran parte lo dicho
en todo este segundo libro ..... 425

Tercera parte de los prodigios de la omnipotencia
y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva
de Dios Catarina de San Juan. Natural del Gran Mogol
y difunta en la imperial ciudad de la Puebla
de los Ángeles en la Nueva España ..... 433

Preliminares ..... 435

Libro tercero. De sus virtudes teologales y de los efectos
que se vieron en el universo, sin excepción de los subterráneos
senos que engrandecen la perfección de esta prodigiosa alma
y la acreditan de bienhechora común y protectora
especial de todo el orbe ..... 449

Capítulo I: De la grandeza de su fe y firmeza de su esperanza ..... 451
Cómo la virtud de la fe fue el fundamento de toda la perfección
que comunicó Dios a esta esclarecida virgen ..... 451
Cómo acompañaba la virtud de la fe con todas las demás virtudes ... 456
Cómo acreditó Dios en el mundo la grandeza de la fe de la sierva
del Señor, por lo que estimó sus obras y oraciones,
por el poder que la dio para resistir a las potestades
infernales y favorecer al universo ..... 461
De la grandeza y firmeza de su esperanza ..... 466

Capítulo II: Del ardientísimo amor que tuvo a Dios
y de algunos de sus maravillosos efectos ..... 471
De cuán poderoso se ostentaba el divino Amor
en esta escogidísima alma ..... 471
De los excesos del divino amor que reverberaba
y aun rebosaba en su sierva favorecida del humanado Verbo ..... 474
De los varios favores y regalos con que el Divino Ser Trino y Uno
ostentó los excesos del mutuo amor con que estaba unido
y estrechamente enlazado con esta escogidísima alma ..... 481
Prosigue la misma materia de las demostraciones de amor
con que las tres divinas personas se comunicaban
a la sierva de Dios, cercada de oscuridades y desamparos ..... 488
De otras demostraciones del divino Amor y cuánto estorba
el amor de las criaturas al verdadero y perfecto amor de Dios ..... 495

Capítulo III: De la gran caridad que ejercitó la sierva de Dios
con todos los necesitados del mundo y de algunos efectos
de la pobreza evangélica que profesó
por todo el tiempo de su vida ..... 505
De la especialísima caridad que tenía con los pobres
y de su gran pobreza y cosas particulares
que la sucedieron en esta materia ..... 505
De su gran caridad con los enfermos y cómo con enfermedades
propias curaba las ajenas ..... 514
Del celo que tuvo de las almas y lo que padeció por ellas ..... 518
De algunos efectos de su caridad y cómo Dios la hizo
bienhechora común del mundo y despensera
de su preciosa sangre ..... 524

Capítulo IV: De varios efectos y celestiales beneficencias
que experimentó el mundo y con especialidad
los bienhechores de la sierva de Dios, por la eficacia
de sus oraciones y lo abrasado de su caridad ..... 531
De muchas conversiones de pecadores que hizo Dios
por los ruegos y clamores de esta esclarecida virgen ..... 531
De algunos casos particulares que confirman
las muchas almas que convertía Dios por la intercesión
y sumo padecer de su sierva ..... 536
Prosigue la misma materia y de varios símbolos con que mostró
Dios lo mucho que debe el mundo a la ardiente
caridad de su sierva ..... 543

Capítulo V: De varias visitas que hizo su espíritu
a los subterráneos senos ..... 553
De lo que vio espiritualmente en el terrible lugar del infierno,
destinado para las eternas penas de los condenados ..... 553
De una visión particular que tuvo la sierva del Señor
de un hermano suyo que murió sin bautismo ..... 559
De la devoción que tuvo con las ánimas del purgatorio
y de lo que padecía por ellas con varias visiones
de este terrible lugar ..... 571
Se prosigue la misma materia y de algunos casos particulares
en que se ejemplifica y confirma lo dicho
en el párrafo antecedente ..... 579

Libro cuarto. De su oración y contemplación de algunas
de sus visiones y profecías, y de su muerte y entierro ..... 587

Capítulo I: De su oración y contemplación ..... 589
Del modo de orar que comunicó Dios a su sierva ..... 589
De la perfecta contemplación y unión con Dios
que se reconoció en esta sierva de Dios, por los efectos
que notaron y calificaron con la debida y prudencial
advertencia, sus confesores ..... 595
De varios efectos al parecer encontrados de su contemplación..... 599
De otros varios casos particulares en que se declara
y confirma la doctrina de los párrafos antecedentes ..... 603

Capítulo II: De algunas de las muchas visiones que tuvo
de la Compañía de Jesús, de sus profecías
y con especialidad las pertenecientes
a su dichosa muerte y solemnidad de su entierro ..... 607
Varias visiones, en general y en particular, del gobierno
de la Compañía de Jesús ..... 607
Visiones de algunos de los colegios de la Compañía y sus súbditos .. 609
De algunas de sus profecías acerca del tiempo
de su dichosa muerte y lugar de su sepulcro..... 611
De otras visiones y profecías de su feliz muerte y de la gloria
que la esperaba en el cielo ..... 616

Capítulo III: De su última enfermedad, muerte, entierro
y honras que la hizo la piedad cristiana ..... 621

Informe de uno de los médicos que con mucha caridad
y más frecuente y dilatada asistencia visitó a la sierva de Dios ..... 621
De los principios, medios y fines de su última
enfermedad y feliz muerte ..... 624
De su entierro y cosas particulares
que sucedieron en aquellos días ..... 629
Prosigue la misma materia y otras cosas que sucedieron
al tiempo de su entierro, funeral y honras ..... 633
Epitafios que sirvieron de adorno al túmulo en el día
de las honras que le hicieron a la sierva de Dios ..... 636
Sermón en que se da noticia de la vida admirable,
virtudes heroicas y preciosa muerte de la venerable
señora Catarina de San Juan, que floreció en perfección
de vida y murió con aclamación de santidad
en la ciudad de la Puebla de los Ángeles,
a 5 de enero del año de 1688 ..... 651
Dedicatoria ..... 652
Protesta del autor ..... 655
Salutación ..... 655
Nació como aurora del Oriente ..... 657
Compárase a la luna perfecta ..... 664
El modo de escogerla fue entregársele
el Señor en su pecho, al lado del corazón ardiendo en él ... 670
Compara sus virtudes a las estrellas ..... 674
Prosigue la misma materia ..... 682
Compárase al sol en su muerte ..... 685
Dos testimonios jurídicos y comprobados de lo que sucedió
el día del entierro y de las honras de la venerable madre
Catarina de San Juan ..... 690
Testamento hecho por Catarina de San Juan, vecina
de la Ciudad de los Ángeles y distribución de sus bienes ..... 693

Capítulo IV: De otras virtudes particulares que acreditan
las virtudes de la sierva de Dios Catarina de San Juan ..... 697
De una salud repentina y prodigiosa que se atribuyó
a la sierva de Dios en la ciudad de San Luis Potosí ..... 697
De varias noticias dignas de todo crédito que pueden
conducir al conocimiento de las virtudes
de la sierva de Dios, Catarina de San Juan ..... 699
Varias noticias que nos dejó escritas de su mano y pluma
acerca de la muerte y gloria de la venerable virgen doña Juana

de Irazoqui, a quien piadosamente se puede dar crédito
por sus heroicas virtudes que deseo y espero dar a la estampa ..... 703
De otras noticias espirituales que acreditan
con probabilidad las virtudes de la sierva de Dios
Catarina de San Juan ..... 710
Último: de otras noticias que llegaron tarde a manos
del último confesor de esta sierva de Dios ..... 715

Índice de las cosas notables ..... 721

Apéndice
Adam Kaller, *Carta. Letter, Adam Kaller to Johannes Ulke,*
*8th of March 1688*. Traducción del latín
al español: Alexis C. Hellmer ..... 765

# SEGUNDA PARTE DE LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS CATARINA DE SAN JUAN, NATURAL DEL GRAN MOGOL, Y DIFUNTA EN ESTA IMPERIAL CIUDAD DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES, EN LA NUEVA ESPAÑA

*Escrita por el padre prepósito Alonso Ramos, profeso de la Compañía de Jesús, su último confesor, natural de santa Eulalia en la Vega de Saldaña, y Reinos de Castilla.*

Dedícala al excelentísimo señor don Gaspar de Sandoval[1], Cerda, Silva y Mendoza, conde de Galve, gentilhombre con ejercicio[2] de la cámara de su majestad, comendador de Zalamea[3] y Ceclavín[4] en el orden y caballería de Alcántara. Alcalde perpetuo de los reales alcázares, puertas y puentes de la ciudad de Toledo y del Castillo y Torres de la de León. Señor de las villas de Sacedón[5] y Tórtola[6]. Virrey, gobernador y capitán general de esta Nueva España, y presidente de su Real Cancillería de México.

Con licencia y privilegio.
En México, en la casa profesa, en la imprenta de Diego Fernández de León, año de 1690.

[1] Trigésimo virrey de la Nueva España. (Rosas & Villalpando, 2003, pp. 72-73).

[2] *con ejercicio*: no solo con cargo honorífico, que se simbolizaba con la llave dorada llamada llave «capona», sino con ejercicio efectivo y acceso a las habitaciones del rey.

[3] Zalamea es un municipio español perteneciente a la provincia de Badajoz.

[4] *Ceclavín*: municipio español de la provincia de Cáceres, Extremadura.

[5] *Sacedón*: municipio de la provincia de Guadalajara, dentro de la comunidad autónoma de Castilla-La Mancha, España.

[6] *Tórtola de Henares*: municipio de España que pertenece a la provincia de Guadalajara, en la comunidad autónoma de Castilla-La Mancha.

Excelentísimo señor

No era menester que diera más razones de su elección el afecto cuando es, desde luego, notoria la heroicidad y nobleza del objeto a que lo lleva su inclinación, y si a los pies de vuestra excelencia busca el mío, con la más ilustre sombra a su defensa, las más seguras luces de su patrocinio, sobrado era averiguarle proporciones a mi oferta por el título, materia y sujeto de este libro, pues que para su protección sin andar mendigando más razones, sobran títulos solo en la grandeza de vuestra excelencia, a quien dando glorioso vuelo lo amable de su benignidad generosa, aun con los más pequeños, se sabe siempre proporcionar como sea para favorecer. En solas tres palabras cifró allá Tobías el anciano[7] todo lo que podía ponderar en muy prolijas recomendaciones cuando le entregaba al amparo de su patrocinio no menos que un hijo, al Arcángel Rafael[8]. Habíale este con rebozo sagrado de misterio nombrándole por padre suyo no sé qué Ananías[9], cuya grande nobleza debía de ser en aquella tierra tan realzada, tan notoria y tan conocida, como si acá en nuestra Europa dijéramos: «Diciendo[10] de los Silvas, de los Sandovales, y de los Mendozas». Y apenas el anciano padre oyó aquel nombre cuando muy seguro le entregó en su protección a su hijo sin decirle más que tres palabras: «Ex magno genere es tu», eres de gran linaje; pues no tengo más que decirte, que cuanto pudieran solicitar en prevenidos ruegos mis temores, todo me lo aseguran de tu nobleza los timbres[11], sobradas serán a tu recomendación mis palabras si corren eficazmente mudas tan heroicas obligaciones por tus venas, y para que la prenda de mi corazón que te ofrezco tenga toda la protección que le deseo en tu patrocinio, bástame a mí saber cuánta es la grandeza que colorea de gloriosos esmaltes tu sangre: «Ex magno genere es tu».

Así he hablado, señor, en persona del anciano Tobías, temeroso de apropiar a mi pluma el celebrar de la excelsa casa de vuestra excelencia los reales blasones que, o ya por gloriosa descendencia derivados o ya

[7] *Tobías*: todo esto evoca el *Libro de Tobías* de la Biblia.

[8] En su lecho de muerte, Tobías mandó a su único hijo a cobrar un préstamo que había dado. Sin saberlo, pidió a un desconocido que llamado Azarías que lo cuidara en el viaje. Azarías era el Arcángel Rafael. El nombre del supuesto padre es Ananías. Enmiendo.

[9] Por error el original trae «Azarías», que es el nombre del ángel.

[10] *Diciendo*: 'deciendo, desciendo'; referido a la genealogía.

[11] *timbres*: «acción gloriosa o cualidad personal que ensalza y ennoblece» (DRAE).

por reunidos en casamientos a la sangre real de Castilla, León, Aragón y Francia, bien han menester las ilustres fatigas de mejor pluma que la mía que, alcanzando con su vuelo a los confines todos de la Europa escoja de toda ella la mayor nobleza si ha de celebrar de la casa de vuestra excelencia los timbres que si esparcidos por las edades han dado siempre tan copiosa como heroica materia a las historias, recogidos después por el diligente historiador de la Casa de Silva[12], aun en dos grandes volúmenes no caben. No caben, dije, o porque el tropel[13] glorioso de heroicas proezas estrechó oprimida en concisiones a la brevedad, o porque llegando solo a rayar en los arreboles[14] primeros de las niñeces y juventud con que vuestra excelencia, héroe ya desde el albor[15] primero en los puestos correspondientes a su sangre empezó desde luego[16], a desadeudarse de tantos heredados ilustres empeños a precio bien cumplido de relevantes personales prendas en el palacio de nuestro mayor monarca y señor, que Dios guarde. Que ni menos escuela bastaba a las niñeces de tan gran príncipe ni palestra menos gloriosa, sería proporcionada a ejercitar la juventud que se deslindaba ya a los más soberanos y aun regios empleos. Pero en fin el historiador, porque no le dio más el tiempo, deja a vuestra excelencia gentil hombre de la cámara de su majestad con la llave en la mano, si antes impedida su entrada a las pocas fuerzas que le daban los años, después concedido ya su ejercicio a la mejor eficacia de sus méritos, y para aquella pluma dejando a vuestra excelencia con la llave en la mano aún más que para penetrar con tan sublime cargo al sagrado soberano de los reales retretes fue decirnos que tenía vuestra excelencia en su mano adquirida ya la llave para entrar al templo de la Fama, donde si tanta atesoraron en heroicas proezas sus generosos ascendientes, vuestra excelencia las va copiando ya, como lo vemos, lo aplaudimos y lo gozamos, mudada por felicidad de estos reinos en bastón la llave[17], aunque manejando mejor con lo amable y pacífico de

[12] *Casa de Silva*: familia noble española de origen portugués. Luis de Salazar y Castro publicó en 1685 la *Historia genealógica de la Casa de Silva*, en dos volúmenes, Madrid, Melchor Álvarez y Mateo de Llanos, obra a la que se refiere el P. Ramos.

[13] *tropel*: abundancia.

[14] *arrebol*: color rojo; se aplica a varias cosas, en especial a la luz del amanecer, que es el valor metafórico que tiene en el texto para aludir a la infancia y juventud del noble.

[15] *albor*: amanecer, primera luz de la mañana.

[16] *desde luego*: inmediatamente.

[17] Ha cambiado la llave dorada, que era insignia de gentilhombre de la cámara del rey —llave honorífica, sin ejercicio de abrir realmente las puertas—, y luego la llave

su gobierno la llave de los corazones.Y si tan aprisa va vuestra excelencia acumulando nuevo tropel de glorias a su casa, dije bien que en dos volúmenes no caben las grandezas de la Casa de Silva, pues al paso que se van volviendo las hojas de los días va vuestra excelencia previniendo nuevo realzado argumento a los volúmenes de su historia. ¿Y cómo podría mi pluma alcanzar a su celebridad cuando de tan grande materia aun la oprime solo la insinuación?

En su antigüedad siempre venerable halló a los grandes historiadores que, conspirando en las veneraciones, se compiten entre reñidas controversias. Los unos buscando entre los godos[18] lo más heroico y los otros averiguando entre los romanos lo más sublime y todos haciendo así más plausible el elogio que a la Casa de Silva dio el antiguo Juan Ruiz de Saa[19] cuando dijo que: «Naom se acha entre á gente mais antiga generacam». Discurren unos ocho siglos de grandeza desde Alderedo, príncipe godo, que en tiempo del rey don Ramiro I[20] tuvo la dignidad de conde palatino, por los años de 840. Los otros con más heroico vuelo hallan el origen de los Silvas, aun antes que el de los romanos, desde aquel tan célebre Eneas Silvio[21], hijo del gran troyano Eneas, y fundador de la antigua Alba Longa[22], quedando desde allí por Rea Silvia[23] sus dos insignes nietos Rómulo y Remo: de la que había sido selva en la contingencia del nacimiento de Silvio, hicieron que naciera la más populosa ciudad para ser cabeza del orbe, desde donde partiendo Rómulo con la ciudad el nombre y el apellido con su familia, logró así que con la mayor ciudad compitiera de glorias la selva, dándole esta tantos Silvios cónsules, pre-

real que abría puertas, por el bastón de mando de capitán general en su virreinato de la Nueva España.

[18] Los godos fueron considerados en el Siglo de Oro el origen de la nobleza española.

[19] Juan Ruiz de Saa fue Alcalde mayor de Oporto y embajador a Carlos V (Salazar y Castro, 1795, p. 14).

[20] Ramiro I de Asturias (790-850) fue rey entre los años 842 y 850, durante su reinado se construyeron numerosos monumentos de estilo ramirense, uno de los más representativos es el palacio de santa María del Naranco.

[21] *Eneas Silvio*: mítico rey de Alba Longa, hijo de Eneas y de Lavinia según algunas versiones. En general a este personaje se le atribuye el nombre de Silvio; Eneas Silvio sería el hijo de Silvio, y nieto de Eneas.

[22] *Alba Longa*: según la mayoría de las versiones la ciudad de Alba Longa fue fundada por Ascanio, hijo de Eneas, hermano de Silvio.

[23] *Rea Silvia*: madre de los gemelos Rómulo y Remo, fundadores de Roma.

tores[24] y tribunos a sus tribunales políticos, como militares Silvios, que llenaron de triunfos sus ejércitos, derivándose continuado este glorioso apellido por los siglos sin dejarle de oír el renombre de Silvios o Silvanos en todos los primeros empleos y más honrosos puestos de los palacios de los emperadores de oriente como discurre y prueba de propósito Juan Bautista Labaña[25], siguiendo con iguales veneraciones este origen mismo, otros doce historiadores que cita don Luis de Salazar y Castro[26] y entre ellos el doctor Salazar de Mendoza[27], con razón venerado en la historia, y nuestro Juan Luis de Cerda[28], tan por todos títulos aclamado en la erudición. Pero ceñido a más escrupulosa puntualidad de noticias don Luis de Salazar y Castro le averigua origen no menos glorioso a tan heroica genealogía, trayéndola por continuada línea desde el primer don Fruela, rey de León[29], por su insigne hijo, el infante don Pelayo Peláez[30], desde donde siendo ya tan sublime el vuelo, fue tomando la familia de los Silva con tanta heroicidad el remonte que, pudiendo dignamente en cada uno de sus descendientes empezar las cabales glorias de una gran casa, atropadas todas en los que nuevos los siguen, han venido a juntar en una casa los decorosos lustres de la mayor nobleza que venera toda la Europa.

Ello, señor, pareció desde luego presagio dichoso de la casa de vuestra excelencia que, cuando los más esclarecidos linajes se contenta nuestra lengua con llamarlos del latín *estirpes* o *plantas,* por lo que de un tronco ilustre brotan, se elevan y suben heroicas ramas, la genealogía de vuestra excelencia pareciendo poco expresiva voz llamarla solo *estirpe*, desde luego se apellidó *Silva*, como que previniese que no ciñéndose a

[24] *pretor*: «magistrado romano que ejercía jurisdicción en Roma o en las provincias» (DRAE).

[25] *Juan Bautista Labaña*: fue cartógrafo y geógrafo portugués. Ocupó el cargo de cosmógrafo mayor del Consejo de Indias y la cátedra de Náutica de la Academia de Matemáticas de Madrid. (Sánchez, 1934, p. 17).

[26] Luis de Salazar y Castro en la obra genealógica citada.

[27] *Pedro de Salazar y Mendoza*: historiador español. Canónigo de la catedral de Toledo y administrador del Hospital de san Juan de Toledo (García, 1998).

[28] *Juan Luis de Cerda*: fue un jesuita y humanista español (Gómez, 2013).

[29] *Fruela II rey de León*: de León fue rey este Fruela II, rey de Asturias entre 910 y 924, y posteriormente rey de León desde 924 hasta su muerte. Fruela I fue rey de Asturias.

[30] *Pelayo Peláez* (1056-1095): según algunas de las versiones genealógicas sería hijo o nieto de Pelayo Fruela, el Diácono, que fue hijo de Fruela Jiménez, y este a su vez hijo de Fruela II.

lo que puede brotar de muchas ilustres ramas una planta sola, se había de ilustrar esta familia con tantas generosas plantas que mereciese el renombre, no ya de estirpe sino de *silva*, no de un árbol solo, aunque fecundo producidor de nobles, sino de toda una selva de príncipes. Así lo admira la Europa si atiende solo al esplendor nativo de la casa de vuestra excelencia y así lo venera si atiende lo que tan heroicamente ha adquirido. En lo nativo después de tantos títulos y casas muy ilustres, tienen la baronía[31] de Silva diez grandes[32] de Castilla, y en lo adquirido salen ya del número cuanto se exceden en la grandeza las casas que acopiando sus luces al esplendor de los señores duques de Pastrana[33], se han sublimado tanto que intentar numerarle lo que abraza en la Europa de linajes grandes, sería querer contar los ramos a una grande selva. Y así afirma el citado don Luis de Salazar solo en la línea de los duques de Pastrana ha habido de cien años a esta parte diecisiete casamientos de herederas y las cinco de casas a que está unida la grandeza de Castilla, siendo alguna de tal magnitud que, según Salazar de Mendoza, tiene en España noventa mil vasallos en ochocientas villas y lugares.

Insinúa aquí ¡oh cuánto de grandeza! en la excelsa Casa de los señores duques del Infantado, que por la excelentísima señora doña Catarina Gómez de Sandoval[34], Mendoza de la Vega y Luna, unidas a la gran Casa de Silva hacen en vuestra excelencia salir tan de madre[35] la avenida a que conspiran raudales tan copiosos de glorias que no hallándoles orilla el elogio, solo pueden caber en los senos de una muda veneración. Dichosa descendencia, diré yo, con duplicados títulos, lo que de sola la del Infantado, dijo el maestro fray Antonio de Heredia[36]: «Dichosa descendencia, cuyas líneas tocan en toda la nobleza de España y Europa sin duda

[31] *baronía*: dignidad de barón; territorio sujeto a la autoridad de un barón.

[32] *grandes*: era la categoría mayor de los títulos de nobleza en España; la grandeza la podían tener títulos de diversas categorías, y llevaba anejos una serie de privilegios, como poder estar cubiertos delante del rey.

[33] El Ducado de Pastrana es un título nobiliario español creado en 1572 por Felipe II. Está ubicado en la localidad de Pastrana, en Guadalajara, España. (De Cadenas & De Cadenas, 2001). En el XVII la casa principal del linaje de los Silva fue la Casa de Pastrana. El primer duque de Pastrana fue Ruy Gómez de Silva.

[34] *Catarina Gómez de Sandoval*: fue la octava duquesa del Infantado. Duquesa consorte de Pastrana. (De Cadenas & De Cadenas, 2001).

[35] *salirse de madre*: salirse el agua del cauce (madre) de un río, como sucede en una riada o inundación. Uso metafórico aquí en forma de alegoría o metáfora continuada.

[36] *Antonio de Heredia*: autor y cronista español. (Aguilar, 1981, p. 854).

alguna y así podemos decir que en nuestro Marqués de Santillana»[37] (tronco ilustrísimo de los señores del Infantado) «se cumplió, lo que dice el Espíritu Santo: «Potens in terra erit semen eius, generatio rectorum benedicetur: gloria, & divitia in domo eius»[38].

Tan heroico esplendor, tanta sublimidad, tanta grandeza es la que halló vuestra excelencia prevenida en su dichosa cuna. Favor inestimable más parece, que le embargó a vuestra excelencia la gloria de adquirirla, pero será, sin duda, más glorioso timbre que sea vuestra excelencia quien, ya que no pudo ganarle la grandeza a su casa, le adelante los ventajosos excesos con que se sublima al ápice de la celsitud[39] más gloriosa. Forzoso me es dar aquí las puntuales palabras del historiador de la Casa de Silva: «Excede» dice

> también esta familia a todos los otros linajes en el número de grandes que hoy tienen su baronía en Castilla porque siendo los que más grandezas gozan el de Enríquez, el de Portugal y el de Acuña, ninguno pasa de tres grandezas que son el primero, el almirante de Castilla, el marqués de Alcañices, y el conde de Alba de Liste. Del segundo, el conde de Oropesa, el conde de Lemos, y el duque de Veraguas. Y del tercero, el duque de Escalona, el duque de Osuna, y el duque de Uceda. Pero la Casa de Silva tiene cuatro grandes que son el duque de Pastrana, el duque de Híjar, el marqués de Aguilar, y el conde de Galve que se cubre[40] en calidad de marqués de Mondéjar.

He dado las palabras algo prolijas porque con ellas no es menester muy prolija calculación para reconocer quién gana las ventajas a la Casa de Silva. Tres a tres está en las grandezas con los otros ilustres linajes de su baronía. ¿Pues quién es el cuarto grande que en competencia tan gloriosa adelanta los excesos en la grandeza? El conde de Galve, que se cubre en calidad de marqués de Mondéjar. ¡Oh! allí, señor, lo declaré como esperamos la justificación como lo aclama con tan claras expresiones el derecho. Más sin duda la detención[41] del sombrero que le es tan

[37] *Marqués de Santillana*: don Íñigo López de Mendoza, cabeza de la casa ducal del Infantado. (Suárez, 2001, p.112).

[38] Cita de *Salmos*, 111, 2-3.

[39] *celsitud*: «elevación, grandeza y excelencia de alguien o algo» (DRAE).

[40] *se cubre*: porque los grandes, como se ha dicho podían estar cubiertos con el sombrero delante del rey.

[41] *la detención*: la espera.

justamente debido a vuestra excelencia ha sido para que primero más al descubierto vea el mundo a las luces de sus soberanas prendas en la persona de vuestra excelencia, la grandeza que la reconozca por el realce del título hereditario antes que por este que le dio la suerte. Es vuestra excelencia grande por los méritos que tan dignamente le ganaron en su historia las dos líneas del más inestimable precio: hacia los hombres lo amable y hacia Dios lo piadoso. «Aumentando», dice allí don Luis de Salazar, después de insinuar en vuestra excelencia las primeras niñeces de príncipe, «aumentando con los días nuevas circunstancias a las amables prendas que naturalmente lo adornan». ¡Oh, qué dijera si hubiera alcanzado a vuestra excelencia en el auge soberano del gobierno de que tantas congratulaciones se da este Nuevo Mundo! ¡Cuántas nuevas y muy heroicas circunstancias, no por días aumentadas sino atropadas por horas, pudiera expresar de la nobleza de su condición, de la humana generosidad de su trato, de la amabilidad de su genio y, lo que más pesa en gobierno, de la circunspección vigilante de su alta comprensión, de la atenta equidad de su justicia y de la prudente eficacia de su celo que, confederándose todo, nos forman un gobierno tan amable como pacífico a común bien de los pueblos y servicio de ambas majestades sin que cuidados de tan gran peso alcancen a estorbar en vuestra excelencia aquellos ejercicios de cristiana piedad y religión que, si en Madrid fueron dignamente plausibles, en México son aún más debidamente venerables, con que a la presencia y ejemplo del príncipe tan repetidamente a los templos se afervora el pueblo, se alienta la piedad, se adelanta la devoción, y se promueve la celebridad en los divinos cultos.

Así abisagra[42] vuestra excelencia lo grande en lo cristiano como en lo príncipe desempeñando en uno y otro ejemplares muy sagrados de su ilustre genealogía. No hay espacio de mencionar otros cuando bastan aquellos dos hermanos en la sangre y en la santidad, hijos del gran Ruy Gómez de Silva[43], y fundadores ambos de dos ilustrísimas religiones. La beata doña Beatriz de Silva[44], que después de dama muy celebrada de la serenísima reina doña Isabel, fue y será más dignamente celebrada por

[42] *abisagrar*: «articular dos piezas con un mismo eje» (DRAE); 'funde, reúne'.

[43] *Ruy Goméz de Silva*: príncipe de Éboli, importante aristócrata portugués en la corte de Felipe II en España. Compró la villa de Pastrana en España, en el año de 1569, donde fundó su mayorazgo y casa. (Rocafort, 2007).

[44] *Beatriz de Silva*: hija de Ruy Gómez de Silva, fue una religiosa portuguesa, fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción. (Leonardi, Riccardi & Zarri, 2000, pp. 322-323).

fundadora de las monjas de la Concepción Purísima de María, cuyos admirables ejemplos, si bien han alcanzado a todo el orbe, se eternizan con especial edificación en el Convento de la imperial Toledo, primer plantel dichoso de azucenas tan puras. El otro, el beato Amadeo[45], nombre con que ocultó el ilustre apellido de su casa[46], antes llamado Juan de Meneses de Silva, para entregarse entre su humildad, oculto a una vida tan prodigiosamente austera, que fue el fundador de la primer reforma del Orden de san Francisco en Italia, y de quien dice don Gerónimo Mascareñas[47] en su vida: «Por todo es sin duda uno de los maravillosos héroes de la iglesia, honra de su religión, crédito de España, gloria de Portugal, único resplandor de la ilustrísima familia de los Silvas»[48]. Elogio que acredita por muy debido el libro que escribió de sus revelaciones (si no lo hubieran adulterado las impresiones como se sospecha) y que intituló con razón *Nuevo Apocalipsis* y se dice que le enterraron con él en la mano y que en el pergamino por la parte de fuera está escrito: «Aperietur in tempore», alusión que con sagrada correspondencia me lleva de la Casa de Silva a la de Mendoza[49] por el ilustrísimo señor don Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, tronco ilustre de los señores duques del Infantado de quien refiere fray Antonio de Heredia, que tuvo por divisa —con que ocultaba, conforme al estilo de los grandes príncipes, su concepto—, una celada[50], no abierta sino cerrada, la cual divisa no descifró hasta la hora de la muerte en la cual tomando una vela en la mano, dijo: «¿Y para qué descubrimos la celada?». Palabras con que declaró a un tiempo su piedad y su divisa y dio a entender que la celada en que había ocultado sus mayores timbres era la de la muerte que escapar con bien de ese enemigo puesto siempre en

[45] *Amadeo*: Juan de Menes y Silva, hijo de Ruy Gómez de Silva. (Salazar y Castro, 1685, pp. 33). Reformador de la orden franciscana y fundador de los amadeístas.

[46] *casa*: «familia».

[47] *Gerónimo Mascareñas*: escritor y eclesiástico de origen portugués. (Cid, [s. a], p. 155). Escribió *Amadeo de Portugal, en el siglo Juan de Meneses de Silva*, Madrid, Diego Díaz de la carrera, 1653.

[48] Mascareñas, *Amadeo de Portugal,* fol. 59r.

[49] La casa de Mendoza es una casa nobiliaria española. Ha sido cuna de uno de los linajes más ilustres y prolíficos de la historia española, extendiéndose por toda España y América. (Nader, 1986).

[50] *celada*: «pieza de la armadura que servía para cubrir y defender la cabeza». (DRAE). Era la divisa del marqués de Santillana, con la letra «Dios e vos». La anécdota de la explicación en el lecho de muerte es bien conocida en las biografías del marqués. La palabra *vos* significa la Virgen María.

emboscada, es la más importante victoria de la vida. Así fue en la piedad nivelada con tan heroicos ejemplos su vida que con mucha razón pudo tener por su mayor timbre descubrir aquella celada. ¿Cómo pues tan altos ejemplares no habían de alentar en vuestra excelencia si hacia lo príncipe las acciones heroicas que aplaudimos, hacia lo cristiano las virtudes y ejemplos que veneramos?

Motivos todos muy eficazmente seguros para que en la benignidad de vuestra excelencia halle esta mi obra seguro el patrocinio, pero aún me alienta más y aún me compele el sujeto de mi historia la venerable Catarina de San Juan, cuanto en su pequeñez humilde, abatida en su desprecio, sumida en su encogimiento, y poco menos que nada estimación tanto más digna por eso de que la grandeza de vuestra excelencia le dé grata acogida en su palacio. Así parece que lo previno el que mejor supo de los palacios. Cuenta Salomón[51] los cuatro animalejos más pequeños que hay en la tierra: la hormiga, langosta, el gazapo[52] y el estelión[53], pero aun de estos el estelión no pareciéndolo en el cuerpo lo atiende el sabio rey como el más pequeñuelo de todos en el desamparo porque los otros, en fin se amañan a despicar con la industria su pequeñez pero el estelión del todo destituido es el que más necesita del ajeno favor. La hormiga a mañosa solicitud de su diligencia y adelantadas prevenciones de su industria vence lo que le escaseó la naturaleza de fuerzas. El gazapo asegurando entre las piedras su guarida, libra en la ligereza de su fuga los sobresaltos de su miedo, y la langosta, atropada en escuadrón volante, vence y destruye por unida lo que jamás pudiera por sola. Pero el estelión ¿de qué podrá valerse si aun las manos que pudieran ayudarle a su industria se las embarga el movimiento «manibus nititur»? Tan abatido lo formó naturaleza, que su ponerse en pie es quedar caído sobre las manos. Pues por eso mismo es el mejor librado de todos por más destituido entre los pequeñuelos viene a hallar acogida y morada en los palacios: «Stellio manibus nititur, & moratur in domibus regum», y si aquí hemos de dar crédito a los intérpretes a toda esa eminencia lo conduce la justa admiración que de ahí tomó su nombre en el hebreo dándole este lugar en los palacios donde no se saben admirar de lo vulgar. Y ¿qué cosa más admirable que a un animalejo tan abatido a la

[51] *Proverbios*, 30, 24-28.

[52] *gazapo*: «conejillo tierno de no muchos días» (DRAE).

[53] *estelión*: especie de lagarto de piel estrellada. Las traducciones de la Biblia vierten el *stelio* de la Vulgata, a veces por lagartija, a veces por araña...

tierra así trasladase todo el cielo sus luces[54] y que como de competencia benigna en el que la tierra desprecia se dignase el cielo de retratar sus estrellas? A un justo que en el abatimiento de una simplicidad humilde goza del cielo las luces más soberanas atiende a mejor viso en el estelión san Gregorio el Grande, y si yo individuo más su sentir con bien genuina proporción, miro en él un retrato de la venerable Catarina de San Juan, en la suerte del mundo abatida, en los humanos ojos despreciable, y mucho más en el encogimiento de su propia humildad y en la pequeñez de su propia estimación tan deprimida como el estelión pero a ese paso mismo tan ilustrada del cielo con soberanas luces, tan adornada de mejores estrellas, tan elevada entre divinas ilustraciones que, cotejando esta sublimidad con aquel abatimiento, solo puede juntar al aplauso tan prodigiosos extremos la justa admiración que, para lograr sus cabales, busca en el palacio de vuestra excelencia el patrocinio: «Stellio manibus nititur, et moratur in domibus regum», que espero será para corresponderle a vuestra excelencia desde el cielo con aquellas luces con que aun estando en la tierra patrocinó siempre con sus oraciones a los señores virreyes predecesores de vuestra excelencia, extendiendo desde su humilde rincón su celo, ya a prevenir buenos sucesos al gobierno, ya a asegurar con su defensa todos los puertos de las Indias, ya a convoyar[55] con su patrocinio las flotas, y ya (lo que era continuo asesado[56] de su amor y frecuente piadoso tributo de su fidelidad) a alcanzar con sus oraciones la felicidad de nuestro católico monarca y señor, que Dios guarde. Y quién duda que la que solo motivada de su caridad así empleaba sus oraciones en la tierra, ahora en el cielo corresponda con especialidad a vuestra excelencia, empeñada con su patrocinio. Así sea, señor, y guarde Dios para felices progresos del bien público, la excelentísima persona de vuestra excelencia, los felices años que desean todos.

Excelentísimo señor.

Beso la mano de vuestra excelencia su menor capellán.

Alonso Ramos.

[54] Por las estrellas de su piel.

[55] *convoyar*: «escoltar lo que se conduce de una parte a otra, para que vaya resguardado» (DRAE).

[56] *asesado*: «prudente, de buen juicio» (DRAE).

*Parecer del muy reverendo padre maestro fray Juan de Gorospe, rector y regente primario que fue del Real Colegio de San Luis. Provincial actual de la provincia de san Miguel y santos Ángeles, Orden de Predicadores de la Puebla.*

Excelentísimo señor.

*Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia de la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*, restituye a la luz y a la inspección pública, en este segundo libro el muy reverendo padre maestro Alonso Ramos de la Compañía de Jesús, Prepósito de la Casa Profesa de México.

Y siendo así que faltando antes planas que materia a la pluma, no acabo de admirar el primero, excedido en este de las superiores virtudes que copia, ciego a tanta luz o anegado en tan profundo mar, necesito de uno y otro milagro o para no dejarme llevar allí de la corriente de sus perfecciones hasta perder el pie en el insondable piélago de sus alabanzas o para volver a ver aquí los resplandores de su vida que alumbra desde las sombras del sepulcro en que yace: «Non dum enim primum satis admiratus, a secundo obruor, et iterum in alium exalio transmitor miraculo»[57]. No dudo que milagros como estos suelen tener riesgo que el de Lázaro que al paso que son prodigiosas las obras, han de dar su voto y parecer contra las vidas: «Oportet ut unus moriatur homo: Lazarum interficerent»[58]. Como si siendo el sobrescrito[59] la omnipotencia, no prevenga el autor de la vida el testimonio al crédito para que sabido el imperio de la voz divina en las criaturas más quede las dudas su gloria. Este peligro no ha tenido esta obra que en gloria de su autor tiene tanta opinión en su boca como en su pluma, dándole cita el vuelo que se ha visto para que se divulgue por el orbe su fama: «Splendor operis, et opinionis in gloria tua conveniunt; opinionem opus probat ubique volans tua fama»[60].

Sobre la base de la humildad se eleva la fábrica, no tocará en los cielos su altura a no echar tan profundas raíces su conocimiento en la tierra.

Caen para siempre las estatuas de oro[61] que paran en cenizas y una chinita caída y arrojada a los pies, se erige en monte que llena los espacios de la admiración y del mundo. Cuando los montes excelsos se

[57] San Basilio, de Seleucia, *Oratio in duos evangelii caecos*.

[58] *San Juan*, son dos pasajes de 11, 50 y 12, 10.

[59] *sobrescrito*: «texto que se escribía en el sobre o en la parte exterior de un pliego cerrado, para darle dirección» (DRAE).

[60] Cita con alguna variación de san Bernardo, epístola 95 al arzobispo de Évora.

[61] Es la estatua de oro con pies de barro del libro bíblico de *Daniel*, 3.

humillan por hinchados, los valles se llenan de celestiales rocíos por humildes. Aquel admirable desprecio de su persona, reputándose por bestezuela ruin es calificación de la sabiduría que la matriculó en los generales de la Compañía para que fuese en su concepto la mínima, pero en el dictamen de sus confesores la máxima por las luces que comunicaba a sus maestros. Es divina y muy de la ocasión la sentencia del sabio en los Proverbios[62]: «Quatuor sunt minima terra, et ipsa sapientiora a sapientibus. Formica: populus infirmus. Lepusculus plebs invalida. Regem locusta no habet. Stellio, manibus nititur, et moratur in domibus regum». No hay en el aprecio de la naturaleza cosa más baja que estos animalillos enfermos, desvalidos, sin respecto, sin alas pero bien conoció lo que son quien los ofrece a admiración no por la grandeza que abulta en el león arriscado ni por el vuelo que le dan al águila altiva ni por la hermosura corporal en que adora el pavo real necio, sino por las virtudes que sin cuerpo caben en la hormiga diligente. ¡Qué próvida[63] en el recato con que la liebrecilla busca la seguridad en el escondrijo!, ¡qué discreta en la desconfianza con que la langosta no se atiene a sí sino a su compañía!, ¡que prudente en el desprecio con que se contenta con un rincón la araña[64]!, ¡que cuerda la venerable Catarina, dado que fuese como ella presumía, bestezuela ruda, bozal, digna de vivir entre los brutos! Sus virtudes dicen lo que fue y Dios lo que será. No quiero decir lo que se me ofrece por no acordarme de las terribles palabras de san Gregorio[65] que se admira que la araña sin alas sube aunque arrastrada a los palacios regios cuando las aves que se remontan suelen fijar el pie en los zarzales: «Plerumque enim aves quas advolandum penna sublevat invepribus resident; et estellio, qui ad volatum pennas non habet, nitens manibus, regis edificium tenet». Pero no puedo dejar de admirar que una mujer en el vulgar concepto china, inculta en la conversación de los estrados, bozal en el lenguaje de la política, ignorante en la noticia de las ciencias, totalmente negada al comercio de las personas eruditas, sin más libro que su conocimiento sin más maestro que sus temores, suba a la cumbre de la virtud cuando puede ser que los que escalan con discursos

[62] Ya se ha anotado este lugar, que ahora se repite.

[63] *próvido*: «prevenido, cuidadoso y diligente para proveer y acudir con lo necesario al logro de un fin» (DRAE).

[64] Traduce como araña lo que es *stellio*, estelión, en la Vulgata.

[65] *Morales*, libro 6, cap. 5.

sutiles los arcanos de la divinidad, no den un paso, torpes en la senda de la ley y de la perfección.

El santo doctor pudo hablar de los sabios que así discurren pero yo no me valgo de sus palabras más que para los humildes, como la venerable Catarina que así obran: «Quia nimirum sepe ingeniosi, quique dum negligentia torpent, in pravis actionibus remanent; et simplices, quos ingenii penna no adiuvat obtineda eterni regni munia levat virtus operationis»[66].

No hay cosa que pueda poner en duda la impresión de esta obra, por ser tan ajena de vicio como de censura su autor, que puede estampar este libro fiado en aclamación con que corre el primero: «Cum tibi in illis fuerit secundus eventus, quid ambigis, et hoc publico dare, qui iam cognosceris dicendi tyrocinia posuise?»[67]. Así lo siento, *salvo meliori*[68] etc.

Convento de nuestro padre santo Domingo de la Puebla, abril 3 de 1690 años.

Fray Juan de Gorospe.

El excelentísimo señor conde de Galve, virrey de esta Nueva España, concedió su licencia, atento el parecer del reverendo padre maestro fray Juan de Gorospe. Por decreto de 5 de abril de 1690 años.

*Parecer del padre José Vidal, profeso de cuarto voto*[69] *de la Compañía de Jesús.*

Ilustrísimo y reverendísimo señor.

En la prodigiosa vida de la venerable virgen Catarina de San Juan que con tanto acierto y no duda con disposición del cielo, ha escrito el padre Alonso Ramos, prepósito de nuestra casa profesa de la Compañía de Jesús de esta ciudad de México he leído de orden y mandato de vuestra Ilustrísima, admiro de suerte los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia que, embargada toda la atención en justas admiraciones, apenas le queda lugar a la censura para la ejecución del mandato, prorrumpiendo aquí, como los hebreos allá: «Manhú, manhú?», «Quid

[66] En el mismo lugar de las *Morales* de san Gregorio.

[67] Cita del Praefatio de Casiodoro a *Variarum libri duodecim*, párrafo 11.

[68] *salvo meliori:* 'salvo mejor opinión', fórmula usual en las censuras.

[69] *cuarto voto*: el cuarto voto de los jesuitas (además de pobreza, obediencia y castidad), que prometía especial obediencia al papa.

est hoc?» «¡Qué es esto! ¡Qué es esto! ¡Qué es esto!»[70]. ¿Qué había de ser sino el dedo soberano de Dios? Digitus Dei est hic[71], y su poderosa mano que iba trazando en el alma de su querida esposa un regalado maná para su Católica Iglesia como discípulo el otro para su escogido pueblo, blanco que fue de sus arrebatadas admiraciones: «Manhú, quid est hoc?».

Si se mira la esclarecida vida de esta piadosa virgen toda ella es un maná saludable y muy gustoso al paladar de todos y de cada uno en particular[72], no solo por la suavidad de estilo con que su autor la ofrece sino porque habiendo querido nuestro Señor que fuese su amada Catarina singular en todos los estados, todos los estados tienen que admirar que aprender y que imitar en ella con cuyos ejemplos pueden apacentar sus almas cada uno según las obligaciones del que profesa. Pues es un dechado práctico de quien pueden sacar desde la más pobrecita esclava hasta la más calificada nobleza y desde el religioso más perfecto hasta el ánimo más relajado, singulares documentos y doctrina no común para adelantarse el camino de la virtud. Aquí tienen los religiosos, los seculares y mujeres, un vivo ejemplar de todas las virtudes, no solo las que componen y pide el estado de la religión y los demás pero aun los sutiles y delicados puntos de perfección más acendrada[73] que le engrandecen. Es esta vida camino real de la perfección para correr con toda seguridad, siguiendo las pisadas generosas de su alentado espíritu y valor en sus victorias de sus pasiones, en el recato sumo y bien necesario por la guarda de la vistosa, fragrante y delicada azucena de la angelical pureza, en la abnegación total de su propio juicio, humildad profunda, obediencia ciega a sus confesores, amor ardiente a su Dios, caridad encendida con sus prójimos, que si esta se califica por boca del Señor la más perfecta cuando llega a ofrecer su alma por el bien de sus prójimos, la de nueva esclarecida virgen fue tan ardiente que por el verdadero bien y salvación de las almas, se crucificaba a penitencias, se consumía en ayunos y en

[70] *Éxodo*, 16, 15: «Quod cum vidissent filii Israël, dixerunt ad invicem: Manhu? quod significat: Quid est hoc? ignorabant enim quid esset. Quibus ait Moyses: Iste est panis quem Dominus dedit vobis ad vescendum». Es la exclamación con la que los israelitas se admiran del maná.

[71] *Éxodo*, 8, 19.

[72] Se considera por muchos expositores que el maná sabía a cada uno de manera diferente, según sus gustos favoritos. Por eso es manjar gustoso para todos y para cada uno en particular.

[73] *acendrada*: purificada en el crisol, como se hace para purificar los metales.

continuas vigilias empleadas en fervorosa oración. Clamaba a Dios por ellas y se ofrecía a pasar por su remedio lo más penoso de las tribulaciones y lo más arduo de los trabajos para que, apartadas del camino lamentable de la perdición, se redujesen a la felicidad del cielo.

Aun los más tibios y del todo perdidos se alentarán con fervorosos deseos a la imitación de tan heroicas virtudes. Pues si se cuentan en ella muchos favores, visiones y regalos del cielo que ni se han de pedir ni desear y mucho menos felicitar de nuestra parte, por ser gracias sobrenaturales que el Señor las comunica a quien gusta y que esto pudiera ser excusa a los ánimos desganados o atediados de la virtud, dando por razón lo peligroso y lo inasequible de semejantes favores por ser del todo sobre sus flacas y débiles fuerzas, pero como pondera san Juan Crisóstomo: «Tuviera lugar esta excusa a su tibieza si les pidiera Dios semejantes visiones, arrobamientos, etc.». Si «operationum virtus quareretur haberet locum ista responsio»[74], mas como no pide Dios estas maravillas sino virtudes sólidas, humildad profunda, obediencia ciega y las demás que suelen ser como disposiciones con que el alma humilde obliga a Dios con semejantes favores y regalos, no tiene lugar la excusa o el pretexto aparente para quedarse en su tibieza y no aspirar al cumplimiento de la voluntad divina. Si veo, prosigue el santo, «vite a nobis observantia, conversationisque requiritur; si obedientia perfectio, quid facit ad hec ista narratio?». Y más cuando está tan llena de virtudes tan sólidas esta historia y la narración de ellas entretejida con las ponderaciones graves, devotas y eficaces a la imitación de tan seguras virtudes y que los que las leyeren con atención y cuidado se alentarán con este vivo ejemplar a seguir huellas bien estampadas que dejó una delicada pero varonil mujer. Y más cuando este debe ser el fin y motivo, como pondera san Gregorio[75], y aun el efecto feliz que se debe sacar de las vidas historiadas de personas ilustres en santidad para que los remisos y tibios que no se mueven por los consejos evangélicos ni se dan por obligados a los preceptos, se alienten con generosidad con los ejemplos que semejantes historias les proponen: «Ideo Deus electorum vitam pravitati nostra contrariam ad arguendum nos, instruendos que multiplicat ut qui praeceptis non accendimur; saltem exemplis excitemur». En que reconozco lo admirable de esta vida pues siendo tan irregular por los

[74] No apuro la cita.

[75] *San Gregorio*: Papa y doctor de la Iglesia. (Leonardi, Riccardi &Zarri, 2000, pp. 958-963). La cita mezcla dos pasajes de *Moralia*, 9.

extraordinarios, continuos y singulares favores que el Señor a manos llenas le comunicó, está brotando actos de singulares virtudes que no solo las pueden todos imitar sino que si bien se considera cada uno en su estado puede darse por obligado para conseguirlas.

Es admirable de parte del sujeto lo que en ella se nos descubre, que cierto es digno de admiración ver un alma tan favorecida de Dios, tan recalada de su purísima madre, asistida de los ángeles, amada de los santos y esta misma tan aniquilada en sus ojos y en su estimación hecha una «bestezuela inmunda, una pecadora ingrata, una china esclava y vil, bautizada en pie» (que todos ellos eran los apodos e injurias con que ella misma se ultrajaba), y este es el sentir de san Gregorio el Grande, el testimonio y argumento irrefragable de una humildad profunda: «Hac verae sunt humilitatis testimonia, et iniquitatem suam quemque cognoscere, et cognitam, voce confessionis aperire»[76]. La que vencía con tanto denuedo[77] a los demonios, fiada solo en la virtud de su esposo que ya por sí, ya por sus ángeles, la ayudaba, puesta en el bajo concepto en que su humildad la abatía, se juzgaba peor que ellos, más infiel e ingrata a Dios, que estas consideraciones son propias de los que más se llegan a Dios, pues cuanto están más cerca de aquella inaccesible luz tanto más claramente se conocen, humillan. Es profundo sentir del mismo san Gregorio: «Sandi viri, quo apud Deum altius virtutum dignitate proficiunt, eo subtilius indignos fe esse deprehendunt»[78]. De donde le nacía en los largos retiros con que su Esposo la mortificaba, humillarse atribuyendo más a sus pecados los despegos de su amado y aún su conciencia no la acusaba y podía con verdad decir con el santo Job[79]: «Vestigia eius sequutus est pes meus, viam eius custodini, et non declinavi ex ea» 'toda mi vida la he gastado, en cuanto he podido, en ir por el camino de la virtud, siguiendo por la imitación los pasos de Cristo sin jamás apartarme de ellos'. «A mandatis labiorum eius non recessi, et in sinu meo abscondi verba oris eius»[80], 'yo he procurado guardar inviolablemente, no solo sus mandamientos pero he seguido aun sus consejos, he oído con atención sus voces e insinuaciones por medio de mis padres espirituales que me gobiernan'. «Neque reprehendit me cor meum in omni

[76] De nuevo la cita pertenece a *Moralia in Job*, 22, 15.
[77] *denuedo*: «brío, esfuerzo, ardimiento, valor, intrepidez» (DRAE).
[78] Mismo tratado de *Moralia*.
[79] *Job*, 23, 11.
[80] *Job*, 23, 12.

vita mea»[81], 'no hallo en mi alma, por la misericordia de mi Dios, cosa que me remuerda, que me azore, que me asuste'. «Ipse scit viam meam, et probavit me, quasi aurum, quod per ignem transit»[82] 'pero con todo sé que no ignora su Majestad mis palos y mis acciones. Sé también que piadosamente me aflige en el fuego de las tribulaciones, en la hornaza de los trabajos y enfermedades, en la penalidad de sus amorosos desvíos'. Pues ¿cuál puede ser la causa sino mis culpas? Mis culpas que yo como ciega no conozco ni alcanzo con que vivo justísimamente recelosa. «Si abscondi, quasi homo peccatum meum», prosigue el santo Job, «et celavit in sinu meo iniquitatem meam»[83]. Estos eran los pensamientos de esta humilde esclava del Señor, sacando de los mismos regalos con que su dueño la favorecía, nuevos motivos para humillarse, para recelarse y temer los engaños del común enemigo en tan angulares ilustraciones. Se juzgaba indigna de todos esos favores y andaba continuamente temerosa de ofender a su Dios, de perderle para siempre. Dificultades que el Señor le puso para que en el camino tan feliz y extraordinario por donde la guiaba su Providencia no se precipitase o perdiese freno tan necesario para no despeñarse los que aspiran a la perfección que como pondera Casiano[84], es propio de los más justos y allegados a Dios, porque no tanto se funda en el amor propio con que se teme el castigo cuanto en el amor de Dios con que se abomina cualquier ofensa por leve que sea contra su divina Majestad: «Quisquis fuerit in charitatis perfectione fundatus, dice Casiano, necesse est ut ad illum sublimiorem [charitatis] timorem gradu excellentiore conscendat»; y habiendo explicado qué temor sea este, concluye así: «ad hunc igitur metum, non peccatores, sed Sancti Eli propheticis inuitantur eloquijs, dicente Psalmographo: Timete Dominum omnes Sancti eius; quia nihil deest timentibus eum», dando al fin por regla cierta para conocer que un alma es verdaderamente perfecta y que su espíritu es de Dios y sus ilustraciones tantas el estar siempre sobre aviso con estas cautelas y temores, «Qui enim hoc timore Dominum metuit certum est perfectioni eius nihil deesse».

Estos favores de Dios le hacían proceder con tanto tiento, cautela y con recelo de sí y de su amor propio, que en ocasiones esta admirable

[81] *Job*, 27, 6.
[82] *Job*, 23, 10.
[83] *Job*, 31, 33.
[84] *Juan Casiano*: fue sacerdote, asceta y Padre de la Iglesia. (Leonardi, Riccardi & Zarri, 2000, pp. 1289-1292). La cita (las tres latinas) de Cassianus, *Collationes*, 2, 11.

virgen parece no tenía tanta seguridad en los consejos de los ángeles como en la dirección de su confesor, y siguiendo el ejemplar de la estática madre y mística doctora santa Teresa de Jesús dejara de obedecer a la voz de los cielos por ejecutar los mandatos de su confesor y de aquella humildad le nacía el encogimiento en querer ocultar todas sus heroicas obras y sepultar en las tinieblas del silencio los más crecidos favores que recibía de Dios, practicando en sí el documento que el maestro de toda santidad parece dio al patriarca Jacob que, habiendo pasado una noche en aquella misteriosa lucha favoreciendo a Jacob sus regalos en lo estático de su oración, como quieren muchos de los santos padres, instaba que le dejase porque asomaba la aurora: «Dimitte me, iam enim ascendit Aurora»[85], dándole Dios a entender que sus regalos y favores no solo habían de estar retirados de los resplandores del sol y la luz del medio día sino de los crepúsculos y confusas luces de la aurora, ocultas y sepultadas en las oscuras tinieblas de la noche. Andaban, digámoslo así, como en lucha y a porfía Dios y esta dichosa alma, Dios a favorecerla y ella a resistir estos favores, mas ya que no podía impedir o embarazar el torrente de delicias celestiales con que Dios embriaga a sus escogidos, los ocultaba en la noche de un retirado silencio, sin manifestarlos ni dejarlos rastrear a otro que a su confesor y esto con tal despego y desinterés que mostraba bien no ponía la finca de su perfección en estos favores sino en las verdaderas y sólidas virtudes.

Permítame cuando se trata de la humildad profunda de esta venerable virgen hacer mención de aquella insigne diosa que, entre la copiosa turba de sus deidades, fingió la antigüedad con el nombre de Astrea[86], cuyas propiedades parece nos ponen ante los ojos a esta humilde esclava del Señor. Era hija de la noche como aquella nuestra Catarina o ya por haber nacido en la noche de una esterilidad dilatada o por ser hija de aquella gentilidad[87] ciega o lo más principal, por haber sido a la perfección en la obscura noche de su profunda humildad. El oficio de esta humilde diosa era, dice *Teeteto*[88]:

[85] *Génesis*, 32, 26.

[86] *Astrea*: en la mitología griega fue hija de Zeus y la Aurora. Diosa de la justicia.

[87] *gentilidad*: «religión de los gentiles» (DRAE).

[88] *Teeteto*: un diálogo de Platón. Pero la cita latina procede de Natal Comite, *Mythologiae*, lib. 9, cap. 19.

> Ad deprimendam nimis elatorum animorum temeritatem, et ad eos labefactandos, qui plus equo. felicitate aliqua, vel honorum, vel Imperij magnitudine, insignium opum, vel rerum huiusmodi facti essent superbi, convolaret.

Y bien mirado, parece que para esto puso Dios a esta su esclarecida sierva en el mundo, para confundir con su humildad la hinchazón y soberbia de los hombres; con su pobreza la avaricia y ambición de los ricos del mundo; con su ignorancia la vanidad y sabiduría de los prudentes de este siglo, levantándose ella, trascendiéndolos a todos y arrebatando el cielo que ellos pierden por el mal uso de estos dones de Dios. Porque ¿qué confusión será el día del juicio ver en el trono de su gloria (como piadosamente se espera) a una china gentil, esclava, desechada, ignorante y ver precitos para el infierno a los que en esta vida, contentos con el gozo de los bienes momentáneos de ella, se olvidaron del todo de la eternidad? La dicha a que se encumbró por su humildad aquella diosa declaró Antímaco[89] en estos versos:

> Est Dea quam Nemesim dicunt, Dea magna potens que
> Qua bona celestum concesu cuncta deorum
> Possidet.

La felicidad que por su rendimiento alcanzó la venerable Catarina ya lo publica toda su historia, siendo depositaria de tantos, tan continuos y singulares favores con que la enriqueció la poderosa mano de Dios de que no gozan los que no quieren servir verdaderamente a Dios como lo hizo esta su amada esposa con su vida, cuyos ejemplos heroicos están incitando a seguir con empeño la virtud, pues con este y semejantes ejemplares no tiene ya excusa ni la puede tener en la presencia del Señor nuestra tibieza, como notó san Juan Crisóstomo[90], hablando de dos insignes santos, los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo:

> Nonne eiusdem natura erant cuius, et nos? Nonne eandem viam ingressi sunt in mundum, qua nos? Nonne eisdem cibis utebantur, atque eundem respirabant aerem? Nonne eisdem vita usibus agebantur?

[89] *Antímaco de Colofón*: poeta griego.

[90] En *De compuctione cordis*, lib. I, p. 490, *Tomus quintus et ultimus operum divi Ioannis Chrysostomi*, Parisiis apud Andoenum Paruum, 1566.

¿Acaso esta venerable virgen era de diversa naturaleza? Su sexo era frágil y con todo fue varonil en su resolución. Luego no tiene excusa la flaqueza del sexo mujeril para emprender cosas grandes del servicio de Dios. Su estado, ya de casada, ya de viuda y siempre por singular privilegio de su amado, virgen, y en todos fue admirable su porte, luego ya no tiene excusa el pretexto del estado para no ajustarse a las obligaciones de él; su trato de una pobre desvalida, luego ya no tienen excusa en ser santos los que Dios prueba con pobreza, ni los que por haberles Dios dado bienes temporales, tienen más ayuda de costa para guardar mejor la ley de Dios; su nación china, gentil y bautizada después de crecida, luego no tienen excusa los que o por razón de su nobleza o por haber nacido en la cristiandad o por haber sido recibidos en la Iglesia por las puertas del bautismo desde que abrieron los ojos a la vida, les incumbe más estrecha obligación de corresponder a lo que tan gloriosos títulos les empeña.

Este es el fin para que su autor la ofrece a todos tan bien discurrida, apoyada con la Sagrada Escritura, testimonios de santos padres con tan provechosas moralidades, a personas de todos estados que parece que con especial providencia y disposición de Dios, cogió la pluma un hijo de la Compañía para escribir virtudes y vida de una sierva de Dios, tan hija de la misma Compañía, a quien ha querido su Majestad honrar en estos tiempos trayéndole a su dirección y enseñanza una tan fiel y amada esposa suya, con que manifiesta el Señor que así como corrió por cuenta de su Providencia el guiarla a la casa de Jesús para ser desde sus primeros años doctrinada, corre por cuenta de la misma Providencia sacar de la casa de Jesús la narración de sus virtudes para que estas se publiquen a mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

Y bien se reconoce esta paternal providencia pues sobre no tener esta historia cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres está llena de incentivos a la virtud para que todos los que la leyeren experimenten en sus conocidas medras[91] el fruto de su leyenda. Por lo cual, siendo servido, podrá conceder vuestra Ilustrísima la licencia que se pide. Este es mi parecer, *salvo* etc.

En este colegio de san Pedro y san Pablo de México a cinco de abril de mil seiscientos noventa años.

[91] *medras*: «aumento, mejora, adelantamiento o progreso de algo» (DRAE).

Ilustrísimo y reverendísimo señor
Beso la mano de vuestra Ilustrísima, su menor siervo y capellán.
José Vidal.

### *Licencia*

*Nos, el doctor don Francisco de Aguilar y Seijas, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica arzobispo de México, del Consejo de su Majestad etc.*

Por cuanto el reverendo padre Alonso Ramos de la sagrada Compañía de Jesús y prepósito de la casa profesa de esta ciudad nos pidió y suplicó concediésemos nuestra licencia y permiso para que se pudiese dar a la estampa la segunda parte de la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan que remitimos al reverendo padre José Vidal de dicha sagrada Compañía de Jesús para que la viese y reconociese y nos diese su parecer como lo hizo, en que refiere no hallar en ella cosa que desdiga o se oponga a nuestra santa fe católica y que antes sí mucho que admirar y que imitar de sus heroicas virtudes y no haber inconveniente para su impresión, por la presente damos nuestra licencia y permiso a cualquiera de los impresores de esta ciudad para que puedan dar a la estampa la *Segunda parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan*, escrita por dicho reverendo padre Alonso Ramos.

Dada en la ciudad de México a ocho de abril de mil seiscientos noventa años.

Francisco, arzobispo de México.

Por mandado de su señoría ilustrísima el arzobispo mi señor.

Don Alonso de Aguilar y Lobera. Secretario.

### *Licencia del padre provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de Nueva España*

Ambrosio Odón, provincial de la Compañía de Jesús en esta provincia de la Nueva España, por la facultad y potestad que para esto nos es concedida por nuestro muy reverendo padre Tirso González, prepósito general de nuestra Compañía de Jesús. Por la presente, damos facultad al padre Alonso Ramos, profeso de nuestra Compañía y prepósito de nuestra Casa Profesa de México para poder imprimir la *Segunda parte*

*de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*, por haberlo examinado y aprobado personas doctas de nuestra Compañía y no haber hallado en él cosa digna de censura. En fe de lo cual damos está, firmada de nuestro nombre, sellada con el sello de nuestra Compañía y refrendada de nuestro secretario.

En la ciudad de México a 2 de abril de 1689 años.

Ambrosio Odón.

Por mandado del padre provincial.

Martín Carlos de Ramale.

Secretario.

### *Protesta del autor*[92]

En obediencia del decreto de nuestro santísimo padre Urbano VIII de feliz recordación, expedido en la sagrada congregación de la universal Inquisición de la Iglesia, a 13 de marzo de 1675, declarado por su santidad en 5 de junio del año de 1631 y confirmado en 5 de julio de 1634, en que se prohíbe dar culto de santidad a las personas no canonizadas, protesto que todas las veces que en esta historia uso las palabras *santa*, *bienaventurada*, *venerable*, *esclarecida* o cualquier otra que indique virtud relevante, así de la persona que es asunto de esta obra como de cualquiera otra que con esta ocasión nombro con estos o semejantes epítetos, no es mi intento caiga sobre la persona, dándole el culto debido a los santos que por definición de la santa Iglesia están en el cielo, sino sobre las costumbres y opinión. Y también protesto que con las cosas que refiero con nombre de *ilustraciones*, *revelaciones*, *raptos*, éxtasis, *profecías*, *milagros* y otros favores extraordinarios, no tienen más autoridad que la humana, fundada en motivos humanos, expuestos a la falibilidad, reservando siempre la infalible decisión al oráculo del Espíritu Santo, el romano pontífice en su canónica declaración a que me sujeto en todo como hijo obediente de la santa Iglesia católica romana, nuestra madre.

Alonso Ramos.

[92] Ya había hecho esta protesta en la primera parte. No anotaré lo que queda anotado en el primer volumen.

*Al piadoso lector*

En brazos de la estampa y a la protección de la omnipotencia y presidios[93] de la divina clemencia (¡oh benévolo lector!) sale a gozar la común usura de la luz del mundo la *Segunda parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*.

Hermano es este desvelo del cuidado con que te consagré en las aras de tu agrado y en los tribunales de tu piedad la primera parte, donde, sin duda, no fue mal recibida, pues con repetidas instancias me has encendido los deseos y avivado la voluntad de servirte con la prosecución de esta historia, reconviniéndome con el desempeño de mi palabra a que correspondo aunque a despecho de mis comodidades, con dispendio de mi salud y con menoscabos de la debida atención al cuidado de mis ordinarias y necesarias ocupaciones, ofreciéndote ya a las manos este segundo libro en cumplimiento y satisfacción de mi promesa y te pido, ¡oh piadoso lector!, humilde[94], no te detengas en la ponderación de los defectos que no pueden faltar aun en las obras más festejadas con gloriosos aplausos y laureadas con honrosas aclamaciones, pues siendo humanas y partos de limitados entendimientos es forzoso manifiesten a pesar de sus autores ser cortedades criadas, sino que te regales y entretengas generoso con las noticias de las maravillas de Dios y te aproveches noble de las doctrinas cristianas, que es y debe ser el fin principal y aun única atención de todos los lectores y escritores católicos. Porque siendo el alma única, sola, y la joya de tan sumo precio y valor, por ella sola se han de gastar todos los desvelos y emplear todos los afanes y fatigas, atendiendo yo a esta tan verdadera como cristiana sentencia, tan encomendada por el supremo y divino maestro que la predicó con su lengua y rubricó con su sangre, tan repetida por los doctores católicos, tan acreditada con el ejemplo de los santos. Y considerando la obligación de mi profesión como hijo, aunque indigno, del grande patriarca san Ignacio de Loyola quien, ilustrado con soberana luz del cielo, formó y dispuso sabio y prudente, el Instituto de la Compañía de Jesús y puso en obligación a sus hijos de procurar por todos los medios posibles la salvación del universo, determiné, ejecutado de estas precisas obligaciones, extender por todo el orbe con el común beneficio de los moldes[95]

[93] *presidio*: fortaleza, castillo.
[94] Entiéndase: 'te pido con humildad, ¡oh piadoso lector!'.
[95] *moldes*: los de la imprenta.

este segundo libro, siguiendo el estilo de la primera parte de la historia, en que el sediento de saber y hambriento de aprovecharle lea en esta admirable y peregrina vida mercedes de Dios estupendas[96] y prodigiosas que arrebaten la admiración del entendimiento más acaudalado de noticias, le cautiven a reverenciar la grandeza de un Dios todopoderoso y reconozca que todas ellas mercedes y soberanos beneficios fueron ordenados y dirigidos a enseñar y a adelantar a esta escogidísima alma en la perfección de las cristianas virtudes, para que fuese ejemplar maestra de perfección una pobrecita tirada en el último rincón del mundo e ilustrada de Dios con sobrenaturales y singularísimas hablas y visiones, y con razonamientos no largos ni dilatados discursos sino con aforismos sentenciosos, brevísimos y multiplicados para la comprensión de los secretos y divinos misterios que la flanqueaba la eterna Sabiduría y otras muchas veces repitiéndola una misma sentencia para infundir la mayor y mayor ilustración con que se arraigase más el conocimiento de la verdad que proponía Dios a su sierva.

Las virtuosas acciones de esta venerable y esclarecida virgen son las luces que me alumbran y conducen a la explicación y ponderación de una católica enseñanza y verdadera doctrina para el aprovechamiento de los que leyeren la historia que, aunque prodigiosa y peregrina, es larga y prolija, y por esta razón puede ser desapacible y escabrosa a la carne y sangre, que apetece la recreación más que el provecho en la leyenda de los libros. Condescendiendo con esta vana curiosidad y débil flaqueza humana, he dividido el discurso de la *Vida de la venerable Catarina de San Juan* en tres partes como en tres jornadas, procurando sembrarlas de varias doctrinas y erudiciones más cristianas que políticas para que se camine con algún alivio y desahogo con alguna recreación y entretenimiento, y esto es lo que desea el que camina a un paraje o ciudad donde ha de ser muy bien recibido, porque si el camino es largo no dejan de serle penosas las jornadas mas si se encuentra en su viaje ya con la fuente, ya con el monte, ya con el valle, ya con la vega, ya con la viña, ya con el río, ya con el prado, ya con las sierras, ya con las arboledas, aligera sin duda el fastidio y divierte el cansancio. Esto he procurado hacer en el discurso de los dos libros para que el que tuviere postrado el apetito y rendida la gana al manjar de la verdad no le sea tan desabrido como suele. Por esto se le suavizó, se le sazonó, se le guisó y le dejó la enseñanza con las más sabrosas salsas que he podido, ya con el lugar de Escritura

[96] *estupendas*: que causan estupefacción, asombrosas.

(primera regla y nivel del acierto infalible de nuestras acciones), ya con las sentencias y dictámenes autorizados de los santos padres, ya con el picante de las ponderaciones y discursos de los doctores. Pero el fin y único blanco de esta alma peregrina es mostrar con sus virtuosas obras el verdadero camino de la bienaventuranza y la luz indefectible de la fe que la alumbraba para no descaminarle. De esta misma he deseado valerme para conseguir el fin feliz de mis escritos poniendo de mi parte la enseñanza que me ha sido posible: «Lo que tengo doy» como dijo el apóstol y cabeza de la Iglesia, san Pedro[97]. Lo que mi profesión pide y requiere he ofrecido y consagro y es doctrina para las almas, luz para el camino del cielo, guía para la eterna salud, antídoto para la ponzoña del vicio, próspero viaje para la siempre feliz patria a los que quisieren imitar y seguir las pisadas de esta prodigiosa y admirable virgen, grande en su nacimiento, grande en el exordio[98] de su virtud, grande en el progreso de su perfección, grande y portentosa en los últimos periodos de su vida, por los tesoros de gracias y favores del cielo que amontonó en ella el inmenso manantial de todos los bienes juntos. En la primera parte la propuse, y parecería una fuente pequeña cuyas aguas eran tan taladas que apenas cubrían las arenas y formaban un pequeño aunque risueño arroyuelo. Ya en esta segunda parte crecen las aguas de la fuente en tal abundancia que llegan a formar un caudaloso río con que se riega y fecunda la tierra de los corazones y le ilustran los entendimientos humanos. Dejo para la tercera parte los dos últimos libros prometidos para que en las crecientes y unión de sus cristalinas aguas se reconozca la inundación de un inmenso mar de misericordias celestes para crédito de esta escogidísima alma y bien de todo el mundo, a quien fertiliza y renueva la infinita bondad del Creador por la intercesión y merecimientos de su sierva. Suplico al celestial padre de las lumbres se logre mi trabajo y que el piadoso lector saque el fruto que yo procuro y pretendo como lo espero de su misericordiosa omnipotencia, de cuya larga y dadivosa mano mana todo bien y depende nuestra eterna felicidad. A lo que más he aplicado el juicio y cuidado en este libro y segunda parte de la historia, ha sido en citar y poner por testigos muchas personas de suprema autoridad que hoy viven (porque no se diga que atestiguo solo con muertos) las cuales la trataron, comunicaron y aprobaron su verdadero espíritu después de haber examinado con la debida y celosa atención su

[97] *Hechos de los Apóstoles*, 3, 6.
[98] *exordio*: «origen o principio de algo» (DRAE).

modo interior y exterior de la vida, que no desdecía de los singulares y prodigiosos sucesos que experimentaba en esta escogidísima alma y porque uno de ellos fue el padre Ambrosio Odón, provincial actual de la Compañía de Jesús en esta Provincia de Nueva España y hallarme al presente con una de sus cartas, escrita desde la muy ilustre y noble ciudad de Guatemala donde era actualmente rector de nuestro colegio, en que confirma algunos puntos y materias contenidas en el discurso de toda la historia, me ha parecido ponerla por portada vistosa de este segundo libro pues así como en el primero se juzgó conveniente se pusiese como se puso por frontispicio[99] de escogida y fundamental erudición otra carta preocupativa de las dificultades que podían ofrecerse y suelen relatar de semejantes obras, sirva esta a toda la historia de confirmación y antepuerta de autoridad mística, escolástica y prudencial, y tenga la fe humana otro mayor fundamento que mi relación para el crédito.

Vale.

*Carta del reverendo padre Ambrosio Odón, de la Compañía de Jesús, maestro de sagrada teología, rector de los Colegios de san Ildefonso de la muy ilustre ciudad de la Puebla de los Ángeles y del de la nobilísima de Guatemala y hoy actual provincial de esta Provincia de Nueva España.*

Mi padre Alonso Ramos, Pax Christi.

Recibí la de vuestra reverencia en que me pide algunos apuntamientos para la *Vida de la venerable Catarina de San Juan* y digo que habiendo sido tan prodigiosas las cosas que me pasaron en el tiempo que tuve dicha de tratar a esta escogidísima alma por las repetidas y dilatadas ausencias que vuestra reverencia hizo de la Puebla de los Ángeles, nunca pude reducirme a hacer ni un solo apuntamiento, persuadido a que de todo noticiaría ella a vuestra reverencia para que se juntase con lo demás que estaba ya en el archivo, que así llamaba a vuestra reverencia. Y varias veces me dijo que no solo era su archivo sino el diestro de sus ojos. Me acaba de persuadir esta verdad al volver de Campeche vuestra reverencia, pues cuando le teníamos ya por difunto, le vio la sierva de Dios desembarcar en el Puerto de la Nueva Veracruz y notó que traía debajo

[99] *frontispicio*: «página de un libro anterior a la portada, que suele contener el título y algún grabado o viñeta» (DRAE).

del brazo vuestra reverencia un libro todo escrito y otro en las manos como con diez hojas en blanco e hice concepto[100] entonces que eran los cuadernos de sus apuntamientos y que le faltarían a nuestra Catarina como diez años de vida y se confirmó con el hecho, pues desde los fines de setenta y siete hasta los principios de ochenta y ocho, muy bien se ha verificado el como diez hojas en blanco y el como diez años de vida que habrá logrado vuestra reverencia en apuntar amontonadas maravillas de la gracia y en asistirla como su principal y último confesor, halla los últimos alientos de su prodigiosa vida, que ello parece significaba la sierva de Dios cuando le apellidaba su archivo y el diestro de sus ojos, pues me decía al nombrarle así se los había de cerrar vuestra reverencia. En cuya confirmación pudiera refrescar la memoria de muchas y proféticas noticias con que le previno y predijo no solo las ausencias de la dicha ciudad de la Puebla sino también sus trabajosas peregrinaciones por mar y tierra entre riesgos y manifiestos peligros de la vida, semejantes en parte, ya que no en el todo, a los que refiere de sí el apóstol cuando hablando con los de Corintio (*san Pablo*, I, cap. 2, v. 16), hizo reseña de sus trabajos[101]. Y así las noticias que pudiera yo dar para el fin de mí, tan deseado, las juzgo por excusadas, previniendo que estarán mejoradas en los papeles de su archivo. Pero porque no parezca que me excuso de hacer lo que me pide vuestra reverencia y por corresponder en alguna manera a lo mucho que debí a esta sierva del Señor insinuaré las siguientes que hasta ahora me están haciendo fuerza por singulares y prodigiosas.

Ordinariamente me sucedía que al oírla en cuenta de su conciencia, en especial cuando me refería algunos de los favores del cielo, me admiraba la elocuencia y pureza de las voces con que me hablaba y se explicaba en misterios y cosas tan sobre su capacidad que yo asombrado me humillaba en la presencia de Dios, diciendo entre mí: «Lástima es, Señor, que no haya aquí tinta y pluma para escribir lo que tu querida esposa pronuncia», y a la verdad, no llega nuestra elocuencia ni tiene voces nuestra oratoria para ponderar el espíritu y lengua con que manifestaba la venerable Catarina los secretos y ocultos misterios que la franqueaba la infinita sapiencia. Y esto era más admirable en los que la conocimos y tratamos, pues en la común y ordinaria conversación apenas pronunciaba un periodo bien seguido. Lo infalible de sus revelaciones era tan prodigioso como lo misterioso de ellas, haciéndolas evidentes en los

[100] *hice concepto*: 'imaginé'.

[101] El pasaje más pertinente sería el de *II Corintios*, 6, 4-5.

mismos sucesos que experimentábamos, y aun los mismos jeroglíficos que usaba para darse a entender manifestaban que era autor sobrenatural quien los formaba en su entendimiento y expresaba en su lengua. Con estos símbolos admirables y misteriosos me decía innumerables secretos y casos futuros. Entre ellos fue el de la muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas[102], la entrada del excelentísimo e ilustrísimo señor don fray Payo de Rivera[103] a sucederle en la dignidad y oficio de virrey y fue —según me acuerdo— así meses antes que llegase la flota, hablando con la venerable Catarina de la venida del nuevo virrey a esta Nueva España, me dijo: «El virrey que ha de ser en México ya está en Nueva España». Llegó a su tiempo la flota con noticias de que venía en ella el señor duque de Veraguas por virrey, y al tiempo de ver a la sierva de Dios, acordándome de lo que tanto antes me había insinuado, le dije: «¿Qué te parece Catarina? Virrey dicen que viene en la flota y que está ya en el Puerto de la Nueva Veracruz». A las cuales palabras con una aseveración notable y con señales de abstracción de sus sentidos y potencias, me respondió:

> ¿No te he dicho ya que está el virrey que ha de ser en México? Pues para que te confirmes en ello, sabe que vi a este señor virrey que viene en la flota en un salón del real palacio muerto sobre una cama muy rica y que entrando mi espíritu y registrando otro salón del mismo palacio, según me pareció, vi a todos los señores oidores[104] en sus estrados, y que entraba un venerable eclesiástico con un candado de oro en la boca y daba un pliego a la Real Audiencia, y al darlo oí una voz que hablando conmigo, dijo: «Ahí viene el virrey de Nueva España»

Y se verificó con la entrada y posesión que tomó del gobierno el excelentísimo, ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Payo Enríquez de Rivera, en virtud de la real cédula que venía incluida en el dicho

[102] *Duque de Veraguas*: Pedro Nuño Colón de Portugal y Castro (1615-1673) fue un noble y político español, titulado sexto duque de Veragua y de la Vega, marqués de Jamaica, marqués de Villamizar y sexto conde de Gelves, fue el 26º virrey de Nueva España. Fue descendiente directo de Cristóbal Colón y por ello séptimo Almirante de Indias.

[103] *Payo Enríquez de Rivera Manrique*: (1622-1684) fue un religioso agustino español, obispo de Guatemala, arzobispo de México y virrey de Nueva España.

[104] *oidor*: «ministro togado que en las audiencias del reino. Oía y sentenciaba las causas y pleitos» (DRAE).

pliego que estaba prevenido en el santo tribunal de la Inquisición para que se abriese en caso de muerte del señor duque de Veraguas.

No menos misteriosa fue la visión en que se la representó la muerte de la excelentísima señora marquesa de Mancera, o la del mismo duque, o la de ambos, que al uno y al otro parece que miraba la soberana luz que alumbraba a nuestra Catarina, pues se la representó en un mar sereno un navío todo de pinta[105] que, en medio de tanta bonanza dando de repente una vuelta, se sumergió en las profundas ondas del mar. En la nave que surcaba el piélago tempestuoso de esta mortal vida, discurría yo a la una u otra excelencia. En la materia de plata de que se componía el navío, la grandeza y terrena felicidad; en la serenidad placentera de las aguas, el aplauso y celebridad común con que entraba un señor virrey en la exaltación de su gobierno y acababa una señora virreina entre aclamaciones de un agradecido rey, si bien todo se aguó[106] con el golpe de dos muertes en que padecieron naufragio dos tan deseadas vidas y se convirtieron las festivas pompas en lutos de dolor y llanto. Así me predijo mi ida al Colegio de san Ildefonso la primera vez que fui rector de san Jerónimo y con no menos admiración la repentina vuelta a ser rector de los colegiales del dicho Colegio con la entrada juntamente del padre Tomás de Altamirano a ser provincial, previniendo y prediciéndome que no había de acabar su provincialato[107] como lo vimos verificado según y como ella lo había predicho.

Crecía más mi admiración cuando después de haberla oído referir con una elocuencia del cielo singulares favores y regalos con que el Señor se le comunicaba amoroso por espacio de dos y tres horas, casi de repente, convirtiéndose los júbilos en sollozos y las alegrías que revolaban de lo interior en lágrimas, cogiéndome con el manto, que nunca era de otra suerte, las manos[108], me decía como quien agonizaba entre penas y congojas de muerte: «¿Qué te parece, me perderé?», indicio claro del temor con que el Señor la mantenía para que, batiendo las dos alas de amor y temor, llegase segura a gozar de las eternas delicias e inexplicables gozos del empíreo[109] a que atribuyo yo lo que le pedía de ordinario

[105] *de pinta*: «de colores» (DRAE).

[106] *aguar*: «turbar, interrumpir, frustrar algo halagüeño o alegre» (DRAE).

[107] *provincialato*: «tiempo que dura la dignidad, oficio o empleo de Provincial» (DRAE).

[108] Ya se ha dicho que nunca cogía las manos de nadie, salvo envolviéndose las suyas en el manto o alguna tela, para evitar las tentaciones concupiscentes del contacto.

[109] *empíreo*: cielo.

ella a su Majestad que solitos los dos se retirasen al desierto para gozar en la soledad de todas las criaturas de sus inefables dulzuras. De este amor y temor le nacía aquella humildad tan profunda con que se reconocía y se confesaba indigna de los divinos favores, diciendo repetidas veces a su Dios: «Si esto es tuyo, Señor, guárdalo para tus escogidos y no me lo des a mí, bestia indigna de tus regalos», sino que con esta misma palabra se despreciaba y manifestaba el vil concepto que tenía de sí a las criaturas, diciendo que solo era una perrita de la casa de san Ignacio. Y lo que realza su grande humildad es que, siendo tan apacible, solo cuando llegaba alguna persona a decirla la encomendase a Dios, parece, se desazonaba y destemplaba diciendo: «¿Qué ves en mí, bestia[110], para decirme esto?», si bien templándose después con su natural compasión y caritativo celo proseguía con estas semejantes palabras: «Ruega a Dios que oiga a esta bestia inmunda de cuyas voces nada valen ni pueden», y si el amor verdadero no tiene otra medida que el padecer con conformidad y sufrimiento ¡cuál sería el amor de esta prodigiosa criatura para con Dios y para con el mundo lo dejo a la relación que hará vuestra reverencia de su vida en que admirará al universo lo mucho que padeció, así por medio de las criaturas como de los demonios, anhelando siempre su abrazado espíritu a la mayor honra y gloria de Dios y la salvación de las almas!

Y aunque era tan excesivo el padecer de esta caritativa virgen por el Creador y sus redimidas criaturas, no satisfacían sus ansias los crueles e inexplicables martirios, porque después de una tan larga y ejercitada vida en continua mortificación así interior como exterior, no teniendo más que la piel sobre los huesos como decía de sí el predicador de las gentes[111], eran tan ardientes sus ansias de más y más padecer que, aun faltándole manos para el santo ejercicio de la penitencia, era tal vez preciso el condescender con sus ruegos para la consolación de su fervoroso espíritu, conceder la licencia de que usase de alguna disciplina[112] y silicio[113]. Me admiraba más que al verla venir por la mañana a la iglesia, que era de ordinario el tiempo que la comuniqué, entre siete y ocho de

[110] *bestia*: no vocativo, sino referido a ella misma.

[111] *predicador de las gentes*: san Pablo. En muchos lugares habla de la mortificación conversión interior confrontada a la exterior.

[112] *disciplina*: «instrumento, hecho ordinariamente de cáñamo, con varios ramales, cuyos extremos o canelones son más gruesos, y que sirve para azotar» (DRAE).

[113] *silicio*: o cilicio, faja de cadenillas para mortificarse; saco de tela áspera para el mismo objetivo.

la mañana, parece que no podía dar paso por lo mucho que había padecido en la noche, campo ordinario en que batallaba con todas las infernales huestes, y si bien reconocía yo que con dificultad podía moverse ni despedir la palabra de la boca aun para reconciliarle, no obstante, recibiendo la sagrada comunión, le hallaba con fuerzas al parecer más que humanas para permanecer constante en el templo hasta el mediodía, de manera que riñéndola yo algunas veces por no haberse ido a su casa a tomar el común desayuno de los pobres del atole[114] o simple chocolate, me respondía: «Estoy tan harta y satisfecha con el Señor sacramentado que parece he comido de todos los manjares del mundo y que no tengo necesidad de alimento en muchas horas y días». Concluiré esta materia del padecer con dos cosas que la oí muchas veces. La primera es que, yéndome a ver al seminario de san Jerónimo, prorrumpía después de las salutaciones comunes en estas palabras: «No tengo nada que decirte ahora pero ten paciencia porque solo el rato que estoy contigo se templa el sumo padecer que me ahoga». Este consuelo parece que fue el que recibió el santo Job de aquellos sus finos y verdaderos amigos que noticiosos de aquella nunca hasta entonces leída calamidad como fue la lastimosa y violenta pérdida de la hacienda de los hijos y del poder, trataron de venir a consolarle y hallándole tan afligido y tan agudamente atormentado, embarazados de compasión con el trágico espectáculo que tenían ante sus llorosos ojos sin poder hablar palabra, se sentaron junto al lastimado paciente y reconociendo sabios que la vehemencia de los dolores no darían lugar al consuelo del afligido en voces ni palabras como atestigua el sagrado texto, Job 2. Le consolaron mostrando el dolor de su corazón compasivo con un copioso llanto y otras exteriores ceremonias que suplieron la obligación de las palabras y con estas demonstraciones quedó el santo Job consolado, dicen los sagrados intérpretes[115], *Origin*. l. 2. en *Job*, porque su sumo padecer y congojosas ansias no le hacían capaz de otro alivio que el de la compañía y compasiva asistencia de sus verdaderos amigos. Muy semejante debía de ser el padecer de nuestra venerable Catarina, pues no aspiraba su afligido y atribulado corazón a otra consolación que a la compañía y cercana presencia de su confesor y padre de su alma. La segunda, que aunque la sierva de Dios era regalada del divino amor con tantos y tales cariños que admiraran al que

[114] *atole*: bebida caliente de maíz en agua, con algunos otros condimentos.

[115] *sagrados intérpretes*: probablemente se refiere a los setenta traductores de la Biblia de «los Setenta».

leyere su vida, juntándose estas beneficencias celestes con tan continuas o repetidas sequedades que al preguntar yo cómo le iba, era su frecuente respuesta: «¿Cómo me ha de ir con estos desamparos y sequedad ordinaria?». Y lo que más me causaba admiración era que los mismos favores le servían de pronósticos del padecer futuro y si bien reconocía y experimentaba yo que resultaban de estos conocimientos temores que ocasionaban en la naturaleza ya postrada desfallecimientos, el alma empero siempre anhelaba a padecer más y más por Dios y sus criaturas.

Estos y otros prodigios más admirables me obligaron a venerarla, pero mucho más lo que experimentaba valían sus lágrimas y suspiros en el acatamiento divino. Pudiera individuar esta materia confirmándola con muchos casos raros y singulares conversiones de almas, pero me retarda el secreto que la misma materia pide. Pondré aquí una misteriosa visión que me refirió un día en que la reconocí llena de Dios y abrasada en incendios de su celosa caridad: «Se me representó», dijo,

> un bordo de un tanque hermosísimo de leche, más blanca que los ampos de la nieve, y en las cuatro esquinas del tanque o pila, reconocí cuatro bellísimos ángeles y advertí que estaba yo dando voces convidando a todas las criaturas para que llegasen a beber aquel precioso licor, asegurándolas que engordarían y se pondrían muy hermosas si llegaban a gustar de su suavidad y dulzura, y aunque a mis voces notaba yo que emprendían muchas almas el camino, como quienes admitían mi convite, advertía también que otras se apartaban de él y otras se sentaban como cansadas, si bien las más llegaban por medio de mis confesores a beber de aquella deliciosa fuente de leche.

Se verificó a mí entender y corta capacidad la dicha visión en las muchas almas que con especialidad en esta ilustre ciudad de la Puebla de los Ángeles han emprendido y proseguido el camino de la perfección. A quien podía tanto con el Altísimo para sacar tantas almas del cautiverio de la culpa claro está no le había de negar el divino poder la sanidad de los cuerpos cuando convenía la salud para honra y gloria de Dios y bien de sus criaturas dolientes. Es digno de ponderación y prueba de su gran caridad el que, padeciendo de ordinario ella lo que habían de padecer los enfermos, no la retardaba esta conocida experiencia a pedir y clamar al cielo por la salud de los que se la encomendaban. Para confirmación de esta verdad pondré aquí solamente lo que me sucedió cuando vuestra reverencia me escribió de Campeche, y fue que rogase a la sierva de Dios tuviese presente en sus oraciones al señor general don sancho Fer-

nández de Angulo y Sandoval[116], gobernador entonces de todas aquellas provincias. Lo hice y luego cayó tan enferma la caritativa virgen que, agravándose por horas los achaques, la desahuciaron los médicos y parece se mancomunaron en aquella ocasión como en otras muchas los demonios para acabarla y consumirla, pues un día en especial, volviéndose a mí la enferma me dijo: «Mira cómo me han puesto el cabello, ya que no puedo explicarte el tormento que interiormente me aflige y despedaza con ansias y congojas de muerte.» Me causó admiración y me pareció imposible desenmarañarlo aunque al visitarla el día siguiente lo hallé todo liso y suelto.

En esta enfermedad llegó el médico a mí una noche y me dijo: «Ya es conveniente y aun necesario dar el viático a la sierva del Señor porque se muere sin remedio». Yo, aunque me hallaba con otras superiores noticias, le respondí: «Vuestra merced, haga su oficio», e instando él a que se le diese luego le repliqué: «¿No se podrá dilatar hasta mañana, por ser tan tarde?», a que me respondió entre dudas y temores: «Como se disponga el que se le dé muy de mañana, me parece que se puede dilatar por ahora». Despedí al médico y volviendo a ver a Catarina, le dije: «¿No irás mañana a comulgar a la iglesia?». «¿Por qué no?», respondió ella, «si tú me lo mandas». Me fui al colegio y por mucho que madrugué el día siguiente para ver cómo estaba, la encontré al llegar a su casa de donde iba saliendo para el templo. La reconcilié y en la reconciliación me dijo que le había apurado tanto la sed que se había visto obligada a beber un poco de agua. Me acongojé al ver que no podía comulgar y leyéndome el interior me dijo: «No te acongojes que bien puedo recibir al Señor porque no habían dado las doce», y así le di la comunión y se volvió a su casa donde viéndola el médico dijo que no tenía ya qué hacer por hallarla con perfecta salud. No le faltó a esta querida sierva del Señor manifestarle los interiores, pues a mí me sucedieron varios y muchos casos en que me respondía de repente y como arrebatada a cosas que interiormente me pasaban, tan ocultas y secretas que no pudiera el demonio alcanzarlas. Y fueron tantos los sucesos semejantes que experimenté que fuera nunca acabar el referirlos. Y no me alargo más por parecerme superflua mi relación y tener viva esperanza de que al paso de su humildad profundísima en que se abatía hasta los pies de los

[116] Don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval fue caballero de la Orden de Santiago. Capitán General y Gobernador de la provincia de Nueva Andalucía. (López, 1999, p. 155).

infernales monstruos como le veía en aquel su dicho tan repetido en las apariciones continuas de los demonios —«si traéis licencia de Dios, aquí tenéis mi cabeza a vuestros pies»—, ha de declarar su Majestad con mayores maravillas lo prodigioso de sus virtudes, sirviéndome de consuelo la grande confianza que tengo de que en el acatamiento divino se acordará de mi afecto y de las alabanzas que daba yo al Altísimo al oírla en cuenta de conciencia.Y entonces como en prueba sus heroicas virtudes, sentía y percibía con mis propios sentidos tal fragancia que no puedo explicar con la suavidad de los jazmines y rosas ni con los perfumes de la algalia[117], ámbar y demás aromas terrenas, pero hacía reflexión de que causaba en mí admiración, juntamente gozo y consuelo.

Dios conceda a vuestra reverencia el esfuerzo que ha menester para sacar a luz con perfección esta maravilla y que por su medio alabe el mundo a su Creador y engrandezca sus divinas msericordias por las heroicas virtudes de esta esclarecida virgen que nos sirvan de ejemplo para imitarla en el ardiente celo que tenía del bien de las almas viviendo en esta mortal vida. Pues como apunté, si a mi juicio las personas que tratan de amar de veras a Dios en esta ciudad de la Puebla la deben mirar como a madre y maestra, juzgo no están en menor obligación todos los que tuvieron dicha de tratarla y comunicarla interiormente y con especialidad los muchos confesores que por espacio casi de setenta años de una vida regular e inculpable en que la mereció esta ciudad Angélica por vecina y su ciudadana y en cuya larga distancia de tiempo tuvo por confesores a las personas de mayor ciencia y espíritu que le han reconocido y venerado en esta nuestra santa provincia, entre los cuales fueron aquellas dos columnas de perfección el padre Miguel Godínez[118] y el padre Juan de Sangüesa[119], mereciéndose de todos calificaciones no pequeñas ni comunes de su santa vida y aprobaciones de su verdadero y gran espíritu. Todos a mi entender se pueden tener por felices, pues demás de la resolución con que en medio de su profundísima humildad

[117] *algalia*: «sustancia untuosa, de consistencia de miel, blanca, de olor fuerte y sabor acre» (DRAE).

[118] *Padre Miguel Godínez* (1585-1644): nació en Irlanda y su verdadero nombre fue Michael Wadding. Dio clases de filosofía, teología y sagradas escrituras en los colegios de san Ildefonso en el de san Jerónimo. Escribió las vidas de la madre María de Jesús Tomellín y de la madre Isabel de la Encarnación. (Loreto, 2006, pp. 159).

[119] *Juan de Sangüesa*: ya anotado, rector del Colegio y Casa de Probación en 1643. Electo procurador, en este mismo año, con el padre Andrés Pérez de Ribas, y en 1645, compañero y secretario del provincial Juan de Bueras. (Heliodoro Valle, 1955, pp. 83).

hablaba con el Señor acerca de su salvación, diciendo «No, Señor, quien me ha perdonado los pecados, para el cielo ha de ser» y le respondió su Majestad muchas veces con esta sola y misteriosa palabra: «Catarina». Instaba ella con los alientos que el mismo Señor la daba: «No hay que tratar para el cielo, Señor, para el cielo». Pondré en confirmación de esto lo que sucedió en el tiempo que yo la traté y comuniqué familiarmente. Había un sujeto que deseaba con notables ansias que se reconciliase con él la venerable Catarina y a ese paso y medida era el horror que la sierva de Dios tenía que confesarse con él y así por más instancias que yo la hacía para que se venciese, confiándome del consuelo y necesidad del sujeto para que llegase a su confesionario, no pude conseguirlo porque no daba Dios aliento ni fuerzas para la ejecución de su deseada obediencia hasta que un día se le manifestó a Catarina su Majestad todo llagado teniendo en su presencia hincado de rodillas a la dicha persona y como semejantes visiones la llenaban de lágrimas y sollozos con que se desahogaba su corazón aprensado y afligido, hizo entre suspiros tiernos al Redentor del mundo esta pregunta: «¿Quién, Señor, te ha puesto así?». A que respondió la suprema Majestad con alguna severidad: «Tú, porque huyes de este». Le propuso entonces la sierva de Dios al Todopoderoso, con muchas lágrimas, que llegaría a confesarse con el dicho sujeto por consolarle e ilustrarle con las luces que el Señor quisiese concederla para el bien de aquella criatura. Prosiguió de allí adelante Catarina reconciliándose con él las veces que se la ofrecía. En este tiempo vino orden de los superiores para que pasase este sujeto a la ciudad de Oaxaca y sabiéndolo la sierva de Dios, llegó a mí y me dijo: «Haz todo lo que pudieres para que no vaya este a Oaxaca, porque no conviene y ha de suceder un desastre». Le respondí que si era orden del superior y que por otra parte Dios la daba a entender no convenía la ejecución, pidiese al Señor le embarazase la ida. Y así fue porque habiendo salido de la Puebla, a veinte leguas de camino, le asaltó un furioso tabardillo[120] que obligó a que le devolviesen al Colegio de donde había salido donde sanó con brevedad y embarazada con este accidente la jornada, pidió con instancias el ir a las misiones para emplear la vida que Dios le había dado en la conversión del gentilismo donde, según las noticias que tenemos, con un ardiente y apostólico celo en la extensión de las nuevas cristiandades de este Occidente, habiendo causado en toda la provincia tanto más de admiración la pretensión de este sagrado ministerio cuan-

[120] *tabardillo*: especie de tifus.

to era más notoria la aversión que tenía a semejante empleo, asistiendo muy gustoso.

Y así, dichoso vuestra reverencia, que mereció ser tan anticipadamente escogido del Altísimo para una materia y asunto de su pluma que ha de ser muy de su agrado y en que por las causas y efectos sabemos que ha sido esta la voluntad de Dios y que en su ejecución reconoceremos la infalibilidad de la divina Providencia. La misma Catarina le ha de ayudar con sus oraciones, porque si acá era en extremo agradecida y no sabía qué hacerse para pagar a quien la acudía en lo temporal, ¿qué hará con quien se dedicó con tantas veras[121] al cuidado y provecho de su alma y ahora a glorificar a Dios en su sierva cuando goza ya el premio de sus excesivas penas, de su padecer tan intenso como continuo, y como legítima hija de nuestro gran padre san Ignacio y de su ardiente celo en la salud corporal y espiritual de las almas? Dios nos conceda por sus oraciones y merecimientos que cooperemos con la divina gracia para que verificándose en nosotros el dicho de Catarina: «No hay que tratar, para el cielo, Señor, todos mis confesores», le alabemos por toda una eternidad donde conoceremos perfectamente los tesoros de virtudes y de favores con que enriqueció la omnipotencia a nuestra venerable y recomendada Catarina. Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia. etc.

Guatemala, abril 22 de 1689 años.

Siervo y hermano de vuestra reverencia

Ambrosio Odón

Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan. Natural del gran Mogol, difunta en esta Imperial ciudad de la Puebla de los Ángeles en la Nueva España.

[121] *veras*: «eficacia, fervor y actividad con que se ejecuta o desea algo» (DRAE).

# LIBRO SEGUNDO

## DE SUS VIRTUDES MORALES, SUBORDINACIÓN A LOS CONFESORES, PODER QUE TUVO CONTRA LOS DEMONIOS Y LO QUE DEBE LA MONARQUÍA DE ESPAÑA A LA EFICACIA DE SUS ORACIONES

# CAPÍTULO I
# DE SU HEROICA HUMILDAD

## I

*Cuán bajamente sentía de sí,*
*comparándose con las bestias y los demonios*

La humildad es todo el ser, es el ente de las virtudes y así las trasciende y penetra todas. El verdadero y cordial humilde, no solo se muestra en los actos y ejercicios propios de la humildad; en todas sus acciones, en todo, debe mostrarse humilde el alma virtuosa y santa. Esta verdad es tan constante en nuestro caso que no se hallará capítulo, materia ni acción en toda esta historia en que no resplandezca la excelencia de esta virtud como manantial de todas las virtudes de esta sierva de Dios. Era Catarina de San Juan en sus palabras y obras, en sus ojos y estimación, la criatura más vil del universo. Sus palabras manifestaban lo que reinaba en su corazón y decía frecuentemente que era un gusanillo vil y asqueroso, un poco de estiércol, una perrita ingrata, una bestia indómita, la mayor pecadora del mundo, bautizada en pie, indigna de vivir entre cristianos y merecedora del infierno. En las casas donde vivió buscaba siempre el aposentillo o rincón más despreciado por retirado, incómodo o inhabitable porque la habitación más humilde y baja le ayudase al conocimiento propio y a vivir más olvidada y retirada del mundo. Cuando se pasó a la casa del capitán don Hipólito del Castillo y Altra la quiso poner en la recámara donde tenía a sus propias hijas para que las sirviese de madre y fuese el consuelo de toda la familia. Rehuyó este noble y piadoso afecto diciéndole: «No, señor, no soy digna de aposento de escalera arriba. Yo no nací para señora sino para esclava de los esclavos». Condescendiendo con su humildad le ofreció el dicho capitán otro cuarto acomodado para su retiro y ejercicios que correspondía a los entresuelos de la casa. Repelió también esta habitación como desproporcionada a su espíritu humilde y escogió un aposentillo que no tenía más luz que la de la puerta que salía al patio, sus paredes desaseadas, el suelo

de duras y frías lajas, y que servía solo de guardar la cal e instrumentos de batir mezcla para la renovación y fábrica del edificio.

Esta habitación fue el empeño o asunto más precioso de su elección y preguntándole yo después qué había visto en aquella pieza tan desaliñada e incómoda para escogerla para su morada, me respondió porque tenía a su lado una caballeriza y que una bestia era razón viviese al lado de otras bestias mientras duraba esta vida mortal y corruptible. Pudo decir a Dios Catarina mientras vivía lo que dijo el santo rey David[122]: «Híceme Señor como jumento para con vos y de aquí me nació el andar siempre en vuestra compañía». Desde que escogió el soberano príncipe de la gloria por solio un pesebre, autorizó y aprobó estas habitaciones humildes y lo confirmó aplaudiendo esta elección de Catarina porque, como lo anoté ya en el capítulo diecinueve del libro primero, este escondrijo de gatos y madriguera de ratones era el que se trasformaba en un celestial paraíso con la asistencia de los cortesanos celestes, dones y gracias del Altísimo, simbolizadas en los jeroglíficos de refulgentes luces y de bellas y hermosas flores, así como naciendo en él transformó el inmundo portal y vil pesebre de Belén en casa de Dios, empíreo de ángeles y palacio de su majestuosa ostentación, premiando el excelso y soberano príncipe de todo lo creado con lo más lucido y glorioso de su cielo a la que por imitarle en su humilde nacimiento, se abatía y apocaba hasta acompañarse con bestias.

Con este nombre de bestia explicaba ordinariamente el vil concepto que tenía de sí y de sus cosas, diciendo a los confesores en las cosas de su conciencia:

> Esto hice, esto vi, esto oí. No sé si es bueno o si es malo, vosotros sois doctos y lo entenderéis y así allá os lo dejo que a mí me basta obedecer como un jumentillo sin apartarme un punto de vuestra obediencia.

Uno de sus confesores le pidió en una ocasión licencia para comunicar algunas de sus cosas con otros dos por motivos justos que tenía. Le respondió rendida y humilde:

> Yo no tengo otro querer ni otra voluntad que la de mis confesores y así basta que te parezca a ti conveniente para mi gobierno esa consulta, para que lo ejecutes y bien serán menester tres confesores para esta indómita

[122] *Salmos*, 72, 23.

bestia. Uno que me enfrene, otro que me ensalme[123], y otro que me aplique la espuela.

En ninguna cosa resplandeció más la humildad, obediencia y mortificación de esta sierva de Dios que en haber dado esta licencia porque su espíritu la inclinaba a ocultarse de las criaturas y vivir entre los desprecios del mundo. Por este fin decía a los que la gobernaban: «Mis pecados e ignorancias podéis publicarlos pero en todo lo demás no se oiga mi nombre entre las gentes». Y solía añadir:

A los confesores que me han querido mucho, estimado y aplaudido o los he dejado, o Dios me los ha quitado con la ausencia, con la enfermedad o con la muerte.

Algunas veces arrastrada del sentimiento o arrebatada del divino Espíritu, reconvino a algunos, diciéndoles: «¿Cuántos confesores tengo?». Y respondiéndole que uno, añadía ella:

Pues si ese ha de publicar mis sueños e imaginados achaques, menos mal será que yo los saque a la plaza y los ponga al riesgo del popular aplauso porque en mi boca los tendrán todos por embustes y en la vuestra tendrán la autoridad que no merecen mis engaños.

Por mayor seguridad de este secreto, procuraba tener siempre un solo confesor que no ignorase cosa de su conciencia y por quien únicamente se gobernaba en las materias de su alma, dictamen tantas veces repetido de nuestro padre san Ignacio de Loyola, que quien se confesase con otro que con su ordinario confesor debe después en cuanto se acordare al mismo confesor suyo descubrir toda su conciencia porque mejor pueda ayudarle en el Señor nuestro no ignorando nada de ella.

Este fue el espíritu de san Pablo, pues cuando se vio obligado para la conversión del mundo a hacer alguna reseña agradecida de las mercedes y favores que recibió de su Dios, se ocultó y escondió, de manera que parece los ponía en cabeza ajena:

Sé yo (dice el apóstol)[124] que ha catorce años que un hombre fue arrebatado hasta el tercer cielo donde vio cosas tan secretas y escondidas que no

[123] *ensalme*: enjalme, me ponga las enjalmas, especie de aparejo, albardilla.
[124] Visión de san Pablo en *II Corintios*, 12, 2.

> solamente no pueden salir a la lengua para explicarse pero ni aun caber en la corta capacidad del humano corazón si Dios con su poder no la extiende y dilata.

Catorce años escondió san Pablo aquellos inefables júbilos, aquellas misteriosas visiones, aquellas revelaciones arcanas que le mostró Dios en el tercer cielo[125]. Catorce años continuos guardó el secreto de las divinas ilustraciones y cuando la necesidad vigente pidió que ostentase las misericordias y mercedes de Dios, dice: «Sé que un hombre fue arrebatado al tercer cielo» donde parece que habla más de otro que de sí mismo. Así se deben referir los favores del cielo hechos a los vivos, a más no poder y de manera que más parezcan hechos a otros que a los que los refieren. Así quería Catarina que se usase de las noticias de las beneficencias celestes que recibía, publicándose solo en caso de necesidad y entonces no en su cabeza sino de manera que pareciesen de otros. Deseaba ser despreciada y aborrecía la estimación, el aplauso y alabanza, y por eso no impedía la publicación de sus defectos y quería se ocultasen y no se ostentasen las misericordias que recibía del cielo. Ejemplo de humildad fue el silencio de catorce años en materia de glorias y favores que guardó el apóstol de las gentes, pero en una mujer[126], por toda su vida y tan larga, fue este mismo ejemplo de silencio no solo milagro o prodigio sino milagro de prodigios y monstruo sagrado de humildad porque como atestigua san Juan Crisóstomo, es el género femenino ambicioso y amigo de vanagloria y no hay gloria para una mujer como ver que la señalan con el dedo, la reverencian y adoran. Y esta ambición no es en ellas postiza sino heredada de su madre Eva que cayó en esta red cuando le dijo la serpiente maligna: «Seréis como dioses»[127]. De aquí, muchas, aun de las pocas que se aplican a la virtud, desvanecidas con su natural ligereza y sublimadas del enemigo para conseguir esta vana estimación, se aplican a lo que les inclina su naturaleza que es, según la observación de los tiempos a la hipocresía, a la simulación y al engaño con que pretenden hacerse deas[128] y parecer diosas porque esto las señala, las singulariza y les acarrea estimaciones de deidades. No parecía mujer Catarina en esta materia, pues en medio de tantos portentos y maravillas, con tener

125 *tercer cielo*: una expresión corriente en el judaísmo para designar la casa de Dios.
126 Alude al tópico de que la mujer es charlatana e incapaz de guardar secretos.
127 *Génesis*, 3, 5.
128 *deas*: 'diosas'.

tantos tesoros de gracias en el alma, tantas riquezas de favores y virtudes en el corazón y con estar este tan cerca de la lengua, parece carecía de ella para hacer ostentativos alardes de sus glorias porque tenía tan domesticado el furioso apetito de lucir y la inclinación de ser aplaudida en todo, y de todos quería ser tenida por bestia y no bestia coronada como la que vio san Juan en su *Apocalipsis*[129] adorada de la ignorancia, sino por un jumentillo manso, humilde y despreciado.

Con este nombre de bestia apartaba de sí a las otras recogidas y almas devotas que, divididas en parcialidades, profesando virtud y perfección, formaban división de escuelas en sus casas y en las iglesias, procurando cada una ser la primera, la guía, la querida, la más estimada y la que aumentaba y gobernaba el rebaño de su pastor o de su confesor, alabando su doctrina, su apacibilidad y buena gracia. Cuando estas se pegaban a Catarina y le buscaban la boca[130] con pretexto del consejo, haciéndole relación de sus dolores, penas, amarguras, ejercicios, vahídos y pesadillas, las respondía:

> Yo soy una asnilla y no entiendo de eso pero lo que yo hago es acudir al médico con los males del cuerpo cuando me apuran mucho y con los del alma al confesor y, obedeciendo con sufrimiento a entrambos, se consuela mi alma aunque no sane mi cuerpo.

Cuando estas, a su craso[131] modo de entender, llenas y rellenas de Dios, intentaban curiosas escudriñar y desentrañar la conciencia de Catarina hablándole de las ilustraciones querúbicas, de las inflamaciones seráficas, de los misterios profundos, de las visiones apocalípticas, de las revelaciones ambiguas, de los excesos y recesos del divino amor y de otras materias y términos de la contemplación que leían y excedían su vana capacidad les respondía:

> Yo no entiendo esa lengua, porque soy una bozal y un jumentillo y quizá por eso los confesores no me enseñan esas cosas. Lo que me mandan es que sea humilde, obediente, sufrida y mortificada y que rece con delación[132] el rosario y con atención y que piense en la eternidad. Y yo soy tan ruda que no acabo de aprender y saber esto que me enseñan.

[129] *Apocalipsis*, 13, 1.
[130] *buscaban la boca*: incitaban a hablar.
[131] *craso*: grosero, poco fino.
[132] *delación*: dilección, gusto, voluntad honesta y firme.

Cuando la hablaban de la importancia del magisterio espiritual de quienes tenían o no tenían las partes de buenos maestros de espíritu, procurado inclinarla cada una a su aprisco y a su escuela, las respondía:

> Yo a todos los confesores tengo por buenos y sabios y para mí es mejor quien más me refrena, mortifica y desprecia, porque es señal que conoce mi maldad y bestialidad y así no soy digna de andar con vuestras mercedes que sois señoras y doctas. ¿Qué parecería una pobrecita bautizada en pie y una bestezuela en tan noble compañía? Bástame el confesor que Dios me ha dado y ¿cuándo merecía yo que me sufriese y gobernase un sacerdote? Yo pongo mi boca donde ellos ponen los pies, beso la tierra que ellos pisan, venero a todos y creo a todos pero obedezco al que me considera porque ese es el que conoce todas mis maldades.

Y era tan verdadero esto que les decía que siempre que se levantaba de los pies del confesor, con disimulo tocaba la tierra con sus dedos y los llevaba luego a la boca, haciendo intención de besar el suelo que los confesores pisaban.Y el mismo acto de reverencia usaba cuando, estando sentada, pasaba junto a ella algún sacerdote, precautelando[133] siempre la nota de exterioridad de que ella tanto huía.

Andaba en un continuo conocimiento de que ella era la criatura que más debía a Dios y la más ingrata, que sus oraciones eran tan de poco valor que si no fueran acompañadas de las de los otros cristianos no pudieran llegar al cielo.Y así rogaba a todos la encomendasen a Dios porque era la más necesitada, la más pobrecita, cristiana nueva y sacada de entre gentiles por la misericordia de Dios. Cuando pedía por sí y por las necesidades del mundo, no se atrevía a ofrecer sus oraciones sino valiéndose de la santísima Virgen, de nuestro padre san Ignacio u otro santo para que las presentase como pajitas entremetidas con las demás oraciones de los justos a la suprema Majestad, porque no se las llevase el viento o porque no causasen asco al príncipe de la gloria si llegasen a su divina presencia solas sin la recomendación de alguno de los cortesanos celestes. Cuando la pedía encomendase a Dios algún negocio o alguna necesidad, decía:

> Sí haré pero rueguen a su Majestad que me oiga porque soy una abominable pecadora y mis oraciones no pueden tener valor delante del Señor.

[133] *precautelando*: «prevenir y poner los medios necesarios para evitar o impedir un riesgo o peligro» (DRAE).

Soy una ala de mosca con que no puedo taparme ni defenderme ¿cómo taparé o defenderé a otros?

Con este afecto humilde y concepto de bestia, recibía las doctrinas y voces de los ángeles y santos del cielo, diciéndoles:

Yo soy una bestezuela incapaz. No sé distinguir lo bueno de lo malo pero se lo diré a mi confesor y él como voz y vicario de mi Dios me mandará lo que debo ejecutar.

No se mostraba menos humilde con los mismos demonios cuando la pretendían desalentar y quitar la confianza de salvarle y le decían que era un poco de estiércol y basura y que sus oraciones causaban asco y provocaban a vómito de ira a su redentor y les respondía:

En eso conoceréis mi bajeza y la grandeza de la divina misericordia que puede levantar el polvo de la tierra al trono de su gloria de donde arrojó a sus ángeles y los tiró al muladar del infierno.

Cuando la pretendían desvanecer ensalzando sus obras y virtudes, les respondía:

Vosotros aún no sabéis quién soy. Soy como un zapato viejo enterrado por mucho tiempo en el estiércol. Soy como un hueso de caballo podrido con el tiempo en un muladar de inmundicias, mis obras son abominables y aborrecibles a los ojos de Dios y por ellas soy peor que vosotros porque si ofendisteis a vuestro creador, yo no solo he ofendido a mi creador sino a mi redentor Jesucristo, Dios verdadero hecho hombre por mí, y por esto merezco estar debajo de vuestros pies y soy digna de mayor infierno, pero no pierdo la esperanza de lograr lo que vosotros perdisteis porque conociendo mi malicia, vivo arrepentida y sé que Dios por su grande misericordia ha de salvar a los hombres y a los brutos y ya que no entré en el cielo con los que merecieron el nombre de hombres, espero entrar en el número de los pecadores, que merecieron el nombre de jumentos enmendados y arrepentidos.

## II

### *Cómo la verdadera humildad la sacaba victoriosa de los demonios y de sus astucias*

Sentía todo el infierno el ver que Catarina se aplicaba el nombre de bestia y se trataba y se estimaba como un simple jumentillo que, para desahogar su rabia con bramidos, tomaban frecuentemente forma de bestias para atormentarla y perseguirla y cuando ella se veía rodeada de dragones, sierpes, osos, perros y cebones[134], decía:

> Ahora sí que estoy contenta, porque aunque jumentillo simple, amo mucho la verdad y gusto de verme acompañada de los que se me parece porque se verifique en mí el refrán: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Vosotros bestias y yo bestia, vosotros brutos, yo jumento. Vosotros buscáis a quien tiene vuestra semejanza y yo me consuelo de veros porque esa monstruosa fealdad me abre los ojos para conocer mi abominación e inmensa malicia.

A este recibimiento reventaba de furor y rabia el infierno y llenos de vengativa soberbia la embestían y despedazaban con sus uñas y dientes venenosos, maltratándola con palabras, maldiciendo la bestialidad —así la llamaban— de este manso y sufrido jumentillo que confesando merecían mayores castigos sus culpas, clamaba contrita al cielo misericordia. En muchas ocasiones volvieron las bestias fieras, astutas y traidoras, transformadas en ángeles de luz y aun tomando las formas de sus mismos confesores, y para captarle la voluntad e introducir en su entendimiento el error y que pretendían, la dijeron disimulados:

> Bien dices cuando te apellidas jumentillo, porque como eres enemiga de la mentira, confiesas con ingenuidad la verdad de que tu ser es de bestia y así en muriéndote se acabó todo para ti, todo ese compuesto ha de desaparecer como perecen totalmente los brutos, porque como para estos no hay Dios ni cielo, no hay resurrección, no hay infierno, no hay eternidad, así tampoco la hay para ti, porque eres un jumento mortal y corruptible en el alma y en el cuerpo. Solo yerras en no imitar a los que decían «Comamos, bebamos;

[134] *cebones*: «el puerco cebado para que su carne esté tierna y deliciosa al gusto. También, se llaman así los animales que se ceban con cuidado para el mismo fin: como bueyes, entre otros» (DRAE).

porque mañana moriremos»[135]. Pues si eres bestia, ¿por qué no has de imitar a las bestias en sus costumbres? Sigue sus pasiones, ejecuta tus dañados impulsos, deja que corra la voluntad en pos de sus apetitos, que gocen los sentidos sus delicias, el cuerpo sus antojos, la imaginación sus devaneos y el juicio sus errores.

A estas engañosas voces y heréticas simulaciones respondía ordinariamente Catarina:

Callad, blasfemos y padres de todas las falsedades y engaños, no vengáis a razonar con una ignorante. ¡Oh! ¡Si os hubiera quitado Dios la ciencia, como perdisteis la hermosura! Idos de ahí y poneos a altercar con san Miguel para que llegue de vuestros oídos repetida aquella misteriosa voz: «¿Quién como Dios?», que fue bastante para vuestro primer precipicio. Id a argüir con san Ignacio, que con sus virtudes y el poder que tuvo y tiene del Altísimo, os atemorizaba, aterraba y confundía; idos a disputar con sus hijos, que son intérpretes de la verdadera ley. Los que gobiernan y mandan que cuando me vengáis con esos argumentos y falsas razones, os haga entonar el símbolo de la fe y así mirad que yo obedezco a mis confesores, ellos a mi redentor y vosotros habéis de obedecer a vuestro creador.

Y diciendo luego Catarina el credo, la solía mostrar muchas veces Dios que lo iban también diciendo estremecidas y rabiosas todas las bestias fieras que la cercaban. En otras ocasiones que se hallaba esta sierva de Dios ilustrada con más abundante luz, llevada del impulso suave y eficaz de la gracia, para mayor confusión de los precitos, les decía:

Entended y atended, malditos, a mi bestialidad e ignorancia que, aunque soy tan bestia, no ignoro ser hechura del Altísimo, creada a su imagen y semejanza y capaz de gozarle como criatura racional, limitada y no como igual y semejante, como tú, Lucifer, ciego de soberbia presumiste. Pero soy bestia y peor que las bestias, pues siendo racional, vivo como bruto. Aunque tengo en lo exterior naturaleza humana, en lo interior soy una bestia, porque no sigo las leyes de la razón sino las licenciosas de mi apetito. Tengo la apariencia de racional pero mis obras son de bruto. No me gobierno por lo racional sino por lo sensitivo. Así como vosotros, que en vuestra creación fuisteis adornados de innumerables perfecciones: ¡qué hermosos, qué bellos y agraciados resplandecisteis en el cielo!, y ¿por qué atropellasteis con la

[135] *Isaías*, 22, 13; *I Corintios*, 15, 32.

> razón y abusasteis de la libertad? Con un solo pecado pasasteis de ángeles a ser demonios, de criaturas hermosas a ser bestias fieras y abominables. Bestia soy, mas no rebelde y obstinado bruto, pues confieso mi brutalidad y me arrepiento de mis culpas, pidiendo por instantes perdón y misericordia al juez supremo que ha de resucitar a los buenos y a los malos, a los hombres penitentes y a los brutos, obstinados pecadores, para premiar con eterna gloria a los buenos y castigar con un inextinguible fuego a los otros en el abismo que está preparado desde el principio del mundo para vosotros y para los que os creyeren y siguieren. No soy tan ignorante que no sepa que en defensa de esta verdad estoy obligada a perder mil vidas y tolerar todos los tormentos de un infierno. Y así, si tenéis licencia de vuestro creador y mi redentor para probar con vuestras mismas penas la determinación de mi voluntad, aquí me tenéis postrada de vuestras plantas. Ensangrentad vuestras uñas y dientes que me fío en quien os puede dar licencia y de quien depende vuestro poder me dará fortaleza y constancia para sufrir vuestras crueldades.

Con esta humillación nacida de lo íntimo de su corazón, se desatinaban los enemigos astutos y rebeldes y desahogaban su furor rabioso con herirla y despedazarla. Duró esta guerra entre la obstinación de los precitos y la constancia de esta esclarecida virgen toda la vida, creciendo cada día más en ella el conocimiento de su bajeza y en ellos la saña y rabia. Para entretener su ira insaciable causaron en su delicado cuerpo un ardor tan extraño a la naturaleza y tan insufrible que para divertirle se veía obligada a arañarse con peines, y cuando la veían los enemigos obstinados más apurada venían con una almohaza[136] fabricada según parecía por su aspereza, en sus infernales fraguas y oprobiándola con los nombres de bestia la desollaban, dejando sin piel y sin carne sus martirizados huesos. Este martirio repetido a tiempos por muchos años, la acompañó hasta los últimos días de su vida, y así junto con otros que diré en su lugar, fue el que coronó su paciencia, fe y humildad por las manos de los infernales sayones[137] que no descansaban ni la dejaban descansar, combatiéndola de día y de noche, ya para desanimarla, ya para desvanecerla[138]. Pero Catarina salió triunfante de esta vida ocultándose, anonadándose y haciendo sus obras tan pequeñas a los ojos de los hombres que pareciesen una abominación o una nada, porque no buscaba su honra sino la

136 *almohaza*: «Instrumento para limpiar caballerías» (DRAE).
137 *sayones*: «verdugo que ejecuta las penas de los reos» (DRAE).
138 *desvanecerla*: 'provocarle vanagloria, presunción'.

gloria y honra de su Dios, y esto hizo a Catarina amada de Dios y bien vista por los hombres. Buscó la gracia de Dios solamente en sus obras y Dios le echó mil bendiciones para que fuese querida y honrada de sus criaturas, cuya memoria es tan dulce y agradable que nadie la mienta que no sea para engrandecerla y regalarse con el dulce recuerdo de su nombre, que es la alabanza en que cifró y comprendió el Espíritu Santo la suma de la perfección, la plenitud de la gracia y virtudes de Moisés: amado de Dios y querido de los hombres[139].

Lo uno y lo otro pierden las almas hipócritas que procuran salgan sus obras a vista de las criaturas para conseguir el aplauso y la gracia del mundo, sin hacer caso de la gracia de Dios: a estos castiga su Majestad con negarles su aprobación y ordenar que no sean estimados de los hombres y así cuando piensan que han de ser tenidos en mucho y aplaudidos, dispone la sabiduría divina que todos los tengan por vanos, altivos, embusteros e hipócritas. Pero bien merecido de los que no queriendo ser buenos pretenden serlo, apartándose del camino real de la fe, caridad y paciencia por donde subieron Cristo y sus santos al cielo, a quienes imitó esta sierva de Dios, procurando ser buena en su alma y ser tenida por pecadora y por bestia de todos.

## III

### *Efectos y prueba de su verdadera humildad*

De este vil concepto que tenía de sí y de sus cosas, nacía el dedicarse en todas las casas donde vivió a todos los ejercicios humildes, aliviando a los demás criados y preciándose de esclava de los esclavos, batallando con sus amos porque no la tratasen como a libre, hija y señora, como lo dejo escrito en los capítulos nueve y diez del libro primero, donde apunté también la desconfianza que tenía de sí, aun en los ministerios caseros que estaban a su desvelo y cuidado y así anonadándose, deshaciéndose y despreciando sus cosas, acudía a la santísima Virgen y pidiéndole su bendición para que se lograsen los desvelos de su trabajo y se hiciese mal o se malograse por su inutilidad la hacienda de las criaturas de su Dios, recurso por el cual alcanzaba la bendición de la Señora, para que saliesen sus obras bien hechas, con perfección y multiplicadas con

[139] *Éxodo*, 33, 11.

buen logro. De este conocimiento propio se originó el no atreverse a vestir el hábito exterior que usan las personas recogidas como divisa de haberse dedicado en verdad a Dios, en humildad y retiro de las vanidades del mundo, como lo noté en el capítulo quince del primer libro, porque como ella decía:

> Si soy en lo interior tan distraída y perversa, ¿para qué he de traer en lo exterior hábito de recogida? Si mi vida interior es de bestia y pecadora, ¿por qué en lo exterior he de parecer mortificada y ajustada a las leyes de la razón y de la santa Iglesia? Si mi vida floja y tibia es opuesta a la perfecta de Cristo y a la fervorosa de las almas suyas escogidas, ¿por qué he de ponerme a los ojos del mundo con la insignia y divisa suya, y de sus queridas esposas?

Aun la costumbre tan loable de los hábitos que son ornamento lustroso de la Iglesia católica por profesarse con ellos humildad y desprecio de las honras y delicias del mundo, no hallaba lugar en Catarina por el concepto de su dignidad porque no cuidaba de parecer buena, sino de serlo.

Prueba de esta verdad y crédito de su heroica humildad fue el haber pedido y alcanzado de Dios una cara o máscara de vieja fea para vivir despreciada en el bullicio del mundo, siendo niña y hermosa; el haber al fin admitido por marido a un esclavo tosco y zafio habiendo despreciado muchos casamientos de nobles, poderosos y príncipes, como lo dejo escrito en los capítulos veintitrés y veinticuatro del primer libro, donde omití la ponderación de los realces y resplandores de su humildad; en haber querido vivir en el mundo sin la gloria de virgen y con la afrenta de la esterilidad, consintiendo en un matrimonio estéril por estar determinada a conservar su integridad y pureza. Veinte años de esperanzas y de llanto amargo le costó a su madre Borta pasar de una afrentosa esterilidad a ser fecunda, y por merced maravillosa y milagro grande tuvo santa Isabel que en su ancianidad le quitase Dios el oprobio y afrenta de ser estéril, favor por el cual alegre y gozosa, dio a su Majestad infinitas gracias, pero Catarina era tan humilde que no rehusó vivir entre los hombres con la nota afrentosa de estéril y sin la corona de virgen en las estimaciones humanas que la veían muchos años casada e infecunda, ignorantes de la gloria de su invencible pureza. Argumento de la excelencia de esta virtud en esta sierva del Señor fue el no atreverse nunca a llamarse esclava de Jesús ni de María, sino esclava de los esclavos de señora santa Ana, porque siempre se halló indigna del blasón

y título honroso de esclava del Señor y de su santísima madre y de la señora santa Ana, y con este humilde afecto miraba a todas las criaturas como si fueran sus amos y señores, aun a aquellas que le servían. De santa Paula[140] y sus hijas se refiere que entre sus criadas no se distinguía cuál fuese la criada ni cuál fuese la señora, porque las igualaba el ser todas humildes, pero Catarina aún en el tiempo que tuvo criadas y esclavas, como era más humilde que todas, parecía y era de sus mismas criadas la esclava: a todas veneraba, a todas servía, a todas alababa y por eso la estimaban, sublimaban y engrandecían todos, a ejemplo de Cristo Jesús que estando en forma y ser de Dios se deshizo hasta tomar forma de esclavo y por este título de humildad quiso ser honrado, sublimado y engrandecido en la tierra con el título de salvador y redentor, y en el cielo con sentarse a la diestra y ladearse con el Eterno Padre.

[140] *Santa Paula*: noble romana que ayudó a propagar el cristianismo. (Giorgi, 2006, p. 60).

## CAPÍTULO II
## PROSIGUE LO HEROICO DE SU HUMILDAD, DESEOS DE SER DESPRECIADA DEL MUNDO Y TEMORES DE SU CONDENACIÓN

### I

*Cómo en los desprecios la humildad la hizo hija de san Ignacio, hermana de san Alejo en el espíritu e imitadora de Cristo Jesús*

De lo dicho en el capítulo anterior se infiere que Catarina de san Juan era humilde de conocimiento propio y voluntad de ejecuciones, y no de deseos solos; que de estos y buenos conocimientos está lleno el infierno, y no cabe en todo aquel abismo un grado de verdadera humildad. Muchos parece que conocen y confiesan que son vanos, soberbios pecadores y dignos de todo humano desprecio, pero es vano y fingido parecer, porque si les falta el mundo con la menor atención y aun con la más indebida lisonja, se sienten, se quejan, se muestran y hacen insufribles. Esta es la humildad que llaman de ganzúa[141], para sacar y hurtar propiamente los humanos aprecios y debidos a la verdadera humildad. Esta sierva del Señor no solo tenía apariencias de humildad sino realidades verdaderas y obras, porque todo su consuelo era el que todos la despreciasen y que ninguno la estimase ni aun conociese, y para que constase al mundo la excelencia de esta virtud suya, quiso Dios que por toda su vida estuviese en una continua humillación y desprecio, experimentando escarnios, vituperios y afrentas de los demonios y de los hombres. De lo dicho en el libro primero se puede colegir cuánto la persiguieron los hombres con baldones, despreciándola como a una mala y vil esclava, tratándola muchas veces de embustera, ilusa, alumbrada y hechicera, hallándola siempre estas injurias con el sufrimiento del santo Job regocijada, consolándose con la memoria de que por ella había padecido mayores afrentas su esposo Jesús, sin merecerlas. Solo la atormentaba en estas ocasiones el que se ofendiese a su redentor y

[141] *ganzúa*: gancho que usan los ladrones para abrir las cerraduras.

el ver que se perdían y condenaban algunos de los que la perseguían, representándosele tal vez algunos destinados para el abismo, y otros detenidos muchos años en el purgatorio, de donde volvieron a pedirle perdón de los agravios que le habían hecho y de la temeridad con que la habían juzgado. A otros vio arrastrados y rodeados de achaques[142] sin poder aliviarse aun con las oraciones de la misma paciente que clamaba y suspiraba siempre por el bien de sus enemigos.

Un día le dieron una bofetada afrentosa y acordándose de la que descargó aquel descarado sayón[143] sobre el venerable y hermoso rostro de Cristo Señor nuestro, hablando con el mismo Señor, le dijo: «También vos, Señor, recibisteis por mí esta afrenta sin merecerla, pero yo merezco que por instantes me igualen la sangre y repitan el golpe». En otra ocasión la escupieron por escarnio en el rostro y causando en ella turbación el vilipendio, se le representó el Señor y le dijo: «¿Pues no fui yo también escupido?».

> Sí, Señor (respondió Catarina), pero es grande y doblada la diferencia, porque yo merezco este y otros muchos y mayores oprobios[144], y con todo me conturba[145] mi primer ímpetu. Pero vos no lo merecisteis y lo sufristeis sin dar indicios de sentimiento alguno y sin romper vuestro profundo silencio.

Le mostró Dios otro día dos mujeres airadas con los chapines[146] en las manos tratando entre sí de aporrearla y maltratarla, y ofreciéndose a sufrir con paciencia lo que su Majestad fuese servido, le preguntó el Señor si gustaría que la picasen y mordiesen con su furiosa rabia aquellas víboras irritadas. Y respondió: «No, Señor, padecer yo quisiera, pero no que ellas lo hagan porque no lo pueden hacer sin ofenderte». Eran estas unas almas a quienes la sierva de Dios había avisado por mandado de Dios y de su confesor que mudasen de vida diciéndoles lo más oculto de sus interiores malicias, y como las verdades amargan a los mundanos, engendraron en estos serpentinos corazones y afeminados ánimos, odios, rencores y furias, y así irritadas como rabiosos perros, crueles tigres y sierpes emponzoñadas, querían ensangrentar en la ino-

142 *achaques*: enfermedades, dolencias.
143 *Juan*, 18, 22.
144 *oprobio*: «Ignominia, afrenta, deshonra» (DRAE).
145 *conturba*: inquieta.
146 *chapines*: «zapatos de corcho» (DRAE).

cente cordera sus uñas para desahogar el furor que les partía el corazón y la rabia que les rasgaba las entrañas, que estos monstruosos partos produce la verdad en el mundo, como nos lo asegura aquel tan común como experimentado adagio[147] de que es parto de la verdad el odio y el aborrecimiento, porque aunque ella en sí es tan linda y tan agraciada —el Eterno Verbo se honró y glorió de ser verdad para que pudiésemos discurrir y entender que a toda verdad podíamos dar el nombre de hija de Dios por su hermosura y belleza—, con todo eso es tan desgraciada en sus partos que ordinariamente concibe y saca a luz unos hijos tan fieros y abominables, como lo son los feos etiopes[148] del aborrecimiento y horribles monstruos de rencores. Estos fueron los que obscurecieron con la nube de una prisión al Lucero del desierto[149], al que era más que profeta, al mayor entre los nacidos, el precursor del divino Febo[150]. Estos mismos fueron los que apedrearon a san Esteban[151] y fueron finalmente los que en muchas ocasiones maltrataron a Catarina aunque en esta no lo permitió el Señor, porque oyendo su Majestad la voz de su sierva, con que mostraba el deseo de que no le ofendiese, vio ella que el mismo Dios les ataba las manos y mudaba los corazones. En esto imitó Catarina como espiritual jesuita, el espíritu de nuestro padre san Ignacio, cuando dijo que los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor[152]; tanto que a donde a su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrenta y ser tenidos y estimados por locos, no dando ocasión alguna de ello, por desear parecer, e imitar en alguna manera a nuestro Creador y Señor Jesucristo. Esta es humildad verdadera, este fue el espíritu de nuestro padre san Ignacio y Catarina su hija. Por esta divisa y no por otra fue hermana de la Compañía de Jesús.

147 Alude al adagio *Veritas odium parit,* lugar común conocido generalmente como verso (v. 68, pero depende de las ediciones) de la comedia *Andria* de Terencio, y se había convertido en proverbio a partir de las numerosas citas del comediógrafo.

148 *etiopes*: es la acentuación del Siglo de Oro.

149 San Juan Bautista.

150 *Febo*: o Apolo, el Sol, imagen de Cristo en el contexto. El precursor es san Juan, como queda anotado.

151 *San Esteban*: fue un diácono, considerado el protomártir cristiano. Murió lapidado.

152 En las *Constituciones*, 44.

Le puso Dios por mucho tiempo en cierta casa para que en ella imitase a san Alejo[153] en la paciencia y humildad y conformándose con la divina voluntad, experimentó las torerías de los muchachos, las mofas, las burlas y vilipendios de la gente de escalera abajo[154], estando en continuo ejercicio su paciencia y en una real prueba su humildad. Descomponían su pobre lecho; hurtaban sus candelas, desaparecían sus alhajuelas[155]. Servía de cocina y de lugar de trisca[156] su aposentillo, y muchas veces de asqueroso basurero y rincón de horrorosas inmundicias, porque era el retrete[157] de su recogimiento. La inquietaban de día para que no rezase y de noche para que no descansase. Servía de enfermería común su pobre albergue y, aunque era el alivio de los enfermos su caridad, amándolos, consolándolos, limpiándolos y aun lamiéndoles sus llagas y sus podres[158] con su saludable lengua, como diré en su propio lugar, era ella el yunque de la paciencia de las enfermeras y enfermos porque su mansedumbre y humildad los reprendía, su modestia y honestidad les embarazaba y su continua asistencia les ofendía. De su cama hacían aparador de ungüentos y de su tarima tajón[159] y mesa donde se repartían las comidas, procurando, según parece, echarla de aquel pobre rincón. Si se salía del aposento, en los altos de la casa impedía su autoridad y recato delitos mayores porque con su gravedad y silencio cerraba las bocas y cortaba los pasos de espíritus que quisieran desahogar el incendio de sus pechos sin tan venerable registro. Si se retiraba a lo interior de la casa parecía a muchos que era para registrar los que entraban y salían. Finalmente, en todas partes embarazaba este ángel en carne y en todas partes la perseguían para obligarla a desamparar la casa que ella no podía dejar por no tener otra voluntad que la de Dios y de su ministro, que la conservaba quizá porque Dios no la destruyese por la eficacia de las oraciones de esta su querida virgen, y en todo este torbellino de injurias no se le oía otra palabra que: «Hágase la voluntad de Dios; el Señor lo quiere así; más merecen mis pecados; aquí tengo de perseverar hasta que mi confesor me mande pasar a otra parte», y cuanto más acosada, clama-

153 San Alejo vivió mucho tiempo debajo de una escalera de su casa, disimulando su identidad.

154 *de escalera abajo*: de la servidumbre, los criados domésticos.

155 *alhajuelas*: «alhajas, joyas» (DRAE).

156 *trisca*: bulla, algazara.

157 *retrete*: aposento apartado.

158 *podre*: pus de una herida o llaga infectada.

159 *tajón*: o tajo, pedazo de madera donde se parte la carne.

ba más al cielo por los que la perseguían y ofendían. Cuando le venía memoria o pensamiento de que imitaba a san Alejo en la paciencia y mansedumbre, se volvía a Dios y le decía:

> ¿Qué tiene que ver esto con aquello en tus ojos, soberano juez, que escudriñas los corazones y juzgas con peso fiel y medida justa las obras? Porque san Alejo sufrió humilde semejantes persecuciones a vista de sus padres y de su esposa Dina (así la nombraba siempre, no sé dónde supo su nombre) y yo padezco en tierra ajena, mereciéndolo por ser mal sufrida y la más soberbia del mundo, y así es justo que todos me humillen y castiguen.

No le faltó este doméstico martirio en todo el tiempo de su vida y en las casas donde fue más templado por la defensa y estimaciones de los nobles caseros, como en las del doctor Juan Flores y capitán don Hipólito del Castillo y Altra, lo suplía Dios con mayores enfermedades y mayores persecuciones del infierno.

En esta tormenta por mucho tiempo continuada se le apareció muchas veces la madre de san Alejo, y el mismo santo con su esposa consolándola y animándola. Pero lo que más la confortaba era el mismo Dios que por instantes se le representaba vivamente en su memoria, en su imaginación y en su entender, en varios pasos de la sagrada Pasión; ya herido, ya azotado, ya arrastrado de los cabellos, ya coronado de punzantes y penetrantes espinas, ya en la cátedra de la cruz[160] donde predicaba desacreditando toda vanidad y persuadiendo la verdadera humildad y desprecio del mundo. Con este capitán y ejemplar de la muerte y Pasión de Cristo que tenía siempre delante de los ojos, se hallaba tan fortalecida que solía repetir lo de san Pablo:

> Parecemos gente de milagro, porque padeciendo mil persecuciones y tormentos innumerables, no perdemos el ánimo. Arrójanos contra las piedras de infinitas calumnias y sinrazones que nos hacen, y con todo esto no se quebranta nuestro corazón, ni se rinde nuestra constancia; porque andamos rodeados de la Pasión de Cristo.

[160] *cátedra de la cruz*: metáfora que usó también el P. Mateo de la Natividad en su obra *Cátedra de la cruz: regentola Cristo,* único *maestro*… escrito por Mateo de la Natividad (O.F.M.) en Valladolid en 1639.

A vista de este Dios crucificado, mudo a tantas descaradas afrentas, a tanto cruel y sangriento azote, a tanta sacrílega blasfemia, a tanto afrentoso vilipendio, callaba y enmudecía Catarina, y solo tenía lengua para rogar por los mismos que la agraviaban excusándolos con que no sabían lo que se hacían y que ella sola era la perversa y digna de mayores afrentas, ignominias y desprecios. Con este conocimiento perseveraba constante en la casa de su tribulación, humillándose a todos y humillada de todos y con la misma humildad la hallaban en la calle, y con especialidad en la iglesia los extraños, convidándoles con el primer lugar en la confesión y comunión y escogiendo el más ínfimo y bajo asiento, y cuando le daban la mano para que fuese la primera como corrida y avergonzada, respondía: «No señoras, no es razón que la perrita y la esclava preceda a sus amas». Era Catarina noble, humilde, y de buen entendimiento, y así se mostraba cortés, comedida y bien criada: estaba tan lejos de quitar o negar el lugar y la vez a otros, que con su buena crianza obligaba a que todos la honrasen: en brazos la ponían a los pies del confesor y en la reja de la comunión aun las más nobles, que son siempre las más corteses y las que más se humanan a honrar a otros, y de ellas deben aprender las que de su cosecha son de más baja esfera en el mundo, porque no quita el buen orden la gracia de Dios ni su ley es contra la razón, ni es el camino del Evangelio camino de imprudencia y desconcierto. Aun en el cielo hay varios grados y jerarquías[161] de espíritus superiores e inferiores que sirvan de ejemplar, como notó santo Tomás, al gobierno y monarquía eclesiástica: pues si en el cielo y en la iglesia hay su gobierno, orden, concierto y distinción de grados, ¿por qué en el gobierno político del mundo no ha de haber distinción de estados y personas? ¿Por qué no se ha de huir de la confusión y desorden del infierno donde aunque hay sujeción al cruel y tirano príncipe Lucifer, como es lugar de soberbia, violencia y oscuridad, todo anda turbado, alterado y desconcertado? Y a la verdad, la gente que se precia de profesar recogimiento y humildad si se muestra malcriada y descortés, desacredita y hace odiosa la virtud, y también desedifica y escandaliza con su poco comedimiento y mansedumbre, porque aunque suele ser falta de capacidad, juicio y crianza, se atribuye a soberbia y vanidad, y así se infama la virtud y el estado de las personas que la profesan. Y esto dice la Escritura que es hacer blasfemar el nombre de Dios, que es el de santo y santidad.

[161] Alude a las nueve jerarquías angélicas, a saber, ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados, potestades, querubines y serafines.

## II

*Temores de esta sierva de Dios, hijos de su verdadera humildad, combatidos del infierno para desordenarlos*

Del concepto que Catarina tenía de su indignidad y de ser la mayor pecadora del mundo se originó en ella un temblor grande y un continuo y habitual temor de verse en el tribunal de la divina justicia, respondiendo a los cargos de la rigurosa cuenta que había de dar al supremo juez, de cuya sentencia depende un eterno descansar o un eterno padecer en las voraces llamas del infierno que le había mostrado Dios muchas veces, porque se arraigase en este santo temor y para que compasiva pidiese y padeciese porque no se precipitasen en aquel horrible lugar los pecadores. Toda su vida fue una continua lucha con estos miedos y con este cuidado, porque lo que ha de durar para siempre y pende de un paso, de una palabra, de una obra y de un momento, bien es que se ponga delante de los ojos en todos nuestros pasos, acciones y pensamientos y en todos los instantes de nuestra vida. Aún en estos últimos años de su vida andaba con esta espina, preguntando si se salvaría, si iba bien, si vería airado el rostro de su Señor, o si la dejaría caer en alguna culpa porque la arrojasen al fuego. Aunque la aseguraban los confesores, siempre sobresalía el conocimiento de su nada, de su indignidad, de su falta de merecimientos para gozar a Dios en su cielo y la muchedumbre de sus ingratitudes para que no se lograse en ella la sangre de Jesucristo. Por eso vivió arrojándose pecho por tierra a los pies de su redentor, besándolos y limpiándolos con sus labios, lágrimas y cabellos, clamando misericordia y temblando de entrar en cuentas con Dios, juzgando que se le debía de justicia el infierno. Y por esta razón y conocimiento pedía a Dios sin cesar el más bajo lugar en su cielo de limosna, por su inmensa liberalidad y misericordia infinita, con aquellas sus familiares voces: «Debajo del escabelito[162] del menor santo, allí, allí como una hormiguita estaré contenta, y bastantemente premiada», sin atención a los propios merecimientos que ella no tenía, porque nada valía, ni podía. Estos humildes afectos se veían muchas veces premiados; ya, viéndose en el tribunal de la divina justicia amparada y defendida de la omnipotencia, ya de la protección de la santísima Virgen, ya recogiéndola el Señor en su costado y entre sus brazos, ya poniéndole

[162] *escabelito*: «pequeña tarima» (DRAE).

delante escalas que representaba los grados de su perfección y grandeza de virtudes, por donde subía y había de llegar al trono de la Santísima Trinidad, asegurada de la justicia de Dios y enriquecida con la sangre de Jesucristo y la intercesión de su santísima madre. Pero pasando la luz y el favor, volvía a sus temores, porque volvía el conocimiento de su nada, de sus tibiezas y de sus ingratitudes para con Dios, a quien tanto debía. Esta consideración la sacaba tan fuera de sí, que como azogada[163], llena de miedos y de temblores, buscaba repetidas veces a sus confesores para que la animasen, confortasen y absolviesen sin hallar ella en sí de qué confesarse ni los confesores materia para absolverla, admirándose y confundiéndose de ver que una alma tan favorecida de Dios, tan llena de virtudes, tan libre de culpas, al juicio humano muy prudente, que no perdió la gracia del bautismo, viviese con tantas ansias y congojas, con tantos miedos y temores, cuando tantos del mundo, teniendo tanto que temer, tanta cuenta que dar, no temen ni tiemblan, ni se acuerdan de la muerte, del juicio de Dios, ni del infierno.

Este santo temor de Catarina procuró Lucifer con todo el poderío de sus ejércitos desvanecerle o desordenarle, porque un temor bien ordenado es una de las mayores defensas de las almas, y la mayor seguridad en la inconstancia de nuestro libre albedrío. Decíale que qué temía cuando el poder de su Dios la había sacado con su infinita misericordia de entre gentiles, y depositándola entre cristianos, hijos de aquella mujer[164] que tanto los favorecía porque los veía congregados en sus alabanzas y en las de su hijo, que se asegurase de su salvación, pues para condenarla, la hubiera dejado en la barbaridad del paganismo. Le proponía todo el discurso de su vida, ajustada a las leyes de la razón, a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, a los consejos de los confesores; tan acompañada de penitencias y mortificaciones, tan asistida del creador y sus ángeles, tan apoyada de los doctos y sabios que la gobernaban y así que no temiese, que no se acobardase, que ya él y sus ejércitos se daban por vencidos, y conocían que no podían contra ella, que bien podía mandarlos, que como avasallados de su mucha virtud la servirían como esclavos porque era la más favorecida y querida de su creador, a quien todos deben obedecer y servir, y de quien dimanaba todo poder. A estas y semejantes solapadas tentaciones se humillaba más Catarina, y sepultándose en lo profundo de su nada, y cubriéndose del más leve polvo y del lodo vil y

[163] *azogada*: enferma a causa del azogue o mercurio, que provocaba temblores.
[164] La Virgen María.

bajo de que fue formada, sin levantarse un punto de la tierra por perecer entre los brazos de este soberbio gigante, como pereció a manos de Hércules el otro gigante Anteo[165], le respondía humilde:

> No te admires, Lucifer, de que yo tema al justo y supremo juez cuando veo que tú y tus secuaces, ángeles o demonios, no hallasteis seguridad en el cielo, ni Adán en el Paraíso. Si con tantos dones, gracias y perfecciones te desvaneciste y te precipitaste a lo profundo del abismo, si estando tan cerca de la gloria no acertaste con su puerta, ni cupiste por ella por no querer humillarte; ¿cómo no he de temblar y temer yo, siendo formada de un poco de barro que con cualquier rocío se humedece, se esponja, y se ensancha? Si tú para engañarme finges humildades, confesándote rendido y avasallado de una criatura tan vana y tan pecadora como yo, ¿cómo no temeré que mi humildad sea una hipócrita soberbia y todas mis acciones una disimulada altivez? Lo que reconozco, Lucifer embustero, es que si hay en mí algo bueno es don de Dios, y lo que tengo de mío, son pecados, culpas e ignorancias y lo que temo es perder a Dios como tú lo perdiste, y así, vete de ahí maldito y déjame vivir y morir con este temor y sentimiento.

Solía irse Lucifer pero para volver con nuevas trazas, maldiciéndola a ella y a los que la ilustraban, aludiendo a los ángeles que la asistían y a los confesores que la gobernaban.

## III

### *Cómo el Señor la conservó en su santo temor, con conocimientos de nuestra santa fe, y visiones de la muerte y de la eternidad*

Al paso que el infierno se empeñaba en desnudarla de este santo temor, Dios y sus ángeles se esmeraban en arraigar y conservar en Catarina este recelo y temor de su condenación. Desde el tiempo de su niñez comenzó la divina Providencia a llevarla en espíritu a la cabecera de los moribundos, como anuncio de los muchos que había de ayudar en aquella hora y había de librar, asistida de la divina gracia, de las garras del dragón infernal. Allí no solo consideraba, sino que también veía las angustias y congojas que cercaban a los dolientes ocasionadas por su

[165] *Anteo*: gigante hijo de la Tierra; en su pelea con Hércules cada vez que este lo arroja a la tierra se levantaba con nuevas fuerzas, hasta que Hércules lo levantó en el aire y lo ahogó entre sus brazos.

mala vida pasada; las circunstancias de aquel terrible trance en que apiñados los demonios hacían el último esfuerzo para rendirlos con todos sus conatos, astucias y con alaridos, pidiendo justicia al supremo juez, diciéndole que quien había vivido mal no era justo que muriese bien, y que estas almas eran suyas, pues las habían ganado y conservado debajo de sus banderas, con su poder y maña la mayor parte de su vida. Veía los temblores, sobresaltos y desfallecimientos que causaban en ellos los males presentes y la imaginación de los futuros, la cuenta y eternidad que por instantes esperaban entre paroxismos y las últimas boqueadas. Veía arrancarse las almas de los cuerpos en aquel último punto, momento de que pendía su eterna felicidad o desdicha, porque al fin no hay plazo que no se llegue ni tiempo que no se acabe[166]. Las seguía hasta el tribunal de la cuenta en que no puede haber engaño ni falsedad, donde se juzga según verdad y no según lo que de fuera parece, donde se ve con claridad los que han de tener eternidad de cielo, o eternidad de infierno. Aquí subían algunas en manos de demonios, que entre golfos de espeso humo, iban cantando victoria, «salimos con la nuestra, nuestras son y lo serán para siempre, en prueba y argumento de nuestro poder y de nuestras astucias». Entre estas voces de triunfo y vanagloria, oía unos gemidos dolorosos y un «ay» lastimero repetido de las almas que se quejaban de verse entregadas a los lobos infernales sin remedio. Estos las presentaban en el trono de la divina justicia y de la cuenta de que tiemblan aun los muy santos, y relatando todos sus pecados, pedían satisfechos de su derecho al juez que se las entregase por sus eternos esclavos. Veía cómo el soberano Señor con su rostro airado, sus ojos como llamas de fuego, y sus palabras como un alfanje[167] de dos filos se las entregaba con aquellas terribles voces. «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno con Satanás y todos sus secuaces»[168]. Veía finalmente cómo a esta voz las arrebataban los demonios y las llevaban por suyas, y regocijados las iba despedazando y diciendo: «Salimos con la nuestra, nosotros somos los que os engañamos, y rendimos» y arrojándolas en aquel piélago de llamas, más abrasadoras que si fueran de plomo o metal derretido, les decían:

[166] Es proverbial, en variantes, como *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague* —que usó Antonio de Zamora para titular una de sus comedias—, y otras.

[167] *alfanje*: especie de sable, que usaban los árabes.

[168] *Mateo*, 25, 41.

> Aquí moriréis eternamente una muerte viva, y viviendo mortalmente, reventaréis en nuestro cautiverio por todos los siglos, sin consuelo, sin alivio y sin remedio, porque ya para vosotros se cerró para siempre la puerta de la misericordia.

Estas visiones fueron muy repetidas, y como ella decía, para poder vivir le borraba Dios la memoria de las personas juzgadas y perdidas y le apagaba o templaba la especie[169] y la luz de lo que había visto, dejándola en aquel temor y temblor de no saber si le acontecería a ella otro tanto. Así perseveró toda su vida en clamar y suspirar por una buena muerte para sí y para sus prójimos. Tanto, que se ponía siempre en presencia de Dios con todos los negocios que le encomendaban, diciendo:

> Esto piden, Señor, tus criaturas. Duélete de ellas y concédeselo si les conviene para una buena muerte y para oír aquellas dulces palabras: «Venid, benditos de mi padre, y tomad posesión del reino que, desde el principio del mundo, os está preparado»[170].

En otras ocasiones no acompañaba a las almas en todas sus postrimerías[171], sino en una u otra y aun por símbolos se le solía manifestar el riesgo y la facilidad de la eterna condenación.

Pongo uno u otro caso por ahora como ejemplos de los fundamentos de su temor. Le mostraron un hoyo o barranca grande y tan profunda que llegaba al abismo y en la ladera y orilla de esta profundidad, vio un árbol seco ya tronco inútil, fantasma de los valles y esqueleto corpulento de la montaña, de aquellos que en otro tiempo fue o se tuvo por el más copado y frondoso árbol por la bizarría de sus ramas y lozanía de sus pimpollos y frescura de sus renuevos. Este, aún no creía que era viejo ni conocía su debilidad ni el riesgo de su precipicio, siendo así que todas sus raíces estaban descarnadas ya sin vigor para tenerse en pie e inclinada su maquinosa mole[172] para dar con todo en tierra o, por hablar con propiedad, en la profundidad de aquella negra humareda y piélago[173] de llamas que se le representaban a Catarina como paradero y eterno quemadero de aquel insensible leño. Le llamó la atención la

169 *especie*: imagen.
170 *Mateo*, 25, 34.
171 *postrimerías*: o novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria.
172 *maquinosa mole*: como si dijera la máquina o conjunto de su volumen.
173 *piélago*: mar profundo.

grandeza del tronco, el destrozo que había hecho en aquel tosco madero el tiempo y, viéndolo ya inclinado a su fatal ruina, le preguntaron sin conocer quién si sabía quién era aquel destrozado árbol. Respondió que no y le dijeron, pues es fulano, y luego se le representó en el tronco su rostro feo, consumido, sin dientes, sin cabello, sin fuerzas, sin brío, y finalmente un benefactor suyo, retrato de una vejez caduca que estaba ya para caer en el eterno y voraz fuego del infierno. Clamó por él a la infinita misericordia y se le mostró el supremo juez severo en los clamores de que no se perdiese aquella alma. Invocó a la santísima Virgen para que intercediese. Se apareció la Señora e hincándose al lado de Catarina, rogó al Padre Eterno oyese a su hija Catarina porque no se perdiese aquella alma redimida con la sangre de su santísimo Hijo. Respondió el Eterno Padre a María Santísima:

> Tres años se le conceden de vida para que se enmiende, un año por la Santísima Trinidad, el otro por la madre de mi unigénito Hijo, el otro por Catarina y algo más para la prueba de su perseverancia.

Fue esta visión previsión de lo que había de suceder porque dentro de pocos días acometió una enfermedad al sujeto simbolizado en el árbol que, recibidos todos los sacramentos, se puso en las agonías de la muerte de que se libró por entonces, viviendo otros cuatro o cinco años más con señales exteriores de una buena y ejemplar vida y, al fin de ellos, murió, dejándonos en las circunstancias de su último fallecimiento esperanzas de su salvación.

Andando con estos sustos y temores de la perdición propia y ajena, le mostró Dios tres almas que se iban precipitando al piélago tenebroso del infierno, y asustada y compadecida se volvió a su Majestad, y le dijo: «¿Cómo es esto, Señor, que habiendo vos derramado vuestra sangre por las almas, se hayan de perder estas miserables?». El Señor le respondió: «Pues detenlas y ponlas en tierra firme, que puedan lograr el puerto seguro de la bienaventuranza». Con este beneplácito del divino poder, llamó a la santísima Virgen en su ayuda y le arrojó con la velocidad de un rayo, no del fuego elemental que es muy tardo para semejantes aprietos, sino del espíritu de su caridad encendida, y alcanzando a la una, la sacó del peligro y la puso en salvamento. Volvió por la otra, que se iba ya a pique en aquel horroroso golfo de humaredas horribles y la puso en seguro, y arrojándose tercera vez, para impedir la fatal caída de la tercera, ¡oh dolor inexplicable!, no la halló, o porque se la había ya

tragado el abismo sumergiéndose en sus abrasadoras y voraces llamas, o porque quiso la sabia Providencia que la perdiese de vista entre aquellas palpables tinieblas de espeso humo y entre las olas tristes y melancólicas del infernal fuego, porque perseverase Catarina en gemir y clamar a la divina misericordia porque todos se salvasen, que en todos se lograse la sangre de su redentor y que todos gozasen en la eternidad de la hermosura de su rostro.

Una de estas almas parece que fue cierto religioso, que al mismo tiempo de esta visión y vuelo de espíritu padeció un desmayo y desfallecimiento mortal o profundísimo sueño causado de un agudo, intenso y repentino dolor de estómago de que volvió en sí con los temblores y trasudores[174] que nos suelen pintar las historias en los que se han visto en manos de demonios, y en los horrores del infierno, diciendo a los presentes:

> Quiero morir en esta religión, porque depende de esto mi salivación. ¡Ay de mí!, que me he visto entre las llamas del horroroso abismo, donde iban cayendo muchos y estaban por caer muchos más. Yo no me sumergí porque la reina de los cielos me salió al encuentro, y cogiéndome de la mano, me sacó del peligro.

Con estas palabras me refirió este caso un religioso, a quien se debe dar todo crédito, que asistía en la misma comunidad donde sucedió. Añadió que teniéndolo todos por imaginación o por sueño, procuraron persuadir al afligido doliente que despreciase su sueño o imaginación y que persistiendo él en que era verdad y no imaginación ni sueño, porfiaron[175] los demás en desvelarle y desvanecer su juicio. En esta contrariedad de pareceres y porfías, se les había quedado muerto sin sacramentos el enfermo. Si no fue este uno de los dos que sacó del riesgo Catarina, sería quizás el tercero que se le desapareció y que salió libre para que fuese testigo del beneficio de la emperatriz de los cielos, que fue haciendo sombra a esta su querida hija, para que saliese de esta vida contrito[176], como se puede piadosamente creer, cuando la poca piedad y

[174] *trasudor*: la definición del DRAE («sudor tenue y leve») no conviene casi nunca en los textos del Siglo de Oro, donde trasudor se aplica a menudo a las agonías de la muerte. Ver CORDE, numerosos testimonios. No es, pues un sudor leve, sino una alteración orgánica grave.

[175] *porfiar*: «disputar y altercar obstinadamente y con tenacidad» (DRAE).

[176] *contrito*: «que siente contrición» (DRAE); arrepentido.

mucha incredulidad de los presentes le dificultó o dilató los sacramentos para el tiempo en que no pudo lograrlos.

# CAPÍTULO III
# PROSIGUEN LOS TEMORES HUMILDES DE SU CONDENACIÓN Y EL JUICIO QUE HIZO DE LA SALVACIÓN DE LOS QUE MUEREN EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

## I

*Se propone su sentir y una singular doctrina que la dio el Señor acerca de esta materia. De lo uno y de lo otro se infiere una conclusión prudentemente probable para consuelo de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús*

Entro en este capítulo con especial recelo, no porque sea su materia la más difícil o peregrina[177] de esta historia, sino porque la miro como materia prima o tabla rasa, fácil de impresionarse, con encontradas formas, opuestos carácteres[178], ya en los vulgares, adelantada de certeza infalible por su plebeya credulidad e ignorante facilidad, ya en los prudentes políticos atrasada aun de la buena fe humana —que es lo que solo se intenta— por los humos de intrusas parcialidades o empeñadas emulaciones. A uno y a otro extremo satisfago, renovando y repitiendo mi primera protesta: de que no pido, ni admito, en cuanto escribo, más fe que la humana, debida a cualquier historia, contada o escrita con sinceridad y verdad cristiana, afianzada en los prudentes juicios y pío afecto de ánimos católicos, acordando otra vez que calificar verdaderas revelaciones y declararlas ciertas e infalibles, toca solo a la Iglesia Católica, con su cabeza el romano pontífice, a cuyo último juicio y sentencia me remito en todos mis escritos.

Debajo de esta protestación supongo otra vez asimismo (porque hacen reclamo a ellas algunas hablas y visiones de la venerable Catarina pertenecientes a estos capítulos), que mucho antes que naciese esta sierva de Dios, corría entre los de la Compañía de Jesús una revelación, que se dice haber tenido san Francisco de Borja, el cual arrebatado, y como

[177] *peregrina*: rara, extaordinaria.
[178] Es la acentuación usual en el Siglo de Oro.

fuera de sí, con el sumo gozo que le causó, se la refirió con razonables motivos al hermano Marcos, coadjutor de la Compañía, y compañero escogido el mismo santo padre y señalado de san Ignacio por su superior, cuanto a la moderación de sus penitencias y trato humano decente de su persona, confianza que declara bien el alto concepto que tenían ambos santos padres de su juicio y religiosa prudencia. Este cuerdo y religioso hermano dejó escrito de su letra y firmado de su nombre, en un manuscrito de apuntamientos suyos, que san Francisco de Borja una mañana que lo halló al salir de oración, saltando de gozo y como fuera de sí de consuelo y preguntado del mismo hermano, le respondió después de muchas instancias y preguntas:

> Sepa hermano Marcos, que el Señor se ha dignado a revelarme que ha hecho a la Compañía la misma merced que en sus principios hizo a la religión de san Benito, y es que todos los que perseveraren en ella hasta la muerte, y murieren con su ropa en los primeros trescientos años, se salvarán.

Este apuntamiento del libro, letra y firma de dicho hermano, cuya virtud conocían bien todos, vieron y leyeron muchos, de quienes lo oyeron otros, y se ha conservado la noticia invariada hasta nuestros tiempos.

Asimismo el muy reverendo padre fray Lorenzo Mola, capuchino, gran predicador y observante religioso de la Provincia de Nápoles, estando enfermo y ya cercano a la muerte, envió llamar al padre Vicente Metres de la Compañía de Jesús, gran predicador también, religioso ajustado, sabio y prudente. Fue confesor muy estimado del duque de Monteleón, virrey de Barcelona. A este padre dijo el enfermo, delante de muchos en alta voz:

> Padre yo lo he enviado a llamar para decirle cómo el Señor ha concedido a la Compañía que ninguno de los que perseveraren hasta la muerte y murieren en esta, en los primeros trescientos años se condene, sino que se salvarán todos, como lo concedió a la religión de san Benito.

Esta revelación y todo su caso refirió el mismo padre Vicente Metres en la quiete[179] pública a dieciocho de marzo de mil seiscientos siete, en el Colegio de Barcelona. Entre los que la oyeron fue, uno el padre Mi-

[179] *quiete*: «hora o tiempo que en algunas comunidades se da para recreación después de comer» (DRAE).

guel Tersa, prepósito de la Casa Profesa de Valencia, maestro de novicios y visitador señalado de Cerdeña, y el mismo año de mil seiscientos siete lo refirió el padre Tersa en el Colegio de Alcalá a toda la comunidad.

El padre Juan Eusebio[180] expresa las dos revelaciones en la vida larga de san Francisco de Borja. En la vida del hermano Alonso Rodríguez refiere otras dos revelaciones conducentes al mismo fin, no como premisas o principios universales de quienes se infiera la propuesta revelación, sino antes como ilaciones y buenas consecuencias particulares que parece suponer dicha revelación como premisa que se infieren legítimamente. Una fue en el año de mil quinientos noventa y nueve, en que el Señor reveló a dicho venerable hermano Alonso Rodríguez que todos los que al presente estaban en la Compañía, si perseverasen hasta la muerte en ella, se salvarían. En otra ocasión le reveló lo mismo de todos los que al presente habitaban en el colegio donde dicho venerable hermano vivía, que una y otra particular se infiere bien de la universal de san Borja. Todas estas cuatro revelaciones con otras que recogió el padre Silvio Tornamira Siciliano en el libro que compuso de la Compañía de Jesús[181], favorecida de Dios con nuevos y singulares prodigios obrados con sus hijos por el divinísimo sacramento de la Eucaristía, que se pueden leer en el capítulo diez y dieciocho, y con particular cuidado, las dos primeras universales trata en opúsculo especial el padre Andrés de Cazorla, religioso grave, docto, virtuoso anciano de la Compañía de Jesús, que anduvo muchas Provincias en sus públicas funciones, y en todas partes hizo serias y exactas diligencias para sacar en limpio y constante averiguar la histórica verdad de estas noticias y su radical origen, citando las personas con todas las calidades que las acreditan fidedignas, constantes y convenientes, notando todas las circunstancias de su verosimilitud y siguiendo el hilo y orden de sus testificaciones, hasta llegar a los testigos oculares y auriculares que lo vieron u oyeron a los mismos a quien se dice haber hecho el Señor dicha revelación, y los que la oyeron de su boca y la contaron a los sucesores desde donde se ha venido derivando hasta nosotros.

Responde con plena satisfacción a todas las objeciones y previene las ilaciones difíciles y odiosas que la malicia pudiera sacar con mala con-

[180] *Padre Juan Eusebio*: importante miembro de la Compañía de Jesús. (Nieremberg, 1713). Escribió una serie de biografías de jesuitas, y entre ellas la *Vida del santo Padre Francisco de Borja* (Madrid, 1644).

[181] *Societas Iesus illustrata*, en cuatro tomos (Palermo, 1676).

secuencia, porque allí ni se niega, ni se averigua si el Señor ha hecho a otros este favor y mucho menos que se condenen todos los que salen de la Compañía, en especial con justas causas. Si bien no podremos negar que pierden aquella humana probable seguridad de su salvación y que quedan expuestos a las penosas y culpables contingencias del siglo[182], y con las sospechosas conjeturas de su perdición entre los peligros del mundo, como al contrario, los que atropellando los montes de dificultades que en la constante observancia de tan perfectas reglas y arduos votos nos opone el enemigo armado de nuestra misma flaqueza, se pueden y deben consolar y animar a vencerlas con la pía y prudente seguridad de su salvación, que les afianzan dichas revelaciones, si perseveran, hasta morir en ella. Y más si procuran perseverar, cumpliendo con toda exacción[183] sus obligaciones con que harán su certeza infalible de fe divina, declarada por la Iglesia Católica y su cabeza en las bulas de la fundación y confirmación de la Compañía. Este es el único fin y ultimado motivo con que se insinúa esta materia, para estremecer a los tibios y adelantar a los fervorosos, corroborándola con algunas visiones y revelaciones de esta sierva de Dios conducentes a la misma verdad histórica humana de las insinuadas antecedentes.

Digo pues, que con los muchos raros sucesos referidos en el capítulo antecedente y otros peregrinos casos que se verán en toda esta historia, crecían cada día en esta sierva de Dios los temores de perderse y los deseos y ansias de que todos se salvasen y ninguno se condenase. En medio de todos estos afectos prevalecía el humilde de su propia desconfianza realzado con la estimación y buen concepto de sus prójimos, aun cuando veía en ellos alguna falta o se la manifestaba Dios con claridad en visión para que le pidiese por los pecadores envolviendo en sí y pasada la superior luz, decía hablando con su Majestad:

> Señor, yo soy la engañada, mi imaginación y mis ojos me representan lo que no es y lo que no hay en tus criaturas, ocultándome la maldad que se abriga y esconde en mi corazón. Yo soy, Señor, la maldita, la mayor pecadora y la que te crucifica con mis culpas. Todos los demás te aman, sirven y procuran salvarse, guardando tu ley y siguiendo tus inspiraciones. Yo sola soy el Judas de tu Iglesia, la oveja perdida y descarriada, y la más ingrata e infiel de todas tus criaturas. Tráeme, Señor, a ti con tu poderoso brazo, per-

182 *siglo*: vida mundana, por oposición a la vida religiosa y a la vida eterna.
183 *exacción*: perfección, cuidado, exactitud.

> dóname mis pecados y concédeme un rinconcillo en tu gloria, debajo de la silla del que más te ofendió en esta vida, que arrepentido logró la eterna felicidad en la celestial Jerusalén, donde yo te vea y alabe en compañía de todos tus escogidos.

De estos santos temores de su perdición y deseos de salvarse se arraigó en su corazón una como natural aflicción que no la hubiese hecho Dios varón para pretender ser de la Compañía de Jesús y porque parece estaba persuadida a que se salvan todos los que constantes perseveran en esta sagrada religión hasta la muerte. No sé si le vino esta persuasión o pensamiento fijo de alguna soberana luz y conocimiento infuso o de haber oído las ya insinuadas revelaciones del privilegio, gracia y felicidad de esta mínima aunque muy dichosa Compañía de Jesús que andan en manos y bocas de muchos, con las cuales concuerda lo que el venerable padre Luis de la Puente escribe en la *Vida de la venerable virgen doña Marina de Escobar*, que le dio el Señor a entender que estaban en el cielo todos los de la Compañía que habían muerto en aquellos ochenta años que habían pasado desde su fundación hasta aquel tiempo. Lo que yo puedo asegurar entre otros muchos de los que viven es que al llegar a hablarle los de la Compañía de Jesús, los recibía ordinariamente regocijada y con demostraciones y júbilos de alegría, con estas o semejantes palabras:

> Dichosos, vosotros, hijos de san Ignacio, que si perseveráis hasta el fin, oiréis aquella dulce y regalada voz: «Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesión de mi reino que os está preparado desde el principio del mundo»[184].

Y arrojándose a sus pies arrodillada, haciendo intención de besar la tierra que pisaban, les pedía la mano y alargando la cabeza y labios, escondiendo y retirando las suyas con el natural o sobrenatural recato de su delicado espíritu, se las besaba humilde y reverente.

En medio de estos sabrosos gozos que bañaban su corazón, cuando nos comunicaba le dijo el Señor un día que le pidiese por algunos de su Compañía, como no tenía Catarina por negocio de importancia otro que el de la salvación, replicó a su Dios, asustada diciendo:

[184] *Mateo*, 25, 34.

> Pues esos ¿no están ya en puerto seguro para la esperanza de la Bienaventuranza y eterna felicidad? ¿No dicen que se salvan todos y que ninguno se ha de condenar? ¿No es cierta la doctrina de que les ha concedido vuestra infinita misericordia esta gracia, este privilegio y está felicidad de felicidades, como se dice que la tuvo también la religión de san Benito por trecientos años?

A estas repreguntas que hizo esta sierva del Señor, ilustrada, según parece, para dar ocasión a la enseñanza y respuesta del divino maestro, respondió Cristo con amor y cariño:

> Pídeme, hija, por los que te he insinuado; y advierte, que no les he dado hasta ahora, cédula de infalible seguridad, ni de que esa doctrina se haya formado de mis voces. Aunque esa doctrina y voces sean mías, sabe, esposa querida, que no tienen declaración ni aprobación de mi Iglesia para que se hayan de entender como ellos desean y quieren, porque saben y deben saber que mis palabras son incomprensibles de la criada capacidad, como lo son mis juicios y caminos. Aunque sea la verdadera inteligencia esa que tu juzgas, dime, hija, ¿de dónde les puede venir la infalibilidad de que perseverarán hasta el fin en mi Compañía? Advierte, Catarina, que son sabios y discípulos de mi escuela. Como doctos que son, no pueden ignorar que es infinito mi poder y que no puede faltar modo en mi suma sapiencia para que se satisfaga enteramente a mi recta justicia.

Con esta respuesta del Señor, clamó y pidió siempre Catarina con mayor eficacia a Dios por los de su Compañía, pero no por esto se apartó de la antigua credulidad, prudente asenso y humana fe con que se persuadía eran verdaderas las revelaciones comunes y corrientes, y así conservó por todo el discurso de su vida el piadoso concepto, muy racional y probable juicio de que se salvaban los que constantes perseveraban hasta la muerte en la Compañía. Y a la verdad la respuesta que le dio el Señor en esta ocasión no parece que anula ni desvanece las insinuadas revelaciones, sino que quiso se contuviesen en los límites solos de la fe humana y en la certidumbre falible que tienen y pueden tener antes de la aprobación y confirmación de la cabeza de la Iglesia, que es la que sola puede dar lo infalible e indefectible del crédito. Esta infalibilidad es la que expresamente les niega el Señor en la ya dicha respuesta para reprobar la vana confianza y presumida seguridad que pudiera ocasionar su perdición a algunos, para que la perseverancia en las buenas obras hasta el fin, y las declaraciones de su Iglesia, se veneren siempre como

el único y seguro norte de nuestras peregrinaciones en este proceloso y borrascoso mar del mundo, donde hay tantas Circes[185] y sirenas, tantos bajíos y escollos en que podemos naufragar y sumergirnos entre las olas de la tentación. Aun cuando nos pareciese que estaba el camino y paso más seguro no podríamos cantar triunfos, ni prometernos seguridades, hasta tanto que hayamos llegado al seguro puerto de la bienaventuranza, que está determinada por corona de los que perseveran hasta el fin en el camino de la virtud. Si se consignaran los laureles a lo laborioso de los principios y no a lo animoso y alentado de la perseverancia, apenas hubiera quien no gozara de las eternas glorias y con dificultad se verificara la doctrina del Evangelio de que siendo muchos los llamados son pocos los escogidos[186].

## II

*Prosigue la misma materia, ponderándose la importancia de la perseverancia con noticias particulares de expulsos y novicios de la Compañía de Jesús*

Por eso pedía Catarina para los hijos del grande Ignacio dos cosas: que se salvasen y que perseverasen en la Compañía de Jesús hasta la muerte. Lo primero, porque era el negocio más importante y común a todo el género humano. Lo segundo, porque asegurase más su salvación con la perseverancia en tan buena y santa Compañía. Con este piadoso afecto lloraba y se afligía con cualquier noticia de los expulsos, como pudiera plañir una madre amorosa la pérdida de sus hijos, no porque los tuviese por eternamente perdidos, que esto depende de una mala muerte, sino porque los miraba al riesgo de la inconstancia, y para la seguridad de la corona es necesaria la perseverancia. Por eso, en la antigua ley[187] prohibía Dios que le ofreciesen en sacrificio el jumento, que por más alentado que comience una carrera, inconstante no la sigue. Así

[185] *Circe*: maga que aparece en la *Odisea,* convierte a los hombres en animales. Como las sirenas, es imagen de las causas de perdición para los hombres en la navegación de la vida humana.

[186] *Mateo*, 22, 14.

[187] Los sacrificios a Yavhé solo admitían cinco clases de animales: ganado vacuno, ovino, caprino, la paloma y la tórtola.

notó Pierio[188] que era este animal estampa y jeroglífico del que comienza bien y no llega a ver la cara de un feliz fin. A esta petición de la perseverancia para los de la Compañía de Jesús la movía Dios no solo con palabras, sino con maravillosas visiones, y fue muy singular la siguiente.

Vino un día a buscarme llena de temores, espantos y turbaciones, sin poder hablar, ni aun respirar, por los sustos, congojas y sobresaltos que apretaban su corazón lastimado. Procuré sosegarla, y dijo:

> Vi un pozo muy profundo y tan horroroso, que me pareció era la boca y garganta del infernal abismo, y vi que se iba precipitando y despeñando por aquella sima sin fondo, un peñasco con tal violencia, que parecía le habían arrojado con grande ímpetu desde lo alto del cielo.

Me dijo el nombre de la persona que pensaba ser simbolizada en aquella desgraciada y dura peña, y añadió: «Esta fatal caída ha causado en mi corazón la turbación y asombro que suelo experimentar en las visiones de los que caen en la eternidad del infierno». Esperé, con esta narración, el hecho de esta visión con alguna desgracia del sujeto simbolizado, que era de mi religión[189], y al presente vivía en otra ciudad distante. Contando los días y las horas ajusté que le habían echado de la religión por justas causas en el mismo tiempo que se le representó a Catarina su fatal precipicio. No pienso yo que le mostró el Señor que salir de la Compañía sea condenarse de hecho, sino que es dejar el camino seguro de la perseverancia en su vocación y declinar al siniestro y peligrado del mundo, por donde impelidos de las pasiones, ocasiones y vicios, suelen despeñarse al abismo. Yo suspendo mi juicio y dejo la inteligencia de este caso a la consideración de los que más alcanzan, y me quedo en el conocimiento de que son incomprensibles los juicios de Dios y maravillosa su Providencia, pues por tantos extraordinarios caminos aumentaba en esta su sierva los temores de su condenación, y juntamente encendía su caridad para que con sus oraciones clamase por la salvación de los de la Compañía, por medio de la perseverancia en la religión.

Era esta una de las más continuas peticiones de Catarina y la consoló Dios muchas veces, manifestándola a los de la Compañía de Jesús

[188] *Pierio*: Pierio Valeriano en su libro de jeroglíficos (*Hyerogliphica*) dedica al asno el Libro XII, y la sección C a este simbolismo que menciona el texto.

[189] Es decir, que era un jesuita.

con símbolos de su eterna felicidad, no solo a los ya religiosos, sino a los que tenía escogidos para ella la divina Providencia, aun antes que lo pretendiesen ni aun imaginasen los mismos que después lo pretendían. En esta previsión de los jesuitas futuros le acogía luego esta fidelísima hija de san Ignacio a la oración y petición del don de la perseverancia para los que fuesen al fin de los escogidos, los que entendía habían de ser de los llamados, y la Sabiduría infinita la mostraba los que habían de ser escogidos, compañeros de Jesús en la tierra y en el cielo. Pondré aquí como prueba de lo que voy diciendo un caso que sucedió como un año antes de su dichosa muerte. Fue a visitar a Catarina cierto mancebo para rogarla que le alcanzase de Dios que le admitiesen en la Compañía de Jesús, que era empeño de su actual pretensión. Respondió que sí lo haría, aunque mala, como lo ejecutó luego, poniéndose en la presencia de su redentor, con quien se quejó también de la expulsión que había precedido de algunos de los que estaban recibidos en su Compañía. Respondió Cristo a Catarina satisfaciendo a su queja y petición con este jeroglífico: se le representó como maestro en la cabecera de una mesa, donde estaban sentados muchos discípulos pendientes de sus divinas palabras y sustentándose con el celestial pasto de su doctrina. Advirtió que su pretendiente no se sentaba, ni atendía a la enseñanza del divino maestro, sino que se andaba paseando como quien estaba de paso, para volverse a salir por la puerta, y entendió juntamente esta sierva del Señor, que le decía:

> No te aflijas de que esos expelidos[190] no hayan sido constantes, ni de que ese que se vale de tus oraciones no coja asiento en mi mesa, que tengo yo prevenidos para discípulos de mi escuela y soldados de mi Compañía a todos los que ves sentados y atentos a mi doctrina y enseñanza.

Con la demostración de poner la mano en el pecho le aseguró que entrarían, que se conservarían, que lograrían ser de su Compañía en la tierra y gozarían del eterno descanso que tiene su Majestad aparejado para laurear los afanes y coronar las fatigas de los que en esta vida le han de seguir y servir constantes hasta los últimos acentos de la vida, como lo había su Majestad simbolizado ya en el otro convite de la cena de que hace mención el Evangelista san Lucas.

[190] *expelidos*: «expulsados» (DRAE).

Pasada esta visión fueron entrando muchos en la religión que hoy son novicios, y no fue admitido el que se valió de la intercesión de esta esclarecida virgen, como no admitió Cristo al otro mancebo, que por boca de san Marcos se ofrecía a seguirle a donde quiera que fuese, al cual abandonó el divino maestro, llamándole raposa[191]: animal engañoso, que tiene una cosa en la lengua y otra en el corazón. Mucho ánimo en las palabras y poco aliento en las obras para ejecutar lo que prometía el pretendiente de Catarina, quizás fue desechado por Jesús por haber previsto con su infinita Sabiduría su poca estabilidad y firmeza, como se significó, según parece, en el no haber tomado asiento ni mostrado atención a las palabras y doctrina de Cristo. Si había de ser después despedido, favor fue el que no fuese admitido, porque si había de malograr esta dicha, si había de abusar del nombre y blasón de compañero de Jesús, no correspondiendo a las obligaciones de discípulo de Cristo, se exponía a que, enojado el Señor, le mandase arrojar, atado de pies y manos, al tenebroso lugar donde con perpetuo llanto y crujir de dientes pagase su osadía como lo experimentó el otro desatento y desconocido que tomó asiento en el espléndido convite que hizo el divino maestro, de que hace mención san Mateo en la Sagrada Historia[192].

## III

*Se confirma lo dicho por la oposición que hace a esta doctrina el infierno, y noticias particulares de las almas de la Compañía en el purgatorio*

No es decible ni explicable lo que padeció Catarina con el infierno, envidioso sobre que no pidiese ni clamase por la perseverancia de los hijos de san Ignacio en la Compañía de Jesús. No quiero manchar este capítulo con la sangre vertida que sacaron de su delicado cuerpo, con sus dientes y con sus sangrientas y rapantes uñas los infernales espíritus, que viendo no podían conseguirlo a fuerza de tormentos y martirios, se valían muchas veces de engañosas astucias y falsas razones. Le decían que por qué no cuidaba de sí y dejaba vivir a los otros donde y como tuvie-

[191] *raposa*: «zorra, persona astuta» (DRAE). Pero el pasaje es de *Mateo*, 8, 19-20 y la cita: «Y un escriba se le acercó y le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. Y Jesús le dijo: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza».

[192] Parábola del convite de bodas, *Mateo*, 22, 12-14.

sen gusto, que qué le iba o venía en que los demás muriesen dentro o fuera de la Compañía? Les respondía «Porque aseguren su salvación, viviendo y muriendo en ella». Replicaban sonriéndole a lo socarrón, que cómo era tan simple que daba crédito a embustes y mentiras; que quién la había enseñado aquella falsedad; que no fuese tan fácil creer rumores del vulgo; que pidiese otra cosa a su Dios y no malograse sus oraciones; que estuviese cierta en que estaba el infierno lleno de jesuitas porque eran unos embusteros y los peores del mundo; que los dejase y huyese de malas compañías y que si tomaba su consejo no la perseguirían y que desde luego le aseguraban su salvación, la cual perdería si perseveraba con tan engañosos y falsos maestros.

Respondía la sierva de Dios:

> Callad, embusteros, que mis maestros no me enseñan esta doctrina que vosotros decís. Lo que me enseñan es que no siga las banderas de Lucifer, sino las de Jesucristo, y que si imito al Señor y guardo sus mandamientos en esta vida, seré de la Compañía de Jesús en la eterna. Me dicen también que pida a la divina majestad para ellos el don de la perseverancia y una buena muerte. Yo lo hago como me lo piden o mandan, porque son mis confesores, ministros del Altísimo e intérpretes de su ley, y porque ruegan a su Majestad me conceda la perseverancia en las buenas obras y la eterna felicidad. Siendo yo agradecida, aunque mala pecadora, justo es les corresponda con mis pobres oraciones. Si ellos temen siendo soldados del redentor y salvador del mundo, ¿por qué no temeré yo? ¡Ay Dios! ¿Qué será de mí? ¿Qué muerte tendré? ¿Qué me sucederá en el momento de que pende la eternidad? Me dicen finalmente que no os crea a vosotros porque sois enemigos de los hijos de san Ignacio y de los compañeros de Jesús, que es el capitán y guía de todo el pueblo cristiano que está alistado debajo de sus banderas y es la de la fe y buenas obras. En estos ejércitos quiero vivir y morir. Esto es lo que me enseñan los padres de la Compañía y si ellos son profetas falsos, como decís, y se condenan perseverando en su religión hasta la muerte, ¿por qué os oponéis tanto a su perseverancia? ¿Por qué pretenden desacreditarlos? ¿Por qué me queréis apartar de ellos y su doctrina? ¿De dónde os viene ese fingido celo de mi salvación? Para que yo os crea, es forzoso que os vea arrepentidos de verdad y admitidos debajo de las banderas de Jesucristo. Apartaos de mí, malditos e id a disputar con san Miguel, con san Ignacio y con sus hijos que son sabios, que yo soy una bestia e ignorante.

No sé si fue este demonio uno con quien me encontré un día, ejerciendo el oficio de exorcista. Si no era él, se le parecía porque se osten-

taba muy ladino y retobado[193], y espíritu de la mentira y discordia. En lo que le preguntaba y mandaba hacía papel de diablo mudo y sordo, y a lo disimulado me buscaba la boca malicioso, o para divertirme[194] o para enfadarme, o para despicarse[195] de la quemazón y aflicción en que le tenía la virtud de los exorcismos de la Iglesia Católica Romana. Me dijo este que también se condenaban los de la Compañía de Jesús. Respondí, amenazándole con un bofetón (como haciendo paréntesis en lo que pertenecía a mi oficio) «Mientes, padre de la mentira[196], que los de la Compañía de Cristo no son de la compañía de Lucifer». Volvió a instar, diciendo: «Muchos han abandonado su bandera y están hoy en nuestro cautiverio». Le respondí: «Puede ser, pero ya esos no fueron constantes en la perseverancia de compañeros de Jesús hasta la muerte». Volvió a interrumpirme con maliciosa socarra[197], diciendo: «De todos estados hay en nuestro imperio cautivos». Le dije: «No te creo y no me enfades de suerte que a pescozones[198] te obligue a volver la honra que pretendes quitar de los míos». Añadió él: «Fíate en eso». Respondí:

> No me fiaré en esto, pero me alentaré de confiar el divino poder y esperar de su infinita misericordia la perseverancia en su Compañía, y con esta la corona que tú por inconstante perdiste y aunque no gusto de tratar con gente obstinada y rebelde, porque sirva de castigo a estas tus socarronas interrupciones y fanfarronas palabras oye una breve historia, que aunque no conviene por ahora decir el medio por donde adquirí su noticia, me persuado a que tú sabes que es cierta y no quiero obligarte a que la certifiques, porque no presumas que hago caso de tus confesiones.
>
> Años ha que hicisteis un conciliábulo[199] con vuestro príncipe en aquel triste palacio de rabiosos duendes y en aquellas tenebrosas cavernas de sombras, fantasmas y horrores. Llenos de confusión y vergüenza os lastimasteis de no tener en aquel vuestro quemadero eterno ni un solo cautivo de los que habían muerto con la ropa de mi padre san Ignacio y con el glorioso título de compañero de Jesús. Aunque os volvisteis a mancomunar, armados

193 *retobado*: «obstinado» (DRAE).

194 *divertirme*: distraerme.

195 *despicarse*: desahogarse.

196 *padre de la mentira*: es epíteto del diablo; comp. «in veritate non stetit, quia non est veritas in eo, cum loquitur mendatium ex propriis loquitur, quia mendax est et pater eius» (*Juan*, 8, 44).

197 *socarra*: socarronería, burla.

198 *pescozón*: «golpe que se da con la mano en el pescuezo o en la cabeza» (DRAE).

199 *conciliábulo*: reunión.

de astucias, engaños y marañas, para continuar soberbios y arrogantes vuestras baterías y sangrientas batallas, mostrasteis estar desconfiados (aunque no desesperados de conseguirlo) determinando en aquel malicioso cónclave una invención ridícula e indigna de los que os apellidáis príncipes y potestades del abismo y fue el señalar uno de vuestros espíritus infernales que anduviese siempre en el infierno, entre los presitos y condenados, con el traje de los hijos de mi gran padre y patriarca san Ignacio, para que se templase vuestra saña y sed insaciable con el retrato, representación e imagen del original que no habíais podido haber a las manos con todo vuestro poderío, ciencia, y astuta malicia, porque estaba en oposición de todo el infierno, y en nuestra defensa el Altísimo con su poder, gracia y misericordia. Mira, traidor y embustero, cómo ha dispuesto la sabiduría de Dios que tengamos noticia en el mundo de lo que pasa allá en vuestro retirado centro, para que os confundáis viendo que nos son notorios vuestros embustes, marañas y farsas, y para que nos alentemos a perseverar constantes en la Compañía de Jesús hasta el fin de esta vida que se termina en la muerte, para comenzar la de una eterna felicidad.Y así aunque reventéis envidiosos, hemos de proseguir perseverantes en la buena fe de que no se condenan los que mueren dentro de la Compañía.

No hablo de la fe infalible que dimana de las sagradas letras y de la cabeza de la Iglesia, sino de la humana y muy probable que tengo y tenía Catarina fundada en lo que dejo insinuado. Echará menos aquí el advertido y prudente lector, la respuesta del demonio a la narración de este su diabólico conciliábulo, pero con decir que enmudeció con ademanes y demostraciones de su envenenado y rabioso furor, se dice, y puede probablemente colegir[200], que confirmó, a su pesar, el común proloquio[201] «quien calla otorga».

Aun en el purgatorio le parecían a esta sierva de Dios privilegiadas, en alguna manera, las almas de los de la Compañía de Jesús, diciendo que se detenían poco en aquella terrible cárcel, porque Cristo miraba con especialidad por los de su Compañía, purificándoles en esta vida, en gran parte, de sus culpas para que se detuviesen menos en la otra y que la santísima Virgen los favorecía como a hijos queridos suyos, en esta y en la otra vida, ofreciendo por ellos las oraciones y méritos de muchos de los devotos de esta princesa de los cielos. En prueba de esta verdad solía Catarina repetir la felicidad de los padres de que hice men-

200 *colegir*: «inferir» (DRAE).
201 *proloquio*: sentencia.

ción en el primer libro de esta historia y la de otros de sus confesores, como la buena suerte del padre Miguel Godínez, cuya alma vio volar en el instante de su muerte en forma de paloma de resplandeciente candor desde la cama al cielo; la del padre Juan de Sangüesa vio que subía trepando con velocidad de ángel por una escala semejante a la que se representó a Jacob; a la del padre Mateo Galindo recibió ella en la boca del purgatorio, hallándose cargada de indulgencias y del precio de la sangre de su redentor y al caer en aquel lago de horrorosas penas, le aplicó todo el tesoro con que se hallaba enriquecida rociándole con la sangre de Jesucristo que había sacado de las sacratísimas llagas de su Señor, de que le parecía tenía llena la boca, y que la feliz alma de dicho padre la decía: «Echa, hija, echa, que me sirve de mucho alivio». Finalmente vio que ofreciéndose juntamente a pagar todo lo que debiese este su querido confesor, voló su dichosa alma a la bienaventuranza con las de otros dos padres de la Compañía que habían muerto poco antes. Veía ordinariamente las ánimas de los nuestros (como diré en su lugar) al apartarse de los cuerpos, al verse en el tribunal de la terrible cuenta y, al entrar y salir del purgatorio. Con ser tan universal su vista se afirmaba en que se detenían poco en aquella cárcel de nobles los de la Compañía. Sin embargo de esta disposición común y regular de la misericordia divina, añadía algunas veces:

> Pero los padres fulano y fulano aún están en penas. Aquí han venido, presentes están, mucho trabajo tienen, todo esto hay por allá. Quema, Señor, aquí, aquí abrasa. Aquí despedaza y no en la otra vida, ¡ay!, ¡y lo que les falta!

Con esta noticia ajustaba yo el tiempo de su muerte y hallaba por mi cuenta que algunos de los nombrados llevaban más de catorce y veinte años de la otra vida. De donde infería no haber regla general sin excepción o que se vive muy a la larga en el purgatorio.

# CAPÍTULO IV
# DEL CONOCIMIENTO DE SU INDIGNIDAD PARA LOS FAVORES DEL CIELO Y CUÁN BIEN LE ESTUVO NO ADMITIR EL NOMBRE DE HIJA NI ESCLAVA DE MARÍA SANTÍSIMA

## I
### *Cómo engrandecía Dios su humildad con multiplicados favores*

Sentir más bajamente de sí cuando Dios más liberal favorece, sublima y ensalza, dice san Buenaventura, que es propio de varones grandes y perfectos. Que no es mucho humillarse quien no tiene motivos para engreírse, pero ser humilde de corazón y de verdad como Cristo el que se ve favorecido es lo más que puede hacer un ánimo en su propio conocimiento humillado. Por esto los santos midiendo con luz del cielo los grados de la verdadera humildad, dan a esta humillación el título y renombre de supremo. En esta perfección nos dejó Catarina maravillosos ejemplos. Cuanto más rica de virtudes y llena de Dios, tanto más se abatía, confundía y despreciaba, confesándose indigna de vivir entre los hombres y de que estos la favorecieran y aun de que la sustentaran. Este concepto de su indignidad la obligaba a agradecer a Dios muchas veces el aire que respiraba y todo lo necesario para la conservación de su vida. Decía que era indignísima de comer el pan de los hijos[202], y así en las casas donde vivía escogía siempre lo peor en la comida, oficio, aposento y vestido. Teníase por esclava infiel a Dios y a los hombres, y con esta consideración nunca le parecía que cumplía con la debida obediencia. Teníase por un jumentillo ignorante e indiscreto, y por peor que los mismos demonios y digna de estar a sus pies. Cuando comulgaba, era su ordinaria preparación el «No soy digna». Con estas palabras daba las gracias, humillándose y confundiéndose de mirar a la suprema Majestad dentro de su pecho. Se juzgaba indignísima de recibir dones espirituales y sobrenaturales del divino poder. Cuando se hallaba favorecida de la

[202] Ver *Marcos*, 7, 27.

omnipotencia, su repetido agradecimiento era el repugnarlos, abatiéndose hasta el mismo infierno.

Prorrumpiendo en las palabras de «No soy digna, Señor», con estas daba el agradecimiento por todos y cada uno de los beneficios divinos. Le dijo un día el confesor que ¿por qué no juntaba a las palabras de «No soy digna», otras que sirviesen para alabar, engrandecer y glorificar a su creador por los innumerables favores que recibía de la infinita misericordia? Respondió: «Porque de ordinario no me dan otra luz que la de mi indignidad a vista de tantos y tan indebidos beneficios». Pero aunque sucedía esto frecuentemente, muchas veces le daban tan abundante luz de la eterna bondad que reventaría el alma si no se desahogara bendiciendo, alabando y glorificando a su Dios con palabras tan tiernas y misteriosas, y con tan divina elocuencia que, repitiéndolas aun templado ya el calor e inflamación de la voluntad y la viveza de la ilustración que Dios le comunicaba, se deshacían los confesores en lágrimas y se anegaban en un mar de admiraciones, considerando que depositaba la divina sabiduría en esta su humilde criatura las lenguas con que los querubines y serafines alaban y glorifican al autor de todo don en su celestial corte. Pero así como estos dejaban caer las alas a la voz que les hablaba sobre el firmamento, así Catarina, cuanto más levantada por la luz superior para entender las infinitas perfecciones de la suprema Majestad que, sin cesar ensalzaba y glorificaba, tanto más se humillaba y encogía, y tanto menos tenía de alas para engreírse y entonarse porque a vista de tan soberana grandeza descubría mejor su bajeza y la pequeñez de su apocado ser. Este conocimiento y afecto que experimentaba esta sierva del Señor en todas las visitaciones celestes en testimonio que eran favores del divino espíritu y no del demonio, cuyas visitas causan en las almas altiveces y vanas glorias. Cuanto eran más repetidos y soberanos los regalos del cielo, se acobardaba más Catarina y se estrechaba más en el conocimiento de que no era digna.

Aun cuando se le representaba su divino Esposo llagado y maltratado no se atrevía a tocarle con sus manos, ni aun para limpiarle, por no mancharlo con su tacto más de lo que estaba con impropia sangre, reconociéndose indigna pecadora ante su divina presencia. Gustaba Dios tanto de su humildad, sencillez y recato, que por oír el «No soy digna», le multiplicaba repetidos los favores y alentaba su temor con amorosas quejas, diciéndole que cómo era esquiva e ingrata con su padre, con su redentor y con su divino amante, que dónde estaba la piedad de hija y el agradecimiento de redimida, la correspondencia de querida y la osadía

de su crecido amor… Con estas y semejantes palabras causaba el Señor en Catarina impulsos y propensiones de arrojarse amorosa en los brazos de su divino Esposo, pero como era su humildad tan profunda, quedaba esta triunfante y resplandeciente entre todas las demás virtudes de que estaba adornada su alma, dándose por vencidas del «no soy digna» con que respondía o satisfacía a las razones y motivos con que la impelía y llamaba así la divinidad humanada. En esto resplandecía la excelencia de esta virtud en esta esposa de Jesús, porque como lo notaron algunos santos la heroica humildad entre las demás virtudes es como el sol entre las estrellas, pues así como a la presencia del sol se ocultan y desparecen los resplandores de los astros más luminosos, así donde hay humildad no puede ostentar sus luces, ni brillar sus resplandores el ejército de las otras virtudes, porque a la presencia de la grandeza de su luz, de su sol, se apagan, se esconden y sepultan los demás soberanos dones. Era Catarina tan humilde que no veía en sí más que faltas imperfecciones y malas inclinaciones. Así se acobardaba, encogía y retiraba confesándose indigna de los celestiales dones y beneficios. Con estos retiros y desvíos humildes, se arrebató la gracia y la benignidad de la omnipotencia para que la hiciese prodigiosa entre las demás criaturas, resplandeciendo en ella el divino poder como sol entre las estrellas de la militante Iglesia. Pondré aquí uno u otro de los innumerables favores en que resplandecía la inmensa bondad del Altísimo, y la grandeza de la humildad en su sierva.

## II

*Favor especial de Cristo Crucificado a esta su sierva en que se verificó lo profundo de su humildad y grandeza de su propio conocimiento*

Andaba por el año de sesenta y cuatro en oscuridad y desamparo terrible, buscando y suspirando por el divino Esposo como la otra alma santa que se quejaba de que no se hallaba cuando le buscaba, ni la respondía cuando le llamaba, diciendo Catarina entre mortales desmayos y amargo llanto, tierna y amorosa: «¿Dónde te perdí? ¿Dónde te buscaré? ¿Dónde te hallaré, vida de mi vida? ¿Hasta cuándo he de estar sin ti? ¿Quién podrá sufrir tan pesada ausencia?». Se halló con su amado pendiente de un madero, clavado de pies y manos, desangrado de todas las venas, llagado de los azotes y espinas que martirizaron su delicado cuerpo y le desfiguraron, pues perdió la blancura que era la primera

divisa de su belleza y la primera señal que vio la esposa de su querido Esposo. Se condolió Catarina con tan lastimoso espectáculo porque era mujer, amante y agradecida, y no había jurado de risco, ni se había transformado en peñasco enterneciéndose con una representación tan triste. Salieron arroyos de lágrimas por sus ojos, se derritió su corazón, y ahogada en un mar amargo de penas y congojas, crecieron los sustos y los sobresaltos, porque desclavándose el Señor del sagrado madero se dejó caer sobre el regazo de su sierva, pidiéndole, tierno y lastimado que le curase las crueles heridas, que le limpiase la sangre que afeaba la hermosura de su divino rostro y de todo su sagrado cuerpo, y finalmente, que le vistiese y quitase el oprobio de su desnudez afrentosa.

Este favor, que diera a otras almas aliento y osadía para abrazarle estrecha y amorosamente con Cristo, regalándose y regalándole con sus ojos, labios y cabellos, causó en esta esclarecida virgen ansias, sobresaltos y apreturas del corazón, que desahogó con palabras dulces y tiernos afectos, diciéndole:

> No, Señor, no soy digna. ¿De dónde a mí tanto bien? Cuando tienes tantos ángeles, santos, y santas sobre qué recostarte. Vete, Señor, al regazo de la castísima reina que escogiste por madre y mereció traerte en su purísimo vientre. Mira, Señor, que te manchas, que no soy digna, que soy la más vil de las criaturas y la mayor de los pecadores.

Aunque el Señor con hablas interiores y exteriores la convidaba e impelía[203] a gozar de los divinos abrazos, a sellar con sus labios, sus plantas y sus llagas para comunicarle las dulzuras de aquellas cinco divinas fuentes[204] y manantiales de todas nuestras felicidades, ella se defendía y luchaba humilde con el escudo y fortaleza de su humildad, respondiendo a su dulce y querido Esposo que no era digna y que fuese con su santísima madre y con sus ángeles, a quienes clamaba con afectos de encendida amante que viniesen a servir a su príncipe y que trajesen con qué vestirle y limpiarle la sangre que le afeaba. A estas voces le pusieron en las manos los celestiales paraninfos un gran lienzo delgado y aseado para que hiciese ella el oficio de ángel y de madre piadosa con su redentor herido y maltratado. Como obligada por la necesidad echó sobre el sagrado cuerpo el lienzo que habían entregado sin atreverse a tocarle

[203] *impeler*: «incitar, estimular» (DRAE).
[204] Las cinco llagas de Cristo en la cruz, en pies, manos y costado.

con las manos, ni limpiarle la preciosa sangre, teniéndose por indigna de tan alto ministerio. Entre estos temores humildes y sabrosos afectos se desapareció la visión, quedando la humildad de Catarina vencedora de las demás virtudes, que con contrarios impulsos y movimientos batallaban en su pecho por unirla en estrechos lazos de amor con su divino Esposo.

Continuó esta amorosa lucha porque continuaron las palabras con que el divino Amor se quejaba enamorado de no haberle querido lavar la sangre que le afeaba. Le respondía siempre humilde y rendida: «No soy digna, Señor, no soy digna». Siendo así la repuesta, quedaba bastantemente satisfecho el Esposo que se quejaba. Volvía una y muchas veces a repetir su queja, por oír otras tantas veces la excusa de su querida:

> No soy digna, Señor: madre tienes, ángeles tienes, santos y justos tienes que te laven, que te hermoseen, que te regalen. Yo soy un gusanillo asqueroso e inmunda pecadora y no quiero mancharte ni afear tu belleza.

Esta porfiada lucha duró hasta el jueves santo, día en el cual, porque no quedase imperfecto el favor, se le volvió a presentar visible el divino amante pidiéndole sus abrazos y caricias, retirándole y encogiéndose ella dentro del conocimiento de su nada y de su indignidad. Instó el celestial Esposo con tal eficacia, que creciendo los incendios del amor en el corazón abrasado de Catarina, llegó esta a embriagarse y, ciega y desatinada se arrojó a besarle los pies, después las sagradas llagas, y abrazándose últimamente con el divino cuerpo experimentó un abismo de gozos y consuelos inexplicables. En todos los regalos que recibía de la omnipotencia humanada causaba el concepto de su propia indignidad semejantes luchas de encontrados afectos, y aunque el soberano Esposo solía convencerla, diciéndole que no podía mancharlo, porque era el verdadero Sol de Justicia, a quien no pueden afear las inmundicias de la tierra, ni las humaredas del infierno, ella, desde lo profundo de su indignidad se resistía, hasta que el Señor la comunicaba tan crecido amor que abochornada y como fuera de sí se arrojaba a los brazos de su amado y admitía los favores de su Dios enamorado que la dejaba siempre más confusa y humillada para volver por instantes a ensalzarla y engrandecerla.

## III

*Cómo con el conocimiento de su indignidad se resistía a los favores de la Señora, se privó de la dulzura de sus sagrados pechos y preciosa leche, y no admitió el nombre de hija ni esclava de María*

Esta virtud, entre otras, fue también la que se llevó los ojos y las estimaciones de María Santísima, y para prueba de que era profunda y verdadera la humildad de Catarina, parece que andaba de porfía con ella Jesús en favorecerla, saboreándose con los retiros y desvíos humildes de su querida hija. Ya tengo escrito en varias partes del primer libro de esta historia cómo desde su nacimiento hizo con ella María Santísima oficio de madre amorosa, honrándola siempre con el blasón de hija, convidándola muchas veces con sus brazos, con su regazo, y con la leche de sus virginales pechos, y que a estos favores se resistía Catarina con el conocimiento de su indignidad, sepultándose en el abismo de su nada, y procurando dentro de la misma esconderse. Cuanto más se humillaba la ensalzaba más la soberana reina con nuevas gracias y mercedes que con liberalidad y cariño le franqueaba. Fue muy singular y digna de especial memoria la siguiente. Estaba un día esta esclarecida virgen en la iglesia de las señoras religiosas de santa Catarina, encomendándose con afectos de hija y rendimientos de esclava a María Santísima, y se halló favorecida de esta celestial Señora con representaciones de reina en un hermosísimo trono, asistido de innumerables ángeles, y de un numeroso ejército de celestiales vírgenes que ilustraron con sus resplandores el templo y fueron testigos de vista de la profunda humildad de Catarina, porque en este ilustre y numeroso concurso convidó la emperatriz de los cielos con la hermosura de su sagrado pecho y preciosa dulzura de su leche a esta humilde y querida niña. Pero aunque el amoroso afecto de hija la impelía y daba licencia a tomar el pecho que con cariños de madre la franqueaba la reina y madre de todos los pecadores, pudo tanto el conocimiento de su indignidad y bajeza, que hundida en su nada, como solía, llena de admiraciones, levantó la voz y dijo:

> ¿A mí, Señora, esos pechos? ¿A una bestia esa divina leche? ¿A un gusanillo vil? ¿A un escarabajo ese regalo? No, Señora. No lo habéis de hacer, no lo ha de ejecutar vuestra piedad y clemencia porque yo no soy digna. Dad, Señora, el pecho al Niño Dios que tenéis en los brazos, sustentad con vuestra divina leche al fruto bendito de vuestro vientre. Yo soy esclava de los

esclavos de la señora santa Ana y como esclava me sustentaré de las migajas que cayeren de vuestra mesa.

La soberana princesa de los cielos se saboreaba gustosa con estas humildes resistencias, y así la volvió a instar muchas veces a que llegase, que no se resistiese a los beneficios de su madre. Pero cuanto más se humanaba benéfica la madre de la misericordia tanto se abatía su querida hija, diciendo: «Mirad, Señora, que desde que nací me comprasteis con un tesoro de joyas para esclava de vuestros esclavos. Pues como hija, esclava seré en vuestra casa, y aun de eso no soy digna». En esta porfiada competencia, quiso la reina de los ángeles, que saliese triunfante y victoriosa la humildad de Catarina, porque negándose al favor, se fue retirando de la presencia de la majestuosa emperatriz y no hallando modo para esconderse, se arrojó debajo de los estrados de su trono, como quien se valía de su protección, para que la defendiese como a esclava, ya que no era digna de los regalos de hija.

Se repitió algunas veces este favor y causaba siempre en Catarina tal confusión y vergüenza que me aseguraba que si pudiera penetrarse con la tierra se escondería en su centro, precipitada del conocimiento de su indignidad. Trayéndole la misma soberana señora en muchas ocasiones a la memoria este beneficio, como quejándosele cariñosa de que no la quería llamar madre, ni admitir su preciosa leche, le respondía siempre que no era digna del glorioso renombre de hija, ni era razón se sustentase la esclava con el alimento de los hijos. Imitó Catarina en esta ocasión, como en las demás que se hallaba favorecida del cielo, a la misma Santísima Virgen que cuando la anunció el ángel las altezas del hijo que había de concebir en sus purísimas entrañas, entre turbaciones y sobresaltos, se llamó «esclava», humillándose con este nombre cuando Dios la sublimaba con el nombre y gracia de «madre». Si en la reina de los cielos causó prudentes temores y cautos sobresaltos aquel divino y celestial beneficio ¿qué mucho que se encogiese y acogiese asustada Catarina al nombre y bajeza de «esclava», cuando la emperatriz de los cielos hacía con ella los oficios de madre?. Siempre los favores y beneficios del cielo ocasionaron en los santos y siervos de Dios temores, recelos y sobresaltos. ¿Quién más santo que el amado discípulo de Cristo[205] que miraba como una madre a esta celestial señora y princesa de los ángeles desde que el divino maestro pendiente del árbol de la cruz, le llamó hijo

[205] *San Juan.*

de María[206]? Con todo eso, al ver al soberano maestro con siete estrellas en la mano[207], símbolo de sus favores y gracias, dice él mismo en su Apocalipsis que se atemorizó tanto, que cayó como difunto de los pies del mismo Señor que le favorecía.

¿Pues qué diremos de los espíritus que no temen ni tiemblan como la madre de Dios, como el sagrado Benjamín[208], ni como Catarina a vista de los beneficios y dádivas extraordinarias de Dios? Diremos que no son hijos ni discípulos de María y Cristo, que fueron los maestros de la humildad, ni van por el camino por donde subieron los santos al cielo. ¿Qué diremos de los que gustan de semejantes dones extraordinarios, saboreándose en ellos, complaciéndose y pavoneándose en su felicidad y fortuna? Diremos lo que dijo Cristo a sus discípulos cuando volvieron de su predicación contentos y ufanos diciéndole[209]: «¡Oh Señor!, hemos hecho maravillas: aun hasta los demonios se nos rendían y obedecían en vuestro nombre». Respondió el divino maestro con severidad: «Guardaos del vano contentamiento, mirad que cayó por esto Lucifer del cielo». Porque en aquel estado alto en que fue criado se desvaneció[210] contemplándose y deleitándose en su hermosura y belleza como si la tuviera de sí y no le hubiera venido del Altísimo, por eso cayó él y sus ángeles en el abismo del infierno: si hubiera atribuido los dones y gracias que los adornaban a su creador, no se estimaran, sino que engrandecieran al autor y manantial de todos los bienes y temieran la cuenta rigurosa que les habían de pedir del uso de esos beneficios porque cuanto más crecidos fueren los dones, tanto más crecidas han de ser las resistencias que en el juicio recto de Dios se miden por los favores. Escrito está que la justicia divina ha de humillar a los soberbios y ensalzar a los que fueren humildes[211]. Humilló el supremo juez a los rebeldes y precitos porque no correspondieron desconocidos[212] a los beneficios que recibieron, arrojándolos del cielo a la profundidad del abismo. Ensalzó por humilde a María, engrandeciéndola en la tierra con el blasón de madre de Dios y en la gloria con la corona de reina y emperatriz de los cielos. A Catarina la honró en la tierra con el nombre de hija de su

206 *Juan*, 19, 25-27. Es la tercera palabra de Cristo en la cruz.
207 *Apocalipsis*, 1, 16 y 1, 20 para la visión de Cristo con las siete estrellas en la mano.
208 Aquí es referencia a san Juan, considerado el más joven de los apóstoles.
209 *Lucas*, 10, 17.
210 *se desvaneció*: se entregó a la vanidad, se envaneció.
211 *Proverbios*, 29, 23; *Lucas*, 14, 11.
212 *desconocidos*: ingratos.

misma madre y en el cielo con el asiento y asistencia muy cercana a la princesa de los ángeles, su madre.

## IV

*Cómo ensalzó y engrandeció Dios el concepto de su indignidad, mostrándole un alto y misterioso trono de gloria y lo que le esperaba*

Para que se entendiese en el mundo lo profundo de la humildad de Catarina, y para que ella más se abatiera y humillara, le manifestaba Dios su grandeza, poniéndola en visión sobre las más altas cumbres de los montes, sobre el Monte Líbano, ya como empinada y real palma, ya como descollado cedro y ya como árbol gigante extendido en pomposas ramas, dilatado en frondosa copa y cargado de dulces y sazonados frutos. Desde la alta cumbre que pisaba, la llamaba y daba prisa el divino Esposo a recibir la corona de reina y gozar de los descansos de la eterna felicidad, como a la otra esposa de los Cantares, de quien hace mención en sus cánticos Salomón. Apelar a las humildes resistencias y amorosos desvíos de Catarina franqueaba a su vista el suntuoso palacio de la gloria que la esperaba, manifestándole entre los tronos de los cortesanos celestes una silla, un asiento, o un relicario en tanta altura y grandeza que le parecía a su turbada vista estar vecino y muy cerca al de la Santísima Virgen, y dándole a entender que se lo tenía prevenido la omnipotencia para su eterna dicha, atónita y pasmada prorrumpía desde el conocimiento de su indignidad en voces: «¿Cómo puede ser eso? No, Señor, no soy digna, debajo de la silla más apartada de tu trono viviría yo agradecida por todas las eternidades». Aunque fueron muy repetidas estas elevaciones[213] de Catarina a la eficacia de las voces del esposo que la llamaba, no nos explicaba la alteza del glorioso trono que la esperaba, hasta que en una ocasión dispuso la sabiduría infinita que nos lo contase así.

Viose está sierva de Dios que iba subiendo por unas gradas de cristal matizadas de flores de varios y hermosos colores, y en breve tiempo se halló cerca de la suprema majestad donde se terminaban los transparentes escalones. Estando allí le mostraron un relicario formado también de cristales con varias arquerías y columnas, que heridas de la refulgente

213 *elevaciones*: éxtasis.

luz y resplandecientes esplendores de aquella feliz patria obscurecieran y apagaran los resplandores del sol material que nos alumbra. En este magnífico trono y gloriosa morada le dieron asiento para que gozase parte de la eterna felicidad en el grado y con los velos que dispuso el soberano príncipe que le franqueaba los tesoros de su celestial corte. Atónita pues con tanta gloria, absorta con la inexplicable grandeza en que se hallaba, advirtió que estaba muy cerca de la Santísima Virgen, y mirando desde aquella tan desmedida alteza su indignidad y bajeza, temerosa de desvanecerse, levantó la voz en aquel teatro de doctos y en aquella universidad de santos, y hablando con el manantial de la inmensa gloria que se le presentaba, dijo:

> No se compadece[214], Señor, con mi indignidad tanta grandeza. Este es el lugar de las hijas de vuestra santísima madre, yo soy esclava de sus esclavos, ¿pues cómo he de estar aquí, a vista de todos los cortesanos celestes? Y así, Señor, una de dos, o dadme lugar debajo de las tarimas de los tronos de vuestros santos, o dejadme esconder como gusanito en las costuras del ropaje de la reina de este empíreo, donde yo os mire y nadie me vea.

En medio de estos sentimientos se desapareció la visión y Catarina vivió siempre asustada y temerosa, porque desde el polvo de la tierra en que estaba hundida miraba allá en el cielo tan encumbrado su asiento que conocía ser inaccesible para ella la subida y el llegar a poseerle, y desde ese mismo excelso y levantado trono miraba la nada y principio de su ser, y descubría una distancia tan profunda y una profundidad tan desproporcionada con la alteza en que se veía, que sin otro argumento que la evidencia de su vista se aseguraba que la posesión y conversación en tan encumbrada altura, solo a la omnipotencia y misericordia suma podía y debía atribuirse.

Con estos y otros favores humillaba la sabiduría eterna a Catarina, y nos dejó a nosotros algunas señas y argumentos de lo profundo de su humildad y de la alteza de perfección y gloria para que la escogió la divina Providencia, y uno y otro podíamos inferir de las acciones y palabras con que se abatía y humillaba que entre los hombres se tenía por esclava de los esclavos, entre las bestias se comparaba a las más inmundas y a las sabandijas más asquerosas, entre los demonios se ponía por pedestal de sus alientos, y mirando hacia el cielo se tenía por indigna

[214] *compadece*: corresponde.

de apellidarse hija y esclava de la madre de pecadores con cuyo nombre todos nos saboreamos gustosos. Así, si la alteza de los tronos de la gloria se ha de repartir a proporción de los grados de humildad, piadosamente se puede creer que el trono que vio desde la tierra y en que se vio sublimada aun en vida, vecino y muy cercano a el de la emperatriz de los cielos sea el alto asiento en que esté hoy colocada para la exaltación de su eterna felicidad en aquel grado y parte de gloria que el brazo poderoso de Dios quiso predestinarle con su sabia Providencia y misericordia infinita. Estos casos y los semejantes que refiero se deben solo entender de la cercanía afectiva, cariñosa y apreciativa favorable, no de la vecindad y cercanía real al grado meritorio de gloria y felicidad que goza la reina madre en el empíreo, porque aunque la del menor de los bienaventurados es inefable, la del mayor en el cielo está muy lejos y es muy desigual e ínfima comparada con la exaltación gloriosa de María Santísima, que excede a la de todos los santos y ángeles juntos.

## CAPÍTULO V
## PROSIGUE EL CONOCIMIENTO DE SU INDIGNIDAD ENSALZADO CON SINGULARES Y MULTIPLICADOS FAVORES DEL CIELO Y POR NO HABER ADMITIDO EL TÍTULO Y RENOMBRE DE ESPOSA Y ESCLAVA DE JESÚS

### I

*Singulares y fuertes batallas de Catarina con Dios amante, por no ser tan favorecida de su divino amor, restado*[215] *a engrandecerla*

Tenía natural oposición a todos los nombres y títulos honrosos. Uno de ellos fue el glorioso blasón de «esposa de Jesús». Aun cuando se hallaba en los brazos de su divino amante procuraba desasirse y postrarse a sus plantas con las palabras repetidas muchas veces en esta historia:

> No soy digna, Señor, de tus brazos, de tus regalos, ni de tus beneficios. Guárdalos para tus escogidos, que yo solo te pido el perdón de mis pecados y una buena muerte para que no me eche tu recta justicia al abismo.

Pero por el mismo caso la favorecía Dios, digámoslo así, más restado y con más empeño, porque el amor siempre fue liberal con el amado y como el que tuvo Jesús a esta su sierva fue tan singular, se acreditó de admirable y prodigioso con las mercedes y favores extraordinarios que le hizo. Le comunicó con tantas magnificencias sus atributos y amontonó en ella tantos privilegios, que aun repartidos entre muchos santos le hiciera a nuestra rústica tosquedad increíbles a no apoyarlos el poder infinito de quien los hizo y su amor inmenso que para el hombre fue en todos tiempos excesivo. Pero todos estos beneficios, aunque eran efectos del divino amor, y el amor dicen que hace iguales a los amantes, en Catarina causaban por su profunda humildad afectos contrarios de desigualdad infinita y reverentes respetos a su benefactor, arrojándose a sus soberanos pies rendida como otra María Magdalena, regándoselos con

[215] *restado*: firme, decidido.

avenidas de lágrimas, imprimiendo en ellos sus labios y limpiándoselos con las madejas de su delicado cabello. A estas humillaciones correspondía el Señor con otros amontonados favores tratándola de esposa querida suya, ya que ella repetía ordinariamente: «Querida y amada vuestra, Señor, sí, pero no esposa porque no soy digna de ese blasón glorioso, siendo esclava de vuestros esclavos».

Fue esta una de las batallas más celebres y digna de perpetua memoria entre Dios y Catarina que se pueden ponderar en esta historia. Duró esta amorosa guerra y humilde lucha no el espacio de una noche, como la de Jacob con el ángel[216], sino por toda la vida de esta sierva del Señor. No batalló interesada por conseguir alguna merced del Altísimo, que suele ser la demanda sobre que luchan necesitadas las criaturas con su creador de que tenemos en las Escrituras Sagradas muchos ejemplos, como el del mismo Jacob que batalló a brazo partido por alcanzar una bendición del ángel su combatiente; la cananea[217] peleó por conseguir la salud de su hija; el centurión[218] por la salud de su siervo y los hijos de Zebedeo[219] por los dos primeros asientos. Pero Catarina luchaba porque no la honrase ni enriqueciese su divino amante que con su poderoso brazo quería ensalzarla y sublimarla, y así en toda esta dilatada guerra conservó el soberano Esposo por letra en su incontrastable escudo: «¿Quién como Dios?»[220] y buscó, a nuestro modo de entender, mil amorosas invenciones, graciosas estratagemas que bastasen a rendirla. Decíale que si no era todopoderoso para levantar mejoradas de preciosas las piedras más toscas de la tierra y colocarlas en su celestial trono, que si no podía convertir en oro el lodo más inmundo y hermosear con él los pavimentos y paredes de su empíreo, que cómo no temía el resistirse a su voluntad declarada contra quien no había poder ni resistencia que pudiese prevalecer en la tierra ni en el cielo, que no la acobardara su desnudez y pobreza, que por su cuenta corrían los joyeles y adornos de su esposa, pues tenía amor y omnipotencia para enriquecerla y adornarla con todas las galas, joyas y preseas que pedían tan altos y misteriosos desposorios, que solo faltaba que diese el sí de querer ser su esposa y honrarse con este lustroso nombre.

216 *Génesis*, 32, 22-30.

217 *cananea*: se cuenta su historia en el *Evangelio de san Mateo*, 15, 21-28.

218 Ver *Lucas*, 7.

219 *hijos del Zebedeo*: ver *Mateo*, 20, 20-28.

220 Exclamación de san Miguel al enfrentarse con los ángeles rebeldes.

Catarina, no obstante este restado empeño de la omnipotente bondad, sustentó esta porfiada lucha armada con el conocimiento de su indignidad trayendo por letra en el escudo de su defensa el «No soy digna, Señor». Le respondía que ya veía que en el cielo y en la tierra tenía entero dominio, total imperio y toda la potestad posible que confesaba, podía convertir la tierra en cielo, levantar al caído y enriquecer al pobre, pero que también conocía tener su Majestad muchas almas justas y santas en quienes ostentar su poder y franquear los tesoros de su misericordia, que ella era una perrita ingrata, robada de entre las malezas del gentilismo, bautizada de pie e infiel aun en la guarda de sus mandamientos; y así que atendiese más a que no era digna de que se le fiasen a su poca lealtad los joyeles y obligaciones de esposa, que el título de sierva de sus esposas y esclava de sus esclavos era el más honroso a que podía aspirar su ambición, pues sin el renombre de esposa ni esclava de Jesús, conseguía el ser toda suya, siéndolo de sus siervos.

Aquí parece conveniente y aun necesario recordar a los místicos para que no hagan novedad, admiración o quizá escándalo, estas cerradas repugnancias de Catarina a la voluntad declarada de Dios en estos extraordinarios favores de la divina bondad y largueza, que en ellos interviene una admirable complicación y soberana contradicción de la Providencia, que por una parte no quiere que los quieran, apetezcan, deseen, ni soliciten, por el inminente peligro de introducirse en esos deseos y voluntad, la sutileza del amor propio, con algún aire colado, vana curiosidad o lo que es peor, con algún cierzo helado y sutil viento de soberbia y desvanecimiento altivo, que en estas peregrinas eminencias de dones y mercedes exquisitas siempre amenaza a nuestra ambiciosa naturaleza. Por eso no les da para quererlos el auxilio eficaz que fácilmente pudiera y con que sin duda los apetecieran, porque este apetito pudiera ser arriesgado, peligro en ellos y en otro peligroso ejemplar de los inconvenientes e insinuados vicios. A este fin no quiere ni inspira que los quieran, ni deseen pero quiere que los reciban y tengan, aunque sin quererlos: antes sí gusta el Señor, teniéndolos anden siempre deseando y pidiendo que no se los dé, y que se los quite como acontecía a santa Teresa de Jesús, y a santa Magdalena de Pazzi[221]. Dios, con su altísima Providencia juntamente conserva en sus escogidos los dones para que los logren y aprovechen con mucho bien de sus almas y las

[221] Santa María Magdalena de Pazzi (1566-1607) fue una noble toscana y monja carmelita.

de su prójimo, asimismo las repugnancias de los mismos bienes, deseos y súplicas al Señor que se los quite o no se los dé, para conservarlos en segura humildad y no ocasionar tan peligrosos quereres a otros que con ellos fácilmente se desvaneciesen. Por esto los padres y maestros de la vía espiritual ponen por reglas para conocer un buen espíritu el que no desee ni apetezca favores extraordinarios, que cuanto es de su parte huya de ellos teniéndose por indigno y temiendo su peligro diga al Señor que es indigno de tales y tantas misericordias, que más quiere aquí padecer que gozar y estar con su Majestad en el Monte Calvario que subir al monte Tabor[222].

Con esta sapientísima y profundísima Providencia conservaba Dios en nuestra Catarina las constantes repugnancias de estos dones gratis datos y extraordinarias mercedes, y por otra parte se los daba y hacía tener aunque no quisiese y aun sin que ella lo entendiese, para que más seguramente los lograse, preservada de todo mal aire. Con el reparo sólido de su humillación verdadera en la gracia justificante y virtudes sólidas que la causan o aumentan no hay ni puede haber ese peligro, y así no solo las recibimos cuando nos las dan con rendido agradecimiento, sino que las podemos y debemos querer, desear y pedir como lo hacía continuamente esta sierva de Dios, no negándose a la necesaria sujeción de criatura a su creador ni al debido agradecimiento de tan favorablemente redimida de su redentor y mucho menos a la justa correspondencia a su Dios enamorado. Se confesaba esclava de sus esclavos y consiguientemente protestaba que no tenía acción ni movimiento que no estuviese subordinado a la voluntad de su creador y redentor. También rehusaba los peregrinos favores y gloriosos blasones de esposa y esclava de Jesús, porque como traen consigo estos títulos tanta honra que los mayores príncipes de la Iglesia y de la cristiandad ensalzan y subliman con ellos sus altezas y soberanías, traen también la pensión[223] de la correspondencia y como en el conocimiento de su indignidad no hallaba modo ni prendas para corresponder a las obligaciones de esposa y esclava de tan soberano príncipe, se resistía humilde excusándose con el «No soy digna de servir a tan excelso monarca como esposa ni como esclava». Por eso decía:

222 *Tabor*: lugar de la transfiguración de Jesús. Ver Lucas, 9, 28-36.

223 *pensión*: carga o molestia que viene aneja a algún cargo o beneficio.

Bastante empeño es para mi inutilidad y bajeza el servirle en sus esclavos y satisfacer a lo que obliga el renombre y blasón glorioso de ser sierva de los siervos de la majestad suprema.

## II

### *Cómo ensalzaba Dios su humildad, y crecía esta con las finezas extraordinarias del divino amor*

En esta humildad puso el Altísimo los ojos para ensalzar y engrandecer a su querida Catarina. Así la dijo varias veces en lo amoroso de estos combates:

¿No quieres que te trate como a esposa, ni cabe este honroso título en tu humildad? Pues yo haré que todos te llamen esposa mía. Yo haré que tu nombre y hechos sean celebrados en el cielo y en la tierra, yo haré que se diga de ti lo que no se ha dicho de otra de mis criaturas.

A estas voces de su Dios respondía esta su sierva cuando ponía los ojos en los carácteres del divino escudo:

¿Quién como Dios? Soy, Señor, una vil esclava de vuestros esclavos, hágase en mí vuestra santísima voluntad porque, ¿quién podrá resistir a vuestra amorosa omnipotencia, ni a vuestro refinado amor?

Pero cuando volvía a mirar al escudo de su indignidad, clamaba otra vez en voz alta asombrada:

¿Esposa yo? ¿Cómo puede ser? La esposa dice igualdad, tiene derecho a los bienes del esposo, y debe ser fiel y leal a su consorte. Nada de esto se puede verificar en mí, respecto a un Dios inmenso.

Así, volviéndose de corazón humilde a su Majestad, le decía:

Señor, pase de mí este cáliz de amargura[224], y este cuchillo agudo de dolor: no me honres con el nombre de esposa ni esclava, porque no soy digna. Déjame con el título de esclava de tus esclavos.

[224] *cáliz de amargura*: reminiscencia de Cristo durante su rezo en el Huerto de los Olivos.

A estas repetidas humillaciones de Catarina correspondía el divino amor con reiterados y mayores cariños, llamándola con la virginal y divina seriedad de su epitalamio[225] niña de sus ojos y que toda ella era hermosa y agraciada, porque mirándola de los pies a la cabeza, estaba adornada de belleza y así alababa todas sus perfecciones una por una, como lo hizo el divino Esposo con la otra alma santa[226], a quien trató de princesa por la altísima humildad que resplandecía en los honestos pasos con que se ostentó humilde.

Vivía martirizada esta sierva de Dios con favores y regalos, y se mostraba de ellos tan quejosa como otras almas se lamentan de las penas y desamparos que las humillan entre afrentas, achaques y desprecios. Como veía la suprema bondad el buen logro que tenían en Catarina sus beneficios, los repetía y multiplicaba amontonados con el motivo o pretexto de obligarla con ellos a admitir el blasón lustroso de su querida y amada esposa. A otras almas hace Dios pocos favores o ninguno, porque se engríen y entonan con cualquier apariencia de ellos, y para que se humillen permite la divina Providencia en ellas muchas ilusiones y engaños que merecen esta calificación porque los espíritus que las experimentan hacen mucho aprecio de ellas y las publican para conseguir del mundo ciego estimaciones, aplausos y aun el sustento y regalo. Por eso, no le muestra con semejantes almas el divino espíritu cual desvelado amante, como lo hacía con esta esclarecida virgen, aplaudiéndola, ensalzándola y celebrándola con músicas celestiales al amanecer y en el silencio de la noche, y más frecuentemente al entrar en los templos donde la estaba esperando el esposo sacramentado, ya con ternos[227] enteros de paraninfos celestiales, con regaladas voces y varios exquisitos instrumentos, componían una sonora y extraordinaria melodía a sus oídos y muy deliciosa a las potencias de su dichosa alma; ya con una sola voz que a la consonancia armónica de los soberanos instrumentos le robaba las atenciones y con celestes cánticos arrebataban hacia el cielo su corazón con tan sabrosa violencia que sin libertad para resistirse se hallaba embelesada en los castos brazos del divino amante que la festejaba y hacía con ella todas las finezas que se pueden entender de un Dios enamorado, pidiéndole el sí de esposa, pero aunque Catarina se reconocía vencida

[225] *epitalamio*: «composición poética del género lírico, en celebración de una boda» (DRAE).

[226] Alusión al *Cantar de los cantares*.

[227] *terno*: «conjunto de tres cosas de una misma especie» (DRAE).

de los regalos y dulzuras celestiales, respondía, más con suspiros y tiernas lágrimas que con voces:

> ¿Esposa? No, Señor, no soy digna amada y favorecida de tu poderoso brazo si todas estas benignas beneficencias caen sobre ser yo la más vil de tus criaturas y esclava de tus esclavos.

Parece que había bebido Catarina el espíritu del real profeta, pues siendo rey le pareció era mayor honra y corona el ser siervo de Dios. Para confesar que excedía a su dignidad este lustroso nombre de siervo y esclavo del Altísimo, dijo: «Señor, yo soy tu siervo. Siervo tuyo soy e hijo de tu esclava»[228]. Como si dijera:

> No puedo negar que soy muchas veces esclavo de mi creador, porque soy su criatura, comprada segunda vez y redimida con su preciosa sangre[229], pero me reconozco tan indigno de este noble blasón que no hallo cómo explicar mi indignidad y bajeza, sino protestando que soy hijo de la esclava del Señor, porque así confieso la sujeción doblada que encierra en sí el nombre de esclavo e hijo de su esclava y huyo de la honra que trae consigo el renombre de siervo de Dios, que el servir a su Majestad es reinar.

Por huir de este lustre y está corona no admitía esta humildísima virgen el timbre glorioso de esposa ni de esclava de Jesús, protestaba la subordinación y servidumbre debida con decir que era esclava de los esclavos y esposas de Cristo. Por esta verdadera humildad se vio muchas veces engrandecida por su soberano dueño con coronas de flores y de piedras preciosas, ya coronada con reiteradas y misteriosas asistencias, ya como celestial menina[230] a su reina en la mesa y en el lecho, ya estando en pie o reclinándose sobre el brazo de la silla y sobre la almohada a su cabecera, ya sentándose como objeto único de su vista y de su amor sustentando la conversación y sirviéndola de alivio en sus penas y amarguras. Le comunicaba las fragancias de sus divinos ungüentos, le franqueaba la celestial hermosura y regalaba sus oídos entre dulces y suaves músicas aplaudiéndola la reina y esposa del príncipe de la gloria, verifi-

[228] *Salmos*, 116, 16.

[229] Difícil que dijera esto David, en el Antiguo Testamento, antes de la Redención, pero se entiende el sentido.

[230] *menina*: niña de familia noble que entraba a servir en la corte a la familia real.

cándose en Catarina la parábola del vigilante siervo[231], a quien prometió el Señor darle asiento en su mesa y ceñido servirle como si fuera siervo de sus siervos. En medio de esta inexplicable grandeza y felicidad, volvía Catarina los ojos a la letra de la indignidad que tenía grabada en el escudo de su corazón por defensa de su alma, y postrada delante de su Dios, arrojaba por tierra las coronas a imitación de los otros veinticuatro ancianos, de que hace mención en su Apocalipsis san Juan[232], protestando con esta ceremonia que en su aprecio justo era más glorioso timbre el servir a Dios, que el reinar. De esta honra huía Catarina, rehusando el nombre de esposa y esclava de Jesús.

## III

### *De otros señalados favores con que la engrandeció y ensalzó el divino Esposo, comunicándole muchas de las gracias y mercedes con que ha ilustrado a sus santos*

Al paso que esta sierva de Dios se retiraba de los favores del divino Esposo, se esmeraba este en aplaudirla y ensalzarla, como quien voluntaria y amorosamente se recreaba en dejarle vencer de su querida esposa auxiliada de la gracia. Así volvía a renovar el desafío su poderoso amor con nuevas y amorosas trazas, unas veces en forma de niño hermoso que repitiendo el favor se venía frecuentemente a su regazo y virginales brazos sacándola de sí con extáticos arrobos, regalo que ha acreditado en la Católica Iglesia de esposas de Cristo a las Catarinas, Teresas, Rosas y a otras santas. Otras veces, como pretendiente del sí de esposa se le mostraba victorioso y coronado de laureles y rosas con palmas y ramilletes de flores en las manos o con otros jeroglíficos que simbolizaban las finezas de su empeñado amor y las perfecciones y victorias de la esclarecida y regalada virgen, acariciándola y engrandeciendo con palabras de verdadero amante lo admirable de su constancia, lo invencible de su paciencia, y lo singular de su hermosura y belleza. Demostración con que declaró Dios los triunfos de las Úrsulas, Cecilias y otras que campean en el celestial coro de las vírgenes con los matices de su propia sangre, vertida por el inocente cordero que las sirvió de guía y de corona. Pero

[231] *vigilante siervo*: *Lucas*, 12, 35-48.
[232] *Apocalipisis*, 4, 4.

cuanto más triunfante se le dejaba ver el divino Esposo más se hundía Catarina en el abismo de su nada y desde lo profundo de su aniquilación se oía en el trono del empíreo el «No soy digna de esas coronas y glorias, guárdalas, Señor, para tus escogidos y para los que adornados de candores y purezas resplandecen en tu real palacio».

En otras ocasiones, se le venía el Señor a las manos en forma de un niño hermoso dentro de un ramillete de flores o manojito de mirra[233], llamándola esposa de su corazón e hija de sus entrañas. Resistiéndose a este favor desde lo profundo de su humildad con los clamores del «No soy digna» le acrecentaba Dios el beneficio, ordenando con su divino poder que se viese ella misma en las manos de su querido esposo en forma de niña agraciada y adornada con arreos y lazos de rosas y azucenas, y que estaba entreteniéndose con ella el soberano amante, halagándola con inexplicables cariños que causaba en esta regalada virgen tantos y tales impulsos de buena correspondencia que, creciendo el amor de su corazón hasta ser excesivo, salía de sí y desahogaba el incendio de su pecho con demostraciones de fina amante, halagando y acariciando también a la majestad suprema que se le había venido a las manos y que no se atrevía antes a tocarle por no mancharle. En este inexplicable y mutuo entretenimiento llegaba a desfallecer, siendo pequeño vaso su corazón para los crecidos gozos en que se veía anegada como la otra rosa peruana[234] que se acreditó de regalada entre las vírgenes santas con otro semejante favor. En Catarina parece quiso amontonar el divino Esposo los favores con que repartidos ha ilustrado a muchas de sus queridas esposas. No pocas veces se halló con su querido amante entre los brazos y en su regazo en forma de corderito desmayado entre suaves y dulces deliquios[235] de amor, pidiéndole sus halagos y, al encogerse humilde, la obligaba el Señor haciendo que se mirase ella misma en forma de corderita a los pies o entre los brazos del niño Dios, experimentando en ellos admirables cariños de la inmensa majestad humanada. Con estas amorosas caricias, se inflamaba tanto su voluntad y se obscurecía de suerte la razón que ciega y embriagada del divino amor se arrojaba a la mutua correspondencia, regalándose cariñosa con el inocente cordero

233 *mirra*: «resina aromática» (DRAE).
234 *rosa peruana*: santa Rosa de Lima.
235 *deliquios*: «éxtasis» (DRAE).

como la otra santa virgen Inés[236] que, entre los demás regalos que recibió del divino Esposo, escogió a este por divisa de su inocencia y belleza. En Catarina causaba este favor tales gozos y dulzuras que aun sola su memoria era bastante para que se deshiciere y resolviese su tierno corazón en dulces lágrimas. Cuando recordaba[237] de la suspensión que causaba en su alma, era alabando y engrandeciendo a su amado con suspiros y encendidos afectos, protestando que no era digna de ser esposa de su pastor, que la había redimido con su preciosa sangre.

La visitaba frecuentemente en forma angélica de mancebo hermosísimo. Rondaba su puerta disfrazado y por los resquicios la llamaba por su nombre. Le guardaba el sueño y mientras tomaba descanso el cuerpo se estaba regalando con su dichosa alma. La despertaba y le daba los buenos días en forma de sol o de lucero. La servía de paje de hacha[238] cuando iba a las iglesias, y no pocas veces se le ponía sobre el hombro abrazado en estrechos y castos lazos de amor en su garganta para que se ostentase en llevarle así la fortaleza de su querida esposa, demostración que hizo a san Cristóbal[239], grande entre los santos. Finalmente se preciaba el Señor de su único amante y celoso esposo, pues porque no fuese objeto del amor de las criaturas le mudó el rostro, transformó en fealdad su rara hermosura, y le puso la máscara que dije en los capítulos sobre su pureza. Quería para sí todo el amor de esta esclarecida virgen, que correspondía solicitando las finezas de su Dios, no como de esposo, sino como divino y único blanco de su amor. Estimaba tanto esto la majestad humanada, que si la veía divertir en otra cosa que no fuese amar y pensar en Jesús, se le mostraba quejoso, ya con esquiveces, ya ocultando su hermoso rostro, ya con amagos y amenazas de ausentarse, ya mostrándose agraviado con silenciosos desvíos. Se le representaba

[236] *Santa Inés* (¿219?-304): virgen y mártir. Por asociación etimológica de su nombres (*Agnes / agnus* 'cordero') se la representa con un cordero en los brazos, símbolo de pureza.

[237] *recordaba*: 'despertaba, volvía en sí'.

[238] *paje de hacha*: el que lleva el hacha o cirio para ir alumbrando.

[239] *San Cristóbal*: su nombre significa 'portador de Cristo'; San Cristóbal tuvo que pasar a un niño a la otra parte de un río. El niño pesaba extraordinariamente, como si Cristóbal llevara al mundo en sus hombros, pero no era el mundo, sino el creador del mundo, Cristo.

ordinariamente dentro del pecho como a otra Gertrudis[240], haciendo de su corazón trono de majestad o cátedra de magisterio.

Un día que se divirtió el pensamiento de Catarina en no sé qué negocio, vio que con velocidad y presteza desamparó el niño Dios su pecho y se le puso sobre el hombro, con representaciones de ofendido. Le preguntó asustada que por qué dejaba su asiento y se mostraba desamorado suspendiendo las corrientes de sus doctrinales cariños. Le respondió: «Porque tú te paseas por fuera cuando yo presido como rey y maestro dentro de tu pecho». «Pues, Señor, dijo ella, espera, no te ausentes, no te vayas, no me dejes, que fácil es el remedio, pues diciendo al confesor su descuido volverás a coger tu puesto». Replicó su Majestad «No se lo digas, que no ha sido ese mi fin. Sosiégate, espera, no te turbes, que ya yo vuelvo a entrar». Prosiguió la sierva de Dios diciendo: «Sí, Señor, sí se lo tengo de decir, que tú y tus ministros me tenéis mandado que no oculte ni calle cosa de mi conciencia». Se lo dijo y sintió luego a Cristo suave y amoroso, no con el título de Esposo sino con las finezas de amante en su regalado pecho.

[240] *Gertrudis*: santa Gertrudis (1256-1301) tuvo especial devoción al corazón de Jesús. Se la representa como un monja con un corazón en el pecho en el que se ve al niño Jesús.

# CAPÍTULO VI
# PROSIGUE EL CONOCIMIENTO DE SU INDIGNIDAD. CÓMO LA FRANQUEÓ DIOS EL TESORO DE SU SABIDURÍA POR HABER REHUSADO EL TÍTULO DE ESPOSA

## I

*Continúan las finezas del divino amor desde los brazos de su santísima madre en otras repetidas batallas que tuvo su misericordiosa liberalidad con la humildad de su sierva*

Conservaba el Señor con misteriosa contradicción esta amorosa guerra, solicitando por una parte a Catarina por virginal esposa, y por otra parte no quería darle auxilio y fuerzas para admitirlo por el gusto de verla tan humillada por esta causa. Fue un manantial de felicidades para Catarina esta lucha y batalla con su Dios en que sin advertirlo su arrobado espíritu salía siempre victorioso el Señor, consiguiendo los fines de su Providencia, que eran el enriquecer más y más a su criatura con soberanos dones y que viviese con ellos más abatida y reconocida a la fuente de todos los bienes. Catarina también salía triunfante en estos reñidos y repetidos combates, porque cuanto más se veía favorecida crecía más en ella el reconocimiento de la bondad y grandeza de su creador y el conocimiento de su indignidad y bajeza. Con este se despreciaba y abatía hasta lo profundo de su nada, y con aquel se aumentaba el amor con que ensalzaba y glorificaba a su redentor por la inmensa liberalidad con que franqueaba como derramados entre las criaturas sus beneficios. Mirando a Dios clamaba y pedía que franquease sus tesoros y gracias al mundo, pues era una fuente cuya corriente no podía agotarse y un inmenso mar que no podía disminuirse, pero mirándose a sí clamaba y rogaba que no la favoreciese con los títulos gloriosos de hija, esposa, ni

aun de esclava, porque no era digna de estimaciones y tantos honores. Viendo por la experiencia que no la valían los ruegos ni los amorosos desvíos, ponía por intercesora a la Santísima Virgen para que alcanzase de su unigénito hijo el que depositase sus mercedes y favores en las otras almas sus escogidas y que a ella como a una indigna, ingrata y desconocida le bastaba el amar al niño Dios y servirle como esclava de sus esclavos. A estas voces le respondió muchas veces la soberana reina de los cielos, dejándose ver con ostentaciones de su poder y clemencia, diciéndole «No te aflijas Catarina, que mi santísimo hijo franquea sus beneficencias a quien quiere, y ninguno puede resistir a su voluntad, ni ser digno de sus beneficios». «Pues, Señora, (replicó esta sierva de Dios), si no hay resistencia que valga contra su querer es ese el querer y voluntad de tu santísimo hijo. Purifícame y adorna con tus soberanas virtudes mi alma, para que no se manche el niño Dios y cuando guste de coger asiento en mi inmundo corazón y en mis brazos».

A estos tiernos suspiros y humildes ruegos de Catarina respondía la princesa de los cielos que por su cuenta corría el adornarla y enriquecerla para el recibimiento de la suprema majestad humanada. Veía luego esta esclarecida virgen su corazón en las manos de la madre del Altísimo y que lo estaba lavando y purificando, regalándose amorosa con él. Otras veces veía Catarina que la emperatriz de los cielos mandaba a los celestiales paraninfos que la purificasen y que la trajesen a su presencia sin ruga[241] y sin mancha alguna. Obedeciendo los ángeles a su reina, la hermoseaban con repetidos baños de la gracia de su Señor y la entregaban festivos a la Señora, que como amorosa madre la admitía y le ponía por sus mismas manos una vestidura tan bella y rozagante que excedía a lo más blanco y brillante de la nieve embestida de los resplandores del sol, enriqueciéndola como a esposa del príncipe de la gloria, con arreos[242] de inexplicable valor, la llegaba a sí, acariciándola y recreándose gustosa con ella como con una querida hija y entre los halagos cariñosos la exhortaba que no rehusase el desposorio con su hijo santísimo, que la había escogido como objeto de su infinito amor. Catarina en medio de tanta felicidad y gloria, respondía:

> No, Señora, no soy digna de ser esposa de la suprema majestad, porque toda esta riqueza y hermosura con que me vio es postiza, no es mía, es ajena

241 *ruga*: arruga.

242 *arreo*: «atavío, adorno» (DRAE).

y temo el verme sin ella por mi ingratitud y poca fidelidad. Yo soy una nada, nada tengo y nada valgo porque soy una abominable pecadora.

Mientras se resistía con estas humildes palabras a los ruegos de María Santísima se le manifestaba el divino amante, orientando su majestuosa belleza en los brazos de su purísima madre como en propio y real trono o en forma de un gallardo joven al lado de la soberana reina saliendo poco a poco hacia sus espaldas, donde daba a entender que había estado encubierto con la sombra o nube resplandeciente de la celestial princesa, escuchando la suave voz de su querida esposa y penetrando sus más humildes afectos. Ya corridos los velos con que había asistido embozado[243], se le manifestaba vestido de gloria y con hermoso y apacible semblante, procurado el Eterno Verbo conquistar y alcanzar el sí de esposa de quien se excusaba con el escudo de su indignidad y de su nada. Luchaba el Señor con las lenguas y finezas de su poderoso amor y con los cariñosos afectos y eficaces exhortaciones de su amorosísima madre, que batallaba de su parte y hacia la causa de su unigénito hijo. ¿Quién podrá explicar, imaginar los celestiales gozos, las suaves inquietudes, los dulces sobresaltos, los impulsos, osadías, temores y verdaderas alegrías, que al mismo tiempo experimentaba el corazón de Catarina lleno del divino amor que la galanteaba, que ni persona humana ni angélica no se persuadiera que esta amorosa y honesta virgen se había de dejar vencer de las finezas tan excesivas de su Dios, de su creador, de su redentor, de su padre y de su bellísimo amante? ¿Quién creyera que había de perder Catarina la ocasión que deseaba con tan ardientes ansias y afectuosos deseos la otra esposa santa cuando decía: «¡Ay, y querido hermano mío!, ¿quién te viera pender tierno infante de los castos pechos de mi honesta madre?[244] ¡Qué de sabrosos abrazos te diera como te regalara y obligara a que nunca me dejases! ¿Quién entendería que yo había de arrojarme a los brazos de su amado y escogerlos como albergue y alojamiento de su vida?»? Solo este vistoso espectáculo en semejante favor arrebató a nuestro padre san Pedro[245] para no desear otra estancia y otra habitación que el estar de asiento a su mira.

[243] *embozar*: «cubrir el rostro por la parte inferior hasta las narices o los ojos» (DRAE).

[244] *Cantar de los cantares*, 8, 1.

[245] Alude al episodio de la Transfiguración de Cristo, *Lucas*, 9, 33: «Y sucedió que apartándose ellos de él Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí».

## II

### *Cómo saliendo Dios en estas batallas victorioso dejaba al alma tanto más favorecida cuanto ella se mostraba más humillada y rendida*

Pero esta esclarecida virgen, por singular disposición del mismo Dios, estaba tan lejos de apetecer estas glorias, estaba tan inclinada a vivir entre desprecios, estaba tan determinada a huir de todo lo que tuviese viso de estimación, honra y aplauso que, saltando las palabras para responder a tan elocuentes poderosos combatientes, procuraba con humildes desvíos salirse afuera de la lucha, haciendo por retirarse del regazo cariñoso de la Santísima Virgen y la presencia majestuosa de su Dios transformado en un niño amoroso o en un bizarro joven enamorado honestísimamente de esta recatada y humildísima virgen. En estos tiernos y amorosos combates que disponía el divino amor para recrearse en el alma de Catarina, como en un jardín florido de virtudes, solía hacer del vencido[246], dejando que se llevase la palma de las victorias la humildad de su sierva, para que quedase acreditada en su Iglesia la valentía y poder del conocimiento de la indignidad propia. Otras veces al retirarse Catarina, se arrojaba el niño Dios desde los brazos de su santísima madre, como desalado, a los brazos de su querida esposa o se entraba en su pecho con tanta plenitud de amor que faltando en ella las fuerzas para resistirse se dejaba en manos de su creador. Anegada en un mar inmenso de gozos y delicias, le pedía con amorosos suspiros que, o dilatase el pequeño vacío de su corazón o que suspendiese las corrientes de sus misericordias. De los brazos del Señor y de estas espirituales y misteriosas uniones salía ordinariamente Catarina llena de anillos y sortijas en las manos y toda ella adornada de cadenas, joyas, piedras preciosas y margaritas[247] inestimables. En otras ocasiones se veía coronada y vestida de rosas y flores de tanta hermosura y fragancia que no se hallarán semejantes ni de muy lejos, competidores en todos los jardines de Oriente ni en los dilatados campos del Occidente. Cuando volvió en sí de estos maravillosos elevamientos, se volvía a su centro y decía:

> ¿Yo esposa de un Dios omnipotente? No puede ser, no se compadece con mi indignidad. Toda esta gala y lucimiento con que me he visto ha

246 *hacer del vencido*: fingir que estaba vencido.
247 *margaritas*: perlas.

sido fingido, aparente y fantástico, nada de esto es verdadero, porque soy un gusanillo vil, indigna de conversar con los hombres y aun de servirlos como esclava.

Sucedíale a Catarina lo que confiesa de sí el apóstol san Pablo cuando volviendo en sí de aquel misterioso rapto en que arrebatado al tercer cielo vio secretos inefables, y dijo: «No sé si me aconteció esto en espíritu o estando juntos el alma y cuerpo»[248]. La razón de esta ignorancia, a mi parecer, fue porque estando en el cielo puso los ojos en aquella inaccesible luz de la suprema Majestad y quedó de tal manera deslumbrada su vista que cuando volvió a mirarse a sí, no se vio y así no pudo juzgar si había sido elevación de solo el espíritu, como nos acaece cuando miramos al sol, que si después volvemos a poner en nosotros los ojos, no nos vemos, ni nos echamos de ver. Así, Catarina siempre andaba mirando a Dios, y con los raptos[249] y favores repetidos se avivaba tanto la luz sobrenatural de la fe que deslumbrada la vista natural, al mirarle así le parecía que no era en comparación de aquel infinito abismo de ser, y de aquí le venía el tenerse por indigna de hablar con Dios y de aparecer delante de su divina presencia, ni como hija, ni como esposa, ni como esclava. Por esto se resistía a los favores del cielo, diciendo muchas veces lo que dijo en una ocasión la cabeza y piedra fundamental de la Iglesia a su divino maestro: «Señor, apartaos de mí, que no es justo estéis en compañía de un hombre tan pecador como yo»[250]. Este es buen argumento para persuadirnos que los regalos que experimentaba Catarina eran celestiales y verdaderos, y no pintados, aparentes y fantásticos porque, ¿quién no confesará que es menos que nada e indigno de todo don después de haber puesto los ojos en el inmenso piélago del divino ser? Personas hay con opinión de muchos raptos y elevamientos que no les pesa haber nacido porque se tienen por algo, se estiman, se precian de que hablan con Dios cara a cara, de que Dios se les comunica y se quejan de que el mundo no las venere. Yo no quiero calificar espíritus, porque esto pertenece a la divina sabiduría y a su santa Iglesia, pero no puedo negar que en semejantes almas se asoma no por resquicios ni celosías, sino por ventanas y puertas abiertas, la vanidad y soberbia con

248 *II Corintios*, 12, 2.
249 *raptos*: éxtasis.
250 *Lucas*, 5, 8.

que aspiran a que las reverencien, adoren y traigan en palmas, como prodigios y maravillas de la gracia.

## III

### *De otros muy señalados favores que recibió por humilde y por el título de amada de Dios que admitió prudente cuando rehusó el de esposa y esclava*

Con estas humildes residencias se unía cada día más en estrechos lazos de amor con María y con su santísimo hijo. A esta estrecha amistad se debieron todos los regalos que recibió de Jesús niño, de Jesús amante, de Jesús nazareno y de Jesús sacramentado, de que hice mención en el primero libro de esta historia. Los demás que se leerán en este y en los siguientes omitiendo innumerables, unos porque no contienen especial doctrina, otros, porque siendo muchos y semejantes y siendo amontonados causarían a los lectores fastidio. A esta amistad verdadera afianzada en los estrechos lazos del divino amor y en los profundos cimientos de la humildad de su sierva se debían también las revelaciones frecuentes y maravillosas, la manifestación clara —en cuanto se compadece con la fe— de los más incomprensibles misterios, el conocimiento de los más ocultos secretos del Altísimo, el registro de cuanto había en el cielo, en el purgatorio, en el infierno, y de lo que sucedía y había de suceder en el mundo. Me sucedía algunas veces entre asombros y admiraciones, ponderar conmigo mismo la grandeza de la divina luz que ilustraba a esta esclarecida virgen, admirándome de que siendo en lo natural bozal y muy cerrada se explicase con tanta elocuencia, con tal energía y con expresividad tan propia en materias tan profundas y tan varias, que parecía estaba debajo de la esfera de su vista todo el universo sin que se le reservasen los secretos del cielo ni los pensamientos y secretos de los corazones de los hombres. Con esta admiración la dije un día: «Catarina, ¿qué necesidad hay de que te manifieste Dios tantos y tan desacostumbrados secretos y misterios?». A esta pregunta, me respondió con sinceridad e inocencia:

> No sé qué responderle, padre y señor mío. No sé si esto es malo o si es bueno, yo digo lo que me pasa y se lo dejo a mis confesores para que como doctos y experimentados lo aprueben, pero lo que ahora entiendo es que me trata y comunica Jesús como se pueden tratar y comunicar acá en lo

humano los dos más tiernos amantes. Como no permite el amor que entre dos amigos haya cosa oculta ni secreta, así Dios se muestra amante comunicándome lo más oculto de sus misterios.

Esta respuesta de Catarina es el estilo que ha guardado Dios con sus amigos en todos los tiempos. En la ley natural dice el apóstol Santiago que dio su Majestad título de amigo de Abraham, y por ser tan amigo y tan valido suyo confesó el mismo Dios que no se atrevía a tenerle escondido alguno de sus secretos. En la ley escrita dio título de amigo a Moisés y mostró esta amistad en comunicarle sus ocultas providencias y tratar con él con mucha familiaridad y frecuencia. Finalmente en la ley de gracia[251] dio Dios, entre todos los apóstoles con especialidad título de amigo a san Juan y por eso fue a quien comunicó los más profundos misterios. Pues si las noticias de los santos de Dios y sus favores y beneficios son argumentos de su amistad, a muy alto grado de amistad subió esta su amada y querida esposa. En otra ocasión que me puse a ponderar conmigo la elocuencia angélica con que se explicaba y la universidad

[251] Menciona las tres leyes natural, escrita y de gracia, en que se divide la historia teológica de la humanidad según la doctrina cristiana. Ver Arellano, 2011, *s. v.*: «La etapa de la Ley Natural va de la caída a Moisés, y se caracteriza generalmente como un período de inocencia en el que el hombre se gobernaba por los principios puestos por Dios en el corazón humano, que representan la acción de la ley divina. Esta perfecciona la Ley Natural: "Lex divina profertur homini in auxilium legis naturalis. Est autem omnibus naturale ut se invicem diligant [...] quadam naturali instinctu homo cuilibet homini etiam ignoto subvenit in necessitate [...] ac si omnis homo omni homini esset familiaris et amicus", santo Tomás, S. c. g., III, c. 117; el Aquinate escribe en otro lugar que la Ley Natural es una participación de la ley eterna en la criatura racional, por la cual se inclina a su acción y fin debidos (*Summa*, I, II, 91, 2; 96, 2 ad 1; 97, 1 ad 1). Trata de la Ley Antigua o Escrita, dada en tiempo de Moisés en I, II, q. 98 y ss. y de la Ley Nueva o de la Gracia en I, II, q. 106 y ss. La segunda época es la Ley Escrita, desde Moisés a Cristo, gobernada por el código de leyes explícitas del Pentateuco. Comp. san Agustín: "Para que los hombres no tratasen de obtener algo que les faltaba, se escribió en tablas lo que no leían en los corazones. Tenían escrita la ley, pero no querían leer [...] como los hombres, apeteciendo las cosas externas, se apartaron de sí mismos, se dio la Ley Escrita; no porque no estuviese escrita ya en los corazones, sino porque habiendo huido tú de tu corazón, debías ser acogido por aquel que está en todas partes" (san Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, sal. 57, 1, [..] En cualquier caso las tres leyes son omnipresentes en los autos y son en muchos casos personajes de los autos calderonianos (*El gran teatro del mundo, A Dios por razón de estado, El arca de Dios cautiva, El día mayor de los días)* y en las loas *(El pintor de su deshonra, El santo rey don Fernando*)».

de las ciencias y conocimientos con que estaba ilustrada penetrando mi ánimo y pensamiento me dijo:

> Pues mira lo que te he dicho respecto de lo que dejo y no hay tiempo para explicar, es como si de innumerables montes fuera quitando de cada uno una sola piedra y me dejara todo lo demás. Así advierte lo que callo y sabe que no me preguntarás cosa de lo que se hace en el cielo, tierra y en el mismo infierno, de que yo no te pueda dar razón con claridad y distinción: para esto no se me ofrece otra razón que el haberme escogido Dios por su querida y fina amante.

Dejo la explicación de la alteza, calidades y duración de esta soberana luz para su lugar, que ahora basta haber apuntado que fue Catarina ensalzada con una desmedida grandeza de sabiduría, porque no tenía medida lo profundo de su humildad y esta fue la que la hizo tan querida, estimada y favorecida del divino amor que le comunicó los tesoros de la sabiduría inaccesible, que negó y negará a los presumidos y arrogantes para que podamos en todo momento repetir aquella particular acción de gracias que hizo Cristo a su Eterno Padre por haber revelado los ocultos secretos y misterios a sus humildes apóstoles y no a los soberbios doctos y sabios del mundo.

De lo dicho se infiere la inteligencia de unas palabras repetidas muchas veces de esta sierva del Altísimo cuando la trataba de esposa, y eran: «No Señor, no soy digna de ser tu esposa, trátame como a querida amante». Con estas misteriosas voces excluía su espíritu humilde las estimaciones y privilegios de la esposa, y con esta misma humillación sin querer se engrandecía, admitiendo y logrando gananciosa los títulos y prerrogativas de la amistad. La esposa tiene derecho a parte de los bienes y honras del esposo, y Catarina se tenía por indigna de todo derecho a los dones y favores del divino amante, porque amaba desnudándose de lo que tenía y podía tener por vestirle y adornarle, atribuyéndole toda la honra y gloria posible sin que le tocase a ella ni la más mínima parte, y a esta fineza de amor correspondía el soberano esposo, comunicándole como en retorno todas sus riquezas, sin reservar ni aun los tesoros de sus secretos, porque el verdadero amigo no está contento con la posesión de sus bienes si no los franquea a quien bien quiere. Por esto Jonatán

se desnudó de las vestiduras reales para vestir a David[252], luego que se dio por su amigo. De manera que esta esclarecida virgen rehusaba el nombre de esposa por su humildad y por mostrarse verdadera amante de su Dios. Con este modo de amar robaba y desnudaba al divino amor, humanándose aquella suprema majestad y grandeza por engrandecer y sublimar a la que se anonadaba porque solo Dios fuese el ensalzado. De aquí provenía aquella mutua correspondencia en los elogios y alabanzas cuando Catarina se transformaba en querubín o serafín para explicar las perfecciones de su amado, pintándole ya como hermosa flor del campo, ya como galán que campeaba resplandeciente entre millares de millares, como azucena bella y fragrante de los valles. Le pagaba el divino esposo estas dulces alabanzas con otros semejantes elogios, calificándola de cándida y agraciada azucena entre las espinas, ya alabándole una por una todas sus perfecciones, diciéndole que era totalmente hermosa y sin mancha alguna[253].

En esta mutua correspondencia de amores y finezas con su Dios solía referir Catarina capítulos enteros de los *Cantares* con tal propiedad de palabras y expresión de afectos que los confesores cuando la oían, aun pasada ya la fuerza de la superior luz, se admiraban gozosos, y para asegurarse del fundamento de su admiración le preguntaban algunas veces que si se le representaba muy hermoso el divino amante. Para responder a esta pregunta, aun cuando estaba en oscuridad y desamparo, prorrumpía diciendo: «Ahora no le veo ni le siento y se me ha retirado, pero muy bien me acuerdo que le vi». Y exhortándola que dijese cómo le había visto, se encendía en el fuego del divino amor y como si hubieran caído sobre ella todas las lenguas del fuego que bajaron divididas sobre los apóstoles en la venida del Espíritu Santo[254], repetía con tal elocuencia la belleza, hermosura, perfecciones y excelencias del divino esposo que los que buscaban solidez en los fundamentos de su admiración pasaban a padecer pasmos y asombros, y a desahogar su corazón con tiernas lágrimas de gozo por no morir ahogados entre júbilos y sollozos de gusto y consuelo. Uno de estos fue el padre Juan de Cáceres,

[252] Jonatán, hijo de Saúl, tuvo gran amistad con David y en cierta ocasión lo vistió con sus ropas: ver *I Reyes* (Vulgata), 18, 4: «Y Jonatán se quitó el manto que llevaba, y se lo dio a David, y otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y su talabarte».

[253] Paráfrasis del *Cantar de los cantares* y de la oración *Tota pulchra es*, que evoca a su vez pasajes del *Libro de Judit* y *Cantar de los cantares*.

[254] *Hechos de los Apóstoles*, 2, 1-3.

persona muy grave y docta en todas letras, con prendas y ejercicio de predicador por muchos años en mi religión y en este nuestro Colegio del Espíritu Santo, resolutor[255] de casos de conciencia asignado, digno de toda veneración y crédito por su verdad, virtud, autoridad y doctrina. Este padre me dijo varias veces que habiendo reconciliado de ordinario a Catarina por espacio de algunos años nunca había podido oírla en cuenta de conciencia, porque reconociendo desde luego las lenguas de los serafines que hablaban en ella, se retiraba lleno de ternura, de admiración, y del gozoso llanto que le impedía. Cuando Dios hacía oficio de maestro y ostentación de habitar como fino amante en esta alma, parece que había razón para que los confesores prorrumpiesen en admiraciones y asombros, porque para esta conformidad de afectos y correspondencia de finezas bastaba en haberla escogido Cristo para su querida amante. El divino amor está acostumbrado a semejantes transformaciones, divinizando y endiosando a sus amigos por participación y comunicación de sus propiedades.

[255] *resolutor*: 'resolvedor, hábil para resolver'. El de resolutor de casos de conciencia era un cargo institucional.

## CAPÍTULO VII
## DE SU MORTIFICACIÓN Y PENITENCIA

### I

*Cómo imitó a Cristo hasta verse crucificada en dos cruces*

La vigilancia con que anduvo siempre Catarina en castigar su cuerpo, refrenar sus sentidos y sujetar las pasiones causó admiración en todos los que la comunicaron y tuvieron algún conocimiento de las cosas de su alma. Desde niña sin exhortaciones humanas, solo con la moción del divino Espíritu que hizo asiento en su corazón, se dio a todo género de mortificaciones interiores y exteriores. Domaba con valentía los bríos de su carne con ayunos, silicios, disciplinas y otras asperezas corporales, crucificándola con el santo temor de Dios, alentándola con las imágenes y memoria de la Pasión del Salvador. Desde que en su niñez se le apareció el inocente cordero con el rostro de su Padre, cargado con el sagrado madero de la cruz, le comunicó el afecto y deseos de imitarle y seguirle hasta sacrificarse con el crucificado por sus culpas y por los pecados del mundo. Con esta rabiosa y amarga remembranza se le hicieron suaves la desnudez y voluntaria pobreza en que vivió toda su vida, la hiel[256] y vinagre, desprecios y todas las demás amarguras que le ofrecieron las criaturas. De este divino dechado[257] sacó aquella generosa aceptación e invencible paciencia con que admitía los infortunios e injurias de los tiempos en sus peregrinaciones y las persecuciones del

[256] *hiel*: «amargura, aspereza o desabrimiento» (DRAE). Alude al pasaje de la Pasión de Cristo en que le ofrecen hiel y vinagre para calmar su sed en la cruz.

[257] *dechado*: modelo, ejemplo.

mundo en el estado de su servidumbre tan amable a su espíritu o como lo dejé notado en el libro primero, pleiteaba porque la tratasen como a vil esclava así como otros pelean y batallan por la libertad a que anhela la naturaleza humana y por las estimaciones porque suspira la vanidad del mundo. Ninguno pudo decir con más propiedad lo del apóstol de las gentes: «Castigo mi cuerpo y le pongo en servidumbre»[258] que, Catarina le castigaba como a bruto indómito y quería estar en una rigurosa servidumbre para que estuviese en mayor sujeción su cuerpo. Escogió Dios a esta su sierva para afectiva y cordial pastora de sus ovejas, y así la dio impulsos e inclinaciones a mortificarle y ceñirle y que la ciñesen y mortificasen otros hasta ponerla en una cruz, que fue lo que Cristo predijo a san Pedro cuando, examinando su amor, le mandó que apacentase sus ovejas y que se dejase crucificar[259]. Vivió y murió esta esclarecida virgen crucificada por sus mismas manos a medida de la grandeza de su fervoroso espíritu y procuró ser puesta en muchas cruces. Lo consiguió por la natural inclinación de los hombres, que siempre fueron prestos y veloces para los rigores y por la crueldad obstinada de los demonios que la tuvieron por blanco de sus rabiosas iras e insaciables venganzas.

El discurso de toda su vida, llena de hieles y amarguras, es prueba experimental y evidente argumento de que el nombre de Mirra[260] que le pusieron en su nacimiento fue anuncio y pronóstico con que la divina Providencia predijo que se había de verificar en esta su sierva lo que decía la otra esposa santa: «Mis manos destilaron mirra y estaban llenos mis dedos de mirra muy escogida»[261].

Era inclinada Catarina a la mortificación de su cuerpo y de su espíritu; lo ejercitaba poniendo en tales prisiones su delicado cuerpo que a la violencia de las tristezas y congojas, brotaban por los poros ya que no gotas de sangre como el sudor de Jesús en el Huerto de Getsemaní[262], lágrimas de amargura más preciosas que las que destila naturalmente el otro árbol que llaman mirra aun antes que le hieran, puncen y despedacen. Otras veces ejercitaba la mortificación despedazándose en que otros la maltratasen para que derramase la Mirra de sus amarguras con

[258] Se refiere a san Pablo, *I Corintios*, 9, 27.

[259] *Juan*, 21, 15-17.

[260] Porque la mirra es amarga. Suele ser símbolo de la penitencia en algunos comentarios de la Biblia.

[261] *Cantar de los cantares*, 5, 5.

[262] *Lucas*, 22, 44.

más abundancia, para hacerse más semejante a Cristo, que gastó toda su vida en continuas mortificaciones, ayunando, velando, y caminando permitiendo con ansias de más padecer que le persiguieran y humillaran hasta ver el árbol de su divino cuerpo descortezado con azotes, herido con penetrantes espinas y traspasado con agudos clavos, porque le mirase y contemplase el mundo, por quien padecía lleno de Mirra de su sangre en una afrentosa escarpia. A cuya semejanza fue mortificada esta esclarecida virgen por sus propias manos, por el mundo y por las potestades infernales, como se verá en el discurso de esta historia.

Manifestó Dios esta verdad para mayor honra y gloria de su divino poder con varias misteriosas visiones con que esforzaba a esta su querida esposa a más y más padecer por su amor. No fue poco extraordinario favor el verse al lado de su divino amante crucificado, levantada en alto, cosida con clavos no solo en una cruz sino en dos palos o cruces formadas de madera muy grandes, una que le cruzaba el pecho y la otra la espalda, y así viva imagen de Cristo enarbolada[263] que sirviese de ejemplo a los hijos de los hombres, para que adviertan en lo que pueden imitar a su redentor auxiliados de la omnipotencia que en todos tiempos está aparejada para hacerse prodigiosa en sus criaturas como estas quieran cooperar con la divina gracia. En dos maderos clavada y levantada en alto quiso Dios que contemplase el mundo a Catarina para que constase que no solo estaba crucificada en el cuerpo, sino también en el espíritu, porque la crucifixión exterior sin la interior es cuerpo sin alma, es ídolo y máscara de virtudes hipócritas que con apariencias honrosas de santidad ocultan un corazón presumido y soberbio. De estos era aquel hereje retobado Abelardo[264], de quien decía san Bernardo a sus monjes que se guardasen porque era hombre engañoso, que no era lo que parecía ni parecía lo que era. Era en el número uno y dos en las calidades: en lo exterior se mostraba un Bautista y en lo interior era un Herodes vicioso. Huyó Catarina de apariencias exteriores que puedan atraer plausibilidad y aun intereses cuando es muy baladí[265] la hipocresía que les da el aliento y son exterioridades vanas o sospechosas. Llegó a crucificarse en dos cruces para demostrar que estaba toda crucificada en lo interior y exterior, en el cuerpo y en el alma. Toda su vida está llena

[263] *enarbolar*: «levantar en alto estandarte, bandera o cosa semejante» (DRAE).

[264] Pedro Abelardo (1079-1142) fue un filósofo, teólogo, poeta y monje francés. Fue acusado de varias herejías que condenó san Bernardo.

[265] *baladí*: «de poca importancia» (DRAE).

de admirables ejemplos que prueban esta verdad, pero tocaré en estos capítulos sus ejercicios de mortificación por mayor, y algunas cosas en particular que por menudas confirmen la total y perfecta abnegación de esta esposa de Jesús, y sirvan de ejemplo en la Iglesia Católica a los principiantes y perfectos que siguen el camino del espíritu.

## II

### *De algunas de las penitencias y artificios que usaba para castigar su cuerpo, sin riesgo de la pegajosa plausibilidad*

Dije ya en el libro primero, tratando de las virtudes de su niñez, que gastaba Catarina las noches en los ejercicios de la oración y penitencias, hurtando al día también las horas que podía sin hacer falta a las cosas de su obligación para tener más tiempo en qué sujetar su cuerpo y purificar su alma con todas las mortificaciones que inventaba el fervor y esfuerzo de su espíritu que nunca fue novelero, peregrino, ni paradójico. A esta causa excusaba en sí algunos santos artificios que han usado bien y con mucho mérito algunos santos, pero no pocos hipócritas abusando de ellos los han viciado, así como otros espíritus y almas, tan bien intencionadas como poco cuerdas, que suelen malearse y ser ejemplares de lastimosas tragedias por vivir en el camino del espíritu tan casadas con sus propios juicios y tan pagadas de sí mismas que despreciando todo ajeno consejo pretenden ser singulares y aun ostentarse admirables, sin otra guía ni maestro que su voluntarioso capricho. Con este recelo y resguardo de peligrosas exterioridades nunca usó de coronas artificiosas de espinas, ni cambrones[266]; no de cruces de mucha apariencia y poca substancia, huecas por de dentro y gordas por de fuera; no de argollas y estacas en las paredes para colgarse crucificada de los brazos y de los cabellos cuando la viesen; no de petos[267] de rayos para el pecho, ni de planchas con puntas de acero para las espaldas; no de zapatos desolados[268] para que la planta del pie hollase[269] el lodo, las lajas y piedras de las calles; no de sacos, ni botines de silicios; no de otros instrumentos y asperezas que sobresalen a la vista de los hombres extraordinarias y plau-

266 *ambrones*: «zarza» (DRAE).
267 *peto*: «armadura del pecho» (DRAE).
268 *desolados*: sin suela.
269 *hollar*: pisar.

sibles[270] con que se derruye la salud y se acaba con la vida aun antes que se puedan refrenar las pasiones y desarraigar los vicios. Por eso nuestro padre[271] nos dejó aquel prudente y santo consejo en una de sus reglas:

> Que la castigación del cuerpo no debe ser inmoderada, ni indiscreta en abstinencias, vigilias y otras penitencias exteriores y trabajos que dañan e impiden mayores bienes. A la causa conviene que cada uno tenga informado a su confesor de lo que hace en esta parte.

Esta sierva del Señor, a fuerza de cordial jesuita[272], nunca se valió de artífices para la fábrica de estas armerías espirituales, ni se vieron en su retiro ostentaciones de su espíritu penitente, porque nunca aspiró a ser objeto de la admiración, sino a ser sujeto de la imitación de Cristo y sus santos en las virtudes y no en los prodigios, porque como notó san Agustín, no dijo el divino maestro: «Aprended de mí a fabricar los cielos y la tierra, a hacer maravillas y milagros, sanar enfermos y resucitar muertos, sino aprended de mí a ser mansos y humildes de corazón». Este es el camino llano y seguro por donde llevó Dios a Catarina. El otro está lleno de riesgos y peligros, y no por esto faltaron en esta esclarecida virgen admirables ejemplos de mortificación y penitencias que pudiésemos imitar.

Desde su niñez hasta su ancianidad apenas se cayeron de su cuerpo tres silicios bien ásperos con que se apretaba los muslos, brazos y la cintura, y aun en los últimos años de su vida, hecha ya un esqueleto y un retablo de dolores y angustias, permitían los confesores el uso de los dos, por ser armas acostumbradas y continuadas por una larga y fervorosa vida con que había mortificado y macerado su delicado cuerpo. Cuando venía así armada a la iglesia, decía ella que se templaban los dolores exteriores y congojas de su alma o porque Dios correspondía piadoso y liberal a su resolución valiente y alentada dándole superiores fuerzas y aliento, o porque los demonios que eran sus continuos y sangrientos verdugos se retiraban cobardes y vencidos para testimonio de que la mortificación y paciencia de Catarina excedía triunfante a su insaciable ira e indignación rabiosa, pues no desfallecía la constancia de esta esclarecida virgen con inexplicables castigos de las furias infernales,

[270] *plausibles*: para que las aplaudan.
[271] San Ignacio de Loyola.
[272] *cordial jesuita*: que tenía corazón de jesuita.

cuando ellos confusos y aterrados la dejaban vencidos de su valerosa mortificación e invencible paciencia. Con los tres insinuados silicios comía, dormía, andaba y trabajaba Catarina para que en todo momento estuviese sujeto y avasallado su cuerpo y la cogiese la tentación ceñida y prevenida. Cuando se veía acometida de la tibieza, de las rebeldías de la carne y de las avenidas de pensamientos contra todas las virtudes que soplaban y avivaban los enemigos obstinados, aumentaba los silicios con cordeles nudosos y pareciéndole todo esto poco se valía de las espinas de las frutas, de los alfileres, de los pellizcos y de todo aquello que la podía servir para descortezar, punzar y despedazar su cuerpo. Se arrancaba el cabello a repelones[273], se colgaba de él algunas veces cuando nadie podía verla, afeaba con bofetadas su rostro, despreciábase con oprobios y con poner unas chinas en los zapatos[274] y no cortar las uñas de los pies cuando como navajas la lastimaban; sin interrupción de tiempo los dedos se hallaba siempre en una continua y cruel crucifixión de cuerpo y de su espíritu. Porque no faltase la forma exterior de crucificada, la formaba con sus brazos cosidos estando en pie contra las paredes, o contra los ladrillos postrada, realzando el valor y mérito de estas mortificaciones con esconderlas de la compasión y aplauso de las criaturas.

## III

### *Del ejercicio riguroso de sus disciplinas que moderaban sus confesores y los ángeles y cuán provechosas eran para el mundo sus penitencias*

Sus disciplinas[275] cotidianas eran muchas veces de sangre contemplando por ejemplar de su ejercicio al redentor amarrado fuertemente a una columna, azotado y herido de los crueles verdugos que, alternándole y remudándose, multiplicaban sin número los azotes porque no tenían número los delitos de los hombres por quien los padecía. Consideraba aquella divina belleza y rostro traspasado, aquella con las espinas y este afeado con mucha sangre derramada, como eclipsada entre desmayos y desfallecimientos de muerte. A la consideración de este espectáculo tan lastimoso se le saltaban las lágrimas de los ojos, se le rasgaba y rompía de

273 *repelones*: tirones de pelo.

274 *chinas*: piedrecillas.

275 *disciplinas*: azotainas hechas con las disciplinas o especie de azotes para penitencia.

dolor su corazón y gustando mucho de que su cuerpo fuera de carne y muy delicada para sentir, lo deseaba de bronce y de diamante, para perseverar constante en el rigor de la disciplina, hasta que pudiese decir que su delicado cuerpo había llegado a ser semejante al de su divino amante, azotado y maltratado por los pecados de todo el mundo. Con estos caritativos y fervorosos afectos comenzaba y acababa su ejercicio y era tan largo que como otros cuentan de uno en uno los golpes, Catarina los contaba con otras tantas heridas, de treinta y tres en treinta y tres. Treinta y tres por los años que vivió su redentor en el mundo, otros tantos por los agonizantes, otros tantos por los navegantes, y así los iba repitiendo y repartiendo por todos los estados de los pecadores hasta llegar a pedir misericordia por los deshonestos, los cuales eran los golpes sin cuenta, y sin número las heridas por donde se desangraba y caía desmayada y sin sentido sobre una balsa de su propia sangre. En estos desmayos y mortales desfallecimientos del cuerpo solía experimentar su dichosa alma muchas regaladas visiones, ya para confortarla, ya para animarla a padecer más por las criaturas, manifestándole las muchas que se salvaban por su intercesión y la preciosa sangre de la redención, y tal vez las que por ceguedad y rebeldía se perdían.

En una de estas ocasiones se halló su espíritu con un grande aparato y apercibimiento para alguna misteriosa visión y entendiendo que había mucho que ver y que admirar, le inspiró Dios un deseo de que se lo mostrasen, y luego le abrieron una puerta, y como entre velos vio a su querido esposo desnudo y temblando, como que no podía tenerse en pie y como buscando la ropa después de los azotes que le dieron en casa de Pilatos: quedó suspensa y atónita su alma con tan lastimero espectáculo, y con lágrimas de los ojos y ternuras de su herido y lastimado corazón prorrumpió entre suspiros y ternuras diciendo: «¿Qué es esto, amado de mi alma, y vida de mi vida? Escogido entre millares, ¿quién os ha puesto así?». Respondió el Señor: «El segundo es, ¿no le ves?, ¿no le conoces? Pues mira y contempla cómo me ha puesto». Con la cifra del segundo, por la luz y conocimiento infuso entendió Catarina quién era y pasado el tiempo proporcionado a la distancia de la ciudad donde vivía, vino nueva de su desgraciada muerte en los ojos y parecer de los hombres, quiera Dios fuese en sus justos e incomprensibles juicios dichosa.

Para el ejercicio de sus disciplinas buscaba Catarina los lugares más retirados y apartados del comercio y bullicio de la casa, y cuando estos

faltaban se valía de la soledad y quietud de las noches, y aun solía acogerse a las caballerizas y en ellas crucificaba los movimientos de su cuerpo, los sentidos y potencias de su alma con extraordinario rigor y con muy cuerdo y atento recato, pero tal vez para mayor mortificación suya y edificación de los otros, permitió o quiso Dios que se publicase entre los de las casas donde vivía y tenía muy en la memoria por la vergüenza que la causó, que siendo niña querida y estimada de sus amos y padrinos, estos con ocasión de curarla, registraron su virginal cuerpo y le hallaron tan bañado en sangre y con tantas heridas que si hubiera en él parte sana castigaran con rigor el castigo con que ella sin piedad y misericordia se despedazaba. Cuanto más secretas e insensibles las deseaba y disponía en la tierra, tanto más públicas eran en el cielo sus penitencias, y aunque pudieran los ángeles darse por desentendidos del destrozo que veían en su delicado cuerpo, por los quilates de su fervor que interesaba el mundo, muchas veces se mostraban enternecidos a su modo, con la vista de tanta sangre inocente vertida, y compasivos acudían ya a quitarle las disciplinas de las manos, ya a detener en el aire el azote para que no se renovasen las heridas, satisfaciéndose el cielo con que se despidiesen los ramales[276] de la mano para el mérito e impidiendo los golpes para que no se arruinase la salud y se acabase la vida escogida de Dios para que resplandeciese más su poder y se ostentase en el mundo su infinita misericordia. Hicieron los ángeles en esta ocasión oficio de maestros de espíritu y suplieron sus defectos enseñándonos que debemos procurar en nuestras acciones un prudente y sazonado medio, de manera que no excedamos por hacer más, ni faltemos por hacer menos, porque toda virtud moral consiste en un discreto proporcionado medio y tiene oposición con los viciosos extremos. De santa Catarina de Siena[277], he leído u oído que para encarecer la necesidad de esta prudente templanza decía que con un azote y un Santo Cristo, podía llegar a ser santa una persona, y era muy conforme a la razón esta sentencia porque hablaba con sus religiosas, que por su profesión tenían el freno de la discreción en la obediencia, que debe ser cuerda y prudente. Por esto dijo el santo rey David que para los que andan por el camino del cielo es menester azote y freno. El azote para que ande el perezoso y el freno para dete-

[276] *ramales*: los ramales o cordeles que formaban la disciplina.

[277] Santa Catarina de Siena (1347-1380), considerada una de las grandes místicas del siglo XIV, destacó por su faceta de predicadora y escritora. Es reconocida como copatrona de Europa e Italia y Doctora de la Iglesia.

ner al atropellado, porque tan lejos estará de llegar a Dios el que nunca se menea, como el que se precipita cayendo en el otro extremo. Así se porta el diestro jinete con el lerdo y feroz caballo: a este que soberbio corcovea[278] abate y humilla su orgullo con el freno; a aquel que perezosamente se mueve, aviva y despierta con la espuela.

Era el espíritu de Catarina alentado y fervoroso, más necesitaba de freno para correr con moderación que de espuela y azote y, por eso se lo quitaban de las manos los ángeles y aumentaban sus penas porque a un alma que vive de la mortificación, quitarle la penitencia era quitarla todo el gusto y consuelo de la vida y el no hacer tanta como deseaba era su mayor penitencia y aun martirio. Por eso, acudía a sus confesores afligida, diciéndoles: «No sé qué es esto. Castigo debe de ser de mis pecados el que impide mi penitencia. Mano irresistible es la que suspende el azote e impide un mortificado y gustoso martirio». En el tiempo de estos orgullosos fervores y bulliciosos ímpetus de su caridad encendida, mudando iglesia escogió por confesor a un religioso de san Agustín y este, como sabio y prudente, le moderó las penitencias y le prohibió muchos de los varios modos de martirizarse que inventaba su valiente espíritu, diciéndole:

> ¿Qué te ha hecho ese pobre y delicado cuerpo para que lo trates tan mal? Déjalo descansar un poco siquiera para que tengas a quien maltratar en lo que te falta de vida. Mira, hija, que la otra ilustre matrona Ana profetisa[279] está acreditada de heroica ayunadora en el Evangelio porque, como dice san Anfiloquio[280], ayunaba con el nivel de la discreción y el compás de la prudencia. Con esta moderación en su abstinencia pudo decir el Evangelista san Lucas que perseveró ochenta y cuatro años en servicio del templo con lo continuo de los ayunos y lo perseverante de los ruegos. Si no hubiera guardado la regla de la discreción en la abstinencia y en las demás acciones en que devota se ejercitaba esta piadosa matrona, no se le contaran tantos años de ayunadora, menos bastara para que desfalleciese y no pudiese perseverar en sus ejercicios devotos. Así es menester ir con el nivel de la prudencia en el camino de la virtud porque así como engaña a muchos el demonio con el demasiado comer, a título de flaqueza burla a otros con

[278] *corcovea*: que hace corvetas, «salto que dan algunos animales encorvando el lomo» (DRAE).

[279] *Ana profetisa*: ya anotada; *Lucas*, 2, 36-38.

[280] *San Anfiloquio*: fue obispo de Iconio. (Leonardi, Riccardi & Zarri, 2000, p. 313).

demasiadas abstinencias y vigilias, so color[281] de penitencia y para su dañado intento tanto importa lo uno como lo otro.

Porque no saliese con la suya el común enemigo puso freno el insinuado maestro de espíritu en las maceraciones que usaba su penitenta, prohibiéndola los silicios y las disciplinas los domingos, para que tuviese un día siquiera de asueto su delicado y quebrantado cuerpo.

## IV

### *De sus ayunos y mortificación de sentidos y potencias*

En los ayunos no pudo ponerle alguna prudencial regla, porque desde su niñez se había acostumbrado a sustentarse con una u otra tortilla de maíz y algunas legumbres en tan corta cantidad, que los criados de las casas donde vivía, que atienden siempre a lo poco o mucho de las comidas, se admiraban y juzgaban por cosa milagrosa la conservación de su vida, y así para ayunar con extraordinario rigor no era menester más que la intención de Catarina, que en lo demás no había para ella distinción de tiempos: todo el año era en su abstinencia adviento, cuaresma y vigilias. Aun en las enfermedades era necesario el precepto de médico y confesor para alimentarse con pollos y gallinas, y entonces más era roer los huesos que lograr el delicado alimento, y la experiencia enseñó que en sus desfallecimientos la confortaba más un poco de arroz cocido solamente con agua sin otro adherente, porque lo abrazaba mejor el cuerpo por la flaqueza y el alma por lo desabrido. Muchos de los nobles caseros que tuvo, advertidos, la obligaron a comer en su mesa para que a su vista tomase el sustento necesario y forzoso, pero como lo noté ya en el capítulo nono del primer libro. En estas mismas ocasiones lograba con disimulo los deseos de su espíritu mortificado, porque vencía el cuidado que ella tenía de no comer a los deseos y atenciones de que comiese en los otros. Su cama era el duro suelo con un petate o tablas cubierto y en las casas que no podía ocultar esta aspereza que pide retiro de criaturas, la comunicaba en una tabla que sobresalía hacia la pared al colchoncillo que usaba. Con tal disposición que cuando estaba enferma o la podían ver, la veían en su cama, pero retirándose la gente a una vuelta se ha-

[281] *color*: «pretexto para encubrir una acción» (DRAE).

llaba sobre su tabla para dormir muy poco tiempo, con desabrigo en la superficie de su dureza.

No gustó de olores aromáticos ni olió flor en toda su vida, y cuando le daban alguna rosa la recibía con agradecimiento y guardaba con disimulo para ofrecérsela en los altares al Esposo o a su santísima madre, que correspondían muchas veces como finos amantes, retornando las fragancias de celestiales olores con varias y muchas flores que caían sobre ella como llovidas y la transformaban en un delicioso jardín donde campeaban las rosas de Castilla entre los claveles, jazmines, azucenas y otras exquisitas y soberanas flores que no se ven en la tierra ni se perciben con los sentidos, pero eran símbolos y figuras de los dones y premios que le esperaban en la gloria. Ya dije en el libro primero cuánto huía de las músicas profanas de la tierra y cómo se retiraba donde no la ofendiesen sus ecos, negándose a todo lo que podía deleitar y dar gusto a sus sentidos y potencias que traía ocupados en buscar a su querido esposo, y que el Señor la mostraba cuán de su agrado eran estos honestos retiros, visitándola en su soledad con su divina presencia, con soberanas y angélicas músicas en que la ayudaba la celestial capilla a entonar dulces motetes[282] y alabanzas al niño Dios, que la galanteaba con los cortesanos y paraninfos de su empíreo.

Sucedía esto con especialidad los días y noches de san Juan[283] en que las criaturas buscan el humano consuelo entre las flores terrenas y entre bailes, danzas y otras demonstraciones de profanas recreaciones con pretexto de celebrar la santidad del Bautista. En estas ocasiones se oía la voz de Catarina en el cielo, como se oyó la voz de la tórtola de que hace mención Salomón en sus Cánticos[284]. Con lastimosos gemidos, suspiros dolorosos y amargo llanto clamaba misericordia por las ofensas que se cometían contra el inocente cordero, que pedía penitencia por boca de su precursor para quitar los pecados del mundo, y a lo quejoso y tierno de su voz correspondían más abundantes las visitaciones que imprimió en su alma soberanos gozos. Cuando tal vez la obligaban a asistir a las fiestas y cumplimientos del mundo dentro y fuera de su casa fijaba los ojos en el suelo y la atención en el cielo, de manera que no oía, veía, ni advertía en los mundanos entretenimientos.

[282] *motetes*: «breve composición musical para cantarse en la iglesia» (DRAE).

[283] La noche de san Juan era muy celebrada y festiva.

[284] La tórtola hace referencia a la que aparece en el *Cantar de los Cantares* en el Antiguo Testamento.

Desde su niñez se acostumbró a privarse, por el niño Jesús, de todo género de frutas en los advientos y cuaresmas, y después extendió esta mortificación a todos los días del año, porque como tengo ya dicho, impuso a su cuerpo en el preciso sustento de legumbres cocidas en agua y en lugar de sal las sazonaba con ceniza. Con esta salsa desabrida no necesitó de la otra golosina del acíbar[285] preparada con azúcar, que dividido en pastillas sirve de granjería[286] y cumplimiento de antojos con capa de mortificación a las que como culebras se saborean viciosas con la tierra y el carbón[287]. Cuando no podía sin nota disponer este único plato, como cuando vivía en casa de sus amos y padrinos de que hice relación en el capítulo nono del primero libro, entresacaba de la comida ordinaria de los criados las legumbres, piltrafas y huesos que quedaban en los platos y cazuelas depreciados y cuando la daban en rostro[288] con su mortificación, los que lo advertían les respondía: «Basta para mí este alimento que las perrillas con huesos y migajas se sustentan en las casas que guardan agradecidas». Otras veces por tener más y más que ofrecer al niño Dios y a Cristo crucificado, se ponía a contemplar lo delicioso de la fruta, procurando ella misma avivar su apetito y cuando reconocía a la golosa naturaleza con más ansias de gustarla y comerla se privaba de ella ofreciéndosela a Jesús o a su santísima madre diciéndose a sí misma: «¿De cuándo acá apeteces golosinas? Conténtate como jumento con el zacate[289], o como perro con los huesos».

La mostró Dios muchas veces cuánto estimaba estos gustosos bocados de que se privaba por su amor y por el de su santísima madre. Brindándole los celestiales espíritus frutas, manjares soberanos y otros deleites y gustos de la gloria que ella retornaba rogando a su divino esposo que los guardase para sus escogidos, para sus santos y para la reina de los ángeles, fue singular uno de estos favores que recibió estando delante del altar de la congregación, que es el de Santa María la Mayor, que vulgarmente llaman Nuestra Señora del Pópulo. Se halló sedienta

285 *acíbar*: «amargura» (DRAE).

286 *granjería*: «pequeño dulce casero» (DRAE).

287 Quiere decir que algunas, por falsa mortificación, tomaban acíbar (sustancia amarga) pero mezclada con azúcar; son aquellas mismas viciosas que gustan de comer tierra y carbón. Esta costumbre de mascar barro, trozos de búcaros, o comer tierra, yeso y carbón, la satirizan muchos escritores en el Siglo de Oro. Lo hacían las damas para provocarse un color de tez pálido, que era al parecer, muy apreciado.

288 *dar en rostro*: acusar.

289 *zacate*: hierba, comida propia de un jumento.

y llena de amarguras en el cuerpo y en el alma, y con antojo de comer una fruta muy fresca y deliciosa de la tierra que llaman chirimoya[290] los naturales, otros el manjar blanco[291] de las Indias por su suave dulzura y sabrosa blancura. No hay que admirar que en tierra donde los troncos de las arboledas destilan bálsamo y otros licores que sirven de aromas y olorosos perfumes lleven por frutos frutas que merezcan los nombres de los manjares más regalados y preciosos. A este antojo de Catarina acudió el cielo poniéndole dos en las manos y cuando con la posesión le picaba más el gusto y la lisonjeaba el apetito, se privó de ellas y se las ofreció a la Santísima Virgen diciéndole: «Señora, ¿pues esta bestia había de comer cosa tan deliciosa? Tómala y preséntasela a tu santísimo Hijo». Luego vio cómo la soberana reina las cogía y las presentaba al niño Dios que tenía en sus brazos, y para dar a entender el Señor que las admitía, como aceptó el jarro de agua fría[292] que le ofreció el santo rey David, extendió el brazo y la mano, como quien se saboreaba y regalaba con la mortificación de su esposa.

Desde sus tiernos años la puso Dios en esta mortificación del sentido del gusto y perseveró Catarina constante en ella hasta la muerte. Siendo niña metió en la boca un poco de conserva[293] y antes de pasarla la dijo el divino Esposo: «¡Bueno es esto! ¿Tu boca dulce y la mía aheleada[294]?». Con sola esta voz la obligó a sacar el bocado de la boca, tirarlo y privarse para siempre del regalo del dulce y si tal vez inadvertida lo gustaba viniendo la memoria de lo que la había dicho el Señor, la volvía a escupir antes de que pasase al pecho. Aun en los dos o tres últimos días de su vida, notaron sus nobles caseros que habiéndola metido un poco de conserva en la boca, con estar ya casi sin tacto, vista, ni fuerzas la sacó con presteza y la tiró como solía cuando se acordaba de lo que le había dicho el Señor en su niñez, y este fue el misterio de lo que notaron los nobles caballeros que la tuvieron en su casa hasta verla salir de esta vida para la eterna y con esta noticia harán refleja y sabrán la mortificación que estaba disimulada en lo que vieron obrar a Catarina ya cercana a la

[290] *chirimoya*: «es una baya verdosa con pepitas negras y pulpa blanca de sabor muy agradable. Su tamaño varía desde el de una manzana al de un melón» (DRAE).

[291] *manjar blanco*: un guisado de pechugas de gallina con azúcar. Metafóricamente designaba a la chirimoya, con la precisión «de Indias».

[292] No apuro la cita. En *I Reyes*, 26 David coge la lanza y el jarro de agua de la cabecera de Saúl, al que perdona la vida, pero no ofrece el agua al Señor.

[293] *conserva*: confitura, un tipo de fruta conservada en dulce.

[294] *aheleada:* amarga con la hiel que le ofrecen en la cruz.

muerte. Porque quiso su Majestad que como le había procurado imitar en toda su vida mortificada y sedienta por la salvación de las almas, le imitase en desear las hieles y amarguras, acompañaron y se mezclaron con las agonías de su divino amante crucificado para que quedasen corregidas por el ejemplo de Cristo y el de Catarina las otras mujeres devotas de quien hace mención san Jerónimo que haciéndose del bando del rico del Evangelio, que comía espléndidamente, hacían granjería de la virtud y canonizaban sus regalos diciendo que en los siervos de Dios estaban mejor empleados los manjares exquisitos y los regalos, y a las que se abstenían de ellos trataban de embusteras, miserables, e hipócritas. Estas, aunque profesasen espíritu, no podían tener virtud, ni ser del gremio de los santos, ni de los siervos de Dios como Catarina, que se preciaron de ser imitadores de Cristo.

Su vestido fue siempre divisa[295] de un espíritu modesto, humilde y mortificado. Lo usó siempre para resguardo de la decencia y no para defensa y resguardo de la salud e inclemencias de los tiempos, siendo necesario que sus padres espirituales anduviesen sobre aviso para que el deseo de mortificarse en el vestido no perjudicase gravemente a su complexión. En tiempo de fríos andaba sin medias pareciéndole que para la honestidad y decencia bastaban los zapatos a quien traía la ropa larga, pero advirtiendo su confesor por noviembre de setenta y cuatro que era grande el rigor del frío y que su salud pedía más abrigo, la mandó que se pusiese las medias, y estando ya con ellas en la mano con ánimo de ponérselas, se acordó de la desnudez del niño Dios en su Nacimiento en los rigores del invierno. Dijo luego hablando consigo misma: «Jesús descalzo ¡y yo calzada! Jesús tiritando de frío ¡y yo con gollerías[296]! Jesús desabrigado ¡y yo con mucho abrigo! No lo permita su Majestad». Diciendo y haciendo apartó de sí las medias y fue en busca de su confesor a quien propuso tales razones que la mandó proseguir en la descalcez para su mayor mortificación, que ejercitaba ella en todo el vestido interior en la cama y en el aposentillo, sin valerse ni aun del fuego para templar lo rigoroso de los tiempos, y por esto los confesores se veían obligados a mandarla usar de algunos reparos necesarios para resguardo de su salud y conservación de su vida.

295 *divisa*: emblema, símbolo, expresión.

296 *gollerías*: «manjar exquisito y delicado» (DRAE).

# CAPÍTULO VIII
# DE SU PERFECTA OBEDIENCIA A LOS PRECEPTOS DE LA LEY DE CRISTO Y A LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

## I

*Cómo por la virtud de la obediencia mereció el renombre glorioso de «hija en espíritu del gran patriarca san Ignacio»*

El blasón[297] y gloriosa divisa de los hijos de nuestro gran fundador y patriarca, san Ignacio de Loyola es el de la perfecta obediencia como nos lo dejó escrito en una de sus preciosas e inestimables cartas[298] donde nos propone la necesidad e importancia de esta celestial virtud, pues sola ella es la que ingiere en el alma todas las demás virtudes y ya impresas las conserva y perfecciona. Más previniendo el santo que se nos había de hacer muy difícil la subida a tanta altura por lo encumbrado de su perfección, dice con autoridad de san León[299] que ninguna cosa es ardua a los humildes ni áspera a los mansos de corazón, como si nos dijera: muy fragoso es el camino que guía a lo perfecto de la obediencia; parecerá inaccesible por lo empinado de la alteza pero si se hallare humildad y mansedumbre en los pretendientes de esta perfección se les hará muy fácil la subida porque los grados de humildad son gradas para conseguir esta descollada cumbre. Y así entre los otros timbres que subliman y ensalzan en la tierra y en el cielo a los hijos de mi patriarca son el de una mínima pequeñez por donde suben a una desmedida grandeza de obediencia, esta como divisa particular y blasón glorioso con que se señalan entre las demás luces de la Iglesia; aquella como fundamento y escala para alcanzar y conservar lo más alto y sublime de la perfección que se requiere para obtener con decoroso lustre el glorioso título de compa-

[297] *blasón*: «escudo de armas» (DRAE).

[298] La llamada «Carta de la obediencia», a los jesuitas de Portugal.

[299] *San León*: León I el Magno (390-461) fue el papa 45 de la Iglesia católica, desde 440 hasta 461. Dice san Ignacio en su carta: «como dice S. León: No se sirve con forzada servidumbre cuando se ama y quiere lo que se manda».

ñeros y discípulos de Cristo. Toda esta sagrada doctrina aprendió nuestro padre san Ignacio de la emperatriz de los cielos, madre y maestra de la Compañía de Jesús, en aquellas sucintas palabras que dio por respuesta la soberana reina al ángel[300], que la pidió en nombre del Altísimo el «sí» para madre suya: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí su santísima voluntad». Con estas breves razones redujo la princesa del universo a una corta suma[301] muy altos y escondidos sacramentos[302] y no fue el menor juntar con el nombre de esclava a lo más profundo de la humildad la mayor alteza de la obediencia, que consiste en la total y perfecta resignación a la divina voluntad, para que se entendiese cuán fácil es el paso y cuánta conexión tiene el ser verdaderamente humildes con el ser perfectamente obedientes. Y esta humildad obediente engrandeció el supremo juez en la más alta y encumbrada de las criaturas, escogiéndola para madre suya y maestra del universo porque como dijo el angélico doctor[303], todas las obras de virtud en tanto son meritorias en los ojos de Dios en cuanto se ordenaren al fin de ejecutar la divina voluntad, aunque sean las más heroicas, como el padecer martirio o desnudarse de todos los bienes terrenos por vestir al mendigo.

Fue Catarina hija legítima de mi glorioso patriarca san Ignacio porque la comunicó Dios su espíritu, siguió sus pisadas, copió con puntuales imitaciones los ejemplos de sus virtudes y se alimentó toda su vida con la leche de su doctrina, ilustrándola los de la Compañía de Jesús con las luces de la fe para recibir los cristales de la gracia del bautismo y para subir a una altísima perfección cristiana, que como piadosamente esperamos fue coronada en su muerte con una eternidad de gozos. Toda su vida fue ordenada a la mayor honra y gloria de Dios y provecho de las almas procurando templar los rigores de la suprema justicia con el ejercicio de heroicas virtudes, con oraciones, clamores y penitencias, ofreciéndose a padecer mil muertes y mil infiernos de penas porque no se perdiese una sola alma y exhortando al mundo a la guarda de las leyes de Dios y de la santa Iglesia Católica Romana con ejemplos de humildad y obediencia que la hicieron admirable y digna de que se le diese por blasón glorioso el renombre de obediente entre los hijos e hijas de nuestro gran fundador y prudentísimo patriarca, que se puede decir tie-

300 Ángel Gabriel. Ver *Lucas*, 1, 38.
301 *suma*: resumen; «lo más sustancial e importante de algo» (DRAE).
302 *sacramentos*: aquí en el sentido de 'misterio sacro'.
303 Santo Tomás de Aquino.

ne mujeres alistadas debajo de su enseñanza, bandera y patrocinio para hacer guerra al príncipe de las tinieblas en defensa de la virtud y para que se extienda la mayor honra y gloria de Dios por el universo. Las cuales, aunque no usan hábito particular sino el común conforme al uso y costumbre de las tierras, por justos respectos y con especialidad porque la ardiente caridad de mi padre san Ignacio era hija de la de Dios, de quien dice el apóstol san Pedro que no era aceptador[304] de personas porque a todos abrazaba y abrasaba su amor encendido, sin exceptuar nación, sexo, estado, calidad, ni forma exterior de vida, como se fundase esta en el temor de Dios y en la guarda perfecta de los mandamientos del supremo legislador que da título de madre y hermanos suyos en su Evangelio, a los que oyen su voz y guardan con exacción sus preceptos y divinos consejos. Esta filiación y hermandad fundada en la imitación de Cristo Jesús compone en la tierra una Compañía tan numerosa cuanto lo es toda la militante Iglesia y tan fuerte que es y ha de ser incontrastable a todos los ejércitos y poderíos infernales, y para su mayor confusión se va trasplantando y extendiendo en aquella misteriosa ciudad y feliz patria de los ciudadanos celestes donde en perpetuos júbilos rinden a su Creador inmortales gracias, reconociendo a Jesús por su único capitán y a san Ignacio por alférez[305] de su Compañía todos aquellos y aquellas, que imitando a Cristo le han escogido por patrón en esta vida, ajustándose a los consejos y reglas que nos dejó en los ejemplos de sus obras y en los seguros fundamentos de sus escritos.

No pretendo con decir esto fomentar la otra desordenada devoción de algunas mujeres seculares tan vanas como noveleras, que con visos de conseguir acomodadas y singulares asistencias y, aun indebidas y desproporcionadas estimaciones se prohijan[306] ambiciosas por su antojo en las religiones[307] y se precian inconsideradas pertenecer a tan sagradas familias como individuos virtuosos de relevantes prendas, de quienes se hace mucho caso y a quienes se debe mucha veneración y respeto por sus personas y por lo que honran a los templos con su asistencia, ostentando sin título ni derecho su aparente filiación, divididas en parcialida-

304 *aceptador*: el que hace excepciones injustas; Dios es imparcial, no es aceptador de personas. Alude a san Pablo, *Romanos*, 2, 1: «non enim est acceptio personarum apud Deum».

305 *alférez*: oficial portador de la bandera.

306 *prohijan*: pretenden ser como hijas de dichas órdenes religiosas.

307 *religiones*: órdenes religiosas.

des, disensiones y discordias con el nombre, blasón y glorioso timbre de dominicas, franciscanas, agustinas, carmelitas o jesuitas de la Compañía de Jesús. Adviertan estas inocentes y poco advertidas almas que no hay ni puede haber derecho ni título de mujeres jesuitas, ni que puedan ser ni aun apellidarse con propiedad y rigor de la Compañía de Jesús sin disonancia al Instituto de nuestro padre san Ignacio, que no quiso fundar colegios de religiosas y mucho menos juntas de mujeres seculares que estuviesen a cargo y gobierno de la religión y a quienes se debiese con especialidad asistir en particular, sino en común, como a todas las demás que entran en nuestras iglesias con voluntaria y frecuente aplicación para más aprovecharse, si bien no se opone a este prudente dictamen el que se pueda y deba cuidar con mayor desvelo y alguna especialidad a las que pareciese ser gusto de Dios se les asista con más cuidado por ser mayor su necesidad o por ayudarlas en los grandes deseos que muestran de subir a la perfección por la imitación de Cristo y de sus santos con determinado y escogido director y maestro en lo humano para mejor negarse a sí mismas y hacer en todo la voluntad de Dios, significada por la voz y dictamen de sus ministros. Catarina desde su niñez determinó seguir a Jesús hasta morir crucificada con él en una cruz y para alcanzarlo se sujetó en el gobierno de su alma al dictamen de un confesor como lo observó por todo el discurso de su vida, escogiéndole ya en una, ya en otra de las sagradas religiones o entre las luces refulgentes del clero, como lo diré con mayor extensión en su lugar. Pero la dirección de la Compañía de Jesús fue la más usual, frecuente y persistente en todas las edades de su admirable y extraordinaria vida, por especial afecto que tuvo a mi religión emanado del que tuvo a mi padre san Ignacio, quizás infuso y don graciosamente recibido de la benéfica y liberalísima mano de Jesús, la inclinó y movió a escoger a su valeroso alférez por particular abogado, guía, patrón y ejemplar maestro en el camino de la cristiana perfección, y por haberle imitado y obedecido a su voz en la enseñanza y doctrina evangélica predicada y administrada por sus hijos mereció el glorioso blasón de hija en espíritu del gran patriarca san Ignacio. Y por este respeto lo pueden verdaderamente merecer y conseguir las que preciándose de amadoras de Jesús imitaren y ejercitaren las virtudes de este glorioso santo, que las mirará con relación de hijas suyas y lo serán en espíritu por imitación, semejanza y participación de sus perfecciones y de las de su capitán Cristo Jesús, que es el *Non plus ultra*[308] de la santi-

[308] *Non plus ultra*: 'el no va más', lo máximo.

dad, a quien siguieron e imitaron todos los santos del cielo y debemos seguir e imitar los que profesamos la fe en la tierra, para ser participantes de sus infinitos y eficaces merecimientos, a quienes corresponde la posesión de la felicidad eterna.

Y no acaso, sino con gran misterio, para mí, ha favorecido Dios a nuestro santo patriarca, mostrándole a muchas almas escogidas y contemplativas, de que ofrezco dar varias pruebas, con el estandarte real y triunfante bandera de Jesús, ya en la celestial Jerusalén entre los santos y cortesanos del cielo, ya en la tierra conquistando almas para Cristo, ahuyentando y confundiendo demonios que como rebeldes y obstinados enemigos de Jesús se oponen al valor y poder de la gracia, ganando esclavos para poblar su eterno cautiverio de todos estados del uno y del otro sexo, y en su oposición admite el valeroso alférez de Jesucristo debajo de sus banderas, hombres y mujeres de todos estados. No las quiso enclaustradas, ni divididas en escuadras u ejércitos, como viven las demás religiosas que resplandecen como estrellas, o fragrantes rosas y azucenas en los jardines de la Iglesia, pero las admite debajo de su patrocinio y las honra con el nombre de hijas con tal que imiten a Jesucristo, vivan recogidas y encastilladas en sus propias casas, de donde salgan solo por necesidad, armadas de tanta pureza, temor y obediencia a Dios y a sus ministros que puedan competir con los claustros más sagrados, llevándose la gloria de sustentar como esforzadas amazonas las batallas contra el mundo, demonio y carne, combatidas de los ejércitos enemigos cuando más cercadas de ocasiones y rodeadas de riesgos y peligros que trae consigo el bullicioso concurso de los hombres. A estas no las negara san Ignacio el nombre de hijas, como ni Jesús el de madres y hermanas suyas. Y a la verdad merecen semejantes almas el blasón de columnas edificativas y el de valerosas amazonas en la militante Iglesia, que ayudan con sus obras y oraciones a los soldados y ministros de Cristo, como lo merecieron las otras santas mujeres que siguieron al Señor hasta verle crucificado y ayudaron a sus apóstoles y primeros compañeros, como lo dio a entender san Pablo cuando escribió a los romanos: «Saludadme a María, que ha trabajado mucho con nosotros»[309] las cuales palabras —dice san Crisóstomo— que se deben entender del buen ejemplo que daba con la observancia de los preceptos y consejos del divino maestro y del trabajo que tenía esta apostólica mujer en enseñar la doctrina cristiana a sus hijas y criadas porque es propio de este sexo

[309] *Romanos*, 16, 6.

filosofar en su casa y no en público, dentro ni fuera de la iglesia. Que este oficio es muy ajeno de su estado y posesión, como lo atestiguó el mismo apóstol escribiendo a su discípulo Timoteo[310]: «No permito que las mujeres enseñen; sino que aprendan en silencio y humilde sujeción». Este era el instituto de las primeras discípulas de Jesús, que oían su voz y guardaban sus preceptos instruidas de los apóstoles y primeros compañeros de Cristo y esta es la obligación de las que se precian de tener por padre y maestro a mi glorioso patriarca, que enseña a sus hijos e hijas la observancia de la ley, atendiendo en primer lugar a las obligaciones de su posesión y estado y que no se entrometan en el oficio de predicadores porque no yerren en ello.

Una de estas fue la venerable Catarina de San Juan, la más insigne y la que merece en estos tiempos el nombre de capitana de mujeres recogidas. Hizo gala de una sujeción humilde a Dios, a su ley y a sus ministros, y esta obediencia sublimó a ser discípula de Cristo y de la Compañía de Jesús y, patrocinada de la bandera de mi padre san Ignacio subió con brevedad y felicidad a conseguir el renombre de obediente entre los más humildes, porque desde su niñez vivió hundida en la profundidad de su nada. Antes y después de ser bautizada escogió por título y blasón glorioso el de esclava, no de Dios ni de María Santísima, porque se tuvo por indigna de tan hermoso blasón, sino el de sierva de sus criaturas, apellidándose esclava de los esclavos de la primera Compañía de Jesús, cuando la Sagrada Familia la admitía y honraba con el renombre de hija querida, como lo dejo insinuado en el primer libro. De donde se colige la recta y alta intención con que obraba no solo por Dios, sino a Dios reconociéndolo en sus criaturas y a estas como siervas suyas de quienes se confesaba esclava por su Señor y su Señora. Con este concepto humilde que formó desde entonces en su propio conocimiento, vivió toda su vida tan resignada en la voluntad de Dios, a quien consideraba en sus criaturas, que correspondieron siempre sus obras al glorioso timbre de esclava de los esclavos de Cristo luego que injusta y violentamente cautiva fue arrancada de su propia tierra y patria y trasplantada en los amenos y floridos jardines de la Iglesia se resolvió a hacer la voluntad de su creador sirviendo como esclava a sus amos que fue el consejo o precepto, que dio san Pablo a los de Éfeso[311], cuando les dijo que obedeciesen a sus amos y señores temporales con temor, temblor y sencillo

[310] Ver san Pablo, *I Timoteo*, 2, 12.
[311] *Efesios*, 6, 5.

corazón, como a Cristo, de quien emana toda potestad. Y era esta servidumbre de Catarina tan voluntaria, que pleiteaba con sus padrinos y amos porque la trataban como a hija y señora y no como a esclava de sus esclavos. Después que la declararon por libre profesó la misma voluntaria esclavitud con los dueños de las casas donde vivió, con los médicos y con su marido en todo lo que no era contra la voluntad de Dios. Fue tan conocida esta perfección en Catarina de los que vivieron con ella, que para obligarla a tomar el necesario sustento en los desfallecimientos de sus enfermedades y para que desistiese de sus ayunos y penitencias no gastaban más razones que decirla: «Mira que es voluntad de Dios, porque lo ha mandado tu padrino, tu marido, tu casero, el médico o el confesor» y luego la obediencia le daba fuerzas y aliento para ejecutar imposibles, echándose a pechos los cálices más amargos, que sabía por experiencia le eran nocivos y que los había de lanzar con ansias y congojas de muerte. Todo el libro primero, este segundo y la historia toda está llena de admirables testimonios y pruebas de la suma persecución de su obediencia, fundamentada en el conocimiento propio de su indignidad y en la obligación de la ley de Cristo que profesaba, perseverando firme y constante en su perfectísima observancia sin dejarse llevar de las vanas persuasiones, consejos falsos o escandalosos ejemplos con que el demonio, mundo y carne procuraron arrastrarla en pos de sus desatinadas huellas, porque tuvo siempre hondamente arraigado el corazón en la voluntad de Dios, en la cual entretenida pasaba gustosamente los días y meditaba las noches, como el otro a quien alaba y engrandece el profeta rey con el título de bienaventurado porque tenía el alma, la voluntad y el corazón en la ley[312]. Otros hay que tienen la ley en el corazón y no el corazón en la ley, porque la conocen y no la ejecutan, alcánzala y no la observan, y así traen sobre sí la ley y la ley no los lleva a ellos, andan los miserables cargados y no aliviados, tienen por pesado el yugo del Evangelio porque sienten su peso y no la ayuda, antes viene a ser causa y ocasión de mayor condenación en la otra.

312 *Salmos*, 84, 5.

## II

### *Prosigue la materia de su obediencia a los preceptos divinos y sujeción a sus confesores*

Donde más resplandecía esta virtud de Catarina fue en la sujeción a los confesores y padres de espíritu, porque los miraba como a vicarios y ministros más inmediatos a su creador para entender la divina voluntad y para saber lo que había de creer y obrar. A su dirección subordinó el libre albedrío, no solo en las cosas a que podía su propia voluntad aficionarse, sino en las más opuestas a su inclinación y gusto, anteponiendo siempre los empleos de su propia obligación y estado. Su principal cuidado era saber los preceptos de la divina ley y de la santa Iglesia y el modo con que debía guardarlos, no admitiendo la delicadeza de su espíritu la más mínima culpa venial con advertencia ejecutando al pie de la letra el aviso del Señor en que por san Mateo nos manda que no traspasemos el más mínimo precepto, ni la más pequeña circunstancia de sus mandamientos, figurado lo uno y lo otro por la jota y su tilde[313]. Se saboreaba gustosa esta sierva de Dios con la guarda de los divinos preceptos, como el santo rey David cuando hablando con la suprema majestad decía[314]:

> ¡Oh, piadosísimo Señor! ¡Qué dulces son para mí vuestras palabras! ¡Que gustosas las órdenes que me mandáis ejecutar! ¡Que deleitosas las leyes que me imponéis! Más dulces son que la miel, que el almíbar, que la ambrosía y néctar vuestras leyes y divinos mandamientos.

Por eso Catarina cuando los confesores la decían que bien podía hacer si quería lo que les proponía, les replicaba que ella no tenía juicio ni voluntad para escoger ni determinarse, que como a bestia la pusiesen en la ocupación y que si no acertase en la ejecución de la tarea y trabajo la ayudasen con el freno y la espuela. La comunicación que tenía con los confesores dentro y fuera del confesionario se ordenaba principal-

[313] *Mateo*, 5, 18-19: «Porque en verdad os digo: hasta que pasen el cielo y la tierra no pasará una jota o tilde de la ley sin que todo suceda, pues el que traspase uno de estos mandamientos mínimos, y así lo enseñe a los hombres, será declarado mínimo en el reino de los cielos; pero el que los haga y enseñe, ese será declarado grande en el reino de los cielos».

[314] *Salmos*, 118, 103-105.

mente a saber lo que había de obrar y ejecutar para guardar perfectamente los preceptos de Dios y así conseguía el no ofender a la divina Majestad como le ofendían los fariseos hipócritas y ceremoniáticos que escrupulizaban mucho en tragarse un mosquito y no en engullirse un camello[315] o como los otros sus opuestos que no tragan el elefante de una grave culpa por no ahogarse y no reparan en beberse innumerables mosquitos de pecados veniales, como si no estuviera prevenida para su castigo la horrorosa y espantosa cárcel del purgatorio por ser ofensas e injurias cometidas contra el supremo legislador y como si no fueran disposiciones para el pecado mortal, que es el que destruye y quita la vida al alma y precipita al infernal abismo. Por la cuidadosa vigilancia con que esta esclarecida virgen procuró la observancia de la ley, la conservó Dios en su gracia hasta el último instante de su vida, desde que recibió el agua del bautismo, como lo dejo insinuado en otro de los capítulos de esta historia, y la preservó la divina misericordia de pecados veniales advertidos, de manera que con dificultad diera materia suficiente para la absolución si no nos valiéramos los confesores de las inadvertencias, descuidos, y las demás culpas ligeras, que están anexas a esta vida mortal, agravadas en el concepto de su propio conocimiento, en que se tenía por la mayor pecadora del mundo y que aun sus obras buenas iban llenas de imperfección y malicia. Sobre esta observancia de la divina ley se fundó la perfección de la obediencia en que resplandeció esta sierva de Dios, y si escudriñamos los espíritus a las luces de los Evangelios hallaremos que son espíritus hipócritas los que ostentan resplandores de perfección entre mentirillas, ficciones, fruncimientos[316] y afectadas ceremonias. A estos suele castigar Dios con públicas y ruidosas caídas para que conozcan y den a conocer su oculta soberbia y embozada malicia.

No es fácil ponderar ni aun explicar la puntual exacción[317] con que esta sierva de Dios velaba en la perfecta observancia de la ley de Cristo y de los preceptos de su santa Iglesia. Del discurso de su santa vida se puede inferir, pues en toda ella procuró conformarse con su santísima voluntad y ajustarse a sus rectísimas leyes. Y para ejemplar puede servir con especialidad el modo y cuidadosa vigilancia con que satisfizo al mandamiento de asistir al santo sacrificio de la misa, de que traté ya en el primero libro. Pero no dije cómo aquellos deseos y afectuosas

315 *Mateo*, 23, 24.
316 *fruncimientos*: embustes, fingimientos.
317 *exacción*: como en otros casos, 'perfección, cuidado'.

ansias de guardar la ley de Cristo la obligaban a ir a la iglesia muchas veces como arrastrada, atropellando con los gravísimos accidentes de sus enfermedades y con las inclemencias de los tiempos, que mancomunadas con los fallecimientos de su débil y quebrantado cuerpo, no solo la excusaban sino que, en lo natural, la impedían el salir de su casa y pobre albergue para ir al templo y dar cumplimiento al precepto de oír misa. La aconteció varias veces en días de continuada y copiosa agua, por no quedarse sin misa, arrojarse a la calle entre tupidos y borrascosos aguaceros que causaban en las encrucijadas ríos de avenidas y en los basureros atolladeros de asquerosos lodazales, y llegar a la iglesia sin mancha de lodo y sin mojarse, concurriendo Dios por sí y por sus ángeles con prodigios de su omnipotencia a la calificación y aprobación de la resolución valiente y santo celo de su querida esposa, determinada a la puntual y perfecta guarda de los mandamientos de su católica Iglesia.

En el tiempo de su prolija y penosa vejez uno de los que fueron sus confesores, que al presente vive, cuenta y dice que atestiguará siempre que fuere preguntado lo que le sucedió con esta fervorosa cristiana esposa de Jesucristo y, fue que atendiendo a la flaqueza y debilidad de su anciano y cansado cuerpo, inhábil ya para muchos de los virtuosos ejercicios, la prohibió entre otros el ir a la iglesia en los días de mucha agua y lodo, cuando sin gravísima incomodidad y trabajo no pudiera andar por las calles ni llegar al templo. Oyó Catarina la voz de su confesor como voz de Dios y así levantó el corazón a su majestad y, con la voluntad y deseo fervoroso de observar los divinos y eclesiásticos preceptos, le dijo: «Señor, ¿por una parte nos mandas la exacta observancia de tus mandamientos, y los de tu santa Iglesia y, por otra parte nos imposibilitas la ejecución y observancia?». La respondió luego su divino y querido amante:

> Gusto tanto, esposa y amada mía, el verte en mi casa con ese ardiente celo de la guarda de mi ley, que en los días siguientes dispondrá mi omnipotencia que llueva de noche y que los días amanezcan serenos y exentos de agua para que puedas ir y volver de mi iglesia.

Comunicó la sierva de Dios esta noticia y amorosa respuesta de su Dios al insinuado confesor y, observó este con no menos cuidado que admiración que no llovía de día, continuándose por mucho tiempo las aguas de noche, tan fuertes y abundantes que parecía que eran enviadas del cielo para lavar las calles y dejarlas limpias del lodo y de todas las demás inmundicias, porque no careciese su sierva de la dulzura y gustoso

deleite que experimentaba en la exactísima observancia de los preceptos de Dios y de su santa Iglesia.

No prueba menos el cristiano celo de la observancia de la ley de Cristo que vivía ardiente y fervoroso en el pecho de Catarina lo que la sucedió en los últimos años de su cansada, trabajada y bien arrastrada ancianidad, en que viéndola tan débil un caritativo eclesiástico y religioso afecto suyo, tomó por su cuenta y anual empleo de su encendida caridad pedir a los señores de la más ilustre y principal parroquia de esta muy noble ciudad, a quienes pertenecía esta mansa, humilde y escogidísima oveja, permiso y licencia para que la sierva de Dios cumpliese con la santa Iglesia y su precepto de la anual comunión en el templo más cercano a su casa. Pero aunque la conseguía todos los años, representando suficientes y justas causas entregaba a Catarina por escrito la licencia y voluntad expresa de su propio párroco, nunca usó de ella porque nunca gustó de interpretaciones y dispensaciones en la guarda de la ley, cuya observancia tanto es más meritoria y agradable a Dios cuanto es más puntual y costosa. Aprendan de esta exacta obediencia de la sierva de Dios la perfecta y debida observancia a los mandamientos de Dios y de su santa Iglesia, las personas que por gravedad, comodidad y afectado recogimiento buscan favor, causas y aun pretextos fingidos o imaginados para singularizarse entre los cristianos en ser menos fieles en la guarda de la ley de Cristo.

## III

*Prosigue la misma materia, y perfecta resignación en el divino querer*

Mostró Catarina ser buena cristiana, vigilante esposa y verdadera amadora de Jesús en guardar perfectamente los mandamientos del supremo legislador, que dijo por sus evangelistas que la guarda de su ley era prueba real de nuestro fino y verdadero amor, y la única puerta para entrar en su reino y celestial corte. Por estas señas podemos calificar a nuestra recomendada Catarina de fina amante de Cristo y de gloriosa ya en la triunfante Iglesia cuya felicidad se nos propone por eterna corona, si guardáremos todos los justos y santos preceptos de la ley que profesamos, como lo observó esta sierva de Dios, sin atender a si lo mandado era áspero o suave; si era conforme o contrario a su natural inclinación; si se lo mandaban con blandas y cariñosas palabras o desabridos y des-

deñosos semblantes. Toda su desvelada atención se ordenaba y reducía a saber y entender cuál fuese la voluntad de su Dios con quien estaba conforme y unida perfectamente para no apartarse de su único amado, ni de su santísima voluntad. No pudiera, yo explicar mejor ni bastantemente esta conformidad y debida resignación en el divino querer si no es valiéndome de los símiles y comparaciones de que usaba la sierva de Dios para declarar los ecretos de su conciencia y del dichoso estado de su inocente y purísima alma.

«Yo me hallo», decía Catarina, «en presencia del Señor, y de mis confesores como una perrita que está a la mesa de su dueño». Quería decir que con la humilde lealtad que un perro asiste a la mesa de su señor, que de cualquier suerte que le arrojen la comida la recibe de buena gana, ahora le den carne, ahora hueso, ahora le tiren el pan en mucha abundancia o en poca, duro o tierno, entero o partido, todo lo recibe con alegre semblante y lo come con mucho gusto, así, la sierva de Dios, como leal y humilde perrita, todo cuanto le venía de la soberana mano de su creador lo recibía con semblante muy apacible: el favor, el desdén, el azote, el regalo, la pena, la gloria, la blandura y la aspereza. Y por esta indiferencia y resignación en la voluntad de su Señor, alcanzaba de su Majestad todo cuanto deseaba y pretendía, así como la otra piadosa mujer que a Cristo pedía la salud de su endemoniada hija, a quien respondió al parecer extrañamente acedo[318] el Señor, dándola nombre de perro —porque, como advirtió san Pedro Crisólogo[319] iba en ella catequizando, y enseñando con la aspereza de los rigores a los que habían de profesar ser siervos suyos— y ella consintió en el título diciendo que pasaba por el nombre que la daba su dueño, y que como perrita pretendía sustentarse de las migajuelas que se caían de la mesa de los hijos y que suelen ser el sustento de los perros, y por esto que dijo e hizo esta humilde mujer, dice san Marcos[320], que consiguió todo lo que pretendía, mereciendo oír de la boca del divino maestro aquellas benignas palabras: «por eso que has dicho, ve, que ya el demonio ha dejado a tu hija», para enseñarnos a todos cuánto gusto tendrá que nos vistamos de humilde lealtad para andar en presencia suya y conformarnos con su santísima voluntad.

318 *acedo*: ácido, áspero. Episodio de la cananea en *Mateo*, 15, 21-28.
319 *Sermo de muliere cananea.*
320 *San Marcos*, 7, 26.

De aquí nacía en Catarina aquel continuo ejercicio de resignación y conformidad con la voluntad de Dios, perseverando sin cesar su corazón y lengua en actos virtuosos pertenecientes a esta celestial virtud, diciendo a su creador: «Hágase, Señor, en la tierra de mi corazón tu santísima voluntad como hace en el cielo», y con esta verdadera y perfecta unión de su voluntad con el divino querer se deleitaba y entretenía sabrosa y gustosa en el ejercicio de todas las demás virtudes, sirviendo y amando a su Dios en lo próspero y en lo adverso, rindiéndole infinitas gracias por lo dulce de los favores y lo amargo de los desdenes, alabándole y glorificándole con igual y alegre semblante, ya la levantase a lo más alto de las estrellas, ya la abatiese a lo más profundo de los abismos, ya la tratase con lo suave de la blandura, ya la ejercitase con lo más riguroso de las enfermedades y lo más tempestuoso de las calamidades, porque todo su fin, sus anhelos y ansiosos deseos se ordenaban a ejecutar la divina voluntad. Y de aquí le nacía también aquel puro, desinteresado y agradecido amor con que respetaba y amaba a sus confesores en Dios, para Dios y por Dios, por que como ella decía:

> Estos son los que me encaminan y guían, refrenan y me enseñan con seguridad cuál sea la voluntad de mi amado y cómo quiere su Majestad que le sirva y que le ame.

Estas señas nos dejó la sierva de Dios para que conociésemos la bondad de su espíritu e imitásemos la verdadera cristiandad de su santa vida.

De aquí nace que por falta de estas mismas señas, no alabamos ni alabaremos en tiempo alguno aquellos espíritus que con las sequedades, trabajos y penalidades que Dios les envía se deshacen, se consumen y cesan en el divino servicio cuando debían darle infinitas gracias, pues le ordena y dispone todo para honra y gloria suya y bien de sus criaturas. Pero aún peores parecen los otros amadores de sí mismos, que con los favores y regalos del mismo Señor abren puerta en su corazón al desvanecimiento[321], se engríen, se hacen intratables y aun insufribles a Dios y a los hombres por su vana soberbia. Malas propiedades son estas para el terreno de corazones que se dedican a servir y amar a su creador, pues con la demasiada abundancia de la prosperidad hace lodos y pantanos que los detienen y, con la sequedad se resuelven en vano y vago polvo que los ahoga, hace inconstantes y priva de la firme lealtad que deben

[321] *desvanecimiento*: presunción, vanidad.

profesar como buenos cristianos y fieles siervos de Dios. El espíritu de Catarina nos puede servir de ejemplar para saber amar y servir a nuestro Dios y Señor, pues amó con tal fineza y lealtad a su soberano dueño que no admitió tibiezas en la puntualidad de sus obligaciones porque se le representase desdeñoso el semblante de su Señor, ni dio entrada al desvanecimiento por lo apacible de su rostro. En cualquier estado que la ponía, en cualquier ministerio que le entregaba lo ejercía gustosa y admitía risueña con el mismo semblante e igual rostro recibía lo prospero, que lo adverso, lo amargo, que lo dulce y apetecible. Cuando Dios la levantaba, y colocaba en lo encumbrado de la prosperidad se portaba tan quieta y tan humilde como si la abatiera a lo más profundo de las adversidades, si la anegaba en los más hondos abismos de los temporales infortunios no se desesperaba, no perdía el ánimo y la confianza; porque en medio de esas procelosas[322] tempestades y temporales tormentosos, más parecía norte que nave, permaneciendo sosegada y en tanta tranquilidad que se echaba de ver estar Dios en ella y ella estrechamente unida con Dios.

De la misma metáfora y comparación de la nave se valía Catarina para explicar su indiferencia y perfecta resignación en la divina voluntad, diciendo muchas veces a sus confesores:

> Está mi corazón alterado como un navío en medio de las olas y tempestades del mar, combatido de contrarios fuertes vientos pero siempre afirmando que teme y reverencia a Dios, clamando y pidiendo misericordia para que se haga en mi alma la divina voluntad.

Semejante resignación notó Teodoreto[323] en el profeta Jonás, cuando preguntado de los marineros y pilotos, que a qué Dios servía, para aplacarle con ruegos y moverle con lágrimas a refrenar el colérico y tempestuoso elemento, respondió: «Yo con temor y temblor venero, reverencio al Dios que reside en lo alto del cielo, el cual es supremo opífice[324] del mar y de la tierra»[325]. Sobre las cuales palabras dice el ya citado autor:

[322] *procelosas*: tempestuosas.

[323] Teodoreto de Ciro (393-458) fue obispo de Ciro y el último teólogo destacado de la escuela de Antioquía. Escribió un *Comentario sobre Jonás*.

[324] *opífice*: autor.

[325] *Jonás*, 1, 9.

> ¿No advertís cómo aun en medio de las olas, tormentoso temporal, el que está sentenciado a muerte, no cesa de alabar el poderoso brazo del Señor por hacedor y causa de todo lo criado?»

Pues saquemos de aquí cómo por ningún caso ni suceso hemos de dejar de servir y alabar a Dios; en medio de las mayores olas y tempestades le hemos de agradar y engrandecer, y cuando más nos regale con favores, no nos hemos de ensoberbecer, imitando a esta sierva de Dios, que arrojando de sí todo amor propio, se juzgaba como una nave combatida de contrarios y violentos vientos surcando el piélago[326] tempestuoso de esta mortal vida, con la vista siempre fija en la aguja de marear[327] de la ley divina y de los consejos evangélicos y con la subordinación del timón de la razón y el farol del entendimiento al dictamen y parecer de sus confesores, fieles intérpretes de la divina voluntad y vicarios de Jesucristo. Con la perfecta resignación de su voluntad en estos sabios y experimentados pilotos se arrojó al mar y se entregó a las olas de la peligrosa navegación de esta miserable vida, determinada a servir y agradar en todo y por todo a Dios, sin otro fin ni interés, que conformarse con el divino querer.

Aún más usaba la sierva de Dios para explicarse de la comparación de una tabla limpia y rasa expuesta a la voluntad del soberano pincel, diciendo:

> Está mi corazón como una tabla en blanco, pronta la voluntad de su pintor para que imprima, dibuje o bosqueje, delinee y pinte en mí cuanto quisiere el Señor, sujeta en todo a la libertad de sus pinceles, deseando y proponiendo por instantes no retroceder de su gusto ni exceder en la más mínima cosa de su divino querer, ahora pinte las glorias de sus favores y regalos, que yo las recibiré humilde y abrazaré rendida; ahora pinte las penas de un purgatorio de azotes y rigores, que para mí todo será gusto, consuelo y gloria; ahora pinte los ardores eternos y crueles martirios del infierno, que en medio de estos lloraré y confesaré mi maldad y alabaré y engrandeceré su santa y recta justicia porque no reina en mi alma otro afecto que el de hacer la voluntad de mi amado y no ofenderle.

326 *piélago*: «parte del mar que dista mucho de la tierra» (DRAE).
327 *aguja de marear*: brújula.

Y esto significaba aquel práctico ejercicio de amar a Dios, continuado hasta el último instante de su vida, expresado con tiernas y fervorosas voces diciendo:

> Hágase en mí la voluntad de Dios como se hace en el cielo. Como yo no me aparte de mi querido amante vengan penas, trabajos, tormentos y pelee contra mí todo el infierno; como el Señor esté conmigo vamos donde quisiere que segura estaré entre los ejércitos de demonios, porque no tienen poder para impedir la voluntad de su creador y mi redentor.

Toda la vida de esta sierva de Dios está llena de estos generosos afectos y testimonios de esta verdad. Pondré aquí un solo caso y muy suficiente para que conste claramente con las veras que prorrumpía en estos heroicos afectos.

Permitía el Señor muchas veces para mayor merecimiento de su sierva y confusión del infierno, que los ejércitos precitos[328] pusiesen en prisiones de oscuridad y martirios a esta su querida esposa, pretendiendo persuadirla que ya era suya, que se la había entregado el justo juez de vivos y muertos, que estaba ya condenada a las mazmorras eternas para servir, sufrir y obedecer a su príncipe Lucifer. Les respondía:

> No os creo, porque sois autores de la mentira y enemigos de la verdad, pero si fuere esa la voluntad de Dios pronta estoy a ejecutarla gustosa porque no suspira ni anhela mi corazón otra cosa que el que se haga su santísimo querer en la tierra, en el purgatorio y en el infierno, como en el cielo. Y así, si quiere enviarme a vuestro cautiverio, allá le tengo de alabar y glorificar y le he de rogar que os obligue a engrandecer y ensalzar su infinito poder y recta justicia.

Con esta respuesta de tan perfecta resignación se enfurecían los demonios y pretendían con crueles martirios consumirla y, en una de estas ocasiones le embistieron con tan rabioso coraje, que asiéndola unos con sus uñas de bestias fieras y otros con garfios de hierro la llevaban arrastrando a su tenebroso centro con gran algazara y confusión de voces que ostentaban un fingido triunfo de haber conquistado a esta alma tan escogida y favorecida de su creador. En esta terrible tribulación y

328 *precitos*: condenados, diabólicos.

diabólico rapto, levantó la voz, mirándole Catarina, bañada en sangre y echa un san Lázaro de llagas y dolores, dijo a sus enemigos:

> Esperad, aguardad, no me llevéis soberbios y vanamente presumidos, sin ponerme delante del justo juez, mi amado y fino amante y de su santísima madre, que si fuere esa su voluntad y os dieren licencia para arrebatarme, yo os seguiré gozosa de que hago la voluntad de Dios hasta en los infiernos.

En esta altercación de los demonios, que obstinados la arrebataban, y del alma que deseaba saber la voluntad de Dios para ejecutarla, se halló en el tribunal de la divina justicia, donde vio a su querido Jesús con representaciones de justo juez y a María Santísima con apariencias de benignidad y con demonstraciones de madre de piedad y clemencia. Y preguntándola el Señor desde su majestuoso trono que qué había hecho para que la maltratasen los infernales espíritus, respondió:

> Señor, yo no he hecho cosa buena, pero tú me compraste con tu preciosísima sangre y esta Señora que está a tu lado dice que es mi madre y si el valor de tu santísima sangre y la intercesión de esta soberana reina, que está presente no me valen, no tengo que alegar, ni fundamento en que estribe mi confiada esperanza. Y así, si mandas que me lleven a su cautiverio los ministros de tu justicia hágase en mí tu santísima voluntad, con tal que yo te alabe y no te ofenda.

Le dijo entonces el Señor: «No temas hija, que estás debajo de mi protección, y no hay quien pueda apartarte de mí, porque no hay poder contra mi poder». A esta voz se desaparecieron los enemigos soberbios, y nos podemos persuadir que se arrojarían precipitados a la oscuridad tenebrosa de su abatido centro, como en su primera caída, al entonar el glorioso arcángel san Miguel, aquella poderosísima palabra: «¿Quién como Dios?, que en su efecto pareció más trueno desatado de una nube preñada de la ira de Dios, más rayo abortado de su airada y divina justicia, que palabra despedida de una boca angélica. Catarina se halló libre, agradecida y hundida en el abismo de su nada y le pareció que se guarecía debajo de las sillas del imperial y majestuoso trono donde quedaba asegurada por la protección del Altísimo e intercesión de su santísima madre que la libraban y habían de librar de todos sus enemigos.

## CAPÍTULO IX
## DE SU PERFECTA OBEDIENCIA A LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS Y CÓMO SE SUBORDINABA EN LAS ASPIRACIONES DEL CIELO Y EN LA FRECUENCIA DE SUS COMUNIONES AL PARECER DEL PADRE ESPIRITUAL

### I

*De la ciega y discreta obediencia con que se subordinaba al parecer de sus confesores en todas las cosas y con especialidad en las inspiraciones del cielo*

Con el mismo desvelo y vigilancia que guardaba esta sierva del Señor los preceptos de la ley atendía a guardar los consejos evangélicos, y como en el concepto de su humildad se tenía por tan ignorante, desconfiando de sí y deseosa de hacer en todo la voluntad de Dios, subordinaba a la dirección del confesor que la gobernaba el dictamen de la razón y la inteligencia de las inspiraciones del cielo, con tanta abnegación de su voluntad propia que se prevenía con el parecer de su padre espiritual aun para ejercitarse en las cosas de religión, caridad y mortificación, y así no daba paso sin su parecer a visitar enfermos, oír misas, rezar, ir por las iglesias a ganar júbilos e indulgencias, y finalmente para todas las demás obras de virtud y penitencia siempre se armaba con el mérito y seguridad de la obediencia a sus confesores, con cuyos preceptos y consejos quedaba sosegada en sus dudas y temores y caminaba segura en el ejercicio de sus obras, cierta de que en todas hacía la voluntad de Dios y no la suya. Efecto de esta determinación era aquella constante perseverancia con que hasta los últimos días de su vida no abrió ni respondió a papel ni carta sin licencia expresa de sus confesores, a los cuales se las enviaba cerradas y respondía por su mano o con sus mismas palabras. Con esta misma resignación y subordinación comía, vestía, gastaba y recibía cuanto ganaba y cuanto la ofrecían sus bienhechores en el tiempo de su ancianidad, en que impedida y baldada por sus achaques, vivía a la providencia, resistiéndose humilde con decir que pediría licencia y ejecutaría lo que la ordenase su confesor.

Del amor a esta virtud nacía el no visitar ni permitir ser visitada de ningún estado o calidad de personas y aquella tan humilde como valiente resolución conque remitía a sus confesores todos los que llegaban a pedirla oraciones, consejo o alguna agencia de negocios, diciéndoles:

> Yo no tengo otro juicio ni voluntad que la del maestro que me gobierna, ni doy paso ni hablo sin su dirección; acudan vuestras mercedes a él, infórmenle, que yo ni aun eso sabré hacer, y ejecutaré lo que su reverencia me mandare.

Finalmente todo el nivel de la prudencia, el compás de la dirección, y el reloj de la voluntad de Catarina era el dictamen del confesor en cosas tan menudas que puede ser ejemplar en la vida religiosa a los más perfectos y freno de discreción a los que en el camino del cielo quieren ser superiores de sí mismos dando a su propia voluntad el primer lugar en todas las obras de virtud y haciéndose jueces de sus acciones. Esta sierva del Señor, desde su niñez, en las cosas que pertenecían a su alma se gobernó por el consejo y dirección de los confesores y en las ocupaciones caseras por la voluntad de sus señores padrinos y marido en el estado de esclava y casada. Pero en su viudez en todo lo temporal y espiritual miraba como superior y como padre al ministro de Dios que la gobernaba. Por su dictamen regulaba sus obras y palabras, él era la mano del reloj que le señalaba las horas y las ocupaciones y ejercicios de su interior y exterior vida, dejándose en sus manos y a su voluntad y juicio, obedeciendo a Dios en sus ministros sin inclinarse más a una parte que a otra, porque andaba igualmente dispuesta y prevenida para todas las cosas que la podían mandar, no inquiriendo causas ni razones de lo que le era mandado, porque, persuadida que la voz del confesor que la gobernaba era la de su Dios, no buscaba otro motivo su exacta obediencia que el saber si era o no dictamen y voluntad de su padre espiritual para poner en ejecución todos sus pensamientos. En esta indiferencia y resignación la confirmaba por instantes la eterna sabiduría porque andando Catarina en uno como continuo ejercicio y recurso a la suprema Majestad, diciendo lo del apóstol: «Señor, ¿qué queréis que haga para agradaros?»[329], la respondía: «Obedece hija a mis ministros,

[329] Pregunta de san Pablo a Dios: «Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer» (ver *Hechos*, 9, 3-6)

que el que los oye y obedece, a mí me obedece y da gusto». Con estas repetidas inspiraciones del cielo acudía en todas las dudas, temores y dificultades a consultar y saber cuál fuese la voluntad de Dios de la boca de su confesor que la dirigía, como lo hacía el pueblo de Israel en sus dudas, cuando decía: «Vamos a preguntar Moisés, quien es el que ve y entiende la voluntad de Dios, para que nos la declare».

Este frecuente recurso a sus padres espirituales en todas las ocasiones que se hallaba temerosa o atribulada, manifestó Dios con multiplicadas visiones, regalos y revelaciones cuánto le agradaba por la desconfianza propia y el rendimiento resignado a sus confesores. Dentro de la octava de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora[330], andaba toda esta ciudad de los Ángeles alborotada, como acostumbra todos los años, ostentando su devoción con las magníficas fiestas y tan ostentativos festejos, que sin encarecimiento, se pueden comparar e igualar con los regocijos más graves y solemnes que se ven y pueden desear en las más augustas cortes para la coronación de los mayores príncipes de la tierra, y en la aclamación de los reyes y cortesanos del cielo, se halló sin confesor con quien comunicar los secretos de su conciencia, por haberse pasado su ordinario confesor al Colegio de san Ildefonso de la Compañía de Jesús, muy distante de su casa y del Colegio del Espíritu Santo de la misma Compañía, que era como su parroquia, y siendo así que por su ancianidad estaba tan corta de vista que apenas distinguía los bultos de las personas que se le acercaban, y tan dolorida y desflaquecida que con dificultad atravesaba una calle para pasar desde su casa a la iglesia, se determinó a ir a ver a su confesor en un día de muchas aguas y lodo, venciendo solo por oír su voz multiplicados imposibles y mostró Dios agradarse de esta resolución dándola alientos y fuerzas para atravesar de Oriente a Poniente toda la ciudad, y llegar al término deseado sin avería y sin descansar en el camino, y diciéndola el confesor que cómo se había arrojado a tantos riesgos le respondió:

> No te admires, padre y señor mío, que lo que mucho vale bien es que cueste mucho. No sabré yo explicar el consuelo y fortaleza que recibe mi

[330] Sobre el dogma de la Inmaculada Concepción y los debates y devociones correspondientes queda nota en el libro I, con referencias a los diferentes pronunciamientos del Magisterio sobre la Inmaculada Concepción en Denzinger, 734, 792, 1073, 1100, 1641... especialmente la definición de Pío IX en la bula *Inneffabilis Deus* (del 8 de diciembre de 1854).

> alma solo con oír tu voz y atender a tus palabras, aun el cuerpo resucita y recobra sus juveniles alientos, pues desde que entré en el templo se me ha aclarado la vista de manera que te veo con claridad y reconozco con distinción todo lo que hay en los altares y en toda la iglesia. Y no es esta la primera que el Señor me paga luego de contado el buscarte, porque en otras muchas ocasiones que he tomado esta resolución, invocando a los santos mis devotos y a la emperatriz de los cielos, he ido y vuelto del templo sin mojarme ni enlodarme, estando actualmente lloviendo y no experimento estas beneficencias celestes cuando voy a otras partes, aunque me lleve el fin de la caridad y el motivo de la misericordia. Pues como ya te lo he referido muchas veces todo lo que hago por tu obediencia y parecer me sale bien y me da a entender el Señor lo mucho que le agrado en seguir tus consejos y me castiga cualquier paso que doy si no va encaminado por tu dirección y obediencia.

En prueba de esta verdad tenía muy en su memoria y lo contaba repetidas veces a sus confesores que en una ocasión que arrebatada de impulso de la caridad y deseo de socorrer a unos pobres se fue a la casa de un bienhechor suyo con esperanzas de volver con alguna limosna que darles, se volvió a su casa con las manos vacías y llena de espinas su conciencia, y levantando al cielo los ojos en esta turbación la mostraron una madeja de seda blanca y muy lucida, pero tan enmarañada que mandándosela desenredar no acertaba y en castigo la dieron en los pies muchos y muy buenos azotes. Con el dolor creció la turbación, si bien no entendió el misterio hasta que queriendo dar cuenta al confesor de lo que había hecho y de los pasos que había dado sin su licencia, se halló embarazada para explicarse, pareciéndola que paliaba con el motivo de caridad la falta de lo que había obrado sin licencia. Y en esta aflicción le explicaron la visión de la madeja enmarañada diciéndola que en la blancura de la seda enredada la daban a entender la limpieza de su conciencia e intención embarazada para declararse con el confesor en los azotes el castigo que merecían los pasos que dio sin licencia. Y toda la visión fue prueba y argumento de cuán a su cargo había tomado el cielo la dirección y magisterio de esta esposa querida y escogida del príncipe de la gloria, asegurando toda la hermosura de su perfección en una entera y perfecta obediencia a sus confesores, que son los intérpretes inmediatos de la divina ley para las almas que gobiernan y, Dios les encarga. No pierdan de vista esta doctrina las personas espirituales que con capa de

caridad y pretexto de religión se introducen a ser demanderas[331] y recogedoras de derramas[332] piadosas con el título de madres, mayordomas[333] o prefectas de congregaciones y cofradías, haciendo granjería[334] de sus oficios y adviertan que si las lleva a ellos la intención con que va el tratante codicioso a la feria se hallarán con las conciencias enmarañadas en la hora de la muerte a que se sigue una rigorosa residencia[335] en el día de la universal cuenta[336].

En las inspiraciones y avisos que la daba Dios por sí y por sus santos resplandecía también en Catarina esta piadosa virtud porque asegurada que era voluntad de Dios que los hombres se gobernasen por los hombres, no ejecutaba las iluminaciones angélicas y divinas sin la aprobación de sus confesores. Llena está la historia de toda su vida de maravillosos ejemplos y pruebas de esta verdad, en que cuando más cerca de celestiales luces y encarcelada entre lustrosos resplandores celestes, aspiraba a las instrucciones e ilustraciones del que Dios le había dado por guía, maestro y director, como el apóstol san Pablo, a quien no dio el Señor por bastantemente ilustrado para vaso de elección[337] y acérrimo defensor de la fe, hasta que fuese instruido y catequizado de Ananías[338], sacerdote y discípulo del Señor, señalado del Altísimo por su maestro. ¡Oh cuántas veces con deseo de adelantarla intentaron las virtudes angélicas la perfecta obediencia de esta sierva de Dios, exhortándola, y aun provocándola con el cebo de la salvación de las almas y con el motivo para ella más inestimable, que era el del agrado y voluntad de su Dios! Pero por más empeñados que se mostraban los ángeles, nunca pudieron hacerla dar paso adelante sin el consentimiento y parecer de su padre espiritual. Pongamos aquí algunos casos particulares y no fiemos el testimonio de esta verdad de los muchos ejemplos que van esparcidos por toda la historia. Se halló en una ocasión enferma, traspasada de dolores

331 *demandaderas*: solicitadoras de limosa, es decir, que se atribuyen potestad de pedir.

332 *derrama*: contribución, aportación.

333 *mayordomas*: encargadas en una cofradía o congregación para ocuparse de los gastos y organización de actividades.

334 *granjería*: negocio, beneficio.

335 *residencia*: juicio que se hacia a un gobernante al dejar su cargo, para examinar si lo había desempeñado correctamente.

336 *universal cuenta*: juicio final.

337 *vaso de elección*: persona escogida por Dios para una misión.

338 *Ananías*: ver el cap. 9 de los *Hechos de los Apóstoles*.

y rodeada de innumerables almas del purgatorio y de los pecadores de esta miserable vida que le hacían presentes los celestiales paraninfos para que rogase y ofreciese por ellos sus oraciones y martirios. Lo ejecutaba Catarina con tanto fervor y provecho de los necesitados que envidioso el infierno concurrió enfurecido a impedir sus devotos clamores y eficaces oraciones, quebrantándola, moliéndola, sofocándola y procurando embarazar con todas sus agigantadas fuerzas las peticiones y rezados de esta esclarecida virgen, pero cuanto era mayor la oposición y combate de los enemigos rebeldes, se aumentaba más la gracia y resplandecía el divino poder en la esforzada valentía del alma y no cesaba de rezar y clamorear, ya con la boca, ya con el corazón, ya con la lengua del espíritu que conservaba Dios en tanto mayor libertad, cuanto eran más fuertes las prisiones en que ponía el infierno su delicado cuerpo. En esta sangrienta lucha, los que la asistían la veían batallar con agonías de muerte, ignorantes de la causa de tan violento conflicto y así llamaron al primer confesor que hallaron y advirtiendo este que Catarina tenía asido el rosario, como que la servía de defensa y que todo el anhelo del alma en medio de una total turbación de sentidos, era por rezar y hablar con Dios y sus santos, la mandó que no rezara, persuadiéndose que toda la batalla nacía de la debilidad que padecía la cabeza de adonde resultaba aquel delirio de su espíritu. Tomó el orden la enferma tan a la letra y tan a ciegas, que instándola los ángeles a que prosiguiese la batalla para bien de los pecadores que estaban en gran peligro de condenarse y que no la obligaba esta obediencia, pues no era ordenada de su propio confesor respondía Catarina:

> Yo no sé en estas circunstancias lo que sentirá mi confesor, el que está presente es ministro de Dios, es su voz, es su vicario, ese me manda que no rece ni hable con su Majestad y así, no he de hablar, pedir, ni rezar.

La tentaban también los demonios astutos, no por probarla como los buenos ángeles sino por conseguir su depravado fin, de que faltase a la obediencia mostrándosele como triunfales y llenos de su vanagloria, para que entendiese que estaban vencedores y que había sido traza y astucia suya el que la mandase el confesor casual e interino dejar el rezado. A estos respondía: «Idos de ahí malditos, que yo no he dejado el recado por nosotros, ni por vosotros he de volver a rezar». El cuchillo de dolor que más traspasaba su alma eran las ánimas benditas, que llenas

de aflicción y con representaciones de implacable llanto se le ponían a la vista de rodillas y enclavijadas las manos, pidiéndola con ternuras y lástimas que rezase y pidiese a Dios por ellas. Pero no la pudieron sacar un padrenuestro o una oración del santo sudario[339] ni una sola avemaría, siendo así que en aquella misma ocasión concurrió el tiempo de tocarse todas las campanas de la ciudad para que todos rezasen las avemarías[340]. Quien conoció el tiernísimo corazón de Catarina y su ardentísima caridad calificará esta acción no solo de obediencia ciega, sino de mortificación excesiva. En este conflicto y terrible lucha vino el confesor ordinario que tenía experiencia y conocimiento de estas ocultas e interiores batallas y considerando a la enferma más crucificada con la insinuada obediencia que con todas las penas del infierno, para que respirase su ahogado espíritu, la mandó y ayudó a rezar, pedir y clamar por el mundo y purgatorio quebrantando con las oraciones de los exorcismos de la Iglesia a las violentas y soberbias potestades del infierno, que confusas y avergonzadas se retiraron y dieron lugar a más no poder para que el cuerpo de la sierva de Dios recobrase sus fuerzas, y su espíritu soberanas ilustraciones y visitaciones en que la manifestó la suma sapiencia el copioso fruto de su caridad, paciencia y ciega obediencia.

## II

### *Prosigue la misma materia y con más particularidad de la subordinación a sus padres espirituales en la frecuencia de los sacramentos*

En otra ocasión en que, estando enferma, se halló con ardientes deseos de comulgar, correspondió el divino Espíritu a las ansias de su encendido amor, arrebatándola y colocándola en la imperial basílica de la gloria donde los mismos cortesanos celestes la cantaron una solemne misa a que asistió Catarina bañada de gozos y celestiales alegrías. La convidaron en esta solemnidad con la sagrada comunión los espíritus angélicos, diciendo que se acercase al altar donde se celebraba para recibir a

339 *oración del santo sudario*: oración especial para sacar almas del purgatorio: una versión: «Señor Dios que nos dejaste la señal de tu Pasión la Sábana santa, en la cual fue envuelto tu cuerpo santísimo, cuando por José fuisteis bajado de la cruz, concédenos, oh piadosísimo Señor, que por tu muerte y sepulturas santas te hayas dignado llevar a tu siervo N a descansar en la gloria…».

340 Es decir, tocaron el ángelus.

su Señor y Esposo. Fue esta visión con tanta claridad y viveza de especies que persuadida la sierva de Dios la querían dar a Cristo sacramentado, se excusó y resistió a los ángeles diciéndoles: «No, señores, no puedo yo comulgar, aunque es grande mi deseo porque no tengo licencia de mi confesor para comulgar en este día». Otra vez se halló en la iglesia sin intención ni pensamiento de comulgar porque no era día de los señalados por su confesor para gozar de este favor y grande beneficio, pero la regaló Dios con tales y tantas visitaciones celestiales que, extática y embebecida con el suave néctar de las divinas beneficencias, salió de sí y, arrebatada de los eficaces impulsos del amor a su divino amante, se llegó a la sagrada mesa donde, sin saber lo que se hacía, recibió la sagrada comunión y se retiró a uno de los rincones de la iglesia como solía para dar las debidas gracias a su redentor. Estando en este devoto ejercicio la sobrevino la advertencia y conocimiento de que no era aquel día de comunión para ella y, asustada y llena de aflicción y amargura como si hubiera cometido un grande sacrilegio, se levantó de su asiento y arreándose a los pies del primer confesor que halló desocupado en el templo, derramando amargas lágrimas y esparciendo preciosos ungüentos de dolor y arrepentimiento como otra María Magdalena, dijo su imaginada culpa o su enajenamiento divino con que había comulgado sin licencia y precepto de su padre espiritual. El confesor con quien se encontró turbada, como no la conocía ni discernía la causa, en lugar de sosegarla y recibirla con suavidad y mansedumbre, se encandeció[341] y azoró[342] colérico porque no examinó la falta de libertad y malicia que había habido en esta acción o porque no tenía ciencia ni experiencia de semejantes arrobamientos o embelesamientos soberanos que suelen padecer las almas contemplativas en sus tribulaciones y sobrenaturales abstracciones, que quedando todo lo humano turbado y como embobado está la superior parte del alma muy despierta y unida con su creador. La dio el dicho confesor una fuerte reprehensión, revistiéndose de toda la severidad y rigor del apóstol[343] cuando hablando con los sacrílegos atrevidos les dice cualquiera que indignamente recibiere el pan de la sagrada eucaristía o bebiere indignamente la sangre del Señor se le hará el mismo cargo que si le quitara la vida, que así lo interpreta san Juan Crisóstomo y así lo ponderaba este celoso y rectísimo vicario de Cristo,

341 *encandeció*: irritó fuertemente.
342 *azoró*: irritó.
343 San Pablo, *I Corintios*, 11, 27.

añadiendo las siguientes palabras del mismo san Pablo: «Mire pues el hombre cómo come y bebe, porque cualquiera que indignamente bebe y come este divino cuerpo y preciosa sangre, se bebe y come su eterna condenación»[344]. Con estas rigorosas palabras la dio por penitencia que no comulgase en mucho tiempo, apartándola de sí, o dejándola tirada con desprecio, como si fuera un Lucifer rebelde, un Faraón obstinado y un Judas incorregible, o porque no nos apartemos del estilo de san Pablo, arrojó de sí este juez eclesiástico vestido todo de justicia y severidad a esta sierva de Dios como si se hubiera encontrado con un ánimo torpe y lascivo, avariento, idólatra o maldiciente, destemplado en la bebida o ladrón, de quienes manda el apóstol[345] que nos apartemos y que no nos sentemos con ellos a la mesa, por más que porfiadamente nos rueguen, porque no nos inficione el pestilente veneno de sus pegajosos vicios.

Cierto es que importa tal vez el rigor, aunque sea en el confesionario, que es tribunal de la misericordia y lugar de reconciliación, donde se establecen las paces y verdaderas amistades con Dios. Pero este rigor y saludable aspereza se ha de entender guardada su proporción y modo según los tiempos y ocasiones y, conforme a los naturales de las personas con quien se trata, porque representar un papel de un juez riguroso con palabras terribles y llenas de horrores y amenazas espantosas contra un alma purísima, tímida, rendida, pusilánime, y que vive una vida de amarguras y turbaciones, aun con la sombra de una culpa venial, más será aterrarla que alentarla, más descaminarla que guiarla, porque si no la desespera la exaspera y acobarda. Que es la doctrina en que se fundó aquel ilustrado varón, el padre Miguel Godínez de nuestra Compañía, para decir que el mal modo en los maestros y padres de espíritu suele ser la causa de que las almas no se fíen de ellos ni les den cuenta de su conciencia como deben ni aun les descubran sus llagas por no verse obligadas a sufrir la terribilidad de su sangrienta y rigorosa cura. Ponderе aquel piadoso lector cuán atribulado, turbado y traspasado de dolor quedaría el espíritu de esta esclarecida virgen, siendo su natural blando, suave, rendido y tan amante de su Dios que la parecieran dulces las penas del infierno, por no desagradar con la más leve culpa a su amado, con quien estaba estrechamente unida en fuertes lazos del divino amor y caridad perfecta, al verse apartar como excomulgada de este sacramento de los sacramentos, despreciada de un ministro y vicario de

[344] *I Corintios*, 11, 29.
[345] San Pablo, *I Corintios*, 5, 11.

su soberano amante, y mientras lo pondera y por haber de tocar este punto necesariamente otra vez en la historia, paso a escribir la virtud y prudencia con que se portó la venerable Catarina en esta tribulación y la rectitud y constancia con que observó esta áspera penitencia, que admitió humilde y resignada en la voluntad de Dios manifestada por su ministro todo el tiempo que estuvo ausente su propio confesor de la ciudad, el cual cuando volvió a ella la mandó continuar en la frecuencia de este divino sacramento.

Iba todos los días siguientes la sierva de Dios al templo hundida en el conocimiento propio de su indignidad y sepultada en el vil concepto que tenía de su ser, de su nada y de sus deméritos para ponerse en presencia de la inmensa y suprema Majestad, y al ver llegar los demás cristianos a la sagrada mesa decía a su Esposo y divino amante:

> No soy digna, Señor, de recibirte en mi pecho, porque mis culpas me tienen penitenciada y suspensa, para que no me atreva, de participar de los regalos de ese delicioso convite, pero toma este corazón ingrato, que te ofrezco en manos de tu santísima madre, para que te lo presente purificado de suerte que pueda servirte de comida y sustento.

En estos días vio muchas veces su corazón en manos de la Señora, que le estaba como lavando, purificando y hermoseando con lustrosos resplandores de gracia y, luego veía que hacía el niño Dios cariñoso la acción de recibirlo y guardarlo dentro de su costado, y al mismo tiempo le parecía a Catarina que se hallaba dentro del pecho de Cristo entretenida en apacibles y deleitables coloquios con su querido, pasando las horas enteras en esta amorosa conversación y oyendo la voz del divino Maestro, que la decía:

> No hay poder en el cielo ni en la tierra contra mi querer absoluto, y así gózate amada y esposa mía en el sagrario de mi pecho, que nadie te puede apartar de mí, ni desunir el estrecho lazo de nuestro recíproco amor, ni romper el hilo y corriente de mis liberales beneficencias.

En otras ocasiones correspondía el divino y verdadero amante a los ansiosos gemidos de su amada y cándida paloma llamándola desde la sagrada hostia y convidándola a comer el pan de los ángeles y a gozar de las delicias de la gloria con palabras llenas de amor y ternura, diciéndola:

> Ven hermana y querida esposa, date prisa, no te detengas, llega y recíbeme, que para eso me quedé con vosotros sacramentado, exhortándolos a frecuentar esta mesa, haciéndome panegirista de mí mismo, cuando dije[346] que mi carne es verdadero manjar y mi sangre verdadera bebida y que el que la comiere y bebiere quedará en mí y yo en él.

Con esta blandura y suavidad alentaba Cristo a su sierva para que no se retirase del altar ni abstuviese de la dulzura de su sagrado cuerpo y sangre, porque en cuanta vianda sobresubstancial de las almas y en cuanta cordial bebida de los corazones era todo vida eterna, unión, amor y claridad.

Pero Catarina se resistía a las suaves voces de su único amado, diciéndole:

> No, Señor, no soy digna, soy muy atrevida, no estoy dispuesta y tu ministro dice con autoridad de san Pablo que ese sagrado cuerpo y preciosa sangre es para los que la reciben con mala disposición cuchillo, muerte, juicio y condenación.

La instaba el divino Esposo con las palabras que dijo a la otra alma santa:

> Toda eres, oh, querida mía de pies a cabeza[347], hermosísima, y agradada, y en ti no hay fealdad ni mancha alguna, porque mirada a la luz clara y eterna de mis ojos, del chapín[348] al copete o del calzado al cabello no tienes parte que no solicite sabrosas admiraciones si se consideran con atención tus honestas y preciosas gracias.

Y descendiendo en particular a las amables perfecciones de esta querida esposa, engrandecía una por una y perfección por perfección las diez, que alabó el divino amante en la otra alma santa[349], que son los ojos, cabellos, dientes, labios y palabras, mejillas, cuello, uno y otro pecho, y todas las demás perfecciones interiores, que hacen escondida y misteriosa correspondencia con los Diez Mandamientos, dándola a entender que el alma que tiene estas diez perfecciones, esto es la guar-

346 *Juan*, 6, 55.
347 *Cantar de los cantares*, 4, 7.
348 *chapín*: un tipo de calzado alto, con suela de corcho.
349 Nueva referencia al *Cantar de los cantares*.

da perfecta de los Diez Mandamientos, se puede tener por dichosa y dispuesta para llegarse a la sagrada mesa, porque en faltándole una sola parte del cumplimiento de un solo mandamiento es como si viniere a faltar todo.

Era esta sierva de Dios observantísima de la ley de Cristo y aun de los consejos expresados o establecidos en la Católica Iglesia. Y como es uno de ellos que la mayor o menor frecuencia de este divino sacramento se haga con parecer de padre espiritual, docto y experimentado en el gobierno de las almas, Catarina se excusaba con el Señor, que es el verdadero maestro y que no puede errar, engañar, ni ser engañado, diciéndole: «No hay que tratar de esto, Dios mío, porque tu ministro me lo tiene prohibido y he de estar a su parecer, porque es tu voz, tu vicario e intérprete de tu voluntad y ley». A la humilde y prudente resolución de esta esclarecida virgen, respondía enamorada la omnipotencia:

> Obedece, hija, a mis ministros, que ellos me darán la razón y cuenta de lo que mandan y cómo lo mandan. Pero aunque a ti te enjaulen y pongan en prisiones para que no llegues a mi deliciosa mesa, mi amor es infinito e independiente de los juicios y pareceres de los hombres, que no pueden poner límites a mi poder, ni leyes a mi querer, y así ábreme las puertas de tu corazón, que es el asiento y trono electo de mi amor, para mis castos deleites y regalos.

Con estas voces del divino Esposo se encendía Catarina en vivos deseos de recibir a su señor y divino amante y le ofrecía el corazón y el alma para escabel de sus plantas, pidiendo la dispusiese antes de su venida con alguna parte de la gracia, que repartía a los sacerdotes y demás justos que le recibían, y entre estos afectos de amor más humilde que el polvo de la tierra, veía algunas veces que al dividir en partes el sacerdote la sagrada hostia, se apartaba una partícula y se venía a su pecho hambriento y sediento de la gracia de este santísimo sacramento. Otras veces veía que al dar los sacerdotes la comunión, se levantaba una de las formas del vaso de las comuniones y se venía a ella con su propia virtud y poder, o en manos de ángeles, iluminando el aire y llenando de dulzura su boca y garganta y de júbilos y gozos su abrasado y enamorado corazón. En otras ocasiones advertía que la forma se transformaba en un sol, estrella o hermosísimo niño coronado de flores y rosas con una palma o ramo u otro de los símbolos y jeroglíficos insinuados ya en el tratado de sus comuniones, en la mano, que significaban los triunfos del divino

amor y las singulares perfecciones de esta su querida esposa. En todos los días de esta prohibición recibió Catarina muchos y singulares favores y, pasado el tiempo de ella, premió el Señor su obediencia con prodigiosos beneficios y demonstraciones de su poderosa misericordia y no fue la menor el comunicársele muchas veces debajo de las dos especies —como lo dejo escrito en el capítulo doce del primero libro—, la cual maravilla comenzó y fue premio de esta perfecta y ciega obediencia con que la sierva de Dios se sujetaba en todo al parecer de sus confesores.

Esta obediencia ciega de Catarina era sabia, santa y cuerda: no era necia, como la de otras que quieren las mande el confesor lavarse el rostro todos los días o que ayunen y oigan misa cuando se lo tiene mandado la santa Iglesia Católica. No era esta sierva de Dios indiscreta como las que preciadas de recogidas y espirituales andan remudando confesores como paños calientes hasta encontrar con uno que las mande lo que desean para vivir acreditadas en el mundo sin perder el más mínimo desahogo del amor propio ni un solo punto de su estimación y mundana libertad. Entre ellas se pueden contar las que tienen por ignorante al confesor. Ponen en consulta si será justo obedecerle cuando las cercena las comuniones, las visitas, las recreaciones, las bufonerías y la cotidiana frecuencia a la iglesia sola, atropellando con la voluntad de sus padres y señores y con las obligaciones del estado que profesan. Esta prudentísima virgen obedecía con su sencillez y santa simplicidad tan a ciegas que nunca tuvo otros ojos su obediencia que los de Dios y los de sus ministros, a los cuales pertenece ver y examinar lo que mandan para que sea lícito, conveniente y provechoso. Por esto Catarina solía prevenir a sus confesores y guías, diciéndoles:

> Adviertan vuestras mercedes que tienen a su cargo una ignorante bestia y jumento que se ha de descargar en el tribunal de Dios el día de la cuenta con haber manifestado las llagas de su conciencia, y obedecido en todo y por todo a los padres de las ovejas de Jesucristo.

Pero aunque la obediencia de esta sierva de Dios era perfectamente ciega, no era errónea ni afectada sino prudente y muy santa, y así no obedecía donde se veía manifiesto error o culpa, como se experimentó en muchos casos que dejo escritos en los capítulos de su recato y recogimiento, y del modo con que dio el sí por obediencia para el matrimonio cuando estaba obligada a ser perpetuamente virgen, mas en lo que no era evidentemente malo ejecutaba todo lo que la mandaban los

confesores, anteponiendo su parecer a las ilustraciones angélicas y no dando paso aun para el cielo sin su dirección y consejo.

Es digno de ponderación y estimación lo que le sucedió repetidas veces en las visitaciones angélicas. Venían los ángeles a visitarla cuando estaba su delicado cuerpo tan lastimosamente dolorido que le sirviera de descanso la muerte, o cuando derretida de los castos amores de su divino amante, andaba como violenta en el mundo alambicando[350] el corazón por los ojos y desfogando con suspiros el incendio que la abrasaba y encendía la sed de verse eternamente unida como otro san Pablo con Cristo, correspondiendo como cierva herida a los suaves arpones de los divinos llamamientos que la convidaban con la fuente de la salud, de la vida y dulzuras eternas. La decían entonces: «¡Ea, Catarina!, vamos si quieres acompañarnos». Ella les preguntaba que adónde la querían llevar. Le respondían que al eterno descanso, porque traían licencia de su creador para llevarla, si ella quisiese. La sierva de Dios les decía:

> Pues ¿no saben vuestras mercedes que no tengo otro parecer, ni voluntad, que la de Dios manifestada por la boca de mi confesor? Vendrá este y se lo preguntaré y, si él dijere que sí, vamos en buena hora, pero si dijere que no, no hay que tratar de que caminemos porque ni la vida ni la muerte ni la gloria quiero fuera de obediencia.

Con este santo dictamen, cuando veía al confesor, con su inocente ingenuidad le preguntaba que, si gustaba se muriese para irse al cielo, por qué la convidaban los ángeles para las felicidades eternas… Y le respondía el confesor que no quería que se muriese, sino que padeciese mucho para merecer lo que vale mucho. Se volvía ella a los embajadores celestes y les decía en voz alta, que oía el confesor:

> ¿No veis, señores, que no quiere? ¿No percibís sus palabras? Pues decid a vuestro creador y mi redentor que no quiero morir ni irme ahora al cielo, porque su voz, su ministro y vicario, no quiere.

No pase el piadoso lector adelante sin meditar y ponderar el amor que tenía esta alma escogida de Dios a la obediencia de sus confesores, pues franqueándola el cielo su gloria para siempre en manos de ángeles con una dichosa muerte, no la tuvo por segura sin el dictamen de su

[350] *alambicando*: «destilando» (DRAE).

confesor ni la admitió por su voluntad, por no perder la seguridad y mérito de esta preciosa virtud acreditada de Cristo, que fue obediente hasta la muerte. Muchas almas habrá que se abstengan del gusto de un jarro de agua fría por el premio de una eterna felicidad, pero dejar y dilatar la posesión de una bienaventuranza solo por obedecer y estar en sujeción y al arbitrio y parecer de un hombre que está en lugar de Dios es argumento de una muy realzada prodigiosa obediencia, digna de colocarse entre las virtudes más heroicas y gloriosas que ilustran a los más grades santos.

# CAPÍTULO X
# DE LA LUZ QUE TUVO DEL CIELO Y DE LO QUE LA COSTÓ PRESERVAR EN LAS IGLESIAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

## I

*Cómo fue Dios con especialidad maestro de esta su querida esposa y varios modos con que se la comunicaba la divina luz*

Todo el magisterio y dirección espiritual de Catarina en el camino de la perfección, vino inmediatamente del cielo porque como nos lo asegura la gloriosa santa Teresa, hay pocos en el mundo que puedan ser padres espirituales de personas muy favorecidas de Dios, por ser muy delicado y sutil el lenguaje del Espíritu Santo y muy dificultosos de percibir y penetrar sus divinos impulsos y que por eso acostumbra la inmensa Sabiduría instruir a semejantes almas por sí misma, no fiando de otro su magisterio. Fue esta sierva del Altísimo objeto de la misericordiosa y benigna omnipotencia en que se ostentó el divino poder con admirables regalos y favores, fue un blanco escogidísimo de cristal bañado de la fuente resplandeciente de la divinidad y, herido de los refulgentes rayos de la verdadera luz y del Sol de Justicia Cristo, que por sí mismo, por su santísima madre, ángeles y santos la guiaba y defendía de todos los enemigos visibles e invisibles. Y por eso solía decir Catarina muchas veces:

> Cuando en mis dudas, batallas y temores imploro el auxilio de los ángeles, santos, bienaventurados y en especial los que fueron mis confesores, entre los cuales se me suele también hacer visible el ilustrísimo y reverendísimo señor don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de esta muy ilustre ciudad, me guían en mis dudas, consuelan y defienden en los más sangrientos conflictos y me entretienen con muy familiares y suaves conversaciones, pero los principales maestros son la Santísima Trinidad, Jesús y María.

Y por eso prorrumpía repetidas veces en estas palabras:

> Todos los cortesanos del cielo me favorecen, mas Jesús y María son mi luz, mi defensa, mi consuelo y mi guía, porque cuando caigo me levantan y cuando me olvido de sus beneficios me los recuerdan; ellos son los que me enseñan a dar gracias y ofrecer las obras, ellos me disponen para llegar a la sagrada mesa del altar, ellos me defienden y manifiestan las verdades que debo saber y obrar y, eso con tal magisterio que en un instante y en una sola palabra me descubren más secretos y misterios que pudieran en muchos años enseñarme los hombres.

Esta luz que la guiaba fue admirable y prodigiosa porque como ella decía, la visitaba Dios muchas veces con unos rayos de resplandor que pasaban como relámpagos, porque así como empezaban a resplandecer causaban en la naturaleza espantos, sustos y asombros, pero duraba tan poco su apariencia espantosa, que su fin parecía su principio porque arrebatando con una suave violencia las potencias del alma, se hallaba esta en el mar inmenso de la misericordia y divina bondad y en el océano de la universidad de las ciencias, de manera que al volver en sí deseosa de comunicar a sus confesores lo que había visto y oído, decía:

> Más hubo, más vi, pero pasó con tanta velocidad la luz que me alumbraba que no tengo memoria ni palabras para explicar las noticias que dejó impresas en el fondo del espíritu.

Otras veces la comunicaba la suprema Majestad este refulgente esplendor en forma de lucidos globos de luz, luceros o soles, que pasando junto a ella la manifestaban la limpieza y pureza de su alma, sosegándola en sus dudas y temores y la llevaba en pos de sí corriendo por el mundo, ilustrándolo todo y manifestándola el universo y todas sus criaturas para que pidiese y padeciese por todos los que vivían apartados de Dios.

En otras ocasiones, se hallaba bañada de esta luz inaccesible, tan permanente y tan crecida que penetrando y llenando su alma de los incendios del divino amor y eterna sabiduría, la obligaba a pedir socorro al mismo cielo que la favorecía, clamando al absoluto poder templase y moderase sus efectos, por no morir a la suave violencia de sus resplandecientes y soberanos esplendores. Otras veces venían las divinas ilustraciones con tal sutileza que no las percibía el alma sino en cuanto experimentaba sus efectos, porque se hallaba interiormente mudada y movida de varios afectos, ya de amor encendido y abrasador que la aseguraba de la presencia de su Dios, pues sin otro motivo o causa exterior

se hallaba en uno como pasmo de la grandeza inmensa de su creador, prorrumpiendo en alabanzas y bendiciones de su infinita bondad, misericordia y otros de los atributos del divino ser con dulces lágrimas de consolación y gustosas inflamaciones de su voluntad, determinada con eficacia a ejecutar en todo y por todo la divina ley, ya con afectuosas admiraciones, reconociendo en sí la omnipotencia e infinita sapiencia, por la manifestación clara de las cosas ocultas de su alma y de lo que pasaba y había de suceder en el mundo, con la cual vista quedaba absorta y fuera de sí, hablaba cosas prodigiosas que excedían a su corta capacidad y a toda humana ciencia, causando pasmos de admiración en los confesores que la comunicaban, a quienes no podía dar razón del modo con que la habían venido estas sobrenaturales noticias y soberanas ilustraciones. Y aunque la fuerza de esta luz y celestial visitación solía durar poco, quedaban en su entendimiento y voluntad las reliquias con que se disponía a nuevas luces y favores, andando como absorta y suspensa de la novedad y eficaces afectos que experimentaba. Cuando estos se entibiaban y comenzaban a enfriarse se daba por entendida de los retiros y ausencias de su redentor y, así volvía a clamar y suspirar por la posesión de todo su bien, conque su dichosa alma estaba en paz y quietud en gozo y luz sus potencias.

Estas visitaciones celestes eran ordinariamente tan intelectuales y espirituales en los conocimientos y noticias infusas que se comunicaban, que no hallaba ni le parecía podía haber en la tierra carácteres ni semejanzas para explicar las cosas que con toda claridad y certidumbre veía su ilustrado entendimiento, y así solía decir esta sierva de Dios:

> Muchas y grandes cosas he visto y entendido, pero no hallo con qué explicarlas, pues siendo así verdad que las está mirando mi espíritu con mayor fijeza y distinción que las que se ven con los ojos y se tocan con las manos, se halla en oscuridad y sin instrumentos para declararlas porque todas las voces, semejanzas y comparaciones terrenas son muy limitadas y desproporcionadas para manifestar lo que se me muestra en esa inaccesible luz, en que no hay nada de tierra ni cosa que se le parezca.

Y cuando se veía obligada en estas ocasiones a dar cuenta de lo interior de su conciencia a los confesores, valiéndose de voces, términos y símiles materiales se desmentía a sí misma en cada una de las palabras que articulaba, diciendo:

> No, no es así, no tiene que ver lo que he oído y visto con lo que digo, yo soy tan ruda que no acierto a decir lo que veo, lo que con toda claridad y certeza está en mi entendimiento.

Mas esto mismo que la servía de humillación era argumento de cuán superior y sublime era la luz que se le comunicaba de lo alto, porque como dice el Angélico Doctor, cuanto la luz que Dios comunica acá en la tierra a las almas es más espiritual y desnuda de formas, límites y semejanzas, tanto es más perfecta, porque participa más de la semejanza de la visión beatífica, por venir desnuda de imágenes de las cosas corpóreas y sensibles, por cuyo respecto apenas pueden los que son favorecidos con esta soberana luz manifestar los secretos y verdades, que entienden con claridad y conocen con certeza y así, aunque los vean con superior inteligencia para su aprovechamiento y consuelo para decirlas, las miran como escondidas y ocultas en aquella divina niebla en que se ve el abismo del ser incomprensible de Dios. Por esto solía decir Catarina que sabía muy bien los misterios, verdades y secretos que el Altísimo era servido de comunicarla, porque los veía en su centro y en una como cristalina fuente de luces, aunque la parecía imposible explicarlos. Así le sucedió a Moisés, cuando quedó tartamudo[351], después de haber hablado con Dios. Así, le sucedió al apóstol, cuando volviendo del cielo a la tierra le pareció imposible explicar ni decir lo que había visto y oído[352].

Lo mismo experimentó el santo rey David cuando no pudiendo explicar lo que había oído a Dios, dio la razón porque la luz fue tan superior y tan clara que no permitió nubes de semejanzas o símiles con que poder darse a entender.

Muchas veces experimentaba esta esclarecida virgen las divinas ilustraciones acompañadas de muchas y propias semejanzas, así de la Sagrada Escritura como de otras cosas sensibles y corpóreas, admirándose los confesores y ella misma de los términos y comparaciones, con que se hallaba para explicar las verdades, sentimientos e inaccesibles misterios que liberal la franqueaba el cielo, que es lo que prometió el Señor a la otra alma santa en sentir de san Bernardo, de otros santos y maestros de la perfección, para templar el excesivo resplandor de sus soberanas visitaciones con las semejanzas imaginarias y sensibles de las cosas inferiores, para que se aprovechase de ellas y sirviesen a la común enseñanza,

351 *Éxodo*, 4, 10.
352 San Pablo, *II Corintios*, 12, 4.

porque en aquel purísimo y lucidísimo rayo de verdad que se trasluce al alma viniendo envuelto en esta como nube de especies imaginarias y sensibles, por una parte se hace tolerable y le puede percibir aun en esta vida mortal y por otra parte se hace más capaz y dispone mejor el que le recibe con estos símiles, para manifestar las mismas verdades a otros, pues de otra manera no puede entenderse ni explicarse. De la grandeza de estas divinas luces y celestiales ilustraciones hablaré en su lugar, cuando trate de las visiones y revelaciones de esta esclarecidísima esposa de Jesús. Ahora aseguro que venían a su dichosa alma estas celestes visitas con muchos testimonios de verdad, porque causaban en ella varios efectos y todos muy propios de la penitencia de Dios, inclinándola a alabarlo, adorarlo y reverenciarlo con gran humildad y devoción y, obligándola no pocas veces a postrarse en tierra con extraordinario temor y temblor, como suele suceder en casos semejantes al modo que la voz del Eterno Padre derribó en el monte Tabor a los tres discípulos que fueron escogidos por testigos de su gloriosa Transfiguración[353], y al modo que la suave voz de Jesús dio en tierra con Saulo[354], mudándolo de perseguidor del cristianismo, en defensor del mismo Cristo y de su Iglesia. Estas señas traían las voces sensibles que oía Catarina en testimonio de que eran de Dios y sus ángeles y, juntamente experimentaba fuerzas superiores con que vencer todas las repugnancias y dificultades que la ponía el infierno, mundo y carne para que dejase el ejercicio de las virtudes y se apartase del camino de la perfección. Yo no acabo de entender ni conocer unos espíritus extravagantes, con quienes nos encontramos frecuentemente, que nos aseguran están hablando continuamente con Dios y Dios con ellos y, por otra parte experimentamos o se nos trasluce en sus obras y palabras un uso de soberbia o vana curiosidad saboreándole y haciendo alarde y ostentación de las muchas visiones, inteligencias y hablas extraordinarias con que les favorece el cielo, sin conocimiento de su indignidad y miseria y, sin temor de ser engañados, como si el Dragón de las siete cabezas[355] no tuviera destreza y astucia para fingirse espíritu de

[353] *Transfiguración*: evento narrado en los evangelios sinópticos según san Mateo, san Marcos y san Lucas, describen a Jesús hablando con Moisés y Elías en el monte Tabor. Pedro, Santiago y Juan son los discípulos presentes.

[354] *Saulo*: alude al episodio de la conversión de san Pablo en el camino de Damasco; ver *Hechos de los apóstoles*, 9, 1-18.

[355] *Apocalipsis*, 12, 3.

Dios y contrahacer[356] sus impulsos y hablas interiores y exteriores para que el camino que nos parece bueno tenga, como dijo el Sabio[357], por fin y término la muerte de la culpa y de la pena eterna.

## II

### *De los efectos que causaban en la sierva de Dios las divinas ilustraciones y del cordial afecto que tenía al nombre de Jesús y a toda la más Sagrada Familia*

En Catarina causaban estas visitas celestes profunda humildad, suma reverencia y grande recogimiento interior y exterior, no gustando de ver ni ser vista de los hombres, así como ni experimentar estos extraordinarios favores, que nunca se conceden a los que los desean y pretenden sino a los que huyen de ellos y les sirven de humillación y confusión representándoseles en el concepto de su indignidad como imposibles o como ilusiones de la engañosa serpiente. Por este santo temor que reinaba en el corazón de esta sierva de Dios se acogía siempre y se aseguraba con los conocimientos de fe y el parecer de sus confesores cuando se veía visitada de la divina luz conque la manifestaba Dios sus tesoros y riquezas, sus secretos y los secretos del mundo, llegando a ver como presente lo distante, lo oculto y lo futuro, representándosele algunas veces las cosas como en la realidad sucedían, otras en semejanzas o enigmas y, otras en oráculos o misterios con tanta liberalidad que fuera imposible el referirlas. Ella misma lo declaraba así con las siguientes palabras:

> Comunícame la sabia omnipotencia del Señor tantos secretos, que ni tiempo ni lengua ni memoria humana puede bastantemente explicarlos, porque en un abrir y cerrar de ojos veo más de lo que puedo yo explicar en muchos años y siglos. No me preguntarán de las cosas del cielo, de la tierra, purgatorio o infierno, cosa de que no pueda dar razón, todo el interior de las criaturas me manifiestan, unas que dan entrada a mi divino amante, otras que le ofenden y el ser que han de tener en la eternidad, si bien me quitan luego la memoria de muchas de estas cosas para que no las diga ni aun a mis confesores. Pero en pasando el resplandor de la luz, —añadía Catarina—,

[356] *contrahacer*: imitar.

[357] *Proverbios*, 14, 12: «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte».

digo al Señor que no quiero ver ni saber sino mis culpas para llorarlas, que todos los demás son buenos y yo sola la mala y peor de todas las criaturas, que mis pecados son los ciertos porque sé que los he cometido y lo que me muestran de otros no será así como se me representa, sino ilusiones de mi fantasía o engaños del maldito, que pretende quitarme la estima y aprecio que tengo con las criaturas redimidas con la sangre de Jesucristo.

Este es buen testimonio de que esta sierva de Dios caminaba a la perfección y al cielo guiada de la luz verdadera de la cual dijo el evangelista san Juan[358] que alumbraba a todos pero que los pecadores no la gozaban por su malicia y que andaban en palpables tinieblas, de donde se sigue que así como los que están en lugar tenebroso y oscuro ven a los que están en la luz sin poder mirarse a sí mismos y, por el contrario, los que están en luz se ven a sí y no ven a los que están en oscuridad y tinieblas, de la misma manera los justos conocen y echan de ver sus faltas por pequeñas que sean y no las de los otros, mas los pecadores miran las ajenas y no las propias. Catarina era justa y santa, andaba en luz y así no tenía ojos para mirar ni juicio para creer defectos de sus prójimos y andaba hecha un Argos[359] para escudriñar las más leves manchas en el espejo de su propia conciencia. Aprendan en este espíritu de verdad las almas espirituales y las que no lo son a no censurar y juzgar a otros haciéndose escudriñadoras de las casas y vidas ajenas, aunque sea con pretexto del celo de la salvación de las almas, cebado en las vanas y fantásticas imaginaciones con que Luzbel las trae deslumbradas, para que no se miren a sí ni se acuerden de que el día del juicio particular de cada uno le han de pedir cuenta de lo que ha pasado en su propia conciencia y no de lo que se ha obrado en casa del vecino. No imiten a las otras miserables hechiceras de quienes dice Séneca que eran tan amigas de saber lo que pasaba en las casas ajenas cuanto afectaban ignorar lo que pasaba en las propias y que por eso usaban de unos ojos postizos de muy aguda vista y que se ponían solo cuando salían de sus casas y en volviendo a ellas se los quitaban[360]. No son muy desemejantes a estas los que si no se ponen ojos a lo menos se ponen anteojos cuando se entran en las casas ajenas y en volviendo a las propias, se los quitan y los cuelgan de un clavo. Y así es que habían de estar colgados y a la vergüenza anteojos

[358] *Juan*, 8, 12.
[359] *Argos*: gigante mitológico que tenía cien ojos.
[360] Esta habilidad tenían las lamias.

que solo sirven de mirar y escudriñar lo que pasa en la casa del vecino y más si son de los artificiosos que engrandecen[361], multiplican e inmutan los objetos para ver lo que solo es antojo.

Estas ilustraciones y visitas celestes venían a Catarina muchas veces con imágenes y figuras tan propias de los santos que la favorecían, que eran unos vivos retratos de sus cuerpos con la disposición que tuviere en esta vida, pero con tal grado de resplandor y hermosura que la dejaban aficionada a su familiar trato y suave conversación. Cuando se le ausentaban se regalaba con oír y pronunciar sus nombres, invocándolos con devoción y ternura y reverenciándolos dentro de su corazón y en sus imágenes con un continuo y amoroso recurso, como a sus verdaderos amigos, padres, hermanos y benefactores. De aquí le nacía aquel voluntario y gustoso retiro de las criaturas, que con sus inútiles conversaciones la impedían o divertían de la preciosa comunicación con los cortesanos de la imperial basílica de la gloria[362], con quienes conversaba de los bienes eternos que se franquean en aquel felicísimo reino y patria celestial, donde aspiraba y esperaba configurarse con su divino amante como otro san Pablo, que de la íntima familiaridad con los habitadores del cielo infería con valerosa esperanza, alteza de sentimientos, ternura de afectos y dilatación de gozos que se había de ver con Cristo en el monte de la eterna felicidad, en compañía de toda aquella universidad de santos y celestes príncipes. Pero aunque los reverenciaba a todos y se valía de su poderosa intercesión, con especialidad y mayor frecuencia nombraba a muchos que con repetidos beneficios la favorecían y pedían rogase y padeciese por sus encomendados y devotos que desde la tierra imploraban su patrocinio, y en admitiendo Catarina lo que la encargaban los cortesanos del cielo, dejaban en su presencia unos las ánimas y otros los pecadores, y otros la manifestaban los negocios de más importancia que se ventilaban en la Iglesia Triunfante para el bien del mundo. Mas la sierva de Dios en recompensa les encomendaba para sí una buena muerte, y para todas las necesidades corporales y espirituales del universo remedio, y propicia la misericordia del supremo gobernador de cielo y tierra. De manera que los bienaventurados hacían oficio de mensajeros de Dios con Catarina y de Catarina con Dios y para negociar con la inmensa Majestad juntaban con su intercesión y valimiento las oraciones y merecimientos de esta escogidísima alma, así como para negociar

361 Con lentes de aumento.

362 *Basílica de la gloria* hace referencia al Reino de los cielos.

con ella la manifestaban interior y exteriormente la divina voluntad y los medios y modos con que había de negociar con el príncipe de la gloria. Reconocían estas soberanas potestades cuán bien recibidos eran en el tribunal de la misericordia los clamores, penitencias, y mortificaciones de esta esclarecida virgen y así solicitaban por su medio poblar de ciudadanos el cielo e inundar el mundo con las divinas beneficencias.

Ya en el primer libro di noticia de esta admirable y familiar comunicación que tenía Catarina con todos los cortesanos del cielo y que sus principales asistencias eran de los cinco señores que componían la primera Compañía de Jesús[363], infundiéndola con misteriosas y multiplicadas visitas, que comenzó a experimentar en sus tiernos años un insaciable afecto de ser esclava de los esclavos de tan Sagrada Familia y una estima tan grande del santísimo nombre de Jesús, con tanta luz de las inestimables riquezas que en él están encerradas, que siempre que se acordaba y hablaba de este sacratísimo nombre era con admiración de los que la oían y conocían por los efectos de alegría que se traslucían en su rostro, acciones y palabras los júbilos de consolación que bañaban su dichosa alma. Del amor y aprecio que tenía a Jesús y a su santísimo nombre nacía el cordial afecto, que sobresalía entre las demás devociones de su espíritu, a su santísima madre, san Joaquín, santa Ana y san José, como consta de las noticias de toda esta historia, pues en todas las cosas difíciles recurría a estos cinco soberanos príncipes muy poderosos en el cielo y en la tierra y se regalaba con sus dulcísimos nombres y con mucha especialidad con el nombre de María, en cuya festividad recibió muchos y singulares favores. Y fue uno de ellos el figurársele la emperatriz de los cielos en un mar de aguas cristalinas donde llegaban todos los necesitados del mundo a bañarse y limpiarse de la lepra y dolencias que los aquejaban y los veía salir inmediatamente llenos de gracias, dones y hermosura. En el día de esta festividad la dieron muchas veces memoria de los innumerables favores que recibía y había recibido del cielo, por intercesión de esta soberana reina y deseó referirlos a su confesor, pero se quedaron ocultos hasta el día del juicio los más por falta de tiempo y ser corta toda memoria humana para dar cuenta de las beneficencias del divino amor, restado a favorecer a los escogidos de su singular providencia para la manifestación de su inmensa bondad y absoluto poder.

[363] O sea, la Sagrada Familia: san José, la Virgen, san Joaquín y santa Ana, además del niño Jesús.

En otro de los días de esta festividad entendió que los baños espirituales que solía sentir su alma ya en fuentes de agua cristalina, ya en estanques de sangre y leche de que se hará mención en el discurso de su vida, significaban renovaciones de fuerzas corporales y espirituales para continuar las batallas del Señor en provecho y bien del mundo; y que esta inteligencia comunicada del cielo en la fiesta del nombre de María, demostraba que esas fuerzas renovadas y restituidas eran beneficio concedido por la intercesión de la princesa de los cielos. Multiplicados fueron también los favores que recibió del glorioso patriarca san José que solía visitarla en compañía de toda la Sagrada Familia y muchas veces con solo el niño Jesús asido de su paternal mano, ofreciéndola el alivio y remedio de sus necesidades.Y así cuando se le ausentaba y tenía necesidad de su poderoso patrocinio lo reconvenía y solicitaba su benéfica asistencia, diciéndole:

> Santo glorioso, ¿no eres el que me ofreciste el tesoro de todo el universo y el manantial de todos los bienes juntos? ¿Pues dónde lo tienes escondido? ¿Cómo no me lo traes y muestras, cuando tengo más necesidad de su divina presencia?

A estas voces, repetía el santo sus visitaciones y algunas veces sin el niño Dios, y la decía:

> Catarina, cuando Dios no quiere los santos no pueden, voluntad tiene de favorecerte, liberal es es su amor para con sus queridos y escogidos, solo espera que le obligues con clamores y humilde paciencia y así clama y persevera en buscarlo, que quiere darse a deseo porque sea más estimado el favor.

No desistía la sierva de Dios de instar al grande patriarca por las razones con que parecía, que se le excusaba, y tal vez le dijo:

> No te me hagas afuera, señor, de lo que me has prometido. Mis clamores y oraciones nada valen, nada pueden ni son, tú tienes el poder, en tus manos está la omnipotencia y humanada quiso en esta vida andar a tu cuidado y que te mirásemos y respetásemos por padre suyo. ¿Pues cómo se resistirá a tus ruegos? ¿Qué le puedes pedir y que no te conceda?

De la misma manera negociaba con los demás santos y soberanos señores de la Sagrada Familia de Jesús porque los miró siempre como a sus abogados, patrones y su principal y frecuente asistencia.

## III

*Del afecto especial que tuvo a nuestro padre san Ignacio y a sus santos hijos y de lo mucho que la costó perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús*

Como el Señor con su universal y particular Providencia, admirable y justísima en todas sus disposiciones, inclina a unos de sus fieles a esta o aquella esfera, oficio y ejercicios y, en lo sobrenatural unos a esta religión, otros a aquellas, no solo con la vocación a su estado y profesión, sino con el pío afecto a su protección y dirección, así parece fue voluntad determinada suya que esta alma escogida estuviese a la sombra y dirección de la Compañía, como las venerables vírgenes doña Marina de Escobar, Damiana de las Llagas[364] y otras muchas particulares, particulares digo con cuidado porque encargarse de la dirección y gobierno de comunidades de mujeres parece contrario al dictamen de san Ignacio estampado en sus constituciones. Y la razón, que oí a un padre maestro en todas líneas docto y experimentado, es que como los de la Compañía son como la caballería volante[365] de la milicia apostólica, que no tienen ni reconocen lugar ni puesto fijo, sino que su vocación es para discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo, donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las almas, no admitiendo puestos ni cargos, aunque sean muy santos y provechosos que obliguen a residir siempre en un lugar, como beneficios colativos[366], etcétera, y de esta línea es la dirección de comunidades religiosas de mujeres, que son inmobles de un lugar a otro, con otras no pocas ni leves dificultades. Pero de particulares, con la común dirección de la Iglesia, siempre ha cuidado y gobernado muchas y muy provechosas, como consta de sus historias. De estas encomendadas de la divina Providencia a la dirección y gobierno de la Compañía parece haber sido esta venerable virgen y para inclinarla el Señor suavemente a su abrigo, se sirvió de su cordial devoción a los

364 Otras devotas y beatas semejantes a Catarina.
365 *caballería volante*: que va a distintos lugares donde sea necesaria.
366 *beneficios colativos*: un tipo de beneficios eclesiásticos.

cinco señores, y más en particular de su especialísimo amor a Jesús y María, singulares patrones de la Compañía de Jesús.

Con este amor pues, y particularísima devoción que tenía a Jesús, su santísimo nombre reverenciaba y solicitaba el patrocinio de los santos de su segunda Compañía de Jesús, invocándolos en sus trabajos corporales y espirituales, pidiéndoles la admitiesen, no en el número de sus hijos e hijas, sino como perrita agradecida que deseaba sustentarse en lo temporal y espiritual con las migajuelas que desperdiciasen los criados y esclavos de su iglesia y casas. La admitió nuestro santo patriarca por su hija y aun como por madre y ama espiritual de toda su religión, conservándola en gracia como tengo ya dicho y en sus iglesias al cuidado de sus hijos, desde la hora de su bautismo hasta la de su dichosa muerte, favoreciéndola con una como continua presencia, ya acompañado de los santos de su Compañía, ya solo como patrón especial señalado de Dios para su defensa, guía y magisterio. Y por esto decía Catarina algunas veces:

> Mucho debo a todos los cortesanos del cielo, pero los que más se esmeran en defenderme y enseñarme, son los cinco soberanos señores y el Bautista con los apóstoles, y los santos de la Compañía de Jesús, entre los cuales resplandece mi gran patriarca san Ignacio, como el sol entre las estrellas. Él es el que me enseña lo que debo creer y obrar, él es el que me encamina, me trae y lleva a sus iglesias a pesar del infierno que ha procurado apartarme de los de la Compañía de Jesús con una larga y sangrienta guerra. Muchas veces he ido a otras iglesias —decía la sierva de Dios— por estar más cercanas a mi habitación y por hallar alivio en mis tribulaciones, pero siempre este glorioso patriarca me ha sacado de ellas y llevado a las suyas, diciéndome que no me aparte del camino en que Dios me ha puesto y que eran trazas de Satanás el divertirme de la senda por donde Dios había determinado favorecerme. Otras veces —añadía Catarina— no espera san Ignacio que yo entre en otros templos, porque en la calle me sale al encuentro solo o acompañado de san Francisco Javier, y me manda que coja el camino de su iglesia. En una ocasión de estas me dijo lleno de amor y cariño: «Pan perdido vuelve a casa[367], que también me ha dado Dios hijas que se salven a mi devoción y patrocinio». Con estas pocas palabras cesó la turbación que me arrastraba, y se avivó el amor y afecto que reinaba en mi corazón para con san Ignacio y sus iglesias.

[367] *Pan perdido*: es frase proverbial; se aplica a los vagabundos que abandonan su casa para dedicarse a la vida holgazana.

Estando otro día en la Capilla de la Soledad, que es uno de los santuarios con que está enriquecida la santa iglesia catedral de esta muy noble ciudad, se halló favorecida de la emperatriz de los cielos con celestiales músicas que, causando en Catarina suspensión de sentidos interiores y exteriores, se hallaron las potencias superiores unidas en espíritu con Dios y su santísima madre y en este rapto[368] gustoso, se le ofreció pedir a la Señora la diese confesor en aquel real y magnífico templo para poder hacer usual retiro de su recogimiento aquella capilla de su milagrosa imagen, mas apenas explicó este afectuoso pensamiento cuando vio a su patrón y maestro san Ignacio hincado de rodillas, puestas las manos delante de la efigie de la Santísima Virgen pidiéndole con instancia que no dejase salir de su casa a esta sierva de Dios ni le apartara de sus hijos. A estas dos peticiones respondió la celestial reina diciendo a Catarina: «Hija, no dejes a los de mi Compañía, que esta es la voluntad de mi Santísimo Hijo. Esto es lo que te conviene y por eso te han dado a Ignacio por padre, pastor, patrón y maestro». Por ellos y otros semejantes avisos decía esta escogida virgen que no se atrevía a desamparar las iglesias de este glorioso patriarca y que las veces que lo intentó, por lo que diré en los capítulos siguientes, la obligaron a volverse con reprehensiones y castigos.

Para frustrar sin efecto esta singular disposición de la Providencia divina, pretendió el infierno astuto y soberbio con todo su poder y pertinacia obstinada apartar a esta escogida esposa de Jesús de las iglesias de su Compañía, por privarla a ella de esta dicha o a los hijos de san Ignacio de tan estimable encargo. Algunas veces excitaba en su corazón un rabioso aborrecimiento al mismo san Ignacio, a sus iglesias y a toda la Compañía de Jesús en el cielo y en la tierra con tanta energía que batallaba mucho el alma para reprimirse y vencerse. Hallándose muchas veces sin fuerzas, se veía obligada a clamar al cielo e implorar el divino poder y el auxilio de todos los santos que componían la Iglesia Triunfante. Otras veces disponían los infernales espíritus de tal suerte las cosas, con los medios y motivos que diré en otro capítulo, que no hallaba la afligida alma quien la oyese, ni aun quien la reconciliase en nuestras iglesias, y con ocasión de este desamparo procuraban hacerla creer que la despreciaban los hijos de san Ignacio, que no tenían caridad con los afligidos y que buscase otros que la gobernasen si no quería conde-

[368] *rapto*: éxtasis.

narse. Pero resistiendo Catarina a todas sus trazas con conocimiento y desprecio de sus maliciosos engaños, pasaba el soberbio furor de sus enemigos a las violencias y despechos, atormentándola, quebrantándola y diciéndola rabiosos y envenenados: «Si quieres vivir, deja a ese calvo y cojo Ignacio[369] y a sus hijos y, vete a san Agustín, santo Domingo o san Francisco», etcétera. A que respondía la sierva de Dios:

> Ya yo he asistido en las iglesias de esos gloriosos santos patriarcas por el tiempo que fue voluntad de Dios y me han defendido de vosotros y favoreciéndome con especiales beneficios ellos y sus santos hijos, no solo en sus casas, sino en las ajenas, en las calles y en el retiro de mi pobre albergue. Por eso los llamo en mis tribulaciones y batallas y, a pesar vuestro, me socorren y deshacen vuestro poder y astuta malicia y, en reconocimiento de lo que les debo traigo conmigo alguna de las insignias que se reparten a los fieles en sus templos, como son la cinta de san Agustín[370], el cíngulo[371] de pureza de santo Tomás y el escapulario de san Francisco, del Carmen, de la Merced[372], etcétera. Y a mi padre san Francisco[373] estimo también mucho por tener en su cuerpo impresas las llagas de mi Señor. Y así pronta estoy a volverme a sus iglesias, no por vuestro parecer, sino por la disposición y voluntad de mi redentor. Pero por ahora me manda asistir en las iglesias de la Compañía de Jesús a cargo de mi padre y glorioso patriarca san Ignacio y donde he de perseverar hasta rendir la vida, si Dios no me manda otra cosa.

Con esta, y semejantes respuestas, se enfurecían sañudos y rabiosos los enemigos precitos y desahogaban su envenenado furor embistiéndola y despedazándola, para que no pudiese dar paso a uno ni a otro templo. Pero el poder de la omnipotencia, que con una sola voz pudo dar ser a todo el universo, restituía a su ser natural el cuerpo de Catarina

[369] La habitual iconografía de san Ignacio lo representa calvo. Quedó cojo en la defensa del castillo de Pamplona contra los franceses.

[370] Según devota leyenda medieval la Virgen se apareció a santa Mónica y san Agustín y les entregó una correa (cinta), símbolo de la protección mariana, para que fuese parte del hábito agustino. Muchos seglares devotos vestían la correa o cinta de san Agustín.

[371] *cíngulo*: «cordón o cinta de seda o de lino, con una borla en cada extremo, que sirve para ceñirse el sacerdote el alba» (DRAE). Según otra leyenda los ángeles ciñeron a santo Tomás el cíngulo de pureza que lo protegía de toda tentación de lujuria. Ver por ejemplo el cuadro de Velázquez *Tentación de santo Tomás*.

[372] Listado de atributos iconográficos (Giorgi, 2006).

[373] San Francisco de Asís, que recibió en su cuerpo las llagas de Cristo.

y le daba nuevas fuerzas para que pudiese hacer rostro a los príncipes y potestades infernales.

Por mucho tiempo usaron los ejércitos rebeldes de otra astucia, muy propia de la oscuridad que les sirve de centro, y fue causar en ella tal turbación de sentidos y potencias, que al salir de casa para ir a la iglesia se hallaba en un golfo de palpables tinieblas, poblado de monstruos espantosos que la amenazaban si daba paso adelante. Aunque arrojándose ella muy confiada en el poder de Dios, iba pisando áspides y basiliscos[374], rompiendo lanzas y atropellando las huestes[375] del infierno, sin que la acobardasen los asombros ni detuviesen los dolores y el rigor con que la herían, como si la fuesen despedazando. Pero en estas luchas tan repetidas como sangrientas, solía perder el tino y hallarse descaminada en las mismas calles con tanta ofuscación de su entendimiento y sentidos que perdía el conocimiento, y aun la advertencia para preguntar dónde estaba, dónde iba y la calle que había de coger para volverse a su casa, porque andaba en esta espesa oscuridad atontada por la ciudad como si la hubieran metido en un laberinto encantado o en el mismo tenebroso infierno, encontrándose a cada paso con dragones, fieras y monstruos, ya en desiertos, ya en despeñaderos y ya en montes horrorosos. En estas tribulaciones acudían a sus clamores los santos, y con mayor frecuencia nuestro padre y fundador san Ignacio, cuya era la causa, y a quien con especialidad le tocaba el defenderla, como lo hacía muchas veces con sola su presencia, pues con dejarse ver de Catarina y de sus enemigos se ahuyentaban estos y el alma se hallaba confortada con luz para entrar a negociar con Dios en su templo.

Un día, disimulando con capa de piedad su maligna traza, procuraron inclinarla y dar con ella en la iglesia de san Francisco. Para asegurar su astucia, juntaron con la oscuridad en que pusieron como en prisiones su alma, aparecérsele uno de ellos en hábito y forma del seráfico patriarca, como enviado de Dios, para guiarla a su casa. Con esta invención los iba siguiendo Catarina a oscuras y ciega, sirviéndola de gomecillo[376] embustero el disfrazado e hipócrita diablo, mas al llegar al puente que

[374] *áspides* y *basiliscos*: el áspid es especie de serpiente muy venenosa; el basilisco un reptil fabuloso que mataba solo con la vista. Son símbolos diabólicos y el pasaje alude a *Salmos*, 91, 13: «super aspidem et basiliscum ambulabis et conculcabis leonem et draconem».

[375] *huestes*: «ejército en campaña» (DRAE).

[376] *gomecillo*: «lazarillo» (DRAE).

está cerca de su religioso y suntuoso convento, se manifestó en las gradas del cementerio nuestro padre san Ignacio, con representaciones de tanta majestad y poder, que acobardado el infierno reconoció que estaba cerrado el paso y se habían frustrado todas sus trazas. Así rabiosos volvieron toda su saña y coraje contra la sierva de Dios, precipitándola en un lodazal, donde la pisaron y quebrantaron, hasta que llegó el glorioso patriarca san Ignacio a socorrerla. Se arrojaron despechados a su tenebroso abismo y Catarina confortada del santo se volvió a su casa bien embarazada y enlodada, mas al querer mudar ropa se halló seca, limpia y sin lodo, conque pudo volver a la iglesia.

# CAPÍTULO XI
# DE SU INCREÍBLE PACIENCIA Y CÓMO LA EJERCITÓ DIOS POR SÍ, POR SUS CONFESORES Y POR EL MUNDO

## I

*De los grandes deseos de padecer que la comunicó el Señor y cómo la predijo su Majestad los trabajos futuros con varias visiones y profecías de la venerable madre María de Jesús*[377]*, y del venerable y apostólico varón fray Juan Bautista, su primer confesor*

Fue probada la virtud de esta esclarecida virgen como el oro en el crisol con adversidades, infortunios y persecuciones tantas y tan graves que toda su vida fue un continuo tormento, una pesada cruz y un largo e intolerable martirio, conformándose en todo con la voluntad de Dios y con las disposiciones de su altísima Providencia sin que se desahogase con palabras necias e inconsideradas su corazón valientemente templado siempre, aun en medio de congojas de muerte y dolores de infierno. A imitación de aquel divino paciente, el santo Job, de quien dijo el mismo Dios que no se había destemplado ni en una palabra cuando le sobrevinieron aquellas extremas cuitas y calamidades, hasta su tiempo nunca vistas ni leídas. Pero aun este santo rey tuvo el consuelo de lamentarse con sus amigos, mientras le acrisolaron en las horribles inmundicias de un asqueroso basurero. Allí levantaba lastimosamente la voz, poblaba el aire de suspiros tiernos, lloraba amargamente y rompiendo de dolor las vestiduras, daba algún corriente desahogo a las congojas de su lastimado corazón. Mas Catarina se empleaba toda en ocultar sus penas, disimular sus tormentos, y solo clamaba al cielo por fuerzas para padecer más y más por su Dios y por el mundo. Esos deseos de padecer significaban aquellas encendidas voces del divino amor que ardía en su pecho repartidas por todo el discurso de su admirable vida en los colo-

[377] *madre María de Jesús*: alude a María de Jesús de Tomelín y del Campo (1579-1637), nacida en la Puebla de los Ángeles. Ver infra y lo que se dice de ella en el primer tomo.

quios con Dios, diciéndole: «Vamos Señor, al monte de la mortificación y de la amarga, y desabrida Mirra», de que hice mención en el capítulo veinte del primer libro. Donde después de haber vencido varios monstruos y fieras entre asombros de riesgos, incendios y tribulaciones, se halló a los pies de una cruz en que estaba crucificado su divino Esposo. Esto mismo significaba las visiones con que Dios la previno cuando la llamó al camino de la perfección, poniéndosele delante como único dechado en todos los pasos de su sagrada Pasión, y convidándola a que le siguiese hasta llegar a aquella altura de santidad en que quería su Majestad ensalzarla, como lo dejo insinuado en varios capítulos de esta historia, donde consta que toda su vida fue una larga y sangrienta guerra con escuadrones armados de enemigos visibles e invisibles, que se vieron vencidos y atropellados como trofeo del valeroso espíritu de esta sierva de Dios, auxiliada de la divina gracia, sin que pudiesen con todo su poder, astucia y crueldad apartarla de los pies y brazos de su único amado y divino amante. Esta verdad profetizaron, aun siendo Catarina niña, muchas almas espirituales y favorecidas de Dios. Una de ellas fue aquel oráculo de santidad en nuestros tiempos, singular blasón de esta nobilísima ciudad de los Ángeles, su patria: la venerable madre María de Jesús, hermana en espíritu de Catarina, con quien tenía muchas veces reja sin escucha[378] y mirándola por mucho tiempo sin quitar los ojos de su hermoso y amable rostro, veía en él un no sé qué, que la tenía embebecida, suspensa y arrobada sin acertar, ni poder hablar palabra y cuando volvía en sí, le decía: «¡Ah niña! ¡Si supieras lo que has de padecer por Dios y por el mundo!».

A esta admiración pudiera responder la sierva de Dios lo que respondía a los espíritus infernales cuando la amenazaban con los tormentos, martirios y crueldades que les dictaba su rabiosa envidia, diciéndoles: «¿Qué podéis hacer que no hayáis hecho? ¿Qué podéis inventar que no haya tolerado y sufrido este miserable cuerpo, confortado del divino poder?». Porque cuando comunicaba Catarina esta a su hermana querida y santa religiosa ya eran notorios al mundo los trabajos de sus peregrinaciones, ya había experimentado la lastimosa pérdida de su patria, padres, hacienda y libertad y ya había andado rodando por el mundo con el sobreescrito y trato de esclava en la sujeción, bárbaro dominio de

[378] *reja sin escucha*: hablaban en el locutorio sin *escucha* (monja que en los conventos asistía a las conversaciones en los locutorios).

unos infieles y crueles cosarios[379], ya había tolerado con invicta paciencia las persecuciones, heridas, azotes, martirios y violencias en defensa y conservación de su pureza. Y así pudiera responder: «¿Qué martirios y penas me pueden sobrevenir que, con la gracia de mi Señor, no haya yo paciente y constante sufrido?». Pero no respondió esto la sierva de Dios porque tenía por dechado ejemplar y maestro a su querido y amado redentor, con quien deseaba verse crucificada y transformada en una imagen y semejanza como de su principal guía y capitán Jesús, a quien no podía llegar a igualar ni en la causa ni en el dolor, por más tormentos que padeciese. Todo lo padecido le parecía nada a vista de este ejemplar y así todas las ansias y deseos de su corazón eran de más y más trabajos, pareciéndole en medio de tantos infortunios y adversidades que nada padecía porque como traía siempre delante de los ojos a su divino amante crucificado por nuestras culpas, a su vista el mayor trabajo la servía de alivio y refrigerio. Y a la verdad, ¿quién en medio de las mayores penas no ha de tener paciencia, viendo a su Dios, su creador y Señor inocente, lleno de llagas y dolores? ¿Quién contemplándole en unas duras escarpias y afrentoso madero no ha de tener sufrimiento? Con esta consideración andaba armada de paciencia esta valerosa virgen a quien alentaba Jesús con su ejemplo, convidándola a su imitación, no solo en las batallas sino también en las historias para merecer el premio de la eterna corona.

Con esta misma noticia la previno el Altísimo por boca de aquel apostólico varón el padre fray Juan Bautista, religioso descalzo del seráfico padre san Francisco, que fue repetidas veces defensor, guardián de algunos conventos y muchas veces maestro de novicios en su religión, cuya milagrosa vida está escrita en la *Historia de la Provincia de México de religiosos descalzos de san Francisco,* a folio ciento y cuatro. Este fue su primer confesor, desde que pasó la sierva de Dios de las Islas Filipinas a esta imperial ciudad de los Ángeles: y tuvo tanto concepto de esta su querida penitenta, que dijo a sus padrinos muchas veces debían dar gracias a Dios por haberles traído a su casa a Catarina, escogida con especial providencia para depósito de las maravillas y milagros de la omnipotencia que la estimasen y conservasen en su casa y para su mayor lustre blasón, y que él tuviera por favor del cielo andar pidiendo de puerta en puerta limosna para sustentarla. Y hablando con su penitenta la previno

[379] *cosario*: «pirata» (DRAE).

varias veces lo mucho que había de padecer por Dios y por el mundo, asegurándola, que favorecida del divino poder y auxiliada de su gracia se había de conservar cándida y fragrante azucena, cercada de mil astutos y cavilosos enemigos, que como punzantes espinas intentarían ajar, marchitar y agostar los candores y fragancias de la belleza de su alma. Y en prueba y testimonio de la verdad en que se ratificaba, la llevó una hermosa palma pocos días antes de su dichosa muerte, que fue a siete de noviembre, año de mil seiscientos veintisiete, diciéndola:

> Toma, hija, esta palma y quiera el Altísimo como lo esperó de su inmensa bondad e infinito poder que como es pronóstico cierto de tus batallas sea feliz anuncio de tus victorias y triunfos, asistida de la omnipotencia.

Esta palma conservó Catarina casi todo el tiempo de su vida por lo misterioso que en sí encerraba y por ser dádiva de tan ilustrado y santo varón. Este fue también el que previendo con luz del cielo o habiendo experimentado que las oraciones y martirios de Catarina tenían el don de sanidad que trae consigo el aplauso y aclamación de los pueblos la dio, para ocultar al mudo esta celestial gracia, una pequeña parte de hueso de unicornio[380], que conservó la sierva de Dios hasta la muerte y para hoy en poder del capitán don Manuel de Monzarabe vecino de esta ciudad, con el cual disimuló y escondió al mundo innumerables saludes y vidas, de que era deudor a la misericordia de Dios por la intercesión y méritos de esta su querida esposa, atribuyendo muchos a la virtud natural del contado del unicornio en las bebidas lo que era efecto sobrenatural y milagroso por la virtud e intercesión de esta esclarecida virgen.

A esta insigne profecía y en prueba de su verdad le siguieron las sangrientas batallas contra su pureza virginal en el estado de doncella y de criada, que referí en los últimos capítulos del primer libro, donde puede recurrir el piadoso lector, si quisiere ver una mística azucena entre espinas asestadas y conjuradas todas contra su rara belleza, honestidad y paciencia. Allí verá cómo la tierra brotaba espinas de hombres astutos y cavilosos enemigos de Dios y de su esposa, verá cómo el aire estaba poblado de demonios y de riesgos, el mar de peligros y de contrarios la carne, mancomunados, confederados y resueltos los unos y los otros

[380] *unicornio*: se decía que el cuerno del unicornio anulaba los venenos en fuentes y aguas.

al estrago y ruina de esta tierna y delicada azucena, que perseguida del mundo y acañoneada de agudos y punzantes cambrones, de infernales pensamientos, permaneció hasta la muerte constantemente hermosa flor del campo y fragrante y resplandeciente rosa en los jardines de la Iglesia, consolándose y conformándose en las espinas de las perfecciones y trabajos con mirar a su divino amante humillado entre los hombres, abreviada su majestad inmensa entre los mortales y como si fuera uno de ellos, así se afrentaban, escarnecían y ultrajaban. Experimentaba esta verdadera amadora de Jesús lo que Jeremías, hablando con el Verbo que había de humanarse, dijo:

> Cuando yo, ¡oh manso pastor mío!, os voy siguiendo y veo vuestras sagradas espaldas aradas con tan crudos látigos, surcadas con tan duro azote y ahogado entre penas, dolores y angustias no solamente me turbo en lo que yo padezco, pero aún me parece que no padezco trabajo alguno, pues templado el dolor con vuestro ejemplo, sufro con alegre semblante y regocijado rostro las zozobras y penas que me ahogan[381].

Lo que hemos dicho en estos dos libros, que padeció Catarina es inexplicable y no parece imitable; pero aún es poco respecto de lo que podemos decir, porque toda su vida fue un espejo y prodigio de paciencia y sufrimiento, para que en los venideros siglos y futuras edades tuviesen los afligidos y trabajados desahogos en este dechado, y consuelos en este ejemplo, sabiendo que es ley de Dios, y estilo de su real palacio a los más regalados criados ejercitarlos con más severos azotes.

Uno de los más sensibles e intolerables ejercicios con que suele Dios ejercitar sus más escogidos siervos, como se vio en santa Teresa, y lo pondera bien la santa, es el que se ocasiona de los confesores, y por este medio subió el Señor a esta escogidísima virgen a la cumbre de la perfección, cuyos ministros dispuso su Majestad fuesen sus mismos maestros y padres de espíritu. Estos fueron los que más la purificaron, afligieron y atormentaron, y este fue su mayor tormento, pues no parece que puede haber más cruel castigo, ni pena igual a la que padece rigores a manos de quienes debía esperar y prometerse piedades y consuelos. Fue tan grande este rigor, esta pena o esta muerte que para prevenirla con especiales fuerzas y alientos quiso Dios que la previese antes en la siguiente misteriosa visión, entre otras muchas que tuvo en su niñez

[381] *Jeremías*, 17, 16.

para que entendiese los pasos que había de dar antes de unirse perfectamente con Cristo. Se halló esta inocente virgen en un campo, cual oveja descarriada, perdida y apartada de su pastor y en esta soledad divisó a su amado y Señor, vestido de pastor en un monte muy distante de ella, acompañado y seguido de muchas gentes y reparo que en un valle espacioso, que descubra su vista andaba otra ovejita acosada y perseguida de muchos sayones y enemigos, que armados de soldados con chuzos, lanzas, espadas y otras armas, la herían, la desollaban y despedazaban, sin poder con innumerables martirios quitarla la vida. Notó también que cuando más acosada y rendida, alzó el Señor la cabeza sobre el gentío que la cercaba y seguía y, con un silbo suave de su voz la libró de aquellos sangrientos y encarnizados enemigos. La atrajo a sí con tanta violencia que corriendo y atropellando con los que la herían y con los que asistían y acompañaban al amoroso pastor, que eran los que más la impedían el camino y cerraban el paso, llegó corriendo sin parar hasta abrazarse con él. Por los enemigos entendió a los demonios; por el gentío numeroso que andaba en compañía del Señor muchos confesores que la habían de gobernar afligiéndola, apretándola y poniéndola a punto de reventar; por la ovejita errante sin pastor, sin consuelo y sin compañía, se entendió a sí misma. En la misma visión dieron luz de que la llamaba su divino amante, para que obligada de su voz y ayudada de su poder, corriese en pos de él y gozase las fragancias de sus divinos ungüentos, como la otra alma santa, y escogida esposa, de quien hace mención Salomón en sus Cánticos.

## II

### *Cómo la ejercitaba el Señor por sí con desamparos y de los muchos maestros de espíritu que la dio para bien de ellos mismos y mayor ejercicio de la sierva de Dios*

El verdadero y principal maestro de espíritu que gobernó a Catarina en la vía espiritual y camino del cielo fue Dios, como consta de lo que tengo ya dicho y conociendo con suma sapiencia el supremo legislador y gobernador del universo lo que importa y vale el padecer, pues así como todo buen espíritu se conserva con profunda humildad y perfecta obediencia, crece y se aumenta con la paciencia. No se contentó su infinita y eterna sabiduría con lo que padecía su amada y escogida

esposa en sus penitencias, mortificaciones, persecuciones del mundo y martirios, que ejecutaban en ella con crueldad los demonios, sino que la vendía los regalos y favores a trueque de dolores, tormentos, ansias y congojas de muerte. Y todo esto, en sentir de la sierva de Dios era nada comparándolo con lo que interiormente padecía y con lo que la ejercitaba su divino amante. La probaba con sequedades, desvíos y desamparos para experimentar las finezas de su amor y así el modo ordinario con que respondía a los confesores que la preguntaban «¿Cómo te va, Catarina?» era: «¿Cómo me ha de ir con esta sequedad ordinaria, con estos desamparos, ansias, y continuas congojas de muerte?». La dejaba en una obscura noche de confusiones y en medio de esas horrorosas tinieblas la comunicaba las angustias y congojas de su sagrada Pasión y muerte. Con todos los dolores y tormentos que la causaron en esta soledad de su amado y amarga pena no hallaba otro consuelo que suspirar y clamar por su querido, llamándole con ternura, y deseándole como a único y verdadero Sol, de cuya presencia dependían sus consuelos, alegrías, y luces. Estas tinieblas solían ser tan dilatadas, que se pasaban los días, meses y años, sin experimentar un pequeño rayo de la verdadera luz, que ansiosa y desatinada buscaba y aun hubo tiempo de diez y doce años continuados en que se halló cercada de sequedades, oscuridad y toda desolación, como diré en su lugar.

Comparaba esta sierva de Dios las horrorosas penas en que estaba su afligida alma y delicado cuerpo a las penas del infernal abismo donde ella se había hallado en espíritu muchas veces, y con esta comparación las suelen explicar los doctores que tratan de esta materia con ciencia y experiencia, añadiendo la diferencia del lugar, duración y causa demeritoria, pero en el modo de padecer no hallaba Catarina distinción en unos y otros martirios. Le parecía que ya no había para ella Dios y que la había cabido la maldición del Deuteronomio[382] porque se la representaba el cielo de bronce y de hierro la Tierra. Con este tormento ejercitó el Altísimo a esta su querida esposa, escondiéndosela tanto que se persuadía, nunca había gustado de Dios, de su luz, ni alegría. Y si la venía memoria de las mercedes pasadas, la parecía que todas eran imaginaciones, ilusiones, quimeras, y cosas pintadas y fingidas de su loca fantasía. La

[382] *Deuteronomio*, 28, 22-23: « Te herirá el Señor de tisis, de fiebre, de inflamación y de gran ardor, con la espada, con tizón y con añublo; y te perseguirán hasta que perezcas. Y el cielo que está encima de tu cabeza será de bronce, y la tierra que está debajo de ti, de hierro».

privación de la luz temporal dejaba sin consuelo a Tobías el viejo, pero a esta sierva del Señor la faltaba la luz temporal y espiritual de que pende, como dijo el santo rey David[383], la alegría del alma. Andaba acosada de estas penas, y cercada de estas espinas, lleno su amor de temores, su esperanza entre imposibles, su fe tan oscura que más la atormentaba que la alumbraba para buscar a su amado, a quien la parecía que no hallaba ni había de hallar, si bien, sin saber lo que se hacía, le solicitaba, suspirando de día y de noche por su querido, de día en la iglesia y de noche entre sollozos, dolores y tormentos que la causaban las ausencias de su divino amante. Crecía el dolor con la asistencia y crueldad de los demonios, las enfermedades todas, que parece se confederaban para atormentarla y consumirla. La vida y la muerte hicieron alianza y estrecha amistad solo por continuar y perpetuar las penas. El día era una oscura noche y la noche era un infierno de multiplicadas aflicciones y de alzarse sin Dios, el temor de haberle ofendido, y perdido para siempre. Y esta era la cruz más pesada, y era, como dijo el apóstol, la espada de dos filos[384] que penetraba el corazón y dividía su espíritu afligido y atribulada alma.

No la ejercitaba menos el divino maestro por sus padres de espíritu. Estos fueron muchos porque se los remudaba el Señor muy a menudo para ejercicio de ella y para provecho grande de los mismos confesores con la comunicación de esta escogidísima alma a quien comunicaba su Majestad ordinariamente los secretos de las conciencias para que, advertidos por boca de su penitenta, acertasen a gobernarla, gobernar a otros y gobernarse a sí mismos con argumento y aprovechamiento en el ejercicio de las virtudes que es el real camino de la perfección. Estas advertencias solían ser sin conocimiento de Catarina porque venían ordinariamente envueltas en metáforas y símbolos o enigmas para ella obscuras, para los confesores, cuando convenía, muy claras o las daba en lengua latina que ella no entendía cuando eran tales que podían obscurecer la fama del prójimo o sacar a sus padres espirituales las colores al rostro, según me lo aseguró uno de sus más queridos confesores y amado de Dios, a quien dijo esta ilustrada y favorecida virgen: «Muy del agrado del Altísimo son tus sacrificios y por eso me dio estas palabras que te dijese», y prosiguiendo la conversación en latín, se redujo toda la plática a una reprehensión amorosa sobre que farfullaba y abreviaba

[383] En *Proverbios*, 15, 30.

[384] *Apocalipsis*, 1, 16: «y de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza».

demasiado la misa. Con el cual aviso se dio por advertido y se reconoció enmendado por todo el tiempo que le duró la vida, conservando la memoria de este favor y doctrina del Señor que atendió a su crédito para con su penitenta.

De estas luces del cielo que comunicaba Dios al mundo por su sierva, trasluciéndose entre los hombres, se originó aquella diversidad de pareceres, uno de los que la buscaban, otros de los que huían de tratarla y comunicarla, y aun de su vista pareciéndoles penetraba lo más oculto de sus corazones y que era testigo de las inmundicias más leves de sus conciencias, porque es tan limitada la humana capacidad que imaginamos muchas veces ser desdenes y castigos de la divina justicia los que son hallazgos y cariños de la misericordia infinita. ¿Quién duda fue singular y amoroso beneficio el que hizo Cristo nuestro bien a sus desconsolados discípulos, cuando al tratarles algunas materias que los melancolizaba y entristecían se las disfrazaba con proverbios, parábolas y semejanzas, para que las pudiesen recibir con gusto y alegría? Así corrigió Dios al rey David por medio del profeta Natán[385], que usó con ardida maña de aquella parábola de la oveja robada por la malicia de un rico y poderoso rey, y con esta metáfora y semejanza le sacó de la culpa, y le movió a penitencia, para aliento de otros semejantes pecadores. Pues de esta misma traza usaba Catarina asistida de la eterna sabiduría, para alumbrar a sus mismos confesores, de lo que había de obrar en sus ministerios, como se puede ver en los muchos casos que se han de referir en el discurso de su vida. Ojalá imiten esta piadosa industria los confesores cuerdos, prudentes y santos, tratando con caridad, abrazando y recibiendo con benignidad y blandura a los penitentes para que se levanten remediados los pecadores que se arrojan a sus pies arrepentidos.

Por lo dicho en el cuerpo de toda la historia se ve y se verá que tuvo directores del ilustre clero y de todas las sagradas religiones que aprobaron su espíritu y la ayudaron a perseverar en el camino de la perfección. Con mucha especialidad vivía agradecida a los hijos de los dos patriarcas santo Domingo y san Agustín, porque fueron los que más la asistieron en el tiempo de sus escrúpulos, turbaciones y batallas con los demonios, mas aunque la oí muchas veces repetir esta debida remembranza, por mi

[385] El episodio en *II Reyes*, 12 (Vulgata). Natán reprende a David, que ha quitado a Urías su mujer, con el ejemplo de un rico dueño de rebaños que roba a un pobre la única oveja que tiene.

incuria o desgracia nunca observé los nombres de los particulares que la dirigieron y gobernaron. Pero el Señor parece quiso y dispuso que los padres de la Compañía de Jesús fuesen sus ordinarios maestros y confesores, y así casi siempre la criaron, asistieron y guiaron hasta su dichosa muerte, apreciando tanto su espíritu y consolándose con su santa comunicación, que muchos tuvieron por gustoso el ir y venir cada dos días y cada día desde el Colegio de san Ildefonso al Colegio del Espíritu Santo, con estar tan distantes por consolarla, comunicarla y asistirla. Y entre otros tomaron este lustroso trabajo aquellos dos grandes padres y maestros de espíritu, el padre Miguel Godínez y el padre Juan de Sangüesa. Y fuera de estos nombraba otros varones sabios, santos y prudentes de nuestra Compañía, unos que han sido provinciales de esta Provincia de Nueva España y otros rectores y maestros. Entre los provinciales tenía muy tiernas memorias de los padres Andrés Pérez de Ribas[386], Francisco Jiménez[387] y Antonio Núñez de Miranda; entre los rectores y maestros refería muchas veces los nombres del padre Nicolás de Estrada[388], padre Antonio de Peralta, padre Francisco Suárez de lbarra, padre Antonio de Rivadeneira, padre Lorenzo de Figueroa, padre Luis de Legaspi, padre Mateo Galindo, padre Juan de san Miguel, padre Juan de Robles, padre Ambrosio Odón, provincial actual de esta nuestra Provincia de México, y otros muchos fuera de los interinos, que en ausencia de los propios y ordinarios confesores, la reconciliaban y oían, examinando y aprobando su prodigioso espíritu con las luces de nuestra santa fe y las experiencias de una santa y celosa prudencia.

A los propios y que la duraban por algún tiempo se los solía señalar el Señor, y porque se le excusaron algunos con el pretexto de sus ocupaciones, o por el temor de encargarse de un alma tan singular y extraordinaria, la dijo algunas veces su Majestad y su santísima madre: «Vuelve y diles de mi parte que es mi voluntad el que oigan, gobiernen y asistan». Y en prueba de que hablaba Dios por su boca, lo manifestaban con evidencia los efectos porque dando Catarina con sinceridad el recaudo en nombre de Dios o de la Santísima Virgen, cesaban luego

[386] El Padre Andrés Pérez de Ribas (1576-1665) fue un sacerdote jesuita y escritor de obras de contenido religioso pero también fuente de conocimiento étnico e histórico de los pueblos del norte de México.

[387] Francisco Jiménez Gilot, jesuita que fue en Puebla entre otras cosas maestro de retórica.

[388] El Padre Nicolás de Estrada fue rector del colegio del Espíritu Santo.

las repugnancias y se veían vencidas las dificultades de los confesores señalados, que experimentaban el premio del trabajo que tenían en oír y gobernar a esta esposa de Cristo, admirando en ella lo profundo de su humildad, lo exacto y puntual de su perfecta obediencia, lo invencible de su paciencia, lo singular de su recogimiento y retiro de las criaturas, lo admirable de su mortificación y abnegación de sí misma, lo prodigioso de su conformidad y resignación en la voluntad del creador, y lo particular y especialísimo de su familiar trato con el Altísimo. Estos la deseaban y buscaban para alentarla a la perseverancia, consolarla, pedirla los encomendase a Dios y les alcanzase de su Majestad una buena muerte y el remedio de las necesidades que experimentaban en lo espiritual y corporal. Sintiendo luego en sí lo que deseaban, por los extraordinarios y repentinos efectos crecían en ellos las ansias de verla, comunicarla y asistirla como a alma querida, escogida y muy favorecida de Dios, pero como había dispuesto el supremo legislador, labrar lo más precioso de la corona de su sierva con la mudanza y variedad de confesores, al mejor tiempo disponía con su eterna sabiduría que se la ausentasen y faltasen los que con conocimiento de su espíritu gobernaban caritativos su alma para que no la faltase el largo y continuado martirio de buscar, hallar y experimentar nuevos maestros y directores.

## III

### *De lo que padeció con la variedad y muchedumbre de confesores*

Con esta mudanza y variedad de padres espirituales gustó Catarina lo más amargo del camino del espíritu en la contrariedad de pareceres y direcciones de los ministros de Dios, que causaban en su alma un laberinto de espinas y un abismo de penas. Los unos juzgando necesitaba de algún desahogo para no peligrar en tan extraordinarios mentales, le decían que no rezase, que dejase los ejercicios de virtud, que huyese de la presencia de Dios, que se desahogase y divirtiese entre las criaturas. Y esto era mandarle un imposible, porque era Dios la fuente de su descanso, era el único objeto de su amor, con quien estaba estrechamente unida y se había transformado en una misma cosa con el divino amante, como lo afirmó de sí el apóstol cuando dijo[389] que ni la muerte ni la

[389] San Pablo en *Romanos*, 8, 35.

vida ni la tribulación ni el hambre ni la desnudez ni los peligros ni la persecución ni las cosas presentes ni futuras le podían apartar del amor y caridad con Cristo. Otros le decían que no se quejase tanto, que omitiese las lamentaciones y pasase a decir sus culpas pues para esto solo era el confesor y el confesonario. No es mala doctrina esta si se aplica a unas mujeres quejumbrosas, de pechos y corazones más que afeminados, que no se contentan con publicar sus cuitas y calamidades en sus casas y en las ajenas de los vecinos, fingiéndose desmayadas, mesándose los cabellos, hiriéndose el rostro, dando voces al cielo y haciendo otros viajes más propios de locas o endemoniadas que efectos de buen espíritu, sino que quieren también que el confesor no se aparte de su cabecera en sus recámaras y estar siempre a sus pies en el confesionario sin que las falte de la boca el «Véngame padre a confesar, quiero desahogar mi corazón, quiero consolarme porque está muy afligida mi alma». Tengo todo esto por tentación de Satanás y apetito de unas almas regalonas llenas de amor propio y sin rastro de mortificación. Catarina era mujer fuerte, que estando su cuerpo mortificado y martirizado con ayunos, vigilias y otras asperezas, exhausto con achaques y enfermedades, acosado y combatido de todo el infierno tan enfurecido que para desahogar su rabia, envidia y furor se valía de los instrumentos más activos y crueles con que atormentarla, consumirla y acabarla y, andando todos los infernales espíritus, como de competencia se valían los unos de los azotes de san Pablo, la Cruz de san Pedro, las piedras de san Esteban, las parrillas de san Lorenzo y los peines de hierro de san Blas[390]. Otros usaban de los ecúleos[391], hornos, planchas de hierro ardientes y los demás instrumentos con que los tiranos atormentaron y poblaron al cielo de mártires.

Pero en medio de tanta tribulación y cercada de horrorosas tinieblas, tentaciones fuertes y escrúpulos rabiosos era, como tengo dicho, Catarina tan varonil que ocultaba sus dolores y martirios con la exterior alegría, sin comunicar a persona alguna los excesos de su padecer. Aun en el dar cuenta a los médicos de sus naturales achaques andaba tan secreta, recatada y con tal moderación que nunca pudieron inferir de su informe los amontonados cuidados y penas interiores que la ponían por instantes en el último desfallecimiento, porque sin pronunciar ayes se tragaba los quejidos y atormentaba a silicios. Solo Dios y sus vicarios

[390] Son todas referencias a los modos de martirio de estos santos.
[391] *ecúleos*: «potro» (DRAE), instrumento de tortura.

querían que fuesen testigos de sus mortales angustias pues eran los que podían templar sus temores y asegurarla en los peligros del espiritual camino. Y así cuando Dios se le escondía, con su gracia se acogía desalada a sus ministros llena de sobresaltos, sustos y temores de serles cargosa y pesada, pero obedeciendo al divino maestro que la mandaba manifestar todo cuanto padecía, veía, oía y sentía para que mejor pudieran dirigirla y gobernarla. En este conflicto pues, el no querer oírla y despedirla de sus pies con sequedades, reprehensiones y tal vez con desprecios, por turbada o por necia o por incapaz tenía visos de impiedad y apariencias de crueldad, era dejarla como en un horno ardiendo sin boca para la respiración y así lo explicaba la sierva de Dios diciendo que estaba su corazón en estas ocasiones cual volcán encendido antes de reventazón y ruina.

Al santo Job, a quien nos propone la Sagrada Escritura por ejemplo de paciencia, permitió Dios que le quitasen los demonios todas las cosas menos los labios, que son los instrumentos para formar las palabras, porque pudiese quejarse, lamentarse y dar algún desahogo a sus penosas calamidades. Y algunas veces lo hizo con tanto extremo, que si mirásemos superficialmente sus voces, acciones y quejas nos parecieran impaciencias, y para corregir nuestros errados juicios dijo el Espíritu Santo que no había culpa alguna en todas las palabras con que el soberano paciente procuró el alivio entre tantos martirios y tormentos. ¡Quién viera en nuestros tiempos al sufrido patriarca derramar copiosos arroyos de lágrimas, levantar lastimosamente la voz, llenar el aire de suspiros tiernos, romper de dolor las vestiduras y cubrir de polvo la cabeza en señal de la tristeza y sentimiento que rasgaba su corazón! ¿Quién, digo, viera estas trágicas ceremonias en nuestros tiempos que no tuviera al santo Job por demasiadamente hazañero[392], quejumbroso y desatinado, y que no le desamparara como a insufrible? Pero en aquellos tiempos halló el divino paciente unos amigos sabios y prudentes que le consolaron orientando igual tristeza y dolor de verle padecer con la imitación de las mismas ceremonias de que había usado el santo rey para manifiesto indicio de la aflicción y congoja de su corazón, y con esto quedó muy consolado el ejemplar de nuestra paciencia. Porque verdaderamente es gran consuelo para un afligido y atribulado el tener quien se duela y compadezca de su aflicción y congoja. De este alivio careció Catarina lo más del tiempo

[392] *hazañero*: exagerado, afectado.

de su vida, porque aunque correspondía piadoso el cielo a sus clamores y suspiros, dándola confesores que la oyesen, animasen y dirigiesen, la duraba poco esta recreación y consuelo, porque por disposición o permisión del Señor se le ausentaban o excusaban con sus ocupaciones y temores de cargar un alma a quien llevaba Dios por caminos tan singulares como peligrosos. Y así la decían que buscase confesores ancianos y experimentados y que no se confesase con mozos, a que respondía ella que no hallaba mozos ni viejos que quisiesen cargar tan pesada bestia. Pero no cesaba de buscarlos por todas las iglesias andando de confesionario en confesionario, afligida y temerosa de errar y ser engañada sin guía, director y maestro.

En esta desolación se encontró con algunos ministros del Señor que la tuvieron por descaminada, calificando por ilusiones sus visiones y revelaciones, y juzgando las maravillas que su majestad obraba en ella y por ella embelecos diabólicos y su padecer embulle y así, cuando mucho la oían una breve reconciliación y la apartaban de sí, cerrando los oídos a los prodigios de Dios y a las tormentas conque la traía acosada el infierno. Era esta disposición especial de Dios que para su ejercicio permitía fuesen como los malos médicos, que sin oír al enfermo sin tomarle el pulso ni ver los otros indicantes de la enfermedad oculta, recetan emplastos[393] y otras medicinas dejando al doliente desabrido sin remedio y sin esperanzas de salud. Eran como los jueces que absuelven y condenan sin oír a las partes ni leer lo procesado, pues querían curar las congojas y penas del alma sin oírla, querían aprobar y dirigir su espíritu sin dar lugar a que se desahogase el alma, diciendo lo que podía ser del demonio o de Dios lo que podía ser vicio o virtud, lo que podía ser descamino o acierto. Porque todo lo desordenaban con decirla:

> Haré oficio de su padre espiritual con tal que no me ande en lamentaciones, ni me gaste el tiempo en historias diciendo qué vio, oyó y sintió, porque yo no me entiendo con esos engaños, sueños, fantasías y delirios de cabeza: lo que hemos menester, los dos es de su parte una breve reconciliación y de la mía una dirección más corta.

Con dichas y semejantes palabras quedaba acobardada y como cortada porque en las dudas y confusiones no podía por sí resolverse ni los

393 *emplasto*: «preparado farmacéutico de uso tópico» (DRAE).

hombres quería oírla y gobernarla, conque andaba como el sediento que teniendo a la boca el agua no puede alcanzarla.

Turbada andaba con extremo la sierva de Dios en esta larga y penosa tribulación, diciendo: «¿Qué haré? ¿Qué dirá? ¿A dónde me iré? ¿Qué determinación tomaré?». En esta suspensión y perplejidad se acogía a la caridad inmensa de su redentor, y arrodillada a sus pies le decía:

> Si es posible, Señor, pase de mí este cáliz de amargura. ¿Hasta cuándo ha de durar este tormento, este martirio y este infierno de ansias y congojas? Todos los cristianos redimidos con tu preciosa sangre hallan con facilidad pastores que los animen, dirijan y gobiernen yo sola ando como oveja descarriada y perdida sin maestro sin luz y sin camino, y así suplid, Señor, la falta de vuestros ministros y echad sobre vuestros divinos hombros esta afligida y desamparada criatura pues no será la primera que se vea sublimada en vuestros cariñosos brazos, acogida y asegurada en el aprisco[394] de vuestra soberana protección e infinita misericordia.

En este conflicto y amargo trance hacía el divino amante del que no la oía y la dejaba sin respuesta y sin consuelo, conque se veía obligada a volver a buscar y andar mendigando algún alivio de sus vicarios y ministros, y la sucedía lo que experimentó el mismo Cristo[395], cuando desamparado de su Eterno Padre se llegó por tres veces a sus discípulos para consolarse con ellos y hallándolos entregados a un profundo sueño, no consiguió el alivio, porque no se consuela Dios con gente dormida. Y así se volvió al lugar de la oración, donde compadecido el padre de ver tan atribulado a su unigénito Hijo, determinó enviarle un ángel que le confortase y con esta confortación prosiguió nuestro redentor orando, hasta que puesto en agonía como se nos dice en el Evangelio, sudó sangre con tanta abundancia que llegó a regarse y fecundarse con ella la tierra en testimonio y prueba de la grande aflicción y congoja que aprensaba su corazón. A que aludió la otra alma santa, cuando llamó a Cristo racimo de uva[396], porque así como este entre dos prensas apretado se hace bocas para despedir de sí todo el licor que en sí encierra,

[394] *aprisco*: «paraje donde los pastores recogen el ganado para resguardarlo de la intemperie» (DRAE).

[395] En el Huerto de los Olivos.

[396] *Cantar de los cantares*, 7, 9.

así se abrieron todos los poros del divino cuerpo para derramar por los hombres ingratos toda su preciosa sangre.

Corrida de los confesionarios Catarina y recogida en la oración, hundida toda en el conocimiento de su flaqueza e indignidad, se le representaba la grandeza de Dios tan majestuosa que, confundida el alma y espantado el corazón, se resolvía este llanto y se deshilaba por los ojos y por los poros en agua. En estas mortales angustias y apretada agonía la dictaba el divino poder que le buscase por sus vicarios y ministros si quería experimentar su benigna omnipotencia y, llevada de este soberano impulso, volvía a visitar los confesionarios hecha un mar de amarguras viendo que no hallaba arcaduces[397] para recibir los influjos del cielo ni instrumentos con que beber el agua que le brindaba su divino amante. Pero solicitando este favor tierna, fervorosa y constante, penetraba los cielos con lágrimas y suspiros tiernos y obligaba al creador mirase con ojos de misericordia por su criatura y respondiese a sus amorosas quejas, consolándola en su amargo llanto, animándola en sus tribulaciones y confortándola en sus desfallecimientos, si bien la dejaba el Señor siempre suspensa en una vida de esperanzas, ya con semejanzas, ya con señas, ya con voces: «Espera hija, la decía, que yo te daré quien te oiga y aliente, mas no dejes de buscarle». «Sí, buscaré, Señor», respondía su sierva, «que ya conozco mi indignidad y que es justo cueste mucho lo que vale mucho». Con estas ansias de hallar a Dios en sus ministros andaba hecha un Argos[398], asomando los ojos del alma por cualquier claraboya que le abría la divina misericordia, y hallándose muchas veces sin resquicio por donde se le pudiese comunicar una pequeña luz, se solía salir de nuestras iglesias y se iba por las otras a buscar a su soberano esposo de donde la volvían los santos y ángeles, la Santísima Virgen o el mismo Señor, diciéndola que no se apartase de los templos de su Compañía. Pero siempre la dejaban con la espina de la dilación que la obligaba a clamar a su redentor diciendo:

> ¿Hasta cuándo, Señor, me quieres traer descarriada y afligida sin dar paso en tu servicio, llena de dudas y confusiones? Pues sabes que a ti solo amo, quiero y busco.

397 *arcaduz*: cangilón, vaso de una noria que se llena y vacía de agua; caño de agua.
398 *Argos*: gigante con cien ojos, ya anotado.

Y respondiéndola el divino Esposo con favores y beneficios, la decía ordinariamente: «Espera, confía, déjamelo a mí que sé el tiempo y el cuándo».

# CAPÍTULO XII
# PROSIGUE LA MATERIA DE SU PACIENCIA EN EL EJERCICIO DE MUCHOS CONFESORES Y DE LO QUE PADECÍA CON LOS DEMONIOS EN EL CONFESONARIO

## I

*Varios motivos porque suele ocultar Dios a los confesores los secretos de las conciencias de sus penitentes*

Iba labrando Dios a golpe de martillo en el yunque del sufrimiento a nuestra recomendada Catarina, y así la dispuso el más sensible padecer en las manos de los confesores para que sus mismos pastores, padres y maestros fuesen el cuchillo que más cruelmente la hiriese. Para ponderar san Basilio lo intolerable del rigor con que castigó el sumo pontífice Pedro a Ananías y a su mujer[399], cuando cayó muerta a los pies del vicario de Cristo, exclama diciendo:

> ¿Quién se arrojará a los pies de un pontífice, que aun cuando se postre difunto no se levante vivo? ¿Quién a los pies de un padre universal granjeará misericordias? Pues a los pies del pastor de la Iglesia experimentar rigores, encontrar castigos y tropezar con la muerte: ¡Qué mayor muerte! ¡Qué más cruel castigo ni más triste rigor!

De los pies de un confesor a los de otro andaba la sierva de Dios como oveja descarriada y afligida sin hallar quien la apacentase ni comunicase alientos ni consuelos, porque los mismos pastores de la Iglesia eran los que aumentaban sus penas, acrecentando nuevas espinas de dudas, riesgos y temores. Algunos confesores tuvo que llevados inadvertidamente de alguna curiosidad o propia conveniencia en comunicar a una alma santa y prodigiosa (que cuando es grande la santidad y la luz dificultosamente se oculta sin traslucirse) se le ofrecieron por confeso-

[399] *Hechos de los Apóstoles*, 5, 5.

res y directores, y solía suceder esto en los tiempos que tenía padre y maestro que la guiase, permitiéndolo así el Señor para que se conociese que era tentación y no efectos del buen espíritu. Pero estos la duraban poco, la mortificaban más y la aprovechaban menos, porque como asistía la suma sapiencia en el corazón de Catarina como en cátedra o trono del divino ser Trino y Uno que penetra lo más oculto de los humanos corazones, la obscurecía el entendimiento y quitaba la memoria de todo lo que podía ser objeto de vana curiosidad y del amor propio, dándola palabras para explicar precisamente sus congojas, dudas, temores y confusiones que servían más para espinar y desabrir que para recrear y regalar deseos y ansias de saber novedades, secretos y prodigios. Algunas veces se manifestó el Señor, tomando por instrumento la lengua y voces de esta su querida esposa, para la corrección de sus ministros. Uno que le introdujo a ser su confesor con deseo de que le hablase Dios por esta alma y le manifestase ciertos secretos futuros que deseaba saber y lograr para consuelo y quietud de su alma, me aseguró él mismo que estándola oyendo cosas muy ajenas de lo que el pretendía saber, reparó que suspendiéndose la penitenta por breve tiempo, haciendo un paréntesis en lo que estaba hablando, prorrumpió en unas palabras, que le atravesaron el corazón, y sirvieron de respuesta a su pensamiento, las cuales me refirió y fueron: «¡Válgame Dios! ¡Que me quiten la memoria para satisfacer a la curiosidad del que me oye! ¡Y que me la den fecunda y copiosa, para decir mucho de lo que no gusta!»

Vino cierto hombre docto desde México con cartas de uno de los que habían sido sus confesores para comunicar y consultar con esta sierva de Dios un negocio que le importaba. Llegando a ver a Catarina le dio las cartas, y antes de recibirlas le dijo:

> Yo no recibo cartas que no hayan pasado por el registro del padre que me gobierna. Así vayan primero a él, que si fuere conveniente su reverencia me dirá lo que en ellas se contiene y sepa vuestra merced que yo soy una bozal e ignorante bestia, que nada sabe, vale, ni puede.

Le dijo entonces: «Pues confiésese conmigo y con el secreto de la confesión me dará la respuesta que alcanzare, y que Dios la alumbre», y para moverla más, la significó cómo era doctor de la universidad y hombre docto, que había enseñado y practicado la teología mística y escolástica. A lo cual respondió la sierva de Dios: «Yo, Señor, no entiendo esas

voces de teologías ni atiendo más que a obedecer al confesor a quien fío mi conciencia y me absuelve de mis culpas». En otras ocasiones, estando a los pies de semejantes confesores la daba Dios memoria de tantas cosas juntas, la dotaba de tal velocidad en la pronunciación y de tanta copia de metáforas, símiles y enigmas muy difíciles de entenderse, que en poco tiempo se hallaba el pobre confesor entre admiraciones, con tanta muchedumbre de especies, que deslumbrado con la multitud de las luces no podía digerirlas para ordenarlas ni distinguirlas para entenderlas. Y si se valían de penitencia preguntándola lo que había entendido, les respondía: «Cuando se me comunicó esta luz se me comunicaron también las inteligencias de las cosas, pero como pasó la luz pasó también el conocimiento y faltó la memoria de la significación».

Esto de no entender los confesores lo que les comunicaba era una singular y terrible pena para el alma afligida que tenía puesta toda su seguridad, en que tuviesen los que la gobernaban, inteligencia y conocimiento de su conciencia, y de lo que pasaba por su atribulado espíritu. Todo esto parece que convenía sucediese así para mayor martirio de esta esclarecida virgen, para confusión de la curiosidad que suele ocasionarse de una incauta inadvertencia de los confesores y para que los alivios que el Señor daba por las voces de esta escogida esposa fuesen mejor recibidos, porque como los avisos y enseñanzas de Dios son verdades y desengaños, y estos sean tan enojosos y aborrecibles a los humanos ojos, uniendo disfrazados con el sainete de lo que más se suele gustar, se introducían más fácilmente en los oídos de los que la escuchaban. Por este fin, dice Oleastro[400], predicaba el divino preceptor en parábolas, y enigmas, pues conociendo con su sabiduría infinita cuán de mala gana lleva el hombre oír la verdad, cuán mal semblante pone al desengaño, cuánto tuerce el rostro a la enseñanza y siendo, por otra parte, tan importante la verdadera doctrina les disfrazaba esa píldora y envolvía esa purga en gustosas alegorías para que ya que no querían ver a la verdad la cara, la admitiesen disimulada con la máscara o cara de mentira. Finalmente se manifestaba Dios en su sierva con enigmas y parábolas, porque no era conveniente que sus secretos estuviesen patentes a la humana curiosidad, sino muy ocultos y sellados hasta el tiempo oportuno, porque con tanta variedad y muchedumbre de confesores manoseados los extraordinarios favores pudieran deslucirse, y escondidos conservarse y llegar

[400] Jerónimo Oleastro, predicador y teólogo. Una colección de obras escogidas apareció en Lisboa en 1556.

al crecimiento que había determinado la omnipotencia. Así se maduran las preciosas perlas y margaritas congeladas en el nácar y concha, y así el oro en los escondidos minerales de la tierra, porque si estos estuviesen expuestos al sol y al agua perderían su valor, preciosidad y lustre.

Se encontró en una ocasión Catarina con cierto padre espiritual, que movido de la opinión de su santidad y de lo que experimentó en los primeros días de su actual magisterio, la dio un peso de limosna pidiéndola que lo encomendase a Dios; lo recibió Catarina porque ya vivía a la providencia mirando a sus confesores con el amor filial de hija a sus padres, pero al confesor le sobrevino dentro de pocas horas una terrible tentación envuelta en un importuno pensamiento de que quizá esta china santa se hacía santa, siendo embustera para que la diesen limosna y que no sería la primera, pues están llenas las historias de mujeres y hombres que han profesado como de oficio el trasportarse en sus casas, en las ajenas, en las iglesias y aun en las calles diciendo que palean el uno y el otro mundo y que ven las ánimas de los muertos, certificando que están en tal o tal lugar y que volarán al cielo si se les hacen estos o aquellos sufragios, lo cual pide que preceda rigoroso examen a su crédito porque suelen ser apariciones de los demonios, ya para desacreditar a los difuntos, ya para sembrar confianzas vanas en los pecadores y ya para engañar a los que gustan de ver y oír estas cosas extraordinarias, si no es que digamos que lo fingen como se puede presumir, cuando llevan algún interés por ello, pues hay personas tan ignorantes y fáciles de ser engañadas, que por saber dónde están las almas de sus maridos, hijos y deudos andan regalando todo el año a semejantes personas que hacen granjería de la exterior y aparente santidad.

Con esta importante doctrina, digna de toda ponderación, combatía el infierno al dicho padre espiritual, que batallaba por echar de sí la tentación, pero ella persistía con tal pertinacia que lo traía inquieto, turbado y sin sosiego. En esta lucha tan desabrida clamó y pidió el divino socorro por los méritos de su penitenta. Y le respondió fiel por la misma, manifestando a la sierva de Dios la necesidad de su confesor, descubriéndola cuanto pasaba en su interior y sangrienta batalla y, juntamente la dijo que fuese y le dijese lo que la darían cuando se viese con él. Salió de su casa Catarina como llevada de este impulso y voz, y hallándose con brevedad en la portería de la comunidad donde vivía su director y llamándolo, le dijo sin saber lo que se decía y le hacían decir fuera de sí, según parece:

> ¿Qué china, qué santa ni embustera? Tome vuestra merced su peso que yo no trato de engañar a nadie ni he menester su limosna y sepa que tengo muy buena sangre en estas venas, aunque parezco y me tienen por china.

Se turbó el confesor con este caso tan inopinado[401], se resistió turbado a recibir el peso, por más que instaba la sierva de Dios para que lo tomase y guardase. En medio de estas instancias y resistencias lleno de vergüenza y confusión estaba como suspenso y admirado el padre limosnero ponderando el camino por donde esta mujer hubiese conocido el pensamiento, que no había hablado ni aun consigo mismo. Le rogó finalmente que retuviese el peso y que le perdonase si la había ofendido en algo. Y entonces la sierva de Dios le sonrió, lo consoló y se arrojó a sus pies diciendo:

> Yo no sé lo que he dicho a vuestra merced, pero conozco que soy una fiera e indómita bestia; si he pronunciado alguna voz que no debiera no la mire como cosa mía, sino de Dios, que por este camino ha querido librarle de la tentación que le molesta.

Y fue así que desde aquella hora se desvaneció el pensamiento importuno que le afligía y quedó muy agradecido a Dios y a su sierva, que se confesó con él mismo mucho tiempo y logró este con su comunicación muchos favores y regalos del cielo, dando por muy bien empleado el peso, el susto y la reprehensión o aviso eficaz que le libró del infernal pensamiento con que le combatía el infierno, tomando por instrumento a esta sierva del Señor, sacándola de sí para que dijese palabras que parecían ajenas de su modestia con su divino impulso, como en otros muchos casos, que la sucedieron y se leerán en la historia, los cuales debemos atribuir a Dios por los efectos de mayor humildad, caridad y otras virtudes que se experimentaban, como se puede advertir y ponderar en el caso propuesto.

[401] *inopinado*: «que sucede sin haber pensado en ello, o sin esperarlo» (DRAE).

## II

### *Prosigue la misma materia y varias trazas con que el infierno procuraba apartarla de sus confesores*

De estos y otros casos semejantes se originaban y crecían en el pecho y corazón de Catarina otras mayores penas y tormentos por la contrariedad y diversidad de los juicios y pareceres de sus directores. Y valiéndose de la ocasión el común y cruel enemigo que siempre anda a la vista como león sangriento y rabioso[402], añadía su cuña de hierro o bronce aumentando las congojas y ansias en que palpitaba el afligido corazón de nuestra Catarina, avivando las representaciones y tristes imaginaciones de que vivía descaminada, engañándose a sí y engañando a los confesores, y multiplicando varios consejos y razones propias de su refinada malicia, la procuraba inducir a que desistiese de buscar confesores, pues no querían los unos oírla, los otros la despreciaban y todos se aburrían de sus embustes. Pero cuando andaba más vivo el combate y la tribulación más encrespada, venía el ángel del gran consejo[403], como acá mejor san Telmo[404] de su corazón turbado, el Señor, y con su divina presencia desvanecía las espesas tinieblas en que la tenía aprisionada el infierno y con pocas palabras suplía las muchas que pudieran y debieran decirla los confesores. Finalmente la solía dar otro padre espiritual que la duraba por algún tiempo, oyéndola, consolándola y comunicándola alientos para la perseverancia, mas estos mismos señalados de Dios la servían también de espinas, no pudiendo gozar de su asistencia sin zozobras y angustias porque algunas veces, se encontró con algunos sacristanes y porteros tan desabridos e indigestos que se enfadaban de tanto llamar y buscar confesores, y se desenfadaban despidiéndola con desabrimiento para que no volviese a ocuparlos. Portero hubo que viéndola en la portería la despachaba luego, diciendo, «vaya y rece un rosario de quince misterios en la iglesia mientras aparece el confesor» y a su voz iba la pobre obediente a rezar lo que se la había encargado y volvía humilde a

[402] comp. *I Pedro*, 5, 8: «el diablo, como un león rugiente, ronda buscando a quien devorar».

[403] ángel del Gran Consejo: ya anotado; expresión que Isaías aplica a Cristo.

[404] *San Telmo* (1190-1246): patrón de los marineros. Se creía que se manifestaba en forma de luz fosforescente en los palos de los barcos para anunciar el fin de las tormentas: de ahí san Telmo viene a significar el que acude a salvar a alguien.

rogar que se le llamasen, pues había rezado el rosario y el segundo buen despacho era decirla «vaya, y rece otros dos y oiga tantas misas, que aún estará ocupado». Iba y volvía la afligida virgen y la volvían a enviar a la iglesia sin consuelo. Y en estas idas y venidas se gastaban las mañanas y tardes enteras sin poder hablar al piloto que gobernaba su atribulado espíritu, tan conforme con la voluntad de Dios que no se le oía otra palabra, que el: «Hágase la voluntad del Señor, así lo quiere o permite su Majestad porque no soy digna de tanto bien, pues cúmplase en todo su divino querer». Y al encontrarse con el confesor le decía «lo que mucho vale mucho cuesta, bien empleado trabajo por tal dicha».

Cuando faltaban estas dificultades concurrían otras, permitiéndolo así el Altísimo, para mayor ejercicio de la paciencia de su querida esposa y trazándolo con sus malignas astucias el infierno envenenado, que parece empleaba toda su habilidad y malicia en ocupar, divertir e impedir a los padres espirituales, con quienes sentía paz, quietud y consuelo esta afligidísima alma. Y cuando los confesores se ponían en el confesonario atropellando con ocupaciones, venciendo repugnancias y rompiendo las infernales prisiones solo por ver, consolar y animar a esta perseguida oveja de Jesús, la impedían a ella y la baldaban[405] de suerte que no podía vestirse ni aun menearse para salir de su casa a la iglesia, hasta que veían que el confesor cansado, aburrido y desesperado de emplear su caritativo celo se salía del templo porque ya entonces la dejaban las potencias ejecutivas libres para entrar en él, persuadiéndola que el confesor se había disgustado y que la había de echar de sí con desprecio y sentimiento, y así que no le llamase si no quería experimentar su justo enojo, irritado con tantos desaires, burlas y engaños. En estas cotidianas batallas salía la gracia del Señor victoriosa porque venciéndose a sí Catarina, arruinaba los poderíos del infierno, respondiendo a Lucifer que si ella había disgustado y agraviado al ministro de Dios, faltando al respeto y atención que se le debía, justo era el llamarle para pedirle perdón y satisfacerle con la imposibilidad inopinada y violenta que la había sobrevenido. Por este motivo y porque la humillase más su padre espiritual agenciaba se le diese noticia de que le estaba esperando en el confesonario donde inspirado de Dios, acudía él puntual con entrañas de padre celoso del bien de su hija, como experimentado en esta sangrienta, aunque disi-

[405] *baldar*: «dicho de una enfermedad o de un accidente: Impedir el uso de los miembros o de alguno de ellos» (DRAE).

mulada guerra de las aéreas potestades[406], procurando templar y sosegar la turbación en que andaba ahogada el alma.

En otras ocasiones que por beneficio de los ángeles de una y otra parte, y la voluntad de Dios, a que no pueden resistir los príncipes del tenebroso abismo, se hallaban en la iglesia el confesor y penitenta, aun no desistía la infernal obstinación de inventar ardides y trazas para impedirles esta santa y católica comunicación, porque inducían y provocaban sin ser sentidos a las demás criaturas, se fuesen a confesar donde asistía Catarina para que el concurso amontonado sirviese de estorbo a la penitenta para desahogar su pecho y a su padre espiritual le faltase tiempo y paciencia para oírla, consolarla y dirigirla. De este ardid, que por las circunstancias que concurrían constaba ser manifiestamente diabólico, se valía Dios para mayor confusión y ruina del infierno, aunque con alguna costa de paciencia en el confesor y en su penitenta Catarina, porque su Majestad disponía los corazones de suerte que las almas que venían a ser azar y estorbo se aparroquiaban[407] en el confesonario, donde la sierva del Altísimo acudía constante todos los días y como si su virtud fuese pegajosa en breve tiempo parecía el concurso del dicho confesonario al de un convento de religiosas, a un coro de serafines o a un ejército de Catarinas vírgenes y católicas amazonas, incontrastable a todo el soberbio poder de los rebeldes y obstinados príncipes del infierno, que saliendo a su oposición se retiraban confusos, vencidos y avergonzados. En confirmación de esta verdad pudiera trasladar aquí los pareceres y sentimientos de algunos de sus confesores. Valga por todos, lo que oí repetidas veces al padre Ambrosio Odón, nuestro provincial actual, de quien tengo hecha mención particular en esta historia, que decía con ciencia y experiencia:

> Quien quisiere tener en su aprisco o confesonario muchas almas prodigiosas, y predestinadas a extraordinaria virtud y gloria, alcance de Dios ser confesor de nuestra recomendada Catarina, porque la experiencia enseña que este es señuelo suficiente y eficaz medio para conseguir el intento.

De otro medio más violentó se valía Lucifer, viendo frustrados todos los insinuados y era el más conforme a su soberbia oscuridad, y contu-

[406] *aéreas potestades*: los demonios, que se creía se mantenían sobre todo en la región del aire.

[407] *aparroquiaban*: «hacerse feligrés de una parroquia» (DRAE).

maz[408] ceguera, porque algunas veces transformaba a los materiales ojos, lesa[409] imaginación y turbado conocimiento de esta inocente y prudentísima virgen, la voz y rostro de su confesor en el de otro hombre, fiera o monstruo espantoso; otras veces se lo hacían invisible y muy frecuentemente se le representaba el confesonario como un monte Sinaí o un volcán vestido de fuego, de negro humo, de intrincadas y espesas nieblas o de nubes densas y caliginosas que servían de oscuro aunque transparente velo a horrorosos truenos y relámpagos y a todos los ejércitos precitos armados de horribles instrumentos de guerra y animados de contumaces terquedades para espantarla, atemorizarla e impedirla el paso al tribunal de la misericordia en los pies del vicario de Jesucristo. Menos asombros bastaron para que el israelítico pueblo espantado de ver a su verdadero Dios en una nube tenebrosa[410], obscura y espantosa, dijese a su caudillo Moisés: «Si Dios nos habla, atemorizados hemos de caer muertos, háblanos tú y te escucharemos de buena gana». Pero estas obscuras, caliginosas y horrorosas nieblas, aunque eran bastantes para acobardar y aterrar la parte inferior del alma de Catarina y no llegaban a lo superior y empinado de su espíritu a quien hacia sombra y servía de lucida y resplandeciente nube el divino ser Trino y Uno, con todo su absoluto poder embozado en una sabrosa y amable luz, a cuyos resplandores se deshacían las fantásticas e infernales humaredas y se confortaba juntamente el alma para poder sujetar al animado cuerpo que venciendo al parecer imposibles, atropellando demonios y burlándose de sus poderíos, se postraba humilde y valeroso a los pies del confesor, donde se continuaba y aun renovaba con más coraje y calor la batalla, porque al paso que los espíritus rebeldes se veían vencidos y frustradas todas sus trazas por una flaca mujer auxiliada de la divina gracia, se enfurecían soberbios y vengativos procurando sañudos despedazarla y consumirla. Pero como el alma se hallaba al lado del ministro de su Dios, con fe viva de que era su voz, su vicario y que tenía sus veces y poder para ampararla y defenderla de todos sus enemigos invisibles, es indecible la constancia con que peleaba y la valentía con que salía de los combates victoriosa, ofreciéndose a nuevas luchas al Todopoderoso, diciéndole:

[408] *contumaz*: «rebelde, porfiado y tenaz en mantener un error» (DRAE).

[409] *lesa*: «dicho del juicio, del entendimiento o de la imaginación: Pervertido, turbado, trastornado» (DRAE).

[410] *Éxodo*, 19, 16.

> Si es vuestra voluntad, Dios y Señor mío, que yo viva una vida tan miserable y penosa que merece el nombre de una guerra cruelmente porfiada y sangrientamente combatida, ponedme al lado de uno de vuestros vicarios, que con tan esforzada ayuda y tan fuerte escudo, a nadie podré temer, aunque de mano armada venga contra mí conjurado todo el infierno, pues cuando más rabiosas y sangrientas me acometan las furias infernales y me embistan embravecidas, yo segura con vuestro amparo y alentada con la voz de vuestro ministro los postraré animosa y los toleraré constante, hasta rendir la vida y mil vidas que tuviera en defensa de vuestra ley y en testimonio de que no hay poder contra vuestro poder inmenso.

Todas estas deshechas borrascas[411] y violentos asaltos tenían por fin el impedirla dar cuenta de su conciencia al que la gobernaba, y siempre resplandecían los triunfos de la gracia en la constante perseverancia de esta valerosa amazona, pues no dejaba el puesto ni desistía de su intento hasta que retirados cobardes los contrarios cumplía con la obligación de manifestar enteramente cuanto pasaba en los secretos de su corazón. Eran para ver y admirar estas extraordinarias y fuertes luchas en que daba Dios larga permisión a los ejércitos obstinados para emplear todo su poder y desahogar su rabiosa ira contra esta escogida esposa de Cristo e hija del gran patriarca y capitán de Jesús, san Ignacio, menos en lo que pertenecía a la vida del cuerpo y del alma, que estaban a cargo de su omnipotencia. Los confesores que en el tiempo de esta larga y sangrienta guerra la asistieron, percibían con todas sus potencias y sentidos los estruendos de la infernal y bárbara batalla en que pretendían acabar con el cuerpo y rendir el alma, y para explicarlo no hallaba otra más propia comparación que la de un infierno con toda su crueldad, confusión, rebeldía y maliciosa astucia. No quiero poner aquí más clara individuación por haber insinuado ya lo bastante en el capítulo trece del primer libro, pero mucho más admirable y prodigioso era el ver la valentía con que el espíritu de Catarina atribulado y combatido se resistía y defendía. Por las mismas voces que pronunciaba en lo más sangriento de la refriega se ostentaba el ejército de los actos virtuosos con que se escudaba y ofendía a los enemigos soberbios, aterrándoles con la grandeza de su fe, con la firmeza de su esperanza, con lo ardiente de su amor, con lo profundo de su humildad, con lo invencible de su paciencia y con lo sumo de su constancia y resignación en la voluntad de Dios. No resplandecía

411 *deshechas borrascas*: fuertes tormentas.

menos la divina Sapiencia en dar a sus ministros fuerzas, aliento, perseverancia y poder para refrenar y reprimir a las huestes infernales, porque con su arrogante furor pretendían desflemar envenenados su rabia en ruidosos alborotos, para causar entre las criaturas nota, escándalo, contrariedad de discursos, temerarios juicios y aun testimonios falsos. Estos no son efectos del espíritu de Dios sino del diablo. Por eso las que fingen demonios con nombre de beatitud y hábito de honestidad se valen de la traza de maldecir, blasfemar, romperse el manto y aun el rostro, haciendo otras acciones bien notables y escandalosas en los concursos de las criaturas, con que se pierde el respeto a Dios, a sus ministros, al templo y a los confesionarios, con el pretexto de que el demonio es el culpado y ellas inocentes por falta de libertad y juicio. Pero si estas no son verdaderamente arrepticias[412] en los cuerpos lo serán en las almas. Y muchas se han conocido y se leen a cada paso en los autores que han ordenado toda esta diabólica ficción para conseguir los fines de las impetuosas olas, que levantaban en su corazón sus desordenados apetitos y pasiones desenfrenadas.

## III

### *De otros medios con que procuraba el infierno apartarla de la obediencia y cuán fiel amigo tenía en Dios para la perseverancia*

No sabía el infierno qué hacerse para combatir y destruir esta prodigiosa mujer que por instantes se burlaba de sus trazas y astucias, debilitaba sus fuerzas y les rompía la cabeza. Todas las furias infernales andaban alborotadas y divididas en conciliábulos y juntas de malignidad y discordia, y aunque no les valían sus ardides, malicia y poder, persistían rebeldes en perseguirla con esperanzas de que su obstinación y pertinacia había de triunfar del valor y constancia de esta alma querida y favorecida del Altísimo. No es creíble y mucho menos ponderable, la rabiosa crueldad con que la turbaban, afligían y contristaban obligándola a temer el peligro en la seguridad con manifiestos riesgos de engaños e ilusiones en el mismo real camino. Pero en lo que más cargaban la mano era en ponerla horror al comunicar las cosas de su conciencia con los confesores, que es lo que más siente y teme este príncipe de las

[412] *arrepticias*: endemoniadas.

tinieblas, por conocer la luz y potestad que tienen los ministros de Dios para gobernar con acierto, dirigir y sosegar las olas más encrespadas y tempestades soberbias que suele levantar en los corazones de las almas atribuladas. Para conseguir este su depravado intento, se valía de motivos que tenían apariencia de virtud, como era el decirla que se dejaba llevar de la vanidad con el crédito y aplauso de sus confesores a las maravillas que obraba Dios en su alma. Y cuando veían que esta tentación se desvanecía con el desprecio, la combatían por otro lado con razones contrarias, y no menos maliciosas, representándola como imposibles los favores, luces y tesoros que la franqueaba el liberalísimo y divino amor, avivando para este fin el conocimiento de su indignidad y debilidad de su naturaleza despreciable e incapaz de recibir en sí tan soberanos beneficios. Amontonaban en su imaginación y memoria las faltas pasadas, las imperfecciones presentes y aun las fingidas y aparentes de toda su vida llena de tentaciones, ilusiones y cercada de asechanzas de enemigos astutos y crueles. Con este ardid y la pertinacia de sus persuasiones, pretendían hacerla creer que engañaba a sus confesores y que ella y ellos se condenaban. Y aunque con estos importunos y continuados combates no la hacían perder pie en el mar inconstante de la humana naturaleza, por la asistencia y protección de la omnipotencia a quien los mares y vientos obedecen, causaban empero en Catarina un temor tan crecido de condenarse y ofender a su Dios que bastara a quitarla la vida la amargura de este dolor, con el deseo ardentísimo de conservarse en la amistad y gracia de su creador, si Dios no templara el rigor para conservarla.

En este océano de penas, dudas y temores venía al tiempo oportuno el divino amante, causando tranquilidad en el corazón de su querida esposa ordenando los desordenados temores, desvaneciendo la tempestad e infundiendo en la afligida alma tanta serenidad y sosiego que experimentaba agradecida. No la quería el Señor para esclava atemorizada sino para hija amorosa y para su regalo y delicias. Algunas veces deshacía su Majestad estas borrascas con solo su apacible y amorosa vida, dejándose ver de esta su sierva con representaciones de padre, pastor y fino amante. Otras veces con palabras significativas de su absoluto poder la aseguraba el camino por donde la guiaba, prometiéndola sus auxilios y favores contra las asechanzas de sus rebeldes y obstinados contrarios, empeñándole para su mayor seguridad, puesta la mano en el pecho, su indefectible y real palabra, y la firmeza de su inmutable amor con que la amaba y quería. Otras veces, con imperiosas voces quietaba el mar albo-

rotado de la turbación cuando parecía que estaba a pique de sumergirse su afligido corazón cual fluctuante navecilla batida de procelosas ondas de amargura y combatida de los furiosos vientos de la tentación. Finalmente solía causar el divino poder serenidad en su triste y angustiada alma, con nuevos y muy singulares beneficios, comunicándola sus soberanos dones y tanta luz que, como arrebatada de las tinieblas, se hallaba en un cielo de consolación y gozaba excesos del divino amor y efectos de su omnipotencia con tanta seguridad que se veía totalmente quieta y en una apetecible como inexplicable tranquilidad, semejante a la que experimentó el apóstol san Pedro cuando absorto de tanta gloria y arrebatado del sabroso y nunca visto espectáculo de aquel resplandeciente Sol de Justicia, Cristo quiso elegir albergue y alojamiento perpetuo de su descanso en el monte Tabor donde se miraba gustoso y libre de las tormentas del tempestuoso mar del mundo y de los enemigos visibles e invisibles que las causaban soberbios y las continuaban contumaces.

Estos regalos y aseguraciones del creador que gobernaba con especial asistencia a su amada y escogida criatura, al paso que eran repetidos y desacostumbrados, volvían a abatir su corazón y a humillarle hasta lo más ínfimo del polvo y el no ser de la nada, de donde nacían nuevos cuidados y recelos de su peligro, porque la omnipotencia se mostraba tan sabia como poderosa, pues asegurándola por una parte, por otra despertaba en su alma los temores y riesgos de la caída, conque no la dejaba levantar de su conocimiento y humillación de manera que nunca la faltó hasta la muerte este ejercicio, esta cruz o está prensa, en que vivía su corazón temeroso de si iba bien o iba mal, si sería engañada, si perdería la gracia y amistad de su Dios, si sería el paradero de su larga peregrinación el cielo o el infierno. Aumentaban cada día estos sustos y sobresaltos con la publicidad que incautamente causaban tal vez las acciones humanas que permitía la divina Providencia por sus altos fines y para que sirviesen a su querida esposa en medio de los cuidados y deseos de ocultarse a las criaturas, de pena sobre pena y dolor sobre dolor, que la obligase a recurrir continuamente al poderoso brazo de la omnipotencia que nunca o raras veces, y por poco tiempo la libraba de estos temores, si bien se los ordenaba y templaba por sí, por sus ángeles y por sus ministros para que no la impidiesen subir a lo más perfecto y encumbrado de la perfección, desordenados por la maliciosa astucia de los enemigos rebeldes que por sí y por medio de los hombres pretendían atemorizarla y reducirla a dejar el camino de la virtud en que perseveró

fervorosa, reduciendo todos los miedos o temores que se originaban del conocimiento de su humillación, de su fragilidad, de las asechanzas y hostilidades enemigas a un amor filial de no disgustar a su querido Esposo, procurando amarle y servirle por su suma bondad, sin atención al premio y castigo de su misericordia y justicia infinita.

En otras ocasiones procuraban los bulliciosos monstruos herir y lastimar su afligido corazón con los temores y miedos del santo Tribunal de la Inquisición, juntando con las pintadas representaciones que formaban en su imaginativa embustes, chismes y falsas noticias, que llegaban a sus oídos por medio de las criaturas provocadas de los mismos enemigos de la verdad y padres de mentira, aunque encubiertos y disimulados en las lenguas y testimonios humanos, y con más especialidad y frecuencia en los juicios y fácil natural de las mujeres, que por el vano crédito de que las tengan por gente que discurre, alcanza y sabe, o que son personas a quienes se fían secretos de esta y de la otra vida, fingen resueltas lo que no han oído ni visto, y aun lo mismo que oyeron lo cuentan desnudo o tan aumentado de las debidas circunstancias, que en la realidad y verdad son mentiras, embustes y falsedades originadas de una osadía ignorante o de una refinada malicia. Pondré un ejemplo para explicarme. Se le perdió un día el rosario a Catarina con que rezaba en la iglesia y buscándole entre las personas que estaban cerca, se encontró con una señora que le dio el suyo diciéndola: «Reza Catarina con este y quédate con él, que yo tengo otro y no me hace falta». Agradeció la sierva de Dios la liberalidad con que le ofreció la dicha señora el rosario y pidiendo al Señor pagase a su bienhechora esta cortés atención, una de las mujeres que la cercaban oyó las voces de rosario, señora y dio, y de estas tres palabras formó, y divulgó en los estrados esta proposición: «Catarina tiene un rosario que la dio la Señora, enriquecido con muchas indulgencias y privilegios». De aquí se siguió un disturbio e inquietud entre las personas piadosas y fáciles en la credulidad porque por la señora entendieron la Santísima Virgen y suponiendo que había sido dádiva suya, no pusieron dificultad en que el rosario fuese muy privilegiado, y quizás por eso la hurtaron a la sierva de Dios muchos, y la trocaron otros creyendo algunos que interesaban por estos medios el tener una dadiva de la princesa de los cielos. Pero en la verdad toda esta ligera devoción y piedad se funde en una falsedad porque la autora de este soñado beneficio, con buena o mala intención, quitó y añadió palabras al dicho de Catarina, porque ella no dijo que la Señora, sino que una señora le había dado el

rosario, y la que mudó o quitó la palabra una añadió la riqueza y tesoro de los privilegios en este tan fantástico rosario.

Menos circunstancias bastaron para que el evangelista san Mateo calificase de testigos falsos a los otros dos que testificaron habían oído decir que Cristo destruía o que podía destruir el Templo de Dios y reedificarle o levantarle dentro de tres días, siendo así que las palabras del Señor significaron que ellos destruirían el templo y que él mismo lo repararía. Y por haber mudado y añadido palabras, y por haber torcido el sentido, aplicando al templo material lo que el Salvador decía de su cuerpo, merecieron justamente los dos perjuros el nombre de testigos falsos. Por eso el Evangelista volviendo por[413] el divino maestro, hizo pública en el mundo la falsedad de sus enemigos y en el caso que dejo propuesto volvió la infalible verdad por su querida esposa, disponiendo con su providencia que apareciese el rosario perdido y que el que le habían dado se volviese a la señora que con liberalidad caritativa se le había ofrecido, y publicándose en los estrados donde se divulgó el engaño y la verdad, se arrepintieron todas de su fácil credulidad sin que hubiese alguna que se confesase autora del chisme, porque sería quizás de aquellas que esconden el rostro para hacer mal, que ocultan la mano para tirar la piedra y con un «dicen», extienden sus invenciones para inquietar y alborotar las ciudades y reinos. De semejantes chismes y falsedades se valía el infierno para atemorizar a nuestra Catarina cuando estaba en oscuridad y desamparo. Pero cuando estaba en luz y claridad, fácilmente los ahuyentaba diciendo:

> Idos, malditos, con vuestras marañas y embustes, que yo no temo que me abrase y convierta en cenizas el fuego de este mundo, porque más merecen mis culpas. Penas y dolores que han de tener fin no pueden ser muy grandes; lo que sí temo es que me chamusquen en el fuego de vuestro centro, que quema y no consume y así es fuerza que cause un dolor y padecer eterno.

[413] *volviendo por*: volver por alguien es defenderlo.

## CAPÍTULO XIII
## PROSIGUE LA MATERIA DE SU PACIENCIA EN EL DESEO DE TENER UN SOLO PADRE ESPIRITUAL Y LO QUE LA COSTÓ EL CONSEGUIRLO

### I

*De la conveniencia y necesidad de maestro en el camino del espíritu y porqué difirió Dios está felicidad por mucho tiempo a su sierva*

Inclinaba, instaba y movía con eficacia el divino maestro a su querida discípula Catarina que le pidiera y no dejara de buscar una sola guía visible que la gobernase y dirigiese en la vida espiritual, en cuyas manos estuviesen resignadas todas sus acciones, quereres y placeres, sin fiarse de sí en lo poco ni en lo mucho, porque con esto padecería menos y aprovecharía más en el camino de la perfección. Que esta voz, este impulso y este dictamen fuese de Dios y muy conveniente, y aun necesaria su ejecución y práctica para proceder con seguridad en la vía del espíritu, lo apoya la experiencia, la razón y la doctrina de los santos: mi gran patriarca san Ignacio de Loyola dejó a sus hijos encargada repetidas veces esta doctrina en sus Cartas y Constituciones, porque advirtiésemos cuan necesaria era esta enseñanza para nuestro aprovechamiento y el de los prójimos, y la pudo leer el glorioso santo, en el angélico doctor santo Tomás donde dijo que el gobierno y monarquía eclesiástica tomaba ejemplar y modelo del gobierno celeste, que todo se reduce a una sola cabeza divina en cuyo nombre, poder y dictamen unos ángeles alumbran y enseñan a otros. Así gusta Dios que en la Iglesia Militante se reduzca a un todo el gobierno, y asimismo que enseñen unos hombres a otros y que no le pidan ni esperen el milagroso magisterio de los celestes paraninfos. Esta sierva de Dios caminaba en espíritu tan acompañada de este conocimiento y tan satisfecha de esta verdad, que en las frecuentes inspiraciones e ilustraciones del cielo, no se le oía otra respuesta a Dios, a sus santos y ángeles, que el decir:

> Yo no soy ángel, sino una pobre mujer expuesta a errores y engaños y he oído predicar machas veces que la voz de los confesores es voz de Dios y que el que los oye y obedece, oye y obedece a Dios, porque lo que hablan

> y dicen no lo dicen por sí, sino por el espíritu de la suprema Majestad que habla en ellos y por eso les he de obedecer hasta la muerte, sin gobernarme por mi juicio que como ignorante es fuente y maestro de errores.

Pero como estos eran tantos, tan varios y aun contrarios en sus dictámenes, la servían de mayor pena, dolor y tormento (como lo dejo insinuado en los capítulos antecedentes). Y ¿qué mayor pena, dolor y tormento se puede considerar ni qué trabajo más intolerable que verse un alma atribulada obligada a dar cuenta de todo su interior sucesivamente a muchos que no convienen entre sí en la doctrina, ni en el modo de enseñarla?, porque así como apenas se hallan hombres semejantes en los rostros, son también diferentes en los juicios y entendimientos. A que se añade su notable propensión a seguir lo contrario de los pasados o por novedad o por emulación, y esta pasión reina no solo en los extraños sucesores sino en los propios hijos y hermanos, porque la naturaleza pudo unir las sangres, pero no los juicios. Herédase tal vez el gesto[414] pero nunca el gusto, ¡oh, si esta connatural oposición se declarara contra los desaciertos! Mas solo en lo bueno y en lo heroico tienen algunos la imitación por cosa de menos valer, cuando en el vicio se compiten a porfía y en tropa se van encadenando ciegos. De aquí se siguen ruinas en los reinos, errores en las ciencias y mayor tribulación y muerte en las almas que en los cuerpos, pues deshacen los unos lo que tenían hecho los otros. Los primeros médicos y cirujanos, suelen hacer mayor la herida para descubrir el daño, los segundos, si son intrépidos, arrojados y presuntuosos la solapan, la enconan[415] o encanceran[416] y acaban con la vida del doliente. Por esto los enfermos cuerdos y sufridos quieren tener un médico cierto que les cure y los estudiantes que aspiran a saber un maestro fijo y firme que les enseñe, y sienten mucho mudar cada día médicos y maestros que les atrasen. Aun los árboles y flores, muchas veces trasplantadas, las vemos marchitas sin medra y si no se secan, viven a lo menos desmedradas y dan poco o ningún fruto. Lo mismo reconocemos en los espíritus andariegos, varios e inconstantes, que como ovejas errantes, andan cada día mudando pastores y pastos llevadas de su natural golosina, desordenados apetitos y antojos, las cuales si no se

414 *gesto*: rostro.
415 *enconan*: «inflamar, empeorar una llaga o parte lastimada del cuerpo» (DRAE).
416 *encancerar*: «dicho de una úlcera: Degenerar en cancerosa» (DRAE).

encuentran con lobos que las despedacen, viven peligradas y al riesgo de sus sangrientas uñas, cercadas de mil espinas que las roban con violencia la lana y desnudas de su precioso ropaje, las dejan frías en una piel pobre, fea y sarnosa.

Si alguna persona en el mundo mereció (mejorado a lo divino y sagrado) el renombre de la más constante mujer, se le debía entre las más señaladas de justicia a esta venerable y esclarecida virgen en la subordinación a sus confesores, pues en medio de tanta batería y obstinada oposición de los espíritus infernales que batallaron rabiosos, por impedir y atajar el recurso y comunicación con sus padres de espíritu, de que he hecho mención en el cuerpo de toda la historia, nunca mudó sin necesidad confesor ni confesonario, porque si dejó algunos fue con inspiración particular del cielo y obligada de aquellos que la aplaudían incautos e inadvertidos, la pretendían apartar del recogimiento y trato interior con su divino amante o del recato y retiro de las criaturas. A todos sus confesores miraba y veneraba como doctos, santos, prudentes y experimentados, con una viva fe de que eran ministros y vicarios de Dios e intérpretes de su ley. No atendía a la buena o mala gracia del confesor, a si era apacible, blando o rigoroso, si la daba mucho o poco tiempo para el descargo de sus congojas y penas, si la trataba con amor o con desabrimiento, con estimación o desprecio, porque no miraba ni buscaba su honra y comodidad, sino su provecho, que aseguraba en una perfecta subordinación y exacta obediencia a un solo padre espiritual, con cuya asistencia y compañía no temía a Lucifer y hacía rostro[417] a todos los ejércitos rebeldes. Pero como la vendía Dios (digámoslo así) todo lo que le pedía y ella clamaba incesantemente por todo el mundo y en especial por estas ovejas perdidas o descarriadas que hambrientas de su libertad y rellenas de amor proprio no reconocen pastor que las gobierne ni quieren padre espiritual que las conozca, enviaba la caridad inmensa del Altísimo a Catarina todo lo terrible del padecer que ellas debieran sufrir (como diremos en su lugar) porque las librase su omnipotencia del trabajoso riesgo de su descamino. Este era uno de los motivos porque el Señor la remudaba los confesores como paños calientes, valiéndose ya de los embarazos que parecían contingentes en esta inconstante vida, ya de la ausencia, de la enfermedad y de la muerte. Con esta pena y rigoroso martirio traía el divino amante a su esposa

[417] *hacía rostro*: se enfrentaba.

crucificada, obligándola a levantar la voz y con un triste y repetido gemido desahogar la amargura y mortal angustia en que naufragaba su corazón afligido, con el Eclesiastés[418]: «Mejor es estar dos juntos que uno solo, porque si el uno cayere, el otro le ayudará: ¡Ay, del solo, que si cae, no tiene quien le ayude!». De esta orfandad y soledad se valía el infierno para combatirla sola con asechanzas, celadas, violencias y soberbias esperanzas de vencerla, como se atrevió a acometer a nuestro capitán Jesús cuando le vio solo en el desierto y no pudo vencerle, porque ¿quién como Cristo para pelear solo y a solas con Lucifer y sus secuaces? En esta continua lucha con el infierno, resistiendo a sus sugestiones, engaños y crueldades con la gracia de Dios, que ocultamente la asistía, vivía una vida de hieles y amarguras, solicitando y obligando al cielo que la enviase guía, luz y padre espiritual que la guiase, cual le había menester con lágrimas, gemidos, ayunos y penitencias.

Ponderando cierto confesor cuán afligida andaba esta sierva de Dios, encarcelada siempre en una oscura y terrible desolación, clamó a la divina misericordia mirase con ojos de piedad tan penosa tribulación y que diese a esta escogidísima alma padre, maestro y confesor de ciencia y experiencia que pudiere guiarla y ayudarla en aquel camino tan áspero como singular, por donde la llevaba al cielo. Y al mismo tiempo de esta petición en que estaba empleado el dicho confesor, tuvo Catarina la visión siguiente. Se le representaron dos personas que caminaban en zancos con pasos de gigante y otra que andando o corriendo a pie, les seguía y aun se les adelantaba. Preguntó la sierva de Dios a su divino Esposo qué le quería dar a entender en estos tres caminantes y le dijo: «¿No ves, hija, que el que va sin zancos camina tanto o más que los otros?», «Bien lo veo, Señor», respondió Catarina, «pero yo soy tan bestia que no entiendo aun lo que miro». «Pues díselo al confesor añadió su Majestad, que él lo entenderá y más si le dices que digo yo que no se excuse de confesarte». Dio esta noticia al padre que había comenzado a oírla y entendió que aunque andaba esta descarriada oveja sin guía y sin pastor, no por ello se atrasaba en el camino de la perfección ni aprovechaba menos que otras que, asistidas de confesores, corren como en pies ajenos con felicidad la carrera del espíritu y este es el real, conocido y seguro camino, porque andar sin guía largos años por lo más subido y remontado de la vida espiritual, navegar por el mar incógnito del es-

[418] *Eclesiastés*, 4, 10.

píritu sin pilotos que guíen y sin maestros que enseñen es y lo tienen todos los doctos por moralmente imposible, porque si todas las artes se aprenden y en todos los mecánicos empleos, aun en los más fáciles, hay tiempo de aprendices ¿cómo se podrá aprender la altísima sapiencia de la perfección evangélica sin esta común y experimental providencia? Por milagro lo califican otros o por extraordinaria disposición de la omnipotencia, siguiendo a san Gregorio en sus *Diálogos* donde dice fue especialísimo privilegio de Dios enseñar por sí mismo con ilustraciones e inspiraciones al gran Bautista y a san Pablo el primer Ermitaño.

Pero en Catarina no tengo yo por milagrosa la especial asistencia y enseñanza del cielo, pues no es milagro que provea el creador de lo necesario para ser amado y servido de sus criaturas cuando ellas cooperan y ponen de su parte los medios para conseguirlo. Con oraciones, clamores y penitencias procuraba alcanzar de Dios esta gracia, y entre los hombres lo diligenciaba a costa de desaires y desprecios sin poder conseguir del creador ni de sus criaturas un director cierto, fijo y permanente, lo cual no se debe atribuir a castigo de esta inocente cordera por propias culpas sino por el alivio de las ajenas. La había escogido el redentor del mundo para que le ayudase a padecer por todos los hombres, y así fue traza del eterno consejo que padeciese en esta vida Catarina lo que debían padecer en la otra las almas que se desdeñan soberbias de ser discípulas de otro hombre, y por eso si no las vale la intercesión de los amigos de Dios, vienen a serlo del demonio y de su propio juicio, que las enseña innumerables errores. Así como las otras que tienen confesores y padre espiritual solo en el nombre, pues no se dan cuenta de lo que pasa en su corazón, no siguen su parecer ni aun quieren oír su consejo, persuadiéndose con temeraria osadía que pueden a solas pelear con el infierno o rindiéndose cobardes a una eterna pena de su vergonzoso silencio con pretexto de que tienen los confesores mala gracia, siendo así que no es esa bastante escusa ni es tampoco la causa, sino el que son semejantes almas descendientes o parecidas al fementido Judas, cuya oculta soberbia se resistió a toda la buena gracia y mansedumbre de un Dios humanado por redimirle.

Reconociendo esta necesidad y ansioso deseo de padre espiritual que tenía Catarina, el confesor del número antecedente y viendo que le instaba con el recaudo y palabras de Dios para que la oyese, se puso a oírla lleno de tedios, repugnancias, temores y terribles desconfianzas originadas y paliadas de lo incompatible de sus ocupaciones y de lo difícil de guiar almas en el camino de la perfección y en la región invisible y

pura de la presencia de Dios donde hacen los espíritus jornadas, batiendo las alas de la contemplación o arrebatados del divino impulso con la velocidad de un rayo, que sin ser visto ni oído llega al término que Dios le ha puesto aun antes que pueda nuestra corta capacidad entenderlo ni imaginarlo. Algunos han juzgado que para gobernar almas basta saber hablar de Dios y de cosas espirituales, o dar cuatro o seis consejos en materia de espíritu; otros tienen por cosa tan difícil este magisterio que siguiendo el común concepto de los sabios dicen que entre centenares y millares de personas que guíen por el camino de la virtud apenas se hallará uno que sea cabal y perfecto maestro de perfección, por ser muy dificultoso que concurran en un sujeto todas las partes y prendas que en lo natural adquisito[419] y sobrenatural se requieren para tan alto ministerio, y de este sentir fue san Gregorio pues habiendo supuesto lo que dice nuestro redentor por san Mateo, que los ángeles que guardan las almas y defienden los hombres están siempre a la vista, bebiendo los luminosos rayos que blandamente vibra de su majestuoso semblante el supremo rey de la gloria, añade el santo, que si fuera posible que se apartaran de las claras luces de la hermosa cara de Dios, ni pudieran levantar a los caídos, desengañar a los ignorantes ni dar a beber a sus ahijados de la fuente de la luz que a ellos les faltaría, pues si un ángel para guardar y guiar un solo hombre necesita de tanta luz, que si un instante apartara la vista de la cara de Dios, no fuera posible cumplir con su ministerio y obligación ¿cómo el hombre sujeto a tantos yerros y expuesto a tantos engaños, no ha de temer y temblar de gobernar, regir y guiar a otros por las sendas secretas e incógnitas del espíritu?

Pero aunque esta razón anda en los libros tan apoyada de hombres doctos experimentados y santos, no ha de ser tan poderosa que nos acobarde y retire del empleo y asistencia a los ministerios propios de nuestro oficio y obligación, porque si fuéremos humildes, mansos, apacibles y nada austeros, impacientes e iracundos, Dios suplirá las faltas de sus ministros, comunicándoles sus luces, revelándoles sus secretos, levantándoles del polvo de la tierra hasta las estrellas cuya tercera parte arrojó al infierno por su soberbia[420], pues como Dios, exalta a los humildes humilla a los altivos y presuntuosos y esconde sus secretos y misterios

[419] *adquisito*: «que adquiere» (DRAE).

[420] *Apocalipsis*, 12, 3-4: «Entonces apareció otra señal en el cielo: he aquí, un gran dragón rojo que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas había siete diademas. Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra».

a los labios y prudentes del mundo, cuando los manifiesta liberal a los pequeñuelos[421].

Bien conocía Catarina, que este confesor la oía con poco gusto, porque lo severo y triste del semblante, lo grave y desabrido de las palabras manifiestan lo más oculto del corazón y este conocimiento afligía y acobardaba a la sierva de Dios para dar cuenta perfecta de su conciencia, pareciéndola que le era molesta y que no hacía caso de sus cuentas de conciencia. En esta turbación le acogió a Cristo, y le dijo: «Es posible Señor, que no ha de haber para mí un ministro, padre y pastor que me gobierne, pues el mismo que me has señalado se resiste y parece que me desprecia?». A esta amorosa queja la respondió su divino amante:

> Pues este quiero yo que te confiese y que se venzan de una y otra parte las repugnancias, tedios y dificultades que dispone el infierno, y así búscale, que razón es te cueste lo que te importa.

Volvió Catarina afligida a verse con su confesor y le dio cuenta de la queja que había dado al Señor y de la divina respuesta en que la mandaba buscase a su confesor, a quien hizo esta pregunta: «¿Quién ha de buscar a quién, el pastor a la oveja u la oveja al pastor?». Le respondió el padre: «Más justo es que la oveja busque a su pastor, pues es el que la ha de apacentar y guiar». A que añadió Catarina: «Pues ¿cómo nos predicáis que el Buen Pastor buscó a la otra ovejuela que andaba descarriada y la puso sobre sus hombros para traerla a su aprisco?». La satisfizo el confesor diciendo:

> Porque esa era una oveja perdida, y por ganar un alma desamparó el Buen Pastor noventa y nueve de las ya ganadas y aseguradas. Tú no eres hija de las ovejas perdidas sino de las ganadas y así espera, aguarda y sufre tus desamparos, porque no nos falte tiempo para convertir a Dios muchos de los pecadores.

Concluyó la sierva de Dios estas preguntas y respuestas, diciendo:

> Luego razón tengo en tenerme por bestia e ignorante y veneraros por doctos y sabios sujetándome en todo a vuestro parecer y discreción, pues

[421] *Lucas*, 10, 21: «En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeñuelos».

> sois ministros de Dios e intérpretes de su santa y justísima ley, y así de aquí adelante no haga vuestra reverencia caso de mí; yo vendré todos los días y me oirá cuando estuviere desocupado y le pareciere, que no es razón que por un poco de consuelo y alivio que yo puedo interesar en el confesionario se dejen de ganar y convertir a mi Dios muchas almas.

Desde este día se acusaba de la más mínima detención en el confesionario, temiendo impedir la conversión o provecho de otras almas. Noten esta caridad y delicadeza de espíritu las personas que con pretexto de su aflicción gastan horas enteras en un confesionario sin hacer escrúpulo en el tiempo que pierden y hacen perder al confesor que lo empleará en poner en gracia otras muchas que le cercan y se van desabridas y aun desesperadas, quejándose, admirándose y murmurando de ver ocupado todo un hombre los días y las noches, y aun los meses y años en consolar a una sola mujer plañidera de sus penas, sanguijuela de gustos y consuelos, que nunca se satisface ni puede satisfacer hasta verse en un cielo de gozos y de glorias.

## II

### *De varias trabas que usó el infierno para apartarla del dictamen de perseverar con un solo padre espiritual y del especial odio que tiene el demonio a san Ignacio y sus iglesias*

Ya en el capítulo pasado y en otras partes del cuerpo de esta historia he insinuado la oposición y obstinada contradicción con que el infierno pretendía impedir y desbaratar cualquier comunicado de esta escogidísima esposa de Cristo con sus confesores, pero con furor más rabioso y más encarnizada obstinación continuaba y renovaba esta sangrienta guerra contra aquellos que conocía, astuto y vigilante, eran señalados y escogidos por la divina elección para el aliento y seguridad de esta su sierva y amada hija, como lo experimentó el confesor de quien he hecho mención en los números antecedentes. Bien pudiéramos trasladar y repetir aquí todas las violencias, trazas y astucias diabólicas que se pueden leer en el discurso de esta prodigiosa vida y en especial las que apuntaré en los capítulos dedicados al achaque y enfermedad de demonios que suelen padecer las almas espirituales para gloria de la omnipotencia y confusión del infernal abismo, porque con singulares noticias resplandeciera más lo encumbrado del espíritu de esta privilegiada

alma y con su ejemplo tendríamos los confesores un modelo y regla para gobernar y gobernarnos cuando nos encontráremos con almas que suben a la perfección por particulares y extraordinarios caminos. Aquí solo pongo parte de lo que fue testigo de vista y experiencia el dicho confesor, que no quiso que se oyese ni leyese su nombre. Estando pues, este con la sierva de Dios en tiempo de batalla, entre innumerables malos espíritus que les cercaban visibles e invisibles, se la dejó ver un gran demonio traidor y fementido que transformado en ángel de luz, la dijo:

> No te confieses con ese, que es mozo y de poca experiencia, y el buen padre espiritual debe ser maduro en la edad, en el juicio y entendimiento, debe ser muy vigilante y apacible, sufrido y amoroso, y nada de esto hallas en el que te gobierna, pues le experimentas serio, grave, autorizado y desabrido; busca y llama otros de los ancianos, han tratado tu espíritu y conocen tu natural que es llevado por amor y cariño y no por temor y serios desabrimientos.

Menos luz de la que tenía Catarina del cielo bastará para conocer lo engañoso del hipócrita tentador, si no la turbasen las potencias para ocultar su malicia y lograr su maliciosa astucia, pero como acudía con todo a su confesor la sierva de Dios y le tenía presente, manifestó lo que veía y oía, diciéndole:

> Aquí está un personaje con todo lo exterior de ángel, no sé si en el interior es demonio, y me aconseja que deje a vuestra reverencia y busque y llame a otros ancianos, cuerdos y experimentados, que me han gobernado y viven en la ciudad de México.

Le respondió el padre:

> Desprecia, hija, a ese traidor consejero y sus consejos, mira que es el soberbio Lucifer, que pretende privarte del bien presente y del futuro que te promete en los confesores ausentes.

Aquí añadió la sierva de Dios:

> Ya te veo, padre y señor mío; por eso me gobierno por lo que me dice el ministro de Dios que me dirige y enseña, y no hago caso de todas estas fantásticas apariciones ni de sus locuciones y más en esta materia de mudar confesores en que me ha perseguido toda la vida el infierno, así como ha

pretendido que deje a su enemigo el cojo Ignacio, que huya de sus hijos y desampare sus iglesias.

Aunque se vio despreciado el enemigo no desistió de su intento y prosiguió con la tentación, disimulando astuto el sentimiento de verse ya conocido. La persuadía que por lo menos escogiese otro anciano, grave y experimentado, aunque fuese de los hijos de san Ignacio que vivían cerca de su casa y que se apartase del que tenía, si no quería juntamente perderse con el maestro, que aunque lo era en la teología escolástica no lo era en la mística, que es la esencia necesaria para guiar con seguridad las almas. Luego que oyó Catarina los términos de mística y escolástica preguntó al confesor el significado de aquellas voces, y el padre para sosegarla dijo:

Esos son silbos de la venenosa serpiente, que cuando no puede morder procura con sus ladridos atemorizar y espantar, dile que se vaya con esas letradurías a disputar con los doctos, que tu no quieres saber más que obedecer a Dios y a sus ministros y que con sola esa ciencia sabes más que ellos, pues no supieron salvarse.

La terquedad y obstinación bien puede correrse y avergonzarse, pero no arrepentirse ni enmendarse; volvió este rebelde y contumaz espíritu a renovar sus baterías asestando por otro lado sus tiros contra la incontrastable constancia de esta obediente y humilde alma. La acometió diciendo:

Mira que mis consejos se dirigen a tu bien y felicidad, y que no soy el que piensas, sino embajador del Altísimo que desea se logre en ti la sangre de su unigénito Hijo y así pues has despreciado los demás consejos que te he dado, toma este que te doy ahora y será el último y el suficiente para dar gusto a tu redentor, aunque no sea tan eficaz como los otros y es que consigas del confesor que te asiste que comunique tus cosas y las consulte con los padres ancianos y experimentados de su colegio, porque más ven cuatro ojos que dos.Y dile, que aun los médicos hacen juntas por no errar las curas de sus enfermos, que no sea cabezudo, voluntarioso y amigo de su parecer, que busque el ajeno y le siga, y más siendo de viejos con ciencia y experiencia como los que te señalo —y la nombraba por sus nombres los más doctos, graves y de mayor autoridad.

De la turbación de la penitenta y de las palabras, y el modo de pronunciarlas, conoció el confesor el autor de la tentación y para descubrir los fines de su maligna intención, preguntó a Catarina que qué la movía a buscar su seguridad en el parecer de muchos. Respondió:

> No sé sí acertaré de explicar lo que pasa por mi alma, porque allá en lo íntimo y como en su espiritual fondo, se consuela, alegra y anima mi afligido espíritu con las palabras y presencia de vuestra reverencia y siento unas vivísimas inspiraciones de buscarle y no apartarme de sus pies ni de su gobierno. Pero en lo exterior sensible y como en la parte corporal siento una terrible repugnancia, un enfadoso tedio, coraje y rabia contra vuestra reverencia, contra sus cosas y contra su secreto. Se me ofrece que no me entiende ni atiende a lo que le digo, que no hace aprecio de las cosas de Dios ni de sus criaturas por falta de prudencia, ciencia y experiencia, y finalmente entre todo aquello que puede imaginarse contra su decoro, parece que va envuelto otro pensamiento de que echarán menos los padres graves, ya nombrados el que no se les comunique y dé noticia de casos tan raros y extraordinarios que pasan en el mundo y se representan a mi alma.

Aquí para humillarla más a ella y llevarse de encuentro al soberbio tentador la interrumpió el confesor, diciéndole:

> Todos esos ofrecimientos son hijos del dragón infernal, porque los padres maestros que nombras son buenos para confesores de príncipes y hombres poderosos por su autoridad, virtud y sapiencia, pero para una pobrecita china como tú, cualquier ministro de Dios basta y advierte, que pretenden perderte los enemigos astutos y mañosos con la publicidad y aplauso, haciéndote célebre y admirable en el mundo con las fantásticas ilusiones que forman en su presumida soberbia. Diles que cuando lo pida la razón y la necesidad consultaré hombres doctos y a los mismos sagrados tribunales, pero que al presente no hay que consultar, ni en qué tropezar, porque no hallo en el caso presente otra cosa que humildad, obediencia y paciencia, que son los mayores prodigios y milagros que deseamos ver en el mundo.

Persistían en su depravado intento los enemigos rebeldes con rabiosa pertinacia, mezclando con los motivos engañosos y aparentes razones, las trazas y violencias que dejo insinuadas en varias partes de esta historia, pero la más eficaz y sensible —según lo atestiguaba el dicho confesor— era el valerse de otros padres de espíritu con cuyos pareceres inquietaban al alma y la ponían en peligro de apartarse de su pastor y aun a riesgo de dejar el camino espiritual. Para inteligencia de esta terrible

y no conocida tentación, se ha de advertir que cuando Catarina nombraba a sus confesores, llamaba a unos propios y ordinarios confesores y a otros les daba solamente el nombre de confesores de absolución, y preguntándole qué entendía por confesores de absolución dijo:

> Aquellos con quienes me reconcilio, diciéndoles dos o tres palabras para quitar algún escrúpulo y dar materia suficiente de la vida pasada sobre que caiga la absolución y se aumente en mí la gracia del sacramento de la penitencia, y a estos no los tengo yo por mis guías, maestros ni pastores, porque ni me conocen ni yo los conozco ni les doy cuenta de mi conciencia ni ellos sin esta noticia pueden gobernarme.

Parece que había leído la sierva de Dios las propiedades del buen pastor en el Evangelio de san Juan, donde se nos enseña que el buen pastor debe conocer a sus ovejas y ellas conocerlo a él, que es decir como interpreta la gloria angélica. El buen pastor ha de conocer y amar sus ovejas, oyéndolas, apacentándolas y defendiéndolas hasta dar la vida, si fuere menester por ellas. En faltando esto, no se debe dar el nombre de director, padre espiritual ni buen pastor y si esto no fuera así, llamáremos a los padres de Nuestra Señora de la Merced, pastores universales de todas las almas de la ciudad, pues en las fiestas señaladas para la general absolución en que franquean las pontificias indulgencias a todos los fieles, les absuelven de culpas y penas[422] si tienen la debida disposición. Con todo eso no les damos el nombre de ordinarios y propios confesores de las almas, si no es de aquellas que franqueándoles sus conciencias le dejan regir y gobernar de ellos como de sus propios e inmediatos pastores. Lo mismo se ha de entender en todos los que reconcilian, confiesan y absuelven a muchos de los que llegan amontonados a sus confesonarios por la sacramental absolución, cuya vida interior ni exterior no conocen ni es menester conozcan, porque para dar la absolución que les piden basta que den los penitentes materia y muestras de suficiente disposición, y estos con propiedad se pueden llamar confesores de absolución y dispensadores de la sangre de Cristo, pero no propios confesores y pastores de las personas que absuelven porque hay gran diferencia entre absolver, regir y gobernar, esto es muy difícil y aquello muy fácil.

[422] Absuelven de la culpa y de la pena merecida por la culpa.

## III

*Del daño que reciben o pueden recibir las almas que a un mismo tiempo quieren ser gobernadas por muchos confesores y con especialidad en el ejercicio de virtudes y frecuencia de sacramentos*

Con este género de confesores labró el divino amante a su querida esposa una corona de inestimable valor porque en las enfermedades y ausencias de sus padres espirituales se veía obligada a arrodillarse a los pies de los confesores que no la conocían para reconciliarse con ellos. Entre ellos se encontró con uno que le dijo que por qué no se confesaba con su padre espiritual y director. Le respondió la sierva de Dios «Porque está enfermo y no ha podido bajar». Le dijo entonces el ministro de Dios: «Pues espere a que sane y que baje, que yo no soy suple faltas». Este la vino a visitar desde la cárcel del purgatorio, pasados muchos años de aquel terrible cautiverio y le pidió le encomendase a Dios y le perdonase el desconsuelo que le había causado, faltando a la caridad debida por su oficio y sagrado ministerio. A otros se llegó contrita y arrepentida, pidiéndoles la gracia del santo sacramento, los cuales la examinaron y preguntaron el modo interior y exterior de vida que tenía y les respondió ella que tenía orden de sus propios confesores antiguos y presentes para decir en las ordinarias confesiones solamente aquello en que podía haber alguna culpa, reservando la cuenta de conciencia para el ministro y ordinario pastor que la gobernaba. Le decían:

> Pues, ¿yo no soy tan confesor como los que la gobiernan? ¿Por qué no me ha de dar cuenta de todo lo que pasa en su corazón y rendirme a la obediencia cuando llega a mis pies como rea?

Satisfacía el alma afligida diciendo:

> Como pecadora y la mayor del mundo he venido a su tribunal, pronta y dispuesta a ejecutar la penitencia que, como vicario del supremo juez me impusiere por las culpas que le manifiesto y son en las que después de haberme examinado halla mi alma alguna inquietud y remordimiento, pero en lo demás que pasa en mi corazón, franqueo con sinceridad al confesor que me gobierna y si él me dice que no ande incensando los confesonarios con ello ni publicándolo con liviandad y sin necesidad entre los confesores, ¿cómo he de faltar a su obediencia? ¿Cómo he de obedecer a dos, uno que me aconseja que sí, otro que me dice que no?

En estas controversias la despachaban sin absolverla o ella turbada de la aflicción del buen o mal espíritu daba cuenta con su lengua bozal y con el entendimiento obscurecido de tales y tantas cosas desatadas y desunidas entre sí, que en la apariencia parecían profundos misterios y en la realidad eran un caos de confusiones, por no decir ilusiones, que dejaban al confesor lleno de dudas y temores, ocupado en buscar los significados como si fueran adivinanzas, porque los secretos de Dios no se fían a quien los desea sino a quien su Majestad gusta.

No es decible el daño que reciben las almas espirituales y más si andan en oscuridad y desamparo, con esta oposición de consejos y contrariedad de pareceres, pues crece tanto la tribulación, que entre los temores de ir erradas se hallan con impulsos de retirarse de la vida espiritual y apartarse del camino de la perfección como lo experimentaba Catarina, porque como tenía mucha fe con lo que decían los vicarios de Cristo e intérpretes de su ley, la variedad y disensión en los dictámenes y juicios la afligían, crucificaban y ponían en dolores de muerte y penas de infierno. Pondera, entre otros santos, san Jerónimo[423] cuán necesaria es la subordinación a uno solo, con razones y con los ejemplos de todos los gobiernos, eclesiástico, político y militar, pues vemos que en la jerarquía eclesiástica se reduce todo a la decisión de un vicario de Cristo, en lo político a un emperador, rey o juez supremo, en lo militar a un capitán general y en la más mínima familia a un padre o superior que la rige y gobierna, porque sin eso no se puede conservar ni durar mucho la casa, reino, monasterio o monarquía, como nos lo dejó testificado la misma infalible verdad por san Lucas[424], asegurándonos que todo reino dividido entre sí, sería asolado y destruido. En este peligro se puede y debe considerar un alma gobernada a un mismo tiempo de muchos y subordinada a varios y opuestos juicios, de los cuales, unos deshacen lo que los otros han hecho y el penitente no hace nada o se le va todo en hacer, conque no solo no puede subir a la perfección, pero ni dar un paso adelante en ella, como no puede llegar al puerto un navío regido de la desconcertada y confusa muchedumbre de los navegantes si no se rinden todos al parecer de un solo piloto y capitán. Contra este santo consejo obran aquellos que tienen dos confesores, uno para los pecados gruesos y el otro para las menudencias, el uno para que los absuelva y

[423] En el Tratado quinto de *La virtud de la obediencia*, cap. 2.
[424] *Lucas*, 11, 17.

el otro para que no los riña ni acierte a gobernarlos por mal informado. Todo esto nace de una oculta soberbia, encubierta con el triste capuz[425] de la hipocresía, que por una parte les provoca a ejecutar mil abominaciones, y por otra a conservarse en el concepto de virtuosos y santos en las estimaciones vanas del mundo. El remedio contra esta humana fragilidad es imitar a Catarina, que no rehusaba decir a todos los confesores sus culpas, pero el estado interior de su alma cuya publicidad le podía ser dañosa solo se franqueaba al pastor que la dirigía, porque pudiese humillarla, siguiendo el insinuado consejo. Dije consejo para que no se entienda que apruebo el dictamen de los otros que cautivaban y sujetaban a sus penitentas, admitiéndoles voto o juramento de no hacer cosa sin su parecer, lo cual ponían ellas en ejecución tan de veras que faltaban a la obediencia de sus padres en cosas lícitas y al servicio de su estado y obligación, excusándose con la obediencia de los padres de espíritu, como si estos pudieran dispensar en el precepto de honrar y obedecer a sus padres o como si tuviera necesaria conexión el confesar con el hacerse dueños de las voluntades, haciendas y casas, donde habitan sus penitentas e hijas de confesión.

Con otros vicarios de Jesucristo se encontró Catarina, que después de la absolución o antes de absolverla, le preguntaban que cuántos días comulgaba a la semana. Les respondía que cuando se lo mandaba su ordinario confesor se atrevía solamente a llegar a la sagrada mesa. Le decían, «no le preguntamos eso, sino el cuándo y cuántas veces le manda su padre espiritual que comulgue cada semana». Volvía a responder que ella no tenía cuenta en las veces porque sabía poco de números, pero que le parecía que en unas ocasiones comulgaba dos y tres días a la semana, en otras más y en otras, octavarios y novenarios enteros.

> Pues eso es lo que queríamos oír de su boca. De aquí en adelante no ha de comulgar sino cada ocho días, no quiera igualarse con el estado sacerdotal. No se verifique en ella[426] lo que ordinariamente se dice, que la mucha conversación es causa de menosprecio, no haga costumbre en una cosa tan grave, que la continuación es ocasión de poco respeto.

[425] *capuz*: «capucha» (DRAE).

[426] *ella*: tratamiento de tercera persona para el interlocutor, más bien despectivo: *ella* 'tú'.

Dijo otras razones con que la persuadían que no frecuentase este divino sacramento y dilatase la comunión, porque la sierva de Dios no atendía a otra cosa que al mandato o consejo de su confesor y así les respondía:

> Yo diré todo esto a mi padre espiritual y si él me manda que no comulgue hasta la Semana santa, no lo haré de ninguna manera, porque ni ver ni oír ni hablar quisiera por mi voluntad, sino por parecer de mi confesor, pues me han enseñado los ministros de Dios que quien obedece en cosas lícitas no yerra.

A esta respuesta prudente, santa y católica le replicaban importunos que aunque se lo mandase el padre espiritual no había de comulgar sino cada ocho días, porque no eran todos los padres de espíritu idóneos para dar el conveniente consejo.

¿Quién podrá decir ni ponderar las turbaciones que causaban estas voces en el espíritu humilde, rendido y atribulado de la sierva de Dios que anteponía el gobierno de los sacerdotes aun a las luces que le daban los ángeles? No comulgaba en este tiempo Catarina todos los días, pero aunque fuera su comunión entonces cotidiana, debía ser bien recibida y alabada de los hombres, pues no daba paso en el camino del espíritu que no fuese por consejo de su padre espiritual y todos los que tuvo según la noticia que nos dejó. Así del ilustre clero como de las sagradas religiones, fueron doctos y experimentados en el gobierno de las almas de quienes no se puede dudar fuesen hombres de ciencia y experiencia, cuya calificación pertenece a los prelados mayores y no a los sacerdotes entre sí, que debemos juzgar bien y hablar mejor unos de otros, y más en materia tan grave y en lugar tan sagrado donde llegan las almas a nosotros como a vicarios de Cristo, que tenemos sus veces y autoridad. Si en lo natural nos faltase alguna prenda para la buena dirección de los penitentes, Dios es fiel y asiste con toda su suma sapiencia con nosotros y habiendo en los fieles claridad y fidelidad y en los confesores humildad, recta intención y celo de la honra y gloria de Dios, no nos pueden faltar las divinas luces, tanto mayores cuanto fueren mayores y extraordinarios los espíritus que su Majestad nos encomendare, y si estas nos faltaran, toda nuestra ciencia adquirida de la experiencia, libros y maestros no bastará, porque, como dije arriba, ni la ciencia angélica fuera suficiente para gobernarnos con acierto si no estuvieran estos celestes

espíritus mirando como águilas reales[427] la divinidad del inmenso Sol de Justicia[428], en quien conocen lo más conveniente.

Con la disensión de los confesores, cuyos pareceres en el juicio y estimación de Catarina eran muy sagrados consejos, se halló muchas veces, si no escandalizada, turbada y suspensa entre afectos de admiración y pasmo. Atónita y asombrada acudía llena de amargura y aflicción a su propio confesor diciendo lo que le había pasado con otros de los ministros de Dios para que la eximiese de la frecuencia a este divino sacramento. Le decía: «¿Yo soy sacerdote o sacerdotisa para recibir tan frecuentemente en mi pecho a la suprema Majestad?». Respondería (digo yo):

> Pues, ¿qué tiene que ver, hija, el comulgar con el sacerdocio? El sacerdote tiene por oficio no comulgar solamente como el seglar, sino consagrar el cuerpo y sangre de nuestro redentor, bendecirle, hacerle bajar a sus manos desde el alto y excelso trono de su gloria, ofrecerle al Eterno Padre por los pecados del mundo, administrar este y los demás sacramentos a las ovejas de Jesucristo, y finalmente tiene el estado sacerdotal un agregado de tantas dignidades juntas, que si tuviéramos las heroicas virtudes que requiere, no fuera necesario para aplacar a Dios y ser oídos en el tribunal de su recta justicia rogar primero por nuestras culpas y después por las ajenas. Ninguna de estas dignidades ni oficios ejercitas, Catarina, pues, ¿por qué me preguntas si eres sacerdote o sacerdotisa?

Decía la esclarecida virgen:

> Padre, porque así me lo dicen los vicarios de mi Señor, fundados en las muchas veces que me llego al altar y en que la mucha frecuencia hace costumbre y esta disminuye la estimación y el respeto.

> No hay que dudar, hija, —respondería el confesor—, que esa costumbre y frecuencia puede viciarse, porque no hay costumbre ni cosa buena que se exente del abuso y malicia humana que todo lo descamina y pervierte, como lo vemos en la costumbre de tener cada día oración mental, hacer penitencia, dar limosna y oír misas, y en todas las obras de virtud que pueden y suelen viciarse. Más en ninguna persona en particular se puede determinadamente presumir que estén semejantes acciones maleadas, sino por

[427] águilas reales: se decía que eran los únicos animales capaces de mirar de frente al sol. De ahí la comparación.

[428] *Sol de Justicia*: Cristo.

aquellos que ven, saben y conocen los interiores de las personas que ejercitan esas acciones, ni pueden otras penetrar la necesidad o conveniencia que tienen los fieles en la mayor o menor frecuencia de este santísimo sacramento. Por eso nuestro muy santo padre Inocencio XI, consultado en esta materia, publicó su Decreto en Roma a quince de febrero de 1679 en que determina que aunque ha sido siempre loada de los santos padres la comunión cotidiana entre los fieles, se debe dejar el más o menos frecuente uso de este divino sustento al juicio de los confesores que exploran y conocen los secretos de los corazones y podrán según la pureza de las conciencias, el fruto de la frecuencia y aumento de la piedad, prescribir a las personas legas lo que juzgaren ha de conducir a su bien. Hablando con los prelados los exhorta a que provean que ninguno sea repelido de este sagrado convite, llegue o no llegue cada día, rara o muchas veces, para que según la devoción y preparación guste dignamente de la suavidad del cuerpo del Señor. De aquí se infiere que debemos los sacerdotes cautivar nuestros juicios al de la Iglesia y sumo pontífice, y no perturbar las conciencias de los penitentes, acobardándoles y repeliéndoles de la sagrada misa, sino exhortándoles a que se dispongan para llegar a este soberano convite todos los días que pudieren con aprobación de su propio confesor y padre espiritual a quien tienen franqueadas con claridad y fidelidad sus conciencias, pues todo esto se compadece con la vituperación y reprehensión a los que frecuentan la sacrosanta eucaristía sin la dignidad y debida preparación, como se reprehende el dar limosna por vanidad y el oír pocas o muchas misas sin atención y reverencia. Esto justamente lo pueden hacer los confesores de absolución con los particulares que llegan a sus pies como lo hacen los predicadores en los numerosos concursos, pero ha de ser con tan prudente templanza que no aparten las ovejas de sus pastores ni desacrediten a estos con sus penitentes, porque todo el aliento y la felicidad de las almas depende de la confianza y seguridad que tienen en obedecer a sus guías y directores.

Uno de estos confesores que llamaba nuestra Catarina de absolución reconoció que la sierva de Dios no se movía por sus consejos sino por el parecer de su padre espiritual y llevado del amor a su propio juicio o del celo de la reverencia debida a este altísimo sacramento procuró por varios modos atraerla a su dictamen o que no comulgase ni entrase en la iglesia donde el asistía, pero la valerosa virgen persistió constante y fiel a su propio confesor, y el que la molestaba salió de esta vida, frustradas todas sus trazas e intentos y se le manifestó a Catarina en un profundísimo pozo, que entendió ser uno de los calabozos del purgatorio, donde entre otras penas que le purificaban, sobresalía una congojosa ansia de subir de aquella oscura profundidad en que le faltaba el consuelo de la

luz y aun el aire para la respiración, mas era tan agria e inaccesible la subida que le parecía imposible sin ayuda de otros salir de aquella horrorosa profundidad en que estaba hundido. Lo intentaba una y otra vez instado de la necesidad, valiéndose de pies y manos para trepar como gato y vencer la áspera y empinada altura, pero apenas se apartaba del tenebroso fondo algunos codos, cuando ya uno, ya dos personajes, se le ponían delante en aquella terrible hoya de donde precedía salir muchas veces, pero en vano, porque le salían al encuentro los de las lanzas que le herían y precipitaban, despeñándole como a peñasco desgajado de un monte que corre con veloz y arrebatado movimiento a su centro. No entendió o no se explicó la sierva de Dios si esta terrible pena era por la contradicción o persecución con que el difunto la había afligido y molestado en vida, mas no deja de tener su proporción, porque un alma en oscuridad y desamparo no se puede pintar ni describir en el sentir de los doctores experimentados sino poniéndola en las angustias y tinieblas de un infernal calabozo, donde experimenta solamente el consuelo del padre espiritual que le asegura que aquel sumo padecer es temporal y no eterno, que se ha de acabar y después gozar de las dulzuras de la gloria. Si le quitan este alivio con que se alienta su esperanza, fortalece su fe y asegura su perseverancia en el áspero camino del cielo, será arrojarla en un horrible calabozo, donde viva reventando y a punto de desesperar.

## IV

*Cómo se valía el demonio de los varios pareceres de confesores para apartarla de la obediencia y frecuencia de los sacramentos*

Caminaba la sierva de Dios por la senda de la perfección, que es camino áspero, montuoso y poblado de ladrones públicos y secretos, visibles e invisibles, no menos astutos que crueles, los cuales se desvelan por robar a los caminantes el tesoro de las virtudes y quitarles la vida de la gracia. Les acometen con fuerza cuando los ven solos, ya en traje de enemigos, ya con máscara de amigos, y con mucha facilidad roban al solo porque no tiene quien le dé la mano y ayude. Por esto, Catarina, cuando se hallaba asistida de personas ancianas, doctas y experimentadas que miraba como señaladas y escogidas de Dios para su guía, se le hacían suaves las tribulaciones y amarguras de esta miserable y trabajosa vida, porque con las luces del que la guiaba se aumentaba su fe y crecía

la esperanza de llegar al puerto deseado de la vida eterna, mas cuando se le desaparecía esta luz y no la alumbraba por ausentársela o por otro impedimento, entonces se le hacía intolerable la vida porque se veía obligada a preguntar y valerse de cualquier pasajero y aventurero que no podía conocer sus designios y pretensiones ni los secretos caminos y escondidas sendas por donde la atraía a sí el creador, cuyos decretos y fines son incógnitos e incomprensibles a sus criaturas y aun los pasos que dan estas en la vida del espíritu son muy dificultosos de conocer por ser tan diferentes en cada uno de los caminantes cuanto son diversas sus complexiones y las inclinaciones así de la naturaleza como las de la gracia. A esta dificultad se llegaba la inclinación natural o común oposición de los humanos juicios y de lo uno y de lo otro se formaba un ejército enemigo de la paz y quietud de esta escogidísima alma porque valiéndose de la ocasión y de la autoridad de los confesores el demonio, la argüía y combatía astuto con sus mismos dichos y pareceres contrarios, escogiendo ya los de los unos, ya los de los otros, según le hacían al caso para apartarla del padre espiritual y de su obediencia.

No atendían los malignos espíritus tanto a lo que se la mandaba cuanto a que no le obedeciere y, por esto, cuando la aconsejaba que no comulgase, asestaban contra él y contra su consejo la artillería de razones, motivos y derechos amontonados para persuadirla que era injusto y que por imprudente o ignorante la privaba de todos los bienes juntos que se encierran en este santísimo sacramento. Si le mandaba su padre espiritual que comulgase, pretendían malquistarla[429] con él, diciendo que era su confesor un hombre temerario y arrojado, que por idiota[430] o presumido, no meditaba la disposición que debía preceder antes de sentarse a la mesa de este celestial convite y que si no quería se verificase la fatal caída que anuncia el Evangelio cuando ciego guía a otro ciego, mudase de confesor y se apartase del que tenía, que la llevaba y despeñaba sin remedio al infierno. A todos estos argumentos, satisfacía la sierva de Dios diciendo:

> A mí no me han de pedir cuenta de lo que ordenan y mandan mis confesores, sino del obedecerlos o no obedecerlos en lo lícito que me mandan. Si ellos me aconsejan mal o bien, darán cuenta al supremo juez de su con-

[429] *malquistarla*: «indisponer o enemistar a alguien con otra u otras personas» (DRAE).

[430] *idiota*: en el sentido clásico, 'sin letras'.

> sejo, yo solo de la puntualidad de mi obediencia, que es lo que Dios me ha encargado por sí y por sus ministros.

Cuando estos la aconsejaron la comunión cotidiana se inquietó, alborotó y turbó todo el infierno y convocados entre sí vinieron a acobardar y aterrar a esta obedientísima alma con amenazas, horrores y espantos, formando su soberbia y obstinada altivez ejércitos formidables de monstruos, fieras y densos nublados, armados de la negra oscuridad y del fuego abrasador del infierno, prometiendo arrogantes convertir con fulminantes rayos en polvo y ceniza a la sierva de Dios, a sus confesores y a todo el universo, si no se desistía de la obediencia o consejo insinuado. Porque sabía muy bien el Dragón de las siete cabezas[431] el tesoro de frutos que se adquiría en este santísimo sacramento y de lo que se privan las almas que se retiran de esta sagrada mesa, pues no podía ignorar su vigilancia lo que dice san León Papa[432] al que se abstiene de este divino pan,

> pierdes el honrarte con Cristo su presencia, curarte con su misericordia, lavarte con su sangre, resucitarte con su muerte, alumbrarte con su luz, inflamarte con su amor, consolarte con su infinita suavidad, unirse y desposarse con tu alma y hacerte participante de su divino espíritu y de todos los bienes que te ganó en la cruz.

Emanaba de este altísimo sacramento el tesoro de la redención y rebalsado permanecía en el corazón y caridad de Catarina para defender al mundo, para crecer en la gracia e inundar al universo en el mar de la infinita misericordia. Porque como lo dice san Vicente Ferrer: «Más se adelanta en la santidad y gracia espiritual quien comulga una vez dignamente, que quien una semana ayuna a pan y agua y trae silicio». Y el venerable Taulero[433], dice:

[431] *Dragón de siete cabezas*: hace referencia al dragón que aparece en el *Apocalipsis*, ya anotado.

[432] Fray Luis de Granada en su *Manual de vida cristiana*, Tratado tercero *De la comunión*, cita textualmente ese mismo pasaje.

[433] *Fray Juan Taulero*: su vida apostólica duró 30 años, perteneciente a la Orden de los Dominicos. Se le conoce como venerable Taulero en reconocimiento a su ciencia y riqueza de la doctrina mística. Todas sus obras fueron escritas en alemán y todas fueron sobre temas espirituales. (Familia Dominicana, 1986).

> Yo de verdad juzgo que recibir una vez este divino sacramento es mucho más útil al alma que oír cien misas o cien sermones. Y no solo esto, sino que algunos doctores son de parecer que el que una vez comulga sin pecado mortal, alcanza más caridad y gracia que si fuera tres veces en peregrinación a visitar el sepulcro de Cristo, Señor nuestro, con haber tan largas y peligrosas jornadas de mar y tierra, como hay.

Este bien y está felicidad pretendió el infierno quitar a esta sierva de Dios, combatiéndola con todo su poder, de día y de noche en el discurso de toda su vida. Y aunque es verdad que viniendo contra ella algunas huestes, los ejércitos precitos ostentando potestad y arrogancia, la armaba Dios de tan poderosa gracia que con un «¿Quién como Dios?» daba con todos sus enemigos en el tenebroso fondo de su centro, así como dio Jesús con un «Yo soy» en tierra con todos los soldados y ministros que capitaneados del traidor Judas salieron a prenderle, pero como ellos se levantaron del polvo de la tierra más airados y furiosos contra Cristo, se levantaban también otra vez llenos de furor y rabia los espíritus infernales y subían soberbios desde el abismo a continuar sus baterías contra esta su enemiga, siempre combatida y siempre vencedora con su humildad y obediencia. Ya insinué en el primer libro las violencias con que la procuraban apartar de esta santa devoción; ahora solo apuntaré aquí algunas de las maliciosas astucias que mezclaban con sus crueldades, valiéndose de la autoridad y testimonios de los predicadores y confesores, disminuyendo y alterando sus voces y pervirtiendo el sentido o intención de sus palabras y pareceres.

Le decían:

> ¿Cómo te atreves, sacrílega, a recibir a tu redentor cada día? ¿No oyes a sus predicadores que dicen se ha de llegar a la comunión con devoción, fervor, ternura y consuelo? ¿Y que los que llegan sin disposición y preparación suficiente reciben en ese bocado la eterna muerte, imitando y siguiendo al sacrílego Judas que se condenó y perdió para siempre? Pues ¿dónde están tus lágrimas, tu fervorosa devoción y compunción de corazón, para atreverte a comulgar todos los días?

Como andaba la sierva de Dios en sequedad, oscuridad y desamparo continuo, se turbaba con esta tentación y recurría a su confesor afligida, porque crecían en ella los ordinarios temores y reverentes dudas con que llegaba a la sagrada misa arrastrada de la obediencia. Pero el padre espiritual la confortaba contra esta diabólica astucia, diciéndole que des-

preciase al infierno y a su engañoso argumento y que respondiese que no quería ni pretendía otra disposición que la prontitud en obedecer y la perseverancia en la pureza y limpieza de su conciencia y alma. Y a la verdad los efectos de la devoción sensible no son los más importantes y pueden ser ocasión de engaño, porque como dice san Antonino de Florencia[434] se compadecen en un mismo sujeto y tiempo con el pecado mortal la preparación y disposición que le faltó al sacrílego Judas que la dé la gracia, arrojándose atrevido a comer el divino pan estando cargado de vicios y de culpas y los que en esto le imitaren no hay que dudar que vayan por el camino de la perdición que lleva a la condenación eterna. Y por eso reveló el Señor a la otra sierva suya, como lo notó el autor de los *Silbos del Divino Pastor* para la enseñanza de los padres de espíritu, que de cinco maneras[435] era cada día crucificado a manos de los sacerdotes malos por mengua de fe, por la codicia de bienes de la tierra, por el vicio de la lujuria, por la ignorancia de lo que deben saber y por la poca reverencia que tienen antes y después de haber consagrado y recibido el cuerpo y sangre de su Dios, teniéndole en poco, como si fuese el pan que echan a sus perros. Pero Catarina siempre estaba dispuesta y preparada porque no admitía la delicadeza de su conciencia advertidamente ni aun la sombra de una culpa leve. Todo su cuidado y solicitud era no hacer acción que no le ordenase al mayor agrado de su divino amante con cuya continua presencia vivía y respiraba, pidiéndole humilde no la dejara caer en su desgracia ni apartase un punto de la divina voluntad y este deseo la obligaba a perseverar constante en la obediencia de su propio confesor a pesar de la sangrienta guerra y continuas batallas con que la combatían los príncipes de las tinieblas. A esta alma y a las que la imitasen en la vida, no dudarían los pastores del rebaño del Señor mandarlas comulgar cada día, porque en ellas la dilación no podía mejorar la disposición sino antes deteriorarla. Y como dice el padre Antonio Rodríguez de la Compañía de Jesús, con autoridad de san Ambrosio y san Agustín, supuesta la debida preparación y la conveniente, fervorosa, y continuada disposición, una comunión es disposición para otra y quien no le merece recibir cada día, no le merece recibir cada año. La

[434] *San Antonino de Florencia*: (1389-1459) dominico, arzobispo y copatrón de la ciudad de Florencia. (Leonardi, Riccardi & Zarri, 2000, p. 224).

[435] El pasaje corresponde a una visión que tiene María de Ajofrín, narrada por el padre José de Sigüenza en *Historia de la orden de san Jerónimo*.

cual doctrina enseñaba también san Apolonio, santa Magdalena de Pazi, fray Luis de Granada y el maestro Ávila, como lo leemos en sus obras[436].

[436] *San Apolonio*: mártir romano. (Leonardi, Riccardi & Zarri, 2000, pp. 258); *santa Magdalena de Pazi*: monja beata florentina sobre la que se promovía su santidad. (De Lezana, 1648), ya anotada. *san Juan de Ávila*: es conocido como el maestro Ávila. Fue un sacerdote y escritor ascético español, patrón de clero español. Fray Luis de Granada no requiere nota.

## CAPÍTULO XIV
## DE LO QUE PADECIÓ EN LAS ENFERMEDADES

### I

*Cómo la prevenía el cielo para las enfermedades con noticias de las celestiales asistencias y de lo mucho que había de padecer en ellas por Dios y por el mundo*

Aunque toda su admirable vida se puede decir una continua enfermedad y un prolongado martirio de dolores y accidentes de muerte, tenía todos los años algunos particulares achaques que la rendían en la cama, y entonces se confederaban los dolores y tormentos originados de sus habituales enfermedades, de sus penitencias y mortificaciones, y de las crueldades que ejecutaban en ella los demonios, los cuales no satisfaciendo a su sedienta rabia y abominable odio con los inhumanos y fieros martirios que les permitía ejecutar la omnipotencia, impedían a todas las criaturas la caritativa y debida asistencia, induciendo a todos los criados de las casas donde vivía la sierva de Dios la olvidasen, la despreciasen y faltasen en todo, no dejándole otro alivio que la asistencia de su divino amante que la franqueaba las celestes consolaciones, como lo testificó de sí el santo rey David a la medida de sus penas y tormentos. Con la venida de su querido Esposo se bajaba toda la celestial corte a su pobre albergue, transformándose en un precioso y lucido portal de Belén, consolándose Catarina con los cortesanos del cielo como si fuera ya ciudadana feliz y moradora perpetua de la Triunfante Jerusalén y real basílica de la gloria. Aquí debíamos poner el numeroso y prodigioso concurso de todas las imágenes de su devoción, que en manos de ángeles se la representaban asistentes en su corto aposento, a no estar ya escrito este singularísimo favor en el capítulo dieciocho del primer libro. Pero aunque se hallaba favorecida de la presencia de los celestiales ejércitos compuestos de los ángeles, santos y santas del empíreo, con especialidad la asistían Jesús y María, haciéndosele presentes, asegurándola en sus temores, enseñándola en sus dudas, consolándola en sus penas, alumbrándola en las oscuridades, animándola y confortándola,

cariñosos en los desmayos y comunicándole alientos de vitales espíritus entre paroxismos[437] que le causaban las penas y dolores de muerte. Finalmente todo el conjunto de males que se mancomunaban para acabarla se alternaban con favores y regalos celestes que la regalaba y remataba de los últimos alientos de la vida y congojosas ansias de la muerte, con admiración de los médicos, que no hallando medicina que templase los extraordinarios y amontonados dolores ni corrigiese los agudos y violentos accidentes que anunciaban estar cercana la hora en que se había de apartar del cuerpo el alma, la solían medir por instantes la vida entre los paroxismos que la ahogaban. Pero se hallaban tan engañados en sus pronósticos y experimentales medidas del tiempo de la vida, que en la hora en que la juzgaban amortajada, la veían en la iglesia comiendo el pan de la vida eterna. Con estas repetidas experiencias llegaron a subordinarse o por lo menos a consultar los espirituales médicos que cuidaban del alma y sabían lo que pasaba en el interior de la sierva de Dios, sin atreverse ni aun a sacramentarla sin el consejo de los confesores, por no desacreditarse en sus bien fundados pronósticos, enseñándoles la experiencia que en las enfermedades de Catarina había alguna causa oculta que las causaba y otra más poderosa y más que humana que de repente las desvanecía y curaba.

Más ciertos salían los pronósticos de sus padres espirituales que se fundaban en las noticias que les daba Dios por su sierva, previniéndoles del principio y término de sus enfermedades y de los varios accidentes que se habían de experimentar para que desesperados los humanos juicios de la salud de la enferma, se atribuyese a la omnipotencia que se la daba para el crédito y triunfo de su gracia, que no suele concurrir con los médicos del cuerpo y alma cuando los unos y los otros se han de atribuir a sí lo que se debe al divino poder. Dios nos dé médicos para que nos curen y maestros para que nos enseñen, que den a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, porque es uno de los más atentos gobiernos del creador el que experimentamos cada día en nuestras obras, engaños, descuidos y desaciertos que nos sirvan para reconocer que somos subordinados siervos y no señores, pues solo Dios es la fuente común de todo bien y el autor de todas las obras buenas, así de naturaleza como de gracia. Hallábase Catarina con las insinuadas noticias, algunas veces con conocimientos infusos, claros y muy ciertos de lo que había de suceder en las penosas enfermedades. Otras veces le

[437] *paroxismos*: ataques, síncopes.

venían estas noticias envueltas en visiones, enigmas y semejanzas. Pondré aquí algunas que sirvan de ejemplo para mejor explicarme. Una de las enfermedades que padeció el año de sesenta y cinco se la previno el cielo poniendo a su vista una mujer que salía de un baño, muy hermosa y como resucitada. Entendió era ella misma el sujeto de la visión y se verificó porque se halló luego enferma con señales y accidentes de muerte, de suerte que a pocos días perdieron los médicos y los que la asistían las esperanzas de su vida, atendiendo los unos al cuidado de la mortaja y retirándose los otros persuadidos que ya no podían servir ni hacer provecho las medicinas. Pero luego que faltaron las esperanzas humanas, volvió la sierva de Dios los ojos a María Santísima, y como reconviniéndola con cierta palabra que la había dado de más larga vida, le dijo: «¿Cómo puede ser, Señora, que sea esta la hora de mi muerte? ¿Puede faltar vuestra promesa de reina?». A estas voces se le dejó ver la princesa de los cielos sentada en un estrado cercano a un cristalino y delicioso baño, cuyas aguas recibían virtud de sanidad por el contacto de las manos de la soberana Señora. En este saludable baño se halló Catarina y reconoció que instantáneamente se humedecía y cobraba fuerzas y alientos su cuerpo, y desapareciéndose la visión, se halló buena y sana porque quiso Dios restaurarla a su ser con una espiritual medicina porque se agradeciese la no esperada y milagrosa salud a la beneficencia de su santísima madre.

En otra enfermedad grave, de las que padeció el año de setenta y siete, la previnieron treinta días de penar en la catasta[438] de su lecho, porque cerca del templo donde iba un día encendida y abrasada toda en deseos de que ninguno se condenase, todos se salvasen y se ocupasen en las debidas alabanzas de su Dios, pusieron a su vista un gran chiquihuite[439] o canasto misterioso, y llegando a reconocerle advirtió que pesaba poco, mas quitándole la tapa, vio que salieron de aquella prisión un sin número de palomas, que usando alegres de la agilidad de sus alas se esparcieron y extendieron por el aire, sirviéndole de toldo y que bajando muchas veces divididas en bandadas cerca de la tierra, daban vueltas alrededor de Catarina y sobre su cabeza festivas, como que la abatían las banderas de sus alas y rendían las gracias del beneficio, reconociéndola por su libertadora. Quedó al principio confusa la sierva de Dios con tan desacostumbrada visión, pero le sosegó presto por haber entendido

438 *catasta*: «potro de tortura» (DRAE).
439 *chiquihuite*: «cesto de mimbre» (DRAE).

con luz superior que en las insinuadas palomas se significaban muchas almas que por su intercesión y voluntario padecer habían de salir de la cárcel de la culpa o tibieza y volar a la perfección. Con esta inteligencia prorrumpió en bendiciones y alabanzas de su creador, ofreciéndose a padecer las penas y tormentos del mismo infierno, porque fuese ensalzado y glorificado de las criaturas su divino amante. A este ofrecimiento amoroso y caritativo le correspondió el Señor, mostrándola cómo todas aquellas almas se dividían en volantes escuadrones de virtud y se iban entrando en las iglesias de la ciudad, abatiéndose a los pies de varios confesores y maestros que las enseñasen y guiasen a la cumbre de la perfección, y en especial veía que se acogían las más al confesionario donde ella asistía, para que fuesen testigos de vista y experiencia de los efectos de su oración y de la eficacia de su inexplicable padecer los mismos padres espirituales que la gobernaban y que eran los revisores y jueces con prudente aprobación de las luces y misericordias que comunicaba el cielo a esta su penitenta y escogidísima alma. Luego que pasó la visión y se entendió con claridad su significación, se declaró la enfermedad en la víspera de santa Catarina Mártir[440], que la solía favorecer en sus festividades con semejantes regalos. A pocas visitas de los médicos se hizo manifiesto el peligro próximo de la vida y al mediar de la noche se resolvió el médico a que se le diesen a toda prisa los sacramentos. A este tiempo entró el confesor con cuyo parecer se dilató el dárselos hasta el amanecer, y con esta determinación preguntó a Catarina el padre de su espíritu si se atrevería a ir por la mañana a la iglesia a recibir a su Señor. A lo que respondió la sierva de Dios: «¿Por qué no, si vuestra reverencia me lo manda?». Se despidieron los dos médicos de la enferma, y el confesor madrugó y fue a visitarla, temeroso de que se valiese de su exacta obediencia de la pregunta pasada para levantarse de la cama e irse al templo, como sucedió, porque la halló en la puerta de la calle con alientos para recibir a su Dios en la iglesia y habiéndolo ejecutado se volvió a su casa, donde prosiguió la enfermedad y los dolores hasta cumplirse el término de treinta días, señalado a dicha enfermedad. En este penoso achaque fueron muy singulares los sentimientos devotos, las soberanas ilustraciones, los excesos mentales, las visiones celestes, y los secretos que le franqueó y reveló el Altísimo. Pero a este mismo paso y medida fueron grandes los tormentos y martirios que sufrió por la

[440] Catarina de Alejandría, mártir cristiana. (Leonardi, Riccardi & Zarri, 2000, pp. 447).

libertad de las almas simbolizadas en el vuelo de las palomas, y lo sintió tanto el demonio, que al pasar muchos días después por el lugar donde había visto el canasto o chiquihuite, la acometió dos veces rabioso y la arrojó en un lodazal, de donde la sacaron enlodada y quebrantada.

El primero de septiembre de mil seiscientos setenta y ocho entró en su pobre albergue a deshora de la noche a visitarla cierta señora de esta ciudad y después de las comunes salutaciones, le dio una granada extraordinariamente grande, diciendo: «Esta fruta te envía, Catarina, el Señor». La recibió la sierva de Dios con agradecimiento al Señor y al ángel que se la traía y con esto se despidió la honesta matrona, dejando a Catarina confusa por no haber conocido a la que servía de mensajera del Señor, aunque venía simbolizada en la misma fruta que le daba y le manifestó Dios la gran hermosura y perfección de su escogida alma. La visita fue sin duda espiritual por haber salido y entrado cerrada la puerta, pero la granada fue real y verdadera, y admirándose de lo mucho que pesaba se la llevó a su confesor, el cual tomándola en la mano, dijo: «Para mí no es muy pesada». A lo que respondió la inocente virgen: «Pues para mí es muy grande su peso y tú serás testigo de lo que me anuncia». Pocos días después cayó en la cama enferma, la desahuciaron los médicos, padeció intolerables martirios y le manifestó la sabiduría inmensa varios secretos, como solía cuando estaba rodeada de penas y tormentos. En lo más rigoroso de la enfermedad vio entrar un hermosísimo mancebo en forma de médico, vestido de blanco en su casa y que andando visitando varios enfermos, le dijo desde lejos: «Allá voy a curarte y sanarte». Y con la misma voz, se halló buena y sana, y con una riquísima sortija en uno de sus dedos, por donde conoció que su divino amante era el médico verdadero a quien se debía atribuir su salud. Al levantarse de la cama para ir a la iglesia la estaban esperando a la puerta de su aposentillo cuatro ángeles que tenían las varas de un rico palio[441]. Debajo de este magnífico toldo llegó al templo acompañada de un inocente niño que se entrometió debajo del palio y abrazándose con la sierva de Dios muy cariñoso le agradeció el bien que habían recibido él y su madre natural por su intercesión, pues habiendo esta muerto de parto se había salvado y él alcanzado el agua del bautismo y vivido hasta aquella hora en que le dio Dios conocimiento de quién era su benefactora.

Pocos días antes de la concepción de Nuestra Señora, año de mil seiscientos ochenta, envió a llamar a su confesor y le dijo:

[441] *palio*: «dosel procesional donde se coloca el Santísimo Sacramento» (DRAE).

> Llamo a vuestra reverencia para que sepa y vea que estoy enferma y que los principios del achaque vienen con accidentes de muerte. Pero el Señor me ha consolado, asegurándome que no me ha de faltar su patrocinio y la protección de su misericordia, porque me ha enviado a san José con el niño Dios, asido de su paternal y soberana mano y una y otra presencia me animan, alientan y confortan.

Bien hubo menester toda esta corroboración, porque fue enfermedad rigorosa y terrible en que parece se confederaron mancomunados todos los accidentes y dolores de muchas enfermedades juntas, alterándose todos los humores por maleficio de los demonios que no pudiendo acabarla con los martirios y tormentos ordinarios y extraordinarios en que se cebaba su cruel pertinacia, se valían de los mismos naturales achaques, para consumir a la que era sujeto y objeto de su abominable e implacable odio, concurriendo tantos que todo el aposentillo estaba enladrillado de espíritus malignos y el techo y paredes de monstruos, fantasmas y horrores. Pero con la misma medida la enviaba el supremo gobernador multiplicados los ángeles y cortesanos de su celestial corte que acompañaban a su omnipotente rey y poderosa reina, que eran los más asistentes e incontrastables auxiliadores. Todas las enfermedades graves que padeció y sufrió esta valerosa virgen fueron prodigiosas por su fortaleza y constancia, por el bien que resultaba en el mundo, por el inexplicable furor con que el infierno mostraba su rabia y por la liberalidad con que la omnipotencia franqueaba sus misericordias; y para que se haga el debido concepto en esta materia, pondré aquí con alguna especialidad parte de lo que se experimentó en la enfermedad del año de mil seiscientos setenta y cuatro.

## II

### *De la enfermedad que padeció el año de mil seiscientos setenta y cuatro. Se propone como ejemplar de las frecuentes y misteriosas enfermedades con que regalaba Dios a su sierva y de los avisos que la daba en ellas la Eterna Sabiduría*

Dio en esta ocasión la divina sabiduría a nuestra Catarina una entera y puntual memoria de toda su vida pasada, de todos los trabajos que había padecido y de los beneficios que la había hecho la liberalísima

omnipotencia, tanto que, admirada la sierva de Dios, se fue luego a su confesor y le dijo:

> Si no quiere el Señor llevarme, no sé qué será de mí. Porque fuera de esta especial memoria vi a la Virgen de la congregación, mi Señora, que estaba sin su hijo en pie y diligente para ayudarme y favorecerme me dio a entender que el mostrárseme sin el niño Dios era porque me persuadiese que estaba unido conmigo para fortalecerme y que la gran Señora estaba pronta y dispuesta para ayudarme si imploraba su patrocinio.

Se verificó presto la unión, porque acometiéndola luego una mortal enfermedad se halló tan unida con el niño Dios su dichosísima alma, que llamando a su confesor, le dijo:

> Cuando me hallen los médicos sin pulso no entre vuestra reverencia en cuidado, porque será efecto de estar estrechamente abrazada con mi divino amante, a quien pedí que no hubiese mal olor en este corto aposentillo, por no ser molesta y ofensiva a los que con caridad me asistieren, si bien me respondió una voz que dijo: ese es amor propio Catarina.

Y viéndola afligida el confesor, la consoló diciendo:

> No te desconsueles, que si esta voz fue del Señor, es favor digno de mucho agradecimiento, porque con ella te previene para que no des lugar a algún afectillo de propia conveniencia que suele envolverse en nuestras buenas obras.

> Eso será, —respondió la sierva de Dios—, porque soy muy soberbia y amiga de mi conveniencia y deseando solo a Jesús no le hallo porque no le sé buscar desnudo de todas sus criaturas y dones, siendo así que está siempre conmigo para ayudarme y enseñarme con voces e inspiraciones lo que he de hacer en mis dudas y lo que me ha de suceder en mis temores, pero nunca me resuelvo en estas ilustraciones sin consulta y parecer de mi padre espiritual. Semejantes voces y avisos he tenido otras veces que he pedido a su Majestad me sacase de esta casa y me llevare a otra donde tuviere más comodidad y tiempo para hacer mis espirituales ejercicios, porque el Señor es tan fino amante que luego me descubre las faltas o imperfecciones que van encubiertas y paliadas con los visos y apariencias de devoción y virtud. Si me doy por desentendida a sus voces, me castiga por desobediente y desconocida.

Para prueba y testimonio de lo que decía, refirió que en una ocasión la entregó su creador a dos ángeles que la llevaron a las orillas del mar y que amenazándola con aquel vasto monte de sal e hinchado promontorio de salobres aguas, conmutaron la amenaza en muy buenos azotes que le dieron. Le preguntó el confesor si había experimentado aquel dolor y castigo en el cuerpo o en el espíritu. A lo que respondió:

> Yo no entiendo eso. Lo que sé es que me dolieron muy bien los azotes y que los señores ángeles habían tomado muy de veras y con mucho espacio el castigo en que cesaron, llegando otro personaje que les dijo me dejasen y no usasen de tanto rigor con tan flaca y débil criatura.

Con los días y aun con las horas, crecían los desfallecimientos de nuestra enferma, porque se agravaban los accidentes de la enfermedad y se enfurecían a vista de su grande paciencia los demonios que amontonados procuraban a porfía que se acabara esta vida aunque fuese para pasar a la eterna felicidad. Pero toda esta sangrienta batería, aunque causaba ansias y congojas de muerte en la doliente, no les aprovechaba para conseguir su intento porque cuanto más afligida y acosada se hallaba Catarina, imploraba el divino socorro e invocaba en su ayuda toda la corte celestial, en especial a la reina y emperatriz de aquellos altos países de la bienaventuranza, nombrándola en todos los santuarios e imágenes milagrosas de su particular devoción de que hice mención en el capítulo quince del primero libro y en el diecisiete, donde referí aquel admirable concurso de los ciudadanos del cielo que asistían a esa sierva de Dios, acompañándola en sus enfermedades como lucidos y resplandecientes astros con la transformación de sus retratos según y como eran reverenciados y venerados en la tierra de los vivientes sus devotos y afectos. En esta enfermedad fue muy solemne y digna de admiración la concurrencia de tantos cortesanos del cielo juntos que a la invocación de la esposa del príncipe de la gloria fueron entrando en su pobre albergue, sucediéndose los unos a los otros y formando una gloriosa procesión para concurrir juntos en el campo de la batalla donde una sola y flaca mujer defendía la honra y gloria de Dios contra todos los príncipes y potestades del infernal y obstinado imperio. Fue la primera que entró y cogió el principal lugar en aquel abreviado cielo de luces que formaban todas las demás imágenes de la reina del empíreo y de sus ángeles y santos, resplandeciendo entre todos, como luna llena entre las estrellas, nuestra Señora del Rosario, realzando todo aquel lucimiento, adorno

y esplendor que tenía en su altar antes que sus más queridos hijos, los padres predicadores y maestros del glorioso patriarca santo Domingo, la mudasen a la magnífica y maravillosa capilla o iglesia donde hoy la visita y venera toda esta ilustre y devota ciudad de la Puebla de los Ángeles. Entre los ángeles le salieron más inmediatos a su cabecera tres, de los cuales el uno iba pasando las cuentas del rosario que la enferma rezaba en la mayor flaqueza y desfallecimiento de su dolencia. Los otros dos tenían una albísima[442] toalla en las manos y aunque se pudiera discurrir sería para recibir su alma al apartarse del cuerpo, dijo Catarina a su confesor, no era sino insignia de que la venían a asistir, ayudar y recoger las lágrimas, suspiros y sudores para presentarlos en el tribunal de la divina misericordia. Y viéndolos la enferma tan diligentes y cuidadosos preguntó a uno de ellos quién era. Y él le respondió: «¿Pues no me conoces? ¿No ves que soy el ángel de tu guarda?» «¿Cómo» replicó la sierva de Dios, «te había de conocer si ahora me asistes tan pequeño cuando solías acompañarme en forma de un hermoso y bizarro mancebo?». Fuera de estos tres que se manifestaban en forma de niños preciosos, se veía todo el aposentillo lleno de cortesanos del cielo, unos en forma de luces como refulgentes antorchas, otros como estrellas o globos de muy agradable y luminoso esplendor y otros en forma de personas humanas acompañados de sus ahijados, así de los que vivían como de los que estaban en la terrible cárcel del purgatorio, para que ayudados de la intercesión y merecimientos de Catarina saliesen los unos del estado de la culpa y los otros pasasen a gozar de la vida eterna que les estaba prevenida y dispuesta desde el principio del mundo.

Quien con más singularidad la asistió en esta gravísima enfermedad fue Jesús y su santísima madre, porque se alternaban los favores de la madre con los de su Unigénito Hijo y muchas veces venían juntos y multiplicados, porque como eran continuas sus divinas presencias, eran como continuados sus efectos. Algunos días vinieron al amanecer a darle los buenos días en forma de dos grandes y extraordinariamente refulgentes luceros, aunque desiguales, que a la dilatada vista espiritual de la sierva de Dios alumbraban todo el mundo y ella la comunicaba especialísimos júbilos de alegría y esfuerzos para continuar las batallas del Señor. La llevaban casi todos los días en espíritu a las iglesias, donde recibía espiritualmente el delicioso sustento de los ángeles. Veía repetidas veces a su divino amante debajo del palio y en manos del sacerdote

[442] *albísima*: blanquísima, color símbolo de la pureza.

cuando andaba por las calles sacramentando a los enfermos. En uno de esos días que la miró diligente y cuidadoso, preguntó a su Majestad a dónde iba, y le respondió: «Voy, amada y querida mía, en tu busca, porque eres el huerto de mi descanso y delicias, cuando me veo maltratado por mis criaturas». El día que sacramentaron a Catarina se le representó el Señor en forma de un hermoso mancebo en la puerta de la calle, y compadeciéndose ella de ver a su amado en el recibidero del sol, le rogó humilde y enamorada que se apartase del bochorno que le causaba el rubio y más abrasado planeta y que subiese y gozase de la sombra de su pobre albergue. Se resistió por entonces el divino amor, mostrado con la perseverancia en lo más ardiente del sol lo que padecía su querida esposa. Pero preguntó esta al día siguiente el confesor, si había subido su Esposo. Respondió:

> Ya está conmigo, porque bajé a las escaleras y salí a buscarle y, diciéndole muchas ternuras que me dictó su fino amor, se dio por vencido; ya yo le conozco y que gusta de que le quieran, agasajen y busquen.

Desde este favor se templaron los dolores y agonías de nuestra enferma, y quedó asegurada de que no era esta enfermedad la de su muerte. Otro día la pidió Nuestra Señora en su imagen de la congregación, que es santa María la Mayor, que otros llaman la Anunciata, y vulgarmente del Pópulo, que la volviese a su hijo, pues se le había dado prestado por algunos días. Dio el sí la sierva de Dios, y luego vio que se apartó de su alma el niño Dios y se había vuelto con su santísima madre, dejando estampada en esta dichosa virgen una como señal de su sagrado cuerpo y preguntándole el confesor que cómo era la señal en su cuerpo o en su alma impresa, respondió: «Como una sombra o sello de Jesús estampado en una blanca y amorosa cera».Vio el día siguiente a la insinuada imagen que pasaba con velocidad por su aposentillo como que se iba a su altar y llevando en pos de sí los ojos del alma y del cuerpo de esta su devota congreganta, la siguió hasta la iglesia, donde la vio subir y colocarse en su retablo. Receló Catarina había de echar menos la asistencia de esta soberana enfermera en su casa y volviendo los ojos al uno y otro lado del altar se encontró con la imagen de la señora santa Ana y le dijo:

> ¿Tú no eres gran matrona y muy poderosa en el cielo y en la tierra? ¿Tú no me admitiste por una de tus criadas y me ofreciste a tu hija, reina y señora de todas las criaturas para que me recibiese en su casa por una de

las esclavas de sus esclavos? ¿Qué pedirás que no alcances? ¿Qué desearás que no consigas? Pues ruega por mí y favoréceme en las ausencias de la emperatriz de la gloria.

Y luego vio que salían unos como hilos de refulgente esplendor que desde el mismo altar subían al cielo, de donde bajaban otros más resplandecientes para que se entendiese que las oraciones de la señora santa Ana eran muy poderosas en la celestial Jerusalén.

Vio, finalmente, en esta enfermedad su aposentillo transformado en un cielo benigno, lleno de apacibles resplandores de músicas, rosas y soberanas fragancias que traían y despedían de sí los cortesanos celestes con quienes hablaba y a quienes respondía y preguntaba. Pero con ser tantos estos favores que pudieran ser materia de todo un libro, eran muchas más y mayores las penas, tormentos y batallas con todo el infierno que asistía apiñado en su pobre albergue para desahogar su rabia y vengar en esta criatura los triunfos de la gracia en las muchas almas que le convertían y salían del purgatorio por la intercesión y merecimientos de esta esposa de Jesús. Porque los regalos y favores eran por la mayor parte espirituales, que no gustaba ni era capaz el cuerpo de sentirlos ni gozarlos y los que eran imaginarios y sensibles pasaban con la velocidad de un relámpago, que mientras pasan turban el corazón y ciegan la vista de los que le miran, y pasado el instante de su breve duración deja en la misma oscuridad y tinieblas de la noche a los que son testigos de su arrebatado curso. Mas los dolores, angustias y congojas eran por lo continuo y permanente, intolerables, y por lo agudo y violento, insufribles, pues se hallaba siempre el alma en una tenebrosa gruta habitada de fieras crueles y espantosos monstruos, y en un escondido calabozo lleno de asquerosos escuerzos y basiliscos ponzoñosos, crucificada en lo interior con justos temores y sobresaltos y en lo exterior con martirios e inhumanos tormentos. Estos la ponían por instantes en estado de despedir el último aliento de la vida.

Conociendo estos aprietos dos de los médicos más celebrados de esta ciudad de la Puebla de los Ángeles que asistieron caritativos en esta grave y penosa enfermedad, la mandaron sacramentar desde sus principios, juzgando sabios y prudentes por los indicantes y mortales accidentes cierta y apresurada su muerte, y habiéndola dado juntamente los dos últimos[443] sacramentos que deben recibir y pedir los enfermos,

[443] *dos últimos*: confesión y extremaunción, o la comunión y extremaunción.

quedaron todos, médicos y asistentes, persuadidos que había llegado ya el último término de esta dichosa vida, señalándole por horas y momentos, cada uno según su ciencia, experiencia y juicio. Pero cuando más agonizante entre mortales parasismos, si entraba el confesor volvía en sí y se le restauraban las fuerzas, se sentaba en la cama y se hallaba hábil y diligente para comunicarle todo el interior de su alma por una y dos horas continuadas, y notándolo su casero e insigne médico el doctor Juan Flores, que era uno de los que la curaban, despreciando ya en Catarina todas las señales de muerte, dio orden a los que la asistían que cuando la viesen agonizar y en punto de expirar, llamasen a su confesor para que se aliviase y se le restituyesen las fuerzas y movimientos de la vida. El mismo juicio hizo entonces el doctor José Báez, que la asistió en esta enfermedad y certifica hoy que por lo que experimentó en esta y otras enfermedades, tuvo por milagrosa la conservación de la vida de esta esclarecida virgen y mucho más prodigiosa por su paciencia, humildad, obediencia y profecías que atestigua de vista. Fueron tan prodigiosas y tantas las cosas que le sucedieron en esta enfermedad, que solo para referirlas eran menester muchos libros y más para ponderarlas. Algunas he omitido por frecuentes regalos, enseñanzas y avisos del cielo, otras por ser muy ordinarias en el ejercicio de sus virtudes, otras que por ser ilustraciones de altísimos misterios y secretos del Altísimo van entremetidas en el cuerpo de la historia, por no alargar más este capítulo que puede servir de ejemplar de lo que acontecía y pasaba en las otras enfermedades. Los especiales martirios de los demonios pedían capítulo aparte, así como lo que le sucedió con el confesor que la asistía. Todo lo omito por ahora, por poner e insinuar lo que resplandecieron las virtudes en algunas de las preguntas que le hizo el padre de su espíritu.

Reparó el confesor en uno de los días de esta enfermedad, que al parecer tenía alguna repugnancia y temor a la muerte Catarina. No me espantara yo de que la hubiese temido, pues la temió Cristo en cuanto hombre, cuando en la oración del Huerto de Getsemaní hablando con su Eterno Padre, dijo según la proporción inferior que si posible fuese, pasase de aquel amargo cáliz que le esperaba. Le dijo en fin el confesor: «Parece, hija, que no tienes deseo de ver a Dios en el cielo». A lo que respondió: «Muchas veces le he visto en el cielo y en la tierra». Con alguna santa curiosidad y deseo de saber con qué género de vida había sido hasta entonces favorecida, la instó el padre diciendo: «¿Y cómo le has visto?». Dijo: «En un admirable e inexplicable trono». «Quedarías, añadió el confesor, absorta y anegada en un mar inmenso de gozos con

el objeto de todos los bienes juntos». «Sí quedé, respondió la sierva de Dios, pero no tanto como tú imaginas y deseas con curiosidad oír de mi boca». «Pues poco has visto, le dijo, porque eso no es haber visto a Dios en su ser y en su majestad y grandeza, sino como en un espejo, en una imagen o como entre cortinas y velos».

> No, no, —respondió—, he visto a Dios con la claridad que tú quisieras le hubiera visto en cuanto hombre y su santísima humanidad me asiste y acompaña muchas veces y quizás no se me deja ver con toda su grandeza por no espantarme o quitar la vida a este vil gusanillo que tanto le ha ofendido. Pero ya he visto al Padre Eterno tratándome como a hija querida, a su divino Hijo celándome como divino amante y al Espíritu Santo mirándome como Esposo cuyo corazón no es comoquiera, sino el mismo corazón de Dios, tan grande y tan encendido, que abraza y abrasa en amorosas llamas a todas sus criaturas. También he visto a las tres divinas Personas juntas y unidas en unión de identidad con el mismo ser de Dios, Trino y Uno, y no sé cómo explicártelo, si no es valiéndome de la común pintura de un cuerpo con tres rostros en todo iguales[444]. Fuera de esto —añadió la sierva de Dios— he visto un ojo grande y resplandeciente, más que el sol que nos alumbra, el cual me acompañó por mucho tiempo continuado y me andaba siempre mirando, y entendía yo, que era la misma divinidad y ser incomprensible de Dios.

Finalmente concluyó Catarina este devoto coloquio refiriendo otros favores del Altísimo en materia de visiones de la bienaventuranza, de donde infirió el confesor que solo le faltaba la vista clara de Dios, de la cual dijo a Moisés que no le compadecía con esta mortal vida.

Le preguntó también el confesor que por qué no deseaba morirse, para ver a su Dios con claridad en su ser, e inmensa grandeza. Y respondió:

> Sí lo deseo, pero no ahora, porque quiero padecer más por mi Dios, por las ánimas del purgatorio y por los pecados del mundo. Pero en nada se haga mi voluntad, sino la voluntad de mi Señor, que sabe que a Él solo busco, a Él solo quiero y por Él y para Él todo cuanto ha creado y puede sacar a luz del abismo de la nada.

[444] Alude a las representaciones de la Trinidad llamadas isomorfas, que pervivieron en Hispanoamérica mucho más que en Europa, donde se consideraban heterodoxas, por su relación con otro tipo de representaciones monstruosas, muy frecuentes en el barroco.

Le preguntó otro día en que la vio muy favorecida del cielo si ¿la había noticiado su divino Esposo de la hora de su muerte, y dijo: «Hasta ahora no me han dado esa memoria ni yo he tenido esa curiosidad». Pero pocos días después, que se halló en oración con Cristo, Señor nuestro en el Huerto de Getsemaní, le vino esta memoria y por poder satisfacer a su confesor, preguntó si se habría de morir presto. Y el Señor le respondió: «Di al padre que cuando tú quisieres y que en tu voluntad lo dejo». A lo que añadió ella:

> Pues, Señor, si hemos de ir a purificarnos a la otra vida, mejor es padecer acá y sacar almas del purgatorio y pecadores del estado de sus culpas, pero en nada se haya mi voluntad y en todo vuestro divino querer.

Últimamente le preguntó el confesor que dónde quería enterrarse, a lo que respondió que en la iglesia de la Compañía de Jesús donde había asistido en vida, para que permaneciese depositado su cuerpo dónde había recibido el espiritual y corporal sustento. Y añadió:

> Pero todas mis pobres alhajas se han de repartir a pobres para que me encomienden a Dios y quiero que mi entierro se haga de limosna, como se hacen los de los pobres, porque es mi última voluntad que todas las circunstancias de mi muerte correspondan a la vida en que he procurado parecer y ser pobre.

Reventaba el infierno con estas cuentas de conciencia en que observaba su cuidadosa y maliciosa atención las maravillas de la gracia, los prodigios de la omnipotencia de Dios nuestro Señor y las heroicas virtudes de esta criatura despreciada y no conocida del mundo.

Esta ocultación de favores y gracias traía inquietos y alborotados los infernales y bulliciosos espíritus, tanto que procuraron por varios modos diabólicos publicar los secretos del Altísimo para causar ruidosos estruendos entre las criaturas de que suele salir Lucifer muy ganancioso. Pero les refrenó el divino poder, permitiendo solamente o disponiendo con su altísima Providencia que viviesen uno u otro de los confesores en este tiempo para que no le faltasen en lo humano testigos de vista y experiencia, y algunos de los médicos que lo alcanzasen y certificasen entre los cuales reservó para otro mejor lugar la autoridad y certifica-

ción del insigne doctor Juan de Torres[445], digno de toda veneración y respeto por su perfecta y consumada ciencia, por su mucha y prudente experiencia y por su diligente y cristiana caridad, pues habiéndola asistido continuamente por espacio de catorce años en repetidas y prodigiosas enfermedades, pudo observar y certificar lo preternatural[446] y sobrenatural que sobresalía en ellas, lo prodigioso y admirable de sus heroicas virtudes que resplandecía en su continuo y sumo padecer, y lo cierto e infalible de sus profecías de que hacían evidencia los mismos sucesos y efectos que se seguían y que no podían negar los humanos ojos por ser objeto claro de su vista. Y así, solía decir este insigne médico y prudente doctor que asistía con singular consuelo de su alma de esta sierva de Dios, por ser pobre, santa, y muy favorecida del Altísimo y por los avisos e inspiraciones que como ángel le traía del cielo para bien de su alma, eficacia de las medicinas y acierto de sus curas y sobre todo esto, por ver con sus ojos y tocar con sus manos la insaciable sed y despiadada crueldad con que los demonios perseguían a los escogidos de nuestro Dios y la especial y poderosa asistencia con que su Majestad amparaba y defendía a sus criaturas de las potestades del infierno, saliendo siempre victoriosa y triunfante su gracia y divina misericordia y los príncipes del abismo confusos, corridos y avergonzados, aun entre las mismas criaturas humanas que experimentaban lo poco o nada que vale y puede el infierno contra los que se acogen a la protección de la omnipotencia y a lo incontrastable de su divino poder.

[445] *Juan de Torres Moreno*: doctor catedrático de Prima de Medicina y Presidente del Real Protomedicato de la Nueva España el año de 1677 (Suárez Argüello, 1985, pp. 89).

[446] *preternatural*: «Que se halla fuera del ser y estado natural de algo» (DRAE).

# CAPÍTULO XV
# DE LO MUCHO QUE PADECÍA CON LOS DEMONIOS DE DÍA Y DE NOCHE

## I

*Apúntanse por mayor las batallas que sustentó esta esclarecida virgen contra el infierno desde su niñez y cuán asistida era del cielo para triunfar de sus enemigos*

Los que leyeren toda esta historia no dudo se persuadirán que fue nuestra Catarina una de las almas más perseguidas y acosadas de las infernales potestades en todo el discurso de su dichosa vida si se puede llamar vida la que en sentir del espejo de la paciencia merece el nombre de una guerra cruelmente porfiada y sangrientamente seguida hasta el último trance de la muerte en que triunfó el poder de Dios y su gracia de todos los poderíos del rabioso y soberbio infierno con el instrumento débil de una flaca mujer. Bien pudo decir esta con el santo Job a su creador:

> Es posible, Señor, que ya que me sacasteis del abismo de la nada donde dejasteis otras infinitas criaturas que os sirvieran mejor, dándome a mí, un ser poco menos que de ángel con que me hicisteis a imagen y semejanza vuestra, haya sido con la pensión de tanta guerra y la porfía de tanta lucha. Rigoroso parecéis en haberme expuesto a tantos tiros en la frontera de tan cavilosos y fuertes enemigos que, con repetidas y multiplicadas asechanzas, procuran destruirme, quitarme el sumo bien y privarme de aquella misma bienaventuranza para la que fui creada y hace bienaventurado al mismo Dios.

Esta queja previno san Juan Crisóstomo[447] y la califica de sin razón porque si nuestra vida es toda tentación, luego toda es ganancia, si toda es guerra, luego toda es victoria, porque el que se dispone con el divino

[447] No apuro esta cita ni el pasaje exacto de *Job*, que se parafrasea antes.

socorro y se pertrecha con el soberano favor no hay tentación que no pueda vencer ni hay victoria que no pueda alcanzar pues es infinitamente más poderoso Dios para ayudarnos que el demonio para vencernos, de donde infiere el glorioso santo que la tentación y guerra de la vida es gracia y favor de Dios, pues con esta nos ocasiona tantos lauros y solicita tantas palmas que en fin, por donde nosotros entendemos que la Providencia nos desfavorece, por ahí nos honra y hace más dichosos[448].Y si las coronas en el cielo se han de medir y proporcionar con las peleas y victorias que se consiguen en esta vida mortal son inexplicables los lauros que adornarán a esta sierva del supremo emperador de la gloria.

La persiguió el infernal dragón con todas sus siete cabezas o capitales vicios desde que nació[449] con naufragios en aguas dulces y salubres; la provocó a que se entrase en montes poblados de fieras y en cuevas donde se abrigaban venenosos horrores de serpentinos viboreznos; la puso en manos de traidores piratas para que perdiese entre enemigos crueles la hacienda, la honra, la vida temporal y la eterna. Combatieron su pureza mientras vivió con sugestiones, engaños y violencias, volviendo contra su honestidad toda la desenvoltura del mundo y lascivia del infierno. No dejaron piedra por mover, de que no se valiesen para desvanecer su humildad, enflaquecer su obediencia y aniquilar su paciencia como consta de lo dicho en el cuerpo de esta historia. Pero como estaba de parte de la esclarecida virgen el poder del Altísimo siempre triunfó de la obstinada oposición la divina gracia, arruinando sus soberbias y arrogantes fuerzas, frustrando sus trazas y deshaciendo sus astutos enredos. Aunque quedan insinuadas muchas de las batallas y combates que sustentó esta valerosa alma, todo es poco y aun nada en comparación de lo que se podía escribir de una porfiada guerra, dilatada por espacio de setenta años entre la rebelde obstinación infernal que hizo empeño en no dar muestras de rendida, ni cesar en los violentos asaltos con que desahogaba el furor de su envidiosa ira y el sañudo coraje de su rabiosa

[448] Argumentación muy parecida a la conclusión de la «Carta atenagórica» de Sor Juana Inés de la Cruz que resume la mayor fineza de Cristo como: «De manera que se arrepeinte Dios de haber hecho beneficios al hombre que han de ser para mayor daño del hombre. Luego es mayor beneficio el no hacerle beneficios. ¡Ah, Senñor y Dios mío, qué torpes y ciegos andamos cuando no os reconocemos esta especie de beneficio negativo que nos hacéis! […] Cuando sea castigo, el castigo también es beneficio, pues mira a nuestra enmienda, y Dios castiga a quien ama» («Carta atenagórica», p. 438).

[449] Es interpretación corriente ver en las siete cabezas del dragón apocalíptico símbolos de los siete pecados capitales.

soberbia, y entre la constancia de una mujer armada del divino poder y resuelta con la gracia divina a salir de estas multiplicadas batallas antes muerta que vencida.

No puedo dejar de apuntar en este capítulo los continuados martirios y variedad de tormentos de que se compuso esta tan reñida y prolongada lucha, para que se puedan colegir de una admirable paciencia, los inexplicables y preciosos realces de una eterna corona o de innumerables coronas que le labró el infierno con todo su poder y destreza a esta prodigiosa virgen. Porque experimentando los malos ángeles y altivos espíritus que no les valía toda su ciencia ni aprovechaba su ardidosa malicia para desquiciar y apartar a Catarina de la debida sujeción y adoración a su Dios, se acogían ciegos de soberbia y furiosa rabia a la violencia, siguiendo la guerra a punta de lanza, golpe de martillo y boca de fuego como pudieran los más bárbaros o ignorantes turcos, o los más desvanecidos y agigantados filisteos[450]. Desde el tiempo que recibió el santo sacramento de la confirmación en esta ciudad de la Puebla de los Ángeles, que tendría entonces doce o catorce años de edad, comenzaron a publicar y hacer ostentación de su enemistad, rencor y abominable odio a Catarina, haciéndosele visibles tres espíritus en forma de feos y monstruosos etiopes[451], símbolo de los tres poderosos enemigos del alma que con su fiera y horrible presencia la aterraban y causaban en su tierno y delicado corazón pusilanimidad, miedo, pavor y espanto. Estos la acompañaron y se le hicieron asistentes perpetuos por muchos años como pudieran a un desalmado en todo lugar y tiempo, ya amenazándola, ya representándola su eterno cautiverio donde presumían llevarla. ¿Quién podrá explicar los sustos, sobresaltos y vuelcos de corazón que causaba en la sierva de Dios esta mala y terrible compañía, y los riesgos de alma y cuerpo en que la ponían con su astuta crueldad y fiereza? Pero andaba como escondida e invisible la poderosa mano de Dios que la libraba de todos los peligros, fortificaba su afligido corazón, ilustraba su entendimiento, inflamaba su voluntad y la llenaba de sus divinos dones, de suerte que cuando los enemigos rebeldes esperaban que tímida y acobardada dejase el camino de la virtud y siguiese el del mundo. Se hallaban con una mujer fuerte para resistir a todo un infierno, con una

[450] *filisteo*: «se dice del individuo de una pequeña nación que ocupaba la costa del Mediterráneo al norte de Egipto, y que luchó contra los israelitas» (DRAE).

[451] Es la acentuación habitual en el Siglo de Oro.

Susana[452] incontrastable y con una Judith[453] valiente que les cortaba los pies y aun las cabezas, diciéndoles:

> Contra el poder de Dios no hay poder. Si Dios es contigo, ¿quién contra mí? No trabajéis en vano, que es muy amable y hermosa la virtud, y la culpa muy abominable y fea.

Salían estas palabras de su boca, tan llenas de fe y confianza en Dios que solo de oírlas se atemorizaban y temblaban los arrogantes espíritus, y por los efectos que experimentaban en sí, conocían que venían armadas de la omnipotencia, a cuya protección vivía y peleaba esta su aborrecida y enemiga mujer.

Con esta experiencia creció el furor infernal y en las juntas y malignos conciliábulos del abismo, se hizo juicio que no eran bastantes los tres fanfarrones espíritus para batallar con esta tierna y delicada doncella que prevalecía y salía siempre vencedora de los tres monstruos y valentones del infierno, falsificándose en sangrientas y repetidas luchas el proverbio común: «Ni Hércules contra dos». Y así, aunque son tan soberbios y desaforados, determinaron cobardes, mancomunarse siete de los espíritus más poderosos, arrogantes y traidores que como capitanes de los soldados precitos y gobernadores de las armas infernales alistasen debajo de sus banderas todo el infierno cuando fuese todo menester, para destruir y acabar con esta alma, que auxiliada del creador era confusión de Lucifer y ruina de todos los subterráneos reinos. Estos siete anduvieron mucho tiempo a su vista, mezclando con las formas de etiopes otras no menos espantosas de fieras y dragones. Con esta horrorosa compañía, la amanecía el día y procuraban con todo su violento poder y diabólicas trazas, de que hice mención en el capítulo trece y diecisiete del primero libro, restados y rebeldes de tenerla en su casa para que no fuese a hacerles mayor daño y guerra en la iglesia donde llegaba, a pesar de los obstinados ejércitos que amontonados pretendían impedirla el pas, porque después de haber batallado dos y tres horas en vestirse, como si tuviera muchos alfileres y listones que prenderle, venía el divino poder y sus celestiales ejércitos, y restauraban a su ser el cuerpo molido y descoyuntado, le daban fuerzas para salir de su aposentillo y

[452] *Susana*: personaje bíblico, esposa de Joaquín. Es símbolo de castidad.

[453] *Judith*: viuda hebrea, protagonista del *Libro de Judith*. Decapitó a Holofernes, general de los asirios, y enemigo de los israelitas. Símbolo de la mujer fuerte.

coger el camino del templo, unas veces defendida de los mismos ángeles y santos que la favorecían, y entonces iban riéndose y triunfando de los príncipes del infierno como quien andaba entre perros atados y leones muertos. Otras veces iba batallando con estos monstruos y venciendo sus poderíos con una invicta paciencia, porque la escondían y arrebataban las llaves, el manto y todo lo demás necesario para salir de su casa con decencia.

Cuando esto no les valía, le ponían otros tropiezos para que rodase por las escaleras, la estrellaban contra las paredes, puertas y ventanas, y en la calle la metían entre las mulas y caballos de recua[454], que azorados con espantos y acicaladas[455] espuelas de los diabólicos arrieros la atropellaban, pisaban y aturdían. En otras ocasiones la levantaban en alto y la arrojaban otra vez contra el suelo, dejándola estropeada o hecha una tortilla de los sesos y cascos de su cabeza y para que se conociese que eran los malhechores los ejércitos precitos, la restauraba a su ser con un «Hágase la omnipotencia» para que pudiese entrar triunfante y victoriosa en la iglesia, donde se renovaban las batallas, según y como lo tengo insinuado en los capítulos citados y en otras partes de esta historia, de que salían vencidos. Y en prueba y testimonio de que quedaban corridos y avergonzados, cacareaban su confusión valiéndose de los oprobios y zahiriéndola con los nombres de embustera, vieja y china, con otras palabras afrentosas que mezclaban blasfemos y maldicientes, concluyendo siempre su altiva soberbia con amenazas y nuevas promesas de vengarse arrogantes, de que se reía Catarina diciéndoles:

> Idos de ahí, malditos del Eterno Padre, y acabad de entender que no podéis nada sin licencia del creador. Y si os diere licencia, postrada estoy a vuestras plantas, porque como yo haga la voluntad de mi Dios y en nada le ofenda no rehúso vuestras amenazas, furias y crueldades.

Con esta humildad, confianza y resignación en la divina voluntad conseguía del cielo tanto aliento, valor y abundancia de gracia que tenía no solo por fe sino como por experiencia que cuanto más le multiplicasen las batallas y dilatase la guerra con los dragones del abismo, se habían de aumentar los triunfos del divino poder y celosa de la mayor honra y gloria de Dios, vivía como sedienta de luchas y peleas con los infernales

[454] *recua*: «conjunto de animales de carga, que sirve para trajinar» (DRAE).
[455] *acicaladas:* afiladas, bruñidas.

monstruos y el Altísimo la prevenía de un año para otro y de un día para otro de todo lo que el obstinado Lucifer ordenaba a sus fementidos y crueles ministros para la continuación de tan larga y sangrienta guerra. Le avisaba también de la licencia y permisión que tenía concedida a sus enemigos para que usasen de toda su ciencia y poder, de toda su malicia y crueldad, de toda su pertinencia y rebeldía para que saliese más resplandeciente y gloriosa su gracia en la constancia de su querida esposa. A todo se ofrecía la sierva de Dios confiada en la protección de su divino amante, de su santísima madre, ángeles y santos patrones. Y esta humilde resignación y valerosa confianza que no se ocultaba a los príncipes y potestades del infierno, irritaba más su furor y llenos de ira y soberbio rencor, se convocaban entre sí y alistaban en varios ejércitos, repartiendo oficios, instrumentos, trazas y cavilosas astucias. Con esta prevención, los siete capitales demonios como cabezas y capitanes de todos los vicios combatieron pertinaces a esta varonil amazona de Jesús con todo su poder y fuerzas. Y porque he tocado en el discurso de la historia la rabia y obstinación con que procuraron impedirla la ida y venida a las iglesias, la comunión, el rezar el rosario y todas las obras de virtud que ejercitaba en el templo, paso a tratar de la fiereza con que la persiguieron dentro de su casa y recogimiento.

## II

### *De la crueldad con que la perseguían de día y de noche en su casa y cómo salía siempre triunfante la sierva de Dios con repetidas victorias asistida de la divina gracia*

Siempre andaba cercada de áspides, basiliscos, víboras y culebras, lagartos y escuerzos[456] asquerosos. Hasta los animalejos comunes penosos parecía que andaban en su corto albergue pastoreados y animados de los bulliciosos espíritus infernales, porque sin hallar razón para semejantes acasos y contingencias se hallaba vestida algunas veces de gusanos asquerosamente peludos, otras de piojos, chinches y pulgas desproporcionadamente crecidas, y no pocas veces cercada de lagartijas, escupiendo veneno como si fueran áspides ponzoñosos, de ratas embestidoras que parecían irritadas fieras, y aun de los mismos perros caseros con visos

[456] *escuerzos*: sapos.

y apariencias de estar poseídos de la ponzoñosa rabia que los hace horrorosos y abominables. Pero toda esta asquerosa asistencia formada de transformaciones diabólicas o animada de los espíritus infernales, por ordinaria se hizo habitual y despreciable de suerte que no causaba a la sierva de Dios temor, susto ni espanto. Sobre estas sabandijas, aparentes o verdaderas, andaba y le servían de cojines el tiempo de su labor y de colchones en su pobre lecho. Y este poco caso y desprecio embravecía a los autores de esta maliciosa y ridícula traza, de manera que rabiosos se valían de toda la licencia que les daba el Todopoderoso para combatir y contrastar a esta valerosa e inocente virgen. Aunque en todo tiempo y lugar la perseguían, porque en todo lugar y tiempo les hacía ella guerra clamando al cielo misericordia para sí y para todo el universo y consultando con el redentor del mundo los negocios de su Eterno Padre.

Pero donde con especialidad la combatían y se daban las más sangrientas batallas era en la oscuridad de la noche que por la mayor parte gastaba la sierva de Dios en ejercicios de oración y penitencias. Apenas se recogía a su pobre albergue cuando se prevenía para el desafío y la lucha porque la misma experiencia le aseguraba que no podían tardar los ejércitos obstinados y entraban ordinariamente los siete más agigantados demonios que la asistían de día y de noche, los unos a las espaldas como traidores alevosos, otros a la vista ostentando fanfarrona arrogancia y otros a los lados con instrumentos y traje de crueles sayones[457]. Pero en estas batallas nocturnas se vestían estos siete monstruos de formas más pavorosas, representando con vana ostentación y soberbia el ser caudillos de innumerables soldados que los seguían visibles e invisibles. Por eso eran los primeros que cogían puesto dentro del aposentillo y pobre morada de Catarina y se ponían a su vista como triunfantes y vencedores, con penachos de encendido humo en la cabeza, vomitando fuego por bocas, narices y ojos. Otros formaban sus escuadrones de bestias fieras mancomunadas, mostrando sus garras y sus fuerzas, y otros en varias formas propias de su crueldad y fiereza, y que tengo ya insinuadas en el capítulo dieciocho del primer libro.

Todas estas batallas hallaban siempre prevenida a esta varonil y prudente virgen con muchos actos de fe, esperanza en Dios y en su santísima madre. Tenía rociado su corto albergue, que era el campo de estas batallas, con agua bendita para que al entrar en la pelea sus enemigos anduviesen como gatos sobre ascuas. Estaba armada con la señal de la

[457] *sayón*: verdugo.

cruz, con muchas medallas y reliquias de los santos sus patrones. Invocaba a los celestiales ejércitos que tal vez se le dejaban ver armados para su defensa y otras veces solo su valeroso capitán y caudillo san Miguel que, con la espada desenvainada en la mano, le comunicaba ánimo y angélicos alientos. Con estas fuerzas auxiliares se llevaba desde luego la victoria esta sierva de Dios porque en poniéndose a su vista los formidables y diabólicos ejércitos, se humillaba y hundía en el centro de la tierra de donde se levantaba confiada en el divino poder y resignada en su santísima voluntad, diciéndoles: «Venid, que ya os estaba esperando para que adoréis a vuestro creador y mi redentor» y obligándoles a rendir las debidas adoraciones al Todopoderoso, les decía:

> Si traéis licencia, aquí estoy y pongo a vuestros pies mi cabeza para que castiguéis mis culpas, dignas de muchos infiernos, pero si no es permisión del Altísimo sino atrevimiento vuestro, apartaos de mi presencia y dejad que alabe la criatura a su Dios.

A este reto humilde y valiente solían desaparecerse los infernales espíritus, a la manera que vemos ejércitos de mosquitos arrebatados de un torbellino violento o de un deshecho y enfurecido huracán. Mas volvían embravecidos al descubierto o escondidos como ladrones cobardes, cogiéndola dormida o divertida en las alabanzas de su Dios y embistiéndola rabiosos, hacían presa con sus uñas y dientes en la delicada garganta de la inocente cordera, asegurándose de que no les intimase otro fulminante precepto con que se viesen obligados a retirarse a su centro, porque asida y aprisionada con esta traza y rigor quedaba impedida aun la respiración necesaria para la vida.

Con esta alevosa prisión que ejecutaban los mayores príncipes del infierno, se acercaba luego toda la canalla infernal y la aseguraban con mil prisiones de pies a cabeza y afianzando su temor y cobardía la arrastraban por el suelo con grita y confusa algazara, hiriéndola los soldados con lanzas, con espadas y los demás instrumentos de guerra. Otros la cogían entre sus fornidos y crueles brazos procurando reventarle la hiel en el cuerpo, otros de forma más agigantada se vestían del peso de una torre o de un monte, cargándose sobre los delicados hombros de la tierna doncella, hacían oficio de pesadas prensas para convertirla en polvo. Los que concurrían en forma de fieras no mostraban menos crueldad y fiereza, sin que quedase alguno que no ensangrentase sus uñas y voraces dientes, dejándola sin aliento, sin respiración y sin esperanzas de vida.

Bien pudiera decir la sierva de Dios que se había cumplido en ella lo que dijo el santo rey David en persona de Cristo: «Me cercaron muchos perros y el concilio de los malignos me puso un apretado asedio»[458]. Pero cuando más ahogada volvía los ojos del alma a su divino amante y cuidadoso pastor, quejándosele amorosa oía la suave voz en que le decía su amado que se levantase. Y replicando ella:

> ¿Cómo, Señor, me he de levantar si no me das la mano cuando están mis huesos hechos polvo y harina, despedazada la carne, descoyuntado el cuerpo, sin aliento el pecho y sin vida el corazón?

Volvía a oír segunda vez la suave y divina voz que le decía: «Ea, levántate, poderoso soy, ya estás buena y con fuerzas». Y así lo experimentaba Catarina, que agradecida a su Dios, engrandecía su poder, su bondad y su inmensa misericordia e imploraba los auxilios de su gracia contra los príncipes y potestades infernales para que no consiguiesen de su flaqueza la menor impaciencia ni desconfianza y ofrecía todas sus penas y congojas juntas con los merecimientos de nuestro redentor por las ánimas de los vivos y de los difuntos.

> Padezca yo, —decía— Señor, porque no caigan en manos de esos dragones tus criaturas; perezca yo porque no se pierdan para siempre las almas redimidas con tu preciosísima sangre; reviente yo porque gocen para siempre de la hermosura del divino rostro.

Luego que la veían sus enemigos con fuerzas y aliento ofreciéndose fervorosa a padecer por la honra y gloria del creador y bien del universo, la volvían a acometer rabiosos, desalojando en ella su furor y vengando su implacable ira en aquel delicado cuerpo, dejándola acardenalada[459], desollada, descoyuntada y desmayada con azotes, con palos, con hierros, con prensas y semejantes crueles instrumentos. Pero en los últimos desfallecimientos de la naturaleza invocaba el alma afligida a los ángeles y santos, sus devotos, a la soberana reina y a su santísimo hijo que la libraban de sus enemigos, la confortaban y solo con mirarla el Todopoderoso, con decirle una palabra o tocarla con su divina mano le comunicaba fuerzas, alientos y deseos de padecer con que se volvía a ofrecer a nuevas

458 *Salmos*, 21, 17.
459 *acardenalada*: «con moretones» (DRAE).

luchas y batallas que aceptaba el infierno furioso, lleno de saña y envidia, ensangrentándose con tanto más coraje cuanto se veía repetidas veces vencido de la paciencia, humildad, mansedumbre y resignación de esta mujer, su enemiga conforme en todo con la divina voluntad.

De la cama hacían los infernales monstruos parrillas de martirizar, porque cuando esperaba un poco de sueño para el alivio necesario de su alma atribulada y descanso del cuerpo rendido y despedazado se hallaba sobre un colchón de fuego en que se abrasaba sin poder volverse ni llamar a quien la socorriese, porque le impedían el uso de todos sus sentidos y potencias. Otras veces la espetaban en asadores y la asaban ya sobre vivas llamas, ya sobre encendidas brasas a fuego malo. Otras veces la asían con garfios de hierro hechos un fuego y con ellos la arrastraban por el aposentillo, haciéndola creer que como señores del alma la llevaban a su infierno, tan ensangrentada y herida, que a los mismos demonios fueran capaces de compasión, les causara lástima. Finalmente, se valían para atormentarla de peines, de almohazas[460], rallos[461], espinas, lanzas, cuchillos, espadas, barrenas, tornos y ruedas de navajas[462], con otros muchos más instrumentos que los que inventaron los tiranos enemigos de la fe y de todos los vivientes. En otras ocasiones se prevenían y transformados en sirenas encantadoras se manifestaban en el lecho que era una tarima o estera sobre las frías y duras lajas para que no se atreviese la sierva de Dios a recortarle y faltarle a la obediencia que la mandaba dar algún descanso al cuerpo, aunque fuese sobre áspides y basiliscos, y así las ahuyentaba con el agua bendita o les decía, tratándoles de hipócritas de hermosura, que se transformasen en otras formas más propias de su fealdad y que no dudaría de arrojarse por cumplir con la obediencia entre bestias fieras y abominables horrores. Estos martirios solían ser el descanso que le daban de noche y se agravaban con perfumes infernales, con gritos desordenados, con sombras espantosas y palpables tinieblas que causaban una confusión de infierno en que le obscurecía el alma y cesaba el uso de los sentidos y potencias para todo lo que no era padecer.

Cuando en su vejez usaba por obediencia de colchón y cama alta, no padecía menos, porque el acostarse en ella era arrojarse en un brasero

[460] *almohaza*: «instrumento, usado para limpiar las caballerías» (DRAE). Especie de rascador.

[461] *rallo*: chapa con agujeros.

[462] *ruedas de navajas*: como la que sirvió para martirizar a santa Catalina de Alejandría.

donde se asaba y tostaba, alternándose estos tormentos con el martirio de un intensísimo frío que igualmente la afligía. Otras veces el medio cuerpo estaba en las brasas y el otro medio cuerpo al mismo tiempo en la nieve y en el hielo. El ruido sobre su aposentillo de día y de noche era terrible, ya como si cayeran en la azotea montes de piedras o peñascos; otras veces era el estruendo como si habitaran sobre el techo manadas de caballos o partidas de fieras, donde oía y se sentía derramar varios inmundos del cenagoso abismo que penetraban la azotea y atosigaban a la esclarecida virgen impidiéndole sus ejercicios. Continuaban mancomunados o alternados estos martirios con otros más crueles y desacostumbrados en el mundo, porque de día y de noche se embebían en su virginal cuerpo enjambres de demonios que la causaban intensísimos dolores en todos sus nervios y coyunturas, otros andaban y habitaban dentro de sus entrañas, aprensando el corazón, impidiendo la respiración y despedazando e inficionando todo lo interior del cuerpo, ya con remover o alterar los humores, ya vestidos de púas, espinas y navajas. Otras veces andaba entre los hombres con dolores extraordinarios como si la atravesaran espadas y lanzas por el cuerpo, con clavos agudos de dolor en los hombros y con otros inexplicables tormentos, faltándole el consuelo de que la viesen padecer los que piadosos pudieran condolerse en sus penas y martirios. Ni Catarina los comunicaba sino a sus padres espirituales ni procuraba otro remedio que la señal de la cruz, llamar a sus ángeles y santos al poder de Dios y a la madre de misericordia, y cuando esto no podía hacer con la lengua y corazón porque todo lo sensitivo lo turbaban y baldaban sus enemigos astutos, levantaba los ojos del alma a su querido amante que la dejaba hasta las últimas agonías, recreándose en verla penar entre mortales parasismos sin otra memoria que la de padecer por su Dios, por el mundo y conformarse con su divina voluntad.

## III

### *De otros más extraordinarios martirios que ejecutaban en esta valerosa alma los infernales espíritus*

En otras ocasiones, no satisfaciéndose la rabiosa ira de los infernales monstruos con tantos crueles martirios e inhumanos tormentos, la sacaban de su lecho y casa, y la llevaban con ruidosa algazara a las ásperas serranías y a los más encumbrados y espesos montes para martirizarla a

su gusto. Y no ponga ceño[463] la incredulidad ignorante a esta propuesta, porque no excede el hecho a la diabólica actividad ni la divina permisión desdice de la justa y singular providencia del Altísimo, pues ha estilado conceder este permiso al infierno para que resplandezca más su omnipotencia en la paciencia y constancia de sus escogidos, como lo leemos en varias historias eclesiásticas y políticas, y no podemos negar la del evangelista san Mateo, donde dice que cogió y arrebató el diablo el cuerpo de Cristo, que le llevó a la ciudad de Jerusalén y le puso sobre el pináculo del templo[464], las cuales palabras significan claramente movimiento local, aunque lo que se sigue de que le mostró todos los reinos del mundo lo entienden algunos autores y no sin probabilidad de visión imaginaria o sensible, por mudanza o formación de objetos que no arguye menos habilidad en los espíritus malignos, como ni que el demonio hablase y tentase a su creador y Señor, ahora fuese con voces sensibles o imaginarias. Pero quien atrevido se arrojó supuesta la divina permisión a arrebatar el cuerpo de Cristo, ¿por qué no lo hará con las demás criaturas formadas del polvo de la tierra por más santas que sean? Así como lo hace con los arrepticios[465] y sus magos para cuya prueba es suficiente la indefectible historia de Simón Mago[466] que en el principio de la Iglesia levantó el infierno contra Simón Pedro. Y puede servir de argumento lo que cada día se experimenta en los vuelos y levantamientos de las brujas y otros que usan del arte mágica, que tiene por tan cierto el Abulense[467] entre otros muchos doctores que dicen no puede negarse sin imprudencia o falta de vergüenza en el rostro habiendo tantos testigos de vista y tantas sentencias de castigo promulgadas en sus causas por el santo y justísimo Tribunal de la Fe[468].

Y no se opone a esta doctrina la advertencia común y cierta de que el demonio puede dictar en la fantasía noticias de cosas ausentes o fu-

[463] *no ponga ceño*: no frunza el ceño en signo de incredulidad.

[464] *Lucas*, 4, 9.

[465] *arrepticio*: «endemoniado o espiritado» (DRAE).

[466] *Simón Mago*: según la leyenda cuando mostraba sus magias volando, los Apóstoles Pedro y Pablo detuvieron su vuelo y Simón cayó en tierra. Para referencias bíblicas sobre Simón Mago ver *Hechos de los Apóstoles*, 8.

[467] *Abulense*: Alonso Fernández de Madrigal, también llamado el Tostado; fue obispo de Ávila en el siglo xv, y prolífico escritor religioso.

[468] La Inquisición: si la Inquisición condena a las brujas y brujos, es que existe la brujería. La realidad es que la Inquisición, sin negar la brujería, era muy escéptica sobre su realidad práctica y cotidiana.

turas y aun formar en la imaginativa representaciones tan vivas de cosas penosas y deleitables que jurarán las brujas y las otras mujeres simples e ignorantes que se han hallado en los campos Elíseos o en las infernales cavernas sin haber salido de su rincón y asquerosa choza, porque todo lo que he dicho no excede el poder y virtud angélica. No pierda de vista el piadoso lector esta verdadera suposición y obsérvela para cuando leyere en esta historia movimientos maravillosos de esta sierva de Dios que excede la actividad y virtud de las causas sublunares y se deben necesariamente atribuir a Dios o a sus ángeles, al demonio o a sus malas artes según el modo, los fines, efectos y demás circunstancias que concurrieren, porque para determinar si son levantadas las criaturas con prodigiosos movimientos en manos de ángeles o de demonios como Cristo o como Simón Mago, se debe recurrir a las reglas de la discreción de espíritus. Mas estos vuelos, raptos y elevamientos[469] que voy refiriendo ahora de esta esposa de Jesús, no hay que dudar eran efectos de la violencia infernal, porque renovando o remediando la prisión del Señor, la llevaban arrastrada, maltratándola con golpes, heridas y pescozadas[470]. Pero se debe entender, y de lo ya dicho se infiere, que no todas estas batallas y ejercicios de paciencia que voy refiriendo de la sierva de Dios se ejecutarían en su delicado cuerpo materialmente, de manera que en la realidad y verdad fuese tantas veces destrozada, despedazada y crucificada por mano de los malos ángeles, porque aunque tienen estos virtud natural para obrar en las criaturas sublunares, tan superior a las humanas fuerzas que nos asegura el santo Job, perseguido y maltratado de los demonios, como testigo de vista y experiencia, no haber en la tierra potestad que se pueda comparar con la de los infernales monstruos, con todo, como estos sean agentes de superior orden a nuestra humana naturaleza y corta capacidad, pueden y suelen causar en nosotros espiritualmente dolores extraordinarios y crueles martirios como si real y verdaderamente los padeciéremos sin que alcancemos ni podamos alcanzar clara y perfectamente el modo ni virtud de las causas a nosotros ocultas con que obra su diabólica actividad, aunque subordinada siempre a la divina permisión de que no pueden exceder, para atormentar en esta vida los cuerpos y las almas de los predestinados y escogidos del Altísimo. Y así remitiendo a los que leyeren este capítulo, a los autores que tratan de esta materia y a los hombres doctos que determinarán con

469 *raptos y elevamientos*: éxtasis, levitaciones.
470 *pescozadas*: «golpe en el pescuezo» (DRAE).

distinción y sólidos fundamentos los efectos que se han de tener por reales y verdaderos, y los que se han de mirar como espirituales, imaginarios o fantásticos, paso a decir las crueldades y violencias que ejecutaban los príncipes y potestades infernales en Catarina, ahora lo padeciese corporal o espiritualmente porque en el caso presente y para prueba de su invencible paciencia, no hace mucho al caso este determinado juicio.

Cuando la tenían ya en los montes, serranías o despoblados que de todo se valían sus crueles enemigos para desanimarla, aumentando su desamparo con estas invenciones que les dictaba la malicia e insaciable aborrecimiento, la perseguían y procuraban desahogar su rabia y sañudo coraje en multiplicados martirios, renovando como obstinados sayones los que ejecutaron escribas y fariseos en el redentor del mundo. Pondré aquí algunos de los que le fueron más sensibles por repetidos o crueles y conservó en su memoria y lamentaciones hasta la muerte.

> Ponían —decía la sierva de Dios—, mi cuello debajo de sus pies y asiéndome de la garganta con sus bestiales uñas con impulsos y voluntad de ahogarme, me hacían blanco de su furor y rabia, desollándome a azotes sangrientos y crueles, deseando mi cuerpo hecho un espectáculo lastimero de heridas y cardenales que publicaban la fiereza de mis enemigos y la gravedad de mis culpas.

Así se lamentaba el santo Job, cuando dijo:

> ¡Oh, padecer nunca oído! ¡Que haya el Señor permitido que mi mayor contrario me tenga aprisionado y después de haberme herido tan despiadadamente, no teniendo en todo mi cuerpo lugar libre y exento de heridas, las haya repetido y reiterado de manera que sobre las mismas llagas ha redoblado los golpes y dolores de otras nuevas heridas que con desaforado rencor me ha hecho!

De esta crueldad pasaban a otra en que mostraban no menos su ira y fiereza porque, haciendo de los árboles cruces, la escarnecían y burlaban crucificada y coronada de espinas. Pero la sierva de Dios estaba al mismo tiempo fortalecida de los ángeles, sus auxiliares y patrones, y mucho más de su divino amante, a quien contemplaba con los ojos de la fe, pendiente de duras escarpias en el afrentoso madero, clavado de pies y manos, roto el costado, coronado de punzantes espinas y convidado con amarga hiel y acedo vinagre, y a vista de esta trágica representación

de su Dios crucificado[471] se hacían suaves las fatigas y congojas que le causaba este terrible martirio de donde la quitaban o arrebataban para entretener su furioso coraje con otros desapiadados tormentos. Solían descoyuntar y quebrantar su delicado cuerpo y formado de él un ovillo o bola de huesos, los desunidos jugaban con ella a la pelota, estrellándola en el monte contra los troncos y peñascos y en las calles al volverla a su casa contra las esquinas. Otras veces de los mismos árboles formaban horcas y colgándola de los pies la obligaban a echar por la boca las entrañas. En otra ocasión sobre la cumbre de un descollado monte después de muchas ejecutadas crueldades, asida o atada por los pies, dieron con ella tantas circulares vueltas y con tal velocidad y presteza que, atontada y como fuera de sí, se persuadió rendía el espíritu por falta de respiración en el aire y cuando más angustiada la precipitaron y despeñaron monte abajo rabiosos, pero se halló en el término del precipicio en el regazo de la Santísima Virgen tan rendida y con la respiración tan difícil que fue necesario el poder y manos de esta soberana Señora, asistida de sus ángeles para solidar los huesos, componer los miembros descoyuntados y recobrar alientos de los espíritus vitales.

En otras ocasiones, le parecía que la precipitaban en el abismo y que descendía a aquellas tristes cavernas como despeñada por cenagosos sumideros o chimeneas asquerosas, cayendo en pozos de hielo, hornos de fuego, charcos de ponzoñosas sabandijas, calabozos de oscuridad y confusión o en lúgubres salones que servían de plazas de armas para atormentar a los infelices habitadores de aquel eterno cautiverio, donde la herían más con maldiciones y blasfemias que con los instrumentos que le labraban en aquellas herrerías de rigor y crueldad. No digo que bajase Catarina en cuerpo al infierno, porque todos estos arrebatamientos violentos pueden ser en espíritu, pero ella aseguraba que la parecía estar en aquel horroroso lugar, que experimentaba sus inexplicables penas y que aun cuando subía de las infernales mazmorras no se le apartaba aquel fuego abrasador que sin resplandecer y alumbrar la quemaba y no consumía.

Basta ya de martirios y crueldades ejecutadas por impíos y vengativos ministros de la justicia de Dios que no conocen ni abrazan la piedad si no es forzados y refrenados con el poder de la divina misericordia. Pero dirá alguno que cómo podía vivir esta sierva de Dios entre tantos

[471] Esto es un ejemplo del ignaciano *compositio loci*, explicado en sus *Ejercicios espirituales*.

tormentos. Y responderé que con la asistencia de la omnipotencia, que conservó la vida y sin lesión del más delicado cabello a los tres niños de Babilonia[472] que arrojados al fuego se vieren exentos de la actividad de las llamas que abrasaron y convirtieron en cenizas a los impíos verdugos que los arrojaron para que fuesen testigos de la voracidad del fuego que milagrosamente lisonjeaba e ilustraba a los tres santos inocentes. Finalmente tuvo el demonio general licencia para atormentar a nuestra Catarina por todo el tiempo de su vida y se valió de este permiso para ejecutar en ella como inhumano tirano los martirios que podemos considerar en el mundo y en el infierno, fuera de la eternidad y decir de ella lo que dijo de sí el santo rey David que vivió cercado de dolores de muerte y penas del infierno[473].

Este camino tan áspero como peligroso no pudiera con las fuerzas humanas andarse si Dios no pusiera en él algunas como ventas o enramadas donde descansando el cuerpo y recreándose el alma cobrara nuevos restituidos alientos de la liberalísima omnipotencia esta valerosa caminante. Y así alternaba Dios estos tormentos, angustias y congojas con celestiales deleites, gustos y divinas recreaciones con que a sus tiempos la confortaba y animaba a la perseverancia hasta llegar al término de esta fragosa y poco usada senda por donde la guiaba a la bienaventuranza. Por los dolores y martirios le daban gustos y gozosos deleites, por los objetos horrorosos le proponían otros celestes y gloriosos, ya de ángeles que la defendían, ya de santos que la animaban, ya del mismo Señor y de su santísima madre que venían a socorrerla y la aseguraban en los brazos de su poderoso amor. Después de las hediondeces e infernales perfumes se hallaba cercada de flores, rosas y soberanas fragancias, símbolos de sus heroicas virtudes y no pocas veces de músicas y celestiales instrumentos, como diré en otros capítulos. Puede servir aquí de prueba lo que le sucedió a veinticinco de junio de setenta y nueve, día en que amaneció molida y majada de los demonios en el yunque de su obstinada y rabiosa crueldad, y hallándose ya sin fuerzas, sin respiración y casi sin espíritu se volvió a su Dios llamándole su padre y madre, su rey, señor y redentor, su amigo, médico único y verdadero protector, y luego vio a su Majestad ostentando con amorosa benignidad su infinito poder y una numerosa y triunfante corte de bienaventurados, entre los cuales ciudadanos celestes reparó que algunos de los angélicos espíritus

[472] El episodio se cuenta en el *Libro de Daniel*, 3.
[473] *Salmos*, 17, 5.

la presentaron de una grande y riquísima fuente de olorosas flores y fragrantes rosas, muy superiores a las que conocemos y pueden ser fruto de esta lodosa y humilde tierra, pero hallándose indigna de este precioso presente comenzó a humillarse y a clamar al Señor, pidiéndole guardara aquel don para sus escogidos, porque ella era un poco de lodo y basura del mundo, a las cuales humillaciones la correspondió el cielo con una música tan soberana que arrobada el alma y suspensa entre gozos de gloria, halló descanso, paz y nuevos alientos su espíritu para padecer más y más por su amado y por el mundo como se podrá leer en los libros siguientes y lo demás perteneciente a las virtudes morales de la sierva de Dios, que el piadoso lector echará menos en este.

# CAPÍTULO XVI
# DEL GRANDE PODER QUE TUVO CONTRA LOS DEMONIOS

## I

*De cómo y cuánto les aterraba con sus virtudes y ahuyentaba con su imperiosa voz*

De todo el discurso de la historia se pudiera discurrir la confusión que causaría esta valerosa virgen y prodigiosa mujer en los ejércitos precitos del obstinado Lucifer que afrentosamente avergonzado de verle tantas veces vencido, comenzó a acobardarse tanto que solo con ponerse a la vista de esta sierva de Dios temblaba con todos sus secuaces, que se retiraban desalentados y temerosos de batallar y lidiar con esta valiente y agigantada amazona, alistada debajo de las banderas de Jesucristo. Era digno de toda admiración y de dar incesantes gracias al Altísimo lo que refería y experimentaba esta su querida esposa, porque como a criatura escogida para que se ostentase en ella triunfante la divina gracia, la favorecía con todo su poder y misericordia infinita comunicándola tanto de su omnipotencia contra los poderíos del infierno cuanto había dado de larga licencia al príncipe de las tinieblas para perseguirla y atormentarla. Aseguraba que al asomarse las huestes infernales a la puerta de su pobre albergue o por las paredes y techo de su corta y despreciable habitación, haciendo ostentación de su amotinada y rabiosa muchedumbre apiñada, cómo en ventanas y claraboyas[474] se desaparecían con grande estruendo, como si les volaran con pólvora, dejando a su alma en quietud, paz y seguridad de unión con su amado y divino amante, al pronunciar solamente con viva fe las imperiosas voces: «¿Quién como Dios? Si Dios es conmigo, ¿quién contra mí?» o aquellas sus familiares, por repetidas palabras:

[474] *claraboya*: «ventana abierta en el techo o en la parte alta de las paredes» (DRAE).

> Si tenéis licencia, bestiábulos[475], aquí estoy resignada en la voluntad de Dios y rendida a vuestras plantas para que desahoguéis vuestra furiosa rabia en este gusanillo vil y en esta criatura ingrata para con su redentor, pero si no tenéis permiso o licencia, no impidáis el que la criatura alabe a su Dios ni que la oveja busque a su pastor y así atended a lo que os digo por dirección de mis confesores que están en lugar de Cristo Jesús: idos luego a habitar los calabozos eternos y aquel tenebroso abismo que os preparó el Señor desde el principio del mundo y advertid que no os lo mando en mi nombre sino en el nombre de la Santísima Trinidad, del Verbo Encarnado y de la Soberana Señora que le concibió en sus purísimas entrañas.

Pero como eran tantos y tan soberbios los enemigos rebeldes y obstinados que la perseguían, volvían por instantes a combatirla como enjambres de avispas irritadas, ponzoñosas y envenenadas, procurando comunicar su ponzoña y desahogar su rabia en esta su enemiga y valerosa mujer que con el mismo precepto lleno de propia y verdadera humildad y confianza en el divino poder las aventaba y precipitaba repetidas veces a su tenebroso centro o les mandaba asistir arrodillados por tres o más horas delante del santísimo sacramento en la iglesia de nuestro padre san Ignacio y que alabasen, reverenciasen y rindiesen el debido vasallaje a su Dios y Señor. Les veía y se le representaban luego abatidos, como forzados y rabiosos obedientes a la suprema majestad sacramentada, de donde aterrados del mandato y voz de esta esclarecida y triunfante virgen, armada de la omnipotencia, le pedían que los desatase y que los dejase, prometiendo traidores dejarla y no perseguirla ni maltratarla, mas no consiguiendo esa libertad y licencia pretendida de su engañosa astucia, se le mostraban después tan tímidos y cobardes que no se atrevían a acercarse a ella ni a ponérsela delante visibles, si bien arrastrados de su obstinado furor procuraron continuar y continuaron la sangrienta guerra contra la sierva de Dios por todo el tiempo de su vida, supliendo la falta de su valentía y poder con maliciosas y diabólicas trazas que experimentaban desechas y desvanecidas con confusión y vergüenza, sus mismos autores. La inquietaban estos de lejos con ruidos y estruendos en las azoteas de que eran testigos con Catarina las personas que la asistían y con especialidad los confesores que iban a consolarla de día y de noche en sus dolencias y tribulaciones, los cuales atestiguan y atestiguarán mientras vivieren las diabólicas escaramuzas de rabiosos duendes

[475] *bestiábulos*: 'fieras horribles'; lo leo como forma latinizante derivada de bestia, *bestiaculum*, de la misma familia que produce *vestiglo* 'monstruo horrendo'.

que sentían y oían sobre el techo y la azotea luego que se aplicaban a oír y consolar a la sierva de Dios, afligida y enferma para que no dudasen de lo que ella les refería acerca de la inquietud infernal con que la combatía el infierno.

Entre otros muchos casos noté lo que me dijo a primero de mayo de mil seiscientos setenta y nueve, por tener alguna especialidad, y fue que estando recogida en su pobre aposentillo, sintió sobre su azotehuela un extraordinario ruido de filas y bancas como cuando se llegan muchos codiciosos jugadores a la mesa de su perdición o como cuando se juntan muchos consejeros a tratar negocios de mucha importancia y secreto. Le causó alguna novedad ese misterioso ruido y preguntando al Señor la causa, le respondió, comunicándola una soberana luz que le manifestó con claridad, estaban en consejo o conciliábulo los consejeros malditos, disponiendo varias trazas y maliciosas astucias contra esta sierva de Dios y contra todas las criaturas redimidas con la sangre de Cristo. Con este conocimiento se arrojó al suelo y arrodillada o postrada, comenzó a decir la letanía que acostumbraba rezar todos los días y de que se vale la santa Iglesia católica para alcanzar de Dios el remedio de todas las necesidades, y advirtió la sierva de Dios que al pronunciar las palabras: «Líbranos, Señor, de las acechanzas de nuestros enemigos», se había deshecho y desvanecido todo el diabólico concilio, tirando los malos consejeros, sillas y bancas como que salían huyendo y se precipitaban espantados y atemorizados a su horroroso abismo. De que dio Catarina a Dios las gracias con incesantes alabanzas de su divino Poder que abatía y confundía al infierno, y le respondió el Señor, dándola a entender que con semejante espanto y confusión se habían arrojado y escondido los demonios en sus eternos calabozos acobardados y medrosos cuando su santísima alma había descendido al limbo[476], donde estaban detenidos

[476] *limbo*: este limbo es el llamado seno de Abraham; comp. Arellano, 2011, *s. v.*: «en el seno de Abraham esperan los justos a que Cristo culmine la obra de la Redención para pasar a gozar de la presencia de Dios, imposible desde el pecado original por no haber nadie digno de pagar la deuda incurrida. El seno de Abrahán se menciona en Lucas, 16, 22-23, como el lugar donde va después de su muerte el pobre Lázaro: "Factum est autem ut moreretur mendicus, et portaretur ab angelis in sinum Abrahae [...] cum esset in tormentis [el rico], vidit Abraham a longe, et Lazarum in sinu eius". Juan de Maldonado recoge las opiniones de varios Padres y escritores sobre est lugar en *Comentarios a los evangelios de san Marcos y san Lucas*, 696-98. Ver Hall, *Dictionary of Subjects*, p. 188. Comp. PS, vv. 1771-1780: «con que / llegó el tiempo en que se abra / aquel seno de Abrahán / donde los justos descansan, / dándole el nombre su fe, / siendo

los santos padres para entrar con ellos triunfante el día de su ascensión en el cielo. Estas diabólicas juntas repetían muchas veces los infernales monstruos contra esta esclarecida virgen, confiriendo medios y trazas para destruirla, irritados y envenenados cada día más con la misma experiencia de que salían vencidos y Catarina en tan sangrientas y continuadas batallas siempre victoriosa, y porque está sola alma auxiliada de la omnipotencia les hacía más guerra para ruina de su arrogante y bárbaro imperio que muchas criaturas juntas, pues por sus méritos y oraciones les quitaba el Altísimo millones de almas a que tenían derecho por razón de sus culpas. Y su Majestad para mayor confusión de Lucifer y de todos sus secuaces manifestaba a su sierva los conciliábulos infernales porque humillada y temerosa clamase a la divina misericordia y con sus clamores les desbaratase y quitase las fuerzas a las potestades del tenebroso abismo.

En otras ocasiones se hallaba la sierva de Dios como arrebatada de algún superior espíritu sobre las azoteas o en los fantásticos salones donde se formaban estos diabólicos cónclaves y solo con su presencia se aterraban los enemigos soberbios y se desaparecían con cobardía y vergüenza del puesto en que maquinaban y conferían, astutos y maliciosos medios y daños contra esta valerosa mujer, su enemiga y contra todas las almas redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo. Ordinariamente con la luz sobrenatural que tenía del cielo, aun cuando la combatían in-

su lóbrega estancia / depósito de creyentes; / y viendo que su esperanza / se va disponiendo en sombras, / escucha sus alabanzas» y vid. nota de los eds., pp. 162-163, donde entre otros pasajes, se cita este el Catecismo Romano, que distingue tres clases de infierno, el de los condenados eternamente, el purgatorio y el seno de Abraham: "Tertium postremo receptaculi genus est, in quo animae sanctorum Christi Domini adventum excipiebantur, ibique sine ullo doloris sensu beata redemptionis spe sustentati, quieta habitatione fruebantur. Horum igitur piorum animas, quae in sinu Abrahae Salvatorem expectabant, Christus Dominus ad inferos descendens liberavit". También en J. Lloret: "Sinus Abrahae, in quo erat Lazarus [...] significat futuram requiem [...] quia collocatus est cum filiis Abrahae, qui pater multarum gentium est a Deo constitutus", *Silva*, 933. […] En este respecto, la primera carta de san Pedro, 3, 19, afirma que el alma de Cristo descendió a los infiernos: "In quo et his, qui in carcere erant, spiritibus veniens praedicavit". El CR, I, 6, 1, explica: "Christo jam mortuo, ejus animam ad inferos descendisse, ibique tamdiu mansisse, quamdiu ejusdem corpus in sepulcro fuit". La palabra infiernos significa los lugares en que están detenidas las almas que no han alcanzado la bienaventuranza celestial […] Hay tres clases de infierno: el de los eternamente condenados (o gehenna), el purgatorio y el seno de Abrahán, donde moraban las almas de los santos que estaban esperando el advenimiento de Cristo».

visibles, los divisaba por los rincones de su corto aposentillo o debajo de la mesa, cajas y cama, como ratones u otros de los inmundos animalejos que, aterrados y medrosos, huían de que los viese y mirase esta valerosa y triunfante virgen. Y entonces les mandaba que se acercasen a ella y, no pudiendo resistir a su precepto, se ponían muchas veces en su presencia, temblando como azogados y cobardes espíritus por la grandeza de la divina virtud que reconocían depositada en esta privilegiada y victoriosa alma, rogándola abatidos los apartarse de sí o que les diese licencia para precipitarse a su centro, sin atreverse, corridos y avergonzados a mirarla al rostro. Pero Catarina, como superior por la virtud y dones de Dios, que adornaban y confortaban su espíritu, les decía en estas ocasiones: «Levantad esa cara y miradme al rostro, embusteros, y no pretendáis inquietar a las criaturas del Señor con vuestras diabluras». Y después de haberlos reprehendido y humillado su obstinada y altiva soberbia, les precipitaba con imperiosa voz, llena de fe y armada con la eficacia del divino poder al infierno donde caían arruinados y oprimidos de la fortaleza de un Dios omnipotente. Mirando la sierva del Señor no pocas veces su arrebatada caída desde la superficie de la tierra hasta llegar a su tenebroso abismo, donde luego que llegaban, les oía maldecir a Dios por el poder que daba a esta su escogidísima alma.

Con todo este tormento y pena que sentían de ver tanta santidad y tanto de omnipotencia comunicado a una criatura formada del polvo de la tierra prevalecía en los demonios la obstinación, envidia e indignación con que se veían obligados a perseguirla ciegos de furor y rabia, y martirizarla visibles o invisibles cuando se lo permitía el Altísimo y a que estaba siempre pronta y dispuesta la paciente virgen, ofreciéndose por Dios y por el mundo a las sangrientas y repetidas luchas que tengo ya referidas para explicar la humildad y paciencia con que sufría los crueles martirios que ejecutaban en su delicado cuerpo los infernales monstruos, convidándoles y provocándoles a desahogar su furioso coraje y rabiosa envidia e indecibles y ejecutados tormentos con aquellas ya referidas palabras de su encendida caridad y total resignación: «Aquí estoy a vuestros pies, bestíbulos, para que desahoguéis vuestra rabia con crueldades si traéis licencia de vuestro creador». Y este modo de vencer sufriendo con mansedumbre y constancia, era el más frecuente, el que más deseaba su alma, el más provechoso para ella y para el mundo, y el que más aterraba y confundía a los príncipes y potestades del infierno cuando en medio de un volcán de indignación y furor que hervía en sus envenenados pechos, se retiraban corridos y avergonzados de la tirana

ejecución de sus venganzas y la dejaban como muerta al sentir y padecer espantados y asombrados de su invencible paciencia, auxiliada de la divina gracia, manifestando su rabioso sentimiento con maldiciones a esta esclarecida virgen, a la tierra de que había sido formada y al mismo Dios por la santidad y poder que la comunicaba y juntamente confesaban, a pesar de su arrogante soberbia, el poco poder que tenían contra esta privilegiada alma, pidiéndole que los dejase y la dejarían que no les persiguiese y no la perseguirían.

## II

### *Del grande poder que tenía contra los demonios para ahuyentarlos de las casas de la ciudad y quitarles las almas que tenían cautivas*

No le manifestaba solamente Dios las asistencias y operaciones de sus enemigos visibles o invisibles en su pobre albergue, sino también en los demás aposentos pertenecientes a las casas donde vivía y en todas las otras de la ciudad por donde seguía sin interrupción sus victorias y triunfos contra el infierno, con las alas que el divino poder se dignaba comunicar a su tan humilde como elevado espíritu. Permitía el Señor estas repetidas y como continuadas batallas para honra y gloria de su omnipotencia, que era la vencedora de los ejércitos precitos, tan obstinados como altivos y soberbios, por medio de un vil instrumento formado del polvo de la tierra, que llegó auxiliada de la divina gracia a rendirlos y avasallarlos de manera que les faltaba valor aun para mirarla el rostro, porque como es propio blasón de Dios hacer con poco mucho, lo es también estrellarse con los soberbios, destrozando altiveces y allanando sus majestades. Así se lo manifestó su Majestad al profeta Elías, hablando del arrogante y soberbio Acab[477]: «¿Qué te parece Elías, cómo eché por tierra la lozanía del rey? ¿Cómo rendí su orgulloso brío y postré su soberbia?». Por estos fines y otros que conducían al bien de sus criaturas manifestaba la suprema y verdadera deidad a Catarina los diablos asistentes a las personas y casas de la ciudad y los daños que hacían y pretendían hacer para que como instrumento escogido de su omnipotencia, en que se ostentase su divino poder les abatiese y confundiese, ahuyentando a unos con mirarlos, aterrando a otros solo con

[477] *Acab*: ver para su suerte aciaga *I Reyes*, 22.

hacérseles presente y arrojando a todos a su infierno con imperiosa voz en el nombre de Dios, de Jesús o de María, para cuya prueba pondré aquí algunos casos particulares que notaron sus confesores por contener alguna especial enseñanza.

En cierta casa de esta muy noble ciudad tan combatida de los infernales espíritus, como auxiliada de los buenos ángeles sus patrones, vio espiritualmente cuatro demonios que estaban tan gustosos como bien hallados con la gente que en ella vivía, y en prueba de la estrecha amistad que profesaban las personas con las bestias fieras, manifestó Dios a Catarina la abominable familiaridad con que se trataban y comunicaban, jugando y entreteniéndose los unos con los otros sin madurez de juicio y aun sin rastro de razón, así como lo pudieran hacer unos muchachos traviesos y malcriados con otros. Con esta visión quedó la sierva de Dios en tal suspensión, que atónita y pasmada de lo que se la representaba le faltó la advertencia con que acostumbraba ahuyentar los demonios en el nombre del divino poder y para alumbrar como solía a las incautas y ciegas criaturas del peligro en que citaban con tan infernal compañía. Todas estas operaciones se echaron menos en Catarina en esta ocasión, porque embargadas sus potencias e impedidos los sentidos con la fuerza de la admiración que causó en ella tan lastimosa visión, no pudo dar paso adelante ni ejecutar acción contra los demonios en favor de las criaturas. Pero siendo otro día arrebatada del divino Espíritu y llevada al mismo lugar, se encontró en la puerta de la sala principal con uno de los malos espíritus asistentes que estaba muy orgulloso y triunfante como portero y aun dueño de la casa y gente que la habitaba. Le mandó a la primera vista la valerosa virgen en nombre de Jesús y María que saliese y desamparase el puesto. Respondió con arrogancia el enemigo que no quería porque estaba en su casa y ninguno podía despojarle de lo que era suyo y había adquirido con su poder y astucia. Azorada la sierva de Dios con la resistencia del bravo y rugiente león, se irritó tanto con su atrevida respuesta que implorando el divino auxilio y la misericordia infinita no dudó en venirse a las manos con rebelde espíritu y así esforzada con una superior y soberana virtud, se arrojó a él, valiente y alentada con ánimo de batallar cuerpo a cuerpo con el soberbio dragón como otra casta y valerosa Judith con el fanfarrón de Holofernes[478] y como el santo rey David con el agigantado filisteo[479]. Y llevada de este impulso le

[478] *Holofernes*: decapitado por Judith. Ya anotado.
[479] *filisteo*: Goliat, muerto por David de una pedrada de su honda.

pareció se abrazaba su alma auxiliada y poseída del poder de Dios con el altivo príncipe de las tinieblas y que entre sus brazos le estrujaba, despedazaba y precipitaba al infierno, sin entender ni poder explicar el modo de la sangrienta lucha en que se reconoció victoriosa y triunfante, ni dar razón de los movimientos y operaciones prodigiosas que experimentaba su tan alentado como elevado espíritu, informado de la divina gracia y asistido de la omnipotencia. Aunque por los efectos que reconocía y refería, podemos y debemos discurrir y aun calificar la eficacia de sus oraciones en que se ostentaba el divino poder vencedor de las infernales huestes que envidiosos hacían sangrienta y porfiada guerra a esta escogida y privilegiada criatura, pues ella misma reconocida y agradecida a su Dios, nos aseguraba que desde el día de la insinuada batalla, en varios y repetidos vuelos de espíritu en que volvió a visitar y reconocer la insinuada habitación experimentó siempre, que con sola su presencia y vista, se ahuyentaban despavoridos y como despechados los obstinados espíritus en testimonio de que no podían resistir a la omnipotencia a cuya protección vivía en el mundo esta invencible virgen.

No entienda el piadoso lector por poco leído en las sagradas letras o por menos experto en los caminos y ocultas sendas del espíritu que el alma de Catarina se apartase del cuerpo para batallar con las bestias fieras ni que se valiese de sus corpóreos y materiales brazos para forcejar y probar las fuerzas de su valor con los agigantados y malos ángeles, porque las almas contemplativas obran y sustentan estos y semejantes combates en idea, valiéndose, aun cuando sus cuerpos están inmobles e impedidos, de sus propias facultades, como si real y verdaderamente les ayudaran sus materiales y corpóreos miembros. Buen ejemplo de estas espirituales peleas tenemos en la larga y reñida lucha de Jacob con el espíritu[480] su combatiente, cuando viniendo a las manos los dos, mostraron ser igualmente valientes pues en muchas horas de batallar no fue posible el uno al otro rendirse. Por eso el ángel, como lo atestigua el sagrado texto, pidió a Jacob que le soltase los brazos que eran lazos con que se confesaba preso y Jacob rogó al ángel que le echase antes su bendición. Con ruegos de entrambos se acabó la porfiada guerra porque no pareciese su dichoso fin, desmayo en alguno de los combatientes que peleaban con igualdad. Se dieron finalmente mano de amigos y se estableció entre los dos una perpetua y gloriosa paz por efecto y término de la espiritual y misteriosa lucha. Estas o semejantes batallas se experimen-

480 *Génesis*, 32, 22-30.

tan aun en los dormidos naturalmente y mucho más si les asiste alguna otra oculta y superior virtud, porque cuando el cuerpo está sepultado en la suave dulzura del sueño y la noche da treguas a todas las operaciones del día no cesa de obrar el alma: ella medita, razona, habla, negocia, pelea y vence sin apartarse del cuerpo, se va volando por tierras y mares para buscar a un amigo con quien consolarse o a un enemigo con quien esgrimir esforzada sus armas; ella se regocija, se apesara, se empeña en negocios y empresas arduas, y no pudiendo usar de los miembros de su cuerpo, se vale de sus propias potencias para conseguir sus deseos y en el campo de su idea lo obra todo como si realmente pasara o como si el mismo cuerpo le ayudara.

Téngase a la vista esta advertencia para los muchos vuelos de espíritu que del alma de Catarina se leerán en la historia y para inteligencia de innumerables luchas que sustentó con Dios y sus ángeles, interesando siempre sus celestes bendiciones, y otras tantas batallas con los infernales espíritus, logrando y asegurando sus vencimientos en el abatimiento de los soberbios monstruos que no cesaban de maldecirla por desahogar el rabioso furor con que aborrecían a la que era ruina de sus imperios y aniquiladora de sus poderíos y potestades. Dormida y despierta conversaba, amaba y se abrazaba estrechamente Catarina con Dios, y armada con el divino poder batallaba con todo el infierno y lo rendía y avasallaba dormida, porque entonces decía de sí lo que la otra alma santa[481]:

> El sueño temporal no me impide la comunicación con mi querido, pues cuando duermo mi corazón vela, veo, oigo, hablo, padece el cuerpo y me regalo con la divina presencia que me comunica sus fragancias, dulzuras y más ocultos secretos.

Estos sueños prodigiosos de la sierva de Dios observaban sus confesores cuando reconocía en ellos mucho de extraordinario y no poco de divino, ajeno totalmente de los sueños supersticiosos y comunes y muy parecido a los sueños en que suele Dios hablar a sus siervos, como a los Reyes Magos, a san José esposo de la Virgen Nuestra Señora y al otro José gobernador de Egipto. He querido declarar esto con distinción a imitación de otros autores, porque se reconozcan desde luego las maravillosas operaciones de esta escogida y privilegiada virgen, no solo cuando dormida, sino también cuando despierta en sus repetidos

[481] *Cantar de los cantares*, 5, 2.

arrobamientos y éxtasis, porque la parte superior del alma subía muchas veces a tanta alteza de contemplación que se ardía y abrasaba en el amor de Dios y del prójimo a quienes amaba y por quienes padecía y deseaba más y más padecer, experimentando en soberanas abstracciones, por participación los atributos de aquel divino Señor que la poseía y comunicaba magnanimidad y fortaleza para ejecutar todo lo conveniente a la mayor honra y gloria de Dios y bien del universo, sin que la retardasen dificultades ni la atemorizasen trabajos ni la distrajesen conveniencias propias, porque su confianza, su celo, su caridad y todas las demás virtudes se orientaban en muy alto grado de perfección y hacían su oración poderosa para alcanzar del Altísimo todo lo que pedía y para quitar al infierno todo lo que él con sed insaciable apetecía.

Pidió con instancia y muchas veces a Catarina uno de sus principales confesores, de quien tengo hecha mención en esta historia y es hoy actual provincial de esta nuestra provincia de México, que rogase a Dios por cierta persona llena de deseos de perfección, y que con repetidas caídas mostraba no dar paso en la virtud por no desasirse de un vicio con que la tenía aprisionada el infierno. Notó y ponderó el dicho confesor esta omisión, obstinación o resistencia en su recomendada penitenta a los divinos auxilios que suponía eficaces su ardiente celo y experimentada ciencia y prudencia en las oraciones de la sierva de Dios y temeroso de alguna fatal, extrema y eterna desgracia, dijo a Catarina: «¿Cuántas veces te he encomendado o mandado que pidas al Señor el remedio de una alma que vive muy arriesgada en el mundo? Porque según los efectos que veo, o tú te olvidas o el Señor no da oído a tus gemidos y clamores». Al pronunciar estas palabras, reparó el ya insinuado confesor que la esclarecida virgen arrebatada de un lastimoso afecto de compasión y de un encendido celo de caridad, se había suspendido en su presencia por un poco de tiempo, en el cual por la serenidad y gravedad del rostro y honesta compostura del cuerpo, la consideró levantada en una alta contemplación y arrobada en un soberano éxtasis y cuando le pareció que iba volviendo en sí, advirtió en su brazo y mano derecha un movimiento presto y violento como quien arrojaba de sí una brasa o animal ponzoñoso. Entró el experimentado maestro en cuidado y deseo de penetrar y comprender el misterio de este repentino arrobamiento. Luego que la reconoció en sí y capaz de responderse, le preguntó qué le había sucedido, y la inocente virgen respondió:

> No sé si acertaré a decirlo, padre de mi alma, porque soy tan bestia que no entiendo lo que me sucede ni puedo explicar lo que entiendo, pero tú eres docto y lo entenderás. Al oír la voz levanté el corazón a Dios implorando su infinita misericordia y me hallé en la divina presencia, y juntamente se me representó esta persona por quien me mandas que ruegue, aprisionada con las garras de un cruel y furioso león, y compadeciéndome de la criatura afligida e irritándome con la crueldad de la encarnizada y fiera bestia, me pareció que mi espíritu se abalanzaba al demonio y estrellándole contra el suelo o contra la pared le arrojaba muy lejos de mí y del alma a quien tenía cautiva y aprisionada.

El efecto de esta espiritual lucha que notó y tocó con las manos nuestro padre provincial fue el ver que la dicha persona se halló desde aquella hora libre del vicio que la poseía y corrió con mucha facilidad por el camino de la perfección, ejercitando muchas y muy substanciales virtudes, de manera que en breve tiempo vio coronada su santa vida con una dichosa muerte.

En un solemne recibimiento que hizo esta ciudad a un personaje que venía de lejos, se halló la sierva de Dios en espíritu entre el numeroso concurso, y vio algunos demonios que alegres y festivos andaban entremetiéndose y confundiéndose con el noble y grave gentío, temió Catarina causasen algún grave daño y cuidadosa clamó al Señor por el bien de sus criaturas y se adelantó su espíritu a todos los del acompañamiento con ánimo de registrar la casa donde estaba prevenido el hospedaje y vio otros tantos demonios que estaban en la puerta aguardando a los recién venidos. Les preguntó la sierva de Dios que qué hacían allí y cuál era su depravado intento. Respondieron que estaban esperando a los huéspedes para recibirles y vivir de asiento en su compañía. Les mandó en nombre del Señor salir de allí la caritativa virgen y que no volviesen a entrar en aquella casa ni aun a pisar los umbrales de la puerta. Salieron todos rabiosos, menos uno, que por su forma entendió Catarina ser el espíritu de la concupiscencia. Este se retiró escalera arriba y siguiéndole vencedora se le desapareció en el superior escalón y aunque se le ofreció buscarle como a ladrón retraído indigno del resguardo de lo sagrado, la detuvo el cuidado de impedir la entrada a los demás que venían escondidos o disimulados en la confusión del ostentativo recibimiento a que asistió en la puerta, cerrándosela a todos los príncipes del infierno sin permitir entrada a alguna de las infernales potestades. Pero acabado este grande y debido festejo quedó la sierva

de Dios temerosa y cuidadosa del daño que podía hacer el espíritu de lascivia que se le había desaparecido y escondido. Escogió por objeto de su continua oración la ruina de este tan valiente como traidor enemigo y siempre que en la oración batallaba con el divino poder para que le desterrase a su tenebroso centro, lugar propio y destinado para él y sus secuaces desde el principio del mundo, se la representaba y mostraba en la dicha casa soberbio y arrogante, haciendo del señor absoluto[482], dueño de las personas que la habitaban. Se afligía la sierva de Dios con esta visión porque, aunque arrebatada del divino poder y del celo de su encendida caridad en repetidos vuelos de espíritu le ahuyentaba y confundía su obstinada rebeldía, volvía a ver su pertinaz asistencia en el lugar donde se la representaba encastillado, y reconociendo sus pocas fuerzas y las muchas con que resistía el enemigo, se acogió quejosa a la omnipotencia diciendo a Dios que cómo y por qué permitía que se resistiese un enemigo declarado contra su ley, sus criaturas, y su divino poder. Respondió el Señor a las voces de su querida esposa:

> ¿Qué esperas que suceda cuando le convidan, llaman y acarician los que viven dentro? Déjalos, que ellos quieren y buscan su mal y experimentarán su merecido castigo.

Dio este demonio y la persona que al parecer le daba entrada en su corazón, mucho en que entender y decir, dentro y fuera de casa, de que se lastimaba no poco Catarina, pero ya que no pudo apartar con su oración al infernal espíritu del que tenía con él estrecha amistad, consiguió de la infinita misericordia que él y su diablo saliesen de la casa donde vivían y dejasen en unión de pureza y caridad a los demás.

La primera domínica de adviento del año pasado, de mil seiscientos ochenta, al comenzar el predicador su sermón en nuestra iglesia del Colegio del Espíritu Santo levantó Catarina el corazón a Dios y pidió a su Majestad se dignase concurrir con el talentoso espíritu de su ministro para que se lograsen en el grave y numeroso auditorio sus exhortaciones afianzadas en prudentes y evangélicas doctrinas, y la respuesta a su eficaz y piadosa oración y petición fue el ver con sobrenatural luz un demonio con calva y cuernos, cara larga muy fea y abominable y todo el vestido de conchas o escamas asquerosas que estaba en medio del es-

[482] *haciendo del señor absoluto*: mostrándose como señor absoluto, presumiendo de señor absoluto.

trado de unas damas que componían con otras muchas parte del noble y cristiano concurso; le llamó la atención la monstruosidad del dragón y advirtió que festivo y vanaglorioso se regalaba con una de las más bizarras o profanas mujeres que formaban el grave teatro agasajándola, acariciándola y aplicando la cabeza y rostro de esta infeliz alma a su insaciable vientre con tanta estrechez y fuerza que le parecía a la sierva de Dios estaba ya dentro del infernal monstruo la cabeza con todos los perendengues[483] y lazos de su artificioso tocado. Admiró a Catarina la fealdad y fiereza con que se la representó la bestia fiera y creyó que si todo el noble y cristiano gentío viera la monstruosidad abominable de aquel demonio bastara para que todos aborrecieran su amistad y temieran sujetarse a su poder y bárbaro dominio. Le preguntó que cómo se atrevía a estar entre los cristianos profanando con sus diabluras el templo de su Dios y Señor. Respondió con altivez y descaro el altivo príncipe de las tinieblas: «Porque tengo ya por mía el alma de esta criatura y como cosa propia puedo agasajarla y regalarme con ella en todo tiempo y lugar, esperando su muerte para tragármela toda entera».

> No harás tal, bestia infernal, —dijo la sierva de Dios— que esa alma es comprada y redimida con la preciosa sangre del Señor y advierte que si me enojo he de hacer que el divino poder te haga visible a todo este gran auditorio para que conociendo a vista de ojos tu abominación y fiereza, huya de ti y te confunda a maldiciones y aborrecimiento.

Abatió su soberbia el demonio y dijo: «Déjame, que yo no te busco a ti ni quiero batallar contigo, pero sí con todas las demás criaturas». Replicó Catarina:

> Ya manifiestas tu cobardía y poco poder para resistir a la omnipotencia, mas es bien que conozcas que no dejo de hacer lo que te he dicho y a lo que me veo impelida por tu solapada sumisión y fementido ruego, sino por evitar el disfame de la criatura y por el recelo de que mueran de espanto los que vieren tu monstruosa fealdad, pero ya que reprimo estos impulsos, te mande Dios salir luego del templo con todos tus secuaces, porque no impidáis a los fieles el que oigan y se muevan con las voces y doctrina del predicador.

[483] *perendengues*: adornos.

Salieron luego los demonios de la iglesia en un aéreo y violento remolino y notó Catarina que la noble señora en el discurso del sermón dejó caer el manto sobre el rostro para disimular las lágrimas con que se desahogaba su corazón contrito y herido de la gracia eficaz del Señor, comunicada por la intercesión de su sierva y por medio de las voces de su ministro, a quien pertenece el clamar y dar gritos, pero no el convertir. Por eso, el Bautista se llamó voz que clamaba[484] en el desierto y no voz que convertía, porque lo primero era lo que él podía hacer y lo que Dios le mandaba como a otro Isaías. Lo demás quedaba reservado a la omnipotencia, a quien se deben con especialidad atribuir todas nuestras conversiones.

## III

### *De otro triunfo que consiguió contra el infierno en favor de las religiosas con que se confirma el poder que tenía la sierva de Dios sobre las infernales potestades*

En otra ocasión, arrebatada del Espíritu Santo, según parece, se halló Catarina en un suntuoso templo y vio en medio de la capilla mayor a una mujer disfrazada con hábito de religiosa, vistosamente aderezada con listones, encarrujados[485] y otros lucidos adornos y que estaba divertida y regalándose cariñosa con un fezuelo monillo[486] que tenía en su regazo, de donde se abalanzaba atrevido muchas veces al rostro de la aparente religiosa, manchándosele y aun consumiéndosele, como lo notó y advirtió la sierva de Dios. No se asusten con esta visión las esposas de Jesucristo, que no pertenecía esta mujer a alguno de los sagrados conventos de esta muy noble ciudad ni de los otros de todo el reino, porque era una mujer pintada, aparente y fantástica, y toda cuanta gala y lucimiento sobre sí traía era fingido y nada verdadero aunque muy doctrinal y misterioso, así como la otra vana hermosura y profana belleza que vio el evangelista san Juan en el desierto ricamente compuesta

[484] *Juan*, 1, 23: «Él dijo: yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías». Isaías usa la expresión de la «voz que clama en el desierto» en cap. 40, 3.

[485] *encarrujados*: «labor para tejidos de seda» (DRAE).

[486] Un mono feo. Recuérdese que el mono es símbolo de la lujuria.

y bizarramente lucida[487]. Le causó a nuestra recomendada Catarina tal admiración lo que veía que se obligó a rogar al Señor por el objeto simbolizado en aquella mujer imaginaria, hecha y como formada del aire. A los ruegos e instancias de su querida esposa respondió Cristo dejándosele ver con un rostro severo y enojado por el demasiado e impertinente aliño de aquella dama fantástica. Se afligió Catarina en extremo de ver a la suprema Majestad airada con la que tenía apariencias de su esposa y compadecida de la criatura empezó a clamar por el bien del alma que se le representaba y no conocía. A los clamores de la sierva de Dios y a la eficacia de sus oraciones correspondió la benignidad de la inmensa bondad del Todopoderoso, mostrando a Catarina cómo la insinuada mujer, pintada en la imaginación, mirándose hacia dentro, se corría y avergonzaba de la compostura exterior con que desacreditaba la honestidad de un estado tan sagrado y provocaba a vómito de ira al mismo Dios. Vio también que el diablo mono se retiró de la persona que le acariciaba y algo apartado de ella, la agasajaba cariñoso y pretendía con sus engañosas monerías la continuación de su amistad, mostrándose furioso de verse amarrado e impedido de conseguir las ardientes ansias que declaraba con amagos e impulsos de arrojarse otra vez al regazo de su regalo. Mientras el infernal espíritu combatía con rebeldía y pertinacia a la dicha mujer, perseveraba constante en su oración nuestra Catarina y no cesó hasta que la omnipotencia, obligada de las lágrimas y fervorosa oración de su sierva, mandó al demonio que se sepultase en su horroroso abismo.

Con esta caída de Satanás quedó victoriosa la infinita misericordia de Dios y acreditado el grande poder que tenían para con la suprema Majestad las peticiones y clamores de esta bendita virgen y juntamente se levantó su alado espíritu a rendir las debidas gracias a la misericordiosa omnipotencia del Altísimo, proponiendo ante la divina presencia en este día, que fue el veinticuatro o veinticinco de octubre del año pasado de mil seiscientos setenta y nueve, fuese una de sus ordinarias y más frecuentes oraciones el rogar y pedir por las esposas consagradas a Cristo, y mostró el Señor cuán agradables le eran sus ruegos y con especialidad esta petición, manifestándole cómo subían al cielo sus oraciones en forma de apiñados hilos de un refulgente y finísimo oro, y que eran recibidos con aplausos y aclamaciones festivas del hermosísimo coro de las vírgenes celestiales que se les volvían tejidos o transformados en

[487] *Apocalipsis*, 17, 1.

muy preciosas y vistosas telas, que se iban dividiendo y curiosamente plegando en varias piezas a su vista dentro de la misma capilla mayor donde oraba para que cortase vestidos de virtud y galas de perfección a todas las vírgenes y escogidas esposas del Señor, por quienes pedía. A esta visión se siguieron otras muy repetidas y no menos misteriosas con que la regalaba su divino amante, manifestándole la perfección y singular hermosura de sus enclaustradas y escogidísimas vírgenes y que se recreaba en el deleitoso jardín de sus virtudes como entre cándidas azucenas y otras purpúreas y fragrantes rosas. Una de ellas fue la que tuvo pocos días después de la ya insinuada visión en que se la representó acabando de comulgar por el sagrado estado de las religiosas, un bastidor cuajado o bordado de hermosísimas, varias y apiñadas flores, tan grande que llenando todo el ancho del presbiterio de nuestro colegio del Espíritu Santo, se extendía y dilataba desde el sagrario hasta el cuerpo de la iglesia, donde estaba interiormente recogida y elevada nuestra Catarina, que descubrió con la luz superior que la abstraía en los dos lados del bastidor por la parte superior, dos hermosísimos rostros: el uno entendió ser el de la gloriosa e ilustrísima virgen santa Catarina de Sena, el otro no conoció ni distinguió bien, pero le dieron inteligencia de que estos dos celestes personajes le mostraban en el florido y vistoso lienzo un rico y precioso retablo de almas escogidas que habían de ilustrar con los resplandores de su perfección a la militante iglesia y subir triunfantes a coronarse en la imperial basílica de la gloria donde las esperaba el divino Esposo por la eficacia de las oraciones de esta bendita virgen. Para mayor prueba de esta verdad quiso Dios que en este mismo tiempo experimentase está muy lustre ciudad de la Puebla de los Ángeles un ejemplo de edificación que lo puede ser y será en toda la cristiandad por la virtud y cuidado de mayor perfección que reina en las sagradas vírgenes que enclaustradas en sus conventos o relicarios la ilustran y defienden con su conocida virtud y santidad. Estas señoras pues, con una tan voluntaria como noble y santa resolución, se determinaron a reformarse en el hábito exterior y muy honesto que vestían, ajustándole al que usaron las santas y santos, sus fundadores o estrechándole más, porque más se conformase con lo interior y fervoroso de sus espíritus que anhelaban ansiosos a acercarse y unirse más con su divino Esposo desnudo y crucificado, que es lo que pedía el Señor a la otra alma santa cuando llamándola hermosa, bella y agraciada le dijo[488] «levántate, apre-

[488] *Cantar de los cantares*, 2, 10; 2, 13.

sura el paso, camina y ven a coronarte». Porque como notó san Bernardo sobre este lugar, el caminar se entiende por crecer en el camino de la perfección y cuanto más se camina más se embellece y aliña un alma, así como las mujeres del mundo se hermosean con los afeites, galas y joyas preciosas con que se adornan. Hermosas, bellas, y agraciadas eran a los ojos del divino Esposo las perfectas religiosas de quienes voy hablando y con todo eso las inspiró y movió el Señor por las oraciones y lágrimas de su sierva Catarina, que caminasen y aspirasen a mayor perfección, porque mientras se vive en esta mortal vida, mientras la joya del espíritu está engastada en este anillo de tierra, siempre se hallarán gradas y grados de virtudes que subir, afectos que corregir, desórdenes que componer y pasiones que emendar.

Noten esta doctrina y aprovéchense de estos ejemplares todas las demás esposas de Jesucristo; no hablo de las enclaustradas que no tienen necesidad de esta advertencia, sino con las que viven en el mundo con el nombre y traje de recogidas, y no las parezca este aviso niñería y que no está en ello la verdadera virtud, pues como se dice comúnmente no hace el hábito al monje. Porque si se mira según verdad, conduce y se compone la santidad de lo interior y exterior, y las obras exteriores pertenecen a la templanza, humildad, modestia y castidad, de que hizo Dios mucho caso cuando alabó al Bautista de que su vestido era de lana muy basta de camellos, que comía langostas y bebía solamente agua. No pretendo quitar lo que cada uno debe tener en su estado, pero es digno de ponderación y nota el ver que los que profesan recogimiento y oración, y consideran en la Pasión de Jesucristo se empleen en curiosidades y pulideces terrenas que no se conforman con el Espíritu de Dios y se pueden y aun deben aplicarse a espíritu de profanidad o a locura instigada de los infernales y soberbios monstruos. Me persuado que cuando un alma tenida por espiritual comienza a pulir su persona, sea en lo que se fuere, desde el chapín hasta la toca ,y en todo lo demás que toca al tratamiento de su cuerpo, es señal que no ha comenzado a ser sierva de Dios o que va dejando de serlo. Porque fuera de que estas curiosidades distraen y corrompen el corazón, lo aniñan y divierten de cosas graves y santas, son también argumento de falta de mortificación y de una solapada y aun descubierta vanidad.

## IV

### *Del poder que tenía la sierva de Dios en el mar contra los demonios defendiendo las reales flotas*

Aunque en toda la historia y con especialidad en los capítulos siguientes se hallarán muchos casos maravillosos y que manifiestan la gran cabida[489] y valimiento[490] que tuvo con Dios esta esclarecida virgen en defensa de la monarquía de España, referiré aquí uno u otro de los que han pasado por mi mano y experimentado su verdad con el hecho muy conforme a lo que la oía en prueba del grande poder que tenía en los mares contra los infernales monstruos. El año de mil seiscientos setenta y ocho, por el mes de agosto, fue arrebatado su alado espíritu al líquido y salobre elemento, donde vio muchos navíos y sus lanchas sobre las procelosas olas. Y refiriéndome lo que había visto, añadió: «Mucho me recelo de alguna desgracia en el mar, roguemos al Señor por sus criaturas». Esperaba aquel año flota y le hacía por este tiempo en la aguada de Puerto Rico, y así la dije pidiese a Dios con eficacia por los navíos de España que se esperaban. Lo hizo muchos días desde su cama, donde la derribaron los demonios a fuerza de tormentos y martirios, como acostumbraban rabiosos y enfurecidos siempre que la veían empeñada a pedir y alcanzar del Señor alguna merced para sus criaturas. Estando pues, un día, descuidada y aun olvidada de los navegantes, por la oscuridad en que se hallaba su alma y por las prisiones de dolores y amarguras que rendían con desfallecimientos el cuerpo, se le apareció la emperatriz de los cielos, y le dijo «¿Cómo no ruegas por la flota?». Y sin esperar respuesta prosiguió la soberana princesa del empíreo, diciendo: «Vamos a socorrerla». Con esta sola voz se halló el espíritu de Catarina acompañando a la reina de los ángeles en el mar alterado y enfurecido con las agudas espuelas de un furioso huracán que le obligaba a desahogar su turbación con horribles bramidos y tormentosas espumas. En esta tempestad desecha[491], vio la sierva de Dios muchos navíos que huían los unos de los otros; estos que se levantaban arrebatada y coléricamente hasta parecer a sus ojos que pretendió asegurarse en el cielo, los otros que se precipitaban como despechados al profundo de aquella húmeda

[489] *cabida*: aceptación.

[490] *valimiento*: «privanza o aceptación particular que alguien tiene con otra persona, especialmente si es príncipe o superior» (DRAE).

[491] *deshecha*: grande, furiosa. Es término del lenguaje marinero.

e insensiblemente feroz bestia, volviendo a levantarse y encumbrarse atosigados con lo más tenue del polvo y menudo de las arenas, temerosos de encontrarse y enfrentarse violentos para su infeliz y última fatalidad. Se compadeció la sierva de Dios a vista de la aflicción y manifiesto peligro de los navegantes y clamando a la misericordiosa omnipotencia reconoció con luz del cielo muchos demonios que apoderados de los dos elementos aire y agua causaban la borrascosa tormenta, pero entre todos los infernales espíritus le llamó la atención un diablo agigantado que haciendo su presumida soberbia peana del árbol mayor[492] de la capitana, mostraba vana ostentación de ser autor de la tempestad y desgracia que esperaba su maliciosa intención. Rogó la caritativa virgen a la princesa de los cielos que arrojase este príncipe de las tinieblas a su centro, y le respondió que lo precipitase ella, pues le había dado poder su santísimo Hijo contra las infernales potestades. Con estas voces de la reina y señora de todo lo creado, se halló como impelida de su obediencia la sierva de Dios a luchar con el altivo monstruo, e implorando el divino poder y la fortaleza de la fe, se abalanzó a él con espíritu tan valiente que la parecía tenerle apresado entre sus brazos y que se arrojaba a lo profundo, no solo del mar, sino del horroroso abismo donde le vio caer con la espiritual y aun sobrenatural vista que la ilustraba, donde caerían todos sus secuaces que le ayudaban a irritar y embravecer los vientos y olas del mar, porque uno y otro elemento se fue refrenando, deteniendo y amansando, y Catarina se retiró a su casa, cama y potro de tormentos con un ansioso deseo de que se volviesen a juntar los navíos que andaban descaminados entre escollos y manifiestos peligros de perderse y de que entrasen todos salvos y sin averías en el puerto.

Este cuidado y piadoso afecto de su encendida caridad la obligó a mandar decir dos misas a santa Úrsula[493] y sus santas compañeras en el martirio y luego que dio la limosna a un sacerdote para que las dijese, vio desde su pobre albergue muchas santas en el mar acompañaban a una señora, cuya especial hermosura y majestad le hizo creer era la reina de las vírgenes y que esta soberana princesa con los brazos abiertos y tendido el manto, andaba cuidadosa recogiendo las naves y poniendo

[492] árbol mayor: el mástil mayor de la nave.

[493] *Santa Úrsula*: fue una joven doncella martirizada en el siglo v con las once mil vírgenes. Nunca fue canonizada oficialmente por la Iglesia Católica, aunque se venera desde la temprana Edad Media, se le conoce como la protectora de las doncellas vírgenes y como la santa patrona de las universidades, su fiesta es el 21 de octubre.

en camino a los navegantes. Con esta visión quedó asegurada de que entrarían con felicidad en el puerto, como sucedió cuando menos se esperaba, por los muchos tormentosos temporales que se repitieron y aun continuaron por aquel tiempo en la hinchada bestia del seno mexicano que tantas naves se ha sorbido y tantos hombres se ha tragado. Llegaron finalmente a salvamento y entraron en el puerto de la Nueva Veracruz todos los navíos desde el día de santa Teresa hasta el veinticuatro del mismo mes de octubre. Y mientras todos se alegraban festivos con la nueva del buen suceso, estaba la sierva de Dios padeciendo por el bien común innumerables martirios en que parece que conmutó Dios el daño público que amenazaba en tan conocido riesgo de que se deben rendir las gracias al Todopoderoso y a su santísima madre que refrenó los vientos, sosegó las olas, apaciguó el mar y libró a los navegantes, a imitación del sagrado maestro que por librar a sus discípulos en el peligro de una furiosa y deshecha tempestad ostentando su inmenso poder refrenó y sosegó el mar con su imperiosa voz y con el contacto de sus divinas plantas[494]. Este beneficio común permitió o quiso el Señor que se divulgase o por lo menos su profecía porque oyendo decir Catarina a su casero, el capitán don Hipólito del Castillo y Altra, ocho días antes de santa Teresa que ya no se esperaba flota, le respondió la sierva de Dios sin advertir lo que se decía: «De aquí a ocho días vendrá y vuestra merced lo verá». Y esto, verificado, fue asunto de misterios y materia de corrillos[495] con grande pena y sentimiento de esta humilde virgen que lloró y se lamentó quejosa en presencia del Señor de que la abría la boca para pronunciar cosas por donde no quería ser conocida.

Recogidos ya todos los navíos de la flota y asegurados en el puerto, dijo la sierva de Dios a su confesor que sería muy feliz la vuelta a España si escogiesen por patrona de su viaje a Nuestra Señora de la Soledad. Y como yo era entonces su confesor y estaba asegurado y cierto de lo infalible de sus profecías, en cuanto esta certeza y seguridad se compadece y no pase de los términos de la fe humana que es la que piden y pueden pretender los escritores de semejantes obras, rogué al señor general don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, de quien tengo hecha mención en esta historia y será forzoso repetirla en los capítulos siguientes, que previniese al general de la armada con la dicha noticia sin

[494] Ver por ejemplo para Jesús calmando la tempestad *Marcos*, 4; *Mateo*, 8.

[495] *corrillo*: «corro donde se juntan algunas personas a discutir y hablar, separados del resto de la gente» (DRAE).

que el uno ni el otro entendieren de dónde me vino esta noticia. Salió del puerto la flota, incorporándose con ella los dos navíos de azogues[496] que estaban detenidos en la Veracruz, por el mes de julio de setenta y nueve, y luego que se hicieron a la vela, se halló la sierva de Dios convoyándolos, llena de fe y confianza en el poder del Señor, y a once del mismo mes, entre los continuos clamores con que su caridad hería el inmenso leño de la infinita misericordia, reconoció una como tranquilidad y segura bonanza en el mar y casi al mismo tiempo vio bajar del cielo dos ángeles, ricamente vestidos y que, parándose delante de la capitana con dos bastones que traían en las manos atravesados en cruz, la detuvieron diciendo en alta voz: «Detente, que te importa». Pasado el tiempo de la detención, advirtió la sierva de Dios que los dos paraninfos celestes levantaron la cabeza como quienes registraban las aguas del mar y que, hallándole seguro, pronunciaron estas voces: «Anda y prosigue tu camino que ya es hora», y luego vio que los navíos prosiguieron su viaje y que los ángeles se volvieron a su empíreo y ella se halló en su pobre lecho atravesada de agudos cuchillos de dolor que la obligaron a llamar confesor y, dándome cuenta de su tribulación, añadió: «Esta detención o calma entendí era porque no se encontrase con enemigos la flota». Esperé con este aviso noticias de mar en fuera y entonces se escribió de la Habana que había llegado a aquel puerto a veintiocho de julio la flota y salido en prosecución de su viaje a siete de agosto y que tres días después llegó al mismo puerto el conde de Trens, descubriéndose con ocho navíos de armada y preguntando por la flota con tales circunstancias que se entendió la había estado esperando sin ser visto de tierra. Pero Dios, que penetra los corazones lo hizo mejor, frustrando su torcida intención y ocultando a sus ojos nuestros navíos, los llevó a España con tanta felicidad que escribió el general o almirante de la real flota a la persona que le había encargado se escudase en su viaje con el patrocinio de Nuestra Señora de la Soledad que no se había visto navegación más feliz. No es ponderable lo mucho que deben las reales flotas a las oraciones de esta esclarecida virgen; pide esta materia capítulos más dilatados y dignos de escribirse y ponderarse, porque esta visión la he puesto en este lugar solamente por la conexión que tiene con el caso antecedente que puse en prueba del gran poder que dio el Altísimo a Catarina contra las potestades infernales.

[496] *azogue*: mercurio. En Veracruz desembarcaban muchas toneladas de azogue para el beneficio de minas.

# CAPÍTULO XVII
# DEL VALOR DE SUS ORACIONES PARA LA EXCUSIÓN Y DEFENSA DE LA CRISTIANDAD Y MONARQUÍA CATÓLICA

## I

*De algunas visiones particulares con que manifestó Dios lo que valía la intercesión de esta su sierva para la conservación y extensión de la monarquía de España y especial cuidado que tenía su Divina Majestad con nuestros reyes y señores*

Omito con cuidadosa refleja de mi corto entender muchas misteriosas visiones y luces extraordinarias que tuvo esta esclarecida virgen por pedirlo así la oportunidad de los tiempos y ser muchas, pues como afirman algunos de los confesores y otros de los que la comunicaron, le manifestaba Dios repetidas veces toda la variedad del mundo, como si todo él estuviera dentro de la esfera de su vista, asistiendo a las elecciones de los pontífices, obispos, virreyes y gobernadores y, a sus gobiernos, disposiciones y muertes. Se hacía presente a las batallas y motines de todas las cuatro partes del mundo y en sus reinos y ciudades particulares, veía los naufragios de los navegantes, las idas y venidas de las flotas, los despachos de galeones, los incendios, las disensiones, las conversiones de los infieles, los martirios y persecuciones de la iglesia y de los justos, favoreciendo a unos y asistiendo a todos, impidiendo desgracias, sosegando inquietudes, estableciendo paces y ejerciendo el oficio de bienhechora del universo. Veía también su variedad material con tanta claridad y distinción, que daba razón de los rostros y trajes de las gentes de las varias formas y colores de los animales; daba las señas de cada tierra, de los montes, de las ciudades, de su situación, con sus calles, plazas y casas distinguiendo las antiguas de las nuevas, las pequeñas de las grandes y de lo que se estaba haciendo en cada una de ellas. Finalmente la franqueaba Dios la noticia de los corazones, como lo noté ya en otro lugar, unas veces haciéndose ella presente a todas las cosas, otras sintiéndose llevar corriendo o por mejor decir volando su espíritu con las alas

de la divina voluntad por todas las naciones del mundo, registrando sus tierras y habitantes, penetrando los cielos, surcando los mares, bajando al purgatorio y al infierno. Y con tanto ver y tanto mirar ni se desvanecía la cabeza ni se entibiaba el espíritu ni apartaba los ojos del Todopoderoso a quien decía:

> Ea, Señor, acaba de privarme de esta luz, pues sabes que no deseo ver otra cosa que a ti. Tú solo eres la flor del campo, el lirio entre las espinas, la hermosura y bien del mundo. A ti, Señor, solo quiero, a ti solo amo y deseo que todos te amen, todos te busquen, alaben y glorifiquen.

Pero porque con las noticias generales de la admirable y prodigiosa luz que ilustraba y guiaba a esta escogidísima alma no se hace tanto concepto como cuando se especifican e individúan los casos y las cosas particulares en que se experimentaba la eficacia de sus oraciones, pondré aquí algunas noticias en particular que manifiestan la especialísima providencia con que asistía y favorecía Dios a nuestros reyes y señores, y a todos sus reinos por la intercesión de esta esclarecida virgen.

En tiempo de nuestro rey y señor don Felipe IV, el Grande, que Dios haya, muchos años antes de su muerte se halló en espíritu la sierva de Dios en la corte de Madrid y vio a la real majestad en forma de un águila grande, de grandes alas, llena de plumas de varios y vistosos colores. Vio también que detrás de ella estaban otras aves de rapiña, aunque pequeñas, que encubriéndose con la oscuridad como de una noche tenebrosa y recelándose con amagos de cobardía de ser vistas y sentidas de su coronada reina, la iban poco a poco desplumando y desnudando de la bizarría sus plumas, que iban entre sí dividiendo sin piedad ni justicia. Se afligió la venerable Catarina tanto con lo que entendía debajo de esta simbólica o enigmática figura, que la obligó a clamar al Todopoderoso librase a nuestro rey y señor del riesgo que le amenazaba y que conservase en unión de verdadera lealtad a todos sus reinos y vasallos. A este clamor y petición de la sierva de Dios parece que respondió el cielo, manifestándole cómo la noble y real águila volvió la cabeza con majestuosa gravedad hacia donde estaban las traidoras aves y que asombrándolas primero con su vista, tomó después justa venganza de sus reales agravios, cortando con su pico la cabeza a algunas de las más atrevidas y que fiadas de las sombras de la oscuridad habían concurrido de más cerca o con más probada malicia a la intentada y alevosa desnudez de la real majestad. Notaron esta visión con mucha especialidad por singular

y misteriosa las personas que comunicaron entonces a Catarina, y se entendió y verificó con las noticias que vinieron inmediatamente de España a estos reinos de la lastimosa tragedia en que pararon las vidas de tres caballeros no tan leales como nobles[497]. No pongo sus hechos porque no hacen al caso para mi asunto y porque son tan notorios y públicos en la voz común del pueblo que esta sola basta para que entienda el más rudo y corto entendimiento la claridad y verdad con que la sierva de Dios explicaba los secretos que franqueaba a su ilustrado entender el cielo y con aquellas mismas semejanzas de que usaron los profetas, así como Ezequiel[498] para proponernos un gran monarca y su poderoso imperio, pinta un águila grande en lo corpulento, en la grandeza de las alas y en la muchedumbre y hermosa variedad de sus plumas. Ni desdice de la propiedad el que el águila objeto de la visión cortase la cabeza con su mismo pico a las traidoras aves que aspiraban a dividir entre sí la real corona. Semejante acción refiere Esdras en el libro cuarto capítulo once, que aunque no es canónico está al fin de la Biblia Sagrada de otra imperial águila que tomó venganza de dos aguiluchos que alearon ambiciosos para coronarse reyes, no porque los grandes monarcas castiguen con sangrientas manos sus propios agravios sino porque en las deidades criadas lo mismo es decirlo que ejecutarse. Con un «hágase», honran, favorecen y degüellan, si sus brazos y ministros son fieles y obedientes. En esto se reconoce cuán limitadas son las potestades humanas y con cuánta cortedad se les comunica el atributo de la omnipotencia, propio de la verdadera y única deidad que puede todo lo que quiere y como dice el santo rey David, el decir de Dios es hacer. Ni depende de otro su absoluto poder, pues su misma palabra es el hacer de la obra y su reino es tan celestial que se tiene por sí mismo y se sustenta sin necesidad de ministros, armas, tributos y soldados, como lo notó san Juan Crisóstomo, citado de Hugo Cardenal[499], que quien se sustenta sobre ajenos hombros bien claro muestra su flaqueza y debilidad.

Deseó la sierva de Dios mucho ver a nuestro rey y monarca Carlos II en su infancia y aunque el mismo Señor Todopoderoso que le comunicaba estos afectos la llevaba repetidas veces a su corte y real palacio,

[497] Parece aludir a la conspiración del Duque de Medina Sidonia y el Marqués de Ayamonte, en Andalucía, y a la del Duque de Híjar en Aragón.

[498] *Ezequiel*, 17, 3 para la visión del águila con plumas de muchos colores.

[499] Se suele llamar Cardenl Hugo a Hugo de Saint Cher, cardenal dominico del siglo XIII.

no le cumplía el deseo porque con más ardieres ansias se lo pidiese y lo mereciese, porque algunas veces se acobardaba su espíritu y se retraía al sagrado del recogimiento interior, temerosa no sé si de la desatención de las guardias y descortesías de los criados de escalera abajo con los vasallos pobres o de las sumisiones, venias y promesas vanas de los porteros cuya llave es precisamente la del engaño, interés y codicia. Otras veces impelida del divino Espíritu se arrojaba esta esclarecida virgen a buscar otra puerta para ver y hablar en espíritu con su rey y señor, pero en vano, porque no hallaba otra entrada. ¡Oh, si los palacios de la tierra fueran como la ciudad y monarquía del cielo!, donde dice el evangelista san Juan que vio doce puertas[500] y en cada puerta un ángel, pues subiendo allá tantos despachos, es justo haya muchas puertas por donde entren y muchos ministros ángeles que faciliten y no se estanquen los memoriales de las necesidades humanas. A este propósito dijo un político consejero de un gran príncipe:

> Has de observar en tu palacio, oh, excelso príncipe, lo que en los edificios de los divinos templos que como se dedican para los comunes despachos no solo tienen una puerta sino muchas por donde entren a pedir y negociar. Mira, oh, católico monarca, al mismo Dios, que de ellos que en su tribunal piden, ruegan y suplican por los necesitados del mundo. Haz tú lo mismo y te harás más soberano y divino siendo un glorioso remedo de Dios, una viva imagen de su soberana grandeza y de su imperiosa majestad.

No ignoraba Catarina la felicidad de nuestra belicosa e ínclita España y cuán bien regida y concertada es toda su monarquía, pues con tanto vigilante, atento y bienintencionado ministro, con tanto próvido[501] y solícito consejero siendo medalla del celestial gobierno, viene a ser modelo y ejemplar del régimen del orbe. Todo lo entendía en lo natural y lo penetraba todo con su espiritual y superior vista, pero como la sierva de Dios no iba a pleitear ni a pretender con méritos propios o ajenos, como no iba a ayudar a reinar en lo gustoso y apetecible a nuestra humana y flaca naturaleza, sino a cargar cual fiel cirenea el grave peso del maquinoso gobierno, anhelaba a la cercanía de su señor para rendir humillada a sus plantas el vasallaje debido a su rey y para atender a su voz y a los cuidados que como punzantes espinas podían lastimar las

[500] *Apocalipsis*, 21, 12 para la visión de la santa Jerusalén y sus doce puertas.

[501] *próvido*: «prevenido, cuidadoso y diligente para proveer y acudir con lo necesario al logro de un fin» (DRAE).

flores de su imperial corona. Entre estos cordiales afectos de leal vasalla, se halló arrebatado su espíritu en Madrid al tiempo que estaba alborotada la corte y dividido en tan misteriosos corrillos de disensiones el real palacio, que se arrojó a entrar dentro atropellado con las guardas de palacio y de la real persona de su majestad y se halló en un salón donde se le representó un magnífico trono o majestuoso solio de una imperiosa grandeza, pero tan cercado de muchas y desnudas cortinas, y estas tan cerradas y dobladas, que apenas por una se pudiera ver algo, cuanto y más por tantas, y deseosa de ver a su príncipe prorrumpió hablando con Dios en estas palabras: «¿Para qué, Señor, tantas cortinas? ¿Para qué tantos velos? ¿Cómo ha de ver el rey la inquietud de su corte? ¿Cómo hemos de oír su suave e imperiosa voz?». A esta duda le respondió, según parece, el cielo con mostrarle la caída repentina y como arrebatada de tres de las cortinas, y poco después vio que pusieron al lado del trono y a su vista un luto con que entendió alguna desgraciada caída de los que más de cerca asistían al real y majestuoso solio, de donde resultaría la paz y concordia que pidió la sierva de Dios al Todopoderoso, para la corte y vasallos de su querido monarca. Dejo a la consideración del piadoso lector la aplicación de las cortinas y su caída, pues estando tan fresca la memoria de los disturbios de Madrid, es fácil su inteligencia, y digo solamente lo que entendí y explicó ella con individuación acerca del luto que significaba la muerte de su alteza, el señor don Juan de Austria, que sucedió poco después como se le había representado a la sierva de Dios así como la exaltación del excelentísimo señor duque de Medinaceli a la dignidad de primer ministro en la representación de una torre que estaba en medio de la corte y que era fuerte y muy alta, con grandes y muchas ventanas. Declaró Catarina el sujeto simbolizado en este torreón bien formado, pero no explicó la significación de su fortaleza, altura y ventanaje; quizás no tuvo otro misterio que el ser poco difícil su aplicación, acomodando lo empinado y fuerte de la torre a la grandeza personal y a lo eminente de la dignidad y la capacidad y muchedumbre de las ventanas a los ojos que debe tener un ministro del mayor monarca que se reconoce en el orbe, verdaderamente debe ser un gigante de cien brazos, de cien ojos; quiero decir de cien entendimientos y de cien prudencias, y la más cristiana y acordada es la subordinación a su príncipe y señor, que es a quien con especialidad ilustra la infinita sapiencia y eterna sabiduría, para la extensión de la fe y conservación de la católica monarquía. Tenga en hora buena el primer ministro ventanas abiertas para saber todo lo que pasa en el mundo, pero

participe esas noticias con fidelidad y verdad, y sin cortinas de pintados colores que deslumbren la recta intención de su rey. Este es quien debe hacerse señor de todo por la noticia, para serlo por una justa potencia y una transcendente inteligencia.

En catorce de mayo de mil seiscientos ochenta, día en que se cantó la misa en acción de gracias en el colegio del Espíritu Santo por el casamiento de nuestro rey y señor Carlos II, que Dios guarde, con la señora doña María Luisa de Borbón, rogó y clamó la sierva de Dios por la deseada sucesión, para el consuelo y felicidad de toda la monarquía y entre los fervorosos clamores con que hería y penetraba los senos de la misericordiosa omnipotencia se halló su elevado espíritu dentro del magnífico y real palacio de Madrid, y habiéndole reconocido todo con su espiritual y penetrante vista, sin dejar el más mínimo interior retrete[502], se detuvo en la capilla real, donde adoró a su Dios sacramentado y repitió con fe y confianza su petición, y se la representó en una de las recámaras en un bien proporcionado salón su rey y señor, debajo de dosel, en un majestuoso trono asistido de dos gravísimas matronas con ropajes y coronas de reinas, desiguales solo en la edad[503]. Vio también un monstruoso pez, cuya fealdad y fiereza la causaba horror y que no podía explicar, llamándole ya tiburón, ya caimán, ya monstruo marino, porque su forma era extraordinaria y abominable y sus escamas con tales pintas y manchas que le hacían horrible a la vista. Este dragón infernal o fantástico monstruo dio varias vueltas al real trono, cual león rugiente[504], hasta que últimamente se recostó al lado de la reina que la pareció de menor edad y que la estaba como acechando la bestia fiera para hacer mal al hijo que se deseaba saliese a luz[505] y juntamente se le representaba a la sierva de Dios en el seno materno un embrión imperfecto que por falta de disposición no podía llegar a animarse, por más que la reina reinante con grandes ansias y lastimosos alaridos lo pretendía conseguir del cielo como quien tenía en él colocadas las esperanzas de su gloriosa posteridad y real sucesión. Se afligió con esta misteriosa visión nuestra recomendada Catarina, recelando peligrase el hijo deseado en el ma-

502 *retrete*: aposento retirado.

503 Se refiere a Mariana de Austria, la madre de Carlos II y su regente hasta 1675, y María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II.

504 Expresión reiterada, ya anotada, que procede de *I Pedro*, 5, 8.

505 Imagen tomada del *Apocalipsis*, 12, 4: «el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese».

terno seno o que no se lograse el parto de la madre a las instancias del demonio, cruel Falaris[506] de las almas, impío Nerón de los hombres, que desde el pavimento del real trono, de día y de noche no cesaba de presentar criminales querellas en el tribunal de Dios contra los reinos cristianos y sus católicos monarcas. En esta tribulación se acogió el espíritu de Catarina al sagrado de la real capilla y volvió a clamar con más ardientes y fervorosas lágrimas en presencia del Señor sacramentado, y salió de la divina presencia tan confiada de haber conseguido lo que pedía que repitiendo el vuelo su espíritu al salón o recámara donde había dejado postrada a la infernal bestia, le dijo:

> ¿Qué puedes, tú, bestíbulo, contra la Casa de Austria tan favorecida del Altísimo sacramento[507]? Su Majestad divina te quebrantará la cabeza y tú, avergonzado y corrido, te arrojarás a las lóbregas y obscuras mazmorras del abismo.

Como si le dijera, discurro yo,

> Bien puede ser que con tus astucias esterilices la Casa de Borbón de sucesores que sean reyes, pero en la augustísima Casa de Austria no tiene lugar tu agigantado poder ni tu refinada malicia porque está a la protección de un Dios sacramentado que la ensalzó para sublimar con ella su Iglesia, aniquilando las discordias tan antiguas como sangrientas entre los emperadores Federicos y los sagrados pontífices, comenzando la paz en el Emperador Rodolfo de Austria. Casa que, después que ella reina no sabe la Iglesia del Señor qué son cismas ni los conoce. Casa que restituyó los sumos pontífices de Aviñón a su romano trono y mantiene su autoridad suprema. Casa que la levantó el divino poder para muralla de la cristiandad contra la potencia otomana y se valió de Carlos V para refrenar, humillar y desmayar al turco en la Austria y en el África para desbaratar al de Túnez. Casa que la fortaleció Dios para ser martillo de los herejes en Bohemia, Hungría, Alemania, Flandes y aun en Francia. Casa que la extendió Dios por toda la redondez de la tierra para dilatar por todo el universo su santa fe y Evangelio. Casa, finalmente escogida de Dios en la ley de gracia como la de Abraham en la escrita para llamarse Dios de Austria, Dios de Rodolfo, Dios de Leopoldo, Dios de los Felipes y de los Carlos Quintos y Segundo

[506] *Falaris*: tirano de Agrigento, famoso por su crueldad.

[507] Era un tópico la especial devoción de la Casa de Austria por la Eucaristía, desde el mítico fundador de la dinastía, Rodolfo de Austria, que cedió su caballo a un sacerdote que llevaba el viático a un enfermo.

porque sepa el demonio y el mundo que no han de prevalecer contra ella, las unas ni las otras potestades.

Esto parece que fue lo que dijo la sierva de Dios al demonio enemigo, con especialidad declarado contra esta augusta, catolicísima e incontrastable prosapia[508]. Y si te pareciere, piadoso lector, que era digna esta visión de más profundas y extendidas glosas, compararla con lo que nos dejó escrito el evangelista san Juan en el capítulo doce de su *Apocalipsis* y hallarás cuán uniforme es Dios en hablar y comunicar sus secretos en todos los tiempos a sus siervos y escogidos. Verás también que como no pudo dejar de verificarse todo lo que mostró a su sagrado benjamín de la católica Iglesia, siempre perseguida y siempre vencedora en figura de una prodigiosa mujer que tenía por chapines[509] la reina de la noche, su cabeza coronada de doce refulgentes diamantes cuyas bailadoras luces eran lucientes lenguas de sus ínclitas acciones y su manto de gloria, no de los que ahora tienen este nombre y que la vanidad de las mujeres da título de gloria, siendo así que cubren cuerpos a quienes podemos dar nombre de infierno, pues era cortado de la luminosa tela de los hermosos rayos del rubio planeta. Así también podrá verificarse lo que entendió la venerable Catarina y lo que nos dejó que entender y admirar en la insinuada visión y su explicación para el respetuoso aprecio de la felicísima Casa de Austria, consuelo de sus vasallos y de toda la cristiandad.

## II

### *Prosíguese la misma materia y de algunas batallas de la Europa en que se halló esta sierva de Dios en espíritu, auxiliando a los españoles, con especialidad en Flandes y Mesina*

Andaba en este mundo la venerable Catarina llena de Dios y de caridad, y como caían estos dones sobre una condición amorosa y suave natural, se inclinaba siempre a hacer bien, a ninguno se negaba, a todos admitía con sanas y piadosas entrañas y cuando era menester se vendía por

[508] *prosapia*: «ascendencia, linaje o generación de una persona» (DRAE).

[509] *chapín*: tipo de calzado alto. Se refiere a la visión de la mujer del *Apocalpsis*, 12, 1, que está sobre la luna, vestida de sol, con diadema: «Y una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza».

sus mismos enemigos y compraba con daños propios las comodidades de los extraños, a imitación de Dios, a quien llama san Juan caridad[510] porque a todos acoge con entrañas de amor y los admite a su presencia con benignidad. Pero la sierva de Dios con especialidad se esmeraba en clamar y pedir por nuestra monarquía y por su rey y señor, encendiéndose cada día más en estos debidos y leales afectos con el motivo de la conservación y extensión de la cristiandad en este Nuevo Mundo y en todo el universo. Entre estos ansiosos deseos y fervorosos clamores se ardía, se quemaba y abrasaba el corazón de la sierva de Dios, encendido en el horno de su caridad y en las llamas del amor de Dios y del prójimo, hasta llegar a penar entre congojas de muerte no solo sudando sangre a imitación del Señor, sino derramándola hasta no quedar gota en su cuerpo si no es la necesaria para la conservación de la vida, como se verá comprobado con muchos y singulares casos en los capítulos de su grande caridad. Esta sed insaciable del bien común la acrecentaba Dios con mostrarle los beneficios que derramaba su inmensa bondad sobre todas las criaturas, y juntamente la malicia y crueldad de los hombres con que pretendían bárbaramente destruirse y consumirse para que más se compadeciese esta piadosa y caritativa virgen y obligase más con sus lágrimas y amorosos gemidos a la misericordia infinita, que sola era la que podía alumbrar al mundo ciego y templar sus inhumanos rencores. Por este fin la llevaba a las fiestas de la gentilidad donde se sacrificaban como brutos a millares los hombres en las aras de los fingidos dioses y a las guerras del cristianismo en que se vertía la sangre violentamente derramada por el ídolo de la ambición, interés y codicia. Pondré aquí uno u otro caso que observé con especialidad por ser dignos de las historias políticas de nuestros tiempos y para que sirvan de ejemplares en prueba del asunto de este capítulo.

Por los fines del año de setenta y dos y principios de setenta y tres, se hizo muchas veces presente a la Europa y veía grande aparato de sangrientas guerras. Daba esta noticia a su confesor, que le respondía encomendase a Dios las armas de España, porque de la misma aflicción y especial cuidado de la penitenta, infería se armaba toda la hostilidad contra alguna parte perteneciente a la católica monarquía. Corriendo el tiempo, —no me reconvenga el piadoso lector con los números y guarismo puntual de los meses, que yo más atendí a apuntar los sucesos que los años y más cuando la individuación de las circunstancias expresan

[510] *Epístola I Juan*, 4, 8.

con claridad los sucesos y las proezas de los sujetos—, vio la sierva de Dios un poderoso ejército, compuesto de varias naciones, capitaneado por un hermoso mancebo con apariencias y visos de ángel, que iba diciendo en alta voz: «Viva el rey de los ejércitos». Vio pocos días después los escuadrones de la insinuada milicia marchando a punto de guerra y dispuestos a batallar con quien pretendiese hacerles oposición, y al mismo tiempo que se hallaba Catarina con esta inteligencia, vio que de lo interior de un espeso bosque salía otro ejército de hombres irritados o enfurecidos que acometió por un costado al que ella y el ángel del Señor iban auxiliando. En este combate sangriento advirtió que encendiéndose la batalla, caían muchos en tierra muertos y que les sucedían otros en sus puestos, veía y distinguía los que morían al golpe de las espadas, lanzas y pelotas de plomo entre las humaredas de un infernal incendio. Oía los estruendos espantosos de muchas bocas de fuego juntas y la vocinglería[511] de la multitud desordenada, que de la una y de la otra parte apellidaban victoria los unos contra los otros. Se admiraba la sierva de Dios de la desordenada confusión y se lastimaba más de tantas amontonadas desgracias y entre todas andaba ella en espíritu como ángel universal, rociando y aplicando a todos la sangre de su divino amante, porque no se perdiesen las almas, ya que se destrozaban los cuerpos. Notó también que muchos de los soldados del ejército que peleaba como debajo de la protección de la sierva de Dios no querían admitir la sangre del Señor que les aplicaba y hablando con ellos les decía: «¡Desdichados herejes que todo lo perdisteis en esta batalla, la hacienda, la vida y el alma!». Vio que el poderoso ejército concluido el combate quedó en su puesto como señor del campo, aunque con muchos muertos y heridos, y vio finalmente tantas circunstancias que cuando vino después la nueva de la batalla que tuvieron las Provincias Unidas en Flandes contra Francia, se reconoció era la misma en que se había hallado Catarina y que el haber quedado victorioso el ejército que gobernaba y capitaneaba el señor conde de Monterrey, contra el príncipe Condé, caudillo de las numerosas tropas francesas, que fue el que acometió a nuestro ejército, se debía en gran parte a las oraciones y espiritual asistencia de la sierva de Dios y a la sangre de Cristo aplicada en las manos de esta esclarecida virgen, pues aun el mayor número de los muertos y heridos fue de los herejes que componían el cuerpo de nuestro ejército, con quienes batalló esta vez la Francia, habiendo respetado el de Condé, por astucia militar o por

511 *vocinglería*: «ruido de muchas voces» (DRAE).

miedo a la vanguardia en que presidía el valeroso conde de Monterrey, que por ventura fue simbolizado en el ángel que iba rindiendo al divino poder la honra y gloria de todos los triunfos de las batallas.

Desde el mes de diciembre de mil seiscientos setenta y cuatro, asistió en espíritu a las guerras de la Italia, hallándose repetidas veces en los rencuentros y batallas de mar y tierra que se ocasionaron del levantamiento de Mesina y con mucha especialidad refirió el suceso y fatal desgracia de muchos, al ver acometerse las dos armadas, representándose a su espiritual vista la humareda de la artillería, el destrozo que hacían las balas en las naves y navegantes hasta que últimamente, vio levantarse un incendio tan voraz que dejó los navíos de una y otra parte sin jarcia[512], sin velas y sin gente. Quedó por entonces confusa dónde ni con quién tenía España aquella sangrienta guerra, y en medio de esta dudosa confusión vio entre los árboles desnudos y abrasados una flor de lis[513], con que entendió que era su principal combatiente la Francia y se verificó en las primeras noticias que nos enviaron de España, así como las palabras que añadió la sierva de Dios, diciendo: «Flor de lis luego se desvaneció o desapareció como fugitiva por faltarle poder y constancia para la permanencia». Con estas y otras semejantes visiones, se engendró o aumentó en el corazón de la sierva de Dios uno como natural aborrecimiento a todo lo que es guerra, disensión y discordia, y un entrañable amor a la paz, pues ella sola monta y pesa más en la mayor estimación y aprecio que innumerables victorias y triunfos, porque es la salud de las gentes, la hartura de los pobres, el alivio de los oprimidos, la seguridad de las viudas, la quietud de los ánimos, la conservación de las riquezas, el más fuerte muro de las repúblicas y el bien universal de todos los cristianos si sus príncipes se conservasen en unión, hermandad y concordia. Aun los gentiles conocieron esta verdad y el príncipe de la elocuencia latina la persuadía con eficacia, cuando dijo:

> No hay cosa más deseada que la paz y concordia, con la cual no solamente aquellos aquí en la naturaleza dio sentido para conocer este bien, sino también parece que se reconoce hasta en las casas y campos, pues ellas se alegran a su modo con este tan común beneficio y está amable felicidad. Pues con la paz crece todo y con la guerra y discordia todo perece y se acaba.

512 *jarcia*: conjunto de cables y cordajes del aparejo de un barco.
513 *lis*: flor emblemática de la realeza francesa.

Quizás aludieron a esto los antiguos cuando fingieron de autoridad de Claudiano[514], que deseando Marte, dios de las discordias, encuentros y enemistades, casarse con Proserpina, hija de Ceres[515], tenida por diosa de las mieses y abundancia, no quiso venir en dársela porque no se pueden casar ni son para en uno la paz y abundancia, Marte y la discordia.

## III

*Del valor de su intercesión en la defensa de los puertos de Nueva España*

Preveía y se hallaba ordinariamente en las entradas de los enemigos en los puertos de Nueva España y asistía como ángel a la salvación de las almas cuando no podía evitar las desgracias de los cuerpos, batallando con la omnipotencia para lo uno y para lo otro con razones, como pudiera, a nuestro modo de entender, una criatura, con otra. Catarina alegaba ser infinito de la divina misericordia, que los cristianos eran los que componían su pueblo escogido en la ley de gracia, que eran los que conservaban y extendían su santa fe en estas tierras, tan remotas como desarmadas, que no era razón que hiciesen mofa del cristianismo los enemigos de Jesucristo, y finalmente alegaba los merecimientos de los justos la sangre de nuestra redención y la intercesión de los santos patrones de estos reinos. El Señor alegaba lo recto de su divina justicia, la soberbia de los españoles, los pecados de los cristianos y que para enmendarse era necesario el castigo. Se afligía la sierva de Dios viendo las muchas y fuertes razones que le proponía su Majestad para obrar más en el mundo con el atributo de su recta justicia, que con el de la misericordia, pero no por esto se daba por vencida esta valerosa virgen ni desistía de clamar y pedir, ofreciéndose a padecer por los pecados de los hombres, amontonando motivos e inventando otras razones acompañadas de ardieres lágrimas y tiernos suspiros, con que hería el corazón del Creador hasta verle humanado e inclinado a condescender con

[514] *Claudiano*: (370-405) fue poeta en la corte del emperador romano de Occidente Honorio, en la de su tutor y regente Estilicón y en la del emperador romano de Oriente Arcadio, hermano de Honorio. Se refiere a la obra de Claudiano *El rapto de Proserpina*.

[515] *Ceres*: diosa de la agricultura, las cosechas y la fecundidad. Su equivalente en la mitología griega era Deméter.

los ruegos de su querida esposa, diciéndola no una, sino muchas veces: «Catarina, grande es tu fe, grande es tu confianza y grande es tu caridad. Diles que se ayuden y cooperen, que yo les ayudaré». En estas ocasiones le mostraba el Señor las armas de lanzas, espadas, y mosquetes, sin soldados que los cogiesen y a los soldados sin armas, cargados de mercaderías como si fuese la negociación su principal empleo y la daba juntamente a entender que su Majestad cuidaría de la cristiandad y de la extensión de su fe y también de castigar a los soldados y sus gobernadores, como lo había hecho a vista de la misma Catarina con una espiritual presencia en las entradas de los piratas en casi todos los puertos de estas provincias y reinos, robando, matando y aprisionando a los cristianos dormidos. Así lo han experimentado los vecinos de Cuba, santa Marta[516], Malacayo[517] y Caracas, Margarita[518], Portobelo[519], Granada[520], Panamá, Campeche, Tabasco, Tampico, Veracruz, y otros pueblos de menos monta, repitiéndose este castigo muchas veces en los mismos puertos y lugares porque no se veía en ellos la enmienda.

Esta insensibilidad, negligencia y resfrío de los españoles de nuestros tiempos sepultados en el ocio y en los vicios dignos de execración, causaba admiración en el entendimiento de nuestra venerable Catarina, tanto que la obligaba a prorrumpir, hablando a toda la monarquía en sus confesores: «¿Dónde está vuestro valor, magnanimidad y prudencia? ¿Se atropellan unas a otras las nuevas de las victorias de los infieles cosarios y os estáis mano sobre mano?», como si les dijera:

> ¿Dónde está vuestro saber prudente y vuestra sagacidad valerosa? Todos vuestros talentos sin aplicación de nada sirven, toda vuestra confianza es un manantial de descuidos de que se valen los enemigos para debilitaros y consumiros. Acabad de entender que una monarquía desarmada es un león muerto, que hasta las liebres se le atreven.

Y no viene fuera de propósito lo que me dijo en otra ocasión y fue que tiempo vendría en que sería necesario que Dios nos defendiere por faltarnos armas y fuerzas para defender y conservar aun las vidas. Con el conocimiento que le infundía Dios de nuestro dejamiento y negligencia

[516] Santa Marta, Colombia, fundada en 1525 por Rodrigo de Bastidas.
[517] Malacayo o Maracaibo, Venezuela.
[518] Isla Margarita, en las costas de Venezuela, famosa por sus pesquerías de perlas.
[519] Portobelo, Panamá, lugar muy frecuentado por los piratas en el Caribe.
[520] Granada, Nicaragua, fundad en 1524 por Francisco Hernández de Córdoba.

en nuestra propia defensa con la representación de lo que pasaba en los puertos y lugares marítimos, pidió celosa del bien común en primeros de febrero de mil seiscientos ochenta, licencia a Dios para coger ella las armas que veía desamparadas de los soldados y su Majestad le respondió: «Cógelas y defiende esos mis reinos que mientras tu vivieres estaré contigo en su defensa». Empuñó entonces una espada con tal aliento y valor que le pareció podía batallar y vencer a todo el mundo si se pusiese armado en su oposición y parece que fue prenuncio de lo que había de obrar Dios por sus oraciones, multiplicando victorias en defensa de los españoles en Nueva España. Omito los rencuentros que en el uno y otro mar y en sus costas se han publicado estos años y si han sucedido como se ha referido, son muy dignos de ponerse en las historias generales de este Nuevo Mundo, pero no en una vida particular de esta sierva de Dios que aunque se hallaba en todos ellos su espíritu como ángel universal, tenemos otras muchas cosas de más peso y monta que escribir. Sirva de ejemplar el desalojamiento de los enemigos en la Laguna de Términos que está en los confines de las Provincias de Campeche y Tabasco y se ejecutó inmediatamente al haber empuñado la espada esta valerosa virgen.

Está esta laguna en disposición para escogerla por madriguera de ladrones los que viven en estas partes remotas con el oficio de piratear y robar, porque tiene en sí mucho pescado, en las isletas que la hermosean preciosos palos que buscan y desean todos los comercios del mundo, y la tierra que la cerca está también abastecida de muchos ganados sin dueños ni gente que lo guarden. Aquí se recogen los franceses e ingleses para salir a infestar nuestras costas, puertos y mares, y de este tan acomodado puesto para sus latrocinios, les desalojó Dios, no con las armadas de España, no con la ejecución de las reales cédulas, no con la disposición de los gobernadores, sino con un solo hombre humilde y hasta entonces desconocido. Se llamaba Pedro de Castro, griego o romano de nación. Este fabricó una piragua[521] para salir a pescar desde el puerto de Campeche y movido un día de superior impulso, se le ofreció con los demás pescadores acercarse a la Laguna de Términos, con ánimo de mejorar de embarcación si pudiesen apresar alguna de los extranjeros cosarios. Les sucedió bien el arrojo de su valentía, porque entrando en la laguna de noche amanecieron cerca de una fragata enemiga bien armada, aunque sin gente, que había dormido en tierra y

[521] *piragua*: «embarcación larga y estrecha similar a una canoa» (DRAE).

así con facilidad y felicidad la apresaron nuestros peleadores y cortando las anclas se salieron de la laguna y entraron triunfantes en el puerto de Campeche de donde habían salido. Con este buen suceso se determinó a probar la mano y confirmar su buena fortuna con el crédito y reputación de las armas. Para este efecto juntó hasta veintisiete hombres y con ellos la fragata apresada, volvió a empeñarse en desalojar al enemigo de aquel paraje donde vivía como dueño intruso en tierra ajena, armado y prevenido. Esta primera invasión la hizo Pedro de Castro, ya capitán, saltando en tierra antes del amanecer por la parte que los enemigos menos pensaban, les acometió con tal militar estruendo, que como hombres descuidados y medio dormidos se acogieron los que no quedaron muertos a la espesura del monte, desamparando los ranchos en que estaban atrincherados y dando lugar a que volviese a su puerto el capitán Pedro de Castro y los demás soldados cargados de despojos y ricos con un buen pillaje. La envidia o la emulación ocasionó que se le convidasen muchos a acompañarle segunda vez a batallar con los piratas ingleses y franceses, y admitiendo hasta ciento veinte, se hicieron a la vela en un bergantín[522] y dos piraguas, y obligados de un temporal se acogieron al puerto de Champotón[523], ya despoblado por las repetidas invasiones enemigas. En esta forzosa detención oyeron todos por dos y tres veces en las ruinas de la iglesia del antiguo pueblo una música soberana que le obligó a desembarcarse y buscar entre los paredones a los músicos que con tan sonoras voces y suaves instrumentos les festejaban y no hallando persona humana, lo atribuyeron a presagio feliz de su victoria. Con esta esperanza, pasada la tormenta y sosegado el mar, se entraron en la laguna y arrimándose a donde estaban las más de las embarcaciones, las apresaron y habiendo quemado veintiocho, reservaron dos o tres urcas grandes cargadas de ropa y armas con que dieron la vuelta victoriosos a su puerto. De donde volvieron a salir tercera vez quinientos hombres capitaneados del mismo Pedro de Castro y se apoderaron de la laguna, apresaron todas las embarcaciones que había en ella e hicieron prisioneros cuantos enemigos la poblaban, y porque algunos de ellos estaban en esta ocasión saqueando Tabasco parte de nuestra gente les esperó a la boca del río donde los recibió a cañonazos, precisándoles a desamparar las embarcaciones y saco que traían y retirarse a una isleta de donde pidieron buen cuartel. En todas estas facciones no perdimos más que

522 *bergatín*: «buque de dos palos y vela cuadrada o redonda» (DRAE).

523 El puerto de Champotón está ubicado en una localidad del estado de Campeche.

un hombre, que al saltar en uno de los navíos enemigos cayó en la mar y se ahogó. Escriben algunos que los enemigos que volvían de Tabasco se pusieron en resistencia y tiraron algunos cañonazos cuyas balas se quedaron en los vestidos de los nuestros sin hacer daño alguno. He puesto con individuación estas proezas porque se halló la sierva de Dios en todas estas facciones, refiriéndome todo lo que pasaba aunque con alguna confusión que no me dio lugar a hacer juicio entonces del paraje donde hacían los nuestros esta guerra y conseguían estas victorias, pero dos días antes que llegasen estas noticias al puerto de la Nueva Veracruz con aviso que despachó el gobernador de Campeche, me determinó Catarina el puesto de estos reencuentros, diciéndome: «Ahora verás si tuvo misterio el haber yo empuñado la espada».Y con las cartas que tuve en esta ocasión, me certifiqué de todo y rendí a Dios las gracias por los bienes que recibíamos de su soberana mano y por lo que debíamos a la intercesión de esta su escogidísima alma.

# CAPÍTULO XVIII
# PROSIGUE LA MISMA MATERIA DEL VALOR DE SU INTERCESIÓN EN LAS MUERTES DEL EXCELENTÍSIMO E ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON DIEGO OSORIO DE ESCOBAR Y LLAMAS, OBISPO DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES; MARQUESA DE MANCERA; DUQUE DE VERAGUAS Y OTROS CABALLEROS QUE HAN ILUSTRADO CON SU NOBLE Y CRISTIANO PROCEDER A ESTOS REINOS DE NUEVA ESPAÑA

## I

*Muerte feliz del excelentísimo e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas, obispo de la Puebla de los Ángeles, asistido de la sierva de Dios hasta verle glorioso en el cielo*

A últimos de junio de mil seiscientos setenta y tres cayó gravemente enfermo este su muy amado pastor y llegando las voces y clamores lastimosos del pueblo que publicaban el sentimiento común a los oídos de Catarina, comenzó a pedir a Dios la salud de su enfermo pastor por la falta que haría a los pobres su vida. Y cuando más fervorosa en la oración se halló con el doliente en sus brazos, ya como agonizando o como quien quería rendir el alma entre congojosas ansias de muerte, se valió la sierva de Dios de la ocasión de esta celestial representación para ofrecérsele al Señor y rogar con eficacia y ternura le echase su bendición y diese la salud si convenía a su mayor honra y gloria, y bien de las ovejas amantes de su excelentísimo e ilustrísimo pastor. A este cristiano y católico ofrecimiento correspondió la suprema Majestad, dándole a entender que quería llevar para sí a su excelencia y castigar con su muerte a muchos de los que gozaban de sus caritativas y benignas influencias, y juntamente le vino a la memoria otra visión que había tenido pocos días antes y creo fue el día de la Santísima Cruz, en que se la representó el Señor sobre el cáliz muy cabizbajo y atadas las manos, y al parecer tan triste y afligido que la obligó a preguntarle la causa de su misteriosa aflicción y su Majestad le respondió con tierna y amorosa voz: «¿Pues no

ves, querida y amada mía, que me quieren volver a azotar mis criaturas?» Con esta respuesta entendió Catarina quiénes y con qué culpas pretendían los hombres azotar otra vez a su divino amante, para cuyo castigo quería el Señor llevarle a su excelencia, y aunque como justa pudiera enojarse con los pecadores llevada del sentimiento de ver maltratado a su Dios, con todo eso imitó en la mansedumbre y compasiva caridad a Cristo, rogando a la suprema Majestad perdonase a los malhechores que no sabían lo que se hacían, que no padecieren justos por pecadores, que alumbrase a todos y les valiese su preciosa sangre e infinita misericordia y que en todo caso la había de conceder la salud que le pedía para el enfermo. Con estas instancias, acompañadas de tiernas lágrimas y encendidos suspiros batallaba con la divina justicia, poniendo por intercesora a la princesa de los cielos y a los demás santos sus devotos y patrones, y en varios días de la enfermedad respondiendo el cielo a las voces de su tan continua como eficaz oración, tuvo entre otras muchas visiones las siguientes.

Se le representó un día su esclarecidísimo pastor en el lecho que adolecía y a sus dos lados Jesús y María, ilustrándole y confortándole para pasar el amargo cáliz de la muerte. Se valió Catarina de la ocasión que le ponía el cielo a la vista y dijo a su querido amante que pues se le dejaba ver benigno y triunfante a la cabecera de su enfermo, le echase una bendición de salud, si convenía a su mayor honra y gloria. Y vio que la omnipotencia humanada levantó el brazo como que condescendía con la petición de esta esclarecida virgen. La dejó este favor llena de consuelos el alma que anhelaba a conseguir la salud de su querido pastor, pero el día siguiente la aguó el Señor este gusto y le entibió las esperanzas, representándosele a la cabecera del enfermo la madre de Dios con su santísimo Hijo en los brazos e instando por la salud del doliente vio que desamparando Jesús los amorosos brazos de su madre, comenzó el Niño Dios a hollar y pisar con sus soberanas plantas el cuerpo del enfermo, dándola a entender que le iba acercando el día de su entierro. Pero la sierva de Dios no acababa de creer lo que la decían los cortesanos del cielo y así insistía por instantes en su petición llena de fe y confianza en que pedía a un Dios Todopoderoso y la dilatación de una vista que se empleaba toda en el bien común de los necesitados del mundo. Parece que gustaba el Señor de verla pedir y clamar por sus criaturas, pues la entretenía con multiplicados favores hechos a su pastor, por quien rogaba. Y así vio otro día cómo por respuesta de sus tiernos clamores dos hermosísimos ángeles con dos refulgentes y riquísimas coronas de un

finísimo oro en las manos. Les preguntó que para quién eran. Le respondieron que para su enfermo, porque las había merecido en su vida. Se alegró mucho con esta visión, pareciéndole eran prenuncio de una eterna felicidad, mas volviendo en sí, hizo reflexión su corazón herido de las flechas y arpones de su encendida caridad sobre la falta que haría su vida a los pobres, que sin estar otra cosa en su mano, se halló impelida a repetir sus clamores por la salud del enfermo con tal eficacia, que viéndola su confesor quebrantada y ahogada con tanta abundancia de lágrimas y suspiros le dijo: «No te empeñes, hija, en conseguir lo que Dios no quiere concederte, confórmate con su santísima voluntad, pues se te insinúa con tanta claridad por tan maravillosos medios». A cuyo consejo respondió la sierva de Dios con humildad y mansedumbre:

> Conforme estoy con la divina voluntad y agradecida a los singulares favores con que honra y asiste a mi amado pastor, pero en acordándome de que falta el remedio de los pobres con esta preciosa vida, de quien se valía la divina Providencia para fiel administrador de los tesoros de Dios y de su santa Iglesia, no puedo contenerme ni dejar de clamar y pedir la conservación de su vida.

Con este caritativo y soberano impulso continuó sus peticiones hasta que el Señor templó el sentimiento de su corazón y enjugó sus lágrimas con la visión siguiente.

Vio a un lado del lecho en que adolecía su excelencia al Eterno Padre con una caña como de maíz en la mano por cetro, sentado en un majestuoso trono tan asistido de ángeles y santos que formaban un gravísimo teatro y tribunal de la divina justicia. Al lado derecho del soberano trono vio a Jesucristo, Señor nuestro, rey de los cielos y tierra, azotado y llagado, pero muy propicio para con el doliente, mirándole con suave y amable rostro. Con esta visión se valió de la sangre que se le representaba derramada por nuestra redención y la puso por medianera para conseguir la salud de su enfermo. Y cuando más importuna con la fuerza y eficacia de su fervorosa oración, oyó la voz del Señor que hablando con su Eterno Padre, como sonriéndose de la petición de su sierva, dijo: «Mirad, Señor, lo que pide Catarina» y volviendo inmediatamente el rostro a su querida esposa, le dijo: «Entiende, hija, lo que has visto y se templarán las congojosas ansias de tus ruegos». Como si le dijera, «Te le hemos mostrado muerto, juzgado y coronado con el valor de mi sangre y benigna asistencia de mi poder, y ¿pretendes dilatarle esta

gloria y eterna felicidad?». Con esta pregunta le dio a entender el día y hora de la muerte de su enfermo, la cual inteligencia se verificó según y cómo ella se lo dijo a su confesor. Y aunque fue buena y dichosa esta muerte para su excelencia, me persuado sería desgracia y castigo para muchos que echarían menos sus benignas y nobles beneficencias como de padre verdadero de los pobres y del bien común de sus queridas ovejas, que si no pudieron vencer los decretos de Dios con copiosas lágrimas y eficaces oraciones, le ayudaron mucho sus agradecidos clamores para abreviar el camino del eterno descanso. Se le representó a nuestra recomendada Catarina desde la hora de su muerte en una casi como continua presencia, harta que agradeciéndole sus oraciones y lo que había padecido por su excelentísimo pastor, se despidió de ella y se le dejó ver con resplandores de gloria entre los grandes del reino de Dios. Con este dulce consuelo y cordial pítima[524] de su corazón abrasado en los incendios del divino amor se mostró la sierva de Dios agradecida a su creador, engrandeciendo su inmensa bondad, poder y misericordia infinita. Desistió de su petición o la conmutó en clamar por sucesor que supliese la falta de tanto príncipe y bien visto pastor por los singulares beneficios que experimentaban sus reconocidas ovejas. Miró el Señor por el consuelo de Catarina, mostrándole en muchas y prodigiosas visiones al sucesor que había escogido con su admirable y divina Providencia para el universal remedio del bien público, cuyos menoscabos lloraba la sierva de Dios en la muerte de su excelentísimo pastor y se pueden ver en la dedicatoria del primer libro, donde escribí algunas y omití otras, no por ofender a tan ilustre y sagrada modestia.

## II

### *De la venida a las Indias e inopinada muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas*

Se halló la sierva de Dios en la corte imperial de Madrid al tiempo que hicieron merced de virrey de Nueva España al excelentísimo señor duque de Veraguas y se le representó su excelencia en forma de un hombre corpulento, ricamente vestido con plumas y penachos de un

[524] *pítima*: «socrocio (Emplasto en que entra el azafrán) que se aplica sobre el corazón» (DRAE).

espeso humo sobre la cabeza, divisa que manifestaba su valor y la fama de sus triunfales proezas o el horror que causaría con su presencia en estas partes a los enemigos de la Corona. Preguntó a uno de los ángeles que la asistían que quién era aquel capitán tan bizarro. Le respondieron que el virrey. Volvió a preguntar qué virrey era este y de dónde. Le dijeron que a su tiempo lo entendería y que para rogar a Dios por él bastaba el habérsele mostrado. Se repitieron otras muchas y varias visiones de su excelencia, ya en su forma natural, ya en símbolos misteriosos que significaban la grandeza personal, la de sus celebradas prendas y gloriosos empleos en servicio de las dos Majestades, pero todas ellas venían al entender de Catarina con visos de amargura y con aparentes anuncios de alguna considerable desgracia que dejaban desazonada su alma. Estos mismos sinsabores la obligaban a clamar al cielo por la persona que se le representaba gigante entre los grandes de la fama, y el Todopoderoso, herido de las voces de su querida esposa, le respondía con multiplicadas hablas, visiones e ilustraciones, dejándola siempre con la espina del temor de alguna infelicidad porque no dejase de pedir ni cesase de clamar a su omnipotente misericordia. Una de estas visiones fue con el símbolo de un gran árbol que se extendía en muchas y apiñadas ramas y se dilataba pomposo en hermosas y entretejidas copas, pero notó la sierva de Dios que aunque era objeto amable y delicioso a la vista, sus hojas eran muy amargas al gusto. Esta amargura y desabrimiento le sirvió de espina envuelta en un ansioso deseo de saber si su gobierno sería suave y dulce para sus súbditos o si sería agrio y desabrido para los vasallos de su rey y señor y, estando con este pensamiento, le dijeron, sin entender ella quiénes la hablaban, «Mira y prueba la fruta de ese árbol» y vio una manzana grande y hermosa, pero al llegar a gustarla le pareció más amarga que el acíbar. La afligió con extremo este misterioso símbolo que no le explicaron aunque la divirtieron del pensamiento que la lastimaba, representándosele esta misma manzana que le traían como en procesión con alegres festejos y demostraciones de reales fiestas significativas de los recibimientos en la venida de un deseado virrey y gobernador de estos tan grandes y opulentísimos reinos.

Vio también a su excelencia desembarcándose en el puerto de la Nueva Veracruz y los presentes con que le recibían en demostración de la alegría y gusto común con que le esperaban. Vio las reales salvas, las lucidas marchas de los soldados y todo lo demás que suele concurrir en semejantes públicas y solemnes fiestas. Vino asistiendo en espíritu a su nuevo virrey, deteniéndose en todos los parajes donde estaba prevenido

algún regocijo para el alivio debido a su participada regalía después de tan larga y penosa navegación, y antes de llegar su excelencia a esta muy noble y leal ciudad de la Puebla de los Ángeles, dijo la venerable Catarina a su confesor:

> ¿No ha reparado vuestra reverencia en las extraordinarias prevenciones para la entrada de nuestro virrey? Pues en estas fiestas aguará Dios el gusto y pública alegría permitiendo muchas desgracias

Y después de haber referido algunas de las que sucedieron, según y como lo había significado la sierva de Dios, añadió:

> Y, finalmente, tú verás cómo todo este universal festejo y regocijo común se convierte en lágrimas y tristezas, porque aun los fuegos que se han de quemar en la plaza se me representan como armados contra ese príncipe recién venido.

En uno de los días de las reales fiestas y públicos divertimientos, se le apareció el Señor en su pobre albergue donde estaba recogida, clamando a la divina Majestad no permitiese desgracias en sus criaturas redimidas, y manifestándola todo cuanto pasaba en las casas, calles y plaza, le dijo: «¿No ves cómo todos se huelgan?» respondió Catarina: «Bien lo veo, Señor», y volviéndola a preguntar que por qué no iba a gozar del común regocijo, dijo la contemplativa virgen:

> Porque no gusto de las fiestas del mundo y porque tú solo eres mi alegría, consuelo y mi gloria, y así, a ti solo busco, a ti solo quiero, en ti solo descanso y sin ti no tengo alivio.

«Pues, ven», le dijo su divino amante, y sin poder explicar el modo, se halló en los amorosos brazos de su único amado, donde experimentó inexplicables gozos y consuelos, y entre otros secretos que le franqueó la eterna sabiduría, fue el certificarla que todas aquellas ostentativas y reales fiestas se habían de convertir en pésames y sentidos pesares, y replicando ella desde los brazos de su único y soberano Señor, le rogó humilde y como rendida esclava de los esclavos de sus criaturas que no lo permitiere su verdadero e infinito amor, pero a estas tiernas voces de su amada y escogidísima alma respondió la divina sabiduría: «¿Pues no ves cuánto me ofende?». Y manifestándola en un relámpago o instantáneo rayo de

luz los pecados de todo el reino, se desapareció el divino objeto que la hablaba en la insinuada visión, dejando a su ilustrada alma por algunos días en prisiones de oscuridad y entre cadenas de dolores, sin memoria ni distinción de lo que la había sucedido.

En el tiempo de este terrible desamparo y cruel tribulación, pasó su excelencia a la imperial corte de México, y mientras gozaba de las augustísimas fiestas y extraordinarios festejos que acostumbra en los recibimientos de sus virreyes aquella nobilísima ciudad, perseveró la sierva de Dios en la penosa cárcel de sus martirios, hasta que llegando el día de santa Lucía y trece de diciembre, se la representó en la iglesia de la santa Veracruz, entre ocho y nueve de la mañana el nuevo virrey muerto en su palacio y su alma en penas, y en otro palacio o casa grande vio también unos cuantos personajes gravísimos, reconoció eran eclesiásticos y que tenían como por divisa y blasón unos candados de oro en la boca. Le pareció que andaban muy diligentes con un pliego de cartas en las manos y que disponían la publicación de otro nuevo virrey para sucesor del que se le representaba difunto. El día siguiente, catorce del dicho mes, llegó a esta ciudad de la Puebla de los Ángeles la nueva de la muerte inopinada y como repentina del señor virrey duque de Veraguas sin noticia del sucesor, pero ya se la había dado a nuestra ilustrada Catarina el cielo, representándosele segunda vez su excelencia descabezado y su cabeza colocada en un altar engastado en plata, y con esta visión entendió que la que había quitado la muerte de los hombros al señor virrey recién venido estaba ya depositada en un consagrado príncipe de la Iglesia. Se verificaron todos estos misteriosos símbolos con tal propiedad que no necesita el piadoso lector para entenderlos de más estudio que la memoria de lo que sucedió, porque previendo nuestro rey y señor con el gran caudal de su capacidad penetrante y comprehensiva, y con la madurez de su sagacidad vigilante asistida de tanto bien intencionado ministro, de tanto cuerdo acordado y solícito consejero, y mucho más de la eterna sabiduría que todo lo penetra y nada se le esconde, ni puede ocultársele, se mostró Argos real[525], émulo de Jano[526], que mira a dos haces, de fondo inapeable, con más ensenadas que un océano, y lo previno todo con cédula inclusa en un pliego cerrado y sellado depositado en el

[525] *Argos*: ya se ha anotado este gigante de cien ojos, emblema de la vigilancia continua.

[526] *Jano*: el dios Jano tenía dos rostros: podía mirar, pues, lo que tenía delante y lo que tenía a las espaldas, sin que nada se le ocultara.

santo Tribunal de la Inquisición, para que le abriese en caso de muerte del dicho virrey difunto, como se ejecutaron las reales y preocupativas órdenes de su majestad, tomando la posesión del gobierno el excelentísimo, reverendísimo e ilustrísimo señor arzobispo de México don fray Payo Enríquez de Rivera[527].

Pondere aquí el piadoso lector las repetidas visiones con que el Señor regalaba a su escogidísima virgen y lo que apreciaba sus oraciones en orden a que cogiese a este príncipe en buena y dichosa hora la muerte que previó su eterna sabiduría había de ser repentina, si puede llamarse repentina la que le halló con prevención de buena vida, como se puede piadosamente creer e inferir con probabilidad de lo dicho, y después de haber rendido las debidas alabanzas a la inmensa bondad e infinito amor del Altísimo por el cuidado que tiene de la salvación de sus criaturas redimidas, podemos discurrir aunque de paso, que entre las demás perfecciones que enriquecían y hermoseaban a esta su querida esposa, lo que arrebató en esta ocasión los divinos ojos para mostrártela liberalmente benéfico, fue aquel prodigioso recogimiento con que encerrada en su pobre albergue vivía retirada de los festejos del mundo, atendiendo solo a pedir y clamar al cielo por los hijos de los hombres y porque no fuese en los públicos regocijos su creador ofendido. Y no les parezca a las mujeres este pequeño motivo para que el divino Amor se ostentase con tanta liberalidad, benigno con Catarina, pues en ninguna otra cosa pudo mostrar la sierva de Dios mejor cuán fino era su amor para con Cristo que el dejar de salir de casa, perder el gustoso lance de una pública fiesta donde podía ver y ser vista de tan numerosos y festivos concursos, porque hablando a lo común y general que se repara en la inclinación del femenino sexo, no hay para ellas mayor pena y dolor que el no salir de casa y el no asistir a fiesta ni regocijo alguno. Pero nuestra esclarecida virgen amaba mucho el recogimiento, se retiraba gustosa de los entretenimientos de las criaturas porque era el único objeto de su amor la grandeza de Dios y este amor cuando es verdadero, consume, dice san Bernardo, todos los otros amores del mundo. Esta razón sola fue bastante para que le fuese suave a la sierva de Dios el encerramiento voluntario y muy amable la clausura, y para que el Señor la franquease

[527] *Fray Payo Enríquez de Rivera*: propició la evangelización y la extensión de instituciones culturales en la Nueva España. Arquidiócesis de la ciudad de México. (Autos de las visitas[…], 2005).

los tesoros de sus secretos y la fuente de sus admirables luces y copiosas misericordias.

## III

*Previsión de la muerte de la señora Marquesa de Mancera, virreina de Nueva España y cómo la asistió la sierva de Dios con sus oraciones hasta el último trance de la vida*

El cinco de abril de mil seiscientos setenta y cuatro, sintió la venerable Catarina en su delicado cuerpo un extraordinario ardor que penetrando hasta los huesos la servía de cruel e inexplicable martirio. Con este género de tormento solía avisarla el Señor cuándo quería su Majestad que le pidiese por alguno de los bienhechores de su sierva y era tan repetido y continuado este aviso del cielo, que el mismo dolor la obligaba a prorrumpir luego en estas voces: «Alguno de mis confesores o bienhechores padece algún trabajo grande o se muere, porque este mi tormento argumento es de su aflicción». No entendió por entonces quién era el afligido, pero pidiendo al Señor otro día por este necesitado, vio dos personajes enlutados aun en el color de los rostros, que con dos candelas encendidas iban camino del pueblo de Tepeaca y que allí se detuvieron no lejos del celebrado rollo[528], como previniéndose para el recibimiento de una grave persona que se esperaba, no entendió tampoco por entonces la significación de este símbolo, si bien presumiendo alguna desgracia y advirtiendo que los recibidores eran pobres y desdichados, dijo a su confesor: «¿Quién se muere en Tepeaca? ¿Por qué estos personajes del luto parecen sepultureros?». Otro día se halló en el mar hollando las inconstantes olas del salobre elemento tan sin afán y trabajo, que así caminaba sobre las aguas contenta y gustosa como si fuera por senda y camino de la tierra más llana y firme, llena de grandes y buenas esperanzas de llegar a un muy deseado puerto, pero cuando más confiada de su próspera fortuna y apetecida prosperidad surcaba las olas del soberbio e hinchado elemento, admirada de pisar con huellas

[528] *rollo*: picota, columna de piedra que se ponía a la entrada de las poblaciones, donde se ejecutaban las justicias públicas y se reunía a charlar las gentes del pueblo. El rollo de Tepeaca es en realidad una torre (la actual Torre del Reloj), con ventanas moriscas.

tan firmes las procelosas[529] espaldas del altivo mar por lo ágil y constante de su espíritu le salieron al encuentro dos encrespadas y encontradas olas en forma de palmas o guadañas que, formando una cruz, le aguaron el gusto con que navegaba y la volvieron al puerto de donde había salido asustada y temerosa. Y a la verdad, quien sin temor y cansancio navega, quien de las borrascas con razón siempre temidas, hace sendas del todo seguras, o es Cristo o está asegurado de la protección de su infinito poder. Aun en la cabeza de la Iglesia parece que castigó Dios esta confianza, cuando viendo que hacía del fluctuante elemento la poderosa planta del divino maestro tierra firme, quiso también san Pedro caminar sobre lo mal seguro de las aguas, y se arrojó a ellas para gozar la misma exención y privilegio y porque no presumiese competir con la grandeza y soberanía de su Señor permitió la suprema Majestad se viese a pique de anegarse y que saliese a salvo a fuerza de voces con que llamó y gritó a la misericordia infinita[530].

No entendió ni penetró Catarina la ya insinuada visión y así preguntó a uno de los cortesanos del cielo que la asistían su significación, el cual le respondió: «Eso lo entenderá muy bien el licenciado don José Bocanegra». Había este hecho el arco triunfal con que recibió esta muy noble y ostentativa ciudad de los Ángeles el año antes al excelentísimo señor duque de Veraguas, y en el principal lienzo de la pintura formó sobre el mar un vistoso carro de plata tirado de cuatro caballos en que venía navegando gustoso su excelencia, prometiéndose a sí y a todos estos reinos una deseada y muy cumplida felicidad que atajó la inopinada muerte en medio de los públicos regocijos y reales recibimientos, pero aun con esta respuesta quedó confusa y dudosa la sierva de Dios y así volvió a decir a los celestiales espíritus que se lo explicasen mejor, pues sabían que era una tonta e incapaz. Entonces le dijeron:

> El contento que tu llevabas sobre las aguas del mar y el que traía el duque cuando venía surcando las olas es muy parecido al que lleva el personaje para quien se previene el hospedaje en Tepeaca y le ha de suceder lo mismo que a ti y al duque.

Explicada así la visión, vino nueva a esta ciudad de la Puebla que salía de México donde acababa de ser virrey el excelentísimo señor marqués

[529] *procelosas*: tormentosas.
[530] Ver *Mateo*, 14, 30.

de Mancera y que la excelentísima señora marquesa, su mujer, venía tan enferma como deseosa de embarcarse para España, y con esta noticia entendió nuestra ilustrada Catarina que la señora marquesa era el objeto o sujeto de todas estas visiones y que se habían de aguar las esperanzas con que caminaba, cogiéndole la muerte en el pueblo de Tepeaca.

En estas visiones y su declaración se confirmaron más desde el día en que llegaron a esta imperial y muy noble ciudad de la Puebla de los Ángeles sus excelencias, porque luego le mostraron muchos lutos que se estaban cortando en las casas de algunos de los sastres de esta ciudad que ella conocía y juntamente se puso en su presencia un ojo muy grande, aunque marchito y enramado, con tres como cadenillas, el cual sin faltar un solo instante de su vista se fue poco a poco obscureciendo hasta que le vio totalmente apagado y muerto en la misma hora que murió la señora marquesa en Tepeaca, de donde se recurrió a esta ciudad por los lutos que no pudiera hacerse en la pobreza y miseria de un pueblo de indios. Tuvo el mundo por desdichada esta muerte, pero entre los sabios del cielo esperó le celebraría por felicidad debida a la grande misericordia de Dios y a los ruegos de esta su sierva que ayudó a su excelencia con tiernos clamores y eficaces oraciones. Hacen estima de esta vida los que no ponen los ojos en la eterna mas ¿quién si es cuerdo no tendrá por mejor estado aquel beatísimo que este calamitoso, aunque en esta cuenta se pongan los ricos más acomodados?, porque si les cuentan las pensiones[531] de su felicidad ninguno se hallará que esté gustoso con su estado. La muerte no es mal moral ni le trae consigo, que solo es cesación de la vida. Luego si en todos los estados es al hombre la vida penosa, había de ser la cesación de las penas agradable. Así lo sentían naciones enteras, de las cuales refiere Filón[532], que amaban y buscaban a la muerte con tanta ansia como si por ella esperaran inmortalidad, y otras se leen en las historias que mataban a sus ancianos por remedio para excusarles de las desdichas de la vejez, porque tenían por mejor no ser que vivir en calamidad. Estos eran sentimientos de la bárbara gentilidad, pues solo puede matar el que es dueño y señor de la vida y de la muerte. Pero aun entre los católicos se debe calificar de honesta la sentencia de Hilario

[531] *pensión*: «Trabajo, molestia o cuidado que lleva consigo la posesión o goce de algo» (DRAE).

[532] *Filón de Alejandría*. Filósofo.

Arelatense[533], que no es la muerte pena si no acarrea penas, de donde infiere que la muerte de los justos no es pena porque no da penas, es gloria porque ocasiona glorias. Replicará el tímido que teme la muerte porque no sabe su último paradero. Este era uno de los sentimientos de Séneca cuando dijo: «Conozco este mundo y no el camino del otro. Hay infierno, y temo caer en él». Pero respondo que si sabrás mejor mañana lo que dificultas hoy. Si siempre lo has de ignorar y es forzoso el morir, ¿de qué aprovecha el horror? Obra bien y sabrás en pocos días lo que sin ese cuidado ignorarás en vida larga. Obedece a Dios y no temas las tinieblas cuyo miedo se ha de vencer con ánimo valeroso, no con dilación. Si el temor sirve de diligenciar el evitar el riesgo es loable; si temes para atormentarte y no obras tu salud eres necio y empiezas a castigarte por tus culpas, pues lo que ha de vengar el fuego comienza a castigar tu temor. Temamos, dice san Fulgencio[534], nuestras obras, que no tenemos otra cosa que temer en la muerte. De su hermano Sátiro[535] dijo san Ambrosio que murió a los peligros no a la vida, porque con una muerte se libró de los riesgos de pecar y de los miedos de otras muchas. Ni tuvo por desgraciadas san Agustín, todas las muertes repentinas, pues dijo que no era mala muerte la del justo aunque fuese sin confesión, porque es mejor no tener pecados que hacer penitencia de ellos. Murió la excelentísima señora una agradable muerte porque murió contrita y con todos los sacramentos, trocado gustosa esta miserable vida por la eterna felicidad como debemos con piedad esperarlo, fundados en las esperanzas de una apetecible muerte. Deseó el confesor de Catarina saber qué bien había recibido la sierva de Dios de la señora marquesa para que sintiese su agradecida caridad los ardores y tormentos que solían ser ciertos y felices anuncios de los trabajos de sus bienhechores, y averiguó que había gozado de algunas limosnas de las que con liberalidad repartía su excelencia por mano ajena, siendo actualmente virreina y se las comenzó a premiar Dios en esta vida, dando noticia a esta escogidísima alma para que con sus ruegos, oraciones y un continuo padecer alcanzase una buena y dichosa muerte para su bienhechora que escondía la mano para hacer bien, como otros la esconden para hacer mal. Sírvanos

[533] *Hilario Arelatense*: monje el siglo V; fue arzobispo de Arlés. Es venerado como santo por la Iglesia Católica.

[534] *San Fulgencio*: obispo de Ruspe, en África, siglos V-VI. Escribió un *Tratado del perdón de los pecados.*

[535] San Sátiro era el hermano mayor de San Ambrosio.

finalmente esta excelentísima señora marquesa de ejemplar para que ejecutemos aquel tan antiguo como cristiano refrán: «Haz bien y no cates a quién».

## IV

### *De otros caballeros particulares que experimentaron el valor de la intercesión de esta sierva de Dios*

Concurrí en la ciudad de Mérida y provincia de Yucatán con el señor don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, gobernador y capitán general actual de aquellas provincias, en ocasión que cayó gravemente enfermo y, dilatándose la enfermedad, fue siempre crecido el riesgo de su vida hasta llegar a perderse las esperanzas de que aprovechasen humanos remedios, principalmente en tierra donde no había médicos ni medicinas. Causó gran sentimiento en toda la jurisdicción este accidente porque todos le reconocían por defensor y padre de la patria por la suavidad y vigilancia de su gobierno, así como los de Cumaná[536], donde gobernó antes, mostrándose gran guerrero y capitán entre los católicos. Discurrió como sol por toda la esfera de sus jurisdicciones, ilustrando, influyendo y vivificando en todas partes. En tres años sujetó en Cumaná el gentilismo, congregándole en pueblos políticos y cristianos y para la conservación de su cristiandad fundó y unió ciudades de españoles en calidad y gobierno político y militar entre los mismos gentiles nuevamente convertidos. Asistió en persona a sus reducciones[537] y las empresas que le ofreció para ostentación de su valor la tierra desarmada, indefensa y combatida de repetidos y bárbaros acometimientos heréticos y gentílicos, reprimiendo y reduciendo a estos con amor y temor y castigando a aquellos que tenían por oficio, para sustentarse y aun enriquecerse, repetir y continuar entradas en las unas y otras jurisdicciones, robando y matando como si fueran absolutos dueños de las vidas y tierras católicas y de sus costas, de las cuales se retiraron aterrados del nombre y valerosa vigilancia de nuestro gobernador, de manera que en todo el tiempo de su gobierno no se atrevió la Francia, Inglaterra y Holanda, de cuyas

[536] *Cumaná*: «es una importante ciudad del oriente venezolano, capital y sede de los poderes públicos del estado Sucre, Venezuela. Está ubicada en la entrada del golfo de Cariaco, junto a la desembocadura del río Manzanares» (DRAE).

[537] *reducción*: pueblo indígena convertido al cristianismo.

heces se componen las traidoras huestes que infestan nuestros mares, a pisar la tierra que estaba a la protección y defensa de este ejemplar de grandes y buenos gobernadores. Con deseo, pues, de que se dilatase más esta vida para los empleos del bien común y gloria de las dos majestades, recurrí por cartas a la intercesión y oraciones de la sierva de Dios, rogando al confesor que la asistía entonces la encargase de mi parte la vida y salud del insinuado caballero, y habiendo tenido noticias con las respuestas de mis cartas que había puesto en ejecución mi ruego y que Catarina había caído enferma gravísimamente hasta llegar a punto de muerte, con la nueva de mi petición me persuadí quería el Señor conceder salud y larga vida a nuestro doliente y, con esta piadosa confianza fundada en multiplicadas experiencias, rogué al gobernador que, pues nos enseñaba el tiempo que los médicos y medicinas ayudaban más al achaque que a la salud, dejase y apartarle de sí todas las recetas de los curanderos de aquella desproveída provincia y se pusiese en manos de Dios, que era el único y verdadero médico de la sanidad. Lo hizo así y con su determinación se reconoció la mejoría, y sobreviniéndole una insaciable sed se entregó al agua de los pozos de la ciudad de Mérida, que juzgo ser la peor del mundo, y con ella recobró, al juicio de los hombres, enteramente la salud, ignorando de dónde y por qué mano le vino la sanidad milagrosa, que espero será para mucha honra y gloria del Altísimo y bien de sus criaturas. Le acontecía a Catarina lo que dice el profeta Isaías[538] de Cristo que sus dolores y enfermedades fueron nuestra salud. Así, esta sierva del Señor tomaba en sí las penas de los prójimos y padecía sus enfermedades, porque lo mismo era curar enfermedades que padecerlas, o era lo mismo padecerlas en sí que curarlas en los otros, pues era una misma cosa querer curar que querer adolecer y así, cuando la decían que rogase a Dios por un enfermo en el alma o en el cuerpo, solía responder a sus confesores: «Oh, ¡si supierais la pesada cruz que ponéis sobre mis hombros!». Porque previendo con ciencia superior la enfermedad ajena y todos sus términos, preveía la dolencia y enfermedad propia, y con el sufrimiento de sus más rigorosos tormentos hacía merecimiento para la salud ajena, ofreciendo su padecer por la salud de los otros y su vida por evitar la muerte de sus recomendados. Adolecía porque sanasen y moría muchas veces porque viviesen, y cuanto más penaba por ellos, tanto más valía para el bien de las criaturas y gloria de Dios por quienes ofrecía su vida.

538 *Isaías*, 53, 5.

El señor don Juan Miguel de Agurto, oidor[539] más antiguo de esta Real Audiencia de México, después presidente de la de Guadalajara y de la de Guatemala, donde fue por merced de su Majestad gobernador y capitán general, pasó por esta ciudad de la Puebla y teniendo noticia, no sé por qué arcaduces[540], de la virtud y santidad de Catarina, se entró a deshora[541] después de la oración por no causar nota y ruido exterior, que un gran caudal de capacidad todo lo previene, en el pobre albergue de la sierva de Dios y ocultándole la grandeza de su persona y dignidad por no asustar a la que vivía escondida y anegada en una profunda humildad, le pidió le encomendase a Dios como a uno de los más necesitados de este mundo. Le respondió con tales, aunque pocas palabras, que se persuadió el noble caballero había penetrado Catarina todos los secretos de su corazón y lo que le había de suceder en el gobierno de las provincias de Honduras, tan dilatadas que en la Europa se apellidaran reinos. Quedó tan asegurado de que era el espíritu de Dios el que le había hablado por boca de su sierva, que estableció correspondencia de cartas con el confesor de esta esclarecida virgen, solo para asegurarse agente de las oraciones de su penitenta. Pasó el gobierno de Guatemala con tal acierto y felicidad que aun los que conocían antes lo noble, suave y pacífico de su natural, notaban se había mudado de bueno en mejor. Al volver de estos reales empleos vino a visitar a Catarina y le manifestó un ardiente deseo que tenía de pasar a España y morir en su patria, y ella le respondió: «A España irá vuestra señoría a morir, no lo dude». Sucedió así porque dentro de poco tiempo le vino promoción para uno de los Reales Consejos de Madrid, donde murió tan recién llegado que no parece fue a otra cosa que morir a España.

[539] *oidor*: «ministro togado para dictar sentencia sobre asuntos de un reino» (DRAE).

[540] *arcaduces*: «cada uno de los caños de que se compone una cañería» (DRAE); aquí figuramente 'canales de información'.

[541] *a deshora*: repentinamente, sin avisar.

# CAPÍTULO XIX
# DE OTROS CASOS PARTICULARES QUE MANIFIESTAN LO ADMIRABLE DEL VALOR DE SU INTERCESIÓN Y CON ESPECIALIDAD DE SU ESPIRITUAL ASISTENCIA A LA FLOTA QUE LLEGÓ A LA NUEVA ESPAÑA EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS OCHENTA Y SIETE

## I

*De lo que debieron algunos de los ladrones y otros delincuentes a las oraciones de la venerable Catarina de San Juan*

Veía esta ilustrada y favorecida virgen con mucha especialidad las desgracias que sucedían y habían de suceder en la ciudad donde vivía, si bien se extendía y alcanzaba su superior vista al horizonte de todo el mundo, haciéndose presente a las ciudades o despoblados donde se ejecutaban los desafueros y violentos hurtos, o representándosele las tragedias del universo en su presencia y dentro de esta esfera natural de su vista, mirando las acciones, oyendo las voces y aun tocando con las manos los instrumentos de las desgracias de los agresores y personas desgraciadas. Otras veces lo veía por una como claraboya, ventana o resquicio que la servía de anteojo de larga vista y le hacía presentes los objetos más remotos. Muchas de sus visiones, como consta de la historia, eran apocalípticas y enigmáticas que entendía ordinariamente al tiempo que la bañaba la soberana luz con los caudales de sus resplandores, aunque tal vez se la obscurecía su inteligencia y explicación al comunicarlas con sus confesores. Otras de estas visiones, no penetraba la sierva de Dios y las comprendían sus padres de espíritu y solían ser las doctrinales para sus mismos confesores de que se ayudaban para gobernarse y regirse a sí y a su penitenta. Algunas veces parecían o eran estas celestiales luces ininteligibles y no se la daba ni comunicaba a ella ni a sus padres espirituales el conocimiento, hasta que con el hecho y sus efectos se verificaban y hacían evidentes las soberanas visiones con que la ilustraba el cielo. Pero tenía ya algunas reglas generales tan apoyadas de la experiencia, que como de principios ciertos infería varios sucesos futuros en el mundo,

cuya verdad confirmaban las desgracias e infelices acaecimientos. Viendo sangre derramada infería luego que habían de fraguarse pendencias, saliendo de ellas heridos y muertos algunos, según era la abundancia de sangre vertida y se verificaba luego en las muertes violentas con espadas o bocas de fuego. Cuando oía llover recio en tormentosos aguaceros sin que cayese una sola gota de agua en la tierra, aseguraba desgracias y a los abrasados impulsos de rayos y ya sustos y miedos causados de las horribles tempestades y horrorosos truenos. Cuando veía llover materias venenosas y asquerosas, o correr ríos de podre, prometía epidemias generales y así decía: «Presto veremos en la ciudad, en la provincia o en el reino enfermedad universal que durará poco o mucho tiempo», según el torrente de los ríos turbios que pasaban a su vista y según la continuación de los aguaceros violentos.

Anna de Morales, vecina de esta muy noble ciudad, fue bienhechora de esta sierva de Dios y se lo pagó su Majestad concediéndole todo lo que Catarina pedía para ella y sus familias. Ya anciana y de muchos años, tuvo esta piadosa mujer una gravísima enfermedad, y desahuciada de los médicos ocurrió a las oraciones de su querida Catarina, y clamando esta a la omnipotencia la alcanzó quince años de vida. Pasados estos se vio segunda vez en las garras de la muerte y volviendo a valerse de su intercesora mereció que la permitiese la infinita bondad otros quince años de más dilatada vida, los cuales cumplidos, murió en paz tan cargada de años como de achaques. Esta misma fue la que se valió de la sierva de Dios para librar de la horca a un ahijado suyo, ladrón de ganzúas, a quien había cogido la justicia con el hurto en las manos y le tenía sentenciado a muerte. Pero resplandeció más en el mundo en esta ocasión la divina misericordia, movida de los clamores y lágrimas de la piadosa Catarina, que la infinita justicia de Dios que concurre y se agrada de las rectas y ajustadas sentencias de sus ministros, pues no son menos gloriosos triunfos en sus divinos ojos los castigos de los facinerosos y malhechores que los premios que se franquean a los debidos méritos de sus justos, porque tantas veces como muestra el supremo legislador que hay gloria y galardón para el bueno, quiere también que se entienda que hay pena y castigo para el malo y que no menos se glorifica y ensalza su santísimo nombre con las ignominias y afrentas que por sus pecados merecen los delincuentes, que se engrandece con las coronas y lauros de sus escogidos. No valió en este caso a los jueces humanos su rectitud y justicia, porque se puso de parte del reo la divina misericordia, obligada de las lágrimas y peticiones de esta poderosa virgen, que con encarecidas

instancias rogaba saliese el delincuente libre y sin costas de la prisión. Permitió, finalmente, el Señor, que remitida la causa por vía de apelación al superior gobierno, reconoció este alguna nulidad en los autos y dando la sentencia por nula, multó al juez ordinario y condenó al reo a servir en la armada con sueldo, plaza que piden y pretenden otros con méritos. Los unos y los otros jueces procedieron con rectitud a los ojos de Dios, pero su Majestad permitió un yerro material para que supiésemos lo mucho que valía y podía la intercesión de su querida esposa.

Se cometió en esta ciudad un gravísimo delito contra la real majestad y contra el bien común, y reconocido por sus efectos empezaron los celosos ministros de nuestro rey y señor a hacer las debidas diligencias, prendieron los legales jueces varias personas sospechosas, entre ellas al malhechor —no digo el año ni otras circunstancias porque no hace mucho que sucedió este caso—. Un pariente del agresor, temeroso de que resultase en él o en sus parentelas algún daño o infamia, se fue desalado al común asilo y poderoso patrocinio de la oración de nuestra Catarina, rogándole encarecidamente rogase al Señor no saliera a lo público aquel delito ni los que le habían cometido, sino que se quedase así, y para que se acordase la sierva del Señor la dejó en la mano una estampa de la Encarnación del Eterno Verbo. Le respondió esta compasiva y piadosa virgen como quien preveía lo que había de suceder, que se lo rogaría a la misericordiosa omnipotencia, que se consolase y no dudase que se quedaría así. Oró Catarina y pidió con tan enternecidos clamores y fervorosa oración que parece infundió Dios en los entendimientos de los jueces y de sus inferiores ministros un inculpable olvido, una inopinada suspensión del horrible crimen de lesa majestad y en una total desatención a los indicios que les movieron a la prisión, porque consiguió la sierva de Dios se quedase tan así que no se volvió a hablar en la materia y lo que más es que ni aun entre el vulgo y gente popular, tan ociosa como novelera, dejó lugar el olvido para el acuerdo. A los presos se les fue dando libertad en las visitas de las cárceles, tratándoles los jueces con la piedad que pide la inocencia, porque todos deben ser tenidos por buenos mientras no se comprueba su malicia. Bien reconozco que los enemigos de las justicias y émulos de la rectitud de los jueces discurrirían en los conciliábulos nocturnos y en los corrillos de su injuria y torcida intención, lo que dijo el otro político, que el que hurta con con-

sideración[542], esto es, tanto que habiendo para satisfacer al que envidia, para acallar al que acusa, para inclinar al que juzga, sobre mucho para el mismo delincuente, de pocas leyes es convencido y solo de aquel tiene noticia la horca que hurtó tan poco que antes de la sentencia faltó qué le pudiesen hurtar, pero este es sentir de un gentil, indigno de imitación en el cristianismo, porque aunque no ignoro que el Angélico Doctor llamó al oro fiador de toda necesidad[543], el que todo lo consigue, el que sale a todo, el más abonado fiador que hay en el mundo, pues el que tiene dinero lo tiene todo; si uno tiene necesidad de nobleza él suple esta falta y aunque sea descendiente de Judea le hace descendiente de las Montañas de León y Burgos, si tiene necesidad de discreción y ciencia le dan el oro y la plata tanta sabiduría que puede apostárselas con los siete sabios de Grecia[544], si falta hermosura y belleza, el oro afeita y hermosea el rostro más feo: no hay finalmente necesidad, no hay aprieto de que no saque, no hay peligro de que no libre, no hay deseo que no absuelva, y por esta razón dijo otro con gracia y festivo donaire que «Don dinero es gran caballero»[545], pero no es menos poderosa la oración de los justos, pues es el oro y la plata espiritual de la Casa de Dios con que se alcanza y consigue todo cuanto se pretende la oración es la que hace a Dios que envaine el estoque de su rigor, la que le quita el azote de la mano y detiene el ímpetu de su cólera, la que le mueve a misericordia y alumbra a sus ministros para que obren lo que se juzga conveniente en el altísimo y rectísimo tribunal de su eterna sabiduría. ¡Oh! ¡Si acabáramos de entender cuánto es el poder de los justos y amigos de Dios, y cuán poderosa es la valentía de sus oraciones! Bastantes testimonios nos ofrece la suma sapiencia en sus Sagradas Escrituras de donde podemos inferir que las súplicas y ruegos de sus escogidos le tienen como

[542] Este pasaje es copia a la letra de otro de la *Vida de Marco Bruto*, de Quevedo, libro I. No queda claro por qué se refiere a este autor político como gentil no cristiano.

[543] Santo Tomás de Aquino, en el *Tratado del gobierno de los príncipes*, 1, pero parafrasea a Aristóteles, 5 de *Éticas*.

[544] *siete sabios de Grecia*: fue el título dado por la tradición griega a siete sabios griegos renombrados por su sabiduría práctica que consistía en una serie de aforismos memorables. Merecieron dicho nombre debido a que sus enseñanzas o frases son una guía de la vida de los hombres. Este conjunto incluye tanto a filósofos como a estadistas o legisladores. Hay varias listas; la más usual es la de Bías de Priene, Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto, Pítaco de Mitilene, Quilón de Esparta, Solón de Atenas y Tales de Mileto.

[545] Alude a Quevedo y su letrilla «Poderoso caballero / es don Dinero».

atado de pies y manos, de manera que parece que no puede o que no quiere castigar menos que con su permisión y licencia. Por este motivo notaron los sagrados intérpretes, que no permitió Dios, mientras vivió Samuel, la sangrienta guerra en que quedaron castigados y muertos miserable y afrentosamente el rey Saúl y sus hijos. Con la oración, dice el real profeta, que hallaron los israelitas cuanto deseaban, comprando libertad, salud, alivio y descanso en los trabajos que padecieron en el desierto o presos en los oscuros calabozos o tenebrosas cavernas donde enfermaron con las calamidades y trabajos que padecían. Aun en la ley de gracia parece quiso el supremo legislador que advirtiésemos lo que tenemos en los justos sus amigos y validos, lo que pueden y valen sus ruegos y determinaciones, pues allá en la empírea corte espera el mandamiento de prisión o soltura de san Pedro y sus sucesores, no soltando si no es a quien diere el apóstol y primer ministro de su Iglesia por libre, ni aprisionando sino a quien juzgare por digno de cárcel. Veneremos con cristiandad y cordura las sentencias de nuestros superiores y jueces, a quienes asiste con especial providencia para el acertado gobierno de sus fieles.

Estando un día disponiéndose para recibir a Cristo sacramentado nuestra esclarecida virgen, se le representó cerca del sagrario de nuestra iglesia su divino amante en forma de quien esperaba se repitiesen los tormentos de su sagrada Pasión. Vio al mismo tiempo no lejos del Señor en forma de sayón a uno de los vecinos que componían lo noble y lustroso de esta imperial república de la Puebla de los Ángeles. Le pareció que este hombre poderoso —aunque es el caso tan público y autorizado con autos no quiero decir el nombre de quien encerraba en su inhumano pecho tan espantosa alevosía—, embestía coléricamente arrebatado a su redentor y que después de haberle dado una gran bofetada, lo asió sacrílegamente encarnizado de la garganta y pretendía con furor y rabia quitar a su Majestad la vida. Se compadeció la sierva de Dios con la representación de su fino amante y único esposo herido, afrentado y maltratado y con igual lástima y dolor, miró la ceguedad de la criatura que arrebatada del torrente rápido de su altiva cólera e irritada soberbia, se atrevía a poner las manos en quien era Señor y dueño de la vida y de la muerte. Pidió Catarina con ardientes lágrimas y enternecidos suspiros a la inmensa bondad alumbrase y perdonase a este pecador tan ciego como atrevido, y respondió Dios a los ruegos de esta su querida esposa, manifestándole por segunda vez al agresor en su propia carroza entre humaredas de un espeso humo y entre llamas de un tenebroso

fuego. No entendió por entonces la sierva de Dios el significado de estas visiones, si bien quedó muy recelosa de alguna extraordinaria y fatal desgracia en la persona que se la representaba delincuente y aun homicida. Pasaron algunos días y sucedió que se encontró este republicano con otro vecino de buenos respectos aunque de menos dineros y caudal y jugando ambos a dos los filos de las lenguas, quedaron igualmente heridos y se imaginaron con igualdad agraviados; se introdujo la cristiana piedad a componerlos y se reconciliaron por interlocutores con apariencias de verdadera amistad, otorgándose de la una y otra parte los rendidos y debidos perdones. Vino en estas amistades tan de veras y con tan sano corazón el más pobre de los dos combatientes. Se creyó y fio tanto de su antiguo enemigo que en un día de aquellos en que recibió contrito y confesado el santísimo sacramento, le envió a pedir licencia para entrar en su casa y darle humilde y postrado en tierra satisfacción de las palabras que le había dictado la enfurecida cólera y desenfrenada ira a pesar de la propia voluntad que era de servirle y amarle con las finezas de una estrecha y desinteresada benevolencia. Encubrió el rico y poderoso el veneno de su solapada malicia, ofreciéndole la casa, hacienda y todo su poder para asistirle, obligado de sus tan nobles como católicas atenciones. Con esta respuesta, se aseguró el incauto mancebo de las palabras y promesas con que se lisonjeaba su antiguo enemigo y se le entró por las puertas, protestando la sinceridad de su ánimo, la bondad de su corazón y el arrepentimiento de su involuntario y colérico desacierto. Le recibió con halagüeño semblante y político rendimiento y, para encubrir mejoría engañosa y refinada maldad, le suplicó subiera a visitar a su mujer para que reconociese que todas las personas de su familia estaban satisfechas y le eran afectas con una verdadera cristiana e indefectible unión de amor y caridad. Subió el inocente confiado y aun agradecido a este inopinado favor y se sentó en presencia de la mujer y de su reconciliado amigo en una silla que le tenían prevenida, pegada a una antepuerta de otra sala y recámara interior donde estaba escondido y armado un esclavo del dueño de la casa con una barreta de hierro y con ella dio un desaforado golpe en el cerebro al que había venido a establecer una buena y eterna amistad con todos los de aquella traidora y alevosa familia. Cayó en tierra y fuera de sí el incauto y demasiadamente confiado joven y así pudieron, muy a su salvo y sin riesgo, quitarle la vida como lo ejecutaron traidores y fementidos[546]. Ocultaron el cuerpo

[546] *fementido*: «Dicho de una persona: Falta de fe y palabra» (DRAE).

o dándole sepultura dentro de la casa o en el campo. Dieron libertad al esclavo y para que quedase más seguro el secreto, le remitieron premiado y enriquecido a otro reino.

Con estas diligencias creyó el infeliz homicida quedaría para siempre oculto su alevoso y abominable homicidio. Y a la verdad en las circunstancias de una pública y establecida amistad entre personas nobles, cristianas ni el celo de los jueces pudo presumir tan cruel y escandaloso hecho ni los maldicientes murmuradores se atreverían a manchar el honor de tan acreditados agresores. Pero Dios, a quien nada se le esconde y penetra los arcanos de los humanos corazones, se valía de los mismos hombres para pedir cuenta al homicida y fiscalizarle el delito como lo hizo por sí mismo con el otro fiero y traidor Caín, que quitó la inocente vida a su hermano Abel. Le preguntaban muchos por su reconocido amigo que se había desaparecido, y respondía: «Por ventura, ¿soy yo guarda de mis amigos? ¿Qué sé yo dónde está?». Reconociéndole el supremo legislador negativo, dispuso con su altísima Providencia que viniese a noticia de todos el agresor de tanto delito. Porque sin otro indicio que ver un alcalde mayor al esclavo libertado caminar tan bien proveído y acomodado, le prendió y aprisionó hasta saber quién y por qué causa le había con la libertad enriquecido y avivado con tanta magnificencia para pasar a otro reino. Con esta sola diligencia se turbó, asustó y confesó su maldad y la de su amo, que luego que tuvo noticia de la prisión de su criado, se ausentó de esta ciudad fugitivo, perdiendo de un golpe casa, hacienda y el buen crédito de su cristiandad. Luego que supo Catarina la voz común que corría de tan escandaloso hecho, pidió y clamó por la salvación de los malhechores y se puede piadosamente creer, lo consiguió. Porque el negro esclavo murió dispuesto y arrepentido en una horca y a su amo se le mostró el Señor muchos años después, moribundo, en otro lugar muy distante de esta ciudad, donde vivía disfrazado y desconocido una vida miserable, y ya muerto se dejó ver en carrera de salvación para que le ayudase con sus oraciones a entrar en la celestial corte y vivir una vida dichosa e inmortal.

Veneremos en este extraordinario y raro caso los juicios altísimos e inescrutables de la suma sabiduría de Dios, su incomprensible bondad e infinita misericordia y lo que valían para con su Majestad las oraciones de esta su sierva, pues se valió de sus ruegos para salvar justos y pecadores, y saquemos para nuestra enseñanza el dictamen de aquel antiguo refrán: «Que quien tiene enemigos no duerma». Sírvanos de ejemplar la prudencia del santo rey David cuando, habiendo obligado a su ene-

migo Saúl con manifestarle que quien tan a su salvo le cortó en una lóbrega gruta un girón de la real vestidura[547] le podía haber cortado el hilo de la vida, y correspondiendo Saúl, protestó con lágrimas y sollozos de que había hecho una de las más hazañosas proezas y la acción más magníficamente generosa que de hombre en historias y anales se había leído, con todo eso añade el sagrado oráculo, que el real profeta con la gente que le seguía se retiraron y fueron a buscar lugares más secretos y seguros, no fiándose de la reconciliación que había hecho con él su enemigo, porque nunca pudo persuadirse que Saúl había de continuar aquel propósito que hizo con lágrimas y suspiros de no hacerle mal por el conocimiento que tenía de que la malicia y rencor de su enemigo había llegado a lo sumo. Y obró en esto, cautísima y prudentísimamente David, dice el Abulense[548], pues aunque estamos obligados a otorgar el perdón al enemigo, a hacerle bien y a amarle de todo corazón, no somos forzados a creerle, ni fiarnos de sus palabras y promesas. Porque como dijo el otro poeta griego, no hayas miedo que por dejar de creer a tu enemigo y fiarte de él te venga algún daño. Y a este propósito parece que viene como literal aquel célebre lugar del *Eclesiástico*[549]:

> A tu enemigo eternamente no le creas, en ningún tiempo te fíes de él, pues aunque tenemos obligación de amarle, de ninguna manera estamos obligados a creerle ni fiarnos de él.

Y es en tal grado verdad esto de no creer a nuestros enemigos que vino a poner aquel insigne jurisconsulto Próspero Farinacio[550] esta notable conclusión en aquel famoso tratado que hizo de las calidades de los testigos, al enemigo nunca se le ha de creer, aunque sea en el artículo de la muerte, donde parece que el natural más feroz y el ánimo más protervo suele amansarse rendido y apaciguarse postrado, y añade, que aunque haya recibido el santísimo cuerpo de nuestro redentor Jesucristo, siendo preguntado de alguno de quién se sospeche que es o ha sido en algún tiempo enemigo, no se le ha de creer lo que dijere y atestiguare. Fiemos de Dios, que es el único y verdadero amigo y no de los

[547] El episodio se narra en *I Reyes*, 24, 4.

[548] En su *Comentario sobre el libro I de los Reyes*.

[549] *Eclesiástico*, 12, 10.

[550] *Prospero Farinacci*: fue un famoso jurista italiano del siglo XVI. Su obra principal, muy influyente fue *Praxis et theorica criminalis*.

hombres que pueden abrigar en sus inhumanos pechos dobles, mentira y crueldad alevosa.

## II

*Prosigue la materia del valor de su intercesión para otros necesitados y malhechores que se valieron de sus oraciones*

Por el mes de enero de mil seiscientos setenta y cuatro, estando descubierto el Señor en la iglesia de nuestro Colegio del Espíritu Santo, vio ante la divina presencia sacramentada una llama tan ardiente y voraz que le pareció se cebaba en mucha y amontonada paja. Causó en la sierva de Dios esta visión tal turbación e inquietud que como si ella se hallara dentro de aquel incendio se vio obligada a llamar a su confesor para que mirase lo que ella veía llena de admiración y espanto. Bajó el padre con quien entonces comunicaba su conciencia, y diciéndole que lo estaba mirando con más certidumbre que lo que venía a sus ojos y que estuviese cierto era aquella visión símbolo de un gran castigo que hacía Dios fuera de la ciudad. El día siguiente vino noticia de la ciudad de la Puebla, de que tres o cuatro salteadores habían robado honra y hacienda a un pobre hombre que iba de camino con su mujer, el cual, luego que llegó al primer pueblo sentido y como fuera de sí de los agravios que había padecido y de las extorciones que había experimentado, mandó decir una misa a san Antonio y echó aceite en su lámpara pidiendo con fervorosa oración a la Majestad de Dios declarase su inocencia castigando los delincuentes y malhechores. El efecto de esta oración y petición fue bajar fuego del cielo, o como otros escribieron, salieron del centro de la tierra unas abrasadoras llamas, que cebando su incendio en un zacatal[551] donde se habían retirado a festear o dormir los malhechores los convirtió en ceniza a todos, librando solo uno a quien perdonó el fuego la vida, porque quedase un testigo de vista en el mundo para referir el suceso, aunque con un brazo baldado que agostó[552] y secó el fuego, porque sirviese de ejemplar para el escarmiento. Por este pidió y rogó la sierva de Dios al supremo juez porque se continuasen en él las divinas misericordias y que supuesto que en esta vida había experimentado el

[551] *zacatal*: pastizal.

[552] *agostar*: «dicho del excesivo calor: Secar o abrasar las plantas» (DRAE).

fuego tan abrasador que parecía y se equivocaba[553] con el de la otra, no cayese en el eterno que quema y no gasta, abrasa y no consume. Pero la conclusión de toda esta visión verificada y atestiguada con el hecho fueron estas palabras de Catarina: «Procuremos no enojar a los justos si no queremos experimentar los rigores de la divina justicia». Como si nos dijera que temamos y nos abstengamos de maltratar a sus escogidos, porque es honra y gloria de Dios el volver por ellos y a trueque de conservarles en su crédito y reputación no reparará en desenvainar la espada de su recta justicia y el riguroso estoque de sus justas venganzas, atropellando por toda la naturaleza solo por sacar libre al inocente y al justo. Sírvanos de ejemplar para el crédito de esta verdad la vituperiosa afrenta que hicieron al profeta Eliseo[554] aquellos descomedidos rapaces, cuando le llamaron calvo, diciéndole a gritos: «Sube calvo, sube calvo» pues, maldiciéndolos en nombre del Señor, con un justo enojo y cólera santa, salieron a tomar venganza del afrentoso agravio dos tan membrudos como crueles osos que cebando su irritado furor y saña en los cuarenta y dos muchachos tan sobremanera atrevidos fueron sangriento triunfo de su cólera y lastimera victoria de sus garras. Así sabe el Señor defender a sus siervos y castigar a la alevosía de quien los persigue y afrenta.

A tres de enero de mil seiscientos ochenta y uno, se entró después de la oración en casa de Catarina, un hombre con traje y ademanes de soldado que apeándose de un brioso caballo en que venía, se entró en el pobre retrete de la sierva de Dios con pasos de valiente y amagos de restado[555], o por explicarme mejor, con movimientos de un mancebo fanfarrón y despechado. Empezó la visita diciendo en lugar de las comunes salutaciones: «Madre Catarina, quedémonos solos, porque tengo un negocio de mucha importancia que comunicarla». Se turbó la recatada virgen viendo tan a deshonra un hombre en su presencia y rehúsando la conversación dijo a las muchachas que estaban con ella que no se saliesen y al joven intruso con tan humildes como recatadas palabras le aseguró que era una bozal e incapaz para que se la comunicasen negocios de monta, y que si era caso de conciencia recurriese a los confesores y ministros del Señor, pues eran los intérpretes de su ley. Y el mancebo le respondió con desembarazo que ya había corrido esos caminos y llamado a esas puertas, sin hallar consuelo ni otro remedio

553 *se equivocaba*: era igual, pasaba uno por el otro (el fuego sufrido y el del infierno).
554 *II Reyes*, 2, 23-24.
555 *restado*: «Arrestado, audaz, arrojado» (DRAE).

que venir a buscar por medio de sus oraciones el alivio que deseaba y mandando apartarse a la gente que allí estaba, consiguió una silla de palo que halló a mano y se sentó cerca de la sierva de Dios y dándola medio real, le dijo que pusiese una candela a uno de los santos de su devoción porque tenía mucha necesidad de su asistencia. Replicó Catarina que si era pobre guardase su medio, que ella no tenía necesidad de ese socorro para poner candelas a sus santos. Añadió el afligido y apurado caballero que no era pobre, que hacienda y haciendas le había dado el Señor, pero que le traía tan acosado el enemigo y se había apoderado tanto de su corazón, que le ponía ya a la vista sogas y lazos para ahorcarse y que apenas tenía él fuerzas para resistir a los impulsos y batería del enemigo. Había ya vuelto en sí la honestísima virgen y se le había ya templado la turbación que con el temor y susto de la inopinada visita, oprimía y fatigaba su corazón, y así pudo con suave y templada voz decirle:

> Señor, esos lazos que le ofrece Lucifer no le pueden hacer grave daño, porque con un no quiero y un desprecio se ahuyenta el demonio y se cortan y rompen sus redes; mire vuestra merced si tiene en casa algún otro lazo más fuerte y peligroso con que esté aprisionado y en cautiverio su alma.

«Ese es, Catarina», dijo el huésped,

> ese es mi trabajo, mi mayor tormento y toda la ocasión de las melancolías y tristezas que me traen a valerme de tus oraciones, porque a muchos años que tengo conmigo ese lazo en unión de mala amistad, arraigada, fortalecida y afianzada en multiplicadas prendas y obligaciones de amor.

«Pues si eso es tan difícil como lo pinta vuestra merced» instó la sierva de Dios,

> procure sacramentar esa unión con la bendición de Dios y de su santa Iglesia y cortará de una vez, y romperá las cadenas y prisiones de Satanás que pretende con la cercanía de esa ocasión, aprisionarle eternamente en su cruel y tiránico cautiverio.

«No puede ser eso», le respondió, «porque está de por medio el qué dirán, mi crédito y mi reputación». «Sí puede ser», concluyó Catarina,

> que la gracia de Dios puede más que el mundo y que el infierno y la honra de la eternidad es la que importa, y la que ha de valer y prevalecer

> contra la fantástica vanidad de los hombres, y todos sus respectos tan terrenos como soberbios.

Se mudó con las voces de esta ilustrada virgen el afligido mancebo, se le aclararon los ojos del alma y le pareció no había dificultad en ejecutar el uno y otro remedio que le ofrecía esta prudentísima alma. Le pidió le hiciese una cruz en el pecho y que le rezase un credo, y que le hiciese otra cruz sobre la cabeza, rezándole un padrenuestro. Ella le dio gusto en todo lo que la pedía porque se fuese en paz y la dejase en su retiro. Y al despedirse le dijo: «Si no me fuere bien volveré a verla», dando por razón que en todo el tiempo de la visita había estado con consuelo su espíritu y en amable quietud su corazón. Pero Catarina le aseguró diciendo: «No volverá a vuestra merced porque ya se acabó su tribulación» y sucedió lo que ella le dijo, con la ejecución de uno de los dos medios que la sierva de Dios le había propuesto.

Comparemos el poder de la oración de esta esclarecida virgen con el poder de la ocasión que tenía aprisionado a este hombre que no había podido romper este lazo ni esta argolla más fuerte que si fuera de acero y bronce con los remordimientos de su conciencia, con las amenazas de los predicadores ni con los consejos y exhortaciones de los confesores. A todos se resistía, de todos triunfaba y se ostentaba invencible porque, como notan y nos advierten a cada paso los santos exhortándonos a que nos apartemos y huyamos de la ocasión, ninguno puede presumir se librará de sus garras ni vencerá su monstruoso poder con que al más valiente derriba, humilla al más brioso y al más presumido rinde. Sírvanos de apoyo un encarecimiento del divino apóstol san Pablo[556] cuando, refiriendo los trabajos y afanes que por la evangélica predicación padecían, dijo:

> ¡Ay de nosotros, que tenemos el rico y opulento tesoro de las gracias y virtudes del Señor encerrado en frágiles vasos de quebradizo barro pero buen ánimo que aunque somos arrojados, no parecemos!

En las cuales palabras, en sentir de Teodoreto[557], quiso decir el gran predicador de las gentes:

[556] *2 Corintios*, 4, 6-7.

[557] *Teodoreto*: teólogo siglo v, obispo de Ciro. Comentó las epístolas de san Pablo.

andar entre maldicientes y no maldecir, entre gente perdida y no precipitarnos, ser combatidos de tantas ocasiones y no rendirnos árboles parecemos —¡oh, milagro! ¡oh, prodigio!— que en medio de las abrasadoras llamas arrojan ardientes ramas y que fértiles crecen con lo que abrasados habían de consumirse.

Bien puede acontecer que luchando un hombre armado de lágrimas y oraciones a brazo partido con un ángel quede victorioso como otro Jacob y que el Señor se deje vencer y dé muestras de ser vencido, pero ponerse a lidiar con una ocasión y no ser de ella rendido y avasallado es moralmente imposible. Por eso, el otro inocente y cándido mozo José, cuando se vio combatido de la disoluta hembra, mujer de Putifar[558], con halagos, palabras y la importunidad de sus lágrimas, puso tierra en medio, huyó veloz y escapó ligero como pareciéndole que era imposible batallar y vencer contra el poderosísimo enemigo de esta ocasión si no era apartándose del peligro en que estaba. Esta enseñanza dio la sierva de Dios a este afligido hombre. Se valió de sus oraciones y del valor de su intercesión, pidiendo a Dios su remedio y al mismo necesitado que se apartase de la mala amistad que era la causa de su infeliz estado y por haber seguido el consejo de Catarina, triunfó de nuestros tres mayores enemigos y vivió en paz una dichosa y católica vida.

Semejante caso la sucedió con otro eclesiástico, doctor grave y de la primera autoridad en el reino. Andaba este humillado muchos años había con otra ocasión, cayendo y levantando para volver a caer en la alta mar de su peligro en que vivía engolfado. Era muy devoto del arcángel san Miguel, y para lograr su patrocinio le fue a visitar a su principal santuario, donde estando un día arrepentido e implorando el angélico auxilio le respondió el glorioso príncipe de las milicias celestes en su imagen con voces, que señales sensibles que ya Dios le había perdonado por su intercesión, pero que si volvía a la culpa, experimentaría sin duda los rigores de la divina justicia. Quedó como fuera de sí, atónito y pasmado con el aviso del santo arcángel, pero volviendo después en sí, se repitió la lucha de la pasión envejecida, aunque enfrenada con el temor del castigo. En este combate de los violentos impulsos que le provocaba y de los miedos que le ponía una rigorosa amenaza, buscó a nuestra Catarina y refiriéndola el caso y la batalla en que estaba, la preguntó si sería cierto el castigo en la reincidencia. Se turbó la sierva de Dios con

[558] Ver el episodio narrado en *Génesis*, 39.

la inopinada pregunta de un sabio hecha a una ignorante y mucho más previendo con soberana luz el peligro del que avisado de san Miguel vacilaba ya inconstante en el arriesgado mar de su tribulación, le respondió confusa y asustada:

> Señor, con esos casos a los confesores y hombres doctos, que yo harto haré en salvarme. Pero advierta vuestra merced cuán ciego está con las espesas humaredas de la pasión, pues viene a aprender de quien no sabe y llega a dudar del castigo con que le amenaza el cielo por medio de uno de sus arcángeles y soberanos príncipes. Y aunque esto faltase; ¿puede faltar por la luz de la fe que nos enseña, que toda culpa grave, y mucho más la de la reincidencia, provoca la ira de Dios a una rigurosa y justa venganza? Tema vuestra merced y espere, espere el castigo, si vuelve a su pecado, pues Dios no es menos justiciero que misericordioso.

Caso raro que el que se había resistido al aviso de un celestial paraninfo se rindió a la voz de esta pobre mujer, y siguiendo su consejo, dando crédito a sus palabras, y ayudado de sus oraciones, se apartó de la ocasión y se puso en andar de un hombre ejemplar, justo, perfecto y santo.

## III

*De otros casos particulares, que demuestran, que la sierva de Dios era el refugio común de los fieles en sus necesidades y de la especial eficacia de sus oraciones para con sus bienhechores*

Era tan grande el concepto de la privanza y poder que tenía el mundo para con Dios de su sierva y querida esposa, que acudían a ella de todas las cuatro partes del orbe los afligidos y necesitados, unos por cartas escritas a esta bienhechora común, que no sabía leer ni escribir, otros por sus confesores y finalmente otros poniéndose en camino para conseguir por su intercesión el remedio o el alivio de sus necesidades y trabajos. Así lo ejecutaban los enfermos, los tentados y los que querían elegir con acierto un nuevo estado, y aunque ella, hundida en lo profundo de su humildad y de su nada, remitía a todos estos pretendientes a sus confesores y otros hombres doctos, mostrándose sentida y agraviada de que acudiesen con cosas de tanta monta a una miserable pecadora bautizada en pie y tan ignorante que no sabía ni aun rezar el rosario de su

Señora la Virgen María, con todo eso les encomendaba a Dios y avisaba a su proprio confesor lo que su Majestad le daba a entender para que él gobernado de la virtud de la prudencia y soberana luz de la fe les diese o no la respuesta, como se ejecutaba muchas veces con felicidad y se remediaban innumerables necesidades de alma y cuerpo. Con esta muy apoyada experiencia acudían muchas fieles a confesarse con los padres de espíritu de esta escogidísima alma, por el interés y conveniencia de participar más de cerca la intercesión de esta singularísima criatura, tan querida y favorecida del Altísimo. Pero aunque daba frecuentemente la ya insinuada respuesta y por medio de sus confesores se mostraba protectora del bien común, muchas veces arrebatada del encendido amor y abrasada caridad con sus prójimos y de los soberanos impulsos que la comunicaba el divino Espíritu, que la asistía benigno, respondía por sí misma y alumbraba con superiores luces a los necesitados que acudían humildes a pedirla sus oraciones.

Doña Juana Mejía Moscoso, mujer de su casero, el capitán don Hipólito del Castillo y Altra, cayó enferma de muerte, y su marido con la confianza y cotidianas experiencias que tenía del valimiento de Catarina para con Dios, le rogó encarecidamente pidiese a la divina Majestad la salud de la enferma, porque le había de hacer mucha falta para la crianza de sus hijos y gobierno de su casa. Lo hizo así la sierva de Dios por algunos días y siempre la daban inteligencia de que no había de pasar adelante el vital aliento de aquella matrona cuerda, prudente y santa, pero como no revelaba a su casero cosa de las que oía y entendía, la instaba por momentos que pidiese y clamase por la vida de su consorte. A estas repetidas instancias le respondió un día precautelando el darle con determinación la triste y llorosa nueva de que se acercaba la muerte de la venerable matrona: «Ea, señor don Hipólito, buen ánimo, que uno de los dos ha de ir ahora, o vuestra merced o su esposa, compónganse allá ambos con Dios, que lo quiere así». El dicho capitán no la fue más importuno sobre este negocio, el achaque de la doliente se fue cada día agravando y la enfermedad o porque tuvo noticia del dicho de su querida Catarina o por contingencia o por especial moción e ilustración del cielo, que tales luces no desdijeran de su mucha virtud, pedía muchas veces en presencia de las que la asistían a su creador que la llevase a ella y no a su esposo, que haría más falta para la crianza de sus hijos y poner en estado a sus hijas. Como lo pedía la noble señora, se lo concedió el Todopoderoso, pero al llegar al último término de la vida y terrible trance de apartarse el alma del cuerpo que era bien a

deshora de la noche, cuando cercada de los de la familia que le asistían y entre los desfallecimientos, ahogos del pecho y apreturas del corazón, enajenamientos de los sentidos exteriores y últimos parasismo, la ayudaban con los poderosos nombres de Jesús y María y la exhortaban a decir el credo, se entró Catarina por la puerta de la recámara, donde estaba la moribunda y aunque esta estaba ya sin vista y conocimiento de lo que no podía ver, ni oír, abrió los ojos del cuerpo y entre la gente que rodeaba la cama, empezó a buscar a la sierva de Dios y habiéndola conocido le dijo por señas, que se acercase y le diese la mano. Lo hizo así Catarina y al darse las manos las dos, miró la enferma hacia el cielo y dio juntamente el espíritu al Señor con el consuelo y admiración que se puede discurrir, entre los de esta noble y muy cristiana familia, que discurrían que el pedir la venerable matrona la mano a esta su querida y amada virgen fue implorar el auxilio de sus oraciones y el valimiento de su intercesión para salir con felicidad de esta mortal vida y entrar gloriosa en las eternas moradas de la gloria. Le preguntó su confesor a Catarina la causa de haber subido tan a deshora al cuarto de la enferma, y le respondió la sierva de Dios que estando en su pobre retrete se la representó el Señor a la moribunda y que impelida e inspirada de su ángel, que le dijo que fuese a ayudar a su amiga y bienhechora, subió a asistirla en los últimos alientos de la vida. Así sabía la caritativa virgen favorecer a los que la hacían bien, sin perdonar trabajo por asistidos.

Con esta dichosa muerte de la noble señora quedó su marido el capitán don Hipólito del Castillo y Altra lleno de gozosas y tiernas alegrías, y pasando el tiempo proporcionado al duelo y sentimiento debido a tan inestimable pérdida, comenzó a vacilar y dudar sobre el estado que le convenía escoger. El quedarse en el de viudo con tan numerosa y tan niña familia, le parecía muy penoso y aun infeliz, con la consideración de la enseñanza y doctrina del Eclesiastés: «Ay del solo que si cayere no tendrá quien le de la mano para levantarse ni hallará quien le aliente ni ayude»[559]. Verdaderamente las mujeres buenas son el alivio, el consuelo y los relojes del concertado gobierno de las casas, donde viven recogidas, sujetas y obedientes a sus esposos, pero cuando no son tales, dice la lumbrera del mundo san Augustín, que admitir a una de ellas por esposa es admitir por compañera una gran miseria y una terrible calamidad, un ejército de afanes, estruendos y ruidos, porque entrar una mujer de mala calidad en casa, es entrar una nube, una tempestad, y un nublado

[559] *Eclesiastés*, 4, 10.

que granice, arroje y fulmine pesadumbres, desasosiegos y querellas. Por esto refirió san Jerónimo que se vio en un sepulcro donde yacían dos casados este funeral epitafio:

> Huésped, detente, que te desafío para que lleves un raro milagro que contar, un increíble prodigio que referir: Que aquí en este sepulcro no riñen ni litigan el marido y la mujer, que muertos viven en paz.

Porque como es tan ordinario y común estar los casados en la compañía de los sinsabores y en la guerra de los desabrimientos y riñas, no litigar y reñir, aun cuando están hechos polvos y cenizas, es caso digno de ponerle en el mayor lugar de las maravillas y prodigios. Con estos conocimientos dudaba el ya insinuado capitán don Hipólito en la elección del estado que le convenía, y por no errarlo se valía de la intercesión de la sierva de Dios, mostrándosela importuno con ruegos y súplicas muchas veces para que lo consiguiese de la eterna sabiduría que es la que inspira, mueve y dispone lo que conviene a sus criaturas. A todos estos ruegos respondía humillándose como acostumbraba de que sus oraciones no valían ni podían, pero que ya suplicaba al Señor le diese salud para criar bien a sus hijos y dar estado a las hijas. Otras veces le respondió que rogaba a la divina Majestad entregase las legítimas maternas[560] a los que se las pedían. Su noble casero se afligía con las respuestas de su querida Catarina, pareciéndole que sus respuestas no decían con el fin de sus deseos y santas pretensiones, que eran el saber si le convendría el elegir o no elegir segunda vez el estado del matrimonio, y la ilustrada virgen se apuraba de que no la entendiese sus respuestas, pues lo que le quería decir era ahorrase de los muchos casamientos que le salían y que tratase solo de componer las cosas y dependencias de su primera mujer difunta, y que a su tiempo dispondría Dios el segundo matrimonio que deseaba. Consiguió todo lo que convenía, porque desvaneciendo y deshaciendo el Señor repetidos tratos de varios casamientos que se le ofrecieron, tuvo tiempo para satisfacer a las partes que pretendían las legítimas maternas, sin dejar de ser importuno, aunque con discreción por no ser molesto a la sierva de Dios, que le exhortó en una de estas importunaciones o ruegos que procurase hicieren las señoras religiosas del convento de la Concepción un novenario a la milagrosa imagen de

[560] *legítima*: «Porción de la herencia de que el testador no puede disponer libremente, por asignarla la ley a determinados herederos» (DRAE).

Nuestra Señora que tenía en su celda la venerable madre María de Jesús, y que con esta diligencia conseguiría lo que tanto deseaba. Después de esto dijo Catarina a su confesor: «Ya me lo ha prometido el Señor, porque le he clamado, siquiera porque me deje este mi casero con su pretensión» y añadió, «pero no ha de ser con la que él presume, sino con otra de quien no tiene conocimiento ni noticia». Y se verificó esto de manera que llegando a esta noble ciudad una niña que acababa de venir de España, en compañía de una hermana suya casada, se trató y efectuó en dos o tres días con ella el casamiento.

En el tiempo de las comunes alegrías de estos honestos desposorios, padeció nuestra esclarecida virgen con extraordinario y excesivo rigor, penas, dolores, tormentos y unos sustos y temores que la ocasionaban congojosas agonías de muerte. Y en estos desfallecimientos se la representaba el recién desposado, gravemente enfermo, y que entre mortales parasismos la pedía encarecidamente algunos días de más dilatada vida. Ella le respondía con la profunda humildad que siempre mostraba en semejantes peticiones que eran poco fervorosas sus oraciones para con Dios, pero que clamaría con instadas súplicas al Señor por su salud y porque se le aumentasen los días de la vida. Parece fue previsión de lo que había de suceder, porque pocos días después enfermó en la realidad su casero y en los términos peligrosos del achaque veía la sala que había estado ricamente vistosa y vistosamente aderezada para las ostentativas y alegres demostraciones del casamiento toda cubierta y entapizada de atezados lutos y vestida de bayetas[561], en donde residía afligida y llorosamente tierna la nueva desposada, y refiriendo Catarina esta visión a su confesor, añadió: «No se morirá ahora mi casero, su hijo el mayor será el muerto». Y sucedió como lo había previsto la sierva de Dios, porque el capitán don Hipólito del Castillo sanó y pocos meses después murió el licenciado don Juan del Castillo y Altra, que era el mayor de sus hijos, con grandes demostraciones de sentimiento de la nueva madrastra y con especialísimos favores que recibió de la mano liberalísima de Dios, por las oraciones y merecimientos de la venerable Catarina en su muerte y en el purgatorio, de donde vino repetidas veces a pedir y valerse de su intercesión y le ayudó la sierva del Señor con su continuo y precioso padecer y con los tiernos clamores que llegaban a herir y contrastar los senos de la divina misericordia, hasta que vio salir de aquella terrible y tenebrosa cárcel de nobles, su dichosísima alma en forma de una cándida

561 *bayeta*: un tipo de tela usada para lutos.

paloma, arreada y vestida con los cuatro dotes de gloria[562] para la triunfante morada y celestial Jerusalén.

Volvió a enfermar de muerte a mediados de enero de mil seiscientos ochenta, el dicho capitán don Hipólito del Castillo, y la esclarecida virgen repitió los ruegos y peticiones para que no se cortase el delicado hilo de la vida de su bienhechor, obligando al supremo juez con copiosas lágrimas y con las razones de su singular agradecimiento por haber comido su pan y los demás beneficios, que con caritativa ostentación experimentaba en las nobles atenciones de su afecto y querido casero. En una de estas ocasiones en que batallaba la piedad de Catarina con Dios, la respondió su Majestad: «Ea, deja eso». Obedeció la sierva de Dios persuadida que ya el Señor la había concedido lo que le pedía y con esta piadosa y bien fundada esperanza pasó a pedir por otros de los necesitados del mundo, pero reconociendo que se iba agravando cada día más la enfermedad de su enfermo, repitió con mayores ansias los ruegos y tiernas súplicas al Señor y único dueño de la vida y de la muerte. Estando pues un día en esta lucha con su creador que hacía del que no la oía, porque más le instase y más le pidiese, vio bajar de la celestial corte dos bienaventurados vestidos de las luces y resplandores de una inefable gloria, que acercándose a esta sierva del Señor formaron en su pobre tarima un estrado de santa conversación para estar en visita con esta escogidísima alma. Trataron en primer lugar de las grandezas de aquella superior basílica del empíreo, que Catarina no supo ni pudo explicar. Se humanaron después los personajes celestes, dándose a conocer a la sierva de Dios y entendió ella que estaba en visita con doña Juana Mejía Moscoso y con el licenciado don Juan del Castillo y Altra, mujer e hijo del noble capitán don Hipólito, y dándoles nuestra esclarecida virgen los parabienes de la eterna felicidad que poseían, dio paso y entrada a que la rindiesen los agradecimientos de lo mucho que les había ayudado en vida y muerte para la posesión de una gloria donde vive en seguridades el alma, en dichas el corazón, en gusto los sentidos, en quietud la voluntad, donde nada es pena, todo es una amable, apetecible bienaventuranza, porque allí se ignora la desunión, la paz goza firmeza,

[562] Los cuatro dotes de la gloria son: 1. Impasibilidad (consiste en que el cuerpo no estará sujeto a sufrimiento ni a la muerte). 2. Claridad (consiste en que estará vestido de incomparable gloria y hermosura). 3. Sutileza (consiste en que podrá penetrar otros cuerpos). 4. Agilidad (consiste en que podrá trasladarse en un momento a lugares muy remotos). Ver Leal Gómez de León, 1816, pp. 76-78.

el trato es de los cielos, las condiciones de unos ángeles, el agrado sin liviandad, la igualdad con orden, el saber sin ignorancias, el querer sin bajíos, la comunicación sin tedio, nada es molesto, ni embarazoso, todo es gusto, todo es deleites, todo glorias. Con estos conocimientos que la comunicaban los dos ciudadanos del cielo la encendieron en deseos de habitar en aquellas dichosas y perenes moradas, donde se eternizan las felicidades y la aumentaron los impulsos de su caridad y abrasado amor para que él amase y padeciese porque subieran a aquella triunfante Jerusalén todas las criaturas redimidas y lavadas con la sangre del Cordero, que es el objeto de todos los bienaventurados, la fuente de todos los bienes juntos y el manantial de todo lo que se puede desear y gozar. Entre estos amorosos afectos de la eterna felicidad, la pidieron los dos cortesanos celestes implorase del Señor una buena muerte para el enfermo don Hipólito, porque le faltaban pocos días de vida, a que respondió la ilustrada Catarina: «No está cercana su muerte ni morirá de esta enfermedad, aún le faltan muchos años de vida». Le replicaron con muestras de admiración que de dónde le había venido aquella tan oculta noticia y dijo:

> Entre los secretos que tiene Dios depositados en mi corazón, anda este cierto conocimiento y así no duden vuestras mercedes que le faltan muchos años de esta vida mortal, en que podrá merecer muy altos grados de la inexplicable gloria para que fuimos criados, después de haber amado y servido a nuestro Dios y Señor.

Con esta respuesta se desapareció la visión y se acabó la celestial visita y la sierva de Dios quedó confusa y temerosa de haber errado en la conversación con personajes tan soberanos y gloriosos y de tan superior esfera.

No dudo notará el piadoso lector en la insinuada visión lo extraordinario de que un alma enclaustrada en la cárcel de su cuerpo pudiese dar noticia de secretos ocultos a unas almas santas y bienaventuradas, que por su excelso estado parece habían de ser las que iluminasen y enseñasen a los que viven una vida mortal y corruptible. Aun hablando santo Tomás de los ángeles, pone en cuestión si acaso los inferiores iluminan alguna vez a los superiores, y resuelve el angélico preceptor que los espíritus inferiores nunca enseñan ni alumbran a los superiores y mayores en dignidad. Pues si entre los cortesanos del empíreo se observa este orden, ¿cómo se hará creíble que unas almas gloriosas recibiesen nuevas luces

y noticias de una criatura terrena y en lo natural ignorante? Responderá el docto con san Crisóstomo que muchas veces los mismos ángeles han preguntado a los hombres, mostrándose ignorantes para enseñarnos con su ejemplar humildad de que no nos avergoncemos de ignorar y preguntar a otros hombres cuando fuere necesario aprender de ellos y en prueba de esta verdad, trae el santo por confirmación el ejemplo de Jacob cuando batalló con el espíritu angélico toda la noche, pidiéndole su bendición y cuando le hubo vencido, le preguntó el ángel al echarle la bendición «¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre?», dignándose de aprender del mismo Jacob con muestras de que era ignorante. Y con más claridad y extensión confirma esta misma doctrina el glorioso san Crisóstomo, explicando lo que escribió el apóstol san Pablo a los de Éfeso[563], donde dice el grande predicador de las gentes principados y potestades del cielo aprendieron de él algunos de los misterios de Cristo, por el tenor de las palabras siguientes:

> El menor de todos los santos, me ha sido concedida tal gracia para evangelizar y predicar a las gentes los investigables[564] misterios de Cristo y hasta las potestades y principados celestes aprendan de mí y vengan a su noticia por la que tiene la Iglesia, por la cual alcancé la ciencia y la sabiduría inescrutable de Dios.

Sobre las cuales palabras dice también Teofilacto[565] que verdaderamente los ángeles ignoraron muchos misterios de nuestra santa fe, y que Cristo los reveló a los apóstoles, y especialmente a san Pablo, de quien los aprendieron porque habiendo descendido del cielo la sabiduría eterna y humanándose entre los hombres, quiso que subiesen de la tierra al cielo muchas noticias ocultas a los cortesanos de la gloria. Y por lo menos de muchas circunstancias, efectos y frutos de los divinos misterios, afirman comúnmente los padres y doctores de la Iglesia que los aprendieron los ángeles de los apóstoles, ordenándolo así Dios, para mayor honra de sus primeros discípulos y ejemplo de los hombres, porque si los paraninfos celestes no se avergonzaren de aprender de los hombres, con cuánta más razón hemos de preguntar y aprender los unos de los otros, sin presumir mayorías y excepciones de ajenos magisterios.

563 *Efesios*, 3, 8-10.

564 *investigables*: en la lengua clásica 'que no se pueden investigar'. Adapta literalmente la Vulgata «investigabiles divitias Christi».

565 *Teofilacto*: escritor religiosos del siglo XI, arzobispo en Bulgaria.

Se despidieron las dos insinuadas almas de Catarina con demostraciones que ignoraban el último término de la vida del capitán don Hipólito, dando muestras de que recibían de la sierva de Dios luz y noticia de su dilatada vida. Determine ahora el sabio si fue esto así o si fue solo misterio y enseñanza, porque no nos avergoncemos de preguntar y aprender de aquellos a quienes tenemos en menos, pues cualquiera resolución es forzoso ceda en gloria del Altísimo y mayor honra de su sierva.

Al capitán don Francisco Romero Moscoso y a todos los de su familia reconoció esta esclarecida virgen por bienhechores suyos, agradeció sus liberalísimas beneficencias con continuas oraciones a que correspondió el cielo con maravillosas y soberanas luces. Me dijo les había dicho muchas cosas que se habían verificado con el hecho y que otros muchos más secretos les había callado por entender les convenía su oculta ciencia. Aún viven los de esta noble prosapia[566] y no sé con individuación lo que convendrá o no convendrá que ignoren y así omito por ahora todos mis apuntamientos.

Otro personaje de primera clase la apuraba con multiplicadas importunaciones le alcanzase de Dios cierta comodidad temporal y previendo la sierva de Dios el impedimento que ponía a las divinas misericordias le dijo: «Yo lo encomendaré a la divina Majestad y abra vuestra merced la mano para con Dios y sus pobres, si quiere conseguir lo que desea». No entendió el pretendiente de conveniencias humanas las palabras de nuestra virgen Catarina y así prosiguió siendo importuno en las súplicas de que le encomendase a Dios sin dar paso en obras de caridad y piedad con el Señor ni sus pobres. Encomendaba a Dios Catarina el negocio de esta persona, con especial amor y deseo de conseguirlo y siempre que oraba y pedía se le representaba el corazón de este avariento asido y como espetado con todas sus riquezas en un asador o garfio. Afligida con esta visión tan continuada, dijo un día a su padre espiritual, que sabía muy bien la pretenden del rico pobre importuno:

> ¿Cómo le han de ayudar mis oraciones, ni valer mis ruegos, si tiene cerrada la mano y aprisionado con garfios de hierro su corazón? Dígale vuestra merced que aprenda de Dios, que abre la mano con liberalidad, dándole a él no solo lo necesario, sino franqueándole más de lo suficiente y así que no se contente con dar al mendigo y necesitado lo preciso y forzoso, sino mucho

566 *prosapia*: «ascendencia, linaje o generación de una persona» (DRAE).

más de lo que pide su necesidad, porque lo que no diere se ha de quedar acá y lo que esparciese entre los pobres lo hallará en el cielo.

Parece que había leído la sierva de Dios a san Juan Crisóstomo donde dice:

¡Ah, corazones cobardes, y cuidados pechos! ¡Ah, humanas mezquindades! ¡Qué mal correspondáis a las franquezas divinas! En dando un pedazo de pan, un medio o una nada al pobre, imagináis ya qué toda vuestra hacienda se ha desperdiciado, no reparando que no el dar, sino el dar franca y abundantemente es lo que se llama limosna cortada a la medida de la mano liberal de Dios.

Cierta señora acudió a la venerable Catarina muy afligida, porque se la descarnó y empezó a menear un diente, rogándola, le alcanzase de Dios no se le cayese. Se rio la sierva del Señor, y le dijo:

Ya todos los míos se han caído y tengo el consuelo de que no me pueden causar pena ni dolor, pero vaya vuestra merced con esa desgracia a mi confesor, que si él dice que pida a la divina Majestad el remedio de esa necesidad, yo encomendaré a Dios, aunque tan mala, a vuestra merced, si bien mis oraciones ni pueden ni valen.

Se despidió la afligida señora y fue a ver al confesor, y en el camino advirtió que se le andaban todos los dientes y muelas como si estuvieran en actual batalla los unos con los otros: creció la congoja, y llegó mucho más asustada a referir su infelicidad al padre espiritual de Catarina, que sin poder disimular la risa la consoló diciendo que encargaría a su penitenta encomendase a la omnipotencia se afijasen los dientes. Lo ejecutó Catarina por orden de su confesor y se arraigaron los dientes de la afligida mujer, que no se hartaba de dar gracias al Señor por este beneficio.

Doña María Berrueco creo se llamaba una señora de esta ciudad, que encargó encarecidamente a nuestra Catarina pidiese a Dios la salud para don Francisco Javier de Vasconcelos, nieto suyo, que había enfermado de muerte. «Yo lo haré», dijo la esclarecida virgen, «pero advierta vuestra merced que si sana el niño se ha de morir luego su padre». La piadosa señora, que estimaba mucho al hijo y al padre, respondió a Catarina, «Ruega al Señor, hija, por la salud del enfermo y obre su Majestad lo que fuere servido». Pidió la sierva de Dios lo que le habían encomendado y sanó el niño. Enfermó y murió su padre, para prueba de la eficacia

de la intercesión de la esclarecida virgen y de la previsión de este suceso futuro.

Acudían muy frecuentemente los fieles a valerse de su intercesión para hallar las cosas que se les perdían y entre ellos llegó un pobre a rogarla pidiese a Dios pareciesen unas mulas, que eran todo su remedio y el sustento de su casa. Le consoló diciendo, «Vaya vuestra merced en casa de tal arriero, que está de partida para la tierra adentro, y entre las demás mulas de la recua, hallará vuestra merced las suyas aparejadas, y bien cenadas». Fue lleno de esperanzas el pobre afligido donde le había dicho la sierva del Señor y reconociendo sus mulas las llevó a su casa sin que hubiese quien le preguntase del derecho que tenía para llevárselas.

Otro hombre, que quería mucho a su mujer, que se le había huido de casa preñada de dos meses, se valió de Catarina rogándola alcanzase del Señor pareciese, porque estaba a pique de perder el juicio de sentimiento. Le respondió:

> No se desconsuele tanto vuestra merced, que no está esa su mujer perdida, sino escondida por espantada. Trátela vuestra merced con amor y cariño, y no con gritos, que es tímida y en prueba de que la sacó de su casa el temor, y no otra causa, espérela, vuestra merced esta noche después de la oración, porque a esa hora se la traerán sus parientes.

Sucedió todo como se lo dijo la venerable Catarina y el hombre tomó su consejo, y vive hoy en unión de verdadera paz y caridad con su querida esposa.

Coronemos este parágrafo con otra autoridad de primera clase y de toda excepción. Pasó por esta ciudad de los ángeles el señor don Juan de Arechaga, oidor más antiguo de la Real Audiencia de México y su presidente, en ocasión que pasaba al puerto y provincia de Campeche. Visitó a nuestra Catarina y le pidió encomendase a Dios la felicidad de su viaje. Le respondió la sierva del Señor con la humildad que acostumbraba que lo haría, aunque sus oraciones valían poco o nada. Pero ellas fueron tan continuas y fervorosas, que sacándola fuera de sí se hizo presente en espíritu al dicho señor togado[567] por todo su camino y navegación con tal especialidad e individual conocimiento de los parajes donde paraba, que pudiera el confesor, a quien Catarina comunicaba

[567] *togado*: «más referido a los magistrados superiores, y en la jurisdicción militar, a los jueces letrados» (DRAE).

entonces los secretos de su conciencia, contar las jornadas, decir y dar razón de todo lo que pasaba en tan dilatado como penoso viaje, y sin faltar de su lado en la acertada ejecución de sus comisiones en aquellas provincias, se halló también presente en espíritu al embarcarse para volver al puerto de la Nueva Veracruz, con tanta prosperidad, que dijo la sierva del Señor a su confesor: «Muy feliz ha sido la navegación de aquel grave personaje con quien fui y he vuelto de Campeche y tú se lo oirás cuando llegue a esta ciudad». Confirmó lo que dijo Catarina el hecho por que al entrar en el colegio del Espíritu santo el señor oidor, ponderó la prosperidad de su comisión y camino diciendo en presencia del padre espiritual de la sierva de Dios:

> Con muy dichosa felicidad me ha traído Dios a este reino, porque en la mar, desde la hora en que nos embarcamos, logramos un favorable viento, tan eficaz y suave, que cuando pensábamos haber andado poco, nos hallamos a vista del puerto de la Nueva Veracruz, sea Dios bendito y glorificado por este singular beneficio.

Con esto quedó asegurado el confesor de todo lo demás que le había dicho Catarina, como quien había sido testigo de vista en una espiritual asistencia de las jornadas, parajes y operaciones que le acreditaron siempre de gran juez, gran gobernador y muy ilustre senador, compuesto de una universidad de talentos y singulares prendas y virtudes, pues sin declinar a los extremos de la justicia y clemencia atendió a los intereses justos de su rey, sin empobrecer ni causar discordias entre los vasallos. Casi el mismo caso sucedió en otra ocasión, en que pasando el mismo señor oidor por la ciudad de la Puebla, con comisiones de materias bien peliagudas[568] a la ciudad de Oaxaca, repitió la visita a la sierva del Señor y esta al despedirse le dijo: «Bien saldrá vuestra merced, aunque no le faltará un susto o un cuidadillo», que se reconoció verificado, porque al volver de la comisión se le despareció una mula de carga en que venía todo lo actuado, pero paró solo en susto o cuidadillo que lastimó por dos o tres días y se templó con haberse hallado la mula sin desperdicio de lo que venía dentro de la carga.

[568] *peliagudas*: «dicho de un negocio o de otra cosa: Difícil de resolver o entender» (DRAE).

## IV

*De cuán favorable fue a la flota que entró en el puerto de la Nueva Veracruz el año de mil seiscientos ochenta y siete la asistencia espiritual de esta sierva de Dios acompañada de doña Juana Morales de Irazoqui*

En los números pasados he especificado algunas cosas particulares que pueden atestiguar aun los que viven para la comprobación de la santidad, profecías y poderoso valor de la intercesión de la venerable Catarina en el tribunal de la inmensa bondad e infinita misericordia del Altísimo. En este pretendo dar otro testigo más que ahora se cuenta en el número de los muertos y yo le alcancé en vida, traté y comuniqué con título de primero y último confesor suyo, con tanta satisfacción de mi corto caudal, que no dudaré darle título de «Segunda maravilla de la gracia y segundo prodigio de la omnipotencia en este dilatadísimo orbe y grande imperio», si el cielo me diere vida para sacar y poner a la luz del mundo su historia, persuadido que puede servir así a la mayor honra y gloria de Dios, como a una de sus vírgenes escogidas, natural de la nobilísima e imperial ciudad de los Ángeles, donde nació y murió, y con especial servirá de idea y maravilloso ejemplar a las muchas almas que se dedican a servir con perfección al divino esposo. Tuvo por nombre en lo natural doña Juana Morales de Irazoqui y en lo espiritual y frecuente comunicado con los ciudadanos celestes Juana de Jesús y María. Esta prudentísima virgen me ha de hacer el plato en este parágrafo, prestándome sus noticias soberanas, para confirmación del asunto de este capítulo y a su tiempo espero me haga la autoridad su angélica vida, si se dilatare por el mundo con instrumento de los moldes[569], comprobada de doctores místicos, escolásticos y de razones teológicas eficaces o congruentes, proporcionadas a lo que pidiere la materia, porque no apoye su incredulidad el poco saber de los indoctos o el mucho presumir de los que saben algo con el argumento de los discípulos de Pitágoras, que decían: «No busquemos otra razón ni de más otro fundamento que el haberlo dicho el maestro».

Estuvo la sierva del Señor, Catarina de San Juan, todo el año de mil seiscientos ochenta y siete, tirada en el duro ataúd de un lecho y terrible catasta[570] de enfermedades y crueles martirios, que la tenían en fuertes

[569] *moldes*: los de la imprenta, se entiende.
[570] *catasta*: «potro de tortura en el que se descoyuntaba al condenado» (DRAE).

y rigorosas prisiones, el alma y cuerpo, encarcelados todos sus sentidos y potencias en tenebrosos calabozos de oscuridad y en las lobregosas cavernas de los desamparos y tan penosas desolaciones que no lo acaban de explicar los místicos y experimentados sino comparándolo con los tormentos y congojosas amarguras de vil infierno, no eterno sino temporal. Pero en lo horroroso de estas tinieblas no dejaba de tener en la superior parte del alma muchas celestiales luces, con que la manifestaba la bondad inmensa de nuestro Creador todas las necesidades del mundo, para usar del atributo de la infinita misericordia con las criaturas redimidas con su preciosísima sangre, por el sumo y meritorio padecer de su querida esposa. Uno de estos secretos que la comunicó la eterna Sabiduría fue el peligro y riesgo en que se había de ver la flota que entró en el Puerto de la Nueva Veracruz el año de mil seiscientos ochenta y siete, a catorce del mes de septiembre. Comenzó a tener esta previa noticia muchos días antes que sucediese, porque en todo el mes de agosto y principios de septiembre dijo repetidas veces a su confesor:

> No sé qué quiere Dios de mí, porque me lleva al mar y aunque se mira mi espíritu en una placentera tranquilidad y segura bonanza, se me representa en el fondo y más profundo de mi alma alterado con contrariedad de vientos y oposición reñida de las encrespadas olas.

Pocos días después de la natividad de Nuestra Señora, dijo al mismo confesor que gobernaba su alma:

> Días ha que me llevaron al mar, y ando en él entre sustos, temores y borrascas, clamando por la flota y sus navegantes, no puedo decirte más ni explicar lo que por allá pasa, porque está en prisiones de oscuridad mi alma, oye y da crédito al ángel que llega a tu confesonario —así llamaba ordinariamente Catarina a doña Juana de Irazoqui, a quien no conocía en lo natural, aunque en lo espiritual se comunicaban y acompañaban, para el bien del mundo—, que como está en luz, te podrá dar a entender cuán furiosa y deshecha tempestad es la que padece la flota y sus navegantes, pero por más bravo y enfurecido que se muestre el hinchado elemento, no se ha de sorber los navíos ni a los que vienen en ellos.

Andaba en la misma ocupación y ejercicio de caridad, doña Juana de Irazoqui, clamando y padeciendo por el bien del universo y atendiendo Dios a las llamas del encendido amor que ardía en el pecho de esta su sierva. La franqueaba los secretos de su suma sapiencia, manifestándola

lo que sucedía y había de suceder en todo el orbe, para que en compañía de la venerable Catarina, ayudasen a su redentor a llevar, como leales cirineas[571], la pesada cruz de los pecados de todo el mundo, como se verá en el discurso de su prodigiosa vida y ahora en el caso particular de que voy hablando, y aunque se le oí muy por extenso y con todas las individuales circunstancias que me aseguraron y confirmaron como testigos de vista haber sucedido así como la ilustre virgen lo había referido los mismos navegantes que se hallaron en la tormentosa borrasca, me contentaré con poner aquí la substancia de la tempestad deshecha que padeció la flota, según y como ella la vio en espíritu y la dejó escrita entre otros muchos pliegos de su admirable vida que escribió por obediencia y para en mi poder, los cuales conservo gustoso con la esperanza de que ha de llegar el tiempo de estamparlos y consagrarlos a la piedad cristiana, para que gozando los fieles del sabroso maná de la ciencia llovida del cielo en el claro entendimiento de esta pura y escogidísima alma, se desquite y pierda el mal gusto de las acedias[572] de mi pluma y supla las cortedades de mi pequeño caudal.

A primero de julio del año de mil seiscientos ochenta y siete, —dijo la sierva de Dios—, se halló mi espíritu en las orillas de un mar profundo y espantoso a mis ojos; me pareció estaba en lugar muy distante que no pertenecía a estos reinos, pero sea a donde fuere, ello es que vi en una como ensenada o bahía un grande número de navíos y que algunos estaban ya cargados, y aprestándose para hacerse a la vela. Reconocí con especialidad los cinco de ellos, que sobresalían entre los demás y se distinguían con varios colores, porque unos se me representaban blancos, otros pardos y otros negros; no sé si se me quiso dar a entender la variedad de religiones y religiosos, que habían de embarcarse o estaban tan embarcados que como mi alma era abstraída de los sentidos, cuando volví en mí, me quedó solamente la especie de que había visto muchos hijos del glorioso santo Domingo, san Francisco y de mi padre y maestro san Ignacio, y que algunas personas del numeroso concurso, que estaban dentro y fuera de los navíos, se llegaron a mí y me dijeron con alegres semblantes: «Alma querida de Dios, ruega por todos, que los navegantes lleguen con felicidad a tu patria». Yo no creo nada, vuestra reverencia no haga caso de mis embobamientos o ilusiones, pero el obedecer es forzoso y por este solo motivo hablo y escribo lo que veo, oigo

[571] Alusión a Simón Cirineo, que ayudó a Cristo a llevar la cruz camino del Calvario.

[572] *acedias*: amarguras.

> y entiendo. Y uno de los sentimientos, que en esta ocasión se ha fijado en mi alma, es el ver que tantos hombres confiados en la bondad de mi Dios, por sus particulares y honestos fines, se fían del mar, se entregan a sus tan soberbias, como inconstantes olas, venga lo que viniere, siendo así que saben muy bien que en este elemento hay de todo, porque se experimentan inquietudes y tranquilidades, tormentas y bonanzas, y que en lo próspero y adverso de su infiel naturaleza está enseñado a sorberse armadas enteras, con amagos y presunciones de tragarse toda la tierra, y yo, miserable, no acabo de fiarme de mi creador, pues conociendo que en su santo servicio ha de haber de todo —como dice el apóstol[573]— del pan y del palo, del hambre y de la hartura, del azote y del regalo, me entristezco y acobardo con cualquiera tribulación, sin acabar de resolverme a servir y agradar a mi creador, sujetándome enteramente a su divino querer, para que haga y deshaga en su hechura y en su imagen, como en cosa suya bosqueje, delinee y pinte lo que quisiere, ahora sean las penas de un infierno, los tormentos de un purgatorio, los rigores de un martirio, o las glorias de sus favores que para mí si lo recibiera humilde, todo fuera gloria.

A primeros de agosto, dice doña Juana de Irazoqui, que volvió su espíritu arrebatado del divino poder al mar y le pareció que iba gustosa, hollando las inconstantes olas del salobre elemento, tan sin afán y trabajo que caminaba por ellas como si fuera por una senda llana y firme de la tierra, y después de haber surcado y pintado con la agilidad de lo inmaterial e incorpóreo, en la representación de su idea o imaginación, varios y dilatados golfos de aguas sin fondo, se halló en los últimos términos de estos reinos de nuestro Nuevo Imperio Occidental, a vista de una tierra amena y deliciosa por las muchas arboledas y que coronaban su circunferencia, que la hacían vistosa y deleitable a sus ojos. En esta diversión de su espíritu y potencias, divisó a lo lejos muchos navíos que venían hacia la sierva de Dios con buen viento, y en esta visión se puso a considerar dudosa si serían los que había visto un mes antes a punto de hacerle a la vela para venir a su patria, y en esta duda, sin hacer determinado juicio, se halló tan cerca de ellos que reconoció eran los mismos viajeros que había visto, y los mismos navegantes que le hablaron al embarcarse, pero entre todos estos conocimientos, lo que con más fuerza y con mayor consuelo del alma arrebató su entender fue los muchos varones apostólicos de las sagradas religiones que venían en algunos de los navíos, los unos confesando y los otros exhortando a los fieles que

573 Alude a *1 Corintios*, 9, 19-23.

alabasen y engrandeciesen el poder del Señor que los traía sin tormenta y con seguridad al deseado puerto de la más flamante, rica y abundante España. Sobre todo se alegró la ilustrada virgen por haber divisado en uno de los navíos a la Santísima Virgen, asistida de ángeles y santos, entre los cuales reconoció los tres ilustres patriarcas santo Domingo, san Francisco y san Ignacio de Loyola, a quienes por su particular devoción reverenció y dio las gracias por el especial patrocinio que prometía su soberana asistencia a los que caminaban por tan borrascoso como peligroso elemento. En medio de estos gustosos y celestiales coloquios, se le fue dejando ver la venerable Catarina de San Juan entre los cortesanos celestes, aunque en lugar más bajo y como en el fondo de la nave que estaba con profundísima devoción y atención, suplicando a nuestro Señor por todos los navegantes y yo, concluye la esclarecida virgen, «hice lo mismo, obedeciendo a su Majestad, que me lo mandaba y después de rato me hallé en mi rincón».

La víspera o antevíspera de la natividad de Nuestra Señora, prosigue doña Juana en sus escritos, que estando recogida en oración, con ardientes ansias de hacer este santo ejercicio con perfección y agradable a los ojos de Dios, sin temor ni susto, se halló su espíritu sobre las aguas del mar y siendo así que advertía estaban irritadas sus olas y aun furiosamente desatadas, conjuradas contra ella y contra todos los navegantes se hallaba en tranquilidad y segurísima paz, en esta abstracción de sentidos el alma hizo reflexión de lo que había oído predicar del apóstol san Pedro[574], que hallándose en las saladas aguas con riesgo de anegarse, levantó la voz pidiendo al divino maestro que le librase y sacase a salvo del peligro en que se veía por la tormenta que ocasionada de un enfurecido y colérico huracán le combatía y obligaba a fluctuar con bien fundados temores de irse a pique. Con esta consideración empezó a temer la bendita virgen, el que le sucediese lo mismo, y arrebatada del susto u de la viveza de su conocimiento clamó al Todopoderoso diciéndole:

> Tú, Señor, que hiciste que la máquina de la tierra, grave y pesada, con tanto vasto monte estribe y se conserve firme y constante, sin que vacile su grandeza ni caduque su terrea pesadumbre en el fundamento y zanja del líquido elemento y fugitivas aguas, ejemplo y estampa de la debilidad y flaqueza, Tú que con la imperiosa voz de la omnipotencia amansas, refrenas y detienes el orgulloso brío de sus embravecidas ondas solo con el muro

574 *Mateo*, 14, 30.

> flaco de unas tenues arenas, ostenta ahora el poderoso brazo de tu diestra, reprime está húmeda, si insensible altiva bestia y líbrame de este riesgo.

En estas peroraciones y clamores se reconoció arrebatada y aun necesitada a batallar con las espumosas olas del mar, no como quien hollaba y pisaba sus soberbias espumas, sino como quien por necesidad forzosa nadaba en el alborotado y profundo piélago, con atención siempre a que todos sus movimientos fuesen en forma de cruz, en cuya virtud estribaba la esperanza de su remedio, pero cuando más congojada en esta espiritual o imaginaria lucha, se sintió llevar de un velocísimo impulso hacia el oriente, hasta encontrarse con muchos navíos, que entendió eran los que componían la flota que se esperaba. Los reconoció a todos en tormentosos peligros de anegarle, combatidos de furiosos vientos y de los golpes del mar alterado y sañudamente enfurecido para echar a pique y dar al traste con toda la armada española. «Yo me afligí sobremanera», dijo la sierva de Dios

> porque sobre la fatiga de la interior tormenta me comenzó a perturbar la visión del manifiesto riesgo en que andaban los navegantes y con esta nueva tribulación y las crecidas ansias de ayudarles, se halló mi espíritu dentro de uno de los navíos según acá los he visto pintados, no porque yo los haya visto ni navegado. Pero estando en él, miré con los ojos del alma en lo más encumbrado del árbol mayor a la divina Majestad con soberana hermosura y placentero rostro mostrando, a mi modo de entender, que estaba asistiendo con su omnipotente poder a todas las personas que venían embarcadas, clamando y pidiendo misericordia con devotos propósitos y tiernos ofrecimientos de más cristiana y perfecta vida.

Con este conocimiento recibió muy particular consolación su espíritu y elevado por ajena virtud se detuvo entre el cielo y el agua en una proporcionada altura, de donde pudo divisar todos los demás navíos que andaban, a su modo de entender, en más terrible borrasca, y entre más manifiestos riesgos de anegarse y porque uno y otro elemento, agua y aire, estaban encapotados y revestidos de una tenebrosa oscuridad, de una deshecha y espantosa tempestad por los multiplicados relámpagos, truenos y fogosos rayos que disparaba el cielo contra el hinchado y soberbio elemento. Esta visión fue causa para que se renovasen crecidos sus sustos y temores, y la obligasen a levantar la voz, clamando al cielo misericordia. Se compadeció de ella el Todopoderoso, y para templar las congojosas ansias que despedazaban su afligida alma, le hizo patente y

vio con claridad a un padre de la Compañía de Jesús en cuerpo[575], sin sobrepelliz[576], ni manteo con un Santo Cristo en la mano, que andaba por el aire, sobre las mismas naos de que se componía la flota y aunque no conoció quién fuese este santo varón, admiró el poder que tenía contra los demonios, por la mucha facilidad con que los ahuyentaba y confundía, y con su asistencia y patrocinio se refrenaron los vientos y templó su braveza el inquieto y alterado mar, si bien sus inconstantes ondas permanecían alborotadas y en reñida discordia. Con esta representación gustosa se alegró su espíritu y fue llevada a otro navío, que le pareció se hundía, y que toda la gente que le ocupaba estaba en fervorosísima oración mostrando las copiosas lágrimas de sus ojos, el verdadero arrepentimiento de sus culpas que reinaba en sus corazones contritos. Vio también al Salvador del mundo, a su santísima madre y a muchos otros santos, que auxiliaban a la real flota en el mismo navío donde esta sierva del Señor estaba y que el Altísimo Dios, a quien todos rogaban, la daba a entender que dependía de solo su absoluto poder y querer todo buen suceso y que si con una mano enviaba aquel torbellino, con la otra no menos poderosa y soberana favorecía sus criaturas. Al mismo tiempo de esta su inteligencia, vio venir unos hermosísimos ángeles festivos y alegres, con ropajes maravillosamente lucidos, que traían en unas como andas de finísimo oro a una penitenta de su confesor, muy sierva del Señor y sobre manera enferma, que se llama Catarina de San Juan. Esta alma luego que se vio en el navío, reverenció con profundísima adoración a la divina Majestad, hizo acatamiento a los cortesanos del cielo que asistían a su soberano príncipe y Señor y se puso en oración atenta y fervorosa y tan eficaz, que reconoció doña Juana que todos los navegantes se redujeron a ponerle en manos de su creador en buena y perfecta conformidad, con su divino querer.

> Yo hice lo mismo, —dijo— movida del buen ejemplo de los demás y porque me lo mandaron. Vi también que esta sierva de Dios después de su breve oración se hincó de rodillas con toda la gente del novio, y con demostraciones de reverente culto, recibieron espiritualmente la comunión de mano de un sacerdote, que se me representó muy humilde y venerable. Yo comulgué con todos y recibí singularísimo consuelo con esta comunión espiritual, que ofrecí a nuestro Señor con las demás que hago sacramen-

575 *en cuerpo*: vestido ligeramente, sin vestidura exterior de abrigo.
576 *sobrepelliz*: «vestidura blanca de lienzo fino, sin mangas» (DRAE).

talmente por mandato de mi confesor, por todas cuantas almas venían en los ya insinuados navíos y por las que en ellos no estaban. Después de esto me volví a mi retiro, donde me hallé llena de amarguras y traspasada de los dolores, que ordinariamente me afligen y de los cuidadosos deseos de que llegasen los navegantes con felicidad y próspero viaje, al puerto de la Nueva Veracruz.

## V

*Prosigue su viaje la flota del año de mil seiscientos ochenta y siete, hasta entrar con felicidad en el puerto de la Nueva Veracruz de su vuelta a España con la asistencia de las dos esclarecidas vírgenes Catarina de San Juan y doña Juana Morales de Irazoqui*

Padre de mi alma, —prosigue hablando con su confesor la ilustrada virgen doña Juana de Irazoqui—, desengáñeme vuestra reverencia porque yo no acabo de entender lo que me sucede. Por una parte siento que mi alma está en un continuado martirio dentro de su propio cuerpo y por otra veo que arrebatada por instantes se halla sucesivamente en todos los navíos que padecen la terrible y ya insinuada tormenta. Por una de estas ocasiones, y en uno de estos vuelos en que padecía el alma las congojosas aflicciones de los navegantes, se halló mi espíritu dentro de otra nave, donde en una confusión de voces, gemidos y clamores, oía decir: «A la mar, a la mar». Causaron en mi corto entender estas voces alguna confusión por no alcanzar lo que significaban. Se me ofrecía que quizás eran algunos de los que se morían los que se arrojaban al mar, por haber visto antes en diferentes navíos a los padres de la Compañía de Jesús y de otras sagradas religiones, que andaban entre los navegantes confesando con mucha caridad a los enfermos y asistiendo con prontitud al consuelo de los afligidos. Pero después de un gran rato de esta mi aflicción o bobería, vio mi alma con mucha claridad a la divina Majestad, echando por sus benditas y soberanas manos fardos, cajones y barriles al mar, y entendí, por esta acción del Señor que convenía se descargasen en parte y se aligerasen los navíos, que se hallaban más apeligrados.

Esta visión, dijo a su confesor la sierva de Dios, que había sido para ella tan amena y soberana, que fue arrebatada su alma en una tan gustosa abstracción que la dejó totalmente absorta y elevada entre inexplicables gozos e inteligencias.

No sé si en esta ocasión o estando en otro navío apeligrado, refirió también que vio a muchos de los santos que con presteza acudieron a socorrerle y que otras muchas embarcaciones pequeñas se habían alborotado y atropellando con las inquietas y aun encrespadas olas del tormentoso mar, concurrieron también a favorecer la nave, que se miraba en manifiesto riesgo de irse a pique y le pareció a doña Juana que estaba como encallada entre peñas y arrecifes. Se afligió sobremanera su corazón compasivo y lleno de caridad encendida con esta visión y entre ansiosos deseos de ayudar a los que consideraba en extrema necesidad reconoció una invencible cobardía en su espíritu desmayado. Por lo mucho que había padecido y por el humilde conocimiento de su inutilidad, se halló en una fuerte e interior tribulación, que la obligó a clamar a la omnipotencia de su Dios, y cuando más recreada y divertida con la profunda consideración y ponderación de la grandeza y poder del Señor, se halló su espíritu en unas como andas preciosísimas, en la riqueza y lucimiento vistoso, conducidas en manos de innumerables serafines y bienaventurados, que las colocaron sobre la puerta o portada del navío combatido de tantos riesgos y manifiestos peligros, donde vio con los ojos del alma a nuestro redentor con una túnica morada, no muy encendido el color, pero la hermosura y claridad resplandeciente de su divino rostro era con tal exceso que la hizo salir fuera de sí, y en este arrobamiento y éxtasis oyó la suave y amorosa voz del divino Esposo, que la decía cariñoso: «Entra, querida esposa y amada mía, y ora por todos los que están aquí afligidos». Con la eficacia de estas voces, sin saber cómo, se halló en lo más profundo de la urca o galeón desgraciado, donde se encontró con la sierva de Dios y virgen Catarina de San Juan, en una altísima contemplación, y persuadida que estaría pidiendo al Señor por los que naufragaban, recibió doña Juana tanto de consolación y alegría cuanto era el concepto del grade valimiento que tendría con Dios esta ejemplar mujer, y suspensa en esta consideración y conocimiento se la volvió a representar el Señor, que diciéndola pidiese, en compañía de su querida Catarina, por los navegantes, obedeció, y arrodillada con la sierva de los siervos del Altísimo y otras mujeres devotas que conoció y no nombró, vio que su Majestad iba sacando con su poderosa mano de la nave que padecía naufragio, la cera, vino y aceite, y lo iba sacando a tierra con tal garbo y bizarría, que ocasionaba con los movimientos airosos de sus divinas acciones, sabrosos gozos en esta su bendita virgen y querida esposa que humildemente cariñosa y caritativa, preguntó al divino poder por qué no cuidaba su omnipotencia de los otros géneros

de mercadurías, que se malograban en la avería de las salobres aguas, pues eran todos suyos y necesarios para el bien de sus criaturas. Respondió el Señor a la pregunta de su sierva: «Porque de esto hay menos en tu tierra y es necesario para el culto de mi santísimo cuerpo, y al lustroso adorno debido a mis templos».

El día de la Exaltación de la Cruz, catorce de septiembre de este mismo año, dijo a su confesor doña Juana de Irazoqui:

> Días ha, que estoy mirando a san Francisco Javier en un altar adornado de luces y asistido de un numeroso gentío que concurre a la iglesia y altar, como cuando se hace rogativa por la salud, por el agua y por la entrada feliz de las flotas en el puerto y hoy se me representa postrado a los pies de la divina Majestad el glorioso apóstol de la India acompañado de otros santos, y como estaba también la venerable Catarina de San Juan y otra beata que conoce su confesor y en esta representación, a mi modo de entender, se volvió el santo glorioso a nosotras y nos exhortó a que pidiésemos y clamásemos por los enfermos en el alma, en el cuerpo. Obedecimos a su voz, y el Señor me dijo: «Pide, hija, por todos estos, —aludiendo a los navegantes—, que conviene para el bien de mis criaturas».

El día siguiente, quince, fue arrebatada también en espíritu a la ciudad y puerto de la Nueva Veracruz y fue este rapto de gozos y alegrías para su alma, pues oyó a muchos religiosos y otro numeroso concurso de las personas que estaban en las playas del mar y de los que se iban desembarcando que daban infinitas gracias a Dios y engrandecían su absoluto y misericordioso poder por haberlos traído a puerto de salvamento después de tan tormentosas y multiplicadas borrascas. Aquí volvió a reconocerse acompañada de la esclarecida virgen Catarina de San Juan, de cuya boca advirtió admirada que salía un rayo de luz tan grande y tan luminosa que iluminaba y esclarecía todo aquel horizonte. En esta suspensión causada de la admiración, oyó doña Juana la voz del Señor, que le dijo: «Ruega, hija, que toda esta gente ponga en ejecución los votos, que me ha hecho porque les sacase con vida de tan manifiestos riesgos de perderla».

A dieciséis de este mismo mes repitió el vuelo al puerto y ciudad de la Nueva Veracruz doña Juana de Irazoqui, y asistiendo en espíritu al común regocijo de los flotistas que se desembarcaban, rindiendo los debidos agradecimientos al Todopoderoso y al milagroso apóstol san Francisco Javier como abogado de los que navegan y pueden peligrar en el tan celebrado como borrascoso seno mexicano y la volvió a en-

comendar este glorioso santo que clamase y rogase a la divina Majestad por todos los que con cristiano fervor y católica devoción habían hecho en el manifiesto peligro votos y promesas a su Dios y Señor. Con esta recomendación de san Francisco Javier se halló la sierva del Señor en un profundísimo éxtasis y su espíritu en una dilatada playa, donde entre un numeroso gentío vio a un caballero de buena disposición, que con ánimo generoso y singular fervor determinaba dejar todas las cosas de esta miserable vida y abrazarle con el verdadero y todo bien Cristo Crucificado, y notó, no sé si en visión de lo que pasaba, o en previsión de lo futuro, que cogía la pluma y escribía con velocidad, y tal alegría su testamento o última e irrevocable disposición de todos sus bienes, que eran sus ojos dos fuentes de lágrimas de consolación y gozo, y estándomele yo mirando, dice la sierva de Dios,

> con particularísimo consuelo de mi alma, deseosa de valerme de aquel cristiano y valeroso ejemplar, se llegó a mí el glorioso apóstol de la India, y me dijo: «Hermana mía, ruega encarecidamente por todas aquellas personas que por conocimiento que te dio el Señor viste que hacían votos y promesas particulares a su Majestad en el riesgo de la tormenta, porque les importa el que los cumplan y no se olviden ni arrepientan de lo que han prometido a su Creador. Después de esto me dijo: «Este caballero que aquí ves es uno de los que hicieron voto de dejar por Dios toda su hacienda y entrar en religión a servir a su divina Majestad con perfección. Vente conmigo y verás otros de los que han hecho semejantes votos y promesas».

Obedeció con puntualidad al santo y en este camino o vuelo, encontraron con otro hombre al parecer noble y de gran caudal, vestido con una hungarina[577] de terciopelo negro y capote largo que venía a encontrarse con la sierva de Dios asistida del santo; le pareció su modo de andar vano y afectado por la gravedad y arrogancia de sus pasos y estando la modesta y prudente virgen en este pensamiento, la dijo san Francisco Javier: «Ves aquí otro de los que han hecho promesa a su Dios, y está ya totalmente olvidado de su obligación, pero yo le daré un recuerdo por la voluntad del Señor». Entonces vio doña Juana que se llegó a él el prodigioso santo, y que le hablaba con mucho amor y caridad, y que el noble caballero mudaba los colores del rubro[578], mostrando en sus acciones afectos de admiración y asombro, y que dudaba con fundamentos de su

577 *hungarina*: «capote rústico para tiempo de aguas» (DRAE).
578 *rubro*: rojo.

promesa, pero san Francisco Javier le persuadía con razones y celestiales luces de manera que se halló convencido el insinuado caballero y con demostraciones de grande agradecimiento vio la sierva del Señor que se arrojaba a los pies del glorioso apóstol, protestándole con copiosas y tiernas lágrimas que le perdonase su olvido y que desde luego ratificaba y hacia nueva obligación de dejar todos sus bienes con firme propósito de perseverar constante en el servicio del Señor, y diciendo esto, recibió la bendición del santo apóstol, asegurándole de los divinos auxilios, para conseguir por este medio la eterna bienaventuranza.

Prosiguieron este ya insinuado camino y se encontraron con otro personaje rico y de buena calidad, a quien estaba reduciendo al cumplimiento de su voto nuestro padre san Ignacio, pero entendió y notó la sierva de Dios que estaba este hombre arrepentido de lo que había prometido a su Dios, y que como obstinado y rebelde se resistía a las voces e inspiraciones de nuestro gran patriarca, mostrándose colérica-mente indignado contra el santo glorioso, que le aconsejaba lo que le convenía para el bien de su alma y honra y gloria de su Creador. Viendo tanta terquedad doña Juana en este hombre, con congojosas ansias, suplicó a la divina Majestad, la alumbrase y favoreciese para que perseverase constante en su primera y religiosa promesa, y como efecto de su oración la manifestó el Señor que nuestro gran padre y patriarca, san Ignacio, no haciendo caso de sus desprecios ni acobardándose con la rebelde resistencia de esta alma, la instaba con amor, cariños y razones, hasta humanarse a echarle los brazos y abrazarse estrechamente con él. De estos lazos de la abrasada caridad del santo, vio doña Juana que se había mudado este caballero herido de una suave y eficaz luz, que en forma de rayo refulgente salía del divino poder y penetraba el corazón de esta, al parecer, obstinada criatura, la cual contrita de su primer arrepentimiento, se arrojó a los pies de san Ignacio y postrada en tierra, bañada de copiosas lágrimas, le pedía perdón e imploraba su auxilio e intercesión para dar el debido cumplimiento a su antigua promesa, y para mayor testimonio de su verdadero propósito, a vista de esta sierva del Señor volvió a renovar su juramento o voto de renunciar las pompas y vanidades del mundo y dejar todos los bienes terrenos, por merecer conseguir de la infinita misericordia gracia y auxilios, conque asegurar los eternos, en el retiro de una religión. «Luego vi», concluye doña Juana este punto,

> que este hombre, con grande entendimiento de su corazón, se desojó de unas muy ricas vestiduras y se quedó, como dicen, en paños menores, y mostrando grande agradecimiento a mi santísimo padre y maestro san Ignacio, se despedía de él, besándole una y muchas veces los pies a los cuales afectos correspondía el santo glorioso, levantándole de sus pies con humildes y santas razones en orden a que rindiese las gracias al Todopoderoso en cuyo nombre le echó la bendición y se apartó este caballero de san Ignacio, lleno de agradecimiento al Señor y a su abogado y patrón.

Y la sierva de Dios quedó muy gozosa y con muy grandes esperanzas de que le habían de verificar estas previsiones de los sucesos futuros.

A otras muchas personas reconoció, que habían hecho semejantes votos, promesas y propósitos a la divina clemencia si les librase en tan arriesgada y embravecida tormenta, y previendo que habían de resfriarse, olvidarse y arrepentirse, pidió por ellas y la manifestó el Señor a los cortesanos del empíreo que les ilustrarían y favorecerían con su intercesión, entre los cuales, fuera de los ya insinuados, nombró la sierva de Dios a san José, san Francisco de Asís y a otros de los serafines celestes. Vio finalmente algunas de las mujeres que venían en la flota y que también habían hecho sus promesas al Señor, con alguna tristeza, argumento de su poca firmeza y constancia en lo prometido, si bien añadió:

> Las mujeres no deben de ser tan rebeldes como los caballeros, porque al pedir yo por ellas, me dijo san Javier: «Esas son facilidad y presteza, pondrán en ejecución sus promesas y se recogerán a los conventos de religiosas u otras casas de grande retiro y silencio».

En todas estas visiones, acompañaban a doña Juana de Irazoqui la venerable Catarina de San Juan y otra de las que vivían este año, que ella conocía y tenía por buena y ejemplar mujer, pero con una notable diferencia, que esta se la representaba sentada en lugar alto, como entre el cielo y la tierra, y su rostro muy blanco, hermoso y algo encendido, y que teniendo la mano en la mejilla, estaba suspensa en un profundo éxtasis o arrobamiento. Catarina de San Juan andaba, como ángel entre el numeroso gentío, hablando a unos, reduciendo a otros y exhortando a todos a imitación de nuestro padre san Ignacio y san Francisco Javier.

Cuando volvió a salir del puerto de la Nueva Veracruz esta flota para los reinos de España, ya era difunta la venerable Catarina, la cual, desde el día de su dichoso fallecimiento, no se había apartado ni privado a su querida doña Juana de la gloriosa presencia de su bienaventurado espí-

ritu, como lo podemos esperar de lo prodigioso y estupendo de su vida y de su feliz muerte. Al hacerse a la vela los navíos, dijo Catarina a su compañera, hermana e hija en espíritu: «Vamos, ángel mío, a convoyar las naos que trajimos, porque están ya de viaje para volver a su patria». Con estas voces se halló la virgen doña Juana de Irazoqui compañera en estas espirituales peregrinaciones en las playas de la Nueva Veracruz y asistieron ambas dos en espíritu al salir la flota del puerto y entonces volvió a decir Catarina a doña Juana que la acompañase, para ir en seguimiento de los navegantes. Replicó la humilde virgen:

> Ve tú, Catarina, sola, que yo no me atrevo; basta haber experimentado la furiosa braveza del mar en la venida de esta flota, para no volver y probar mis pocas fuerzas. Yo en mi rincón pediré y padeceré lo que Dios quisiere enviarme, pero ver otra vez a mis hermanos los hombres afligidos en tan conocidos riesgos y tan ciertos peligros, no es posible, no hay valor, ni aliento en mi naturaleza flaca y miserable.

La instó Catarina con amor y cariño, diciéndola:

> Si tú, ángel mío, fueras verdadera amadora de Jesús, no solo te arrojaras a las aguas del infiel y proceloso elemento, por las almas reunidas con la sangre preciosa de nuestro redentor, sino que te abalanzaras a las más voraces llamas del fuego abrasador. Aliéntate, hija y hermana mía; no te detengas, mira que va muy interesada esta flota y que conviene al bien de las criaturas el que llegue a salvamento.

Con estas voces quitó el miedo Catarina a su compañera y juntamente la arrebató, como pudiera un ángel, y la llevó por el mar, siguiendo el rumbo que llevaban los navíos con tanta facilidad y consuelo de doña Juana de Irazoqui, que testificaba esta inocente virgen, la servía de recreación la compañía de los navegantes y que su elevado espíritu, haciendo reflexión sobre sí mismo, cuando más fuera de sí la sierva de Dios, no sabía qué cosa eran cobardías ni timideces, porque iba tan llena de amor y de caridad que no reparaba en los trabajos pasados ni se acordaba que aquella insaciable y voraz bestia del mar, podía tragar furiosa en sus fluctuosas e insondables entrañas las naves ni los navegantes. Iba finalmente su espíritu en suma serenidad, navegando sobre el líquido elemento sin susto, temor ni trabajo, recreándose con la placentera tran-

quilidad y más segura bonanza que gozan las marítimas ondas cuando el mar está, como dicen, en leche[579].

En este gustoso camino iban las dos esclarecidas vírgenes, visitando en espíritu todos los navíos que componían la armada, y doña Juana atestiguaba que servían de singularísimo consuelo e indecible gozo las voces de los pasajeros, porque en todas las naos oía clamores y plegarias de los corazones humanos que pedían al Altísimo misericordia, alababan la inmensa bondad y engrandecían su divino poder, y con especialidad se consolaba y gozaba su alma en las voces de los marineros y demás flotistas que nombraban a su compañera y hermana en espíritu, la venerable Catarina de San Juan, diciendo los unos en verso, los otros en devota prosa: «Jesús, María y Catarina que nos convoyasteis, hasta coger con felicidad el principal puerto de las Indias, no nos desamparéis en la vuelta a nuestra patria». En esta gozosa consolación de su espíritu, vio doña Juana un agigantado monstruo, como formado de una espesa y tenebrosa nube, preñada de una sañuda tempestad, que abrazándose con el árbol mayor de la capitana de la real flota, forcejaba furiosamente enojado y enojadamente furioso por hundirle y sepultarla en las salobres aguas del dilatado mar. Admiró la sierva de Dios la desmedida grandeza del membrudo cíclope y se asustó temerosa de ver ir a pique al hermoso y fuerte galeón que guiaba a toda la armada española. Entre estas admiraciones y miedos, se llegó a ella la venerable Catarina y le dijo: «Espanta, ángel mío, ese dragón fantástico y arrójale a sus profundas y tenebrosas hogueras». Respondió doña Juana que no se atrevía, porque era muy grande enemigo, y ella muy flaca y miserable. Catarina la instó segunda vez, y la dijo:

> Échale de ahí, hermana mía, mira que todo su poder es de apariencia, como los tigres y leones u otras fieras que se forman en los densos espacios de las nubes, que con un leve viento se desvanecen.

Aun con esta instancia y razón se halló sin valor y con cobardía la humilde virgen para pelear cuerpo a cuerpo, como el otro pastor con el ángel[580], con aquel agigantado y horrible monstruo. Pero le quitó el miedo Catarina de San Juan, porque acometiéndole con el poder de la gracia, con tal valor y arrogancia, que como si fuera una potestad angé-

[579] *mar en leche*: completamente tranquilo.
[580] Alusión a la lucha de Jacob con el ángel: *Génesis*, 32, 22-30.

lica, le cogió de uno de sus desmedidos y membrudos pies, y le arrojó como quien tira una pelota sobre las inconstantes olas del mar, con tan estruendoso ruido que no halló la virgen doña Juana cómo explicarlo sino con la comparación de una estrella o pedazo de cielo que cayese desprendida sobre el profundo y dilatado elemento. Con este triunfo de la omnipotencia y milagro de la gracia, prosiguieron su viaje en compañía de los navíos y navegantes, hasta entrar en el puerto de la Habana, donde asistieron también en espíritu las dos benditas vírgenes, sin apartarse de los navíos y navegantes, con los cuales salieron juntas, convoyándolos algunos días. «Y entonces, —dice doña Juana de Irazoqui—, me hallé en mi rincón, donde crecieron más continuados martirios, sin volver a ver las naos ni a Catarina, quizás esta valiente y fuerte mujer se fue con ellos a España».

## CAPÍTULO XX
## DE LO QUE AYUDÓ LA SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN, CON SUS ORACIONES Y SUMO PADECER A LA EXTENSIÓN DE LA FE EN TODO EL UNIVERSO Y CON ESPECIALIDAD EN ESTE NUEVO ORBE DEL OCCIDENTE Y DE LA PREVISIÓN Y ESPIRITUAL ASISTENCIA CON QUE FAVORECIÓ A LOS ESPAÑOLES EN EL ALZAMIENTO DEL NUEVO MÉXICO

### I

*Previas noticias de lo mucho que obraba Dios por la intercesión de esa esclarecida y prodigiosa virgen en todo el mundo, entre herejes y gentiles, y con especial patrocinio a ese dilatadísimo imperio occidental y postrero ángulo del universo*

Dejando a sus propios capítulos la ponderación de su bien ordenada caridad, que en esta escogida esposa del Señor fue crecidísima, causada del amor encendido que tenía a su Dios, del conocimiento que tenía de la gloria, prevenida de la inmensa bondad para sus escogidos y de haber visto en espíritu el infierno y los males y penas inexplicables que en aquel triste y terrible lugar padecían los condenados, donde fue llevada muchas veces en vida, para que con la verdadera representación de las eternas penas se animase a ayudar a los vivos, y por su sumo padecer y la preciosísima sangre de nuestro redentor satisficiese la divina justicia y tuviera lugar la misericordia infinita y se lograse en los vivos el mérito superabundante de la sangre de su divino amante, como diré más largamente en su propio lugar. De estos motivos y otros nacía en la venerable Catarina el andar siempre clamando sin cesar al cielo y suspirando por la salvación de las almas, por la conversión y reducción de herejes y gentiles. Por conseguir estas misericordias y favores del Altísimo, maltrataba y despedazaba su delicado cuerpo, ofrecía oraciones, hacia novenas, ponía velas encendidas en los altares y mandaba decir misas, haciendo y padeciendo esta caritativa virgen lo que debieran hacer y padecer los

pecadores, porque como lo atestigua el evangelista san Mateo[581] el reino de los cielos padece fuerza y se alcanza con violencia, y no en el ocio, delicias y gustosas recreaciones del mundo profano. Este ardiente celo de caridad perfecta, crecía cada día más y más, mostrándola el Señor a los pecadores y delitos de todo el universo, y los efectos que cuanto era de su parte causaban en la divina Majestad los pecados de los hombres, dejándosela ver herido y maltratado, según era la calidad y condición de las culpas, como se verá en muchos casos de la historia, que aquí solo quiero poner con especialidad la eficacia de sus oraciones en la conversión de los gentiles de este Nuevo Mundo y occidental imperio y de lo mucho que padecía para conseguir del Altísimo tan singulares misericordias.

Explicó la misma Catarina este su padecer a sus confesores repetidas veces en cuenta de conciencia, diciendo que parecía la vendía el Señor la extensión de la fe entre innumerables gentes y salvación de las almas, a costa de trabajos y martirios, porque siempre que le pedía por ellas la comunicaba tantos y tan terribles tormentos, así interiores como exteriores, que ya rendida la naturaleza al dolor y conocimiento y sin tino se volvía a su querido amante, y le decía: «¿Qué he hecho yo, Señor, para que me castigues con tan acerbas penas, e intolerables martirios?». A que la respondía el redentor del mundo: «Y yo Catarina, ¿qué había hecho, cuando me vi cargado de las congojosas ansias e inhumanos tormentos de mi Pasión?». «Ay Señor y querido mío, proseguía la sierva de Dios, ¡que ya está despedazado todo mi cuerpo, molidos como harina y polvo mis huesos, y el corazón oprimido con prensas de hierro y bronce!». Replicaba el divino amante: «Y a mí, ¿cómo me pusieron?». Con las voces del Humanado Verbo cobraba aliento, restauraba las fuerzas y se ofrecía al penar entre congojosas ansias de muerte y a padecer crueles tormentos por la salvación de las almas y por la exaltación y extensión de la fe de Cristo entre gentiles y herejes.Y era tan acepto a la majestad de Dios este ofrecimiento y perfecta resignación, que se hallaba luego caída en el lecho y angosto ataúd de sus penas e indecibles dolores, que sufría hasta los últimos desfallecimientos, en que pedía como flaca y miserable criatura socorro y favor al todo poderoso y omnipotente creador de cielos y tierra, que la restituía sus corporales fuerzas y espirituales alientos con el suave contacto de su poderosa mano o con el eco de su divina voz, diciéndola que se levantase, como lo hacía, con tan resuelto

[581] *Mateo*, 11, 12.

valor que renovaba y continuaba la sangrienta lucha con la justicia de Dios y los pecados del mundo, sirviéndola de escudo para vencer la divina misericordia, la sangre de Jesucristo y la intercesión de la reina y emperatriz de todos los cortesanos celestes, que al invocarlos, enternecida y como quejosa, la respondían que para qué pedía por tantos. A que decía la venerable virgen: «Porque todo el mundo reconozca a su creador; porque ninguno le ofenda y todos se salven».

En estos mortales desfallecimientos de la naturaleza se la representaba el Señor muchas veces en forma de su propio Padre para significar la paternal y amorosa protección con que la asistía su divino e infinito poder y se acercaba cariñoso a su cabecera, poniendo una de sus poderosas manos por acerico[582] a su querida y fatigada esposa y la decía con amor y ternura:

> ¡Ay, criatura mía! Mira que yo no tuve sobre qué reclinar la cabeza y tú tienes mi mano siniestra por almohada y mi brazo derecho para abrazarte, darte fuerzas y llenarte de bendiciones de gracia.

Con estas divinas asistencias se templaba el rigor de su indecible padecer, restauraba el cuerpo sus naturales fuerzas y el espíritu de la sierva de Dios se veía anegado en avenidas de gozos y en un océano de celestiales delicias con que se fortificaba para conseguir nuevos triunfos en multiplicadas batallas su invicta paciencia, apelar de la resistencia que yacían las graves y repetidas culpas de los hombres, como se lo dio a entender la divina Majestad con infusas inteligencias y con muchas varias y misteriosas visiones, unas que tenían por objeto el estado de los católicos que faltaban a su obligación y abandonaban en parte la observancia de su ley con la envejecida reincidencia en sus pecados, otras en que se la representaba el miserable estado de los herejes con la rebeldía y obstinación en sus abominables errores, otras en que la manifestaba Dios el gentilismo sepultado en una tenebrosa e infeliz noche de oscuridad. Estas luces solían venir en raptos tan sobrenaturales que se hallaba en espíritu en las mismas tierras donde se hacían o habían de hacer las conversiones de los gentiles con tanta claridad que como si fuera llevando su cuerpo con todos sus animados y materiales sentidos le parecía que asistía a los evangélicos misioneros, no solo en las reducciones de los

[582] *acerico*: «almohada pequeña que se pone sobre las otras grandes de la cama para mayor comodidad» (DRAE).

bárbaros al conocimiento infalible de nuestra santa fe sino también la fábrica de las casas o jacales[583] para la habitación de los cristianos nuevos y sus ministros. Asistía y ayudaba a la división política de los pueblos de los recién convertidos y situación de varias iglesias o enramadas donde se congregasen para facilitar su asistencia y provechosa enseñanza en la doctrina cristiana. Decía finalmente el número de los que componían las reducciones, nombraba por sus nombres a los padres que tenían a su cuidado los nuevos cristianos divididos en ordenados apriscos, parroquias o doctrinas, reconociendo cada uno a su pastor, padre y misionero, cuyos rostros, afanes y trabajos refería con individuación, dando las señas y diciendo todas las circunstancias de manera que venían los confederes[584] en conocimiento de todo lo que pasaba en reinos y tierras muy remotas. Pero estos vuelos de su alado espíritu, eran tan repetidos por todo el mundo que no se pudieran reducir a un volumen; apuntaré algunos en particular de los que pertenecen al asunto de este capítulo.

## II

### *Noticias de las nuevas cristiandades del Japón, China y Mogol con que aumentó Dios su santa Iglesia, por la intercesión y oraciones de esta esclarecida virgen*

Por el año de mil seiscientos setenta y cuatro vio la sierva de Dios dos luceros de tanta magnitud, aunque con alguna desigualdad, que la parecieron dos soles, los cuales amaneciendo en el oriente, discurrieron y dieron vuelta por todo el globo esférico del universo, ilustrando, influyendo y vivificando en todas las cuatro partes del mundo y entendió eran símbolos de Jesús y María, y con esta inteligencia se inundó en un baño suave su corazón de gozos y alegrías, persuadida a que con la eficacia de tan clara y copiosa luz saldría de su ceguedad todo el orbe. Refiriendo esta deleitosa y amable visión a su confesor la respondió:

> Es tan cierta esa verdad que tengo por ociosos esos símbolos, porque todos sabemos que Jesús y María andan en un continuo movimiento alumbrando al mundo y favoreciéndole con sus soberanas influencias para que se convierta, sirva y ame a su Dios sobre todas las cosas.

583 *jacal*: especie de choza.

584 *confederar*: «hacer alianza, liga, unión o pacto entre varios» (DRAE).

«Ahí verás», replicó Catarina,

> cuán ignorante y bestia soy, pues lo que todos sabéis es necesario me lo enseñen con lo material de dos grandes luces, una mayor que otra. Pero quizás quiere dar a entender el Señor que ha de haber muchos bautismos y extenderse su santa fe por el mundo, porque no es esta la primera vez que me alumbran estos dos astros de primera magnitud. En otras ocasiones me han alumbrado y guiado por todo el universo y he reconocido innumerables criaturas que se iban encendiendo en amor de su creador y en ardientes deseos de saber el camino verdadero del cielo. Con especialidad, —añadió la sierva del Señor—, a los claros resplandores de estas soberanas luces, he corrido todas estas tierras y he pasado por las Islas Marianas a Filipinas, a los reinos del Japón, Mogol y China, y en todas partes me manifiesta Dios los muchos que se convierten y han de convertirse en estos años por los merecimientos y la preciosa sangre de nuestro redentor, que me manda por instantes que la aplique y ofrezca por todo el mundo, pues la derramó con liberalidad por todas sus criaturas. En estas correrías de mi espíritu, —prosiguió Catarina diciendo—, me pareció que iba yo un día de estos, asistida del glorioso arcángel san Miguel, de mi único amado y de su santísima madre, y que esta soberana reina se sentó sobre uno de mis hombros, cargada de la sangre del Señor y que íbamos rociando con este inestimable licor ciudades, provincias, reinos e innumerables gentes y que todas estas quedaban como marcadas para abrazar con facilidad la ley de Cristo. En esta ocasión advertí con particular cuidado en el rostro del emperador de la China y me hallé movida a rogar por él, deseosa que se hiciese cristiano. Pero no me respondió el Señor, y así cuando volví en mí, me hallé triste y desconsolada, si bien no cesaba de pedir y clamar le alumbrase Dios con la luz de nuestra santa fe, y doctrinas del Evangelio.

Y pudieron servir de argumento y prueba de la eficacia de las oraciones de Catarina las noticias que vinieron a este reino por vía de Filipinas, en los años de mil seiscientos ochenta y mil seiscientos ochenta y uno, de que el emperador de la China sabía las oraciones de la doctrina cristiana, y que con su permiso había ya muchos cristianos que por ocasión de un gran temblor que hubo en aquel imperio, en que murieron más de cuarenta mil personas en las ruinas de sus edificios, habían conseguido los predicadores evangélicos licencia general para enseñar públicamente los dogmas sagrados de nuestra santa fe y ley de Jesucristo, y quedaban ya convertidas más de ochenta mil almas.

En uno de estos repetidos vuelos que dio a este mismo imperio, le volvió a encontrar con el dicho emperador y creció en ella el deseo

de rociarle con la sangre de Cristo, para que ablandase el empedernido corazón de aquel monarca, y pareciéndole que se resistía y no quería recibir el rocío de aquel soberano licor, rogó la sierva de Dios a la Santísima Virgen que le hiciera la señal de la cruz en la frente. La princesa de los cielos con amoroso cariño la respondió que se la hiciese ella y con esta imperiosa voz se halló Catarina tan cerca del emperador que pudo formarle la santa cruz en la frente, pero le pareció que no había tenido efecto, porque en otros repetidos vuelos que dio su espíritu a aquellos reinos, se la representaba en el semblante de este príncipe la rebeldía de su corazón, y aunque en estas espirituales visitas le predicaba y exhortaba a dejar los errores del gentilismo y a abrazar la ley de Cristo con las palabras que la dictaba el Señor y su santísima madre, le hallaba algunas veces como determinado a obedecer a las inspiraciones del cielo y a las voces de los predicadores de Cristo, otras veces se le representaba dudoso, y otras absolutamente rebelde y obstinado. Pero no por eso desistía la sierva de Dios de pedir y padecer por aquel poderoso imperio, y su Majestad la consoló muchas veces mostrándola lo crecido y florido de aquella cristiandad y muchos de los que al presente eran gentiles, en quienes se había de lograr la sangre del Señor y en los que no había de hacer efecto la predicación evangélica.

En el día diecisiete de febrero de mil seiscientos ochenta se halló la sierva de Dios en los reinos del Japón y en una ciudad de muy numeroso gentío y de muchas y hermosas casas y calles, en las cuales vio a un hombre vestido de una túnica blancuzca o cenicienta, que andaba predicando fervoroso la luz de Cristo, de donde se originaban varios pareceres y sentencias en los oyentes, que pasaban a controversias y disensiones entre los ciudadanos, sobre mudar de ley o persistir y permanecer en la de sus antepasados. En estos belicosos tumultos, vio y reconoció que muchos de los vecinos tapiaban las puertas antiguas de sus casas y abrían otras nuevas hacia el oriente, de donde entendió o discurrió la venerable Catarina, que ya aquellos hombres renegaban y detestaban los errores de sus ascendientes y antiguas prosapias, y abrían los oídos y ojos de sus almas a la luz evangélica y a la que les comunicaba el verdadero Sol de Justicia por medio de sus ministros. En nueve de octubre de este mismo año, dijo la sierva del Señor a su confesor:

> Todos estos días se halla mi espíritu en los reinos del Japón y miro con dolor grande de mi alma entre los japones tantas setas, tantos bandos, tanta variedad de opiniones, tanta diversidad de pareceres, tanto número de vo-

luntades opuestas, tanta muchedumbre de culpas y pecados, que al parecer se compone toda aquella imperial monarquía, no tanto de comunidades de gentes unidas, cuanto de castillos combatidos y cercados de ejércitos de disensiones y de asaltos de enemigos en porfiadas y sangrientas guerras.

En medio de estos amotinados disturbios y civiles rencuentros, advirtió que un buen número de japones divididos en bandos y cuadrillas atropadas, con los alfanjes en las manos, se acometían, y andaban de pendencia, y deseando Catarina saber la causa de aquella sangrienta riña, en que entendió se herían y despedazaban coléricamente obstinados, le dijo no sé si su ángel de guarda que su rey les obligaba a batallar para que la victoria entre los discordes sirviese de prueba y argumento para la decisión de cuál fuese la más segura y verdadera ley. Se afligió la sierva del Señor con la noticia de tan bárbaro dictamen y respondió el ángel a su congojosa pena: «No te aflijas, querida de nuestro creador, que toda esa sangre derramada se ha de volver contra el príncipe que impuso ese inhumano precepto».

Por el año de mil seiscientos setenta y ocho vio con luz superior, según parece, sobre los reinos del Japón un globo que explicó con forma de naranja de donde nacía un cometa de dilatada magnitud a manera de una larga y gruesa viga, y siguiéndole con su delicada vista dijo había tenido por término los reinos de España, donde se había entrado y que la parecía era prenuncio toda esta visión de que se había de convertir a nuestra santa fe aquel grande emperador y todo su imperio, que convertido se había de comunicar y confederar con el mayor monarca del mundo, el rey de las Españas. Al principio del año de mil seiscientos setenta y nueve dijo se le había representado otro cometa muy parecido y semejante al del año antecedente que vimos todos en este hemisferio, y añadió la sierva de Dios, que había corrido con movimiento muy opuesto y contrario, porque se había visto salir de España y terminándose en los reinos del Japón donde vio a unos padres que estaban poniendo unos pilares de madera para el edificio de una iglesia o casa en la cual se hizo presente su elevado espíritu, que la pareció hablaba con ellos y que la decían se quedase en aquella habitación y que les respondía que no gustaba porque había pocos cristianos en aquella tierra, pero que creciendo la cristiandad volvería y viviría entre ellos. Cuando volvió en sí dijo no se aseguraba si el lugar donde se fabricaba la iglesia pertenecía al Japón o alguno otro rey no confinante, ni si era en puerto de mar o en otra ciudad y pueblo cercano, pero que la dieron inteligencia de que por

aquel puesto se habían de comunicar en estrechos lazos de amistad los japones con los españoles, tributando aquellos a nuestros reyes y señores, algún debido reconocimiento de su inferioridad y segura hermandad y para mayor individuación añadió Catarina a su confesor:

> Si quiere saber vuestra reverencia y reconocer el ángulo por donde se ha de facilitar y abrir puerta a esta mutua comunicación, córrase una línea derecha desde España a los reinos del Japón y se encontrará con la entrada y tierra por donde se ha de entablar esta mutua correspondencia entre estas dos monarquías.

Y mientras los cosmógrafos echan esta línea por el globo de la tierra, aire o esfera celeste y determinan si atraviesa por la Florida o las Californias y en cuál de los reinos del Japón tiene su término y último punto, paso a otra materia sin dilatarme en estas noticias que como previsiones de los secretos futuros pueden frustrar nuestros discursos y merecer estos más el nombre de adivinanzas que de infalibles juicios.

En catorce de mayo de mil seiscientos ochenta, después de haber padecido mucho por la cristiandad del oriente, se puso en oración delante de Dios y como quejosa le dijo:

> ¿Es posible, Señor, que sea yo tan desgraciada que sea malogrado el fruto de mis desvelos, afanes y fatigas, que después de tanto sufrir, de tanto llorar, de tanto gemir no convierta vuestra infinita misericordia y suma bondad a los chinos, japones y mogoles? Ya conozco Dios mío, que no soy digna de parecer ante nuestra divina presencia ni conseguir favor alguno de vuestra recta justicia, pero vos, Señor, me pusisteis en este camino, me mostráis todas las necesidades del mundo y con especialidad la conversión del gentilismo y me mandáis repetidamente que pida, que padezca y que rinda la vida a vuestra imitación por las criaturas. Ya yo, Señor, clamo, padezco y reviento porque se extienda la luz de nuestra santa fe en aquellas remotas tierras tan pobladas de gentes, como pobres de operarios y ministros evangélicos. Vos, Señor, sois solo el poderoso, y como para dar ser al mundo, no os costó más que el boquearlo, así con un «hágase», podéis convertirlo, pero para mí, que me cuesta tanto afán y trabajo no ver el fruto de mis desvelos y diligencias, es triste dolor e insufrible sentimiento. Por mejor tuviera que no me hubierais escogido para abogada de los hombres, si no había de concurrir vuestra gracia y misericordia infinita con mis ruegos y lágrimas, que el dejarme padecer sin fruto ni provecho alguno.

Y a la verdad esta grave pena y desmedida aflicción que manifestó la sierva de Dios en su amorosa queja tiene fundamento en el común sentir de los hombres, que tienen por vehemente dolor y congojosas ansias el ver un triste malogro de sus afanes y fatigas. Pregúntenselo a los labradores y hortelanos que plantan una viña, que sufren los melindres de un jardín de delicadas flores, qué les cuesta el plantar, trasplantar, regar, escardar, y todas las demás cosas en que gastan días y horas los que les tienen y cultivan, y dirán que cuando se ven privados de la viña que les ha costado muchos sudores o del jardín en que han puesto todo su desvelo y cuidado por tener alguna recreación en qué divertirse, experimentan un vehemente dolor y una gravísima pena.

Aún más a propósito habló san Juan Crisóstomo cuando dijo no hace tantos extremos ni demostraciones de sentimiento y dolor el mercader que así como sale del puerto padece naufragio, como aquel que después que afanó y sudó muchos años en las Indias, vuelve próspero y rico a España, da al través[585] con todo, porque el primero aún no había trabajado ni granjeado nada y el segundo malogró desvelos y diligencias de muchos años.

Este doloroso sentimiento presentó ante la divina presencia nuestra venerable Catarina para mover a la omnipotencia que se ostentase en la conversión del Oriente y halló tanta cabida en las misericordiosas entrañas de la inmensa bondad que, abstrayendo de sus sentidos el alma de su querida sierva, la infundió un claro conocimiento entre otros particulares beneficios de los muchos que se habían convertido en las ciudades y reinos del Oriente a nuestra verdadera religión y entre los recién convertidos que se la representaban vestidos de blanco y de los resplandores refulgentes de la gracia, con especialidad, reconoció a una mujer coronada y con ostentaciones de reina de la cual entendió ser tan fervorosa cristiana que por sus manos y por sus hombros había ayudado a la fábrica de una iglesia cargando personalmente las piedras y otros de los materiales necesarios para la fábrica del edificio.

Corrió finalmente con su entender y conocimiento infuso en estos días muchas ciudades, provincias y reinos del oriente, distinguiendo las tierras pertenecientes a la China, Tartaria y de los reinos del Japón, los del Mogol, de la Arabia e India, señalando y midiendo la longitud y distancia de unas y otras monarquías. Y en todas partes veía su espíritu como se plantaba y extendía nuestra santa fe y ley de Jesucristo, y

585 *da al través*: naufraga.

aunque añadió un día de estos que la conversión de los japones sería después de su propia muerte, se debe entender habló de la conversión total o en la mayor parte de aquellos reinos, porque en los repetidos vuelos de su alado espíritu, que daba y repetía en aquellas islas, registraba las muchas conversiones de particulares que abrazaban con constante resolución la ley evangélica, profesándola en los bautismos que hacían los ministros y vicarios de Jesucristo. Y un día de estos que con ansioso celo de la salvación de las almas pidió y clamó por la conversión de los japones, se la representó el Señor con la cruz a cuestas, que iba como de camino con apresurados pasos y la mandó que le siguiese. Obedeció la sierva del Señor y fue en su seguimiento un buen trecho arrebatada del divino amor, pero era tan veloz el movimiento de la omnipotencia humanada, que fatigada Catarina, le dijo:

> Señor, mira que soy criatura y que no puedo correr parejas[586] con tu divino poder, acomódate a mi flaqueza y miserable naturaleza o prosigue solo tu camino, pues no depende tu querer y tu obrar de las criaturas, con condición que me digas dónde vas y qué cuidados te desvelan y obligan a caminar tan de priesa.

Le respondió: «Un negocio que conduce a la honra y gloria de mi eterno Padre». Con esta respuesta perdió de vista a la divina Majestad y hacia la parte donde iba su divino amante se la representó a la sierva de Dios una oscuridad tenebrosa y entre las lóbregas tinieblas reconoció algunas lanzas y apiñadas espadas, y que a buena distancia se divisaba una gran ciudad en los edificios y numeroso gentío, asistida de pocos religiosos ministros y predicadores de la ley verdadera de nuestro Señor Jesucristo y afijando la atención de su espiritual vista, vio que se esclarecía toda aquella dilatada y bien poblada ciudad y entendió ser efecto de haber llegado a aquel lugar el redentor del mundo con los merecimientos de su santa cruz y sagrada Pasión, y con las luces de su Evangelio esparcidas en aquel horizonte por las voces de sus ministros, por cuya predicación y apostólicos empleos la pareció que cesaba la turbación significada en la horrorosa oscuridad y la sangrienta hostilidad, que se simbolizaba en las lanzas y demás instrumentos de guerra. Notó y advirtió que esta tierra era alta, llana, de grandes socavones y dilatadas

[586] *correr parejas*: un tipo de carrera que se corría en parejas de dos caballeros que iban igualmente vestidos y tenían que correr juntos.

grutas, en que habitaban numerosas gentes, y de aquí infirió pertenecía a las islas y reinos del Japón que había visitado repetidas veces en espíritu y reconocido muchos sacerdotes y muchos más cristianos que poblaban estas artificiosas oquedades[587] por temor o prudente cautela para la conservación de aquella perseguida y acosada cristiandad que no había de florecer triunfante hasta después de su muerte, porque aunque habiendo visto antes del año de mil seiscientos setenta y ocho un extraordinario cometa que por su grandeza se levantó en esta América con el nombre de Grande y entendió la sierva de Dios era feliz anuncio de la conversión de un gran emperador, no obstante lo atribuyó a su natural o sobrenatural inteligencia al de la China y no al del Japón.

## III

### *De la previsión y asistencia espiritual de esta sierva de Dios a los españoles en el alzamiento de los indios en el Nuevo México*

Quien tenía tanto valimiento con Dios para favorecer como instrumento encogido a la cristiandad en tierras tan remotas y distantes reinos, no la podía faltar actividad y favor del cielo para socorrer como ángel de paz a las provincias más propias y cercanas a su morada y habitación. Tengo insinuado en el discurso de la historia que preveía con luz sobrenatural las desgracias que permitía el creador en el mundo para castigo de algunos de los pecadores, escarmiento de otros muchos, y para la purificación y gloria de los justos. El caso siguiente que sucedió en nuestros tiempos en el Nuevo México, puede ser argumento y prueba de esta verdad. El año de mil seiscientos ochenta vio la venerable Catarina muchos carros que iban de camino, acompañados de un numeroso gentío, y bien cargados todos de palmas. Le causó admiración y susto la visión y preguntó la admirable virgen a su confesor si la querían dar a entender algún desgraciado suceso. Le respondió que no alcanzaba la significación, pero que no se asustase porque carros llenos de palmas más parecían jeroglífico de triunfos que de desgracias. A diez de agosto del mismo año fue arrebatada en espíritu a una tierra remota, que no conoció y se halló tan ahogada su alma en una revolución terrible de hom-

[587] *oquedad*: «espacio que en un cuerpo sólido queda vacío, natural o artificialmente» (DRAE).

bres, que batallaban los unos contra los otros. Compadecida y lastimada de ver tan sangrienta guerra, no hallando camino para inducir la paz, se retiró su espíritu al recogimiento interior de su corazón contemplativo, sin poder dar razón de lo que había visto, que el decir se había abstraído, clamando y pidiendo misericordia para la cristiandad de estos reinos. A veintitrés de este mes de agosto dijo a su confesor que había visto su estático espíritu, varias y numerosas tropas de personas afligidas y entre ellas algunos religiosos de la sagrada y seráfica familia de san Francisco, atormentados con varios géneros de martirios. Unos se la representaban quemados o asados, otros degollados, otros asaeteados, arrastrados y aun guisados para sustento de los bárbaros caribes[588]. Vio también este día, o por lo menos lo refirió en él, que había encontrándose con otra tropa o compañía de soldados, entre los cuales sobresalía un bastón, símbolo de su capitán o gobernador, y la pareció que estaban como en junta o consulta para determinar el modo de defenderse y ofender a los muchos enemigos que les cercaban y combatían, y en ese mismo tiempo, con gran consuelo de su alma, se le representó una muchedumbre de almas que vestidas de una resplandeciente blancura como los ampos[589] de la nieve, iban subiendo al cielo, con visos y resplandores de gloria. A veinticinco de este mismo mes se pusieron a su vista un buen número de religiosos de la seráfica y sagrada orden de nuestro padre y gran patriarca san Francisco, unos con el semblante de buen ser, como quienes gozaban ya del eterno descanso, otros con rostros afligidos, y que los unos y los otros la pedían con vehementes instancias rogase a Dios favoreciese en aquella desecha tribulación a la cristiandad y a la religión de san Francisco, pues la tocaba con especialidad por ser tercera[590] y traer su escapulario, aunque oculto y encubierto. No entendió o por lo menos no explicó la sierva de Dios cuál fuese ni dónde se padecía tan lastimosa desgracia, aunque de la turbación y mortales ansias en que le veía su confesor agonizar, discurrió que sucedía en la cristiandad algún extraordinario trabajo.

En veinticinco de septiembre de este año de mil seiscientos ochenta se repitió el vuelo de su espíritu y se halló en el mismo paraje, donde vio un numeroso gentío compuesto de varios estados de gentes y algu-

588 *caribe*: caníbal.

589 *ampo*: blancura brillante.

590 *tercera*: perteneciente a la orden tercera, agrupación de seglares dependientes de una orden religiosa, en este caso los franciscanos.

nos religiosos de san Francisco y otras personas con hábito de la tercera orden del glorioso y seráfico patriarca, y representándosela como necesitado pidió por todos y se halló cercada por un lado de muchas cargas de palmas frescas y recién cortadas, por el otro de otras tantas cruces, y con esta visión prorrumpió la sierva del Señor en estas palabras: «Estas cruces serán las coronas y triunfos que dijo mi confesor se significaban en los carros de las palmas». A trece de octubre llegó a esta ciudad de la Puebla de los Ángeles la primera noticia de la sublevación de los indios del Nuevo México, los cuales en universal conjuración se levantaron a un mismo tiempo en aquellas dilatadas provincias, asegurando con pretexto de amistad su traidora y alevosa persecución contra los españoles, iglesias y los ministros que los doctrinaban, quitando la vida a todos los cristianos, así indios como españoles, y a más de veinte religiosos. Luego que llegó esta nueva a los oídos de Catarina, dijo:

> Estas eran sus revueltas y disturbios violentos que me mostró el Señor, dos meses ha, y las crueldades que ejecutaban los alzados con los sacerdotes y no sacerdotes. Dios defienda a los que han quedado.

El día siguiente, catorce, volvió a hallarse en la tierra donde se la representaba la sangrienta guerra y vio innumerables indios alborotados, bárbaramente furiosos y abominables en sus membrudos y tostados cuerpos, casi desnudos y en sus rostros coléricamente irritados que andaban batallando con gente vestida y blanca. En medio de estos reñidos y sangrientos combates deseaba su corazón compasivo meter paz entre los combatientes y, hallándose sin fuerzas, se acogió a la oración, pidiendo a la divina clemencia atajase la batalla, refrenase la bárbara hostilidad y favoreciese a sus cristianos. A esta petición se mostró el Señor serio, y con el rostro algo enojado le dijo:

> Agradezcan los que han quedado vivos que se han opuesto a mi recta justicia tus clamores y lágrimas, que si no me ataran las manos tus ruegos, había de acabar el rigor de mi indignación con toda la cristiandad del Nuevo México. Prosigue pidiendo y clamando por mis criaturas y que vuelva a florecer y arraigarse mi santa ley en todas esas provincias.

Catarina respondió a la soberana Majestad:

> Yo pediré y padeceré por la extensión de la fe católica y espero conseguirlo, fiada en los méritos de la preciosa sangre de nuestra redención, porque no padezcan justos por pecadores ni pierdan los justos lo que desmerecen los injustos, amotinado y armado a echar de sí el suave yugo del Evangelio.

A veintiuno de octubre, día de las once mil vírgenes, patronas y especiales abogadas de la sierva de Dios Catarina de San Juan, vio esta venir de remotas tierras hacia México, por un ameno y dilatado campo un religioso hijo del seráfico padre san Francisco, muy resplandeciente y de buen parecer, y en su compañía a un hermano lego[591] de la misma sagrada religión con un chiquihuite[592] o canastillo de flores tan hermosas que le parecieron del cielo. Discurro yo fue símbolo de la venida del superior de aquella apostólica custodia o de sus cartas en manos de algunos de los religiosos, que nos dieron la nueva cierta del alzamiento y muertes de los ministros y operarios evangélicos de aquella destrozada viña del Señor, porque en este tiempo corrió la nueva como cierta, con la individuación de muchas circunstancias que antes no sabíamos y me mueve a formar este discurso el haber visto la sierva de Dios a fines del mes de octubre o principios de noviembre a los mismos carreteros que habían llevado las palmas volver cargados de preciosísimas flores y rosas, en que entiendo se significaron las noticias individuales y totalmente perfectas de aquella dichosa desgracia. El primer día de mil seiscientos ochenta y uno volvió a reconocer el presidio de los soldados, aumentado con otras muchas personas de ambos sexos y de todos estados que venían como a la protección de la misma Catarina, desamparando la tierra alborotada y acercándose a otra provincia, donde había casas y gente blanca que los recibía con amor y caridad cristiana, porque aunque faltaba el sustento le repartieron, y acomodaron los huéspedes que venían, con los que los recibieron con tan buenas entrañas que, dentro de pocas horas vio vestidos y alegres a los que en la retirada había visto caminar maltratados, rotos y casi desnudos. El día antes había también visto caminar a todo este gentío triste y temeroso, unos con armas, otros cargando cajas, otros a sus hijos y otros finalmente con otros trastes, como quienes se mudaban de una tierra, a otra. En quince de enero de

[591] *lego*: el profeso en una orden religiosa, pero que no tiene opción a las órdenes sagradas, y ejecuta determinados servicios.

[592] *chiquihuite*: «cesto o canasta de mimbre, bejuco o carrizo sin asas» (DRAE).

este año, vino nueva de que el gobernador del Nuevo México asistido de los soldados y otros españoles que quedaron vivos en la universal conjuración, habían acometido por tres veces a los indios alzados y habían muerto a muchos y ahuyentado los demás, se retiraron y desampararon la tierra con todos los niños y mujeres que pudieron recoger y asegurar al abrigo y escolta de las armas, reconociendo no podían conservarse cercados de tantos enemigos y acosados de la sed y hambre que comenzaban a sentir por haber los bárbaros cortado los ríos y quemado todo género de mantenimiento, para que prevenidos y puestos todos los medios que les dictó su traidora y alevosa intención, no quedase ningún buen cristiano ni español con vida. Mejor lo hizo Dios con nosotros en esta ocasión, pues sacó y libró de entre tantas bárbaras huestes enemigas a muchos con vida y no hubieran obrado mal los españoles si hubieran vuelto a castigar los rebeldes, porque no de aliento este mal ejemplar a las demás provincias circunvecinas. Podrá notar alguno que con todas estas visiones de la sierva de Dios pretendo calificar por mártires a los que perecieron en esta sangrienta y porfiada guerra y no es de ninguna manera ese mi intento, porque esta determinación pertenece a la cabeza de la Iglesia que asistida del Espíritu Santo puede dar esa revolución y con ella lo infalible del crédito. Yo solo pido la fe humana para la verdad de estas luces y de sus significados y objetos como la han discurrido y escrito otros con probabilidad prudente sin la noticia de estas ilustraciones.

Dice la *Crónica de san Diego de México*[593], estas palabras:

> Fue universal la conjuración con que se sublevaron todos los indios infieles, hasta hacer liga con los neófitos y recién convertidos que apóstatas de la fe consiguieron la persecución más segura, apadrinándola con capa de amistad y así lograron el asalto sin resistencia, el día diez de agosto de mil seiscientos ochenta años, matando con fiereza en distintos conventos y lugares veintiún religiosos de diversas provincias incorporadas en unidad de hijos en aquella custodia del Nuevo México.

En esta invasión que asoló los templos, quemó las iglesias, profanó lo sagrado, murieron y fueron holocausto a Dios estos religiosos, día del

[593] Se refiere a la *Crónica de la santa Provincia de san Diego de México*, de Baltasar de Medina (México, Juan de Ribera, 1682).

protomártir[594] español san Lorenzo[595], no con menos odio de los bárbaros que el del gentil Valeriano[596] contra el protomártir invicto, cuyas honras le hicieron en el convento grande de nuestro padre san Francisco de México en veinte de marzo de mil seiscientos ochenta y uno. Se celebraron las exequias con la solemnidad fúnebre, digna a tan lastimoso ejemplar suceso en la oración, que ese día dijo el ilustrísimo y reverendísimo señor doctor don Isidro de Sariñana y Cuenca, catedrático de prima de Sagrada Escritura en la Real Universidad, calificador del santo Oficio, examinador sinodal del arzobispado, chantre y arcediano de la santa Iglesia Metropolitana y hoy dignísimo obispo de Oaxaca con asistencia del excelentísimo señor marques de la Laguna, conde de Paredes, virrey de esta Nueva España, asistido el templo de todas las religiones, gravísimo concurso de nobleza y ciudad, celebrando los oficios y misa la religiosísima familia de predicadores, llamando al llanto gozo el orador doctísimo, y algunas líneas de su sermón, son las que le siguen:

> Que en probable, humano y prudencial juicio, se discurre que les quitaron las vidas en odio de la religión cristiana, pues siendo este el motivo de la conspiración, muy creíble es de varones cristianos, sacerdotes y religiosos que abrazaron en obsequio de la fe las muertes que padecieron. Si el odio de los conjurados mirara a las personas mataran solo a los aborrecidos, no los mataran a todos y a todos tiró el intento ejecutado en los más y no logrado en los menos. Amplíase más esta humana probabilidad al discurso, porque si les llevara el odio a las personas no hicieran escarnio en las cosas sagradas, no entonaran con mofa el «Alabado» y las demás oraciones de la Iglesia, como testifica en su carta el gobernador, ni quemaran los templos; luego sus rabias y efectos eran del odio de la religión, pues al mismo tiempo que los ministros vivos templos de Dios eran ruinas de los golpes de las flechas, eran también los templos materiales cadáveres de carbón a la voracidad de las llamas, pudiéndose acomodar a tan lastimoso estrago las palabras del profeta rey en el salmo 119[597].

[594] *protomártir*: «primero de los mártires» (DRAE).

[595] *San Lorenzo*: fue uno de los siete diáconos regionarios de Roma, ciudad en donde fue martirizado en una parrilla el 10 de agosto de 258, cuatro días después del martirio del papa Sixto II. Se cree que nació en Huesca.

[596] *Valeriano*: el emperador perseguidor de los cristianos, de quien fue víctima san Lorenzo.

[597] *Salmo*, 119, 4, donde se mencionan las saetas y los carbones encendidos, aunque no viene demasiado a cuento.

# CAPÍTULO XXI
# DE OTRAS PARTICULARES NOTICIAS QUE ILUSTRAN Y DAN A CONOCER LA NUEVA Y EXTENDIDA CRISTIANDAD DEL OCCIDENTE POR LA INTERCESIÓN DE LA SIERVA DE DIOS EN LAS MISIONES PERTENECIENTES A LOS PADRES MISIONEROS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN ESTA NUEVA ESPAÑA E ISLAS FILIPINAS

## I

*Varias visiones de la extensión de la Católica Iglesia en el gentilismo, con que consoló Dios a Catarina en la tribulación que la causó la pérdida del Nuevo México*

Quedó, la sierva de Dios afligida sobremanera con la perdida de esta nueva cristiandad, porque al paso que hervía en su corazón lleno de caridad el celo ardiente de la salvación de las almas y de la extensión y exaltación de nuestra santa fe, se le hacía insufrible cualquier desgracia con que se menoscabasen los triunfos de nuestra religión católica, los prodigios de la omnipotencia y las maravillas de la gracia, que ceden en honra y gloria de nuestro Dios, de nuestro reacdor y del redentor del mundo. Estando pues Catarina triste, melancólica y con extremo atribulada, vino la divina Majestad humanada a enjugarle las lágrimas, a templarle las penas y a desahogar su corazón apretado, mostrándola que si con una mano permite sucesos infelices que sirvan de ejemplares castigos y de escarmiento en su santa iglesia, con la otra mano ostenta su soberano poder y comunica con magnífica liberalidad sus misericordias. Y así para el consuelo de esta su querida esposa, tan celosa del bien y del aumento de la cristiandad, le manifestó cómo aquellos pocos cristianos que habían quedado con vida en la mancomunada y universal conjuración del Nuevo México, les señalaba luego por instrumentos de la extensión del cristianismo, como efecto infalible de la preelección de sus eternos y absolutos decretos. Esta manifestación de los ocultos secretos, y misterios no se la franqueó de repente con toda claridad y distinción,

sino poco a poco, primero por símbolos oscuros, aunque muy propios de las sagradas letras, y después con perfectas y claras inteligencias porque se estimasen más las celestiales noticias y se reconociese con debidos agradecimientos el universal beneficio.

Vio finalmente la sierva del Señor, a los resplandores de aquella soberana y verdadera luz, que la alumbraba en el paraje del Río Grande, que llaman el Paso, donde se hallaba su espíritu, con el conocimiento, donde se habían retirado los españoles del Nuevo México. No sé si el día catorce de septiembre del dicho año de mil seiscientos ochenta, dijo que vio andar mucha de aquella tierra, parte hacia el sur, parte hacia el poniente, parte hacia el norte, parte hacia el noreste, o entre noreste y oriente. Como yo no he andado aquellas provincias no puedo hacer composición del lugar ni del paraje que llaman el Paso, y mucho menos aplicar con acierto estos movimientos de la tierra cristiana, para fructificar entre las malezas y duros abrojos[598] del gentilismo pero entendí que la cristiandad afligida y perseguida se había de extender por las incultas y constantes tierras de los gentiles. Los prácticos en aquel horizonte y hemisferio podrán explicar esta visión, ayudándose de las siguientes noticias y determinar si se comprenden en ella los indios tarahumaras, californios u tejas y otras de las innumerables naciones bárbaras que han pedido y admitido la predicación del santo Evangelio en estos pocos y felices años. Catarina preguntó al Señor qué significaban aquellos flujos y reflujos del térreo elemento, siendo en sí tan sólido y firme. Le respondió su Majestad que se simbolizaban las criaturas, que comparaba su amado y querido Job al lodo, polvo y ceniza; «y esto lo entenderá muy bien tu confesor, así como el símbolo siguiente», y luego le mostró la Eterna Sabiduría unos árboles que andaban como hombres y discurrían por todas aquellas bárbaras naciones, comunicándoles la dulzura de sus frutos y convidándoles con la sombra apacible de sus frondosas ramas y saludables hojas. Aunque esta visión fue al principio obscura, y como imperfecta para la venerable virgen, poco después tuvo más pleno conocimiento y clara inteligencia de que los árboles eran los ministros evangélicos, así de la sagrada orden de san Francisco, como de la Compañía de Jesús que confinaban por aquella tierra y provincias de aquellos nuevos reinos de León y Vizcaya. Le sucedió a Catarina en esta ocasión, en la vista espiritual, lo que en la vista material refiere el evangelista san

598 *abrojo*: planta pinchuda.

Marcos[599] del otro ciego a quien preguntó el Señor, poniéndole las manos sobre los ojos, si veía algo y respondió el ciego que aún no veía de todo punto, porque le parecían árboles los hombres; le puso otra vez la mano sobre los ojos y comenzó a ver y a restituírsele la vista tan de todo punto que confesó veía ya con claridad y distinción todos los objetos.

En dieciséis de octubre de este año de mil seiscientos ochenta se la puso delante mucha tierra movediza que se había sacado de un hoyo grande y vio que toda aquella tierra se traspasaba a otra tierra de gentiles para que fructificase cristianas plantas y se extendiese el cristianismo, pero no explicó qué tierra era aquella en que veía que había de resplandecer la luz de nuestra santa fe, arraigarse y fortalecerse la ley de Cristo por medio de la predicación evangélica, si bien se hallaba muchas veces en las provincias de los tarahumaras donde asistía en espíritu a la multiplicación y aumento de las misiones nuevas y se disponía también en aquel tiempo la entrada en las Californias adonde había dado muchos vuelos su espíritu en este y en el año antecedente, y la describía diciendo que al principio era arenisca y que después descollaban en ella montes y serranías que dividían muchos valles y llanadas, que no dudaba serían fértiles y de panllevar[600] si se labrasen y cultivasen, por el temperamento húmedo y caliente que se reconocía, y porque no la faltaban ojos de agua[601] y ríos que a buena distancia la bañaban. No reconoció riqueza particular alguna ni numeroso gentío de pobladores, que es el mayor tesoro que hace a los reinos grandes y poderosos, pero no por eso hemos de persuadirnos a que es la tierra pobre de gente y de riquezas, pues no es bastante argumento para afirmar que carece de estas dotes aquella dilatadísima parte de tierra el no haberlo visto Catarina, porque no lo han de ver ni registrarlo todo los alados espíritus en sus estáticas abstracciones. Por el mes de junio de mil seiscientos setenta y nueve, hallándose su espíritu en las mismas Californias dijo que había visto en un monte que al parecer estaba enfrente de nuestras misiones de Sinaloa, la osamenta de un cuerpo humano en cuya calavera vio un ojo vivo y claro con que la miró tierno y condolido y preguntándole la sierva de Dios si era necesitado y qué quería. Le respondió: «Darte noticia de que he de estar aquí penando hasta que me vea en sagrado». «¿Pues, qué puedo yo hacer?», le replicó Catarina, «¿ni de qué me puede

599 *Marcos*, 8, 22-26.
600 *panllevar*: buenas para sembrar trigo.
601 *ojos de agua*: manantiales, lagunas.

servir esta noticia?». La satisfizo diciendo: «De que consigas del Señor que entre en esta tierra la luz de la fe, que se fabriquen templos y que se edifique uno de ellos aquí donde está mi cuerpo para que entre mi alma en el cielo». Pidió la sierva del Señor lo que la rogó el difunto y en este mismo año ee comenzó a disponer con orden de nuestro rey y señor la entrada en las Californias con más próvida y solicita prevención que otras veces y se ejecutó el año de 1681 y 1683 con buen número de soldados y algunos padres misioneros de la Compañía de Jesús que tomaron puerto, hicieron un fuerte y fabricaron iglesia donde acudían los indios caribes ya mansos y aficionados a los españoles y padres que les recibían con amor y pretendían su bien enseñándoles los misterios de nuestra santa fe.

Víspera del día en que celebra la santa Iglesia la aparición del glorioso Arcángel san Miguel[602], año de mil seiscientos ochenta y uno, vio hacia mano izquierda de la Nueva Veracruz, que según la situación de la ciudad donde estaba la venerable Catarina y lo que señalaban sus acciones se verificaba la visión en la tierra de los indios tejas o en la que está cercana a la Bahía del Espíritu Santo, vio digo, a una hermosísima señora que con su desacostumbrada belleza la arrebató los sentidos y potencias y la obligó a ir en su seguimiento, registrando varias tierras, todas de malezas, de espesos y vastos montes. Advirtió, que la soberana señora caminaba como por el aire cerca de la tierra, sin tocarla con sus plantas, le pareció que era la Santísima Virgen, y que llevaba delante de sí dos redes dentro de las cuales distinguía algunas personas blancas, que entendió ser los pescadores a cuyo cuidado había de estar la pesca que se lograse. No penetró la sierva de Dios el misterio de las redes ni el fin de aquel prodigioso vuelo, y por salir de esta duda y confusión en que caminaba y volaba su espíritu se lo preguntó a la que entendía ser la princesa de los cielos y Señora de todo lo criado. Le respondió: «Sígueme, Catarina, y date prisa que de las tres partes del mundo, aún faltan las dos que convertirse y dar la debida adoración a mi Santísimo Hijo». Con esto entendió que la pesca a que la convidaba no era de peces, sino de hombres, y de hombres muertos que habían de vivir con la gracia del santo bautismo entre los fieles de la Católica Iglesia. Por el año de 1681 o 1682, dio otro vuelo su elevado espíritu hacia el Mar del Sur y llegó a un paraje donde vio un navío que estaba ya para hacerse a la vela. Preguntó a la gente embarcada que dónde iban. Le respondieron que

602 San Miguel es el 29 de septiembre.

a bautizar y a hacer cristianos. No explicó si esta navegación era para las Californias, Marianas o Filipinas, donde había sido llevado muchas veces su espíritu, pero prosiguió diciéndoles: «Ya nos veremos, que por ahora tengo que hacer mucho por acá». Finalmente, desde el año de mil seiscientos setenta hasta pocos años antes de su dichosa muerte, fueron repetidísimas sus ilustraciones y misteriosos vuelos de su espíritu por todo el mundo asistiendo a innumerables conversiones y fundaciones de nuevas cristiandades, en que se extendía e ilustraba la santa Iglesia, recreando el Señor el abrasado celo de las almas que había comunicado con su divino amor a su querida sierva, pero para que se viese lo cierto de sus visiones todas, era menester carearlas con los sucesos extraordinarios de todo el mundo, lo cual no permite el tiempo ni mis ocupaciones, y por los gastos tan excesivos de las impresiones en estos reinos. Se contarán por ahora al piadoso lector con las noticias particulares de lo sucedido en la nación tarahumara y otras pertenecientes a nuestras misiones, para argumento y prueba de sus profecías y testimonio del excesivo valor de sus oraciones, en el tribunal de la divina misericordia para bien del mundo.

## II

*Otras singulares noticias y misteriosas visiones que tuvo la sierva de Dios de la extensión de la fe y triunfos de la gracia verificadas en las Islas Filipinas, Marianas y en la provincia nación tarahumara perteneciente a las misiones de la Compañía de Jesús en esta Nueva España*

Era la sierva de Dios, Catarina de San Juan, universal abogada y protectora del universo, como prueba el discurso de la admirable vida, y lo confirman las muchas visiones e ilustraciones que van mezcladas y entretejidas con las prodigiosas virtudes que resplandecen y son el principal fin de esta historia, para la edificación e imitación de los que con ánimo de aprovecharse la leyeren. Y aunque esto faltase en los antecedentes escritos bastará lo que la mostró y significó el Señor el año de mil seiscientos setenta, para más avivar el incendio del amor y celo de la salvación de las almas que abrasaba el corazón de esta esclarecida virgen y fue que ofreciéndose ella por cirenea a Jesús Nazareno, con la ayuda y fortaleza de los divinos auxilios, se la dejó ver la eterna sabiduría humanada afligida en la cruz y el peso de todos los pecados del mundo

que llevaba sobre sus sagrados y agigantados hombros, y condoliéndose esta su amada esposa, le preguntó compasiva y lastimada: «Pues, Señor, ¿tanto pesa, ese madero?». Y la respuesta fue mostrarla todos los cuatro lados de la cruz rellena de innumerables gentes de diversos colores y trajes, dándole a entender era representación de los habitadores de las cuatro partes del mundo, que con sus culpas hacían intolerablemente pesada la cruz que había cargado por los hijos de los hombres. Con esta visión aumentó su divina Majestad en su querida esposa la sed de la salvación de las almas y conversión del gentilismo y se abrasaba en encendidos deseos de padecer por los pecados que se cometía en todo el orbe y ciega del divino Amor, se ofrecía valerosa a experimentar y tolerar los castigos que merecían las culpas de todo el mundo, y el Señor le respondió: «Pues padece ahora por la América habitada en gran parte de idólatras». Se resignó perfectamente Catarina en la voluntad de Dios, imploró su omnipotencia y lo admirable de su divina gracia, protestando su flaqueza e inutilidad. A este acto heroico de muchas virtudes juntas, la correspondió con fineza el redentor del mundo representándosela en forma de un amoroso pelícano[603] que hería y rasgaba el pecho con el pico y entonces dijo a su sierva: «Recoge esta preciosa sangre y rocía con ella a esas bárbaras gentes, porque este precioso licor es el sustento, la luz y vida de todas las criaturas».

Fortalecida con estas ilustraciones se halló por el año de mil seiscientos setenta y tres en una tierra remota y a su parecer muy distante de esta ciudad de la Puebla de los Ángeles y la describía diciendo que era llana por la mayor parte, que la terminaban o dividían serranías y algunas de ellas se la figuraban de plata, anuncio de los muchos y ricos minerales que después le descubrieron y se van descubriendo para facilitar el Señor con su altísima Providencia las entradas y poblaciones de los españoles, de cuya permanencia depende la conservación de la fe y la sujeción a nuestro rey y señor en tierra habitada de gente de suyo fiera y novelera, de cuya fidelidad hay poco que fiar por su barbaridad e inconstancia. Era abundante de aguas por los muchos ríos que la bañaban y bien poblada de árboles. Le pareció que estaba a la vista de la cristiandad y aun cercada de los cristianos, porque veía muchos padres de la Compañía que por la circunferencia de toda aquella tierra andaban catequizando, predicando y bautizando, y no muy lejos divisaba también a otros mi-

603 *pelícano*: conocido símbolo cristológico, porque se creía que el pelícano alimentaba a sus polluelos con la sangre de su pecho.

nistros del Señor con el hábito del glorioso patriarca san Francisco. No dijo el nombre de la tierra, pero nombraba algunos de los padres que estaban vecinos a esta gentilidad y que yo conocía, por donde entendí el paraje o parte de este dilatadísimo mundo nuevamente descubierto que visitaba Catarina en espíritu y favorecía con sus oraciones y regaba con sus lágrimas. Asegureme en mi inteligencia por las noticias que vinieron de la tierra adentro, y nos certificaron se daba principio a la conversión y bautismos de la nación tarahumara, que muchos años antes se había emprendido y se había ya dejado por la inconstancia de sus naturales y por la hostilidad de su bárbara resistencia, contentándose los españoles y los predicadores evangélicos con la conservación de algunos pueblos de esta nación vecina a la tepehuana, ya cristiana y reducida a un vivir racional y político. Quebraron las primeras lanzas en la empresa el año de mil seiscientos setenta y tres los padres Fernando de Barrionuevo, Juan Manuel de Gamboa, que comenzaron los bautismos de aquella gentilidad frontera de cristianos y por muchos años desamparada. Tuvo gran parte en esta gloriosa entrada el gobernador don José García de Salcedo, alentando a los dichos padres con su católico celo, prometiéndoles su escolta y encomendándoles al indio cacique don Pablo, capitán general, por su majestad de aquella nación y de las confinantes temoris, guazapares, tepehuanes y otras más cuyos nombres ignoro.

En este tiempo y sazón se halló el espíritu de Catarina en la tierra tarahumara, con Cristo crucificado, que la brindaba varios platos y fuentes de sabandijas asquerosas que significaban el infeliz estado de aquellos bárbaros, a que ella no arrostraba y se resistía con repugnancias inexcusables de la naturaleza, a tanto horror y asco; semejante maravilla vio san Pedro[604] cuando en aquel misterioso arrobamiento se le descolgó un lienzo de los cielos en que venía revuelta una república de animales asquerosos y ponzoñosas sabandijas y cuando él diera por excusado el regalo, por lo mucho que le asustó, oyó la voz de Dios que le dijo: «Levántate de ahí Pedro, saca el cuchillo, degüella, mata y come, que esta es la ocasión de mostrar tu valentía y la excesiva fuerza de tu amor». Quería san Pedro obedecer y no podía, porque todos los manjares que se le franqueaban en la mesa eran horrores y asombros. Iba a echar mano y la retiraba asustado porque se encontraba con una serpiente. Iba por otro lado y veía un basilisco entre víboras ponzoñosas y culebras enroscadas. Mudaba de puesto y no mejoraba de plato. Le salía al encuentro un es-

[604] *Hechos de los Apóstoles*, 10, 1-48.

cuerzo[605] asqueroso con un áspid que vibraba en su lengua veneno. Esto mismo la sucedía a la sierva de Dios hasta que en la octava de la festividad de Todos los santos, se la volvió a representar el Señor con el sagrado costado abierto y dentro de él una inmunda y fea muchedumbre de gusanos y otras sabandijas y mandándola su Majestad comer, se halló con gana y deseos de satisfacerse y con ánimo para apagar el hambre que la afligía, comió y tragó de manera que dudó y propuso a su confesor no poder comulgar aquel día después de tan abundante almuerzo. Pero no por eso dejó de entender el misterio de la visión, pues explicó que en los animales se figuraban los gentiles y en el costado abierto del Señor la santa Iglesia católica, donde se habían de recoger y agregar alumbrados de la predicación evangélica y santificados por el sacramento del bautismo. Así como cuando vio san Pedro animales y sábana que le servía de mesa y plato arrebatado en un soberano éxtasis entendió por las sabandijas la gentilidad y por el lienzo blanco la santa Iglesia. Como se vio en el recibimiento que hizo al centurión gentil llamado Cornelio que se le entró a san Pedro[606] por las puertas, y la cabeza y piedra fundamental de la Iglesia entendió con luz del cielo en aquel misterioso rapto que venía la gentilidad a entrarle por las puertas de la Iglesia y no por que esta sea blanca como un lienzo ha de dejar de admitir a los que han sido más crueles y sangrientos que un león, más golosos que un oso, más ligeros en despedazar que un tigre, más venenosos que un dragón, más astutos y ponzoñosos que una culebra.

Le preguntó el confesor si era aquella la primera vez que la habían ofrecido y hecho comer comida tan desabrida y horrorosa. Respondió que no, porque ya en otras ocasiones la habían obligado a gustar semejantes potajes de animales inmundos, que habían causado justos horrores y asombros a su miserable naturaleza, y puso por ejemplares que hallándose su espíritu en las Islas Marianas la obligaron a comer y tragar muchos pescados podridos y todo género de asqueroso marisco, y que entre las congojosas ansias que sentía su alma en estos convites de bascas[607], entendía eran jeroglíficos y símbolos de las conversones del gentilismo, a cuyas reducciones asistía y se la representaban en forma de sementeras cuidando ella desde la siembra hasta la cosecha del riego y

605 *escuerzo*: sapo.
606 Ver *Hechos de los Apóstoles*, 10.
607 *bascas*: náuseas.

de la escarda[608] como si fuera la principal obrera y operaria de aquellas haciendas. Lo mismo refería de las Islas Filipinas, en varios vuelos que dio su alado espíritu a aquel postrero ángulo o rincón del mundo, en especial cuando los infieles o apóstatas quitaron la vida al apostólico varón padre Juan de Barrena, de la Compañía de Jesús, cuya vida anda impresa entre los varones ilustres de nuestra sagrada religión a cuya muerte asistió en espíritu Catarina exhortándole a derramar su sangre y dar la vida por Dios y por sus almas redimidas, y en el instante de su dichosa muerte vio volar al cielo su alma en forma de una saeta de refulgente luz, para resplandecer eternamente entre los cortesanos y bienaventurados del empíreo. A este padre habló y comunicó Catarina cuando pasó por esta ciudad de los Ángeles y le estimó mucho por la previsión de su martirio y eterna felicidad, que le esperaba por este medio tan glorioso en la militante y triunfante Iglesia. Lo mismo pudiéramos decir de otros que han pasado a las Marianas e Islas Filipinas en quienes se verificaron las previsiones e ilustraciones de sus martirios a lo que podemos probablemente discurrir y piadosamente con probabilidad creer, los cuales podían tener lugar en este capítulo, pero por no tener a la mano ni hallar los individuales apuntamientos de las circunstancias con que lo previo y dijo la sierva de Dios, los omito por ahora y prosigo con el asunto de la conversión de los indios tarahumaras.

Por los tres años siguientes, repitió estos espirituales vuelos a la misma tierra donde, entre otras visiones que tuvo, se la representó en una de las serranías o montes que la componen o dividen de otras naciones o provincias, una hermosísima cruz que estaba como colocada sobre el brocal de un pozo o manantial perenne de donde iban sacando dos sacerdotes muchos cubos o jícaras de leche y que las iban distribuyendo entre innumerables gentes que habitaban en un llano o valle muy espacioso y dilatado. Y entendió la sierva de Dios por la leche el agua del bautismo con que quedaban blancas y hermosas las almas de los recién bautizados. Vio otro día sobre un montecillo un pastorcito muy hermoso y alegre y como triunfante al cual reconoció por su divino amante y luego vio muchos animales fieros, inmundos que se iban transformando en ovejas, dividiéndose en manadas y caminaban gustosas y alegres por un campo ameno y florido hacia donde estaba el soberano pastor. Con esta deliciosa visión se regocijaba entretenida Catarina y entre los gozos y júbilos de alegría que experimentaba su alma, viendo a su querido

608 *escardar*: quitar malas hierbas.

pastor buscado de tantas ovejas, prorrumpió en estas voces: «Si ellas no vinieran, yo fuera a traerlas». Otro día volvió a ver a este divino pastor en un alto, mirando desde allí a sus ovejas y le pareció a la sierva de Dios que andaba ella recogiéndolas, arreándolas y encerrándolas en un aprisco perteneciente al mismo Señor. Todas estas visiones entendía Catarina de las conversiones de los gentiles que Dios llamaba y agregaba a su católica y amada Iglesia, santificándolas por medio de las aguas del bautismo que administraban sus apostólicos misioneros y fervorosos ministros en aquellas fieras y bárbaras naciones. Y bien le deja entender que en el pastor se representa Cristo, en las ovejas los fieles y en la solicitud de recogerlas lo que está caritativa virgen trabajaba y ayudaba a la conversión de las almas con sus oraciones, ruegos y virtudes. Por estas noticias y por las antecedentes deseé saber el estado de aquellas nuevas misiones y se lo pregunté al padre José Tardá, que era uno de los principales obreros que cultivaban y aumentaban aquella nueva viña de nuestro redentor, y respondió con el escrito siguiente.

> Mi padre Alonso Ramos, *Pax Christi etc.* Luego que llegué de México a estas misiones de los tepehuanes, me señalaron los superiores para las nuevas de tarahumaras, en lugar del padre Fernando de Barrionuevo, que enfermó de manera que no pudo proseguir en su apostólico ministerio, y por haber sacado el padre provincial al padre Juan Manuel de Gamboa para la misión de Parras, vino por mi compañero el padre Tomás de Guadalajara con orden del padre provincial para que entrásemos en las rancherías y poblaciones distantes de los gentiles, y en estos dos años hemos corrido gran parte de tierra catequizando y administrando los dos sacramentos del bautismo y matrimonio según los ritos de nuestra santa madre la Iglesia Católica, reduciendo los indios a pueblos en los puestos de santa Ana, cabecera de esta misión, san Francisco de Borja, Nuestra Señora de Guadalupe, san Francisco Javier; a la segunda misión de san Joaquín y santa Ana agregamos otros pueblos que son los de san Miguel, san Bernabé y san Ignacio. Finalmente hemos comenzado este año de 1675, los bautismos en las rancherías del Nombre de Jesús, Nombre de María la Purísima, san José, san Rafael, san Gabriel, Nuestra Señora de Montserrat y otros dos pueblos de san Miguel y san Bernabé, todos principales y cabeceras de partidos. Este es el estado que por ese tiempo y año de 1676 tenían las misiones tarahumaras, cuando se nos ofreció que para hacer pleno informe al señor virrey de la Nueva España, convendría reconocer primero toda la tierra y los puestos de temoris, guazapares, chinipas, y barohios, situados a las vertientes de la Provincia de Sinaloa, donde en años antecedentes habían muerto a manos de aquellos bárbaros apóstatas los venerables padres Julio Pascual y Manuel

Martínez. Salimos para esta jornada habiendo tocado en varias rancherías donde teníamos ya cristianos, y con los trabajos que vuestra reverencia puede considerar en camino tan dilatado, pues tiene de largo la tierra tarahumara, de oriente a poniente, cien leguas y de norte a sur ochenta, por sí muy áspera e inculta, poblada de fieras y de hombres más indómitos que ellas mismas. Llegamos a Cutego pueblo perteneciente a las misiones de guazapares, donde habiendo hablado a la gente, bautizamos dos párvulos[609], en señal de que nos admitían por padres de sus almas. De aquí pasamos a los temoris y por faltarnos ya vino para decir misa y noticias de las gentes que poblaban aquellas espesas selvas y vastos montes, nos arrojamos a atravesar las serranías para bajar a la provincia de Sinaloa, que juzgamos no podía estar muy lejos. Emprendimos este viaje y conseguimos el fin, ayudados y guiados de la divina Providencia, más que de otros humanos medios, y llegamos al pueblo de Huites, perteneciente a la misión de Baca, miércoles víspera de Corpus. Y este mismo día, después de haber dicho misa, pasamos a Baca, donde vimos al padre Gonzalo Navarro, misionero de aquel partido y visitador entonces de las Provincias de Sonora y Sinaloa. En este puesto, nos visitaron algunos de los padres misioneros de aquella jurisdicción y dimos gracias al Señor por haber proveído con su altísima y suave providencia a aquellas naciones de ministros evangélicos, y habiendo recibido algún socorro y noticias de los padres de aquella provincia, dimos la vuelta para nuestras misiones por el mismo camino que habíamos ido y llegamos con felicidad, y el consuelo que ponderará vuestra reverencia en haber corrido tan dilatada tierra y dejándola dispuesta para recibir la predicación y ley de nuestro señor Jesucristo, que me guarde a vuestra reverencia, etcétera.

Considere, pondere y admire el piadoso lector estas conquistas espirituales, comparándolas con las políticas y militares que acreditaron los mayores héroes de la fama. Es verdad calificada en las historias que el Magno Alejandro, en diez años de conquista, allanó la Grecia, sujetó la Persia, domó la Citia, desfrutó la India y conquistó el Oriente, llenando el mundo de terror y la posteridad de fama, pero le notaron los historiadores que le había sobrado la braveza para conquistar y que le había faltado la sagacidad para establecer, sino es que ya fuese envidia de que ninguno de los sucesores le igualase. ¡Oh soberbia indigna de una criatura! Imaginar a otro alguno capaz de tanto empleo, cuando solo Dios es y puede ser el autor de las maravillas. Es verdad que el Gran Tamorlán llenó el Oriente más de terror que de señorío, pero todo fue conquistar, nada establecer, todo fue triunfar de un Bayace-

[609] *párvulos*: «dicho de un niño: De muy corta edad» (DRAE).

to[610], que de emperador de los turcos pasó a ser su humilde cautivo. Tómese por cierto que Quinqui[611] emuló de Alejandro envidiándole el renombre, volvió a conquistar todo el Oriente desde las murallas de la China hasta las selvas espesas de Moscovia, dejando a sus sucesores más en empeño que herencia el renombre del Gran Can de la Tartaria. No se puede dudar de los triunfos de la insigne Semíramis[612], la que fundó o ilustró a Babilonia y no contenta con la amplísima monarquía de la Asiria, conquistó el Egipto, emprendió la India, mas todas estas victorias se debieron al ir capitaneando esta reina un millón de gentes. Pero a quienes se rinde toda admiración son a nuestros Reyes Católicos, que después de haber juntado allá en la Europa muchas coronas del Oriente, en una mostraron su desmedida grandeza en descubrir otro nuevo orbe, donde fundaron, establecieron, conservan y aumentan el mayor imperio que se conoce en el mundo, por lo dilatado y por lo rico, con pocos soldados y muchos ministros evangélicos, que de uno en uno o de dos en dos, discurren valerosos sin otras armas y carruaje que la luz de la fe y la predicación evangélica, por las incógnitas y dilatadísimas tierras de este Occidente, sujetando al servicio de ambas majestades, más reinos y provincias que las que componen otras muchas monarquías juntas. Estos prodigios y gloriosos triunfos de la fe sí que engrandecen entre los hombres al divino poder y ostentan las maravillas de su gracia en los obreros del Evangelio y en la eficacia de las oraciones de esta su amada y querida sierva.

## III

### *Prosigue la misma materia, confirma el valor de su intercesión con algunos singulares casos y otras prodigiosas ilustraciones, y de las muertes de los padres misioneros Diego Ortiz Foronda y Manuel Sánchez*

Con las noticias que trajeron en este nuevo descubrimiento los dichos dos padres determinó el ya nombrado gobernador y capitán gene-

[610] *Bayaceto*: Tamorlán venció al sultán Bayaceto y lo convirtió en esclavo: es un caso típico de ejemplo de caída de poderosos y de la fragilidad de las glorias humanas.

[611] Gengis Kan, gran conquistador mogol.

[612] *Semíramis*: fue, según leyendas griegas, reina de la antigua Asiria durante 42 años. Se le atribuye la fundación de numerosas ciudades y la construcción de maravillosos edificios en Babilonia, con sus palacios y hermosos jardines colgantes. Conquistó Egipto y según la leyenda ascendió al cielo en forma de paloma.

ral de aquel reino de la Nueva Vizcaya hacer informe jurídico al excelentísimo, reverendísimo e ilustrísimo señor don fray Payo Enríquez de Ribera, arzobispo virrey de esta Nueva España, para que se sirviese su excelencia de asignar algunas libranzas en la real caja con que pudiesen aviarse algunos obreros evangélicos que ayudasen a cultivar, establecer y dilatar aquella nueva cristiandad, reduciendo al conocimiento de nuestra santa fe los corazones de aquellos bárbaros llenos de malezas, de vicios y abominaciones, y habiendo dado su excelencia mandamiento con libranza de seis limosnas para otros tantos operarios de aquella nueva viña de Jesucristo, señaló el padre provincial Francisco Jiménez para aquella gloriosa y apostólica empresa a los padres Domingo Miguel, Antonio de Oreña, Francisco de Celada, Diego de Contreras, Nicolás Ferrer, José de Guevara y Francisco de Arteaga, todos los cuales llegaron y se emplearon con los que ya estaban en el cultivo de aquella tierra eriaza[613] reduciendo innumerables gentiles a una vida racional, política y cristiana. Pero aunque todos estos obreros evangélicos trabajaron con apostólico celo y fervor infatigable, digno de ponderarse en la historia general de esta nuestra provincia mexicana, tocaré con especialidad algo de lo que pertenece al padre Francisco de Arteaga, que trató y comunicó a la sierva de Dios muy de cerca y le predijo muchas cosas que le habían de suceder y había de ver en la conversión y extensión de aquella nueva cristiandad de los tarahumaras. Cuando señalaron los superiores al dicho padre Francisco de Arteaga para estas visiones, dio noticia de su nuevo empleo a la venerable Catarina de San Juan, rogándola encomendase a Dios su viaje y que le concediere su Majestad fuerzas y gracia para emplear su vida en el provecho de aquellas tan desamparadas almas. Le respondió que lo haría, aunque mala e indigna de parecer ante la divina presencia. Dedicó luego la sierva de Dios una novena a san José, escogiéndole por su abogado en sus ejercicios, para el fin que la habían encomendado y ella deseaba, y un día de la novena se halló su espíritu en aquella gentilidad y reconociendo toda la tierra, vio una procesión numerosa de indios, vestidos todos de blanco y muy hermosos, guiados de los dos luceros grandes y desiguales, que simbolizaban a Jesús y María y entendió que eran los que había de bautizar y agregar a la santa Iglesia Católica dicho padre Francisco de Arteaga. Y se verificó tan puntualmente como constará del testimonio que me envió este fervoroso obre-

[613] *eriaza*: «dicho de una tierra o de un campo: Sin cultivar ni labrar» (DRAE).

ro del Evangelio en carta que testifica el efecto de esta visión con otras cosas de mucha edificación y de la honra y gloria del Señor.

Representáronsela otro día dos padres de los que habían de ir a cultivar aquella agreste viña, ambos mozos, y el uno de tan poca edad que la pareció era hermano estudiante. Reparó en que estaban algo apartados y que de los sombreros colgaban y caían al pecho unas cintas encarnadas como de color de sangre. Los vio también ocupados en distintos parajes de aquella tierra, pero la inteligencia que manifestó la venerable Catarina entonces fue decir: «Parece que estos dos estaban levantando y redificando casas para formar pueblos y que regaban con su sangre a aquella tierra». Pocos años después se despidió de la sierva de Dios para irse a estas misiones el padre Manuel Sánchez, natural de Marchena de Andalucía, que pasó a estos reinos tan deseoso de emplearle en la conversión del gentilismo y tan entregado del todo al Señor que mostró haber dejado al padre y la madre por la divina Majestad en no haber querido visitarles ni darse a conocer a su parentela al pasar por el lugar de su nacimiento para embarcarse. Cuando se despidió este apostólico varón dijo la sierva del Señor a su confesor: «Pocos años trabajará en las misiones, porque le quitarán la vida presto los indios». Y se ha verificado esto tan presto que habiendo pasado como seis años, acabo de recibir una carta del padre Juan María de Salvatierra, visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora, su fecha en diez de marzo de este presente año de mil seiscientos noventa, donde dice:

> No solo es cierta la nueva de la muerte del padre Diego Ortiz Foronda, sino también la del padre Manuel Sánchez a manos de los indios apóstatas tarahumaras y pimas. No escribo las circunstancias de la muerte del padre Manuel, porque hasta ahora no se saben; cobraré dichas noticias con otras que tengo de sus virtudes y las remitiré a vuestra reverencia, y serán parte pequeña de un mejor todo, para la carta de edificación de dicho padre. El alzamiento de los indios por la misericordia de Dios, no va a más como temíamos que amenazaba a todo el reino.

Este alzamiento que aflige hoy a los padres misioneros y a los españoles de los presidios, que están todos en campaña, armados y prevenidos a tiempo y aun socorridos con presteza y abundancia, por el excelentísimo señor don Gaspar de Silva, conde de Galve y virrey de esta Nueva España, que con la plenitud de su inteligencia y madurez de juicio todo lo ve, todo lo alcanza, todo lo previene y conoce, que la

potencia militar es la baza de la reputación, y que un reino desarmado es un león muerto de quien se burlan aun las cobardes vulpejas[614]. Lo previó también la venerable Catarina desde el año de ochenta y dos, porque estando en oración en nuestra iglesia del Espíritu Santo, vio caminar hacia nuestras misiones muchas cargas de palmas y contraponiendo esta visión a los carros triunfales que vio ir para el Nuevo México, de que ya tengo hecha mención, dijo: «Estas palmas no iban en carretas como las otras, sino en mulas y así mire allá vuestra reverencia entre sus noticias cuál de los comercios se conserva con carros y cuál es el que se mantiene con recuas»[615]. El confesor aplicó el comercio en mulas al puerto de Acapulco, porque quiso echar las cargas de palmas y de cruces a las Islas Marianas y Filipinas, pero con las noticias que ahora cenemos de los alborotos y universales alzamientos de las nuevas cristiandades de estos reinos, podemos temer, ya que no desear, más cercanos estos gloriosos triunfos como premios para la eternidad de nuestros apostólicos misioneros, si bien puede servir de consuelo otra visión que tuvo ese mismo año, clamando a Dios por la conversión del gentilismo y extensión de nuestra santa fe delante del altar de la congregación de santa María la Mayor, que vulgarmente llaman Nuestra Señora del Pópulo y fue la visión de un empinado y bien copado ciprés en que entendió le simbolizaba ella misma y donde se acogían muchas aves o almas, y al pie del frondoso y hermoso ciprés una como sementera de palmas planeadas, arraigadas y verdes, y aun no de sazón para la segur[616]. Quiera Dios no hayan llegado a sazón en estos ocho años que han pasado para los filos de las macanas[617], porque son muchas las mieses[618] y los operarios muy pocos.

Por los años de mil seiscientos setenta y ocho y setenta y nueve, repitió este alado espíritu sus prodigiosos vuelos a la tierra tarahumara y le parecía que andaba, conversaba y trabajaba con los padres misioneros y aunque conocía a algunos, nombraba ordinariamente al padre Francisco de Arteaga. Algunas veces se le representaban estas conversiones con los símbolos de estanques o fuentes cristalinas de agua, otras con los jeroglí-

614 *vulpeja*: «zorra» (DRAE).

615 *recuas*: «conjunto de animales de carga, que sirve para trajinar» (DRAE).

616 *segur*: «hacha grande para cortar» (DRAE).

617 *macana*: especie de porra, a veces con filo de pedernal, que usaban los indios americanos.

618 *mies*: «muchedumbre de gentes convertidas a la fe cristiana, o prontas a su conversión» (DRAE). La imagen de la mies y operarios está en *Lucas*, 10, 2; *Mateo*, 9, 37.

ficos de nuevas labores y sementeras de deliciosas esperanzas, otras con abundantes convites de pan y miel y otras veces con otros más extraordinarios símbolos, todos muy propios para significar los aumentos de la nueva cristiandad, pero el modo más frecuente de su espiritual asistencia era como si estuviera presente a la predicación de los padres misioneros, a la formación de las iglesias y casas, establecimiento de sus pueblos y a los demás afanes y trabajos que trae contigo este apostólico ministerio. Veía las misiones que habían de arraigarse y crecer con el riego y cultivo de la palabra del Evangelio y sudores de sus predicadores y las que habían de resfriarle, marchitarse o desvanecerse por el maleficio de los hechiceros, luciérnagas en la obscura noche de la ignorancia que reinaba en hemisferio de aquel bárbaro gentilismo. Miraba y preveía los peligros y manifiestos riesgos de la vida en que se habían de ver los obreros apostólicos y los buenos sucesos que habían de tener sus desmedidos afanes. Los ministros del Altísimo se la representaban en forma de ánsares y gallinas de Castilla con muchos polluelos que aleaban con la esperanza del amparo, refrigerio y abrigo de sus alas amorosas. Este nombre, aunque humilde, le cuadró y le estimó tanto Cristo que se llamó a boca llena en pluma del evangelista san Mateo «gallina»[619]. Nombre de tantas esperanzas y tan agradable para los afligidos que no tenían ni podían tener otro amparo en sus aflicciones sino acordarse de la protección de sus alas para acogerse al abrigo de sus paternales beneficencias, como el rey David cuando se veía cercado de huestes enemigas y sobre sus cabezas tantos milanos que a bandadas le amenazaban, luego acudía a las alas y pluma de su gallina.

Con este mismo nombre y símbolo entendía la sierva de Dios el número de misioneros que venían en las flotas de todas las sagradas religiones y recibía con esta inteligencia tanto regocijo su alma que prorrumpía incesantemente en alabanzas del poder de Dios y de su infinita misericordia, y le pagaba el Señor este piadoso y caritativo afecto con sus ministros, manifestándola los que se habían de aplicar con especialidad a catequizar y doctrinar a los pobres indios y hacer con ellos el oficio de madres cuando les viesen en tribulaciones, trabajos y necesidades. Le daba a entender el especial premio que les esperaba y estaba prevenido en la imperial corte de la celestial Jerusalén, para corona de su abrasada caridad y de los afanes, fatigas y tribulaciones en que se veían por la salvación de las almas como imitadores y verdaderos amadores de

619 *San Mateo*, 23, 37.

nuestro redentor, que dio por ellos y por todas sus criaturas la vida en el duro y afrentoso madero de la santa cruz. Le mostraba también la inmensa bondad de nuestro Dios y Señor, como las tempestades que combatían violentas a las reales armadas de flotas y galeones, las levantaban y embravecían los infernales monstruos envenenados y rabiosos contra los apostólicos misioneros por el daño que temían de la predicación evangélica en las remotas tierras de este Occidental imperio, donde cada día se va extendiendo la luz de la santa fe y dilatándose la cristiandad con menoscabo y ruina del bárbaro y luciferino dominio, que pretendía y pretende conservar y defender con rebeldía y obstinación el príncipe tenebroso del abismo. Veía, finalmente, Catarina cómo venían las armadas de nuestro rey y señor llegando triunfantes a salvamento con especialísima protección de la omnipotencia movida de las oraciones de esta su querida criatura y del católico celo conque el mayor monarca de la cristiandad y columna de la fe conducía a sus excesivas expensas tantos ministros y obreros de la viña del Señor que llevasen la luz del Evangelio por las incógnitas provincias de este nuevo mundo y conservasen en él las nuevas cristiandades que se multiplicaban con la predicación de la palabra de Dios, con sus propios y desmedidos trabajos y con los santos sacrificios y buenos ejemplos de sus apostólicas vidas.

Pero en quien más frecuentemente y con más individuación se verificaban estas visiones era en la nación tarahumara en el partido del dicho padre Francisco de Arteaga, rector actual de nuestro Colegio de Guatemala. Le veía andar entre las malezas de aquella inculta y eriaza tierra, sacando y entresacando cantos de los gentiles que apiñados llenaban los campos y las sabanas, admiraba la benignidad de la soberana princesa de los cielos, que con el niño Dios en sus brazos andaba en compañía del ministro y vicario de su santísimo hijo, alumbrándole y dictándole lo que hacía y decía a aquellas bárbaras gentes, para amansarlas e ilustrar y quebrantar sus corazones endurecidos y empedernidos en la antigua y ciega ignorancia de sus antepasados. Reconocía la sierva de Dios la facilidad con que se reducían a nuestra santa fe los más, la contradicción y rebeldía con que se negaban a la luz y leyes del Evangelio los menos. Le hacían tan creíbles y ciertas estas luces que nos daba la venerable Catarina en el confesonario que nos lo aseguraban las noticias que venía de la tierra adentro y entre ellas un jurídico informe del señor don Lope de Sierra, Osorio y Valdés, oidor entonces de la Real Audiencia de México y ahora consejero de su majestad en el Supremo de las Indias, que sucedió en el oficio de gobernador y capitán general

del reino de la Nueva Vizcaya al señor gobernador don José García de Salcedo, en orden a que se señalasen mayor número de obreros por haber crecido tanto las poblaciones de los bautizados y recién convertidos a que no podían acudir los señalados y ya nombrados misioneros, y mucho menos atender a la muchedumbre de los infieles que pretendían entrarse por las puertas de la iglesia pidiendo el santo bautismo. Con vista de este informe, asignó en la real caja otras seis limosnas para otros tantos misioneros que fuesen al cultivo y extensión de la nueva cristiandad tarahumara y más otras cuatro para que entrasen otros padres y se empleasen en las reducciones y conversiones de los guazapares, el excelentísimo señor conde de Paredes, marqués de la Laguna y virrey de Nueva España. Con esta concesión de su excelencia entraron y se emplearon en aquel ministerio apostólico los padres Bernardo Rolandegui, Tomás Álvarez, Juan Bautista Copart, Gaspar de las Barillas, José Neuman, José Sánchez de Santa Marina, Agustín de Roa, Francisco Velasco, Juan Díaz de la Puente, Lucas de Mendoza, Florencio de Alderete, Miguel de Ortega, Pedro de Noriega, Francisco Javier Medrano, Antonio de Herrera, Manuel Sánchez y otros más que se sucedían por muerte o enfermedad de algunos, pero con tan feliz suceso y colmado fruto de sus imponderables trabajos, que aseguran los padres fundados en la fe que hacen los libros de los bautismos, que llegan a treinta mil los bautizados que en aquellos ocho primeros años se agregaron a nuestra santa Iglesia Católica, y para comprobación de lo que he referido en estos dos parágrafos quiero poner aquí una carta y sucinta relación que pedí y me remitió el padre Francisco de Arteaga, de quien he hecho repetidas veces mención en este capítulo, pues fuera de haber sido uno de los primeros obreros de esta cristiandad, su autoridad servirá mucho a mis escritos para el crédito.

> Mi padre Alonso Ramos, *Pax Christi etc.* Me hallo tan embarazado con la petición de vuestra reverencia que me fuera más fácil y más suave el trabajo de caminar hasta la Puebla y dar de palabra a vuestra reverencia la noticia que me pide que el coger la pluma y dar razón por escrito de lo que me pasó con la venerable Catarina y de lo sucedido en las nuevas misiones de la Tarahumara, porque he vivido sin hacer la refleja que debía para dar al Señor las gracias por los beneficios recibidos de su omnipotencia y misericordia infinita. Luego que me señalaron a misiones, le di noticia a la venerable Catarina de San Juan, porque con la estimación y conocimiento que tenía yo de sus heroicas virtudes me persuadí pudiera ayudarme mucho en tan largo y peligroso camino, y en el templo tan superior a mis fuerzas

e indignidad. Si mal no me acuerdo, el día siguiente vino a la iglesia y me dijo había ya estado en la tierra a donde me enviaba la obediencia y que le había cuadrado por lo ameno de los valles, por la docilidad de los naturales y que se le había transformado en una barranca de sus quebradas o serranías una riqueza en forma de altar de plata, quizás por los muchos predestinados que poblaban aquellas tierras. Me dijo también se había encontrado con el demonio en esta visita espiritual, solicitando y persuadiendo a los indios que no se bautizasen y que le había ahuyentado diciéndole: «Anda de ahí, maldito, que no has de salir con la tuya», como no salió y lo comprobó el efecto del mucho fruto que le ha hecho entre todas estas bárbaras naciones. Penetró[620] también una alevosa traición que se armaba contra uno o muchos de los nuestros, e insinuándome este conocimiento se me ofreció si era yo a quien amenazaba este riesgo, y antes de propalar este mi temor, ni aun de tener intención de manifestarlo, me dijo: «No es vuesasté»[621], que es el término con que si mal no me acuerdo, solía hablarme, «porque ya yo he dicho y pedido al Señor que no han de matar al padre Arteaga como mataron a otro padre allá en las Filipinas o Marianas» de cuyo nombre yo no me acuerdo, aunque me lo dijo la venerable Catarina. Me acordó de este dicho de la sierva de Dios con especialidad en dos ocasiones, la primera cuando habiendo un mal indio deseoso de que me quitasen la vida inquietando aun a los gentiles, para que conjurados con él me matasen, ellos le respondieron afeando su depravado intento, que habían de morir a mi lado y en mi defensa, en caso que toda la tierra se conjurase contra mí. En otra ocasión me libró Dios de este mismo riesgo por las oraciones de su sierva, según parece porque estando solo en mi aposentillo jacal, entró este traidor con un cuchillo en la mano y sin saber yo cómo y de quién era movido[622], me salí fuera de la enramada, antes de ofrecérseme temor ni aprehensión del peligro en que estaba y que reconocí después de haber salido del riesgo. Aunque me dijo la venerable Catarina que había de estar seis años en misiones, me lo predijo de una manera que no sé ahora explicar, pero es cierto entendí que se había de dilatar este tiempo, como sucedió, porque los dos que señalaron los superiores para que fuesen en mi lugar tuvieron suficientes causas para detenerse y detenerme a mí donde aunque fatigado vivía gustoso. Muchas veces me sucedió estar cercado y ahogado de tristezas, melancolías y escrúpulos que trae consigo el ministerio de cuidar de almas y las tribulaciones, afanes y fatigas que se siguen como necesarias consecuencias, y acordándome de la sierva de Dios, pidiendo al Señor me favoreciere por sus oraciones, me hallaba en tanta serenidad de ánimo que

620 *Penetró*: entendió, coprendió, se dio cuenta.
621 *vuesasté*: forma de «vuestra merced»; es forma de connotaciones vulgares.
622 *movido*: impulsado.

lo que el día antes me parecía imposible, el día siguiente no me hacía fuerza y lo juzgaba tan fácil que me avergonzaba de los desfallecimientos antecedentes. Me dijo también asertivamente que ya yo estaría en la Provincia de vuelta de misiones cuando ella muriese, como se verificó, añadiendo con su profunda humildad «y con eso me dirás una misa para que el Señor se compadezca de mis culpas». El día que había de salir de la Puebla estando ya todo dispuesto, se desaparecieron mis mulas y cuando más apurado temiendo se hubiesen perdido, me envió a llamar desde la iglesia la sierva de Dios y a la verdad que con el cuidado presente, me enfadé algo con la venerable Catarina y con su llamamiento tan a deshora para mí. Pero como la tenía tanto respeto y veneración, bajé y me dijo luego: «No te apures, que no te se han perdido las mulas», como se verificó, «han desaparecido, porque yo pedí al Señor te las ocultase hasta que nos viésemos otra vez», y en esta ocasión, me dijo y predijo varias cosas de mucho consuelo para mi alma y entre ellas fueron el decirme que procurase apartar de mi corazón todo género de afectos humanos que reinase en él, solo el amor a Jesús y María, y que había visto a uno de los nuestros, que entonces iba a misiones, que esta soberana señora le agasajaba con cariños de verdadera madre y que el niño Dios viendo la continuación y el amor que le mostraba la Santísima Virgen, dijo, «Pues mi madre lo quiere tanto, yo también lo he de querer» e inclinándose, comenzó a hacer semejantes demostraciones de afecto a las que le hacía la princesa de los cielos. Bien conozco que todas estas ostentaciones del divino amor son como formas y figuras con que el Señor significa el amor que tiene a los pecadores para alentar su fe y fortalecer su esperanza, pero a la verdad yo entonces lleno de dudas y confusiones. Juzgué que la sierva de Dios se engañaba y aunque no la manifesté mi juicio y ofrecimiento, me respondió ella al pensamiento, diciéndome: «No dude vuestra merced de que es verdad lo que digo y de que no tiene entrada en esto el maldito ni mi imaginación, como ni tampoco en que santa Catarina Mártir quiere ser patrona de vuestra merced y así encomiéndese a ella en su viaje, en sus empleos y en sus trabajos». Esto es lo que me dijo la venerable Catarina y lo que yo experimenté fue el parecerme que iba la gloriosa santa en mi compañía, comunicándome consuelo en las penalidades, seguridad en los peligros y tan buen suceso en los ministerios de las misiones que siendo el más inútil y aun incapaz de tan alto ministerio, reconocí y reconocieron todos, que no había mejor misión que la mía entre todas las que de nuevo se habían fundado, por el cual beneficio daba yo gracias a Dios, persuadido obraba conmigo con esta liberalidad por las oraciones y merecimientos de nuestra venerable Catarina y de santa Catarina Mártir, mi patrona, y una de las primeras devociones de la sierva de Dios. Por lo que a mí toca, conténtese vuestra reverencia con lo dicho hasta que nos veamos. En cuanto a la respuesta que piden las demás preguntas de vuestra reverencia puede su-

plirle con esa relación breve que me remitió el padre Bernardo Rolandegui. Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia. Mayo 3 de 1688.

[Relación de Rolandegui]

Corren a lo largo los tarahumaras y guazapares de oriente a poniente como cien leguas, de norte a sur como ochenta. Es esta tierra de temperamento frío y de su naturaleza fértil y abundante de muchas aguas y muy buenas. Está poblada de variedad de árboles aunque los más comunes son pinos y encinos; la nación que la habita es de condición blanda, fácil, poco inquieta y amantísima de sus tierras. Se aplican al trabajo necesario para el cultivo de los campos en orden a su sustento, pues son muy señalados los tarahumaras que no siembran alguna milpa de maíz. No obstante, sacados a otro género de trabajo, difícilmente lo usaban y pocas veces perseveran. En su gentilidad observaron siempre andar decentemente vestidos porque son decentemente recatados y modestos, principalmente en lo público y a vista de extranjeros, si no es que estén fuera de sí con el vino. Se gobernaban entonces por familias, de suerte que el más anciano de la parentela era a quien reconocían los de más parientes cercanos o por afinidad o consanguinidad, no por vía de obligación, sino solo por condescendencia respetuosa. De aquí nacía el no tener forma de ciudades o pueblos, sino que vivían a trechos aunque en cortas distancias unas familias de otras como de dos, tres o cuatro leguas. Los vicios principales que los dominaban solo fueron la embriaguez, que es común en todos, y el uso de mujeres, aunque no con la licencia de otras naciones. Fuera de esto, en las demás virtudes naturales, fueron loables, pues en lo general aborrecían el hurto, el homicidio y la crueldad, por ser naturalmente inclinados a la compasión y caridad, no solo con los suyos sino también con los extraños, de donde nació no haber comido carne humana como las otras naciones confinantes. En cuanto a la idolatría formal no se sabe que la hubiese propiamente en esta nación, pues a nadie reconocían como a Dios ni tenían adoratorios dedicados a este fin, porque aunque bailaban al sol y a la luna en orden al fomento de sus siembras, yo juzgo que no era con el reconocimiento de deidades, sino con la experiencia de que esos planetas fecundaban sus sementeras, suponiéndolos vivientes intelectuales sus errados entendimientos. Tenían familiar trato con el demonio por medio de los hechiceros, que son muchos entre los tarahumaras. Confesaban la inmortalidad de las almas y a este fin, en las sepulturas de sus difuntos usaban poner junto al cuerpo del que enterraban, maíz y otros de sus mantenimientos, con el arco y flechas que usaban en vida. Decían que los buenos en la otra vida habían de emplearse en los ejercicios que tuvieron en esta con alegría, pero los malos lo habían de pasar con mucha tristeza, en que mostraban de alguna manera la luz de la razón, aunque obscurecida, que dicta el premio de lo bueno y castigo de lo malo.

¿Quién no pensara que entrando el Evangelio en semejantes corazones, que pusieran menos impedimentos a la gracia que otras gentilidades, había de echar en los corazones de estos pobres bárbaros hondas raíces nuestra religión católica y conocerse en sus obras la mudanza de sus almas? Lo cierto es que así lo juzgaran todos y no obstante la experiencia de lo que por afuera se veía, quedaban no pocas veces dudosos los ministros del fruto de su predicación, porque, aunque la facilidad en recibir el santo bautismo fue mucha de parte de los tarahumaras, la ejecución en cumplir con las obligaciones de cristianos fue siempre muy dificultosa. En la muchedumbre de los bautizados en tan breve tiempo se ve la facilidad con que el Evangelio se introducía en estas almas, y la experiencia manifestó también a los operarios evangélicos lo inescrutable de la predestinación divina, pues algunas veces parece que no esperaba Dios más para exentar[623] a muchos con la muerte sino a que recibiesen el bautismo. Otras veces, y no pocas, bien contingentemente se encontraban los padres con otros de mucha edad, y por ella ya al parecer incapaces de pecar, a quienes se bautizaba con la instrucción necesaria y que permitía su caduca vejez con no pequeño consuelo y logro al parecer de sus trabajos. Argumentos todos de las muchas almas que tenía Dios destinadas para su reino entre aquellos bárbaros, fuera de los muchos párvulos que frecuentemente morían recién bautizados. Mas aunque todo esto era de indecible consuelo a los operarios y los animaba a proseguir en la conversión de estos pobres desamparados, no obstante la lentitud con que se amoldaban a las obligaciones de cristianos, desmayaban no poco a los ministros. Pero aunque lo dicho es así, no se puede negar la especial manutención con que el Señor conservaba a esta nación en la fe que había recibido. Pues no pocas veces se descubrieron por medios bien extraordinarios, los tlatoles[624] y traidoras juntas, con que así de la misma nación como de otras les pretendían muchos apartar de la religión católica. Otras veces, cuando más imposibilitado parecía a los padres el asiento de algunas misiones, entonces era cuando tomaban más forma contra las esperanzas de todos. Y, finalmente, al paso que el demonio ponía estorbos a la reducción de estas almas, las allanaba el Señor con su providencia suave y eficazmente mudando hasta los corazones de los ministros que no pocas veces desmayaban con las dificultades que se les ofrecían. Efectos todos de los empeños con que Dios llamaba a los tarahumaras para su reino. Prueba de esto es y no pequeña el haber conseguido en tan pocos años estos pobres indios catorce ministros evangélicos con los increíbles gastos de nuestro rey y señor, que Dios guarde, cosa que no tiene ejemplar ni en las sierras Tepehuanes,

623 *exentar*: liberar.

624 *tlatoles*: facción de tarahumaras en revuelta (Guajardo Fajardo, 1650).

Sonora y Sinaloa. Otro caso se me vino a la memoria que comprueba todo lo dicho de las misiones, y es que uno de los primeros padres que dieron principio a esta nueva cristiandad, vio una cruz que cogía y se extendía por toda la tierra tarahumara, en que parece se significaba habían de sujetarse todas aquellas almas a Cristo, reverenciar y seguir el triunfante estandarte de la cruz, instrumento que fue de nuestra redención. Y por lo menos, no se puede negar que esta representación se ha confirmado en el efecto, porque aunque faltan algunos rincones de esta tierra que convertirse, me parece no resta puesto principal de los poblados por esta nación en que no se hallen bautizados. En todo lo más que he dicho no comprendo los guazapares, porque aunque son tarahumaras y de la misma lengua, pertenecen a otra jurisdicción y gobierno, como lo es el de Sinaloa. Dios los reduzca a todos y a nosotros nos dé mucho fervor y espíritu para ayudarlos. Fecha en seis de mayo de mil seiscientos ochenta y ocho.

## IV

*Fin de la segunda parte con una misteriosa y prodigiosa visión en que, según parece, se confirma en gran parte lo dicho en todo este segundo libro*

Me veo precisado a dar principio a la tercera y última parte de esta historia con una santa cláusula y feliz periodo de la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan, en lo heroico de sus virtudes teologales y en lo elevado de su alta contemplación y consiguientemente poner término a este Segundo Libro, donde he procurado referir algunas de sus virtudes morales, comenzando desde lo profundo de su humildad, que es el fundamento y zanja principal para el crédito del gran poder, que comunicó la omnipotencia divina a esta su querida esposa y escogidísima alma para confusión y ruina del infierno, y para que fuese protectora del mundo y con especialidad de la monarquía española, compuesta de un imperio en el oriente y de otro más dilatado en el occidente, y unos y otros reinos favorecidos de Dios por las oraciones de esta su sierva, como lo he procurado establecer y asegurar en estos últimos capítulos que estriban en la valiente y fuerte basa de su heroica humildad, principio y fundamento de todo lo que se ha referido en este libro, de la cual podíamos inferir de antemano los últimos periodos de esta segunda parte, pues en el orden corriente de las cosas y en el curso ordinario de las causas de los principios se conjetura luego el suceso de los fines y el principio es pronóstico del remate de las acciones, como

nos lo dejó escrito san Laurencio Justiniano[625] por estas palabras: «La muestra de lo pasado es quien predica y asegura el suceso de lo venidero, conforme el camino que se lleva así se juzga el término donde se va». Esto se debe entender según la providencia ordinaria, que de la gran misericordia de Dios bien se puede esperar de una mala vida mudada un dichoso fin, como temer también de la divina y recta justicia un fin desdichado de una vida virtuosa pervertida. Los principios de la vida de la venerable Catarina fueron prodigiosos y muy propios de la omnipotencia, los progresos de las virtudes en su niñez fueron admirables y dignos de calificarse por maravillas de la gracia. El fundamento de su perfección fue una profundísima humildad y un agregado de prodigiosas virtudes morales. Pues ¿qué milagro o que imposible será el que la comunicase el Altísimo parte de su poder para castigar al infierno y para defender al mundo? La excelencia de este humilde conocimiento es la que reparte las plazas y da las dignidades más altas, ella hizo a Moisés, como dice el Sagrado Texto, Dios de Faraón, por participación de los divinos atributos, porque cuando el más se humillaba y decía: «¿Quién soy yo para llevar tan gran recaudo, que ni tengo lengua ni suficiencia?»[626], le dijo el Señor: «Yo te constituyo Dios de Faraón»; como si le dijera «Por tu humildad te doy potestad para azotar a este bárbaro soberbio con varias plagas que le obliguen a humillarse, confundirse y reconocer mi absoluto e infinito poder». Y si atendemos a la explicación de san Juan Crisóstomo, no solo se ha de entender que constituyó el Señor a Moisés por Dios de Faraón para castigarle, sino también Dios de su pueblo escogido para defenderle y así podemos discurrir de la venerable Catarina, que por su abatimiento humilde la quiso ensalzar el Señor, comunicándola parte de su omnipotencia, para destruir las potestades infernales simbolizadas en la soberbia de Faraón y para amparar a la monarquía católica simbolizada en su querido pueblo de Israel, que son el principio y fin de este libro y segundo fundamento de los prodigios y maravillas que prometo al piadoso y cristiano lector en la tercera y última parte de esta historia, que deseo dar a la imprenta para corona de esta obra, a honra y gloria del Altísimo, que es el fundamento y término de toda buena obra: representada en aquellas misteriosas letras griegas A y Ω, primera y postrera de su alfabeto, título mandado escribir a san

[625] San Laurencio, obispo y confesor, nació en Venecia en 1381. Primer patriarca de Venecia. No apuro la cita.

[626] *Éxodo*, 3, 11.

Juan[627] por tres veces y suficientemente significativo del fin a que se deben referir y consagrar todos nuestros deseos, pretensiones y escritos. Este es el blanco de mi intención y de mi pluma, y este fue el único objeto de las acciones y afectos de la venerable Catarina, humillándose y anonadándose y por eso engrandeciéndola el Todopoderoso a la medida y peso de su profunda humildad.

Entre los efectos de esta preciosa virtud con que se abatía y hundía en el centro de su nada, sobresalía aquella particular ponderación, comparándose a una inmunda e importuna mosca, de que tengo hecha mención en el principio de este libro y con que explicaba el vil concepto que tenía de sí, cuando la pedían los fieles, que los encomendase a Dios, diciendo: «Ala de mosca, que no puede tapar a su dueño ¿cómo abrigara a otros?». Por este humilde afecto la engrandecía el Señor de varios modos, manifestándola lo que estimaba su omnipotencia, el bajo concepto con que se anonadaba en visiones misteriosas, y con símiles y semejanzas estupendas que significaban la grandeza de su espíritu. Una de ellas fue verse repetidas veces con unas grandes alas de mucha plumería, propias de un águila real y generosa, que con el movimiento veloz, presto y ligero de sus alas llega hasta la cima del Monte Líbano, monte en que se simboliza lo más encumbrado de la perfección y de cuya alta cumbre, perdiéndose de vida a cuantos la quieren divisar terrenos, mira como superior y reina de todas las aves, de hito en hito[628] las luces y resplandores del más luminoso planeta. Por esta razón, entienden algunos en sentido místico al evangelista san Juan, figurado en aquella águila grande de Ezequiel[629], que llegando y remontando el vuelo de su entendimiento y pluma a la cumbre del Líbano, esto es, hasta el más alto cielo, reconoció al Eterno Verbo y trasladó a la tierra la noticia soberana de las Tres Divinas Personas que ningún entendimiento humano pudiera alcanzar. Yo no trato comparar el conocimiento espiritual y sobrenatural de la sierva de Dios con los santos del cielo ni con los varones doctos de la tierra, que son luces del mundo e ilustran la mi-

627 *Apocalipsis*, 2, 8; 21, 6; 22, 13.

628 Se atribuía al águila la capacidad de mirar de frente al sol.

629 *Ezequiel*, 17. El águila es el símbolo de san Juan, «que en Patmos vio al águila divina (ver *Apocalipsis*), y cuyo animal emblemático es el águila. Comp. varios testimonios: "Los apóstoles son comparados a las águilas por cuanto extendieron las alas de su predicación por todo el orbe [...] y entre todas se da el renombre de águila al bienaventurado san Juan Evangelista, por haber en su evangelio encumbrado su vuelo a tanta altura" (Cov.)» (Arellano, 2011, *s. v.*).

litante Iglesia, pero diré en los libros siguientes tantas particularidades de la grandeza de la luz celestial que la alumbraba en esta miserable y mortal vida, llena de oscuridad y tinieblas espesas de riesgos y peligros, que puedan los ingenios y entendimientos criados alabar y engrandecer al Altísimo por verificarse, con la debida proporción, en esta historia y vida de la venerable Catarina de San Juan, lo que se nos dice en el capítulo once de Ester[630], que se vio una fuente pequeña, cuyas aguas eran tan tasadas[631] que apenas cubrían las arenas y que creció la fuente en tal abundancia, que llegó a ser un caudaloso río con cuya inundación se fertilizó la tierra; salió aquel día con más flamantes luces el sol, a cuya vista fallecieron los soberbios y el humilde se engrandeció. A las cuales palabras parece, que aludió el evangelista san Mateo[632], cuando en boca del divino maestro hace alarde de su justa benignidad, escondiendo a los soberbios la noticia de sus supremos misterios y franqueándosela con liberalidad a los humildes, pues cuando lucen sus rigores en lo justiciero despojando al presumido, hace ostentación de lo benigno comunicando grandezas a la más abatida y desechada criatura, a quien por pequeñuela, humilde y mínima, se vincularon las misericordias y mayores finezas de Dios.

Prosigue san Isidoro en el huerto de las sanidades[633] ponderando la extraordinaria vista del águila donde dice que es tan perspicaz la luz de sus ojos que en poniéndose con su remontado vuelo sobre el espacioso elemento del mar, en tal altura que excede la esfera de la vista de todas las otras criaturas terrenas, ve los pecezuelos más humildes y se abate de lo alto de su cielo a la profundidad de las aguas del océano y les saca de entre las olas del encrespado mar y les pone a vista de todos en la ribera. ¿Qué más bello jeroglífico de la sierva de Dios? Águila fue de tan extraordinaria inteligencia que penetraba los corazones de los pecadores

630 En la Vulgata corresponde al cap. 10, 6 del *Libro de Esther*.

631 *tasar*: «restringir el uso de algo por prudencia o tacañería» (DRAE).

632 *Mateo*, 23, 12.

633 San Isidoro escribe esto en las *Etimologías*: «águila "Díjose del nombre latino *aquila*, dicha así *ab acumine oculorum*; según san Isidoro por cuanto levantada en el aire que apenas la divisamos, estando sobre el mar vee los peces que andan someros en el agua [...] ella sola no es herida por el rayo y los del sol mira de hito en hito" […] (Cov.). El texto de san Isidoro al que se refiere Covarrubias es el de *Etimologías*, XII, 7, 10-11: "... Nam et contra radium solis fertur obtutum non flectere; unde et pullos suos unge suspensos radiis solis obicit et quos viderit inmobilem tenere aciem ut dignos genere conservat"» (Arellano, 2011, *s. v.*).

y les sacaba de los riesgos de perderse por mar y tierra en el océano de este peligroso mundo y no cesaba de clamar y padecer hasta ponerlos en salvamento con los auxilios de la divina gracia. Pero aun este punto tendrá su complemento en lo que falta de la obra cuando se trate de los efectos de su caridad y lo que la costaba la salvación de las almas y la salud de los cuerpos ajenos. Entonces se verá que Catarina no solo era águila real sino tan amorosa con el mundo que se le pueda aplicar por jeroglífico aquella especie de águilas tan amantes de sus polluelos que se pican el pecho y vierten su sangre para sustentarlos[634] como se refiere de los pelícanos, y de Cristo, águila real amorosa, que lo fue tanto con el mundo que supo rasgarse el pecho para darnos alimento de vida con la misma sangre de su corazón. Es finalmente el águila enemiga de las serpientes, pues apenas le hallará otro animal con quien batalle y en quien ensangriente coléricamente sus uñas. Son las serpientes símbolos de los infernales espíritus y por haber conseguido la venerable Catarina tantos triunfos de estos soberbios monstruos como se han referido en el primero y segundo libro de su vida y otros más que restan para la tercera y última parte de su historia, merecían estos príncipes potestades del infierno, fugitivos, arrojados y postrados a los pies de la venerable Catarina de san Juan, ser jeroglífico proprio de su espíritu victorioso para que la reconociese el orbe por triunfadora de estas malignas fieras en defensa del universo, de la santa Iglesia y de la monarquía católica, para honra y gloria del divino poder, que es quien todo lo hace, ensalzando a los humildes y abatiendo a los soberbios. A esto parece que aludió aquel insigne poeta y noble caballero, el capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza[635], cuando entre otros epitafios, fijó en el túmulo honorífico que se erigió en las honras de la sierva de Dios, el soneto siguiente:

> «Se pintó un águila en una tarja con las alas extendidas, en la derecha un puño, y en la izquierda, una corona imperial, y por delante muchos enemigos en forma de aves de rapiña, que iban huyendo vencidos, y este mote: *Cetere omnes volucres extimescunt, atque eius conspectum exhorrent*»[636].

[634] Este rasgo se atribuye al pelícano; es más raro atribuido al águila, pero comp. Job: «Se remonta el águila por tu mandamiento…. Sus polluelos chupan la sangre, y donde hubiere cadáveres, allí está ella» (*Job*, 39, 26-30).

[635] Cristóbal Guerrero Pedraza fue presbítero poeta nacido en Puebla. Publicó *Varias poesías*.

[636] El mote latino es un texto de Claudio Eliano, sobre el águila, *Historia de los animales*, lib. 9, cap. 2, que repiten a la letra numerosos repertorios de emblemas. Emblemas

SONETO

Al asalto que hacía fementido
el bárbaro enemigo sedicioso
opuesto mi valor salió animoso
de un cielo armado en plumas revestido.
La corona imperial he defendido
con mis alas de un vuelo generoso,
pues al ver mi pertrecho poderoso
volvió la espalda con temor vencido.
¿Qué muro no rindió su fortaleza
a mi brazo, que invicto se destina
a dominar su intrépida fiereza?
Llore escarmientos su fatal ruina
pues al batir mis alas su dureza,
cada cañón es una culebrina.

Glosó el último pie de este soneto el amanuense padre Agustín Francisco de la Estrella, de la Compañía de Jesús, al mismo asunto y coronó esta Segunda Parte de la historia con otro soneto:

¿Quién es la que al impulso de su vuelo
descogiendo[637] flamante plumería
por cañones de hermosa argentería
impera el mar, la tierra, el aire y cielo?
¿Quién es que penetrando el sacro velo
de Trina Majestad su bizarría[638],
llegó a beber la luz del mejor día
donde solo por fe sube el desvelo?
Es un águila real, que coronada
gira llena de triunfos peregrina
dejando la fiereza domeñada,
y aunque viste de humilde la esclavina,

parecidos al descrito se pueden ver en distintos libros españoles; a veces los enemigos no son aves de rapiña, sino arpías o animales varios, reptiles, etc.

637 *descogiendo*: extendiendo.

638 *bizarría*: «gallardía, valor» (DRAE).

al paso que el orgullo bate alada,
cada cañón es una culebrina.

## SEGUNDO SONETO

Del imperio español águila era
el indiano esplendor, cuando vencía
del bárbaro fatal la alevosía[639]
siendo de este terror, de aquel venera.
Bien que su corazón a la alta esfera
en raptos misteriosos se abstraía
y en extáticos[640] vuelos parecía
águila Juan en luces la primera.
Multiplicadas veces triunfadora
España la confiesa venerada
mística luz del cielo brilladora:
es Catarina en raptos aclamada
subiendo humilde pero vencedora,
águila real dos veces coronada.

## FIN DE LA SEGUNDA PARTE

[639] *alevosía*: «cautela para asegurar la comisión de un delito contra las personas, sin riesgo para el delincuente. Es circunstancia agravante de la responsabilidad criminal» (DRAE).

[640] *extáticos*: «que está en éxtasis, o lo tiene con frecuencia o habitualmente» (DRAE).

# TERCERA PARTE DE LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS CATARINA DE SAN JUAN. NATURAL DEL GRAN MOGOL[1] Y DIFUNTA EN LA IMPERIAL CIUDAD DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES EN LA NUEVA ESPAÑA

*Protesta del autor*

En obediencia del Decreto de nuestro santísimo padre Urbano VIII, de feliz recordación, expedido de la sagrada congregación de la universal Inquisición de la Iglesia a 13 de Marzo de 1675, declarado por su Santidad el 5 de junio del año de 1634 en que se prohíbe dar culto de santidad a las personas no canonizadas, protesto[2] que todas las veces que en esta historia uso de las palabras *santa, bienaventurada, venerable, esclarecida*, o cualquiera otra que con esta ocasión nombro con estos o semejantes epítetos, no es mi intento caiga sobre la persona, dándole el culto debido a los santos, que por definición de la sagrada Iglesia están en el cielo, sino sobre las costumbres y opinión. *Item* protesto que todas las cosas que refiero con nombre de *ilustraciones, revelaciones, raptos, éxtasis, profecías, milagros*, y otros favores extraordinarios, no tienen más autoridad que la humanada, fundada en motivos humanos, expuestos a la falibilidad, reservando siempre la infalible decisión al oráculo del Espíritu Santo el romano pontífice en su canónica declaración, a que me sujeto en todo como hijo obediente de la santa Iglesia Romana, nuestra madre.

Alonso Ramos.

[1] *Mogol*: «Mogolia o Mogol, ciudad y reino semi-mahometanos, semi-idólatras de la Tartaria» (DRAE).

[2] *protesto*: 'testifico, declaro'.

# TERCERA PARTE DE LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS CATARINA DE SAN JUAN. NATURAL DEL GRAN MOGOL Y DIFUNTA EN LA IMPERIAL CIUDAD DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES EN LA NUEVA ESPAÑA

Escrita por el padre prepósito[3] Alonso Ramos, profeso de la Compañía de Jesús, su último confesor.

Dedicada a la muy noble y cesárea[4] imperial ciudad de la Puebla de los Ángeles, en esta Nueva España.

Con aprobaciones y licencias de los superiores.

En México, en la Casa Profesa[5] en la imprenta de Diego Fernández de León[6], año de 1692.

Muy ilustre señor[7]

Me valgo señor de unas palabras de san Bernardo para empezar esta carta, que son las mismas con las que el santo empezó otra al conde Teobaldo[8], movido quizá de los muchos beneficios que de su liberal mano y ánimo generoso recibió, y así confieso me veo obligado (pues

[3] *prepósito*: «persona que preside o manda en religiones o comunidades religiosas. En algunas catedrales y colegiales es dignidad» (DRAE).

[4] *cesárea*: «perteneciente o relativo al imperio o a la majestad imperial» (DRAE).

[5] *casa profesa*: «convento propiedad de la Compañía de Jesús. Casa de religiosos que viven en comunidad» (DRAE).

[6] Diego Fernández de León: comenzó su carrera como impresor en 1683 en la Puebla de los Ángeles. Según Medina, en 1688 «renovó su material, habiendo recibido de España tipos, sin duda de origen holandés, pues desde entonces la llamó plantiniana». El nombre «plantiniana» se deriva, probablemente del famoso impresor Cristóbal Plantín, «a quien Felipe II otorgó, junto con una pensión, el título de "architypographus"» (Medina, 1989, t. I, p. CXLV).

[7] Se dirige a la misma ciudad de Puebla, como si fuese 'vuestra señoría'.

[8] Teobaldo II de Champaña: conde de Blois y Chartres. Se refiere a la carta 39 de san Bernardo a Teobaldo («Como sean muchas las señales que habéis dado de vuestra

le es tan debido a vuestra señoría) a dedicarle este tercer y último tomo de la vida, virtudes y muerte de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan, cuando no es más que mostrarme agradecido a las grandes demostraciones de estimación con que vuestra señoría procedió en las exequias de la venerable sierva de Dios: «Cum multa mihi, vestræ erga me dignationis indicia præbeatis hoc me maxime, toto vobis afectu dilectionis adstringit». Y no se contenta el santo con haber recibido tantos beneficios, como añade en otra epístola, sino que los primeros sean estímulo para acrecentar otras mayores que espera recibir, que en ánimos generosos y reales un beneficio abre la puerta para conceder otros mayores. Yo de la misma suerte, aunque confieso de la noble piedad de vuestra señoría, por muy grandes los primeros espero que en las informaciones (que tengo esperanza) que se han de hacer de la vida y virtudes de esta sierva de Dios, es donde ha de echar vuestra señoría todo el resto de su empeño para solicitarlas. «Praemisa ita que devotissimarum gratiarum actione, pro experta benevolentia, iterum audeo petere, quod iterandis gratiis, secundo me faciat debitorem»[9]. También me confieso deudor a vuestro señor en esta obra, pues fue el primero que con generosa liberalidad contribuyó para el gasto del primer tomo y pues este ha dado para que se pueda imprimir aun este tercero, es muy justo que como deuda de vida se le ofrezca a vuestro señor juntamente con lo que espero en Dios ha de sobrar de dinero, para que vuestro señor con ellos sea deudor a la venerable sierva de Dios para sus agencias, como yo lo soy siempre de vuestra señoría. Parece miraba también el santo esta circunstancia, cuando dijo: «Iamdudum ab invicem tenemur alterutrum debitores»[10].

No podía, señor, dedicarse el fin y corona de esta obra sino a la muy ilustre e imperial Ciudad de la Puebla de los Ángeles, porque si el gran emperador Carlos V (que Dios haya), la quiso ennoblecer con sus mismas armas, añadiéndoles el Plus Ultra[11] en las dos columnas y

dignación para conmigo, esto me obliga mucho a mí, con todo el afecto de dilección con vos…»).

[9] Cita de la epistola 43 de san Bernardo, al arzobiso Enrico senonense (de Sens).

[10] Epístola 107, «ad Thomam, praepositum de Beverla».

[11] *Plus Ultra* (del latín que significa 'Más allá') lema de España que utilizó Carlos V como lema personal, como expresión del dinamismo del nuevo Imperio Español que había cruzado las columnas de Hércules, límite del mundo antiguo que marcaba un «non plus ultra». Evoca el texto el escudo de la ciudad de Puebla, que tiene cinco torres, con dos ángeles y las letras K.V., referidas el propio emperador.

dos ángeles que la sustentan, desde que la sierva de Dios entró en esta ciudad tuvo a pares las armas, las del emperador, que la ennoblecen, y las de Catarina, que la defienden. Fue la venerable sierva de Dios las armas más eficaces de la Puebla, pues tantas veces la defendió de los enemigos, pero dejo estas armas que ya de ellas he hablado en varias partes de esta obra, por tratar solo de las de la nobleza de la Puebla y de la conexión que con ellas tuvo la sierva de Dios.

Y empezando por la corona imperial con que se ciñen, ya había visto la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan, (como refiero en este tomo) a la Ciudad de los Ángeles, en una visión que tuvo, adornada con una hermosísima corona imperial que bajaba del cielo y toda la rodeaba, y por eso, sin duda esta ciudad, como madre que es de esta sierva de Dios, el día de su fallecimiento la honró poniéndola otra corona imperial de flores en las sienes. La corona que bajó del cielo la sierva de Dios con la eficacia de sus oraciones fue símbolo del convite eterno de la gloria, donde entraban y habían de coger asiento los moradores de aquella nobilísima ciudad, a quien[12] con razón podemos dar el nombre de madre de esta esclarecida virgen, pues apenas conoció otra tierra o patria. La corona de flores que pusieron los nobles ciudadanos a Catarina el día de su dichosa muerte, fue símbolo del buen concepto que tenían nobles y plebeyos de las virtudes de la sierva de Dios y que se persuadían (prudencial y piadosamente hablando) que aquel día era el del triunfo y desposorio que iba esta alma justa a celebrar al tálamo[13] glorioso del divino Esposo. Con este noble y piadoso afecto salieron todos los vecinos de esta nobilísima y populosa ciudad, convidándose los unos a los otros con voces tiernas y gozosos júbilos a ver y asistir a las honras y glorias de la sierva del Señor, Catarina de San Juan. Parece que se describió esta coronación con la semejanza de la otra, de que hizo mención Salomón en sus cánticos[14]: «Egredimini, et videte filiæ Sion Regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis eius». El día de esta

[12] *quien*: se usa para persona y cosa en la lengua clásica; 'a la que'.
[13] *t*álamo: lecho nupcial.
[14] *Cantar de los cantares*, 3, 11.

magnífica pompa[15], en sentir de Ruperto[16], fue el de su nacimiento, porque el día de la muerte de los justos se llama nacimiento, pues con ella comienza a gozar de la eterna bienaventuranza que es la verdadera e inmortal vida a que aspiramos y debemos aspirar todos los vivientes.

Esa corona que vino del cielo y coronó con esmaltes de purísimo oro la ciudad de la Puebla fue efecto de las oraciones de nuestra Catarina y simbolizó la extraordinaria congregación de lluvias celestiales en los particulares y multiplicados auxilios de la divina gracia que venían como llovidos sobre la ilustrísima ciudad de los Ángeles: estas celestiales lluvias son los justos dicen a cada paso las Escrituras Sagradas. De Cristo dijo el real profeta que había de descender como lluvia: «Descendet sicut pluvia in vellus»[17]. Y esto mismo dijo Isaías: «Rorate cæli desuper, et nubes pluant iustum»[18]. Un justo en la tierra es una pluvia[19] que la fertiliza, fecunda y llena de almas puras y santas. Pondérese ahora la muchedumbre de justos que se reconocen con visos de admiración y espanto en aquella imperial e ilustrísima ciudad. Toda ella parece que se ha dedicado enteramente a obedecer a Dios en sus santos mandamientos y divinos consejos. Apenas se hallará calle ni aun familia en que no se hallen personas que no se empleen en ejercicios cristianos para conquistar el reino de Dios por el camino estrecho y espinoso que guía a la perfección[20]. Apenas se hallará lugar ni corte donde resplandezca más

[15] *pompa*: «acompañamiento suntuoso, numeroso y de gran aparato, que se hace en una función, ya sea de regocijo o fúnebre» (DRAE).

[16] *San Ruperto*: alude a la obra del abad Ruperto, *Ruperti Abbatis Monasterii Tuitiensis Ordinis Sancti Benedicti… in Cantica Canticorum, de incarnatione Domini, commentariorum libri VII…*

[17] *Salmo* 71, 6. El real profeta es, claro, David.

[18] *Isaías*, 45, 8.

[19] *pluvia*: «lluvia» (DRAE).

[20] Evoca el motivo del bivium, «(dos sendas) simbolizado igualmente en la Y pitagórica, y que también aparece en el Evangelio: "Intrate per angustam portam, quia lata porta et spatiosa via est quae ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta et arcta via esta quae ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam" (*Mateo*, 7, 13-14). En la mitología Hércules debió elegir entre dos caminos, el estrecho de la virtud y el ancho del vicio: "siendo Hércules mancebo, llegó por un camino adonde se repartía en dos, y que el de la mano derecha era muy áspero y estrecho, y se llamaba de la virtud, y el de la mano izquierda muy ancho y llano y andadero, era el de los vicios y pecados" (P. Pineda, *Agricultura cristiana*, cit. por Maldonado, ed. de *Sueños*, de Quevedo, Madrid, Castalia, 1984, p. 107). Quevedo, *Sueños*, ed. Arellano, 172-173: "veo, cosa digna de admiración, dos sendas que nacían de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan

el culto de Dios en sus hermosos y magníficos templos, y esta católica devoción es la que hace más o menos célebres las ciudades del cristianismo, porque como dijo Livio[21]: «Omnia prospere eveniunt colentibus Deum». El divino culto en una ciudad es el principio de todas las felicidades y el descuido en esto el manantial de las miserias y desgracias, y es lo mismo que dijo el Espíritu santo[22]: «Scimus quia diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum». A los que sirven a Dios les sirven y honran a todas las cosas, porque todas les suceden bien, todas a porfía concurren a su asistencia y provecho, todas como abejas enjambradas acuden a sus prosperidades. Es tanto el gusto que tiene Dios con los que le aman que no se contenta con que obren las cosas creadas en su provecho, sino que compitiendo unas con otras, quiere que concurran, que se desvelen, se desentrañen y se deshagan para enriquecerle, porque todas las criaturas obran y cooperan con el Creador para las felicidades de un justo, todas las cosas en que pone este las manos las hace oficiales de sus prosperidades y pregoneras de sus honras.

Por este motivo le viene bien a esta nobilísima ciudad la inscripción del Plus Ultra, que mandó poner el emperador Carlos V en las columnas de sus armas, en contraposición del Non Plus Ultra de Hércules[23], pero le sobran otros muchos que la hacen célebre, aun comparada con las opulentas y hermosas ciudades del otro oriental mundo, pues nos enseña la experiencia cuán fecunda es de hijos sabios y de ánimos generosos, que para reducirlos a número, faltara a la aritmética guarismo[24]. En estas dos columnas, del valor y de la ciencia, confieso con veneración, ¡oh ínclita ciudad!, tu indefectible[25] firmeza y me confirman en este sentir los ángeles custodios que te defienden. Y si alguno dijere que pudieras flaquear con el tiempo, como flaquearon las columnas del Templo de Salomón y ciudad de Jerusalén, primera universidad donde los maestros de la ley sagrada, la enseñaban públicamente a los que

angosta que no admite encarecimiento, y estaba, de la poca gente que por ella iba, llena de abrojos y asperezas y malos pasos [...]"» (tomado de Arellano, 2011, *s. v.*).

[21] Cita muy reiterada en sermonarios y obras políticas, de Tito Livio, libro V *De urbe condita*.

[22] Cita de san Pablo, *Romanos,* 8, 28.

[23] *Non Plus Ultra:* referencia a las columnas de Hércules, situadas en el estrecho de Gibraltar que aludían al confín de la tierra conocida «*Non terrae plus ultra*».

[24] *guarismo*: «cada uno de los signos o cifras arábigas que expresan una cantidad» (DRAE).

[25] *indefectible*: «que no puede faltar o dejar de ser» (DRAE).

cursaban la escuela («Hoc templi pinaculum erat rabbi consistorium, in quo sacra Lex conferebatur») responderé con las palabras que dijo Dios a Isaías, cómo compadecida la soberana clemencia de los llantos y clamores de su pueblo, trató de redificar la casa que había antes edificado su eterna sapiencia para doctrinar a su pueblo: «Sapientia ædificavit sibi Domum»[26], y fue la respuesta que vería el profeta con sus ojos pasado el tiempo a Jerusalén con más segura hermosura y más hermosa opulencia, como si dijera «verás mi templo seguro de mudanzas y translaciones, porque yo, empeñado en su restauración, con amarras y clavos le tengo de fijar y ni un clavo consentiré que se traslade a otra tierra»: «Oculi tui videbunt Hierusalem opulentam; Tabernaculum quod nequaquam transferri poterit, nec transferentur clavi eius usque in sempiternum»[27]. Estos clavos que habían de servir de amarra firme a la casa de los sabios y ánimos valerosos, dice Teodoreto[28], citado de León de Castro[29] que son los huesos de los justos, que estaban por Jerusalén esparcidos, desde que por decreto de Nabucodonosor, la destruyó y arruinó la invasión tirana. Pues si los huesos y reliquias de los justos prometió Dios colocarlos por cimientos de su casa, y estos eran los clavos de fortaleza que fijarían eterno aquel templo de la sabiduría, ¿por qué no discurriré yo que en la ley de gracia, cuando los raudales de la misericordia infinita se derraman con mayor abundancia, que esta nobilísima ciudad de sabios y corazones magnánimos y generosos ha de permanecer estable y opulenta hasta el fin del mundo? Pues aunque nos faltase la firmeza simbolizada en la corona de oro con la que coronó el emperador Carlos V las armas de esta ilustrísima ciudad y la que vio la sierva de Dios bajar del cielo para ornamento y defensa de sus nobilísimos ciudadanos, y aunque flaqueasen las inscripciones del Non Plus Ultra de las columnas de Hércules y la del Plus Ultra que puso entre las armas de la ciudad de la Puebla el emperador Carlos V, afianzadas en la fortaleza y manutención de dos ángeles que la ilustran, conservan y defienden, no puede faltar a mi entender su firmeza en los cimientos de tantos cuerpos y huesos que están multiplicados y derramados por los suntuosos y hermosos templos

[26] *Proverbios*, 9, 1.

[27] *Isaías*, 33, 20.

[28] *Teodoreto de Ciro*: (393-¿458-466?) fue obispo de Ciro en Siria y el último teólogo destacado de la escuela de Antioquia.

[29] *León de Castro*: fraile dominico, español de mitad del siglo XVI, discípulo de Hernán Núñez, el Comendador Griego.

que acreditan esa muy noble ciudad de grande por la devoción católica y el divino culto que resplandece en sus obras, y con especialidad por la nobleza y liberalidad con que siempre ha honrado a las personas que han muerto con opinión de santidad. Ya tengo expresados los nombres de muchas almas justas en la historia y por eso no las repito, y también porque a mi asunto basta el nombre de la sierva de Dios, Catarina de San Juan, a quien Dios con su poderosa mano traspuso desde los más remotos términos del oriente, del Gran Mogol o feliz Arabia a la populosa ciudad de los Ángeles en el nuevo mundo del poniente para que fuese una singular corona que la ilustre, una poderosa columna que la sustente y un nuevo ángel en carne que la defienda, y haga estable, firme y opulenta hasta el fin del mundo. Para este fin, discurro yo con san Bernardo, llamó el solícito y divino pastor a esta sierva de Dios y la trajo a esta muy noble y católica ciudad, desarraigándola de las espesas y venenosas malezas del gentilismo: «¿Quid ista non ab illo speret? Non ne hæc est ovis errans, cuius cura etiam supernorum curæ gregum pralata est? Denique pastor descendit ad istam, quæsivit diligenter, inventam non reduxit, sed revexit»[30]. Esta pues, oveja traída al aprisco de la Iglesia, es el asunto de esta historia que corono con el nombre y patrocinio de vuestro señor para que en el archivo noble de su piadoso pecho consigan tan singulares noticias en el esplendor que merecen y que no se lo puede dar la cortedad de mi ingenio, la tibieza de mi pluma y la tosquedad de mi estilo.

México, 22 de septiembre de 1692.

Beso la mano de vuestra señoría, su afecto servidor y capellán.

Alonso Ramos.

La protesta del autor en observancia de los Decretos Apostólicos sin la cual no pretende se lea este libro, está al fin.

[30] Cita de san Bernardo, *In cantica*, sermo 68, 5.

## PRÓLOGO AL LECTOR

Propongo a tus piadosos y nobles ojos, lector prudente, una erudición que escribe Plutarco en el libro de sus Apotegmas[31] y es que cuando iban los lacedemonios a la guerra, no adoraban al sol como los franceses ni sacrificaban a Júpiter como los romanos, sino a las musas. Admirose un discreto de que siendo tan contrarias las armas a las musas se les hiciesen a estas ofrendas. Preguntó a uno de los sabios de aquel tiempo que por qué no se hacían aquellos holocaustos gentílicos a Marte[32], a Hércules o a Belona[33], presidentes de las batallas. Respondió Eudomidas: «Utrebus fortiter gestis contingat at honesta commemoratio», que le hacía para que las musas diesen lenguas que celebrasen lo que obraban sus manos. El vencer enemigos, el destruir los campos los contrarios y ponerlos en huida de atemorizados es empresa que con armas, valor y buena suerte se acaba, pero que triunfen esas memorias del olvido, de la emulación y envidia, depende del favor y patrocinio de las musas o de las letras. De suerte que poniendo en el peso de la dificultad en una balanza, las victorias y triunfos de los ejércitos más pertrechados[34] y victoriosos, y en la otra el daño que los envidiosos hacen, reconocieron que pesaba más esta. La verdadera victoria y el nervio de su dificultad solo le ponían en que a pesar de envidiosos y maldicientes, se hiciesen sus memorias eternas porque el golpe de la espada con el escudo se repara pero contra la lengua no hay escudo. La espada al presente hiere y la lengua al presente y al ausente daña. La espada al que vive da muerte, la lengua a vivos ni a muertos perdona. Y así, para atajar el mayor daño, sacrificaban a las musas sus proezas los antiguos. En aquella edad y en todas juzgara

[31] *Apotegmas*: fue una obra escrita por Plutarco, muy citada por los humanistas. Para el siglo XVI existían las versiones latinas de Francisco Filelfo (1499), Rafael Regio (1507) y finalmente en 1531 loa *Apophtegmata sive scite dictorum libri sex* de Erasmo de Rotterdam.

[32] *Marte*: dios romano de la guerra, esposo de Belona y amante de Venus, equivalente al dios griego Ares.

[33] *Belona*: diosa romana de la guerra, esposa de Marte, equivalente a la diosa griega Enio.

[34] *pertrechos*: «Instrumentos necesarios para cualquier operación» (DRAE).

yo más acertado para los que escriben el sacrificio de las musas que el de Marte, Hércules y Belona. Pues poniendo en el anfiteatro del mundo sus sudores y trabajos sin haber quien vuelva por ellos ni quien los defienda ni quien satisfaga a los que quisieren ofenderlos, están puestos por blanco del sabio y del mordaz ignorante. No tengo yo de qué quejarme en este punto, como lo he protestado en los prólogos de la primera y segunda parte de esta historia, adonde remito al piadoso lector para que vea con cuánta benevolencia hallaron en el mundo acogida mis escritos. Lo que ahora me pertenece es dar razón de la dilación en sacar a luz esta tercera parte. Y digo lo primero que las muchas ocupaciones que se han ofrecido, mancomunadas con repetidos achaques, graves y notorios, han ocasionado la detención de darse a la estampa esta obra. Lo segundo, y la principal causa, es el haber sido forzoso el interrumpirla con la impresión de la primera y segunda parte de las doctrinas del padre Juan Martínez de la Parra[35] de nuestra Compañía de Jesús y digo forzoso porque merecen el nombre de fuerza las insinuaciones e instancias de los príncipes y personas a quienes juntamente respeto y debo respetar, porque me obligó también el conocimiento de que serían en el mundo sus escritos de más gusto y utilidad. Este ha sido mi fin y si le he conseguido en las unas y otras impresiones, deseo se dé la honra y gloria a aquel Señor de cuya mano todo el bien procede. Vale.

### *Parecer del padre Alonso de Quirós, profeso de la Compañía de Jesús y confesor del excelentísimo señor conde de Galve[36], virrey y capitán general de esta Nueva España*

Excelentísimo señor

Con particular gusto he obedecido el decreto de vuestra excelencia en que anticipándome el cumplimiento de mi deseo, por lo mucho que hallé que admirar y documentos en que aprender en la primera y

[35] *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana* impreso en 3 tomos, entre 1692 y 1699, alcanzó una gran difusión tanto en la península como en la Nueva España. Este libro nace de los sermones pedagógicos del padre Juan Martínez de la Parra (Puebla 1652- México 1701). [Cárdenas Ramírez, 2012, pp. 13-14].

[36] Conde de Galve: (1653-1697) virrey y capitán general de la Nueva España. Nace en un ambiente aristocrático, manierista y elitista. Ferviente aficionado de las letras y las artes, principalmente el teatro.

segunda parte dadas a la estampa, se sirve mandarme vea la *Tercera Parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan*, compuesta por el padre Alonso Ramos de nuestra Compañía de Jesús, prepósito actual de la Casa Profesa de esta ciudad. Y vista con la atención que se concilia su contenido, hallo en ella tanta consonancia con las primeras y con tanta perfección finalizada esta obra, que en su apoyo no solo merece le reproduzcan los elogios con los cuales dignamente tan doctas y místicas plumas las aplaudieron, si no es que de esta redundan nuevos aplausos a las primeras. «Nam bene coepit opus (dijo Otón en sus emblemas), qui bene finit opus»[37], por lo cual, y no reconocer cosa alguna que desdiga de la puridad de la fe, ni opuesta a las buenas costumbres, antes bien aquella con maravillosos ejemplos apoyada y estas con tan singulares ejemplares persuadidas, juzgo puede vuestra excelencia conceder la licencia que se pide para darle a la estampa y que goce de la luz común material, por persuadirme la ha de comunicar de superior esfera en lo espiritual. Este es mi sentir, *salvo meliori*, etcétera.[38] En este colegio de san Pedro y san Pablo de la Compañía de Jesús de México, en 9 de septiembre de 1692.

Excelentísimo señor

Beso la mano de vuestra excelencia su muy reconocido y afecto capellán.

Alonso de Quirós.

El excelentísimo señor conde de Galve, virrey de esta Nueva España, concedió su licencia para la impresión de este libro vista la aprobación del padre monseñor Alonso de Quirós de la Compañía de Jesús su confesor, por su decreto de 10 de noviembre de 1692.

[37] Es cita del emblema 34 «Finis coronat opus», de Otto Vaenius, *Emblemata aliquot selectiora amatoria* (1618).

[38] *Salvo meliori etcétera*: 'salvo mejor opinión', fórmula usual de las aprobaciones y censuras.

*Parecer del padre José Vidal*[39] *de la Compañía de Jesús, rector y maestro que fue de teología, prefecto de las misiones y de la congregación de Nuestra Señora de los Dolores en nuestro colegio máximo de san Pedro y san Pablo de México*

Ilustrísimo señor

Por orden y comisión de vuestra señoría ilustrísima he leído esta *Tercera parte de los prodigios de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*, que pretende sacar a luz el padre Alonso Ramos de nuestra Compañía de Jesús, prepósito actual de la Casa Profesa de México, y habiendo ya visto y dado mi parecer para la impresión antecedente de la segunda parte de esta historia, en que me dilaté ponderando las virtudes de esta escogida alma, omito los agradecimientos debidos al autor por ser de casa. Ahora en esta última parte, y fin de su prodigiosa y gustosa obra que espera el mundo para leerla gozoso, no hallo qué decir, sino que este ramo es muy semejante a los otros dos primeros tomos, como nacidos de un mismo árbol fertilísimo de frutos sazonados y deleitosos por las maravillas de la gracia que nos refiere y por los ejemplares de verdaderas virtudes que nos propone en el objeto y asunto de su pluma, dilatándola por el mundo para que sea Dios glorificado en sus criaturas, y para que los piadosos y prudentes lectores, por el medio de la imitación crezcan en fervor y espíritu. Por esta razón no he tenido por lisonjas ni ponderaciones los elogios de los extraños, con los que aprueban y han aprobado esta obra comparando a esta sierva de Dios y a su historiador, al otro árbol fertilísimo de buenos frutos, plantado como dijo el profeta rey[40] a las corrientes de las aguas de la sabiduría: «Aqua sapientiæ salutaris potavit eos Dominus», ni a los que les comparan con alguna semejanza al árbol que vio el evangelista san Juan en sus revelaciones misteriosas, cuyos frutos eran repetidos hasta sus hojas saludables[41]. Yo venero gustoso estas alabanzas y las aprecio como propias por la parte que me toca en los elogios del autor y por el afecto que tuve a la venerable Catarina de san Juan, a quien comuniqué y traté, reconociendo siempre en sus palabras y obras para mi confu-

[39] *José Vidal*: uno de los más prestigiosos jesuitas de la provincia novohispana de la Compañía de Jesús de finales del siglo xvii, difundió la devoción de la Virgen de los Dolores.

[40] David. Lo que sigue es cita del *Eclesiástico*, 15, 3.

[41] Se refiere al árbol de la vida de la visión de san Juan, *Apocalipsis*, 22, 1-5.

sión, extraordinaria virtud y santidad envuelta en una amable sencillez e inocencia, y si el árbol bueno se conoce por sus frutos[42], no puedo dejar de decir que esta prodigiosa vida tiene las propiedades del árbol de ciencia, enriqueciéndonos del bien y del mal: del bien porque se enseña y persuade con muchos ejemplos y doctrinas; del mal porque le disuade y corrige. Por esto y porque no hallo en esta tercera parte a la verdad cristiana ni doctrina que no sea muy conforme a lo que nos enseña la Iglesia católica, juzgo que merece el autor la licencia que pide. Este es mi parecer salvo etcétera. En este colegio de san Pedro y san Pablo de México, en 7 de septiembre de 1692.

José Vidal.

El ilustrísimo señor doctor don Francisco de Aguilar Seijas y Ulloa[43], arzobispo de México del consejo de su majestad. Concedió licencia para imprimir este libro, habiendo visto la aprobación del padre José Vidal, como consta por su decreto de 10 de noviembre de 1692.

### *Licencia del padre provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de Nueva España*

Ambrosio Oddón[44], provincial de la Compañía de Jesús en esta provincia de la Nueva España. Por la facultad y potestad que para esto nos es concedida por nuestro muy reverendo padre Tirso González[45], prepósito general de nuestra Compañía de Jesús, por la presente damos facultad al padre Alonso Ramos, profeso de nuestra Compañía y prepó-

[42] Ver *Mateo*, 7, 15-20.

[43] Francisco de Aguilar, Seijas y Ulloa: también conocido como Francisco de Aguilar y Seijas. Estudió en la Universidad de Santiago de Compostela, y de Salamanca. Obispo de Michoacán en 1677, y en 1680 nombrado por el Papa Inocencio XI, arzobispo de la Nueva España.

[44] *Ambrosio Odón*: (1642) llegó de España e la expedición del padre procurador Lorenzo Alvarado. Fueprofesor de filosofía y teología en Puebla, Guatemala y México. En 1689 fue nombrado provincial. En 1690 es nombrado rector del colegio máximo, en 1696 prepósito de La Profesa, en 1699 vuelve a ser rector del colegio de san Pedro y san Pablo (máximo) y en 1703 otra vez provincial mientras llega el padre Piñeiro: se le nombra visitador al mismo tiempo en el mes de octubre de ese año de 1703 (González Rodríguez, [s. a]).

[45] *Tirso González de Santalla*: teólogo y jesuita español, prepósito general de la Compañía de Jesús (1687-1705).

sito de nuestra Casa Profesa de México, para poder imprimir la *Tercera parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan*, por haberlo examinado y aprobado personas doctas de nuestra compañía y no haber hallado en él cosa digna de censura. En fe de lo cual, damos está firmada de nuestro nombre, sellada con el sello de nuestra compañía, y refrendada de nuestro secretario. En la ciudad de México a 20 de noviembre de 1692.

Ambrosio Odón
Por mandado del padre provincial.

Martin Carlos de Ramales
Secretario.

# PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN, NATURAL DEL MOGOL, DIFUNTA EN LA IMPERIAL CIUDAD DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES EN LA NUEVA ESPAÑA.

## LIBRO TERCERO

## DE SUS VIRTUDES TEOLOGALES Y DE LOS EFECTOS QUE SE VIERON EN EL UNIVERSO, SIN EXCEPCIÓN DE LOS SUBTERRÁNEOS SENOS, QUE ENGRANDECEN LA PERFECCIÓN DE ESTA PRODIGIOSA ALMA Y LA ACREDITAN DE BIENHECHORA COMÚN Y PROTECTORA ESPECIAL DE TODO EL ORBE

# CAPÍTULO I
# DE LA GRANDEZA DE SU FE Y FIRMEZA DE SU ESPERANZA

## I
### *Cómo la virtud de la fe fue el fundamento de toda la perfección que comunicó Dios a esta esclarecida virgen*

El primer paso que dio la sierva del Señor en el camino del espíritu y la primera piedra que puso la suma sapiencia en el edificio de su ejemplar cristiandad y en el cielo de la perfección de esta su querida y escogida esposa, fue la preciosa virtud de su fe a quien llama el apóstol fundamento y sujeto en que estriban las columnas de toda la espiritual fábrica del cristianismo, así como la substancia es fundamento y apoyo de la variedad hermosa de los accidentes. Por eso dijo san Juan en su *Apocalipsis* que el primer fundamento de la ciudad de Dios era de jaspe[46] porque si bien se considera en esta piedra preciosa depositó el autor de la naturaleza todos los colores de las demás piedras, pues vemos que resplandece en él lo blanco del diamante, lo verde de la esmeralda, lo rojo del rubí, lo azul de la turquesa, lo morado del ametisto y finalmente, todas las demás piedras preciosas parece vaciaron allí todo lo rico y lustroso de sus colores. Y esta es, sin duda la razón y causa porque los autores proponen por el más propio símbolo de la fe al jaspe donde se halla virtualmente toda la belleza y preciosidad de las demás virtudes pues así como es el primer fundamento de todas ellas, es también el primer adorno del alma sin el cual, como dice san Pablo es imposible agradar a Dios ni dar paso en el camino de la perfección, por estar depositadas en esta primera y fundamental piedra las semillas de todas las

[46] *jaspe*: «piedra silícea de grano fino, textura homogénea, opaca, y de colores variados, según contenga porciones de alúmina y hierro oxidado o carbono» (DRAE). En los textos clásicos viene a ser sinónimo de mámol. Comp. «Y los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardónica; el sexto, sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisoprasa; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista» (*Apocalipsis*, 21, 19-20).

otras virtudes. De aquí nace y tiene su principio la esperanza porque la fe que tenemos de las promesas y amenazas de un Dios justísimo y omnipotente, nos obliga a esperar el premio y a temer el castigo. De aquí emana la caridad fervorosa pues de creer que Dios es infinitamente bueno procede el amarle sobre todas las cosas y el temor de ofenderle y desagradarle en la más mínima.

Comunicó Dios a Catarina esta virtud en los primeros años de su infancia, sirviéndola de predicadores sus mismos padres, con aquella imperfecta o parte de fe que tenían cercados de las oscuras tinieblas, espesas malezas y punzantes espinas del gentilismo, donde no llegaba la predicación evangélica sino como entre dos luces y por vía de pasajeros de que hice mención en los primeros capítulos de la historia, cuando referí que rendían vasallaje y adoración al verdadero Dios de Abraham que tenía madre en la tierra. La cual noticia, procuraron cuidadosos introducir en su hija Mirra para que fuese este el primer adorno de su alma, el cimiento de todas las demás perfecciones y prodigios con las cuales el Altísimo y verdadero Dios de Abraham, quisiese enriquecer a esta su amada y escogida criatura a quien aun antes de darla ser dispuso con su admirable e incomprensible Providencia fuese su expectación prodigiosa en el mundo, como lo que fue de Moisés y la del gran Bautista. Porque este mismo fin la inclinó y exhortaron a la devoción de la madre de la omnipotencia, por cuya intercesión, como por puerta franca de la divina misericordia, experimentaban entre las nocturnas luces de la ignorancia inexplicables beneficencias. Con estas persuasiones paternas empezó a entrar la fe y rayar la verdadera luz del cristianismo en los oídos de esta preciosa Mirra y alma con especialidad escogida para los castos desposorios del celestial y soberano esposo, verificándose en ella lo que dijo el apóstol, que el oído informado de la palabra de Dios, es la puerta o ventana por donde se introduce la luz verdadera, y el infalible conocimiento de la verdad[47]. Perfeccionada esta noticia con las singulares y repetidas visitaciones de la emperatriz de los cielos, cuando con el niño Dios en los brazos, acompañada de la gran matrona señora santa Ana, la comunicó e infundió aquellas amorosas y santas propensiones, aquellos vehementes impulsos y ardientes deseos de dejar a sus propios y nobles padres, a su patria y riquezas del Oriente, por ser esclava de

[47] San Pablo, *Romanos*, 10, 17 'la fe procede del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo'.

los esclavos de la más Sagrada Familia a que se ofrecía esta especiosa[48] niña, solicitando con lágrimas y suspiros en aquella infantil edad, en que no suele rayar el uso de la razón (si no es por prodigio o milagro) en las demás criaturas, como lo dejo insinuado en el capítulo cuarto del primer libro.

Pero en aquel tiempo podía decir esta oriental y deliciosa Mirra lo que dijo la otra alma santa y escogida esposa de quien habla Salomón en sus cánticos, y es que estaba negra como las tiendas de Cedar[49], porque el sol de la idolatría le había tostado el rostro, o como trasladan los intérpretes, porque el sol de la justicia, Cristo, no había ahuyentado ni apartado de su alma las obscuras sombras del gentilismo con la amable vista y resplandecientes luceros de sus divinos ojos. Aludía la esposa de los *Cantares* al haberse descuidado de su viña por guardar las ajenas, cuando olvidada de la adoración a su verdadero Dios y señor rendía adoraciones a los otros falsos y mentidos dioses. Pero la esclarecida virgen que es el sujeto y objeto de esta historia, ya instruida de sus padres rendía vasallaje al verdadero Dios de Abraham y reverentes veneraciones a su santísima madre, en cuyos brazos ilustrada y bañada de soberanas luces del cielo daba multiplicadas veces adoración de divinidad humanada al niño Dios, aludiría a aquel retirársele y escondérsele el divino y majestuoso rostro sin dejarse mirar de esta su escogida y preciosa Mirra, si no es debajo de dosel y entre los velos de una esquivez y gravedad desdeñosa, como lo referí en el poco antes citado capítulo hablando de las virtudes de su niñez. A la otra esposa santa respondió el divino amante diciéndola que no se congojase ni afligiese, porque para apartar de ella toda fealdad y dejarla hermosa a sus soberanos ojos, le haría unos zarcillos[50] de oro con gusanillos de plata (que es el adorno exterior y más vistoso de los oídos) y fue decirla que la adornaría con la virtud de la fe por medio de la palabra de Dios, que en frase de la Sagrada Escritura se llama plata acrisolada con fuego y el prometerla este adorno antes que los demás fue significarnos que esta presea[51] es la primera que se requiere en el alma para agradar al verdadero Dios de Abraham. A nuestra Catarina respondió el Señor sacándola con maravillosa providencia de entre

[48] *especiosa*: preciosa.

[49] Alusión a *Cantar de los cantares*, 1, 5 («Soy morena pero preciosa, oh hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar»).

[50] *zarcillos*: «pendientes o aretes» (DRAE). Ver *Cantar*, 1, 11.

[51] *presea*: «alhaja, joya, tela, etc., preciosas» (DRAE).

gentiles y conduciéndola por prodigiosos rodeos y peregrinos rumbos a tierra de cristianos, donde instruida de varones apostólicos, ilustrada del Espíritu Santo, asistida del Verbo Encarnado y de su santísima madre se halló adornada y enriquecida perfectamente con la doctrina y fe de Cristo nuestro señor, con quien quedó tan unida y enlazada en apretados lazos del divino amor que protestando antes morir cien millones de veces que perder su amistad y romper la íntima unión y felices paces se conservó hasta la muerte en estrecha e inseparable unión de fe y caridad con el divino Esposo, a quien llama el apóstol[52] piedra y es la primera y fundamental de la católica Iglesia, de la cual no pudieron apartarla ni por un instante de tiempo las furias infernales con todos sus poderíos violentos y cavilosas astucias ni el mundo traidor con toda su artificiosa malicia, ni carne, sirena engañosa, con sus paliados rebeliones[53] y contradiciones tanto más fuertes, cuanto más cavilosas y disimuladas.

Asómbrese aquí la antigua cristiandad y la religión católica se pasme atónita y suspensa, considerando a una criatura recientemente arrancada de la cambronera[54] y espinosa maleza del gentilismo, abrazada tan fuertemente con la piedra, Cristo, que se vio despedazada innumerables veces, antes que dejarse apartar del objeto o sujeto con quien estaba unida en estrechos lazos de caridad y del honesto y divino amor. Esta unión (permítaseme esta ampliación para confusión de la tibieza del cristianismo) es la que pretendió explicar el Nacianceno[55], con el símil de aquel otro animalejo que se abraza tan estrechamente con las piedras y se une y enlaza tan apretadamente con ellas, ayudado de la multitud de brazos que tiene, que el que por fuerza quisiere romper la unión de los dos o ha de arrancar alguna parte de la piedra con el animalillo o ha de dejar algo de él impreso en la piedra. Así quedó unida Catarina con Dios por la gracia del bautismo, pues no hubo poder en el mundo ni en el infierno para apartarla de su querido y divino amante, como se ha dicho y consta de los dos libros antecedentes y se comprobará en lo que resta

[52] San Pablo en *Efesios*, 2, 20: «edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra angular Jesucristo mismo».

[53] *rebelión*: masculino en la lengua clásica.

[54] *cambronera*: «arbusto solanáceo de ramas curvas y espinosas» (DRAE).

[55] *San Gregorio Nacianceno*: (330 d.C.) teólogo, orador y poeta, originario de Capadocio. Ferviente defensor de la fe cristiana en el siglo IV. Conocido por la Iglesia ortodoxa como el «Teólogo», debido a los *Discursos teológicos*, defendiendo la fe trinitaria. No apuro la cita exacta.

de la historia. Pero notemos aquí con Pierio Valeriano[56], que esta misma sabandija que es símbolo de unión fuerte y verdadera entre Dios y el alma, es jeroglífico también de los malos cristianos, pues para pintar los antiguos a un hombre que por una cosa pequeña y de poco valor deja otra grande y de mucho precio que tenía con tenacidad asida, pintaba un pulpo fuertemente arraigado e íntimamente cosido con una piedra tosca y despreciable, y echando sobre él una gota de agua dulce, fijaban un letrero que decía: «División, o desunión repentina» porque este animal en sintiendo que la bañan con agua dulce, luego deja la primera piedra y sujeto con quien estaba estrechamente unido. ¡Oh cuántos cristianos viejos que se precian de estar enlazados con apretados lazos de fe, amor y caridad con su redentor al volver de cabeza, por un descuido en la vista o por no sufrir un leve trabajo por interesar una vil conveniencia o por gozar un bien transitorio dan con todo al traste y se apartan de Cristo, pierden su amistad y el gozar de la hermosura de aquel infinito y eterno bien! ¡Oh y quién pudiera poner aquí con puntual individuación las palabras con que la sierva de Dios se lamentaba y ponderaba la humana flaqueza en la católica cristiandad, cuando hablando con Dios que se le representaba herido y maltratado de sus criaturas, le decía: «¿Es posible, Señor, que haya en el mundo quien ofenda y ultraje tu majestuosa bondad posponiendo tu amistad a unos caducos deleites? ¿Puede haber miseria más digna de lamentarse? ¿Puede imaginarse locura ni desacato mayor? Perdónalos Señor que no saben lo que se hacen!». ¡Oh, imitemos a nuestra Catarina! que pudo gloriarse con san Pablo[57] de que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la persecución, ni las cosas presentes y futuras le pudieron apartar de la caridad con Cristo, a quien amaba con constancia de fe y firme esperanza.

[56] *Pierio Valeriano*: (1477-1558) nacido en Belluno, instruido por su tío Urbano en Venecia, aprende griego, se destaca en oratoria, y su ahínco por estudios humanistas y teológicos. La obra cumbre de Pierio Valeriano dedicada a los Medici es *Hieroglyphica, Sive de Sacris Aegyptiorum Aliarumque Gentium Literis Commentarii*.

[57] *Romanos*, 8, 31-39.

## II

### *Cómo acompañaba la virtud de la fe con todas las demás virtudes*

No solo ha de preceder la fe a las demás virtudes para que sean del agrado de Dios, sino que debe también acompañarlas para levantar el punto y acrecentar en todas las buenas obras el merecimiento. Por eso la otra alma santa hablando con el divino Esposo, dijo que era semejante a la cabra montesa y al cervatillo encumbrado sobre los Montes de Betel[58], que en sentir de Orígenes[59] fue decirnos que aunque son necesarias dos cosas para conseguir la salvación: esto es, el conocimiento de la fe y la perfección de las obras. Es justo y necesario que el conocimiento y consideración de la fe sea como paje de hacha[60] que acompañe y vaya por delante en todas nuestras acciones. Este misterio encierra el haber comparado la esposa al esposo a la cabra montesa antes que al cervatillo[61], porque aunque este es animal más perfecto y tiene perpetua guerra con los animales venenosos[62] y aspira a los lugares altos, que significan las obras perfectas con las que hacemos guerra a los vicios que emponzoñan el alma significada en los montes de la perfección; simbolizada en los montes de Betel, pero la cabra es de agudísima vista y cría en sus entrañas un humor admirable para quitar la ceguera de los ajenos ojos, y por esta razón es símbolo de la fe, con la cual penetramos hasta lo invisible, y debemos procurar que el ejercicio de esta divina virtud preceda y acompañe todas nuestras obras, a ejemplo de esta sierva de Dios, que apoyó y enseñó esta importante doctrina con sus ejemplares acciones, pongamos uno u otro ejemplo en esta materia, aunque repetida en la historia, muy necesaria.

[58] *Betel*: en hebreo significa casa de Dios, es el nombre de una ciudad cananea de la antigua región de Samaria, situada en el centro de la tierra de Canaán. El pasaje aludido es *Cantares*, 2, 17.

[59] Orígenes en su comentario al *Cantar de los cantares*.

[60] *paje de hacha*: el que iba alumbrando el camino con un hacha o cirio.

[61] «La esposa compara el esposo primero a la cabra montañesa y luego al cervatillo aunque el cervatillo es "animal más perfecto" porque la cabra "es de agudísima vista y cría en sus entrañas un humor admirable para quitar la ceguera de los ajenos ojos, y por esta razón es símbolo de la fe [...] y debemos procurar que el ejercicio de esta divina virtud preceda y acompañe todas nuestras obras" tal y como Catarina de San Juan».

[62] Se decía que el ciervo sacaba con su resuello a las serpientes de sus guaridas; es motivo frecuente en los libros de emblemas. También es tópica la aguda vista de la cabra. Estas interpretaciones de los animales del *Cantar* aparecen en muchos textos religiosos.

Entraba Catarina en los templos como lo insinué en el libro primero, con una fe tan viva de que quería Dios le diesen los fieles la honra y gloria debida en la iglesia a su infinita grandeza, que daban en rostro[63] a la sierva del Señor aun las comunes salutaciones que ha introducido la urbanidad y cristiandad cortesana, siendo así que aun en los reales palacios de los príncipes de la tierra, se tiene por desatención el saludarse y hablar un amigo con otro en presencia del monarca que preside, porque se mira como materia de menos respeto a la superior autoridad que pide para sí toda la atención de los que se ponen en su presencia. Pues ¿qué mucho que se ofendiese la sierva del Señor, celosa de la honra y gloria debida a la suprema Majestad de ver a los católicos entrar y estar en la iglesia haciendo de ella lugar de recreación con prolijos coloquios y largas pláticas sin acordarse que dice Dios por su profeta que le den todos en el templo la honra y gloria debida, sin reparar que asisten allí los ángeles para escribir todo lo que se parla[64] y que está presente el Señor, penetrando las intenciones y los afectos más ocultos de los que entran en su casa e iglesia? Catarina entraba en los templos con la consideración de lo que creemos y debemos creer que era la luz de la fe tan viva que la tenía atónita y suspensa en las iglesias, contemplando la omnipotente majestad y la suma grandeza de su Dios presente. Y este era el modo con el cual la sierva de Dios acompañaba y llevaba delante de todas sus obras esta divina virtud a quien el apóstol atribuye tantas prodigiosas hazañas, en la carta ya citada que escribió a los hebreos.

No pretendo, ni es mi intención reprehender y mucho menos condenar las debidas atenciones a la prudente y política urbanidad que no se opone a la caridad y cortesana cristiandad de que no se ofenden los divinos ojos ni se da por agraviada la suprema y verdadera deidad, pues se precia de tan urbana y cortés que a todos sabe agasajar, a todos satisfacer y con todos cumplir. Por eso, el seráfico doctor[65] ponderando con cuán alegre rostro y risueño semblante había admitido el envite[66]

[63] *daban en rostro*: causaban enojo.

[64] *parla*: «hablar mucho y sin sustancia» (DRAE).

[65] *seráfico doctor*: hace referencia a san Buenaventura (1217-1274), se le llama doctor Seráfico por la relación existente entre su ferviente amor a Dios y el significado literal de *serafín* 'el que ama a Dios'. En todos sus escritos y sermones expresaba su inmenso amor hacia Dios, es nombrado doctor de la Iglesia, por el Papa Pío VIII.

[66] *envite*: «Ofrecimiento de una cosa» (DRAE).

o convite[67] de un Simón leproso[68], le llamó cortesanísimo y urbanísimo señor, y tanto que convidado de él no desdeñó su casa, ni extrañó su mesa y mucho menos sus salutaciones y familiar conversación. Lo que quiero decir es que en cuanto fuere posible y cuando la necesidad no pidiere lo contrario, se ha de guardar silencio en el templo, porque así lo manda como ya dije, la Majestad suprema, para que en él como en casa de oración le rindan el culto y debidas adoraciones sus fieles. Y con esta doctrina satisfago a una queja o impertinente nota de algunas personas que murmuraban y mordían a Catarina porque en la iglesia se retiraba de ellas por indevotas[69], y si la buscaban por mantenedora de inútiles y largos coloquios no las respondía, o no retornaba las respuestas tan cumplidas como las mujeres parleras e inadvertidas deseaban. Confúndanse estas y cúbranseles los rostros, no solo del velo negro de sus mantos, sino del encarnado de la vergüenza a vista del reverente silencio de esta sierva de Dios en la iglesia, pues era efecto de la luz de la fe, con que acompañaba y daba lustroso esplendor a todas sus obras.

Un domingo de cuaresma en la tarde, poco antes de subir al púlpito el predicador, que era el padre José de Porras, de nuestra Compañía de Jesús, prefecto de la muy noble, devota y esclarecida congregación que está fundada en el colegio del Espíritu Santo[70] de la Ciudad de la Puebla de los Ángeles, debajo del patrocinio y advocación de santa María la Mayor, que vulgarmente llamamos de la Annunciata, y Nuestra Señora del Pópulo, reparó Catarina que todo el grave y numeroso concurso que estaba en expectación del sermón no asistía con aquella exterior reverencia que debía tan cristiano teatro en tan sagrado y religioso templo, porque el deseo y regocijo con que esperaban oír al predicador y la misma muchedumbre del gentío trasformaban aquel devoto auditorio en un bullicioso concurso, más propio de un coliseo profano que de la iglesia. Pidió en esta ocasión la sierva de Dios al Señor fervor de

[67] *convite*: «acción y efecto de convidar» (DRAE).

[68] Para este episodio ver *Mateo*, 26, 6-13 y *Marcos*, 14, 3-9.

[69] *indevota*: «falto de devoción» (DRAE).

[70] *Colegio del Espíritu Santo*: fundado por Melchor Covarrubias en 1578. Su administración estuvo a cargo de los jesuitas, hasta su expulsión en 1765. Regresan en 1819, y lo adoptan nuevamente, bajo el nombre de colegio Carolino, o Real colegio Carolino del Espíritu Santo, san Jerónimo y san Ignacio. Posteriormente a la Independencia, se llamó colegio Imperial, hasta 1825 en manos del Gobierno asignándole el nombre de colegio del Estado. El 22 de mayo de 1837 se convirtió en parte de la infraestructura de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

espíritu para su ministro, y para el auditorio tanta abundancia de gracia que todos cuantos asistían en el templo saliesen movidos y contritos, de manera que ninguno se atreviese a ofender más a su redentor. Respondió Cristo:

> Yo asistiré al predicador que es mi voz y mi vicario para que siembre en los corazones de los presentes las doctrinas de mis evangelios. ¿Pero si no está la tierra dispuesta como quieres Catarina, qué fructifique mi palabra?

Con estas voces, se halló elevada y suspensa y como arrebatada del divino espíritu. Fue reconociendo cuán distraído estaba todo el auditorio y cuán olvidado de Dios, de quien solo podía venir la ternura, la conversión y el provecho que es la razón que movió al Bautista para llamarse voz que clamaba en el desierto y no voz que convertía, porque lo primero era lo que Dios le mandaba y lo demás quedaba reservado a la omnipotencia.

Reconoció también la sierva del Señor a un diablillo bullicioso en forma de un negrito feezuelo[71] que andaba entremetiéndose por el numeroso concurso, provocando a todos a que profanasen el templo con palabras, risas y liviandades de los ojos. A este tiempo se dejó ver el predicador evangélico en el púlpito y con solo su presencia se compusieron los oyentes, poniendo todos en él la vista con edificativo silencio, atención y el respeto debido a quien predica la sagrada doctrina del Evangelio y con sola esta reverente compostura del cristiano auditorio advirtió Catarina que el monstruoso diablillo se retiró al rincón de la capilla más cercana al púlpito donde se puso con la mano en la mejilla en quietud y con aparente aunque forzada devoción a oír el sermón. Preguntó entonces la sierva de Dios, tratándole de embustero qué le había sucedido y qué hacia allí tan pensativo e hipócritamente devoto. No la respondió el demonio porque ya en otra ocasión había dado la respuesta, diciendo que tenía licencia del Altísimo para hacer y hablar en la iglesia todas aquellas indecencias que ejecutasen en ella los cristianos y que cuando los fieles estaban con reverente devoción en el templo, le obligaban a él y a todos los suyos a estar en él como perros atados sin permitirles ni aun el ladrar a vista de su creador humanado y sacramentado. Pondere el piadoso lector esta confesión del infernal monstruo y no deje la consideración de que la presencia real de un hombre que sube al púlpito a predicar la palabra de Dios y tiene sus veces para evangelizar en su

[71] *feezuelo*: feo, desagradable.

nombre al pueblo, es suficiente freno a componer y poner en orden una muchedumbre de gente turbada, inquieta, y bulliciosa, siendo así verdad que no experimentamos semejantes efectos en los fieles que asisten en el templo donde preside sacramentado el supremo rey de la gloria. Catarina asistía en las iglesias con tal conocimiento de fe que la viveza de esta soberana luz la tenía como absorta e inhabilitada para profanar la casa de Dios con obras, palabras y pensamientos. Por eso no podía mantener largos coloquios ni pláticas excusadas que prohíbe el Señor en sus templos y que no son argumento de grande fe ni se compadecen con mucha cristiandad.

En todas las demás acciones se asomaba y resplandecía lo realzado y grande de esta divina virtud con la que enriquecía y gobernaba su preciosa alma, como lo notará el piadoso lector por todo el discurso de la historia, y reconocerá los maravillosos efectos de su soberana actividad en cuya meditación santa vivió y murió la sierva de Dios. Toda su vida caminó a los resplandores de esta preciosa virtud y soberana luz considerando todo lo que nos enseña, y con esta consideración aprovechó mucho por las sendas de la perfección, porque siempre la tenía (como se dice) en la cabeza y la obligaba a levantar el pensamiento a Cristo y a ponderar los divinos misterios que la movían y traían en un continuo ejercicio de alabanzas de su creador y redentor. Con la memoria de esta divina luz, parecía Catarina un trasunto[72] del profeta Jeremías, desahogando el corazón con continuas y copiosas lágrimas de devoción y contrición, considerando lo mucho que deben las criaturas a su creador y lo mucho que le ofenden. Y finalmente, por no dilatarme con la repetición de los casos de esta admirable vida, en apoyo del modo y verdad con que esta esclarecida virgen acompañaba y fortificaba todas las demás virtudes con la fundamental de la fe, hago solamente remembranza de aquellos sus continuos temores, sustos y sobresaltos que la causaba la continua presencia del majestuoso y supremo juez agraviado y maltratado de los hijos de los hombres. Estos y otros mil efectos de esta divina virtud no experimentamos los tibios, por tenerla ociosa, y por esta misma razón no aprovechamos en el camino de la perfección, no damos paso adelante en la escala y subida del cielo. Imitemos a Catarina, que vivía y hacía todas sus obras a la luz de la fe, desmenuzando y trayendo en el paladar del alma con la consideración y meditación esta divina virtud, y por eso sentía su actividad y experimentaba sus maravillosos efectos,

[72] *trasunto*: «copia escrita de un original» (DRAE).

verificándole la semejanza que dice el evangelio tiene con el grano de la mostaza, en el cual si le dejamos entero, no podemos echar de ver su virtud ni actividad, pero si le gustamos molido y deshecho en un punto se nos sube a la cabeza y luego nos saca las lágrimas a los ojos y poco después nos obliga a estornudar y estremecer todo el cuerpo[73].

## III

### *Cómo acreditó Dios en el mundo de la grandeza de fe la sierva del Señor por lo que estimó sus obras y oraciones por el poder que la dio para resistir a las potestades infernales y favorecer al universo*

No resplandeció menos lo realzado de esta soberana virtud en nuestra venerable Catarina por lo que Dios la estimó, por el poder que la dio contra las puertas del infierno y en patrocinio del mundo. La favoreció el divino poder aun antes de darla ser escogiéndola para ejemplar prodigioso de virtudes e instrumento de maravillas y prodigios. La sacó a la luz del mundo con el esplendor de princesa por sus nobles prendas y por hija de grandes señores y poderosos potentados de la tierra, para abatirla y ponerla entre los pequeñuelos del evangelio a quienes revela sus arcanos y franquea sus ocultos secretos, porque son los que más le agradan y en quienes descansa depositado el tesoro del divino amor y de la suma sapiencia que se comunica a los fieles según el grado de fe con que viven, aman y sirven al Padre de las lumbres[74] y fuentes de toda verdadera luz, pues como dijo el apóstol, no halla Dios grado donde no tiene grado la soberana luz de la fe, ni tiene Dios en nada lo que de fe no tiene nada y cuando vive esta divina virtud en el alma, vive esta. Como luces son sus ojos, en sentir de san Pablo[75] cuando dijo que eran los fieles luces en la mano y aprecio del Señor, y los que en la urna de

[73] La parábola del grano de mostaza, además de la misma lectura del evangelio, tiene otras aplicaciones en los comentaristas, una de ellas esta del desmenuzamiento, que muchs predicadores aplican (a veces a Cristo, porque también fue desmenuzado en la Pasión).

[74] *Padre de las lumbres*: «Toda dádiva buena, todo don perfecto, desciende del padre de las Lumbres. ¡Notable decir! De manera, que cuando Dios nos da un bien, que sea verdaderamente perfecto, no se llama Dios Padre de las misericordias, ni fuente de las liberalidades, llamase Padre de las Lumbres, y fuente de la luz; porque en la lumbre y en la luz, que Dios nos da con los bienes, consiste la bondad y la perfección de ellos» (Vieira, 1752, fol. 207).

[75] Comp. *Efesios*, 5, 8.

la ignorancia de los sobrenaturales misterios quedaron en tinieblas miserables y obscuras, por más partes que tengan y ventajas. Muchos eran los filósofos antiguos en el teatro del universo, cielos eran de la tierra, mar de la sabiduría, ríos de la elocuencia, pero como les faltó la luz no hace Dios caudal de ellos ni los precia ni los estima, porque grandes filosofías sin el conocimiento divino, grandes estudios sin la lumbre de la fe, poca importancia tienen ni lucen ni parecen: en blanco les salió la buena suerte para conseguir la eterna y verdadera felicidad. Mas los que son luces en el Señor, los que sacó de la urna de la ignorancia y les cupo la dichosa suerte de ser fieles, esos aunque menores, vienen a ser mayores, esos son los estimados, esos los preferidos, pues dejando Dios a los grandes y aventajados de la tierra, a ellos comunica los resplandores de su divina sapiencia, no con igualdad, sino a la medida de sus merecimientos y conforme a la voluntad de la altísima Providencia que por su justísimo beneplácito, sin negar el auxilio suficiente a nadie, levanta a unos y abate a otros, y entre todos los justos que están en la urna de la gracia escoge a los que quiere para las primeras dignidades de sus dos Iglesias triunfante y militante[76], en que tienen la primacía los apóstoles, previniéndoles con sus eficaces auxilios para que fuesen no solo justos, sino de rara santidad y perfección de vida extraordinaria. Por los favores, regalos del cielo y por lo realzado de sus virtudes referidas en los dos primeros libros, juntas con las que irán amontonadas en esta tercera parte, se debe medir la grandeza de la divina fe con que vivía y se animaba esta escogidísima alma.

Y si a alguno menos piadoso de los lectores, le parecieren muchos los favores que mereció la sierva de Dios del cielo e increíbles los prodigios que obró en ella y por ella el divino poder, haga remembranza de lo que dice el evangelista san Mateo, que no hay cosa imposible al que cree, que es lo que dijo el ángel de Dios en la Encarnación del Verbo: «No hay cosa imposible para el Todopoderoso»[77]. Esto mismo debemos creer de la virtud de la fe, pues cuando llega a ser perfecta todo lo puede y lo imposible a las fuerzas humanas para la fe es posible y ha de serlo. ¿Qué

[76] La Iglesia está integrada por la iglesia militante o peregrina, que hace referencia a los que viven en la tierra; y por la iglesia triunfante, que hace referencia a los que ya están en el cielo. En algunas ocasiones se habla también de una iglesia purgante, que hace referencia a los que ya están muertos y se preparan para entrar en el cielo purificándose en el purgatorio.

[77] *Lucas*, 1, 37; *Mateo*, 17, 20.

cosa más imposible que con una palabra arrancar de la tierra con todas sus raíces a un grande y envejecido árbol y trasplantarle en medio del mar? Pues eso hace y puede, dice el Señor por su evangelista san Lucas: «Si tuvieses la fe como el grano de la mostaza y dijeses a un árbol que se trasplante en el mar, os obedecerá, y si dijeses a un monte que mude el puesto y se pase a otra parte, lo hará con presteza»[78] y esto con solo la virtud de la fe, como esta sea semejante al grano de la mostaza, no en su cantidad, que es pequeño, vil, despreciable y de poca estima, ni sabe, ni huele, ni parece nada; sino en su virtud, que es grande, supuesto que comenzándole a moler toda la casa llena de olor y fragancia, y tiene un gusto fogoso, vivo y eficaz, y otras mil virtudes. Calificó Dios muchas veces de grande la fe de Catarina (como se verá en el discurso de la historia) y así no es mucho que toda su vida esté llena de prodigios, aunque hiciese trastornar los montes, desencajar las piedras, mudar los peñascos y arrancar las serranías, porque no hay cosa imposible al que perfectamente cree. Hasta en el cielo se reconocieron estos poderíos de la fe, cuando el grande caudillo del pueblo de Dios, Josué[79], con imperiosa voz hizo parar, detener y estar fijos los dos planetas grandes, sol y luna, sin dar un paso adelante. Es grande su poder, grande su virtud, grande su fortaleza y este conocimiento a quien no se acaban de rendir los sabios y potestades del mundo, le comunicó y reveló Dios a su sierva. Por eso fue instrumento de maravillas y milagros de la omnipotencia.

Más prodigiosa la hizo la fe católica en el resistir a las potestades infernales, supongo para que se haga concepto de la grandeza de la católica fe que infundió el Señor en nuestra Catarina, lo que es el demonio y el poderío del infierno. Dice el apóstol san Pedro[80] que es el demonio un león rabioso y rugiente, que como hambriento, irritado y colérico, se muestra impío, cruel, sin mansedumbre, ni clemencia y de tal magnanimidad y grandeza, que entre todas las bestias fieras no hay alguna que le ponga miedo, le espante, ni le atemorice. Pues a este león terrible, a quien ni asombran reyes, ni sabios amedrentan, ni poderosos espantan, ni ejércitos ponen en huida, le resistía, confundía y ahuyentaba la sierva de Dios armada del incontrastable escudo de la fe. El mismo infernal averno lo confesaba obligado de la voluntad de Dios, a que no podían resistirse y omitiendo por ahora las ocasiones y casos

78 *Lucas*, 17, 6; *Mateo*, 17, 20.
79 *Josué*, 10, 13.
80 *1 Pedro*, 5, 8.

en que esta esclarecida virgen y mujer fuerte les oyó esta confesión pronunciada con voces sensibles entre blasfemias, maldiciones y otros diabólicos furores con que desahogaban sus envenenados pechos, pongo solamente por ejemplar un caso que le sucedió y atestigua uno de sus confesores que hoy vive y cuya autoridad y verdad no permitiera saliese a la luz del mundo si no hubiera sido así. Estaba este batallando con una legión de demonios que atormentaban y sofocaban a un alma obsesa[81], a quien tenía el exorcista por virtuosa y justa, y revestido de un santo enojo y católico celo contra la obstinada pertinacia[82] de los infernales monstruos, que como rabiosos perros, como hambrientos lobos, como furiosos leones ensangrentaban las crueles uñas de su enfurecido rencor en el cuerpo y alma de su ahijada les redarguyó[83] diciendo:

> ¡Ah, gente pertinaz[84], proterva[85] y de empedernida obstinación! ¿Cómo os resistís al poder de los eclesiásticos exorcismos? ¿Cómo os atrevéis a perseverar con tan contumaz tesón en porfiada guerra, con una criatura que está auxiliada de la gracia?

Pasaba la venerable Catarina al tiempo de esta batalla cerca de los combatientes y respondieron los demonios llenos de furor y rabia: «Pelearemos contra esta alma, contra ti y contra todas las criaturas hasta el fin del mundo, menos contra esa china vieja, embustera, maldita ella sea y la tierra de que fue formada». Pondere el piadoso lector esta confesión de los espíritus del averno tan malignos como soberbios, de cuyo poder, como dice el santo rey David, puesto en el mar del mundo se burla de sus olas y juega con las aguas y cuando están alteradas de suerte que amenazan las estrellas, son para él juguetes. ¿Que este ha de huir de una pobre mujer? ¿Y que esta con el escudo de la fe y fortaleza de la gracia le resista, refrene y confunda? Está contestada esta verdad en muchos de los capítulos de la segunda parte de su vida y se comprobara con especialísimos casos que pondré en estos dos últimos libros.

Es la virtud de la fe piedra incontrastable, firme y entera contra la cual no valen ni pueden los poderíos del tenebroso abismo, de que no se puede dudar desde el tiempo en que dijo a san Pedro, cuando le confesó hijo del eterno Pa-

[81] *obsesa*: «que padece obsesión» (DRAE).

[82] *pertinacia*: «obstinación, terquedad o tenacidad en mantener una opinión, una doctrina o la resolución que se ha tomado» (DRAE).

[83] *redarguyó*: «convertir el argumento contra quien lo hace» (DRAE).

[84] *pertinaz*: «obstinado, terco o muy tenaz en su dictamen o resolución» (DRAE).

[85] *proterva*: «perverso, obstinado en la maldad» (DRAE).

dre: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia incontrastable a las puertas del infierno»[86]. La cual resistencia atribuyen muchos de los santos padres y sagrados intérpretes a la confesión de la fe que hizo el apóstol y piedra fundamental de la Iglesia, contra cuya fortaleza y constancia no pueden las potestades del tenebroso centro, de manera que no solo a un demonio ni a ciento ni a mil, sino a cuantos por las puertas del infierno entraren a todo aquel hormiguero de demonios, a todo aquel escuadrón de diablos y a todas las legiones juntas hará volver atrás y poner en huida. Aunque todo lo que entró por las puertas del infierno salga y se ponga en campaña contra la virtud de la fe perfecta, no será bastante a resistirla y al fin llevarán las manos en la cabeza. Supuesta esta verdad cristiana, haga el piadoso lector remembranza y acuérdese de los triunfos y victorias que por instantes conseguía esta valerosa virgen contra los infernales monstruos en las batallas referidas ya en la primera y segunda parte de la historia, cuando con un «¿Quién como Dios? ¿Si Dios conmigo, quién contra mí ni contra todas sus criaturas?» los ahuyentaba como a mosquitos arrebatados de un remolino violento y los precipitaba a su tenebroso centro, oprimidos del divino poder que animaba y fortalecía la voz y la fe de esta sierva del Señor, para que fuese glorificado su santísimo nombre y ensalzada su omnipotencia.

Otros argumentos eficaces nos restan que referir en prueba de la grandeza y fortaleza de la fe de nuestra venerable Catarina, que se leerán en los libros siguientes, con especialidad al llegar a ponderar la elevación de su espíritu, cuando arrebatado del poder de Dios como triunfador de todas las bestias fieras y de todo aquel bárbaro y condenado imperio, hollaba las puertas del infierno, abría y cerraba sus cerrojos, visitaba los calabozos eternos y entre aquellas palpables tinieblas divisaba a las furias infernales y a todos los condenados sentados al remo que para siempre dura, entre bravuras, rabias, blasfemias y desgarros, no sirviéndoles sus ansias y terribles desesperaciones para embestirla ni para hacer un solo araño en la fe de esta sierva del Señor, ni en su valeroso espíritu, que armado con el escudo de esta celestial virtud los confundía y detenía encadenados y presos en las cadenas de fuego para que fueran rematados desde su primera caída, en que arrojados del cielo perdieron los bienaventurados alcázares de la gloria. Sea Dios bendito y glorificado por el poder que comunica a los que perfectamente creen, pues siendo

[86] *Mateo*, 16, 18.

el demonio aquel de quien se dice en el libro del santo Job[87] que no hay en la tierra poder que le iguale y que el llevarse de un sorbo un río caudaloso y el cortar de un golpe todo el linaje humano y procurar darle muerte, son todas armas de su trofeo, pero el batallar con nuestra esclarecida virgen, el presumir contrastar su fe, no solo, según parece por sus confesiones y testimonios, estaba fuera de sus fuerzas, pero aun de su pensamiento no llegaba a tanto su locura. Desesperado andaba en el mundo de manera que todo su poder y maña no llegaba siquiera a presumir que podía prevalecer contra esta valerosa mujer, cuando todo el mundo le parecía al infierno en su oposición una paja y un juguete. La hermosura y fortaleza de la fe en todos los cristianos la explican los doctores con la preciosidad del jaspe; pero la fe de la venerable Catarina se había de simbolizar también en la otra resplandeciente piedra asbesto[88], de la cual dice san Isidoro[89] que una vez encendida conserva el fuego de suerte que jamás se apaga y que por eso habían puesto los antiguos por lámpara una de estas piedras en el templo de Venus. De esta calidad fue esta piedra edificativa en la iglesia de Dios, supuesto que desde que fue encendida con el fuego del Espíritu Santo en las cristalinas aguas del bautismo, nunca fueron sus resplandores apagados. Piedra fue tan fina y firme que pudo gloriarse a imitación del apóstol que con la grandeza de fe y firmeza de su esperanza desafió a todo lo creado, sin haber perdido una victoria ni un solo triunfo, pues no ofuscaron la belleza de su luz las ignorancias de la tierra, las persecuciones del mundo, las baterías del infierno ni los nublados de la culpa.

## IV
### *De la grandeza y firmeza de su esperanza*

Hay virtudes que por interiores deben ponderarse para que se conozcan y deben autorizarse para que se crean. Por este motivo, sacó el Señor a pública plaza la grandeza de la fe y de la caridad de santa María Magdalena cuando a vista de todos los convidados que la vieron llegar,

[87] Job, 40, 22-23.

[88] *asbesto*: «mineral de composición y caracteres semejantes a los del amianto [mineral que se presenta en fibras blancas y flexibles, de aspecto sedoso], pero de fibras duras y rígidas que pueden compararse con el cristal hilado» (DRAE).

[89] San Isidoro de Sevilla dice esto en *Etimologías*, lib. 16, 4.

compungida y llorosa cual cierva herida[90] de la saeta de la divina inspiración a la fuente de su remedio, Cristo, nuestro bien, ungir sus sagradas plantas con preciosos ungüentos; enlazar y limpiar con sus cabellos, que prendieron tantas almas, los divinos pies; regárselos con copiosas avenidas de amargo llanto, la absolvió plenariamente diciendo: «Absuelta vas a culpa y a pena. Las lágrimas de tu corazón han borrado la fealdad de tus pecados; tu amor ha sido grande; tu fe aborda con tu caridad, bien puedes caminar en paz»[91]. Estas mismas dos virtudes alabó e hizo notorias al mundo el Señor en su querida Catarina, muchas veces cuando lloraba, gemía y suspiraba por la salvación de las almas y bien de todo el universo, pero nunca advertí ni noté que hiciese la divina Majestad mención de la grandeza de su esperanza, así como dejó también en silencio esta soberana virtud en ocasión que se mostró predicador de la fe y amores de la Magdalena, y la razón del uno y otro silencio pudo ser la que dio el cardenal Cayetano[92] y es que omitió el Señor el acreditar la esperanza de María Magdalena porque esta preciosa virtud se manifestaba y dejaba bastantemente entender de sus obras. Viene la Magdalena, señora tan noble y principal, de tan alta calidad como cuantas había en la ciudad, rompiendo con los inconvenientes de su pundonor[93], descompuesto el cabello, olvidado el adorno, despreciada la gravedad, hollada la pompa del mundo, sola por las públicas calles, la que por ellas antes de todos había sido tan asistida y cortejada, no repara en el decir de las gentes en medio de tan espléndido convite. Llora, suspira y gime, imprimiendo sin cesar los hermosos labios en las plantas del Señor y la sirve de lienzo para limpiar los ungüentos que generosa derrama la desaliñada madeja de sus dorados cabellos. ¿Pues quién hace tanto? Dice Cayetano[94]:

> ¿Quién arriesga tanto? ¿Claro está que algo había de esperar? Y así dígase, que la Magdalena tuvo fe y caridad, y cállese la esperanza, porque no hay

[90] Ya se ha anotado el motivo de la cierva herida que busca las fuentes.

[91] Ver por ejemplo *Lucas*, 7, 36-50.

[92] *Cardenal Cayetano*: su nombre fue Tomás de Vio, nació en Cayeta en el año 1469. Perteneció a la orden de santo Domingo. Fue tomista por excelencia, acertó en diversas exposiciones en torno a la *Suma Teológica*.

[93] *pundonor*: «estado en que la gente cree que consiste la honra, el honor o el crédito de alguien» (DRAE).

[94] Ver su *Homilía sobre el evangelio de san Lucas*. El pasaje de Cayetano aparece citado o comentado en muchos lugares, por ejemplo, en los sermones del famoso jesuita padre Vieira.

> para qué decir lo que se está dicho y entendido, pues, apenas se halla quien gaste sus obsequios ni sude, afane, pierda y arriesgue si no es pretendiendo y esperando ganar y crecer.

El hacer obsequios y sumisiones, tal vez puede ser sin amor y sin fe, pues tal vez como acá decimos: «Besa un hombre manos que quisiera ver cortadas», pero servir sin esperar es maravilla que por maravilla se ve, y así para que quedase acreditada en el mundo la esperanza de la Magdalena, no fueron necesarios otros elogios que la narración de sus obsequios para con Cristo.

Así podemos y debemos discurrir de la esperanza de nuestra venerable Catarina, supuesto que para que sea conocida por todo el orbe la extraordinaria grandeza de su firmeza, basta la experimental ostentación y publicación de sus obras. En ellas queda bastantemente acreditada esta soberana virtud, porque el haber seguido a Cristo desnudo y despreciado una hija de los príncipes de la tierra en tan dilatada vida, no pudo tener otro principio y fundamento que el de la esperanza de la eterna felicidad. El haber sustentado y sufrido las multiplicadas batallas con que la combatió el mundo, infierno y carne, clamando al cielo misericordia, argumento es de que aspiraba y esperaba verse coronada entre los cortesanos celestes. Esta esperanza era su vida, aliento y fortaleza, aun entre las mundanas glorias no sé qué vislumbres se tuvieron de esta verdad los gentiles. Del emperador Alejandro refieren muchos autores que cuando emprendió la conquista del mundo, repartió toda su hacienda a los soldados y dando una heredad[95] insigne a uno de sus capitanes, llamado Pérdica[96], le reconvino este diciendo: «Pues señor, ¿qué os ha de quedar a vos?». Y el gran Alejandro le respondió que le bastaba la esperanza; a dicha respuesta añadió el fiel capitán: «Esa sea común a mí y a mis compañeros, supuesto que llevados de la esperanza y faltos de la posesión con mayor brío y esfuerzo acometeremos las batallas y triunfaremos de las enemigas huestes, hasta hacernos señores del universo». De esta manera vivió la sierva de Dios, peleando constante toda su vida hasta conquistar el cielo, dejando y despreciando desde su niñez todas las cosas de la tierra como impedimentos para la espiritual milicia. Con la esperanza

[95] *heredad*: «porción de terreno cultivado perteneciente a un mismo dueño, en especial la que es legada tradicionalmente a una familia» (DRAE).

[96] *Pérdicas*: militar macedonio al servicio de Alejandro Magno. Después de la muerte de Alejandro, se otorga plena autoridad y gobierna en nombre de Filipo III, y Alejandro IV, debido a su incapacidad.

de la eterna felicidad alentaba y esforzaba su constante perseverancia para conseguir la corona de la celestial gloria, porque como persona que no tenía cosa en la tierra, procuraba hacerse rica en la bienaventuranza.

Ni es contra la firmeza y perfección de esta soberana virtud aquel continuo llanto (de que hice mención en el segundo libro) en que vivió en este mundo la sierva de Dios, temerosa de ofender a su Dios infinito y justamente poderoso, y de condenarse por sus propias culpas, porque estos santos temores fueron argumento y real prueba de lo acertado y seguro de su católica esperanza. Pues como nos enseñan los sumos pontífices y doctores cristianos, los dos polos sobre que se funda la perfección católica y las columnas que sustentan la virtud firme y verdadera son el temer y la esperanza: con estos dos compañeros camina un alma animosa, segura, alentada y defendida, porque faltándole uno de estos dos cimientos y apoyos en que estriba el próspero acierto de todas las acciones o desmayara el espíritu desalentado o se perderá y morirá a manos de su misma confianza. La venerable Catarina de San Juan traía presente el reino de los cielos y la eterna felicidad en aquel perpetuo descanso y con esta consideración se conservaba y crecía la esperanza de una indeficiente gloria, pero juntamente vivía en una continua memoria de la eterna pena que la podía caber por sus propias culpas, pues todo aquello que es posible se puede esperar y temer y por eso aunque esperaba la sierva del Señor salvarse como algunos recelaba el condenarse como muchos, pues son pocos los que se salvan y muchos los que se condenan, y con este pensamiento no se engreía presumida, como se experimenta en algunos vanos y luciferinos espíritus, ni se desalentaba cobarde como otros pusilánimes y desesperados ánimos. Esta ejemplar esperanza es tan propia del cristianismo, que es documento no menos que del apóstol de las gentes cuando haciendo comparación de las cosas que viven debajo de la jurisdicción de la vista y de las que se escapan de su dominio, dice que estas son indeficientes y eternas, y que aquellas son perecederas, caducas y momentáneas. De manera que para menospreciar lo caduco de este siglo y anhelar a lo perpetuo de una bienaventurada patria, no nos propuso el premio de su reino y eterno paraíso, sino las cosas eternas porque estas no solamente son los premios que Dios tiene consignados a los justos, sino también las penas y castigos, diputados para los pecadores, y de lo uno y de lo otro hizo mención san Pablo, pues así la gloria como la pena son eternas, para que cada uno escoja lo que mejor le estuviere, y que sabiendo el malo que hay pena y castigo eterno, tema caer en manos de un juez infinitamente poderoso, y sa-

biendo el justo que hay descanso y gloria perpetua se anime a trabajar y caminar volando, aguijado con la espuela del premio que le aguarda y con las alas del descanso que le espera. Advirtieron algunas personas en nuestra Catarina un llorar, un gemir y suspirar casi continuo por una buena muerte, por un rinconcillo glorioso en el cielo, el más retirado del trono de la suprema Majestad, y notaban[97] inadvertidas la poca fe y corta esperanza de esta venerable mujer, juzgando temerarias predominaba en ella la pusilanimidad y cobardía de un débil y femíneo sexo y corazón. Queden desde hoy, con el ejemplo de Catarina, calificadas de ignorantes y demasiadamente presumidas estas censuras, y acuérdense del aviso que dio aquel esforzado capitán y experimentado combatiente en la corporal y espiritual milicia, el santo rey David[98], cuando dijo que los sucesos de la guerra son muy varios y mudables, porque el que hoy se goza vencedor y alboroza triunfante, otro día se ve abatido y llora postrado. En ninguna otra materia es más necesaria esta doctrina que en la de estado del alma y camino del espíritu, cuya subida es para cumbre tan alta, que solo se puede medir por las distancias que hay desde la tierra al cielo, y así para el acierto y seguridad es forzoso que los escalones de las virtudes donde estriban los pies, sean muchos y que haya dos como barandas o arrimos para las manos de los que suben y bajan, y si estos dos lados y apoyos se forman de la esperanza de la gloria y del temor de perderla, subirá seguro el cristiano que aspira a la eterna felicidad, porque con este sazonado temperamento de lo amargo del temer y de lo dulce de la esperanza, llegará el católico caminante a hollar la encumbrada parte que tocaba la escala de Jacob[99] por la cual subían y bajaban los espíritus de las celestiales moradas. Por esta escala de la perfección figurada y simbolizada en la del santo Jacob, subió Catarina con seguridad al eterno y deseado término de la bienaventuranza, dejándonos esta cierta enseñanza, que para asegurar la estabilidad de la gracia en el camino del cielo, son necesarias estas dos alas, que son el temor y la esperanza, para que cuando la esperanza nos hiciese demasiadamente confiados el temor temple esa presunción desordenada.

97 *notaban*: criticaban.
98 *2 Reyes*, 11, 25.
99 *Génesis*, 28, 11-19.

## CAPÍTULO II
## DEL ARDENTÍSIMO AMOR QUE TUVO A DIOS Y DE ALGUNOS DE SUS MARAVILLOSOS EFECTOS

### I
*De cuán poderoso se ostentaba el divino Amor en esta escogidísima alma*

Con la frecuente comunicación que tenía Catarina con el Señor y con la fuerte y estrecha unión de la grandeza de su fe y firmeza de su esperanza, experimentaba la sierva de Dios tales y tantos maravillosos efectos de la omnipotencia enamorada de su constancia, que llegó el divino Amor a ser tan dueño de la voluntad de esta su criatura, que todo el poder del amor propio se dio por vencido y se hizo tributario y pechero[100] del amor del Todopoderoso. Este bien conoció en sí esta criatura en el principio de sus peleas y victorias, diciendo repetidas veces, lo que decía la otra alma santa: «Toda mi voluntad es del divino Amor, él es mi voluntad y en ella ha puesto su bandera para espanto de sus enemigos». Con este presidio salía siempre vencedora de todos los combatientes que se opusieron al apóstol san Pablo para apartarle de Cristo asestando contra él todos sus tiros: la tribulación, la angustia, la desnudez, hambre, el peligro, la perfección, y la espada, el temor de la muerte y el amor de la vida. Los príncipes del infierno y los poderíos del mundo, lo encumbrado de la honra y lo profundo del desprecio, lo que insta de presente y lo que amenaza de futuro, todo este ejército se dio por vencido del amor de Dios que reinaba en su sierva, porque hallándose fatigada de los trabajos pasados, acosada de los males presentes y amenazada de los futuros, conseguía de todos sus enemigos victoria solo con decir: «Más padeció por mí el Señor, más debo padecer por mi amado, hágase en mí su santísima voluntad, que con su divino querer, seré muro invencible y mis pechos fortaleza incontrastable».

[100] *pechero*: que paga pecho o tributo; sujeto a tributos. Los nobles estaban exentos de muchos tributos que debían pagar los pecheros.

Este divino Amor la obligaba a buscar la voluntad de su creador con las dos principales potencias del alma: entendimiento y voluntad[101], porque el que ama está en el amado con todo su entender y querer con el entendimiento, escudriñando lo más íntimo y oculto de la divina voluntad, y con el amor abrazándose con todo lo que quiere el absoluto poder, porque el amante no tiene otro querer que la voluntad de su amigo. Esta divina voluntad era el primer móvil[102] que llevaba tras de sí todas las acciones del cuerpo y los movimientos todos de su alma: con el conocimiento de que era la voluntad de Dios se facilitaba en nuestra Catarina el ejercicio de todas las virtudes y quedaba triunfante en todas las batallas que la presentaban los enemigos del alma y cuerpo, y venía el cumplimiento de toda la ley verdadera de Cristo, mostrando que amaba a su Dios en la guarda de los mandamientos y divinos consejos, que es lo que pide y manda el Señor a sus fieles por pluma de su benjamín el evangelista san Juan.

Creció tanto este amor en el corazón de nuestra Catarina, que cada día se esmeraba en excesos, y se aventajaba en finezas con su divino Amante. Este amor fue el que la desamoró[103] de los bienes presentes, de manera que a los tres años de su edad, en que la previno el cielo con el uso de la razón, la obligó, como dijimos en el principio de la historia, a rogar a la gloriosa santa Ana que la admitiese por criada o por esclava de los esclavos de su sagrada familia, sin reparar en desterrarse de su tierra, de su casa y parientes, por seguir y acompañar a Jesús. Y después que Cristo la escogió por amante suyo, le daba todos los días gracias por haberla sacado de su patria y apartándola de los cariños y reales regalos de sus nobles padres, que es la fineza que notó san Jerónimo en el amor de Abraham, cuando se desterró de su patria por obedecer a su Dios. Este amor la desamoró de las riquezas y así escogió desde niña una profunda pobreza, viviendo siempre a la Providencia, como escribiremos cuando se trate de esta materia. Este amor la desamoró de sí misma, olvidándose de sí, si no es para mortificarse y entregar su vida a rigurosos tormentos por desempeñarse en la forma que podía, del retorno que debía a su Dios, como consta de los capítulos de su humildad, mortificación, paciencia y de toda la historia ejecutoriada con multiplicados casos y

[101] A la memoria, tercera potencia, se le concede menor rango.

[102] *primer móvil*: es un concepto filosófico descrito por Aristóteles como la causa primera de todo el movimiento del universo, y que por lo tanto no es movido por nada.

[103] *desamorar*: «hacer perder el amor» (DRAE).

ejemplos que nos dejó en toda su prodigiosa vida. Este amor la hizo desamorarse de su hermosura, que es lo más que se puede decir de una mujer, trocándola[104] por fealdades para que todos la despreciasen y ella pudiese querer y buscar a su querido esposo.

El primer ejercicio con el cual la subió el Señor a la cumbre de la perfección del amor de Dios fue el hacer la voluntad de su amado: «Hágase en mi tu voluntad, Señor y redentor mío, como se hace en el cielo», era su consuelo y remedio, y con esta resignación mereció que la enseñase el divino maestro que toda la suma de la perfección estaba en la obra y guarda de aquellas palabras: «Amarás a tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo». De aquí le nacía el alegrarse y ofrecerse gustosa a pelear y batallar hasta rendir una y mil vidas por el amor de Dios y del prójimo ofreciendo siempre al divino poder las victorias, como a fuente de todos los bienes. Este es uno de los principales asuntos de este libro y una de las más importantes y provechosas materias que nos dejó para la imitación de nuestra Catarina, autorizada con amontonados y prodigiosos ejemplos de un ardentísimo amor de Dios y abrasada caridad con todas las criaturas. Se conservó y se aumentó este divino Amor en la sierva del Señor por todos los días de su larga vida, con el conocimiento que tuvo de lo que Dios la amaba y por las veras con lo cual procuró corresponder a las finezas de la omnipotencia enamorada de su escogidísima alma. Se representó Jesús entre otras muchas ocasiones un jueves santo en la noche, el año de mil seiscientos ochenta y tres, en forma de un hermosísimo mancebo y acariciándola amoroso el divino Amante, le preguntó repetidas veces si le amaba, (así como lo hizo el Señor en otra ocasión con su vicario y cabeza de la Iglesia, el apóstol san Pedro). Respondió Catarina otras tantas veces al divino maestro, «Yo no sé, Señor, si te amo, pero tú que penetras los secretos de mi corazón, sabrás muy bien la grandeza o cortedad de mi amor». A esta respuesta de su criatura correspondió la eterna sabiduría, trayéndola a la memoria innumerables finezas que había experimentado de su soberana mano y otras muchas con las que había ella correspondido y con este solo infuso conocimiento se halló anegada en un gustoso golfo[105] de llamas y tormenta dichosa de incendios del divino Amor, porque el amor donde hay correspondencia solamente crece y se conserva. No parece que iban

[104] *trocándola*: «cambiándola» (DRAE).
[105] *golfo*: mar profundo.

lejos de esta verdad los antiguos cuando fingieron que habiendo parido la Diosa Venus a Cupido y reconociendo que el rapaz no crecía, consultó a la Diosa Temis, sobre el medio que escogería para las medras[106] del niño, la cual respondió que necesitaba de otro Cupido que se criase con él y que con esta diligencia vería lo que el chicuelo medraba. Nació otro niño a quien pusieron por nombre Anteros[107] y con sola la presencia y compañía de este su hermano comenzó luego Cupido a cobrar alas y a extender las plumas conservándose floreciente y vigoroso. Con esta ficción quisieron dar a entender los antiguos que para la conservación y aumento del amor, es necesaria y forzosa la correspondencia recíproca de los que se aman. Por este medio aumentó Dios en su sierva los incendios de su divino Amor. Otros y otras quieren que arda en sus pechos el amor de Dios sin que les cueste ni hacer de su parte, pretendiendo que venga todo de la mano de su creador y por este camino viven descaminadas, pues no puede crecer ni aun conservarse en sus almas el divino Amor, pues es necesario que se mancomunen y confederen las finezas del creador y las correspondencias en la cooperación de sus criaturas.

## II

### *De los excesos del divino Amor que reverberaba y aun rebosaba en su sierva favorecida del humanado Verbo*

Hablando san Gregorio Nacianceno de las cosas que el hombre ofrece a Dios y de las que en retorno y como en recambio[108] le vuelve, dice: «En la casa de Dios sí que se puede negociar. En ella puede un hombre lograr felicísimos lances[109], pues, dejando por su amor cosas de tan poca importancia, hollando[110] cosas tan vanas, viene a conseguir cosas tan altas y divinas». ¡Oh, feliz negociación! Que deje el hombre estiércol y le den oro. Que menosprecie tierra y en cambio le vuelvan cielo. ¿Qué mayor dicha de negociar? ¿Qué mayor felicidad de contratar? Parece que le falta a Dios la sabiduría y que, como si no conociera la calidad de lo que recibe y el precio de lo que da, le engaña el hombre. Para prueba

106 *medras:* «aumento, mejora, adelantamiento o progreso de algo» (DRAE).

107 *Anteros*: para esta historia de Anteros, el amor correspondiendo, complementario de Eros, ver Ovidio, *Fastos*, 4, 1.

108 *recambio*: «hacer segundo cambio o trueque» (DRAE).

109 *lance*: suceso, trato…

110 *hollar*: pisando, despreciando.

de esta verdad basta el acordarnos de que el eterno Verbo descendió de las altas y soberanas cumbres de la celestial corte de la infinita gloria al humilde valle de tantas lágrimas a tratar y contratar con sus criaturas, a feriar[111] y cambiar lo que tienen. Así se explicó el águila de los doctores, san Agustín[112], diciendo:

> Hácese el divino amante de las almas solícito negociante. Viene por lo que hay en la tierra y en trueque y cambio trae lo que hay en el cielo: gloria, descanso y cumplidísima abundancia de todos los bienes, y eterna falta de todos los males que hay en la tierra: azotes, bofetadas, afrentas, coronas de espinas, cruces, muertes y dolores, falta de todos los bienes y sobra de todos los males.

Pues este grande mercader descendió del cielo a la tierra a dar por penas glorias, por fatigas descansos, por lágrimas risas, y por muerte vida. Y de quien así cambia, ¿qué diremos?, supuesto que no le falta sabiduría y conocimiento, sino que el amor es tan infinito, la caridad tan inmensa, que con ser (como dice Daniel[113]) el antiguo de los días[114] le hace hacer estos extremos y que parezca menor de edad. Todo este preámbulo y noticia de los excesos del divino Amor con el hombre presupongo con atención para que el piadoso lector no tanto se admire cuanto se confirme en que Dios es siempre el mismo y que en todos los tiempos se ostenta admirable en sus siervos.

Ya tengo insinuado lo mucho que padecía la sierva de Dios en las ausencias de su divino Amante y que lo desabrido de esta pena y dolor causaba en su corazón varios y contrarios efectos que la obligaban a prorrumpir en multiplicados suspiros y deseos de hallarle: «¿Dónde te perdí, bien mío? ¿Dónde te hallaré, hermosa flor del campo? ¿Dónde te buscaré?», decía. «¿Dónde estás? ¡Ay, mi Jesús!, ¿Qué haré?, ¡Ay de mí!, ¿Qué será de mí?». Y entre estos afectos tiernos se desahogaba con

[111] *feriar*: vender y comprar en la feria.

[112] Ver san Agustín, sermón 130.

[113] *Daniel*: es el profeta, autor y protagonista principal del Libro de Daniel, que se incluye tanto en la Biblia como en el Tanaj.

[114] *el antiguo de los días*: el más antiguo de todos. Es pasaje de *Daniel*, 7, 9: «Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente». Se suele interpretar como referencia a la primera o a la segunda persona de la Trinidad. Aquí alude a la segunda, a Cristo.

lágrimas y suspiros, llorando y gimiendo como triste tórtola[115] ausente de su consorte y bailado como corderita perdida de su pastor. Cuando el Señor se la dejaba ver la decía amoroso: «¿Qué tienes hija? ¿Qué te aflige? ¿Aquí no estoy contigo?». A las cuales palabras respondía la sierva de Dios: «¡Ah, Señor, que o no estás conmigo o te me has escondido y como eres todo mi bien, mi padre y redentor, en ausentándote tú todo me falta y se conjuran y mancomunan contra mí todas las penas». El Señor, entre estas amarguras y congojosas ansias, solía convidarla con sus honestos y divinos brazos, dándola el nombre de paloma y amada suya con las cuales palabras se llenaba de tanto amor que vencidas las ordinarias repugnancias de su verdadera humildad, se arrojaba como embriagada a los brazos de su Dios, diciendo gozosa: «Ya he hallado a mi divino Amante, téngole asido, no le he de soltar por bienes algunos, aunque llueven sobre mí, trabajos y tormentos y pelee contra mí todo el infierno». De estos generosos afectos y excesos de amor hizo el Señor muchas veces experiencia y real prueba, procurando (a nuestro modo de entender) desasirse y apartarse de su criatura, haciendo ya del vencido[116], ya del vencedor, dejándola en otra más oscura noche y en lo más amargo y terrible de sus desamparos.

En otras ocasiones arrebataba el poderoso y divino Amor las potencias superiores de su criatura y la llevaba a lo más ameno y florido de un espiritual paraíso, donde con demostraciones de ocultarse entre las ramas le tiraba frutas y flores para que se entretuviese, pero el alma como verdadera y fina amante de Dios le amaba más que sus dones y con las alas del amor que su Majestad la había comunicado iba en su seguimiento hasta darle alcance, y recogiéndolo volvía a blasonar[117]: «Ya, Señor, te cogí, ahora no te tengo que dejar». A que replicaba el divino Amante diciendo que se quería ir a pasear sobre las encrespadas ondas del mar, y ella respondía: «Pues allá iré contigo, Señor, y estando tú conmigo no temo los riesgos de ese borrascoso elemento». Después la amenazaba con el purgatorio y el infierno donde quería irse, y el alma encendida y abrasada en los incendios del divino Amor decía: «Pues vamos juntos a registrar esos tenebrosos senos, que estando yo en tu compañía nada

[115] *tórtola*: es tópica la imagen de la tórtola viuda, reiterada innumerablemente en la poesía como símbolo de fidelidad.

[116] *haciendo del vencido*: simulando ser vencido, tomando la actitud del vencido.

[117] *blasonar*: «hacer ostentación de alguna cosa con alabanza propia» (DRAE).

temo y nada puede empecerme[118]». Finalmente la amenazaba diciéndola: «¿Y si te aparto de mí y te dejo dentro de las voraces llamas, qué harás, criatura mía?». Y la sierva de Dios respondía constante y valerosa:

> ¿Cómo, Señor, puede ser eso si te tengo tan fuertemente asido? No hay que tratar de ausentarte, no te he de soltar ni me he de apartar de ti un punto, porque tú eres la azucena entre espinas y la hermosura de los valles, tu eres mi rey, mi padre, mi redentor y mi único amado, contigo solo estoy satisfecha y sin ti todo me falta.

Más fuertemente tenía esta alma asido a su Dios que Jacob al ángel[119], porque Jacob soltó de la prisión de sus brazos al Señor representado en el ángel, luego que le echó la bendición, pero esta escogidísima criatura decía a su creador que no buscaba por fin último la bendición, sino al mismo Señor, porque no luchaba tanto por sus bienes cuanto por él, que es dueño y autor de todo lo que tiene ser. Le tenía tan fuertemente asido que ni sus beneficios, ni la muerte, ni el infierno podían apartarla. El bien inmenso de Dios entre los brazos honestos de esta su criatura, la satisfacía y llenaba tanto que ponía fin a sus ansias y en quietud al amor con que le buscaba. Finalmente Catarina andaba desvelada por no apartarse de Jesús y Jesús andaba como desalado por conservar en estrecha unión de amistad a su querida esposa, a quien agasajaba cariñoso y a quien le acogía como si su inocencia y virginal pureza recompensara las fatigas que a nuestro modo de entender le causaban las ofensas de los hombres.

Estaba un día nuestra venerable Catarina hecha un mar amargo de congojas, pareciéndola que vivía en este mundo descaminada y fijando los ojos de su ilustrada alma en un Cristo crucificado, la pareció que se la mostraba con todo el sagrado pecho abierto, convidándola a que se guareciese[120] en aquel sagrario de su infinita misericordia. La sierva del Señor, con el conocimiento de su indignidad, se acortaba y resistía, pero continuándole por muchos días la soberana visión le iba mostrando la suma sapiencia dentro de su humanado, herido y divino pecho tantos y ocultos misterios, tantos y soberanos secretos, ya de lo que padeció en lo interior y exterior Jesús por su alma y por el mundo, ya de los

[118] *empecer*: «dañar, ofender, causar perjuicio» (DRAE).

[119] *Génesis*, 32, 22-30.

[120] *guarecerse*: «acoger a alguien, ponerle a cubierto de persecuciones o de ataques, preservarle de algún mal» (DRAE).

sucesos futuros, con los que castigando a unos y avisando a otros procuraba nuestro Redentor la salvación de sus criaturas redimidas con su preciosísima sangre, y la preguntó el confesor en una de estas ocasiones en que veía todo el mundo redimido dentro del pecho y divino costado, cómo se hallaba en aquel sacrosanto sagrario de su Dios humanado, y respondió:

> Eso no puede explicarse, porque no hay cama de flores olorosas tan deliciosa, ni hay comparación en las fragancias terrenas para explicar los gozos y consuelos que experimenta mi alma cuando se halla en este celestial retrete[121]. Muchas veces me veo obligada a pedir y clamar al Señor suspenda el raudal copioso de sus misericordias, porque se reconoce mi espíritu anegado[122] en un océano de júbilos y celestiales deleites en que padece mi alma una terrible tormenta desecha de glorias.

Este favor se alternaba con mutua correspondencia, representándosela muchas veces dentro de su propio pecho Jesús, y en prueba de este beneficio podíamos referir tantos regalos y soberanas mercedes, que solas ellas llenasen y compusiesen un libro. Pero no quiero omitir la siguiente, que sucedió en los meses de octubre y noviembre de mil seiscientos setenta y tres.

Vio por dilatado tiempo dentro de su mismo pecho al Señor (regalo muchas veces repetido) tan alegre como que se estaba regalando en un suave y florido lecho, comunicándole tales consuelos y gozos, que no pudiendo Catarina explicarlos, ni aun sufrirlos, vivía todos aquellos días desatinada y como anegada en un profundo mar de dulces aguas y en un cielo de glorias que por excesivas la parecían penas. Al fin de los dos meses o cerca de ellos que estuvo en posesión de este singular favor, la sobrevino un pensamiento de que otras criaturas que buscaban al Señor carecían de aquella espiritual y divina presencia por detenerse tanto tiempo la suprema Majestad en el honesto retrete de su pecho, y tuvo tanta eficacia esta imaginación en la grande candidez de su ánimo, que arrebatada de la caridad y atropellando con su propia conveniencia, prorrumpía entre lágrimas y suspiros tiernos, en estas y semejantes voces: «Apártate, Señor, de mí, desampara mi corazón y vete a alumbrar el mundo y a encender en llamas de amor todas las otras almas escogidas». Se resistía la divina presencia a los ruegos de su querida esposa, haciendo del que no había de hallar igual relicario

[121] *retrete*: aposento retirado.
[122] *anegado*: «inundado» (DRAE).

entre todas las criaturas del mundo, pero instando la sierva de Dios con gemidos de su corazón y ternuras de su alma a toda la corte del empíreo que viniesen por el supremo príncipe de su gloria, vio descender, entre otros muchos cortesanos celestes, a dos alados y bienaventurados espíritus, que hincándose de rodillas con una toalla o lienzo blanquísimo en las manos, delante de esta esclarecida virgen, la suspendieron los sentidos y potencias y en una misteriosa representación la abrieron el pecho y con profunda humillación, se pusieron a esperar quisiese su rey y creador salir de aquel virgíneo y florido retrete, pero aunque los ángeles le rogaban y su regalada esposa le persuadía, el niño Dios se detenía, y aun se retiraba hacia lo más profundo y secreto del corazón de su sierva, con ademanes y demostraciones de sentimiento de apartarse del amoroso y caritativo pecho de Catarina, de donde la favorecía con tantas gracias, que aun para fingidas, parecieran exorbitantes a los no experimentados en la escuela del divino Amor. Una de ellas fue el comunicarla por todo este tiempo, tales llamas de amor y de encendida caridad, que abrasado de pecho en ardores pasaba el fuego la ropa y le obligaba a andar desabrochada y a procurar la respiración con suspiros y clamores al cielo, por no acabar hecha pavesa[123] o ceniza en aquel gustoso golfo de llamas y tormenta dichosa de incendios.

Con la continuación o repetición de estos regalos y favores fue creciendo el amor de estos dos honestos amantes hasta llegar a causar (a nuestro modo de entender) mutuos éxtasis en sus corazones, que manifestaron lo excesivo de la caridad de Cristo para con su sierva y lo fino del amor de Catarina para con su Dios. Porque cuando el amor es mucho no puede estar muy en sí el que ama, ni ha habido amor grande en el mundo que no obligase al amante a salir de sí y hacer cosas que a la primera vista no pareciesen incomposibles[124] con la razón bien ordenada. Con exceso de amor, dijo el Sinaíta[125], salió de sí el divino Verbo haciéndose lo que no era sin dejar de ser lo que era, cuando se vistió de carne, se hizo mortal, quiso gustar del sueño de la muerte y tomar forma de siervo, ocultando su inmensa majestad. Pues este mismo amor empeñó a Jesús y le obligó a salir tanto de sí que no parecía el que era en la comunicación y trato familiar que tenía con esta su querida

[123] *pavesa*: brasa encendida.

[124] *incomposible*: «incomponible, no componible, incompatible» (DRAE).

[125] *San Anastasio Sinaíta*: monje y sacerdote del Monte Sinaí. Es uno de los últimos escritores de oriente, y considerado como padre de la Iglesia.

esposa, representándosela muchas veces con amorosas dolencias de corazón, para significarla la grandeza de su amor y el generoso pecho de las tiernas entrañas de un Dios enamorado, que por el bien del hombre, por sus acrecentamientos y mejoras, tomó forma de siervo, no solo en representación sino en la realidad (como nos lo asegura san Cirilo Alejandrino[126]) se puso y expuso a tantas penalidades, a tantos trabajos y desvelos, como fueron el que le pisasen, amancillasen su soberano rostro, le escupiesen, abofeteasen y el que le cosiesen contra un afrentoso palo. Por todo esto pasó el Señor por el bien y utilidad de sus criaturas: para causar en ellas la piadosa remembranza de su muerte y Pasión, se suele mostrar a las almas en imágenes, formas y figuras como pasible, aun cuando ya en su reino es incapaz de padecer.

En prueba de esta verdad fue muy singular la visión que tuvo esta esclarecida virgen en primeros del año de setenta y nueve.Vio a la santísima humanidad de Cristo crucificado como engastada en la superficie de su corazón, haciendo del que quería apartarse de esta su querida esposa y del que no podía por la resistencia de la virtud del corazón de su sierva, que como piedra imán, le detenía y atraía a sí para que se penetrase y no se apartaste ni dividiese de él. En esta misteriosa lucha advirtió Catarina que estaba el divino Amante como agonizando, herido del suave arpón de su criatura entre congojosas ansias de muerte y que representándosela hombre en el amor, manifestaba los afectos que causa la ausencia entre dos que se quieren bien. Esto mismo notaron los sagrados intérpretes en el Señor, cuando la noche de la cena conversando con su querido rebaño, les dijo con denodado esfuerzo y alentado brío: «¡Ea, discípulos míos, levantaos y vamos de aquí!», acabado de pronunciar estas palabras, prosigue sentado con ellos el misterioso y largo razonamiento que refiere san Juan, diciéndoles: «Yo soy la verdadera vid y vosotros sois los sarmientos»[127], porque así como la vid en apartando de ella los sarmientos, como en demostración de su amarga tristeza, luego llora en podándola, luego vierte lágrimas, así también el Señor por una parte les decía: «Vamos de aquí» y por otra parte, parece que se quedaba de asiento con ellos, porque no hay cosa que más se sienta que el partirse y dividirse de los que mucho se aman y quieren. Estos mis-

[126] *San Cirilo de Alejandría*: (377-444) doctor y obispo de la Iglesia, tuvo las riendas de la Iglesia en Egipto hasta el día de su muerte.Ver su *Encomio a a santa Madre de Dios.* La imagen del siervo para Cristo procede de san Pablo, *Filipenses*, 2, 5-8.

[127] *Juan*, 15, 5.

mos efectos y encontrados afectos experimentaba en sí Catarina, porque por una parte impelida de su ardiente caridad rogaba al Señor que se apartase y fuese a alumbrar al mundo, y por otra parte, al tiempo de ausentarse, luchaba con la divina Majestad por detenerle y obligarle a que se volviera a entrar dentro del corazón, y para mostrar el Humanado Verbo cuán grande y poderoso era el amor de su querida esposa en esta espiritual batalla, le dijo: «Déjame, Catarina, que me arrancas el corazón y el alma». A las cuales palabras respondió la sierva de Dios, llena y como embriagada del divino Amor: «No hay que tratar, Señor, de resistiros, que os habéis de volver a penetrar con el corazón que criasteis, para que os ame y sirva sin apartarse en ningún tiempo de vos». Hizo finalmente del vencido en esta ocasión el divino y poderoso Amante, y lograron las finezas de esta dichosa alma una unión tan fuerte con su redentor, que comunicándosele los excesos del Amor divino, se vio obligada a pedir se templasen los ardores de sus llamas y se mitigasen lo fogoso de sus incendios, por no prorrumpir en palabras y acciones que pareciesen locuras de amante o por no agonizar y morir en medio de tanto fuego. Estas palabras de que le arrancaba el corazón se las repitió muchas veces el divino Esposo y otras muchas más ocasiones prorrumpió Catarina en semejantes voces diciendo a su Creador: «Modera, Señor, tus favores que me arrancas y despedazas el corazón».

## III

### *De varios favores y regalos con que el divino ser trino y uno ostentó los excesos del mutuo amor con que estaba unido y estrechamente enlazado con esta escogidísima alma*

De la amorosa y suave unión que dije en los capítulos pasados tenía esta esclarecida virgen con Dios, resultaba una continua presencia con la que regalaba su único amado y verdadero amante, que vive más donde ama que donde anima[128], y cuando el amante es Dios se hace de varios modos presente, como lo experimentaba esta su sierva y se puede colegir del discurso de toda su vida, comunicándosela y uniéndose con su bendita alma por modos tan singulares y desacostumbrados, que

[128] Que el alma viva más donde ama que donde anima es proverbio latino. San Bernardo lo glosa en *De praecepto et dispensatione*; san Buenaventura lo retoma en *Soliloquium*; a veces se atribuye a Platón; a veces a san Agustín; reiteran la expresión innumerables escritores y poetas.

los particulares efectos que sentía pudieran asegurarla que estaba llena y rodeada del ser inmenso de Dios, porque en los ilustrados ojos del alma se le representaba claramente que estaba dentro de un golfo de divinidad, donde dentro y fuera de sí no hallaba más que Dios y más Dios. En otras ocasiones experimentaba este divino ser con un modo tan particular, tan presente, que sin ver, oír, ni sentirle estaba cierta de su divina presencia. De este modo de presencia entendían los confesores a Catarina, cuando suponiendo repetidas veces que estaba con el Señor, la preguntaban que dónde y cómo experimentaba la asistencia de la Suprema Majestad, respondía ella, alegre y gozosa: «¿Pues aquí no está conmigo? ¿Qué fuera de mí si me faltara la divina presencia?». A estos modos de presencia la ayudaban mucho las visiones en que veía todo el mundo ocupado y lleno de la grandeza inmensa de Dios, como la especial que referí en el número 199 del segundo libro de esta historia, cuando vio el corazón de Dios inmenso que abrazaba a todo el orbe creado y redimido con la preciosa sangre y caridad infinita.

La presencia del divino Verbo Humanado era tan frecuente y por modo tan realzado, como lo demuestran las innumerables visiones que tuvo de su divino Amante, dejándosela ver ya en forma de niño hermoso, ya en forma de mancebo galán, honestamente enamorado de su alma y de las preciosas virtudes con que la tenía su omnipotencia enriquecida, como a una de sus más queridas esposas. Y esta presencia se reconocía en sus soberanos efectos, dándose a conocer y aún a sentir en el regazo, entre los brazos, en el lecho y a su lado, en las calles e iglesias, avivando estas divinas y especialísimas asistencias con la suavidad de sus voces de celestiales músicas y ungüentos de sus soberanas fragancias. Esta verdad está autorizada ya en la historia con amontonadas experiencias y se confirmará en los capítulos siguientes con otros más singulares y admirables favores. A este género de presencia podemos reducir las divinas asistencias en que se la mostraba Dios como padre y maestro, como juez supremo, como lucero, como sol y como redentor de los pasos de su sagrada pasión o como triunfante en representación de los misterios gloriosos de su resurrección y ascensión. Semejante y no menos repetida fue la visión y presencia con que la regalaba el Señor vestido de rosas, flores y de piedras preciosas mostrándosela con una palma, ramo o ramillete u otros jeroglíficos en la mano, que significaban los triunfos y perfecciones de su amada y querida esposa. Y de estas presencias parece que hablaba Catarina cuando decía que se la retiraba de su divino Amante suspendiendo las corrientes de sus consuelos y dando

lugar a las congojas y penas que la obligaba a gemir y suspirar cual tórtola solitaria por su consorte.

No era menos ordinario el modo de presencia con la que favorecía el divino Esposo sacramentado, manifestándola la belleza de su rostro frecuentemente, no solo en la iglesia, donde los ojos del cuerpo miran los accidentes[129] y el alma adora a Cristo encubierto; sino también en las calles, en su casa y en el lecho, pues como tengo escrito, se la mostraba el Señor muchas veces en los templos, en que era festejado y alabado de sus criaturas, donde con la especial y soberana luz, que tan liberalmente la comunicaba le veía encubierto, o al descubierto y sin el disfraz de los accidentes. Con este modo de presencia consideraba y sentía a su Dios sacramentado dentro de sí misma, con quien se hallaba en aquella dulce conversación que el espíritu del Señor quiere y acostumbra tener con las almas sencillas e inocentes, que desnudándose de sí mismas se hallan copiosamente llenas de la divinidad y se ven obligadas a prorrumpir en actos de amor, gozo y confianza. Estos y otros maravillosos efectos experimentaba Catarina considerando y mirando la grandeza e inexplicable hermosura que tenía dentro de su pecho, donde le adoraba y reverenciaba, humilde y rendida, y con estos sentimientos crecía y se avivaba la fe de esta esclarecida virgen tanto o le parecía no faltaba más que tocarle, como solemos decir, con las manos, cierta y asegurada de la presencia de su divino Amante. En estas espirituales y soberanas uniones de Cristo, Catarina ponderaba y aseguraba se hallaba llagada y herida con flechas de amor encendido que causaba en su corazón y alma un tan rendido como sabroso encogimiento, un dolor suave y gustoso, una pena alegre y tan delicado sentimiento que la parecía inexplicable su dulzura y vehemencia. Y preguntaba en estas ocasiones si prorrumpía su enamorada y favorecida alma en algunos afectos, respondía lo que dicen los leídos y experimentados maestros de la teología mística, y es que se desahogaba entonces su espíritu con suspiros tiernos, requiebros amorosos, encendidos afectos, júbilos celestiales, paz, gozo, unión, tranquilidad y un modo de amar al Altísimo tan extraordinario a su espíritu, que ella no podía decir. Finalmente en esta unión tan repetida y estrecha se reconocía esta dichosa alma herida y prisionera con lazos del divino Amor que inflamaba su voluntad de suerte que amaba con lenguas de fuego vivo, lento y sosegado a su creador y redentor, que la comunicaba

[129] *accidentes*: de la eucaristía, sabor, olor, etc. de la hostia, que encubren la sustancia verdadera, Cristo. Sin términos propios del lenguaje referido a la eucaristía.

ardientes rayos de caridad fraterna, deseando el bien de los prójimos, rogando sin cesar por los que estaban en pecado mortal, por la conversión de los gentiles, reducción de los herejes, por el bien de los enemigos y ánimas del purgatorio.

Entre los ardores de este amor ya resplandeciente como una llama, ya encendido como una brasa, ya abrasado y fuerte como un ardiente hierro, se veía el espíritu de esta sierva de Dios de donde se le comunicaban no pocas veces a su virginal cuerpo, sintiéndolo dentro del pecho y aun en lo exterior hacia la parte del corazón con tanta intensión que penetraba el vestido y lo experimentaban eficaz aun las manos ajenas. No dudo que muchas de las enfermedades que padeció fueron efecto de este encendido amor que la inflamaba el corazón y la encendía en calentura, si bien lo más ordinario era experimentar con este luciente y vivo fuego arder en su pecho una soberana luz que le alumbraba un gusto y gozo tan delicado que derretía el corazón en dulzuras tan extrañas a la naturaleza que la parecía no pudiera naturalmente sufrir el cuerpo tanta felicidad, a no mantenerla y confortarla la omnipotencia para que no desfalleciese. En otras ocasiones duraban estos efectos del divino Amor por mucho tiempo y hervía tanto en su pecho que manifestándose algunas veces en ampollas que resultaban en el cuerpo, la obligaba a andar desabrochada por no caber bien tan grande en el pequeño vaso de su corazón, siendo así que el pecho de la sierva de Dios era tan capaz como se lo declaró el Señor con la visión siguiente. En la víspera de la concepción de Nuestra Señora, año de mil seiscientos setenta y nueve, acabando de comulgar, se retiró a ponderar y a contemplar la grandeza de Dios en su pecho, creciendo con esta consideración los fogosos ardores del Amor divino. Comenzó a quejarse de la pequeñez de su corazón y, recelosa de morir ahogada a la violencia de tanta dulzura y fruición[130], pidió a la suprema Majestad como otro san Francisco Javier[131] que templase los exorbitantes y excesivos incendios de amor. La respondió el niño Dios manifestándosela dentro de su pecho, inclinado hacia el lado

[130] *fruición*: «goce muy vivo en el bien que alguien posee» (DRAE).

[131] Se refiere a las famosas «consolaciones» o éxtasis de gozo de san Francisco Javier, que a veces le obligaban a pedir al Señor que cesara en tanta delicia. Es un tópico de las hagiografías javerianas. Así lo cuenta por ejemplo, el padre Vieira: «quiero ponderar lo que le sucedió en Goa estando en oración; comenzó a encenderse en amor divino y Dios a favorecerle y creció tanto el favor y el fuego amoroso en que se abrasaba Javier que dijo en voz alta "Sat est, Domine, sat est, basta, Señor, basta" y apartaba la ropa del pecho con sus dos manos, como le pintan de ordinario sus hijos».

del corazón donde estaba como acariciando a la sierva del Señor, representada en forma de niña muy pequeña y muy agraciada y anegada en un profundo mar de gozos y júbilos celestiales. En esta plenitud de la felicidad que puede en esta vida desearle y poseerle, reparó Catarina que la grandeza y capacidad de su pecho era espaciosísima y así dijo a su querido y divino Amante: «¿Si es tan grande y capaz mi pecho, cómo vivo tan ahogada con los mismos regalos y favores que le ensanchan?». Y el Señor la respondió:

> Tan grande y tan capaz es tu pecho como se te representa y así fue menester que lo dispusiese mi misericordiosa omnipotencia para que pudiesen caber en él tantas y tan singulares mercedes y beneficios y aun con todos estos ensanches, no pudieras vivir, pues siendo mi amor inmenso e infinito, naturalmente te sofocara y quitara la vida a no confortarte mi absoluto poder.

Estos incendios del divino Amor parece que fueron en sentir de algunos santos, los que causaron la muerte de la Santísima Virgen sin que concurriese otra enfermedad que amor y más amor.

Otras veces, este encendido amor se desahogaba en unos afectos tan ardientes y luminosos, que aspirando a subir hasta el cielo, pretendían llevar consigo el alma con todos sus sentidos y potencias, y reconociendo impedimento en la unión que tiene el espíritu con el cuerpo, se convertía en deseos de morir para ver a Dios cara a cara, sin sombras, sin velos y nubes de semejanzas, todo era suspirar por las celestiales moradas con ansias de verse libre del cuerpo mortal y corruptible, para volar a las cumbres del empíreo y eterna gloria, como un pajarito ligero por sus plumas, que asido y aprisionado de los pies, bate y juega las alas para volar hasta que reconociéndose preso y aprisionado se rinden a los lazos que le aprisionan. Así esta sierva de Dios con deseos y ansias de volar a la gloria, que era su centro, repetía muchas veces:

> Mi Dios, ¿cuándo te veré? ¿Cuándo moriré? ¿Cuándo gozaré con claridad de tu divina presencia? No más tratar con tus criaturas, basta de destierros y peregrinaciones. ¿Quién si no es tú me podrá apartar de la pesadumbre de este mortal y pesado cuerpo?

Pondere el piadoso lector cuán parecidos son estos actos y afectos del verdadero y fino amor de Dios, al que se había apoderado del corazón

del grande predicador y apóstol san Pablo, cuando hablando por escrito con los romanos, refiere de sí casi lo mismo y que cause estos efectos el divino Amor en las personas donde hace asiento lo experimentó y confirmó el Nacianceno diciendo que desde luego que reconoció en sí al divino Amor, le dio el título de un dulcísimo y sabrosísimo tirano[132], porque de tal manera tiraniza los sentidos y potencias que apenas deja entender ni atender a otra cosa más que a buscar, ver y conversar con la persona que bien se quiere. Esta misma verdad sin tormento confesarán los amantes profanos (siendo así, que su amor por el objeto de que se pagan y que les cautiva es limitado, terreno, más aparente y fantástico que verdadero) y dirán que no hay cosa más dulce, paraíso más deleitoso, gloria más gustosa, que hablar y ver la cosa que bien se quiere y ama. Pues, ¿qué tanto es que el amor de Dios, que es don suyo, y que tiene por blanco un bien infinito, arrastre y tiranice las potencias de un alma de manera que no deje atender, pensar, ni desear otra cosa que la presencia de su único amado? Con estas ansias y ardientes afectos de no apartarse de su verdadero y divino Amante, se halló un día en la triunfante Jerusalén con su Dios, alabándole, engrandeciéndole y pidiéndole remedio para todas las necesidades del mundo y del purgatorio, y en este soberano deliquio de amor se hallaba su espíritu sin su amado, transportadas las potencias de su alma, ya en un monte alegre y vistoso de copados árboles, ya en unos jardines bien poblados de rosas hermosas y varias flores, ya en unas montañas peladas cuya amenidad suplía la diversidad de riquísimas piedras preciosas que hacían amables y vistosas las serranías que se la proponían por objeto de su vista y la causaban un extraordinario deleite, paz y gozo que experimentaban los sentidos y potencias de su alma por la suavidad, amenidad y fragancia que despedían de sí y se comunicaban a la sierva de Dios.

Todas estas transformaciones espirituales o imaginarias de flores, rosas y riquezas, se la solían representar ya como en cuadros o tablas de un bien cultivado jardín, ya como alfombras extendidas, ya divididas y amontonadas para caber en aquel dilatado campo y delicioso país[133], y para dar lugar a otras de las flores y rosas que o pasaban de camino junto a la sierva de Dios como si fueran tropas de gente u ejércitos de

[132] Comp. Vicente María Gregori, *Los hijos del dolor de María*, Barcelona, Brusi, 1820, p. 74: «Dijo bien el Nacianceno, que el amor es amable dulce severidad, un dulce tirano».

[133] *país*: paisaje.

vivientes racionales o venían hacia ella como ofreciéndosela y lisonjeándola con su hermosura y fragancia dejándosela ver en el regazo, en los hombros y como regalándose con su honesto rostro. Otras se la representaban volando por el aposento, otras fijas y apiñadas en macetas o ramilletes vistosos. Finalmente estas mismas rosas, flores y piedras preciosas la hacían compañía en todo tiempo y lugar, con especialidad en las horas de su recogimiento con indecible gusto, consuelo y gozo de su alma. Y le preguntaba el confesor si estas flores y rosas eran parecidas a las que vemos aquí en la tierra. Respondía:

> No sé cómo son, muchas tienen alguna semejanza, otras no tienen comparación en las formas de flores que experimentan y reconocen nuestros ojos, su materia no es explicable, porque no parece de cristal, ni de plata, ni de oro, ni hay en la tierra metal ni color, con que compararla, como ni la fragancia y aromáticos olores que despiden de sí y comunican a los sentidos del cuerpo y potencias del alma.

Entre estas deliciosas y soberanas felicidades, decía Catarina que contemplaba la hermosura y grandeza de Dios, absorta y estática como dentro de un ameno y florido huerto, porque se hallaba en él con la presencia de su amado que la asistía con tanta benignidad y tan singular belleza que no daba lugar a la atención para gozar de todas las otras soberanas delicias con las que convidaba la representación de este celestial Paraíso, símbolo de una eterna gloria.

Pero decía que cuando se le ocultaba el Señor entre estas representadas y apetecibles florestas[134] se la convertía toda la felicidad de su amable recreación en un campo sembrado de abrojos y espinas, recelando que todas estas visiones eran medios más proporcionados para su perdición que para su salvación, porque todo aquel accidental gozo se aguaba con el tormento de una sed insaciable de Dios, a quien buscaba con ansias, a quien llamaba con ternuras, a quien se quejaba con fatiga. Todo su amor gustoso se le convertía en sustos y temores, su esperanza no hallaba dónde estribar y su fe tan oscura y confusa, que la atormentaba más que la alumbraba para buscar a su divino Amante, a quien si le hallaba alguna vez, recelaba se le había de representar tan airado, majestuoso, terrible y formidable que su presencia la espantase y quitase la vida con todas las esperanzas de gozarle. De estas repetidas ausencias de su único amado

[134] *floresta*: «terreno frondoso y ameno poblado de árboles» (DRAE).

le nacían aquellos ordinarios temores, frecuentes congojas y dudas de condenarse, que admiraban muchas veces a los confesores, sin atender a los desamparos y oscuridades con que el Señor probaba las finezas de su enamorada y escogida esposa, y sin advertir quizás que con estas tan espesas como terribles tinieblas se fortalecía y arraigaba su humildad, el conocimiento de su flaqueza y miseria, de que se avergonzaba, confundía, y como cubierta de un tedioso desmayo, se abatía hasta el abismo de su nada y deseaba ser despreciada y que resplandeciese el atributo de la divina justicia, resignándose en la voluntad y manos de su creador, para que la castigase en esta vida con pobreza y desnudez de todo lo creado. Finalmente con esta luz obscura de la fe, crecían los deseos de verse con Dios en los soberanos alcázares de los cielos, en aquella ciudad santa, donde todo es perpetuo, día de donde están desterradas las tinieblas, donde los muros defensivos son de incontrastable diamante, fundidos todos de metal incorruptible en la turquesa[135] del fiat[136] de la omnipotencia. Con estos encendidos deseos de llegar a aquella eterna vista de Dios, en que consiste todo bien, clamaba desde lo más profundo de sus desamparos a todas las tres divinas personas y estos continuos clamores fueron causa u ocasión de que todo el inmenso ser Trino y Uno, la favoreciese con singularísimos favores.

## IV

### *Prosíguese la misma materia de las demostraciones de amor con que las tres divinas personas se comunicaban a la sierva de Dios cercada de oscuridades y desamparos*

En esta vida como continua de una contemplación tan obscura, como realzada por donde llevaba Dios a esta bendita alma (pensando ella que no tenía ninguna) perseveraba constante en buscar a su Dios con las alas de un amor penoso, con las espuelas de un temor espantoso, con las sombras y tinieblas de una confusión triste que la purificaba, al paso que la consumía o despedazaba el corazón, donde el sentimiento espiritual era vehemente e intolerable por la compañía de las temerosas quejas interiores, que las más veces quedaban en el fondo más interior del alma, sin comunicarse al cuerpo y cuando se le comunicaba algo,

135 *turquesa*: molde para dar forma a distintos materiales fundidos.
136 *fiat*: 'hágase'.

quedaba todo descoyuntado con intensísimos dolores y desfallecimientos, cuyo alivio no dependía tanto de medicinas cuanto de consuelos y alientos comunicados del divino poder, por sí o por medio de las palabras de sus ministros. En estas repetidas y dilatadas tribulaciones volvía el divino Amor a poner una y otra vez a su amada criatura en el imaginario Paraíso, que sirviéndola de espiritual recreación, era un campo florido y un huerto de árboles fructíferos, con que se confortaban los sentidos del cuerpo y las potencias de su bendita alma. En este remedo del terrenal Paraíso, comenzó a ver por el mes de junio de 1678, tres hermosísimos niños que en todo iguales se transformaba a la vista de Catarina en varias formas y se vestían estos tres personajes de tantos trajes, que parecía cada una de estas personas un celestial Proteo[137], porque se la dejaban ver en forma, ya como de cuerpos humanos con visos[138] y resplandores de gloria, ya en representación de cuerpos transparentes, formados de cristales purísimos, ya transformándose todos en un solo resplandor tan luminoso que la cegaba o impedía la vista, ya en forma de manojitos de ramas y flores como quienes deseaban ver sin ser vistos, ya armados de punta en blanco, asegurándola de una poderosa protección y omnipotente defensa, ya vestidos de telas riquísimas enriquecidas de preciosa e inestimable pedrería. Todas estas formas y otras más, solían variarse entre los tres soberanos niños, dejándosela ver el uno en forma de un hacecito vistoso de flores o rosas y los otros dos de cuerpos gloriosos con los resplandores y esplendores de astros de primera magnitud o del mismo sol. Estos tres divinos personajes se le representaban a la vista en los tiempos de su recogimiento, y con especialidad cuando los crueles y casi continuados martirios la derribaban en el lecho, se le ponían delante de los ojos o a los pies de la cama o alrededor o a la cabecera agasajándola y divirtiéndola con demostraciones de amor que templaban lo insufrible de sus penas y dolores y llenaban su dichosa alma de paz, gozo y aliento para otros mayores martirios.

Pero la misma alma que sentía y experimentaba la grandeza de sus bienhechores en lo extraordinario y soberano de sus efectos, no acababa de conocer ni creer lo que veía y se la representaba porque su humildad la vendaba los ojos para no dar asenso a lo mismo que entendía. Reco-

[137] *Proteo*: dios marino, hijo de Océano y de Tetis, profético anciano del mar, y pastor de las focas de Poseidón. Era capaz de tomar cualquier forma.

[138] *visos*: «superficie de las cosas lisas o tersas que hieren la vista con un especial color o reflexión de la luz» (DRAE).

nociéndola un día el confesor con deseos de conocer y comprender lo que se la simbolizaba en estos tres celestes aunque disfrazados personajes, le dijo:

> No te inquietes ni dejes llevar de esos curiosos pensamientos, que serán ángeles u otros tres de los bienaventurados que ha determinado el Señor te asistan para la perseverancia en el padecer por ti y por el mundo.

A las cuales palabras respondió la sierva de Dios: «No son ángeles ni santos, porque tienen un mismo ser, un mismo poder y una misma hermosura y grandeza». ¿Pues serán, añadió el confesor, las tres divinas personas? A que respondió Catarina:

> No me diga eso padre de mi alma, ¿cómo puede ser que una bestia, un gusanillo y la mayor pecadora del mundo, gozase en esta vida miserable de tan singular beneficio? ¿Quién soy yo? ¿Y quién es Dios?

Le preguntó el confesor más si se parecían en los rostros y respondió:

> Tan parecidos y semejantes son, que aunque se me representan con velos y disfraces, entiendo que tienen un mismo semblante y una misma esencia, pero yo soy una bozal[139] y una ignorante y no sé lo que me digo. Tú eres sabio y ministro del Señor, y lo entenderás y explicarás.

Muy bien entendía el confesor y se persuadía que era la Santísima Trinidad la que asistía a la sierva de Dios, Catarina de San Juan, y que aquel taparse el rostro era la cortina y velo de la fe con la que en esta vida le suele dejar ver el ser de Dios, Trino en personas y Uno en esencia a sus escogidos, para que tenga más lugar la fe y el mérito, pero no se lo declaraba ni aseguraba, esperando a que el mismo Señor se lo declarase o a que ella entre las contradicciones propias de su verdadera humildad, diese el consentimiento a lo que veía y se la manifestaba con estos tres símbolos que declaraban la inocencia de Catarina y el mutuo amor con que estaban unidos el Creador y su criatura.

139 *bozal*: se decía de los esclavos recién llegados, que no sabían la lengua; por extensión, el que no sabe hablar bien, rudo, ignorante.

No se admire la piedad cristiana de tanta variedad de formas con las que se mostraba Dios a esta su sierva, porque como dijo el Crisologo[140] hablando del Humanado Verbo:

> Son tan ardientes los deseos y entrañables las ansias del amoroso Padre de nuestra salud a tener gustosamente entretenidas las almas sus escogidas, que obligado de su infinito amor, se transforma siendo uno mismo en varias formas, sin mudar de persona se hace diversos personajes, para contemporizar con su gusto. Pues por ti, ¡oh alma!, el Señor hace papel de rey, por ti representa el de sacerdote, por ti toma figura de pastor, por ti se viste de cordero y por ti se hace todo, el que lo fabricó y creó todo, y el que para sí es inmudable y tan firme permanece en la forma de su inmudable majestad, por ti se muestra y parece en tantas y misteriosas formas.

Un día que nuestra Catarina se mostró incrédula a todos estos favores con que Dios la aseguraba de su amorosa asistencia, calificando su humildad de sospechosas tantas y tales demostraciones del divino Amor, vio que el uno de los tres amorosos niños se convirtió o transformó en una ave blanquísima y de tan grandes alas y bizarra plumería, que no hallaba en la tierra ave con quien compararla, por lo excesivo de su grandeza y hermosura, y suspensa la sierva del Señor entre las admiraciones que le causaba objeto tan raro como misterioso, sin saber quién la hablaba, oyó una voz que le dijo: «Ese es el Espíritu Santo», y aunque en el tiempo de la visión no pudo dudar de la verdad que la manifestaba la voz, pero pasada la luz se volvió al conocimiento de su indignidad y envuelta en las cenizas de su espíritu, verdaderamente humilde, se obscureció el entendimiento y memoria de lo que había visto y oído, y estando el día siguiente con intolerables dolores su delicado y virginal cuerpo y el alma llena de amarguras y confusiones, se la volvió a poner delante de los ojos este singular objeto en la misma forma desacostumbrada y nunca vista en el mundo, y le dijo: «¿No me conoces, Catarina?», Y ella respondió: «No te conozco, porque esa forma en que te manifiestas no es de paloma, ni de garza, ni de águila, ni he visto en la tierra cosa que se te parezca». «Pues ahora me conocerás, añadió el objeto de la visión, por mi poder», y arrebatándola el divino Amor con la velocidad y fortaleza de sus alas, la llevó a un desierto y tierra incógnita, que no conoció la sierva de Dios, pero reparó que era la tierra arenisca y blanca y que a lo lejos se descubría una

[140] San Pedro Crisólogo: arzobispo de Rávena (433-450), padre de la Iglesia y doctor de la Iglesia. No apuro la cita.

arboleda, y deliciosa amenidad, habitada de mucha gente que deseó conocer y saber el nombre de aquel reino y tierra nuevamente descubierta a sus ojos, mas el ave o espíritu que la llevaba, respondiendo a sus deseos, le dijo: «Deja eso y pídeme por los habitadores de esta tierra, para que se dispongan a recibir mi gracia». Advirtió Catarina, que en este viaje, iba también asistida de su ángel de la guarda, de san José y la Santísima Virgen, así como acostumbraba experimentarlo en otros semejantes caminos y vuelos.

Otra noche, estando en su lecho crucificada con mil cuchillos de dolor, se la dejaron ver a los dos lados de su cabecera los dos soberanos niños y en el techo la ya insinuada ave, con la plumería como de cristal fino y trasparente, y que abiertas las alas formaba un toldo, pabellón o vistoso cielo, dándola conocimiento de que todas las tres divinas personas estaban asistentes para confortarla, alentarla y defenderla, y con este especial patrocinio pasó toda aquella terrible y oscura noche experimentando su delicado y mortificado cuerpo, las ansias y congojas de una espantosa muerte y los rigores de un temporal infierno y su dichosa alma ocupada toda en padecer y desear más padecer por el mundo y su divino Amante, conformándose con la voluntad de Dios, de manera que las amargas penas se la convertían en sabrosas dulzuras. Esta visión se la repitió en muchas continuadas noches, por tiempo de dos meses, con tan constante regularidad, que al irse acabando la claridad del día y al irse introduciendo la oscuridad de la noche, se la iban representando y manifestando los tres soberanos objetos en la misma forma, con indicios y enseñanzas de que venía otra noche, símbolo de lo terrible y áspero de su sumo padecer, así como el día es símbolo de lo próspero y suave que en esta vida se goza, y quizás por eso en este sentido, están infamados[141] y malquistos[142] los días en boca del Señor y pluma de san Pablo, diciéndonos que hay en ellos grande malicia y que son malos, fementidos y traidores, porque debiéndonos en esta vida exhortar a la noche de la aspereza, de la estrechez y el padecer, nos hablan solo de lo próspero, nos persuaden a lo blando y nos tratan de lo delicioso. En una ocasión llamó nuestro soberano redentor a san Pedro, «Satanás y demonio»[143], y si averiguamos la causa y la ocasión, diremos con autoridad de Nova-

[141] *infamar*: «quitar la fama, honra y estimación a alguien o algo personificado» (DRAE).

[142] *malquisto*: «indisponer o enemistar a alguien con otra u otras personas» (DRAE).

[143] Ver *Mateo*, 16, 21-23.

rino[144], que porque oyendo decir a su divino maestro que le convenía ir a Jerusalén y en aquella ingrata ciudad padecer diversos linajes de afrentas y tormentos, pretendidos y solicitados por los escribas, ancianos y príncipes de los sacerdotes le comenzó a tirar de la ropa o de la capa, diciéndole que por ningún caso le habían de acontecer semejantes penas y baldones, como persuadiéndole a que no padeciese e intentando impedirle la pasión y estorbarle la cruz, para enseñarnos con esta acción e instruirnos con este ejemplo que al que nos pretendiere apartar de las sendas estrechas del padecer, al que nos procurare divertir del santo camino de la cruz, a ese le hemos de arrojar de nosotros como si fuera un demonio, un satanás y un capital adversario.

Asegúranos de buena y verdadera la dicha visión en Catarina el ver que el espíritu que la alumbraba, la convidaba y prevenía para nuevos cristianos combates y mirar como a un demonio del infierno, al que la solicitaba a los deliciosos y mundanos convites. Y esto prueba el renombre y blasón que tanto tiempo antes tenía previniendo a su divino precursor, el divino reparador del orbe. Título de «ángel» le tenía preparado y dispuesto por boca del profeta Malaquías[145], como por la suya misma lo pronunció el Señor cuando predicó sus alabanzas y dijo que se le había de dar al Bautista nombre de ángel[146] al prevenir los caminos y sendas para que el Salvador del mundo fuese en él recibido y agasajado. Donde se ha de advertir que los sagrados cronistas dicen que todas las prevenciones con las que ilustró a los hombres el sagrado precursor se redujeron a clamar asperezas, exhortar a combates contra la carne y persuadir a luchas contra sus antojos y apetitos, porque todo el Bautista era una rígida aspereza en las austeridades y penitencias y por eso, le condecora con el timbre de ángel. Ya hemos experimentado almas que desean, buscan y no tienen quietud ni descanso hasta hallar un confesor que las quiera llevar a la eterna gloria por los caminos y sendas del divertimiento y terrenas dulzuras, y leemos también a cada paso en los

[144] Luis Novarino: escriturista de las ciencias sagradas perteneciente a la congregación Teatina. No localizo el pasaje aludido.

[145] Malaquías, significa 'mi mensajero', en hebreo. Profeta judío, es el último de os 3 profetas del exilio. *Libro de Malaquías*, último del Antiguo Testamento. Para el pasaje aludido ver *Malaquías*, 3, 1.

[146] Ver *Mateo*, 11, 10. En las traducciones generalmente se califica a san Juan Bautista de «mensajero», que es el sentido de ángel, pero en la Vulgata se lee: «Hic est enim de quo scriptum est: Ecce ego mitto angelum meum ante faciem tuam, qui præparabit viam tuam ante te».

libros que ha habido directores y padres de espíritu que no han tenido por espíritu de Satanás ni de un infernal demonio, el desear y procurar a sus penitentes y espirituales hijas inviernos serenos, días apacibles que las convidan a las engañosas delicias, caducos pasatiempos y fementidos deleites de esta frágil y perecedera vida, diciéndolas que vale más un solo acto de amor de Dios que muchos años de penitencias, rigores y asperezas. Y a la verdad, si el acto de amor de Dios no es bastardo, si es legítimo, eficaz y verdadero, él pondrá al alma en ansiosos deseos de padecer porque esto es lo que realza más los quilates del amor de Dios, pues, el más fino amante ha de desear padecer por el amado, no solo con conformidad sino con gusto. Así lo confiesa de sí el apóstol san Pablo hablando por escrito a los Corintios cuando les dijo: «Me doy gloria yo gustoso en mis trabajos y enfermedades y para que habite en mí la virtud de Cristo»[147]. Y la virtud del Señor fue no solo padecer conforme con la voluntad del eterno Padre, sino alegre, risueño y gustoso como lo notaron los sagrados expositores, explicando las palabras del evangelista san Juan.

Esta católica doctrina fue la que el Señor infundió en el corazón de su sierva con la referida visión y ella la entendía y recibía tan gustosa que se ofrecía a la divina Majestad para sufrir y padecer todo lo que quisiese disponer su divino poder, de manera que el Señor mostraba las finezas del amor con que amaba a Catarina, representándosela propicio con todo su incomprensible Ser Trino y Uno para su aliento y defensa, y la esclarecida virgen manifestaba el ser verdadera amadora de su Dios, rindiéndose no solo a lo más precioso y aquilatado del sufrir, con conformidad y tolerancia, sino también deseando y convidándose a los martirios que se la simbolizaban en este repetido favor, como quien sabía por experiencia que los tormentos y amargas penas padecidas por su único y divino Amante eran para su alma dulces y sabrosas, así como la otra esposa de los cantares, a quien llama el divino Esposo a nuevas penas y amarguras con el símbolo de huerto deleitoso, porque para ella lo mismo era llamarla para el jardín que para el padecer, brindarla con penas era lo mismo que convidarla a glorias y sufrir fatigas, se equivocaba con lo mismo que recrearse en vergeles. Pero estos júbilos y alborozos eran tan espirituales y divinos que no los gustaba el afligido cuerpo que se hallaba en una tan oscura como continuada noche de inexplicables martirios, por eso decía la sierva de Dios a su confesor:

147 *2 Corintios*, 6, 5; *Colosenses*, 1, 24.

> Yo no acabo de entender esta contrariedad de efectos que experimento, que por una parte está esta miserable naturaleza en unas ardientes y crueles parrillas de intolerables penas, por otra parte se halla mi espíritu en esta misteriosa presencia con un gusto y consuelo que no puedo explicar, porque todas las especies naturales de las cosas sensibles no sirve para manifestar lo que goza mi alma, sin que se comunique ni una sola gota de consolación a mi cuerpo, ni un pequeño rayo de luz a sus sentidos. Pero conozco y entiendo la unión estrecha que tienen mis potencias con estas tres divinas personas y que se me representan pequeños niños, porque reconozca su soberano amor, con que quieren engrandecerme, comunicándome el uno parte de su poder, el otro parte de su suma sapiencia, y el otro parte del inmenso amor[148] con que se encienden y abrasan las criaturas todas en el amor de su creador.

En otras ocasiones se la representaba la Santísima Trinidad en forma de globos de refulgente luz y otros jeroglíficos que pondré en el párrafo siguiente y en otros capítulos de la historia.

## V

### *De otras demostraciones del divino Amor y cuánto estorba el amor de las criaturas al verdadero y perfecto amor de Dios*

Hallábase la sierva de Dios en este misterioso y espiritual huerto, alfombrado de tantas plantas, árboles y flores que servían no solo de

[148] Alude a las apropiaciones de las personas de la Trinidad: «santo Tomás, *Summa*, I, q. 33-38 especialmente del *Tratado de la Santísima Trinidad*, se ocupa con detalle de cada una de las tres personas y la cuestión de las atribuciones (I, q. 39, a. 8: "Utrum convenienter a sacris doctoribus sint essentialia personis atributa": "Potentia enim habet rationem principii. Unde habet similitudinem cum Patre caelesti, qui est principius totius divinitatis [...] Sapientia vero similitudinem habet cum Filio caelesti, in quantum est Verbum, quod nihil aliud est quam conceptus sapientiae [...] Bonitas autem, cum sit ratio et obiectum amoris habet similitudinem cum Spiritu divino, qui est Amor"). Y antes, san Isidoro, *Etimologías*, VII, 3, 20: "Sicut autem unicum Dei Verbum in proprie vocamus nomine Sapientiae, cum sit universaliter et Spiritus Sanctus et Pater ipsa sapientia, ita Spiritus Sanctus proprie nuncupatur vocabulo Caritatis, cum sit et Pater et Filius universaliter Caritas"; Pineda, Diálogos de agricultura cristiana, BAE, 170, 347: "entre las divinas personas, la sabiduría se aplica al Hijo", etc. Ver varios autores, *Iniciación teológica*, Barcelona, Herder, 1962, I, 445 y ss., espec. 451 y ss.: «Las apropiaciones hechas a las personas divinas» (Arellano, 2011, *s. v.*).

disfrazarse los tres soberanos niños, sino también de un amable entretenimiento de su alma y de un deleitoso recreo de sus espirituales ojos, vestida con una saya morada bordada de oro y preciosa pedrería, cuya hermosura y riqueza la causaba admiración y aumentaba la elevación en que vivía suspensa y arrobada, pero sobretodo la arrebataban la atención los vistosos y lucidos disfraces con que las tres divinas personas se la representaban y festejaban con tan hermosa variedad de trajes y cariñosas acciones, que aun en representación se hicieran increíbles, si no supiéramos y creyéramos que el eterno Verbo se humanó e hizo verdadera y realmente hombre por favorecer y redimir a los mismos hombres que le ofendían y habían de ofenderle, exhortándonos con su ejemplo y por la pluma de sus evangelistas no solo a tolerar y sufrir a los enemigos, sino también a que los amemos para que les mostrásemos cariño, gusto y halago. En estas soberanas y misteriosas transformaciones de las tres divinas personas, se la representaba a Catarina ordinariamente más cariñoso y como quien la asistía más de cerca el Verbo Encarnado, con visos y demostraciones de esposo y divino Amante. Y en una ocasión a que se la dejó ver su Majestad luminosa con especial hermosura y luciente esplendor, prorrumpió la sierva de Dios en alabanzas de su extraordinaria belleza, el Señor como confirmándola en lo que decía y pronunciaba, le dijo: «¿Pues no te he dicho que soy la flor del campo?». Respondió Catarina: «Sí Señor, pero hasta ahora no entendía yo esas palabras, ni alcanzaba la significación de ese jeroglífico». A que añadió la suprema Majestad humanada: «¿Eso no entendías?». Y elevando a mayor profundidad su entendimiento, le comunicó tales y tantas inteligencias, que llena de nuevas admiraciones prosiguió elogiándole y engrandeciéndole con una soberana elocuencia, apellidándole estrella entre las olorosas flores de la tierra y rosa resplandeciente entre los astros más luminosos del cielo. Al mismo tiempo que desahogaba su enamorado corazón con estas y semejantes tiernas voces y debidas alabanzas a su Dios, se la representaron como de competencia los otros dos misteriosos y divinos niños con el mismo esplendor y hermosura, acercándosela y pidiéndola que los alabase y ensalzase con su suave y amorosa voz. La sierva del Señor reconociendo la igualdad de su soberana belleza y no hallando palabras para una obediente correspondencia, les dijo:

> Yo, Señor, soy una bozal que nada entiende, sabe ni puede, solo deseo amar y servir a mi creador, cuyo ser infinito sé y creo que es Trino y Uno; ese es el Dios de mi corazón, ese es el dulce dueño y amoroso huésped de

mi alma, a quien busco y deseo por fe y no por visiones, ni fantásticas representaciones, y así apartaos, señores, de mí, que soy una bestezuela y pecadora y no soy digna de visitas de tanto poder y grandeza.

Con esta humildad provocaba al divino Poder a que más la favoreciese, verificándose por instantes que ensalza Dios a los humildes, así como abate y confunde a los soberbios[149].

Más frecuentes eran las visiones de la suprema Majestad y de toda su celestial corte que tenía la sierva de Dios en formas de luces, como lo tengo ya insinuado en la primera parte de esta historia, y se comenzaron a multiplicar tan amontonadas como misteriosas desde el año en que se acabó de blanquear y dorar el hermoso y magnífico templo de nuestro colegio del Espíritu Santo, porque desde entonces comenzó a ver en todas las luces de los altares y lucidos tronos, con los que se celebran en aquella iglesia las fiestas, unos rostros gloriosos como de serafines, formados al parecer de la misma, aunque realzada luz de las candelas, cuyos refulgentes resplandores encubría los cuerpos y hacían se confundiesen muchas veces los unos con los otros. Otras veces los divisaba con distinción, y entre los albores[150] cristalinos de las luces muchas alas de los celestiales paraninfos[151] y en sus cabezas preciosísimas diademas o coronas, sobre cada una de las coronas una hermosísima cruz. Todas estas luces y rostros tenían otra singular proporción, porque los de la ínfima grada eran más pequeños y no tan luminosos como los que se dejaban ver en los superiores escalones e iban creciendo en su esplendor y hermosura a la medida y paso que se acercaban a lo supremo del trono, de suerte que las luces más entronizadas eran de tanta magnitud y se manifestaban con tan lucientes resplandores que formaban una confusión de rayos de refulgente luz, como si fuera despedida de muchos amontonados y luminosos soles, y entre tanto y desacostumbrado esplendor distinguía los rostros gloriosos más resplandecientes y hermosos que la comunicaban inefables gozos, consuelos, júbilos y alegrías. Pero con todo este glorioso espectáculo a la vista, no acababa Catarina de persuadirle que eran ciudadanos celestes los que tan liberalmente la favorecían, porque aunque los ojos veían un retrato de la gloria y su dichosa alma se hallaba en procesión de una bienaventuranza, cual se puede esperar y gozar en

149 *Lucas*, 14, 11; *Mateo*, 23, 12.
150 *albor*: «luz del alba» (DRAE).
151 *paraninfos*: ángeles.

esta miserable vida, aún anhelaba a ver más y gozar más descubriendo en aquel lucido objeto de bienaventurados lustrosamente disfrazados y con debida proporción desiguales la fuente de aquella soberana luz y el manantial de todos los bienes juntos, a quien deseaba y únicamente buscaba su enamorada alma. Parece que tenía cerradas todas las puertas de sus sentidos y potencias para ver y gustar de otra cosa, sino solo de la preferencia de su Dios, repitiendo muchas veces las palabras del santo rey David, como si hubiera leído sus salmos: «Yo, Señor y Dios mío, ¿qué puedo buscar en el cielo y en la tierra, a quien vos no excedáis con infinita distancia?».

Pondere aquí el piadoso lector, antes de pasar adelante con la leyenda de esta continuada y misteriosa visión, en la desigualdad con que se la representaban los cortesanos del cielo a la sierva del Señor, pues los justos, que son las piedras vivas que Dios escoge para el edificio eterno de la gloria y se labran en esta vida con trabajos, penalidades y miserias, en la otra cada una se pone en su debido lugar y viste el lucimiento proporcionado a sus merecimientos, y por eso aquel divino reino permanece hermoso y durará constante para siempre, a cuya imitación y semejanza deben componerse las repúblicas y monarquías terrenas, donde si cada piedra no tiene su debido lugar, si no ocupa el puesto que merece, no podrán durar ni permanecer resplandecientes, pues vemos en la perseverancia y eterna duración de la monarquía celeste cada piedra está en su lugar, cada justo en la silla que merece y cada bienaventurado en el asiento que le conviene. Esta doctrina fue la que nos enseñó el divino Maestro, cuando suplicó a su eterno Padre que guardase y conservase a los suyos con estas palabras:

> Estos hijuelos que me habéis dado, con quienes yo me alegro y regocijo tanto, guardadlos en virtud de vuestro soberano nombre, disponiendo que sean una cosa como nosotros y de esa suerte perseverarán y permanecerán, sin que nadie sea poderoso para oscurecer sus mejoras y deslucir[152] sus aumentos.

Sobre las cuales palabras dice el Cardenal Toledo[153]:

[152] *Deslucir*: «quitar la gracia, atractivo o lustre a algo» (DRAE).

[153] *Cardenal Toledo*: Francisco de Toledo: cardenal, y jesuita, autor de muchos comentarios sobre Aristóteles y el Evangelio. Ya se ha anotado. No apuro la cita.

> En la Santísima Trinidad hay tan grande unidad como distinción, porque en este sacrosanto e inefable misterio, la unidad de la esencia se compadece muy bien con la distinción de las personas. Una cosa es el Padre, otra el Hijo, otra el Espíritu Santo. El Padre no procede de ninguno, el Hijo procede del Padre, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, de manera que no puede haber mayor unidad ni mayor distinción, y en esto quiere Cristo que se parezcan a la Santísima Trinidad las repúblicas católicas, y que se vea en ellas unidad de naturaleza y distinción de personas.

Supuesto que mientras en las comunidades, reinos y monarquías, con la unidad de las voluntades no hubiere distinción de personas, pasando cada uno por lo que es y ocupando el puesto que le es debido a su estado y merecimientos, no podrán permanecer porque como podrá durar y florecer la república, donde el discípulo se introduce a maestro, el súbdito a superior, el religioso a soldado, el obispo a caballero, el pastor a consejero, el esclavo a señor y el hipócrita engañador a tirar gajes[154] de santo verdadero. Pase finalmente en el mundo cada uno por lo que es, acomódese al estado y condición en que Dios le ha puesto, y con esto podrá merecer y asegurar silla y asiento en la Eterna gloria.

Continuó por muchos días y aun por espacio de algunos años la insinuada visión, batallando continuamente el espíritu humilde de Catarina por apartarle de sí y su corazón encendido y abrasado en la hoguera del divino Amor, con las congojosas ansias de discernir en el majestuoso trono que se la representaba el resplandeciente sol de quien dimanaba toda aquella excesiva luz e inundaciones de aquel glorioso esplendor, hasta que desde principios del año 1675 comenzó a ver y distinguir en el hueco de las coronas de los bienaventurados, otros rostros más pequeños y con infinita distancia más hermosos y luminosos y aunque estos se la representaban ordinariamente en forma humana, se transformaban a su vista algunas veces en corderitos, ya como muertos, ya como dormidos y ya como despiertos, alegres y cariñosos, agasajándola, entreteniéndola y confortándola en las continuas y rigorosas fatigas, dudas, temores y confusiones en que vivía su atribulado espíritu. En otras ocasiones, advertía y miraba que estos misteriosos corderitos tenían las facciones del rostro de su querido esposo y divino Amante, y que tal vez se reclinaban sobre uno de los brazos o manos que se la solían dejar ver entre soberanos resplandores, tan torneadas y hermosas que recibía sin-

[154] *tirar gajes*: sacar ganancias.

gulares consuelos con este amable y misterioso objeto. Pero no obstante todas estas señas, les preguntaba que quiénes eran y qué le querían dar a entender con tantas apiñadas luces, y respondiéndole los cortesanos de la gloria que eran flores del cielo y que Dios era el sol de quien participaban el lustroso esplendor con que se la representaban, Catarina ,con su profunda humildad, desechaba todas estas voces e inteligencias, sepultándose en el conocimiento de su nada, que explicaba con estas y semejantes palabras: «¿De dónde a mí tanto bien? Esto no puede ser, supuesto que soy indigna, soy un gusanillo y soy la peor del mundo, fantasmas deben de ser las que[155] me deslumbran». Con este su propio conocimiento oscurecía la evidencia y la luz con que el cielo la favorecía y obligaba al príncipe de las celestiales cumbres que franquease con más benignidad y amor sus misericordias y divinos dones en repetidas visitas.

El Jueves Santo por la tarde, de este mismo año, estando a los pies del confesor la sierva de Dios en la iglesia, vio que de los dos lados de la urna nacían dos caudalosos ríos de resplandores que saliendo como a borbollones formaban un mar de olas encrespadas de luz, que bañaba e inundaba como el templo. En esta nueva visión que gozaba su dichosa alma, reparó que los rostros de los serafines y bienaventurados estaban como suspensos y que no la acariciaban y agasajaban como solían y causándole novedad, les preguntó que por qué se mostraban tan silenciosos y severos, qué se le quería dar a entender en aquellas tan abundantes y luminosas aguas. Respondieron que porque era día de silencio y de admiración en el cielo, y que en los dos ríos de resplandor que veía se le representaba el infinito amor con que su creador y redentor bañaba y fertilizaba la tierra de los corazones de todas sus criaturas, y para que diese crédito a lo que los cortesanos celestes la respondían, comenzó a ver que todas aquellas ondas de la refulgente luz se encaminaban y se iban recogiendo en su corazón, y en breve tiempo sintió que encendieron en su pecho tales llamas de amor, tantos júbilos y gozos que no hallando capacidad bastante en el pecho comenzó a desahogarse con voces y suspiros, tan turbada y desatinada que a no tener a la mano al confesor que la reprimía con la obediencia y la exhortaba con la voz pidiese al Señor templase el mar inmenso de sus misericordias, hubiera publicado a gritos el beneficio común, y el particular que ella experimentaba. Y no hay que admirarse que estos excesos del divino Amor

155 *las que*: porque *fantasma* es femenino en la lengua clásica.

rebosasen[156] y pusiesen en peligro de reventar el virginal pecho de la sierva del Señor, donde pretendían estancarse, porque la fuente de donde manaban era un Dios inmenso que con infinito amor desea comunicarse a las almas que de veras le buscan y aman con perfección. En el Génesis[157] se hace mención y se cuenta que una fuente sola salía de la tierra y que era tan abundante, que regaba y fertilizaba a todo el orbe. Pues si una fuente limitada y terrena no podía estancarse y obligaban sus inundaciones grandes de aguas a que se repartiesen y derramasen por toda la redondez de la tierra, ¿qué mucho[158] que el mar inmenso de las divinas gracias y misericordias rebalsado, como quien quería estar de asiento y con grande plenitud en el corazón de la venerable Catarina, la obligase a salir de sí y procurase dar corriente a las aguas que bañaban su corazón, para que se esparciesen y derramasen por todo el mundo. Espíritus hay tan codiciosos, ambiciosos y sedientos de vanagloria, que procuran retener en sí todos los bienes de la tierra, todos los despachos de las monarquías, todos los gobiernos del universo, pero su ceguedad los arroja a la pretensión de un imposible. Buen dechado tenemos en Moisés, a quien hizo el Creador y supremo gobernador del mundo Dios de faraón y para este ministerio le dio luego el que es Dios por esencia a Aarón[159] por compañero, porque se entendiese lo poco que puede un hombre aunque merezca el nombre de Dios por participación como Moisés, pues para despachar con solo Faraón, necesitó de otro hombre que le ayudase, ¿pues, cómo podrá uno despachar con millares de hombres, cuando un ministro de Dios para tratar con uno, necesitó de la ayuda de otro?

El día de san Policarpo del dicho año de 1675, entre todas estas misteriosas luces que la alumbraban, vio en el hueco arqueado de la pared del altar mayor en que se había de acomodar el sagrario del nuevo retablo, que le estaba acabando de perfeccionar un corpulento y confuso bulto de amontonados resplandores que, deslumbrando la vista, servía a la sierva de Dios de velo o nube para no discernir más que una confusión de refulgentes rayos de resplandor, tan desacostumbrado a los ojos de su alma y cuerpo que algunas veces la parecía un manantial de so-

156 *rebosar*: «abundar mucho» (DRAE).

157 *Génesis*, 2, 10-14.

158 *qué mucho*: '¿qué tiene de raro?'.

159 *Aarón*: fue el hermano mayor de Moisés, sacerdote de levita, y primer Sumo Sacerdote del pueblo de Israel.

beranas luces, muy superiores a las que participamos de todos los astros del empíreo. Otras veces, se la representaban como minerales de transparentes cristales, revestidos de las luminosas luces del más rubio planeta. Procuró Catarina huir y apartarse de esta tan hermosa, como misteriosa visión, pero el objeto era tan poderosamente atractivo que atropellando con su voluntad, le arrebató los ojos del cuerpo y del alma hasta que en una profunda suspensión o arrobamiento, descubrió una corona que, por su grandeza y por lo que le descollaba gloriosamente encumbrada sobre las coronas de gloria de todos los bienaventurados, ostentaba la majestuosa asistencia del omnipotente que es y se llama, el «Rey de los reyes y Señor de los señores». En medio de la admiración que la causó la singularidad de la visión preguntó cúya[160] era aquella insignia de tanto poder y majestad, y la respuesta que le dieron fue el irse aumentando las luces y resplandores que la manifestaron el divino rostro del eterno Padre y sobre su imperial corona un corderito o cara de su querido esposo, que lo uno y lo otro se le representaba, y en proporcionada altura vio juntamente una paloma más blanca que los albores de la nieve con pico y alas de un dorado y soberano esplendor, y con esta vista entendió ser la Santísima Trinidad quien la asistía y tan frecuentemente la favorecía en compañía y presencia de los cortesanos del cielo, y este conocimiento la obligaba a prorrumpir por instantes en alabanzas del inmenso Ser Trino y Uno, por lo que se humanaba con una vil criatura. Los gozos, los júbilos y los incendios de amor que recibía de estas prodigiosas visiones y el provecho que sacaba su alma de esta familiar conversación con los ciudadanos del empíreo, déjolo a la consideración del lector porque es muy insuficiente mi pluma y elocuencia para explicarlo y ponderarlo.

Por este tiempo se ausentó de la ciudad el confesor a quien comunicaba sus secretos, y volviendo después de tres años, la preguntó en que habían parado estas visiones de luces y estrellas, y respondió:

> Se quedaron así, porque aunque andan a la vista todos aquellos gloriosos objetos, reparo poco en ellos y no hago caso de sus visitas; todo mi cuidado es buscar y conservar por fe al Señor dentro de mi corazón y pecho, donde le rindo adoraciones y le suplico que me oculte de suerte que las criaturas no me estimen, ni conozcan, y que no permita se reparta mi amor, ni aun entre los ángeles y santos del cielo, y esto entiendo ser voluntad de la suprema Majestad, porque cuando rezo, clamo y pongo mi confianza en

[160] *cúya*: interrogativo, ¿de quién?

los bienaventurados, me dicen todas las tres que se me representan como divinas personas, que ponga en ellas toda mi fe y confianza y que en ellas solas deposite todo mi amor, porque todo lo demás es menos.

Esta enseñanza que nos dejó la sierva de Dios es digna de ponderaciones y de glosas, y con estas daré fin a este capítulo. La doctrina es católica, calificada y recomendada por el divino maestro, cuando por su evangelista san Lucas[161], manda Dios al hombre que le ame con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente. Porque querer repartir la voluntad y acudir con el amor a dos partes, ya lo tiene calificado el Señor por imposible y en esta materia es muy delicado Dios y muy celoso, porque como quiere tanto, quiere vivir muy a solas en el alma y él solo ser dueño de ella, pues el día que el hombre quiera admitir en su corazón dos huéspedes tan encontrados, como son Dios y el mundo, luego se despedirá Dios porque el Señor no gusta de vivir donde se aposenta el mundo.

No condeno ni se puede condenar, e amor a los santos del cielo y a los justos de la tierra, así como ni a los padres de alma y cuerpo, pues gusta Dios mucho de que los espíritus sean agradecidos y que se de veneración y reverencia a sus amigos, por cuya intercesión y a instancias de su gracia y valimiento, cada día recibimos copiosas mercedes y numerosos favores con tal que este amor se ordene a la suprema Majestad y se regule de manera que le podamos calificar de que todo él está puesto en Dios y que es por Dios y para Dios. Pero unos amores que afectando seguridades de una eterna gloria se afianzan en el valimiento de los santos, cuando se reconocen en almas cuya vida toda es una continuada ofensa del Señor, más parece que se deben reducir a presumida temeridad que a la escuela del verdadero amor de Dios. Otros amores y terrenos amantes hay que reconociendo y creyendo que están depositados en el retrete de sus corazones muchos favores del Altísimo, los manifiestan y publican no tanto entre los confesores que procuran humillarlos y desvanecer sus fantásticas aprehensiones e imaginaciones, cuanto entre sus amigos y vecinos. Y si esto se ordenara a que fuese Dios glorificado por sus misericordias infinitas, se compadeciera[162] con el verdadero amor de Dios, pero si en la publicación se buscase la alabanza y estimación propia, debiéramos atribuirlo al poderoso reino del amor propio. Finalmente

161 *Lucas*, 10, 27.

162 *se compadeciera*: correspondería.

Catarina, como verdadera y perfecta amadora de su creador, procuraba apartar todos sus amorosos afectos de las criaturas, porque sabía por experiencia y por las enseñanzas del cielo que no eran compatibles en su corazón dos amores, ni podía acudir a dos cosas tan encontradas, como son el amor de Dios y el del mundo.

No viene fuera de propósito la doctrina que dio el divino maestro a sus queridos apóstoles, cuando les dijo por pluma del evangelista san Juan[163]: «No bajará sobre vosotros el espíritu consolador, si yo no me ausentara y así conviene que yo me ausente, para que recibáis sus dones y gracias». Sobre las cuales palabras, dice san Bernardo: «¿Quién, oyendo esto, osado y temerario, querrá gozar los consuelos del soberano espíritu cuando tiene desordenadamente puesto su amor en las cosas creadas?» Supuesto que el mismo Cristo dijo en inteligencia de este glorioso santo:

> Parece, discípulos míos, que tenéis puesto solamente el amor en mi santísima humanidad y parece que tenéis en ella ocupado el corazón todo y por eso, si yo no me apartare de vosotros y no bajare la gracia del espíritu mío…

Pues si la carne del eterno Verbo parece que era de algún embarazo para recibir perfectamente la gracia del Espíritu Santo, errará miserablemente el que pretendiere entregado a las comodidades de su gusto gozar los divinos consuelos porque no se puede encuadernar esta dulzura con aquella ceniza, mezclar esta divina triaca[164] con aquella mortal ponzoña y emparentar estos celestiales dones con aquellas cosas terrenas, supuesto que no pueden caber en el alma estas dos cosas: Dios y el mundo, la carne y el espíritu, la tierra y el cielo, en el sentido que voy hablando.

[163] *Juan*, 16, 7. No apuro la cita de san Bernardo.
[164] *triaca*: antídoto.

## CAPÍTULO III
## DE LA GRAN CARIDAD QUE EJERCITÓ LA SIERVA DE DIOS CON TODOS LOS NECESITADOS DEL MUNDO Y DE ALGUNOS EFECTOS DE LA POBREZA EVANGÉLICA QUE PROFESÓ POR TODO EL TIEMPO DE SU VIDA

### I
*De la especialísima caridad que tenía con los pobres y de su gran pobreza y cosas particulares que la sucedieron en esta materia*

En todas las virtudes resplandecía lo precioso de esta celestial virtud y era el esmalte de todas sus obras y el campo fértil de flores y rosas que servían de jardín delicioso para la recreación de su divino Esposo. De esta virtud nacían todas las demás como arroyos de una gran fuente y como ramas y frutos de un copado y fecundo árbol. Dejo la prueba de esta verdad al discurso y leyenda de toda la historia, de la cual consta que con el uso de la razón se encendió en esta prodigiosa niña tal amor de la perfección propia y tal amor a Dios y a sus criaturas que la hizo de un corazón valiente, de un pecho alentado, de unos brazos de acero para imitar al niño Dios gigante en las fuerzas y sin ejemplar en el amor, pues con su caridad cargó solo y sin compañía nuestras culpas, y nos alivió del peso que nos tenía a todos caídos y postrados en tierra sin esperanzas de poder levantarnos. A esta perfección de caridad la convidó Cristo muchas veces representándosela herido, maltratado, crucificado, y en todos los pasos de su sagrada pasión; en otras ocasiones en forma agigantada o para significar las fuerzas que comunicaba su inmenso poder a esta esclarecida virgen o para manifestarla que él solo había corrido la carrera de su cruz y Pasión, como dijo el santo rey David, y con su ejemplo alentarla a padecer más por su amor y por las criaturas, aun cuando estaba en las parrillas de sus mayores tormentos sin aliento y sin respiración para vivir, la confortaba y comunicaba ansiosos deseos de hacer por los prójimos lo que Cristo hizo por todos nosotros, pues siendo bienhechor común compró nuestra libertad con la suya, se empeñó con pobreza y deshonra por enriquecernos y gusto de morir porque nosotros viviésemos.

Esta virtud creció en Catarina desde su niñez hasta los últimos años de su vida, siempre vivió pobre y desnuda por vestir a los mendigos. Fue verdaderamente imitadora de Jesús, que naciendo en un pesebre desnudo, amó siempre a los pobres, socorrió a los necesitados, defendió a las viudas, amparó a las huérfanas y consolando a todos, mostró ser esta benignidad propia del Salvador a cuyo ejemplo, la sierva de Dios nunca guardó ni pudo guardar su abrasada caridad cosa alguna para el día siguiente. Cuanto ganaba con sus manos y cuanto la querían dar por recompensa de sus trabajos y los sudores de su rostro en el tiempo de su mocedad lo empleaba en los pobres. Suficientes ejemplos dejamos ya escritos en prueba de esta verdad, y aún viven testigos de vista y experiencia que pueden certificar con votos y juramentos otros muchos casos que confirman el piadoso oficio de piedad con que ejercitó Catarina la alteza de esta amable virtud. En el tiempo de su ancianidad, cuando sin fuerzas y sin ojos no podía adquirir otra cosa que lo que Dios le enviaba, moviendo corazones de hombres para que la socorriesen, todo lo que la daban sus bienhechores lo depositaba luego en el tesoro de Jesucristo, repartiéndolo entre los pobres y mostrándose despensera fiel de los bienes que Dios la enviaba, esperaba del cielo para sí lo necesario. Le probó el Señor muchas veces remitiéndola numerosos necesitados cuando tenía ella mayor necesidad y Catarina correspondía constante en su caridad, quitándose el pan de la boca y la luz de los ojos, repartiendo entre los pobres la comida, las candelas y los medios de que necesitaba para su corto sustento y parece que se sustentaba y vivía con ver salir de su pobre albergue, contentos y consolados, a los mendigos que con frecuencia la visitaban por este pequeño, aunque necesario interés. Testigos son de esta verdad todos sus confesores, que pueden deponer muchos como continuados y ejemplares casos, y yo por ahora solamente expreso uno que pasó por mis ojos y le toqué, como dicen, con las manos. Vivía un eclesiástico con tan extrema pobreza en la Ciudad de la Puebla de los Ángeles, que por su desnudez no podía decir misa, ni aún salir de su casa, porque el vestido de su cuerpo se componía más de piojos que de andrajos. Esta necesidad y el hambre le obligó, no con poca vergüenza a buscar modo para solicitar y hallar quien socorriese su penuria. En esta tribulación oyó hablar mucho de la caridad de esta sierva de Dios, e impelido[165] de su mendiguez u otro superior impulso, acudió confiado con el seguro de su socorro a la casa y madre de pobres. Le recibió

[165] *impeler*: empujado.

nuestra Catarina con la honesta y cariñosa suavidad que acostumbraba a los demás necesitados; le preguntó qué era lo que quería y qué era lo que buscaba. «Salí, le dijo, a buscar medio real para comprar pan y no lo he hallado». «Pues vuélvase, añadió la sierva de Dios, que ya lleva lo que ha menester». Se despidió el humilde mendigo confuso y pensativo, discurriendo sobre las palabras que le había dicho la sierva del Señor y llegando a su casa, entró contingentemente[166] la mano en la bolsa y se halló con cuatro reales, que era lo suficiente para comer bien un pobre en la ciudad de Puebla. Con este prodigio creció la estimación de Catarina en el aprecio del necesitado y repitiendo las visitas, experimentó y fue muchas veces testigo de vista de este piadoso ejercicio de caridad para con todos los mendigos que se la entraban por la puerta a Catarina.

Cuando tenía más de lo necesario no esperaba a que la buscasen los pobres en su casa, ella les buscaba, porque al salir a la iglesia juntaba todos sus haberes, los reales atados en un pañito humilde y el chocolate y dulces en otro más grande, y agenciando cuidadosa necesitados a quienes repartirlo, volvía a su estrecha choza aun sin lo que había menester para el sustento de aquel día, pero llena de una santa consolación de haber socorrido en algo las necesidades ajenas, diciendo al Señor: «Tú me lo diste y yo te lo volví en las manos de tus criaturas, y así a ti te toca el sustento y vestido de esta bestezuela, como favoreces con misericordia y clemencia a las bestias del campo». Con esta pobreza evangélica, llena y rellena de fe y esperanza, obligó a la divina Providencia para que dispusiese que nunca pidiese limosna a los hombres y siempre la esperase de la mano de su Dios, porque quiso su divina Majestad dejarnos en esta su sierva un argumento y real prueba de cuánto mayor es su providencia con los hijos que con los brutos cuando de parte de los hijos corresponde una amorosa confianza. La había mandado el Señor que descuidase de su comida y alimentos, porque esos habían de correr por su cuenta, y así vivió como quien no tenía nada y lo poseía todo. Con esta palabra reconvenía a la divina Providencia cuando la aquejaba alguna extrema necesidad, diciendo con voz tierna y confiada: «Señor, ¿tú no me dijiste que te dejase a ti el cuidado de mi vestido y sustento? ¿Pues cómo te detienes y tardas en socorrerme?». Con estas pocas palabras obligaba a la Omnipotencia al necesario socorro, de suerte que parecía lo tenía ya prevenido y que solo esperaba oír la voz de su sierva para que entrasen por su puerta las asistencias caritativas de sus bienhechores en aquello

[166] *contingentemente*: de casualidad, sin haberlo pensado.

mismo de que necesitaba, así como previene con su altísima Providencia el sustento proporcionado al paladar de los pajarillos del aire y gusanos de la tierra. En otras muchas ocasiones la socorría Dios y respondía a su humilde voz, mandándola, que se pusiese el manto y saliese a la calle, y a pocos pasos se encontraba con quien teniéndola por pobre, la ponía en la mano, más de lo que había de menester para su corto alimento y agradecida al Señor y a sus criaturas se recogía a su rincón pidiendo con especialidad a la divina Majestad por aquellos que habían sido instrumentos para la ejecución de estas divinas misericordias. Pudiera amontonar muchos testigos que experimentaron esta verdad y entre ellos a sus mismos confesores, los omito por ahora y solo pongo este caso por prueba. El padre Domingo de Urbina[167] de nuestra Compañía, que hoy vive, estaba un día revistiéndose para decir misa y se llegó a él un hombre afligido que le dijo: «Hágame, vuestra reverencia, caridad de decir esa misa por cierta necesidad y aquí está la limosna». Le respondió el padre que no decía misas por limosna y así que buscase otro sacerdote que le diese el consuelo que deseaba. El afligido instó[168] con que no había otro y que la necesidad instaba. A estas instancias, correspondió el padre diciéndole que diría la misa y que la limosna se la podría dar a un pobre. Replicó el necesitado que más consuelo tendría si su paternidad diese al pobre la limosna. Se compusieron finalmente los dos y el padre cogió la limosna y se determinó desde luego dársela a nuestra Catarina, y para ejecutarlo, cuando acabó de decir la misa, se asomó a una de las puertas de la iglesia para que le llamasen a la sierva de Dios que estaba ya en la misma puerta, esperando la limosna. La recibió con humildad y agradecimiento y después preguntó el confesor de Catarina al padre Domingo de Urbina si la había dado algún socorro. Respondió, que sí. Y refiriendo lo que le había pasado, le dijo el confesor: «Estaba la pobre necesitada y la Señora de la Congregación[169] la mandó llegar a la puerta, por donde vuestra reverencia se asomó, diciéndole que hallaría allí el remedio de la necesidad que la afligía».

Con estas puntuales y liberalísimas asistencias del cielo, crecía y se aumentaba en la sierva del Señor, el afecto y deseo de desapropiarle y

[167] *Padre Domingo de Urbina*: sacerdote perteneciente a la Orden de la Compañía de Jesús, fue rector del colegio Máximo de san Pedro y san Pablo.

[168] *instar*: «repetir la súplica o petición, insistir en ella con ahínco» (DRAE).

[169] Parece referirse a una visión de la Virgen de la Congregación, de Puebla, de la que se ha hablado a menudo ya desde el primer volumen de esta obra.

desnudarle de bienes terrenos, así como el caritativo celo de remediar las necesidades ajenas a que correspondía nuestro creador con tan liberal y paternal providencia que si un hombre de los poderosos del mundo diese las limosnas que repartió el Señor por las manos de esta su sierva, se acreditara sin duda de piadoso entre los más limosneros. No es ponderable lo que conseguía de la omnipotencia su caridad para vestir y dar de comer a los pobres, y algunos juzgaron que Dios se lo multiplicaba para el consuelo de esta esclarecida virgen y por lo que le agradaba el piadoso y caritativo afecto con el que ella repartía entre las criaturas necesitadas, todo lo que ponía el Señor en sus manos. Falta me hace la vida del licenciado don José Bocanegra para que atestiguase en la historia lo que decía en vida y no puede negar después de muerto acerca de las innumerables misas que por su mano mandó decir esta sierva de Dios por los vivos y por los difuntos, encargándole diese las limosnas a sacerdotes pobres porque se socorriese también la necesidad que podían tener los ministros de su redentor pero, aunque este testigo es ya muerto, no pueden faltar entre los que viven muchos que confirman esta verdad, así como las demás limosnas con que acudía a todos los demás pobres mendigos y vergonzantes[170] de la ciudad donde vivía, por sí y por mano de sus confesores y de otras personas de su satisfacción que ocultasen y no publicasen su humilde y gran caridad. Con este santo afecto de su mocedad a costa de las puntadas de su aguja[171] buscaba cantidades de dinero y ya juntas para el valor de un esclavo vendido o empeñado, solicitaba y conseguía su libertad, aplicándose con especial amor a los que vivían en obrajes[172], arrastrado su natural compasivo de lo mucho que padecen en ellos los esclavos y las esclavas. Muchos se cuentan de los que consiguieron la libertad a beneficio de esta esclarecida virgen pero me consta de solo cuatro por haber permanecido muchos años entre los papeles de Catarina cuatro cartas de libertad por las cuales constaba ser ella la bienhechora y libertadora. En los últimos años de su vida la prohibieron o limitaron los confesores este ejercicio de socorrer a otros porque la edad y los achaques pedían reservarse para sí lo necesario, pero

[170] *vergonzante*: pobre que pide de secreto, por haber estado antes en mejor situación y tener vergüenza de recurrir a la caridad pública. Era una categoría bastante institucionalizada en el mecanismo caritativo del Siglo de Oro.

[171] Ganaba dinero cosiendo, que luego daba a los pobres.

[172] *obraje*: lugar de fabricación de paños y en general lugares donde trabajaban los esclavos y siervos en América.

como estaba tan habituada a dar y derramar los bienes terrenos entre los pobres, era intolerable este mandato a la nobleza de su espíritu inclinado y ejercitado por toda su larga vida en hacer bien y socorrer a los necesitados del mundo, y así los mismos confesores que la prohibieron este santo ejercicio tomaron por prudentísimo consejo el retener en sí lo que podría hacer falta para la conservación de su preciosa vida y dejarla en la libertad de dar y disponer de todo lo que Dios la enviase y con esta licencia vivió consolada hasta los últimos periodos de su admirable vida, encargando y explicando su última voluntad, de que se repartiesen todas sus pobres alhajuelas entre los necesitados porque la encomendasen a Dios y la sirviesen de alivio sus oraciones en la tierra de la verdad donde solo se aprecian los bienes eternos.

El desprecio y poca estima que hizo esta esclarecida virgen de todos los bienes de este mundo visible era copiosa materia para llenar muchos capítulos, si se hubieran de tratar como debían las excelencias de esta celestial virtud con los realces que resplandeció en esta sierva de Dios. Apunto aquí como de paso solamente su pobreza evangélica por la conexión que tuvo con los esmeros de su caridad, que el desnudarse para vestir a otros es fineza y efecto de un gran amor de Dios y del prójimo, y porque el piadoso lector puede inferir y ponderar en el discurso de su vida lo encumbrado de esta perfección, notando en todas sus acciones, palabras y pensamientos, una admirable pobreza de espíritu en que comenzó a señalarse desde su niñez y edad tan temprana que por desproporcionada al uso de la razón, puede la prudencia humana, prudencialmente discurrir, que resplandeció esta apostólica virtud en nuestra Catarina más como infusa que como adquirida, porque si consideramos y pesamos las aguas de la gracia que fertilizaron el espíritu y delicioso paraíso del divino Esposo, en esta escogida y dichosísima alma hallaremos que en su tierna infancia, aún antes de poder tener en lo natural conocimiento del bien y del mal, ni discernir entre lo temporal y lo eterno, se ofreció a la señora santa Ana por esclava de los esclavos de la más sagrada familia, arrebatada (claro está) de soberanos impulsos y ardientes deseos de dejar su patria, padres, hacienda, reales gloria y plausibles felicidades humanas con que la enriqueció la omnipotencia al darla su primer ser entre las mayores grandezas del mundo. Omito los otros ejemplos que tengo ya insinuados en el número 75 del primer libro y en el discurso de toda esta historia, que demuestran que la desnudez, despego y aun el aborrecimiento a todas las riquezas terrenas, fue la principal escala o cruz por donde voló al cielo, como piadosamente

creemos, este elevado espíritu. Verdaderamente, desde sus pueriles años se reconoció en muchos ejemplares casos que eran para la sierva del Señor basura y estiércol todos los bienes de la tierra, de que hacía glorioso alarde el apóstol cuando escribió de sí para enseñanza de los filipenses que menospreciaba y tenía debajo de los pies y como estiércol todas las cosas del mundo por ganar a Cristo[173]. Así, Catarina se mostró desde su infancia despreciadora de los bienes terrenos, ansiosa sola de los eternos, determinándose desde entonces a vivir sola a la divina Providencia, no guardando ni previniendo cosa de un día para otra, como lo tengo ya insinuado y nótese desde luego este apostólico propósito con admiración de su inviolable cumplimiento, observándolo por todo el tiempo de su vida. Esta virtud, aun en un san Francisco[174] y san Cayetano[175], la ponderan grande, rara y prodigiosa, los historiadores, pues ¿cómo la llamaremos en una niña esclava? ¿Cómo la apellidaremos en una princesa del Oriente? Califiquemos por ahora a Catarina con el nombre de reina celeste en el jardín hermoso de las virtudes, pues despreciando lo temporal, anhelaba solo a los bienes eternos.

No era esta esclarecida virgen pobre de espíritu por vivir precisamente desnuda de toda afición a los bienes terrenos, en que pone el mundo la felicidad, sino porque de hecho los dejó y los estuvo apartando de sí por todo el tiempo de su vida, con los realces de su encendida caridad con los pobres y de su perfecto y desnudo amor para con Dios y sus criaturas, y aunque la desnudez de afecto a todas las cosas de este mundo es lo sustancial y lo que principalmente se requiere para que el corazón humano quede desembarazado y dispuesto a darse todo a su creador, como nos lo enseña el angélico preceptor santo Tomás, cuando escribió para nuestra enseñanza que el dejar con efecto las riquezas y honras del mundo era medio más eficaz para conseguir fácilmente la afición a los bienes del cielo y despreciar los de la tierra, en que consiste

[173] *Filipenses*, 3, 8.

[174] San Francisco de Asís: (1182-1226) predicó la pobreza como un valor y propuso un modo de vida sencillo basado en los ideales de los evangelios. El Papa Inocencio aprobó su modelo de vida religiosa, le concedió permiso para predicar y lo ordenó diácono. Con el tiempo, el número de sus adeptos fue aumentando y Francisco comenzó a formar una orden religiosa, la de los franciscanos. Además, con la colaboración de santa Clara fundó la rama femenina de su orden, que recibió el nombre de clarisas.

[175] San Cayetano: (1480-1547) instituyó en Roma la Sociedad de Clérigos regulares o Teatinos, con el fin de promover el apostolado y la renovación espiritual del clero.

la perfección de la pobreza de espíritu tan ensalzada en los evangelios y tan fácilmente practicada de los apóstoles y de todos aquellos que en esta miserable vida quisieren apropiarse por verdaderos pobres de espíritu, el renombre de bienaventurados con la esperanza de ser ya suyo el reino de los cielos, como se lo prometió y aseguró el Señor, con el testimonio de su evangelista san Mateo[176]. Pero es tan difícil de alcanzar la perfección de esta virtud, entre las riquezas y pomposas vanidades del mundo, en el mismo Cristo aun hablando de la salvación, dijo era más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo[177]. Porque para lo primero basta la voluntad de Dios solamente, mas para salvarse un poderoso, después de la voluntad de Dios es necesaria la del rico y que haga este sus diligencias, y son estas en los poderosos tan arduas que dificultan la salvación y mucho más el salvarse con perfección, pues para salvarse un rico solo se requiere el que use bien de sus riquezas y que guarde los Mandamientos de la Ley de Dios, mas para ser perfecto es necesario que el corazón no esté asido ni pegado a esos bienes terrenos, y esto aunque no es imposible, pues lo vemos practicado de muchos santos del Viejo y Nuevo Testamento, que observaron lo que nos enseña David en sus salmos —«Si tuvieses riquezas, mirad no se os pegue el corazón a ellas»[178]—, pero se ve esto tan raras veces en el mundo y se mira como cosa tan ardua y dificultosa, que dice el doctor ángel, santo Tomás ser como el hallarse un hombre que corte y despedace un pie o brazo de un cuerpo, porque esta acción duele y se siente mucho. Puede servir de prueba lo que le sucedió al otro mancebo del evangelio[179], que no contentándose con haber guardado desde niño los mandamientos, deseó seguir el camino de la perfección, a quien dijo el Señor que si quería ser perfecto, vendiese todo lo que tenía y lo diese a los pobres. Y con esta respuesta, dice el evangelista que se entristeció y apartó del divino Maestro y que el haberse ido triste y melancólico fue porque tenía muchas posesiones y le llegaba al alma el dejarlas y repartirlas entre los pobres por seguir a Cristo. De donde se puede inferir que es más fácil y suave la observancia de la ley que dejar la hacienda, supuesto que este mancebo guardando todos los mandamientos, no tuvo pecho ni valor para apartar de sí los bienes de la tierra y le faltó el

176 *Mateo*, 5, 3.
177 *Marcos*, 10, 25; *Mateo*, 19, 24.
178 *Salmos*, 61, 11.
179 *Marcos*, 10, 21-22; *Mateo*, 19, 21.

caudal para edificar la torre de la perfección evangélica que ponderamos y veneramos en Catarina, que se desnudaba todos los días por vestir y sustentar a los pobres.

Ya tengo escrito cómo en su persona profesó la venerable sierva de Dios en extremo la pobreza, porque su vestido y calzado no había de ser sino viejo, raído y de lo más basto que en su traje podía ser, repartiendo entre los necesitados todo lo nuevo y lustroso con que la socorrían sus bienhechores. Su aposentillo era como el de la más pobre, aunque limpio y aseado, no tuvo ni quiso tener silla alta, sino solo dos pequeñas de madera para su confesor y compañero; los candeleros eran de barro, la cama una tarima o tabla, las sábanas que tenía para el tiempo de las enfermedades y de que usaba también en el tiempo de su ancianidad por consejo de los confesores, eran de manta basta de algodón, que son de las que se vale la gente más humilde y desdichada en tiempo de salud; los silicios la servían de colchón, sábanas y camisa; las imágenes con que adornaba su pobre albergue, para incentivo de su devoción, fueron también de las ordinarias y tan antiguas, que conservó hasta su muerte las que trajo del oriente. Todo olía a santidad, porque en todo resplandecía su gran pobreza. Pues así como los ricos anhelaban a tener más anhelaba la sierva del Señor a tener menos y aun a no poseer cosa de este mundo, que como monstruo se compone de aquellas tres cabezas que dijo el apóstol san Juan: «Concupiscencia[180] de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida», a que se reduce todo cuanto el hombre ama, pues en la abundancia de deleites, riquezas y honras, pone su felicidad y califica el colmo de la dicha mundana cuando todas tres líneas de bienes se juntan en un sujeto y aun es tanto el aprecio que de ellos hacen las criaturas que con una línea sola de estas tres que consigan, se tienen por felices y no caben en sí mismas. Búscanse las riquezas con gran ansia, como medios para conseguir lo deleitable y honroso, por estos bienes se beben los vientos, se trasiegan los mares, se atraviesan los reinos y provincias, se minan los profundos de la tierra y se penetran los términos del mundo, de la ansia de estos bienes se originan las guerras, las enemistades, las discordias y las matanzas de los hombres. Estas tinieblas en que vivían los mortales manifestaba repetidas veces el Señor a su sierva, mostrándola con admirable claridad y evidencia la poquedad y miseria de todos los bienes terrenos y cuán dignos eran de desprecio y

[180] *concupiscencia*: «en la moral católica, deseo de bienes terrenos y, en especial, apetito desordenado de placeres deshonestos» (DRAE). El pasaje es de *1 Juan*, 2, 16.

aborrecimiento de desprecio por viles, de aborrecimiento por dañosos. De estos conocimientos que la comunicaba nuestro creador, ya envueltos en visiones admirables, ya con palabras de su boca, llenas de sabiduría eterna y otras veces con símiles y comparaciones ajustadas, se originaba en Catarina una admiración profundísima de ver que hombres capaces de bienes eternos y divinos por cosas tan apocadas perdiesen tesoros tan grandes y como tenía tan entrañado en su corazón el amor de los prójimos, comprados con la sangre de su amado, avivaba el clamor pidiendo luz para todos y medios para remedio de sus necesidades, porque la necesidad y la codicia no fuesen la causa de su perdición.

## II

### *De su gran caridad con los enfermos y cómo con enfermedades propias curaba las ajenas*

La solicitud con que cuidaba Catarina remediar las enfermedades de los prójimos no es fácil hallar palabras para decirla ni comparaciones para explicarla, porque su ardiente caridad la subió no solamente a la alteza de aquel estado en que decía el apóstol[181]: «¿Qué hombre hay que adolezca que no enferme yo con él?», sino que ella enfermaba porque no hubiese enfermos en la ciudad, en el reino, ni en todo el mundo. De dos modos y por dos como caminos y medios conseguía la sierva de Dios la sanidad de los enfermos: el primero era con el ejemplo de san Pablo, penar y padecer espiritualmente por sentimiento compasivo las enfermedades de todos, porque adolecía de enfermedades ajenas, de suerte que, sintiendo cada uno las suyas, ella padecía las de todos, pues viviendo en todos por amor, adolecía en todos por sentimiento, y este dolor la obligaba a clamorear continuamente a la infinita misericordia por el alivio, consuelo y salud de los hombres, y a asistirlos con regalos y la personal asistencia siempre cuando la obediencia se lo permitía. El otro modo con que conseguía la salud de los enfermos era la imitación de nuestro redentor, de quien dice el profeta Isaías[182] que sus dolores y enfermedades fueron nuestra medicina, nuestro remedio y salud. Con este ejemplo supo Catarina curar a los dolientes con enfermedades propias, adoleciendo en el cuerpo por enfermedades verdaderas, porque su

[181] *2 Corintios*, 11, 29.
[182] *Isaías*, 53, 4.

caridad vivía tan ardiente en el alma, que no cabiendo en ella se dilataba y comunicaba al cuerpo y la hacía enfermar, y aún parecía beneficencia del cielo el que no la hiciese morir la dolencia de sus prójimos, supuesto que era lo mismo curar enfermedades ajenas que padecerlas o lo mismo era padecerlas en sí que curarlas en los otros, y como estas eran mortales, la ponían a ella por instantes en punto y ansias de muerte. Ya están escritos en la historia algunos casos ejemplares, como el que pusimos en el número 261 del Segundo Libro, que prueban los excesos de caridad en esta esclarecida virgen para con los enfermos, y en este parágrafo amontonaremos otros.

Era naturalmente compasiva y se extendía su caridad aun a los animales en tanto grado que apenas podía ver y sufrir que los maltratasen y por esto salía luego a defenderlos y aun a curarlos cuando los dejaban heridos, con tal amor y compasión, que ya los de su casa por no atormentarla se escondían de ella y para castigar a los perros los sacaban fuera de la habitación de Catarina y desahogaban su furor y rabia en estos animales, consolándose que por la distancia no podían ofender con su aullidos lastimeros los oídos de la sierva de Dios. Esta natural compasión parece que acreditó el Señor con prodigios. Trataron de matar los sirvientes de su casa a un perrito que la guardaba, porque debía de ser molesto y ofensivo. Para conseguirlo la sacaron por engaño fuera de la ciudad donde le deshicieron la cabeza a palos y pedradas, hasta ver derramados por el suelo los sesos, y ya sin ojos ni organización del cuerpo, le arrojaron en un muladar como muerto. Le echó de menos la sierva de Dios y sospechando, no sé por qué motivo el suceso y desgracia del perrillo, se volvió compasiva al Señor, y le dijo que cómo permitía la ruina de las criaturas que había creado para el servicio y convivencia del hombre, y pidiendo e instando por espacio de ocho días a la divina Majestad que si estaba herido y maltratado se le trajese para curarle, al fin de ellos se la entró por las puertas el perrito vivo y sano, aunque con las señales del destrozo cruel que se había hecho de su cuerpo. Otro día vio en la calle a un perrito, dividido el cuerpo a la violencia de una rueda de carreta, que le dejó al parecer sola la unión del pellejo, se compadeció e hizo que se le metiesen en casa y fajándole como si fuera criatura racional, le cargó y puso en un rincón de su aposentillo, suplicando a su creador le sanase, porque sirviese a las criaturas racionales, que era el fin para que le había dado ser. Con esta súplica vio con admiración y consuelo de su alma Catarina que se levantó el perrillo bueno y sano. Crecía en esta esclarecida virgen, al ver y tocar con las manos estos prodigios, la

fe y confianza de Dios para pedirle y conseguir su infinita clemencia, otras mayores maravillas en bien y provecho de los hombres, alabándole y glorificándole por la común y puntual providencia con que cuidaba de todas sus criaturas, sin negarse a la necesidad de los animales. Por este fin y con este ejemplar de su creador, procuraba esta caritativa virgen hacer bien a todos los demás brutos; solo a los gatos y tigres tuvo cuando niña alguna antipatía por ser, como ella decía, feroces y crueles, y en una ocasión que vio dos gatos asidos y rabiosamente enfurecidos despedazarse, le dijo a Dios llevada de su natural compasivo «¿Para qué y por qué, Señor, creaste animales tan rabiosos?». Y su Majestad, con alguna seriedad, la respondió que para el servicio del hombre. Y con esta respuesta quedó la sierva de Dios por una parte avergonzada y arrepentida del desordenado aunque compasivo afecto que la obligó a prorrumpir en la insinuada pregunta y por otra parte, enseñada y agradecida al especial amor con el que mira el Señor por los hombres, pues habiéndoles creado para sí, creó todas las demás cosas para el servicio del hombre, porque este se emplease todo en servir y amar al que le había creado.

Quien era tan compasiva con los brutos no podía dejar de ser muy caritativa con los racionales, servía a los enfermos con piedad de amorosa madre y con la puntualidad de una buena esclava que no se apartaba de la cabecera del doliente ni fiaba de otro la aplicación de las medicinas. De día y de noche la hallaban presente los quejidos y lamentaciones de los enfermos y templaba sus dolencias con palabras y con remedios, aliviando sus dolores y curando sus llagas. Advirtió un día que se quejaba mucho un negrito a quien asistía y cuidaba al tiempo de la curación de una mortal herida que le dieron en la cabeza y lastimándose compadecida la sierva de Dios de la congojosa aflicción de su enfermo, persuadida a que sus lamentos eran ocasionados de lo pesado de sus manos y de la aspereza de los lienzos con que limpiaba lo asqueroso de la llaga por donde se le descubrían los sesos, se arrojó impelida de su caridad ardiente a limpiarle la podre[183] con su propia lengua. Esta acción causó en Catarina tal asco que se vio en punto de lanzar las entrañas y viéndola el Señor atribulada, le dijo: « ¿De eso tienes asco? Repite, hija, la acción porque me agrada mucho la valentía de tu caridad». Con estas solas palabras, repitió la sierva de Dios la acción y habiendo vencido las repugnancias que la acobardaban, consiguió la salud del enfermo y mereció oír de la boca de su Dios que, por sola aquella caritativa obra la

[183] *podre*: pus.

había de dar tanta gloria cuanta mereciera el afligido doliente. Solo con llegarse a ella los enfermos cobraban la salud que les faltaba y a Catarina se le pegaban sus males como se reconoció con alguna publicidad, el año de 1678, en ocasión que, llegando a comulgar, se encontró con una mujer que padecía un temblor penoso en todo su cuerpo. A esta cogió del brazo para ayudarla a que se hincase en la reja de la comunión y luego comenzó a sentir en sí la sierva de Dios el violento accidente de la enferma con tanta intención y dolores que con mucha dificultad pudo recibir al Señor y, encendiéndose luego en calentura, fue necesario llevarla en brazos a su casa donde estuvo padeciendo muchos días en los cuales vivió muy aliviada de la afligida doliente. En otra ocasión, siendo su casero el doctor Flores, se halló este con un grande, agudo y violento dolor de cabeza, y por el concepto que tenía de las virtudes de la sierva de Dios, la hizo llamar y le rogó, le apretase con sus manos la cabeza. Lo hizo Catarina, rezando al mismo tiempo un Ave María e instantáneamente cesó el dolor del afligido que atribuyó esta beneficencia a la virtud de esta esclarecida virgen y ella a la intercesión solamente de la madre de Dios.

Así como se pegaban los males ajenos a la caridad de esta sierva del Señor con solo el contacto de sus manos, se pasaban también a ella los achaques de los enfermos con el contacto de sus vestidos. Lo oí ponderar a algunos de sus confesores que andaban dando sus silicios y mantos viejos para curar a otros en los cuerpos y en las almas. Yo nunca lo experimenté porque nunca quise usar de semejantes medios. De lo que me valía para el bien del mundo era de la eficacia de sus oraciones; con estas tuve multiplicadas experiencias de los prodigios que obraba Dios por la intercesión de su sierva y puedo asegurar con estas mismas experiencias que dejaban las enfermedades ajenas a las personas que las padecían y se pasaban al cuerpo de esta caritativa virgen, porque parece la había concedido Dios virtud para curar mereciendo y sanar padeciendo. ¿Qué enfermedades, qué penas y males se vieron en la ciudad de la Puebla y en todo el mundo de que no participase nuestra Catarina? Por este fin la llevaba el Señor en espíritu por todo el mundo y la hacía presente a las cabeceras de los enfermos, a las prisiones de los encarcelados, al lugar del suplicio de los condenados a muerte, a las aflicciones y sentimientos particulares que suelen ser más que los públicos y finalmente, era bienhechora común y el alivio y remedio de todas las necesidades del universo. Del sufrimiento en sus enfermedades hacía merecimiento para la salud ajena, ofrecía su delicado cuerpo a los dolores, porque sanasen los

otros y su vida porque no muriesen. Adolecía finalmente para que sanasen y padeció muchas veces los accidentes de muerte porque viviesen, porque la paciencia en sus dolores era remedio y medicina de los ajenos y así lo mismo era querer curar, querer padecer, y lo mismo era padecer en sí las enfermedades de las demás criaturas que curarlas en ellas. Remito al piadoso lector a los parágrafos y capítulos siguientes, donde hallará mayores testimonios de la grandeza de caridad que comunicó el Altísimo a esta su criatura.

## III

### *Del celo que tuvo de las almas y lo que padeció por ellas*

La caridad bien ordenada atiende con mayor solicitud y cuidado a la salud de las almas que al bien de los cuerpos, y en nuestra Catarina fue crecidísimo el ardiente celo de la salvación del mundo, causado del intenso amor que tenía a su Dios del conocimiento de la eternidad, de la gravedad del pecado, de los males inexplicables que padecían los condenados en el infierno y del colmo de gloria que tenía el supremo juez, prevenida para sus escogidos por los merecimientos de su sagrada pasión y muerte. Con estos motivos y otros que insinué en el capítulo XX del segundo libro y los que con alguna especialidad y extensión se leerán en este y en los siguientes capítulos, se aumentó tanto el ardiente deseo de la salvación de los prójimos, que la obligaba a andar continuamente suspirando y clamando al cielo porque todos se salvasen y ni ninguno ofendiese a su creador y amado redentor. Estas ansias de que se salvasen los hombres y este deseo de caridad encendida era tan del agrado de Dios que por instantes se veía arrebatado su espíritu en las alas del divino Amor, y era llevado por todo el universo de manera que penetrando las casas, las ciudades y reinos, sin que se eximiesen de su registro las monarquías de los turcos y herejes, ni las incultas selvas que poblaba el gentilismo, reconocía la necesidad de las almas y como si cada una de los otros vivientes fuese la suya, se la pedía al divino poder, clamando e individuando los medios de que necesitaban todas las criaturas, instando con preciosas lágrimas por contrición para los unos, por conocimiento y luz para los otros, por el bautismo para los gentiles. Conseguía las divinas misericordias poniendo los ojos no en otra cosa que en el soberano rescate y en las sacratísimas llagas de su divino amante. En estos merecimientos se sustentaba toda su confianza, y en cuanto

la era posible se ofrecía a la satisfacción, resignándose en la voluntad del Señor, para padecer y sufrir, cuanto debieran sufrir y padecer todas las criaturas del universo. Por estos tan intensos como fervorosos actos de caridad le concedió la infinita misericordia la salvación de tantas, que dudo pueda leer el piadoso lector sin admiración y asombro el número de los pobladores de la celestial corte que debe el empíreo a la caridad e intercesión de esta escogida y prodigiosa criatura. Con manifestarla Dios estas singulares y multiplicadas beneficencias, se templaba la sed de la salvación de las almas, que abrazaba el corazón de Catarina y se refrigeraba la sed que manifestó Jesús en el brocal del pozo de la samaritana[184] y la de nuestra redención, que significó al verle crucificado en un afrentoso madero por nuestro amor. Y en esto mostró la sierva de Dios, ser hija verdadera de Cristo y engendrada entre sus inexplicables dolores, imitándole y siguiendo su doctrina y ejemplo con una caridad tan compasiva como paciente.

Estas ansias de la salvación de las almas manifestó el Señor con muchas y misteriosas visiones: una de estas fue la que tuvo Catarina un día de cuarenta horas[185], en que se la representó su divino Adonis[186] crucificado sobre una espaciosa fuente de sangre, rodeada y cercada de muchos celestiales espíritus que, con solicitud y vigilancia, cuidaban no se derramase ni desperdiciase una sola gota de aquel precioso licor, y con esta visión se halló la sierva de Dios tan abrasada en un ardiente celo del bien de las almas que sin poder reprimirse y como fuera de sí por el bochorno que la causaba el incendio de amor y caridad que hervía en su pecho, comenzó a dar voces llena toda de esperanzas, como otro santo rey David, llamando y convocando a todos los hijos de Adán, para que bebiesen y se bañasen, en aquella saludable y deliciosa fuente. Y reconociendo que llegaban pocos a gozar de aquel soberano convite, pidió a su divino Amante la diese licencia para recoger mucha de aquella preciosa sangre e ir a esparcirla y derramarla por el universo. El Señor la concedió la licencia diciéndole: «Ve, hija, a repartirla y derramarla por todo el

[184] Ver *Juan*, 4, 1-45 para el episodio de la samaritana en el pozo.

[185] *día de cuarenta horas*: no quiere decir que un día tuviera cuarenta horas, sino que se refiere a la festividad de las cuarenta horas: comenzaba el Viernes Santo y evocaba las cuarenta horas que Jesucristo estuvo muerto en el sepulcro. Consiste en adorar al Santísimo Sacramento durante cuarenta horas seguidas.

[186] *Adonis*: es hijo de Cínirias, y de su hija Mirra o Esmirna. Tanto Afrodita como Perséfone, quedan anonadas ante la belleza de Adonis. Alude a la belleza del divino Amante.

mundo, que mi santísima madre irá contigo y lograrán muchos la gracia que pierden los de esta ciudad donde por tus oraciones me muestro liberal y propicio». Al oír estas palabras, la pareció era arrebatado su espíritu y que asistida de la Santísima Virgen corría todo el mundo, rociando y vivificando a todas las criaturas con la sangre de su querido esposo. En otra ocasión que arrebatada de su encendida caridad rogaba por el bien del mundo, nuestro creador se la volvió a representar en otra fuente de leche, que servía de peaña a Cristo Crucificado y advirtió en medio de este soberano arrobamiento que el mismo Señor llamaba y convidaba a todas sus criaturas para que llegasen a bañarse y beber de aquel precioso y delicioso licor, a cuyo ejemplo esta caritativa virgen pareciéndola que eran muy pocos los que correspondían agradecidos a la vocación de su redentor, empezó a gritar hasta enronquecerse y llamar a todos los vivientes para que no perdiesen la ocasión de admitir y aumentar la gracia a los que convidaba su creador, pero a unas y otras voces dijo la sierva de Dios que se resistían las criaturas, excusándose unos y despreciándolas otros, y que por esta razón la parecía se había logrado este misterioso convite en el gentilismo, porque la  había mostrado el Señor muchos hombres y mujeres, todos, aunque blancos, muy feos, que no llevaban otra cruz que las de sus espadas y preguntándoles de dónde eran y a dónde iban, le respondieron a lo primero nombrándole la tierra y reino de donde salían y aunque la sierva de Dios no se acordó del nombre para decirle a su confesor, añadió que era la tierra y patria de uno de los profetas y que frecuentemente nombraban nuestros predicadores en los púlpitos. A lo segundo le respondieron iban llevados de la voluntad de Dios a buscar y pedir el bautismo y alegrándose la caritativa virgen con esta tan deseada nueva, comenzó a ponderar cuán numeroso era el gentío y cuánto se había aumentado en su corazón la gustosa sed de la salvación de las almas, aunque mezclada con las hieles y acíbares de que los cristianos se excusasen de los abundantes convites de la divina gracia. Con semejantes visiones la manifestó el Señor cuán pronto estaba su absoluto poder y su inmensa misericordia, para fertilizar la Iglesia militante por medio de los santos sacramentos si sus fieles se dispusiesen para recibirlos, ya con estanques de cristalinas aguas, ya con pilas y pozos de leche y sangre que salía como de manantial inagotable de sus sacratísimas llagas, y entre todas las visiones, sobresalió una que tuvo de Cristo Crucificado sobre una fuente, pila o estanque donde se la representó con innumerables rayos de resplandeciente luz, que salían del divino cuerpo del Señor y herían los corazones de todos los hombres, de los

cuales unos se rendían a la eficacia de las divinas inspiraciones, otros se resistían a sus soberanos auxilios, en que parece se le manifestó como se debe atribuir la predestinación a los tesoros de la gracia y la reprobación a las culpas de los hijos de los hombres.

Con estas visiones y favores del cielo, crecían y se aumentaban los deseos y ansias de la salvación del mundo en Catarina, de suerte que ya como con un rápido movimiento y natural inclinación, apetecía y clamaba por trabajos, penas y martirios para satisfacer a la divina justicia y favorecer a las criaturas, procurando imitar a su divino Amante, a quien brindó el eterno Padre con cálices de amarguras y cuanto mayores eran las copas se avivaba más la sed del Señor, que es lo que dijo el real profeta: «Mis enemigos me llenaban las medidas y cuanto eran estas más desmedidas, ganaba yo tierra en la sed y cada día las deseaba mayores, porque unos trabajos eran empeños de otros». Las copas con las que le brindó su eterno Padre desde niño eran cálices de buen tamaño, pero respecto de los que bebió siendo mayor fueron los primeros pequeños, entonces fueron las copas mayores cuando fue mayor su desnudez, cuando las injurias más desmedidas y cuando más mortales sus agonías, así esta sierva del Señor, metida en el incendio de su abrasada caridad, se encendía en una sed insaciable de mayores tormentos, cuando se veía más ahogada entre ansias y congojas de muerte. En los convites de la antigüedad era estilo que el que mejor había mantenido los desafíos del brindis fuese coronado su cáliz por haber hecho en él la razón[187], en testimonio de que merecía ser coronado con la corona de mantenedor, como lo notó Tertuliano. Y eso mismo parece que quiso dar a entender la divina y suprema Majestad, representándosela muchas veces al oír misa el cáliz que levantaba el sacerdote para la debida adoración del pueblo, con una cadenilla de oro en forma de corona, que hermoseaba la parte superior de la copa con que la convidaba a su imitación para nuevas batallas y martirios. Con semejantes jeroglíficos la brindaba Dios su cáliz y ella le cogía en las manos, abría la boca de su resignada voluntad y se echaba a pechos sin dejar una gota, diciendo con el profeta rey: «Si tú quieres, Señor, venga ese saludable cáliz y otros muchos»[188] e invocando el santo nombre de Jesús, se bebía un vaso de veneno, otro de calumnias, otro de agonías y otro de tormentos sin que dejase jamás de aceptar estos brindis o desafíos, porque, aunque tal vez la naturaleza

[187] *hacer la razón*: contestar a un bridis con nueva invitación a beber.
[188] *Salmos*, 115, 4.

con cobardías, mostraba su flaqueza, prevalecía el conformarse con la voluntad de Dios, el bien y salvación del mundo.

En otras ocasiones manifestó el cielo a esta sierva de Dios sus crecidas ansias de padecer por los hombres con el ejemplo de Cristo, porque en el año de 1677, saliendo un día de su casa después de una gravísima enfermedad, entró en la iglesia y al coger el agua bendita, acordándose de los que estaban enterrados en aquel templo, ofreció al Señor su vida y el derramar toda su sangre con que se pagase el fuego abrasador del purgatorio y le perdonasen los pecados de todas las criaturas del universo. A estos caritativos deseos, responde el supremo juez de vivos y muertos, disponiendo que se la partiese en uno de los brazos la vena que llaman de todo el cuerpo y con el sentimiento de la herida se volvió a su casa, donde registrando el brazo las personas que la asistían, reconocieron con admiración la vena dividida, sin que saliese gota de sangre, en que prudencialmente se puede discurrir quiso dar Dios a entender los ardientes deseos de la caridad de su sierva y que no tenía ya más sangre que derramar por los hijos de los hombres, porque la que quedaba era solamente la necesaria para la conservación de la vida de esta bienhechora común. En otra enfermedad la mandaron sangrar los médicos, y habiendo herido el barbero[189] la vena, no salió gota de sangre y asustado con intención de herirla en el otro brazo, aplicó el cabezal[190] a la primera herida para asegurarla, pero con esta aplicación salió una sola gota de sangre, que se imprimió en forma de perfecta cruz en el pañito, que guardaron las mujeres asistentes por hazañeras[191] o por parecerlas cosa misteriosa, y con sus alharacas creció en el barbero el susto y la admiración, de manera que no se atrevió a partir la otra vena y el efecto mostró que no era necesaria la sangría para conseguir la salud. Lo demás que pudo haber de misterio lo dejo a la consideración del piadoso lector, que puede piadosamente carearlo[192] con el caso antecedente.

Estos mismos deseos de favorecer a todas las criaturas de su Dios la significó y explicó su Majestad en ocasión que atribulada y apurada con indecibles penas interiores y exteriores, clamó y pidió misericordia a la inmensa clemencia de su redentor diciéndole: «¿Cómo vivo, Señor,

[189] Los barberos se encargaban de las sangrías.

[190] *cabezal*: «El paño pequeño de lienzo, redoblado varias veces, que se pone sobre la sangría para que no salga la sangre, y se asegura atándole con la venda» (*Aut*).

[191] *hazañeras*: exageradas, que hacen aspavientos.

[192] *carearlo*: compararlo.

entre tantos martirios cuando otros con uno solo de estos males logran la dicha de gozarte en tu celestial corte?». A las cuales voces de esta su querida esposa respondió luego el divino Amante haciendo poner ante sus ojos dos braseros: uno con muy poca lumbre y que con una garúa[193] o rocío pequeño se apagó, otro con tan encendido y fuerte fuego que se resistía a muchos y recios aguaceros, y en la confusión que la causó esta visión oyó que la decían sin saber quién:

> Cuando el amor de Dios y del prójimo es grande, más se aviva que se apaga con las tribulaciones y tormentos: tu alma se simboliza en ese segundo brasero que se enciende con las baterías[194] de sus contrarios y tu vida corre por cuenta de mi omnipotencia que quiere valerse de ella para el bien de sus criaturas.

Finalmente, al cielo debía nuestra Catarina con especialidad el conocimiento de todas las verdades católicas e inteligencias de los sagrados misterios de nuestra santa fe, al cielo debía la luz con que caminaba entre abrojos y punzantes espinas de las oscuridades, desamparos y amarguras que atormentaban y lastimaban sus potencias y sentidos, al cielo debía el saber agradecer las celestes beneficencias y al subir a la perfección por enseñanza del mismo Dios, con poca ayuda de los hombres. Por este camino extraordinario subió el Señor a su sierva porque quiso hacerla esta gracia singular, para recrearse en ella guiándola en el ejercicio de las virtudes, hasta colocarla en una tan empinada cumbre de perfección, que dejando muchas veces el Señor a su elección el padecer o el gozar, ella escogió siempre el penar por el mundo y por el purgatorio, que es una de las finezas del más abrasado amor, dilatar la procesión de una eterna gloria por padecer para que otros la gozasen. En otras ocasiones desechó los regalos que la franqueaba liberal el cielo por perseverar en sus penas y amarguras, retirándose de la preferencia de Cristo glorioso por acompañarle crucificado y dilatando la corona por más servirle y merecerla. Otras veces que la confortó la infinita misericordia con dones y soberanas mercedes para templar sus naturales y mortales desfallecimientos, le respondió como fina amante de Dios y del bien del mundo: «Deja esos regalos, Señor, para las almas escogidas que saben amarte y servirte, que yo soy una pecadora y para los pecadores se hicieron las penas, lágrimas

[193] *garúa*: lluvia fina.
[194] *baterías*: conjunto de actos de los enemigos en su contra.

y tormentos». A estos actos de caridad correspondía el cielo aumentado en Catarina los dones de la gracia, inflamando con nuevos incendios su caridad y alargándola con muchas fuerzas la vida, para que mereciese para sí y para otros muchas coronas y resplandeciesen los realces de su encendido amor.

## IV

### *De algunos efectos de su caridad y cómo Dios la hizo bienhechora común del mundo y despensera de su preciosa sangre*

En los casos particulares que se leerán en toda la historia, sereconocen los maravillosos efectos de la caridad que ardía y hervía en el corazón de esta sierva de Dios y lo significó y manifestó el Señor al mundo con varias y multiplicadas visiones y jeroglíficos, y por estos mismos motivos y en este sentido, parece que la dio el Señor el honroso título y glorioso renombre de despensera de su preciosa sangre y bienhechora común del universo porque al verla padecer y penar constante por el bien de las criaturas, la solía decir muchas veces: «Pide y clama, Catarina, ¿para qué tienes atadas las manos y ociosas las llaves de mis tesoros? Saca sangre de mis llagas y espárcela por el mundo, pues te he hecho despensera de mi sangre». Consta de muchos casos de la historia que recogía espiritualmente la sierva de Dios, abundancia de la sangre de su divino Esposo para bañarse con ella y para derramarla y esparcirla por todo el mundo porque se templasen los ardientes deseos en que se abrasaba de que ninguno se condenase y todos se salvasen, buscasen y amasen a su creador y redentor al cual afecto correspondía el mismo Señor arrebatando su espíritu y llevándole por todo el universo con tal viveza de una soberana representación y con tal eficacia de las oraciones de su sierva y de la aplicación de los merecimientos e infinito valor de la sangre de nuestro redentor que corriendo o volando su alma sobre todas las cuatro partes del mundo se la representaba que iba rociando con el precioso licor de la redención a todos los vivientes, reconociendo su entendimiento maravillosos efectos en todas la criaturas porque al ver caer cada gota pequeña de la sangre de Cristo sobre un gentil, lo oía luego pedir el bautismo. Si tocaba a un mal cristiano veía que se arrepentía y si a un justo que de bueno se mudaba en mejor, hasta los campos se la representaban como que se reían, que se alegraban las flores y que reverdecían las plantas con esta preciosa garúa y rocío celestial y divino. Pero

aunque la sangre del Señor era el precio y el poder con que se obraban estos prodigios y maravillas que se manifestaban a la sierva de Dios para que se templase la crecida sed de la salvación del mundo que la afligía, cooperaba también ella con sus obras, clamando y padeciendo por los vivos y por los difuntos, indecibles dolores, ardores y congojosas ansias de muerte hasta llegar a quejarse y lamentarse con su divino Amante cuando le faltaban las fuerzas, la respiración y el aliento, y entonces solía responderla el Señor: «¿No pides, no ruegas, no clamas, no te ofreces a padecer porque se salven los hombres? Pues sufre y revienta porque ellos no se condenen que más padecí yo para redimirlos». A estas voces replicaba Catarina: «Tú, Señor, eres gigante en las fuerzas y el poder, más yo, aunque quiero, no puedo. Dame valor y fortaleza para imitarte y verás cómo corro en pos de ti hasta la muerte». Con estas valentías del alma se mostraba Dios poderoso entre los desfallecimientos de la flaca naturaleza y la comunicaba con su divino querer tanto aliento que volvía a pedir penas y más penas porque no se condenasen las criaturas, y al paso que eran sus peticiones repetidas y como continuas, lo eran también sus congojas y tribulaciones. En estas católicas luchas se la representaba el redentor del mundo muchas veces visible y se abrazaba y unía estrechamente con su espíritu, llenándole de gozos y alegrías, y de esta misteriosa unión parece que resultaban los vuelos y los prodigios que reconocía obraba la sangre del Señor en el mundo.

En primeros del año de 1674 dijo a uno de sus confesores que había corrido el mundo, con repetidos vuelos de su espíritu en aquellos días y noches, y el confesor por oír de su boca el modo y la inteligencia que tenía la sierva de Dios de estas extraordinarias operaciones de su alma, auxiliada del divino poder (o por otro motivo) le dijo: «Eso de volar, Catarina, no es cosa muy singular, porque según dicen también lo saben hacer las brujas». A cuales palabras respondió Catarina:

> Yo soy bestia e ignorante y nunca he tratado con brujas, tú eres docto y sabio y podrás calificar o censurar sus acciones; lo que te aseguro es que creo en Dios y todo lo que nos enseña la santa Iglesia católica, así como me lo explican mis confesores, a quienes procuro obedecer en todo y darles entera y perfecta cuenta de mi conciencia, para que me enseñen el verdadero camino de la ley de Cristo. Si ellos se engañan o me engañan, darán cuenta al supremo juez de mis yerros, que a mí me salvará mi buena intención y el obedecerlos en lo que no conozco ser culpa. Y para satisfacer a tu deseo digo que no tengo otra inteligencia de mis brujerías o vuelos que el pa-

recerme, cuando el cuerpo está impedido, baldado y aún dormido, que el alma se vale de su propias potencias: memoria, entendimiento y voluntad, para conseguir sus deseos y se va por tierras y mares, registrando todo lo que hay y lo que sucede en el mundo y en estas mis correrías, si no quieres que las llame vuelos reconozco que voy acompañada de mi ángel de guarda, del glorioso arcángel san Miguel, de mi madre y señora, la Virgen María y de mi amado Jesús, a quien veo algunas veces a mi lado y otras sobre uno de mis hombros, con cuya sangre me parece que voy rociando todas las tierras con una como garúa o copioso rocío, suplicando juntamente al Señor, caiga en buena tierra ese precioso licor que recojo algunas veces de su sagrado costado, otras de una de sus llagas, otras de la que se derramó en el huerto en casa de Pilatos, en la calle de la amargura o al pie de la cruz.Y en algunas ocasiones, me la ha dejado el Señor en mi regazo, cuando se recuesta en él, herido y llagado por el maltratamiento que experimenta entre los hijos de los hombres y finalmente, otras veces me manda desde las cruces, en que le adoro crucificado por nuestro amor, que abra una de las fuentes de la redención del mundo con las llaves que me había fiado y yo obediente a su voz me acojo a una de sus milagrosas imágenes y en ellas le pido me dé algunas gotas de su preciosísima sangre para esparcirla por todo el mundo. Y es tan liberal su infinita misericordia, que se halla mi espíritu lleno y cargado de ella, y con la compañía que tengo ya insinuada, vuelo por el mundo rodeando y penetrando todas sus tierras y mares, y rociando con ella al universo me parece que voy fertilizando los campos, sanando a los enfermos, convirtiendo pecadores, reduciendo infieles y herejes y sacando ánimas del purgatorio. En estos caminos y correrías espirituales o imaginarias, suelo sentir la asistencia de mis confesores y un día de estos me saliste tú al encuentro y entrándote de rondón[195] por el camino en que yo iba gustosamente entretenida y acompañada de mi madre y Señora, la Virgen María, dijiste: «Acá estamos todos»[196], y mirando con veneración a la Señora, la rendiste con agradecimiento las debidas gracias por las mercedes que me hacía. Esto es lo que yo entiendo, examina tu conciencia, experiencia y con hojear los libros si estas son o no brujerías.

[195] *rondón*: «intrépidamente y sin reparo» (DRAE).

[196] Es frasecilla de un chiste tradicional: una familia se va de su casa porque un duendecillo loes hace muchas travesuras, y cuando se van yendo con sus muebles y enseres, se oye una vocecilla que dice «Acá estamos todos», del duende, que también va en el carromato. La frase resultaría algo jocosa para los lectores de la época.

Ya tengo escrito el número 227 del segundo libro cómo se deben entender los vuelos, caminos y sendas ocultas de los espíritus, porque los piadosos lectores no yerren en semejantes leyendas[197].

En otra ocasión, le entregó el Señor tres llaves tan misteriosas, que Catarina ni sus confesores se atrevieron a explicar con seguridad su significación. Algunos discurrían en que eran representación de los tres grados o caminos por donde subió Dios a esta escogidísima alma a la alta cumbre de la perfección, y son los que llaman los místicos vía purgativa, iluminativa y unitiva[198], y puede ser fuese esto así y que no hubiese otro misterio en la significación de estas llaves, porque desde que llegó a unirse en estrechos lazos de amor con su Dios, se la desapareció la una, conservando a su vista y en su poder todo el resto de su vida las otras dos llaves o vías, iluminativa y unitiva. Pero aún podemos discurrirlas como más misteriosas por el poder que comunicó la omnipotencia a esta caritativa virgen, para librar a los hombres de sus culpas y abrirles las puertas del cielo (no hablo de la potestad y jurisdicción que concedió Cristo a solo san Pedro y sus legítimos sucesores, para cuyo ejercicio no es, ni puede ser apto instrumento y ministro una mujer), hablo del poder de su intercesión para con Dios y de la eficacia de sus oraciones y merecimientos enriquecidos con la sangre del Señor, aplicada con la encendida caridad y fervorosos ruegos y clamores de esta su querida alma. Con estas llaves, el profeta Elías en aquel calamitoso[199] tiempo de la memorable sequedad que padeció la gente de Samaria, detuvo las lluvias y rocíos del cielo, porque habiéndole dado el Señor amplia comisión sobre las nubes, dijo, hablando con el rey Acab[200]: «Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no ha de llover en todos estos años, si no es con permisión mía, y cuando yo lo dijere». Y como lo dijo el profeta se ejecutó y lo experimentó el mundo.

Era Elías más inclinado al rigor que a la blandura, no por celo de venganza, sino de justicia, y como su oración era tan poderosa para con Dios, con esta llave cerraba la puerta de la clemencia del cielo para que no lloviese. Con esta misma llave abría Catarina las puertas de la divina misericordia para la defensa del mundo y bien de las criaturas,

197 *leyendas*: lecturas.

198 Son las tres vías o etapas de la experriencia mística.

199 *calamitoso*: «que causa calamidades o es propio de ellas» (DRAE).

200 *Rey Acab*: fue el séptimo rey de Israel entre los años 874-853 a.C., de acuerdo con el libro bíblico de *1 Reyes*. Para la sequía que proclama Elías, *1 Reyes*, 17, 1.

de manera que así como el profeta tenía las llaves de los rigores para los castigos, tenía la sierva del Señor las llaves de la piedad para las celestes misericordias. Muchos casos van apuntados en la historia, que prueban lo que voy diciendo, y podríamos escribir otros más, mas por ahora no quiero omitir el siguiente.

Por el mes de mayo de 1673, instada de algunos afectos suyos, pidió agua al cielo para las sementeras, que se iban perdiendo con una dilatada y rigurosa sequedad, y la respuesta a su petición fue ver en el aire una representación de castigo, con una apariencia de amenazas, terrores y asombros. Se afligió Catarina con esta visión y condoliéndose de las criaturas en este peligro que les amenazaba, instó y reforzó su oración con más fervoroso tesón, clamando al cielo misericordia para el bien común y para el particular de cada uno de los pecadores. A esta segunda voz de su querida esposa, respondió Cristo, representándosela azotado, herido y maltratado, y le dijo: «¿Pues no ves cómo me tratan los hombres?». Fueron estas palabras cuchillo de dolor que atravesaron el corazón de la sierva de Dios, pero como su espíritu era parecido al espíritu del Señor, que por su infinita bondad se inclina más a la piedad y clemencia que al rigor y castigo, prevaleció en ella el deseo de conseguir piedades y misericordias, y así volvió a pedirlas, repitiendo sus clamores y ofreciendo por todos los pecadores que irritaban la divina justicia, sus penitencias, dolores, y la vida, las oraciones y merecimientos de los justos, la intercesión de los santos, de la Santísima Virgen y la sangre del mismo Señor, en que tenía depositados los tesoros de toda su confianza. Con estos clamores mereció que se la volviese a representar su divino Amante a su lado, bañado en su preciosa sangre y juntamente se repitió o renovó en el aire la representación de espadas, lanzas y otros horrorosos instrumentos de los desagravios de Dios, y en la confusión que la causaron estas visiones, volvió a oír la suave voz de su querido esposo, que le dijo: «¿Qué es lo que pides? ¿Qué es lo que esperas, cuando miras como me han puesto los hijos de los hombres?». No obstante todas estas representaciones con que el Señor justificaba su recta justicia y excusaba su divina misericordia, continuó llena de fe y confianza por muchos días y noches sus ruegos, batallando con los rigores de la justicia de Dios, valiéndose de las lágrimas y razones para inclinar al Todopoderoso a que usase de su inmensa clemencia con las criaturas que había comprado y redimido con su sangre, pues no parecía conforme a razón pagasen justos por pecadores, y más cuando estos no sabían lo que le hacían. Con estos motivos repetía la invocación de los

santos, nombrando con especialidad a la Santísima Virgen y a los santos san José, san Joaquín y santa Ana. En una de estas ocasiones que clamaba fervorosa con los incendios de su caridad por los hijos de los hombres, vio bajar de las celestes alturas dos cortesanos de la gloria, que entendió ser san José y san Joaquín, que la venían a dar la deseada nueva de que ya había convenido Dios con sus ruegos y concedido lo que le pedía y en testimonio de que no era ilusión, comenzó luego a llover con tanta abundancia y copiosas lluvias que se inundaron las calles y los campos, continuándose por muchos días las aguas, porque la sierva de Dios no cesaba de pedir y clamar a cuyos clamores y suspiros tiernos, respondió otro día la omnipotencia, diciéndole «¿Catarina, no basta ya de agua?». Y ella replicó: «No, Señor, no basta que todo esto ha sido un rocío y garúa, vengan más aguaceros y copiosas lluvias con que crezcan las cementeras, se aumenten las semillas y llenen las trojes[201] para el consuelo y alivio de los pobres». Como lo pidió la sierva de Dios, se experimentó en año abundante, comprado con las lágrimas y dolores inexplicables que le envió Dios, todo el tiempo que duró esta lucha, de donde resultaron muchos bienes temporales en el mundo y en su bendita alma crecidos merecimientos.

Con razón podemos hacer a nuestra Catarina portera de la piedad, y aplicarle las llaves de la clemencia, dejando la puerta del rigor para Elías y otros espíritus, que quieren convertir al mundo con amenazas, terrores y asombros, que es lo común y más conforme a la inclinación de los hombres, y tal vez importa este rigor para convertir a un pecador, según los tiempos, ocasiones, circunstancias y naturales con quienes se comunica y trata, como se vio en lo que obró el Señor, cuando cogió en su mano el azote para castigar y ahuyentar a los profanadores del templo[202], y cuando se dio por desentendido a los clamores de las locas doncellas que desprevenidas pretendían se les abriese la puerta del cielo, a quienes respondió Cristo que no las conocía porque no aprobaba su espíritu[203]. Y que no las aprobaba pues les cerraba la puerta. Pero el más frecuente y ordinario estilo de Dios es inclinarse a las blanduras, piedades y misericordias y aunque tal vez parece que detiene y escatima las mercedes que se le piden, es porque desea verse blandamente lisonjeado con la sabrosa importunidad de nuestros humildes ruegos, pues al que

201 *troj*: granero.
202 *Marcos*, 15, 11-18.
203 *Mateo*, 25, 1-13.

persevera pulsando, al que porfiando clama a instancias de los piadosos tesones, le concede cuanto le pide, y ordinariamente aún más de lo que se desea, como lo dice y canta la santa Iglesia católica en una de sus oraciones. Por este motivo parece que no había de poner Dios al hombre ni en la puerta del rigor, ni en la puerta de la piedad y que debíamos pedir a su majestad que asistiese a estas dos puertas, porque el hombre en la puerta del rigor castigará más de lo que debía, que es contra el estilo de Dios, pues siempre castiga menos de lo que la culpa merece. En la puerta de la clemencia, el hombre aún quitará de lo que Dios le mandara que diese a Catarina si se le podían fiar ambas a dos puertas y las llaves del rigor y piedad, porque para las culpas pedía misericordias y para los merecimientos clamaba por superabundantes gracias, que es lo más conforme al espíritu de nuestro Redentor. Dijo Cristo a su amado y regalado Benjamín: «Yo soy el señor absoluto que tengo las llaves de la muerte y del infierno»[204], con las cuales palabras parece que dio a entender que estas llaves no las fiaba de los hombres, por la dureza y crueldad de sus corazones, que siempre se inclinan al rigor y pocas veces se reconoce en ellos clemencia, porque como notó san Justino[205], si en manos de las criaturas estuvieran las llaves de la muerte y del infierno, triste del mundo qué poco durara, qué presto se agotara. Porque es el hombre tan inhumano y cruel, que a la primera que le hicieran luego los arrojara al infierno y diera al traste con todo, pues el hombre siempre se inclina más al rigor que a la piedad, cuando el rigor ha de ser a más no poder y la misericordia hasta más no poder. Este era el espíritu de Catarina y esto mismo se representaba en las llaves que le entregaron para abrir las fuentes del redentor de que hace mención el profeta Isaías[206], y con ellas clamando, mereciendo y padeciendo, daba vuelta a la llave y recogía tantas aguas de gracia que no solo eran bastantes para bañarse, sino para lavar y purificar a innumerables criaturas redimidas con la sangre de su divino Esposo.

[204] *Apocalipsis*, 1, 18.

[205] *San Justino*: (100-165) fue el primer apologista cristiano, era laico y escribió varias defensas del cristianismo. Benedicto XVI dice que es: «El más importante entre los padres apologistas del siglo segundo» (Enciclopedia católica). No apuro la cita.

[206] *Isaías*, 12, 3.

## CAPÍTULO IV
## DE VARIOS EFECTOS Y CELESTIALES BENEFICENCIAS QUE EXPERIMENTÓ EL MUNDO Y CON ESPECIALIDAD LOS BIENHECHORES DE LA SIERVA DE DIOS POR LA EFICACIA DE SUS ORACIONES Y LO ABRASADO DE SU CARIDAD

### I
### *De muchas conversiones de pecadores que hizo Dios por los ruegos y clamores de esta esclarecida virgen*

Era la sed de la salvación de las almas tan ardiente e insaciable en nuestra Catarina que no me parece exageración el compararla con la de los codiciosos y avarientos del mundo, que tienen por su condición y natural afecto el estar siempre con la boca abierta para beber y más beber, sin que se halle modo para hartarles y satisfacerles, por más oro y más plata que beban, porque el mismo conseguir y el mismo tener, el mismo atesorar y el mismo beber, les excita y causa más ardiente y abrasado ser, y les deja más irritado el apetito en tal grado que como notó con elegancia Claudiano[207], si todo el Tajo y todas las aguas de todos los demás ríos se convirtiesen en oro y plata, y la bebiese un codicioso avariento, ardería con más abrasante sed el fogoso infierno de su insaciable pasión. La llaga del amor a Dios y a sus criaturas, en que se abrasaba el corazón de esta esclarecida virgen, se ostentaba incurable, porque cuantas más y más almas Dios la daba para apagar su sed, o templar las ansias de la salvación del mundo, se encendía y crecía en el pecho de la sierva de Dios el cristiano apetito de que todos se salvasen y ninguno se condenase. No se pueden individuar[208] por innumerables los casos particulares que pasaron aún en el tiempo. Solo de uno de sus

[207] *Claudio Claudiano*: (370-405) poeta de la corte romana, en tiempos de Honorio, escribió sobre todo poemas de circunstancias destinados a glorificar a Estilicón y al emperador Honorio: panegíricos, epitalamios, odas a victorias militares, invectivas. El pasaje aludido pertenece a la obra de Claudinao *Contra Rufino.*

[208] *individuar*: «especificar algo, tratar de ello con particularidad y por menor» (DRAE).

confesores para apoyo de esta materia y verdad, porque como hemos escrito, la manifestaba la omnipotencia todo lo que sucedía en el universo, para que pidiese y padeciese por todas sus criaturas, y los confesores con la experiencia de la eficacia de sus oraciones, la encargaban las necesidades comunes y con especialidad las almas que hallaban irreducibles por todos los otros medios y caminos que les dictaba la humana prudencia y lo ardiente de su fogoso celo, y los mismos pecadores que se hallaban aprisionados con las cadenas de sus vicios, acudían a esta sierva de Dios, por sí o por terceras personas, como al último remedio de su mudanza de vida, de que dependía la esperanza de su salvación y como se veían todos remediados y con especialidad auxiliados de la gracia del Señor, comunicándose entre sí los fieles, se les pegaba y extendía esta piadosa devoción de recurrir a las oraciones de Catarina en todas sus tribulaciones y les valía porque desde la hora que comenzaba a pedir por los recomendados y necesitados del mundo se le hacían presentes espiritualmente de día y de noche y con especialidad en las horas de su recogimiento todas las almas por quienes exclamaba.

Estas se la representaban en varias y diversas formas o figuras, más o menos horrorosas, según la gravedad de sus culpas, la fealdad de sus vicios y la fuerza de la pasión que les tenía asidas y aprisionadas, como consta de lo que dejamos escrito en la historia y se confirmará con otros casos particulares en que la mostraba el Señor que todos estos símbolos de pecadores se iban mudando en más o menos feos, según los efectos que causaban en sus almas los auxilios de la gracia y cuando conservaban su monstruosidad, entendía Catarina que perseveraban en sus vicios y entonces batallaba más fuertemente con Dios, obligando a su Majestad con sus lágrimas y penitencias a darla una como satisfacción de no hacer lo que le pedía, diciéndole que sus criaturas ni querían corresponder a las divinas inspiraciones, que no cooperaban con su gracia, que no ponían los medios necesarios para salir de sus culpas y que estaban bien halladas[209] en sus vicios y enfermedades. No obstantes todas estas razones, volvía a instar la sierva de Dios, replicando a la inmensa clemencia de su Redentor: «No hay que tratar, Señor, de excusarlas que ellas se han de convertir, más puede vuestra omnipotencia que todas las rebeldías del universo, más vale vuestra preciosa sangre que el peso de los pecados de todo el mundo. Los hombres no saben lo que se hacen y vuestra infinita sabiduría sabe muy bien lo que ha de hacer para convertirlos». De estas

[209] *bien halladas*: contentas, satisfechas.

batallas y espirituales luchas nacía el mostrarla los muchos que convertía con su absoluto poder, algunas veces valiéndose de los rigores y arrojando a los pecadores en las parrillas de una cama de donde purificados con el fuego activo o violento de la enfermedad, se levantaban arrepentidos y enmendados. En otras ocasiones, sucedían a otros, fracasos prodigiosos con que abrían los ojos del alma y se reducían a vivir como cristianos ajustados y temerosos. En otros, se notaron desgracias en la pérdida de la hacienda y honra que, aunque parecían contingencias, sus efectos en la mudanza de vida de los atribulados nos daban fundamentos para discurrir, eran todos medios que escogía la divina providencia para salvar las almas de los que se veían en el mundo, caídos y humillados. Muchas más eran las conversiones de pecadores que hizo Dios en el mundo, usando de medios de benignidad y clemencia su infinita misericordia, herida de las voces y clamores de su sierva y se las mostraba el Señor para gloria de su omnipotencia y crédito de las virtudes de Catarina con jeroglíficos y misteriosas visiones, una de ellas fue la siguiente.

En una ocasión se le representaron los vicios capitales, que en formas de redes de varios colores y metales andaban por el mundo en manos de demonios y que con ellas prendían y aprisionaban muchas almas. Pidió Catarina a Dios con ardiente y caritativo celo que no lograsen lance los enemigos, y le respondió el Señor que para conseguir lo que deseaba era buen medio y remedio el que corriese ella con sus redes por las calles de la ciudad y por todas las tierras y aguas del universo mundo, y luego vio que salían de su corazón muchos amontonados hilos de varios colores, de que se iba formando diversidad de redes, unas que le parecían de plata, otras de oro, otras de acero, otras de alambres y cordeles y todas ellas tan fuertes que siguiendo con el veloz movimiento de su amor y caridad a las que iban echando los demonios, al encontrarse las unas con las otras, se rompían y desbarataban las de los vicios y se llenaban de peces o pecadores las que echaba y llevaba la sierva de Dios. Estas redes eran símbolos de sus virtudes, que son las redes más fuertes y provechosas. Con estas atrajo a sí el redentor del mundo tantas almas, como ponderó el apóstol escribiendo a los filipenses[210] donde dice, que vino el divino Verbo a redimir a los hombres, no vestido de majestad y poder, ni con representaciones de grandeza y autoridad, sino en humildad y obediencia, y tan revestido del incendio de su infinita caridad, que le movió esta a dar la vida en un afrentoso madero, porque viviésemos eternamente

[210] *Filipenses*, 2, 6-8.

los que éramos dignos de una eterna muerte. Este oficio de convertir hombres y ganar almas por medio del ejercicio de las virtudes pueden conseguirle por imitación todos los fieles, que es muy propio de los varones apostólicos y fue una de las divisas y blasones de los apóstoles, como se vio en san Pablo, a quien electo apóstol del Señor, explica la causa el sagrado texto que fue una universal paciencia[211], y lo confirmó el mismo grande predicador hablando con los de Corinto[212], donde haciendo reseña y resumen de sus trabajos nos dejó escritos los motivos de sus gloriosos empleos. Estas redes eran las que extendieron por la tierra y mar del mundo, los demás apóstoles para pescar hombres juntando con su predicación la paciencia y el oloroso ejemplo de sus admirables virtudes y a su imitación la sierva del Señor, omitiendo el oficio de predicadora que no es muy propio del femenino sexo, extendía las redes de sus virtudes por toda la redondez de la tierra y acompañadas de su sumo padecer, lágrimas y gemidos, la manifestaba Dios lo que podían sus ruegos, en su venerable y sacrosanto acatamiento, porque con las redes que se la representaban como de alambres, mimbres o cordeles, la parecía que cazaba aves en que se figuraban las almas, que habían de subir o volar por el camino de la perfección, a las cuales tenía el demonio enredadas e impedidas con tibiezas, escrúpulos, temores y espantos, y a la eficacia de los ruegos de esta caritativa virgen se desenredaban de las prisiones que las detenían y no dejaban caminar por las sendas de las virtudes que ansiosamente deseaban. En las que se representaban de plata y oro veía que caían almas que se hacían del amor de Dios de su santo temor y de un intenso dolor de sus culpas. En las redes que se formaban a su vista como de materia de hierro o bronce que se pueden comparar a las otras de que se hace mención en el Éxodo, advertía que se enjaulaban los que merecen el nombre de brutos y bestias fieras entre los hombres, para que permaneciesen dentro del gremio de la Iglesia católica, sujetos a su Dios y a su santa ley.

Por estos efectos y motivos pudiéramos dar a nuestra Catarina el renombre y exceso timbre[213] de pescadora de almas, no porque se la atribuyese el levantamiento a la mayor cumbre de las dignidades, que fue la apostólica, porque esta encierra en sí otras muchas prerrogativas y excelencias, sino por las muchas almas que ganó para Dios con sus

[211] *Romanos*, 9, 22.
[212] Ver *2 Corintios*, 6, 2-10.
[213] *timbre*: blasón, acción gloriosa.

oraciones, clamores, y caridad paciente. Démosla el nombre de cazadora, por los muchos hombres y pecadores que se salvaron en las redes de sus virtudes, pues queriendo Dios valerse de este instrumento, la manifestaba con luz superior y ciencia del cielo, no solo las necesidades públicas sino también las ocultas de todo el mundo para remediarlas por la intercesión de su sierva que se ofrecía por instantes a morir mil veces porque no se perdiese una sola alma, sacrificaba a todo género de martirios porque no padeciesen las demás criaturas, se exponía a sustentar las batallas y pelear las guerras de todos los vivientes con la gracia y auxilios del cielo, porque ellos viviesen y muriesen en verdadera paz y quietud de sus conciencias. Este oficio y ejercicio de ayudar a los predicadores y varones apostólicos, al argumento y perfección de la cristiandad, es muy decente y propio de las vírgenes cuerdas y recogidas, opuestas en todo a las doncellas locas o necias. Expliquemos esto con lo que aconteció a la virgen Efigenia[214], cuando navegando los griegos a Troya, se la ofrecieron a la diosa Diana y habiendo rehusado la diosa el sacrificio, le conmutó y se contentó con que se la ofreciese una cierva y que Efigenia se conservase en el templo con el oficio de cazadora suya. Andaba esta virgen después a caza, no de fieras sino de hombres que sacrificaba a su diosa. En esta narración y leyenda exclama el Nacianceno ¿qué utilidad resultó de esta subrogación[215] y conmutación de una sierva por una virgen? ¿Qué bien se siguió de librar a Efigenia de la muerte para que pasase a ser ruina y matadora de hombres? ¿Que por la humanidad y piedad que se usó con ella se amaestrase a ser inhumana e inclemente? No era esta virgen de las que seguían al inocente cordero, que murió para dar vidas, a cuya imitación Catarina padecía porque no padeciese el mundo, deseaba morir porque viviésemos, se sacrificaba por instantes a los martirios porque tuviésemos vida y consuelo. Con menos palabras explicaba la sierva de Dios a sus confesores el estado de su conciencia y la grandeza de su caridad, diciéndoles: «Me parece que ando en el mundo como sierva sedienta de la salvación de las almas, herida del arpón del divino Amor».

[214] *Efigenia*: hija de Agamenón y Clitemesta; fue pedida en sacrificio a Agamenón, para seguir la navegación a Troya. Artemisa la sustituyó, según versiones del mito, por una cierva.

[215] *subrogar*: «sustituir o poner a alguien o algo en lugar de otra persona o cosa» (DRAE).

## II

### *De algunos casos particulares que confirman las muchas almas que convertía Dios por la intercesión y sumo padecer de su sierva*

De toda la historia se pueden entresacar multiplicados y raros casos que prueban el asunto de todo este capítulo y me ha parecido expresar en este parágrafo algunos. Las manifestó muchas veces el Señor algunos de sus predicadores y varones apostólicos, enfermos en el espíritu o en el cuerpo, con el símbolo de pájaros cantores, como de cenzontles[216], silgueros[217] o ruiseñores, conformándose la eterna sabiduría con los lustrosos talentos que les había liberalmente concedido y aun significado las tierras y los sujetos de quienes hablaba a su sierva, con la diversidad de estas plausibles y estimadas aves. Una de estas, a quien conocía mucho Catarina y por quien había padecido mucho más por levantar del basurero de sus enfermedades o de sus defectos, se la representó en otra ciudad muy distante, donde al presente vivía como descaminada y apeligrada de despeñarse entre barrancas horribles y espantosas, caminando siempre hacia el poniente, que en frase o inteligencia de la sierva del Señor era lo mismo que verle entre riesgos y peligros de precipitarse al infernal abismo. Un día que clamoreaba tierna y compasiva a la divina misericordia por esta alma se la volvió a representar el dicho pájaro cantor, como que estaba con suave voz y eficaz energía, deleitando y entreteniendo desde una rama seca y sin fruto, a un numeroso concurso que llenaba un capaz y hermoso templo e individuando todas las circunstancias de una solemne fiesta puso al confesor que la oía en cuenta de conciencia en el conocimiento de la iglesia y aun de quien era el predicador simbolizado en la cantora ave, a la cual vio que por incauta o desvanecida entre el común aplauso, se dejó caer en el suelo como desmayada o muerta y que alborotándose con su repentina caída, muchos de los que componían el grave auditorio acudieron asustados a socorrerla. Y cogiéndola en sus manos la pusieron sobre una mesa que

[216] *cenzontle*: «pájaro americano de plumaje pardo y con las extremidades de las alas y de la cola, el pecho y el vientre blancos. Su canto es muy variado y melodioso» (DRAE).

[217] *silgueros*: «pájaro muy común en España, tiene el pico cónico y delgado, plumaje pardo por el lomo, blanco con una mancha roja en la cara y otra negra en lo alto de la cabeza. Es uno de los pájaros más llamativos de Europa. Se domestica fácilmente, canta bien y puede cruzarse con el canario» (DRAE).

estaba enfrente del púlpito, donde no reconocían señales de váguido[218] ni desmayo, sino accidentes y circunstancias de una fatal desgracia en una terrible muerte. Entre el asustado y bullicioso gentío se halló el espíritu de Catarina oyendo el sentir común de que el pájaro cantor se había caído de repente muerto y que se dejaba ver sobre una mesa como difunto. Preguntó al Señor la significación de esta misteriosa visión y aunque entonces no la respondió la eterna sabiduría otra cosa que el decirla: «Tu confesor lo entenderá». Pocos días después le dio esta inteligencia que en el ave cantora se simbolizaba el predicador, por la caída la enfermedad, por la muerte su gravedad y por el alboroto del concurso la publicidad del achaque. Con esta inteligencia se encendió más la ardiente llama de la caridad de esta esclarecida virgen y continuó con más abrasado y porfiado tesón las oraciones por el sujeto simbolizado en el pájaro cantor hasta que movida la inmensa clemencia de Dios, de los ruegos y lágrimas de su querida Esposa la llevó en espíritu al lugar donde había visto a su ahijado difunto y le dijo o mandó que le levantase, obedeció y se halló con la avecilla en sus manos viva, aunque como enfermiza y convaleciente, y la sierva de Dios la dio libertad y echó a volar diciéndola:

> El Señor te tenga de su mano y dé perseverancia, que sin esta la salud y la vida no prometen ni pueden prometer seguridades en la tierra donde vivimos y donde nos enseña la fe que solo el que perseverare hasta el fin en las buenas obras llegará al puerto de la bienaventuranza que es el término dichoso a que debemos aspirar los mortales.

Andaba cierto personaje deseoso de encontrarse con una santa Teresa en el mundo, por cuya intercesión le hiciese Dios justo y librase de una habitual tibieza con que le parecía estaba aprisionada su alma y el Señor respondiendo a su aflicción y cuidado, le trajo a un trato familiar, no de una santa, que estos son ciudadanos de la gloria, sino de esta su sierva que le ayudó a subir a gran altura de perfección por un camino tan áspero como meritorio. Con las noticias que le dieron de las virtudes de Catarina procuró introducirse y rogarle le encomendase a Dios porque tenía mucha necesidad. Le respondió la sierva de Dios que así lo haría, aunque mala e indigna de ponerse en la divina presencia, y luego que comenzó a pedir por el que se la había significado necesitado, se

[218] *váguido*: vahído, desmayo.

le dejó ver el Señor con semblante serio y justiciero, comunicándola juntamente un conocimiento de riesgo o peligro que tenía su ahijado de apartarse de su Dios, se afligió sobremanera la caritativa virgen y encontrándose con la persona por quien rogaba, le dijo: «Señor, el supremo juez parece que está más con semblante de justicia que de misericordia, vuestra Majestad vea si le tiene ofendido y procure desenojarle». Causaron turbación estas palabras en el corazón del que deseaba mayor perfección, y asustado y temeroso, dijo a Catarina:

> Yo, al presente no tengo cosa que lastime con gravedad mi conciencia, pero puede haber alguna oculta malicia que desazone e irrite a la divina justicia; pida Catarina a Dios que me dé conocimiento de mis defectos, que no rehusó el confesarlos ni el arrepentirme de ellos.

Templó y aun sosegó la tribulación del afligido pretendiente de mayor perfección la sierva de Dios con pocas palabras, diciéndole: «No se aflija vuestra Majestad, que si al presente no hay inquietud de conciencia, la habrá en el tiempo de la tribulación y se verá en riesgos y peligros de ofender a nuestro redentor». Como lo dijo Catarina, lo experimentó el que deseaba salvarse, porque levantándose una borrascosa tormenta pertrechada con todos los tres enemigos del alma en su corazón, se veía por instantes en peligro de anegarse y sumergirse en el alterado mar de la tentación, que como huracán deshecho combatía soberbia a esta tentada alma, y la obligaba a recurrir a Catarina y decirle: «¿Qué haré para salvarme?». Y ella le respondía:

> Batallar, hija, clamando al cielo misericordia, me decían a mí los confesores cuando me veían en semejantes aprietos, porque con las batallas se consiguen las victorias y se merecen las coronas. Vuestra Majestad busque padre espiritual que le aliente y ayude en estas tribulaciones que bien le han menester y no me dé a mí noticia del interior de su conciencia, pues sobre ser mujer soy ignorante y una bestezuela que nada entiende, vale, ni puede.

Había mantenido muchas veces la sierva de Dios semejantes guerras y como experimentada sabía muy bien el riesgo y la tribulación en que se consideran las almas cuando se ven combatidas y en campaña con enemigos tan fuertes, como los son el mundo, demonio y carne, y por este motivo cogió muy a pecho el ayudar a este personaje con oraciones y buenas obras, propias y ajenas ofreciendo sus comuniones, penitencias

y amarguras por la perseverancia de su ahijado en la virtud, pedía oraciones a los justos para cierta necesidad, obligaba a los santos con velas encendidas en sus altares y esforzaba con especialidad en esta ocasión sus clamores con la invocación de la Santísima Virgen y de su patrón y maestro san Ignacio que la consolaron y animaron en la siguiente visión.

Se le representó la soberana reina de los ángeles en pie al lado de su santísimo hijo y al otro lado de nuestro padre san Ignacio, arrodillado y con las manos puestas como quienes pedían fuese oída Catarina, que arrojada a los pies del Señor como otra Magdalena, imploraba el poder de la gracia y los auxilios de la divina misericordia para la contrita[219] y atribulada alma. Perseveró a su vista esta visión por muchos días, aun por las calles la acompañaba y con tanta mayor viveza cuanto en las ocasiones se enfurecía la tribulación en el corazón del tentado. ¿Qué sabe, dice el Espíritu Santo, quien no ha sido combatido de tribulaciones?[220] Como si nos dijera: no se ha de quejar un hombre por verse tentado, eso no le ha de inquietar ni causar pena alguna, lo que le había de ocasionar disgusto era el verse vencido, porque la tentación solicita lauros[221] al que no se postra y rinde a sus tiranías. La sierva del Señor no rogaba que cesase la tentación, sino que el mantenedor no cayese y fuese vencido y a estas sus tiernas voces y caritativos ruegos le respondió el supremo juez un día con estas palabras: «¿Catarina, no es razón que pague quién debe?». Como si la dijera, en el entender de la sierva de Dios ¿quien ha vivido en tibieza, no es razón que permita yo que caiga? «No, Señor», dijo con alentada voz y humilde corazón la caritativa virgen, «cuando el deudor tiene abonado fiador que satisface su deuda en la preciosísima sangre de su redentor, tienen una superabundante satisfacción los defectos de esta criatura contrita[222] y arrepentida, y si gustas de otra humana cooperación, yo me ofrezco a todos los martirios y tormentos de un temporal infierno, porque ni él ni yo te disgustemos con la más mínima culpa». Aprendió estas finezas de caridad Catarina de la vida de su amado Jesús, que murió para satisfacer a la divina justicia por los pecadores del mundo, y con esta caritativa oferta comenzó a ver al Señor en la

[219] *contrita*: «que siente en el sacramento de la penitencia, dolor y pesar de haber pecado ofendiendo a Dios» (DRAE).

[220] Cita a *Eclesiástico*, 34, 9.

[221] *lauros*: «gloria, alabanza, triunfo» (DRAE).

[222] *contrita*: «que siente contrición [arrepentimiento de una culpa cometida» (DRAE).

insinuada visión con rostro de amorosa benignidad y clemencia, y con la mudanza de este soberano objeto representado en su entender se halló tan cargada de cruces, compuestas de dolores, congojas y apreturas de corazón, que vivía y andaba entre las demás criaturas como desatinada, pero su entendimiento tan ilustrado y tan inflamada su voluntad, que al paso que la naturaleza se hallaba con lo sumo del padecer turbada, se reconocía el alma libre y fervorosa para perseverar constante y con varonil tesón en las peticiones y oraciones con que asistía y ayudaba, al que se había valido de su intercesión. Consiguió, según parece, prodigiosas misericordias en esta espiritual lucha de la benigna liberalidad del Todopoderoso, que correspondía a las lágrimas y gemidos de su sierva, con manifestarla repetidas veces el buen ser de esta alma atribulada y como se conservaba en su gracia a pesar de los contratiempos violentos con que la combatían los enemigos. En una ocasión y al tiempo de una batalla en que se halló ya sin fuerzas este soldado de Jesucristo para consuelo de Catarina, oyó ésta la voz suave de la princesa de la gloria[223], que la dijo: «Yo le defenderé con el poder de mi Santísimo Hijo», y al mismo tiempo se la representó el alma afligida, hincada de rodillas a los pies de la soberana Señora, como quien estaba debajo de su patrocinio. Otro día se la dejó ver el humanado Verbo cerca del atribulado, como quien tenía su poderosa mano sobre la cabeza del que vivía afligido y hablando con la sierva de Dios, dijo: «¿No estás contenta, Catarina, cuando ves a tu ahijado debajo de mi protección? Si está conmigo y yo con él, ¿quién contra él?».

Todas estas visiones y locuciones se le franquearon al perseguido y tentado para más animarle porque habiendo tomado el consejo de la sierva de Dios escogió por confesor al mismo que gobernaba entonces el espíritu de Catarina y con su licencia y mandato no se negó la esclarecida virgen a las repetidas visitas que la hacía el atribulado ni al darle las celestiales noticias que la parecían convenientes, haciendo en la realidad oficio de maestra en lo humano porque si le reconocía tímido y desmayado, le animaba y daba en rostro con su cobardía, cuando le consideraba victorioso le humillaba trayéndole a la memoria la arriesgada inconstancia de nuestra flaca naturaleza. Pues solo Cristo en el campo de su inocencia y santidad pudo desafiar a todos los enemigos que, como envidiosos émulos cavilosamente censuraban su vida y maliciosamente fiscalizaban sus acciones. Le dio en una ocasión un silicio

[223] Princesa de la Gloria hace referencia a la Virgen María.

para que se lo pusiese, le recibió con agradecimiento pero no se lo puso o por dejamiento o por olvido, y volviendo a ver a la sierva de Dios, le dijo esta: «Señor mío, vuélvame el silicio, pues no le sirve». Prometió ponérsele, y Catarina añadió: «No le tenga vuestra merced miedo, porque en esas batallas se vence a Dios rogando y con el mazo dando». Otro día recurrió a la sierva del Señor muy afligido, pareciéndole que en estas sangrientas y repetidas lides[224] y batallas había quedado gravemente herida su alma, y ella, aun antes de manifestársela el fundamento de la aflicción, le dijo: «No haga caso vuestra merced de esas heridas porque como no son mortales. Es como no recibirlas, antes sí ocasionan mayor gloria por el humilde arrepentimiento y conocimiento de nuestra flaqueza». Con estas palabras de Catarina recibió grande consuelo y cobró nuevos alientos, si bien no por esto dejó de buscar la seguridad en el sacramento de la penitencia. Atestiguaba finalmente esta alma atribulada que al tiempo de las más furiosas batallas se le representaba la sierva de Dios y que le asistía espiritualmente con consejos, avisos e inspiraciones como si fuera ángel, animándole para las peleas, confortándole en las luchas, exhortándole a la constancia en la resistencia y, tal vez[225] apartando con voz superior y de imperio a los demonios que, haciéndosele visibles para más atemorizarle, se le representaban como quienes encendían y soplaban el fuego de la tentación. Estas victorias dio el cielo a este personaje por las oraciones de Catarina que oyó en una y otra ocasión músicas celestiales con que las celebraban los cortesanos del empíreo. He puesto este caso con alguna mayor extensión porque aún viven dos testigos: el confesor y el que se halló en campaña con sus enemigos y experimentó el poderoso auxilio de las oraciones de esta caritativa virgen, a quien estimó mucho en vida y hoy reconoce el bien que le vino por sus ruegos y fervorosos clamores. Y no hay para qué admirarnos de que pudiese tanto con Dios la oración de su sierva porque nacía de una abrasada caridad e iba acompañada de porfiada perseverancia.

Vivía cierto religioso en otra ciudad distante trecientas leguas de la Puebla de los Ángeles, donde asistía Catarina, y llegando a él las noticias de cuán favorecida de Dios era esta esclarecida virgen, procuró y consiguió venirse a vivir donde estaba la sierva de Dios, para tener ocasión de rogarla le encomendase a Dios y se le quitase o templase unos rabiosos escrúpulos o temores de su salvación que le tenían en un continuado

[224] *lid*: «combate o pelea» (DRAE).
[225] *tal vez*: alguna vez.

martirio de oscuridades y desamparos. Pidió Catarina compadecida de esta aflicción, muchas veces al Señor y a la Santísima Virgen el consuelo de esta alma atribulada y muchas más la instaba ella, deseando al parecer que la sierva del Señor le asegurase con alguna sobrenatural ilustración, y lo experimentó, porque corrigiendo la ilustrada virgen su desordenado afecto e impertinente curiosidad, le dijo:

> Invoqué un día de estos a la princesa de los cielos y le rogué, fuese medianera e intercesora con su santísimo hijo para el negocio que me tiene encomendado y la respuesta parece que fue el representárseme vuestra reverencia delante de la soberana reina arrodillado y puestas las manos como quien la pedía luz para asegurarse en la turbación de sus temores y reparé que la Señora no hizo ademán alguno, bueno ni malo, como quien no respondía ni quería responder a lo que se la preguntaba. Yo soy bestia, no entiendo nada, consúltelo vuestra reverencia con su confesor y lo que yo juzgo que le conviene es ser devoto de la Santísima Virgen, obrar bien y no querer saber otra cosa.

Lo cierto es lo que dice David a cerca de esta materia, y es que Dios responde más presto a las obras que a las palabras solas, porque si un hombre le llama solo con la lengua, no le responderá ni hará caso de sus palabras sin obras, pero si yendo un hombre por el camino de la virtud, le llama con las manos y le hace señas con las buenas obras, luego le responderá, porque hace mucho caso de las obras y a esas atiende y no a solas palabras. Leí a este propósito una cosa curiosa, con que parece que se explica la visión de la sierva del Señor. El Verbo eterno, que es el que pide la cuenta y el que nos llama a juicio, se llama «espejo sin mancha e imagen de la bondad del Padre eterno»[226], si nos llegáramos a él para que nos representase la imaginación o imagen que deseamos, poco importará que le hablásemos, que obrásemos sí, porque para con este soberano espejo, obras son amores que valen y pueden, y las palabras solas poco importan, así como cuando se acerca un hombre a un material y cristalino espejo, si mueve las manos o el cuerpo también las mueve y le mueve la imagen que se representa en ese espejo; pero si no se mueve, sino que solamente habla, no habla ni corresponde con voces ni palabras la imagen que está en el espejo, y así, como para con Dios, las obras son las que satisfacen en su sacrosanto tribunal, mejor y

[226] *Sabiduría*, 7, 26.

más fácilmente responde a lo que se le pide con las manos que con la lengua sola. Este buen religioso pedía con palabras y deseos curiosos e impertinentes y por eso mereció que por boca de Catarina le diese el cielo un desengaño. La sierva del Señor pedía con palabras y obras, y así mereció que Dios la manifestase otras verdades que no comunicó al atribulado, porque permaneciese y se asegurase en el santo temor de Dios, pero sí se las dijo al confesor para que se las dijese como noticias humanas fundadas en los principios de nuestra santa fe y una de ellas fue el que le asegurasen que tenía la paz que había dejado el Señor a sus discípulos. A esta alma vio muchas veces con resplandores de gracia y de gloria, antes y después de su muerte, que piadosamente podemos creer, serían señales de su predestinación.

## III

### *Prosigue la misma materia y de varios símbolos con que mostró Dios lo mucho que debe el mundo a la ardiente caridad de su sierva*

Por instantes y multiplicados caminos quiso, según parece, manifestar la omnipotencia lo mucho que debían sus criaturas a la intercesión y encendida caridad de esta alma escogida a quien comunicó el don de clamorear y padecer por los hijos de los hombres sin otro interés y fin que el que fuese Dios alabado y glorificado en los cielos y en la tierra por su inmensa bondad y misericordia infinita. Para certificarnos de esta verdad discurro yo con toda la probabilidad que cabe en el humano juicio, que la suma sapiencia del Altísimo dispuso se supiesen muchos de los maravillosos efectos que obraba su divino poder en bien del Universo, por las oraciones de esta su sierva y que se publicasen tantos y tan varios y misteriosos símbolos y jeroglíficos con que la hablaba y en que se significa y explica más de lo que podían tocar nuestras manos y experimentar nuestros ojos. Entre otras muchas figuras y formas que manifiestan esta verdad fue la de una corona de refulgente y finísimo oro que se le puso a la vista en la víspera del Corpus del año de 1681, tan gruesa que los brazos de dos ni tres hombres pudieran abarcarla, tan alta que se la representaba como de una o dos varas y su circunferencia tan desmedida que la pareció mayor que toda la ciudad de la Puebla de los Ángeles. A un lado de esta misteriosa corona vio a la soberana princesa de los cielos que presidía en una espléndida y suntuosa mesa, asistida de innumerables ángeles y cortesanos de la gloria, vestidos todos de boda y

fiesta, y aunque se la representaban los unos y los otros con velos en los rostros, el conjunto de la visión formaba un objeto tan soberanamente hermoso que arrebató los sentidos y potencias de la ilustrada virgen y la conservó elevada y suspensa a la vista de tan singular y rara belleza, por el espacio de una hora y a este tiempo se acercó a ella la soberana reina de los ángeles y como advirtiéndola que eran muy pocos los convidados para tan ostentativo banquete, la dijo: «Convida, hija, convida». Entendió la sierva del Señor que este convite se había de gozar después de la muerte y a la voz de la Santísima Virgen comenzó a convidar para este místico banquete a sus confesores y a todos sus bienhechores, a los pobres y a los ricos, a los caminantes y navegantes, a los que estaban en pecado mortal y a las benditas ánimas del purgatorio. Todo el resto de su vida gastó la sierva de Dios en llamar con continuos clamores a las criaturas para que lograse estas espléndidas y regaladísimas bodas y al convidarlas veía cómo se libraban los unos de los riesgos y peligros de la vida, otros del cautiverio de sus culpas y las benditas ánimas de las terribles penas de su temporal infierno, acercándose todos estos necesitados y convidados a la deliciosa mesa, donde se servían abundantes y regalados platos de gusto, con los realces del inefable esplendor de la gloria, con que se sustentaban y vestían los lucidos y nobles personajes que convidaba Catarina con tal acierto y felicidad que se la representaban todos en el ostentativo convite con aquellos grados de gloria que les esperaba al salir purificados de esta vida, y al hallarse con todos los requisitos necesarios para coger asiento en el eterno y delicioso banquete. Por la mesa del convite entendió la sierva del Señor el cielo por la corona, la gloria y por el ser de oro la firmeza e inmutabilidad de la palabra de Dios.

Sobre esta misma visión una alma contemplativa del número de los convidados por boca de Catarina, y que será de los que hallarán asiento en el ya insinuado banquete, si le coge la muerte con vestido de boda y no con ropas asquerosas e indecentes a vista de los demás lucientes y lucidos convidados, que es lo que le sucedió a aquel desatento y mal mirado de quien refiere san Mateo, que atrevido se entró con un vestido roto en la real y majestuosa sala de otro espléndido convite, al cual dijo Cristo: «Amigo, ¿cómo te atreviste a entrar aquí, no teniendo vestido de boda?»[227]. No halló qué responder a esta pregunta y el rey airado de

[227] *Mateo*, 22, 12.

tanto desacato mandó a los ministros de su justicia que le arrojasen a las tinieblas, donde eternamente pagase la pena de su atrevimiento. A la dicha alma contemplativa y a mi entender virtuosa, se la representó el magnífico y real convite para que convidara Catarina y al mismo tiempo le mostraron muchos ángeles que estaban juntos, y como separados en el cielo, que no servían de nuncios[228], ni mensajeros del creador para con sus criaturas, sino ocupados todos en el ministerio del convite de la sierva de Dios, encargándose de todas aquellas personas que ella convidaba y llamaba a la dicha y felicidad del festivo y abundante banquete, y eran tantos los llamados y convidados, que con ser tan numerosos los coros de los celestiales paraninfos que se podían explicar por racimos y por millares de ángeles aún le parecían pocos para la muchedumbre de almas a quienes se iban señalando lugares y asientos en el eterno e inefable convite de la gloria. No le parezca al piadoso lector increíble esta visión por tanta multitud de los angélicos espíritus que supone determinados por la voluntad de Dios para llevar al cielo las criaturas por quienes pedía y padecía nuestra Catarina, pues nos consta que en la muerte de aquel pobre mendigo Lázaro[229], que yacía a los umbrales de un rico avariento, sucedió que al pasar de esta vida a la otra le llevaron en sus hombros muchos coros de ángeles que ambiciosamente religiosos bajaron de las empíreas salas a llevar su alma, más brillante en

[228] *nuncio*: «encargado de llevar aviso, noticia o encargo de una persona a otra, enviado a esta para tal efecto» (DRAE).

[229] Ver *Lucas*, 16, 22 para el pobre Lázaro llevado por ángeles al seno de Abraham. «En el seno de Abraham esperan los justos a que Cristo culmine la obra de la Redención para pasar a gozar de la presencia de Dios, imposible desde el pecado original por no haber nadie digno de pagar la deuda incurrida. El seno de Abraham se menciona en *Lucas*, 16, 22-23, como el lugar donde va después de su muerte el pobre Lázaro: "Factum est autem ut moreretur mendicus, et portaretur ab angelis in sinum Abrahae [...] cum esset in tormentis [el rico], vidit Abraham a longe, et Lazarum in sinu eius". Juan de Maldonado recoge las opiniones de varios padres y escritores sobre est lugar en Comentarios a los evangelios de san Marcos y san Lucas, 696-98. […] el Catecismo Romano, que distingue tres clases de infierno, el de los condenados eternamente, el purgatorio y el seno de Abraham: "Tertium postremo receptaculi genus est, in quo animae sanctorum Christi Domini adventum excipiebantur, ibique sine ullo doloris sensu beata redemptionis spe sustentati, quieta habitatione fruebantur. Horum igitur piorum animas, quae in sinu Abrahae Salvatorem expectabant, Christus Dominus ad inferos descendens liberavit". También en J. Lloret: "Sinus Abrahae, in quo erat Lazarus [...] significat futuram requiem [...] quia collocatus est cum filiis Abrahae, qui pater multarum gentium est a Deo constitutus", *Silva*, 933» (Arellano, 2011, *s. v.*).

los candores que el cuerpo ocasionaba ascos en las hediondeces al seno del piadoso padre[230], que aun muerto era misericordioso albergue de los que la Providencia divina depositaba, hasta que con la llave de su cruz el soberano redentor abriese las puertas del cielo, que hicieron nuestras culpas de bronce y diamantes sobre el cual hecho y en esta insinuada historia de Lázaro, dice san Juan Crisóstomo que vinieron millares de ángeles, más o menos, porque no era suficiente un ángel para llevar aquel rico tesoro a las moradas celestes; palabras harto dificultosas para los teólogos y estudiantes en materia de ángeles que enseñan y saben que uno solo es no solamente poderoso para llevar un pobre al Señor de Abraham, pero que si Dios aflojara la rienda de su permisión, dejándole libre el uso y ejercicio de su potencia, podría un solo ángel trastornar todo este mundo entero. No obstante esta dificultad no podemos negar que envió Dios muchos celestiales espíritus por el alma del pobre Lázaro, y debemos interpretar y entender el sentir de san Crisóstomo, que no hablaba de lo preciso, porque hablando de lo forzoso (si le pudiera haber) medio ángel bastara para llevar al mendigo más laureado y al pobre más opulento, más para satisfacer Dios a la gloria de su pecho y mostrar cuán grande es en sus acciones lo excelso de su brazo y lo hidalgo de su condición soberana, para ostentar y dar a entender al mundo el rico tesoro de virtudes que tenía depositadas su omnipotencia en el alma del mendigo Lázaro, no reparó en que se descolgase de las eternas moradas, millares de ángeles, más o menos. Y si para llevar al cielo a un pobre justo despachó la omnipotencia muchos ángeles, creíble se hace, señalase muchos más para asegurar la salvación de las innumerables almas que convidaba nuestra Catarina, entre las cuales había muchos pecadores y ricos, cuya entrada en el cielo es más difícil y ha menester mayores asistencias angélicas, que la salvación de los pobres.

Esta misma alma de quien he hablado en el número antecedente y para mí virtuosa, oyendo a uno de los confesores de la ilustrada virgen Catarina de San Juan ponderar su profunda humildad en las palabras repetidas con que respondía a los que la rogaban pidiese a Dios por ellos («Pobre de mí, ¿qué puedo hacer yo, ni qué han de valer mis oraciones, una ala de mosca que puede tapar ni defender?») dijo:

> Yo me hallé un día en representación (causada del bueno o mal espíritu) con esa ejemplar mujer. Me pareció que íbamos volando, no sé hacia dónde, pero sí advertí que las alas con que ella volaba, eran grandísimas y

[230] *piadoso padre*: como ya se ha anotado, es Abraham.

de bizarra[231] plumería y las mías tan pequeñas que parecían alancillas[232] de palomitos recién nacidos. Quizás quiso dar a entender el Señor que al paso que se humillaba Catarina delante de los hombres, la ensalzaba el divino poder con la representación de la grandeza de sus alas para la defensa del mundo, y para que se supiese lo mucho que obraba su infinita misericordia en bien del Universo a la sombra de los méritos y virtudes de esta su sierva.

Otro día, continuando su narración esta misma persona, dijo que estando considerando y ponderando lo encumbrado de la perfección en que estaría el alma de Catarina, oyó una voz que le dijo: «Sobre el monte Líbano». Caréese esta voz y la antecedente visión con las que tengo referidas en el número 339 del segundo libro y se reconocerá cuán uniforme es el buen espíritu de sus locuciones. Por el mes de junio de 1679 se halló en espíritu o imaginaria representación la insinuada alma en la falda de este mismo monte en que se simboliza lo más empinado de la perfección, y advirtiendo que andaban varios espíritus ansiosamente anhelando a subir por distintas sendas a su alta cumbre, preguntó no sé con qué impulso por nuestra Catarina y se repitió la primera voz que como respondiéndole, dijo: «Está en la cima del monte, sube y la verás», y con la fuerza de estas palabras fue arrebatado su espíritu o su fantástica imaginación a la empinada altura de donde descubrieron sus ojos a la sierva de Dios, entre nubes blancas y resplandecientes, tan apiñadas y amontonadas que formaban a la vista un golfo de amables resplandores en la cumbre de otro más alto monte, no pelado y de ásperas serranías, como el Líbano, sino vestido de una alegre y deliciosa amenidad y poblado de agigantadas y frondosas arboledas, que convidaban con su apetecible sombra a los mortales, para el descanso y alivio de los afanes y trabajos que estaban anexos a la feliz subida de tan eminente altura. Bien podemos bautizar a este monte por las señas con el nombre de Olimpo, pues así nos le describen y pintan los poetas, y como dice Ravisio[233] es tan alto que traspasa las nubes y por eso, ni las lluvias ni los vientos ni otros semejantes contratiempos pueden causar en él mudanza, porque su encumbrada eminencia, le exime de las inclemencias del cielo, de la

[231] *bizarro*: «generoso, lucido, espléndido» (DRAE).

[232] *alancillas*: hace alusión a unas alas pequeñas.

[233] *Ravisio*: Jean Tixier de Ravisy a veces se le nombró Ravisio Textor (1480-1524) fue un humanista francés. Recogió numerosos motivos y tópico en su obra *Officinae*, muy manejada por muchos escritores para sacar ejemplos y casos curiosos, o noticias como esta referida al Olimpo.

sucesión de los tiempos, del soplo de los aires, del frio de las nieves y de las humedades de las aguas y quizás fue éste el motivo y razón, porque los antiguos llamaron al cielo Olimpo, considerando su temperamento estable, fijo y permanente en una amenidad resplandeciente por la cercanía a los celestiales astros. En este paraje se la representó a la persona de quien voy hablando la sierva del Señor y entendió que la tenía Dios en tanta altura de perfección que estaba como a la puerta de la gloria, representada en la hermosura del golfo de nubes blancas, donde no hacía ya otra cosa que enviar las almas al cielo y encaminarlas por las escalas de sus virtudes y merecimientos de nuestro redentor. Con esta inteligencia se alegró su espíritu, y cuando menos pensaba le volvieron a poner (no sé si los buenos ángeles) en la falda del monte Líbano en camino de barrancas, interrumpido con socavones oscuros, lagunachos y salobres esteros[234], que era la senda por donde se había de llegar al campo alegre de la perfección, en que había visto a la esclarecida virgen Catarina de San Juan.

El día siguiente se le refrescó la memoria de la antecedente y amena visión, y entre ardientes y fervorosos deseos de imitar a la sierva de Dios, percibió otras muchas inteligencias que parecieron de Dios por ir ordenadas a su propia humillación a la honra y gloria del divino poder y al crédito de la virtud de esta criatura escogida y prodigiosa en su nacimiento, vida y muerte, y una de ellas fue el entender las innumerables almas que entraban en el cielo por la intercesión y caritativas oraciones de Catarina, sublimada por la gracia y misericordia del Señor, en grado de perfección tan eminente que se hallaba sola de las criaturas y mucho más sola para el demonio, que no se atrevía ya a tentarla a lo descubierto ni a ponerse en su presencia ni la dañaban sus traidoras y disimuladas sugestiones por la santidad a que la había subido la omnipotencia y por la divina protección con que vivía auxiliada y defendida. Parece que se pudo simbolizar esta prodigiosa mujer en la otra del Apocalipsis[235] que, a pesar de las asechanzas del dragón, parió un hijo varón o espíritu fuerte en las almas particulares que ella engendró espiritualmente y que fue levantado al trono del Altísimo para quien y por quien las engendraba y criaba, retirándose ella con las dos alas de águila que la pusieron y de que

[234] *esteros*: «terreno bajo pantanoso, intransitable, que suele llenarse de agua por la lluvia o por la filtración de un río o laguna cercana, y que abunda en plantas acuáticas» (DRAE).

[235] *Apocalipsis*, 12.

hemos hecho mención en esta historia a un lugar tan alto y misterioso que pudo llamarse soledad y desierto, de donde aterraba con la virtud que había depositado en ella el Todopoderoso a la infernal serpiente y donde era alimentada de la presencia del divino ser Trino y Uno que se la comunicaba de varios modos.

Con estas dos alas de la divina protección, subió Catarina, según la referida visión e inteligencia, a una altura de perfección donde no llegaban ni podían ofenderla peregrinas impresiones, por haberla puesto el Señor con sus dones y gracias en un eminentísimo lugar, asegurada y con valimiento para llegar al cielo innumerables almas, que quitaba de las garras y boca del dragón infernal. En estas dos alas se puede significar o simbolizar su caridad y profunda humildad o la potestad y divina virtud con que levantó el vuelo a la cumbre y altura de la contemplación de donde descendía a las necesidades del mundo para distribuir los tesoros de la gracia entre los hombres, como despensera de los méritos de nuestro redentor, y se puede significar también la luz grande y sobrenatural ciencia que la dieron de ocultos misterios y sacramentos de las maliciosas trazas y astucias de los infernales monstruos; con estas alas voló hasta unirse con el Altísimo, lugar propio suyo, porque en él solo vivía y entendía, desierta de todo lo terreno e incontrastable por la divina protección a las batallas de todos sus enemigos. Esto mismo parece que significaron otras visiones o sueños que tuvo la persona de quien voy hablando, de las cuales omitiré muchas por ser homogéneas y semejantes, y por no contener a mi entender doctrina especial perteneciente al contexto de mi historia. No deben causar admiración ni ser despreciadas por ser tantas las ilustraciones que parecen del cielo en un viviente racional, cuando la omnipotencia, para manifestar al mundo sus divinas misericordias, suele escoger por instrumento a las estrellas insensibles, a las aves y aún a los animales más toscos, como se reconoce en el Sagrado Texto, donde se refiere que un ángel habló al profeta Balaam[236], moviendo los órganos de la lengua del jumento en que iba.

En otra ocasión pidió uno de los confesores de Catarina a la ya insinuada alma encomendase a Dios cierta necesidad. Respondió que sí haría, pero que se lo encomendasen también a esta esclarecida vir-

[236] Alude a la burra del profeta, que ve el ángel que el profeta no ve, y que obedece las órdenes divinas que el profeta pretende eludir. Balaam golpea a su burra porque esta no le obedece, y el animal habla y por fin Balaam ve al ángel del Señor. Ver *Números*, 22, 26-35 para este episodio.

gen por cuanto le había dado a entender el Señor que los negocios de importancia se les encomendasen a ella, a quien había dado palabra de no negar la cosa de las que pidiese por el desinterés propio y caridad con que clamaba por sus criaturas. Este mismo sentimiento comunicó muchas veces el Altísimo a su sierva, diciéndola: «Pide lo que quisieres, que empeñada está mi palabra a concederlo todo». Otro día se la representó una grande manada o numeroso rebaño de ovejas muy blancas, que iban por una senda angosta, alegres y de espacio, entretenidas con el verde y buen pasto que las franqueaba el abundante y delicioso campo, y al tiempo de esta amena visión o representación, descubrió a un lado del camino o senda como en un repecho[237] muchos lobos y bestias fieras que la causaron temor y espanto, y entre estos sustos y sobresaltos vio para la confortación y aliento de su pusilánime corazón a Catarina encumbrada en unas altas serranías, como pastora de las ovejas representadas y padeciendo por ellas inexplicables tormentos que significó en parte diciendo que la había visto con una cruz grande en el hombro, tan pesada que al parecer la rendía y agobiaba, y en la cabeza una corona de cambrones[238] terrible por la delicadeza y tupido de las espinas que causaban en la sierva de Dios insufribles dolores y martirios. Entendió por las ovejas almas que subían al cielo por el camino de la perfección, por las bestias fieras a los demonios que no pudiendo encarnizarse en las almas, que seguían al divino Cordero por la protección de la caritativa virgen, subían rabiosos a la cumbre de las serranías y se vengaban, desahogando su rabiosa furia en la fiel y vigilante pastora del rebaño, redimido con la preciosísima sangre del Buen Pastor y redentor del mundo. Experimentó esta persona la caridad de Catarina con tal exceso y milagrosas acciones que le obligaban a llamarla y tenerla por su maestra y amorosa madre y concurría Dios al aumento de este concepto por horas y por instantes con visiones, revelaciones y locuciones, que significaban aún más de lo que él entendía. En el día veinticuatro de junio de 1679 se le representó dentro del divino pecho del Señor una perla muy grande que estaba como pendiente, y le dijo: «Esta es Catarina, y es la perla cornalina[239] de mi corazón». Otra tiene, según se dice, nuestro

237 *repecho*: «cuesta arriba, con subida» (DRAE).

238 *cambrones*: zarzas espinosas.

239 *cornalina*: «cuarzo lapídeo, duro, translúcido y con franjas o capas de color de sangre o rojiza» (DRAE). Debe de haber un error, porque la cornalina no es perla y popr lo que dice después el calificativo debería ser «peregrina».

rey y deñor con este nombre, única por su grandeza[240]. En otra ocasión le dijo que era esta sierva de Dios el botón del jazmín de su corazón. Otro día, rogando al Señor por uno de los confesores de Catarina, se le representó una oliva[241] bien copada y en el remate uno como pimpollo o cogollo[242] hermosamente compuesto en que estaba engastada una grande y preciosa perla, y entendió que en el árbol se significaba el confesor y en la perla esta esclarecida virgen. En otras muchas ocasiones le dijeron Dios y sus ángeles que Catarina era escudo, torre, muralla bien fortificada y madre de la caridad, con que abrasaba a todo el Universo.

[240] Es famosa la perla llamada «Peregrina», descubierta en el Archipiélago de las Perlas y ofrecida a Felipe II. Perteneció a las joyas de la Corona española hasta que la robó José Bonaparte en la Guerra de la Independencia.

[241] *oliva*: «árbol» (DRAE), olivo.

[242] *cogollo*: «brote que arrojan los árboles y otras plantas» (DRAE).

# CAPÍTULO V
# DE VARIAS VISITAS QUE HIZO SU ESPÍRITU A LOS SUBTERRÁNEOS SENOS

## I
### *De lo que vio espiritualmente en el terrible lugar del infierno, destinado para las eternas penas de los condenados*

Ya he insinuado en varias partes de esta historia, que para animarla a padecer más por los pecadores, la mostró Dios muchas veces lo que se padecía en el infierno y aunque en testimonio de esta verdad bastaran las visiones referidas y los casos particulares contenidos en los libros antecedentes, pondré en este número otras que manifiesten los conocimientos que tuvo de aquel abismo de fuego, de aquellas tristes y horrorosas moradas de dragones, donde atemorizada entre las oscuras y palpables tinieblas, discernía y alcanzaba a conocer su espiritual vista, solamente horrores y asombros en la crueldad de los infernales espíritus y en la variedad de nunca bastantemente ponderados, ni aun imaginados tormentos que padecían con rabiosa desesperación, las almas justamente condenadas a aquella eterna desdicha por sus culpas. Visitó y anduvo su espíritu por aquellas terribles mazmorras y obrajes infernales repetidas veces, sola o acompañada de ángeles y cortesanos celestes, encontrándose ya con callejones angostos, llenos de oscuridad y espantosos fantasmas, ya con lagos de frío, de fuego, de hediondeces y desesperación, donde padecían los condenados sin consuelo, atormentados de innumerables demonios que tomando formas horrorosas, como de sabandijas ponzoñosas, de sierpes venenosas, de etíopes[243] agigantados, de leones, perros y toros, escorpiones, alacranes, ciempiés, lagartos y de otras fieras y monstruos, se encaraban con la esclarecida virgen, dando muestras de su furor y de las ardientes ansias que tenían de picarla, morderla y despedazarla. En otras ocasiones la mostraron los instrumentos de atormentar que tenían prevenidos las potestades y príncipes del tenebroso abismo y

[243] *etíope*: «se decía de la persona de raza negra» (DRAE).

eran todos los que acá en el mundo pueden aplicarse para martirizar los cuerpos y otros exquisitos[244] que aún no han inventado ni fabricado la crueldad de los hombres, ni Catarina hallaba símiles con qué explicarlos, pero sí entendía que servían o significaban la variedad y rigor de las penas con que eran atormentados los pobladores del infernal y eterno cautiverio. Los unos de estos condenados se la representaban en ríos de un abrasador fuego, otros en camas o parrillas de encendido hierro, otros en asadores, sartenes y calderas de plomo derretido o de azufre, alquitrán, pez o resina. Algunos veían ceñidos de culebras o de otros monstruos o fieras que los despedazaban, comían y roían las entrañas. Y finalmente, a otros reconocía aprisionados y expuestos a los eternos azotes del rebenque y varas de hierro; y si les desataban, era para otro no menos cruel martirio, poniéndoles sobre un yunque de bronce y majándoles[245] con mazos de acero hasta hacerles polvo y volviéndoles luego a su ser les ponían de nuevo en estos u otros semejantes martirios. En este terrible y espantoso lugar veía personas de todos estados y muchas veces entendía los vicios y culpas porque los condenó la rectísima y divina justicia.

Por el año de 1675 rogando a Dios por los difuntos, se halló el espíritu de Catarina en la boca de una cueva o socavón[246] horrible que se iba extendiendo por un callejón oscuro y tenebroso por donde venía hacia ella un fantasma en forma de mujer, como reventando por lanzar una espina o veneno que la despedazaba las entrañas, y lastimándose la sierva de Dios de tan penoso tormento, pretendió poner en manos del alma afligida un rosario con que se hallaba, pero el alma rabiosa y desesperada le arrojó de sí como quien se abrasaba con sus cuentas. Se admiró Catarina y condolida del mal ajeno, volvió a instar a la divina misericordia con sus ruegos, y oyó una voz que la dijo «No te canses en pedir, que es mal sin remedio». Y juntamente la dieron a entender que aquella especial pena era castigo de un pecado callado en la confesión que no tenía cura en la otra vida. En la muerte de un hombre rico se la representó el alma del difunto en forma de un gusano muy grande, gordo y blanco, pero muerto, al cual iban arrastrando con facilidad muchas hormigas pequeñas para arrojarle en un horno encendido. Entendió por

[244] *exquisitos*: extraordinarios.

[245] *majar*: «machacar, golpear» (DRAE).

[246] *socavón*: «cueva que se excava en la ladera de un cerro o monte y a veces se prolonga formando galería subterránea» (DRAE).

las hormigas los demonios y por el gusano al dicho difunto gordo en el caudal y en el cuerpo, y con esta representación se acordó Catarina había tenido otra semejante visión muchos años antes en la muerte de otro hombre poderoso. En otra ocasión fue arrebatado su espíritu y se encontró entre oscuridades y asombros con un hombre tendido, no sé si en parrillas ardientes o en otra cama de fuego, pero tan rodeado y cercado de bultos en forma de gentes, que no pudo ver más que los pies tostados, denegridos y feos, y en la suspensión que la causó este horrible y abominable objeto, oyó la relación que hacía uno de los circunstantes de la vida del insinuado hombre, al parecer difunto, tan desastrada y tan desalmada que la sierva de Dios se puso en expectación de una terrible sentencia y entonces vio y oyó que como si estuviera lleno y revestido de pólvora al que consideraba castigado por la divina justicia comenzó a despedir de sí tanto fuego entre espantosos truenos, como si fuera un castillo de bombas y cohetes o una muralla guarnecida de numerosa y gruesa artillería, y al mismo tiempo oyó una voz que le dijo «Este tormento padece este hombre por la gravedad de sus delitos». Quedo atónita y pasmada, y apoderándose ya el desfallecimiento de su corazón, se le apareció el Señor diciéndola: «¿Qué tienes? ¿No lo ves, no adviertes cuán recta es mi justicia?». «Sí, Señor, dijo Catarina, pero me falta el aliento para verlo y oírlo, ¿qué será menester para padecerlo?». Con esta soberana vista recibió algún consuelo y confortación su corazón compasivo, mas la duró por algún tiempo el espanto y temor que solía experimentar con semejantes visiones, recelando fuesen efectos de la divina justicia y testimonios de su rigor. Acabada esta visión, se le representó otro personaje muy feo y abominable con resplandores de oropel, que significaban su dignidad mundana: conoció por su monstruosidad el estado de su alma y condoliéndose la caritativa virgen de su infelicidad, la preguntaron sin saber quién si le conocía, y respondió ella que no. La dijeron «Pues es fulano», persona de toda autoridad en la república. No dio crédito la sierva de Dios a esta voz, y así continuó pidiendo y clamando por el insinuado personaje, ofreciendo por él sus oraciones y clamores y en esta larga batalla reparó que de negro se había convertido y transformado en un hombre de fuego, encendido como una lumbre y aunque no la explicaron más el misterio de esta representación y otros igualmente tristes, siempre quedó temerosa de que fuese uno de los tizones encendidos con que se ceba el fogón y quemadero del infierno.

Otro día, continuando esta espiritual lucha con gemidos tiernos y eficaces ruegos, se la representó la dicha alma en forma de una culebra herida y quebrantada, revolcándose sobre un montón de maíces sin poder comer ni coger un solo grano. El misterio de esta visión significó y explicó la sierva del Señor precisamente con esta pregunta que hizo a su confesor: «¿Por ventura puede salvarse alguno de los que se han vestido y sustentado con lo ajeno si no lo ha restituido antes de su muerte?». Le respondió el confesor: «Bien puede salvarse alguno con tal que confiese la culpa y no pueda satisfacer porque el propósito verdadero y el deseo eficaz de pagar lo que debe se le admitirá por suficiente cuenta en el tribunal de la divina justicia». A esta respuesta añadió Catarina:

> Pues este hombre fantasma que me amedrenta y asombra con espantos, aunque no se confesó en la hora de su muerte, puede ser que se hubiese confesado antes y puede ser que, con todos sus buenos deseos, no pudiese restituir lo ajeno y que el Señor con su infinita misericordia le salvase. Roguemos a Dios por él y no escrudiñemos sus incomprensibles juicios.

En otra ocasión se la representó este hombre con la misma forma y rostro (aunque denegrido y feo) que tenía en esta vida y advirtió la sierva de Dios que estaba recostado sobre un cojín negro, viejo y maltratado y al pedir y clamar por él al Altísimo, la pareció que se había hundido, y penetrándose con la tierra, desapareciéndose como humo sin quedar rastro alguno de la espantosa y abominable fantasma. Finalmente el justo juez de vivos y muertos respondiendo a las eficaces instancias de sus oraciones, se la dejó ver también, herido, llagado y maltratado, y le dijo: «¿Pues no ves, Catarina, cómo me ha puesto esa criatura?». Con todas estas y otras semejantes visiones, quedó la caritativa virgen con esperanzas de la salvación de este muerto, porque como ella decía, los demonios solían inventar y componer estas sombras para desacreditar a los difuntos y engañar a los vivos y para prueba de este su sentimiento y probabilidad prudente de lo que decía, añadió el caso siguiente:

> Estando en la iglesia el día de la invención de la Santa Cruz[248], rogando a Dios por los muertos y aplicándoles la preciosísima sangre del Señor, fueron arrebatadas las potencias de mi alma a una casa muy distante y oí un gemido

[248] El 3 de mayo, fiesta que recuerda el hallazgo de la Santa Cruz por santa Helena, madre del emperador Constantino.

En otra ocasión, encomendando a Dios a cierto enfermo cuya salvación le daba mucho cuidado por haber visto espiritualmente muy listos en su recámara a los demonios, fue con licencia y orden de su confesor a visitarle a tiempo que al entrar por la puerta la dijeron los de la casa que ya el enfermo estaba sin habla, batallando con las congojosas ansias de su muerte. Con el susto de lo que oía y había visto pretendió, desolada, entrar en el cuarto donde yacía el moribundo y, al llegar a la puerta, la medio cegaron con un remolino de polvo, impidiéndola con violencia la entrada pero ella, arrastrada del impulso de su caridad, forcejeando y atropellando con los invisibles y diabólicos impedimentos, entró y se acercó a la cama del enfermo donde se halló tan cercada de espantosa oscuridad que no pudo explicar si no es comparándola con las palpables tinieblas de los calabozos del infierno, si bien no descubrieron sus ojos más que un solo diablo en forma y figura de un rabioso perro que la amenazaba con amagos de acometerla y despedazarla. En medio de esta turbación y tribulación, espiró el doliente y entre los gemidos y llantos de los circunstantes, empezó la sierva del Señor a pedir y rogar a la divina Mmisericordia por el difunto, y la respuesta que la daba o permitía el cielo era experimentar en su alma mayores tinieblas y más espesas sombras de oscuridad. Repitió muchas veces sus oraciones y clamores por esta alma y otras tantas veces la respondieron con símbolos de una fatal y eterna desgracia como fue el ver luego que murió, que se formó un entierro de clérigos con sobrepellices que se la representaron etíopes[247] y sin coronas los cuales iban cantando y diciendo (como haciendo burla de la sierva de Dios) «¿Quería y pretendía la china embustera que todos se salvasen y que no lográsemos lance alguno con todo nuestro poder y astucias? Ahora conocerá nuestra potencia y su poco valimiento para con el supremo juez», a las cuales palabras respondió Catarina:

> Ya os entiendo, embusteros y malditos del Padre eterno, apartaos de mi presencia que, como a padres de la mentira, no os doy ni puedo dar crédito. Lo que creo que ni yo ni vosotros podemos nada porque Dios solo es el que todo lo puede y de quien dimana todo poder y potestad y todos lo poderíos que os ha dado se reducen a comer y roer por toda la eternidad como perros a todos los huesos podridos que os arroja su recta y santa justicia.

[247] *etíope*: «se decía de la persona de raza negra» (DRAE).

> tan horroroso que me pareció bramido de algún toro, león u otra fiera, que salía de la boca de un enfermo al tiempo que se apartaba del cuerpo el alma; me causó gran turbación y cuando se iba esta templando, sentí que se iba acercando hacia la puerta del costado del templo donde yo estaba, el ruido y oí a la misma alma unos quejidos tristes, como quien estaba ya rendida y cautiva de sus enemigos, que me traspasaron el corazón por haberme dado a entender se había perdido esta criatura para siempre y que los demonios pasaban con ella cerca de mí para más atormentarme, haciendo alarde y vana ostentación de su victoria. Yo desprecié sus trazas y soberbias astucias, diciéndoles: «Andad de ahí malditos del Padre eterno, que no os creo ni hay necesidad de que se me manifiesten a mí vuestros triunfos; el día del juicio se harán públicas en el universal teatro de las criaturas vuestras falsedades y constará a todos lo que es verdad y mentira».

Bien puede ser que esta representación fuese de caso verdadero y no fingido y que lo permitiese el Señor para que su querida esposa pidiese y trabajase más por librar a los vivos de las uñas y dientes del dragón infernal, pero es digno de nota y ponderación cuán grande y perfecta era la caridad que resplandecía en esta esclarecida virgen, pues con tantas apariencias y señales no juzgaba ni condenaba a sus prójimos, porque esta celestial virtud no piensa mal de nadie, procura justificar todas las acciones ajenas que ve, hace apologías en su favor y defensa para ninguna falta deje de hallar escusa que la justifique todo lo dora, como dijo el apóstol[249], y tiene alas de oro con que cubrir los descuidos, ignorancias y flaquezas de las criaturas, porque sus ojos son tan sanos que aunque lo que entra por ellos sea malo, por ser bien visto recibe bondad y cuando llega al juicio y le toma el pulso, lo da y tiene por bueno.

Aun a los vivos solía ver ya en el infierno con las especiales penas que habían de tener o las que merecían conforme al estado presente de sus culpas, porque como consta de muchos casos referidos en el discurso de toda la historia, los veía, ya asándose a fuego manso, ya atravesados en asadores, ya friéndose en sartenes ardiendo, ya cociéndose en calderas hirviendo, ya abrasándose en horrorosos incendios, ya como gatos enfurecidos sobre ascuas abrasadoras dando brincos y saltos, ya en parrillas y hornos encendidos, ya en calabozos llenos de oscuridades y sombras espantosas. ¡Oh, qué de veces la mostró el Señor al caballero profano y loco, y a la dama más desvanecida en los mismos coches de

[249] Lo dice san Pablo en *Corintios*, 13, 4-8.

su vanidad y soberbia, envestidos y revestidos de un fuego infernal entre las humaredas espesas del espantoso abismo, como tizones encendidos, colocados en lo profundo del eterno y nunca bastantemente ponderado cautiverio!, entendiendo juntamente la gravedad de sus delitos, que hacían abominables sus almas, si bien notaba y advertía la sierva de Dios al referir estas visiones los engaños del mundo, porque a los que el vulgo insensato y los sabios desconfiados arrojaban con temeridad al infierno en sus tan presumidos como errados juicios, les solía ver Catarina en carrera de salvación, y en el cielo, y al contrario a algunos de los que pasaron de esta vida canonizados de los carnales celos mostraba Dios condenados, despreciados y afrentados en el más tenebroso centro de la tierra como desesperados hipócritas. Ejemplifiquemos esta materia con otro caso raro, no nos contentemos con los referidos. Deseaba mucho nuestra Catarina que mudase de vida cierta mujer casada, conocida de la sierva de Dios y aun bienhechora suya, la cual ofendiendo al Señor y a su marido, gastaba y perdía el tiempo en bailes, juegos, galas, profanos entretenimientos y todo lo demás que se sigue de este modo de vivir escandaloso entre cristianos, y aun entre herejes y políticos[250] gentiles. Clamando al Señor por esta alma, se la representó un día en lo más profundo del infernal abismo, horrible a la vista y espantosa a la imaginación, convertida en una abrasadora lumbre o hierro encendido y que estaba como revolcándose sobre un cuero de toro formado del fuego del mismo infierno. Con esta pena la dijeron que se castigaban con especialidad los pecados de los adúlteros, de quienes hacían irrisión y afrentosa mofa los demonios y todo el numeroso concurso de los pobladores del subterráneo y más ínfimo e infeliz cautiverio, preparado para los rebeldes y obstinados espíritus, y para todos los hombres que se alistaren en sus banderas, sujetándose a su cruel y bárbaro dominio.

## II

### *De una visión particular que tuvo la sierva del Señor de un hermano suyo que murió sin bautismo*

Mostró Dios a Catarina en otra ocasión que pedía y rogaba por los difuntos a un hermanillo suyo, representándosele feezuelo, asqueroso y triste, y entendió la sierva del Señor, se le representaban así para que

[250] *políticos*: civilizados.

supiese que había muerto sin bautismo, de donde infirió que estaba en el limbo[251], y lastimada de esta infinita pena, se empezó a afligir y en medio de este fraterno desconsuelo, causado del natural sentimiento de su desgracia, se le apareció Cristo, y la dijo: «¿Por qué estás triste?». Y habiendo ella dado la causa presente que la lastimaba, le replicó el Señor: «Pues ¿yo no soy poderoso para llevarlo a mi reino?». Nótese la expresión de omnipotente y potencia absoluta sobre la ordinaria providencia, que resuenan estas palabras, por lo que diré adelante. Catarina encogida y aun asombrada con la mucha alma que aprendió en las insinuadas voces, respondió: «Poderoso sois, Señor». Habló la sierva de Dios del poder absoluto y potestad de excelencia, de que la preguntaba Cristo y en la misma inteligencia la volvió a decir el Señor: «Pues ¿por qué no me pides por él?». «Porque he oído decir, respondió ella, a vuestros ministros que no se ha de rogar por los difuntos no bautizados, pues no pueden salvarse sin algún bautismo, el cual es necesario para borrar la culpa original, adquirir la gracia y entrar en vuestro reino». Su Majestad se sonrió y la dijo: «Pregúntale al padre si has de pedir por los niños que mueren sin bautismo». Hasta aquí el hecho y visión histórica, en la cual aunque extraordinaria, remirándola con la debida consideración, no hallo cosa opuesta o dísona[252] a la doctrina cristiana y católica, teología del bautismo, pero porque puede hacer alguna fuerza y ocasionar varios discursos esta noticia divulgada entre hombres doctos e indoctos, me ha parecido conveniente explicarla, diciendo primero mi sentir y después lo que se puede discurrir carreando toda la visión y su significación con las luces de la fe católica, con las sentencias de los santos y teólogos, que son intérpretes de la ley de Cristo en su santa Iglesia y con otros sucesos particulares que andan a la mano en varias historias.

Lo que nos dice y manda creer la santa Iglesia católica, es que de ley ordinaria, común y universal providencia, ninguno se puede salvar sin bautismo y eso es lo que suena aquel bando de Cristo, en el capítulo tercero de san Juan: «Ninguno puede entrar en el reino de los cielos sin renacer primero del agua y Espíritu Santo en el bautismo». Y esta verdad evangélica y doctrina cristiana fue la que respondió Catarina al Señor,

[251] *limbo*: lugar sin pena ni gloria donde van los niños no bautizados, según la creencia de la época. La doctrina católica reciente considera el limbo como muestra de una concepción demasiado restrictiva de la salvación.

[252] *disonar*: «dicho de una cosa o de las partes de ella entre sí: Discrepar, carecer de conformidad y correspondencia cuando debieran tenerla» (DRAE).

cuando en la referida visión le dijo que sus ministros la habían dicho ser necesario el bautismo para borrar la culpa original, adquirir la gracia y entrar en la celestial Jerusalén.Y parece que la divina Majestad confirmó en esta ocasión, la misma enseñanza con sonreírse al decir a su sierva que preguntase al padre si había de pedir por los niños que mueren sin bautismo. Porque la risa en las sagradas letras tiene fuerza de negación. Lo mismo fue reírse Dios por las palabras y sentencias de Salomón en la muerte de los que no respondieron a sus llamamientos, de los que despreciaron sus consejos y no hicieron caso de sus amenazas, que cerrarles la puerta del cielo, como a las doncellas necias que sin prevención y méritos pretendían aumentar el resplandeciente coro de las celestiales vírgenes. Lo mismo fue reírse Sara[253], al prometerla Dios por sí o por sus ángeles fruto de bendición[254] en su envejecida esterilidad, que dudar y desconfiar de la angélica o divina promesa en sentir de san Agustín, y parece que se expresa o colige de la reprehensión que le dio el Ángel con las palabras del Sagrado Texto: «Por ventura, ¿hay cosa dificultosa al divino poder?»[255]. De lo dicho consta que haberse reído el Señor de los pecadores obstinados y rebeldes hasta la muerte fue señal de haberles negado la entrada en su triunfante y eterno reino y el haberse reído Sara de las promesas de Dios fue argumento de su incredulidad; luego el haberse sonreído nuestro redentor en la insinuada pregunta sería darnos a entender que el hermanillo de Catarina no había de entrar en el cielo, para refijarnos quizás en el ascenso católico de la ley ordinaria y común Providencia de que ninguno puede salvarse sin algún bautismo y dejar cerrada la puerta absolutamente a cualquier otra vana esperanza, errados juicios y malas consecuencias que pudieran fundarse en otro opuesto discurso, si propusiéramos con probabilidad y certeza humana el contrario asenso en un caso aunque tan extraordinario, irregular y milagroso. El cual podía causar error, especialmente en aquellas madres que por falta de madurez y asiento se precian de saltadoras o en las que por no deshonrarse soberbias se arrojan temerarias y llenas de impiedad a ser matricidas de su hijos antes de bautizarlos, sin advertir ignorantes ni reparar despechadas que se precipitan al infernal abismo, por arrojar

253 *Sara*: fue la esposa de Abraham y madre de Isaac. Para la alusión del texto ver *Génesis*, 18, 13: «Y el Señor dijo a Abraham: ¿Por qué se rió Sara, diciendo: ¿Concebiré en verdad siendo yo tan vieja?».

254 *fruto de bendición*: hijos.

255 *Génesis*, 18, 14.

al limbo a las criaturas que engendraron, privándolas para siempre jamás de la vista clara de Dios y eterna felicidad. Consideren estas, que les ha de pedir el Señor estrecha cuenta y que sus mismos hijos, en el día grande de la universal residencia[256], donde parecerán llorando y de donde saldrán afligidos, no vestidos de fuego, pero sí de un eterno duelo por culpa de sus padres, clamando contra ellos justicia podrán justificar una justa y rigorosa sentencia y una eterna maldición que les confunda en los infiernos. Este es mi sentir y parecer subordinado a los que más saben y entienden. Paso a los que pueden apoyar los maestros y doctores en sus opilativas[257] y falibles[258] consecuencias, y a lo que pueden ponderar los amplificantes oradores, que con un «parece», suelen decir lo que no es y aun lo que no puede ser.

A alguno de los más doctos de estos reinos y Nuevo Mundo (que en mi aprecio no deben posponerse a los sabios de la Europa ni de la Grecia)[259] a quienes llegó la noticia de la dicha visión y narración histórica de este extraordinario y raro caso, les vi inclinados y aún rendidos al asenso y parecer contrario, persuadiéndose que, prudencial y piadosamente, se podía discurrir que el hermanillo de Catarina se salvó y le llevó Cristo al cielo. Se fundaban en que parece lo insinuó el Señor en aquella pregunta del número antecedente: «Pues ¿no soy poderoso para llevarle a mi reino?» a que aludió la sierva de Dios, respondiéndole: «Poderoso sois, Señor»; las cuales palabras no se deben ni pueden entender de ley ordinaria y según la común providencia porque en esta inteligencia ya había dicho Catarina, conformándose con la doctrina cristiana, que era necesario para la salvación el bautismo. Se han de entender pues, en este singular caso, de manera que con especiales motivos de ostentar su omnipotente bondad, por especial privilegio y usando Dios de su absoluto poder y potestad de excelencia, pudiese salvar a este niño con bautismo o sin él, con bautismo disponiendo con su infinita sabiduría que fuese bautizado por persona humana resucitándole como ha resucitado y puede resucitar a otros muertos. ¿Quién se atreverá a negar al

256 *residencia*: juicio; el juicio de residencia se hacía a los gobernantes cuando dejaban su cargo, para dictaminar si lo habían hecho bien o mal. La universal residencia es el juicio final.

257 *opilar*: «obstruir» (DRAE).

258 *falible*: «que puede engañarse, engañar, faltar o fallar» (DRAE).

259 Una variante más de la reivindicación de los ingenios americanos frente a los europeos: los criollos defienden su capacidad cultural ante lo que consideran desprecios de la metrópoli y de los sabios e intelectuales del Viejo Mundo.

Señor esta potestad absoluta e independiente? cuando Él mismo para asegurar al Bautista y sus discípulos de que era el verdadero Mesías y redentor esperado, les propuso por argumento indefectible de su divinidad, el resucitar y poder dar vida a los muertos, como consta del Sagrado Texto y lo confirmaremos adelante con varios ejemplos que tenemos a la mano en los libros e historias de los santos. Supuesta esta católica verdad que cede en honra y gloria del divino poder, se inclinaban los sabios ya insinuados a discurrir en apoyo de la salvación del hermanillo de nuestra Catarina, que la pregunta que le hizo el Señor fue prueba de querer llevarle a su reino, confirmando este su piadoso sentir y parecer con autoridad de san Ambrosio y otros santos padres y doctores que, exponiendo e interpretando la sagrada historia de Abraham y Sara, dicen que el reírse esta cuando les prometió Dios fruto de bendición, no fue argumento de incredulidad, sino indicio del futuro misterio en el nacimiento de Isaac, a quien le dieron por nombre sus padres «risa y alegría»[260], para dar a entender que nacía para placer y regocijo del mundo; y con este sentir y discurso se prueba que no siempre en las sagradas letras es la risa argumento de incredulidad y desconfianza, sino misteriosa admiración de un raro y extraordinario caso en que resplandezca el poder absoluto de la omnipotencia, la cual doctrina se puede aplicar a la visión referida y afirmarse con piadosa probabilidad que el haberse sonreído Cristo, cuando preguntó y dijo a Catarina: «¿No soy poderoso para llevar a tu hermanillo a mi reino?» no fue señal de que le cerraba las puertas del cielo, sino de que se las quería franquear para una eterna felicidad y gloria. El mismo sentido dan los doctores a la otra semejante pregunta que hizo el ángel a la anciana y risueña Sara: «Por ventura ¿hay cosa difícil para Dios omnipotente?». Y se confirmó con el hecho, dándola el Señor un hijo de tanta alegría que mostró ser dádiva de Dios, porque los de Eva entran en el mundo llorando y probando con sus lágrimas que son hechuras de la naturaleza, y así como no podemos negar ser prodigio de la omnipotencia, el que a la vejez de Sara a pesar de la esterilidad engendrase, tampoco debemos negar la posibilidad de que Dios resucitase y salvase por medio del bautismo al hermanillo de Catarina, digo posibilidad, porque nunca el Señor la dijo con claridad y expresión que le había salvado, ni que le había de salvar;

[260] El nombre *Isaac* deriva de «Yishaq'el», 'Aquel con el que Dios reirá' o 'Aquel que hará reír'.

pues todo lo dicho en este número es meramente piadoso discurso y aunque muy probable, falible.

Más dificultad tiene la salvación de este niño por el medio y modo que otros discurrían, inclinándose a que lo salvaría Dios sin bautismo, usando de su omnipotente poder y potestad de excelencia porque esta potestad no se le puede negar a Cristo como ni el que santificase al Bautista en el vientre de su madre. Esta doctrina la califican de santa y católica los muchos y gravísimos teólogos que la siguen y defienden cuyos nombres omito aquí por ser tantos que, para citarlos, son estrecho blanco los márgenes de este libro, remitiendo al piadoso lector a los padres Francisco Suárez[261] y Teófilo Raynaudo[262], ambos de nuestra Compañía de Jesús, donde se puede ver que universalmente los doctores católicos suponen por cierto que puede Cristo, como supremo legislador, extender, coartar y dispensar en sus leyes, y que puede usar de su independiente y absoluta potestad para comunicar gracias por su libre voluntad y para hacer ostentación de su omnipotencia, por las deprecaciones de los justos, por honrar a sus fieles y por otros motivos incógnitos e incomprensibles a nuestra corta capacidad. A todos estos católicos doctores capitanea san Buenaventura y hace segura escolta el Angélico Preceptor, enseñándonos que puede sin duda comunicar el Señor por sí sin los sacramentos los efectos de los mismos sacramentos, por ser independiente su absoluto poder y potestad de excelencia. Y este sentir tan apoyado en la santa Iglesia de los santos doctores, juzgaron algunos, le había insinuado Cristo en la pregunta ya ponderada: «Pues ¿yo no soy poderoso para llevarlo a mi reino?», y lo confirmó con su respuesta la sierva de Dios, respondiéndole en la misma inteligencia de su omnipotencia y poder absoluto sobre la ordinaria providencia: «Poderoso sois, Señor». De manera que todo el misterio del hecho, dicho y objeto de la insinuada e histórica visión, se reduce a que Cristo con insinuaciones y Catarina con palabras, dieron bastantemente a entender que de ley ordinaria es necesario para la salvación el bautismo y que solo por especial privilegio y usando Dios de su absoluto poder, salvaría o podría haber salvado al hermanillo de Catarina. Lo primero es de fe, lo segundo anda por las cátedras y púlpitos y en los libros, apoyado de tantos santos y gravísimos doctores católicos que, a mi corto juicio, fuera temeridad el

261 *Padre Francisco Suarez*: (1548-1617) conocido como doctor Eximius teólogo, filósofo y jurista español.

262 *Padre Teófilo Raynaudo*: (1587-1663) sacerdote jesuita francés.

negarlo. Pero todo esto prueba la posibilidad de la salvación de este niño, no que de hecho y con efecto se salvase, pues no consta de la referida visión que Cristo dijese con claridad y determinación que le había salvado ni que quería salvarle sino es en cuanto con preguntas misteriosas hizo alarde y ostentación de lo que podía hacer su omnipotencia cuyos efectos no se pueden comprender en la tierra ni en el cielo por sus criaturas y mucho menos podrán estas negar al divino poder todas las operaciones que no envuelven contradicción, porque fuera negar el artículo de la fe en que se nos manda creer y confesar que es Dios omnipotente y todopoderoso. Por estas razones, suponían algunos de los doctos la posibilidad de la salvación del hermanillo de Catarina y aun persistían en la humana y probable creencia de que de hecho le llevaría Dios a su reino por los ruegos de su sierva, tomando por último y eficaz motivo, lo que la dijo el Señor en la ya insinuada visión: «Pregúntale al padre si me has de pedir por este niño». Se lo preguntó y la respondió el confesor que sí y aun la exhortó a que clamase por su hermanillo difunto sin bautismo porque, consideradas las circunstancias, juzgó que Catarina podía hacer esta petición y que él debía aconsejarla y moverla a que pidiese con fe y confianza, como lo hizo repetidas veces, obedeciendo a Dios con el parecer y dictamen de su ministro, rogando al Señor proveyese a su hermano del remedio necesario para salvarse, y el que fuese más conforme a su evangélica doctrina y fe católica, pues con su infinita sabiduría y omnipotente bondad, sabía y podía hallar medio católico que su absorta ignorancia no podía alcanzar.

Los motivos que tuvo el confesor para aconsejar esta petición en materia regularmente hablando, desesperada (en la cual no debiera hacerse sin concurrencia de particular causa, razón o motivo) fueron muchos: el primero porque atendiendo al absoluto poder del Altísimo no era la petición de cosa imposible, como consta de lo ya dicho y porque, como dice el Angélico preceptor:

> Obra Dios regularmente conforme a las leyes de la naturaleza, pero no tan aligado a ellas que para la manifestación de su poder independiente, no reserve para sí ciertas obras en que no intervienen las causas naturales y así sin prejuicio de la providencia ordinaria con que rige a la naturaleza, hace usando de su absoluto poder, muchos extraordinarios y prodigiosos beneficios, etc.

De aquí emanaron todos los portentos que obró Moisés en beneficio del pueblo de Dios, que le acreditaron a él y a su vara[263], prodigiosos. A esta misma independiente y absoluta potestad, debió el valeroso capitán Josué[264] que detuviese el sol sus acelerados pasos, con que se precipitaba en el ocaso, sirviendo con sus luces a la victoria. Esto que santo Tomás discurre de lo natural a lo milagroso corre ajustado en la sobrenatural y común providencia, respecto de la singular y prodigiosa potestad de excelencia. Pues ¿por qué no podría la Majestad de Cristo usar de su regalía y poder de excelencia para hacer semejantes gracias, no obstante las leyes con que gobierna su Iglesia? A este inmenso y absoluto poder deben, todos los que han vuelto de la otra vida, resucitados por las lágrimas e intercesión de los santos y otros varones ilustres, el haber gozado dos vidas y experimentado dos muertes, no obstante como dice el apóstol que está decretado e intimado a todos los hombres que una sola vez han de morir[265]. Otro de los motivos que tuvo el confesor de Catarina, para inclinarla y moverla a que pidiese con fe y confianza la salvación de su hermanillo muerto, sin haber recibido el agua del santo bautismo no es poco eficaz y fue el ver que el mismo Cristo, según parece, quiso alentar su esperanza y templar su desconsuelo, mostrándola el modo y medio de su absoluta omnipotencia con que podía conseguir el consuelo e insinuándola el camino de la oración y de los ruegos, con que de su parte podría mover la voluntad del Todopoderoso, a que quisiese usar en este singular caso de su independiente poder, escogiendo uno de los medios que se nos ocultan en su infinita e incomprensible sabiduría o el medio del bautismo, resucitándole y disponiendo fuese bautizado por persona humana o bautizándole por sí mismo, que no sería la primera vez que descendió del cielo el Señor, para comunicar los efectos de este sacramento, si damos crédito a la gravísima autoridad de Jacobo de Voragine[266], que en la leyenda de los santos dice bajó Cristo nuestro Señor del cielo y bautizó por sí mismo a santa Cristina[267], diciendo: «Te bauti-

[263] Algunos prodigios de la vara de Moisés en *Éxodo*, 4.

[264] *Josué*: sucesor de Moisés. Ver *Libro de Josué*, 10, 13 para el episodio en que detiene al sol.

[265] *Hebreos*, 9, 27.

[266] Jacobo de Voragine: hagiógrafo italiano, religioso dominico y arzobispo de Génova, se le considera autor de la *Leyenda Áurea*.

[267] *Cristina de Bolsena*: es una santa del siglo III venerada por la Iglesia católica, la Iglesia Ortodoxa y la Iglesia Anglicana. Su festividad es el 24 de julio. Según la *Leyenda dorada* la bautizaron los ángeles.

zo en Dios, mi eterno Padre y en mí Jesucristo, su Hijo, y en el Espíritu Santo». Lo cual y lo que tenemos dicho en el número 57 de la primera parte, lo que diremos adelante y mucho más que pudiéramos decir para apoyo del insinuado discurso, no se ha de entender que lo obra el Señor conforme a la ley y común providencia, con que gobierna al mundo y a su santa Iglesia, sino como supremo legislador y superior a toda ley y ordinaria providencia. En esta inteligencia parece que pudo y debió el confesor de Catarina exhortarla a pedir la salvación de su hermanillo difunto, correspondiendo a las insinuaciones del Señor. No porque los autores de este discurso pretendiesen, ni pretendan por esto calificarlas de verdaderas revelaciones o dar por bautizado o salvado a este niño de quien vamos hablando, ni que se publiquen como hecho de verdad con efecto, porque esto todo pertenece al tribunal supremo de la Iglesia, en cuya cabeza está el don de discernir espíritus sin engaño y con acierto infalible; sino porque discurriendo con probabilidad histórica y doctrinal en lo humano, parece que las insinuaciones de Cristo en las preguntas y respuestas que dio a su sierva, comentadas en sano sentido y registradas sus especiales circunstancias, se pueden mirar prudencial y piadosamente como inspiraciones del Espíritu Santo, a las cuales se debe corresponder principalmente en materia donde no se asoma inconveniente ni se descubre alguna repugnancia.

De todo esto, como tengo dicho, inferían los escolásticos discursivos y amplificantes oradores con racional y probable discurso que el hermanito de la sierva de Dios, difunto sin bautismo conseguiría la salvación por intercesión de Catarina, usando la divina misericordia de uno de los medios insinuados o de otro de los que tiene amontonados en la secretaría de su omnipotencia. Porque esto parece que significan las preguntas empáticas[268] y misteriosas de Cristo, en que se insinúa y da a entender que se inclinó el Señor a hacerle este singular favor, si lo rogase, y la movió a pedirlo con el parecer y dictamen del confesor, porque si no hubiera de concederlo parecieran a nuestros ojos y corta capacidad de alguna manera ilusorias las preguntas de Cristo y el haberla remitido al confesor para que gobernase su petición, la obediencia.

[268] *empáticas*: con empatía, con asimilación de la persona del otro, con cierta simpatía.

Más difícil parece que era el cumplimiento del ruego y oración de Acaz[269] cuando le dijo Dios por su profeta que pidiese por señal un milagro aunque fuera resucitar a uno de los muertos que estaban en el infierno. Con todo eso, dice el Abulense[270] y Lira[271] con otros muchos doctores, que si el rey Acaz hubiese pedido que volviese a esta vida Caín, Saúl, Faraón u otro de los que consta estar ya condenados por decreto absoluto del supremo juez de vivos y muertos en el infernal abismo, se lo hubiera concedido (si bien el condenado se quedará para siempre condenado, por ser invariables los decretos del Altísimo) porque las palabras del profeta, demostraban que Dios quería hacer lo que Acaz pidiese y si faltara esta divina voluntad, fueran como ilusorias las voces y persuasiones de su profeta, que no se puede creer ni decir. Pues si al ruego de un mal rey supuesta la promisión del Todopoderoso, insinuada por su ministro, se habían de abrir los eternos cerrojos de las más profundas cavernas y salir uno de los condenados, por última y definitiva sentencia de un juez inmutable, porque no faltasen, como no podían faltar las promesas de la suma e indefectible verdad, ¿por qué no nos persuadiremos (decían y discurrían los insinuados maestros y doctores) que el niño objeto de todo este discurso, sería trasplantado en la celestial Jerusalén por la intercesión y ruegos de una alma tan favorecida de Dios, como se ve y puede piadosamente con fe humana creer de su historia?

Pudieran estos sabios facilitar esta creencia con muchos y varios ejemplos de personas que han salido del limbo y del infierno por intercesión de los santos, de los cuales algunos con la nueva vida después de resucitados dejaron en el mundo esperanzas de su salvación, pero estos se pueden ver en el libro intitulado *Espejo de ejemplos*[272], donde se

[269] *Acaz*: Ajaz o Acaz: fue un rey de Judá que gobernó entre el 734 y el 715 a. C. Ver para los hechos de este rey paganizante, *2 Crónicas*, 28. El texto alude a *Isaías*, 7, 10-15: «El Señor habló de nuevo a Acaz, diciendo: Pide para ti una señal del Señor tu Dios que sea tan profunda como el Seol o tan alta como el cielo». El profeta aludido es Isaías.

[270] *Abulense*: Alonso Fernández de Madrigal, llamado también el Tostado, famoso comentarista.

[271] Nicolaus de Lyra: (1270-1349) fue teólogo franciscano, y uno de los exégetas cristianos más influyentes de los siglos XIV y XV.

[272] Lo creo referencia a *Magnum speculum exemplorum: ex plusquam octoginta auctoribus … ab anonimo quodam, qui circiter annum Domini 1480 vixisse deprehenditur: opus vaziis notis, autorumque citationibus illustratum [et] centum sexaginta exemplis locupletatum … / studio R.P. Ioannis Maioris Societatis Iesu*, Coloniae, sumptibus Conradi Butgenii ..., 1618.

refieren muchos en él, el padre Francisco de Mendoza[273] de la Compañía de Jesús, que en su *Viridario*[274] hace con razones y autoridades muy verosímiles semejantes prodigios, y con mayor extensión y erudición en el padre Ángel Grave[275] de la misma Compañía, que apoya con otras varias historias, extenderse el patrocinio de la Santísima Virgen, en muchas ocasiones milagroso (usando Dios de su absoluto poder) por la intercesión de su santísima madre en el mundo, en el purgatorio, limbo e infierno. Sirva aquí de ejemplar especial, lo que escriben muchos y graves autores en la vida de san Nicolás de Tolentino[276], y es que habiendo tenido noticia el santo de la muerte de un hermanito suyo antes de ser bautizado, exclamó diciendo «¡Oh, qué infeliz y desgraciado niño, pues se ha condenado», y no obstante este conocimiento tan católico y conforme con lo que nos enseña y manda creer la fe acerca de la ley ordinaria y común providencia con que gobierna Dios su Iglesia, dicen los historiadores y escritores de la vida de san Nicolás, que el santo se halló movido a rogar y pedir a la divina Majestad, la gloria para su hermanito y que pidiendo lo consiguió, consolándole el Señor con disponer que el mismo niño difunto se le apareciese y certificase de su salvación, diciéndole: «Hermano mío Nicolás, verdad es que por tus oraciones, libre de las penas, me voy a la celestial corte». No propongo este caso con crédito de infalibilidad, pues no están calificadas de verdaderas por la Iglesia santa, todas las cosas que se escriben en las vidas de los santos, sino con el testimonio de verdad que la fe humana debe dar a sus historiadores, hombres de toda autoridad y estimación en los reinos y monarquías del cristianismo y esta certidumbre nos basta para engrandecer la misericordiosa omnipotencia del Altísimo, que para honra y gloria de su ab-

[273] García de Escañuela (en José de la Cruz Pacheco, 2004) reconocía méritos y virtudes al padre Francisco de Mendoza, maestro jesuita, de quien decía era «ángel en letras, virtud, paz, pobreza y humildad, en lo que por mí visto hasta hoy, mereciese de mano de vuestra reverencia a una misión en premio de sus trabajos». En su opinión era el único íntegro de los miembros de la Compañía que residían en el colegio.

[274] *viridiario*: «diario de hombre, masculino»; el *Viridiario* de Mendoza, dedicado a comentar y ejemplificar casos de virtudes, fue bastante citado y conocido en la época.

[275] Padre Ángel Grave: autor gravísimo de la esclarecida religión de la Compañía de Jesús (Reymundinez, 1755, fol. 19).

[276] Nicolás de Tolentino: (1245-1305) fue un sacerdote y místico católico italiano. En el catolicismo se lo considera un modelo de religioso por su espíritu de obediencia, humildad, paciencia y gran amor para con todos los que lo rodeaban. Para el caso del hermano muerto sin bautizar y salvado por la intercesión del santo, ver Monterubbiano, 2007, p. 133.

soluto poder y para crédito de sus santos y siervos, obra y ha obrado en el mundo cosas prodigiosas y milagrosas, aunque en pocos y muy raros casos, que según la ley ordinaria y la común y universal providencia los tenemos y creemos imposibles. El modo con que Dios usa de su omnipotencia absoluta y potestad de excelencia, dispensando, coartando y no contraviniendo a sus leyes por ser superior a ellas, es más propio asunto de la teología que de la historia y para que esta sea maestra de los que la leyeren en este punto, basta con tener una doctrina de fe católica, y es que creemos que de ley ordinaria y según la común providencia, todos los niños que mueren sin bautismo se van al limbo, así como todos los adultos que mueren en pecado mortal, se van al infierno. Y supuesta esta verdad católica, harto, necio, loco o infiel, fuera quien esperara y aspirara a salvarse por el medio de una resurrección u otro de los milagros que se contienen en el secreto e incomprensible archivo del divino poder.

Asómbrense aquí los mundanos políticos y los cortesanos del siglo, se pasmen atónitos viendo aquel omnipotente rey de reyes y poderosísimo señor de señores, tratar y conferir tan graves y tan profundas materias con una pobrecita esclava tirada en un rincón bajo de la casa y no solo quererle hacer, en sentir de muchos, un beneficio tan grande y favor tan exquisito, sino convidarla y como rogar con él. Verdaderamente conocemos, Señor, que no sois aceptador de personas[277] grandes a lo del mundo, antes parece que afectáis la aceptación de personas humildes para honrarlas y favorecerlas con más empeño, como sobresalió en la primitiva Iglesia, a quien advierte admirado el apóstol, cuando dice: «Mirad, advertid y reverenciad la providencia divina en la vocación a su Iglesia, a la cual no han llamado muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos nobles, sino que escogió las cosas y personas despreciadas del mundo para confundir a sus sabios, lo débil y lo flaco para derrocar lo robusto, las plebeyas para avergonzar las altas, nobles y eminentes del siglo y últimamente con la nada lo vence todo y el motivo último y causa es porque no se gloríe vanamente en su presencia toda carne. Bendita sea su omnipotente benignidad y poderosa justicia, que hace gala de levantar a los humildes y deshacer abatidos hasta su nada a los soberbios»[278].

[277] *aceptador de persona*: como exceptador de personas, el parcial, no justo. Dios no es aceptador porque juzga con imparcialidad y justicia, sin fijarse en los grandes del mundo que hacen su voluntad a menudo, sin que se sometan a las leyes.

[278] Ver san Pablo, *I Corintios*, 1-27.

## III

*De la devoción que tuvo con las ánimas del purgatorio y de lo que padecía por ellas con varias visiones de este terrible lugar*

Quien era naturalmente tan compasiva con los vivos, también lo había de ser con los difuntos, cuyas ánimas impedidas y aprisionadas no podían ver a su difunto esposo, que era todo el cuidado y ardiente deseo de esta sierva de Dios. Abrasada de este celo y lastimada de lo que padecían las benditas ánimas, empleaba todas sus fuerzas en sacarlas de aquella penosa cárcel. Por esto ofrecía los méritos de los santos, las obras de los justos, los sacrificios de los sacerdotes, la intercesión y merecimientos de la reina de los ángeles y la preciosísima sangre del Señor. Por este fin ayunaba, se disciplinaba, cargaba de silicios, oía y mandaba decir muchas misas y hacía todas las penitencias y obras de piedad, que dejo insinuadas en la historia, procurando y anhelando a satisfacer por todas las deudas de los difuntos y aunque sus mortificaciones eran muchas y extraordinarias, los dolores que Dios la comunicaba por sí, por sus ángeles y por los demonios, instrumentos de su divina justicia, eran inexplicables y unos continuados martirios, porque como se ha dicho, el modo de sacar almas del purgatorio y hombres del infeliz estado de sus culpas, era conmutándose lo que ellos debían padecer y hacer para templar los rigores de Dios, enojado por lo que Catarina padecía, y como era innumerable el número de las almas que sacaba del uno y otro cautiverio, así no hay guarismo para referir los martirios que sufrió, ni lengua para ponderar la gravedad de sus penas, congojas y ansias de muerte.

Este afecto caritativo que tenía a las benditas ánimas del purgatorio se le aumentaba y pagaba el cielo, mostrándosela muchas veces las almas por quien pedía gloriosas al subir a las celestiales cumbres por su intercesión y buenas obras, ya en representación de ejércitos numerosos y triunfantes, vestidas las unas de resplandores, otras de luminosas riquísimas telas y sedas y todas con vestiduras de ángeles y bienaventurados, conque oscurecían la luz del mismo sol, ya en forma de muchos resplandecientes y apiñados hilos como pendientes del ropaje de la santísima Virgen, de su rosario y escapularios, ya en forma de luces y de estrellas, ya de cuerpos humanos a quienes servían de carros triunfales las manos y brazos angélicos y ya como asidas de las manos de esta esclarecida virgen, símbolo de sus santas obras, las veía subir y entrar gloriosas en la eterna y celestial corte. En otras ocasiones de las muchas y repetidas que bajaba el espíritu de Catarina al purgatorio, se hallaba con la represen-

tación de la preciosa sangre del Señor, de que tengo hecha mención en esta historia y que la mandaban derramar y repartir, como fiel despensera de Cristo, entre las criaturas redimidas, y con este soberano rocío, veía el consuelo y refrigerio que experimentaban las benditas almas, clamando y diciéndola las unas: «Echa hija, echa»; otras: «A mí, a mí»; otras: «Aquí, aquí» y condoliéndose ella de algunas en particular, porque se la mostraban más afligidas, se volvía al divino Esposo que siempre la acompañaba en estos espirituales vuelos y le decía: «Mira, Señor, qué afligidas están estas, ¿cómo lo puede sufrir tu amor y misericordia infinita?». Y su Majestad la respondía muchas veces: «Sácalas tú, amada y querida mía, pues te he dado poder para ello, por los merecimientos de mi Pasión y sangre». Con esta voz se hallaba impelida, de manera que diciendo y haciendo se arrojaba a los incendios y tenebrosos calabozos donde penaban las almas y de donde las sacaba valerosa y triunfante, para que volasen al delicioso Paraíso del eterno descanso. Otras veces la daban a escoger determinado número entre la muchedumbre de tantos nobles prisioneros y escogía las de sus confesores, bienhechores y de todos los eclesiásticos que reconocía con la espiritual y perspicaz vista que el Señor la comunicaba para que pudiese divisar y registrar todo lo que pasaba y se ejecutaba en las espantosas cavernas de aquel triste seno y terrible lugar. Pero lo más ordinario y lo que más frecuentemente la sucedía, era el subir cargada de innumerables almas amontonadas sobre sus hombros o asidas de sus brazos, manos, rosario y escapularios, comunicándola las unas y las otras sus penas, y aunque ponderaba la sierva de Dios lo intenso y rigoroso de su padecer en estos descensos y asensos del purgatorio, ponderaba más y aún se admiraba su inocencia con especialidad de tres cosas, que eran el no convertirse en pavesa[279] en medio de tantas abrasadoras llamas y encendidas brasas, el poco peso que tenían las benditas almas ya purificadas y el sacarlas por su mano siendo tan pecadora y habiendo oído decir que era este oficio propio de los angélicos espíritus. En el tiempo que andaba por aquellos tenebrosos callejones y visitaba sus tristes moradas, la salían al encuentro sucesivamente multiplicadas tropas de almas prisioneras y poniéndosela delante de los ojos, la pedían sus oraciones, puestas o enclavijadas[280] las manos y en ellas sus rosarios y escapularios. De estos solía cogerlas y sacarlas de aquel mar borrascoso de penas y martirios; otras se asomaban por las puertas y tro-

279 *pavesa*: centella, chispa.

280 *enclavijar*: «trabar una cosa con otra uniéndolas entre sí» (DRAE).

neras[281] de los calabozos y la encargaban que no se olvidase de las que quedaban. Finalmente reconocía su espíritu la variedad de tormentos e inexplicables martirios con que se publicaban, entendiendo muchas veces las culpas, porque penaban y lo que les faltaba de purificación para entrar sin arruga y sin mancha alguna, en el eterno y abundante convite de la gloria, representándosela las unas trigueñas, otras más blancas, otras vestidas de fuego, otras despedazadas, asadas, otras fritas y quemadas. En otras ocasiones se la representaban lagos dilatados de metales hirviendo, llenos de rostros y cabezas, conociendo a los afligidos, la tierra de donde eran y sus nombres, sin que se eximiesen de su registro los príncipes, reyes y pontífices. Se la representaba también la variedad de crueles y exquisitos instrumentos de atormentar en salones tan espaciosos como lóbregos y tenebrosos, y pareciéndola tal vez los mismos o muy semejantes a los que había visto en el infierno, mereció su advertencia que la dijesen: «En un infierno estás Catarina, temporal, pero no eterno».

Cuando no bajaba en espíritu la sierva de Dios al purgatorio se venía el purgatorio en visión a buscarla, porque en todas partes padecía y clamaba por el alivio y libertad de las benditas almas y trataba y conversaba con ellas como con los vivos, preguntándolas sus nombres, sus patrias y por qué penaban, y ordinariamente satisfacían a sus preguntas, comunicándola gran consuelo con asegurarla de que estaban en camino de salvación y de que tenían ya asegurada una gloria inefable y eterna cuando se les acabase el tiempo y las penas que les restaban por padecer. Con especialidad se alegraba al reconocer entre estas nobles prisioneras, almas de personas chinas, japonesas, mogolas y de otras partes remotas donde prevalecía la gentilidad e ignorancia, alabando y glorificando al Señor por ver extendida su cristiandad y fe por todo el Universo. En muchas ocasiones, sin preguntarlo, conocía las tierras y naciones de donde eran por los trajes y diversidad de vestidos con que se la mostraban, y los oficios y dignidades que habían tenido en el siglo por las insignias y divisas con que se la dejaban ver: a los santos pontífices por sus tiaras, a los señores obispos por sus mitras, a los reyes por sus coronas, a los religiosos por sus hábitos, a los soldados por sus armas y así a las personas de los demás estados y condiciones, y venían a su presencia tan apiñadas que parecía se estorbaban e impedían las unas a las otras. Les preguntó una vez que por qué venían tan juntas y amontonadas, y la respondieron que porque las viese, pues el verlas era quedar obligada

[281] *tronera*: ventana pequeña por donde apenas entra la luz.

su encendida caridad a rogar y clamorear por ellas. Andaba tan rodeada de almas en este mundo y tan cargada de sus penas que en no pocas ocasiones se veía apurada y las decía con amorosa ternura: «Apartaos de mí, almas benditas y queridas del Señor, y dejadme descansar un poco o dejadme rezar y pedir a Dios misericordia para mí, pues, estáis ciertas de vuestra eterna felicidad y yo no sé la suerte que me ha de caber, cosa dura es que padezca yo tanto por lo que no he comido ni bebido». Pero los difuntos la respondían:

> Ruega hermana, clama y padece por nosotros, que esa piedad caritativa nos sirve de mucho alivio y a ti de grande mérito, porque después de la muerte no hay lugar de merecer, no hay mérito, no hay trabajar con esperanza de mayor premio. Por más que padezcamos, por más paciencia y conformidad que tengamos con la voluntad de Dios, como verdaderamente la tenemos, por más que conozcamos su inmensa bondad y le amemos como le amamos, no merecemos nada en ello porque ya no estamos en estado de merecer sino de padecer por las faltas que hicimos en vida y así logra el tiempo, Catarina, procurando con todas tus fuerzas hacernos el bien que pudieres para que sean mayores tus merecimientos, fuera de que con fineza te lo agradeceremos cuando nos veamos en el sacrosanto acatamiento de la divina Majestad que padeció por todos, siendo la misma inocencia.

Notemos aquí, y ponderemos los que vivimos esta doctrina que nos dieron los muertos tan repetida en las sagradas letras y apoyada de los santos padres: «Ay dolor, oh qué lástima, oh qué dislate[282]», (dice san Basilio[283] hablando con los vivos que dejan las obras de piedad y misericordia para después de sus días),

> ¿para cuando seréis muertos y no viviréis ya entre los hombres, aguardáis a ser liberales, benignos y misericordiosos? ¿Cuando os veía difuntos y puestos debajo de la tierra, pretendéis que os tengan por piadosos y amadores de vuestros hermanos? ¿Quién queréis que os agradezca esa vuestra liberalidad? Estando en la sepultura, deshechos y convertidos en polvo, ¿queréis estar haciendo grandezas? ¿Por cuáles obras esperáis de Dios el galardón? ¿Por las que hicisteis en vida o por las que se harán después de vuestra muerte? Si por estas, —prosigue el santo—, sabed que no son las obras que hacen los

[282] *dislate*: «disparate» (DRAE).

[283] *San Basilio de Cesárea*: (330-379 d.C.) llamado Basilio el Magno, fue obispo de Cesárea y preeminente clérigo del siglo IV.

> herederos y albaceas por más pías y santas que sean meritorias de la comida, pasto, refección y premio de la vida eterna para el difunto aunque las hagan en su nombre. Porque, así como ninguno negocia concluida ya la feria ni es coronado el soldado que llega después de acabada la guerra y no se halló en la batalla, así, ni más ni menos, no merece el nombre y la corona de piadoso y misericordioso, el que aguarda a ejercitar la piedad y misericordia con sus prójimos, después de los días de su vida.

No quiso decir san Basilio que las obras pías que se dejan ordenadas en los testamentos de los que mueren sean de ningún provecho, porque los que no han querido ser generosos, nobles y liberales con los necesitados en la vida, bien es que lo sean algún tanto en la muerte, pues aunque no muestran en ello que aman mucho a Cristo, todavía es algún amor, pero mayor muestra hubiera sido y mayor fuera el merecimiento si cuando vivían sanos y buenos hubieran dado de comer a Cristo, mas ya que en la vida no tuvieron ánimo para ejercitar obras de piedad con los pobres, hágalos siquiera la necesidad liberales con los necesitados que es dejar al Señor heredero con los hijos o con los extraños a quienes se deja la herencia. Asistió nuestra Catarina en espíritu a cierto religioso que era actual provincial de su provincia y que vivía en otra ciudad bien distante en la última enfermedad que le causó la muerte y le llevó al otro mundo. En estas espirituales y repetidas asistencias, reconoció la gravedad del achaque y los términos en que se veía más apretado y apeligrado el enfermo y, en uno de estos vuelos, advirtió y vio que el doliente comenzó a repartir entre sus hijos los vestuarios de que estaba bien aforrado, las alhajas, preseas[284] y conveniencias de que estaba con abundancia prevenido y proveído para muy larga vida. Y al tiempo de esta visión, absorta y elevada, exclamó la sierva de Dios diciendo:

> Dios te favorezca y mire con ojos de piedad. ¡Ah, cuanto mejor te estuviera y cuanta mayor confianza hubiera causado y puesto en tu corazón si mientras vivías hubieras socorrido la necesidad de tus pobres súbditos!. Por lo menos, no se pudiera decir que eres partido con ellos a no poder más porque no te puedes llevar al otro mundo lo que quieras o no quieras has de dejar cuando mueras.

Pues si causaba temor y susto en el corazón de nuestra Catarina el haber dilatado este enfermo el desnudarse de sus conveniencias hasta

[284] *presea*: «alhaja, joya, tela, etc., preciosas» (DRAE).

la hora de su muerte, qué pena sentiría si la mostrase Dios la miseria y desventura de tantos tan locos, tan desatinados, tan olvidados del Señor, tan enemigos de sí mismos que, no habiéndose jamás en vida acordado de Cristo ni tenido ánimos para darle un real a un pobre ni aun en la muerte se acuerdan de él ni consideran que van a compadecer en su tribunal y darle cuenta de su vida y de su hacienda.Volvamos a proseguir nuestro asunto del número de las almas que salieron del purgatorio por la intercesión y paciencia de la sierva de Dios.

Con estas doctrinas y conocimientos, más infusos que adquiridos, se ardía, quemaba y abrasaba en deseos de libertar más y más ánimas de la cárcel del purgatorio la sierva del Señor, de manera que preguntándola el día quince de septiembre de 1680, su divino amante si quería que la llevase al eterno descanso de su reino, le respondió: «No Señor, no deseo tanto eso, como el padecer más, porque salgan y se libren de tantas y tan rigurosas penas tus escogidas esposas». La replicaron los ángeles como ansiosos de llevarla a la celestial Jerusalén con estas palabras, «Pues ¿qué número de almas quieres sacar del purgatorio?» y les dijo ella que millones; volvieron a instarla diciendo «Pues ¿ya no has libertado muchos millones de almas?» Respondió la sierva de Dios: «Yo no sé eso, el Señor lo sabe, y si eso es así, quiero libertar otros millones con los méritos de la preciosa sangre y sagrada pasión de nuestro redentor». A los fines del mes de diciembre de 1680, se halló abrasada en un ardiente deseo de aliviar y sacar ánimas del purgatorio y respondiendo el cielo a sus congojosas ansias, oyó una voz que la dijo: «¿Cuántas almas quieres, Catarina, que salgan?».Y valiéndose ella de la ocasión del tiempo, dijo, como hablando y respondiendo a su Dios humanado:

> Todas, Señor, porque cuando un rey de la tierra sale a gozar de la luz de este mundo, acostumbra dar libertad a los presos de sus cárceles y siendo tú rey de todos los reyes y señor de los señores recién nacido en el mundo, no te has de mostrar menos liberal y poderoso que tus criaturas; y así, Señor, todas las almas han de salir de su cautiverio, ninguna ha de quedar en el purgatorio; yo pagaré lo que ellas deben, pues con los realces de tu gracia, puedo merecer y padecer lo que pidiere tu misericordiosa y recta justicia.

Con esta como continuada petición, prosiguió los días de la pascua, feliz para las benditas almas, clamando y padeciendo por todas ellas en común y en particular por las que estaban en lo más profundo de aquel terrible y espantoso seno y por las de los navegantes, vaqueros y natu-

rales de la tierra. A esta petición fervorosa y perseverante, correspondió la liberalidad de nuestro Dios infinito, en su poder y misericordia, con muchas y misteriosas visiones de almas que salían del purgatorio para consuelo de su sierva y para el del mundo, que puede y debe reconocer la inmensa bondad de su creador, y el grande valimiento que tenían en su tribunal clementísimo, las oraciones y peticiones de nuestra Catarina.

En una ocasión, por haber pasado dos o tres días, en que no había visto subir almas a la celestial Jerusalén, dijo al Señor, como quien le preguntaba: «¿Por ventura se ha despoblado el purgatorio, pues no veo salir de él las benditas ánimas?». Y la respuesta fue ver luego una procesión de personajes con hábitos de la Tercera Orden[285] y otra muchedumbre de almas que llegaron a agradecerla el beneficio de su libertad y subida al eterno descanso de la gloria. El día de san Lorenzo de este mismo año, dijo a su divino amante: « ¿Cómo es esto, Señor, que haya yo pasado dos días en un sumo e intolerable padecer y que las almas perseveren en las terribles penas de su cautiverio? No es esto, Señor, lo concertado, porque mis martirios has dicho los ordenas para que descansen ellas». La respondió su amante y divino Esposo: «Pues míralas», y comenzó a ver una muchedumbre, que como en ejércitos y enjambres, fueron saliendo por espacio de siete horas del purgatorio, viniendo todas a reconocer y dar las gracias a la sierva de Dios, como a su insigne bienhechora. Con esta tan amena como gustosa representación, quedó gustosísima y gozosa la sierva del Señor, pareciéndola que después de tanto número de almas que habían conseguido la libertad, pocas o ningunas quedarían en el purgatorio por quienes padecer y pedir; a este pensamiento la respondió el cielo, manifestándola otra multitud no menos numerosa, que iba entrando a purificarse en aquel terrible y ya insinuado seno, dándola a entender que no podían faltar almas en el purgatorio por quienes se debía clamar y padecer. En otra ocasión que se halló muy acosada con las aflicciones y plegarias de las benditas almas, levantó los ojos de su espíritu a Dios y le dijo:

> Señor, en grandes prisiones está mi corazón y terribles son los dolores que atormentan mi cuerpo, y no veo que suban almas amontonadas y apiñadas al cielo; reciba yo para mi aliento el consuelo de ver que suban muchas a alabarte y glorificarte en tu reino.

[285] Ya se ha anotado esta Orden Tercera franciscana.

Y luego vio salir de unas como barrancas y profundidades un sin número de ellas, las unas vestidas de blanco, otras de colorado, otras de blanco y colorado y otras de sayal[286]; y llegando todo este lucido ejército cerca de la sierva del Señor, la rindieron las gracias y dieron el agradecimiento de su dichosa suerte y volaron a su vista a poblar los tronos de la celestial y eterna corte del empíreo[287], dejándola gozosísima y con más ardientes deseos de ayudar y padecer más por las que quedaban en el purgatorio. Finalmente, todos los pobladores de esta penosa cárcel reconocían el poder y valimiento que tenía Catarina con Dios y por eso acudían a ella como a su bienhechora y liberadora en tan crecido número que parecía tenía ella privilegio de tener parte en la redención de todas las penas y cautiverio de aquel terrible y espantoso lugar; y quizás por eso andaba rodeada de tantas que se la representaban los campos, las calles, las iglesias y las casas donde vivía llenas de las benditas almas, y muchas veces en varias formas conque parece significaban los defectos y culpas porque padecían, porque se la dejaban ver en manadas de puercos, que serían los lascivos; en forma de mulas sedientas, que a vista del agua no podían beberla, símbolo acomodado para los avarientos; otras se la aparecían con frenos en las bocas, que serían los blasfemos; otras en forma de culebras dentro de cuevas y puede ser se representasen en esta visión los salteadores; otras se la ponían a la vista en forma de aves, ánsares[288], tórtolas y palomas, aprisionadas con cadenas o enjauladas. Todas estas visiones, eran como cotidianas, pero en número más crecido, se la aparecían en los días festivos de los santos, sus devotos y patrones y con especialidad en las fiestas de nuestro Señor y de su santísima madre.

La decían ordinariamente la gravedad de sus penas y el tiempo que les restaba de padecer para moverla más a compasión y encender su caridad siempre ardiente y abrasada en el amor de Dios y del prójimo. Almas hubo de las que se la aparecían que la aseguraron pasaba de diez años el tiempo de su cautiverio y purificación; otras de veinte, otras de setenta, de cientos otras y aún de trecientos. Algunas la dijeron estaban condenadas a penar en aquellos horrorosos calabozos hasta el día del universal juicio; otras que se estaban purificando en aquel abrasador

286 *sayal*: «tela muy basta labrada de lana burda» (DRAE).
287 *empíreo*: el cielo.
288 *ánsar*: «ganso» (DRAE).

fuego, desde el año en que crucificaron los judíos y fariseos[289] al redentor del mundo. Otras estaban pocos años en el purgatorio y la parecía que con lo intenso y acerbo del padecer, se recompensaba la extensión y duración del tiempo de penar, que se les abreviaba por la bondad del Señor, por sus justos e incomprensibles juicios, y por las oraciones y padecer de su sierva, y este beneficio de ayudar y sacar a estas, decía Catarina, la costaba más que el sacar millones de otras. Solían ser estas almas de sus bienhechores y confesores por quienes pedía con especialidad y por quienes se ofrecía repetidas veces a ser fiadora y pagar todo lo que ellas debiesen pagar a la divina justicia. Pondré en el parágrafo siguiente algunos de los casos particulares, que confirmen lo que dejo escrito en este y de donde se pueda corregir y entender lo mucho que padecía la sierva de Dios por las benditas ánimas y lo mucho que les valía su devoción y caridad compasiva.

## IV

### *Prosíguese la misma materia y de algunos casos particulares en que se ejemplifica y confirma lo dicho en el parágrafo antecedente*

Fue muy singular favor del cielo el que experimentó esta sierva de Dios, consiguiendo de la inmensa bondad y clemencia infinita extraordinarias misericordias y muy singulares beneficencias para sus confesores y bienhechores. Se los mostraba el Señor a todos los que morían, no en estos reinos y provincias solamente, sino en las otras monarquías distantes y más remotas cuando enfermaban de muerte al arrancarse las almas de los cuerpos, al comparecer en el tribunal de la divina justicia, al entrar y salir del purgatorio y a algunas almas, aunque muy pocas, de las cuales dejo hecha mención en la historia, vio subir al cielo sin pasar por el purgatorio y en este número se pueden añadir dos honestas doncellas por su singular pureza y una casada por limosnera y muy piadosa con los necesitados. Al comparecer en el tribunal del supremo y rectísimo juez de vivos y muertos algunas de las almas de sus bienhechores y confesores, se halló presente en espíritu e intercediendo por su buen despacho oyó en varias ocasiones la voz del Señor, que las dijo hablando con ellas: «Hicisteis bien a Catarina, pues dadme las manos, que así favorezco yo a

[289] *fariseos*: «entre los judíos, miembro de una secta que afectaba rigor y austeridad, pero eludía los preceptos de la ley, y, sobre todo, su espíritu» (DRAE).

sus bienhechores».Y alargando su Majestad el brazo, dio muestras de que las colocaba por su divino y propio poder entre los coros y jerarquías de los cortesanos celestes. De una de estas almas, por haber sido pobre en esta vida, dudó el confesor en qué y cuándo podía haber sido bienhechora de la sierva de Dios, y preguntándoselo a Catarina, le respondió: «Pues ¿no se acuerda, vuestra reverencia, que me llevó a mi casa un día, un peso y unos zapatos?». Dichosa limosna que tuvo por recompensa el librarse de las penas del purgatorio y una apresurada entrada y posesión de la inefable y eterna felicidad. Poco más cuantiosa limosna recibió el padre Andrés Cobián[290], provincial actual de esta nuestra provincia, pocos meses antes de su feliz muerte, cuya alma luego que se apartó del cuerpo se la representó a Catarina cerca del cielo, como en un golfo de nubes, que dejaban descubierto solo el rostro, para que la sierva de Dios tuviese el consuelo de verle y conocerle, y entendió que en la altura en que se la mostraban se significaban la superioridad y dignidad que tenía en este mundo el difunto y por la hermosura del rostro, sin señal y muestra de alguna alegría, que padecía sola la pena del daño[291], por el mucho deseo que tuvo de que se le alargase esta mortal y miserable vida. Pasados dos o tres días la preguntó el confesor por el objeto de esta visión, y le respondió: «Ya, ya está en posesión de su eterno descanso, luego le abrieron la puerta, porque era muy querido del Señor y de su santísima madre». Con esta representación entendió el confesor de Catarina otras de sus visiones en que se la aparecían algunas de las benditas almas de todos estados, muy blancas y hermosas, pero cerrados los ojos, como quienes estaban privadas por entonces de la visión clara de Dios, por el poco deseo que tuvieron de verle y gozarle en su reino, donde se comunican y franquean con liberalidad a sus escogidos los inefables tesoros de sus bienes.

A otras almas reconoció en el purgatorio, que por cosas y defectos muy leves padecían mucho y que se la aparecían con los mismos instrumentos y ocasiones de sus culpas. Una se la representó atravesada con un asador que había hurtado en vida; otra partida la cabeza con un azadón; otra con una petaca de plata que había robado y que le oprimía, abrumaba y tenía en terribles ansias y congojas; a otras muchas almas

[290] *Padre Andés Cobián*: educado en el colegio real de san Ildefonso, trabajó en los colegios de Pátzcuaro y Valladolid y gobernador de la provincia (Alegre, 1842).

[291] *peña de daño*: la que consiste en estar privado de la visión de Dios. Sana el alma para alejarla del deseo de los bienes temporales y mundanos.

vio cuyas cruces y penalidades se significaban en los cueros de pulque[292] con que andaban cargadas y afligidas en el otro mundo. Con otra alma de un aguador se encontró que penaba en una ardiente e insaciable sed por no haber dado llena la vasija y medida del agua que le pagaban. Otro espíritu de un religioso la aseguró había mucho tiempo que penaba en aquella terrible cárcel por la costumbre que tenía en vida de farfullar y comérsele parte de una de las antífonas[293] del oficio divino. A otra reconoció que en forma de un costal de polvo o ceniza ardiente le traían arrastrando por los callejones y calabozos del purgatorio, porque se alababa mucho en vida y se complacía mucho más en todas sus obras, con tal sinceridad que los vivos lo atribuían a una ingenuidad y bondad natural, en que les parecía que habría poca o ninguna culpa. Se encontró con un rey y reina de este mundo, que llevaban setenta años de purgatorio, y con otro monarca que la dijo había trecientos años que estaba en aquella penosa y terrible cárcel, y que aún le restaba mucho tiempo de padecer por sus defectos. Finalmente acabó con decir lo que decía la sierva de Dios en los tiempos en que se hallaba asistida y engolfada[294] en las luces e ilustraciones del cielo; y era asegurar a sus confesores que no la preguntarían cosa de las que había visto dentro de aquel lugar de que no pudiese dar razón, así de sus pobladores como de su situación variedad de calabozos y muchedumbre de instrumentos de atormentar. Y de este conocimiento nacía el pedir incesantemente al Señor que la castigara a ella acá y no allá, donde aprensan, asan, tuestan y despedazan. Y así la que entraba en visión tantas veces como bienhechora y libertadora, temía y temblaba de entrar como rea, y procuraba con todas sus fuerzas que no entrasen o que saliesen con brevedad de aquellas tristes moradas las de sus hermanos y prójimos, a costa de sus lágrimas y dolores.

Pedía con incesante tesón por una alma de cierto personaje, que entendió estar condenada a purgatorio de gravísimas penas por espacio de setenta años, pero al paso que ella clamaba con perseverancia y varonil constancia, la respondía el Señor enviándola intolerables dolores e inexplicables tormentos. En esta ocasión parece que batallaban en el campo de la paciencia de nuestra Catarina los rigores del justo y supremo juez

[292] *pulque*: bebida alcohólica sacada del maguey.

[293] *antífona*: breve pasaje, tomado por lo común de la Sagrada Escritura, que se canta o reza antes y después de los salmos y de los cánticos en las horas canónicas, y guarda relación con el oficio propio del día (DRAE).

[294] *engolfada*: sumida, sumergida.

con los poderíos y valentía de la divina gracia, porque algunas veces se hallaba tan fortificada la sierva de Dios, que suplicaba su alma abrasada en un incendio de caridad a la inmensa bondad de la misericordiosa omnipotencia, que la enviase más y más que padecer por el difunto, y en otras ocasiones, como rendido su delicado cuerpo a tanto padecer, se hallaba sin fuerzas, y con un insuperable horror al pedir por esta alma necesitada y entre estos desfallecimientos se volvió tierna y dolorosa al Todopoderoso, y le dijo:

> ¿Qué es esto, Señor? ¿Tienes una mano para afligir y atormentar, y escondes la otra que te sirve para fortalecer? Retíralas ambas a dos o resplandezca el poder de tu misericordia, en competencia con el poder riguroso de tu recta justicia.

A estas voces la respondió la eterna Sabiduría diciendo: «Pues ¿cómo ha de salir esta alma con brevedad de su cautiverio, si no se satisface primero a mi divina justicia?» Y la sierva de Dios oyendo las divinas voces, le dijo:

> No rehúso, Señor, el penar y satisfacer la deuda del difunto; lo que pido es que muestres tu inmenso poder en fortificar la débil y flaca naturaleza para padecer más y que hagas alarde de tu infinita misericordia en quitar o templar este miedo y horror insuperable que he cobrado al sufrir y me impide el pedir y clamar por esa alma afligida.

Por ella padeció Catarina muchos días continuados excesivos dolores y martirios, que explicaba en parte la sierva del Señor diciendo:

> No sé cómo vivo, me hallo llena y rellena de un fuego abrasador, revestido de humaredas tan espesas que se me representan semejantes a las palpables tinieblas del infernal abismo, atravesada ando con dos lanzas de dolor, cruzadas desde los hombros hasta los muslos que me despedazan las entrañas y causan intolerables dolores en las coyunturas y todo lo interior de mi cuerpo, a ratos siento que me descuellan como con almohazas de hierro, tan ásperas y crueles, que parece se han fabricado en las herrerías del infierno.

En esta tribulación tan penosa se la volvió a aparecer el Verbo Humanado, y la dijo: «¿Quieres que me siente sobre uno de tus hombros?». Y Catarina le respondió: «No Señor, porque si vienes de amor se convertirán en gozos mis penas, y si vienes crucificado no podré sufrirte,

porque si me faltan fuerzas para llevar tu cruz, ¿cómo podré cargarte a ti con ella?»

Compadecido y lastimado el confesor de lo que veía padecer a su penitente Catarina y ponderando sus graves y últimos desfallecimientos y que las facciones de su rostro eran más de muerta que de viva, no tenía corazón ni aliento para exhortarla a que clamase y pidiese por el difunto y así se valió de otra persona contemplativa para que se encomendase a Dios y, habiéndose puesto esta en presencia del Señor y rogado por el alma que se le había encomendado, le respondió el cielo: «Di al padre que si insta Catarina se le abreviarán a ese difunto mucho las penas y el tiempo de su purgatorio porque quiere la inmensa bondad del Señor que tenga parte su sierva en todas las obras maravillosas de su infinita misericordia». Con esta noticia comunicada al confesor, volvió este a encargar a Catarina el alivio y libertad de la bendita alma y ella le dijo: «¡Oh, padre de mi alma, si conociera la cruz que me ha echado al hombro con ese mandato! Pero yo obedeceré a Dios en la voz de su ministro y vicario». Con esta obediencia creció tanto el padecer de esta caritativa virgen que andaba entre los hombres como atontada y desatinada sin poder decir ni explicar lo intenso de sus dolores y las congojosas ansias que resultaban en su alma por varios caminos, herida y crucificada. Pero esto que Catarina no podía decir ni el confesor de su boca entender, lo manifestó Dios al mundo por la ya insinuada persona contemplativa y a mi juicio, virtuosa, cuya relación es la siguiente:

> Me hallé —dijo— en ocasión que pedía por el recomendado difunto, en unos subterráneos callejones oscuros, lóbregos y horrorosos que, divididos en varias sendas, servían de tránsito para entrar en diversos senos y calabozos terribles y espantosos por su espesa oscuridad y tristes llamas, donde penaban sin consuelo innumerables almas, y después de mucho andar y mucho ver llegué a un socavón donde penaba la dicha alma y, aunque no me la mostraron porque me dijo una voz que no estaba para ser vista, pero me enseñaron una caldera hirviendo de asquerosa viscosidad dentro de la cual se estaba purificando y entendí que distaba aquel lugar sola una cuadra de la boca del infernal abismo a donde no llegué, si bien alcancé a oír unos truenos o chasquidos[295] como de chirrión[296] de cochero que me herían y traspasaban el corazón y, mirando hacia donde sentí el ruido, descubrí a lo

[295] *chasquidos*: «sonido o estallido que se hace con el látigo o la honda cuando se sacuden en el aire con violencia» (DRAE).

[296] *chirrión*: «látigo o rebenque fuerte hecho de cuero» (DRAE).

> lejos un agigantado personaje en traje de turco y en el semblante horrible que me pareció ser guardia de la puerta del infierno. Estando en este paraje asombrada y como espantada mi alma, reconocí en un grande salón a Catarina, vestida con una túnica morada y cargando una cruz muy gruesa y tan larga que tendría a mi vista como doce varas[297] de largo. Me admiré al verla cargar tan pesado madero y mucho más de ver la apresurada diligencia con que caminaba y de la extraordinaria grandeza y robustez del hombro en que la cargaba. Noté también que aunque el salón era muy largo, faltaba poco para que Catarina llegase a su fin y me dieron a entender que era significación de que faltaba poco tiempo para que el alma afligida saliese de las terribles penas del purgatorio, cuya cruz se había echado al hombro la sierva del Señor.

Todo esto parece que se verificó, porque pocos días después de esta visión, se apareció a Catarina el recomendado difunto, entre otras muchas benditas almas, muy blanco y hermoso y con apariencias de buen ser, y la agradeció lo que había padecido por él, prometiéndola sus continuas peticiones y ruegos en la presencia y vista clara de nuestro creador y redentor. En el tiempo de esta batalla y espiritual lucha, en que reconocía el confesor a esta esclarecida virgen, desfallecida muchas veces y como arrastrada por la tierra, rendida la humana y débil naturaleza a la violencia de los dolores y tormentos, dijo y preguntó en una ocasión al sujeto y persona que tuvo la ya insinuada representación, si le atrevería a poner su hombro debajo de la pesada cruz para ayudar a la sierva del Señor, y servirla de Cirineo[298]. Respondió que pronta estaba, si fuese la voluntad de Dios, a cargar parte del peso del pesado madero que agobiaba y rendía el delicado cuerpo de Catarina y pidiéndoselo después a la divina Majestad en virtud de la pregunta que le había hecho el confesor, oyó una voz que le dijo: «Tú y Catarina, habéis de ser como dos oficiales de platería, uno que hace y forma el vaso de oro o plata y le perfecciona con el fuego y el martillo; y el otro que solo le bruñe[299] y emblanquece, y este serás tú, porque es para mucho más mi querida Catarina». Otra alma espiritual y de muchas imaginarias visiones (aunque

[297] *vara*: «una de las antiguas medidas españolas. Es una unidad de longitud que equivale a 3 pies. Respecto a la longitud del pie, la vara variaba en los distintos territorios de España». Normalmente entre 700 y 950 cm. La cruz tendría unos 10 m. de largo.

[298] *cirineo*: «persona que ayuda a otra en algún trabajo penoso» (DRAE). Por referencia a Simón Cirineo, que ayudó a Cristo a llevar la cruz camino del Calvario.

[299] *bruñe*: «sacar lustre o brillo a un metal, una piedra, etc» (DRAE).

no sé si con él suficiente fundamento de virtudes que se requiere para la seguridad en estos extraordinarios y peligrosos caminos de nuestros espíritus) vio un día de estos a la sierva de Dios cercada de muchos y apiñados demonios que la sofocaban, herían y maltrataban, procurando impedirla el clamar y pedir por los pobladores del purgatorio, y estando mirando esta violenta y enfurecida opresión diabólica, oyó la voz de Catarina que imploraba el auxilio de las benditas ánimas, y vio luego que salían como enjambres y ejércitos de espíritus de aquel terrible y espantoso seno, los cuales batallando con todo el infierno, que combatía la sierva del Señor, la defendían de las infernales huestes, apartándolas y confundiéndolas con la licencia y poder que la divina Majestad les comunicaba, obligada de los ruegos y clamores de su sierva.

# LIBRO CUARTO
# DE SU ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN, DE ALGUNAS DE SUS VISIONES Y PROFECÍAS, Y DE SU MUERTE Y ENTIERRO

# CAPÍTULO I
# DE SU ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN

## I
### *Del modo de orar que comunicó Dios a su sierva*

El padre Miguel Godínez[300] de la Compañía de Jesús, de quien tengo hecha mención en esta historia y que fue uno de los primeros confesores de nuestra Catarina, con aquel don de claridad y soberana luz con que escribió su *Teología mí*stica[301] y las reglas de que usaba para discernir y conocer los buenos y malos espíritus, y para conducir a los que corrían por su cuenta al más alto vuelo de la perfección, reconoció en la sierva de Dios muchas señales naturales y sobrenaturales de que era vaso escogido del Altísimo para depósito de los prodigios de la omnipotencia y maravillas de la divina gracia. Y porque hubiese cooperación de parte de la criatura, la dio un librito de meditaciones para que aprendiese y conociese las verdades católicas que podía servir de materia a la meditación y de luz, para entender y practicar el modo de la interior y exterior reverencia conque debía ponerse en la presencia de Dios, y hablar y tratar familiarmente con su divina Majestad. Este es el sabio consejo y la primera regla que se debe dar a los principiantes y aprovechados en el camino del cielo, porque como notan y afirman los maestros de espíritu la lección de los libros sagrados y devotos es el primer escalón de la vida contemplativa, pues con su leyenda se esclarecen nuestros entendimientos por medio de las divinas palabras que leemos en ellos y se provee a la meditación de materia copiosa, fija y devota para que no sea estéril o corta por falta de cosas en que piense, ni errada por falta de luz y verdad en lo que discurre, ni sea vaga, salpicando de una materia en otra sin provecho por no tener cosa determinada en que se cebe, ni sea seca y sin jugo por no tener materia a propósito que la enternez-

[300] *Padre Miguel Godínez*: religioso de la Compañía de Jesús, hombre afamado por su inteligencia, maestro de filosofía, escritor místico y posteriormente misionero en el norte del virreinato. (García Ayluardo, Ramos Medina, 1977, p. 168).

[301] *Práctica de la teología mística*, La Puebla de los Ángeles, 1681.

ca. Finalmente, en los libros devotos se nos provee de remedios contra los vicios, de armas contra las tentaciones, de consejo en las dudas, de consuelo en las tristezas, de aliento en los trabajos y de medios para alcanzar la perfección de todas las virtudes, que debe ser el fruto y fin de leer los libros sagrados y devotos, así como el de la buena oración y meditación, donde se discurre, considera y pondera lo que se ha leído despacio y con provecho. Este medio tan santo y provechoso de poco o nada le sirvió a nuestra Catarina, porque como no sabía leer, como era bozal y muy cerrada cuando niña, con dificultad hallaba quien le leyese ni diese a entender la significación de las voces, ni el concepto ultimado y perfecto de las verdades e instrucciones que se contenían en el dicho y recomendado libro, pero en medio de esta humana imposibilidad persistía con constancia importuna en buscar quien se lo leyese y se lo explicase en el contenido, y cuando no hallaba quien la ayudase entre las criaturas, se acogía al creador en el silencio de la noche, como lo dijimos en la primera parte de esta historia, y le decía:

> Señor y Dios mío, tu ministro me manda tener oración y meditación, yo no sé lo que es lo uno ni lo otro, pero tú, que penetras lo más escondido de los corazones sabes que deseo amarte y no ofenderte, todo lo demás que me dicen tus ministros y tus cristianos, no lo percibo ni lo entiendo, porque soy una bozal y una bestezuela sin memoria y sin entendimiento; háblame Señor en mi lengua para que yo conozca tu voluntad; suene tu suave voz en tus oídos que presta estoy para oírte y obedecerte.

Con estos sentimientos humildes, hijos del conocimiento que tenía de sí misma, se ponía postrada en la presencia de Dios la esclarecida virgen, como lo hacía el santo rey David cuando delante del Señor se comparaba, y tenía por un inútil jumentillo[302]; y como Abraham cuando dijo: «Hablaré con mi Dios aunque sea polvo y ceniza»[303]. Y con estos afectos suplía Catarina la disposición que juzgaba faltarla para la oración y meditación que la mandaba su confesor tuviese; y con ellos obligaba al Señor que la comunicase con mayor liberalidad sus divinos dones, uniéndose cada día más y más estrechamente con esta alma escogida para su ameno huerto y delicioso paraíso; pero sin que ella lo entendiese, porque se conservase en el conocimiento de su indignidad y crecie-

302 *jumento*: «Pollino, asno, burro» (DRAE). *Salmos*, 72, 23.
303 *Génesis*, 18, 27.

sen los deseos y ansias de conseguir de su infinita bondad y misericordia este precioso don que le había encargado su confesor y que Dios quería concederla en muy alto grado y con grande abundancia de ilustraciones e inspiraciones celestiales, como se ha dicho y se leerá en lo que falta de la historia, porque generalmente hablando es ley ordinaria de nuestro creador y quiere su Majestad que cooperen todas las criaturas de su parte con la divina gracia y se dispongan para recibirla. Y no hay mayor señal de que el Señor se inclina a hacernos esta merced que darnos eficaces impulsos y ansias de pretenderla y aparejarnos para recibirla. Y a esto parece que mira aquel célebre consejo del Eclesiástico[304], que el ir a la oración sin disposición y preparación, es tentar a Dios y consiguientemente, no alcanzará el don ni el fruto de la meditación, porque él tiene merecido el desamparo del Espíritu Santo, de quien procede esta gracia y de quien depende toda buena oración, pues sin su ayuda no podemos decir Jesús, que es el nombre en cuya virtud oramos. Y finalmente, para apoyo de esta doctrina viene a propósito el dicho de san Bernardo: «Que como nos aparejaremos para tratar con Dios, tal se mostrará Dios con nosotros». Todos los días y todos los instantes del tiempo de su vida, con cuidadosa solicitud procuró nuestra Catarina, disponerse y estar aparejada para hablar con Dios, así como para alcanzar una buena muerte; y por esta continuada preparación y solícita diligencia, la comunicó el Señor el don que llamamos trato familiar con Dios, el cual no es orar una vez u otra, sino hablar a Dios con mucha frecuencia con gran amistad y confianza, como habla un amigo con otro muy íntimo o un hijo con su padre y esposo con su querida esposa, y por esta razón, quizás definió san Bernardo la perfecta oración, diciendo que es un afecto del hombre unido con Dios, una plática familiar con él y una asistencia de espíritu ilustrado para gozar de su dulce compañía mientras le fuere concedido. Para esta tan soberana, extraordinaria y dulce conversación en esta miserable vida ya se deja entender cuán necesario es que en esta alma escogida, hubiese la omnipotencia y liberalidad del divino Amor derramado de los raudales de sus misericordias, fecundado con avenidas de sobrenaturales noticias de su memoria, ilustrando su entendimiento con luces y conocimientos de verdades católicas e inflamando su voluntad para la conservación de los encendidos afectos y amorosos coloquios, con que se entretenía gustosa con su creador y redentor. Todo esto se demuestra, en parte, en el discurso de la vida de la sierva de Dios y en

[304] *Eclesiástico*, 18, 23.

lo que dejamos escrito en la historia, donde las palabras que decía a su divino amante, son argumento de los secretos que la descubría la eterna Sabiduría y de los gozos, fuerzas y riquezas espirituales, que resultaban en su dichosa alma, tales que la misma que los experimentaba y sentía no podía explicarlos; si bien nos decía que en estas celestiales visitas, la comunicaba en un instante el Señor más noticias que la pudieran enseñar en muchos años los hombres.

Con este especial magisterio del cielo y asistencia del Espíritu Santo, se hallaba Catarina en uno como continuado ejercicio de perfecta oración y contemplación, sin hacer reflexión ni acordarse de las reglas y pocos documentos[305] que percibía y entendía de los libros y padres de su espíritu. Le sucedía lo que a los diestros músicos, que procurando saber y practicar los preceptos de su arte, vienen con el ejercicio a cantar y tañer con perfección sin acordarse de las reglas que aprendieron, ni atender al modo como menean los dedos. Así lo experimentaba la sierva de Dios, porque el mismo Espíritu divino la ponía y traía en su presencia, levantaba y enderezaba su intención, concertaban sus meditaciones, ilustraba su entendimiento, encendía sus afectos, ordenaba sus peticiones y coloquios, y obraba tan maravillosos efectos, que ella gozándolos no podía declararlos, ni los confesores sin admiraciones ponderar los soberanos conocimientos y afectos que advertían en la sierva del Señor, cuando les daba cuenta de su conciencia. Ni el más leído, ni el más letrado, ni el más elocuente, pudiera mejor que Catarina prorrumpir en más verdades católicas, ni ostentar su grande sapiencia en los conocimientos pertenecientes a las perfecciones y excelencias del divino Ser Trino y Uno, y de la Santísima Humanidad de Cristo nuestro Señor, que era el principio y fin de todas sus oraciones, porque en su nombre las comenzaba y con el mismo, las concluía esta sierva de Dios, negociando con el eterno Padre, por medio del Verbo Encarnado lo que el Humanado Verbo quería que negociase con su Padre. No pide esta verdad otra prueba que la reflexión y remembranza de todo lo dicho en el discurso de toda la historia, así como ni para entenderse la profundidad del conocimiento propio en que vivía esta esclarecida virgen en este mundo ciego y olvidado de todo lo que importa para la eterna y verdadera felicidad. Y este conocimiento de sí misma la importaba mucho para andar en un continuado ejercicio de oración y trato familiar con Dios,

[305] *documentos*: consejos, directrices, orientaciones.

confesando en la divina presencia sus ignorancias y miserias, y haciendo de ellas títulos para que el Espíritu Santo hiciese interiormente oficio de sabio y divino maestro, enseñándola con impulsos e inspiraciones a orar y clamar al creador, por sí y por todas las demás criaturas. En una ocasión, uno de sus confesores, que hoy vive asombrado de las soberanas noticias y profundos conocimientos de que reconocía estar lleno el espíritu de su penitenta sin reflexión ni atención a lo que hablaba, la dijo: «Catarina, ni yo tengo qué enseñarte, ni sé que pedir para ti el Señor». Y como si la hubiera dicho, «todo lo que yo sé y alcanzo, lo miro impreso y como infundido con mayor claridad y perfección en tu alma y todo lo hermoso de las virtudes que yo pudiera desearte, lo veo con expresión y superiores realces en tus obras, palabras y pensamientos». Se dio por entendida y respondiéndole a su pensamiento y concepto, le dijo:

> Advierta vuestra merced que aunque en mi entender se experimentan estas verdades y sus noticias con mayor perfección y claridad, cuando me las comunican e infunden interiormente que cuando las oigo de boca de mis confesores, pero no queda tan asegurada el alma que no vive, ni quiere vivir, si no es en fe y por el camino de la fe, y así enséñeme a obedecer a Dios por la boca y lengua de sus ministros y pida a la divina Majestad, que si estoy en su gracia me conserve en el bien obrar hasta el fin, para que yo asegure una buena muerte.

Bien se acreditaban de celestes y propias del buen espíritu estas visitaciones con que la favorecía el cielo, por los efectos que resultaban en su alma, porque los favores de Dios extraordinarios suelen traer consigo una gran luz que imprime un profundo conocimiento de nuestra nada, indignidad y miseria con gran confusión por nuestras culpas, la cual destierra toda vanagloria, complacencia y vana confianza y engendra y conserva una humildad verdadera y muy profunda en lo íntimo del corazón, la cual sola, experimentada y bien conocida, es bastante señal del buen espíritu; así como la soberbia y vana gloria es indicio cierto del espíritu malo. De aquí nacía el que los confesores de Catarina tuviesen y calificasen de bueno su espíritu, en quien dejaba los favores del cielo todos los efectos de una santa humanidad, pues no les atribuía a su industria, sino a la misericordiosa liberalidad del Dador[306], confesándose siempre indigna y admirándose de que la majestad de Dios hiciese caso

[306] *Dador*: Dios.

de la más vil de las criaturas y quisiese comunicarse a tan asqueroso gusanillo. De este conocimiento la nacía aquel continuado temor de condenarse, de que hice mención ya en el segundo libro, pareciéndola que por su flaqueza y maldad no correspondía ni podía corresponder como debiera a las obligaciones en que la ponían los extraordinarios y repetidos beneficios del cielo y que como a ingrata merecía la quitase lo que de gracia le habían dado o lo que por indigna no había conseguido y este sentimiento era el que ordinariamente advertían y ponderaban en la sierva de Dios sus confesores cuando en sus palabras la veían pospuesta a todos los pecadores y aun los mismos infernales espíritus, como lo dijimos en el capítulo de su grande y verdadera humildad. Y todo esto era efecto de aquella soberana luz, con que se la representaba la poquedad de su ser y la grandeza de los defectos y ofensas contra un Dios inmenso en su bondad y amorosa misericordia para con los hombres, que la confundía y humillaba hasta el abismo. Estos acontecimientos desean los maestros de espíritu en los letrados y sabios, que se dan a este ejercicio para que lleguen a tener una perfecta y provechosa oración, porque las demás consideraciones y meditaciones sutiles y delicadas suelen impedir más, que aprovechar a los que oran, que dejándose llevar de demasiadas especulaciones y curiosidades recogen en los discursos de sus entendimientos muchas verdades, pero no tanto de virtudes y santos afectos de la voluntad, que es la que hace santas a las almas y las una íntimamente con su creador y redentor, empleándose todas en el amor y gozo del sumo bien, sin acordarse de otra cosa que de su Dios, con quien tratan ni atender más, que a conocer su santísima voluntad para ejecutarla. A esta altura de perfección y de oración subió el Señor a Nuestra Catarina, por la humildad con que se ponía en su presencia y porque, desconfiando de su industria y capacidad, ponía su confianza en la enseñanza y discreción de los confesores, que la gobernaban en nombre del Espíritu Santo, que regularmente hablando no inspira cosas extraordinarias al que no está bien fundado en profunda humildad, ni al inclinado y tentado de vana gloria, porque no le sea ocasión de caída. Y con esta razón y doctrina se pueden desengañar los que gastando el tiempo de su recogimiento en solos discursos muy curiosos, olvidados de mover su voluntad a los encendidos afectos y deseos en que consiste el fruto y mayor provecho de la oración, más que en especulaciones y discursivas meditaciones, y pueden también consolarse los que se quejan de que no saben o no pueden discurrir en su recogimiento por falta de

consideraciones y ponderaciones con qué dilatar y extender los puntos y materias, sobre que quieren meditar, porque si atendemos a la doctrina de las Sagradas Letras Dios se comunica con mayor frecuencia y liberalidad, a los humildes y sencillos de corazón. Y en esto muestra ser el Señor el principal maestro y ayudador para obra tan gloriosa, como se verificó en esta virgen escogida y en lo natural ignorante, a quien con unas consideraciones llanas y sencillas, como son el que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre y que se puso en una cruz por sus criaturas, se encendía en amor del Señor y en deseos de humillarse y mortificarse por su amor y por el amor del prójimo, y gastó toda la vida en la práctica y ejercicios de estos fervorosos afectos, por la asistencia del divino Espíritu, que le guiaba y dirigía.

## II

### *De la perfecta contemplación y unión con Dios que se reconoció en esta sierva de Dios, por los efectos que notaron y calificaron con la debida y prudencial advertencia sus confesores*

Admirable es la providencia del Altísimo en guiar almas al cielo, y cortísima es la prudencia humana para disponerlas y encaminarlas. Dios, por la naturaleza que nos dio a imagen y semejanza suya, con título de poder ser hijos suyos por gracia, nos ofrece el don de la oración y contemplación, así como todos los demás dones de su Santo Espíritu sin excluir a ninguno que quisiere y se dispusiere bien para recibirlo a la manera que a ninguno excluye ni niega el espíritu de su gracia porque como nos lo tiene prometido por su profeta, concederá a todos los vivientes si por ellos no queda espíritu con que le sean agradables y acierten a pedirle lo que nos conviene, pues como sol soberano de justicia desea comunicarle y derramar sobre ellos con abundancia los dones y gracias de su inmensa bondad e infinita misericordia. Es verdad y como tal nos las enseñan los maestros de vida mística que hay un espíritu de oración especialísima y tan alta que pocos de los cristianos la alcanzan porque no cae debajo del magisterio humano y ser su enseñanza sobre todo arte[307], y exceder a todas las humanas industrias y sus inteligencias, supuesto que los mismos padres de espíritu confiesan que no pueden enseñarla ni declarar lo que es ni de la manera que se comunica e infun-

[307] *sobre todo arte*: por encima de cualquier técnica y explicación.

de en las alamas ni declarar lo que es ni de la manera que es y que no está en manos de los hombres el adquirirla por ser gracia muy graciosa que hace Dios a quien quiere y cuando quiere y por medios y modos tan extraordinarios y tan superiores a todos los entendimientos creados que los mismos que reciben este singularísimo don de contemplación, no saben ni pueden explicar el favor ni el modo con que le experimentan en lo interior de sus corazones y en el fondo de sus regaladas almas. Este don explicaba Catarina diciendo siempre que, como bestia que era incapaz, no acertaba ni podía explicarlo, si bien añadía muchas veces palabras con que suelen los doctores experimentados insinuar sus más profundas inteligencias. Decía y respondía a sus confesores:

> Yo no sé lo que me sucede pero advierto que de aquella presencia continua del Señor que ya tengo explicada en otras ocasiones, me viene una soberana luz que se apodera de mí de suerte que, bañada y penetrada mi alma de este extraordinario don, ve o se le representa sin forma, imagen ni figura el divino Ser con sus atributos, perfecciones, misterios y verdades de nuestra santa fe y otras cosas divinas reveladas al alma con un mundo tan realzado y extraordinario que conturba a toda la naturaleza e inmuta con suavidad y gozo a todas las superiores potencias del espíritu. Porque ella manifiesta al entendimiento lo que no pudiera por sí alcanzar ni entender, e inflama a la voluntad con especialidad y exceso de gozos tales que no duda reconocerse regalada y favorecida de su creador y amado redentor que comunica a estas almas con particular, escogidas para sí una bienaventuranza en esta vida, muy parecida a la eterna por lo que de ella participa.

Parece que alumbraba a esta sierva de Dios el espíritu que ilustró a san Agustín, en cuyo sentir, así como la eterna y más cumplida posesión de la gloria inenarrable[308], consiste en la contemplación o vista clara de la divinidad, con el amor encendidísimo de la infinita bondad y con el gozo y posesión de sus inestimables riquezas, con las mismas esperanzas infalibles, promete y comunica a algunas almas de sus criaturas en esta vida, algo de los inefables bienes que tiene el archivo de su omnipotencia, escondidos el Altísimo para la eterna felicidad de sus bienaventurados, por medio de una contemplación gozosa del mismo Dios, fundada en una fe oscura pero muy cierta, y en la posesión del sumo bien en que están todos los bienes juntos, poseído no al descubierto con la clara vista del inmenso ser, como en el cielo, sino con la luz de la contemplación

[308] *inenarrable*: «inefable (que no se puede explicar con palabras)» (DRAE).

tan encendida y luminosa que llena y rellena a los contemplativos de un inexplicable gozo, y altura a que aspiraba el santo rey David, cuando dijo hablando con Dios: «Yo me presentaré delante de ti y me pondré en tu presencia con justicia y santidad, para quedar harto cuando se me descubriere tu hermosura y gloria». Como si dijera,

> ¡Oh hermosura inmensa que desean mirar los ángeles! pues aunque siempre te ven con claridad, no se cansan de verte ni sienten fastidio en amarte. Yo también con ansias deseo verte con la contemplación y con tal fervor de espíritu, que no me canse de buscarte para verte, ni de verte para amarte.

A esta alteza de contemplación califican los místicos de bienaventuranza en la tierra por lo que tiene de participación y semejanza con la eterna, que como tengo insinuado, consiste en la vista clara y contemplación del divino e infinito ser, y es propia de los bienaventurados espíritus que habitan en la celestial Jerusalén, donde absortos y embebecidos, viendo y amando a Dios para siempre jamás con una simple y clara vista de la suprema Majestad y gozando de su presencia y de su gloria, con una como nueva admiración amorosa, gozosa y tan permanente, que no puede acabarse ni interrumpirse la posesión de aquella inefable y eterna felicidad. A este modo pues (hablando con la debida proporción) subía Dios muchas veces a la sierva de Dios en esta vida, a una tan alta contemplación, que ordinariamente tenía en su entendimiento presente al Señor con una simple vista que la causaba un copioso y abundante gozo, que rebosando y no hallando capacidad en el estrecho vaso de su corazón, se hallaba embriagada del divino Amor por cuya beneficencia experimentaba innumerables y admirables efectos; por los cuales podemos conocer la grandeza de este gracioso don de la contemplación y calificar a esta alma de contemplativa por la gracia de Dios, que con su soberana sapiencia le da a quien quiere y como quiere, pues no se puede enseñar, aprender, adquirir, ni poner en arte. Pero la prueba de esta verdad depende de la leyenda[309] de toda la vida de esta sierva de Dios, donde hallarán los experimentados contemplativos los grados de perfección que se pueden hallar escritos. Este don sobrenatural con especialidad conociendo a esta alma y otras, es al modo de gracia *gratis data*, y le concede la omnipotencia a quien quiere y cuando quiere, para descubrir en parte a los vivientes, los tesoros de su inestimable caridad,

[309] *leyenda*: lectura.

amor y bondad, y asomos de los soberanos regalos que tiene guardados para sus predestinados y escogidos, mostrándose con ellos en la tierra, mientras viven esta mortal vida, afable, benigno y poderoso, porque como amante del mundo muestra en todo tiempo tener sus regocijos y delicias en estar y conservar con los hijos de los hombres[310]. Y muchos más después que se humanó e hizo uno de ellos derramando con abundancia sobre sus predestinados el espíritu de su gracia, para hacerlos muy amigos suyos y tratar con ellos con una familiaridad y benignidad prodigiosa, de que se admiran los ángeles de su gloria.

Este don suele el Señor concederle en correspondencia de servicios que le hacen sus criaturas, procurando reconocerle con fe por su Dios y Señor en todas sus obras, como lo vemos en el espejo de la experiencia de personas muy ejercitadas y afligidas con varios y extraordinarios géneros de trabajos y tribulaciones, cuyo grande sufrimiento para alentar su paciencia, ha premiado el Altísimo en esta vida, con avenidas repetidas de sus soberanas luces y misericordias. Está apoyada esta verdad en las sagradas letras del Nuevo y Viejo Testamento y en las historias y vidas de los santos con muchos y amontonados casos que por comunes y obvios omito allí como los especiales favores y altísimos grados del espíritu de oración que ha comunicado el Señor a los religiosos y personas, que totalmente y de corazón han dejado cuanto tenían y podían tener en el mundo por dedicarse al trato familiar, en interior con su creador. Pues como dice Casiano[311], la divina contemplación y oración quieta que nos une con Dios, es el fin de los ejercicios religiosos y cuando no experimentamos este don y celestial beneficio, debemos creer que nuestros defectos y descuidos, son ordinariamente la causa; porque el Señor no es escaso en dar sus dones, ni niega a cada uno la gracia de su vocación para que pueda conseguir y llegar al fin de ella, que es familiar y regalada comunicación con los que llamó para el estado y modo de vida en que se dedican sus criaturas, con buenos y santos deseos y con cristianas y fervorosas disposiciones a procurarle. Pero con especialidad nos consta que ha comunicado Dios este don de contemplación excesivo y sobre todas las humanas fuerzas y merecimientos a tres suertes de personas a

[310] Paráfrasis de *Sabiduría*, 8, 22-31.

[311] *Juan Casiano o Cassiano*: (360-435 d.C) sacerdote, asceta y padre de la Iglesia. Nació en la actual Rumanía, aunque es seguro que se formó en Belén y vivió durante siete años como eremita en el desierto de Egipto.

los que escogió en su eternidad para grandes de primera clase[312] en su reino y consiguientemente, para muy altos grados de perfección y santidad en el mundo o para ser guías y maestros de otros en la militante Iglesia. Así vemos que en la ley antigua se lo comunicó a Moisés, David y a otros insignes profetas y en la ley de gracia a los apóstoles y fundadores de las religiones y a otros grandes santos, a quienes ha hecho de su imperiosa y real cámara, dándoles la llave maestra[313] del más superior espíritu de oración para entrar con frecuencia a tratar con la inmensa Majestad de misterios muy secretos e importantes que no se manifiestan sino a los muy amigos y a los que llamamos de la llave dorada[314], los cuales aun en el gobierno humano y político bien ordenado suelen ser muy pocos y muy selectos, y que de estos en el Consistorio[315] divino haya sido esta sierva de Dios, no lo dudo, ni lo dudará el que habiendo leído y ponderado el discurso de su vida penetrare sus entradas, medios y salidas. Pero no obstante esta seguridad que me prometen los escritos antecedentes, quiero añadir algo más que pueda servir de remembranza de las virtudes, prodigios y extraordinarios favores que recibió la sierva de Dios, los cuales se deben atribuir todos al Señor y a su bondad y misericordia infinita, para bien del universo, con la cooperación de una de sus criaturas escogidas.

## III

### *De varios efectos, al parecer encontrados, de su contemplación*

Era su oración y contemplación tan continua, que como tengo dicho y probado, no la interrumpía el sueño, porque en él pensaba, amaba y se unía altísimamente con Dios, y siendo así que la naturaleza estaba impedida con el sueño, su dichosa alma se reconocía regalada con la divina presencia y con los suaves manjares: flores olorosas y deleitosas, músicas celestes que la daba con liberalidad el soberano esposo, su único amado. En estos sueños recibía noticias de arcanos misterios, de cosas futuras y presentes que sucedían en estos reinos y en lugares y ciudades muy

[312] *grandes de primera clase*: una categoría de nobles de la corte española.

[313] *llave maestra*: la que abre todas las puertas.

[314] *llave dorada*: insignia del gentilhombre de cámara del rey. Se llamaba también llave capona, porque no abría las puertas; era insignia de un cargo de confianza real.

[315] *consistorio divino*: «tribunal o trono de Dios» (DRAE).

distantes pertenecientes a nuestra monarquía y a otras opuestas a nuestra santa fe que sucedían según la observación puntual de sus confesores, que reconociendo en sus sueños y abstracciones mucho de extraordinario que podría servir para dirección a la prudencia humana y no poco para rastrear los incomprensibles misterios de la divina Providencia esta admirable conversación entre Dios y esta alma sencilla e inocente, se admiraba en sus sueños y mucho más cuando despierta porque la parte superior del alma subía muchas veces a tal alteza de contemplación que ardía y se abrasaba en el amor de Dios, a quien gozaba y alababa sin que la inquietasen ni pudiesen inquietar por entonces distracciones, tentaciones, imaginaciones, ni aun las ocupaciones de los sentidos interiores y exteriores, porque en este paso se hallaban las potencias superiores del alma en tan alta cumbre que no podían llegar allá las tempestades y torbellinos del viento de las pasiones y malas inclinaciones de la naturaleza. Y así solía decir esta sierva del Señor:

> Aunque veo, oigo, hablo, duermo y padece el cuerpo, me hallo unida con un sumo bien que me regala, favorece y comunica sus más ocultos secretos, que no puedo explicar y por esto me sirven de pena y martirio estos mis embobamientos.

Estos llamados embobamientos son éxtasis y arrobamientos prodigiosos en que se une y abraza el alma con Dios tan estrechamente que ya no quiere ni siente sino lo que su Majestad gusta y quiere. Experimentaba en sí esta escogida alma por participación las perfecciones del Ser divino que la poseía y santificaba, de manera que no deseaba ni pensaba otra cosa que el ejecutar la voluntad de Dios, y para esto se hallaba con fuerzas y experimentaba magnanimidad y el don de fortaleza sin que la retardasen dificultades y contradicciones, sin que la atemorizasen trabajos, ni la distrajesen conveniencias por estar satisfecha con la posesión del mismo Dios. De aquí le nacía el despreciar todos los bienes de la tierra y aun olvidarse de los otros dones del Altísimo por gozar del que con eminencia los contiene todos. Aseguraba esta esclarecida virgen que cuando llegó a esta unión (que ella llamaba embobamiento de sus sentidos) no advertía ni reparaba ni aun en los ángeles y santos que la asistían visibles, porque toda el alma se embebía en el sumo bien que deseaba más y más cuanto con mayor liberalidad se le comunicaba.

En otras ocasiones de una unión penosa y terrible que tengo ya explicada con las palabras de la sierva de Dios, pasaba su dichosa alma a

otra más dulce, hallándose en los brazos de su querido y divino esposo, donde sentía y reconocía que la mano izquierda del Señor le servía de acerico[316] a su cabeza, y percibiendo las regaladas voces de su amado, con que la regalaba amoroso como a la otra esposa santa, tratándola de amada querida y paloma sin hiel ni mancha alguna veía que con la mano derecha la abrazaba, confortaba y defendía, ocupando el Señor sus dos brazos en favorecerla, porque con la mano izquierda sustentaba la cabeza de su querida virgen y con la derecha la ceñía y abrazaba, experimentando a un mismo tiempo los dos brazos del divino poder en su utilidad y provecho: con su mano izquierda la beneficiaba, comunicándola paz, descanso y consuelo; la diestra se ocupaba en fortalecerla para nuevas batallas y premiarla con bienes eternos. El brazo derecho del Altísimo era el que daba a toda el alma el lleno que es la plenitud de los días y la eternidad de la gloria, y por eso en estas ansias y congojas la abrazaba, ceñía, alentaba y disponía para buscar y merecer mayores bienes o mayor posesión del bien que ya poseía y gozaba.

En esta variedad de uniones o grados de una misma unión, solía manifestarse esta más o menos fuerte, según el calor y eficacia del fuego que la comunicaba el divino Amor, que explicaré con algunos casos particulares en parte homogéneos a los ya escritos en su vida. En los últimos días del mes de febrero de mil seiscientos ochenta años, pidiendo y clamando por tres ánimas que se le aparecieron afligidas en terribles penas, reconoció que se la resistía el Señor, pero juntamente la fue comunicando tales excesos de amor y caridad, que la obligaron a empeñarse tanto en pedir y clamar, que con los crecimientos de su fe, aumentos de su esperanza y excesos de su caridad ardiente, mereció que el divino y humanado Verbo se le hiciese visible en forma y figura de su admirable resurrección, y unido estrecha y fuertemente con el alma de su querida esposa la decía cariñoso y sin muestras de enojo y rigor, sino como quien estaba aprisionado de las oraciones y merecimientos de su amada, que le dejase. A que respondía la esclarecida virgen y enamorada perfectamente de Dios «No te he de dejar ni te has de apartar de mis brazos, hasta que me concedas todo lo que te he pedido y me eches tu bendición, para mí y para todas tus criaturas, porque se logren todas las beneficencias de tu redención». En estas instancias del amor y caridad de su escogida y amada criatura, probaba el Señor su espíritu, haciendo

[316] *acerico*: «almohada pequeña que se pone sobre las otras grandes de la cama para mayor comodidad» (DRAE).

del que no, y ella enamorada y abrasada en el incendio de caridad que hervía en su pecho, replicaba e instaba pidiendo para sí las penas de todo el mundo que merecían los pecados del Universo, y que hasta conseguir este beneficio no le había de dejar ni permitir se apartase de sus brazos. En esta espiritual batalla, para mayor confirmación del excesivo amor de su querida esposa, la decía el Señor, como quien la amenazaba, «Pues si no me dejas, me iré a las borrascas del mar, me iré al purgatorio, me iré y pondré entre las penas del infierno». «Allá entre esos horrores —respondía Catarina— iré yo, Señor, contigo muy contenta, porque no me ha de apartar de ti el mar alterado ni la muerte ni el infierno». Entre estos fervorosos afectos se la desapareció el divino esposo y quedando en su fuerza la unión, se halló rodeada y llena de tormentos, penas y agonías de muerte, y después de mucho padecer la sobrevino el hallarse regalada con las fragancias y aromas del Oriente, como que la convidaban a ir a gozarlas. A que respondió, dándose por entendida la sierva de Dios: «Si está allá mi único amado, allá iré, pero si no le he de hallar, no quiero flores, aromas ni fragancias». Entre estos afectos que la comunicaba el divino Amor, oyó y percibió su feliz alma unos suavísimos clarines, que la deleitaron y causaron excesivos gozos, y se le dejó ver el Señor, como de lejos en el Oriente, teniendo asido el corazón de Catarina como con un cordel, con que la llamaba y tiraba hacia sí, pero con tal dulzura y gozo que decía ella no pudiera sufrirlo la naturaleza, al no ser ayudada con especialidad de la gracia y divino poder. Esta unión se fue continuando por algunos días, andando la sierva de Dios como absorta y extática y con sentimiento ansioso de ir algún día en vida o en muerte al oriente, donde la llamaba y tiraba como arrastrada su divino esposo.

De esta unión tan estrecha con el Señor resultaba otra con que se unía el alma de esta esclarecida virgen con las criaturas, de donde la nacía aquella sed insaciable de que todas se salvasen y ninguna se condenase. Estos fervores y ardientes deseos la obligaban a andar toda su vida pidiendo y clamando por la salvación del mundo. Y gustaba Dios tanto de estos sus encendidos clamores que para empeñarla más solía hacer del que no quería[317], diciéndola: « ¿Qué es lo que pides? ¿Qué es lo que quieres? ¿No ves, Catarina, cómo me tratan los hijos de los hombres? ¿No te he dado muestra de cuánto me ofenden?». A todas estas voces respondía la sierva de Dios:

317 *hacer del que no quería*: fingir que no quería.

> Ya, Señor, reconozco que estás justamente enojado, pues nuestras culpas te tienen gravemente ofendido. Pero acordaos, Señor, que nos hicisteis de barro, somos quebradizos y frágiles como el vidrio, somos miserables y por eso pecamos. Caemos porque somos flacos, os ofendemos porque somos frágiles. Y no obstante este conocimiento, reconocemos que sois benigno y misericordioso, que por las criaturas derramasteis vuestra sangre. Esta no se ha de perder, se ha de lograr y ella nos ha de favorecer y salvar.

Replicaba el Señor que quién había de pagar y satisfacer a su divina justicia. Respondía Catarina:

> Ya, Señor, pagasteis por todos; buen fiador tenemos en vuestras llagas, Pasión y muerte, y si pide vuestra recta justicia cooperación de las criaturas, yo me ofrezco a pagar por todas, como vuestro divino poder me dé fuerzas y gracia para sufrir y padecer porque no padezca el mundo en esta vida ni en la otra, y así, redentor mío, no hay que ponerme argumentos a que yo, bozal, no puedo responder, no hay que tratar de satisfacciones, cuando tú solo, humanado, te puedes satisfacer, tú experimentaste los rigores de la justicia del eterno Padre, nosotros pedimos misericordia por el infinito valor de tu preciosa sangre.

En otras ocasiones le redargüía[318], como quejosa con razones, diciendo a su divino amante que para qué le había mostrado las necesidades del mundo, que para qué la enviaba tanto que padecer, que para qué la mandaba que pidiese por sus criaturas si no las había de favorecer, si no las había de perdonar y salvar. Otras veces se valía de la intercesión de los santos, de los merecimientos de los justos y siempre invocaba a la Santísima Virgen, por cuyo respeto conseguía todo cuanto pedía y crecía en ella la devoción, confianza y cariño a esta soberana reina.

## IV

### *De otros varios casos particulares en que se declara y confirma la doctrina de los párrafos antecedentes*

Ya tengo dicho y aun repetido que en muchas ocasiones la representaba el Señor el estado del mundo en común y en particular los pecados de algunos, y solían ser estos los pecadores públicos y notorios para que

[318] *redargüía*: «convertir el argumento contra quien lo hace» (DRAE).

pidiese y padeciese por ellos y se templase con sus lágrimas y ruegos la divina justicia, provocada e irritada con las ofensas que experimentaba Dios en los hijos de los hombres. Y para consolarla y animarla a más padecer y clamar, la manifestaban también los efectos de sus clamores, ya con símbolos, ya con claras y misteriosas visiones de los pecadores en común y en particular. En común, como la que tuvo el año de mil seiscientos setenta y cuatro, un día de cuaresma en los colegios de la Compañía de Jesús, en cuyas iglesias asistía la sierva de Dios, de unos montones de basura asquerosa, tan grandes que sobrepujando a las paredes, se iba entrando aun por los aposentos de los padres. Admirándose Catarina de ver tanta inmundicia junta, preguntó la significación a su divino esposo y la respondió que era símbolo de los muchos pecadores que juntaban con sus sermones los predicadores para echarla después fuera de la ciudad. No obstante esta respuesta volvió a repetir la misma pregunta Catarina y entendió que en la basura se significaban los pecados del mundo que en dicha cuaresma se había de perdonar y desterrar de los corazones de los hombres por medio del sacramento de la penitencia. Pongamos aquí otra visión de un sujeto particular. Vio la sierva de Dios a un personaje dentro del costado de Cristo a manera de un monstruo que mudaba varias formas horrorosas y la que más horrorizaba a la sierva de Dios era la de una víbora irritada y venenosa porque, como decía Catarina, era de aquella especie de serpientes que había en el Mogol que comunican su mortal veneno traspasando de parte a parte como saeta los cuerpos humanos[319]. Reconociendo el Señor a su sierva con horror y repugnancia, la convidó por tres veces que la comiese y la manifestó que era símbolo de un personaje por quien ella pedía aquellos días para que se le alargase la vida. Pero la caritativa virgen no se halló con fuerzas para comer tan asqueroso manjar. Porque el mismo Señor que la convidaba parece que la aumentaba las repugnancias y minoraba los auxilios de su gracia para las fuerzas. Y así murió cuando menos se esperaba el ya insinuado personaje. Con la noticia de esta muerte, se volvió a poner Catarina en la presencia de Dios como quejosa, y le dijo: «¿Cómo, Señor, no me concediste lo que tanto te he pedido y por lo que tanto he padecido?». Y la respondió: «Porque tú no quisiste comer la víbora que abrigaba yo en mi costado. Si tú la hubieras comido, hubiera ella tenido otra muerte». En otra ocasión añadió la sierva de

[319] Alude a la variedad de serpiente llamada jáculo, que se lanzaba como una saeta o dardo contra su víctima, según creencias antiguas.

Dios a su confesor que en este género de batalla espiritual se la había dado a entender que la dicha persona por quien rogaba no había hecho en toda su vida obra perfectamente buena en los ojos de Dios y que juzgaba no había querido el Señor darle más larga vida por sus altos y secretos juicios, pues cuando quería conceder con sus ruegos, no solo la daba fuerzas sino que la obligaba a comer semejantes ascos por más asquerosos y venenosos que fuesen, pero que tenía mucha confianza en la misericordia del Altísimo de que se salvaría este personaje por habérsela representado dentro del costado de Cristo, por haberla dicho el Señor que pidiese por él y convidándola a que comiese su símbolo o figura. Y aunque no pudo tragarla ni aun gastarla, tampoco sabemos que comiese el apóstol san Pedro las sabandijas asquerosas que se le representaron en el lienzo de que se hace mención en los Hechos apostólicos[320] y, no obstante esto fue esta visión una representación de la salvación y futuras conversiones de los fieles.

También se la representaban en varios símbolos y formas los justos vivos y muertos, porque todas aquellas personas que se la recomendaban en sus oraciones, por sí o por medio de sus confesores, se las ponían delante de los ojos al rogar por todos los necesitados del mundo, apiñados y como atropellándose por acercarse más cada uno a la sierva de Dios, con especialidad en las horas de su oración retirada y en el tiempo de la letanía que rezaba cada día en su pobre albergue delante de las imágenes de su devoción. Algunas de estas almas, que deseaban servir a Dios de veras y caminar por el camino de la perfección se la solían representar en forma de varias aves, para significar que aún estaban sujetas a las potestades aéreas y las ocupaciones o ejercicios con que habían de subir a la mayor o menor altura de la perfección. Los predicadores se la dejaban ver en forma de varios pájaros cantores, como de gorriones, silgueros, senzontes[321], etc. según y conforme a los talentos, eficacia y dulzura en su predicación. Los padres y maestros del espíritu y misioneros apostólicos ordinariamente se la representaban en forma de gallinas de Castilla o de la tierra, con muchos o pocos polluelos, que criaban a costa de su sudor y trabajo, que reconocía Catarina en la flaqueza y en lo desplumado con que se la representaban sus amorosas madres. Otras almas venían a su vista en forma de patos o ánsares de color blanco o negro, en que

320 *Hechos*, 10, 12.

321 *senzontes*: sinsontes, pájaro americano.

se significaba la necesidad de sus espíritus y poco o mucho que se levantaban o habían de levantar de la tierra, quiero decir, los pocos pasos que habían dado en la perfección, y estos solían crecer en la blancura y en lo corpulento hasta parecer garzas que se remontaban, pasando de negros o cenicientos a blancos, y esta misma blancura se iba poco a poco realzando con el matiz de otros vivos y hermosos colores, en que parece se significaba la variedad de virtudes que se iban plantando y arraigando sobre la pureza del alma. Otras aves de estas se transformaban en palomas o águilas, en que se significaban los vuelos con que se remontaban en el camino de la perfección. A todas estas almas ayudaba la sierva de Dios con sus oraciones, mortificaciones y penitencias. Pudiera apoyar esta verdad con muchos casos particulares y raros: los omito por parecerme suficientes los ya escritos en la historia y por estar bastantemente apoyado este mi sentir en la carta proemial de la segunda parte y en la autoridad de los demás confesores que tuvo.

## CAPÍTULO II
## DE ALGUNAS DE LAS MUCHAS VISIONES QUE TUVO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, DE SUS PROFECÍAS Y CON ESPECIALIDAD LAS PERTENECIENTES A SU DICHOSA MUERTE Y SOLEMNIDAD DE SU ENTIERRO

### I
### *Varias visiones, en general y en particular, del gobierno de la Compañía de Jesús*

Como hija espiritual desde el tiempo de su bautismo de esta sagrada religión, eran los de la Compañía uno de los más frecuentes objetos de sus oraciones, y la eterna sabiduría, correspondiendo al agradecimiento y caridad ardiente de su sierva, la daba con especial liberalidad luces repetidas para ver y saber los sucesos presentes y futuros que pertenecían a esta religión y sus religiosos: para su consuelo la gloria que tenía prevenida en el cielo a los de su Compañía y los trabajos y merecimientos con que habían de alcanzar la eterna corona. Los difuntos la venían a visitar, tratándola unos de hija y otros de hermana, pidiéndola les encomendase a Dios y que les ayudase con sus continuos clamores. Eran frecuentes y numerosas estas visitas que alguno de los confesores de Catarina se persuadieron a que todos los que morían en las cuatro partes del universo venían a reconocer el poder que tenía para con Dios esta su sierva. La mostraba el Señor todas las desgracias futuras para impedirlas o templarlas por los ruegos de esta su querida esposa. Pocos fueron los buenos sucesos que ella no dijese antes y diese gracias al Altísimo por ellos, como interesada en las felicidades de esta sagrada religión a quien[322] (como repetía muchas veces Catarina) debía la crianza y sustento de cuerpo y alma desde que recibió el agua del santo bautismo hasta que llegó la hora de su dichosa muerte.

[322] *a quien*: a la que.

Hallábase ordinariamente a las consultas que se hacían en orden a informar a Roma para los gobiernos y rectorados, y en las mismas juntas romanas solía hallarse a su alado espíritu, oyendo y entendiendo cuanto en ella se hablaba, aunque fuese en la lengua latina, para ella muy extraña. En una ocasión dijo a su confesor: «He estado todos estos días en las juntas que hacéis para el acierto de vuestros gobiernos y aunque esto me ha acontecido muchas veces, ahora veo una particularidad, porque miro a los padres fulano y fulano» y habiendo nombrado a todos los consultores, añadió; «estos padres hablan bien, pero los que suben y bajan a la junta para ser propuestos veo que salen muy enlodados, yo no lo entiendo, quizás lo entenderá vos». Casi siempre veía que asistía el Señor a estas juntas y consultas, acompañado de ángeles que servían los platos a los que se sentaba en la mesa del cónclave y entre estos espíritus celestes la parecía a Catarina que andaba ella sirviendo y poniendo en la mesa alguno de los platos. Con este símbolo de platos de varios manjares que se le solía significar y dar a entender los gobiernos y rectorados y rectores y provinciales, se la representaban unos entre resplandores, otros sobre montes, otros en forma de árboles grandes o pequeños, según la grandeza o cortedad del oficio, si no es que lo queramos aplicar a la mayor o menor altura de méritos y perfección de los sujetos propuestos y promovidos, suponiendo como se debe suponer, por lo que se ve y experimenta, que en la Compañía teniendo el nombre de mínima, no hay oficios que merezcan el nombre de montes ni de árboles, sino de matorrales espinosos. En otras ocasiones no se la representaban en particular los gobiernos, sino todos juntos, y fue o parece singular, la visión que tuvo el año de 1674, en la ciudad de la Puebla, el mismo día que se había de abrir en México el pliego de gobierno. Vio alrededor de una gran fuente o caldera de arroz muchos padres provinciales y la preguntó uno de los que asistían que cómo se había de comer aquel sabroso manjar. Respondió Catarina que con unas rebanadas de pan, y sucedió así, porque como duran poco las cucharas de pan y se suceden unas a otras, de la misma manera se sucedieron unos a otros los gobernadores. Pues por muerte de los que tuvieron atentes de Roma, les sucedieron otros rectores, casi en todos los colegios y aun en el provincialato se sucedieron tres provinciales en aquel trienio.

## II
### *Visiones de algunos de los colegios de la Compañía, y sus súbditos*

Encomendando a Dios muchas veces el colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús en la Puebla de los Ángeles, la aseguró el Señor otras tantas veces su felicidad y estabilidad futura hasta el fin del mundo, si se continuasen los ministerios de la Iglesia y las limosnas de las porterías. En el colegio seminario de colegiales de san Jerónimo, que está a cargo de la Compañía de Jesús, fueron rectores muchos de sus confesores y por esta dependencia tuvo la sierva de Dios algunas visiones, profetizando las enfermedades, salidas y entradas de los colegiales, reconociendo y tocando con las manos (como dicen) la eficacia de las oraciones. A intercesión de Catarina omito muchas, porque aún viven algunos que pueden certificarlas, para honra y gloria de Dios en esta su sierva. Anduvo por espacio de algunos días en este colegio y seminario una fantasma[323] nocturna y ruidosa que espantaba y asombraba[324] a los colegiales y aun al mismo rector, que se inclinaba a que sería alguna de las ánimas del purgatorio. Con esta aprehensión acudió a Catarina y refiriéndola los estruendos ruidosos que había en su colegió, le respondió: «No, no es ánima; cosa mala es, conjúrese y bendíganse las salas donde anda el maldito y cesará el ruido». Se hizo así lo que dijo la sierva de Dios y con el efecto se confirmó su verdad. En este mismo colegio estaban tres o aun cuatro colegiales, que lo eran de mucha utilidad al padre rector, que reconociendo su conveniencia temió el perderla por haber enfermado de muerte el alguacil mayor de aquella ciudad, que les sustentaba. Estando pues este desahuciado y sin esperanzas de vida, se fue el padre rector a Catarina y encargándola con toda eficacia la salud del enfermo, le respondió la sierva de Dios: «Disponga, vuestra reverencia que se le den al enfermo unos baños de agua tibia y vivirá algunos años en que hará muchas obras del servicio de Dios». Agenció el padre rector interesado se le aplicase el remedio que le dijo Catarina al enfermo y con él sanó, vivió el tiempo que había dicho Catarina, en el cual techó la iglesia de san Sebastián, fabricó y dotó el magnífico monumento en el templo del glorioso patriarca santo Domingo e hizo otras obras insignes propias de su grande piedad y liberal magnificencia. Solo para el dicho

[323] *fantasma*: femenino en la lengua clásica.
[324] *asombrar*: asustar.

padre rector no fue en lo personal provechosa esta salud, porque lo mismo fue sanar que sacar del colegio todos los cuatro colegiales.

El padre Antonio de Langarica de la Compañía de Jesús, tenía un mozo que le asistía con amor y cuidado en la sacristía. Este cayó gravemente enfermo con accidentes de un mortal tabardillo[325]; acudió el dicho padre al remedio eficaz de las oraciones de la sierva de Dios, y ella le respondió: «No se aflija, vuestra reverencia, porque mañana se declarará la enfermedad, asomándose en lo exterior las viruelas de que sanará, y le servirá muchos años a la sacristía». Sucedió todo como Catarina lo dijo y el padre, pues vive, podrá confirmarlo. A este mismo padre le dijo en una ocasión:

> Mire vuestra reverencia que el maldito anda envenenando y rabiosos por haberse fundado la congregación de pardos y negros en una de las capillas de la iglesia y ha sentido tanto esta buena obra, que anda el infernal espíritu incitando y provocando a ciertos ladrones para que quemando la puerta del costado, roben las alhajas y preseas del templo

Y así que anduviese con cuidado y que no tuviese pena. Pasaron meses y aun años, y sucedió que una noche los ladrones horadaron[326] la dicha puerta con el instrumento del fuego y avisando un perrillo con sus ladridos a los sacristanes se apagó el fuego e impidió el robo. A este padre le dijo muchas veces las enfermedades futuras y cómo había de sanar de ellas. Otro padre predicador se halló en la entrada de la cuaresma con tales y tantos achaques que le pareció imposible satisfacer a su oficio y obligación. Se recomendó en las oraciones de la sierva de Dios y esta esclarecida virgen le aseguró que tendría salud y que predicaría sus sermones sin embarazo de los achaques que le afligían, como lo experimentó el enfermo con agradecimiento y reconocimiento de este singular beneficio del cielo.

[325] *tabardillo*: «tifus [Género de enfermedades infecciosas, graves, con alta fiebre, delirio o postración, aparición de costras negras en la boca y a veces presencia de manchas punteadas en la piel]» (DRAE).

[326] *horadar*: «agujerear algo atravesándolo de parte a parte» (DRAE).

## III

### *De algunas de sus profecías acerca del tiempo de su dichosa muerte y lugar de su sepulcro*

Con los temores que vivía (y de que tengo hecha mención en varias partes de esta historia) andaba continuamente pidiendo a Dios una buena hora en qué salvarse la sierva de Dios, y el Señor consolaba repetidas veces a su querida esposa con palabras y muy amenas visiones que templaban los sustos y apreturas de su corazón y que a nosotros nos pueden servir de enseñanza para alentar nuestra fe, esperanza y caridad. Le traía a la memoria todos los beneficios que había recibido desde que nació y salió a la luz del mundo, por sí o por medio de su santísima madre, de sus santos y celestes espíritus. Pero pasando esta soberana luz se volvía la sierva del Señor a hallar en esta oscura profundidad del conocimiento propio, donde se renovaban las heridas penetrantes de sus temores, que la lastimaban y obligaban a clamar al cielo misericordia, y en esta sucesión de turbaciones y tribulaciones, mereció y consiguió con sus clamores las singulares noticias que la franqueó la omnipotencia acerca de su muerte, de su entierro, de su sepulcro y de la gloria que la tenía guardada en su eterno e indeficiente reino. Ya tengo apuntadas en la dedicatoria de la primera parte de esta historia algunas tan ciertas como misteriosas, y en el sermón que se predicó en sus honras andan ilustradas otras no menos prodigiosas. Las unas y las otras podré omitir en estos capítulos, poniendo parte del sermón fúnebre y panegírico en este libro, contentándome con insinuar muchas de estas luces, por modo de apuntamientos[327], para que los glosen los sabios y devotos de esta sierva de Dios.

A principios del año de 1678 dijo al confesor (a quien repetidas veces había asegurado que era el que Dios tenía determinado la asistiese en la hora de su muerte) que diez años la quedaban de vida y fue esta noticia, explicación y confirmación de lo que dice mi provincial actual,

[327] *apuntamientos*: resúmenes.

el padre Ambrosio Odón[328] en la carta proemial[329] que está al principio de la segunda parte de esta historia, que con el símbolo de diez hojas en blanco explicó la sierva del Señor en visión profética estos diez años de vida que la faltaban. En otras ocasiones refirió esta misma profecía, diciendo que se la daba la Santísima Virgen en su imagen de la Soledad, que está en una de las capillas de la Catedral con veneración de milagrosa. El día o noche de la Visitación[330], año de 1679, se halló en espíritu como en una sala o aposento adornado de muchas ramas, flores y rosas, símbolo de su pobre albergue, que ya en algunas partes de esta historia he explicado. Vio también que unos personajes, que no conoció, tenían en sus manos a una hermosísima niña y que se la entregaban festivos y alegres al último y profetizado confesor de Catarina; el cual, recibiéndola en sus brazos, envuelta en una punta o extremidad de su vestidura, se la ofreció la Santísima Virgen, que la recibió con agrado en sus purísimas y soberanas manos. En esta ocasión le dieron a la sierva del Señor conocimiento de que ella era la bellísima criatura que se la representaba y arrebataba de esta luz, prorrumpió hablando con la reina y emperatriz de los cielos, en estas palabras: «Señora, no te manches, mira que no soy digna de estar a tus plantas y mucho menos en tus soberanas manos». Entonces, la Santísima Virgen, que se la representó en forma de imagen de Santa María la Mayor, que vulgarmente llamaban del Pópulo, y es la Patrona de la muy ilustre y devota congregación que está fundada en nuestro colegio del Espíritu Santo de la noble e imperial ciudad de la Puebla de los Ángeles, entonces, digo, esta princesa del empíreo puso entre los brazos de su único y amado hijo a esta dichosísima criatura y su Majestad, obligado de los ruegos de su santísima madre, empezó a agasajar y acariciar a Catarina, si bien esta, llena y ahogada del respeto y debida veneración a su divino esposo, no se atrevía a corresponder a tan

[328] Ambrosio Odón llegó de España en la expedición del padre procurador Lorenzo Alvarado. Fue profesor de filosofía y teología en Puebla, Guatemala y México. En 1689 fue nombrado provincial. En 1690 es nombrado rector del colegio máximo, en 1696 prepósito de La Profesa, en 1699 vuelve a ser rector del colegio de san Pedro y san Pablo (máximo) y en 1703 otra vez provincial mientras llega el padre Piñeiro: se le nombra visitador al mismo tiempo en el mes de octubre de ese año de 1703 (González Rodríguez, s.a).

[329] *proemio*: «prólogo, discurso antepuesto al cuerpo de un libro» (DRAE).

[330] La fiesta de la Visitación (31 de mayo) rememora la visita realizada por la Virgen María a su prima Isabel, narrada en el Evangelio de Lucas.

excesivos favores. Después de esto dijo: «Advertí que mi último confesor me daba y vestía una túnica que me había de servir de mortaja».

Toda esta visión la entendió el confesor por una representación de lo que había de suceder en la muerte de su penitenta, pareciéndole que en los personajes que se la entregaban se significaban los ángeles que la asistían en vida y que no la podían faltar en su dichosa y feliz muerte para que en el modo humano y católico pasase de esta vida a la eternidad por medio o asistencia de un determinado ministro y vicario de Cristo, como lo es cualquiera de los demás sacerdotes en el coger a esta felicísima criatura en su vestidura. Le pareció se significaba la recomendación de esta alma por mano e intercesión de la madre de Dios, que fue en toda la dilatada vida de esta su escogida hija la maestra, guía, patrona y madre. El gozar de los dulces y honestos abrazos del Señor parece significación de la unión externa con que había de unirse con Dios en el cielo. En esta ocasión añadió a su confesor que asistiría con el otro sacerdote llamado José y se verificó esto también en la muerte de la sierva de Dios porque el bachiller José del Castillo Grajeda[331], de quien se valían ordinariamente los confesores para que no le faltase a Catarina el alivio en lo temporal y espiritual necesario en sus gravísimas tribulaciones y enfermedades, se apareció en el aposentillo de la sierva del Señor pocas horas antes de morir, por tener prevenido el dicho bachiller a una de las muchachas que servían a la enferma para que le avisase cuando reconociese en los accidentes se acercaba ya la hora de la muerte de Catarina, y con esta diligencia se verificó la previsión de esta esclarecida virgen y el bachiller del Castillo ejercitó su caridad con ella hasta el último trance de la vida, y a la verdad se lo debía por los bienes temporales y espirituales que recibió del cielo por mano e intercesión de nuestra Catarina.

En otras ocasiones que arrastrada de los afectos de su humildad verdadera se quejó al Señor, diciéndole que en su muerte no habría quien se acordase de ella, la consoló la Eterna Sabiduría con otras muchas regaladas visiones y noticias que acreditan el don de profecía en su sierva. Varias veces la dijeron voces de cielo que su sepulcro había de estar en el colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús al lado derecho del altar mayor, detrás del de las reliquias, donde está fundada la noble

[331] *José del Castillo Grajeda*: fue el último confesor de Catarina de San Juan. Sabía gramática, lengua totonaca, teología y artes (García Aguilar, 2007, pp. 73-75).

congregación de la Ciudad de la Puebla de los Ángeles. Con las cuales palabras recibía especialísimo consuelo por el afecto que tenía a la dicha milagrosa imagen y por considerarse muerta donde había perseverado en vida debajo del patrocinio de esta soberana princesa. En el año de 1673 la mostraron una casa o capilla nueva y no acabada, y la dijeron los cortesanos del cielo que en aquel lugar se había de depositar su cuerpo muerto, porque era el lugar de su entierro señalado del creador. Tuvo Catarina por sueño la significación de estas palabras, pero no obstante esta aprensión, preguntó a su confesor que si había alguna capilla en el presbiterio al lado derecho del altar mayor. Le respondió que había allí un aposentillo de bóveda que desde que se fabricó la iglesia se estaba sin adorno, sin suelo y sin luz, y que era un hoyo lleno de polvo donde se enterraban los niños inocentes que solían aparecer sobre las bancas y altares de la iglesia, ocultándose los que los traían y dejaban en la dicha iglesia. Entonces le dijo Catarina a su confesor: «No haga caso de mis sueños vuestra reverencia, pero yo estoy viendo en ese lóbrego aposentillo mi sepulcro y me dicen no sé quiénes que es el lugar de mi entierro». El confesor hizo poco caso de lo que le refería la sierva del Señor, como sueño y fantástica visión, pero cuando se verificó después de varias y muchas contradicciones que se depositase su virginal cuerpo difunto como por contingencia en el sepulcro de los ángeles y niños inocentes, hizo misterio y apreció del dicho de su penitenta y mucho más cuando al tiempo de enterrarla se reconoció que en la ya insinuada capilla se hallase un sepulcro en forma de pesebre a las espaldas del altar de la congregación, sin memoria de quién ni para quién se había dispuesto al tiempo de la fábrica del templo, que tenía de subsistencia cuando murió la sierva de Dios, como noventa o cien años en sus principios, donde no se había enterrado otro cuerpo. Por el nuevo descubrimiento de este anticuado sepulcro y por la compañía de los niños inocentes se miraron estas circunstancias como misteriosas y se notaron con toda la advertencia debida y humana prudencia. Y no hay que admirar se apunten estas que pudieron ser contingencias, cuando san Jerónimo notó y observó, que Josué[332] había sido enterrado en un sepulcro nuevo de tierra virgen, donde no había sido enterrado otro cuerpo y que esto se entendió ser premio de su pureza. Pues esto mismo se la representó a la sierva de

[332] *Josué*: profeta bíblico, elegido por Moisés para sucederle como líder de los israelitas, su vida es narrada en el Libro de Josué.

Dios, que respondía el Señor a su afligido corazón con mostrarla un sepulcro adornado y lleno de flores y rosas de Castilla que se le estaba prevenido para honra y gloria de su cuerpo difunto.

En otra ocasión se vio ella en la dicha Capilla o entierro[333] con otros dos o tres sepulcros a su lado y con inteligencia de que el uno era para sí no la dieron conocimiento de los otros cuerpos que habían de acompañar el suyo. Pero ya está a su lado el de la prudente virgen doña Juana de Irazoqui y espero se verificará en él todo esta visión profética de lo futuro, como ya se ha verificado en parte esta profecía y otra, que fue el habérsela hecho presente en espíritu otra mujer de buen rostro y como llevándola a la dicha capilla, la enseñó dos sepulcros y la dijo: «Este es para ti Catarina y para mí el otro, aquí descansaron los huesos de nuestros cuerpos que ahora viven tan trabajados». No dudo fue esta visita espiritual de la dicha doña Juana a quien en vida llamaba la sierva de Dios su ángel, diciéndola siempre que la encontraba: «Ángel mío, encomiéndame a Dios, que soy muy mala y que como pobre y despreciada china, no habrá quien se acuerde de mí». A esto mismo parece que aluden todas las visiones y revelaciones que están puestas en la dedicatoria de la primera parte de esta prodigiosa vida, dirigida al ilustrísimo pastor en cuyo tiempo entendió y predijo había ella de morir, y por este respecto y otros la comunicó el cielo muy especiales noticias de sus elecciones, de sus superiores virtudes, de su venida a las Indias, del recibimiento amoroso que le habían de hacer sus rendidas ovejas y de las benignas, copiosas y abundantes beneficencias, que habían de experimentar por los canales de cuatro torrentes caudalosos de su santo celo, sapiencia provechosa, gobierno católico y beneficencia sin término. En el tiempo pues de estas proféticas noticias, se halló un día la sierva de Dios a los pies de su querido pastor, humilde y resignada a su obediencia, como en forma de un árbol, enlodado por el tronco, cuyas ramas y hojas se la representaban todas clavelinas, rosas, jazmines y otras varias flores que iban cortando algunos personajes, que asistían a esta visión, poniendo en su lugar otras mejores y más preciosas, como que las ingerían en el insinuado tronco y sus ramas. En esta ocasión entendió Catarina que se simbolizaba ella misma en el árbol y que había de morir en el tiempo de este su querido y muy amado pastor; no explicó ni dijo la significación de la hermosa variedad de flores que dependían de las ramas del árbol,

[333] *entierro*: sepulcro.

algunos lo aplicarán a nuevos o prodigiosos milagros; otros a sus virtudes admirables, que se habían de publicar como se publicaron en su feliz muerte y otros, finalmente, a las muchas hijas espirituales que habían de resplandecer en el mundo con los realces de las virtudes que les alcanzó de Dios la sierva del Señor por su intercesión y la eficacia de su ejemplar vida; que es lo que sintió y significó el autor de la carta proemial que está al principio de la segunda parte de esta historia, cuando dijo: «A mi juicio las personas que en esta ciudad de la Puebla tratan de perfección y amar de verdad a Dios, deben mirar a nuestra Catarina, como a madre y maestra». Pero volviendo a las circunstancias de su sepulcro, digo que vio otro día[334] que de las flores y ramas que se cortaban del ya insinuado árbol se estaban formando y llenando dos o tres macetas para trasplantar en ellas las ramas de rosas y jazmines, como frutas y frutos que se cogían para que sirviesen de adorno y compañía al fructífero y florido tronco que les había dado el ser y espiritual hermosura. No necesita esta visión de más explicación que la remembranza de lo ya dicho.

## IV
### *De otras visiones y profecías de su feliz muerte y de la gloria que la esperaba en el cielo*

Los extraordinarios temores con que Dios la humillaba y juntamente purificaba, obligaban a Catarina a tenerse por indigna de que en su muerte hubiera en la tierra ni en el cielo quien la asistiese en la última hora de su vida. Y este pensamiento, hijo de la oscuridad y continuos desamparos con que el Señor la labró una imperial y eterna corona, fue ocasión y causa para que la misericordiosa omnipotencia correspondiese a las quejas de esta su querida y escogidísima criatura. En una de las ocasiones que la despedazaba este santo temor, la consoló y animó el cielo con esta visión: vio a su cabecera un personaje, que ostentando valentía, se la representó con un bastón en la mano y un hermoso plumero en la cabeza, vio cómo en el aire sobre su pobre lecho, donde entonces penaba, una ave muy blanca, con plumas de luz más resplandecientes que el sol que nos alumbra. La forma de esta ave era como de garza o imperial águila, pues con el uno y otro nombre se explicaba la sierva de Dios. Vio finalmente en esta abstracción de sentidos y prodigioso

[334] *otro día*: al día siguiente.

arrobamiento otra ave semejante a la primera, que estaba como en el suelo hacia los pies de su pobre lecho y sobre este una colcha de felpa muy rica con su franjón de oro en el medio. Reparó que había otros personajes de respeto en la sala donde se hallaba, pero los tres insinuados la arrebataron la atención y conocimiento, de manera que no pudo dar razón de ellos, y si no la hubiera deslumbrado el conocimiento humilde de su indignidad, pudiera sacar por consecuencia que en la hora de su muerte había de tener con especialidad la asistencia de la Santísima Trinidad, ostentando su inmenso poder, amor y eterna sabiduría en favorecer a su querida esposa y escogidísima criatura.

Entre otras muchas ocasiones que atribulada le acogió al patrocinio de la Santísima Virgen fue una en principios de febrero de 1675, cuando hablando con esta poderosa reina, la dijo: «Señora, cuando yo me muera no habrá quien se duela de mí, ni quien me diga una misa». Y creciendo la turbación excesiva que suelen causar los desamparos del cielo le pareció se le acababa ya la vida, por los desfallecimientos que sentían su cuerpo y alma. En esta terrible tribulación se la apareció la emperatriz de los cielos, con el numeroso y florido ejército del virgíneo y celestial coro, y cogiendo a Catarina en sus brazos, la confortó y dio a entender la asistiría en aquella hora con el amor de madre de pecadores y con el poder de señora y reina de todas las criaturas redimidas con la sangre de su santísimo hijo. La sierva del Señor, confusa y avergonzada de tanto favor, se hundió en el polvo de su nada y procurando asirse de las extremidades del ropaje de la Señora, exclamó diciendo: «No, Señora, no soy digna de tus brazos, como un hilito despreciable me iré pendiente de tu vestido al cielo». Este mismo año, en otra semejante turbación la socorrió el Señor con otra regaladísima visión y fue el ver bajar de las celestes alturas a Jesús y María, que traían en medio como asida de sus soberanas manos a una hermosísima niña vestida de resplandores más refulgentes que los del sol que nos alumbra, y entendiendo Catarina que era ella misma la que había de lograr esta especialísima gracia se llenó de confusión y vergüenza su rostro, y abatiéndose hasta el profundo de su nada, prorrumpió en estas palabras:

> No, señores, no soy digna de subir al cielo con esta honra. Yo yo me iré solita si me dan licencia y abren la puerta, y me meteré debajo del asiento o tarima del mayor pecador que mereció el cielo, que como yo vea al Señor, por más arrinconada que esté, tendré todo el consuelo que deseo.

Con estas palabras parece significó Catarina que Jesús y María se le ofrecían a llevarla a su eterno reino cuando muriese y que ella, aprisionada de su profunda humildad, quería y esperaba la eterna felicidad, sin confianza propia, sino por la bondad liberalísima del Altísimo, que la franqueaba los alcázares[335] del empíreo, ofreciéndola su poderosa mano y la de su santísima madre.

En los últimos días o meses del año de 1674 oyó decir que estaba canonizada una niña de cinco años y no fue voz increíble, pues veneramos canonizados a tantos niños inocentes[336], cuya fiesta celebra y venera toda la Iglesia católica. Pero Catarina, olvidada de esto, se admiró y dijo: «¿Es posible que, en tan breve tiempo, mereciese una criatura la gloria de santa en este mundo y que yo, en tantos años no haya asistido a servir al Señor como debo?». En esta apretada congoja se la dejó ver el redentor del mundo, su único amado, y la dijo como quien la preguntaba: «Pues tú, Catarina, ¿qué has hecho para que yo te de otra semejante honra en la tierra?». A esto respondió la sierva de Dios: «Yo, Señor, no he hecho cosa buena, digna soy de mil infiernos por mis obras, solo de limosna te pido un rinconcito en tu reino para que pueda por una eternidad adorarte con todos tus escogidos». No pasó delante este coloquio de Cristo con su criatura, porque se desapareció el Señor y la dejó confusa y aun atribulada. Pero el confesor, con este singular favor que experimentó su penitenta, se acordó que estándose lastimando la sierva de Dios en otra ocasión de cuán pobrecito y desnudo estaba el altar, que tenía en su pobre albergue, la habían dado a entender que vendría tiempo en que hubiese tapetes y alfombras donde no veía más que losas duras, frías y húmedas.

En 20 de febrero de 1680 se halló Catarina muy afligida y su confesor con alguna inquietud por ver se iban publicando algunas cosas particulares de la sierva de Dios (que con dificultad se conservan en secreto cuando los padres espirituales, no pudiendo asistir de día y de noche a sus penitentes, se ven obligados a valerse de otros instrumentos que les sirvan de enfermeras y enfermeros) y con este cuidado le vino al confesor pensamiento de que quizá quería Dios honrar a esta criatura con la publicidad de sus virtudes. Estando pues el padre espiritual de

335 *alcázar*: «casa real o habitación del príncipe, esté o no fortificada» (DRAE).
336 La fiesta de los Santos Inocentes es el 28 de diciembre.

esta alma, batallando y discurriendo sobre esta materia, se sosegó Catarina diciéndole:

> Deja a Dios lo que es de Dios, a ti te pertenece el mandar, a mí el obedecer y a los dos el despreciar el qué dirán las criaturas. Pero advierte que me ha dicho te comuniqué esta visión: se me representó un hoyo en forma de sepulcro, todo el cubierto y adornado de rosas y otras flores, yo no entendí lo que significaba este objeto, pero advertí que venía andando con especial reconocimiento la tierra hacia el dicho sepulcro.

El confesor discurrió que le respondía Dios a su duda y pensamiento, manifestando las muchas gentes que habían de venir a honrar su cuerpo y sepulcro; ya lo vieron en su muerte verificado y esto nos da esperanzas y prendas de que crecerá la veneración en la autoridad apostólica, a quien pertenece esta materia, porque los escritores solo pueden decir lo que vieron, oyeron, leyeron y entendieron, y no hablan ni pretenden la calificación que no les toca.

Entre estos temores que tengo dicho la afligían y atribulaban recibió Catarina tantos favores del cielo que fuera intentar como un imposible el querer referirlos. En una ocasión oyó una voz del cielo que le dijo: «¿Qué temes criatura? Mira cómo ha de subir tu espíritu a las celestiales cumbres». Y luego vio que unos personajes celestiales cogían a su alma y la llevaban al cielo en forma de una como saeta de luces y resplandores que alumbraba a todo el universo. Otro día la pareció que la subían en forma de una resplandeciente varilla que volaba de la tierra al cielo, con un modo tan singular que dijo Catarina no podía explicarse con semejanzas terrenas. En otra ocasión entendió su dichosa alma que la hablaban los celestiales espíritus, y la decían que en su muerte y subida al cielo había de enviar Dios una luz y una voz que la diese a conocer por todo el mundo. Y parece que se verificó esta verdad en el sermón que se predicó en sus honras, pues por la voz que clamaba se entiende y define el predicador que alumbra y enseña. No sé si fue apoyo de su santidad conocida y publicada en su muerte una visión que tuvo por los años de 74 o 75. Y fue verse a sí misma en forma de una columna o pirámide de cristal con varias labores o molduras de oro, tan gruesa por abajo que no la pudieran abarcar cuatro hombres y tan alta que la parecía penetraba con una punta como de espada los cielos.

## CAPÍTULO III
## DE SU ÚLTIMA ENFERMEDAD, MUERTE, ENTIERRO Y HONRAS QUE LA HIZO LA PIEDAD CRISTIANA

### I
*Informe de uno de los médicos que con mucha caridad y más frecuente y dilatada asistencia visitó a la sierva de Dios*

Muy reverendo padre maestro Alonso Ramos.

Mándame vuestra reverencia le dé parecer acerca de los achaques que padecía la venerable madre Catarina de San Juan, y obedeciendo rendidamente el mandato, digo que en tiempo de catorce años, poco más o menos que asistía a la venerable Catarina de San Juan, fueron muchas ocasiones en que de diversos achaques le vi padecer y en particular diré algunos por ser continuos y parecerme ser *ultra naturam*[337].

Era pues uno de los achaques que continuamente padecía una refrigeración intensísima de la cintura abajo que le impedía de tal manera los movimientos que no podía moverse. Le ocasionaba una retracción de nervios con vehementísimos dolores y congojas. Se acompañaba esta destemplanza con otra destemplanza calentísima de la cintura arriba que en muchas ocasiones le vi fuera de sí y en mucho rato no podía informar ni articular voces del mucho ardor y calor que le abrasaba del medio cuerpo arriba y cuando empezaba a manifestar su dolencia parece que quería Dios que se fuese remitiendo uno y otro accidente de frío y calor, y me dijo varias veces que aquel achaque de enfriarse el medio cuerpo y calentarse la otra parte había muchos años que no padecía. Le tomaba el pulso después de haber recibido el informe y lo hallaba en su estado natural con suma celeridad[338]. Esta es una de las enfermedades que continuamente padecía y acompañado una noche del licenciado José del Castillo, que cuidadoso y afligido me llevó a visitarla, pareciéndole se moría, le visité y en su presencia le dije que en muchas y diversas

[337] *ultra naturam*: no naturales, fuera de lo esperable naturalmente.
[338] *celeridad*: es decir, tenía taquicardia.

ocasiones le había visto yo en aquellas mismas aflicciones y congojas y muchas veces casi muerta, y que empezando a manifestar sus dolores al médico se iba aliviando y restituyendo de modo que no parecía de un instante a otro sino restauración milagrosa y le di a tomar el pulso al dicho licenciado José del Castillo y que reconociese en el sujeto si era el que poco antes le había puesto en tanto cuidado, y con mucha admiración quedó satisfecho de mi verdad, lo cual podrá testificar el susodicho.

En otra ocasión la visité a las siete de la mañana y le hallé sumamente afligida y con tanta debilidad que me pareció sin duda se moría, y muy aprisa pasé a la iglesia en busca del padre Ambrosio Odón, que entonces la confesaba, y no hallándole, consulté al padre Antonio de Langarica qué se podía hacer en un peligro tan grande, que me pareció no tenía instante seguro. Le rogué pasase a confesarla y que diese orden para que se sacramentase cuanto antes. Me dijo el dicho padre volviese a verla y que le preguntase si quería recibir el Santísimo Sacramento y que si respondiera que sí que se la enviara, aunque fuera cargada, a la iglesia y que la comulgaría, que con eso mejoraría. Volví a ver a la venerable madre, aunque con alguna tibieza, a ejecutar el mandato de dicho padre Antonio de Langarica, porque juzgué no ser posible tener efecto. No obstante, atropellando mis pensamientos, obedecí el mandato. Le pregunté si quería recibir a la Majestad de Dios y respondió: «Si usted manda, sí». Y con harto temor, temiendo no se muriese al moverla, mandé la llevasen cargada al comulgatorio y así que entró en la iglesia, se fortaleció de tal manera que no fueron menester fuerzas ajenas, comulgó y a la tarde fui a ver en qué estado se hallaba y la hallé enteramente sana, lo cual podrá verificar el padre Antonio Langarica.

Otra enfermedad padecía continuamente, que era una comezón en todo el cuerpo, y decía le ardía y dolía muchísimo, como si la hicieran pedazos con almohazas[339]; le registré los brazos y la espalda en diversas ocasiones, por reconocer si acaso era alguna sarna o algún herpes y nunca vi demostración ninguna de que fuese humor salado el que podía ocasionar tan horrible comezón. Me dijo varias veces que había muchos años que le padecía y que aunque le habían hecho muchas curas y dándole baños en tina, que nunca se le quitaba. Yo apliqué varios

[339] *almohaza*: «instrumento usado para limpiar las caballerías, que se compone de una chapa de hierro con cuatro o cinco serrezuelas de dientes menudos y romos, y de un mango de madera o un asa» (DRAE).

y diversos medicamentos, a fin de amortiguar la comezón y siempre se me quejaba de ella.

De accidentes de golpes y caídas fueron muchas las veces que le curé, pero en particular diré de una noche que me llamaron a las siete de la noche, poco más o menos y habiéndola visto sumamente fatigada y casi moribunda, pregunté qué había sucedido y los asistentes de la casa me informaron que habían oído un golpe tan grande que a todos les había causado horror y espanto y que saliendo a buscar qué era, hallaron a la venerable Catarina en el patio caída sin sentido y que parecía había caído de muy alto, según había sido el ruido que había ocasionado el golpe y que juzgaron haber sido el golpe de cosa que se hubiera quebrado, y como si fuera una calabaza echada de muy alto sobre unas losas de cantería de que está enlosado el patio. La registré con todo cuidado y viéndola sin pulso y del golpe tan sumamente fatigada y dolorida, que me pareció sin duda moría aquella noche, envié a llamar al padre Ambrosio Odón para que dispusiese los santos sacramentos. Vino su reverencia y estuvimos más de una hora dudando lo que habíamos de determinar. Por último, el padre después de haber conversado con la enferma, se resolvió a que lo dejásemos para otro día. El día siguiente fui muy de mañana a visitarla y le hallé restituida a su estado natural, yo no sé cómo.

Otros achaques padecía también muy frecuentes, cuales eran pujos de orina con vehemente[340] ardor y dolor, relajación del intestino recto y otros achaques de calenturas, que en muchas ocasiones le curé. En una ocasión padeció unos pujos de flema con vehementísimo dolor en las tripas de que ya se iba haciendo una disentería[341], a no socorrerla con medicinas eficaces. Duró pues este achaque veinte días, poco más o menos, y en todo este tiempo tuve particular cuidado en reconocer los excrementos que naturalmente habían de suponerla según los alimentos comía para su sustento, y en dicho tiempo, tasadamente[342] reconocí en dos ocasiones la cantidad de un cacao, de donde se infiere que el ayuno que tenía era muy grande, y que no podía sustentarse el cuerpo con lo que comía, sino que Dios la conservaba con su poder.

[340] *vehemente*: «que tiene una fuerza impetuosa» (DRAE).

[341] *disentería*: «enfermedad infecciosa y específica que tiene por síntomas característicos la diarrea con pujos y alguna mezcla de sangre» (DRAE).

[342] *tasadamente*: con medida ajustada, escasamente llegaba a la cantidad de un fruto de cacao.

La última enfermedad de que murió tengo noticia que su principio fue una caída que dio de la cama al suelo, que ocasionó un dolor vehemente en el costado y una dislocación o luxación en un brazo, para cuya curación uno de los asistentes a la venerable madre llamó cirujano y a otro médico. No sé si con consentimiento de la enferma o mortificada su voluntad, la curaron el tiempo que les pareció y por último me llamaron veinte días, poco más o menos, antes de su fallecimiento y lo que entonces reconocí fue una debilidad en el calor natural que manifestaba lo natural con que se moría, respecto de su mucha edad y de una vida tan trabajosa, pues algunos meses antes de su muerte se alimentaba solo con vino y me parece conveniente no dejar de informar a vuestra reverencia de una cosa particular que noté en muchas ocasiones visitando a la venerable madre, y era que exhalaba un olor de su cuerpo a criatura de pecho, a que yo aplicaba el olfato, porque recibía notable consuelo mi alma y mi cuerpo de olerla. A esto se llegan los buenos consejos que me daba, esforzándome siempre a que tuviese caridad con los pobres, corrigiéndome muchas veces mis malos pensamientos, pues en muchas ocasiones me habló tan al alma, que sin duda creo me conocía lo que había en mi pensamiento. Esto es lo que experimenté por mi dicha con la venerable Catarina de San Juan, y lo que a vuestra reverencia pido es que le pida me alcance de Dios nuestro Señor disponga mis pensamientos, obras y palabras según su santa bondad, que la mía está pronta a servir a vuestra reverencia y obedecerle en cuanto me mandare etc.

Casa y noviembre 8 de 1688 años.

Mi señor y muy reverendísimo padre monseñor Alonso Ramos.

Beso la mano de vuestra reverencia, bachiller Juan de Torres Guevara.

## II

*De los principios, medios y fines de su última enfermedad y feliz muerte*

Una vida tan prodigiosa y milagrosa en sus principios parece que nos prometía esperanzas de que fuese también maravillosa en sus términos y fines. Salió a la luz del mundo entre las grandezas y riquezas del oriente, como princesa. Nació para las verdaderas felicidades de la ley de gracia por el medio de una extraordinaria humillación, compuesta de muchos y gravísimos infortunios, como fueron el verse robada, perseguida y prisionera, sin esperanzas de volver a su patria, ni el poder gozar de la humana prosperidad que experimentó en su nacimiento y crianza entre

los mayores príncipes y señores de la tierra. Correspondió a esta mundana desgracia la mejora de los trabajos continuados por el largo tiempo de su vida padecidos por Dios y por el bien del mundo, que la estimó en vida y la honró en su muerte, más de lo que yo puedo explicar, si bien los prodigios y maravillas que se vieron significan las beneficencias y liberalísimas asistencias del cielo, que siempre se derraman más abundantes en los fines que en los principios del ser de las criaturas. Víspera, o día de Santa María Magdalena, a quien tenía especial devoción y afecto nuestra Catarina, como a las ocho de la noche, año de 1687, se vio en toda la ciudad de la Puebla de los Ángeles una tan extraordinaria luz, que corriendo de poniente a oriente, feneciendo en la ciudad de los Ángeles y en las tierras y montes que la rodean esta tan extraordinaria y nueva luz causó tanta admiración y espanto, por lo repentino y singular nunca visto, que a unos les pareció un nuevo sol nocturno, a otros el cuerpo de la luna llena que bajándose y acercándose a lo sublunar, corría la tierra para fecundarla y esclarecerla. Vieron todos esta prodigiosa luz, unos en sus casas, otros en las calles, otros por los campos y a cada uno le parecía que había caído donde él estaba y esto acreditó su grandeza como de sol, luna y estrellas, pues estos celestiales astros parece por su magnitud que están en todas partes, de manera que cada uno de los cuerpos sublunares juzga que le alumbran a él, como si no alumbraran a los otros, porque franquean y comunican su luz a cada una de las criaturas de tal suerte que en todas se dejan ver sol, luna y estrellas. Por falta de esta propiedad dicen comúnmente los expositores que la estrella de los Magos no era estrella fija en el cielo sino errante y aparente, pues si fuera de las fijas, por su altura y su grandeza no pudiera manifestar la casa donde estaba el niño Dios, porque manifestara las causas y de todas se viera. La luz de que voy hablando fue símbolo luminoso de nuestra Catarina, y como la sierva del Señor era bienhechora común, quizás por eso dispuso Dios que este globo de luz se pareciese a los astros celestes y se viesen en todas las casas y calles, y que a todas alumbrase y comunicase su lúcido esplendor, como si estuviera en todas y en cada una de ellas.

A la misma hora que se vio y cayó esta luz en la tierra, cayó la sierva del Señor enferma con accidentes de muerte y desde luego nos pusimos en conocimiento que la novedad de este refulgente globo era preanuncio de que llegaba el tiempo en que faltando esta preciosa vida al mundo había de ser colocada en el empíreo, para resplandecer en aquella eterna patria con los resplandores de luna o estrella, para alumbrar

y comunicar al universo benignas y celestiales influencias con aquella abundancia que piadosamente esperamos que participara del sol de justicia, Cristo, y del mar inmenso de misericordias de un Dios infinito, cuyos tesoros no pueden agotarse por más que se repartan entre todas las criaturas. La misma inteligencia de la cercanía de esta muerte tuvo Catarina, pues siendo así que a la dicha hora estaba encerrada en su tan pobre como lóbrego albergue, de donde no pudo alcanzar su natural vista, al reconocimiento de esta soberana o prodigiosa luz, ni esta hallar ventana que no había, ni aun resquicio en la puerta por donde dejarse ver de la sierva de Dios, con todo eso dijo Catarina el día siguiente al confesor: «La luz que se vio anoche en la ciudad, se estrelló y feneció[343] en este mi aposentillo y no sé cómo ni por dónde entró o se presentó su resplandor que causó sustos en el corazón y llenó mi alma de alegría». Poco después dijo delante de algunas personas que asistían: «A uno me he de llevar por delante». Con la experiencia que tenían todos los que la asistían de la verificación de sus palabras, en cada uno de los presentes halló entrada y lugar el temor de que «si seré yo quien ha de morir antes que Catarina».

En medio de estas aprensiones medrosas vino la especie consolatoria de que dentro de la casa y en otro aposento inmediato al de la sierva de Dios, estaba un enfermo atabardillado ya desamparado de los médicos por desahuciado y sin esperanzas de los humanos remedios. Se apoderó de los corazones asistentes la consolación, persuadiéndose que el moribundo casero sería el sujeto en quien se verificaría la sentencia y profecía de nuestra Catarina, pero muy poco duró esta gustosa esperanza de los que la oyeron, porque sanando de un día para otro el enfermo desahuciado, se aumentaron los temores en los sanos que asistieron y oyeron la voz de la sierva de Dios en el principio de esta su grave y última enfermedad y se acrecentó el miedo, pues visitándola el eclesiástico y bachiller José del Castillo, en este tiempo le dijo su bienhechora Catarina: «padre Castillo, ¿quiere ir conmigo? Vamos si quiere». Respondió que no, porque al juicio de Dios podía ir consolada Catarina, pero no otro de los justos, sin temor y temblor. A la sierva de Dios, por sus virtudes la aseguraba el juicio humano buen despacho en el tribunal de la divina justicia, mas al bachiller José Castillo le retardaba el dar el sí su humildad y su propio conocimiento. Se sosegó su temerosa tribulación

[343] *fenecer*: «dicho de una cosa: Acabarse, terminarse o tener fin» (DRAE).

con haber visto y tocado con sus manos (como dicen) lo que sucedió, y fue así, que al marido de una de las sirvientes y asistentes a la sierva de Dios Catarina de San Juan, llamado Roque, le acometió un insulto de venenoso humor que le privó de los sentidos exteriores, y al parecer también de los interiores y potencias del alma, pues no podía moverse, hablar ni pedir confesión. Su mujer en este aprieto pidió confesor y mientras venía buscó reliquias de santos con que favorecer a su consorte. No halló otro remedio su piadosa caridad que el darle a beber un poco de agua espolvoreada con tierra de san Pablo[344] y acabándola de beber el enfermo llegó el confesor llamado y este le halló en sus sentidos, le absolvió recomendando su alma y con esta católica diligencia espiró y se salvó, como podemos con piedad cristiana esperar, el difunto. Con este suceso se sosegó el bachiller Castillo, persuadido que ya se había verificado el dicho profético de nuestra Catarina, si bien en todo el tiempo que sobrevivió a este caso la sierva de Dios con prenuncios de su cercana muerte y subida al eterno descanso, que como piadosamente esperamos, goza y gozará por una eternidad, no le faltaron sustos y temores al dicho bachiller Castillo de acompañar a la enferma, que le convidaba con la vida eterna, cuando estuviese dispuesto para tan dilatada jornada, contradijo y se excusó de este terrible trance, y el Señor que es dueño de la vida y de la muerte le conserva en medio de muchos y gravísimos achaques en este mundo para los fines, que no podemos alcanzar ni entender, pero el uno de ellos no puede dejar de ser el que se disponga y esté prevenido para una buena muerte cuando venga el justo juez a pedirle cuenta y residenciar[345] los pasos y acciones de su vida.

Llegó finalmente el tiempo que tenía Dios determinado para llevarse a su gloria a esta escogida alma y aumentándose los achaques unos sobre otros, desde el día y año ya mencionados por las violencias de los demonios, de que resultó esta última enfermedad, así como las otras de que he hecho memoria en toda la historia, se originaron de estas batallas y luchas con el infierno rabioso, que continuamente procuró consumirla y cortar el hilo de esta preciosa vida con golpes y con caídas, estrellándola contra las paredes, jugando con su cuerpo como pelota y causando en él con estos y semejantes martirios inexplicables dolores interiores y exteriores, y con su inocente alma temores, turbaciones y espantos, sin

[344] No sé qué es exactamente esta medicina.

[345] *residenciar*: hacerle juicio de residencia; el que hacían a los gobernantes cuando dejaban el cargo para examinar si lo habían hecho bien o mal.

dejarla venir a la iglesia en todo el tiempo de esta enfermedad sino una u otra vez que vino, más en brazos ajenos que por su pie. En toda esta enfermedad llamó varias veces a su propio confesor y le fue informado de todo lo que padecía y de cómo se iba acercando la hora en que le rogaba no le desamparase, pues para aquel trance eran los amigos verdaderos, que la encomendase a Dios y que no deseaba otra cosa que una buena muerte, y la consiguió en una admirable paz, por medio de una sangrienta guerra continua por todo el tiempo de su larga vida.

Pocos días antes de su felicísimo tránsito oyó la sierva de Dios una voz suave, que hablando con ella, dijo: «Ea ya, Catarina, basta ya de dolores, hartos has padecido y con ellos te has dispuesto para los descansos eternos». Desde este día cesaron los tormentos o por lo menos lo violento y continuación de sus martirios, el alma se puso en una serenidad tan envidiable, y prorrumpía en tales afectos, palabras, que echábamos de ver estaba totalmente unida y resignada en la voluntad de Dios, de suerte que ni el purgatorio ni el infierno la atemorizaba. Con esta quietud vivió algunos días y al confesor, que estaba a la mira[346], pareciéndole por los accidentes mortales que se iba concluyendo ya acercando el día o noche de la muerte de Catarina, le dijo la sierva del Señor: «No se apure vuestra reverencia, que a las doce le llamarán para que me asista». Se verificó con tanta individualidad, que estando el reloj en las doce de la noche, tocaron la campanilla de la portería los que fueron a llamar al confesor de la sierva de Dios. Con esta noticia procuró ocultar y disimular la gravedad de la enfermedad, deslumbrando[347] aun a los médicos con decir que iba pasando la enferma con sus achaques y que con ellos podía durar muchos días. Y todo esto lo hacía recelándose que la piedad del pueblo se desordenase y ocasionase alguna inquietud en la casa al tiempo de la muerte de nuestra Catarina, y si bien se consiguió con esta diligencia el que solamente la asistiesen el confesor, el bachiller José del Castillo y sus caseros en la última hora de su vida, en que dio su purísima alma al Señor, año de 1688 y cinco de enero, víspera de los santos Reyes Magos, como a las cuatro de la mañana, a los 82 u 83 años de edad, según el cómputo que se ha hecho referido en la historia, pero no se pudo conseguir ni evitar el ruidoso alboroto que le siguió el día siguiente en la ciudad con la noticia de su muerte.

346 *estaba a la mira*: estaba advertido, vigilante.
347 *deslumbrando*: despistando.

## III

*De su entierro y cosas particulares que sucedieron en aquellos días*

Luego que expiró la sierva de Dios (sin que hubiese llanto ni lágrimas en todos los que la asistimos porque todos la consideramos con prendas de bienaventurada por su santa vida y felicísima muerte) se trató de amortajarla y le discurrió sobre la forma de mortaja con que se le había de enterrar y poner en el ataúd. El capitán Hipólito del Castillo y Altra se inclinaba a que se enterrase con hábito de san Francisco por haber traído toda su vida encubierto el escapulario de la Tercera Orden. Su esposa pretendió, llevada de su generosidad y desordenada devoción a la sierva del Señor, ponerla una mortaja negra de seda. Otros procuraron introducir sus particulares afectos a los hábitos de su afecto y todos hallaban apoyo y fundamento en la multitud de escapularios interiores que cargó esta devota mujer por todo el tiempo de su vida. Yo, como su último confesor, y con más especiales noticias, me estaba interiormente riendo de los juicios de los hombres y, reconociendo por el favor que me hacían se esperaba mi resolución, determiné (huyendo de gobernarme de las previas noticias espirituales falibles con que me hallaba) que, pues, en vida no había tenido esta escogidísima alma del Señor hábito exterior particular, que en la muerte no se le pusiésemos, sino que se enterrase con el hábito y vestido común de viuda en que había vivido. Para este fin se entregó al sastre el género suficiente para esta mortaja tan controvertida y él, o por huir el trabajo o por otra luz superior, que se cegó para atropellar con lo que se le había mandado, formó de la estameña[348] o anascote[349] que se le había entregado, una túnica o saco, de manera que al ponérsela ceñida al cuerpo difunto parecía mortaja de los hermanos de la Compañía de Jesús, menos el cuello que suplía un ribete[350] formado del mismo género, y con esta determinación del sastre se verificaron repetidas visiones y luces que había tenido la sierva de Dios acerca de su mortaja, asegurándola muchas veces el cielo que la

[348] *estameña*: «tejido de lana, sencillo y ordinario, que tiene la urdimbre y la trama de estambre» (DRAE).

[349] *anascote*: «tela delgada de lana, asargada por ambos lados, que usan para sus hábitos varias órdenes religiosas. También la emplean para sus vestidos las mujeres del pueblo en algunas provincias de España» (DRAE).

[350] *ribete*: «cinta o cosa análoga con que se guarnece y refuerza la orilla del vestido, calzado, etc» (DRAE).

habían de amortajar y enterrar con una túnica negra como a hermana de su Compañía.

Amortajado el virginal cuerpo de Catarina, se dispuso que se subiese a una de las salas de la casa y que se cerrase su aposento, cuya puerta salía al patio y muy cerca de la calle. Se determinó también que no se dejase ver el cuerpo difunto y que se procurase impedir el que corriese la voz de su muerte hasta que la hubiésemos enterrado, huyendo con nuestros humanos discursos el popular alboroto e inquietud común que suele reconocerse en las muertes de personas virtuosas. Todos estos juicios de los hombres faltaron como falibles y las determinaciones de Dios, como infalibles, prevalecieron y subsistieron. Porque aun estando en estas nuestras atenciones, sin saber por dónde ni cómo pasó la voz de esta feliz muerte a los conventos de religiosas, que enviaron a ofrecer a los nobles caseros de la sierva de Dios palmas y coronas para el entierro de la difunta. Consultaron estos con el confesor de Catarina y el bachiller Castillo si admitirían este devoto ofrecimiento, y les respondieron que de ninguna manera se admitiese por la confusión que pudiera causar en la ciudad palma y corona en un cuerpo muerto de persona que había sido casada[351] tantos años dentro de la misma ciudad. Con esta respuesta y resolución nos pareció se había cerrado la puerta a los discursos y admiraciones del mundo, y juntamente advertimos se habían verificado algunas otras visiones y revelaciones de la misma sierva del Señor y de otras personas espirituales que dijeron habían de concurrir multiplicadas palmas y coronas para honrar el cuerpo de Catarina en su felicísimo tránsito a la eternidad. Pero no obstante este suceso recelaba el confesor hubiese nuevas instancias y empeños para que se verificase otra visión que había tenido en vida la difunta y fue el verse en unas ricas andas[352] o ataúd con palma y corona de vistosas y preciosas flores, cuya verificación manifestó el suceso público y notorio, como constará de lo que referiré en este y en otros capítulos siguientes.

Así no había bien amanecido cuando se halló derramada y esparcida la noticia de la muerte de nuestra Catarina y a la fama de su santidad ocurrió un innumerable gentío, no solo popular sino de las personas de mayor lustre y autoridad en aquella nobilísima república, todos an-

[351] Porque la palma es símbolo de virginidad, y aunque Catarina lo fuera, la gente sabía que había sido casada y todo podía dar lugar a comentarios y discusiones poco decentes,

[352] *andas*: «féretro o caja con varas, en que se llevan a enterrar los muertos» (DRAE).

siosos de ver el cuerpo difunto y conseguir por los merecimientos de su preciosa alma remedio para sus necesidades corporales y espirituales. Debió la sierva de Dios en aquella imperial ciudad de la Puebla de los Ángeles la asistencia de todos los superiores que la gobernaban, porque allí se veían como revueltos los capitulares del venerable cabildo eclesiástico que la ilustra, del secular que la ennoblece, de los ciudadanos que la componen, de los nobles y caballeros que la engrandecen, de los vecinos que la habitan y de los religiosos de todas órdenes, que como si fuera hija de cada una de las religiones fueron a visitar el cuerpo difunto con más que paternales afectos y maternales cariños. Se procuró atajar la desordenada frecuencia de tanto concurso, cerrando y atrancando las puertas de la casa donde vivía, pero el tumultuoso aunque devoto gentío, quebrantó los cerrojos y desquició las puertas, por dos o tres veces que se intentó este medio como único para reprimir el pueblo e impedir la inquietud que causaba en una casa particular la concurrencia de una tan grande y populosa ciudad. Habiéndose frustrado este consejo y determinación para evitar mayores inconvenientes, se franquearon todas las puertas y teniendo dos la casa, se entraba por la principal y se salía también por la de la tienda, con tal frecuencia, que desde las cinco de la mañana del día de su muerte hasta el día siguiente de los Santos Reyes, en la tarde que se hizo el entierro, se vio la casa donde estaba su cuerpo como una iglesia en Jueves Santo, donde entra y sale el concurso de toda una ciudad que anda las estaciones[353] que se acostumbran en aquella sagrada noche y aun esta circunstancia había previsto y predicho la sierva de Dios, informando a su confesor que se había visto a sí misma difunta, con palma y corona, en una casa donde por dos puertas entraban y salían muchas gentes que la visitaban y honraban, y aunque Catarina lo refirió por sueño, el confesor con el hecho se persuadió había sido previsión cierta de lo que sucedió en su dichosa muerte.

Quedó su rostro con una compostura admirable, ni achinado[354] ni pálido, sino blanco y con las facciones que pudieran quedar en la muerte de su color nativo, antes que Dios la mudase el rostro. Quedó todo su cuerpo tan tratable[355] que las señoras principales de la ciudad se rega-

[353] *andar las estaciones*: visitar en Jueves Santo los monumentos o altares dispuestos en las iglesias con la exposición del Cuerpo de Cristo.

[354] *achinado*: «dicho de una persona: Que por los rasgos de su rostro se parece a los naturales de China» (DRAE).

[355] *tratable*: flexible, sin *rigor mortis*.

laban con sus manos, que no estaban ya encogidas, ni gafas[356], como las tenía en vida por la violencia de los dolores y martirios que padecía la sierva de Dios. Quedó su martirizado cuerpo tan ligero, que una de las señoras que concurrieron a amortajarle, le subió en sus brazos a lo alto de la casa sin experimentar más peso que el de una mortaja o pluma. Puesto sobre un bufete[357], fueron las señoras principales adornando con flores, rosas y labores de oro y plata, y una de las más ilustres, como arrebatada de superior impulso, cogió una palma y corona que tenía prevenida para la imagen del glorioso arcángel san Miguel del Milagro y sin más consulta que la de su noble y devota resolución, se las puso el cuerpo de la bendita virgen y con estas circunstancias la vimos, como ella se había visto años antes, amortajada y dispuesta para el sepulcro y solemne entierro que la tenía Dios prevenido por medio de sus criaturas y moviendo sus corazones.

Pocas horas después de estar vestido y compuesto el virginal cuerpo, se convidó[358] el venerable señor deán y cabildo de la santa Iglesia, para autorizar y honrar el venerable cuerpo de cabildo, como lo ejercitó con la gravedad y lucimiento con que hace todas las funciones que coge a su cargo, asistiendo todos con sobrepelliz[359] y con luces en las manos en su entierro y previniendo un túmulo grave y lucido de cirios y hachas que costeó el señor y venerable deán, acompañado del señor prebendado don Cristóbal del Castillo, benemérito de la sierva del Señor, por lo que gastó en el funeral y en las enfermedades de Catarina, con la grandeza de su corazón y liberal magnificencia de su piedad, dando el lleno que se podía desear en esta gravísima función y asistida de personas tan ilustres por su nobleza y por su sabiduría, y tan venerables por su autoridad y debido respeto. Convidaron estos señores a todas las religiones sagradas que acudieron todas con su santo celo y piedad, para dar mayor lucimiento y lustre al entierro, con las demás cabezas de aquella nobilísima ciudad, y caballeros que sin convite se hallaron todos a honrar su sepultura, remudándose todos, entrando y saliendo en la casa donde estaba el cuerpo difunto. No es explicable el numeroso gentío que concurrió y asistió al entierro, siendo de calidad que hasta

356 *gafas*: «que tiene encorvados y sin movimiento los dedos de manos y pies» (DRAE).

357 *bufete*: «mesa de escribir con cajones» (DRAE).

358 *convidar*: «ofrecerse voluntariamente para algo» (DRAE).

359 *sobrepelliz*: vestidura eclesiástica, de lienzo blanco.

por las azoteas, balcones y ventanas de las casas que corresponden a las puertas del templo de nuestro colegio del Espíritu Santo se asomaban una multitud de hombres y mujeres, arrastrados todos de los ardientes deseos y ansias de ver el entierro y el venerable cuerpo de la sierva de Dios, porque en las calles y plazuela de nuestra iglesia, donde se había de hacer, impedía la vista y la asistencia de los que se encaramaban en las alturas y tejados otra mayor muchedumbre de gente apiñada y apretada. No era menor de gente el concurso que había previniéndose a llenar y coger asiento en la iglesia.

## IV

### *Prosigue la misma materia y otras cosas que sucedieron al tiempo de su entierro, funeral y honras*

En los dos días que estuvo el cuerpo en la casa de su morada se dispuso un ataúd rico en forma de caja, que descubierta pudiese servir de féretro al cuerpo difunto y cerrada dentro del sepulcro le sirviese de caja de depósito. Esta sirvió en esta ocasión, desechando otra más pobre y humilde que se le había prevenido. Con todas las dichas disposiciones se formó el entierro en que presidía el venerable y señor deán con la solemnidad que se deja a la consideración del piadoso lector y a las relaciones particulares de muchos de los que le vieron y asistieron en él, y a lo que dijo el predicador en presencia de todo un mundo, poniendo por testigos a todos los nobles y plebeyos de aquella tal ilustre como populosa ciudad, unos que podían y debían confirmar las virtudes que experimentaron en la sierva de Dios, otros las prodigiosas circunstancias con que se iba verificando lo que había previsto y predicho muchos años antes, otros las especiales beneficencias del cielo que habían gozado por la intercesión y eficacia de las oraciones de esta admirable criatura. Y finalmente todos atribuyeron a moción[360] especial del Espíritu Santo aquel numeroso e inexplicable concurso del gentío, que concurrió al entierro del venerable cuerpo, que en hombros de los capitulares de aquella nobilísima ciudad, alternándose con los superiores de las religiones y otras personas graves del ilustre clero, entró en el templo con mucha dificultad y combatido de avenidas encontradas de gente, así como el que navega entre olas encrespadas de un alterado mar. Luego

[360] *moción*: impulso.

que le pusieron en el túmulo prevenido y bien adornado de hachas, cirios y otras luces, creció el devoto tumulto y se avivaron las fervorosas ansias de adquirir cada uno de los presentes algún fragmentillo de la mortaja o alguna flor de las que matizaban[361] el féretro y cuerpo de la sierva de Dios, que habiendo comenzado una u otra persona de autoridad con piadoso respeto a coger una u otra florecita, se experimentó tal desorden en el popular y numeroso concurso que fue necesaria toda la humana solicitud y resistencia para que la devoción de los que asistían a honrar el cuerpo difunto no le despedazase, ni dio lugar a que se empezase el oficio de difuntos, hasta que se ocultó el cuerpo con la tapa de la caja que le servía de féretro. Cerrada esta con sus llaves, se aquietó la multitud alborotada y se pudo proseguir el entierro.

Todo el tiempo que tuvo amortajada nuestra Catarina había durado esta violencia y el cuidado y desvelo de los que velaban el venerable cuerpo para defenderle, si bien nunca pudieron impedir las demostraciones de piedad en la muchedumbre de los que entraban y salían en arrojarse a besar la túnica, sus pies y manos, tocar sus cruces y rosarios en aquel hermoso cadáver y precioso tesoro de un alma que piadosamente juzgaban estaría ya gozando de Dios, prorrumpiendo todos en admiraciones con una prudente consideración de ver aquel prodigio por tantos años oculto en el mundo y de experimentar que después de una edad tan prolija como trabajada hubiese quedado su cuerpo tan tratable, las coyunturas flexibles como de un niño tierno, haciendo, según lo ya dicho, las señoras más delicadas, experiencia de esta verdad, regalándose con las manos y rostro de esta privilegiada virgen, y que se puede atribuir a la honra que quiso Dios darle en su muerte, por la gran pureza que había tenido en vida. El segundo asalto que hizo la violenta y desordenada devoción del pueblo para despojar al bendito cuerpo de sus adornos, fue al entrarlo en la capilla donde la Providencia divina le había señalado sepultura (según parece de lo ya dicho) para que reposase entre los inocentes y fuese el sepulcro de la inocencia de donde resucitase como fénix a eternizar gloriosa sus días en el empíreo, como piadosamente lo esperamos. En este lugar pues, con ocasión de ser la puerta más angosta que la caja que servía al venerable cuerpo de féretro fue necesario el abrirla y luego que la vio abierta la inconsiderada multitud, se abalanzó a robarla los pocos adornos que le habían quedado a

[361] *matizar*: dar colores.

la difunta, haciendo presa también de los girones y parte de la mortaja, sin dejarle ni aun los zapatos. En esta batalla de tan pertinaces como necios combatientes, se entró como se pudo el cuerpo en la bóveda y entregando la una de las dos llaves de la caja ya cerrada y llena de cal, al alcalde mayor, como cabeza de aquella nobilísima ciudad, se le entregó también la otra al padre rector del colegio del Espíritu Santo.

Los días siguientes al del entierro de la sierva de Dios se convidó el venerable cabildo eclesiástico a venir a la iglesia de nuestro colegio del Espíritu Santo a cantar un novenario de misas para mayor honra y crédito de la esclarecida virgen, como se hizo dando principio el señor deán con la misa de cuerpo presente y reservando la del día de sus honras para el muy reverendísimo padre presentado fray Juan Gorospe, rector y regente primario que fue del Real colegio de san Luis, prior y provincial actual de la Provincia de los Santísimos Ángeles de la ciudad de la Puebla. Fue el concurso de este día excesivo, acudiendo desde las cuatro de la mañana la piedad y el fervor de toda la ciudad y de los pueblos y haciendas circunvecinas para poder asegurar lugar en que pudiesen nobles y plebeyos oír las virtudes de Catarina. No es explicable la celebridad de este día, por el número sin número de las personas de autoridad que concurrieron en el templo, por la religiosa gravedad con que la sagrada religión de predicadores[362] hizo esta función, que de alguna manera cedía en honra y crédito de la Compañía de Jesús, a quien siempre han mirado como a hija y discípula para honrarla y favorecerla con su primaria sapiencia y nobilísimos respetos. Mientras se hizo hora de la misa y sermón tuvo el grave y lucidísimo túmulo para adorno varios epitafios con que divertirse[363] el auditorio y por aludir todos a la manifestación del concepto común que se tenía de lo realzado de las virtudes que se tenía en la vida de la sierva de Dios, pondré aquí algunos de los que se recogieron y enviaron personas afectas a esta esclarecida virgen.

362 *sagrada religión de predicadores*: la orden religiosa de los dominicos.
363 *divertirse*: entretenerse.

## V

## *Epitafios que sirvieron de adorno al túmulo*[364] *en el día de las honras que le hicieron a la sierva de Dios*

*Del padre Antonio Plancarte de la Compañía de Jesús.*

Se pintó una nao[365] desembarcando los navegantes en el puerto de Acapulco y la venerable Catarina en un pequeño barco en el árbol mayor nuestro padre san Ignacio con el estandarte en la mano y en las banderas una paloma blanca y en una banderola este mote[366]: *salva facta est*.

Soy una nao de China,
que una china desembarco.
Acapulco es poco barco
para abarcar esta china.
Es mi nombre Catarina;
mi rumbo sin barlovento[367]:
Espíritu Santo el viento;
san Ignacio el capitán,
sus pilotos me pondrán
en tierra de salvamento.

*2. Del mismo*

Se pintó una rosa de China[368] muy hermosa entre otras flores. Al pie de la rosa una muerte y este mote: *omnia sub rosa*.[369]

¿Quién, decid, es esta rosa)
Esta rosa no es peruana[370],

[364] *túmulo*: «sepulcro levantado de la tierra. Armazón de madera, vestida de paños fúnebres, que se erige para la celebración de las honras de un difunto» (DRAE).

[365] *nao*: «nave» (DRAE).

[366] *mote*: letra que acompaña a la imagen visual de un emblema o jeroglífico. La expresión *salva facta est* se reitera en distintos contextos en la Vulgata.

[367] *barlovento*: «parte de donde viene el viento, con respecto a un punto o lugar determinado» (DRAE).

[368] *rosa de China*: especie de rosa, la *hibiscus rosa sinensis*.

[369] *omnia sub rosa*: locución latina que se colocaba en las puertas de los convites; se usa también como referencia al secreto.

[370] No es santa Rosa de Lima, ni santa Rosa de Viterbo.

ni es Viterbo flor temprana,
que es en florecer morosa[371].
No es la Sena, aunque olorosa;
ni es flor esta alejandrina:
no es rosa jericuntina[372]
quien muerta refloreció.
Decid o lo diré yo:
esta rosa es de la China.

*3. Del mismo*

Se pintó un baulillo de China pardusco, achinado, cerrado y este mote: *thesaurus conditus*[373].

Aquí de China me veis
el color; por dentro el oro
guardo del mejor tesoro,
que escondido aquí hallaréis.
Aunque más vueltas le deis
a la llave, no abrirá;
ninguno la entenderá;
que la cifra solo Dios
la sabe, mas para vos
a su tiempo lo dirá.

*4. Del mismo*

Se pintó un candado de China de bronce con su varejón[374] y ruedecillas, y en algunas de ellas estas letras E. D.V. S. N. I. E. M.[375] y este mote: *non nisi cvncta valent*.

Esta es la llave de China:
pocas letras, mucho Dios:
mirad si la entendéis vos,

371 *morosa*: «que incurre lentitud, dilación, demora» (DRAE).

372 *jericuntina*: relativo a la ciudad de Jericó en Palestina. Eran muy famosas las rosas de Jericó.

373 *thesaurus conditus*: 'tesoro oculto'; es expresión muy usada en muchos contextos.

374 *varejón*: «vara larga y gruesa» (DRAE).

375 E. D.V. S. N. I. E. M.: Anagrama de la última frase del epitafio: «*Deus in me*».

que habréis hallado una mina.
Ni el confesor adivina
lo que ella dice hasta que
letra por letra se ve
que juntando la dicción,
deletreando la lección,
dice en cifra: Deus in me.

*5. De una devota mujer*

Se pintó la venerable Catarina de San Juan en cátedra con ademán de enseñar o disputar. Al lado derecho, alto el Amor y al lado izquierdo el Temor de Dios[376]. Sobre ella un Jesús; su mote: *sapientia*, el del temor, *initivm*; el del amor: *consummatio*. En la Cátedra: *revelasti ea parvulis*[377].

*Décimas*

Catarina, ¿que sería,
que siendo bozal cerrada
con lengua tan agraciada
hablabas en teología?
¿De quién la sabiduría
aprendiste? Que de dos,
amor y temor de Dios,
me responderás que fueron

[376] *Amor y Temor de Dios*: «el servicio y el culto de Dios exige, además de actos externos, afecto interno: Diliges Dominun Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua, *Deuteronomio*, 6, 5; ver *Mateo*, 22, 37: Diliges Dominum Deum tuum in toto corde tuo et in tota anima tua et in tota mente tua; *Marcos*, 12, 30: et diliges Dominum Deum tuut ex toto corde tuo et ex tota anima tua et ex tota mente tua et ex tota virtute tua; o *Lucas*, 10, 27; *Juan*, 4, 23. Exige también temor: Servite Domino in timore (*Salmo* 2, 11); et replebit eum spiritus timoris Domini (*Isaías*, 11, 3). De manera más detallada, *Deuteronomio*, 10, 12: quid Dominus Deus tuus petit a te, nisi ut timeas Dominum Deum tuum, et ambules in viis eius, et diligas eum, ac servias Domino Deo tuo in toto corde tuo, et in tota anima tua, y otras observaciones en *Eclesiástico*, 32, 14 , 16, y 33, 1, etc. El temor de Dios es uno de los siete dones del Espíritu Santo y va unido a la caridad o amor de Dios, santo Tomás, S. theol., I-II, q. 68, a. 5» (Arellano, 2011, *s. v.*). El dicho «Initium sapientiae timor Domini» se reitera en muchos textos.

[377] *Mateo*, 11, 25: 'revelaste la verdad a los pequeños y humildes'.

los maestros que instruyeron
tu alma, tu lengua y tu voz.
Humilde te apellidabas
bestia bruta, siendo así
que del saber nació en ti
la eminencia con que hablabas.
Amante en Dios te mirabas
muy pequeña y Dios se veía
muy grande en ti, pues sería
(como dijo) querer darte
de sí misma tanta parte,
la Eterna Sabiduría.

### *6. Hieroglíficos*[378]

Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza. Se pintó en lo bajo de una tarja[379] una águila que volaba para lo alto, a donde se pintó un sol que daba en su vista con este mote: «Aqvila directo volatv in sublime fertvr». (Elian. lib. 14. Cap. 10. v. 27.)[380] Y esta copla:

Recto he seguido el camino,
y con mi vista amorosa,
atentamente examino
sin divertirme a otra cosa,
los rayos del sol divino.

[378] *hieroglífico*: «jeroglífico» (DRAE).

[379] *tarja*: especie de escudo, es decir, una tarjeta o lienzo donde figuraba la pintura emblemática.

[380] Cita de la famosa *Historia de los animales* de Claudio Eliano. El águila, entre otras cualidades, es la única ave que vuela en línea recta hacia las alturas, sin hacer vueltas y curvas. También es la única capaz de mirar de frente al sol, como dicen los versos.

### 7. *Otro del mismo*

Se pintó un diamante y al pie de él un buril[381] quebrado y una mano con otro buril que afectaba grabar en el diamante y este mote: «Et cor su umposuerunt ut adamantem, ne audirent legem» (ex Zachar. cap. 7. v. 12). Y al otro lado una mujer rociando de su boca con sangre a muchos corazones que se pintaron con estos motes: «Pulli eius consperguntur in sanguine» (Job. c. 39. v. 30). Y el otro: «in sanguine agni» (Appocal. c. 7.) y esta copla[382]:

No pudo hacer el acero
en el diamante impresiones,
más yo, en ablandar me esmero,
los más duros corazones
con la sangre del cordero[383].

### 8. *Del mismo*

Se pintó una vid frondosa, que desde el suelo llegaba con sus extremidades al cielo y en ellas muchos pámpanos[384] con este mote: «flores mei fructus honoris & honestatis» (Eccles. Cap. 24. v. 23) y al pie esta copla:

La vid de virtud conmuto[385]
en dulce del cielo honor,

[381] *buril*: «instrumento de acero, prismático y puntiagudo, que sirve a los grabadores para abrir y hacer líneas en los metales» (DRAE).

[382] En el texto ya se indican las referencias concretas para las citas bíblicas aducidas.

[383] *sangre del cordero*: alusión a la sangre de Cristo. Pero entender la alusión precisa recordar la creencia de que el diamante se dejaba labrar con sangre caliente de cabrón o de cordero. Comp. Lope de Vega: «que la cruel de vuestra fiera madre / vengó sus celos en la sangre vuestra, / que como son más duros que diamante, / ha pretendido, por mancharme el alma, / con sangre de cordero enternecerlos» (CORDE).

[384] *pámpanos*: «sarmiento [vástago de la vid, largo, delgado, flexible y nudoso, de donde brotan las hojas, las tijeretas y los racimos.] verde, tierno y delgado, o pimpollo de la vid» (DRAE).

[385] *conmuto*: «cambiar una cosa por otra» (DRAE).

pues broté en la tierra flor
para dar al cielo el fruto.

*9. Del mismo*

Se pintó una mujer elevada para el cielo con un candado en la boca y este mote: «conversatio nostra in celis est». (Pau. ad Philip. Cap. 3. v. 20.) y esta copla:

En el silencio ha hallado
conversación mi desvelo,
que en la tierra, por el cielo,
eché en la boca un candado.

*10. Del mismo*

Se pintó una mujer en lo bajo de una tarja con un ramillete de flores en la mano. Y otra mano en lo alto que salía del cielo a cogérselo, con este mote: «Iam hiems transit, imber abiit, et recessit». (Cant. 2. v. II.) y esta copla:

Pasó la rígida estancia
del invierno y el verano,
cogió el cielo por su mano,
mi hermosura y mi fragancia.

*11. Del mismo*

Se pintó en lo alto de una tarja un cielo estrellado de donde salían rayos de luz que llegaban a herir a una mujer, que se pintó en lo bajo con dos alas abiertas y en el medio este mote: «Datae sunt mulieri alae du ae vt volaret». (Appoc. c. 12.) con esta copla:

Tu luz no será extinguida
con dos alas, pues de un vuelo
la fuiste a encender al cielo,
para volar más crecida.

### *12. Del padre Juan Carrillo de la Compañía de Jesús*

Se pintó una redoma[386] y enfrente una cabeza con este mote que le salía de la boca: «Curre musin odorem unguentorum tuorum». (Cantic. I.) que explicó la siguiente octava:

Del Arabia feliz aromas dejas,
por seguir de tu esposo los ungüentos:
laméntase el oriente en tiernas quejas,
cuando al ocaso miran tus intentos,
pero muerta respondes que te alejas,
mejorando feliz tus pensamientos,
que si viviste siempre a Dios unida,
quieres también con él morir ungida.

### *13. Dos sonetos del padre José de Tapia de la Compañía de Jesús a la venerable madre Catarina de San Juan, que como águila se remontaba en caza de almas*

#### *Soneto*

Esta que ves del viento gallardía
del pájaro de Jove, remontada[387]
émula bella, compitió azorada
a prender Ganimedes[388], ave o pía[389].
Ave fue real, que donde nace el día,[390]

[386] *redoma*: «vasija de vidrio ancha en su fondo que va estrechándose hacia la boca» (DRAE).

[387] Catarina se compara con el pájaro de Jove, es decir, el águila, ave emblemática de Júpiter. Así como Júpiter, convertido en águila, raptó al joven Ganimedes, Catarina, comvertida en águila divina rapta o caza almas para subirlas al cielo.

[388] Ganimedes: en la mitología griega, era un héroe divino originario de la Tróade. Fue un príncipe troyano que se convirtió en el amante de Zeus y en el copero de los doses.

[389] *pía*: no veo claro si se refiere a 'ave' o a 'caballería pía, de color blanquecino', como alusión a las capacidades de transportar almas al cielo.

[390] Ahora la alusión es al ave fénix: ave de Arabia, que muere y resucita renaciendo de sus propias cenizas al quemarse en la pira funeral. Aunque Catarina es ave real (águila)

cuna le dio el sol y transportada
a donde muere el sol, fue sepultada
con presa mucha de almas, que prendía.
Mas si es de Arabia esta ave peregrina,
aunque de Juan, que es águila, repite
los vuelos que le presta o le destina,
la eternidad a que voló, compite
que en la pira[391] que yace Catarina,
águila viva, fénix resucite.

*A su muerte y entierro en la Puebla de los Ángeles*[392]

Rizando pluma de esplendor brillante,
celeste sumas al sagrado Sina,
por sellar a la rosa alejandrina,
urna erigen pirámide flamante
del arábico país, otra fragante
cándida flor y virgen peregrina,
si no purpúrea; pero Catarina,
culto angélico sella grato amente[393].
Si se despuebla de ángeles el cielo,
de Catarina en la festiva muerte,
por erigir a su sepulcro velo,
hoy sobre Catarina flores vierte
y en monte Sinaí su florido suelo,
la Puebla de los Ángeles convierte.

y repite los vuelos de Juan Evangelista (cuyo animal emblemático es también el águila) también se puede comparar con el ave fénix que resucita de sus cenizas y es emblema de la inmortalidad.

391 *pira*: el túmulo funeral.

392 El soneto es bastante retorcido y complicado, lleno de cultismos; en sustancia viene a decir que los ángeles (celestes sumas, cantidades de seres celestiales con alas y plumas) fabrican una urna funeral para encerrar a Catarina, comparada a la rosa de Alejandría (famosa especie de rosas). Es decir, que los ángeles convierten a Puebla en otro monte Sinaí sagrado (imagen del cielo). No apuro exactamente el sentido de la cándida flor peregrina ni del verso « culto angélico sella grato amente». El v. 13 queda largo.

393 *amente*: «demente» (DRAE).

14. Una persona afecta, deseando celebrar las honras funerales de la venerable Catarina de San Juan, vio en espíritu o en sueño los símbolos y motes siguientes, y al glorioso doctor máximo de la Iglesia, san Gerónimo, que consolándola le dio los versos de la quintilla, al parecer misteriosa para su desempeño y todo se copió como se sigue.

Se pintó en un lienzo o tarja un tronco hecho pedazos y sobre él una palma y un laurel en ramo enlazados, en el lado alto una mano con este mote: «Manus domini tetigit me». (Job 19). En el correspondiente un ángel con una crismera[394] en la mano izquierda y su puntero en la diestra con este mote: «Divina unctio Dei». Al lado bajo un mundo algo inclinado.

*Quintilla misteriosa*

Una palma y un laurel,
sobre un tronco hecho pedazos,
de un soberano cristel
unido en divinos lazos,
nunca el tiempo supo de él.

Del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza, que habiendo visto el jeroglífico y copla que se le mostró a una sierva de Dios estando en oración, dijo su sentir del misterio y glosó los versos de la quintilla en estas cinco décimas:

*Quintilla*

Una palma y un laurel,
sobre un tronco hecho pedazos,
de un soberano cristel
unido en divinos lazos,
nunca el tiempo supo de él.

[394] *crismera*: «recipiente que sirve para guardar el Crisma, aceite y bálsamo mezclados que consagran los obispos el Jueves Santo para ungir a los que se confirman o bautizan, y también a los obispos y sacerdotes cuando se consagran o se ordenan» (DRAE).

*Décima I*

Tronco seco al mundo fuiste,
dando al cielo su vapor,
Catarina, y el primor
de su influjo conseguiste,
que si al cielo lo ofreciste
humedad de tronco fiel,
mejor que en tierno plantel,
gracia en retorno le llueve
para que en él se renueve,
una palma y un laurel.

*Décima II*

Aunque tronco dividido
en pedazos se elevó
a la eminencia y llegó
su extremo a ser más florido,
que en tanto grado subido,
le dieron sin embarazos,
fuerzas los divinos brazos,
que el laurel y palma abona,
para alcanzar la corona
sobre un tronco hecho pedazos.

*Décima III*

Bien un ángel significa
con el cristel y el puntero
ser de gracia el tronco austero,
y Dios se la multiplica:
pues su mano se la aplica,
brote a envidias del clavel,
crezca emporio del vergel
la palma y laurel flamante,
pues logran riego abundante
del soberano cristel.

*Décima IV*

Opuesta prerrogativa,
observó el tronco encubierta:
para el mundo libre y muerto;
para el cielo presta y viva.
Descuelle pues y reciba
en celestiales regazos,
los aprestados abrazos,
que circundan su verdor,
viendo el fruto de su flor,
unido en divinos lazos.

*Décima V*

Al fin del mundo ignorado,
fue aqueste tronco frondoso;
pero su orgullo engañoso,
se muestra a su pie postrado:
sus distritos no ha pisado,
huyó su fausto cruel,
que oponiéndose un cancel
de virtud se lo escondió
y como nunca le vio,
nunca el tiempo supo de él.

15. El bachiller José de Boca Negra, presbítero aficionado a la sierva de Dios, tomando asunto del sobre dicho pintó una palma, su tronco árido y despedazado, que llevaba muchas palmas y laureles lozanos que abarcaba un brazo de cuya mano se derramaban resplandores al tronco. Mote: «Unica multiplices retulit sic saucia fructus».

Letra.

En la vida peregrina,
toda, batallas crueles,
de sola esta Catarina
llevó la virtud divina
muchas palmas y laureles.

*16. Del padre Eugenio López de la Compañía de Jesús*

Se pintó un corazón sellado con siete sellos y enfrente otro corazón sellado con un *Jesús*. Motes: «Signatum sigillis septem». «Pone me ut signaculum iuxta cor»[395].

*Epigrama*

Corde Deus, Catarina, tuo signacula septem
donorum fixit; sic sua dona regis.
Tu pariter ponis divino pectore signum;
munera corde Dei sic tua clausa latent.
Ergo facta latent? Sed notum iam omnibus unum
hoc est; digna fuit pectoris ista Dei[396].

*17. Del mismo padre*

*Epigramma*

Pone me ut signaculum super cor tuum.
Excessas oriens cunas tibi Virgo ministrat,
Occiduo que iaces ipsa sepulta solo.
Cur licet inquiro, totam percurrere terram?
Nam me, nec cunctus Mundus uterque capit.
Sit tibi parva domus grandis cum machina mundi:
Quis capier? dicas. Quis nisi corda Dei[397]?
A tu grandeza es estrecho
el uno y el otro polo,

[395] El primero es del *Apocalipsis*, 5, 1, referencia al libro sellado con siete sellos; segundo del *Cantar de los cantares*, 8, 6.

[396] «Dios colocó en tu corazón, Catarina, los sellos de [sus] siete dones: así cubres sus dones. Tú igualmente pones un signo en el pecho divino: así se mantienen ocultos tus regalos encerrados en el corazón de Dios. ¿Se ocultan, por lo tanto, los hechos? Sin embargo, esta sola cosa ya es conocida por todos: que aquella fue digna del pecho de Dios» (traducido del latín por Alexis C. Hellmer).

[397] «La Virgen naciendo te brinda cunas excelsas a ti, que yaces sepultada en suelo occidental. ¿Por qué se permite, pregunto, recorrer toda la tierra? Pues a mí ni un mundo ni el otro enteros me contienen. Haya para ti una casa pequeña, puesto que es grande grande la máquina del mundo. "¿Quién contendra?" dirás. ¿Quién sino el pecho de Dios?» (traducido del latín por Alexis C. Hellmer).

porque tu grandeza solo
cabe de Dios en el pecho.

*18. Otro del mismo*

Se pintó un árbol destilando mirra con este mote: «Mirra electa»[398].

Quae iacet orbe dedit suavem virtutis odorem.
Et cui cognomen patria vita dedit.
Vixit, sed fassor; semper percusa labora.
Vita haud illa fuit; sed fuit ipse labor.
Mirrae nomem habet, Mirrae cognomine vivat:
Est si Mirra labor nam labor illa fuit[399].

*19. Del padre Antonio Plancarte de la Compañía de Jesús. Octavas sepulcrales a la venerable Catarina de San Juan, natural del gran Mogol o de la Arabia, y conocida comúnmente por China, difunta en la Ciudad de los Ángeles.*

Cum pyrae in conniventibus intendo
oculorum aspectibus nitores;
Et qua gloria donata sis, expendo:
Tu sina evincis radios, & fulgores:
Et quantum instar aquilae contendo,
Tantum perstringunt aciem tui splendores:
Quia solaris ad insta pyrae obtutum
obtundunt, & eloquium reddunt mutum.

Humi jacens es lumen in supernum
Si jacens humi lumen suppresisti,
ut inte sina lumen sit aeternum.
Quo vivis moriens, sinis illuxisti.
atrum, o sina superans avetrum

[398] Recuérdese que el nombre de la china poblana era Mirra.

[399] «La que [aquí] yace le dio al mundo un suave aroma de virtud y a quien le dio [su] sobrenombre la vida en la patria. Vivió, pero me equivoco: siempre azotada por sufrimiento. Aquella no fue vida, sino que fue el sufrimiento mismo. Tiene el nombre de Mirra, viva con el sobrenombre de Mirra, si Mirra es sufrimiento, pues aquella fue sufrimiento» (traducido del latín por Alexis C. Hellmer).

Quod humilis in terris, hic lacuisti:
Et tua, quod virtus lumen tumula vit,
Hic splendens Iesus lumen illustravit.

Parentent alij caesares romanos,
Julios, Augustos, numas, scipiones.
Alij parentent hectores troyanos,
exastent cajos, graccos, & catones:
Iberos alij exaltent, & britannos,
etad gloriam, quae plures sunt nationes:
vnum pro cunctis, sinam hic, & gratius
In tumulo parentat sibi ignatius.

Triplicatam Alcides ferat laurum,
erigens in columnis monimentum;
Post victoriam trajanus spernat aurum,
Et sternat suum argento pavimentum
Ditet spoliatis hostibus thesaurum;
suum que Roma jactet incrementum:
Cunctas dabit has opes, quippe sola
Memphis haec sina domi de Loyola[400].

[400] «Cuando miro los brillos de la pira con los ojos entreabiertos y pienso cuánta gloria has recibido, tú, China, vences los rayos y fulgores. Y cuanto más me esfuerzo a la manera del águila, tanto más deslumbran [mi] visión tus esplendores, porque como la hoguera solar ciegan la vista y vuelven muda la elocuencia. // Yaciendo en tierra eres una luz hacia lo alto. Si yaciendo en tierra suprimiste la luz para que en ti, China, sea la luz eterna, con la cual vives muriendo, alumbraste en China, superando, oh China, el negro infierno, ya que humilde en la tierra aquí yaciste, y ya que tu virtud sepultó la luz, aquí Jesús resplandeciente iluminó la luz. // Que otros dediquen ofrendas fúnebres a los Césares romanos, a los Julios, Augustos, Numas, Escipiones. Que otros dediquen ofrendas fúnebres a los Héctores troyanos, que exalten a los Cayos, Gracos y Catones. Que otros exalten a los íberos y a los britanos y glorifiquen a las naciones, que son muchas: Ignacio dedica ofrendas fúnebres aquí en la tumba, uno por todos y más gratamente, a la China. // Lleve Alcides [*i.e.* Hércules] una triple corona de laurel, erigiendo un monumento en las columnas. Desprecie Trajano el oro después de la victoria y cubra de plata el pavimento. Enriquezca Roma el tesoro, habiendo sido los enemigos espoliados, y jáctese luego de su progreso. Pues esta Menfis china dará sola todas estas riquezas en la casa de Loyola» (traducido del latín por Alexis C. Hellmer).

## VI

## SERMÓN EN QUE SE DA NOTICIA DE LA VIDA ADMIRABLE, VIRTUDES HEROICAS Y PRECIOSA MUERTE DE LA VENERABLE SEÑORA CATARINA DE SAN JUAN QUE FLORECIÓ EN PERFECCIÓN DE VIDA Y MURIÓ CON ACLAMACIÓN DE SANTIDAD, EN LA CIUDAD DE LA PUEBLA DE LOS ÁNGELES, A 5 DE ENERO DEL AÑO DE 1688. Y EN SUS FUNERALES EXEQUIAS, QUE SE CELEBRARON CON SOLEMNE POMPA, A 24 DEL MISMO MES Y AÑO EN EL COLEGIO DEL ESPÍRITU SANTO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ADONDE DESCANSA

Predicó el padre Francisco de Aguilera, religioso profeso de la misma Compañía. Salió a luz a expensas de los muy piadosos vecinos de la Puebla de los Ángeles y a diligencias del bachiller Nicolás Álvarez, clérigo presbítero, maestro de ceremonias y capellán de coro de la santa iglesia catedral de este obispado.

A cuyo ilustrísimo señor Deán y Cabildo, lo dedicó y consagró.

Imprimiose entonces año de 1688, en la Ciudad de los Ángeles en la imprenta de Diego Fernández de León con aprobaciones del señor doctor don José de Francia Vaca, canónigo lectoral de Sagrada Escritura, catedrático de prima de teología, regente de los estudios de los reales colegios y examinador sinodal del obispado de la Puebla de los Ángeles. Con aprobación del muy reverendísimo padre presentado, fray Diego de Gorospe Irala[401], calificador del santo Oficio, prior del convento de san Pablo de la Puebla, definidor y procurador general de la provincia de san Miguel y santos Ángeles, orden de predicadores en Nueva España. Con aprobación del muy reverendísimo padre presentado, fray Nicolás de Consuegra del real y militar orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, definidor y secretario de provincia, comendador que ha sido del convento de Belén[402] de la ciudad de México y actual

[401] *Fray Diego de Gorospe*: (1649-1715) fue nombrado obispo de Nueva Segovia, Filipinas. Perteneciente a la Orden de Predicadores, docto y orador celebre (De la Concepción, 1790, fol. 369).

[402] *Convento de Belén de la ciudad de México*: ubicado en la actual colonia doctores en la ciudad de México, de este convento solo sobrevive la iglesia que se conoce como el Templo de Belén de los Mercedarios. Su origen es de la época virreinal, siglo XVI,

del convento de Nuestra Señora de la Merced de la Ciudad de los Ángeles. Con licencia de los Superiores.

*Dedicatoria a los muy ilustres señores deán y cabildo de la santa iglesia catedral de la Puebla de los Ángeles*

Ilustrísimo señor:

Por verse mejoradas vuelven las honras a quien las hizo, cuando se pone este sermón de las honras de la venerable señora Catarina de San Juan, desde las manos de su autor por las mías a los pies de vuestra señoría, a cuya lucidísima sombra debieron su primera luz y empezaron desde entonces a ser con mayor título, honras de vuestra Señoría, las que consagró vuestra Señoría a la devota memoria de esta sierva de Dios en sus funerales exequias, que a este viso[403] contemplaba mi cortedad aquel misterioso concurso que se vio en el Apocalipsis[404], idea del que vieron nuestros ojos en esta imperial ciudad a las honras de esta mujer incomparable. Porque si aquel trono de siete antorchas guarnecido era empresa de un majestuoso túmulo de funéreas[405] luces autorizado como dice el Fuldense[406], si el estar sobre ese trono un cordero como muerto era estar colocada sobre el túmulo una imagen de Cristo Crucificado, según quiere san Bernardo, si el libro cerrado con siete sellos significaba a un alma depósito riquísimo de revelaciones como de un Apocalipsis, tanto más admirables cuanto más cercanas, selladas con el recato de una alma que se pudo llamar con razón la escondida, como lo entiende el docto padre Rivera[407], si este libro en lo de afuera denegrido y como con una máscara desfigurado, pero en lo de adentro tan puro como el candor angélico, tan hermoso como la beldad de un espíritu, según explica el

fue fundado por la Orden Mercedaria procedente de Guatemala, estableciéndose en la Nueva España al fundar el Convento de la Merced al sureste de la ciudad.

403 *viso*: «altura o eminencia, sitio o lugar alto, desde donde se ve y descubre mucho terreno» (DRAE).

404 *Apocalipsis*, 4, 5: «Del trono salían ruidos, truenos y relámpagos, y delante del trono ardían siete antorchas, que son los siete espíritus de Dios».

405 *funérea*: «perteneciente o relativo a los difuntos» (DRAE).

406 *Fuldense*: crónica o anales medievales, escritos en la ciudad de Fulda. Comenta distintas interpretaciones del Apocalipsis para compararlo con las circunstancias de la muerte y entierro de Catarina. No localizo todos los pasajes del *Apocalipsis* aludidos, que se podrán hallar fácilmente a continuación del primero anotado.

407 No apuro la referencia.

sapientísimo Alcázar[408], podía servir para un gallardo jeroglífico de esta esposa del cordero, que como sabemos con la máscara de un rostro obscurecido aseguró la hermosura de un interior muy perfecto, si el senado gravísimo de los veinticuatro señores que le asistían era ajustado símbolo de un muy ilustre deán y cabildo eclesiástico, ya porque el honroso título de señores se debe a los que sobre los méritos personales encumbra[409] la dignidad a ser por excelencia los señores de la Iglesia, como aplica el sabio Alcazar («E nomen seniorum a seniore derivatum. Ea ratione apellari a nobis». Los señores de la iglesia canonicos, & dignitates…), ya porque los tronos augustos que ocupaban miran como de asiento a las sillas que autorizan en su gravísimo coro los señores capitulares: («Sellas augustas, prosigue el autor citado, habuisse quem admodum in Eclestis Cathedralibus hodie abent Canonici. & Dignitates»), ya porque las blancas estolas que vestían eran insignia de las sobrepellices[410], que usan en su capítulo los mismos señores, como concluye su aplicación el docto padre («Circum Amicti vestimentis albis, ut Canonici in suo concessu, sive capítulo super pelliceis induti esse solent»)… Si toda esta misteriosa visión era profecía literal del sacrificio santo de la misa en el concurso de la más autorizada frecuencia, («Haec adoratio agni referenda est ad missae sacrificium»), si todo esto es una puntual idea de lo que vimos en las honras solemnísimas de la venerable madre Catarina de San Juan, hallo que al predicar el que en aquellas honras del cielo hizo oficio de predicador con la aclamación que vimos, con la nunca vista conmoción que hasta hoy experimentamos («Vidi Angelum fortem voce magna praedicantem, quis est dignus, ars scrire Librum, & solvere signacula eius»[411]), al abrir, digo en este tan aplaudido sermón el libro de la vida de esta prodigiosa mujer, hasta entonces desconocida, como libro hasta aquellos días cerrados, los señores capitulares se arrodillan delante de Dios y del Cordero y consagran con repetidos elogios al trono sagrado

[408] El jesuita Luis del Alcázar escribió un famoso comentario sobre el Apocalipsis al que hace referencia el texto.

[409] *encumbra*: «ensalzar, engrandecer a alguien honrándolo y colocándolo en puestos o empleos honoríficos» (DRAE).

[410] *sobrepelliz*: «vestidura blanca de lienzo fino, con mangas pérdidas o muy anchas, que llevan sobre la sotana los eclesiásticos, y aun los legos que sirven en las funciones de iglesia, y que llega desde el hombro hasta la cintura poco más o menos» (DRAE).

[411] Ahora es cita directa del *Apocalipsis*, 5, 2.

las coronas, que autorizan sus sienes en aplausos del Libro y del Cordero: «Mittebant coronas suas ante thronum»[412].

Que es todo lo que ha hecho vuestra venerable su señoría con un mismo soberano impulso que movió los generosos corazones de tan ilustre deán y cabildo a demostraciones de inestimable fineza, que sin rozarse en vulgaridades plebeyas dieron estimación a la virtud, peso a la piedad, honra singularísima a nuestra ciudad angélica y con especial prerrogativa a la sagrada Compañía de Jesús, que con razón se ufana de haber entrado a la parte en las que hizo vuestra señoría a esta hija de su espíritu y gloria inmortal del nuevo y antiguo mundo. Y aquí veo lo que decía al principio, que las coronas que se abatieron a los obsequios del Libro y del Cordero, aunque tan nacidas para cabezas tan beneméritas, no se dice que son suyas cuando autorizan sus augustas sienes («In capitibus Coronae aureae»), sino cuando las ponen a los pies del Trono («Mittentes coronas suas», entonces suyas, «suas»). Y pienso que sería porque en esas coronas consagradas a los obsequios del libro se ofrecían las honras del muy ilustre ddeán y cabildo a la alma santa, que en él se representaba («Mittebant coronas suas, ante thronum ascentes dignus es accipere gloriam & honorem»). Y si la honra es de quien la da, suyas hicieron los señores las honras cuando las consagraron al trono. Y suyas han hecho vuestra venerable su señoría estas honras con haberlas dado en obsequios tan dignos de su grandeza («Coronas suas»). Y harto me alegro que haya interprete que diga que estas coronas hacen alusión a la mitra del sumo sacerdote Aarón[413]; porque me dan lugar a mí y al autor de esta obra para esperar —sobre los relevantes méritos que acumula el esplendor de la sangre, la integridad de la vida, el caudal de letras y el colmo de prendas singulares para cada uno de vuestra venerable su señoría—, de la gratitud de la sierva de Dios que hará suyas las mitras para retornar en mitras lo que recibió en honras. Esto deseo con la última felicidad de la gloria a vuestra venerable su señoría como el más obligado. Esto pido como el más rendido capellán y criado de vuestras venerables señorías.

Bachiller Nicolás Álvarez.

412 *Apocalipsis*, 4, 10.

413 *Sacerdote Aarón*: fue el hermano mayor de Moisés, sacerdote levita, y primer sumo sacerdote del pueblo de Israel.

*Protesta del autor*

Obedeciendo al breve apostólico de nuestro santísimo padre, el señor papa Urbano VIII de feliz recordación, y demás decretos de la santa Iglesia nuestra madre, en que se prescribe la forma de referir las vidas y hechos de personas que han vivido y muerto con opinión de santidad, y aún no están canonizadas, protesto que en lo referido y en el modo de referir la vida que elogio en este sermón, deseo hablar en el sentido que mandan los dichos decretos apostólicos de la santa Iglesia a cuya corrección me sujeto.

Francisco de Aguilera.

*Salutación*

Prorrumpa ya tu voz, elocuencia muda, retórico silencio. Explica tu concepto, suspensión entendida, energía profunda, si esta grave lucida tumba sirve de funesto mausoleo al llanto o de inmortal pirámide a la aclamación, si esas doctas, agudas letras son endechas tristes o victoriales himnos, si hemos de mirarte lúgubre cenotafio[414] a las exequias o augusto trono a la coronación… Hablen las lenguas de tu llama, desahóguese el silencio de tu grave ceño.

Y si aún muda callas, si aún no te explicas circunspecta, diré yo que esas tus luces son festivas luminarias al regocijo, esas negras bayetas[415] son modesto traje de un religioso encomio[416], ese grave túmulo de honras es nupcial tálamo de palmas y laureles. Pues se consagra su pompa toda ¿a quién? (¡Oh! ¡Dios admirable en tus santos! ¡Oh! santa Providencia, investigable[417] en tus consejos) a aquel ejemplar vivo de virtudes heroicas, a aquel abismo de ilustraciones divinas, a aquel depósito del Espíritu Santo, a aquella virgen, esposa, viuda, siempre inviolable en su virginal pureza que hizo célebre el nombre del Señor desde donde nace el sol hasta donde se pone, a la devota venerable madre Catarina de San Juan, a quien mereció viva y aunque nunca llorará muerta en esta imperial ciudad todo este nuevo mundo. Cuya santidad prodigiosa, bien asegurada con el tenor de como ochenta y dos años de vida inculpable, con

414 *cenotafio*: «monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica» (DRAE).

415 *bayetas*: cierto tipo de tela que se usaba para lutos.

416 *encomio*: «alabanza encarecida» (DRAE).

417 *investigable*: 'que no se puede investigar'; sentido de la lengua clásica.

las experiencias prudentes de prelados celosos, de varones sabios, con los testimonios de sucesos prodigiosos de personas ilustradas de Dios, deseo presentaros hoy (protestando antes que no es mi intento adelantarme un punto en el crédito de fe que pretendo en los elogios de santidad que le doy a los santísimos decretos de nuestra madre, la santa Iglesia, y especialmente al último de nuestro beatísimo padre Urbano VIII) en la fiel historia narración de su vida, según las noticias que me pudo asegurar su último confesor, que por el espacio de quince años examinó con todo empeño.

Para que sepa desde hoy el mundo algo de lo que tenía en aquella pobrecita esclava, en aquella encogida virgen que se andaba escondiendo por los rincones de esta iglesia, porque ese es el estilo de Dios, pues a la virgen de las vírgenes, «Ecce virgo», a la escondida, a la recatada, «Ecce abscondita», como leen otros a la esclava del Señor, como dijo ella misma, «Ecce ancilla Domini»[418], envió Dios un ángel para que supiera todo el mundo que la esclava era de la sangre real de David, la escondida de todos, era bendita entre todas las mujeres, la llena de humildad, toda llena de gracia.

Ave María.

«Quae est ista, quae ascendit de deserto deliciis affluens?» (Cant. 8. Vers. 5.)

Suspensa en este día esa imperial corte de los cielos, atónita con la novedad del suceso esta cesárea, amplísima Ciudad de los Ángeles, me preguntan ya una, ya otra, ¿quién es esta alma santa? ¿Quién es esta dichosísima esposa, que sube del mundo al cielo?, «de mundo ad coelum», como glosa Honorio[419], engolfada en delicias rebosando suavidades, por lo que vimos al morir entre los regocijos de una alegrísima pascua, entre las demostraciones piadosas de una devoción restadas, por lo que entendemos de su vida entre virtudes heroicas, entre seráficas ilustraciones, entre delicias del paraíso: «Deliciis affluens?». Pues acabemos ya. ¿Quién es esta: «Quae est ista?». Que a esto solo venimos, ni yo vengo a otra cosa, pues a esta sola pregunta me mandan que responda y sin empeñarme en prolijos discursos, en conceptos sutiles, que me fuera más fácil que reducir a este sermón una vida cuanto más ejemplar tanto más dilatada. Os respondo desde luego, por llevar algún hilo que me sirva que

[418] Palabras de la Virgen en la Anunciación del ángel.

[419] Lo creo referencia a Honorio de Autun, sacerdote medieval autor de u comentario al *Cantar de los cantares*.

reclamo en la narración, con la misma pregunta que hicieron los ángeles de esa misma alma santa al nacer: «Quae est ista, quae progreditur, quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis, ut castrorum acies ordinata?»[420]. Pues esta explica aquella según dice con otros nuestro Cornelio[421] y por una y otra se significan los progresos con que de virtud en virtud, de prodigio en prodigio va subiendo el alma santa de la tierra al cielo desde que nace hasta que muere. Y por eso digo que la esposa del Cordero, que poco ha subió desde esta ciudad al cielo, de virtud en virtud, de prodigio en prodigio, la misma que vino del otro a este mundo, como aurora del oriente, que rayó en nuestro hemisferio como luna hermosa, como sol escogida, como escuadrón bien ordenado.

## I

Nació como en su propio lugar[422], en el oriente, esta aurora, y aunque hay duda si fue puntualmente en la feliz Arabia o en la India Oriental, lo más probable es que nació en las tierras sujetas al gran Mogol. Porque si es dulce el amor de la patria, era suavísima para esta virgen la memoria del Mogol como de patria suya. A la ciudad de su nacimiento vio ya arruinada del turco en uno de los vuelos de su espíritu. Fue nieta de un emperador del Oriente con quien estuvo casada su abuela, de cuyos nombres nunca quiso acordarse por haber muerto en su idolatría (condición de la aurora que no puede ver las sombras aunque tenga de ellas su origen) bien que alguna vez, —obligaba la obediencia—, dijo que su abuelo se llamó Maximino y según parece, fue descendiente en el imperio como en la impiedad del otro Maximino que, entre otras ilustres palmas, dio a la Iglesia a la ínclita[423] venerable Santa Catarina mártir[424].

Tuvieron estos una hija que se llamó Borta, que en lengua de la Arabia quiere decir «fruta olorosa». Y bien lo dio a entender el olor suavísimo que difundió en el fruto de su vientre hasta estos últimos

[420] *Cantar de los cantares*, 6, 9.

[421] Alusión a Cornelio a Lapide, autor de uno de los más usados comentarios de la Biblia.

[422] En su propio lugar porque el sol nace en el oriente.

[423] ínclita: «ilustre, esclarecido, afamado» (DRAE).

[424] Santa Catarina: fue una mártir cristiana del siglo IV, se considera uno de los santos auxiliadores y es invocada contra la muerte súbita, su fiesta se celebra el 25 de noviembre. Sufrió martirio bajo el emperador Maximino y a eso se refiere el texto.

términos del mundo. Casó esta con un príncipe, dueño absoluto de algunas tierras del Mogol, a quien. como decía su hija, conocían todos por el nombre de *señor*, añadiendo que era de casa más augusta y noble que la de su madre y abuela, con haber sido la una hija y la otra mujer de un emperador (según parece) para que vean qué tal sería la calidad de aquella pobre esclava, desconocida a nuestros ojos.

Sus padres fueron gentiles, pero moralmente virtuosos y que adornaban al verdadero Dios de Abraham, y confesaban tener madre en la tierra. Y como no quería Dios que hubiese cosa vulgar en esta sierva suya, empezó a ser milagroso en ella desde sus padres, tomando por instrumento al suyo para dar salud a enfermos, lanzar demonios de los cuerpos, serenar tempestades y para estos milagrosos o prodigiosos efectos, se valía del agua de una fuente, a quien según se discurría, comunicó Dios por medio de uno de los apóstoles que llegó a aquellas partes soberana eficacia para semejantes prodigios, que con ella obraba El Padre entre los otros gentiles. Porque quería Dios hacer paso por los milagros en el padre para sacar de él una hija todo milagro como de los padres del Bautista, dijo el grande san Ambrosio. Perseguía a los ídolos y supersticiones del paganismo, pero entre ellos, como gentil ignorante de la verdad, perseguía también a Jesucristo, de quien debía tener alguna noticia, según discurría su hija. Hasta que un día, visitando las tierras de su señorío, se le hizo encontradizo un gallardo mancebo con el mismo traje e insignias que pintan las imágenes de Cristo resucitado, le llevó los ojos al gentil, le hizo llamar y mandando retirar la gente que le acompañaba, se quedó a hablar a solas con el mancebo y después de algún rato de una suavísima conferencia, se despidió el mancebo poniéndole las manos en la cabeza al gentío y dejándole con ardientes deseos de la verdad, con amor al nombre cristiano y con grande horror al paganismo.

A este paso competían en la gran madre del Dios de Abraham las finezas que hacía a Borta, apareciéndosele tan frecuente, tan hermosa, tan afable, que aficionando a su marido con participarle sus prendas, solían decir los dos que en bajado otra vez del cielo se habían de abrazar con ella y no la habían de soltar aunque quisiera, hasta que asidos a su ropaje se los llevara de una vez a su reino. Y aunque no lo consiguieron según deseaban por entonces, pero le dio Dios tal hija que por sus merecimientos consiguieron después las aguas del bautismo y por el bautismo y buenas obras subieron al reino celestial, como piadosamente podemos esperar.

Pero entretanto iba Dios de esta suerte retirando poco a poco las sombras del Oriente para darle cuna a su aurora, pero tan poco a poco que se pasaron primero veinte años de una larguísima noche en una esterilidad afrentosa, para hacerse más estimada con los deseos la mañana. Clamaban sus padres a la gran madre del Dios de Abraham, como allá en Isaías[425]: «Custos, quid de nocte? Custos quid de nocte?» ¿Hasta cuándo ha de dudar esta prolija noche, esta esterilidad infecunda? Y apareciéndosele a Borta según la invocaba, como guarda de una candidísima grey[426], como pastora rodeada de hermosísimos niños y niñas, le respondió lo que se sigue en el Profeta: «Venit mane», no te desconsueles que ya amanece, ya asoma la aurora por el Oriente, porque presto concebirás y parirás a una niña que sea como estos que aquí ves.

Y así fue, porque dentro de breve tiempo concibió y parió a esta esclarecida virgen, compendio de la hermosura de aquellos hijos de María, cuya primera cuna que la recibió al nacer fueron los mismos brazos virginales en que descansó el Verbo eterno al salir al mundo en carne humana ¡Oh pasmo! ¡Oh asombro! Nació con esta alba la risa al mundo, la alegría al Oriente, el regocijo a sus padres, solo para ella nació la mortificación y las manos de la Señora destilaron mirra, de que había de hacer el Esposo un acerico[427], para que esta alma santa lo trajera en sus pechos desde el nacer hasta el morir, pues el nombre que le pusieron luego que salió de las manos de María, fue el de Mirra, pero para endulzarla[428], bajó del cielo pocos días después la gran Señora a visitar a Borta y haciéndosele visible le dio el pláceme[429] de su alumbramiento y le mandó que le siguiese a un jardín vecino del palacio. Dificultosa obediencia en tan reciente parto que exponía a que se aguara el regocijo con algún azaroso accidente, pero sin poderse negar al impulso siguió a la soberana guía hasta llegar al jardín, a donde le mandó la Señora, que cavase la tierra con un alfanje[430], que llevaba por báculo y a poca diligencia se encontró (¡qué ventura!) con un rico tesoro de joyas inesti-

[425] *Isaías*, 21, 12.

[426] *grey*: rebaño.

[427] *acerico*: «almohada pequeña que se pone sobre las otras grandes de la cama para mayor comodidad» (DRAE).

[428] Porque la mirra es amarga.

[429] *pláceme*: «felicitación» (DRAE).

[430] *alfanje*: «especie de sable, corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta» (DRAE).

mables y ayudándole la Señora a llevarlas hasta su recámara, dejándoselas en ella, le dijo: «Toma esas joyas y críame con mucho cuidado esta niña».

Pues ¿qué se admiran ahora de que la hija de faraón cosechara a su misma madre, sin saber que lo era, para que le criara con diligencia a su adoptado? «Accipe puerum istum, & nutri mihi: ego dabo tibi mercedem tuam»[431]. De esto se han de asombrar y sacar de aquí cuánto valdría esta niña, pues le costaba al cielo un tesoro. ¿Qué sería en su edad más adulta, la que en su infancia era el desvelo de los cuidados del cielo? «Quid puella ista erit?». Esto deseaban saber sus padres y para responderles a propósito deparó Dios tres peregrinos, como tres ángeles, que venían con fama de astrólogos o adivinos y valiéndose el padre de la ocasión les mandó que hicieran el horóscopo de su hija. Levantaron figura[432], hicieron sus conjeturas y hallaron todos de común acuerdo que la niña sería un prodigio en la tierra, pero que no la gozarían sus padres, porque su buena fortuna, la echaría al cabo del mundo.

Y aunque tuvieron por embeleco[433] el pronóstico, por lo menos la desgracia ya se la arrebataba de los ojos con bien trágicos sucesos, pues una vez deslizándose de la cuna sin ser vista, se fue poco a poco, como dicen, gateando, por jugar con las aguas de un río cercano a su palacio, donde entretenida con los cristales, desvanecida con las corrientes movedizas, robada del envidioso elemento, se fue corriendo entre sus brazos el río abajo. Le echaron de menos sus padres. ¡Ay cielos! ¡Cómo crecieron las aguas con sus lágrimas! ¡Cómo se levantaron las olas con el viento de sus suspiros! La buscaron por cinco días y al fin de ellos (¡qué milagro!) la hallaron viva, teniéndose contra la corriente impetuosa de una débil vara, de un junco leve. Más capaz era el bajel del pequeño Moisés y zozobraba[434] peligrado en el Nilo.

Pero si por la vara se entienden en las sagradas letras Jesús y María, yo no me admirara que entonces fueran el báculo y la vara que la consolaban, manteniéndola segura en el mayor peligro de la vida. «Si ambulavero in medio umbrae mortis non timebo mala quoniam tu mecum es. Virga tua, & baculus tuus, ipsa me consolata sunt»[435]. Pues ya en los cre-

[431] *Éxodo*, 2, 9.

[432] *levantar figura*: hacer los dibujos y trazas para el horóscopo.

[433] *embeleco*: «embuste, engaño» (DRAE).

[434] *zozobrar*: «dicho de una embarcación: peligrar por la fuerza y contraste de los vientos» (DRAE).

[435] *Salmos*, 22, 4.

púsculos de esta edad se le aparecían estas dos primeras majestades del cielo, con los señores san Joaquín y santa Ana, provocándole los deseos de recibir el bautismo. Y para abrirle camino para recibirlo en tierra de cristianos y verificarse el anuncio de los adivinos, permitió Dios que sus padres huyendo de las hostilidades que padecían del turco en sus tierras, se entraran más adentro a una ciudad marítima de su dominio donde aportaban para comerciar las naves portuguesas.

Algunas de estas corrían la costa con piratas de haciendas y personas. Y ven aquí que en una de estas correrías se encontraron con Mirra y otro hermanito suyo, que estaban jugando en la playa con otros de su edad y dando sobre todos ellos los piratas los juntaron a los demás prisioneros y dieron la vuelta hacia sus tierras. Ponderen allá si sería sensible a un corazón noble, en quien estaba tan fresca la sangre de los monarcas del oriente, pasar en un punto de señora a esclava, viéndose desnudar de sus ricos vestidos y preciosas joyas por el andrajo y un corto abrigo de una fresadilla[436] corta y raída, tratada como prisionera entre la chusma del navío, debajo de cubierta una princesa niña tierna como de diez años de edad, sin esperanzas de volver jamás a ver a su patria y padres. Por solo esto llegó a decir san Agustín que salió Abraham de sus tierras acompañado de la crueldad: «Crudelitate socia».

Fue tal el sentimiento que para mitigarlo hubo de bajar del cielo el mismo Jesucristo, dejándose ver con el mismo rostro de su padre (que según ella decía, era muy parecido al «Facies Christi» o Imagen de la Verónica, que está en este altar de nuestro padre san Ignacio) y el modo de consolarla fue decirle que él sería su padre en adelante y todo su alivio. Y bien fue menester para lo mucho que le hizo padecer desde este tiempo su esclavitud forzosa, su rara hermosura, su virginidad constante. Llegaron los piratas a Cochin[437] y después de haber gastado algún tiempo en catequizarla los padres de la Compañía de aquellas partes, le administró las aguas del bautismo un cura clérigo párroco de una de las iglesias de la dicha ciudad, llamándole Catarina de San Juan, que entonces es aurora el alma santa, dice Aponio[438], cuando amanece a la gracia en el oriente del bautismo. «Aurora consurgens ad Sacrum Baptismum».

[436] *fresadilla*: frazadilla, manta.

[437] *Cochin*: ciudad en el estado indio de Kerala, es uno de los principales puertos marítimos del país.

[438] *Aponio*: (siglo V -VI) fue un escritor y comentarista; escribió un comentario en doce volúmenes del *Cantar de los Cantares*.

Aquí se le abrieron los cielos, como al Señor en el Jordán y se le hicieron presentes las soberanas majestades Jesús, María, Joaquín y Ana mirándola con ternura, acariciándola con cariño. Y valiéndose de la ocasión suplicó a la gran matrona santa Ana fuese su madrina para que su hija y Nuestra Reina la recibiese por esclava y admitiendo el oficio la señora santa Ana, tomó la niña en sus brazos, presentándosela a su hija, no por esclava sino por hija querida, y en señal de que la recibía por tal, le dio la mano la Señora, la recogió en su regazo. Y Catarina entonces atónita con tal dignación, daba voces: «No, Señora, no soy digna de ser hija, esclava, esclava vuestra, para barrer con mi boca vuestra casa, para serviros entre los criados de vuestra familia. Si queréis santificar vuestros brazos, ahí tenéis los ángeles, que yo soy polvo y ceniza». Pero Dios que ensalza al polvo, se pasó de los brazos de su madre a los de esta su hija sacándola fuera de sí con el exceso de favor tan extremado.

¡Ay mi Dios y cuáles estarían los ángeles! ¿Cómo repetirían asombrados su pregunta? ¿Quién es esta? «Quae est ista?» al verla subir del polvo de la tierra a la alteza de tan eminente privanza: «Aurora consurgens». Si no es que lo decían por sus viajes: «quae progreditur», pues habiendo dejado en Cochin a su pequeño hermano, no hacía otra cosa en este tiempo que navegar con sus amos de puerto en puerto, que costear de isla en isla hasta llegar a las Filipinas. Y apenas llegó a Manila, cuando acá en esta Ciudad de los Ángeles, Dios que mueve las voluntades humanas para que le sirvan en los consejos de su providencia, dio deseo al capitán Miguel de Sosa de tener una chinita modesta y agraciada que le sirviera de consuelo a él y a su esposa doña Margarita de Chaves en la falta de sucesión que lloraban. Y como Dios andaba en todo esto, hizo que a esta sazón se le entrase por las puertas un portugués mercader, compadre suyo, que iba a despedirse para Manila y logrando tan buena ocasión, le encargó Sosa la diligencia. Él prometió hacerla con cuidado.

Y supo hacerla con tal esmero, que apenas llegó a Manila cuando se fue a ver las piezas[439] de esclavos que se vendían. Le robó los ojos entre todos esta niña, preguntó el precio, pero el dueño respondió que fuera de aquella, pusiera los ojos en los demás, porque esa sola no se vendía por ser la joya de su mayor aprecio. Le dio noticia de sus raras prendas de su calidad, de su virtud, de su modestia, se exageró su hermosura y habilidades singulares y como todo esto eran lo que buscaba el marchante, no hacía más que picarle el gusto, que encenderle el deseo, instaba una

[439] *pieza*: individuo esclavo o servidor.

y otra vez, repite una y otra visita, prométele el comprarle diez pares de esclavos, solo porque le venda esta niña. Y fuese por las instancias, fuese por el interés, él la vendió por lo que quiso y ella fue la mujer fuerte que trajo: «Procul & ab ultimis finibus pretium eius. Idest, ab ultimis terra finibus quolibet oblato pretio coemenda», como explica Salazar[440]. Pero como valía más costó más, y el demonio que ya temía la guerra que le había de dar en estas partes, se valió de cuantas dificultades pudo para impedirle el paso, porque he aquí, que al mismo tiempo llega carta del virrey de México al gobernador de Manila para que le envíe una esclavita de las calidades de Catarina, y como no era fácil hallarlas en otra, hizo cuantas diligencias le dictó el deseo de dar gusto a tal príncipe para sacarla de donde la tenía escondida el mercader. Pero nunca pudo, porque este y Dios, que así lo quería, la supo ocultar con tal arte que llegó hasta vestirla de hombre para que ni al tiempo de embarcarse la pudieran conocer en el registro. No hizo otra cosa la sabiduría del Verbo para hacer su viaje al mundo, sin que lo conociera aún el mismo demonio, sino vestirse de hombre con el vestido que le dio la aurora: «Ab Aurora tibiros», o como dice nuestro Belarmino[441]: «Amictus adolescentiae tuae».

Con este llegó la nuestra desde Filipinas hasta el puerto de Acapulco, adonde salió a recibirla en persona el capitán Miguel de Sosa entendiendo el tesoro que le traían y el peligro de perderlo si lo trajera en público por el camino. Recibió a esta niña como a un ángel, la asistió en el camino como a hija propia, hasta ponerla en esta Ciudad de los Ángeles para gran felicidad nuestra, a quince de enero del año diecinueve o veinte de este siglo de seiscientos, teniendo la edad de once a doce años, todavía niña, todavía luz, que ni bien era de día, ni bien era de noche, porque si vemos al tiempo su gentilidad no era toda de día, pues aún tenía sombras del paganismo, ni era toda de noche, pues era tan ilustrada con las luces del cielo. Si la vemos al tiempo de su cristianismo, apenas acababa de salir de su oriente, pues no habían pasado dos años cabales de su bautismo era un crepúsculo de la mañana era una luz media entre el día, y la noche: «Aurora consurgens».

[440] No apuro la cita.

[441] *Roberto Francisco Rómulo Belarmino*: (1542-1621) fue un arzobispo, inquisidor y cardenal de la Compañía de Jesús, que defendió la fe y la doctrina católica durante y después de la Reforma Protestante, se encargó de los procesos in1quisitoriales contra Giordano Bruno y Galileo Galilei.

## II

Ahora sí que es luz perfecta, porque es como la luna, «sicut Luna perfecta»[442]. No solo por el sacramento de la confirmación que recibió luego que llegó a estas partes, sino también por la oración y trato familiar con Dios a que se dio desde luego, pasándosele las noches de claro en claro, unas veces luchando con el sueño, otras regaladas con visitas soberanas, hasta que a la mañana para no ser sentida, la pasaban los ángeles por sus manos, del oratorio a su mismo cuarto y cama. No solo por la rígida penitencia a que se daba con tanto tesón[443], que llegó a debilitarse sino por el voto de perpetua virginidad con que consagró a Dios su extremada belleza, siempre triunfante en los mayores peligros, porque una hermosura tan singular, como la de la luna: «Pulchra ut Luna», una castidad tan extremada que fue aplaudida de los mismos gentiles, como la de ese «Astro casta Lucina save»[444].Y eso a pesar del poder de las tinieblas y eso superior a la noche y sus peligros: «ut praeset nocti»[445]. ¿Cómo no había de salir perfecta, «sicut Luna perfecta»? Ahora lo verán.

Fue una de las más agraciadas y perfectas hermosuras que conoció su edad. Su color más blanco que trigueño, el cabello rubio, la frente espaciosa, los ojos vivos, la nariz bien nivelada, todas las demás facciones del rostro a la medida de un airoso garbo[446] de todo el cuerpo, pero como todo esto se juntaba con un eficaz deseo de conservar incontaminada su pureza, es indecible lo que le hizo padecer en su vida. De tres años era cuando horrorizada de las caricias, que le hacía un nobilísimo mogol prendado de su gracia y hermosura, pretendiente desde entonces de su tálamo[447] para su tiempo se salió huyendo de su casa, entro en un tupidísimo bosque y después de muy buscada, la hallaron en una cueva, rodeada de viboreznos que acababa de parir una víbora, jugando sin peligro y aun a gusto con las culebras, solo porque no jugaran con ella los hombres con mayor peligro de su pureza, privilegiándola el cielo con el triunfo, que consagró antes a las infancias de un Dios en la pureza del Evangelio: «Delectabitur infans ab ubere super foramine aspidis, & in

442 *Salmos*, 88, 39.

443 *tesón*: «decisión y perseverancia que se ponen en la ejecución de algo» (DRAE).

444 Cita de la bucólica IV de Virgilio.

445 *Génesis*, 1, 16,

446 *garbo*: «gallardía, gentileza, buen aire y disposición de cuerpo» (DRAE).

447 *tálamo*: «lugar preeminente donde los novios celebraban sus bodas y recibían los parabienes» (DRAE).

caverna reguli, qui ablactatus fuerit manum suam mittet. Non nocebunt, neque occident»[448].

Después que la robaron los piratas, componiéndose presto en Cochin, sobre el repartimiento de las demás haciendas, ¿qué pleitos, qué pendencias[449] no trabaron por llevarse cada uno aquesta[450] prenda? Hasta que se redujeron a jugarla como en el Calvario la túnica inconsútil[451] del Salvador para que se la llevara consigo el ganancioso. La ganó uno y envidiosos los otros de la ganancia se la metieron a pleito, jugaron las lanzas, esgrimieron las espadas hasta que por acabar con todo, le arrojó un soldado un chuzo[452] con intento de matarla pero alcanzándole solo en un brazo, fue este arco de paz[453] que clausuló la contienda, pues así que vieron correr la sangre y las lágrimas, se acabó con lástima la pendencia y dejaron que se la llevara su dueño. Pero después, ¿qué censuras no se fulminaron porque la descubriera el que la llevó? ¿Qué rescate no prometía su padre? Y a todo esto el poseedor bien hallado con su tesoro lo escondía debajo de siete estados[454] sin dejarle ver sol ni sombra, siendo la cárcel el premio de su santidad y hermosura, como de José, dijo san Ambrosio: «Supplicium carceris, praemium castitatis».

Hasta que de aquí la sacó de rastro un mercader del Mogol y valiéndose de la justicia hizo que la pusieran en depósito en casa de una noble mujer, que fue una Megera[455] infernal de esta inocente. Pues esta le estrechó la cárcel y apretó los tormentos, porque viendo que la hermosura del depósito era ocasión de las frecuentes visitas del mercader, picada con los celos y rabiosa con la envidia, la consumía a maldiciones, la maltrataba a golpes, la desgreñaba a repelones[456], la entecaba[457] a ayunos. Hasta que para concluir con todo, le sugirió el demonio este deleitable consejo: «Sácala a la playa, le pones una pesada piedra en el

[448] *Isaías*, 11, 8-9.

[449] *pendencia*: «contienda, riña de palabras o de obras» (DRAE).

[450] *aquesta*: «esta» (DRAE).

[451] *inconsútil*: «dicho comúnmente de la túnica de Jesucristo: Sin costura» (DRAE).

[452] *chuzo*: «palo armado con un pincho de hierro, que se usa para defenderse y ofender» (DRAE).

[453] *arco de paz*: como el arco iris, que expresa el tratado de paz entre Dios y el Hombre después del Diluvio.

[454] *estado*: unidad de medida de la altura aproximada de un hombre.

[455] *Megera*: una de las Erinias, diosas infernales del castigo y la venganza en la mitología clásica.

[456] *repelones*: «tirón que se da del pelo» (DRAE).

[457] *entecarse*: «debilitarse» (DRAE).

cuello y arrójala con temeridad a las aguas». Pero ¡oh prodigio del cielo! ¡Oh poder de la hermosa luna en el cristalino elemento! Aquí le deparó Dios el ancla de un navío, de cuyo cabo se tuvo largo tiempo, hasta que un portugués compasivo, que acertó a llegar, la sacó del naufragio.

Después, en la navegación de Cochin a Manila, ¿qué golpes, qué palos, qué azotes, qué persecuciones no padeció? En Manila, ¿cuántas veces estuvo a peligro su vida por resistirse a un gran príncipe que la pretendía para esposa? En el resto de esta edad, ¡cuántas veces le acometió el demonio, ya por sí mismo, en figuras tanto más peligrosas cuanto más aragüeñas!, ya con sugestiones torpísimas, ya valiéndose de hombres desalmados con temeridades inauditas. Caso raro, estaba una vez sola de una oficina a otra dentro de su casa, en ocasión que la esperaba en el zaguán un mozuelo perdido por su hermosura y viéndola sola y sin amparo, se le fue a los brazos, pero ella con el ahogo, con el aprieto y más con la valentía de su casto espíritu, le arrojó de sí con tal ímpetu, que faltó poco para estrellarlo contra la pared. Se levantó el mozuelo fuera de sí con el golpe y se fue jurándole que a su pesar había de ejecutar su mal deseo. Invocó al demonio para el efecto, se le apareció este y dejándolo en su casa, en su mismo traje y figura, para que no le echaran menos, se fue a buscar a una hechicera para que le facilitara la empresa. Singular castigo: después de dos días desapareció el demonio substituto y el lascivo hasta hoy ni vivo ni muerto ha parecido.

Fatalidad tan sensible para esta alma pura, como si su belleza hubiera tenido la culpa de la perdición de este miserable, que para aliviarle la pena, le envió Dios de sus celestiales alcázares a la esclarecida virgen y mártir santa Catarina, que apareciéndosele muy cariñosa, le dijo: «Catarina, desde hoy somos hermanas las dos en la pureza y en el martirio, pues ambas lo padecemos por guardar sin mancilla nuestra virginidad». Dijo y la dejó confortada para el mayor de los martirios, que le faltaba por padecer a su pureza, tanto más sensible cuanto más armado de la espada del espíritu y que le pudo hacer levantar el grito con el santo Job («Quare persequimini me sicut Deus?»)[458] cuando los hombres con celo santo, le obligaron (siendo virgen por voto) a tomar esposo en la tierra y fue así.

Poco después que llegó a esta ciudad se llevó Dios a su padrino Miguel de Sosa, y de ahí a algún tiempo a su consorte doña Margarita de Chávez, ya monja profesa de las Descalzas de la Santa Virgen y madre

[458] *Job*, 19, 22.

Teresa de Jesús. Quedando Catarina como huérfana de padre y madre a cargo de don Pedro Suárez, sacerdote ejemplar, que por aquel tiempo había pasado de Filipinas a este reino y haciendo dictamen de que sería gloria de Dios el que Catarina tomara el estado del santo matrimonio, trató de casarla con un esclavo suyo de conocida virtud, que se llamaba Domingo, con intento de que este fuera como el procurador y Catarina como la ama de un colegio de niñas, que se trataba de fundar en esta ciudad. Y habiendo recabado el conocimiento de domingo para este fin, se fue a pedir el suyo a Catarina. Lo oyó y quedó asombrada sin poder responder en mucho rato, hasta que volviendo en sí, le dijo que no se tratara del punto porque ella ni quería ni podía querer a otro esposo que a Jesucristo. Instó el sacerdote sin saber la causa de la resistencia (ni Dios permitió que la supiera, por dar en qué merecer a esta alma pura y dejar en ella ejemplo a los tres estados de vírgenes, casadas y viudas) se valió de sus padres espirituales, para que la obligaran a obedecer como lo hicieron. ¿Qué campo de batalla fue entonces su corazón combatido de poder a poder, del cuerpo y del espíritu? De su cuerpo virginal, de su espíritu prontísimo peleaba la virginidad por su parte, reclamaba la obediencia por la suya. Pues ¿qué haré Dios mío? Se volvía a su Esposo su atribulado espíritu: «Quo modo fiet istud quoniam virum non cognosco?»[459]. Obedecer, le respondió el Señor, que la obediencia sabrá unir la pureza virginal con el matrimonio.

Pues con esta condición (dijo Catarina) me convengo, y hablando con Domingo, le dijo: «Como tú me perdones el lecho, yo seré tu esposa». Aceptó desde luego la condición y con ella se efectuó el casamiento, aunque el marido no entendió el sentido de la condición, puesto que Catarina le reconvino siempre con la palabra dada. La decisión del punto se remitió a hombres doctos y entre tanto padeció Catarina de su marido lo que los mártires de los tiranos, pues a no haberla defendido el brazo poderoso, hubiera padecido mil muertes después de desprecios innumerables y malos tratamientos inhumanos y sin ponderación. Pero jamás permitió Dios que cayese de su felicísimo estado, valiéndose para esto de medios maravillosos, dignos de su omnipotencia, los cuales por bien averiguados dieron fundamento para que la enterrasen, como visteis, con palma y corona, insignias de virgen incontaminada. Pero no por eso dejó de mirar a su marido, en muchos años que vivió con él, como a superior y cabeza, sirviéndole como esclava, vendiendo sus joyas para

[459] Nueva cita de las palabras de la Virgen en la Anunciación.

comprarle la libertad, dándole salud milagrosa en un mortal achaque en que ya agonizaba, hasta llevarlo al fin de su vida al cielo con sus lágrimas y penitencias.

Todos estos apretados lances le hacían prorrumpir en lágrimas y llenar el cielo de suspiros, clamando muchas veces de lo íntimo de su corazón:

> ¿Cómo es esto esposo y señor mío? Vos me sacasteis por sola vuestra misericordia de la superstición del gentilismo, vos me disteis victoria de mis enemigos, por mar y tierra, vos me habéis hecho los favores que sabéis vos solo; pues ¿cómo dejáis en contingencia mi pureza, en peligro la fidelidad que os debo? Si mi hermosura es la causa, ¿para qué es la hermosura? Postrada en vuestra presencia, puestas las rodillas en tierra, cosido con el suelo mi rostro, os pido me la quitéis y mil hermosuras que tuviera y me hagáis fea y despreciable a los ojos humanos, para que sea bien vista solo a los vuestros.

¿Quién ha oído tal petición en el mundo en una mujer hermosa y en la flor de su edad, celebrada y pretendida de todos por su gran belleza? Vengan aquí cuantos pierden a Dios, por no perder una hermosura caduca, oiga este ejemplo y córranse avergonzados hasta los abismos.

Oyó su Esposo la petición y siendo niña y muy bella, se fue desde entonces amortiguando el color, enturbiándosele el cabello, secándosele las carnes y mudándosele todas las facciones del rostro, quedando este, aunque venerable, desde aquel día desapacible a la vista. Pero entonces comenzó a ser más suya la hermosura, pues cuando la luna pierda la luz que la hermosea, entonces será suya, no habiéndolo sido hasta entonces. «Luna non dabit lumen suum»[460]; al fin del mundo será suya «lumen suum» solo porque la pierde «non dabit».

Aun no lo digo por eso, sino por este caso que le sucedió en esta ocasión. La visitó su Esposo Cristo, acompañado de tres vírgenes: las dos muy blancas y la otra algo trigueña, pero todas como tres bellísimas gracias o tres divinas beldades[461], que al parecer competían sobre el primado de la hermosura y conviniéndose todas en que Cristo, mejor

[460] *Ezequiel*, 32, 7: «Et operiam, cum extinctus fueris, caelum, et nigrescere faciam stellas ejus: solem nube tegam, et luna non dabit lumen suum».

[461] *beldad*: «belleza o hermosura, y más particularmente la de la mujer» (DRAE).

Paris[462], fuese el árbitro en la competencia, pronunció el Señor que la trigueña era más hermosa que las dos. Y preguntándole Catarina quiénes eran las dos blancas y quién era la trigueña le respondió el Señor: «Mira, esta blanca y hermosa es santa Inés; esta otra hermosa y blanca es santa Catarina mártir; esta trigueña eres tú. Tú eres la más hermosa». Sería porque no se oye que estas dos purísimas vírgenes pidiesen perder la hermosura corporal, como lo pidió la trigueña, para asegurar su pureza, y en esta prerrogativa estaría la preferencia de la hermosura, o fue para significar con algún símil que cuanto se había atrasado en la hermosura del cuerpo había crecido en la del espíritu, cuanto excede un alma pura a un cuerpo muy hermoso y que no por morena dejaba de ser agraciada en que más, como dijera, «tú puedes decir, yo soy morena pero hermosa como los tabernáculos de cedar[463], como las tiendas de Salomón»[464], que solo conoce su hermosura quien penetra su interior. Vean ahora si fue suya la hermosura cuando la perdió: «Luna non dabit lumen suum».

Y si no lo han visto bien, mírenlo mejor en este espejo. Le dio un día deseo de verse el rostro y manifestándoselo a su Esposo, le dijo: «Pues mírate en mí». Miró al Señor y vio en su pecho una niña hermosísima, tanto que saliendo de sí le dijo al Señor: «Pues si yo soy esa niña tan linda ¿cómo parezco a los humanos ojos fea, china y vieja?». Y quitándole el Señor una como máscara que tenía sobre el rostro se vio en sí misma tan hermosa y agraciada como se había visto en el espejo y olvidada de lo que le había pedido, le replicó: «Pues ¿por qué me has puesto de esta manera?». Y el Señor le dijo: «Para que ninguno ponga los ojos en ti, porque de mí solo seas bien vista y muy querida». Y bien así que en la luna todos pueden poner los ojos, en el sol ninguno sin cegarse. Porque la luna se precia más de hermosa que de escogida: «Pulchra, ut Luna». Pero el sol, de tan escogido para trono de solo Dios, como es escogida al alma santa, para tálamo del celestial Esposo: «Veni electa mea. Ponam in te thronum meun, quia concupiuit Rex speciem tua. Electa ut Sol»[465].

[462] Paris juzgó entre las tres diosas, Hera, Atenea y Afrodita, cuál era la más bella. Cristo es mejor Paris, el mejor juez.

[463] *tabernáculos de cedar*: «tienda en que habitaban los antiguos hebreos, algunos eran de cedro, por eso se les dice de "cedar"» (DRAE).

[464] Cita de *Cantar de los cantares*, 1, 4.

[465] Es una antífona que se cantaba en celebraciones marianas.

## III

El modo de escogerla fue entrársele en su pecho al lado del corazón, ardiendo en él como un fuego vivo por tres días continuos, consumiéndose todo apetito de sensualidad y dejándolo como ella decía, todo bañado de luces, cercado de resplandores como un sol. Y estando así tan lucido, tan al gusto de Dios, era de asombro a las inteligencias del cielo ver al mismo Dios jugar y entretenerse con él y viéndolo Catarina le decía: «Señor mío, pues te regalas con mi corazón, dame el tuyo para que yo también me regale con él». «Dilectus meus mihi et ego illi»[466]. Y al punto se hallaba con el corazón de Cristo en sus manos o en su pecho, se entretenía con él en amorosos y tiernos coloquios. Otras veces veía el corazón de Cristo en forma de un bellísimo niño y el suyo como una niña muy agraciada y que los dos como dos criaturas se ponían a jugar y a divertir con un entretenimiento inexplicable. Con esto ella se derretía hasta desfallecer en los amores de su Esposo, sin pensar de día ni soñar de noche sino las perfecciones de su querido. Este hacía con ella las mismas finezas y demostraciones: le daba músicas, hacía del embozado[467] ocultándose entre hermosas fajas de nubes, la aficionaba con celestiales ternuras, diciéndole: «Niña de mis ojos, esposa de mi corazón». Y como si le pidiera celos cuando se encomendaba a los santos, le decía: «Bueno eso, Catarina, y yo ¿dónde estoy?». Se venía muchas veces a sus brazos, sacándola de sí con arrobos extáticos. Y se hallaba con coronas de flores de singular hermosura, con anillos de piedras muy preciosas, con joyas de margaritas[468] inestimables.

Y de esta comunicación tan del cielo, sacaba una respuesta a las admiraciones de su confesor que solo podía darla quien hallaba en su corazón. El caso era que se pasmaba su confesor consigo mismo de oírle revelaciones tan frecuentes y tan maravillosas, que si no excedían, igualaban a las de la venerable doña María de Escobar, gastándole los días, los meses y aún los años en oírselas, y esto con una circunstancia notable, siendo en la conversación ordinaria bozal y muy cerrada, que apenas decía un periodo bien seguido. Llegando a estos puntos, se explicaba con tanta elocuencia, con tal energía, con expresiva tan puntual que parece o que salían de madre de los cuatro ríos del paraíso o que

[466] *Cantar de los cantares*, 2, 16.

[467] *embozado*: «cubrir el rostro por la parte inferior hasta las narices o los ojos» (DRAE).

[468] *margarita*: perla.

hablaba el coro de los querubines. Y penetrando entonces el ánimo del confesor con aquel don de hablar al interior de cada uno (en que fue admirable) le decía:

> Pues mira lo que te he dicho respecto de lo que dijo y no hay tiempo para explicar, es como si de infinitos montes fuera quitando cada uno una sola piedrecita y me dejara todo lo demás, ¿cuánto me dejaría? Porque quiero que sepas que no hay lugar en el cielo ni en la tierra, ni en el mismo infierno, no se hace cosa en todo el universo de que yo no te pudiera dar alguna razón (aquí la respuesta) porque ese es el amor. Y como dos amigos de corazón no pueden tener una cosa secreta que no se la revele al otro, así Dios, habiéndome dado el corazón, no me reserva cosa que no me manifieste. Y a nuestro modo de entender, no se puede contener, sin participarme cuanto pasa en el universo, raro y singularísimo testimonio a donde ni llega la ponderación, ni halla voces la oratoria.

Ponderaba el padre espiritual qué tal estaría, según esto, el corazón de aquella alma pues, así le medía con el divino, y respondiéndole inmediatamente al pensamiento, le decía:

> Este como corazón que corre por cuenta y manos de mi Señora, porque yo se lo doy para que me lo lave y purifique y así, purificado y limpio, se lo dé a comer a mi querido, que le saben muy bien las azucenas y yo veo que lo lava, que lo limpia y se lo da. En una de estas ocasiones vi que sin dárselo yo, me lo sacó del pecho y al presentárselo, oí al Padre eterno que, extendiendo el brazo con la majestad de Dios y con el cariño de padre, decía: «Venga ese corazón para mí que yo también lo quiero».

¡Oh gran Dios!, adoro vuestra bondad incomprensible y confieso que aquí se va a pique el entendimiento humano en el piélago insondable de tanta dignación.

No en balde se llama el sol, en buenas letras, corazón del cielo, «cor coeli», porque viene a ser como un centro y el corazón de esta alma, como sol bañado en los rayos de la divinidad, era el atractivo de cuanto bueno hay en el empíreo. ¿Qué finezas las de la Beatísima Trinidad? ¿Qué ternuras las de un Dios Hombre? Y ¿qué favores los de una madre Virgen? Aun antes de nacer ya la había escogido para suya María Señora, que naciendo la recibió en sus brazos. Su crianza le costó un tesoro. En el bautismo la adoptó por hija, y para que lo fuera a sus pechos, una vez en esa iglesia de santa Catarina, se los franqueó con cariñosa liberalidad,

convidándole con su purísima leche. Pero Catarina, hundida como solía en su nada, le daba voces: «¿Cómo Señora? ¿Cómo puede ser eso? ¿No os acordáis que me comprasteis con vuestras joyas cuando nací? Pues ¿cómo hija? Esclava, esclava vuestra. Y aun de eso no soy digna». Y la respuesta era convocar a los celestiales espíritus para que la festejaran como a hija muy regalada.

¡Ah! y si los vierais en aquella romería que hizo de esta ciudad al santuario de Cosamaloapan[469]. ¡Cómo viérais que se renovaban en su camino los prodigios de la salida de los hijos de Israel de Egipto! Iba por ese camino esta esposa del Altísimo y viérais a los árboles unas veces, que se le inclinaban hasta el suelo en una profundísima reverencia, otras que alternándose con los montes, la entretenían con festivas danzas. Las nubes, mojando a otros caminantes con recios aguaceros, a ella le hacían como un toldo de cristal para que no le tocara ni una gota. Los ángeles, como rayos arqueros de este sol, unos iban por delante descombrándole de piedras el camino; otros secándole los ríos, otros igualándole las quebradas, estos llevándole del freno la cabalgadura en que iba, aquellos poniéndose en guarnición para que no la ofendieran los ladrones. Pues ¿quién dirá las visitas del cielo, los éxtasis, los arrobos que tuvo el largo tiempo que estuvo en aquella santa casa?

Solo estas dos señoras de la congregación y de Loreto pudieron competir en las finezas. Luego que llegó a esta ciudad se asentó en la congregación de la Santísima Virgen y en la Esclavitud de los cinco señores[470]. Y correspondía a esta felicidad la Señora con darle muchas veces aquel niño para su consuelo, con decirle que para los demás congregantes eran las migajas, pero para ella los platos más regalados de la mesa. Veía subir desde aquellas sacratísimas manos al cielo sus oraciones en forma de hilos de oro purísimo; de vapores, de aromas muy deliciosos y a ese paso se esmeraba en favorecerla la Señora de Loreto, dejando tal vez aquel trono por bajar a conversar con ella, con la familiaridad que una amiga trata con otra, extremándose tanto una y otra en estas

469 *Cosamaloapan*: es el nombre de uno de los municipios del estado de Veracruz. Es un importante centro de peregrinación religioso, principalmente en el siglo XVII, por el santuario a la Virgen de la Concepción o también conocida como Nuestra Señora de Cosamaloapan.

470 La Esclavitud de los cinco señores era un culto religioso, devoto de los «cinco señores» de la Sagrada Familia.

asistencias, que le llegó en una ocasión como a pedir celos la Señora de la Congregación de la Imagen de Loreto.

Veían esto los soberanos espíritus, y ¿qué había de hacer su príncipe y señor nuestro, san Miguel, sino asistirla como el más fiel vasallo de la gran reina?, ya acompañándole en las correrías que hacía en espíritu por este mundo, y ya llevándola al purgatorio para que sacara por su mano las almas de sus devotos, presentando sus peticiones en el trono de la Santísima Trinidad. Veían también estos favores los demás santos y se empeñaban todos en favorecerla con tanta continuación, con extremos de amor tan singulares, que solo en decir sus nombres, en apuntar sus visitas, se nos iría el sermón en una letanía muy larga, pues al modo que siendo innumerables los santos y uno solamente el sol, todos quieren parecerse al sol: «Justi fulgebunt sicut Sol»[471]. Así, siendo una sola esta alma y los santos sin número, todos la amaban como a semejante, la querían por escogida, como el sol: «Electa ut Sol».

Pero entre todos, según ella decía: «Los que más me favorecen son los cinco señores y los santos de la Compañía». ¡Oh! y qué campo tan inmenso se descubría aquí o a la gratitud o a los obsequios de mi religión con esta alma santa, que tanto le debió mi gran padre san Ignacio. La tomó por hija desde que recibió las aguas del bautismo, naciendo a la gracia en los brazos de sus hijos, la acariciaba como padre, la enseñaba como maestro, la reducía a su casa como pastor. En una ocasión lo vio en la iglesia catedral hincado de rodillas, puestas las manos delante de una imagen de la Santísima Virgen, pidiéndole con instancia que no dejara salir de su casa a Catarina, ni desamparara sus hijos. Le acompañaba en estas agencias el gran apóstol de las Indias, san Francisco Javier[472], asistiéndole ordinariamente al lado y para sacarla a medida de su corazón le infundió en el suyo un día de su fiesta en esta iglesia aquel fuego con que se abrasaba el apóstol en celo de las almas y ardió con tanta actividad, que le hizo clamar: «Satis Domine, satis». «Basta Señor, basta, que no puedo más, que reviento»[473]. Al entrar en esta ciudad, la recibió por hija de su espíritu el doctísimo ilustrado varón, el padre Miguel Godínez, a quien se siguieron casi sin interrupción los confesores que tuvo

[471] *Mateo*, 13, 43.

[472] Francisco Javier: (1506-1552) fue un presbítero, religioso y misionero navarro, miembro del grupo precursor de la Compañía de Jesús. Destacó por sus misiones, la mayoría desarrolladas en la India y el Oriente asiático.

[473] Referencia a las famosas consolaciones de san Francisco, ya anotadas.

hasta morir, sin que se viera en esta sulamitis[474] otra cosa sino los coros que hacen compañía en el alma santa: «Quid videbis in Sulamite nisi choros castrorum?»[475], «nisi societatem ad pugnam paratorum?» como trasladó Arias Montano[476]. Ni ella parece que veía otra cosa, sino los trabajos de la Compañía para llorarlos, los buenos sucesos para aplaudirlos, las almas de los suyos que salían de esta vida o para acompañarlos al cielo o para suavizarles las penas. Y al fin murió, y descansa para singular ornamento de la Compañía, en manos de sus hijos; tanto que pudieron preguntar los ángeles. «¿Quién es esta que sube en compañía de su esposo, que es Jesús?» «Quae est ista quae aescendit de deserto, asociata dilecto?»[477]. Como lee el hebreo, «¿quién es esta que sube de virtud en virtud», rodeada de un orden que es la Compañía del Dios de los ejércitos: «Quae est ista, quae progreditur ut castrorum acies ordinata?»[478].

## IV

Si no sea que lo digan por el escuadrón bien ordenado de sus virtudes. Porque si este se compone de estrellas, como juzga nuestro Alcázar[479], las estrellas se llaman virtudes del cielo en el Evangelio. «Virtudes caelorum commo vehuntur». Y la primera que se descubre a la vista es la que está más cerca al polvo. ¿Quién diría que un espíritu tan elevado había de ser tan profundo? ¿Que unas ilustraciones tan claras se habrían de fundar en una humildad tan abatida? Quien supiera que se hermanan bien las estrellas más brillantes con el polvo más abatido. «Sicut stellas caeli, sicut pulverem terrae»[480]. Se llamaba gusanillo vil, indigno aun de arrastrarse por la tierra, bestia indómita, que había menester tres confesores, uno que la enfrenara[481], otro que la enjalmara[482] y otro que la

474 *sulamitis*: natural de Sulem; gentilicio aplicado a la esposa del *Cantar de los cantares*.

475 *Cantar de los cantares*, 7, 1.

476 *Benito Arias Montano*: (1527-1598) fue un humanista, hebraísta, biólogo y escritor políglota español.

477 *Cantar de los cantares*, 8, 5.

478 *Cantar de los cantares*, 6, 3.

479 El mencionado padre Alcázar, comntarista del Apocalipsis.

480 Mezcla dos textos del *Génesis*, 22, 17 y 13, 16.

481 *enfrenar*: «poner el freno al caballo» (DRAE).

482 *enjalma*: «especie de aparejo de bestia de carga, como una albardilla ligera» (DRAE).

picara.Vivió algún tiempo recién venida a esta ciudad en un aposentillo desacomodado, vecino a una caballeriza, con tanto gusto suyo, que intentando mejorarla de habitación se resistió cuanto pudo, diciendo que una bestia estaba en su lugar junto a otras bestias.

Lo mismo diría la estrella más hermosa que se vio en el mundo, «Illustrior caeteris, pulchrior que syderibus», que dijo san León[483], que al estar junto a una caballeriza, al ponerla junto a las bestias de un establo: «Ubi erat puer»[484], causaba singular alegría e igual admiración a cuantos le miraban «gavisi sunt, etc». A este modo y con esta alegría, por llevar la suya adelante esta sierva de Dios, el modo de proponer lo que Dios le daba a sentir, era aqueste: «Esto vi, esto entendí, ahí te lo dejo, que yo soy una bestia que no sé nada». Hasta los últimos días de su vida conservó su corazón un temor grande de su eterna condenación, y de aquí procedía el sentimiento excesivo de que la tuvieran por virtuosa y que se encomendaran en sus oraciones, y para evitar este concepto pedía a sus padres espirituales, que no la permitieran comulgar a menudo. De aquí aquel resistirse como nuestro padre san Pedro a los favores del cielo, diciendo muchas veces al Señor: «Exi a me Domine quia peccator suum»[485], hasta llegar a quejársele Cristo de su esquivez. De aquí el andarse escondiendo, sin atreverse a parecer entre gentes en su casa, retirada en el rincón de un aposentillo o en la cocina entre las criadas de servicio en la iglesia y la vimos por los rincones, por entre las bancas. He aquí el decirle muchas veces al demonio que ella era peor que todo el infierno junto, pues habiendo recibido más, era más ingrata. De aquí aquel respeto profundísimo a los sacerdotes, obligándoles a que le dieran la mano para besársela, y besando muchas veces con grande devoción la tierra donde habían puesto sus plantas.

Y por decirlo todo, de aquí aquella obediencia tan puntual a sus confesores, que de ella pudieran aprender puntualidades los mismos astros que se parecían de tan obedientes, que apenas oyen la voz de Dios que los llama, cuando al punto responden con una puntualidad de los cielos, y no parece que viven sino de obedecer. «Stellae vocatae sunt et dixerunt adsumus»[486]. No hacía acción, no admitía pensamiento, que no fuese regulado por la obediencia. Si había de salir de casa, si visitar

[483] En su Semón I *De Epiphania*.
[484] *Mateo*, 2, 9, también para la cita siguiente.
[485] *Lucas*, 5, 8.
[486] Cita abreviada de *Baruch*, 3, 34-35.

alguna iglesia, si rezar en este o en aquel altar, si emprender alguna acción, aunque fuera de muy poca importancia, lo había de saber todo y gobernar su confesor y con su orden no había materia ardua a su gran deseo de obedecer. Estaría muriéndose sin poder pasar una sola gota de agua y le dirían que era gusto de Dios y orden de su confesor, verían como se le abrían las ganas para cuanto le pusieran delante y a la contra entendiera ella que no era conforme al orden de su padre de espíritu y verían cómo, aunque se viniera todo el cielo abajo, aunque se empeñaran las virtudes angélicas, no la harían dar un paso adelante. Una vez comulgando en este altar otras personas la exhortaron los ángeles a que llegase también a recibir la sagrada comunión y ella respondió que sí hiciera, pero que no tenía licencia de su confesor.

Otra vez oyendo misa en el altar de la congregación le decían que pusiera sus oraciones en manos de los santos, que están en él para que las presentaran a Dios por no sé qué necesidad y respondió la sierva del Señor que le parecía muy bien, pero que se lo diría a su padre espiritual y haría lo que le mandara. En señal de que era agradable a los celestiales espíritus esta resignación oyó que le daban una música suavísima por entre aquellos lienzos. Y por dejar otros casos de esta materia, baste para ponderar su obediencia el que sucedió con un confesor interino. Le mando este que no rezara, por la grande debilidad que padecía de cabeza y tomó el orden tan a la letra, tan a ciegas que apareciéndosele como solían las ánimas del purgatorio afligidísimas, pidiéndole de rodillas, enclavijadas las manos con grandes ternuras y lástimas, que pidiese por ellas al Señor, no le pudieron sacar una sola Ave María. Y eso, aunque se hicieran pedazos las campanas al tiempo de tocar las Aves Marías a sus horas, hasta que tuvo permiso para rezar. Quien conoció su corazón ternísimo aun con los brutos, tendrá esta no solo por obediencia ciega, sino por mortificación excesiva.

Pues en esta virtud, ¡ay Dios de mi vida! ¿Qué tal fue? Si la hubiera visto san Juan, en cierto modo diría que antes del juicio universal ya estaba el sol cargado de silicios, la luna toda ensangrentada, las estrellas arrojadas por el duro suelo. «Sol factus est niger, tanquam saccus cilicinus et Luna facta est tota sicut sanguis, et stellae ceciderunt super terram»[487]. Desde su niñez hasta su ancianidad no se le cayeron del cuerpo tres cilicios bien ásperos, y como si esto fuera poco se valía de agujas, de alfileres, de rosetas con puntas de hierro, que se atravesaba por todo

[487] *Apocalipsis*, 6, 12.

el cuerpo, de cordeles de cáñamo nudosos, de cadenillas de hierro desiguales y agudas con que se apretaba los brazos, los muslos y la cintura. Sus disciplinas de cada día no las contaba por golpes de uno en uno, sino de treinta y tres en treinta y tres. Treinta y tres por los años que vivió su Esposo en el mundo. Otros tantos por los agonizantes, otros treinta y tres por los pecadores. Y así los iba repitiendo hasta que caía desmayada y sin sentido sobre una gran balsa, que hacía a sus pies, de su propia sangre, si antes los ángeles (como sucedió muchas veces) no le quitaban la disciplina de las manos.

A alguno le parecería que era aliviarle las penas este interponerse los ángeles, para irle a la mano[488] en su penitencia sangrienta y no verá, dice san Clemente Alejandrino[489], que aquel ponerse de por medio un ángel en el sacrificio de Abraham, deteniéndole el brazo para que no se ensangrentara en la víctima: «Non extendas manun tuam super puerum»[490] no era excusar del todo el martirio sino acrecentar el tormento, porque de no ser muerto Isaac, había de morir Cristo y el impedir aquel sacrificio era por dar lugar a más acerba[491] pasión: «Solum modo Isaac non Passus est, qui primas passionis partes Verbo cesserit»[492]. Así pues, se veía Catarina impedida de los ángeles a proseguir su penitencia y teniendo por castigo del cielo el estorbarle la ocasión de mortificarse, decía a su confesor: «¿No sé qué es esto? Mano invisible es la que suspende el azote, castigo debe de ser de mis pecados que impide mi penitencia».

Y bien así, porque el verse sin penitencia era la pena mayor que se podía dar a un alma que vivía de martirizarse, que solo le sabía lo que sabía a mortificación. Tal vez se le antojó comer una fruta muy deliciosa de la tierra, y al instante se halló con dos de ellas en las manos y cuando más le picaba el gusto y le lisonjeaba el apetito, le dijo a María Señora: «¿Pues esta bestia había de comer cosa tan buena?, eso no». Y como otro David: «Libavit eam Domino»[493] prosiguió, «Tómala tú, Señora, y preséntasela a tu Hijo». Y la madre las tomó en sus manos y las ofreció a su Hijo, y aceptándolas el Señor hizo del que quería partirlas y como si quisiera comerla, mostró saborearle con el regalo más suave entonces

488 *ir a la mano*: detener.

489 *San Clemente de Alejandrina*: (150-¿211-216?) fue un maestro en Alejandría, políglota, tuvo educación tanto pagana como cristiana.

490 *Génesis*, 22, 12.

491 *acerba*: «áspero al gusto. Cruel, riguroso, desapacible» (DRAE).

492 San Clemente, *Theologia moralis*, III, tomus undecimus, 1791, p. 19.

493 *II Reyes*, 23, 16.

con el sainete[494] de la mortificación que traía. Pues ¿cómo no había de gustar de lo que era padecer, si así brindaba al gusto de su Esposo con lo que se mortificaba el suyo? Así lisonjeaba al oído con negarse a las músicas suaves, dándoles en rostro[495], si no eran las sagradas, en que solo se divertía su espíritu. Así entretenía la vista, apartándola de cuanto la podía entretener con recreo, así suavizaba el olfato con privarlo de los aromas y olorosos perfumes que podían recrearlo.

Los días que el mundo anda más divertido en sus locos entretenimientos, ella se encerraba en un oratorio a llorar las ofensas que causaba a su Esposo la diversión del tiempo y agradándose el Señor de su retiro bajaba muchas veces con sus ángeles a darle celestiales músicas y desquitarse con ella de los agravios que le ocasionaba el mundo. Su vestido era tan modesto como humilde. Cortado al talle de su mortificado espíritu, el más pobre, más grosero, solo para resguardo de la decencia, nunca para reparo de la salud, siendo necesario que sus padres de espíritu anduvieran sobre aviso para que el deseo de mortificarse en el vestido no le fuera de grave perjuicio a su complexión delicada. Su regalo jamás pasó de unas hierbas mal cocidas, aun fuera de la cuaresma, siendo su comida un perpetuo y rigidísimo ayuno todo el año, sin probar carne si no era cuando le apretaban las enfermedades, aunque su vida ordinaria era una enfermedad continua, complicada de penosísimos achaques, con agudísimos dolores que causaban pasmo a los mismos médicos que la curaban. Su cama era el duro suelo o una tabla desigual, simulada entre día con un trasportincillo que apartaba a la noche para dormir muy poco tiempo a raíz de su aspereza. Finalmente era tal su penitencia, era tan ingeniosa en buscar modos de martirizarse que su confesor movido de compasión la solía decir: «¿Qué te ha hecho ese pobre cuerpo para que lo trates tan mal? Déjalo descansar un poco, si quiera para que tengas cuerpo que maltratar en lo que te falta de vida».

Pero sobretodo eran aquellas sequedades de espíritu que solía padecer y aquellos retiros de Dios que le arrancaban el alma, aquellas noches funestísimas que le ponían en el corazón como entre dos peñas. Y siempre con una conformidad angélica sin oírsele entre tantas angustias, más que este desahogo, para templar su tormento: «Ay Dios de mi vida, ay bien de mi corazón, ahora no te veo, pero yo me acuerdo que te vi». Y el Señor, como de muy lejos, como asomado allá por entre canceles, le

494 *sainete*: salsa para hacer más apetitoso un bocado.
495 *dar en rostro*: rechazar, provocar enojo.

preguntaba. «Y ¿cómo me viste Catarina?». Y ella entonces fervorizada como un serafín, con una elocuencia del cielo, iba diciendo los capítulos enteros de los cantares de Salomón, llenos de ternísimos afectos de divina caridad.

Ni podía ser menos porque el escuadrón de las estrellas, virtudes del cielo, iba bien ordenado: «acies ordinata»[496], es pasiva de «ordinavit»; pues ¿de quién piensan que fue ordenado, «ordinata», sino de quien ordenó en ella la caridad? «Ordinavit in me charitatem»[497]. Vínculo y corona de las virtudes. La que tuvo con Dios ya la vimos. La del prójimo llegó a aquel extremo a donde llegó el ardor de san Pablo, deseando estar sin Dios porque lo gozasen sus hermanos. Se venía el Señor a su corazón y se estaba en él por meses enteros y pareciéndole a aquella su gran candidez de ánimo que por estarse con ella, haría falta a otras almas, lo echaba de sí y le decía que se fuera a consolar a las otras pobres, que no había de ser todo para ella. Por sus ruegos, cuando salía el Señor sacramentado a visitar algún enfermo, iba echando bendiciones a las calles, a las puertas y personas que encontraba y si alguna vez se había pasado el Señor sin haberlo ella visto, salía aprisa a la puerta y le daba voces: «Señor, Señor, ¿cómo os vais sin bendecirnos?». Y veía que el Señor volvía desde las manos del sacerdote y la bendecía a ella y a los presentes y si echaba de ver (cómo sucedía algunas veces) que el Señor torcía el rostro a alguna persona o no quería mirar a alguna casa, se deshacía en lágrimas hasta que conseguía la enmienda de aquellas personas y que el Señor las mirara con buenos ojos y no las privara de su bendición celestial.

Ardía como un fuego por la salvación de sus prójimos y se atizaba este fuego por ver a los pecadores, según el estado que entonces tenían sus almas en desgracia de Dios, por la calidad de sus culpas. A unos veía como animales inmundos revolcándose en el cieno asqueroso, a otros rodeados de pies a cabeza de víboras venenosas, a otros abrazados de los demonios, a otros ardiendo en llamas vivas del infierno. Se le mostraba el Señor, unas veces azotado, otras escupido, otras arrastrado, otras coronado de espinas y saltándosele las lágrimas de los ojos, prorrumpiendo en suspiros del corazón y ternuras de su alma, le decía: «¿Qué es esto, amado y querido mío, escogido entre millares? ¿Quién os ha puesto así?». Y el Señor le respondía: «¿Pues no ves a fulano, a este y aquel cuál me ponen?». Y luego se le representaban unos que le molían azotes,

[496] *Cantar de los cantares*, 6, 3, 9.
[497] *Cantar de los cantares*, 2, 4.

otros que lo desgreñaban a repelones, otros que lo azotaban sin piedad, otros que lo coronaban de espinas (¡Ay fieles de mi vida! no os parezca solo visión imaginaria de una alma arrobada, que san Pablo os dice, que es una verdad católica, el que vuestras culpas hacen con el Hijo de Dios impasible lo que hicieron los judíos en su humanidad pacientísima) se le mostraba la llaga del costado manando pestilentes gusanos y combinándola el Señor con este plato, como a nuestro padre san Pedro, con el otro vaso, venciendo la repugnancia, se abalanzaba a él con tal ímpetu, se lo comía con tantas ganas, que solía preguntar después a su confesor, si podría comulgar por haberse desayunado con este almuerzo tan substancial.

Todo esto le movía a pedirle al Señor trabajos por los pecados ajenos y los padecía tales, con tanta intención, con tan vivo sentimiento, que le obligaba a quejarse con frecuencia a su Esposo, diciéndole: «¿Qué he hecho yo para padecer tanto?». Y el Señor le respondía: «Pues hija, ¿para qué pides por tantos?». Y para animarla a proseguir en la empresa unas veces le daba la mano, otras se la ponía por acerico debajo de la cabeza, para que se recostara en ella, y cobrando aliento con esto, volvía otra y otra vez a pedir dolores, y los padecía hasta hacerle sudar sangre. Y viéndola el Señor en esta agonía, la confortaba con decirle: «Ea, Catarina, pide más, saca más sangre de mis venas, pues te he hecho despensera de mi sangre», y aprovechándose de la liberalidad de su Amado entraban las manos en el costado de Cristo y sacándolas llenas de sangre, se llenaba con ella la boca y se bañaba todo el cuerpo y sacando de nuevo más sangre, se iba en espíritu por ese mundo, unas veces acompañada de la Santísima Virgen, otras del príncipe de la milicia celestial san Miguel, otras del esclarecido patriarca santo Domingo y otras muchas más de mi gran padre san Ignacio. Y así iba rociando con aquel licor divino a los gentiles, a los herejes, a los malos cristianos y a cuantos encontraba y veía que con cada gota de aquestas que caía, si tocaba algún gentil luego pedía el bautismo, si algún hereje luego se reducía, si algún mal cristiano al punto se enmendaba, y por este medio hizo maravillosas conversiones, sin número ni ponderación en estas misiones y en todo ese mundo, pues hasta los montes, hasta las piedras y todos los insensibles daban muestras de alegrarse con este rocío celestial.

Y como las estrellas brillan más en las noches más obscuras, era más ardiente su caridad en la noche triste del purgatorio. Pues al bajar a este lugar era para enternecer como así que la sentían aquellos dichosísimos prisioneros le gritaban con gemidos y sollozos nacidos de su congoja:

«Echa hija, echa más. Aquí Catarina, aquí. A mí, por amor de Dios». Y ella, compadecida y lastimada, se volvía a su Esposo y le decía: «Mira aquestas pobres, Señor». Y el Señor le respondía: «Pues saca las que quisieres». Y al punto, rociándolas con las sangre de nuestra redención, salían como enjambres tupidísimos por esos aires, a poblar las sillas de los ángeles a postas[498]. Y esto era sin las innumerables almas que le venían acá a pedir socorro, cercándola por todas partes como ejércitos, poniéndosele de rodillas delante, sin dejarla dar paso, hasta que les recababa absolución de sus penas, y lo cierto es que parece que no tenía Dios para otra cosa en el mundo, sino para enviar almas al cielo y sacar almas de pecado.

Del purgatorio bajaba al infierno a visitar con gran pena de su espíritu a aquellas infernales mazmorras, viendo con asombro suyo los exquisitísimos tormentos que dispone la divina justicia para castigo de las culpas. Y aunque no podía aplicar la misericordia a las caídas, usaba de intercesión para las que iban a caer. Una vez vio que se iban precipitando tres almas y asustada y compadecida, se volvió a su querido y le dijo: «¿Cómo es esto, Señor, que yo tenga en mis manos la sangre de vuestras venas y se hayan de perder estas miserables?». Y con el beneplácito de su Esposo se fue en espíritu desalada por la una, la sacó del peligro al salvamento. Volvió por la otra y la puso en seguro, iba por la tercera y por haberla perdido de vista, receló (¡oh dolor!) se la hubiese tragado el abismo. ¿Cuál quedaría su afligido corazón deseoso de que ninguno se condenara? y que le enternecía aún de ver maltratar a los brutos, pues hasta a estos se extendió su gran caridad.

Sobrada prueba de esto es lo que le sucedió entre otras en una ocasión. Era forzoso matar un perrillo de caza por algún perjuicio que daba y sabiendo cuánto sentía la sierva de Dios que hicieran mal aun a los animales, lo sacaron al campo y allí a palos y a pedradas le quebraron la cabeza, hasta que se le saltaron los ojos y sembraron los sesos por el suelo, arrojado a un muladar lo que sobraba. Echó menos al perrillo esta alma santa y sospechando lo que podía ser, le pidió a su Esposo que se lo trajera como quiera que estuviera, que ella lo curaría. Perseveró en esta petición ocho días y al fin de ellos (¡caso raro!) entró el perrillo bueno y sano y haciéndole mil fiestas como en agradecimiento del beneficio. Otra vez encontró en esa calle un perro muerto, dividida la cabeza del cuerpo, por haberle pasado una carreta por encima y movida a compasión hizo que se lo llevaran a su casa y puesta en oración por la vida

498 *a posta*: con velocidad, como los caballos de posta.

del perro, se levantó este con asombro de todos, vivo y sin señal de su tragedia pasada.

Esto he dicho para que después no os haga fuerza si os contaren la salud milagrosa que ha dado y va dando a muchos enfermos. De que pueden ser testigos muchos de los presentes. Lo mucho que le debe la cristiandad, especialmente en las victorias que ha tenido del turco en estos años, donde se ha hallado, animado con interiores y eficaces socorros al ejército católico y al mismo tiemp, describiendo acá el estado de la batalla y los progresos de sus victorias, lo que ha favorecido a la Monarquía de España y a este reino, especialmente en conducirle las flotas, a quienes ha asistido en espíritu hasta esta última, y de aquí sacarán cuánto le deben esta ciudad, sus dignísimos prelados, sus bienhechores y las personas de su devoción.

A la caridad se reduce la limosna y en esta se señaló tanto, que baste con decir que siendo una pobre que vivía de la limosna que le daban, sin pedir jamás para sí cosa alguna, dejándole a la mano de Dios, como las siete estrellas del Apocalipsis, «Habebat in dextera sua stellas septem»[499], con solo las limosnas que ella dio en su vida, se podía acreditar de gran limosnero el hombre más acaudalado, pues faltándole muchas veces para sí, jamás le faltó en su arca o en su bolsa con singular milagro de la Providencia, dinero que dar de limosna y para darla no esperaba que los pobres vinieran a pedirla, sino que ella salía a buscarlos y se la daba con tanta alegría que parece que estos le hacían la limosna a ella, con recibirla al modo que la mujer fuerte, cuando abre la mano para dar la limosna al pobre: «Manum suam aperuit inopi»[500], extiende sus dos palmas, como para recibir la limosna, solo con que le acepte la suya el pobre: «Et palmas suas extendit ad paupere».

## V

Pues todo este ejército bien guarnecido de estrellas, bien ordenado de virtudes, tan humilde, tan obediente, tan mortificado, tan caritativo: ¿lo quieren ver cuán terrible era, cuán poderoso al infierno? Como glosa Ruperto[501]: «Daemonibus terribilis, ut castrorum acies ordinata?». Pues escúchenme un poco. De catorce años empezó la guerra con el

[499] *Apocalipsis*, 1, 16.

[500] *Proverbios*, 31, 20, y lo mismo la siguiente.

[501] *Ruperto de Salzburgo*: (660-710) fue un obispo, fundador de la ciudad de Salzburgo.

príncipe de las tinieblas y este a ponerle en armas las legiones del infierno en figuras visibles de ejércitos armados, de enjambres de áspides venenosas, de manadas de bestias fieras y la acometían con tal ímpetu, con tanta violencia, que agotaban en ella los tormentos de los mártires y cuantas penas caben en el infierno fuera de la eternidad. Y el modo de vencerlos unas veces, era sufrir sin hablar una sola palabra, con una tolerancia indecible. Otras veces, luego que los veía venir les decía: «Ea, venid bestias fieras, si traéis licencia de vuestro creador y mi redentor, aquí estoy a vuestros pies, aquí tenéis mi cabeza y todo mi cuerpo para que lo castiguéis, como merecen mis grandes culpas, pero si os falta la licencia: ¿Quién como Dios? En su nombre idos todos al infierno». Y al punto, tropezándose, caían de golpe unos sobre otros en sus infernales mazmorras.

Creció tanto este poder en esta alma contra los demonios, que ya en los últimos tercios de su vida, estaban tan tímidos estos espíritus, que unas veces le pedían treguas, aunque nunca se las concedía. Otras estaban tan corridos, que no se atrevían a acometerle cara a cara, sino por artes invisibles y ocultas invasiones, pero el Señor, para confundirlos, les hacía que se le hicieran presentes en formas perceptibles, y ellos llegaban entonces temblando, cabizbajos, avergonzados, confusos, sin atreverse a levantar los ojos, sin osar a mirarle a la cara y más cuando oían la reprehensión en que los trataba de embusteros, cobardes, flacos, torpísimos y con el trueno de esta voz, bajaban como unos rayos, viéndolos ella misma desde la superficie hasta el mismo centro de la tierra.

Y esto no solo era allá en su aposentillo, sino cuando salía en cuerpo o en espíritu por las casas y calles de la ciudad, por las provincias, por los reinos y por los rincones de todo el mundo, viendo con gran lástima suya las trazas, los enredos, las tentaciones con que derriban a los míseros mortales. Y apenas la divisaban cuando corridos y confusos se hundían en sus profundas hogueras y si alguno más obstinado se le encaraba y resistía (como sucedió con un demonio, que puesto en el árbol mayor de un navío conciliaba[502] una brava tempestad a una flota, al entrar en la Veracruz), ella con valor de una potestad angélica, le embestía para pelear cuerpo a cuerpo, diciendo: «Si Dios conmigo, ¿quién contra mí?», y lo estrujaba entre sus brazos, lo molía entre sus manos y después a puntillazos[503] y a golpes lo arrojaba hasta los mismos infiernos.

[502] *conciliar*: preparaba, oponía en este contexto.
[503] *puntillazos*: puntapiés.

¿Quién tal dijera? ¿Quién tal pensara?, que una viejecita enferma, débil, hecha un esqueleto, había de ser un ejército tan formidable: «Terribilis ut castrorum acies ordinata?». Lo diría quien era como ella. Porque el día se entiende muy bien con el día, así como la noche da a conocer a la noche, dice David: «Dies diei eructat Verbum, et nox nocti indicat scientiam»[504]. Nos lo dijera hoy, si viviera aquel oráculo de santidad en nuestros tiempos, singular blasón de esta nobilísima ciudad de los Ángeles, su patria, la venerable madre María de Jesús, hermana melliza en el espíritu de Catarina (ojalá y lo fuera en beatificación). De catorce años era esta sierva de Dios, cuando empezó la lucha con los demonios, según dijimos, y a ese mismo tiempo empezó la comunicación con la venerable madre María de Jesús, y estando esta religiosa virgen allá en su celda, veía a Catarina a pelear acá con valentía con los espíritus infernales. Otras veces la veía hincada de rodillas en aquel altar de la congregación y oía a aquella gran Señora que le decía a su Niño: «Hijo, mira por Catarina, que es mi hija querida» y el soberano Niño inclinaba la cabeza en señal de que concedía la petición. Otra vez la vio que pidiendo licencia al Niño Dios para irla a visitar, bajó el Niño de los brazos de su madre a los de Catarina, y dándole un estrecho abrazo, le dijo: «Anda y dale este abrazo en mi nombre». Y eran tan frecuentes estas visitas, tan del agrado de las dos, que solo para ver a Catarina de espacio tenía reja sin escucha[505] la venerable madre todas las veces que quería y estando a solas las dos, se le pasaban a la Esposa de Cristo las mañanas y las tardes enteras sin quitar los ojos de su querida Catarina, habiendo en ella un no sé qué que la tenía embebecida, arrobada, suspensa, sin acertar a hablar palabra y después que volvía en sí, le decía: «¡Ah! niña, y ¿si supieras lo que has de padecer por Dios y por el mundo?».

Y qué bien se lo pagaba Catarina, pues fuera de otras finezas de verdadera amistad, en una ocasión que se vio desahuciada la esclarecida vuestra María de Jesús de una enfermedad gravísima, le pidió Catarina a su Esposo que le diera salud a su querida, y diciéndole el Señor: «Pues ¿no ves que ya no puede vivir naturalmente?, ella instó: «Pues sea sobrenaturalmente, que para ti lo mismo se es lo uno que lo otro». «Pues sea en hora buena porque tú me lo pides. (respondió el Señor) Yo le añado

[504] *Salmo* 18, 3.

[505] *eschucha*: «En los conventos de religiosas y colegios de niñas, mujer que tiene por oficio acompañar en el locutorio a las que reciben visitas para oír lo que se habla» (DRAE).

cinco años más» y se puso a escribir, como quien añadía cinco años más en el libro de la vida, a la que se le contaba la vida por instantes.

Y de aquí era aquel altísimo concepto que tenía esta ilustrada virgen del espíritu de Catarina, aquellas ponderaciones, aquellos encarecimientos, con que hablaba de su santidad. Y si aun después de exageraciones no acababa de decir quién era Catarina, si aun después de haber dicho con admiración los ángeles que era como la aurora, como la luna hermosa, como el sol escogida, como escuadrón bien ordenado, aun preguntan en su muerte, asombrados de su santidad prodigiosa: «¿Quién es esta que sube del desierto al empíreo?» «Quae est ista, quae ascendit de deserto?»[506] ¿Qué me afano yo? ¿Qué os canso a vosotros en querer deciros quién es esta? «Quae est ista?».

## VI

Dígalo Dios, que lo sabe; lo dirá algún día (como lo espero) el oráculo de la Iglesia, que no será la primera profecía suya que se cumpla después de su muerte. Pues por dejar otras maravillosas de su vida, solo os digo que todo cuanto ha pasado en su muerte y entierro lo tenía visto con luz del cielo mucho tiempo antes, al modo que el sol conoce su ocaso aun antes que se llegue. «Sol cognovit occasum suum»[507] y el modo es ver cuánto pasa en su funeral. Pues el ver a la luna y a las estrellas, es hacerlas lucir y hacerlas lucir, dice san Zenón Veronense[508] en ver encendidas las luces de su túmulo y celebradas con pompa sus funerales exequias. «Stellae pracipites labuntur e caelo, et a tergo longo flammarum al bescentium tractu funéreae facti solemnitate, qua si quibus dam deducuntur exequiis: Sol eadem die, qua nascitur moritur». Pues así esta alma, como el sol escogida, vio muchos años antes cuanto ha pasado en sus honrosas exequias con otras maravillas que iremos viendo en adelante.

¡Oh! y si yo pudiera hacer que todo este gravísimo y numerosísimo concurso que todo el mundo universo viera y leyera lo que yo he visto y leído por estos ojos, en una relación seguida por el orden de los años, de los meses, de los días y aun de las horas, según Dios le iba revelando las cosas venideras y ella refiriendo a su confesor, donde llegando al

[506] *Cantar de los cantares*, 8, 5.

[507] Salmo 103, 19.

[508] *San Zenón Veronense*: (300-371 o 380) fue un religioso católico africano, obispo de Verona, dirigió en su diócesis la lucha contra el arrianismo. No apuro la cita.

año de setenta y ocho, se lee este renglón: «A principios de este año de setenta y ocho, le dijo el Señor que de allí a diez años había de morir». Hágame ahora la cuenta: ¿cuántos van de principios de setenta y ocho a principios de ochenta y ocho? y vean si se cumplió la profecía a la madrugada del día cinco de enero de este año de ochenta y ocho, víspera de la adoración de los reyes del Oriente, sus progenitores, en que puso como el fénix de la Arabia, ave del sol, el sepulcro lucido del ocaso, donde tuvo la real cuna de su Oriente. Con esta noticia de su muerte empezaron con vehemencia a conturbarle los temores de su condenación. Y para asegurarla el Señor, le prometió su asistencia, la de su madre Santísima y la de los cortesanos del cielo y le mostró un ataúd ricamente aderezado (que sería como aquel con que la enterramos) y alzando su precioso telliz que le cubría, se vio en él difunta, pero no distinguiendo la mortaja preguntó cuál había de ser esta y le respondieron que sería una túnica de Jesús, aunque algunos lo repugnarían (vayan oyendo los que se hallaron presentes, que yo no hago más que ir contando lo que leí); luego vio como un aposento sembrado de flores y rosas hermosísimas y en él el lugar de un sepulcro, que le dijeron era para su cuerpo. Si los niños no son flores, sino rosas los inocentes que le acompañan en aquella bóveda, borren los testimonios de las Escrituras Sagradas, enmienden las inteligencias de los padres o desmientan a nuestros mismos ojos que ven con frecuencia esparcir flores en aquel aposento al entrar los niños. Varias veces le dijeron que la habían de enterrar en el colegio del Espíritu Santo al lado derecho del altar mayor y a las espaldas del altar de la congregación, y bien saben muchos de los que me oyen cuán lejos estuvimos de eso, qué empeños hubo por otros sepulcros y cómo sin sentir se allanaron las dificultades en contra, cómo siendo esta la sepultura más olvidada y que a ninguno se le había ofrecido, se dispuso no sé cómo, que se enterrara en ella y es que «contra Deum non est consilium»[509].

Y piensan que aquellos concursos atropados[510], despoblándose hasta los contornos de la ciudad y toda la comarca que aquellas espesas olas de gente que iban y venían por dos días continuos, que entraban y salían sin cesar de día y de noche en su casa, rompiendo las chapas, quebrando

[509] *Proverbios*, 21, 30.

[510] *atropados*: «juntar gente en tropas o en cuadrillas, sin orden ni formación» (DRAE). El texto que sigue es algo confuso y anacolútico en su enumeración excesiva de detalles y ponderaciones.

los cerrojos, derribando las puertas por poder besarle las manos y los pies, por tocarle los rosarios, hasta desnudarla dos veces de su mortaja para llevar en sus pedazos, reliquias de su virtud, intentando muchas veces con piadosa temeridad cortarle los dedos y las carnes de su cuerpo sin que la autoridad de los prelados con sus mandatos y presencia sin que la violencia de la justicia con sus ministros, con sus soldados y con sus armas pudieran detener los excesos de vuestra devoción que aquel copiosísimo y nunca visto gentío de dentro y fuera de la ciudad que vimos apretar el aire por estas cuatro calles, por esos balcones y azoteas, por toda esa plazuela, por todo este capacísimo templo, sin dejar paso al lucidísimo entierro, gastando muy largo espacio de la tarde en solo llegar desde esa esquina a esta capilla mayor que aquella oculta superior moción con que los dos ilustrísimos cabildos, eclesiástico y secular, se dignaron con sagrada competencia, honrar, no solo con su gravísima asistencia sino con aquellos hombros en que descansa el peso de ambas repúblicas, aquel santo cuerpo, entonces mejor cielo de más valientes atlantes[511], que aquella emulación santa de los venerables prelados de las religiones sagradas, de los caballeros más nobles por tener alguna parte en sustentar aquel cuerpo que fue depósito de Dios vivo, que aquel abalanzarse, no el vulgo que estaba lejos, sino lo más granado de uno y otro estado, como águilas generosas al poner el cuerpo en esta capilla mayor, siendo necesario para que no lo hicieran menuzos[512], cerrarle la caja con llaves, ponerle guardas, usar de violencias, mientras se le hacía el funeral oficio, que aquel último asalto que dieron sobre aquel cadáver (que en su grave hermosura, según visteis, copiaba ya los reflejos de su inmortalidad dichosa) al sacarlo de la caja para entrarlo en la sepultura por arrancarle a pedazos la mortaja, los cabellos y aun las carnes, sin bastar el ponerse de por medio los sacerdotes y religiosos para impedirlo, que aquella contingencia del cielo que valiéndose de los santísimos decretos de la santa Iglesia, que no permite en esta octava de Reyes misa de réquiem, dispuesta que su misa de cuerpo presente sin poder ser otra, fuera una misa con gloria y credo, aleluyas con repique de campanas y toda la solemnidad de la pascua, que esta honra, nunca bastantemente estimable, de oficiarle a porfía las misas cantadas de este novenario en este templo, los gravísimos señores capitulares, siendo el alma y principio de tan gloriosa empresa, su muy ilustre y venerable

511 *atlantes*: «persona que es firme sostén y ayuda de algo pesado o difícil» (DRAE).
512 *menuzo*: «pedazo menudo» (DRAE).

cabeza, como lo ha sido en honrar con esmero a esta sierva de Dios en muerte y socorrerle en vida, que toda la pompa de este día, autorizada en el oficio sepulcral de la esclarecida familia de los muy reverendos padres predicadores, siendo su mayor luminar en la honra el que en el puesto, en la doctrina, en la integridad en los méritos, asistida en lo más ilustre del estado eclesiástico, de los más granado[513] del secular, de lo más numeroso del pueblo, aplaudida a todo resto de conceptos de lo más agudo del ingenio en estas letras, que darán vuelo a la fama con el remonte de sus plumas… ¿piensan digo, que todo esto no lo vio mucho antes? Pues todo esto le quiso decir el cielo cuando, acordándose de su muerte, humillándose como sola, le dijo enternecida a María Santísima: «¡Ah! Señora, cuando yo me muera, no habrá quien se acuerde de mí, ni quien me diga una misa, porque yo soy una pobre, un gusanillo vil, una criatura despreciable». Y la Señora, consolándola como madre, le dijo: «¿Cómo es eso hija? Míralo». Y allí se vio difunta a sí misma y que toda la tierra con sus habitadores se levantaba sensiblemente y conmovida de su santidad, arrastrada de un superior impulso, se venía hacia donde ella estaba. Y después, poniéndole delante de la misma Señora un gran hermoso globo rodeado por todas partes de banderillas de plata, le hizo que lo fuera volteando a toda prisa con su propia mano y habiéndolo hecho, le dijo: «Pues mira, así ha de volar tu fama por todo mundo, así te ha de honrar después de muerta».

Y es que sabía muy bien María Señora, prevenía muy de antemano el cielo vuestra piedad, vuestro celo, vuestra devoción, vuestro grande amor a Dios y a sus amigos, comprobado con las experiencias y ahora anticipado en las profecías, en cuyo nombre os doy desde este púlpito las gracias, que os está dando desde aquel sepulcro en la viva prenda, que os deja en su difunto cuerpo, esta alma santa, pero con ellas que saquéis de aquí por desquite de nuestra gratitud, este aliento, que no hay más que servir a Dios muy de veras, que declarase por el bando de la virtud, que anhelar con empeño a la santidad, pues lo que no pudiera recabar la autoridad, el poder, las riquezas, la estimación y cuánto adora el mundo por más precioso, lo consigue por santa, sin pretenderlo ni buscarlo una china pobrecita, esclava, extranjera que nos hace llenar las lenguas de sus elogios, los corazones de júbilos y aún los ojos de lágrimas, y a mí, que os diga con san Jerónimo en medio de sus exequias: «Non maeremus quod talem amissimus sed gratias agimus quod habimus: imo habemus;

513 *granado*: «notable y señalado, principal, ilustre y escogido» (DRAE).

Deo enim vivunt omnia et, quidquid revertitur ad Dominum in familiae numero computatur»[514]. De pasadizo le sirvió el sepulcro para el tálamo. Pues ¿por qué había yo de lamentar su muerte, como si el descanso fuera pérdida?, sino rendirle a Dios mil gracias por que nos la concedió viva y aun nos la mantiene para el patrocinio presente. Y en lugar de los pésames por su muerte, dar los plácemes por su dicha inmortal, como lo hago al Oriente, que se ilustró con esta aurora más que con todas las luces del firmamento. A este nuevo mundo, que la mereció en las perfecciones cabales de una luna llena. Y a ti, con especial título, dichosísima Ciudad de los Ángeles, que fuiste el centro de sus luces, siendo el testigo de sus ejemplos y ahora la envidia de las naciones, en ser depósito de sus cenizas. ¡Qué gloria tuya será que en el gran día de la renovación de los siglos, entre tantas águilas que volarán de tus nidos, veas renacer a este fénix de tu mismo seno, todavía fragrante en la gloriosa resurrección de los justos! Mucho te ha honrado Dios con haberte hecho depósito de tantas personas en santidad insignes, como has gozado hasta hoy, pero toda esa honra es crecido empeño a la imitación, pues te ha hecho con ejemplares tan factibles a la virtud. A ti también, religiosísimo colegio, se te deben los parabienes, pues te privilegio la Providencia con hacerte erario[515] de este riquísimo tesoro, como te hizo antes teatro de tu bien lograda enseñanza en el ejercicio de las virtudes heroicas que he insinuado. A todo este gravísimo concurso, a sus piadosos bienhechores, que todos fueron la esfera donde rayó vivo este sol y el ocaso donde descansa su fatiga, para ser con los rayos de su protección el escuadrón de estrellas, que lo asegure en la tranquilidad que ella goza, según espero de la divina bondad, remuneradora de merecimientos tan relevantes en la eterna quietud de los santos.

Requiescat in pace. Amen.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.[516]

[514] San Jerónimo, *Epistulae*, 4, 108.

[515] *erario*: depósito del tesoro.

[516] O. S. C. S. M .E. C. A. R.: Omnia Sub Correctione Sancta Matris Eclesiae Catholicae Apostolicae Romanae.

## VII

### *Dos testimonios jurídicos, y comprobados de lo que sucedió el día del entierro y de las honras de la venerable madre Catarina de San Juan*

Yo, Miguel Zerón y Zapata, escribano del rey nuestro señor y mayor del cabildo y diputación de esta muy noble y muy leal Ciudad de la Puebla de los Ángeles de la Nueva España, certifico y doy testimonio de verdad como hoy día de la data, serían las cuatro de la tarde poco más, estando en las casas del capitán don Hipólito del Castillo de Altra, familiar del santo Oficio de la Inquisición, vecino de esta ciudad y en la sala principal de dicha casa, vi el cadáver de Catarina de San Juan, a quien conocí en vida, amortajada con una túnica de sarga[517] negra, con su palma y corona de flores de mano y una cruz en las manos, puesta en un ataúd o caja, aforrado en género de seda morado, guarnecido de galón de oro, en una cama con sus colgaduras (uso en los entierros de personas nobles) y sin haber habido la circunstancia del convite que se acostumbra en los demás entierros, así por escrito como de palabra. Fue tan excesivo el concurso de gente de todos estados y calidades que, con gravísima dificultad, pude conseguir la entrada en dicha casa, desde la puerta hasta dicha sala, donde habiendo concurrido los señores del ilustre venerable deán y cabildo de la santa iglesia catedral, con mucho número de lustroso clero, y el cabildo secular con el general don Gabriel del Castillo, su alcalde mayor y teniente de capitán general y los capitanes don Juan de Cervantes Casaus y don Juan de las Peñas Montalvo, alcaldes ordinarios en ella por su majestad y otras muchas personas de calidad y nobleza notoria y caballeros de los hábitos de las órdenes militantes, el dicho venerable deán y cabildo en igual forma, y con la misma solemnidad con que celebra los demás entierros y con la música y capilla de su iglesia, entonó el responso y demás oraciones de difunto que, habiéndolas acabado el dicho general y alcalde mayor con dichos alcaldes ordinarios y regidores, interpoladamente cargaron sobre sus hombros el referido cadáver hasta la calle donde entregó a otros capitulares y caballeros hasta la plazuela del colegio del Espíritu Santo que acudieron a cargarle los prelados de las religiones, con que ellas, en copioso número, singular y admirable conmoción de todo el pueblo, asistieron, dejando sola una pequeña crujía[518] para pasaje, hasta ponerle

[517] *sarga*: «tela cuyo tejido forma unas líneas diagonales» (DRAE).

[518] *crujía*: «en algunas catedrales, paso cerrado con verjas o barandillas, desde el coro al presbiterio» (DRAE).

en el túmulo o féretro que se estaba previniendo en la iglesia de dicho colegio del Espíritu Santo, en el medio de la capilla mayor con bastante adorno de luces, y acudió tanta gente de todos estados a tocar rosarios a su cuerpo y quitar las flores con que iba adornado que fue necesario ponerle la tapa a dicho ataúd y cerrarle con las llaves. Y habiendo cantado con mucha pompa y solemnidad la capilla de dicha santa iglesia con asistencia de dichos dos cabildos la vigilia y oficio de difuntos que es costumbre y, acabándose dicha función, volvieron a cargar dicho cadáver dichos regidores hasta una bóveda que está en la esquina del colateral mayor de dicha iglesia al lado del Evangelio donde, a su entrada, fue tanto el concurso de gente, así eclesiásticos como seculares, que llegaban a quitar las flores con que iba adornado y a tocar rosarios, con repugnancia de algunos religiosos de dicha Compañía de Jesús que, con grande dificultad, le metieron en dicha bóveda, ya puesto en ella dicho cadáver, se cerró la caja en que iba puesto con dos llaves que la una quedó en el poder del padre Alonso Ramos, de dicha sagrada religión de la Compañía de Jesús, y otra en el poder de mí, el escribano, para ponerla en el arca de tres llaves de dicha ciudad y para que conste del pedimento del capitán y regidor don Nicolás Victoria Salazar, procurador mayor, di el presente en la Ciudad de los Ángeles de la Nueva España, a seis días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años, siendo testigos los capitanes y regidores don Alonso Díaz de Herrera, don Juan Bautista de Zalaizes y don Antonio Ignacio de Aguayo, vecinos de ella.

Hago mi signo en testimonio de verdad.

Miguel Zerón Zapata, escribano Mayor de Cabildo.

Sin derechos doy fe.

Comprobación. Certificamos y damos fe, que Miguel Zerón Zapata, de quien parece que el testimonio de suso[519], va signado y firmado, es escribano de su Majestad y Mayor del Cabildo y Diputación de esta ciudad, fiel, legal y de toda confianza y como a tal, a los testimonios, autos y demás diligencias judiciales y extrajudiciales, que ante él han pasado y pasan, se les ha dado y da entera fe y crédito en juicio y fuera de él, y para que conste damos la presente en la ciudad de los Ángeles de la Nueva España, el día veintiocho del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años. Francisco Solano, escribano real y público, José

[519] *de suso*: «que vale lo mismo que de arriba» (DRAE).

de Menéndez, escribano de su Majestad, Antonio de Torres Sarmiento, escribano de su Majestad.

Segundo testimonio

Yo, Francisco Solano, escribano de su Majestad y público de esta muy noble y leal Ciudad de los Ángeles, teniente del Alférez Antonio Gómez de Escobar, que lo es del número de ella, certifico y doy testimonio de verdad tanto cuanto puedo y a lugar en derecho como hoy día de la data, estando en la iglesia del colegio del Espíritu Santo de la sagrada religión de la Compañía de Jesús de esta ciudad, donde está destinado para celebrar las honras funerales de Catarina de San Juan, que fue sepultada en dicha iglesia el día seis del corriente, donde para dicha celebración, concurrieron el muy ilustre y venerable deán y cabildo de la santa iglesia catedral de esta ciudad, y cabildo secular con sus jueces y cabezas, las venerables religiones y prelados de ellas, y caballeros republicanos con tal copioso concurso de gente de todos estados y calidades de ambos sexos, que por ser tan abundante por tres puertas principales que tiene dicha iglesia, se quedaron muchos fuera de ella y otros se volvieron por no haber capacidad ni lugar para su asistencia de más de las muchas personas que había en el coro y diferentes tribunas que hay en dicha iglesia que estaban llenas de copioso número de gente y esto fue no habiendo precedido convite por ninguna persona por escrito, ni de palabra, más que la voz popular, y estando en dicha iglesia en medio de la capilla mayor, de ella una tumba o féretro cubierto de bayeta negra y encima una imagen de Cristo, Señor nuestro, crucificado, con algunas tarjas y versos latinos y castellanos con luces encendidas y los altares vestidos de frontales negros en la forma y manera que se acostumbra hacer en las honras funerales de los demás difuntos sin que hubiese cosa notable de más. Y como a hora de las nueve y media de la mañana, poco más o menos, habiéndose cantado vigilia a dos coros por la música y capilla de la santa iglesia catedral, se comenzó la misa solemne de difuntos que cantó el muy reverendísimo padre presentado, fray Juan de Gorospe, priori actual del convento de nuestro padre santo Domingo de esta ciudad y vicario general de la provincia del Arcángel san Miguel y santos ángeles de esta ciudad y acabada la misa se predicó sermón por el padre Francisco de Aguilera, ministro de dicho colegio, donde habiendo hecho protesta en conformidad de los decretos de la santa iglesia catedral de la Roma y último de nuestro santísimo padre Urbano octavo, de feliz memoria, hizo mención de algunas virtudes y

favores con que honró nuestro Señor a dicha Catarina de San Juan, y habiendo dado fin al sermón, se cantó el responso y oraciones, que se acostumbran, con lo cual se acabaron dichas honras funerales y para que conste de pedimento del capitán don Nicolás de Victoria Salazar, regidor perpetuo de esta dicha ciudad y su procurador mayor, di el presente en ella a veinticuatro días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años, siendo testigos los licenciados don Bernabé de la Torre Trasierra y Santibáñez abogado de los Reales Consejos y Real Audiencia de esta Nueva España; don Felipe de Misieses Villavicencio abogado de dicha Real Audiencia y don Miguel Zerón Zapata, escribano mayor del Cabildo de esta ciudad, vecinos de ella.

Hago mi signo en testimonio de verdad.

Francisco Solano Escribano real y público. Gratis.

Comprobación. Certificamos y damos fe que Francisco Solano, de quien va signado y firmado el testimonio de suso es escribano de su Majestad, público de esta ciudad, teniente del alférez Antonio Gomes de Escobar, que lo es de número de ella, fiel, legal y de toda confianza, y como a tal a los testimonios, autos y demás diligencias judiciales y extrajudiciales se les ha dado y da entera fe y crédito en juicio y funeral de él, y para que conste, dimos la presente en la ciudad de los Ángeles de la Nueva España, a veintiocho días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años. Miguel Zerón Zapata, escribano mayor de Cabildos, José de Meneses escribano de su Majestad, Antonio de Torres Sarmiento, escribano de su Majestad.

## VIII

### *Testamento hecho por Catarina de San Juan, vecina de la Ciudad de los Ángeles, y distribución de sus bienes*

En el nombre de Dios, Todo Poderoso, Amén. Sepan cuantos esta carta vieren como yo Catarina de San Juan, natural del reino del Mogol en las islas Filipinas y vecina de esta Ciudad de los Ángeles estando enferma en cama y en mi libre juicio y entendimiento natural, creyendo como firma y verdaderamente creo el misterio de la Santísima Trinidad Padre, Hijo, Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero y en todo lo demás, que tiene, cree y confiesa nuestra santa madre Iglesia católica de Roma, debajo de cuya fe y creencia, he vivido y pro-

testo vivir y morir, eligiendo como elijó por mi abogada intercesora a la serenísima reina de los ángeles, la Virgen Santa María, madre de Dios y Señora Nuestra concebida en gracia y gloria, desde el primer instante de su ser, para que interceda por mí con su precioso hijo en el tribunal divino y me alcance perdón de mis pecados otorgo, hago y ordeno mi testamento, última y postrimera voluntad en la manera siguiente.

Lo primero, encomiendo mi alma a Dios, nuestro Señor, que la crio y remidió su precioso hijo con su sangre, pasión y muerte, y el cuerpo a la tierra, de que fue formado y falleciendo ordeno sea sepultado en la iglesia del colegio del Espíritu Santo de la religión sagrada de la Compañía de Jesús de esta ciudad, con el acompañamiento, forma y disposición que pareciere a mis albaceas.

Mando se den de mis bienes dos tomines[520] a las mandas forzosas y acostumbradas, con que las desisto y aparto del derecho que aquellos tienen.

Declaro por mis bienes los siguientes: Un Niño Jesús pequeñito de talla, seis cuadritos ordinarios, colgados en las paredes de mi cuarto, una cajuela, dos o tres libritos de devoción, la ropa de mi uso. Y ruego al padre Alonso Ramos, mi confesor de la religión sagrada de la Compañía de Jesús y conventual del dicho colegio los distribuya y convierta en limosnas entre pobres.

Y para cumplir y ejecutar este mi testamento, sus mandas y legados, dejo y nombro por mis albaceas testamentarios al dicho padre Alonso Ramos y al bachiller José del Castillo Grageda presbítero y al capitán don Hipólito del Castillo y Altra, vecinos de esta ciudad y les doy poder y a cada uno «In solidum» y con general administración para que después de mis días entren en mis bienes, se apoderen de ellos y procedan a su recaudación y cobranza, y los que llevo declarados por no tener otros y ser sumamente pobre, se vendan y rematen en almoneda o fuera de ella, como les pareciere cumplan y ejecuten este testamento, aunque sea pasado el término de la ley: porque el que más fuere necesario ese les protocoló sin imitación alguna y pido por amor de Dios al reverendísimo padre rector de dicho colegio se sirva de hacerme caridad y limosna, de que mi cuerpo sea sepultado en dicha iglesia en atención a no tener ni dejar bienes con qué costear mi entierro y en recompensa de particular amor y voluntad que siempre he tenido a dicha sagrada religión y particulares beneficios, que de sus religiosos he recibido desde que vine

[520] *tomín*: una moneda de plata que se usaba en algunos lugares de las Indias.

de dicho reino a este de Nueva España y en especial y particular, la dirección que siempre han tenido en guiarme al culto divino y enseñanza para el bien de mi alma.

Y en el remanente que quedaré en todos mis bienes, deudas, derechos y acciones que me tocan y pertenecen, instituyo y nombro por mi heredera universal a mi alma, para que lo que importare, se concretare en misas y sufragios por ella.

Y revoco y anulo, y doy por ningunos y de ningún valor ni efecto cualquier testamento, codicilo[521], poderes para testar y otras disposiciones, que antes de esta haya hecho y otorgado por escrito o de palabra, para que no valgan ni hagan fe en juicio, ni fuera del salvo éste, que ahora otorgo, que quiero se guarde y cumpla por mi última voluntad, en aquella vía y forma que mejor haya lugar en derecho. Que es hecho en la Ciudad de los Ángeles, a dos días del mes de agosto de mil seiscientos ochenta y seis años. Y la otorgante, que yo el escribano doy fe conozco, no firmó, porque dijo no saber, firmó un testigo a su ruego. Testigos Matías de Arrieta, Francisco Gutiérrez y Juan Gómez Guerrero, vecinos de esta ciudad. Por testigo Mateo de Arrieta, ante mí Antonio Gómez de Escobar Escribano real y público. Hago mi signo en testimonio de verdad. Antonio Gómez de Escobar, escribano real y público. Sin derechos.

En la Ciudad de los Ángeles, a veinte días del mes de enero de mil seiscientos ochenta y ocho años, ante mí el escribano y testigos: el reverendísimo padre Alonso Ramos de la religión sagrada de la Compañía de Jesús, a quien doy fe que conozco y como albacea testamentario de Catarina de San Juan difunta, instituido y nombrado por tal por el testamento que otorgó y debajo de cuya disposición falleció su fecha en esta ciudad, a dos días del mes de agosto de mil seiscientos ochenta y seis. Ante Antonio Gómez de Escobar, escribano real y público y en virtud de la facultad que se le concedió por una de las cláusulas de dicho testamento, que es el antecedente para que los bienes que en ella declara, los convertía en limosnas entre pobres, en mi presencia y de dichos testigos dicho reverendísimo padre repartió los bienes contenidos y expresados en dicha cláusula entre diferentes personas; así, hombres como mujeres pobres, sin que quedase cosa alguna de las referidas. Y porque consté

[521] *codicilo*: «Antiguamente, y hoy en Cataluña, toda disposición de última voluntad que no contiene la institución del heredero y que puede otorgarse en ausencia de testamento o como complemento de él» (DRAE).

estar cumplida por parte de dicho padre en el todo dicha cláusula de su pensamiento, así lo certificó y firmó, siendo testigos Juan de Chaves y Francisco Bazán, vecinos de esta ciudad.

Hago mi signo en testimonio de verdad.

Francisco Solano, escribano real, y público. Sin derechos.

## CAPÍTULO IV
## DE OTRAS NOTICIAS PARTICULARES QUE ACREDITAN LAS VIRTUDES DE LA SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN

### I
*De una salud repentina y prodigiosa que se atribuyó a la sierva del Señor. En la ciudad de San Luis Potosí*

Omito con reflexión y particular advertencia, todas las maravillas y prodigios que se dice haber obrado Dios por la intercesión de su sierva en la ciudad de la Puebla de los Ángeles, donde falleció con opinión de santa y fue honrada en la dicha muy noble e imperial ciudad, universalmente de nobles y plebeyos, porque juzgo conveniente dar tiempo a que se temple el ardor de la devoción, que se encendió con la publicación y celebridad plausible de sus virtudes. No sé cómo ni por qué se calientan y desordenan con tanta facilidad los humanos afectos, cuando nos consta por experiencia, que ni los enemigos ni los muy amigos son buenos para testigos de la verdad. La una y la otra pasión ciega el entendimiento y parece que arrebata la voluntad, de manera que, pasado el calor de la devoción, si no se desdicen los juicios humanos, se arrepienten escrupulosos y temerosos de haber pasado los límites de la razón y de la justicia. Paso por este motivo a dar otras noticias de lugares y ciudades distintas y sea la primera con el traslado de una carta, que recibí de San Luis Potosí, a fecha en 29 de abril de 1690 años. Y es como le sigue:

Mi padre prepósito Alonso Ramos etc.

En mi casa ha sucedido un prodigio público y lo notó en toda la ciudad y porque cede en honra y gloria de Dios y su Santísima madre la conservación de su memoria, que puede olvidarse con el tiempo, me han aconsejado participe a vuestro padre la noticia del suceso, como lo hago con la confirmación de autoridad en el sentir de algunas personas graves, que vieron y tocaron (como se dice) con las manos el prodigio, testificado con sus cartas y firmas, mientras hay juez competente delante de quien se pueda y deba hacer información jurídica y suficiente. Supo-

niendo desde luego que mi fin e intención no es otra que el mostrarme agradecido al patrocinio de la madre de Dios, que se ha experimentado en mi casa y familia, por intercesión (según y como lo juzgo con piedad y verdad) de la sierva de Dios Catarina de San Juan, su hija espiritual de vuestro padre, cuya vida y alivio en sus achaques deseó y pido a nuestro Señor en mis pobres oraciones etc.

Francisco de Pastrana.

Francisco de Pastrana, vecino de esta ciudad de San Luis Potosí y escribano público de ella, aseguro a vuestro padre y digo que, teniendo en mi casa una niña como de once años, la sobrevino por el año pasado de 1687, una gravísima enfermedad que, según decían los médicos y cirujanos que la curaban, era más que perlesía[522] de que se hallaba sumamente impedida sin ser dueño de sus acciones, pues no podía andar, comer ni vestir sino por mano ajena, padeciendo hasta en el habla y pronunciación tanto que no se podía entender ni percibir lo que decía. Y habiendo padecido dicha enfermedad más de diez meses sin que hubiesen efecto alguno muchos y diversos medicamentos que se le hicieron para su curación y mirándose ya esta como imposible en lo humano, por ir cada día en aumento el achaque, llevaron a mi casa un día a leer el sermón que se predicó en la honras de la venerable Catarina de San Juan. Y habiéndolo leído doña Antonia de Pastrana y Valdés, mi mujer, se enterneció con la leyenda y ponderación y pidió a la venerable señora Catarina de San Juan, a quien piadosamente consideraba en el cielo, intercediese y pidiese a la Santísima Virgen, María madre de Dios, alcanzase de su Santísimo Hijo salud para la enferma o que se la llevase a la gloria por no verla padecer tanto como padecía. En esta ocasión, entró en dicha mi casa el padre Bernardo Rolandegui, rector actual del colegio de la Compañía de Jesús, el cual conoció y comunicó a la dicha venerable señora Catarina de San Juan, y con su parecer, nos determinamos a mandar decir una misa a la madre de Dios, para que mediante la intercesión de esta sierva del Señor, experimentase mi casa este consuelo con la salud de la enferma. Y para este efecto, se llevó dicha niña al convento de Nuestra Señora de la Merced y se rogó al reverendo padre predicador fray Baltasar del Castillo, religioso del dicho convento, dijese la misa según y como se había prometido y, acabando de decirse, le reconoció

[522] *perlesía*: «privación o disminución del movimiento de partes del cuerpo» (DRAE).

tan grande y repentina mejoría en la enferma que pudo venir y vino por su pie desde la dicha iglesia hasta la casa de mi morada que era entonces en la casa pública de esta ciudad, continuándose en los días siguientes tanto la mejoría que, dentro de muy pocos, se halló totalmente sana y buena y libre de todos los accidentes que padecía como actualmente lo está y con tan diferentes colores y carnes que parece no haber padecido tal enfermedad, causando admiración a las personas que la han visto y la vieron cuando estaba enferma. Y porque tenga más lugar mi crédito y verdad con que hablo a vuestro padre, le remito los pareceres y cartas inclusas que confirman lo que llevo dicho y son la del padre Bernardo Rolandegui, rector del colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad de San Luis Potosí, la del padre Juan de Contreras, religioso de la dicha sagrada religión, del licenciado don Francisco Guerrero, abogado de la Real Audiencia, de Andrés Ibáñez de Villanueva, maestro de cirugía, del contador de la real caja, Juan Domingo de Sequeira. Y todos estos personajes confirman lo que me escribió el secretario Francisco de Pastrana, vecino de la ciudad de San Luís Potosí, en 29 de Abril de 1690 años.

## II

### *De varias noticias dignas de todo crédito que pueden conducir al conocimiento de las virtudes de la sierva de Dios, Catarina de San Juan*

En veintiuno de agosto de mil seiscientos ochenta y ocho recibí una carta del padre rector, que entonces era de uno de nuestros colegios, distante más de trecientas leguas de esta ciudad de México, en que dice así:

Una persona espiritual de mi satisfacción que por ausencias, enfermedades y otros accidentes de su confesor, me ha visto y comunicado lo interior de su conciencia, a veinte de julio, día más o menos de este presente año de mil seiscientos ochenta y ocho, respondiéndome a no sé qué la decía y nombrándola a la sierva de Dios Catarina de San Juan, me dijo: «Señor, pues ¿ya no es difunta esa señora? Luego que murió (y me parece que fue por la pascua de Navidad o de los Santos Reyes) se me pareció muy gloriosa, tratándome de su hermana y me dijo se llamaba Catarina de San Juan, que acababa de morir en la ciudad de la Puebla de los Ángeles». Yo la respondí: «Cierto es que en esa ciudad hay una persona de ese nombre, con fama de muy virtuosa», pero que no tenía noticia de su muerte. A que añadió: «Sí, sí, muerta es y venía, según me

acuerdo, vestido de una sotana negra como hermana de la Compañía de Jesús y a su lado derecho, traía a nuestro padre san Ignacio y no solo esta vez la he visto, sino que aun viviendo me visitó en espíritu muchas veces y yo me hallaba con ella en vista como corporal, alentándonos la una a la otra a servir a la divina Majestad; pero como ha tanto tiempo que pasó, no me acuerdo ahora de lo que pasó en estas visitaciones y coloquios». Le dije entonces lo encomendara a Dios, y le pidiera que le traiga a la memoria lo que le ha pasado con su sierva de Dios. Esto fue en el miércoles veintisiete de agosto, día en que su ordinario confesor había salido a misiones por estas provincias tan dilatadas como destituidas de doctrina católica.

Volvió esta alma a mis pies otro día y me dijo: «Pensando en lo que vuestra reverencia me encargó, estando en mi recogimiento, se me dejó ver la señora Catarina de San Juan en gran gloria; el traje que traía era una sotana o túnica de la Compañía de Jesús, con un esplendor y resplandor notable, bordada de Jesuses y Marías de oro (así adoraron y vistieron la túnica las devotas señoras que asistieron a lucir la mortaja) y sobre esos adornos, reparé que traía una como sobrepelliz[523] de raso blanquísimo y en el pecho un Jesús de oro grande».

Describió su estatura y rostro de manera que, como yo la había conocido y tratado familiarmente, no pude dudar había tenido visión clara de la sierva de Dios que se la representó muy hermosa con una riquísima corona en la cabeza, y sobre la corona se levantaba un globo muy grande de una luz tan luminosa como apacible. Por la corona entendí sus soberanos pensamientos e ilustraciones que había recibido del cielo y en el globo de luz lo mucho que había procurado el bien de las almas y la luz que había de dar a todo el mundo con los resplandores de sus virtudes, y le dio un recado para mí y que me dijese cómo había muerto el día o víspera de los tres Santos Reyes que la asistieron en su muerte con especialidad, por el singular cuidado que había puesto en el ejército de las tres virtudes significadas en los tres dones que ofrecieron al Niño Dios y sobre todo por el de la calidad tan grande con que deseó el bien de todas las almas y que todas amasen a Dios de todo su corazón y añadió esta alma que había hecho especial memoria Catarina del cuidado

523 *sobrepelliz*: «vestidura blanca de lienzo fino, con mangas pérdidas o muy anchas que llevan sobre la sotana los eclesiásticos, y aun los legos que sirven en las funciones de iglesia, y que llega desde el hombro hasta la cintura poco más o menos» (DRAE).

que había puesto en la mortificación y que con especialísimo premio se lo había pagado en el cielo.

Me dijo también que el Señor y su Santísima madre, con otros muchos santos y bienaventurados, que por su intercesión gozaban de Dios, a quienes venían como capitaneando nuestro padre san Ignacio y san Francisco Javier, y el buen Estanislao de Kostka la habían asistido en la hora de su muerte y finalmente añadió (omitiendo otras cosas de menos importancia) que al apartarle del alma de su cuerpo había pasado por el purgatorio y llevándose consigo al cielo como cuarenta almas. Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia y le dé fuerzas para concluir lo que tiene entre manos. Y no puedo dejar de dar mi queja, pues en tanto tiempo no me ha avisado vuestra reverencia de la muerte de nuestra Catarina colmándole del afecto que yo la tenía en Dios.

Toda esta visión en lo que toca del día y circunstancias de la muerte de la sierva de Dios y todo lo demás que pertenece a la asistencia del cielo en su fallecimiento se hace muy creíble a la prudencia humana, supuestas las virtudes que dejó escritas en la vida de la esclarecida virgen y se confirma su verificación con la siguiente noticia espiritual.

Estaba cierta alma en su recogimiento, acabando de comulgar la mañana que murió la venerable Catarina de san Juan y hallándose en presencia del Señor le preguntó si estaba ya Catarina en el cielo. Le respondió aún no está. Dio noticia de esta voz o inteligencia a su confesor y este la dijo: «Encomendadla a Dios, pero no creas cosa contra el prójimo». Con esta respuesta se fue la dicha alma con Cristo y le representó el dicho de su padre espiritual, temerosa de haber errado en creer. Y su Majestad le respondió:

> Dile al padre que hay defectos que ni mis santos ni los confesores los alcanzan, que Catarina no tiene ni tendrá pena alguna, pero que entró en el purgatorio y prosiguiendo el Señor como maestro que enseñaba, añadió: ¡mis juicios son incomprensibles, hoy cuántos santos están haciendo milagros en sus cuerpos con el poder de mi gracia, estando aun las almas en el purgatorio! Este no es lugar de réprobos, Catarina en mi gracia perseveró hasta el fin porque estuvo de su parte mi poder.

Otro día hallándose la insinuada alma con el Señor, la dijo: «Todos los sufragios que se ha hecho por Catarina, al entrar en la bóveda los apliqué por el sacerdote y las otras almas que sabe su confesor». Tenía por devoción esta misma persona dar toda la satisfacción de sus buenas

obras a las ánimas del purgatorio, sin reservar para sí ni una Ave María y después de un día entero de desamparos y terribles penas se puso a leer la vida de Catarina de San Juan, y admirándose según el conocimiento que le daba Dios de las virtudes prodigiosas de la sierva del Señor, empezó a humillarse afligida y confusa, y Dios que ama a los corazones contritos y atribulados, se la dejó ver y la consoló, ponderándola sus virtudes en contraposición de las de Catarina, preguntándola: «Dime ¿cuál es más? ¿Quedarse sin comer por darlo todo a los pobres como lo hacía mi sierva? ¿O el desnudarse de todas las buenas obras por socorrer a las almas, mis escogidas, para que me vean, gocen y alaben por una eternidad en el cielo?».Y después de otras muchas preguntas misteriosas, concluyó el Señor, «Persevera constante como mi sierva y persuádete que ni treinta Catarinas han de igualarte, ni en lo presente ni en lo venidero se ha de ver otro mayor prodigio, si perseveras en el camino en el que te he puesto».

En otra ocasión, estando esta persona espiritual leyendo la vida de Catarina y advirtiendo que el autor ponía en duda la edad que tendría la sierva de Dios cuando llegó a esta ciudad de la Puebla, se suspendió un poco y vio junto a sí, a Catarina y valiéndose de la ocasión la preguntó y dijo: «¿Si todo lo sabías cómo no dijiste a tu confesor los años que tenías cuando viniste a esta tierra?». Le respondió la sierva del Señor, «Tenía trece años y las batallas que vencí, fueron triunfos de la omnipotencia que me dio para batallar las fuerzas de un Sansón». Le preguntó también el día en que había nacido y la respondió que en la víspera de la Circuncisión[524] del año cinco de este siglo. Continuándose la visita preguntó también esta alma a Catarina si le duraba todavía la aspereza y mala condición. Le respondió: «Igual tú eres la mal acondicionada, pues llegando yo un día a la reja de la comunión temiendo caerme, me quise tener de ti y tú dijiste: ¿Qué vieja es esta? Téngase en sí misma o ande con muletas». «Es verdad, Catarina, sucedió eso, pero si yo te conociera no lo hubiera dicho». Se sonrió la sierva de Dios y el alma también diciendo: «Serás de aquí en adelante mi amiga. Que santa Catarina mártir lo es». Se desapareció Catarina diciendo, «Sí lo eres». Se repitió esta visita, otro día dijo esta alma a Catarina: «¿Por qué se hizo pública tu santidad cuando vivías?». Le respondió: «Porque quiso Dios para mí mayor martirio, pues yo harto me encerraba y escondía y por esto parecía al mundo más santa». Añadió el alma favorecida con esta visitación: «Por

[524] El día uno de enero se celebraba la Circuncisión del Señor.

no parecerlo yo, no me encierro y si el Señor quisiere condenarme virtudes, ha de mostrar su fineza como un coral, que cuanto más golpeado con los golpes de las aguas más fino se aprecia». «Bien habías menester, añadió Catarina, la valentía esforzada de una singular gracia para ese camino nuevo, que aunque mirando al poder de Dios es muy fácil, mirando a la flaqueza humana es difícil y peligroso». Con estas palabras se acabó la visita y se desapareció la visión y esta alma preguntona hizo otra pregunta a Cristo, diciéndole si doña Juana de Irazoqui era tan virtuosa ¿cómo no se publicó su santidad mientras vivió? Y el Señor la respondió: «Porque era muy prudente y recogida».

## III

*Varias noticias —que nos dejó escritas su mano y pluma— diera de la muerte y gloria de la venerable virgen doña Juana de Irazoqui, a quien piadosamente se puede dar crédito por sus heroicas virtudes, que deseo y espero dar a la estampa*

Pocos días antes de la muerte de la sierva de Dios se la representó a doña Juana como moribunda y en este trance dice esta prudente virgen,

> sentí en mí unos grandes deseos de hallarme a su cabecera, como me hallé (según entiendo) en espíritu y la visión un santo Cristo en la mano y en agonías tan sosegadas que se me causaban un género de envidia su suave muerte. No me acuerdo en lo que paró esta visión, porque ha muchos meses que murió la sierva de Dios cuando escribo esto, pero se me ha venido a la memoria otro sueño acerca de esta santa mujer y como todas mis visiones las miro y estimo como sueños, quiero poner este también aquí. Y es que se me representó una madrugada como muerta esta buena señora, y que yo con esta noticia salía de mi casa con presteza por verla y con este impulso como conocimiento me hallé en la iglesia donde de ordinario asistía Catarina, y que me entré en una capilla o bóveda donde vi una niña pequeñita, muy blanca y muy hermosa, envuelta como en mantillas preciosas y fajaditos los brazos y no muerta, sino viva con un rostro muy risueño. En esta ocasión entraron mis hermanas y yo me fui saliendo y detengo entre mí, por más que deseaba ver a esta santa mujer, no pude verla. Aquí desperté con gran quietud y mirando a la divina Majestad parece que me dijo: «Hija, aquella niña que te mostré, era el alma de mi sierva».

Todo este sueño se verificó en la muerte de Catarina, porque al publicarse la noticia con el doble de las campanas de nuestra iglesia, salió

de su casa doña Juana con ansias de ver la difunta y aunque sus hermanas se entraron en la casa donde estaba amortajado el cuerpo, ella se fue a la iglesia y pidiendo licencia al confesor para entrar en casa ajena para cosa tan piadosa, se la negó diciéndola: «No te revuelvas con los populares concursos, considera lo que es un cuerpo muerto y la facilidad de una alma justa, encomiéndala a Dios y procura imitar sus virtudes, que si son como las predica el mundo, tendrás en esa sierva del Señor, mucho que imitar, que ponderar y admirar». Con esta respuesta se privó de ver el cuerpo muerto y la sirvió del consuelo la visión que había tenido de la bendita alma de su hermana y querida Catarina de San Juan, de quien tuvo otras muchas visiones y asistencias tan continuas que no la faltó su presencia hasta el último trance de su vida, en que asistida y acogida en los brazos de la sierva de Dios, Catarina de San Juan, dio la dicha doña Juana el espíritu al Señor.

[Sigue doña Juana]

En este mismo día, que fue víspera de los Santos Reyes poco antes de amanecer, después de una batalla continua por toda la noche de pensamientos buenos y malos, porque eran muchos contra nuestra santa fe, oí con claridad estas palabras: «Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo»; y al mismo tiempo sentí tres golpes en las espaldas, como que me reempujaban para que despertase. Desperté con grande paz y volviendo el rostro, al lado de donde me pareció había venido la voz, me pareció que retiraba la buena mujer Catarina de San Juan, que aquella misma mañana, víspera de los Reyes había muerto y con su ausencia, cesó la tentación que me afligía. Luego que me levanté y fue hora, pasé de mi casa a la iglesia, para hacer mi obligación, como lo ejecuté con grande admiración del cuerpo, que estaba desflaquecido y sin fuerzas para moverse, aunque mi alma se hallaba fervorosa, si bien con la inquietud que se le comunicaba del contento y alegría común de la muerte de la sierva de Dios Catarina de San Juan.

Poco después que me aparté de los pies de mi confesor, me hallé en quietud y me pareció que miraba con los ojos del alma a esta caritativa mujer y que me decía con mucho amor y eficacia: «Hermana, quiébrale la cabeza al enemigo, aquí y aquí», señalándome como con la mano, el confesionario y la mesa donde escribió obligada de la obediencia, que eran los dos puestos donde siempre me combate el infierno furioso, porque deje a mi buen maestro y porque no le obedezca en el escribir. Esta espiritual asistencia de Catarina fue continua, porque desde que murió no me deja de enseñar y dar fuerzas para estas dos acciones de mi obligación, poniéndome como por su mano y poder a los pies del confesor y en la mesa de mis escritos, a pesar de las repugnancias que me ponían y de las violencias con

que me impedían los enemigos, la ejecución de mi voluntad, sujeta al señor y al becario que me había dado por director.

Otro día de estos, al tiempo de mi encogimiento se me vino con especial claridad a la vista la venerable Catarina con apacibilidad y hermosura celestial, vestida como de un raso blanquísimo y resplandeciente. Traía, según vi y entendí, una palma vistosa en la mano y en la cabeza una corona hermosísima y riquísima de oro. Venía acompañada de otra venerabilísima señora, vestida como las religiosas de santa Teresa y que en medio de las dos vírgenes, ostentaba la madre de Dios su grandeza y soberana hermosura, vestida de un resplandor tan claro y superior a todo lo que yo puedo ponderar, que me pareció que iluminaba y participaba parte de su glorioso esplendor a las dos devotas que me traía a su lado y en su compañía. En esta visión estaba mi alma como embobada y admirada de la belleza de tan hermosos objetos, deseaba conocer la Señora, que se representaba vestida con el hábito de las religiosas de santa Teresa, a quien yo no conocía ni había visto otra vez. Estando con este deseo, se llegó a mí nuestro padre san Ignacio, mi querido y continuo maestro y poderoso patrón y me dijo: «Hija, esa persona a quien no conoces, es santa Teresa, que por haber estimado tanto sus hijas en esta vida a Catarina, quiere Dios que su madre la acompañe, para enseñarte y visitarte a ti». Las tres señoras no me dijeron nada sino que haciéndome una como inclinación con las cabezas, se fueron subiendo a las alturas celestes, con grandes músicas angélicas, dejándome a mí como embelesada pero alegre y con deseos de que fuese Dios alabado y engrandecido en los cielos y en la tierra.

El día que se comenzaron las misas del funeral de la sierva del Señor Catarina de San Juan, me acuerdo que hice diligencia por comulgar antes de que se empezase la misa cantada para retirarme a mi rincón y huir del ruidoso bullicio del pueblo, como me lo había insinuado mi confesor con el motivo de mis achaques y otros que yo no alcanzo ni quise saber, pero quiso o permitió Dios que el padre que dijo la misa segunda, no diese la comunión y así me vi obligada a apartarme del comulgatorio, algo afligida por la grande flaqueza y desfallecimiento que padecía mi miserable naturaleza. Y en medio de esta congoja, vi cómo de repente con los ojos del alma a la venerable Catarina, como quien me daba la mano y aún ponía también sobre el hombro, diciéndome: «Fía en el poder de Dios, que te confortará, para que oigas la misa cantada y todas las demás del novenario y ponlas todas en manos de la Santísima Virgen, para que como Señora sabia las aplique a las ánimas y personas más necesitadas». Con estas palabras y visitación (a mi entender) celestial me hallé confortada, para poder después de haber comulgado, esperar y oír la primera misa cantada que cantó el venerable y señor deán.

Y en su principio, vi que la divina Majestad comunicó a mi alma una noticia superior y conocimiento tan cierto para mí como extraordinario de que la sierva de Dios, Catarina de San Juan, con grande hermosura y como de edad de 33 años, bajaba de las celestiales alturas acompañando a la Santísima Virgen, con mi padre y maestro san Ignacio y otra muchedumbre de ángeles y bienaventurados y que, acercándose a mí, me decía: «Ea, ángel mío, con gracia del Señor, haz cuanto pudieres por las ánimas y por los pecadores y a este fin reza todos estos días una corona a la Santísima Virgen». Yo con estas voces, me sentí con una gran fe, tal que me pareció dádiva especial de Dios nuestro Señor y con ella oí la misa con toda la devoción que pude y recé a la corona que se me había mandado. Y en este tiempo me asistió la buena mujer Catarina de San Juan, rodeada de muchas ánimas del purgatorio y veía yo con mucha claridad que iba como cogiendo las Ave Marías que rezaba de mi pobre mano y las llevaba a la imagen de Nuestra Señora de Loreto (a quien ofrezco yo todo mi padecer) y volvía con ellas en sus manos, en forma de unas piedras riquísimas de gran valor y vistosa hermosura y al llegar cerca de mí, me decía: «Ves aquí tus pobres oraciones encomendadas a la madre de Dios, cuán preciosas y enriquecidas se muestran para el provecho de los necesitados». Y luego iba a mi vista repartiendo con grande alegría, las preciosas piedras entre las almas que la cercaban. Yo con esta visión me alegré mucho, aunque por otra parte, me atribulé por haber entendido lo que me ha de costar la devoción con la Santísima Virgen como con efecto lo voy experimentando, porque son tan terribles las angustias y amarguras con que el demonio me aflige cuando imploro el favor de la Soberana Señora, que tiembla como azogada toda mi pobre naturaleza y se halla mi alma en unas tinieblas tan espesas y penosas, llenas de tristezas y melancolías, que me derriban y dan conmigo en el suelo. Si bien no me falta el aliento para procurar perseverar hasta rendir la vida en estas interiores batallas, si el poder de Dios no es conmigo, perdida voy en estas continuas tribulaciones porque me parece que el demonio me va quitando o minorando poco a poco la viveza y de la fe y la firmeza de la esperanza, pero si Dios conmigo ¿quién contra mí? En esta visión me pareció que estaba la sierva de Dios vestida de una tela riquísima de azul y oro, su cuerpo de buena disposición y su rostro muy blanco y con notable resplandor.

El segundo día de las misas me fui a la iglesia con deseo de hacer lo que está sierva de Dios me había encomendado y luego que entré en el templo reconocí con la vista interior la presencia de la venerable Catarina, vestida de una gala amarilla muy preciosa y tan vistosa, que yo me quedé como suspensa en un deseo ansioso de saber qué significaría el color amarillo de su vestidura. Y en esta suspensión o embobamiento de mi alma, me pareció que me decía el Señor con grande amor: «Hija mía, el color del vestido de mi querida Catarina significa el grande cautiverio que sufrió por mi

amor en esta vida». Con estas palabras (a mi parecer) de Dios, recibí notables alientos y deseos de padecer lo mismo que había padecido su sierva. Y en esta ocasión y tiempo, vi que Catarina repetía la acción de presentar a la milagrosa imagen de Loreto mis Aves Marías y que volvía con ellas a donde yo estaba, repartiéndolas entre los necesitados en mi presencia. Con el consuelo y alegría que mostraba la buena mujer y querida mía, en la distribución de esta espiritual limosna, me consolaba y comunicaba aliento para proseguir los demás días en estos ejercicios y santas devociones. Pero la dije en una ocasión, hallándome apurada con lo que me costaba esta obediencia (que obediencia era el ejecutar lo que mi buen maestro y confesor confirmaba y me mandaba hacer) digo que dije un día de estos a la sierva de Dios: «Madre y hermana mía, Catarina, los días que se siguen no he de rezar tu corona porque tengo yo muchas devociones y ejercicios que hacer por las almas y personas necesitadas de mi obligación y no es razón pierdan estas el provecho de mis pobres oraciones, por las conveniencias de los necesitados de tu afecto». La buena mujer y humildísima sierva del Señor, respondió a mí entender sonriéndose: «Sea así como tú lo deseas, que yo pediré y clamaré a nuestro Redentor por las personas que tú pidieres». Con estas palabras me hallé llena de consolación espiritual y perseverando con la gracia del Señor los demás días de las misas del funeral de la iglesia, pidiendo y clamando por las almas y personas de mi obligación, y por las que pedía y a quienes favorecía Catarina advertí que nunca me faltaba la asistencia de la sierva de Dios acompañada de muchos ángeles e innumerables almas y personas necesitadas, a quienes repetía como fiel despensera, por modo de limosna, mis pobres oraciones en riquezas, con la intercesión de la Santísima Virgen y sangre preciosa de nuestro redentor. Con estas visiones crecía en mi corazón tanto el fervor y deseos de servir y amar a Dios, que apenas me podía valer, porque el mismo amor encendido con excesos, me violentaba a prorrumpir con voces de mi humillación y de alabanzas de las misericordias de Dios por las misericordias que indigna experimentaba.

Todos estos días del funeral, me asistía Catarina de San Juan con diferentes vestiduras de galas celestiales, como lo significaban los colores de las telas extraordinarias y de los adornos y preseas[525] que las enriquecían. Y aun su Majestad me declaró lo que significaba la variedad de colores y preciosos adornos de los vestidos con que se me representaba la sierva de Dios. Por el desfallecimiento de mi flaca naturaleza no puedo ahora explicarme y me queda el consuelo de que nuestro Señor dará luz a mi confesor y maestro para entender la significación de la riqueza y variedad de estas preciosas vestiduras. El día último del novenario de las misas y del sermón de sus virtudes en la celebración de sus honras, día a mi parecer deseado de toda

525 *preseas*: «alhaja, joya, tela, etc., preciosas» (DRAE).

la ciudad y de sus contornos, me hallé antes de amanecer como hambrienta y sedienta de oír las maravillas y prodigios que el Señor había obrado con el instrumento de esta buena y venerable mujer y de estas ansias como arrastrada salí de mi casa antes de la hora acostumbrada para coger asiento en el templo de la Compañía de Jesús, donde poder oír al predicador. Pero cuando yo juzgué ser de las primeras personas que entrasen en la iglesia, me pareció ser la última; porque me encontré con el concurso tan noble y tan tupido que parecía era ya la hora del sermón e imposible el que yo pudiese hallar lugar donde oír al predicador. Con este susto me fui entrando sin saber lo que hacía hasta que me hallé junto al comulgatorio, contentísima y muy agradecida a nuestro Señor. En este lugar cumplí la obediencia de recibir a la divina Majestad Sacramentada y me estuve hasta que se acabó el sermón y la misa. Yo no me hartaba de dar gracias a Dios, por las fuerzas que experimenté, pareciéndome como milagrosas, pues como sabe mi confesor, mi cuerpo más está para el lecho que para otra cosa de esta vida. Pero en fin (como se suele decir) nunca mucho costó poco y aunque me estuve toda la mañana martirizada, con los aprietos del numeroso concurso y con la turba multa de mis achaques, lo di todo por bien empleado porque gusté del sermón, cuanto no puedo explicar y reconocí en mí por la bondad de Dios muy extraordinarios deseos de cumplir con mis obligaciones y de imitar a la sierva de Dios en las virtudes, que se predicaron en el sermón de sus honras.

Una noche de estas, estando rezando el rosario de Nuestra Señora con mi madre y toda la gente de casa, como acostumbramos, se puso delante de los ojos de mi alma, como de repente una nube muy especiosa[526] y muy apacible, no sé cómo explicar su color agradable, porque me pareció de un azul celeste, revestido de tanta claridad que se me representaba como la misma blancura, su vista me causó quietud y notable consuelo y en ella vi una hilera de varones gravísimos y sobre manera esclarecidos y entre ellos a la venerable Catarina de San Juan. Sintió mi pobrecita alma con esta visión tanto gozo y se encendió mi corazón tal llama de fuego, que sin estar en mi mano iba a prorrumpir en estas voces: «Miren a los apóstoles y a Catarina cuán gloriosos vienen a visitarme», pero el Señor con su poder y sabiduría me dio prudencia y fuerzas para reprimir este violento impulso, a quien yo no di crédito, ni tampoco me hablaron palabra alguna los ilustres varones que se me pusieron a la vista, ni me dejaron otra señal ni muestra de que era cosa buena, que el haberlos visto en su clarísimo cielo y el incendio de amor de que llenaron mi pecho.

Finalmente, padre y maestro mío, acabo este papel, que es el peor de todos y el que más me ha costado por hallarme turbada desflaquecida y

526 *especiosa*: preciosa.

desmemoriada, con traer a vuestra reverencia a la memoria, la sangrienta y continua lucha en orden a defender mis manos del contacto de manos ajenas, aunque sean las de mis hermanas y madre. En estos días con especialidad heme combatido el infierno, por sí y por medio de las criaturas, pues todas cuando me saludan me piden la mano, así como lo usan todas las mujeres al encontrárselas, unas con las otras, amigas y conocidas. En estas concurrencias me he hallado por este tiempo tan atribulada y con tal turbación de sentidos y potencias, que no tengo razones ni juicio para defenderme y como ciega y confusa prorrumpí en mi interior, sin estar en mi mano otra cosa un día de estos: «¿Este embuste de mi flaca naturaleza? ¿He de dar la mano a quien se ofreciere? Porque yo no he de ser singular, ni excusarme de lo que usan las demás mujeres, pues soy peor que todas ellas». En esta batalla quedé rendida y como adormecida y juntamente sentí que me cogían las manos y que me ponían unos como guantes y fundas de oro muy suave, aquilatado y resplandeciente y que juntamente con repetidas voces, me decía: «Guarda las manos, guarda las manos», y con este sentimiento e inteligencia, miré con los ojos del alma hacia el lado de dónde venían las voces y vi a mi querido patrón, maestro, y padre san Ignacio y la sierva de Dios, Catarina de San Juan, como que se apartaban de mí y me dejaban en ceñuda y encargada la guarda de las manos.

En esta visión y representación estuvo mi alma llena de fe y confianza, de que el cielo era quien la hablaba, pero pasado el rapto y con él la viveza de la especie que se arrebataba la inteligencia y el crédito, volví a las batallas de mis dudas y confusiones, persuadiéndome a que todas estas representaciones eran fantásticas imaginaciones de mi flaca cabeza y para más afianzarme, acudí al consejo de mi confesor que es toda mi seguridad y consuelo en las tribulaciones, que por instantes experimentó. Le supliqué (antes de manifestarle esto que me había sucedido) me diese licencia para dar la mano a quien saludándome me la pidiese. A esta mi propuesta y pedida licencia me respondió el ministro de Dios con alguna aspereza, sin faltar a la caridad con que me dirige y gobierna: «Atiende hija, atiende a mis voces, guarda esas manos, niégalas a todas las criaturas, porque están dedicadas al divino Esposo, solo a Dios se las has de dar en la otra vida, que en esta te las puede pedir Lucifer, transformado en ángel de Luz». Con esta voz del confesor se aseguró y entendió mi alma en esta verdad y conocí que la voz del confesor era la misma que la de Dios, pero hallándome en mi rincón, sin estar en mi mano, volvió a enfurecerse la guerra y lucha sangrienta y lo turbaba, decía entre mí, hablando y contradiciendo a mi espíritu con copiosas lágrimas: «¿Qué escándalo tan terrible es este? No tiene remedio, yo he de dar la mano a chinas y negras, y a cuantas personas se me ofrecieren. Sola Catarina anduvo con estas delicadezas en esta vida, que unos las tendrían por chi-

> queos[527] y otros por embustes y fingimientos». En estas terribles congojas y turbaciones de las potencias y sentidos de mi alma y cuerpo anegada toda en tristes y melancólicas lágrimas, me pareció oía la misma reprehensión que mi confesor me había dado y causándome nueva y extraordinaria confusión, me hallé como en una profunda suspensión y en ella vi a la venerable y sierva de Dios, Catarina de San Juan, que con amor y cariño caritativo, volvió a ponerme los guantes o fundas de oro, ciñéndolos o amarrándolos a las muñecas de mis dos manos, como asegurándome que con la gracia de Dios, podía perseverar en el recato que debe tener una virgen y esposa dedicada a los castos amores del divino Esposo.

## IV

### *De otras noticias espirituales que acreditan con probabilidad las virtudes de la sierva de Dios, Catarina de San Juan*

Aun viviendo la sierva de Dios, hecho un retrato de dolores y enfermedades su delicado cuerpo, a imitación del santo Job, empezó por los años de 1685 a aparecerse y visitar en espíritu a una persona espiritual de mi satisfacción al tiempo de sus ejercicios y acciones virtuosas y con especialidad en las honras de su oración retirada, con las frecuentes y repetidas visitas, se fue comunicando el espíritu de Catarina a la dicha persona espiritual, que esta no acertaba ni podía explicar este especialísimo género de unión. Pero decía al confesor:

> Padre, yo no sé qué, ni cómo es esto. Lo que experimento es que en estas apariciones y visitas se miran nuestros dos cuerpos y que los espíritus se unen tan estrechamente que no puedo explicarlo si no es diciendo que sucede a mi entender, a la manera que dos licores se mezclan en un vaso, dos arroyuelos que se encuentran, de los cuales se forma y hace un río.

Los efectos de esta unión, decía esta persona espiritual, eran experimentar en sí grande amor de Dios y extraordinario fervor y aliento en las turbaciones que ordinaria y sangrientamente la combatían. Comenzó el espíritu de Catarina a hablar a la dicha persona después de muchos días de estas repetidas visitas espirituales en ocasión, que se las puso a la vista un monstruo o demonio en forma espantosa y asustándose esta alma espiritual con tan terrible objeto, la dijo Catarina: «No te asustes, que yo echaré de aquí a este maldito espantajo. Prosigue en tu contem-

[527] *chiqueo*: «mimo, halago» (DRAE).

plación y déjame a mí el batallar con esta infernal fiera» y peleó tan varonilmente que luego se desapareció el demonio y el alma asustada y atribulada se fortaleció y cobró grande confianza en las fuerzas de la divina gracia que asistieron a la sierva de Dios, Catarina de San Juan, contra los espantos y poderíos del infernal abismo.

Preguntó el confesor a esta persona espiritual si Catarina la había hablado en estas visitas espirituales otra cosa y respondió:

> Hame dicho que me ha de acompañar hasta que yo me crucifiqué en toda desnudez, como ella vive crucificada y lo voy experimentando, pero con tales desfallecimientos de mi flaca naturaleza, que lo miro como imposible. Dios es todopoderoso y este infinito poder fortalece mi confianza y fortifica mis esperanzas de manera que no dudo puedan verificarse las palabras de la sierva de Dios.

Se continuó esta asistencia espiritual hasta la pascua del Espíritu Santo, en que la pareció esta alma contemplativa y se la representó Catarina muy enferma, como se verificó, porque la sobrevino a la sierva de Dios una enfermedad muy penosa y peligrosa y desanimándose y afligiéndose la dicha persona espiritual, juzgando la había de faltar el presidio y fortaleza de Catarina, revivió, como dicen, su aliento, con ver y experimentar que las asistencias del espíritu de la enferma no se interrumpían ni se enflaquecían, sino que la venían más fuertes y continuas, comunicándola nuevos y especiales alientos para continuar sus horas de oración y los demás ejercicios que disponen y se requieren para una perfecta contemplación. En uno de estos días de turbación de esta alma contemplativa, estando acompañada de Catarina o de su espíritu, vio que venía hacia las dos, una sombra enferma del bulto y persona humana y asustándose, la dijo nuestra venerable Catarina: «No te asustes, que esta es una de las benditas ánimas y ofreciendo por ella nuevas pobres oraciones y corto padecer, se irá a descansar», como parece que sucedió; pues ofreciendo la dicha alma su padecer por el alma aparecida, se despareció ésta, dejándole en paz y quietud para continuar en su oración y contemplación.

En otra ocasión, estando unidos estos dos espíritus, vio la ya insinuada persona espiritual que visitaba Cristo nuestro Señor a Catarina y la daba una borcelana[528] de buen tamaño, llena de sangre y que cogiéndola la sierva de Dios, dijo hablando con la dicha alma: «Entre las

[528] *borcelana*: jofaina.

dos la hemos de beber hasta las heces» y con estas palabras de Catarina, la bebieron entre ambas dos, sin dejar gota en la vasija. El día de san Bartolomé dijo esta misma persona a su confesor: «Estando en oración, vi venir en espíritu a Catarina, como una saeta o paloma de resplandor, con notable velocidad y que se venía con mi alma tan fuertemente que me pareció se hacían los dos espíritus una cosa misma», y que como ya en este tiempo conversaban y se hablaban mucho las dos almas, recibía de estas uniones y en ellas singulares noticias, pero con un modo tan espiritual y tan escondido a los sentidos materiales, interiores y exteriores del cuerpo, que cuando volvía en sí no se acordaba sino de una u otra cosa, de todo lo que había comunicado y hablado con Catarina. Algunas de las que se acordó y refirió fueron que se halló como arrebatada del espíritu de la sierva de Dios de la otra parte del mar por este tiempo, entre escuadrones de enemigos y que veía hacían mucho daño en el reino o provincia donde se hallaban los dos espíritus. En esta ocasión entraron varios piratas en Campeche y arruinaron el puerto y lugares o pueblos circunvecinos. Otro día de estos se puso delante este espíritu de Catarina como retirado y apartado a la dicha alma, estando en su oración y recogimiento combatida de una sangrienta guerra y cruel batalla contra la pureza y entre las congojas y temores de perderse, clamó a la sierva de Dios, diciéndola: «Catarina, ¿cómo me dejas sola en el riesgo?». Y la respondió sonriéndose, «Porque ya es tiempo de que te vayas haciendo a pelear cuerpo a cuerpo con sus enemigos sin otra ayuda que el auxilio de la divina gracia, que no niega Dios a sus criaturas y suele ser tanto más eficaz cuanto ellas más se ayudan y hacen de su parte».

El día 24 de octubre de este mismo año, estando el alma de la dicha persona espiritual unida con el espíritu que la asistía, se halló muy afligida por los muchos dolores y penas que experimentaba como efectos de esta tan fuerte como penosa unión y en el rigor de tantas penas, vio salir una alma como de un globo de oscuridad, que tomando un nuevo vestido de resplandores, voló con notable velocidad al cielo, quedó suspensa sin entender lo que se la significaba en esta visión y la respondió el Señor o su ángel de guarda: «Tú no entiendes lo que viste, pero sabe que fue efecto de ese espíritu humano que te asiste, que con sus oraciones y excesos de padecer sacó del mundo dos almas bien apeligradas y arriesgadas de perderse, la una de ellas voló al cielo, la otra se quedó en el purgatorio hasta su tiempo». Otro día de estos vio y se la representó a la ya insinuada persona espiritual el espíritu de Catarina vestido de resplandores y rayos de luz que salían o reverberaban en muchas y finas

piedras preciosas que se descubrían con hermosura y proporción entre los mismos resplandores, y no penetrando el misterio el alma contemplativa, la dijo el ángel del Señor: «Tú no entiendes y así atiéndeme, porque en todo ese objeto se simbolizan las virtudes de Catarina». En esta ocasión dijo la sierva de Dios a la persona que asistía: «Tú quedarás en mi lugar y me heredarás los empleos para que Dios me crio y me conserva en el mundo», las cuales palabras entendió la dicha alma de una herencia trabajosa y colmada de penas, enfermedades y tribulaciones.

Por los años de 1686 y 1687 se continuó esta tan frecuente como misteriosa asistencia espiritual, cuyos efectos pedían para su plena relación libros de mayor volumen y, omitiéndolos por ahora, solo digo que siendo así que casi en el tiempo de los dichos dos años, estuvo enferma y en cama la sierva de Dios, nunca le faltó a esta persona espiritual la asistencia del espíritu de Catarina con la misma unión y fortaleza que la experimentaba cuando la sierva del Señor estaba fuerte y robusta. En esta frecuente comunicación espiritual entendió el alma favorecida y acompañada de Catarina varias cosas dignas de toda ponderación. Pondré aquí algunas de las que pueden conducir a la mayor honra y gloria de Dios y crédito de su sierva. Dijo un día el Señor a la ya insinuada persona, que el agonizar de Catarina había de ser a la manera de las agonías de un niño o niña pequeña e inocente. Y sucedió así porque en la última enfermedad después que recibió los santos sacramentos quedó la sierva de Dios como una criaturita sin malicia, sin refleja[529], sin escrúpulos, sin saber quejarse, pero según el exterior que se reconocía, padeciendo y obrando su espíritu como en el tiempo de sus mayores batallas. Y en esta disposición, salió de esta vida, apartándose el alma del cuerpo sin las ansias, congojas y los otros extremos que suelen notarse y verse en los otros moribundos.

En la continua asistencia y comunicación espiritual, por este tiempo se continuaron las batallas con los enemigos combatientes a la una y otra alma, y también los raptos y vuelos por el mundo de los dos espíritus y mostrándose el de nuestra Catarina como maestro, confortando, dirigiendo e ilustrando al de su hermana espiritual y compañera, hasta que el día 4 de mil seiscientos ochenta y ocho se despidió Catarina de su ahijada con un estrechísimo abrazo y la dijo: «Ya llega el tiempo de mi descanso, trabaja y pelea, que no te he de dejar hasta que después de crucificada nos veamos unidas en perfecta caridad con Dios en el

[529] *refleja*: reflexión, capacidad de reflexión.

cielo, donde no hay ni llegan los vientos y huracanes que destemplan los corazones humanos acá en la tierra con la pobreza, con la aflicción y con la persecución de los tres enemigos: mundo, demonio y carne». Al despedirse la sierva de Dios dejó a su ahijada un dolor agudo y muy intenso en los brazos y espaldas y luego se la mostró a esta alma contemplativa la Santísima Virgen en un campo raso con una cruz muy pesada y poniéndosela sobre el hombro la pasaron a otro llano dilatado que la parecía y explicó con el nombre de mar de sangre en que luchaban unas olas con otras y venían alteradas hacia ella para ahogarla. Estas y otras semejantes visiones las entendía el alma de los trabajos que había de padecer, si quería imitar a Catarina, la cual se la representó en este mismo día en forma de un árbol de grandes ramas pero con pocas hojas, como que se iba secando, si bien advirtió que en el tronco, hasta comenzar a nacer y extenderse las ramas, que tendría de longitud como de cuatro o seis varas, se descubrían siete blancos o claraboyas de cristal, por donde salían otras tantas refulgentes luces que esclarecían la sala donde se hallaba la dicha alma en compañía del misterioso árbol, que la pareció estaba asistido y cercado de un gran número de bienaventurados, con ademanes de quienes le guardaban y asistían vigilantes. Esta visión permaneció hasta la hora en que la sierva de Dios, Catarina de San Juan dio su espíritu al Señor, que fue como a las cuatro de la mañana y día 5 de Enero de 1688.

De este día siete comenzó a aparecer a la dicha alma contemplativa no ya como criatura humana, sino como espíritu angélico y algunas veces con alas misteriosas, exhortándola y aun impidiéndola, a la ejecución de todas las cosas de su obligación y devoción, diciéndola: «Ea, vamos a cumplir la obediencia debida a Dios y a sus ministros». Y con estas solas palabras y particular asistencia, la arrebataba y facilitaba el principio y fin de todos los ejercicios de virtud. Por todos los días de este mes de enero se la dejó ver Catarina en esta alma, con variedad de muy vistosos y riquísimos vestidos, pero el día del entierro de la sierva de Dios sintió esta persona espiritual un olor suavísimo, que saliendo como del altar de Nuestra Señora del Pópulo y patrona de la muy ilustre congregación, corría y se iba comunicando y extendiendo por todos los demás altares del magnífico templo donde está depositado el cuerpo de la sierva del Señor y era tan intensa esta fragancia, que su eficacia y por temor de ser engañada, se retiró la dicha alma contemplativa a lo último de la iglesia, donde percibía y sentía el mismo suave y extraordinario tormento. Menos ocupaciones, menos achaques eran necesarios en el autor de esta

historia para poder dilatarse en todo lo que deseaba decir para mayor honra y gloria de Dios y provecho de las almas en los prodigios de la omnipotencia y maravillas de la gracia que se reconocieron en la vida de la venerable y escogidísima alma de esta sierva de Dios, Catarina de San Juan. Pero pues Dios ha dispuesto que entre tantos ahogos se den a la estampa estas tres partes de su vida, espero que con el tiempo hemos de ver obras de otros sobresalientes historiadores que por vía de compendios o con el motivo de sacar a luz lo que yo he omitido nos pongan a la vista otras leyendas de este mismo asunto más dilatadas, gustosas y provechosas. Y yo concluyo esta historia con añadir uno u otro apuntamiento en este último parágrafo, que llegaron a mis manos a tiempo que no pude ponerlos en sus propios lugares.

## Último

*De otras noticias que llegaron tarde a manos del último confesor de esta sierva de Dios*

El padre Juan Fernández Cabero de la Compañía de Jesús y rector actual de nuestro colegio de san Pedro y san Pablo de la ciudad de México, me escribió la carta siguiente:

Mi padre Alonso Ramos: Pax Christi, etc.:

Desde el día que supe la santa ocupación de vuestra reverencia a sacar a la luz la vida de la venerable Catarina de San Juan, he sentido en mi interior notable propensión de noticiar a vuestra reverencia el suceso siguiente, que lo oí de boca de una persona de toda autoridad, que era actual confesor de la sierva de Dios en esta ciudad de la Puebla de los Ángeles, a quien refirió un día de festividad al tiempo de la primera misa, que había visto a un mozo que asistía a uno de los padres predicadores de nuestro colegio del Espíritu Santo bañado en sangre y con algunas heridas. El dicho confesor, con la experiencia que tenía, de cuán verdad eran las revelaciones y previsiones de su penitenta Catarina, se fue llevado de la autoridad al aposento del padre predicador donde halló bueno y sano al sirviente nombrado por la sierva de Dios. Suspendió por entonces su juicio y aguardando el fin de la revelación. Se hizo hora de la misa cantada y al tiempo que se cantaba el «Ite, misa est», se alborotaron los que estaban hacia la puerta de la iglesia, pidiendo con-

fesión para el mozo dicho a quién traían cosido a puñaladas. También me dijo este confesor de la venerable Catarina que habiendo compuesto él mismo un papel satírico, más por diversión que por otro motivo, al verse después con la sierva de Dios, le dijo esta las siguientes: «Te vi escribiendo y me dijo el Señor te dijese estas palabras que yo no entiendo, tú las entenderás pues eres sabio: Diliges proximum tuum, sicut te ipsum que en nuestro lenguaje, quieren decir: amarás a tu prójimo como a ti mismo». Otros muchos sucesos me refirió el ya insinuado confesor, pero estos dos son los que más presentes tengo y he tenido siempre en mi memoria. etc.

Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia, etc. De Tepotzotlán, Enero 21 de 1689 años.

El padre José Capetillo de la Compañía de Jesús me dio por escrito varios apuntamientos que le sucedieron y oyó a la sierva de Dios en muchas ocasiones que la comunicó y reconcilió, y aunque es forzoso omitir muchos por estar ya escritos e insinuados en la historia, concluiré con apuntar los que faltan de escribir. Asistía yo, dice el padre nombrado, a una persona en ocasión de gravísima enfermedad y me rogó pidiese a la venerable Catarina fuese medianera con sus ruegos para que nuestro Señor le diera algunos años más de vida, para disponerse para una buena muerte y para componer algunas dependencias concernientes a las conveniencias de sus hijos y de más personas de su familia. Salí de la casa del enfermo y al entrar a ver a la sierva de Dios, me previno ella con estas palabras: «padre Capetillo, diga (con esta llaneza y sencillez, solía hablarme) a esa persona que Dios la concede de diez años más de vida para el ajuste de sus dependencias, pero con condición que gaste ese tiempo en gracia y servicio de la divina Majestad». Oía con admiración, viendo que me prevenía con la respuesta y mucho más me admiré, cuando volví a dar esta noticia a la persona enferma y la hallé con conocida mejoría que se fue continuado por los tres o cuatro días siguientes, y por este motivo dilató el confesarse para tiempo más oportuno, que le parecía ser el de la entera y perfecta salud. Pero dentro de pocos días me llamó la sierva de Dios y me dijo:

> Los juicios de Dios son muy diferentes que los juicios de los hombres. Ve, padre, luego, que importa confesar a esa dicha persona, porque se muere sin remedio y el que se salve su alma depende de que vayas a toda prisa y la obligues a que confiese tal culpa grave que acaba de cometer y tiene

vergüenza de confesarla y el Señor en castigo de su pecado le ha negado los diez años de vida que le había prometido si los emplease en amarle y servirle como debía a ley de buen cristiano.

Con esta noticia, fui con toda diligencia a visitar a la ya insinuada persona enferma y declarándola el conocimiento con que me hallaba de su pecado, la reduje a que se confesase como lo hizo y acabada la confesión y conseguida la absolución, espiró en gracia de Dios según parece. Pues hablando el día siguiente con la sierva de Dios, me agradeció mi diligencia y me dijo que estaba en carrera de salvación el alma de la persona difunta, si no es que fuese engaño e ilusión del maldito, lo que se le había dado a entender.

Otras cosas y casos semejantes me participó la venerable Catarina de San Juan (dice el padre José de Capetillo, y que cuando fuere conveniente, los testificará con juramento) dándome noticia de algunas culpas que tenían solapadas y escondidas en sus corazones los fieles, sin ánimo de confesarlas, y que estos avisos me los daba la sierva de Dios con palabras que el dicho padre entendía solamente y no Catarina, pues al parecer mostraba no saber lo que se decía. Pero avisando yo a las personas que ella me nombraba, tocaba con las manos de la experiencia la verdad en sus culpas y el remedio en la infinita misericordia de Dios, movida de la intercesión y eficaces oraciones de Catarina. Pero la sierva del Señor me decía que ni por ella ni por mí, obraba Dios estas maravillas de la gracia y prodigios de su omnipotencia, sino por su inmensa bondad y misericordia infinita. Y siendo así verdad que yo nunca fui su director y maestro, experimentaba estas singulares noticias, ¿qué no experimentarían y tocarían con las manos sus ordinarios y propios confesores? Me persuado a que es mucho más lo que omiten que lo que escriben.

Predicando yo día de la Asunción[530] de Nuestra Señora en nuestro colegio del Espíritu Santo, en la ciudad de la Puebla, me sucedió que a la mitad del sermón se me fueron totalmente las especies y memoria de lo que llevaba previniendo, sin ocurrirme una sola palabra que condujese al asunto y discurso que había empezado y propuesto, levanté el corazón a Dios como miserable y procuré entender y divertir al auditorio con una moralidad que me ocurrió y acabada esta por modo de doctrina me ocurrieron las especies todas de mi sermón. El día siguien-

[530] Día de la Asunción: se celebra el 15 de agosto y se festeja la muerte de la Virgen María y su asunción al cielo. (*Enciclopedia católica*, 2015).

te, acabando de decir misa, salí a la iglesia llamado de Catarina y me dijo: «No te apartes del confesionario, que esta juzgo ser la voluntad de Dios, mira que importa». Lo hice así y a poco rato se llegó a mis pies un hombre de mala vida que había callado por muchos años sus culpas en las confesiones, con ánimo de confesarse enteramente aunque sin la disposición necesaria por falta de examen. Le oí sus pecados callados y los demás que pudo acordarse y le dilaté la absolución hasta que se examinase despacio y le rogué volviese a confesarse generalmente de toda su vida. Entonces volvió Catarina a hablarme al confesionario y me dijo:

> Él vendrá y por esta confesión, quizás querrá el Señor que se salve. Esto fue lo que pedí a Dios ayer al tiempo que predicabas, y vi que una paloma te tapó con sus alas la boca para que no dijeses lo que traías prevenido y te hería el corazón con el pico para que hablares lo que dijiste. Vete a desayunar ahora, pues, según entiendo, se ha logrado tu trabajo y mortificación.

Concluyo con un caso que me sucedió con la sierva de Dios el año de 1684 y 20 del mes de julio, día en que llegándose a mis pies para reconciliarse me dijo:

> Encomienda a Dios en la misa a tu madre, y cuando se dé en la portería la comida a los pobres, como lo acostumbra esta santa comunidad asiste a este acto de edificación, y al fin y último plato que se acabe de servir y comer, ponte de rodillas y di un Padre Nuestro y una Ave María y puesto en pie un responso por el alma de tu madre, sin que se entienda y conozca la persona por quien se dice y por todos estos actos de devoción e intercesión de los pobres y religiosos que les sirven, se irá tu madre al eterno descanso.

Hice con devoción todos estos ejercicios y admirado de que tuviese noticia de la muerte de mi madre en lo natural, me consolé con la especie y juicio prudencial de que Dios se lo hubiese revelado y mucho más cuando vi que en acabando de servir a los pobres, me llamó a la portería y me dijo nombrando a mi madre por su nombre: «Da gracias a Dios, pues ya está en el cielo».

Todo lo que se ha escrito en esta historia lo experimenté y lo toqué (como dicen) con las manos o lo oí a la sierva de Dios y lo que me dijeron otros de sus confesores y personas que asistieron a la sierva de Dios en lo temporal y espiritual y porque sé del crédito que se debe a lo que me han dicho y yo no he visto, pongo universalmente hablando los nombres de los que me informaron, para mayor crédito y autoridad;

pues siendo personas religiosas y del ilustre clero o almas tenidas de todos por siervas y temerosas de Dios, entre quienes no prevalece, ni debe presumir, se prevalezca la mentira ni otro efecto que el de la mayor gloria de Dios y honra de sus santos, se habrán conformado con el fin de mis deseos en el trabajo de esta historia, que es el que atribuyendo los yerros a la cortedad de mis talentos y a la tibieza de mi pluma, lo bueno que se reconociere se atribuya solamente a Dios, de quien todo perfecto don desciende y se deriva.

«Soli Deo honor et gloria»[531].

*Protesta del autor*

En obediencia del decreto de nuestro santísimo padre Urbano VIII, de feliz recordación, expedido en la sagrada congregación de la universal Inquisición de la Iglesia, a 13 de marzo de 1675, declarado por Su Santidad en 5 de julio de 1631 y confirmado en 5 de julio de 1634, en que se prohíbe dar culto de santidad a las personas no canonizadas, protesto que todas las veces que en esta historia uso de las palabras: *santa, bienaventurada, venerable, esclarecida* o cualquier otra que insinúe virtud relevante, así de la persona, que es asunto de esta obra, como de cualquier otra, que con esa ocasión nombró con estos o semejantes epítetos, no es mi intento caiga sobre la persona, dándole el culto debido a los santos, que con definición de la santa Iglesia están en el cielo, sino sobre las costumbres y opinión. *Item* protesto que todas las cosas que refiero con nombre de ilustraciones, revelaciones, raptos, éxtasis, profecías, milagros y otros favores extraordinarios, no tienen más autoridad que la humana fundada en motivos humanos, expuestos a la falibilidad, reservando siempre la infalible decisión al oráculo del Espíritu Santo, el romano pontífice en su canónica declaración a quien me sujeto en todo como hijo obediente en la santa Iglesia católica Romana, nuestra madre.

Alonso Ramos.

[531] 'Gloria a Dios solo'; algunos traducen 'Gloria al único Dios'.

# ÍNDICE DE LAS COSAS NOTABLES DE ESTA OBRA

## A

Abeilardo: hereje, hombre engañoso, símbolo de hipócritas y traidores. Vide: hipócritas.

Abestro: piedra preciosa y símbolo de la virtud de la fe.

Abrazos del divino Esposo con el alma justa. Vide: amor, contemplación y unión.

Abuelos: de la lustrosa nobleza de los progenitores de esta sierva de Dios. Vide: padres.

Aceptación: las personas más humildes privan con Cristo.

Achaz, rey: recibió de Dios una merced, en ofrecerle que pidiese un milagro, aunque fuese sacar del infierno a un condenado.

Adoración: cuánto desean las mujeres ser adoradas y ser tenidas por diosas. Vide: mujeres.

Adúlteros: una mujer convertida con cinco amantes suyos. Pena que la esperaba y de que se libró en el infierno. Penas que tiene Dios prevenidas para ellos en el infierno.

Afectos de verdadera humildad. Vide: humildad e hipocresía.

Afrentas: las del Salvador consolaban y animaban a Catarina para imitar a su Amado. Vide: bofetada y Pasión del Señor.

Agonías: las de Catarina en su muerte. Vide: muerte, revelaciones, profecías.

Agradecimiento: el de esta sierva de Dios a los hombres. Vide: bienhechores. Vide: caridad y amor al prójimo.

Águila: jeroglífico de los reyes de España y su portentosa monarquía, y de la venerable Catarina. Vide: reyes de España. Jeroglífico también de la sierva de Dios con que explicó el Señor la perfección de su sierva, puesta en forma de un águila real sobre el Monte Líbano. Se describe la velocidad de su vuelo, la perspicacia de su vista y el amor a sus hijuelos,

la enemiga que tiene con las serpientes, símbolos de demonios y se aplican todas estas propiedades a la venerable Catarina.

Alabanzas: es propio de los sabios aplaudir obras ajenas como el vituperar las de los necios. Deben seguirle a la muerte y en vida siempre son peligrosos. Vide: humildad y vana gloria. Cuánto huía de ellas la sierva de Dios. Vide: humildad.

Alabanzas de Cristo a Catarina. Vide: espejo, amor y Jesús.

Alabola María Santísima. Vide: María, nacimiento, Jesús, amor, Esposo.

Alejo, san: santo de su devoción y por eso muy imitadora suya la sierva de Dios.

Almas: cuánto padecía por ellas. Vide: conversiones, paciencia y misiones. Cómo se las representaba Dios en su mal estado y en sus postrimerías. Vide: pecadores y visiones. Cómo salvó a muchas apeligradas de la eterna condenación. Vide: casos raros.

Alonso: confirmola y alabó la hermosura de esta sierva de Dios, el ilustrísimo señor don Alonso de la Mota y Escobar, obispo de la Puebla. El hermano Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, y varias revelaciones que tuvo acerca de los de la Compañía de Jesús. Vide: visiones.

Alzamiento del Nuevo México: Vide: México. Alzamiento de los Tarahumaras. Vide: misiones y misioneros de la Compañía de Jesús.

Amante, amistad y amor: el título de amistad fue uno de los fundamentos principales, porque la comunicó el Señor sus secretos y parte de su inmensa sabiduría. Vide: favores de Jesús, sabiduría. Cómo celaba el Señor el amor de su sierva para aumentar su humildad y multiplicar nuevas y extraordinarias mercedes. El divino Amor pide correspondencia para crecer en sus criaturas. Vide: Jesús amante.

Ambrosio Odón: padre provincial de la Compañía de Jesús y confesor, muy querido, de la sierva de Dios, apoyó su Espíritu varias veces. Vide: Carta del Prólogo.

Amor: de Dios: sus transformaciones soberanas. Vide: corazón y transformaciones. Destruye y consume la raíz de la concupiscencia. Su lengua es como bárbara algarabía para quien no sabe amar a lo divino. Cuánto aflige el alma la ausencia de su amado. Excesos del divino amor. Vide: Jesús Niño, Jesús Nazareno y san Javier. Cuán poderoso se ostentaba el divino Amor en esta su escogidísima alma. Excesos de este divino Amor en el corazón de su sierva. Efectos que causaban en Catarina las ausencias de su amado y divino amante. Vide: ausencia, presencia y contemplación. Cuán estrecha y fuerte era la unión amorosa entre Dios y su

sierva. Cómo desde su bautismo estuvo hasta la muerte unida Catarina con Cristo por fe y caridad. Vide: fe y unión. Explícase la fortaleza de esta unión con la que tiene el pulpo con la piedra, aunque se une. Vide: favores del cielo. Caridad y contemplación. Efectos que causa el amor de Dios al parecer encontrados. Vide: presencia y contemplación. Lo que estorba el amor de las criaturas para lo excesivo y fin del amor de Dios. Cómo significó y manifestó Dios al mundo, el amor que tenía a su sierva. Amor: que tuvo a nuestro padre san Ignacio y sus hijos. Vide: compañía y san Ignacio. Amor del prójimo: Cuando no es en Dios, por Dios y para Dios, no puede ser perfecto. Lo que padeció, deseó padecer por el mundo. Vide: caridad, paciencia, y pecadores.

Ana: La gloriosa santa Ana: su especial patrona, abogada y señora. Vide: apariciones. Era particular objeto de su devoción. Vide: san Joaquín y san José. Ana de Morales: afecta y bienhechora de Catarina, y cómo la sierva de Dios la pagó este caritativo afecto, alargándola por muchos años la vida. Vide: bienhechores.

Andrés: padre Andrés Cobián: vio Catarina cuando murió y su detención para entrar en el cielo y por qué. Padre Andrés de Cazorla de la Compañía de Jesús y varias revelaciones que recogió acerca de los padres de la Compañía. Vide: visiones.

Ángeles: Ciudad de los Ángeles, donde vivió y murió. Vide: Puebla. Los ángeles son símbolos de humildad y obediencia. Son símbolos de pureza. Cuánto cuidaban de la hermosura del alma de la sierva de Dios. Más obedecía a sus confesores, que a los celestiales espíritus, porque en esto podía engañarse y en aquello no. Vide: obediencia. Su frecuente asistencia a la sierva de Dios. Vide: demonios y paciencia, ansias y deseos. Vide: bienaventurados. Cómo hacía oficio de ángel con las almas contemplativas en sus tribulaciones. Vide: asistencias, vuelos y revelaciones. Los muchos ángeles que la ayudaban para convertir y salvar los pecadores. Vide: conversiones.

Anteojos: los de los maliciosos son artificios que inmutan, engrandecen y multiplican los objetos.

Antonio: Antonio de Peralta, padre de la Compañía de Jesús: su confesor, favorecido en vida y muerte de Dios por devoto de la Santísima Virgen. Vide: predicadores devotos de María Santísima. Padre Antonio Núñez: su confesor y apreciador de su espíritu. Vide: carta preocupativa. san Antonio Abad: santo de su devoción y cómo castigaba Dios con ruego a los que agraviaban los inocentes que se valían de su intercesión. Vide: hurtos y ladrones.

Apariciones de Cristo y María a sus padres. De toda la Sagrada Familia y de los ángeles y santos a esta sierva de Dios. Vide: en sus propias letras. Las que tuvo la sierva de Dios, de los bienaventurados, de las benditas ánimas del purgatorio, de las del infierno, limbo y pecadores, véase en sus letras y en la palabra. Profecías, visiones y favores.

Árboles: símbolos de pecadores. Vide: visiones. Símbolos de personas grandes en el mundo. Y de la venerable Catarina. Sus hojas y frutos jeroglíficos, de buenas y malas obras y su amargura, índice de infelices sucesos. Árboles, que se mueven, símbolo de misioneros apostólicos. Símbolo de las virtudes y santidad de la sierva de Dios. Árbol deshojado con el corazón de luz, símbolo de Catarina moribunda o difunta.

Asistencias angélicas: cuán necesarias, frecuentes y provechosas a esta sierva de Dios. Vide: batallas, imágenes, santos y templo. Cómo la asistió el cielo. Vide: favores, bienaventurados y su Santísima Trinidad. Cómo asistía en vida y en mente a las almas espirituales. Vide: contemplación y oración. Revelaciones, apariciones. Y los siguientes, asistieron a la muerte de la sierva de Dios, María Santísima con sus ángeles, vírgenes, santos de la Compañía, los Santos Reyes, y otros santos.

Astasio, don, coronel y Benavides: afecto de esta sierva de Dios y benefactor de los altares de nuestra Señora de Loreto y santa Rosa.

Ausencia: la de Dios cuánto aflige. Vide: amor de Dios. Las de Dios cuánto atormentaban a su sierva. Vide: oscuridad y desamparos. Ausencias de Dios y sus efectos. Vide: amor, favores y contemplación.

Autores: los que tienen poco que escribir, se valen de descripciones, ambajes y circunloquios para aumentar sus obras.

Aves: son símbolos de predicadores.

Ayunos: los de esta sierva de Dios, cuan continuos y rigurosos. Vide: mortificación y penitencias.

## B

Basilisco: serpiente coronada; es mortal su veneno.

Batallas: del demonio: contra su comunión cotidiana. Contra el rosario y su rezo. Vide: rosario. En la peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Cozamaloapa. Contra su pureza. Vide: honestidad y recato. Compáranse los triunfos de su pureza con las victorias del otro José, gobernador de Egipto. Batallas que sustentó con las potestades infernales, Vide: demonios, confesores, iglesias, tempestades. En que salió triunfal de su perfecta obediencia. Vide: Compañía, confesores, iglesias, misiones y monarquía de España. Que tuvo esta alma con Dios amante. Vide: amor, Jesús y María.

Bautismo: de su distinción y efectos. Cómo y por qué causó diversos efectos en sus padres. Dónde y por quiénes fue instruida y bautizada Catarina. Sus padrinos, Jesús y María. Dudáse con probabilidad si llegó santificada a recibir el agua del bautismo. Pruébase que no repugna esta justificación con el ejemplo de otras criaturas. Bajó Cristo del cielo a Bautizar a santa Cristina. Puede Cristo comunicar los efectos de los sacramentos, sin los sacramentos. Estas y otras materias arduas, confería Cristo con su sierva. Bienaventurados: las frecuentes asistencias, favores que recibía de ellos. Vide: amor de Dios, presencia y su Santísima Trinidad.

Beneficios: los que hizo Dios por intercesión de Catarina a sus padres y patria. Los que recibían sus confesores. Vide: bienhechores. Cuánto abusan, aun de los de Dios, las mujeres. Vide: mercedes, mujeres y vanagloria. Cuánto les temía y reusaba la venerable Catarina, a imitación de otros santos. Los humanos son muy agradables a Dios cuando se hacen escondiendo la mano por huir de la plausibilidad. Vide: humildad, mujeres y vanagloria.

Bendiciones: las de la Señora multiplicaban las cosas por intercesión de Catarina.

Bestia: nombre con que la sierva de Dios manifestaba el vil concepto que tenía de sí. Vide: humildad y conocimiento propio. Cómo se defendía con este nombre de los demonios y del mundo. Vide: humildad, demonios y potestades.

Bienaventuranza: descripción de ella. Vide: cielo y descripciones. Cómo la visitaban y conversaban con la venerable Catarina los bien-

aventurados. Vide: Ángeles. Como recibían o pudieron recibir los bienaventurados por boca de la sierva de Dios, noticias de secretos.

Bienhechores: los de la venerable Catarina fueron siempre muy favorecidos de Dios. Vide: Miguel de Sosa. Cómo les correspondía agradecida con la eficacia y efectos de sus oraciones. Vide: casos raros, confesores y oraciones. Hizo Dios a Catarina bienhechora común. Vide: caridad, llaves. Sangre y Oración. Vide: mundo, eficacia, oración y paciencia. Los beneficios que alcanzaba del cielo para ellos. Se los mostraba Dios en sus enfermedades, en sus muertes y en el purgatorio para que le pidiese por ellos. Vide: purgatorio.

Bienes: cuán despreciables eran los temporales a vista de esta sierva de Dios. Vide: pobreza. Vienen siempre mezclados con amarguras y acibares.

Bofetada que sufrió con sufrido silencio. Vide: pasión del Señor y paciencia.

## C

California: entrada de españoles y predicación evangélica en estas islas, previsto y predicho por la sierva de Dios. Caso raro de un muerto en las Californias que tenía su purgatorio en aquella tierra, hasta que se predicase en ella la ley evangélica.

Caminos: cuán varios y ásperos fueron por donde llevó Dios a esta alma a la perfección. Vide: peregrinaciones y trabajos. Camino real y seguro para subir a la perfección. Se simboliza en el sol material y en el sol de justicia, Cristo.

Caridad: cómo resplandeció en esta sierva de Dios desde su niñez y multiplicaba con ellas las cosas. Actos heroicos de esta virtud. Vide: pecadores. Cómo clamaba y padecía por los que la perseguían. Vide: bofetada. Lo mucho que padecía por los prójimos. Vide: paciencia y oraciones. Cómo sentía siempre bien de los otros y mal de sí.

Cartas: nunca las abrió ni leyó sin aprobación y registro del proprio confesor. Cómo deseaba privarse de la presencia del Señor, porque la

gozasen las demás criaturas. Varios y raros casos en que se manifiesta el desnudarse y negarse Catarina al sustento necesario por vestir y sustentar a los pobres. Caridad especial que tenía con los enfermos, que tenía deseando y padeciendo en sí las enfermedades ajenas, por el alivio y consuelo de sus prójimos. Se extendía su caridad compasiva aun con los brutos, a quienes curaba y daba salud prodigiosa. Cómo con el contacto de sus manos y vestidos, daba salud a los enfermos, pegándosela a ella los achaques ajenos. Deseos de su caridad ardiente de salvación de las almas. Se ofrecía con frecuencia a padecer por todos los pecadores. Por este fin representaba el Señor a Catarina muchos grandes pecadores para que pidiese por ellos. Vide: pecadores, caridad con los difuntos, purgatorio y tormentos. Casos raros: salud al parecer milagrosa que gozó una niña por la intercesión de Catarina, después de su feliz muerte. Vide: conversaciones, pecadores, oración y caridad.

Casamiento: cuánto la dio en rostro aun en su infancia, por el amor que tuvo a la virginal pureza. Segundo casamiento deshecho. Tercer casamiento deshecho. Cuarto casamiento efectuado y nunca consumado. Casamiento y pesada cruz, todo eso uno.

Casas: Cuánto importa el recogimiento en la propia y huir de las ajenas. Vide: recato, recogimiento, visita y habitación. Primera casa de su habitación. Vide: Miguel de Sosa. La de su habitación. Vide: habitación y humildad. Casas de grandes se simbolizan en árboles. Vide: dedicatoria de este segundo libro, duque de Veraguas, conde de Galve y árbol.

Casos raros: muerte desgraciada de un mancebo lascivo. Vide: castigos. Que la sucedieron con confesores. Vide: confesores, obediencia, paciencia. De unos malhechores desde majestad a quienes libró Dios por las oraciones de la sierva de Dios, sin que interviniese injusticia en los jueces. De un delincuente que se libró de la muerte y de la infamia, aun después de preso y convicto por las oraciones de Catarina. De un traidor alevoso que se salvó por la intercesión de esta venerable virgen. De un salteador a quien castigó Dios en esta vida para salvarle en la otra. De un pecador habitual y ya en peligros de desesperarse, que vivió en paz y se salvó por la intercesión de la sierva de Dios. De un moribundo que se la representó en forma de árbol, dispuesto para el fuego eterno que consiguió más larga vida y la salvación, por la intercesión de la venerable Catarina. De otras tres almas que se la representaron como precipitadas al abismo y las detuvo, y puso en salvamento su alado espíritu. Vide: visiones. De un expulso de la compañía en quien se la representó la fatal desgracia en ser echado de la religión. De un pecador que se

la representó en forma de condenado y con visos de una desgraciada muerte. Un caso que le sucedió a un confesor, miserable en lo temporal y en lo espiritual codicioso. De otro caso que la sucedió con un portero de una religión que hacia mal su oficio. De una mujer envejecida en sus pecados. De un demonio que estaba apoderado y hecho Señor de toda una familia. De una mujer profana que asistía con poca modestia entre otras muchas señoras en el templo. De una religiosa profanamente vestida. De un ladrón cogido por el hurto en las manos que salió libre y sin cosas de la cárcel, por las oraciones de la venerable Catarina. Caso raro de un eclesiástico que se apartó de una ocasión, por aviso del arcángel san Miguel y por los consejos y oraciones de Catarina.

Castigos: de Dios a tres hombres lascivos. Vide: casos raros lascivia y pecados en el templo. Cómo castiga Dios a los pecadores con la muerte de los justos. Cómo castigaba Dios a los que la perseguían y agraviaban. Cómo castigó Dios a un confesor que la impedía la comunión. Cómo y por qué la castigaban los ángeles. Suelen ser justos los castigos que hacen los hombres delante de Dios, cuando a los ojos del mundo son injustos. Castigos que la hacían los demonios. Vide: demonios y paciencia.

Catarina: Trataba santa Catarina mártir a esta sierva de Dios de paisana y hermana. Semejanzas de esta gloriosa santa con nuestra Catarina. Semejanzas con santa Catarina de Sena. Vide: recogimiento y carta del padre Antonio Núñez. Santa Catarina de Sena y un particular sentimiento suyo, en orden a la moderación, que se debe tener en las penitencias.

Celos: Lo que padeció con una mujer celosa. Lo que padeció con su marido celoso. Celaba el Señor el amor de su sierva aun respecto de los santos. Cómo celaba la Santísima Virgen el amor de Catarina porque no le repartiera entre las demás criaturas.

China: extensión de su cristiandad por el padecer e intercesión de la sierva de Dios.

Cielo: su gobierno y descripción. Su Santísima Trinidad, visiones. Vide: bienaventurados.

Cólera: descripción de un nombre colérico.

Cometas: no siempre son anuncios de desgracias, sino también de felicidades.

Compañía: aprecio grande que hizo la sierva de Dios de la Compañía de Jesús y cómo sintió no ser varón, para poder entrar en esta religión. Vide: Novicios. Varias revelaciones en crédito de esta sagrada religión. Vide: revelaciones. Particulares noticias que dio Dios a su sierva

acerca de los novicios de esta religión. Varias revelaciones de los que mueren en ella. Singular doctrina acerca de estas revelaciones, conque ilustró Dios a Catarina. Aborrecimiento especial que tiene el infierno a la Compañía y sus hijos y de un especial conciliábulo que hicieron en el salón lóbrego de su infierno contra ellos. Cómo las almas de los de la Compañía, son, aun en el purgatorio, especialmente favorecidas de Jesús y María. Compañía de Jesús. Vide: profecías, purgatorio y gobierno.

Comunión: cómo se disponía y de los multiplicados y misteriosos favores que recibía de Cristo sacramentado. Cómo los que llegan a la sagrada mesa sin disposición pierden el fruto de este Santo Sacramento. Cómo la manifestaba Dios la gravedad de este delito. Del fruto que sacaba de sus comuniones para sí y para otros. Motivos y tiempo en que la impusieron los confesores en la comunión cotidiana. Cómo comulgaba espiritualmente debajo de las dos especies. Cómo visitaba en espíritu al Señor de los templos y le acompañaba por las calles. Vide: misa, imágenes y sacramento. Cuánto se subordinaba en ellas al parecer de sus confesores. Vide: confesores y obediencia. Reglas prudenciales que deben observar los confesores en orden a las comuniones frecuentes de sus penitentes. Cómo se disponía para recibir al Señor sacramentado, y de varios modos con que se la comunicaba por llegar siempre con obediencia a la sagrada mesa. Cuán provechosa es la frecuente comunión a los que llegan con la debida disposición. Comuniones espirituales: cómo el Señor se la comunicaba espiritualmente, por sí, por sus ángeles y santos, aun debajo de las dos especies. Cómo Dios la exhortaba, y provocaba con instancias para que le recibiese todos los días.

Confesión: pena de un condenado por callar pecados en la confesión.

Confesores: cuánto les favorecía Dios. Vide: beneficios. Su último y principal confesor, previsto y predicho. Cuánto la costó el conseguir y perseverar con un solo confesor. Vide: demonios. Cuánto la costó el que este fuese de la Compañía de Jesús. Su primer confesor fue de la religión seráfica. Vide: fray Juan Bautista. Cuánto padeció con los confesores. Vide: paciencia. Cuán dificultoso es que las almas espirituales hallen confesores proporcionados a su Espíritu. Lo que padecen las almas con la muchedumbre, variedad y contrariedad de pareceres en los confesores. Vide: paciencia. Cómo avisaba Dios a los confesores por lengua de su sierva. Varios confesores que tuvo de todas las sagradas religiones y del ilustre Clero que aprobaron su espíritu. Para acertar han de ser del gusto y elección del penitente, después de haberlo encomendado al Señor. Cuán compasivos, suaves y caritativos deben ser para con

las almas atribuladas. Vide: desamparos y oscuridad. Deben imitar a los buenos médicos y justos jueces, que no absuelven ni condenan, antes de oír a las partes y sin el conocimiento de las causas. Cuándo y por qué negaba Dios la inteligencia de los secretos y tesoros que depositaba en esta alma a los confesores. Cómo distinguía la sierva de Dios, los confesores propios que la gobernaban, de los confesores solamente de absolución. Cómo castigó Dios a uno que no la quiso absolver. Efecto de su humildad, fue el no tener más que un solo confesor. Subordinación que tenía a sus padres espirituales y lo que deseaba en ellos el secreto de sus cuentas de conciencia. Cómo les respetaba y daba licencia para que publicasen sus pecados y no sus virtudes ni revelaciones. Cuán fiel y puntual era en franquearles los secretos de su conciencia. Vide: obediencia, resignación y obediencia. Gusta el Señor que los penitentes se gobiernen por sus confesores.

Confianza de Dios: vide: caridad y esperanza.

Confirmación: circunstancias con que le administró este sacramento el ilustrísimo señor don Alonso de la Mota y Escobar y quienes fueron sus padrinos. Vide: Miguel de Sosa.

Conformidad con la divina voluntad y refinación: conocimiento de su proprio conocimiento. Vide humildad.

Congregación: la de Nuestra Señora de la Anunciata, debió mucho a esta sierva de Dios.

Conocimiento propio es fundamento de la verdadera humildad.

Consuelos de Dios. Vide: trabajos y favores.

Contemplación: Vide: amor, presencia y unión. Es una bienaventuranza terrena. Cuán alto grado de oración la concedió el Señor. A qué personas suele Dios comunicar el don especial de contemplación. Tiene por fundamento y fruto a la humildad. Vide: oración.

Contradicción del infierno a sus comuniones cotidianas. De sus comuniones espirituales. Cómo se disponía para ellas y de los singulares favores que recibía.

Conversiones: de pecadores. Vide: pecadores y casos raros de Gentiles. Vide: Mogol, gentilidad.

Conversión de una mujer adúltera y cinco amantes suyos. Cómo libró de la muerte a una mujer profana. De otros casos raros en eclesiásticos. Vide: escapularios y casos raros. Poder contra los demonios. Vide: caridad, fuente, eficacia de sus oraciones y celo. Dos conversiones particulares, que hizo Dios por las oraciones de su sierva. Vide: pecadores.

Redujo a muchos a buena vida con sus mortificaciones y penitencias. Vide: mundo.

Convite: para el cielo que puso Dios en la elección de Catarina.

Coral: es símbolo de almas atribuladas porque cuanto más golpeado parece y sale más fino.

Corazón: cómo veía su corazón en las manos de Cristo y en las de la Santísima Virgen. Transformaciones de su corazón y rostro. Vide: comuniones. Aprecio que hizo el eterno Padre de su corazón. Cómo trocaba su corazón con el de Cristo. Efectos de la transformación de su corazón. Cómo el corazón de Catarina era como el retrete o relicario donde se acogía el divino Verbo Humanado, huyendo de los pecados del mundo. Que el corazón de la sierva de Dios era piedra imán, que atraía y detenía a Cristo enamorado. Tiraba y atraía así el corazón de Catarina, como con un cordel delicado.

Cortesía: vide: igualdad.

Cosamaloapan: peregrinación que hizo a este santuario. Favores especialísimos que recibió de Nuestra Señora. Milagros que hacía con el aceite de su lámpara y cómo, con su patrocinio, triunfó de la astucia y poder del infierno.

Cristiandad: introducida y extendida en el oriente y con especialidad en el Mogol por las oraciones de nuestra Catarina. Vide: Mogol. Cuánto se extendió por el mundo, por las oraciones y sumo padecer de la sierva del Señor. Vide: gentilidad. Se le simbolizaban las nuevas cristiandades, en pozos de leche, en estanques y fuentes de cristalinas aguas, en deliciosas sementeras y convites de pan y miel.

Cristo: su esposo y amante. Vide: Jesús, desnudez, recato e imágenes. Cómo le viste de la piel de sus ovejas.

Cristóbal Guerrero y Pedraza, don: levantó en oratorio la primera habitación de esta esclarecida virgen.

Cruz: vide: caminos, casamiento, pasión y trabajos. Cómo vivió crucificada en dos cruces. Cuando es grande necesita de Cirineo. Vide: María Santísima, codicia del mundo y ricos.

## D

David: A ejemplo de este santo rey, escogía el templo de la noche para la oración y penitencia. Vide: recogimiento.

Demonios: sus astucias, violencias y engaños. Vide: batallas. Cuán insaciable es la sed que tienen de almas y cómo desea y apetece más el beberse las más santas. Vide: martirios y poder que tenía sobre ellos. Cómo traidores y disimulados le transformaban en ángeles de luz para combatir lo más extraordinario de su perfección. Cómo la procuraban apartar del temor santo de Dios. Vide: temor. Cómo les aterraba con su humildad y confundía con su sabiduría. Vide: sabiduría. Cómo la castigaban crueles y rabiosos. Vide: paciencia y resignación. Cómo la impedían sus espirituales ejercicios. Vide: oraciones y paciencia. Cómo la persiguieron pertinaces para que no entrase en las iglesias de la Compañía de Jesús, ni se confesase con los hijos de san Ignacio. Cuánto batallaron rebeldes para impedirla el dar cuenta de su conciencia a los confesores. Cuán tercos estuvieron en la pretensión de apartarla del dictamen de tener un solo confesor. Cuán contumaces fueron en el impedirla la frecuencia de los santos sacramentos. Con cuánta crueldad la atormentaron obstinados para acabar con su vida. Cómo salía siempre vencedora por las asistencias frecuentes del cielo. De otros martirios más extraordinarios con que la atormentaron.

Desamparos de Dios y lo que padecía en ellos la sierva de Dios. Vide: ausencia y oscuridades. Desamparos de confesores. Vide: paciencia y confesores.

Descripciones de águilas, árboles, gloria, vejez, pelícano, tempestades, guerras, muertes, temores, oscuridades y nuevas cristiandades. Vide: en sus letras.

Deseos de padecer: vide: paciencia. Los que tuvo de amar y servir a Dios. Vide: Jesús y amor. Los que tuvo de ser de la Compañía. Vide: Compañía de Jesús. Los que tuvo de la salvación de las almas. Vide: casos raros. Pecadores. Misiones. Temores. De padecer por Dios y por los hombres. Vide: paciencia y caridad, amor y padecer. Deseos de la Salvación de todo el mundo. Vide: caridad, conversiones, y celo de las almas. Más quería padecer que gozar.

Desgracias: las veía y prevenía con luz del cielo para remediarlas con su padecer e intercesión en la presencia de Dios. Vide: fiestas del mundo. Las que prevenía la sierva de Dios. Vide: pecadores, mundo y visiones.

Devoción: cuán cuerda y fervorosa era la de esta sierva de Dios. Vide: oración, obligación y recato. Devociones de varios ángeles y santos. Vide: santos, ángeles y luces. Devoción particular a Jesús y María. Vide: en sus letras.

Diablos: los que tienen oficio de perturbar los auditorios, porque se falte a la veneración debida en los templos. Cómo les concede Dios hacer las indecencias que ven hacer a los cristianos. *Ibidem*: golpes y martirios que la hacían los demonios. Vide: enfermedades. Procuraban con todas sus fuerzas impedir a Catarina el que pidiese por los pecadores y por las benditas almas. Vide: pecadores y caridad.

Diego: el excelentísimo e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas, debió mucho en vida y muerte a las oraciones de la sierva de Dios. Cómo previo el día de su fallecimiento y ayudó en la otra vida. Padre Diego Ortiz Foronda, muerto a manos de indios apóstatas, en la Tarahumara.

Duque de Veraguas: varias visiones que tuvo de la venida de su excelencia a las Indias y de su inopinada muerte.

## E

Eclesiásticos: lo que Dios les estima y favorece, y lo mucho que le ofenden sus pecados. Vide: sacerdotes, murmuraciones y casos raros.

Edad de Catarina: vide: muerte.

Eficacia de su intercesión: vide: oración, llaves y caridad. Salud especial que consiguió para un enfermo.

Elocuencia: entre todos los estilos, el claro y doctrinal es el más seguro y provechoso. La elocuencia más clara es la mejor y la más estimada. La elocuencia de Catarina en lo natural era afluente, enérgica y algo balbuciente. En lo sobrenatural era clara, propia y celestial. La elocuencia simbólica y enigmática es confusa y suele Dios visar de ella cuando no quiere que se penetren sus secretos.

Enemigos: vide: guerras, ladrones y traidores. Quién tiene o ha tenido enemigos debe estar siempre en vela. Nunca se debe creer al enemigo, aun después de reconciliado y sacramentado.

Enfermedades: cómo la hacía la Señora en ellas por medio de sus imágenes. Cuán continúas y violentas eran las que padeció la sierva de Dios. Cuán continuas eran las asistencias del cielo para el alivio de sus dolencias. Cómo y cuándo se subordinaban los médicos corporales a los espirituales en sus curaciones y mandarla sacramentar. Cómo la prevenía Dios con la noticia de sus enfermedades para que las lograse con la aceptación y conformidad con la divina voluntad. De la enfermedad que padeció el año de 1674 y se pone por ejemplar de las anuales y frecuentes con que la ejercitaba el Señor. Extraordinarias, que padeció y cómo sanaba milagrosamente de ellas. De su última enfermedad.

Engaño: Trazas engañosas del demonio. Vide: infierno.

Entierro: de su entierro y cosas particulares que sucedieron. Vide: honras, mortaja, muerte y testimonios. De la solemnidad con que la enterró el señor deán y venerable cabildo en ausencia de su Ilustrísima. Honró Dios a su sierva en el tiempo de su muerte y entierro con notables circunstancias. Vide: mortaja, muerte y testimonios.

Epitafios: los que se pusieron en el túmulo de sus honras.

Erratas: dice súplica, léase suplica Catarina. No sé qué la decía. Lee a no sé qué, la decía.

Escapularios: los muchos que usaba y entre ellos el de nuestro padre san Ignacio y milagros que hacía con todos.

Esclava: cómo rehusaba el título de esclava de Jesús y María, por el conocimiento de su indignidad. Vide: humildad.

Esclavitud: respecto a los hombres, es desdicha; respecto de Dios, es felicidad. Vide: casamiento y peregrinaciones.

España: vide: reyes de España, monarquía, guerras y vuelos.

Espejo: cómo el pecho de Cristo servía de espejo a ésta su sierva y el pecho de Catarina era también espejo en que se veía Cristo. Comparación de los dos espejos, esposo y esposa, amplificada en Jesús y Catarina.

Esperanza: que no es contra la virtud de la esperanza, el temor santo de perder la gloria, por nuestras culpas. De la grandeza y firmeza de la esperanza de la sierva de Dios. Se prueba esta grandeza con las obras de Catarina y se compara en esta parte con santa María Magdalena.

Espíritus vanos, e hipócritas: vide: en sus letras. Muchos hay que necesitan de espuela, otros de freno porque en materia de espíritu le puede errar por uno de los dos extremos, del más y el menos.

Esposa: como lo fue de Cristo, Catarina escogida antes y después de su nacimiento por María Santísima para este fin. Favores de la Sagrada Familia: Jesús, espejos y semejanzas. Esposa de Jesús: es blasón honorífico y por esto rehusó toda su vida este título la sierva de Dios. Adoraos y joyeles de esposa de Cristo, cómo y por qué los rehusaba. Dase razón, porque admitía el título de querida y amada de Dios, cuando rehusaba el de esposa.

Estanques de aguas cristalinas y de leche: símbolos de nuevas cristiandades y de aumentó de gracia. Vide: cristiandad y leche.

Esterilidad: cómo hizo la sierva de Dios de esta antigua afrenta, argumento de su profunda humildad. Vide: humildad.

Eternidad: lo que aprovecha su conocimiento. Vide: inferno y temores. Eternidad de cielo. Vide: bienaventuranza. Eternidad de Infierno. Vide: inferno.

Excesos de Amor divino: Vide: amor y favores de Jesús y María.

Expulsos de las religiones, su peligro por la inconstancia y varias visiones que tuvo de algunos. Vide: perseverancia, Compañía de Jesús y casos raros. Favores de Dios, el que no se admitan en las religiones, los que prevé su Majestad que no han de perseverar. Vide: casos raros.

## F

Favores: cuán conveniente es la ocultación de los favores del cielo y peligrosa su manifestación, especialmente en mujeres. Vide: mujeres. Cuánto y por qué motivos los rehusaba la sierva de Dios. Cómo la humillaban los beneficios de Dios. Cuán poco seguros y peligrosos son favores extraordinarios que no humillan a los que los reciben y cuándo estos los desean. Cómo y cuán restada batallaba con Dios, porque no la favoreciere con regalos extraordinarios en esta vida. Vide: Jesús y María. Cómo la comunicó el Señor las gracias que repartió entre otros muchos santos. Favores especiales del Niño Dios, Jesús Amante y de Cristo Crucificado. Vide: Jesús. Favores especiales de María Santísima. Vide: María. Favores de la más Sagrada Familia. Favores que recibió del

Padre eterno y de Jesús Amante, esposo. Vide: corazón, Jesús, imágenes, espejos y comuniones. Favores especiales de María Santísima. Vide: María, imágenes y semejanzas. Favores especiales de santos. Vide: luces y sus propias letras. Favores del cielo: varios favores que recibió la sierva de Dios, como efectos del manantial del divino Amor. Favores que recibió de la Santísima Trinidad.

Fe: esta preciosa virtud es y fue en la sierva de Dios, el fundamento de toda la perfección cristiana. Compárase de la Catarina a la piedra preciosa, abestro. Compárase a la piedra jaspe, y por qué. Compárase al grano de la mostaza. Pondérase la grandeza de esta virtud en Catarina. Cómo fue Dios con especial providencia, introduciendo esta virtud en su criatura escogida, comenzando por la predicación de sus padres gentiles. Crece el concepto de la grandeza de esta virtud en Catarina, comparándose con la que reconocemos en los cristianos viejos. Cómo acompañaba la sierva de Dios la virtud de la fe con todas las demás virtudes. Vide: templo.

Felicidades: las humanas juzgaba Catarina, indignas de estimación por momentáneas, por venir siempre mezcladas con amarguras porque las comparaba con las eternas. Vide: bienes y hermosura.

Felipe: nuestro rey y señor don Felipe IV, el Grande, de buena memoria, asistido del elevado espíritu de la venerable Catarina. Vide: águila.

Fiestas: cómo huía de las profanas y aun de las eclesiásticas aun cuando el popular bullicio las desordenaba. Casos raros en que la manifestó Dios cuando le ofendían los fieles en las fiestas que le hacían. Vide: templos, santos y oración. Fiestas del mundo: paran ordinariamente en tristezas y desgracias. Cuánto huía de ellas la sierva de Dios. Vide: visitas y retiro.

Flotas: vide: navegantes.

Fragancia: la que se sintió en la muerte de la sierva de Dios o en su entierro. Vide: vestidos.

Francisco: san Francisco Javier: su especial patrón y abogado. Vide: amor y cristiandad del Mogol. Particular patrón de los navegantes. San Francisco de Borja: vide: revelaciones. San Francisco de Asís: santo de su devoción. Vide: patriarcas. Padre Francisco de Arteaga, de la Compañía de Jesús: misionero apostólico de los Indios Tarahumaras, muy querido de la sierva de Dios, a quien ayudó en sus trabajos y profetizó muchas cosas, dignas de esta historia. Capitán don Francisco Romero Moscoso: su bienhechor y afecto de Catarina, y por eso muy favorecido de Dios,

en toda su Familia. Don Francisco Javier de Vasconcelos: a quien alargó Dios la vida por la intercesión de su sierva.

Fuente de sangre: en que vio a Cristo crucificado para el bien del mundo.

## G

Gallinas: símbolos de los padres de espíritu y misioneros.

Gaspar de Silva, señor don, conde de Galve, virrey de Nueva España: tratase de su grandeza, de la plenitud de su inteligencia y feliz gobierno, en la dedicatoria de este libro.

Gentilidad: la del Mogol y de la India entendida por las oraciones de esta sierva de Dios. Intercesión y patrocinio de san Francisco Javier y de Nuestra Señora. Vide: Mogol. Los muchos gentiles que se redujeron a nuestra santa ley, por la intercesión de la venerable Catarina. Particulares noticias de la extensión de la fe en el Japón, China, Mogol, Filipinas y en este Nuevo Mundo. Vide: Tarahumara, cristiandad y Californias.

Globo de luz: que se vio en la Puebla como prenuncio de la muerte de Catarina.

Gloria: cómo era arrebatada en espíritu a ella. Vide: visiones. La que tenía prevenida Dios para su sierva y cómo la alentó con manifestársela en esta vida. Vide: cielo, bienaventuranza, águila, árbol, perfección. La que tenía Dios prevenida y predicha para su sierva. Vide: perfección, revelaciones y profecías. Testimonios de su santo. Las muchas almas que lleva Dios a su gloria por la intercesión de la sierva de Dios. Símbolo de la gloria.

Gobierno: la asistencia de Catarina a los de la Compañía de Jesús y de todo el mundo.

Guerras: las que tuvo con el demonio. Vide: demonio y poder. Cómo y con qué poder asistía a las guerras de la Europa, favoreciendo a los ejércitos españoles. Alzamiento y guerras de Mesina a que asistió en espíritu. Guerras de Flandes a que asistió en espíritu, al señor conde de Monterrey contra el príncipe conde general del ejército de Francia.

Guerras de Nueva España en sus puertos. Cómo las permitía el Señor por los pecados de los españoles y con especialidad por su soberbia confianza y cómo peleaba por nosotros con espada en mano. De cómo se debió a Catarina y a sus oraciones, después de Dios, el desalojamiento de los enemigos que poblaban la Laguna de Términos. Vide: enemigos y poder.

## H

Hablar de quien mucho habla, se ha de esperar poco y nada.

Habitación: la primera y última de esta sierva de Dios. Cuanto fueron humildes en vida, fueron ensalzadas en su muerte. Cómo convirtió su pobre albergue por su profunda humildad, en huerto de flores y celestial paraíso a imitación de Cristo, que transformó con su divina presencia el Pesebre en casa de Dios. Vide: humildad y vestidos.

Hábito: no usó esta sierva del exterior de personas recogidas, y por qué. Cuán honesto debe ser en las personas espirituales a imitación del que usaba la sierva de Dios. Vide: vestido.

Hermosura: la humana acarrea trabajos y penas. Cuánto deseaba perder la del cuerpo por conservar la del alma. Cómo consiguió ser fea por no poner en riesgo su virginal pureza. Vide: honestidad y felicidades humanas. La de su cuerpo después de su dichosa muerte.

Hija: con que propiedad lo era de la Compañía de Jesús. Vide: cruz, humildad y obediencia.

Hijos: Los de Eva nacen llorando, y por qué.

Hipocresía: cómo pierden su estimación las personas hipócritas entre los hombres y para con Dios. Vide: humildad y mujeres.

Hipócritas: pena que les corresponde en los infiernos.

Hipólito del Castillo, don: dichoso por haber sido casero de Catarina. Vide: habitación. Afecto y bienhechor insinúase su piedad. Vide: habitación. Beneficios que recibió de Dios por el agradecimiento de la sierva de Dios. Vide: doña Juana María Moscoso.

Homicidas: tenía más lástima de ellos que de los muertos.

Honestidad: antes de tener uso de razón, mostró Catarina tener amor a la pureza. Vide: recato, recogimiento y vírgenes. Cómo la combatió el mundo en su niñez. Cuán perseguida fue de los hombres en su juventud. Cómo salió vencedora del enemigo de la sensualidad. Vide: casamiento, casos raros, hermosura y batallas. La de la venerable Catarina, era hija legítima de su humildad y virginal pureza. Vide: pureza, recato, humildad y casos raros.

Honras que se hicieron a la venerable sierva de Dios. Sermón que se predicó en ella.

Huerto: cómo está dichosa alma lo fue cerrando y sellando para el divino Esposo. Vide: sello y Jesús Amante.

Humildad: cuán humilde se mostró en su niñez. En sus palabras y acciones. Vide: modestia. En su habitación, con las personas que trataba y en especial con sus confesores. Así como levanta Dios a los que humilla, abate y deshace el mundo a los que ensalza. Los que gustan de ser alabados y aplaudidos, más parece que tienen de soberbios que de humildes. Vide: vanidad y vanagloria. Cómo se tenía por indigna del nombre de esclava de Jesús y María. Vide: favores, mujeres, y vanagloria. Es la humildad el ser y precioso valor de todas las virtudes. Cuán humilde era en todas sus acciones y palabras. Raros casos y ejemplos de esta preciosa virtud. Vide: obediencia. Era el escudo con que se defendía del demonio y del mundo. Con ella batallaba con los ángeles, con Jesús y María. Vide: Jesús y María. Era humilde de ejecuciones y no solo de afectos. Pruebas de su heroica humildad en el sufrimiento de vilipendios, persecuciones, y agravios. Vide: vanagloria y mujeres. Cuán bajamente sentía de sí y bien de los demás. Vide: cristiandad. Cuánto rehusaba las ilustraciones soberanas y favores del cielo. Vide: favores. Cuán restada rehusó por toda la vida el título de esposa y esclava de Jesús y María. Vide: Jesús y María. Cómo huía recatada de toda apariencia de plausibilidad. Vide: favores y Mujeres. Cómo por su humildad fue amada de Dios y de los hombres. Vide: hipocresía y mujeres. Cómo la humillaba Dios con favores y beneficios. Vide: favores. Cómo la ensalzaba Dios al peso y medida de su humildad. Es el primer fundamento y señal de buen espíritu. Vide: obediencia. Subió Dios a Catarina a un muy alto de contemplación por la humildad con que se ponía en la presencia de Dios. Vide: contemplación. El verdaderamente humilde por mucho que haga, le parece poco, halla en sí siempre defectos que enmendar y en los otros, virtudes que imitar y admirar en los prójimos. Era tan humilde Catarina, que se

persuadía, no habría quién la asistiese en su muerte, no solo en la tierra, pero ni en el cielo.

Hurtos: Vide: ladrones y oraciones de la sierva de Dios. Cómo se valían de su intercesión frecuentemente las fieles, para hallar las cosas hurtadas y perdidas. Cómo consiguió de Dios, que pareciese una mujer que se había huido de su marido, con crédito de ella y satisfacción de su marido. Vide: bienhechores.

## I

Ícaro: símbolo de soberbios desvanecidos.

Iglesia: vide: templo. Cuán conforme es él orden concertado de la militante, con el que tienen los ciudadanos celestes en la triunfante. Lo que la costó el perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús. La veneración que se debe a los templos y a la predicación evangélica. Vide: casos raros.

Ignacio, san: su especial patrón y maestro. Vide: santos de su devoción. Porque se ha mostrado el glorioso patriarca a sus devotos con banderas en la mano. Cómo estuvo siempre subordinada la sierva de Dios a los padres de la Compañía e hijos de san Ignacio. Vide: compañía, confesores y obediencia. Del amor que tuvo a esta sagrada religión, de la prudencia con que le apellidaba hija de san Ignacio y de sus hijos, hermana de la Compañía; y del especial aprecio que hizo de esta sagrada religión. Vide: Compañía, temores y templo. Cuánto veló este glorioso patriarca para conservarla en sus iglesias y en la dirección de sus hijos. Vide: demonios y sus persecuciones, confesores y obediencia.

Ignorancia: suele ser atrevida y digna de desprecio su censura.

Igualdad: para que la total igualdad de los vivientes no sea injusta, deben imitar en proporción debida el gobierno de la monarquía celeste.

Imágenes: cómo las respectaba aun en la representación formada. Imitación de Cristo. Vide: pasión del Señor, habitación y paciencia. Imágenes del Niño Dios: prodigiosas para con esta su sierva desde su niñez. Favores especiales que recibía de la imagen del Niño Jesús que está en el

altar de santa Rosa. Imágenes de Jesús Nazareno: los efectos maravillosos que causaban en su alma. Vide: pasión del Señor. Favores especiales que recibió de la imagen de Jesús Nazareno de san José. Vide: láminas. Sudores misteriosos de una imagen de Cristo Crucificado. Imágenes de Nuestra Señora: todas eran milagrosas, por la fe y devoción de esta su querida hija. Vide: Cosamaloapan y María Santísima. Imagen de la congregación de nuestro colegio del Espíritu Santo: prodigiosa por las oraciones de Catarina. Cuán eficaces eran sus oraciones a vista y en presencia de esta prodigiosa imagen. Imagen de Nuestra Señora de Loreto y de los favores que recibía por medio de ella, Catarina. Imágenes de la Soledad, Antigua y Defensa: que están en la santa Iglesia catedral, cuán milagrosas eran con esta sierva de Dios. Favores especiales que consiguió de ella para sus devotos. Imagen de Nuestra Señora del Rosario: era de su primaria devoción. Vide: rosario. Imagen de Nuestra Señora de Cosamaloapan, santuario de su particular devoción. Vide: Cosamaloapan.

Inconstancia: simbolizase en la raposa y en jumento. Expulsos y perseverancia.

Indias: India Oriental y sus grandezas: vide: Mogol y patria. Indias Occidentales y sus grandezas.

Infierno: penas que vio en él para castigo de los adúlteros. Vide: adúltera. Lugar de confusión desordenada y cuánto le debe huir está en el gobierno político y más en las iglesias. Ponderase su horror y peligro en la descripción de un Árbol. Vide: árbol, eternidad, vejez y casos raros. Lo que importa bajar vivos a él para no bajar después de muertos. Vide: casos raros, Temores de la sierva de Dios. El poder que la concedió Dios contra estos infernales monstruos y el horrible temor que la tenían. Visitas que hizo al infierno y variedad de penas en que veía a los condenados. Penas en que vio a los adúlteros. Vide: adúlteros. Pena especial que aflige a un condenado por callar pecados en la confesión. Salían representándosela en el infierno, los vivos con aquellas penas, les esperaban en la eternidad o las que al presente merecían por sus culpas.

Inspiraciones: cómo correspondía a ellas, con la consulta y aprobación de sus confesores. Se debe corresponder a las del Espíritu Santo.

# J

Jacob: su lucha con el ángel fue con las armas de la oración. Su escala, símbolo del camino de la perfección.

Jaculatorias: Las más ordinarias de que usaba esta sierva de Dios eran las oraciones del rosario. Vide: rosario y peregrinación al santuario de Cosamaloapan.

Japón: cuánto se aumentó su Cristiandad y noticias de su futura y total conversión. Vide: cristiandad. Confederación y amistad con los reyes de España futura. Vide: reyes de España.

Jaspe: símbolo de la fe y por qué. Vide: fe.

Jesús: Jesús amante: varios favores que recibió de su divino Amor. Vide: espejo, Esposo y favores. Jesús Niño: favores del Niño Dios: vide: apariciones e imágenes. Jesús Niño en los brazos de su madre. Jesús Crucificado: objeto principal del amor de su sierva. Vide: pasión del Señor. Lo que estima Jesús a los de su Compañía. Vide: Compañía. Cuán cordial afecto tenía la sierva de Dios al nombre de Jesús. Vide: san Ignacio, Compañía y nombre de María. Jesús Nazareno: su primera aparición a esta su sierva. Vide: imágenes. Jesús Sacramentado. Vide: comuniones y misas.

San Joaquín: su especial patrón. Vide: apariciones. Santo de su devoción.

José: san José: santo de su especial devoción y cómo la obligaba para asegurar su Patrocinio. Padre José Tarda de la Compañía de Jesús: uno de los primeros misioneros de la Nación Tarahumara, y varias noticias que nos da en sus cartas. Vide: misiones y Tarahurmaras.

Josué: dale razón, porque detuvo con su oración al sol para que alumbrase hasta conseguir la victoria.

Juan: san Juan Bautista: santo de su noble y especial devoción. Vide: celos. Padre Juan de Sangüesa, su confesor. El ilustrísimo, reverendísimo y venerable señor don Juan de Palafox y Mendoza, virrey de Nueva España y Obispo de la Puebla de los Ángeles, que aprobó su espíritu, siendo su actual pastor, después de muerto con representaciones de bienaventurado, la alentaba y confortaba en compañía de sus confesores. Vide: obispos de la Puebla. El venerable padre fray Juan Bautista, religioso de la Orden Seráfica, fue su primer confesor, la predico entre otras cosas dignas de historia, su sumo padecer en esta vida y su dichosa muerte. Padre Juan de Sangüesa de la Compañía de Jesús, uno de sus

primeros confesores. Vide: confesores y purgatorio. Padre Juan Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús. Vide: revelaciones. Padre Juan de Cáceres, su confesor y de la admiración que le causaba la sabiduría de esta su penitenta. Padre Juan Bautista Barrena de la Compañía de Jesús, que murió en las Islas Filipinas, a quien asistió la sierva de Dios en Espíritu y nos previno con las noticias de su muerte y dichoso vuelo de su alma al cielo en la hora de su fallecimiento. El señor don Juan de Austria fue asistido de la sierva de Dios en su muerte y cómo nos la predijo, mucho tiempo antes. Señor don Juan Miguel de Augurto, oidor y presidente de las Reales Audiencias México, Guatemala y Guadalajara, muy afecto a la sierva de Dios y asistido de la eficacia de sus oraciones, en la muerte prevista y predicha antes por la misma Catarina. Señor don Juan de Arechaga, oidor más antiguo y presidente de esta Real Audiencia de México, muy afecto de la sierva de Dios y varios beneficios que recibió de su Majestad por la intercesión de su sierva.

Juana: varias apariciones que tuvo doña Juana de Irazoqui, de la sierva de Dios, manifestándola está la gloria que tenía en el cielo, en premio de sus virtudes y trabajos de esta miserable vida. Hermana e hija en espíritu de la venerable Catarina, cómo corría en compañía de la sierva de Dios, mar y tierra, para bien de los navegantes y de otros necesitados en el Universo Orbe. Doña Juana Mejía Moscoso, su bienhechora y venerable matrona por su virtud y gobierno, asistida de la venerable Catarina en la hora de su dichosa muerte. Visita especial que hizo a la sierva de Dios, con apariencias, y representaciones de bienaventurada.

Judas: vide: santísimo sacramento, comuniones y traidor.

Jueces y justicias de la tierra: Ordinariamente se acomoda su dictamen con la voluntad del divino y supremo juez. Vide: ladrones, hurtos y casos raros. Cuán herrados viven los murmuradores de las justicias y gobernadores de la tierra y cómo deben temer el Juicio de Dios, en la cuenta universal de sus malicias y malas intenciones. Cómo suelen salir los ricos y poderosos, libres y sin costas de sus delitos, por la codicia de los jueces o por la providencia divina. Vide: ladrones, y casos raros.

Juicios temerarios: vide: murmuraciones.

Justos: los que se ocultan en vida, se ven honrados de Dios en la muerte. Lo que sienten las ofensas de Dios. Sus muertes suelen ser castigo de los pecadores. Cómo Dios les consuela con regalos y no se niega a sus peticiones. Vide: favores y oraciones. Cómo lloran en su retiro los pecados, que le cometen en los regocijos públicos. Vide: fiestas del mundo. Cómo perdona Dios a muchos pecadores por las oraciones de

un justo. Suele la divina Justicia conformase con los dictámenes de la humana bien intencionada. Cuánto siente Dios y severamente castiga a los que agravian a sus escogidos.

## L

Ladrones: cuánto debieron a las oraciones de Catarina, para librarse de los castigos que merecían sus delitos en esta vida y en la eterna. Caso particular de un ladrón manifiesto, a quien dio por libre la justicia humana por las oraciones de Catarina. De otros tres que castigó Dios, para escarmiento de salteadores. Vide: casos raros, malhechores y hurto.

Lámina: traía sobre su corazón una milagrosa de Jesús Nazareno.

Lasciva: vide: casos raros, honestidad y perros.

Leche de la Santísima Virgen: cómo se la ofreció muchas veces a su sierva, y la rehusó ésta por su humildad. Vide: esclava y humildad. Leche en pozos y estanques repartida por manos de predicadores, es símbolo de conversiones de Gentiles. Vide: estanques y gentilidad.

Lengua: su fiereza. Vide: silencio.

Ley de Cristo nuestro Señor: con cuánta puntualidad la observaba. Vide: obediencia y confesores. Varias maravillas con que mostró el Señor lo que le agradaba en su sierva la exacta obediencia de su Ley. Porque siendo tan suave la Ley de Cristo, se hace pesada para muchos.

Líbano: Monte en que se simboliza la perfección de Catarina.

Libros: su leyenda es gran remedio contra los vicios.

Limbo: de una visión particular que tuvo un hermanillo suyo, que murió sin bautismo. Algunos niños del limbo clamaran contra sus padres el día del juicio. Por medio de las oraciones, y merecimientos de san Nicolás llevó Dios al cielo a un niño, que había muerto sin bautismo.

Limosnas: que hacía. Vide: caridad y pobreza. La limosna alivia mucho a las ánimas del purgatorio. Vide: obras.

Linajes: se simbolizan en árboles y plantas. Vide: árboles. Dedicatoria de este libro y nobleza.

Llaves misteriosas: que la entregó el Señor y su significación. Vide: oración y caridad. Llaves de la muerte y del infierno, no las fía Dios a las criaturas, y por qué. Vide: bienhechora.

Lorenzo Mola, fray capuchino: tuvo una visión particular en crédito de los que mueren dentro de la Compañía de Jesús.

Luces: soberanas que la asistían y alumbraban y su significación. Vide: ángeles y santos.

Luceros: símbolos de Jesús y María.

Luis: especiales favores que recibió del doctor don Luis de Góngora por devoto de Nuestra Señora de la Soledad, de san Miguel, y oraciones de Catarina.

Luz del cielo: que tuvo esta alma. Vide: sabiduría y visiones. Cómo fue Dios su principal maestro, por sí, por sus ángeles y santos. Cuán grande y prodigiosa fue la luz que la guiaba por el camino del cielo. Vide: revelaciones. Efectos admirables de esta soberana luz. Cuán necesario es maestro humano en el camino y cuán conveniente el que sea solo uno. Vide: confesores, obediencia y paciencia. Globo de luz anunció de su muerte.

## M

Maestros: como hacía Catarina oficio de maestra de espíritu, para guiar a las personas tentadas y atribuladas. El espíritu era su principal maestro. Maravillas. Vide: prodigios.

Magdalena: desmintió todas las culpas pasadas con sus lágrimas y penitencia. Fue ejemplar maestra de castos amores. Vide: amor.

Mancera: la señora marquesa de Mancera, virreina de Nueva España, bienhechora de esta sierva de Dios, y cómo se lo pagó Catarina en vida y muerte.

Manjar: servía de alimento a Catarina el Santísimo Sacramento. Vide: comuniones.

Manuel: padre Manuel Sánchez de la Compañía de Jesús, muerto a manos de indios apóstatas en la Tarahumara.

Mar: cuán terrible es a los mortales por su inconstancia y braveza, y cómo le hollaba la sierva de Dios en espíritu, amansando su furia con el divino poder. Vide: tempestades.

Marcos: hermano Marcos de la Compañía de Jesús, compañero de san Francisco de Borja.

Margarita de Chávez: su ama y madrina. Vide: Miguel de Sosa.

María Santísima: sus multiplicados beneficios a ésta su querida hija. Vide: apariciones. Trataba con el nombre de hija. Hacía oficio de enfermera con Catarina. Vide: imagen de la congregación, rosario. Cuán poderoso era el nombre de María en la boca de esta su sierva. Vide: batallas, rosario y Cosamaloapan. Devoción particular de Catarina a esta Soberana Señora. Vide: imágenes de Nuestra Señora. Cómo la manifestaba los misterios de sus festividades y las de su Santísimo Hijo. En especial, el de la presentación y asunción. Cómo la socorría en las necesidades temporales. Vide: imágenes. Favores especiales que hizo a la venerable Catarina. Cómo purificaba su corazón con sus soberanas manos y la enriquecía por sí y por sus ángeles, para los desposorios del Niño Dios. Cómo explicaba Catarina el poder, y grandeza de esta soberana reina y cómo se defendía con su nombre. Cuán devota era la sierva de Dios de la Imagen de Nuestra Señora de la Soledad, y los muchos favores que recibió por medio de esta milagrosa efigie. De otros favores que recibió de Nuestra Señora del Rosario. La venerable madre María de Jesús, cómo predijo a Catarina sus trabajos, y sumo padecer. Era esta Señora la mano por donde conseguía Catarina todo lo que pedía. Especial favor, que la ofreció y concedió la reina de los cielos. Vide: favores, conversiones, eficacia y oración. Meditaciones: las sutiles y delicadas, más impiden que aprovechen a la contemplación. Con ellas consiguió Catarina la subiese Dios a muy alto grado de perfección.

María Enríquez, doña: afecta a esta sierva de Dios y bienhechora de los altares de Loreto y santa Rosa.

Marina: doña Marina de Escobar y algunas de sus revelaciones. Vide: revelaciones.

Marianas Islas: cuánto padeció por los Indios, sus pobladores.

Marido: cuán pesada cruz es para la mujer si no es cuerdo. Vide: casamiento. Lo mucho que debió el de Catarina a su mujer y cómo se salvó por haberle sufrido y rogado a Dios por él. Vide: casamiento.

Matrimonio: vide: cruz y mujeres.

Médicos: los que confían en Dios y desconfían de sí, son los mejores.

Mentiras: lo que las aborrecía y huía de los mentirosos. Vide: murmuraciones.

Merecimientos: solo es tiempo de merecer el de esta vida.

México: Nuevo México. Vide: misiones.

Miguel: capitán Miguel de Sosa: amo de esta esclarecida virgen y lo que le costó la felicidad de adquirirla por hija adoptiva con título de esclava y tenerla en su casa. Vide: don Cristóbal Guerrero, licenciado Pedro Suárez y casamiento. El padre Miguel el Godínez de la Compañía de Jesús, su confesor y su dichosa muerte. Calificó el Espíritu de Catarina. San Miguel: Patrón especial de Catarina y varios favores que recibió para sí y para otros por su especial asistencia. Vide: ángeles, luces y doctor don Luis de Góngora.

Milagros: los que hizo la Omnipotencia para conservar la vida de esta su sierva. Vide: casamiento, nacimiento, naufragios, peregrinaciones y honestidad. Milagros, que hacía con el aceite de la lámpara de Nuestra Señora de Cosamaloapan. Salud milagrosa que dio a su marido. Milagrosa conservación de la vid, de un niño caído en un pozo. Vide: san Nicolás. Milagros que se veía en la conversión de las almas por su intercesión. Vide: casos raros, pecadores y escapularios.

Misas: cómo daba cumplimiento a los deseos de oír sin faltar a las cosas de su obligación. Cómo se prevenía para oír misa con provecho de su alma y de los prójimos. De los muchos ángeles y santos que la asistían al oír misa. Cuán misteriosas eran las misas que oía para el bien del mundo. Varios modos que usaba para oír con devoción y provecho misa. Cómo la comunicaba el Señor los tormentos de su pasión mientras asistía a este Santo Sacrificio. Cómo la comunicaba los misterios de la misa y los secretos de los corazones en los que decían y oían misa. Vide: comuniones, templo, sacerdotes y casos raros.

Misiones: las del Nuevo México y alzamiento de sus indios, y asistencia espiritual de la sierva de Dios favoreciendo a los españoles. Misiones y padres misioneros de la Compañía de Jesús, cuán favorecidos han sido de Dios por la intercesión de Catarina. Cómo previo, ayudó a la conversión y reducción de la Nación Tarahumara y varios símbolos con que explicaba estas nuevas cristiandades futuras. Vide: cristiandad. Cómo y por qué las conquistas de los misioneros evangélicos se deben comparar con las de los emperadores, que tienen el primer asiento en el templo de la Fama.

Modestia: era muy singular la de sus ojos, especialmente en la calle e iglesias. Con ella componía todos los circunstantes que estaban en su

presencia. En el andar y vestir era maestra ejemplar a las personas de todos estados. Vide: recato y recogimiento. En sus palabras, era modelo de personas cuerdas. Vide: silencio y virginal pureza. Modestia la de esta sierva de Dios fue muy singular. Vide honestidad, recato y vestidos.

Mogol: Grandeza y origen de su imperio. Su nueva cristiandad introducida por la predicación de los padres de la Compañía y particulares asistencias de Nuestra Señora y san Francisco Javier y por los méritos de Catarina. Vide: padres.

Moisés: Los prodigios que obró.

Monarcas: no deben ensangrentar sus manos con la exención del castigo, ni pueden premiar ni hacer justicia si les faltan buenos ministros. Han de saber todo lo que pasa en la monarquía y no fiar todo su gobierno a los ministros, si no quieren malograr su buena intención y recta justicia. Vide: reyes.

Monarquías: las del mundo deben ajustarse al gobierno de la celestial.

Montes: el Líbano y Olivete, símbolos de la perfección de Catarina. Vide: en sus letras.

Moribundos: sus congojas y sobresaltos, y cómo le hallaba a su cabecera, en espíritu, para favorecerles. Vide: temores.

Mortaja: prevista muchos años antes de su muerte. De la especial providencia, con que dispuso la divina Providencia, se verificasen las noticias de la mortaja, con que se había de enterrar la sierva de Dios. Cómo amortajaron su virginal cuerpo las señoras más principales de la ciudad. De la desordenada piedad del pueblo, aunque devota, con que procuró despojar al venerable cuerpo de su mortaja. Vide: entierro, honras y muerte.

Mortificación: cómo se dio a este santo ejercicio desde su niñez. De la mortificación continuada y entera de sus sentidos. Vide: modestia, silencio, recato y recogimiento. Cómo se dio a este santo ejercicio desde su niñez y cómo la alentaba el Señor en sus mortificaciones y penitencias; y cómo era para la sierva de Dios mayor pena el prohibírselas, que el ejecutarlas. Vide: penitencias. Lo que aprovechaban sus mortificaciones y penitencias al mundo. Vide: mundo, padecer y caridad.

Muerte: siempre parece a los infelices que se retarda como a los entronizados que se apresura. Vide: temores moribundos y humildad. Muerte de la sierva de Dios: Cómo la previno la reina de los ángeles que la había de asistir en ella. Mostráronla cómo había de subir al cielo su alma cuando se partiese del cuerpo. Varios prodigios en su muerte, entierro y después de muerte. Vide: en sus propias letras. Muerte dicho-

sa de Catarina. Se ocasionó la muerte de los martirios de los demonios. Vide: enfermedades, diablos y asistencias.

Mujeres: deben obedecer a sus maridos por más ásperos y rigurosos que sean, con el ejemplo de Catarina. Vide: marido y casamiento. Deben huir de los hombres, tanto como los hombres de ellas. Hay pocas cuerdas porque hay pocas calladas. Vide: silencio. Cuán peligrosa y dañosa es su familiar y estrecha comunicación. Vide: recato, visitas y perros. Cuánto se pegan a los beneficios y regalos, aunque sean de Dios, y se desvanecen con ellos por su vana y natural ligereza. No parecía mujer Catarina en el desprecio de sí misma, por ser, hablando en lo general, todas las mujeres ambiciosas de sus propias alabanzas y estimaciones. Cuán amigas son de exterioridades que las hagan notables y las señaladas en el mundo. Cuán dañosa es la división de mujeres en parcialidades de discordia, aunque se disfracen con velo y pretexto de virtud y perfección. Cuán amigas son de saber, y cuán dañosa su vana curiosidad. Cuán terrible es la ira en las mujeres y el sufrimiento con que las toleró la sierva de Dios. Cuán ajeno es de las mujeres el oficio de enseñar. Cómo suelen fingirse enfermas y aun endemoniadas, para engañar al mundo y a los confesores. Cuánto conviene el obligarlas a que no pierdan tiempo en el confesionario. Ellas deben buscar al confesor y no aspirar a que el confesor las busque y acaricie. Cuán amigas son de asistir a las fiestas públicas y comunes regocijos, por ver y ser vistas. Cuán suave hacen el yugo del Matrimonio si son buenas, y cuán intolerable si son malas. Cómo y por qué, se puede calificar de prodigio, el ver dos casados sin pleitos ni rencillas.

Mundo: son atributos del mundo, la pompa, ostentación y vanidad sin substancia. Vide: vanidad. Abate a los que ensalza. Sus caminos suelen tener por paradero un infierno. Vide: honestidad, recogimiento y retiro. Mundo y sus bienes, cuán despreciados de la sierva de Dios. Vide: caridad y pobreza de espíritu. Lo que debió a las oraciones de la sierva de Dios. Vide: bienhechora y eficacia de su oración. La rebelaba Dios todas las desgracias futuras que amenazaban al mundo, para que pidiese por las criaturas. Vide: bienhechora común. Las muchas almas que convertía Dios por lo que Catarina padecía. Vide: conversiones, caridad, padecer y purgatorio.

Murmuraciones: cuánto huía de ellas, y más cuando eran contra eclesiásticos. Silencio y vanagloria.

Músicas: las del esposo con que se recreaba. Vide: Jesús, María, amor y obediencia. Músicas celestiales: vide: mortificación y favores de Jesús y María.

## N

Nacimiento: cuán prodigioso fue el de la venerable Catarina. Vide: padres.

Naufragios: experimentole Catarina en su infancia en un río de que la libró la Providencia divina. Experimentó otro en la mar en que resplandeció la omnipotencia.

Navegantes: cuánto deben a las oraciones y caridad de la sierva de Dios. Vide: oraciones, mar y tempestades.

San Nicolás de Tolentino: fue especial abogado, y por su intercesión y panecitos consiguió la vida milagrosa de un niño caído en un pozo.

Nobleza: cómo no se opone a la Santidad. Vide: linajes Nombres de Jesús y María. Vide: en sus letras.

Nombres: de Jesús y María: cuán poderosos eran contra los demonios en boca de Catarina. Vide: batallas, rosarios y Cosamaloapan.

Novicios: particulares noticias que tuvo la venerable Catarina de los de la Compañía de Jesús. Vide: expulsos y compañía.

## O

Obediencia: cómo aplaudían los ángeles y santos la de Catarina. De la subordinación que tenía a sus confesores. Vide: recogimiento y visitas. De otros actos heroicos de esta virtud. Explícase la persecución de esta virtud con ejemplos singulares, que nos dejó la sierva de Dios y cómo obedeció siempre a sus propios confesores, y fue hija de san Ignacio por humilde y perfecta obediencia. Vide: humildad y confesores. Cómo la comunicó nuestro padre san Ignacio su espíritu y ella le imitó con puntuales imitaciones. Como todas las almas que se sujetaren al parecer del prudente confesor en la guarda de las leyes y consejos de Cristo, se pueden llamar hijas de san Ignacio por la imitación de sus heroicas virtudes y católica doctrina. Cuán puntual fue en la observancia de los mandatos de sus confesores, médicos y señores. Con cuánta exacción

observaba los divinos preceptos y los humanos cristianos. Vide: enfermedades. Con cuánto extremo mostró el Señor lo que se agradaba del celo Católico de la sierva de Dios en la guarda de su ley, obrando prodigios y maravillas. Vide: resignación. De la exacción con que ejecutaba los divinos consejos resignada al dictamen de su confesor anteponiéndole a las inspiraciones del cielo y voces angélicas. Como no quería ni aun ir al cielo sin licencia de su propio confesor cuando la convidaban los ángeles con la inmensa gloria de Dios. Varios ejemplos en que se prueba la obediencia ciega y perfecta de la venerable Catarina. Como los demonios pretendían astutos y obstinados impedirla la obediencia. Vide: confesores, demonios y poder.

Obispos de la Puebla de los Ángeles: Confirmola y alabó su hermosura el ilustrísimo señor don Alonso de la Mota y Escobar. Favoreciola, estimola y aprobó su espíritu el ilustrísimo y venerable señor don Juan de Palafox y Mendoza. Deseó verla el ilustrísimo y excelentísimo señor don Diego Osorio y Escobar y se valió de sus oraciones en la hora de la muerte. Vide: dedicatoria de este libro. El ilustrísimo y reverendísimo señor don Manuel Fernández de Santa Cruz, deseó comunicarla, aprobó su espíritu por medio de sus confesores, pagó a su ilustrísima el paternal cuidado con continuas oraciones y mostró Dios la eficacia de estas con misteriosas visiones. Vide: dedicatoria de este libro.

Obligación: las cosas de obligación, anteponía Catarina siempre a las de devoción.

Obras: pocas veces se hallan en quien habla mucho. Las buenas se deben ocultar cuando por extraordinarias se deben captar los humanos aplausos. Vide: vanidad, modestia y silencio.

Ocasión: cuán poderosa es y peligrosa para la salvación de las almas. Vide: oración y casos raros.

Ocupaciones: las de su niñez. Vide: obligación.

Ofrecimiento: los del rosario y demás oraciones. Vide: oraciones y rosario.

Oración: la vocal Vide: rosario. Eficacia de sus oraciones. Vide: imágenes. Cómo conseguía con ellos todo lo que pedía a Nuestra Señora. Cuán preciosas eran las de la venerable Catarina en los ojos de Dios. Cuánto debe la Monarquía de España a sus oraciones. Vide: reyes de España, guerras y flotas. Don Diego Osorio, Obispo de la Puebla, duque de Veraguas, Marquesa de Mancera, don Juan Miguel y bienhechores. Se mostró con especialidad el poder de la oración en apartar a los pecadores de sus ocasiones. Cuán grande dificultad sentía en alcanzar de Dios

beneficios para los miserables y avarientos. Cómo afijó a una señora moza los dientes, con sus oraciones. Cuánto la debían las conversiones y reducciones de herejes y gentiles. Vide: gentilidad, cristiandad y misiones.

Oratorio: cómo le halló dentro de su casa para darle la oración y ejercicios de penitencia y los prodigios que obraba Dios con las imágenes del dicho oratorio. Cómo se firmó dentro de su corazón.

Oscuridad: cómo la ejercitó Dios con oscuridades y desamparos. Vide: paciencia, desamparos, confesores, demonios y obediencia.

## P

Pablo: porque ocultó por muchos años, el apóstol san Pablo por muchos años los beneficios de Dios.

Paciencia: la de esta sierva de Dios. Vide: trabajos, batallas y casamiento. Actos heroicos de su humildad y paciencias en las injurias y desprecios se conocen. Desear padecer sin dar causa a la persecución de los próximos, es argumento de verdadera humildad. Lo que padecía en tiempo que hubo muchos confesores. Los grandes deseos que tuvo de padecer, y cómo la brindó el Señor hasta las heces, el cáliz de su sagrada pasión. Cómo quería más padecer que morir y que gozar de la gloria. Vide: oscuridades. Lo mucho que padeció por los pecadores herejes y gentiles. Cómo la ejercitó Dios por medio de sus confesores en la virtud de paciencia. Cómo la ejercitó el Señor por sí con desamparos y ausencias. Vide: ausencias, oscuridades, pasión del Señor y enfermedades. Cómo la predijo el apóstol varón fray Juan Bautista y la venerable madre María de Jesús.

Padres y patria: quiénes fueron los de esta esclarecida virgen, de su grandeza, virtudes y religión. Cuán favorecidos fueron del cielo aun de su gentilismo. Rostro de su padre. Cuán perseguidos fueron de los demonios, los padres de esta sierva de Dios y de los turcos. De la conversión, purgatorio y salvación de sus padres. Vide: apariciones. Del fundamento que tienen varios reinos apropiarse a esta esclarecida virgen.

Padrinos y amos: vide: Miguel de Sosa y confirmación.

Palabras: cuán falsas y vanas son las del mundo. Vide: silencio, retiro, batallas contra la honestidad y promesas.

Palacios: los de los grandes monarcas conviene tengan muchas puertas y muchos ministros si son buenos.

Parábolas: por qué hablaba Cristo en ellas al pueblo y con claridad a sus discípulos.

Pasión del Señor: los efectos que causaba en esta sierva de Dios su memoria. Vide: imágenes. Cómo en la meditación de la pasión la comunicaba el Señor algunos de sus dolores. Cómo la cruz de Cristo servía de descanso y dulce compañía a esta su sierva y ella a su majestad de Cirenea. Vide: caminos y trabajos. Cómo posponía los regalos del cielo a las amarguras de la cruz. Sello de Cristo en su sagrada pasión estampado en el virginal cuerpo de su sierva. Vide: sello y comuniones. Cómo se la mostraba Dios herido y maltratado, por manos de cristianos. Vide: comuniones y misas. La del Salvador la obligaba a padecer con sufrimiento callado. Cómo la comunicó el Señor el dolor de la bofetada, y otros escarnios. Vide: bofetada.

Pastor: símbolo de Cristo, Señor nuestro. Vide: cristiandad.

Patriarcas de las sagradas religiones: cuánto afecto les tuvo y cómo veneraba a todos los religiosos.

Pecados y pecadores: varios pecadores convertidos por las oraciones de Catarina. Vide: casos raros, lascivia y oración. La gravedad y multitud de pecadores retardan los divinos auxilios. El primer pecado se ha de huir para no cometer muchos. Pecados en el templo castigados con rigor. Vide: templo, comuniones y misas. Contra sacerdotes. Vide: sacerdotes, pecados callados. Cómo los manifestaba Dios para bien de sus criaturas. Vide: casos raros, sabiduría y traidores. Cómo en la reincidencia provocan las culpas en los delincuentes a desesperación. Vide: ocasión y casos raros. Varios símbolos con que la inclinaba Dios a padecer por los pecadores y entre estos jeroglíficos el lienzo de sabandijas que vio el apóstol san Pedro, el del Pelícano y con representaciones de Cristo en su sagrada pasión. Vide: pecadores, misiones y pasión del Señor. Cómo se salvan muchos pecadores por las oraciones de los justos a quienes persiguen. Vide: caridad, oraciones y confesores. Sus conversiones, cómo y por qué se deben atribuir a las oraciones de la venerable Catarina. Vide: casos raros, misiones y oraciones.

Pedro: licenciado Pedro Suárez, confesor de esta sierva de Dios, ejemplar sacerdote. Licenciado don Pedro Hurtado de Mendoza, afecto

a Catarina y benefactor de los altares de Nuestra Señora de Loreto y santa Rosa.

Peligro: Cómo huía la sierva de Dios de las ocasiones de pecar. Vide: recato, recogimiento, retiro y batallas contra su pureza. Cuánta seguridad debemos tener en los riesgos cuando Dios nos pone en ellos. Vide: visitas y casamiento.

Penitencia: las de su niñez. Vide: mortificación, modestia y recato. Cómo justificar y purificar las almas. Vide: adúltera. De las que usaba la sierva de Dios. Cuánto huía la publicidad en este santo ejercicio. Algunas penitencias en particular que ejercitó toda su vida. De las disciplinas que usaba y cuán agradables. Cómo se subordinaba a sus confesores en las penitencias y mortificaciones. De las disciplinas que usaba y cuán agradables eran al Señor. Cómo se encendía en fervorosos ardores, con la representación de Cristo en su sagrada pasión. Cómo los ángeles impedían el rigor de sus penitencias, para enseñarnos la moderación prudencial que debemos tener los confesores en la dirección de los penitentes. Vide: mortificación, paciencia, demonios y obediencia.

Perfección: en Catarina comenzó en huir el primer pecado. Figurose en varios caminos. Escalas y otros símbolos. Diola a escoger Dios el modo de subir a la perfección y escogió el subir poco a poco y no de repente. Escogió el camino de la cruz para subir a la cumbre de la perfección. Vide: caminos y trabajos. Varios símbolos con que explicó Dios la perfección de su sierva. Vide: descripciones y humildad.

Peregrinaciones: cuán largas y trabajosas fueron las de esta sierva de Dios. Fueron anunciadas de ángeles. La que hizo al santuario de Nuestra Señora de Cosamaloapan cuán prodigiosa.

Perros: el más propio símbolo de mujeres lacivas y de su nociva comunicación.

Perseverancia: vide: vida. Cuánto importa para la seguridad de la Salvación. Cómo contradecía el infierno la perseverancia de religión en los hijos de san Ignacio. Vide: Compañía, iglesias, san Ignacio y demonios. La perseverancia en las buenas obras está la verdadera señal de predestinación. Vide: inconstancia.

Persecuciones: que padeció la sierva de Dios, las del infierno. Vide: demonios. Las del mundo. Vide: humildad y mujeres.

Pobreza: cuán desinteresada y despreciadora era Catarina de los bienes terrenos. Vide: bienes. Cómo la aprobaba Dios con prodigios. Vide: modestia. Cuán pobre fue en su habitación y vestidos. Vide: vestidos.

Poder: el que tuvo su Padre contra los demonios. Vide: padres. El de Dios se conoce por lo benéfico así como el del demonio por su tiranía. Cuán flaco y fantástico es el poder del demonio. Vide: comuniones, Cosamaloapan y batallas. El del infierno para atormentarla. Vide: demonios y paciencia. Cuán grande fue el poder que la concedió Dios contra ellos. Cómo huían de ella y se precipitaban a su tenebroso centro, por no estar en su presencia. Cómo les perseguía y divisaba con su espiritual vista, cuando pretendían escondérsele. Cómo les seguía con veloz vuelo y echaba de todas las casas de la ciudad. Cómo les apartaba de las criaturas, con quienes tenían estas bestias fieras particular amistad. Cómo batallaba en espíritu con los demonios para quitarles las almas, que tenían ya cautivas. Desde razón porque algunos demonios obstinados se la resistían y perseveraban pertinaces en amistad de algunos de los pecadores. Del poder que tuvo en el mar, contra los infernales dragones. Cómo la manifestaba Dios, los riesgos de los navegantes, para que les favoreciese con sus oraciones.

Pozo milagroso: vide: san Nicolás de Tolentino.

Predicadores: los devotos de Nuestra Señora muy favorecidos del cielo por las oraciones de esta su sierva.

Presencia de Dios: cuán viva y continua era en Catarina. Vide: comuniones e imágenes.

Privados y ministros de los reyes: depende muchas veces la paz de la monarquía de sus repentinas caídas, y con la propiedad que se la representaban a la sierva de Dios estas, así como sus exaltaciones.

Prodigios: Tienen por émula a la incredulidad de los hombres. Los de la gracia se hacen increíbles a la maligna e ignorancia. Suele Dios obrarlos por medio de las personas más humildes. Los que obró Dios con ésta su sierva. Vide: nacimiento, batallas y peregrinaciones. Lo que obró Dios con sus padres. Vide: padres.

Profecías: las de su confesor futuro. Profecías que tuvieron otras personas ilustres en virtud de la perfección, a que había de levantar Dios a su sierva.

Profetas: no les conoce el mundo hasta después de muertos.

Prueba de los ángeles: cuán devota y ostentativa es esta noble ciudad de la festividad anual de la Concepción de Nuestra Señora.

Puebla de los Ángeles: ciudad ilustre en las Indias y sus grandezas.

Pureza: Cuán resplandeciente fue la de esta sierva de Dios. Vide: batallas, honestidad, vírgenes y recato. Cuánto batalló por defenderla. Vide: honestidad.

Purgatorio: el de sus padres y la razón de su desigualdad. Vide: padres. El de su marido. No se fiaba de visiones y revelaciones ni de otra alguna razón para dejar de pedir por las ánimas de los difuntos. Cuán favorecidas fueron las almas de los de la Compañía de Jesús en este terrible lugar. Vide: compañía. Cuando se resistía a sus plegarias y clamores, cuando eran contrarios a la obediencia del confesor. Con cuánto anhelo pedían sus oraciones.

## Q

Quejas: las que daba al divino Esposo su sierva y esta a su celestial Amante. Vide: amor, ausencia y casamiento.

Quietud y retiro: se requiere para la oración. Vide: fiestas, retiro y recogimiento.

## R

Raptos: Raptos divinos: los efectos que causaban en la sierva de Dios. Vide: humildad, favores de Dios amante. Raptos diabólicos.

Recato: cuán extraordinario era el de Catarina en la vista aun con mujeres de su esfera. Del que guardaba con los cuerpos ajenos. Cuán recatada era aun con los vestidos de los hombres. Cuán recatada era con los ángeles. Con el mismo Dios Humanado. Cuán gran resguardo es de la pureza el recato. Del especial recato que tenía consigo misma. Guardábale aun con sus confesores. Gustaba más jugar con víboras que con hombres. Lo guardaba la sierva de Dios, particularmente en las visitas de los hombres. Vide: visitas. Recato en el vestido. Vide: vestido. Era recatada aun con el mismo Dios.

Recogimiento: del interior y exterior de Catarina. Cómo huía de visitas y de entrar en casas ajenas. Cómo hacía de todo lugar y de sí misma templo de recogimiento. Vide: retiro, templo y oratorio.

Recurso: cuán frecuente era el de Catarina al cielo. Vide: ángeles y santos.

Religión cristiana: cómo se dio al culto de Dios, del templo y de los santos desde su niñez.

Religiosas: Por qué reusó a vivir enclaustrada con las sagradas vírgenes. Lo que deben a las oraciones de esta sierva de Dios, todas las que tratan de perfección.

Renovación: cómo se renovaba Catarina. Vide: humildad, sol y batallas.

Resignación: cuán continúo y perfecto era en la sierva de Dios este ejercicio. Cómo explicaba la sierva de Dios su resignación, con muchas comparaciones muy propias y significativas. Cómo los mismos demonios provocaron con cavilosas astucias lo perfecto de la resignación y conformidad con la voluntad de Dios de esta alma.

Retiro: cómo, desde su niñez, se retiró de las criaturas. Vide: recogimiento, recato, fiestas y templo. Retiro de criaturas: es necesario a la vida espiritual, así como la familiaridad con ellas es argumento de poca comunicación con Dios y con sus ángeles.

Revelaciones: vide: visiones y profecías. Las que tuvo san Francisco de Borja, acerca de los que mueren en la Compañía. Revelación de san Lorenzo Mola, acerca de los que mueren en la Compañía. Vide: luz del cielo.

Reverencia: la que tenía a los sacerdotes y templo. Vide: en sus letras. La que tenía a los confesores. Vide: modestia y recato. La que tenía a Dios y sus santos. Vide: imágenes y recato.

Reyes de España: eran objeto principal de las oraciones de Catarina. Se le significaban con el jeroglífico un águila real. Cómo conservó Dios, se conservase la vida de nuestro rey y señor, fue el blanco de las oraciones de la venerable Catarina, le visitó en espíritu , deseó y consiguió del cielo su prosperidad y la de su Monarquía, y últimamente profetizó su sucesión, para bien de toda la cristiandad. Conoció y predijo la sierva de Dios la protección especial, con que favorecía el cielo a la Casa de Austria, por la Devoción al Santísimo Sacramento. Vide: guerras y flotas. Cómo les previene Dios con noticias para el gobierno acertado de sus Monarquías. De la unión y hermandad, que ha de tener la onarquía de

España, con los reyes y reinos del Japón, y porque parte del mundo se han de comunicar.

Rosa: símbolo de felicidades humanas. Santa Rosa: y su altar.

Rosario de Nuestra Señora: Cuán devota era Catarina del rosario y su milagrosa imagen. De los muchos rosarios que rezaba y del fruto de sus rezados. Varios modos de que usaba en este rezo y del gozo y devoción que sentía. Contradicciones del infierno al rezo del rosario. Del poder que tienen las oraciones del rosario y cómo se valía de ellas contras las violencias y astucias del demonio. Cómo y por qué motivos resplandecía la imagen de Nuestra Señora del Rosario entre las demás imágenes milagrosas como el sol entre estrellas. De un rosario fingido muy milagroso, que la aplicaron a la sierva de Dios, unas mujeres ociosas.

Rostro: cuán grave era el del padre de esta sierva de Dios. Vide: padres. De la transformación de su propio rostro y de los efectos de esta misteriosa transformación.

## S

Sabios: sus alabanzas son crédito de las obras ajenas.

Sabiduría: se la comunicó Dios admirable por su humildad y por su amor. Como dio algunas noticias secretas a los bienaventurados. Vide: bienaventurados.

Sacerdotes: cuánto les reverenciaba Catarina. De su dignidad, potestad y cuán estimados de Dios. Cuán favorecidos son de la Santísima Virgen. Cómo se lamentaba Dios con su sierva de los sacerdotes fieles que le recibían sacrílegos. Cuán recatados deben ser los sacerdotes, en especial, si hacen oficio de confesores y padres de espíritu. Sus pecados no se miran como de hombres sino como de ángeles. Lo que siente Dios que los seculares los juzguen y murmuren. Vide: eclesiásticos, misas y casos raros. Cuánto los reverenciaba la sierva de Dios.

Sacramentos: del bautismo, confirmación y penitencia. Vide: en sus letras. Del santísimo sacramento del altar. Vide: eucaristía y misa. De la

presencia que tenía Catarina de Cristo Sacramentado y de lo que aprovechaba con ellas. Vide: comuniones.

Sancho Fernández de Angulo, don: afecto y benefactor de esta sierva de Dios. Gran capitán y gran gobernador e insinuación de sus heroicas proezas. Benefactor y afecto de la sierva de Dios, que le correspondió y ayudó con sus oraciones, en vida y en muerte.

Santidad: la de esta sierva de Dios fue anunciada de los ángeles y de la Santísima Virgen. Fue aprobada de los hombres. Vide: obispos, dedicatoria, carta, censuras, prólogo y todo el discurso de la historia. Cómo tuvo desde su niñez este don en sus manos.

Santos: de sus más frecuentes y provechosas asistencias. Cómo celebraba sus fiestas y velaba delante de sus imágenes. Santos de su particular devoción.

Secretos: cómo y cuándo se los comunicaba el Señor. Vide: misa, pecadores y casos raros. Como la franqueaba Dios los tesoros de sus secretos. Vide luz, sabiduría y visiones.

Sellos: misteriosos de Cristo Sacramentado en su boca, lengua, garganta, pecho y corazón. Vide: corazón, espejo y esposo. De Cristo en su sagrada pasión.

Semejanzas: de Catarina con Cristo. Vide: amor, Jesús y espejos. Con la Santísima Virgen. Sombra con santa Catarina mártir y santa Inés mártir. Vide: Catarina. Con santa Catarina de Sena. Vide: Catarina y carta. Semejanzas y símbolos de la Cristiandad. Vide: Cristiandad.

Sementeras: significan los efectos de la predicación evangélica.

Silencio: cuán extraordinario fue el de esta esclarecida virgen. Cuán estimable es en una mujer por singular y raro. Las que son fáciles en prometer son poco firmes en las obras. Catarina, aun con Dios, gastaba pocas palabras. Acreditose de cuerda y de perfecta por su prudentísimo silencio. Vide: palabras, hablar, modestia y vanagloria. Es prodigioso en las mujeres en materia de ocultar favores del cielo. Es argumento de humildad. Fue prodigioso el silencio de Catarina en materia de ocultar las mercedes del cielo.

Símbolos: de pecadores. Vide: comuniones y casos raros. De la perfección. Vide: perfección. De pureza. Vide: honestidad, modestia y vírgenes. De lascivia y mortal veneno. Vide: perros.

Sol: símbolo de principales, proficientes, y perfectos. Vide: caminos y perfección.

Sombra: cómo Jesús y su Santísima madre hicieron sombra a esta sierva de Dios. Vide: espejos y semejanzas.

Sueño: que sueños pueden ser nocivos. Vide: honestidad y batallas contra la pureza. Los prodigiosos cómo se han de distinguir de los supersticiosos.

## T

Tarahumara: Vide: visiones. Se describe la Tarahumara. Extensión de la fe de la Tarahumara. Vide: cristiandad. Alzamiento de los Indios Tarahumaras, previsto y predicho por la sierva de Dios.

Temores, santos de su salvación: son hijos de la humildad. Cómo Lucifer procuraba apartarla del temor de Dios. Cómo el cielo procuraba conservarla en estos santos temores y conocimientos infalibles de la fe, visiones de la muerte y enfermedad.

Tempestad: la del mar se describe. Las de las tribulaciones. Vide: tribulaciones. Describiese las que levantaron los demonios en el mar y que sosegó la sierva de Dios asistida de la reina de los ángeles, hasta poner en salvamento una real flota. Levantaban los demonios estas borrascas contra las flotas por el motivo de traer apostólicos misioneros.

Templo: la modestia y reverencia con que asistía en los templos. Veneración con que reverenciaba a Dios y sus imágenes. Vide: imágenes. Asistencias en el templo que desagradan a Dios. Cómo y cuándo asistía en el templo. Vide: recogimiento, modestia, obligación y fiestas. Cómo y cuándo la mostraba Dios lo mucho que le ofendían sus fieles con los pecados en el templo. Vide: casos raros, comuniones, misas y pasión del Señor. Los pecados en este templo no se han de mirar como de hombres sino como de ángeles. Cuán asistida era de los ángeles y santos en el templo. Vide: ángeles, músicas y misas.

Texas: cómo previó y predijo su reducción a la fe católica, la venerable Catarina.

Trabajos: los muchos que padeció esta sierva de Dios. Vide: hermosura, peregrinaciones, batallas, casamientos y celos. Cómo la sirvieron los trabajos de escala para subir a la perfección. Vide: perfección y caminos. Cómo fue herida, jugada y azotada. Casamientos, peregrinaciones y

pasión. Cómo fue arco de paz entre delincuentes. Los trabajos previstos afligen menos. Trabajos que padeció por manos de demonios y criaturas. Vide: batallas, comuniones, conversiones y celos.

Traidor y traición: cuán grande pecado es el de la alevosía. Comparan los santos a los que, indispuestos, se llegan a la sagrada mesa con el traidor Judas. No hay mayor enemigo que el que, con rostro de amistad pretende, defender aquellos a quien aborrece. Vide: homicidas y enemigos. Cuánto aborrece Dios la alevosía, y con cuanto rigor la castigaba en esta vida descubriendo a los agresores. Vide: enemigos.

Transformaciones: las del corazón y rostro de esta sierva de Dios. Vide: corazón y hermosura. Las de Jesús y María. En sus propias letras. Las de Cristo Sacramentado. Vide: comuniones.

Tribulaciones interiores y exteriores: Vide: enfermedades, trabajos, comuniones y batallas.

Triunfos de la omnipotencia por medio de esta alma. Vide: prodigios, honestidad, batallas y casamientos.

## V

Vanagloria: es polilla al revés de las virtudes.

Vanidad: en el vestido desagrada a Dios y a los hombres. En las palabras y acciones ofende y no acredita. Vide: modestia, humildad y virtud. Cómo huía recatada de la apariencia de las plausibles aclamaciones. Vide: mujeres. Cuán vanas son las mujeres.

Vestido: del que usaba. Vide: modestia. Los vestidos que aborrecía. Vide: vanidad. Cómo se vestía el Señor de gala por manos de Catarina.

Vejez: se simboliza y describe en un árbol seco, inútil y sin raíces. Vide: árbol.

Verdad: amarga a los del mundo. El eterno Verbo se glorió de ser verdad. Es hermosa y sus hijos feos y abominables.

Vestidos: los honestos son alabados de Dios y de los hombres, y los que abusan de los hábitos son aborrecidos de todos. Cuán pobre y mortificada era la sierva de Dios en los vestidos. Vide: humildad.

Vicio: Vide: pecados y batallas contra la pureza.

Vida: Cuán milagrosa fue la de esta sierva de Dios. Vide: milagros, peregrinaciones y batallas. La perseverancia en una buena y ajustada vida es la más segura disposición para la esperanza de una buena muerte. Para un infeliz es descanso la muerte. Estiman la temporal los que no ponen los ojos en la eterna. Vide: fiestas del mundo.

Virgen y virginidad: a los vírgenes de san Cipriano, el renombre de escogidos y selectos entre los demás fieles. Los vírgenes son, con especialidad, favorecidos de la madre de Dios. Cuán recatadas deben ser las doncellas. Vide: modestia, recato, recogimiento, visitas y batallas. Cómo son jardines de rosas y azucenas para el recreo del Esposo. La veneración con qué deben hablar con Dios y tratar sus imágenes. Vide: imágenes y recato.

Virtud: la aplaudida del mundo suele ser sospechosa y siempre es peligrosa. Vide: humildad. Las virtudes de esta virgen en su niñez. Las de su juventud. Vide: en sus propias letras. Las de su viudez y estado de casada. Vide: casamiento.

Visiones y revelaciones: cómo y cuándo las tenía la sierva de Dios por fiables. Vide: obediencia y purgatorio. Visiones del aprecio de la Compañía. Vide: Compañía. Visiones de expulsos de la Compañía. Visiones del cielo. Vide: cielo y favores. Visiones de todo el Universo. Visiones de almas. Visión particular de un pecador simbolizado en un árbol. Visión extraordinaria de tres almas, que se precipitaban al infierno, a quienes libró de caer en sus llamas Catarina. Visiones con que la manifestó Dios, su perfección y la eterna felicidad, que la esperaba. Vide: favores. Visiones de sus padres difuntos. Vide: padres. Visiones de pecadores. Vide: comuniones, pecadores, templo y casos raros. Visiones de la gloria. Vide: gloria, ángeles y santos. Visiones de su confesor futuro.

Visitas: la que hacía, corporal y espiritualmente a las iglesias. Vide: imágenes y templo. No visitaba, ni aun admitía visitas, la venerable Catarina, sin voluntad expresa de sus confesores. Visitas de criaturas cuando huía de ellas. Vide: recogimiento, retiro y templo. Cuán peligrosas son para las personas que tratan de perfección. Trae consigo la cortesía y atención.

Votos hechos a Dios: cuánto importa el que se cumplan y lo que siente que se dilaten.

Vuelos de espíritu: cómo se han de entender las almas espirituales. Vide: revelaciones. Repetidos vuelos que daba por el mundo la sierva de Dios. Vide: floras, gentilidad, nueva cristiandad. Vuelos a tierras in-

cógnitas del gentilismo. Por el mundo todo para reconocer y remediar todas las necesidades. Vuelos con la sangre de Cristo. Vide: gobiernos, contemplación, bienhechora.

FIN DEL ÍNDICE DE LAS COSAS NOTABLES

## APÉNDICE:

## TRADUCCIÓN DE ALEXIS C. HELLMER VILLALOBOS[532]

Reverendo padre en Cristo:
La paz de Cristo.

Envío la presente por un camino más seguro. En caso de que el reverendísimo padre Deboye no haya recibido la suya, dígnese comunicarle la presente. Escribo muy deprisa, puesto que hay poco tiempo, y es una desgracia que estemos obligados a partir tan de repente, sin haber concluido casi nada; por otra parte, es una gran fortuna el que lleguemos a nuestro destino tan velozmente. Haga vuestra reverencia lo que le rogué en la carta pasada, es decir, elija algunas cosas que puedan servir de consuelo a mis padres y hágaselas llegar. Y si quisieran enviarme algo además de la triaca[533] (aunque no pido nada más que la triaca), que adjunten alguna prenda de lino.

Sigue ahora la carta, tal como la transcribí para reverendo padre Deboye:

Partimos de Cádiz con una flota de 22 navíos el 1 de julio del año pasado, en uno de los navíos más grandes (llamado Garrayo) 40 de los nuestros de la Misión de las Filipinas, entre los que se encontraban 18 sacerdotes. En otro navío menor, los mexicanos, teniendo como superior al padre Guillermo Illing. El 9 del mismo mes tuvimos a la vista Alegranza, una pequeña isla de las Canarias, y más tarde, el 11, habiendo dejado atrás la Gran Canaria a babor, nos confiamos al océano ulterior mientras soplaban en popa vientos muy favorables que nos llevaron felizmente hasta la isla de Puerto Rico, en cuyo golfo entramos por lado occidental en la tarde de la víspera de san Lorenzo. Habiendo visto los navíos acudieron los isleños a la playa ovacionando con fuegos, y los propios navíos dieron fin disparando salvas con los cañones de bronce.

[532] Kaller, Adam. Carta. Letter, Adam Kaller to Johannes Ulke, 8th March 1688, sign.: NA, JS IIIo, 419/3, fol. 113-114, kart. 148, Národní archiv Odd lení fond samosprávy a státní správy do roku 1848 a církevních institucí, traducción Alexis C. Hellmer. (Traducido de *Bohemia jesuitica in Indiis occidentalibus. Latin Correspondence of Bohemian Jesuits from America, Philippines and Mariana Islands in Bohemian and Moravian Archives*). Paleografía, Pavel Zavadil, Kall (pp. 278 y ss.).

[533] *triaca*: antídoto contra venenos.

Esta isla sustenta habitantes paupérrimos; no obstante, es fértil en frutos saludables, así como también abunda en puercos y gallinas. Dan una gallina por una aguja, se compraron más de cien puercos solo para nuestra embarcación. Sin embargo no fue posible adentrarse en la isla por ciertas razones. Por lo demás, en este viaje no pudimos ver nada más que el cielo y los peces voladores, sobre los cuales ya se ha escrito muchas veces por parte de otros.

Dentro del navío, al principio del viaje, se comenzó la novena a san Francisco Javier por el feliz éxito de la navegación, habiendo sido hecha una exhortación sobre la vida y los milagros del mismo santo, y se rezó después el rosario y la letanía de la beatísima madre. Estas últimas se siguieron realizando diariamente durante toda la navegación. La fiesta de nuestro Santo Padre se celebró solemnemente: las vísperas del día anterior se realizaron en tono gregoriano y el mismo día de la fiesta se celebró una misa solemne frente al altar, oficiando el señor capellán de la nave; por último un sermón, y ese día se le concedió a todos los sacerdotes decir misa, mientras que otros días se admitían apenas cinco, y tampoco le faltó al altar un adorno preciosísimo. El navío se cubrió por fuera con paños rojos y se adornó con banderas que ondeaban por doquier; la explosión de muchos cañones aumentó grandemente la solemnidad. Brilló aquí el singular afecto hacia el culto de nuestro Santo Padre en los seglares, de los cuales muchos eran comerciantes riquísimos, y brilló sobre todo en el capitán de la nave, que así como aquel día, también los otros días cuidó que no faltase nada. No hubo ninguna escasez ni de agua ni de vino ni de carnes frescas, por lo que no había ninguna dificultad en lo físico; no así en lo moral, permitiendo Dios algunas cosas para nuestra humillación, cosas que, no obstante, pueden tolerarse fácilmente por un ánimo amante la gloria divina.

Cumplidos tres días en Puerto Rico, levamos anclas y dimos vela costeando la Española a babor; luego pasamos entre el último cabo de esta y la isla de Jamaica y, viajando después en línea recta, entramos al Golfo de México. En ese trayecto comenzamos a probar los grandes calores de estas tierras, pues en el océano, aunque estábamos bajo la zona tórrida, nos refrescaban vientos continuos; pero aquí la constante calma del mar y, en consecuencia, los rayos directos de un sol ardentísimo prácticamente nos asaron. Esperamos mayores cosas en el mar Pacífico, pero en el mar mexicano el demonio parecía esperarnos con un gran aplauso, sobre lo que diré más abajo, pues durante ocho días seguidos fuimos arrojados a lo incierto por los remolinos y las corrientes que se

agitaban para nuestra destrucción, mientras las tormentas espumaban y casi vomitaban chispas por la noche. Hubo remolinos tras remolinos, rayos tras rayos, por lo que el mástil capitán que sostiene el velacho (que es una vela menor) y que se apoya sobre el mástil mayor fue abatido por un rayo. Algunos otros navíos, averiados y algo aflojados por las violentas agitaciones, hicieron tanta agua que para aligerarlas debieron arrojarse muchas mercancías, sobre lo cual se consultó también en nuestro navío, aunque era fortísimo, y se habrían vuelto a esa tarea de no ser porque la tarde del octavo día el tiempo estuvo más sereno, ya que esta tarde reveló los promontorios del reino de México y de este modo, a la mañana siguiente, el 17 de septiembre, entramos todos sanos y salvos, con un mar tranquilísimo, al puerto angostísimo de Veracruz, con la excepción de un barco, llamado el Nazareno, en el que el venerable padre Agustín con sus compañeros naufragó en el puerto de Cádiz, cerca de la Punta de Diamante, pues desviándose un poco del angosto ingreso hacia el puerto, fue empujado tristemente entre los escollos y, a causa de las colisiones, hizo tanta agua que aquellas mercancías que no podían llevarse en las lanchas se hundieron en el mar y todos los mástiles fueron abatidos; aligerado de este modo, fue sacado de ahí con la ayuda de muchas lanchas.

En Veracruz, recibidos en nuestro colegio, que es bastante amplio, con la mayor caridad por el reverendísimo padre rector, descansamos algunos días. Pero luego emprendimos un viaje de ochenta leguas en mulas hacia México en tres etapas. Salimos de Veracruz después de mediodía y, recorrido un espacio de dos leguas sobre la costa en dirección al norte y superadas unas colinas arenosas, entramos a una amenísima selva a la derecha que servía como parasol hasta la tarde y luego, atravesado un gran río, cuya naciente aún se desconoce, pernoctamos en la antigua Veracruz. De ahí, saliendo por la mañana, avanzamos primero entre arbustos, luego por campos hermosísimos desprovistos de labrador. Apenas se ve ahí hombre alguno, además de algunos viajeros. Se presentaban colinitas cubiertas de bosquecillos amenísimos, y a lo lejos se mostraban las regiones montañosas, inmensas, blanqueadas por la nieve. Finalmente, al mediodía, encontramos un alojamiento situado en la selva, donde nos permitimos algo de descanso el resto de aquel día. De ahí, a media noche, con la ayuda de la luna, emprendimos un viaje bastante incómodo. Pues primero recorrimos una selva larguísima y aspérrima, luego resbalamos hacia un descenso horrible, diríase infernal, cuyos peñascos suspendidos sobre nuestras cabezas y algunos árboles enormes nos privaron de la luz

de la luna. Yo, para hacerle alguna obra de caridad a mi mula, me bajé de ella aliviándola del peso; más ella, puesto que la jalaba ya que se negaba a continuar, me arrojó solemnemente al lodo en agradecimiento. Me subí de nuevo y realicé felizmente el resto del peligrosísimo descenso. Luego de atravesar un río mediano que serpenteaba por un valle áspero, nos esperaba una subida muy escarpada y a medio camino fui obligado a cambiar por otra mi mula, agotada a causa de mi peso. Poco antes del amanecer, superamos aquella subida y en un albergue cercano repusimos nuestras fuerzas con un poco de agua y un pedacillo de pan y de queso, esperando a las mulas con nuestras mantas de dormir. Avanzamos desde ahí y nos agotamos mucho a causa de una subida continua que, aunque no era muy empinada, no obstante duró hasta el mediodía; sin embargo, nos deleitó no poco la elegancia de la región, la belleza de los árboles, el estruendo de los ríos que corrían más abajo, la clemencia del aire y el larguísimo paisaje del mar americano. Superada esta gran altura, se mostró un valle amenísimo, rival de cualquiera de los valles europeos. Bajamos hacia él por un camino pantanoso y luego de recorrer una planicie bellísima, comimos en un albergue junto a un río limpidísimo.

De ahí, durante dos días avanzamos por caminos no menos difíciles que los anteriores hacia una tierra muy poblada de indios, y entramos primero en la pequeña ciudad de Jalapa, bien protegida y situada en un valle hermosísimo y llenísima tanto de indios como de criollos (que les llaman, nacidos de españoles en estas tierras), y no le falta un buen número de aldeas circunvecinas. Desde ahí hasta México se halla una tierra más cultivada y una gran cantidad de personas y caminos más cómodos, por lo cual habríamos llegado ese mismo día a nuestro predio, de no ser porque una tormenta cohibió nuestro avance. Esta situación, así como fue molesta, también fue bastante ridícula: distábamos casi media legua de aquel predio poco antes del crepúsculo, y así la noche recién comenzada dejó caer sobre nuestras cabezas una gran tormenta en tres relámpagos continuos tan potentes que dieron suficiente luz para reconocer el camino. Nuestros españoles estaban dudosos sobre si debíamos proseguir el viaje o regresar; por lo tanto fuimos y regresamos tres veces cerca de un cuarto de legua, mientras el cielo dejaba caer una lluvia continua. Finalmente se decidió que regresásemos media legua y, empapados como estábamos, pernoctamos en alguna capilla, cenando parcamente y durmiendo mal. Al amanecer, luego de partir, llegamos a dicho predio y fuimos recibidos con la mayor caridad por el padre ministro de Puebla de los Ángeles, quien ya nos esperaba y nos ordenó

descansar el día siguiente, para que se secasen mejor nuestros vestidos y nuestras mantas de dormir. Al tercer día nos movimos de nuevo y llegamos en dos días de viaje a otro predio nuestro que distaba de Puebla una legua, donde nos esperaba y nos recibió con gran consuelo el reverendísimo padre rector del colegio del Espíritu Santo en dicha ciudad, el cual, habiéndonos reconfortado con una comida suntuosa, nos llevó a la ciudad de Puebla en carro y nos recibió con la mayor caridad en el colegio, habiendo concurrido con gran alegría los criollos, quienes así como son hostiles hacia los españoles, parecían seguir a los alemanes con gran cariño. Pasados cuatro días ahí, emprendimos luego un viaje de 20 leguas hacia México por una planicie bellísima y finalmente por unos montes amenísimos. Pernoctamos en el pueblo de san Martín. Ahí padecimos un frío no pequeño, a causa de la cercanía de los montes nevados que blanquean de nieve incluso en medio de grandes calores, entre los cuales destaca uno, apodado volcán, que emite un humo densísimo a menudo y sobre todo por la mañana. Finalmente, por caminos de nuevo montañosos y ásperos bajamos de una gran altitud hacia el valle de México y avanzando junto al lago por una planicie amplísima, llegamos a la residencia de las Filipinas, alejada una legua de México, y, recibidos de forma amantísima por el reverendísimo padre provincial y bien confortados, fuimos introducidos a México en carruajes.

Mi primera preocupación fue visitar a la madre Milagrosa de Guadalupe, por lo que al día siguiente la visité a pie con el padre Jorge Hostinsky, recorriendo una legua desde la ciudad, y le encomendé nuestra Provincia y todas las misiones. Como no se nos permitió visitarla más frecuentemente, mientras oficiaba frente al altar recordaba siempre la Provincia y a aquellos que fueron mis ayudantes en una obra tan santa, y a todos aquellos que aspiraban a estas santas misiones. ¡Dios haga que el deseo de muchos se encienda hacia esto! Yo sin duda, cuanto más me aproximo a las islas Marianas, me lleno de un solaz siempre mayor, y ni lo rompen ni lo romperán (espero con la divina gracia) algunas dificultades que ocurren, el desprecio y otras incomodidades, y si, habiendo experimentado estas cosas, aunque no fuesen pequeñas, permaneciese yo aún en la Provincia, no desistiría de ir a las Indias, viendo a la innumerable gente que ignora al Dios verdadero. En América del Norte se abren muchas misiones. El propio padre Neuman, superior de las misiones, dispuso ahí tres nuevas, pero faltan misioneros. En las Marianas hay solo cinco de los nuestros; entre ellos el padre Tilpe funge como rector

del Seminario. En las Filipinas no hay más de 120, entre ellos muchos enfermos. ¡Cuánta escasez para tan gran campo del Señor!

Lo confieso, son verdad aquellas cosas que escribieron nuestros padres provinciales sobre los españoles, que podrían inspirar horror a alguien. Soportaron muchas cosas durante poco tiempo; pero nosotros ahora soportamos poco y casi nada, toleramos más en la nave, ya en cuanto al desprecio, ya en cuanto a la privación del baño necesario; pero ahora somos un corazón y un alma, y como antes nos despreciaron, así ahora nos estiman y nos aman. Parece que la causa fue el desconocimiento de la lengua: por nuestra parte, de la española; por su parte, de la latina. Nosotros no podíamos hablar inmediatamente en aquella; ellos tergiversaban esta. Pero ahora, puesto que dominamos cómodamente la lengua y reconocen en nosotros una cierta aptitud universal para todas las cosas, no se puede decir de cuánto afecto nos colman.

Después de un descanso de dos semanas, tomadas nuevas cuestiones, mientras los otros (excepto el padre Werdier y dos boticarios) regresaban a Puebla, me dediqué a los estudios el 25 de noviembre. Realicé el examen el 18 de febrero de este año. No hay aquí examinadores de la Provincia de Bohemia; aquí estaría preparado para realizar un examen todos los días. En ese tiempo de estudios hice una gran cantidad de flores de seda, para las cuales compré ocho imágenes bien pintadas y otros utensilios necesarios para las misiones.

Tenemos aquí a un tutor y padre amantísimo, padre Baltasar Mansilla (se lee Mansilia), que por muchos años enseñó teología en Filipinas y luego fungió aquí como procurador. Él, por amor nuestro y de la misión, prodigó casi todos sus bienes. Aunque ahora me contento solo con agua en la mesa ordinaria, él, para confortar el estómago, no permite que falte el vino y ofrece dinero para cualquier otra cosa. Por último, se despoja de sus propias cosas para que nosotros estemos bien. Corazón del todo paternal y llenísimo de caridad. Va a volver a España con el anterior virrey, y de ahí a Roma. A su regreso de Roma, va a pasar por nuestra Provincia, como nos prometió. Verá vuestra reverencia a un varón angelical y dignísimo de todo amor. No dudo de la caridad recíproca que le mostrará la Provincia. Nos hará esta caridad: que los rectores de los colegios sepan a qué huésped han de recibir. Llevará él consigo cosas preciosísimas, con las cuales pueda comprar libros y otras cosas necesarias para el bien de los miserables y para el uso de nuestros boticarios.

Aquí triunfa sumamente nuestro Simón. La sacristía, que encontró paupérrima, ahora la tiene provista de muchos miles por su propia industria, sin que el colegio contribuyese en nada. Así como exultó de alegría por nuestra llegada, así se entristece de tal manera por la partida que ya determinó entrar a un convento de monjas. Hasta ahora nos ha brindado una gran caridad y les brinda a los misioneros americanos lo que necesiten, comprado y enviado a sus expensas. Trabajó este tiempo con nuestros boticarios y aprendió tanto que fue nombrado maestro por los mismos. Le fue ofrecido el sacerdocio por nuestro muy reverendísimo padre, cosa que él humildemente rechazó, eligiendo más bien consumar el curso del servicio divino en un estado más humilde. Nuestros boticarios en esta ciudad son sumamente estimados por todos, puesto que ya han curado a muchos enfermos con medicinas germánicas, las que dicen los médicos de aquí que ayudan mucho a los de aquí, por lo que aquí es exiguo el uso de las medicinas europeas, el mismo tenor al prescribir para cada enfermo; por esto muchos cementerios están llenos de muertos.

La Universidad aquí consta de los dominicos y clérigos, en la que los doctores se llaman en los actos públicos «doctísimos profesores», nombre muy conveniente para sus argumentaciones, a donde fui enviado con frecuencia, cosa que me resultó bastante molesta. Pues no se llevan a cabo argumentaciones largas, sino sobre todo algunos discursos, que habiéndolos escrito en latín, parecen aprenderlos de memoria. Los nuestros, puesto que no están incorporados a la Universidad, celebran sus actos en el colegio (ignoro qué ocurre con los actos para obtener grado). De todas las tesis se eligen algunas, que se le asignan también al opositor, se prueban cinco o seis veces en repeticiones domésticas antes de que se deba entrar al concurso público. En la iglesia de este colegio no hay distinción entre una fiesta y una feria, así se usa, a no ser que el queridísimo Simón abra la gran puerta del templo y encienda cuatro velas en el altar mayor, con la excepción de las grandes festividades, donde todo el altar mayor brilla desde abajo hasta arriba con velas para una mayor majestuosidad.

Omito describir la ciudad, puesto que ha sido descrita a menudo por otros. Solo describo aquella cosa bellísima, es decir, que todas las calles se atraviesan unas a otras y se extienden en una línea rectísima desde un extremo de la ciudad hasta el otro. Los edificios son casi todos bajos, pocos superan los dos pisos. Casi todos son bajos a causa de los frecuentes terremotos, de los que ya hemos experimentado cuatro, uno notable

durante la noche, de modo que las camas se agitaron como cunas. Cuatro días después de este, como supimos por cartas, la ciudad de Lima, en Perú, se derrumbó toda por un terremoto. Esta calamidad sin duda será dada a conocer por otras fuentes.

Anexo ahora algo dignísimo de que se sepa. Un día antes de la fiesta de los Tres Reyes murió una mujer de gran y probada santidad en la ciudad de Puebla. Esta, por cuanto tengo sabido por las relaciones de los nuestros, descendía de la sangre de reyes, ya sea magos o de la Cochinchina. Catalina de nombre, nacida de padres reducidos a un estado de pobreza por injuria del tiempo, estando recién nacida la beatísima virgen la recibió en sus brazos y reveló un tesoro escondido en el jardín para que recibiese buena educación. Contando unos siete años, fue capturada por piratas en el mar Índico y, ya que dos reñían por ella a causa de su belleza, un tercero, para acabar con la riña, la hirió letalmente con un disparo en la cabeza. Más ella, así como cayó, de inmediato se levantó ilesa, quedando los propios bárbaros estupefactos por el milagro. Llevada finalmente a Filipinas, fue bautizada por los nuestros y traída por un portugués a Puebla, en América, para ser tratada como hija. Sin embargo, muertos sus amos, fue luego tratada como esclava, y estando al servicio de otra ama, como cometiese alguna falta en común con otras siervas, el ama las hizo desnudar y las castigó severamente. Más cuando le tocó el turno a ella, se descubrió la espalda con prontitud y el ama, al ver la espalda de la niña lívida y ensangrentada, se espantó y en lo sucesivo la tuvo en mayor consideración que a las otras. Su conversación y su modo de vivir eran ordinarios, nada tenían de exótico, por lo que su santidad quedó oculta hasta su muerte y les fue desconocida incluso a los de casa, quienes lloraron mucho por haber ignorado qué tesoro tenían escondido en casa. Sabiendo ella que peligraba su virginidad a causa de su belleza, obtuvo con ruegos que Dios le diese un rostro envejecido y moreno, por lo que fue luego llamada mulata (pues llaman mulatos y mulatas a los hombres de color moreno, como los gitanos, porque nacen de blanco y negra). Obligada por ciertos religiosos a casarse, permaneció intacta por 18 años, pues el marido no obtenía nada de ella, y por esto fue tratada pésimamente durante casi todo ese tiempo. No podía decir ninguna otra cosa ni escuchar nada que no fuese sobre Dios y los asuntos divinos. Dios le reveló muchas veces las cosas ocultas de los corazones de otros. A menudo le ordenó advertir a los eclesiásticos que no se acercasen a celebrar el sacrificio de la misa hallándose en pecado mortal. Del mismo modo le ordenó que aconsejase a uno de los

nuestros que no murmurase el breviario, sino que lo rezase con la devoción debida. Una vez, se dirigió al padre ministro cerca de la puerta del colegio y lo advirtió sobre algo diciendo: «Este hermano no hizo hoy la meditación, dele una penitencia». Fue revolcada con frecuencia por demonios en el lodo y los estercoleros y fue muy lastimada con látigos salvo en los últimos años de su vida. Sufrió la fractura de dos dedos. Ella asegura que se hizo presente a nuestra flota con nuestro Santo Padre y san Francisco Javier desde Puerto Rico hasta Veracruz, y que con ayuda de nuestros sumos sacerdotes padres apaciguó e hizo huir a los demonios que querían perder y hundir toda nuestra flota, y eso lo contó antes de que se supiese la llegada de nuestra flota. Vio a la beatísima madre de Guadalupe volando sobre las Marianas y protegiéndolas. Hace más de 4[0?] años vio que todas las velas se apagaban en la iglesia por sí solas, y que el propio cirio apenas chispeaba, entró nuestro Santo Padre y encendió este cirio y todas las velas con una mayor claridad que antes. Le fue revelado por Dios que una gran persecución se cernía sobre la Compañía, lo que sucedió más tarde, por instigación del Obispo de Puebla, de nombre Palafox, enemigo jurado de la Compañía. Ella vio y anunció la victoria contra los turcos en san Gotardo. Describía al emperador y a los otros reyes y príncipes de tal forma como si los hubiese visto con sus ojos. Predijo la paz entre el emperador, el español y el francés. También se dice que vio a uno de nuestra misión yendo hacia el sacrificio con cuatro antorchas. Vio al venerable padre Strobach y a los otros que fueron muertos con él recorriendo Puebla con estrellas. Los diez últimos años, estando ciega, no vio nada sino a Cristo eucarístico en diversas formas; conoció de rostro y describió a todos los de nuestra misión, y otras innumerables cosas. Todo esto fue narrado o bien por el padre del propio [Colegio del] Espíritu [Santo], o bien por otros padres provinciales fidedignos. Más cosas revela la biografía, para cuya impresión ya se tienen 3000; esta biografía (cuando sea enviada a las Marianas, como ya dejé acordado) la haré llegar, una vez resumida, a la Provincia. Después de su muerte, el color moreno regresó de inmediato a la anterior blancura virginal en todo el cuerpo. Con una procesión digna de reyes esta sagrada prenda fue depositada en nuestro templo, y sucedió, como ella había predicho, que fue puesta en el sarcófago desde el exterior, pues debido a lo angosto de la portezuela hacia el lugar de la sepultura, el cuerpo debió ser sacado del sarcófago. Hecho lo cual, fue puesto el cuerpo en las manos del padre Francisco Paravicin, quien te-

niendo en sus manos el tesoro por un momento hasta que se introdujo la caja, lo colocó después en manera conveniente.

Ya que se ha perdido la esperanza en la llegada de dos navíos desde las Filipinas, el virrey decidió enviar otro, al que se hizo traer desde Perú, con el objeto de explorar el estado de las islas. Para este navío hemos sido seleccionados 24 sacerdotes y con el boticario Juan Haller para las Marianas, entre los cuales también 2 sacerdotes con Jorge Kamel, que pasarán a Filipinas. Nuestras cosas ya han sido enviadas con anticipación; nosotros hemos de seguir pronto. ¡No puede describirse nuestra alegría! Nos alegraremos más cuando Dios envíe más operarios de la Provincia.

Me encomiendo junto con las misiones Marianas a los sumos sacerdotes sacrificios de vuestra reverencia. Quería escribirle al padre Juan Neuman, al monseñor José Pummer y a otros, de quienes no me olvido nunca, pero la escasez de tiempo no lo permite. Partimos de aquí tan repentinamente como partimos de la provincia. Con un saludo muy humilde, venero al reverendísimo padre Dovorsky, al reverendísimo padre Senftleber y a todos los demás conocidos y quedo de vuestra reverencia siervo en Cristo,

Adán Kall

México, 8 de marzo 1688

Reverendo padre en Cristo
Padre Juan Ulcke S.I.
Praga en Bohemia

FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN
PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

# RELACIÓN Y SENTENCIA DEL VIRREY DEL PERÚ (1615-1621)

ED. MARÍA INÉS ZALDÍVAR OVALLE

CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2016

Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, *Relación y sentencia del virrey del Perú (1615-1621)*, María Inés Zaldívar Ovalle (ed.), New York, IDEA, 2016.
ISBN: 978-1-938795-25-1.

ALONSO RAMOS

# LOS PRODIGIOS DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS, CATARINA DE SAN JUAN (LIBRO I)

ESTUDIO, EDICIÓN Y NOTAS
DE ROBIN ANN RICE

CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2016

Alonso Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan (libro I)*, Robin Ann Rice (ed.), New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-27-5.

## TÍTULOS PUBLICADOS

1. Francisco de Quevedo, *España defendida*, ed. de Victoriano Roncero, New York, IDEA, 2012. ISBN: 978-1-938795-87-9.
2. Ignacio Arellano, *El ingenio de Lope de Vega. Escolios a las «Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos»*, New York, IDEA, 2012. ISBN: 978-1-938795-84-8.
3. Lavinia Barone, *El gracioso en los dramas de Calderón*, New York, IDEA, 2012. ISBN: 978-1-938795-85-5.
4. Pedrarias de Almesto, *Relación de la jornada de Omagua y El Dorado*, ed. de Álvaro Baraibar, New York, IDEA, 2013. ISBN: 978-1-938795-88-6.
5. Joan Oleza, *From Ancient Classical to Modern Classical: Lope de Vega and the New Challenges of Spanish Theatre*, New York, IDEA, 2012. ISBN: 978-1-938795-89-3.
6. Blanca López de Mariscal y Nancy Joe Dyer (eds.), *El sermón novohispano como texto de cultura. Ocho estudios*, New York, IDEA, 2012. ISBN: 978-1-938795-90-9.
7. Álvaro Baraibar, Bernat Castany, Bernat Hernández y Mercedes Serna (eds.), *Hombres de a pie y de a caballo: conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial de los siglos XVI y XVII*, New York, IDEA, 2013. ISBN: 978-1-938795-91-6.
8. Pedro Calderón de la Barca, *Céfalo y Pocris*, introd. de Enrica Cancelliere y ed. de Ignacio Arellano, New York, IDEA, 2013. ISBN: 978-1-938795-93-0.
9. Ignacio Arellano y Juan Antonio Martínez Berbel (eds.), *Violencia en escena y escenas de violencia en el Siglo de Oro*, New York, IDEA, 2013. ISBN: 978-1-938795-92-3.
10. Francisco Santos, *Periquillo el de las gallineras*, ed. de Miguel Donoso Rodríguez, New York, IDEA, 2013. ISBN: 978-1-938795-94-7.
11. Alejandra Soria Gutiérrez, *Retórica sacra en la Nueva España: introducción a la teoría y edición anotada de tres sermones sobre Santa Teresa*, New York, IDEA, 2014. ISBN: 978-1-938795-95-4.
12. Amparo Izquierdo Domingo, *Los autos sacramentales de Lope de Vega. Funciones dramáticas*, New York, IDEA, 2014. ISBN: 978-1-938795-96-1.
13. Fray Pedro Malón de Echaide, *La conversión de la Madalena*, ed. de Ignacio Arellano, Jordi Aladro y Carlos Mata Induráin, New York, IDEA, 2014. ISBN: 978-1-938795-97-8.
14. Jean Canavaggio, *Retornos a Cervantes*, New York, IDEA, 2014. ISBN: 978-1-938795-98-5.
15. Ricardo Fernández Gracia, *La «buena memoria» del obispo Palafox y su obra en Puebla*, New York, IDEA, 2014. ISBN: 978-1-938795-00-8.
16. María Fernández López (Marcia Belisarda), Obra poética completa, ed. de Martina Vinatea Recoba, New York, IDEA, 2015. ISBN: 978-1-938795-03-9.
17. Juan Manuel Gauger, *Autoridad jesuita y saber universal. La polémica cometaria entre Carlos de Sigüenza y Góngora y Eusebio Francisco Kino*, New York, IDEA, 2015. ISBN: 978-1-938795-05-3.

18. J. Enrique Duarte e Isabel Ibáñez (eds.), *El hombre histórico y su puesta en discurso en el Siglo de Oro*, New York, IDEA, 2015. ISBN: 978-1-938795-07-7.
19. Alessandro Martinengo, *Al margen de Quevedo. Paisajes naturales. Paisajes textuales*, New York, IDEA, 2015. ISBN: 978-1-938795-10-7.
20. Miguel Donoso Rodríguez (ed.), *Mujer y literatura femenina en la América virreinal*, New York, IDEA, 2015. ISBN: 978-1-938795-08-4.
21. Ignacio Arellano (ed.), *Modelos de vida y cultura en la Navarra de la modernidad temprana*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-15-2.
22. Ignacio Arellano, José María Díez Borque y Gonzalo Santonja, *Espejo de ilusiones. (Homenaje de Valle-Inclán a Cervantes)*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-18-3.
23. Fernando Rodríguez-Gallego y Alejandra Ulla Lorenzo, *Un fondo desconocido de comedias impresas conservado en la Biblioteca Pública de Évora (con estudio detallado de las de Calderón de la Barca)*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-17-6.
24. Ignacio Arellano, Duilio Ayalamacedo y James Iffland (eds.), *El «Quijote» desde América (segunda parte)*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-14-5.
25 Leonardo Sancho Dobles (ed.), *Teatro breve en la provincia de Costa Rica. Tres piezas de Joaquín de Oreamuno y Muñoz de la Trinidad*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-20-6.
26. Jesús María Usunáriz, *España en Alemania: la Guerra de los Treinta Años en crónicas y relaciones de sucesos*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-22-0.
27. Felix K. E. Schmelzer, *La retórica del saber: el prólogo de los tratados matemáticos en lengua española (1515-1600)*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-13-8.
28. Robin Ann Rice (ed.), *Arte, cultura y poder en la Nueva España*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-21-3.
29. Ignacio Arellano y Jesús Menéndez Peláez (eds.), *La imagen de la autoridad y el poder en el teatro del Siglo de Oro*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-24-4.
30. Rebeca Lázaro Niso, Carlos Mata Induráin, Miguel Riera Font y Oana Andreia Sâmbrian (eds.), *Iglesia, cultura y sociedad en los siglos XVI-XVII*, New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-11-4.
31. Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, *Relación y sentencia del virrey del Perú (1615-1621)*, María Inés Zaldívar Ovalle (ed.), New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-25-1.
32. Alonso Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan (libro I)*, Robin Ann Rice (ed.), New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-27-5.
33. Alonso Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la Gracia en la vida de la venerable sierva de Dios, Catarina de San Juan (libros II, III y IV)*, Robin Ann Rice (ed.), New York, IDEA, 2016. ISBN: 978-1-938795-28-2.

Colección Batihoja

## Estudios Indianos, 8

Aprobada por los más altos y elites jerarcas eclesiásticos de finales del siglo XVII novohispano, *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan* explotaron el *docere, delectare, movere* evangelizador en forma de una novela hagiográfica. Fiel a lo fantástico ignaciano, el texto promueve el éxito global del apostolado jesuita por medio de las bilocaciones de Catarina de San Juan por todo el mundo, milagros hiperbólicos y pedestres, e intervenciones sobrenaturales que se volvieron cotidianidades. A punto de ser considerada por una beatificación, todo el proceso se detuvo cuando el autor jesuita, Alonso Ramos, cayó bajo sospecha cuando empezó a tener problemas con su misma congregación pero al nivel internacional. El influyente y celebre Ramos pasó los últimos 18 años de vida encarcelado y Catarina se convirtió en un mito que pervive hasta nuestros tiempos.

Robin Ann Rice es catedrática e investigadora de tiempo completo en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), es Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Navarra. Sus estudios anteriores son del área de Literatura Comparada. Es autora de libros y artículos sobre sor Juana Inés de la Cruz, Isabel de la Encarnación, Vélez de Guevara, Lope de Vega, María de Zayas, Mariana de Carvajal o Miguel de Cervantes, entre otros.

UPAEP
Cultura Novohispana Cuerpo Académico
Universidad del Pacífico
Proyecto Estudios Indianos
Gobierno Municipal Puebla Ciudad de Progreso
Secretaría del Ayuntamiento
Fundación Obra Pía de los Pizarro
Universidad de Navarra
GRISO
IDEA instituto de estudios auriseculares

IGAS Institute of Golden Age Studies / IDEA Instituto de Estudios Auriseculares